SAGA BENASUR DE JUDEA • TOMO I

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

EL LAZO DE PÚRPURA



ALEJANDRO NÚÑEZ ALONSO

IMPERIO ROMANO. SIGLO I D.C.
ROMA NO PAGA A TRAIDORES. O SÍ.
Y MUY BIEN.

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Libro I. El Egeo

- Capítulo 1. Un barco en el Egeo
- Capítulo 2. Paros, madriguera de piratas
- Capítulo 3. La noche huele a betún
- Capítulo 4. Skamín, rey del Egeo
- Capítulo 5. Tacfarinas contra Roma

Libro II. Roma

- Capítulo 1. La mañana en la Urbe
- Capítulo 2. El banquero de Roma
- Capítulo 3. Una copa con Petronio
- Capítulo 4. Delenda est Roma!
- Capítulo 5. La familia Salomón
- Capítulo 6. Treinta veces navarca
- Capítulo 7. En busca de Shubalam
- Capítulo 8. La función del Teatro Balbo
- Capítulo 9. El César te saluda, Benasur
- Capítulo 10. A los pies de Tiberio
- Capítulo 11. El tercer patio
- Capítulo 12. El Lazo de Púrpura
- Capítulo 13. Zintia
- Capítulo 14. El látigo del silenciario
- Capítulo 15. El banquete de los gladiadores

Capítulo 16. Zintia, rescatada

Libro III. Gades

Capítulo 1. En el mar Ibérico
Capítulo 2. Gades, baluarte ecuestre
Capítulo 3. El Senado de Roma soy yo
Capítulo 4. ¡Bendito seas tú, Daván!
Capítulo 5. Dos banqueros gaditanos
Capítulo 6. Paseo por la ciudad
Capítulo 7. El terror
Capítulo 8. Negocios del corazón
Capítulo 9. La operación Bacó
Capítulo 10. ¿Un mundo sin látigo?
Capítulo 11. La pregunta de Mileto
Capítulo 12. La puñalada en Paros
Capítulo 13. La guerra en marcha
Capítulo 14. El minio de Sisapon
Capítulo 15. La doncella de Gades

Libro IV. África

Capítulo 1. Viaje por Mauritania
Capítulo 2. La fuga
Capítulo 3. El cíngulo de fuego
Capítulo 4. La ciudad de las gemas
Capítulo 5. Garama
Capítulo 6. La venta de Amela
Capítulo 7. La estrella de tres colas
Capítulo 8. Jacobón, prestamista de la corte
Capítulo 9. El luminoso Kaivan
Capítulo 10. La espada sin letra se mella
Capítulo 11. Tuyo es el mundo, Karl-Zan
Capítulo 12. La corte de Abumón
Capítulo 13. Los carros de Bética
Capítulo 14. ¡Viva Jazalí!
Capítulo 15. La legión de los diez mil
Capítulo 16. Un perro aúlla

Capítulo 17. Alejandría
Capítulo 18. ¡Dinero, dinero, dinero!
Capítulo 19. El primer espejo de azogue
Capítulo 20. El pavor al hambre
Capítulo 1. La caravana
Capítulo 2. ¡Hosanna, al hijo de David!
Capítulo 3. Raquel, hija de Elifás
Capítulo 4. La libertad, bien de Dios
Capítulo 5. Con Poncio Pilato
Capítulo 6. Dad al César
Capítulo 7. El festín de Herodes
Capítulo 8. Salomé
Capítulo 9. Tampoco Jesús es el hombre
Capítulo 10. Los treinta denarios
Capítulo 11. La hora de las negaciones
Capítulo 12. El perjurio
Capítulo 13. La junta de los doce
Capítulo 14. La hora de la ignominia
Capítulo 15. El calvario
Capítulo 16. Las tinieblas
Capítulo 17. La resurrección

Créditos

EL LAZO DE PÚRPURA

Benasur de Judea I

Alejandro Núñez Alonso

istoría

A NOY,
este recuerdo de nuestras vacaciones en el Egeo

Libro I
El Egeo

Capítulo 1

Un barco en el Egeo

Las letras de bronce decían REGIUM. Estaban bruñidas y espaciadas. Destacábanse brillantes en la franja azul que corría a todo lo largo del barco. Los curiosos miraban la nave con esa expresión de envidia que producen los bienes inalcanzables. El gesto de Mileto denunciaba algo más que envidia: el desencanto y la desesperanza. Una desesperanza profunda, como llevada en la sangre, como nacida con ella, como heredada y sin vecindad en la resignación. Aristo Abramos, más neutro, quizá indiferente, casi aburrido, sonreía. Sonreía como suele hacerlo aquel que está ajeno al mundo circundante. Benasur mostraba un gesto de franco fastidio.

—¡Malditas moscas! ¡Nos perseguirán en el barco!

La canalla del puerto no se dejaba seducir por las letras de bronce. Miraba el abanico. Pocas veces se veía por el puerto de Cencres un abanico como aquél.

—¡Malditas moscas!

Abramos estaba a punto de soltar la risa. ¿Acaso Benasur no sabía de sobra lo que era una nave romana? ¿Por qué descargar contra las moscas la irritación que le producía el trirreme? Al fin, no era para tanto. Cuando mucho, un día de viaje. Tampoco las moscas de Corinto eran más molestas que las de Palestina, que las de Italia, que las de cualquier otra parte del mundo.

Abramos miró interrogadoramente a su amigo. No, no eran las moscas. Conocía lo suficiente a Benasur para saber que no eran las moscas. Mas Aristo Abramos tenía sus dudas, y no acertaba a concretar si la repugnancia de Benasur era debida a las posibles molestias que presumía encontrar en el Regium o a la peligrosa

aventura de aquel viaje que tenía por meta inmediata al condenado Skamín. Un nombre que siempre que Abramos podía eludir, procuraba no pronunciarlo. Así evitaba que le dejase en los labios escozor de quemadura. Porque ese nombre quemaba como el roce de una piedra de esmeril.

Los tres hombres se guardaban del sol bajo la protección de las sombrillas que sostenían los esclavos. Para librarse de las moscas, se habían separado de los caballos. Mas las moscas continuaban el acoso bajo las sombrillas. Igual que las miradas impertinentes de los pasajeros y sus acompañantes, y las miradas de la canalla del puerto. Los siervos no descuidaban los látigos para apartar a los lisiados, mendicantes y chiquillos que intentaban acercarse a los señores para importunarlos con ruegos pedigüeños.

La canalla conocía a Aristo Abramos y sabía que no soltaba un cobre sino para recibir dos y los intereses. También conocía a su contador Mileto. Mas la atracción era Benasur, con la toga romana de doce pliegues. Aunque judío, por su condición de navarca de treinta flotas tenía derecho a la ciudadanía de la toga. La toga imponía respeto. Sobre todo a la gente del puerto, cubierta de costras purulentas o de costras de mugre. Y más que la toga provocaba su admiración el abanico. Por Cencres no se había visto un abanico igual, con mango de marfil ricamente labrado, con las tres esmeraldas que sujetaban el haz de plumas exóticas.

Junto a los tres señores, los grupos de los viajeros y sus acompañantes. Se hacían mutuas recomendaciones. A los que se iban, les daban cartas y saludos para los deudos o amigos que encontrarían en tierras lejanas. Otros no debían ir muy lejos. Por su aspecto enfermizo se adivinaba que no soportarían el rigor de un largo viaje. Irían a una isla cercana, a someterse a un régimen de aguas medicinales, a consultar un médico o a ponerse en manos de una hechicera.

—Bien —dijo Benasur—. Creo que es hora de dar mi nombre al registro.

Aristo Abramos suspiró. Armador de Corinto, propietario de las flotas grandes de Cencres y de Lequeo, le había dicho a Benasur el día anterior: «Siento que ninguno de mis barcos se halle en puerto.

Ni nave alejandrina ni gadirita. Y como son grandes tus prisas, te aconsejo que tomes mañana el barco romano que sale de Cencres. Hará escala en Paros, pues ahora todas las naves hacen allí escala. Echarás de menos la comida y el buen trato de los trirremes alejandrinos y aun la alegría que impera en mis barcos, pero llegarás puntualmente a Paros, donde te espera tu Aquilonia».

Las naves romanas, a falta de mayores comodidades, ofrecían la de la puntualidad. Y solían cumplirla aunque para ello el cómitre tuviese que desriñonar a los remeros. No, Benasur no hubiera deseado tampoco viajar en ninguno de los barcos de su socio Aristo Abramos, famosos por su alegría, pero detestables por los pasajeros que proporcionaban esa alegría: modestos mercaderes, danzarinas y prostitutas, malos cómicos, rapsodas, libertos de tres al cuarto, saltimbanquis, tahúres y toda la demás ralea que integra esa humanidad pícara y no bien nutrida, audaz de costumbres y poco respetuosa con el derecho de propiedad; esa humanidad nómada, flotante, escurridiza e imprevisora que se desparramaba por las tierras y las islas del Egeo.

Aristo Abramos hacía un buen negocio con esa clase de pasaje. Lo módico de sus tarifas atraía a los viajeros aquejados de la crónica dolencia de falta de recursos. A cambio de las comodidades que los barcos de Abramos no proporcionaban, los pasajeros, aprovechándose del régimen liberal de las naves corintias, se dedicaban al ejercicio de las más estrambóticas actividades y diversiones, desde la danza improvisada al juego de dados, sin olvidar los combates de púgiles y la rifa de mujeres.

Antes de que Mileto se dirigiera al telonio, Abramos le dijo:

—Da tu nombre también, Mileto. Acompañarás a Benasur. —Benasur y Mileto miraron extrañados a Abramos. Benasur, con una luz de agrado en sus ojos. Mileto, sin acabar de comprender.

—¿Que yo acompañe a Benasur? —preguntó al mismo tiempo que miraba a éste.

—Sí, Mileto —le respondió Abramos.

Benasur no dijo nada. Se concretó a bajar la vista y a sonreír. Era tan inesperado el desprendimiento de Abramos, que no se le ocurría ninguna frase de agradecimiento. Sin embargo, debió de sentirse

conmovido porque dejó de abanicarse y las plumas se posaron sobre su pecho. Abramos, para concluir con cualquier asomo de duda, sacó dos monedas de oro y se las dio a Mileto.

—Paga los pasajes... si es que te cobran el de Benasur.

Mileto cogió las monedas con los ojos húmedos de súbito agradecimiento. No tuvo tiempo para razonar su perplejidad. Acompañado del siervo que llevaba la sombrilla, se dirigió al telonio señalado con el estandarte de Roma: S. P. Q. R. Tras el mostrador y a un lado, sobre una columna de mármol, un busto de Tiberio en terracota, de tamaño reducido. La columna era, desde luego, mucho más valiosa que el busto. La columna ya había sostenido los retratos de Augusto y de Julio César. Mileto pagó el precio de los dos pasajes en litera de toldilla. El ecónomo del Regium apuntó los dos nombres en el álbum.

—¿Dices Benasur de Judea? —preguntó, curioso.

No esperó la contestación de Mileto. Alzó la cabeza y durante unos breves instantes se quedó mirando hacia el grupo que formaban Benasur y Abramos.

Éste le decía a su amigo:

—Deseo que te lleves a Mileto porque sabrá distraerte de tus nostalgias y de tus impaciencias. Es aprendiz de todo y maestro de sí mismo, lo que quiere decir que es hombre prudente.

A Benasur no le desagradó la proposición. Por el contrario, sintiose complacido con ella. Había hecho buenas migas con Mileto, que le hablaba de Eros y de Psiquis con un sentido que él nunca pensó pudieran tener el amor y el alma. Un sentido nuevo, bastante sutil y alígero, que no coincidía con el sentido profano y grave, en cierto modo entrañable, que Benasur daba al alma y al corazón. Decididamente, el alma y el amor judíos eran muy diferentes de la psiquis y el eros helenos.

Mileto, como buen griego, además de sus filosofías, poseía otras cualidades. Era experto en números y Aristo Abramos lo estimaba por este don. Benasur había podido comprobar que una operación aritmética que exigía a un contador más de dos horas para resolverla, a Mileto apenas le ocupaba la atención de unos cuantos minutos. El griego sabía también todo lo que había que saber de la

vida. Y sin haber salido nunca de Corinto, por simples lecturas y referencias, conocía el mundo como la palma de la mano. No sólo el imperial de Roma, sino el más remoto que llegaba a la India, China e islas más lejanas y que, por el extremo norte, por el Aquilón, daba con las tierras frías y brumosas de Thule. Y conocía el otro, secreto y subterráneo, oscuro y violento, tornadizo y medroso de las pasiones de los hombres, adscrito a la geografía de las almas.

Cuando Mileto regresó del telonio, le preguntó Aristo:

—¿Diste el nombre de Benasur, de Benasur de Judea?

—¡Claro! ¿Cuál, si no?

—¡Extraño! —masticó el judío. Y dirigiéndose a Benasur—: Si quieres, hago la aclaración...

—No merece la pena —opuso Benasur.

—Es del registro de Régulo Flavio.

—Lo supongo. Me debe dos anualidades... —Y a continuación, con un inefable dejo—: Ya lo tenía olvidado.

Mileto, que no acertaba a comprender por qué causa los dos señores se mostraban tan extrañados, consideró oportuno manifestar a su patrón lo mucho que sentía dejarlo. No era sincero. A Benasur le pareció que el griego se pronunciaba de un modo ambiguo. En realidad, no sabía qué clase de relaciones podían existir entre Abramos y Mileto, pues si a veces tuvo motivos para pensar que fuese un esclavo, Abramos servíase de él con tal prudencia como lo haría con un liberto o un asalariado, y no pocas veces, en los ratos de ocio que seguían a las jornadas de trabajo, lo trataba como a un viejo amigo.

Hasta entonces Benasur no había encontrado una persona que le hubiese inspirado suficiente confianza para revelarle sus amores. Precisamente al segundo día de llegar a Corinto, Mileto dio en hablar de Psiquis y de Eros. Y desenvolviendo la fábula despertó en el judío el recuerdo de Raquel. Mileto era superficial y hablador, parabólico y poco práctico, pero en cuestiones de la psiquis, en asuntos de amor, solía dar sustancia a su plática y encontrar frases felices que explicaban estados de ánimo que, aunque experimentados por Benasur, éste nunca se había parado a examinar con los ojos del alma. Claro que el amor, al modo de las definiciones de Mileto, tenía

mucho de mentira. Pero en la ausencia de Raquel, hija de Elifás, esa mentira con seducciones de espejismo mitigaba ciertas nostalgias de la entraña.

Los hombres que habían llevado el cargamento al barco, terminada la estiba, se dirigieron al telonio a cobrar. Un marinero provisto de tuba lanzó la señal de embarque. El capitán del Regium subió a la plataforma de mando. Los pasajeros que venían de Tesalónica, desaparecidos de cubierta los cargadores, volvieron a la borda. Algunos arrojaron frutas o pedazos de torta a los chiquillos que, desde el muelle, pedían a gritos una limosna.

Aristo Abramos y Benasur de Judea se despidieron. Los dos llevaron las manos al pecho y se besaron en las mejillas.

Y Abramos, dirigiéndose a Mileto:

—Que el Señor te acompañe, Mileto. Y cuida muy bien a Benasur, que ya has visto es amigo leal y señor magnífico.

A Mileto se le humedecieron los ojos. A tal punto, que dos lágrimas se le vieron prontas a brotar. Benasur volvió a abanicarse. Miró hacia la nave y su capitán. Quizá el capitán ya sabía que él, Benasur de Judea, jefe del más poderoso consorcio naviero del Mar Interior, era pasajero del Regium. Y tal conocimiento proporcionaría a Benasur un trato especial de cortesía.

Al despedirse, pocos de los pasajeros y sus deudos pudieron ocultar la emoción y los sollozos. En algunos, las exclamaciones de despedida fueron patéticas. Los votos a los dioses menudearon. Veíanse peregrinos que acudían a Paros a consultar a la profetisa Missya. Benasur, seguido por Mileto, que llevaba las tres bolsas de viaje, subió a la nave por la pasarela. Al llegar a cubierta un marinero le cogió los sacos de cuero y, tras preguntarles los nombres, se fue con el equipaje hacia la toldilla. El ecónomo, con el álbum en la mano, iba confrontando la entrada de los viajeros.

Benasur esperó unos instantes al lado del ecónomo. Supuso que le saludaría con algunas palabras corteses; que, en nombre del capitán, le daría la bienvenida. Pero el ecónomo no le prestó la menor atención.

El judío se acercó a la borda. Sacó de la bolsa de la túnica un pomo de vidrio que se llevó a la nariz. Aspiró profundamente y se

guardó el perfumador. Volvió a sonar la tuba por tres veces en señal de partida. Los marinos, provistos de unas pértigas, separaron la nave. En seguida asomaron los remos por las columbarias.

—¿Es cierto que tu nave Aquilonia es un palacio? —preguntó Mileto.

—Comparada con este trirreme, sí. Las naves romanas son malas, como naves de tuba... —repuso el judío.

—Sé prudente, Benasur, que pueden oírte los soldados.

Los soldados, en número de seis, estaban de espaldas a la toldilla. La severidad de su gesto, la rigidez de su postura, imponían el suficiente respeto para que los barcos romanos fuesen aburridos como se decía. Pero eran puntuales. Y el mundo daba mucha importancia al tiempo. Todas las gentes principales, los grandes mercaderes y grandes señores viajaban en naves romanas. Era la moda. Aunque todos murmurasen de la altanería de los tripulantes. El capitán sólo condescendía a hablar con los segundos de a bordo, con el decurión de vigilia y con algún ciudadano romano en cuya toga viera signo purpurado.

Pero Benasur exageraba calificando al Regium de «nave de tuba», como la gente solía apodar a los barcos de ínfima clase.

—¿Y por qué no viniste en el Aquilonia hasta Cencres? —preguntó Mileto.

—Lo dejé en Paros para someterlo a carenaje.

—Entonces en Paros...

—En Paros saltaremos a mi barco. Y desde ahí saldremos hacia el archipiélago de Anafe..., donde nos espera Skamín.

Mileto creyó no oír bien. Pero el estremecimiento cobarde que recorrió su cuerpo le convenció de que Benasur había dicho Skamín.

—¿Has dicho Skamín? —interrogó para asegurarse.

—He dicho el terror de los mares, Mileto.

El griego miró de arriba abajo al judío. Lo miró con una expresión que era tanto de asombro como de miedo. Y sólo acertó a exclamar, como resumen de la curiosidad que le despertaba:

—¡Daría cualquier cosa por saber si dentro de una semana aún vivimos!

Benasur, recostado en el reclinatorio adosado a la toldilla, conversaba con Temisto, un edil de Corinto que, además, explotaba un importante negocio editorial. En sus talleres trabajaban, entre jornaleros y esclavos, más de seiscientos copistas, todos tan expertos y hábiles que Temisto se envanecía de producir diariamente doce ejemplares de obras grandes y cerca de treinta y cinco de obras de teatro, epigramas, discursos y tratados. Sus libros estaban copiados con tal pulcritud que la mayoría los exportaba a Roma, donde contaba con una selecta clientela que no ponía reparos al precio.

—En Grecia se lee poco —se quejó Temisto—. Los griegos nos creemos tan inteligentes que no nos molestamos en leer. Si no fuera por las exportaciones a Roma, Siracusa, Alejandría y Tiro, mi negocio no tendría vida. Por eso me traslado a Roma, para ver si me conviene establecer allí un taller. Los romanos aprecian mis libros. Los egipcios, que son exigentes y pedantes, no los estiman tanto. Les sacan peros. Todo les parece excesivamente caro. No me gusta negociar con egipcios. Pero yo vendo libros en Alejandría, porque son los romanos y griegos los que me los compran... En Tiro tampoco leen, mas las gentes adquieren ejemplares de ediciones lujosas para adornar la casa con una biblioteca.

Benasur estaba más atento al ruido uniforme del mazo, marcando el ritmo de los remeros, que a la plática de Temisto. Pero le sorprendió oírle decir:

—¿Hace mucho que faltas de Palestina?

—Nueve meses...

—Entonces tú estabas en Jerusalén cuando lo del Profeta...

—No. Estaba en Tiro. Pero lo del profeta Juan ocurrió en el castillo de Maqueronte.

—¿Y es cierto que sucedió tal como dicen?

—¿Cómo dicen que sucedió? —replicó Benasur sin muchas ganas de entrar en detalles.

—Pues que la princesa Salomé le pidió al rey Herodes la cabeza del Profeta. Que el rey se la concedió y que Juan fue decapitado en el mismo salón durante el festín...

—Parece que así fue...

—Pero ¿es posible... tanta barbarie?

Benasur hizo un gesto de indiferencia. Después:

—En todas partes se ajusticia a profetas y a farsantes. Lo terrible no está en el ajusticiamiento, sino en las circunstancias.

Temisto no pudo ocultar su curiosidad:

—¿Las circunstancias? ¿Qué circunstancias?

—Tú sabes que el pueblo había visto en Juan un profeta. El profeta en Palestina es inmune a la acción de cualquier poder temporal, sea el del César, sea el del rey. El pueblo habría soportado una injusticia por parte de Roma, pero no olvidará ni perdonará nunca que Herodes...

A Temisto no le interesaba la cuestión *de jure*. Por eso interrumpió a Benasur preguntándole qué clase de mujer era Salomé. El judío comprendió en seguida: el editor era uno de los muchos seducidos por la leyenda; leyenda aviesamente propalada por Roma y según la cual la princesa e hijastra de Herodes, después de haber sido decapitado Juan, se había puesto a bailar con la cabeza de éste. A Benasur le parecía ya bastante monstruoso que la joven, valida de la influencia que ejercía sobre Herodes, hubiese logrado hacer decapitar al Profeta. Pero los romanos habían difundido por el mundo una versión más bárbara: la del baile de Salomé. Más bárbara de acuerdo con su espíritu infantil, pues los griegos, los mismos cananeos y no pocos egipcios —de mentalidad más compleja que la de los romanos— encontraban en la versión del baile de Salomé un refinamiento, un sutil picor morboso capaz de justificar el crimen.

Temisto tenía ahora fija la mirada en una pareja de hombres, los dos jóvenes. Desde que aparecieron en el barco no se habían separado un momento. Los dos vestían túnica y capa griegas y se distinguían mutuamente con una señalada afección. El más joven, casi un adolescente, de rasgos muy finos, de grandes ojos azules, se quedaba largos ratos contemplando el mar en una actitud de femenina ensoñación.

Benasur experimentó una súbita molestia. El recuerdo de Shubalam se le vino a la mente. Desde años atrás, Shubalam se le

hacía presente en la memoria como una secreta recriminación de la conciencia.

El rey númida Tacfarinas le había hecho prometer que, en caso de muerte prematura, cuidaría de su hijo Shubalam. Cuando éste cayó prisionero, víctima de la misma celada en que sucumbió su padre, era muy comprometido interesarse por él. Cualquier auxilio por parte de Benasur hubiera sido igual que descubrirse como socio y aliado de Tacfarinas. Y Tiberio más de una vez había dado pruebas de rencor, del odio mal disimulado, quizá desprecio, que sentía por Tacfarinas.

Ahora Benasur se preguntaba acusándose a sí mismo: ¿Es que la amistad, el compromiso adquirido, caducan en cuanto aparece el riesgo? Además, ¿no le había recomendado Tacfarinas a su hijo precisamente en caso de peligro, en caso de que él muriera a manos de Roma? A raíz de la tragedia, Benasur se mantuvo silencioso, inactivo, cauto. Hasta tal punto, que cuando el recuerdo de la palabra empeñada y la exigencia de la amistad reclamaron una acción generosa, no pudo contestarse si Shubalam estaba vivo o muerto. Había dejado pasar cuatro años de la muerte de Tacfarinas. Cuatro años eran muchos para perder la pista de un prisionero de guerra. Sin embargo, no pudiendo soportar aquella desazón, comenzó a hacer las primeras investigaciones con una prudencia que desmentía la razón de la búsqueda. Y convencido, quizá decepcionado de su falta de resolución, pasó el asunto a Myna, su agente confidencial en Paros. Myna era la inteligencia receptora más sensible que podía hallarse en el mundo romano. Tenía mil pares de ojos para ver y mil pares de oídos para oír. Y una sola boca para hablar. Esa boca sólo hablaba para Benasur. Cierto que al judío le costaba muy caro alimentar esa boca. Sólo así, a fuerza de prodigalidad, podía mantenerla callada o hacerla hablar a su voluntad.

Quince días antes, cuando Benasur estuvo en Paros, Myna le dijo que, a su regreso de Corinto, le tendría una información exacta sobre el paradero de Shubalam.

Si es que vivía. Si no, le daría el nombre del verdugo. Benasur, de haber obrado con diligencia, hacía cuatro años que hubiera tenido

los mismos informes, entonces con la seguridad de que Shubalam estaba vivo, con la probabilidad de recurrir, por terceras personas, en su auxilio y ayuda. Habría cumplido así con la palabra empeñada. Tacfarinas merecía el cumplimiento del compromiso. Y también el muchacho. No podía olvidar que, siendo niño Shubalam, se lo llevó a Gades. Siró Josef y su familia estuvieron encantados con él. Tampoco olvidaba Benasur el cariño que Shubalam le tenía. Si aún estaba con vida, ¿qué habría pensado el muchacho del abandono en que le había dejado? Y si había muerto, ¡con qué amargura debió de recordar en los últimos momentos a aquel hombre, a aquel gran señor en quien él y su padre depositaron tan ciega como inútil confianza!

Benasur se despreocupó de sus pensamientos. Poco a poco sintiose sumido en una grata somnolencia. El crujir del maderamen de la nave, el golpeteo uniforme del mazo que marcaba el ritmo de los remeros, el susurro rasgado de los remos en el mar, la intensa luminosidad del crepúsculo, ponían una desmayada pesadez en sus párpados. En ese instante ni Shubalam ni el recuerdo de Skamín y Tiberio, móviles de su impaciencia, lograban librarle de la modorra. Todos los ruidos fueron apagándose en sus oídos y sólo el golpeteo del portísculus, que percibía en sordina, le hacía pensar en los remeros, llevándolo a tiempo atrás, a las dos únicas ocasiones que en su vida había tenido ánimo para bajar a la galera de un barco.

Quizá fueran unos cuatro minutos los que Benasur permaneció dormido; pero de modo tan incompleto que pudo escuchar, no sin extrañeza, una pregunta que le hacía Temisto:

—¿Has nombrado a Skamín, Benasur?

Benasur abrió los ojos. Ya no estaban los dos jóvenes apoyados en la borda.

—No creo haberlo nombrado. Por lo menos al Skamín a que tú te refieres. Temisto sonrió incrédulo. Quizá incrédulo y despectivo. A Benasur le pareció Temisto un griego pedante que se daba humos de gran mercader sólo porque de sus talleres salían medio centenar de ejemplares. Era una buena producción, ciertamente, pero ¿acaso los libros se comían? Los hombres comen y visten, se mueven y se matan. Fuera de las industrias que propendían a satisfacer tan

violentas necesidades, las demás, como negocio, eran especulación baladí e infructuosa.

—Nombrar a Skamín en una nave romana es mencionar el ayuno en casa del famélico. Comoquiera que sea, mi honorable Benasur, sólo hay un Skamín... —insistió el edil al cabo de un silencio.

Benasur prefirió callar. El griego, cambiando de tema, pero con la intención de hacer alarde de su experiencia, le preguntó:

—¿Has viajado mucho por mar, Benasur?

Benasur, que era propietario de doscientos sesenta y nueve barcos y que con las diecinueve compañías navieras asociadas mantenía un dominio sobre quinientas naves, contestó humildemente:

—Un poco... nada más.

Los marineros preparaban sobre cubierta la mesa, uniendo por las espigas dos enormes tableros que se ajustaban sobre tres caballetes. Adosaron a la mesa cinco reclinatorios de tres plazas cada uno. Luego, sobre ocho barrotes, colocaron el toldo. Mientras unos marineros se dedicaban a esta labor, otros pusieron en cada triclinio la respectiva colchoneta y cubrieron ésta con un lino blanco.

Benasur observaba toda esta maniobra con una sonrisa burlona.

—Sé que no soportaré el espectáculo —le dijo Temisto—; pero no dejaré de ver una lucha gladiatoria en cuanto llegue a Roma. Hablan de Festo como de un verdadero fenómeno.

Benasur continuó atento a la operación de preparar la mesa. Vio al maestresala llegar con un cubilete en la mano para echar a suerte los puestos que, sin discriminación jerárquica, habrían de ocupar los pasajeros.

En las naves alejandrinas, las más suntuosas del mundo, los puestos a la mesa eran señalados por el álbum, en el que aparecía de mayor a menor importancia la lista de los pasajeros, de acuerdo con el precio del pasaje. La jerarquía la imponía el dinero. Si en la nave romana viajaba un funcionario o personaje del Imperio, la suerte de los dados no contaba para él, pues el maestresala le reservaba el puesto de honor en la mesa, siempre a la derecha del capitán, que en tales ocasiones condescendía a comer con los pasajeros. Por esto a Benasur le divertía comprobar cómo las costumbres democráticas impuestas por los romanos se prestaban a

acomodaticias interpretaciones siempre que apareciese algún ciudadano purpurado. Mientras que en las naves alejandrinas, el procónsul, el tribuno o el senador se veían obligados a pagar la más cara plaza del barco, a fin de no dejar en entredicho el prestigio de la púrpura.

Una vez que izaron las velas y se levantaron los remos, el maestresala, con una pequeña trompeta, avisó a los comensales. De unos sesenta pasajeros que irían en el trirreme, sólo quince se acercaron a la mesa. El maestresala había señalado a cada comensal su lugar, pero, cumplido el trámite dejó que los pasajeros cambiaran de sitio de acuerdo con su parentesco, amistad o simpatía. El editor Temisto se reclinó, ocupando el mismo triclinio en que se había recostado una señora y una adolescente.

Para las mujeres, el viaje en barco suponía una picante novedad que, en cierto modo, alteraba la rutina de sus hábitos. Muchas pasajeras esperaban con impaciencia la hora de la mesa, que les permitía acostarse en el triclinio, rompiendo con la prohibición cotidiana. Pues lo que era mal visto en la casa propia, en el barco, por quién sabe qué extrañas razones, estaba permitido. Así, en el viaje, las mujeres decentes participaban de una dispensa que en tierra firme sólo se tomaban cortesanas y ciertas damas extravagantes, de conducta equívoca, que gustaban de presumir de modernas y ecuménicas.

La señora y la adolescente, que parecía ser su hija, eran mujeres con bastante encanto físico. Principalmente la doncella, que tenía un no sé qué de recatada seducción. Sin embargo, a Benasur le parecieron algo raras, pues las mujeres, aun viajando en pareja, solían acompañarse de un esclavo varón.

Cerca del editor y de las mujeres se colocaron los dos jóvenes e inseparables amigos. Benasur tenía a su lado a Mileto, que lo miraba todo con curiosidad cuando no con un gesto de asombro. Mientras daba vueltas al vaso sumido en el hueco circular de la mesa, murmuró:

—No hay cosa, Benasur, que se resista al ingenio y a la industria del hombre. Este viaje es maravilloso.

Benasur le miró de reojo. Sonrió. Sonrió pensando que la sapiencia que dan los libros era bien poca cosa si no recibía la material confrontación de la experiencia personal. Y cuando Mileto le dijo que en el Aquilonia tendría la ocasión de ver una nave por dentro, ironizó:

—Y por fuera.

Uno de los *ministratores* o camareros pasó con un ánfora escanciando en los vasos de los comensales. Éste fue otro detalle que no se le escapó a Benasur, pues en las naves alejandrinas las ánforas se vaciaban en las cráteras sujetas a un juego de trípodes que las mantenían sin derramarse por muy fuerte que fuera el movimiento de la nave.

Como anochecía, un marinero fue colgando de los ganchos de las pértigas que sostenían el toldo unas lámparas de aceite. Y en la plataforma del castillo se encendió la pira. La noche, y más que la noche el vino, animó a los viajeros, que comenzaron a participar en una charla general.

Capítulo 2

Paros, madriguera de piratas

Al día siguiente, cuando la isla de Paros se vislumbró en el horizonte, Benasur y Temisto se hallaban como la tarde anterior sentados en cubierta, cerca de la toldilla, en los mismos reclinatorios. Frente a ellos pasó la pareja de jóvenes.

—¿Sabes lo que se dice de ellos, Benasur?

—No. Anoche, al ir a acostarme, algo me dijo Mileto, pero no presté atención. ¿Qué se dice? Los dos son griegos, ¿verdad?

—El mayor es macedonio y el otro armenio. El macedonio ha ilusionado al muchacho diciéndole que hará de él un histrión. En un barco no pueden guardarse secretos. Lástima que tú nos abandones en Paros; si no, en otro día más de viaje hubiera acabado por descubrir por qué ayer, mientras cabeceabas la siesta, dejaste escapar de tus labios el nombre de Skamín. Y te bajarás ahí, en Paros. ¿Acaso esa isla no da su nombre a las naves de abordaje de los piratas? ¿No es Paros madriguera de piratas?

—Eso dicen —contestó Benasur del modo más inocente. Y en seguida—: Pero volviendo a esos jóvenes: el armenio tiene sobradas condiciones físicas para ser un buen histrión. Anoche, después de cenar, que se cambió de vestido y estuvo paseando con un palio muy largo, parecía una mujer...

—Van a Roma. Pero antes el armenio se presentará con una pantomima en algún teatrillo de Siracusa o de Neápolis...

—¿Acaso el macedonio es empresario, actor o poeta?

—Ninguna de esas cosas. Se contenta con ser rico. Un hombre rico hace un empresario y un empresario hace un histrión. Y un histrión joven y bello puede lograr fama y con la fama dinero.

—¡Increíble! —se asombró Benasur—. ¿Un histrión puede hacer dinero fuera de los lupanares del Emporio? Si tal sucede, no le niego porvenir al armenio. Hasta creo que ese joven podría competir ventajosamente con las prostitutas que rondan la estatua de Marsias.

—Tú no conoces Roma, Benasur —repitió Temisto—. Una cosa es el Foro y otra los muelles del Tíber. Al Emporio no van a parar más que los histriones obesos y decadentes. Pero antes de que eso llegue, un histrión disfruta el favor de los patricios, de las más conspicuas cortesanas y hasta no es difícil que de las más linajudas matronas. Un histrión con fortuna puede llegar al triclinio del César.

—¿Del puritano Tiberio? —se escandalizó Benasur.

—¡Chisss! No hables tan alto. Escucha. ¿Tú has oído hablar de Florio?

—¿Del actor?

—No, el histrión. Florio nunca quiso ser actor. Le molestaba el coturno, pero ¡qué bien se calzaba las zapatillas de doncella! Roma no ha tenido un histrión de la sensibilidad femenina de Florio. Nadie como él para interpretar a la doncella, a la matrona, a la sacerdotisa y aun a la parturienta. Era un regocijo verle imitar los mohínes y remilgos de las mujeres. Despertó tan vivas pasiones en los hombres, que se dice que el tribuno Gétimo se suicidó por él. Pues bien, Florio es uno de los histriones (y no es el único) que supo retirarse a tiempo. Es dueño de una manzana de casas en el Transtíber, tiene cerca de Roma una hacienda que le trabajan quinientos esclavos y una casa de campo en Neápolis. Y como él hay varios que, retirados, viven mejor que vivió Pylade en la época de sus mayores éxitos de actor de pantomima. El día que Florio abandonó el teatro, Mamerco Escauro se las arregló muy bien para influir cerca de Tiberio y lograr que el César le diera una cena. Y ahora el senador Máximo Rufo, que siempre ha sentido una especial predilección por Florio, pretende que en una función de gala en el Teatro Marcelo se le corone como artífice dilecto de Apolo. No sé si sabrás que Máximo Rufo es uno de los favoritos de Tiberio...

Sí, Benasur sabía que Máximo Rufo era uno de los consejeros del Emperador. El saberlo le costaba algo más de cien mil sestercios

anuales. Lo que ignoraba es que Rufo tuviese tan licenciosas aficiones. ¡De cuántas cosas estaba enterado el griego Temisto! Sin embargo, era prudente poner en cuarentena mucho de lo que decía. No debía de ser tan regalada la vida que el griego atribuía a los histriones, ya que Tiberio demostró en más de una ocasión la antipatía que le despertaba la gente de teatro, especialmente después de un motín que se provocó en una representación. Entonces el César se dirigió al Senado con uno de sus habituales golpes de humor: «Cierto que Augusto dispuso sabiamente que ningún histrión fuese azotado, por muy irreverentemente que se expresara sobre la magistratura. Por eso, y con el fin de evitar que la autoridad subalterna, ignorante de tan prudente disposición, cometa desafuero con mimos e histriones, propongo al Senado que dicte la expulsión de todos ellos de Italia, al objeto de preservarlos de las iras de los pretores indocumentados». Pero ya antes se había decretado «que ningún senador entrase en casa de comediantes; que ningún caballero los acompañase en público ni los llevase a su lado, y que no fuese lícito el verlos representar sino en el teatro».

Continuó al lado del editor sin prestar oído a lo que decía, pues tanta noticia menuda sobre Roma no le interesaba en absoluto. Benasur no conocía esa Roma sino de oídas: como se la estaba contando ahora Temisto; como se la había contado hacía tiempo, la primera vez que estuvo en la Urbe, Celso Salomón; como se la contaban los socios que se encontraba por el mundo o en la propia Jerusalén. Jos Hiram, de Tiro, también se apasionaba mucho por las cosas de la Urbe, a pesar de que en su propia ciudad —que en poblada y en escandalosa podía compararse a Roma— tenía de dónde cortar. Pero Benasur se concretaba a conocer su Roma; la del Foro, la de las transacciones comerciales en gran escala, la de la Banca y la de la moneda, la de las importaciones y exportaciones, la Roma laboriosa, madrugadora, que ponía precio a la plata y al minio, al ámbar y al hierro, al cuero y a la seda; la Roma de los senadores sobornables; la de las concesiones jugosas. Conocía la Roma de los negocios, aquella que las gentes que andaban muy interesadas en circos y teatros, en carreras y termas, en gestos y frases cortesanas, histriones y gladiadores, apenas barruntaban. Una Roma dilatada,

hecha con cifras, que rebasaba la Urbe, trasmontaba los mares y se extendía aún más allá de las fronteras del Imperio.

Estaban a media hora de Paros cuando se presentó Mileto con las sacas de viaje. Benasur se levantó y lo llevó aparte. Poniendo en su mano cuatro dracmas de oro, le dijo:

—Ahora que llegamos a Paros, cogerás la calle principal que sube del puerto. A mano derecha encontrarás en seguida un gran comercio: Kosmobazar. Pregunta por Ciro, que es amigo mío, y cómprate zapatos, sandalias y zapatillas; túnicas para la calle y para la cena; cómprate también una capa de buena trama. Y dile a Ciro que te dé la mejor toga que tenga a tu medida, pues debes aprender a vestir a la romana. No importa que, como extranjero, no tengas derecho a usarla. Si te descubren, la primera vez te multarán y yo pagaré la multa; a la segunda, te mandarán azotar y yo te pondré los tafetanes; a la tercera, si persistes en tener la ciudadanía de la toga sin ser un puerco romano, te arrojarán por la roca Tarpeya. Desde allí se ve un bonito paisaje: el Campo de Marte y el monte Vaticano al fondo. No tendré que hacer el gasto del sarcófago, porque los romanos darán tus más jugosas porciones a las fieras del anfiteatro... Pero a lo que iba: no olvides que en el Kosmobazar se esconde Ciro, el hombre más extraño del orbe. Trafica con Skamín y dicta la moda. Lo verás sucio y con una túnica abominable. No te fíes de las apariencias, pues aunque no se baña, es el hombre más exquisito que ha dado la estirpe de mis mayores... Atiende, Mileto: de Kosmobazar te pasas a la acera de enfrente y, subiendo un poco más, encontrarás una casa de baños. Aséate y múdate de ropa. Hazte cortar el cabello a la romana. Después haz un lío con esas ropas que llevas y sigue hacia arriba. Cuando llegues a la Fuente de las Nereidas no te recrees en ella por el hecho de que sea auténtica obra de Scopas: en Roma hay buenas imitaciones. Enfrente verás una tienda de viejo. Entra, pregunta por Juan y véndele la ropa. Es mi paisano. Debes cuidarte de él.

Y Benasur, después de echar una mirada de conocedor sobre la vestimenta de Mileto, concluyó:

—Por todo ello, incluso sandalias, debe darte seis dracmas de plata. Yo nunca me equivoco al tasar.

Mileto no se extrañó mucho de las palabras de Benasur. Desde que entraron en el barco, el judío había comenzado a hablar otro lenguaje que no era el cándido, ilusionado y poético con que evocaba en Corinto a Raquel, hija de Elifás.

Los dos amigos se quedaron contemplando el paisaje. La nave dejaba a la izquierda una punta de tierra. Mileto sentíase decepcionado de esta primera visión de Paros. Se anticipó a suponer que se encontraría con un país luminoso, lleno de reflejos y brillos, provocados por el sol al estrellarse en las canteras de mármol. Y cuanto más se adelantaba el barco hacia el puerto y distinguía las construcciones y las casas, el desencanto le obligaba a derrumbar con estrépito de catástrofe muchos de los falsos conceptos formados con las lecturas. En voz alta, como consolándose a sí mismo, pero con la intención de que Benasur le oyese, dijo:

—Sin embargo, no se puede olvidar que en Paros nació Arquíloco, el más grande poeta satírico, y que en esta isla trabajaron Fidias, Praxíteles, Scopas y tantos otros escultores, amigo Benasur. Algunos nacieron aquí, aunque otras patrias se los disputen. Temo que muchos de los peregrinos que vienen con nosotros vengan atraídos más por el renombre de Missya que por los de Arquíloco y Scopas.

—¿Missya? ¿Quién es Missya?

—¿Tú me lo preguntas, Benasur? ¿Tú, que conoces como tu propia casa el Egeo y que recorres el mundo? Missya es la vidente más certera que han parido las Cícladas. Su fama se ha extendido tanto que hasta de la misma Roma vienen a consultarla.

A Benasur no le interesó la noticia.

El Regium entraba en puerto. Los pasajeros corrieron a babor para ver una nave alejandrina que sobresalía por su porte de todas las demás, aun de las gaditanas, de las tesalonicenses, de las carpasias y rodias. Los más admirativos comentarios brotaban de los labios de los pasajeros. En la punta del mástil ondeaba un gallardete azul con una B de oro.

Mileto se quedó absorto, casi intimidado, contemplando la nave. Y veía también, como si se tratara de un siniestro augurio, los muchos paros que la rodeaban. Allí se escondía la traición, la asechanza, la celada pirata. Las aguas de las Cícladas hervían de asaltos y

abordajes, y el mismo puerto de Paros daba su nombre a las naves de los piratas: largas, no muy grandes, estrechas, de agudos espolones. No sería difícil que algunos de aquellos paros de apariencia inofensiva fuesen de Skamín.

Por mucho tiempo Paros fue tenido como puerto maldito y olvidado. Los fieles dejaron de peregrinar al templo de Dionisos. Las naves de gran travesía lo saltaban en su recorrido. Sólo era frecuentado por los barcos mixtos de bajo bordo, los que se llamaban vulgarmente «naves de tuba». Mas, de pocos años acá, el Pasmo de Paros —la profetisa Missya— provocaba tal concurrencia de peregrinos que las compañías navieras de las flotas grandes se vieron animadas a reincorporarlo a sus puertos de escala.

Roma había reforzado la vigilancia en las aguas del Egeo, pero las flotillas de Skamín encontraban guarida en las cien islas e islotes de las Cícladas. Una y otra vez Roma había tenido que morderse las colas de su orgullo, impotente para apresar a Skamín. En las sinuosidades rocosas de cada isla, los piratas hallaban fácil escondrijo que, al anochecer, se convertía en trampolín para el asalto. Roma no podía ni contra Skamín ni contra Paros. Roma había intentado construir naves tan ligeras como los paros, mas con la enorme impedimenta de los soldados resultaban más lentas y pesadas que las naves piratas. Y cuando compró doscientos paros a fin de capturar a Skamín con sus mismas armas, la expedición punitiva al mando del navarca Tito Lúculo —que no era ni mucho menos un Pompeyo— resultó un verdadero fracaso. El secreto del fracaso de Roma lo conoció bien Skamín: carecer de hombres que fuesen tan buenos guerreros como expertos marinos. Cada hombre de Skamín lo mismo manejaba la espada que el remo, la vela que el escudo. Y con tal habilidad y astucia se lanzó al ataque, que antes de que los romanos colocaran los rastrillos de abordaje, ya los hombres de Skamín, sumergidos, apuñalaban el corazón de los paros romanos. Mileto oyó a los pasajeros encomiar los méritos del Aquilonia.

—¿Supongo que ésa es tu nave?

—Sí, ésa es —le respondió Benasur.

No aparentaba estar muy orgulloso por ello. A Mileto se le antojó creer que el judío se hallaba algo molesto.

Dos soldados, colocados en la plataforma de proa del Regium, provistos de grandes tubas de metal, lanzaron la señal de petición de entrada. Y como tardaron en contestarles de la torre del puerto, Mileto se volvió a contemplar el Aquilonia.

El casco, en lo que restaba libre hasta la línea de flotación, estaba pintado de un vivo color naranja. De la línea de flotación a la borda, de blanco. El castillo y la toldilla, cada uno de los cuales ocupaba un sexto de la nave, eran de color azul pálido. Los remos, plateados en las palas y parte que hendían las aguas, estaban también pintados de naranja. Pero de todo ello lo que llamaba la atención de los curiosos era la abundancia de metales bruñidos con que se guarnecían las distintas partes de la nave: el tajamar y el mascarón de proa, las carlingas de los palos y las guías de las áncoras, los arillos de las velas, las ménsulas que sostenían la plataforma de mando y las noventa y seis columbarias por donde asomaban los remos. El metal, de tan pulido y brillante, parecía oro.

La atracada del Regium fue para Mileto una novedad. Había visto en Corinto, tanto en el puerto de Lequeo como en el de Cencres, remolcar las naves hasta dejarlas en el malecón. En Paros utilizaban otro sistema: la noria. Era una enorme rueda sostenida por un eje vertical. De uno de los rayos bajaba un yugo al que estaban uncidos dos bueyes. Los bueyes pisaban sobre una plataforma, y por debajo de ésta entraba el cable, que se iba enrollando a un tambor ajustado al mismo eje de la rueda. De este modo, la nave arrastrada fue acercándose lentamente al malecón.

Mientras Mileto se divertía observando la maniobra de atracada, Benasur estaba pendiente de lo que ocurría en la plataforma del capitán, si bien miraba hacia ella con despreocupación o de reojo. Hasta el último momento, había abrigado la esperanza de recibir unas frases de excusa que reparasen, aunque tardíamente, su amor propio herido y su jerarquía menoscabada. No tenía derecho a exigir una reparación, pues el capitán no estaba obligado a rendirle ningún honor, sino por simple formulismo de cortesía. Pero este incidente, quizá baladí, que en el capitán de otra nacionalidad Benasur habría

atribuido a una omisión sin importancia, se le hacía irritante e intolerable en un capitán romano, abonándolo al orgullo, a la soberbia con que los romanos suelen ver a los individuos de las demás razas.

Fueron muchos los pasajeros que se aprestaron a bajar a tierra. La mayoría eran peregrinos atraídos por la fama de la profetisa Missya. Por los escasos grupos de gente que se veían en el muelle de atraque, serían muchas más personas las que se quedaran en Paros que las que subieran a bordo. Mileto fue el primero en saltar a tierra con las tres sacas de Benasur. Le siguió el hombre que ocupó la litera alta del cubículo en que había dormido, y que durante toda la noche le estuvo molestando con fuertes accesos de tos. Luego siguió el viejo hidrópico y, entre otros pasajeros, Benasur vio a la dama y a la adolescente que habían cenado al lado de Temisto. Cinco viajeros más, y al fin le tocó el turno a Benasur, que salió el último en espera de ser atendido por alguno de los oficiales del Regium.

Chiquillería, mendicantes, lisiados, estibadores, rodearon, abrumándolos, a los pasajeros. Los más se ofrecían de guías para conducirlos junto a Missya. Quién pedía una limosna, quién ofrecía un servicio. Y los muchachos, desnudos, anunciaban a gritos el más cómodo mesón o el más divertido prostíbulo, o pedían que les arrojasen al agua monedas que ellos pescarían con los dientes antes de que llegaran al fondo. Los guardias del puerto atendían a los pasajeros romanos, que identificaban por la vestimenta, y cuidaban de que los pedigüeños no se acercasen a ellos. Mileto se enzarzó en un altercado con dos cargadores dispuestos a repartirse el honor de llevar el equipaje de Benasur.

Éste no comprendía por qué Mileto se aferraba tanto a las sacas. Pero el griego tenía razones muy íntimas para hacerlo, pues cuanto más empeño pusiera ante Benasur por realizar estos pequeños y domésticos servicios, más le demostraba de modo implícito e indirecto su humilde condición social. Mileto sólo tuvo un instante de vacilación y fue cuando oyó pregonar a una vendedora: «¡Tooortas, tortiiitas de mieeel de Paaaros!». Sintió que se le aguzaba el apetito.

Benasur dio unos pasos y se detuvo. Antes de dar la espalda a los demás pasajeros, vio algo inaudito que le hizo reír del modo más sarcástico: la respetable dama echó sobre los hombros de la adolescente un *amiculum*, el manto que distinguía a las meretrices. Todos los pasajeros lo vieron y tanto los de tierra como los del barco prorrumpieron en un murmullo de escándalo. Las dos mujeres continuaron su camino con la cabeza baja, pero sus bustos se movían con la convulsión de la risa. Los marineros y estibadores comenzaron a soltar carcajadas. Y cuanto más se indignaban los viajeros del Regium, más sonoras y picantes eran sus risas. El capitán se puso rojo. El ecónomo apenas acertaba a creer lo que estaba viendo. Benasur soltó, enconado, su indignación:

—¡En un trirreme de primera clase, prostitutas! ¡Esto sólo pasa en un barco romano! ¡Qué vergüenza!

Y no despotricó más porque el prefecto del puerto le había oído. Era suficiente. Benasur y Mileto se dirigieron al espigón norte, donde estaba atracado el Aquilonia. Cuando llegaron a la pasarela, el navarca dijo al griego:

—Deja aquí los bultos y vete a comprar la ropa.

Mileto hubiera querido entrar en el barco para darle un vistazo, pero comprendió que su indumento desentonaba con tanto brillo y tanta pulcritud. Y dio la vuelta para coger la calle principal, según le había indicado Benasur. Pero aun a riesgo de ser sorprendido por su amigo, se detuvo ante la vendedora de tortas. Sentía el estómago vacío. Desde que despertó no había probado bocado porque el olor del cubículo aspirado durante toda la noche le produjo una náusea que no se le fue sino después de que habían servido el desayuno.

En el momento de hincarle el diente a la torta de harina, almendra y miel, oyó las trompetas del Aquilonia. Vio a Benasur subir acompañado de tres oficiales a la plataforma de mando. De la torre del puerto contestaron las caracolas dando la bienvenida al navarca.

Juan, el judío, el vendedor de viejo, era duro de pelar. No ofreció más que cinco dracmas de plata por ropa y sandalias. Mileto rogó y porfió, argumentó, agotó todos los recursos de su elocuencia. El judío movía negativamente la cabeza y no se apeaba de lo dicho:

sólo cinco dracmas. Como Mileto no viese otra salida, aceptó y dejó las ropas.

Pensó ocultarle la verdad a Benasur, a fin de no descubrirle sus escasas dotes comerciales. Benasur, que era un conocedor, había tasado las prendas en seis dracmas. Mileto le diría haberlas vendido a mejor precio.

Ya salía del comercio de Juan cuando se sintió animado por una corazonada. Al volverse, su mirada tropezó con la del mercader. Tenía el judío un gesto en los labios que le invitaba a ello. ¿Por qué no intentarlo?

Dio unos pasos y miró distraídamente las ropas y objetos que pendían de las paredes. Vio las vitrinas repletas de vajillas de plata, de vasos de vidrio fenicio, de alhajas, de mil chucherías. Se acercó al judío y le habló con cautela, con emoción contenida. Con una mezcla de esperanza y temor.

—Dime, Juan. En el caso de que un esclavo te confesara el deseo de romper la cadena, ¿a qué herrero servicial le recomendarías?

Juan, con la cabeza baja, se lo quedó mirando entre las cejas caídas. Murmuró:

—No hay en Paros un herrero tan villano como para eso... —Mileto sacó una moneda de oro. El judío compuso—: Se trata de un trabajo delicado... No sabes lo que pides por tan poco dinero. Pero uno es débil y a veces siente el amor al prójimo. ¿No has visto la trastienda de mi bazar? ¿Por qué no pasas? Tengo una curiosa colección de cadenas...

Mileto pasó. Juan, además de mercader, era hábil herrero. Trabajó unos cuantos minutos. Después, con la cadena y la placa en la mano condujo a Mileto al patio y allí, en el pozo, ante la presencia del griego, arrojó al agua los adminículos de hierro.

—Esto ya ha desaparecido —dijo. Y en seguida, con una sonrisa tan cruel como las palabras, agregó—: Lo que no desaparecerá nunca en la vida es esto otro...

Juan metió sus dedos entre la túnica y el cuello de Mileto: se refería al borde calloso que la cadena deja en el cuello de los esclavos. El griego se puso pálido. Juan prosiguió:

—Contra eso no hay herrero bueno... —Y como un consuelo, informó—: Dicen... que un médico de Alejandría, un tal Sharon, hace operaciones asombrosas. Que quita el bordillo calloso sin dejar huella de la operación, pero cobra una fortuna. Los libertos ricos de Roma acuden a él.

Mileto comprendió con amargura la inutilidad de su intento liberador. Tenía razón Juan. El callo, la señal indeleble —quizá había nacido con él como una tara hereditaria— seguía proclamando lo que la placa escondía en el fondo del pozo: «Soy de Abramos, Corinto. Si me pierdo, condúceme a él». Sin embargo, el hecho de sentirse sin cadena era una realidad demasiado evidente para no dejarse impresionar por ella.

Mileto salió del bazar de Juan.

Cuando el griego subió al Aquilonia, Benasur, tras echarle un vistazo de pies a cabeza, le preguntó:

—¿En cuánto vendiste la ropa vieja?

—En seis dracmas y cinco cobres —le contestó muy orondo.

Pero Benasur le miró inquisitivamente hasta lo más recóndito de su alma. Repuso:

—Un hombre que vende en cinco cobres más una mercancía tasada por Benasur, merece ser su socio. De ser cierto, esos cinco cobres te habrían redituado inmediatamente cinco millones. Pero me has mentido. No por serme desleal, sino porque eres griego, y los griegos sois pícaros. Tú aprenderás a mi lado a administrar y a saber explotar tu picardía. Tú pensaste: «Benasur quiere que me den seis dracmas de plata». Y te desconsolaste porque el judío de la tienda de viejo no ofreció más de cinco. ¿No sucedió así? Conozco a Juan y te conozco a ti. Entonces tú te dijiste: «Del dinero que me dio Benasur yo pondré una dracma y, para admirarle, agregaré cinco cobres más». Con lo cual has demostrado que no sabes forzar la demanda e imponer la oferta; pero, en cambio, demuestras ser pícaro. Ser pícaro cuando se sabe imponer el precio de la oferta es cosa muy importante. Y te lo digo yo, que me llamo Benasur.

Mileto, un poco abrumado por la agudeza del judío, pretendió salir del paso, diciéndole:

—Por tu nombre pareces asirio y no judío.

—Yo soy judío por veinte generaciones. Sólo mi nombre es asirio y él habla de Assur, la más vieja ciudad del mundo, más vieja que Nínive... Pero no me distraigas de la plática: aprende a administrar tu picardía, Mileto. Quédate con el dinero sobrante y cuando te falte, pídeme. Lleva cuenta de lo que gastes. A su tiempo, hablaremos del salario.

Después, Benasur le presentó al capitán del Aquilonia: Akarkos, que era griego focense; a los oficiales Kim y Forpas, fenicios; al médico Osnabal, púnico; al ecónomo Jonás y al maestresala Benjamín, judíos.

De todos los presentados, el que mayor interés despertó en Mileto fue Osnabal.

—Es providencial que venga un médico tan ilustre en tu nave, Benasur. —Y dirigiéndose al púnico—: ¿Sabes? Padezco de un callo pertinaz en la planta del pie... ¿No podrías prepararme una pócima o ungüento que acabe con él? Me prestarías un gran servicio.

Osnabal le dijo que le complacería. Mileto, conducido por un criado, fue a tomar posesión del camarote que se le había destinado.

Capítulo 3

La noche huele a betún

Todo era caliente: la brisa que venía caldeada de los desiertos lejanos, saltando sobre el mar; el batir de las aguas contra el maderamen de la armazón del muelle; las luces débiles, perezosas, de las barcazas que se movían en el puerto, la llama gigante que levantaba la pira del faro.

Eran calientes las voces del borracho y de la mujer. También los pasos aislados, fugaces, como envueltos en sombra, de algún marinero.

Mileto, apoyado sobre la barandilla de popa, sentía esa sensación de calor espeso, pegajoso, que aislaba las cosas, que fundía los contornos, que hurtaba la imagen. Los mismos ruidos parecían, de tan blandos y flojos, sofocados.

Paros estaba contenido, agazapado, como una bestezuela pronta a dar el salto sobre la presa.

El chapoteo del agua se hacía insufrible en su monótona reiteración. Mileto sentía, además de esa opresión de la noche cargada de electricidades, el ardor que le producía el callicida aplicado al cuello.

El oficial Kim se paseaba por cubierta. Sus pasos —en servicio de guardia— eran medidos. A veces, al quedar de cara al faro, el corselete de metal se le encendía de reflejos. Cuando daba la vuelta, Kim se quedaba mirando a Mileto. Le miraba con una sonrisa extraña que mortificaba al griego. También Kim estaba atento a la pasarela. Y siempre que pisaba cerca de la escotilla que conducía al comedor, las duelas de cubierta rechinaban como si fueran a romperse, como si sufrieran una carga superior a su resistencia.

Mileto abandonó la popa y se acercó al lugar al que llegaba el oficial en sus paseos. Kim le preguntó:

—¿Te has puesto el ungüento?

—Sí.

—Yo padecí hace años un callo en la planta del pie... como tú. No me sirvió ningún medicamento. Logré curármelo usando zapatillas almohadilladas...

Kim se sonrió. Y dio la vuelta para continuar su ronda. A Mileto le pareció que el oficial le había clavado la vista en el cuello; como si quisiera traspasar la tirilla de la túnica y ver qué se ocultaba tras ella.

Los pasos de Kim se alejaban. El mar seguía batiendo perezosamente contra los pilotes del muelle. El oficial, al pasar cerca de la escotilla, hizo crujir con su peso las duelas. Más lejos, mucho más lejos que antes, continuaban discutiendo el borracho y la mujer.

A la otra vuelta, Kim dijo:

—Esas zapatillas las venden en todos los Kosmobazar del mundo. Valen ocho denarios.

Y sin transición, el fenicio preguntó:

—¿Eres casado, Mileto?

El griego no le contestó. El marino estaba ya de espaldas. Al cruzar ante la pasarela, volvió a mirar al muelle.

Benasur permanecía encerrado en la biblioteca. Durante la cena no había dicho palabra. Se mantuvo silencioso, casi taciturno. Sólo al retirarse le dijo a Mileto: «Recuérdame mañana que te pregunte algo sobre Aristo Abramos». Pero Benasur no se había retirado a dormir. Mileto vio al maestresala entrar en la biblioteca llevando el servicio de té y el ánfora de licor de Chipre.

—No, no soy casado —le contestó a Kim.

—Pero tendrás mujer...

—No, Kim; no tengo mujer.

—¿Acaso no te gustan? —le interrogó el oficial dándole la espalda.

Kim parecía ser un hombre curioso. Y nunca dejaba de mirarle al cuello. ¿Por qué no le miraba a los pies? Su misma pregunta le produjo un sobresalto. Pensó que si al médico Osnabal se le ocurriera examinarle el pie, observar el curso de la curación... Ante

esta idea tuvo la aprensión de que el ungüento le ardía más que nunca.

El faro de Paros debía de quemar betún. La llama era de un azul claro y no rojiza ni amarillenta como la dan la madera y la estopa impregnada de aceite. Se olía el betún. El agua de mar continuaba lamiendo el maderamen del espigón.

—Me gustan las mujeres, Kim.

—En noches como ésta se echa de menos a la mujer, Mileto. En el templo de Istar, en Sidón, todo viajero que llega sin dinero encuentra hospitalidad en los brazos de las sacerdotisas.

—Es una práctica muy generosa. Lástima que...

No siguió. Kim se había alejado. Mileto se quedó contemplando el reflejo del faro en la superficie quebradiza de las aguas. Oyó crujir las duelas al paso de Kim. Miró al cielo. Estaba completamente despejado, sin barruntos de tormenta. ¡Qué bien haría un aguacero! Pensó si el ungüento le levantaría el bordillo calloso dejado por la cadena.

¡Con qué gusto metería la uña para arrancar las escamas de la callosidad!

—Te decía, Kim, que es una lástima que no haya en todas partes un templo a Istar.

—Se supone que en el corazón de todo hombre errabundo, pobre, extraño, puede alojarse un dios. De ahí la hospitalidad que dan al viajero pobre las sacerdotisas de Istar...

—¿Y si un pícaro pretende pasar por pobre? —preguntó Mileto.

El oficial se apresuró a colocarse ante la pasarela. Por el muelle venía una sombra. Una mujer cubierta con un velo largo. Kim salió a su encuentro para tenderle la mano. La pasó a cubierta. La acompañó con mucha cortesía a la escotilla y la ayudó a bajar la escalinata.

El aspecto de la mujer, así como su cautela, le hicieron pensar a Mileto que Benasur resolvía con comodidad y discreción ciertas necesidades.

El oficial Kim regresó a cubierta. Mileto creyó que el fenicio haría algún comentario sobre la desconocida, pero el oficial continuó con su tema:

—Ningún pícaro puede engañar a la diosa Istar. El hombre que lo ha pretendido ha quedado impotente. ¡Y cuántos otros que eran impotentes han recobrado la virilidad, gracias a Istar!

Mileto pensó que cada cabeza era un libro, sólo inteligible para su dueño. El griego sentía repugnancia por la divinidad cananea que se alimentaba de los primogénitos de cada matrimonio. Aún hoy, en el mundo moderno, todos los fanáticos como Kim inmolaban sus primeros hijos a Astarté. Probablemente el faro de Tiro se encendía con el combustible de la carne humana. En Corinto había oído decir a Benasur, refiriéndose a Astarté, que los fenicios, púnicos y gaditanos, gente de la misma ralea, cometían abominación. Sin embargo, Benasur llevaba dos fenicios y un púnico a bordo. Cierto que también al mando de su nave tenía a Akarkos, focense. Debía de ser el más experto navegante de los mares, puesto que se lo había reservado Benasur para el Aquilonia. A Mileto le complacía que el capitán Akarkos fuese connacional suyo. Pero Akarkos...

—Si yo estuviese libre como tú, no pasaría esta noche a bordo —dijo Kim.

Benasur se quedó mirando fijamente a la mujer. Y antes de que ésta se quitase el velo que la cubría, le preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

—Tú lo conoces, Benasur. Mañana son los idus de marzo.

Como si la respuesta fuese una consigna, Benasur se acercó a la joven y le quitó el velo. Ni su rostro, ni su gesto, ni aun lo inquisitivo de su mirada, le provocaron la menor curiosidad. Hacía poco más de quince días que la había visto. La invitó a sentarse mientras le servía una copa de licor. Luego se echó sobre la litera y se sirvió té.

Le molestaba verse obligado a hacer la primera pregunta, y esperaba que fuese la mujer quien hablase. Porque la pregunta estaba tácita en el pensamiento de ambos.

—Hace una noche calurosa —dijo Benasur.

—Sí —contestó ella. Y en seguida—: Todo está vigilado. Cien ojos espían al Aquilonia. Y a través de la costa de Paros cien ojos más seguirán la ruta de tu barco...

—¿Qué más, Myna?

—Los capitanes de las cuatro flotas de Skamín estarán con él a bordo en el Dulce Flor. Tienen por nombre las cuatro primeras letras del alfabeto. Hay uno del cual debes cuidarte muy especialmente...

—¿Quién es él? —preguntó curioso Benasur.

—Beta... Quizá pueda reconocerte.

—¿De qué, Myna?

—Hace años estaba en el Oasis Cydamos.

Benasur sintió que se le calentaba la sangre y que le sudaban las manos. Le pareció que ahora los ojos de Myna tenían esa luz misteriosa y profunda, enigmática, que le atribuía el vulgo. Mas la información de Myna no era completa. Él esperaba saber de labios de la confidente adónde había ido a parar Shubalam, el hijo de Tacfarinas. Desde hacía un año, desde que decidió contratar sus servicios, Myna le había prometido encontrar el rastro de Shubalam. Y quince días antes, cuando arribó a Paros fingiendo un inaplazable carenaje en el Aquilonia, la confidente le había dicho: «Tengo ya la pista segura de Shubalam, y a tu regreso podré darte informes exactos».

Pero ahora, Myna, en vez de decirle cuál era el paradero de Shubalam, le decía: «Beta puede reconocerte porque hace años estaba en el Oasis Cydamos». ¿Y de Shabalam qué?

Cydamos era un bello oasis. Sobre todo, después de llegar a él tras doce jornadas de desierto. Estaba en los límites de las tierras de los garamantas. La caravana la componían doscientos tres camellos. No se le olvidaba. José de Arimatea le había prestado cuarenta y cuatro. Cuando vislumbraba Cydamos al trasponer la última duna, una duna fundida a un cielo encendido y vibrante, un escuadrón de la caballería de Tacfarinas acudió a recibir la caravana. Daba pena ver a los jinetes. No podían disimular sus actividades de guerrilleros. Vestidos como Dios les dio a entender, fingían un lastimoso atuendo militar. Tacfarinas se presentó grave, terriblemente grave. Benasur sintió emoción y afecto al mismo tiempo por aquel hombre que durante más de un año tanta esperanza había puesto en él. Benasur le sonrió, pero él, como si todavía no creyera lo que estaban viendo sus ojos, pasaba la vista del primer camello al último de la caravana

que se perdía, como remate de una cresta gigante, de una espina dorsal, en la lejanía del desierto.

Eran doscientos tres camellos cargados dos codos sobre las gibas. Traían una carga preciosa para Tacfarinas: lanzas, espadas, escudos y botas para poner en pie de guerra treinta manípulos, seis mil hombres. Ataviados marcialmente los hombres de Tacfarinas, sus correrías tendrían ya la importancia de acciones de guerra.

Benasur se estregó los ojos. Dio un sorbo a la taza de té.

—De Cydamos sólo me interesa una cosa y tú sabes cuál es, Myna.

—Lo sé. Te prometí informes exactos y ya puedo dártelos, Benasur.

Myna apenas tocó con los labios la copa de licor. Después se recostó en el asiento. Se quedó con la mirada fija en la copa. Su busto se ofrecía más incitante en la postura que había adoptado; pero Benasur tenía la vista neutralizada. Todavía en su mente estaban sin consumir los reflejos de las dunas de Cydamos, que el recuerdo le había avivado. Fijando la atención en Myna, no comprendió por qué la joven se había recostado. Le molestaba la actitud de cortesana que asumía.

—Habla ya, Myna...

—Tú sabes que cuando Tacfarinas supo que su hijo había caído prisionero, perdió el ánimo. Lo que perdió de ánimo como hombre, lo ganó en furor como guerrero...

—No me hagas historias, Myna. Ésa la conozco al dedillo. Dame los informes...

—¿Acaso sabes que Mazipa, el general de Tacfarinas, lo traicionó? ¿Sabes que por él su hijo cayó en manos de los romanos?

—Sé eso y mucho más, Myna. ¡Informes, por favor...!

—Bien. Publio Dolabela se llevó a Shubalam como prisionero de guerra. Lo tuvo dos años en su casa de Roma y después lo vendió al edil Abudio Rusón, que negociaba en fieras del anfiteatro. Ahora se dedica a los gladiadores. Es un lanista enmascarado. Te será fácil encontrarlo en el cuartel de los gladiadores...

Benasur se quedó desalentado.

—Encontraré a Abudio Rusón, pero no a Shubalam.

—Encontrarás a Shubalam, pues Rusón sabe a quién lo ha vendido.

La primera entrevista que Benasur tuvo con Tacfarinas había sido en Cydamos. Pero allí no estaba su hijo. Benasur lo conoció tres años después, en Leptis Magna. En esta fecha ya Benasur se había interesado en la guerra de Tacfarinas. Y financiaba a aquel caudillo númida de oscuros antecedentes, que había surgido de las arenas de un simún, ondulante y escurridizo como las dunas, en disfrute de un privilegiado don de ubicuidad para marear y confundir a las tropas romanas. A él, a Benasur, le repugnaba el desierto y todo lo concerniente a él: criaturas y negocios, caravanas y oasis. Pero había visto en Tacfarinas algo que despertaba su interés y que avivaba su ambición: había visto un hombre con dotes para proclamarse rey. Era uno de esos hombres que llevan fantasmal, pero visible, una corona ceñida a la cabeza. Y tenía un algo, una especie de señorío que imponía y obligaba a rendirle confianza. Fue entonces cuando Benasur, que ya soñaba con un rey que oponer a Roma, cifró sus esperanzas en Tacfarinas. Y éste, que había pagado a precio de oro las armas y el equipo que le suministró Benasur, después comenzó a recibirlos a crédito y no sólo armas sino un eficiente servicio de información que hacía más valioso y eficaz el armamento. Benasur tenía muchas naves en el mar que iban y venían por todos los rumbos, y siempre que atracaban en los puertos africanos próximos a la Numidia, llevaban para Tacfarinas preciosos informes de Roma y de Cesarea.

El día que conoció a Shubalam, el Aquilonia se hallaba en aguas de Leptis Magna. Por su matrícula de Alejandría y el banderín de Benasur el barco era insospechable para las autoridades romanas. Tacfarinas y su hijo Shubalam, acompañados de un pequeño séquito, acudieron al Aquilonia a bordo de una lancha de pescadores.

La cita tenía por objeto estudiar todo un plan de guerra: atacar y molestar durante algún tiempo a las guarniciones romanas del África para imponer a Roma el reconocimiento del rey Tacfarinas con dominio en una franja de tierra colindante al sur con el reino de los garamantas.

Ese día, después de las pláticas, Tacfarinas pidió a Benasur que le prometiese cuidar de su hijo, si un revés de la guerra le hacía caer antes de cumplir sus ambiciosos proyectos. Benasur aceptó, de buen grado, pues el muchacho le había inspirado cierta simpatía. Se parecía mucho a su padre aunque mostraba facciones más finas. Alto para sus diez u once años, macizo de carnes, parco de palabras, gracioso de ademanes. Tal como lo llevaba vestido su padre, semejaba ya un príncipe, y la corona invisible se acentuaba más en él que en su progenitor.

A media noche, Tacfarinas y sus hombres abandonaron el Aquilonia. Shubalam había mostrado tan pertinente curiosidad por el barco y las cosas de mar, que el navarca y el guerrillero convinieron en que el muchacho hiciera el viaje con Benasur, que entonces se dirigía a Gades. Tres meses y medio estuvieron en compañía y el muchacho se aficionó a las cosas de mar y a las cosas políticas de que le hablaba Benasur. Y de acuerdo con el parecer de éste, terminadas las vacaciones, en compañía de dos esclavos que le proporcionó Siró Josef, Shubalam pasó a Tingis y de aquí atravesó toda la Mauritania y se reunió en Lomelí con su padre.

Benasur ya no volvió a verlo sino en la batalla de Nepte, donde tres legiones romanas mordieron la arena del desierto. Benasur pudo comprobar que Shubalam había sacado fruto al viaje. Debía de andar entonces por los trece años y montaba ya a caballo que daba gusto verlo. Él, como su padre y los jefes militares, vestía el uniforme de las viejas milicias númidas. El muchacho acompañaba a Tacfarinas en todos los hechos de guerra y se adiestraba en los ejercicios bélicos con aprovechamiento.

Después, ya no supo más. Sí supo de la traición de Raz-Amal, que ya andaba celoso de la fama que Tacfarinas, coronado rey, adquiría entre los pueblos de África.

—¿Dices que se llama Beta? —preguntó Benasur a Myna.

—Beta, sí. Lo conocerás, si no te dicen su nombre, porque tiene un ojo inmóvil.

—¿Y qué puesto tenía al lado de Tacfarinas...?

—Parece ser que era su lugarteniente.

—Un traidor, entonces...

—Quizá. Cuando concluyó la guerra se embarcó en la nave pirata de Petrides. Después se pasó con Skamín. Hizo méritos y ahora es capitán de flota.

Ya era temerario negocio presentarse a Skamín con la embajada que llevaba para tener que enfrentarse, además, con Beta. No le gustó a Benasur haber recibido ese informe. Habría preferido encontrarse con Beta cara a cara, y reaccionar ante él con los recursos que el mismo peligro suscita. Por el contrario, ahora no podría eludir el pensar en Beta como en otro peligro que vencer. Si Beta lo reconocía quedaría en una situación inferior ante Skamín, ya que se hacía manifiesta la posibilidad de ser denunciado a Roma como socio o financiero de la guerra de Tacfarinas.

—Bien, Myna. Has dicho demasiado para no saber su nombre. ¿Qué identidad se esconde tras la letra Beta?

—He oído decir que Beta se llamó, al lado de Tacfarinas, Raz-Amal.

Benasur se sirvió más té. Quiso ocultar con esta pequeña maniobra una cierta aceleración de sus pulsos. Sin embargo, cuando se llevó la taza a los labios, comprobó que su mano no temblaba. A pesar de que Myna le miraba con una atención poco discreta. No, no temblaba, pero el corazón le golpeaba con cierta precipitación. Se la provocaba el haber oído el nombre de Raz-Amal. Era un tipo cruel, repulsivo e intrigante. Era de los hombres que Tacfarinas había levantado en la primera polvareda, cuando su ansia e ímpetu violento aún no habían encontrado un cauce. Cuando Tacfarinas pensaba más en la rapiña que en la corona. Después Tacfarinas fue ennobleciendo su causa, fue depurando sus capitanes, pero algunos, entre ellos Mazipa, Raz-Amal y Asdruhán se quedaron adheridos a él como sanguijuelas. Asdruhán había muerto en la noche de Auzia; Mazipa, que se hizo gladiador, murió en Nemausus en un combate. De Raz-Amal no había vuelto a acordarse más. Siempre sucedía lo mismo. Los nombres que no se sepultan, se olvidan. Y un día cualquiera pueden surgir en la encrucijada del Egeo para echarlo todo a perder.

Benasur tomaba el té de opio. Mileto lo había probado por la tarde, poco después de regresar de su visita a la ciudad, y no le

había gustado. La mujer estaba sentada ante una mesita. Benasur, por el contrario, se hallaba echado en un diván. ¡Qué extraña mujer! Era hermosa, sí, pero mostraba algo en su rostro, algo en su expresión que parecía pertenecer más al Elíseo que a la vida terrenal.

—Éste es Mileto, mi escriba —presentó Benasur—. Presume de pícaro sin serlo en la medida que ambiciona. Sabe mucho de ética para que no se malogre en la carrera... Ésta es Myna. En lo sucesivo, siempre que hablemos de ella acuérdate de que Myna no es mujer, sino un signo. O un guarismo. Es muy importante no confundir los factores, ¿verdad, Myna?

—Verdad, Benasur —asintió la mujer.

—Sírvete una copa, Mileto. Y siéntate —invitó Benasur. Y en seguida—: Esta Myna es la mujer que tú conoces con el nombre de Missya, la profetisa de Paros...

A Mileto le tembló la mano. También sintió que el ungüento de Osnabal le comía con más ardor en el cuello. Había tenido mucho cuidado de aplicárselo sólo al bordillo calloso, pero sin duda se le debía de haber corrido y le quemaba la piel. Dio un sorbo a la copa. Quería mirar a Myna, pero no se atrevió a hacerlo. Myna era Missya. Y Missya, con todo su prestigio, con toda su fama, con aquella gloria de misterio y ocultación, había acudido a una cita de Benasur. Éste, a pesar del tono ligero de sus palabras, parecía preocupado muy seriamente.

—¿Quieres que Myna te diga lo que has hecho en la ciudad? Si hay algo inconfesable, mejor que el oráculo permanezca mudo...

Mileto encontró extraño a Benasur. Probablemente Myna le había contado ya la clase de servicio recibido de Juan, el ropavejero. Mejor no pensar en ello. Se distrajo escuchando el crujir de la nave. Era un crujir caliente, de maderas resecas. Sintió sofoco. El sorbo de licor de Chipre le dejó un ardor en la garganta, y el ungüento le quemaba exteriormente. Benasur se llevó la taza a los labios. ¿Qué significado tenía aquella entrevista? ¿Por qué causa se encontraba allí Missya? Benasur, como si hubiera adivinado en parte sus interrogaciones, le explicó:

—Mañana a estas horas estaremos con Skamín. Hace cuatro años los propietarios de las flotas de la Compañía Naviera del Mar Interior hicimos un convenio con él: Skamín respeta nuestras naves a cambio de una cantidad considerable. Ahora se trata de denunciar el pacto. Y al mismo tiempo pretenderé convencerle de lo poco conveniente que es para la salud la piratería. A otros navieros, por motivos menos espinosos, Skamín, después de desorejarlos, les ha arrancado la lengua. El que ha podido sobrevivir a la hemorragia, ha muerto de melancolía al verse imposibilitado de contar tan insólita aventura. Skamín tiene una imaginación muy viva para inventar suplicios. Corren rumores de que se ha corregido algo y que últimamente emplea con cierta frecuencia prácticas más caballerescas: el perol de pez o la crucifixión. Pero Myna aconseja que no nos fiemos.

Mileto miró a Myna. No sonreía. Benasur no bromeaba.

—Hace calor. ¿No sentís calor? —dijo Mileto con la voz enronquecida. Benasur se puso en pie.

—Yo siento las manos húmedas... —dijo el judío.

—Bien... Si es tan grave... No sé lo que tú piensas, Benasur... Pero ¿no sería prudente enfilar hacia otros rumbos?

—Eso sería lo acertado si la prudencia no aconsejara una decisión más audaz: ir al encuentro de Skamín. Nos espera en Anafe y hoy a medianoche zarparemos rumbo al lugar de la cita... Skamín, que es muy eufemista, impuso la condición de que el encuentro se efectuase en aguas neutrales. Para Skamín las aguas neutrales son aquellas que están bajo su vigilancia y dominio... Lo cierto es que desde que entramos en Paros mil ojos nos espían. Y a todo lo largo de la costa vigilarán el derrotero del Aquilonia. Si tratáramos de escapar de esto que se parece a una trampa, de cualquier escondrijo, de cualquier isla o islote saldría una flotilla de paros a darnos alcance... Es necesario, Mileto, que de hoy a mañana te familiarices con la idea de la muerte. Reconozco que es un plazo muy breve para tan comprometido aprendizaje. La muerte nos ofrece una oportunidad para revelar algún arcano, pero también nos priva de muchas ocasiones de continuar embobándonos con las cosas ya sabidas de la vida. Yo te digo que no tengo miedo porque

mi ambición supera el pavor. Pero éste no es tu caso y debes pensarlo. Piénsalo con sinceridad, pues cualquier reserva mental que hicieras la adivinaría Myna... No pienses en los demás tripulantes ni en los remeros. Ellos rinden su salario. Piensa en ti, Mileto, pues esta azarosa y dramática contingencia no la has escogido tú voluntariamente. Aristo Abramos sólo te dijo: «Acompaña a Benasur».

Mileto permaneció callado. Miró a Myna y no encontró en ella ningún gesto solidario. Benasur prosiguió:

—Mañana sale de Paros una nave cretense rumbo a Alejandría, que tocará en Joppe. Puedes llevarle un mensaje a Raquel, hija de Elifás. Te pagaré bien el servicio...

Mileto sintió que se le alborozaba el corazón. Nave cretense rumbo a Alejandría. Benasur le pagaría bien el servicio. En Alejandría estaba el médico Sharon, el único capaz, según el judío Juan, de quitarle la callosidad. Sin ella se animaría a comprar un título falso de ciudadanía. En Alejandría o en Siracusa, siendo hombre libre, quizá pudiera abrir una academia. Enseñaría aritmética, contabilidad, retórica. Enseñaría la clave gramatical que él había inventado para entender todos los dialectos del griego.

Pero se acordó de Esther. Y se acordó, cosa que le produjo un escalofrío, de que allí estaba Missya, que leía en las almas de los hombres. ¿Sería verdad? Miró a la profetisa. Sí, percibió que Myna había llegado a la intimidad de su pensamiento. Sin embargo, tuvo un golpe de audacia...

El calor era sofocante. Benasur se llevaba a las fosas nasales el pomo de perfume.

El casco del Aquilonia crujía.

Mileto respiró hondo y súbitamente, adelantándose a Myna, mirándola fijamente, le dijo:

—Para ti no puedo tener secretos... Tú lees en el fondo de las almas. Dile, Myna, a Benasur cuál es mi decisión.

Benasur no supo interpretar si había odio o sarcasmo en el acento de Mileto. Pero desde luego, nunca lo había visto así, tan desgarrado, tan desesperado, como si quisiera apuñalar el corazón del oráculo.

Myna no pestañeó, y dijo:

—Tu decisión, Mileto, es quedarte con Benasur.

Al judío se le alegraron los ojos, pero sus labios sonrieron incrédulos. Mileto soltó una carcajada.

—¡No puedo, no puedo permanecer aquí! ¡Necesito respirar, Benasur! ¡Me falta el aire! —exclamó.

Y como loco, como si un demonio lo hubiera poseído, subió la escalerilla. Todavía escucharon sus carcajadas mientras corría por cubierta.

Benasur y Myna cambiaron una mirada de inteligencia. Benasur se sirvió más té y removió con una paletilla de cobre bruñido las ascuas que ardían en el platón en que estaba la tetera. Después, a la vez que se llevaba la taza a los labios, murmuró:

—Has sido despiadada, Myna.

—No es prudente, Benasur, que hoy prescindas de nadie. Los necesitas a todos.

Entre enfrentarse con Skamín y escaparse a Alejandría, la elección no era difícil.

—¿Has notado lo que sufre? Si este hombre no fuera un pícaro, se moriría de angustia.

—Hoy estuvo en el bazar de Juan... —dijo la profetisa.

—Sí, lo sé. Lo mandé allá para que vendiese su ropa vieja...

—Se creía solo, desconocido, y no sabía que en cada ventana dos ojos lo espiaban. ¡Todo Paros está vendido a Skamín!

—Menos mal que contigo se confiesan...

Y tras un silencio:

—¡Me sudan las manos! Como soy incapaz de sentir el miedo, ¡me sudan las manos!

—Dile a Osnabal que te prepare un lavado con agua de violeta y piedra telina pulverizada.

—Ha de ser una emoción extraña la del miedo. Supongo que adormecerá los sentidos... Algún día, cuando se me agote la ambición, quizá sienta esa rara sensación que es el miedo. Entonces seré viejo, muy viejo...

—Es el miedo a Skamín lo que te hace pensar en llegar a viejo...

—Quizá, pero yo no lo siento. Mira mi mano...

Benasur le extendió la mano. Y la profetisa se la estuvo mirando, mirando. El judío la retiró violentamente:

—¡Sabes que no me gusta, Myna! Te pago por espía, no por vidente... ¡Todo eso es fornicación con los demonios!

—Sin embargo, en tus Escrituras se dice: «Todos los hombres tienen impreso su destino en las rayas de la mano».

—Lo sé, pero no me gusta. ¡No creo en esas supercherías, Myna! ¡Mis manos sudan y están frías, y tú no eres capaz de decirme qué me sucederá mañana! ¿O es que lo ocultas?

—Lo ignoro, Benasur.

De arriba dijeron:

—Mañana todos estaremos en el barco de Skamín. —Los dos miraron a la escalinata. Era Mileto, que regresaba. Estaba pálido—. No se puede estar en tierra —dijo—. Huele a betún que apesta. Nunca he visto un faro con llamas tan enormes. Han de ser una señal para Skamín. Skamín debe de haberles dicho a sus agentes: «Mientras el Aquilonia permanezca en puerto, mantened bien encendida la pira». Eso debe de haber dicho Skamín. ¿No crees, Benasur? Mi admirado, mi poderoso amigo Benasur, navarca de treinta flotas, tiene las manos húmedas de sudor. ¡A mí me arde el cuello como si me lo hubiera rozado una centella! Te advierto que yo prefiero que Skamín me crucifique y eche la cruz al mar a que me arranque la lengua. Echa la cruz con flotadores para que así uno vaya muriendo lentamente bajo el sol, bajo las estrellas. ¿Crees que no lo sabía? A veces dura unos cinco o seis días crucificado. Las llagas que se forman en el cuerpo con el agua de mar te punzan y escuecen lo bastante para mantenerte despierto de la modorra que produce la sed... Pero lo prefiero a que me arranque la lengua. Por muy seca que tenga la boca blasfemaré contra los dioses, no para ofenderlos, sino para convencerme de que el cielo está vacío... Sí, y al segundo día, cuando tus carnes están reblandecidas por el agua, los peces empiezan a comer de ellas... Dicen que una verdadera plaga de peces voraces rodea al crucificado que va a la deriva. Lo sé, Benasur. ¿Qué cosa hay que yo no sepa? He sido muchos años maestro en el tercer patio. Y los esclavos lo saben todo... Son una carne que, por dolorida, conoce las más insólitas experiencias. No

existe casa principal donde no haya un esclavo que sepa más que su amo. La sabiduría está en manos de los esclavos, Benasur. Las escuelas de Atenas, de Alejandría, de Siracusa se prestigian con las cátedras de los esclavos. No te fíes de los esclavos, Benasur. Si yo fuera esclavo, no te acompañaría con Skamín. Habría aceptado tu proposición para irme a Alejandría, Myna es muy clarividente. Myna ha acertado leyendo mi pensamiento. —Mileto dio un sorbo a la copa.

—¿No quieres un poco de té, Mileto? Te haría bien. Calma los nervios...

—No son los nervios, es el calor. ¡Este condenado calor, que crea un silencio de emboscada! Todas las cosas están emboscadas... ¡Tengo fiebre, mucha fiebre! No, no llames a Osnabal. Hay una razón médica para que yo sienta fiebre, Benasur. Pero es una fiebre aparente. Otra es la causa de la fiebre que me hace delirar. ¿Quieres saberla, Benasur?

Mileto estaba rabioso, agresivo. Benasur le dijo:

—Si hablas con prudencia, sí.

—Hace unos días estábamos en Corinto. Por las tardes veíamos cómo el sol se ponía tras el Acro... Y tú escuchabas con los ojos entrecerrados mientras yo hablaba del amor. Tú pensabas en Raquel, hija de Elifás. —Y volviéndose a la profetisa—: Tú, Myna, has de saber quién es Raquel...

—Lo sé, Mileto.

—Tú lo sabes todo. También habrás adivinado hasta sus facciones. Así no tiene encanto. Yo he tenido que recrear en mi mente, imaginándomela, la belleza, la gracia de Raquel, hija de Elifás. Parece que he coincidido con la Raquel que Benasur lleva en su corazón... Sí, le hablaba de amor... Y también cuando leía a Aristófanes, Benasur, que se había olvidado de Skamín, se reía con las ocurrencias de Lisístrata y me decía: «Eso cópialo, Mileto, que se lo quiero leer a Raquel cuando esté en Judea». Entonces vivíamos. Eso es ya pretérito. Ahora sólo latimos. Entonces vivíamos y si tú me vieras cómo iba vestido, me habrías tomado por un pobre esclavo. El salario de Abramos, como salario de usura, era bien corto. No así el de Benasur. Benasur es magnífico. ¿Te has dado cuenta, caro

Benasur, de que eres magnífico? Hoy me has hecho cambiar mis harapos por esta hermosa túnica. Quien vivió con harapos, será amortajado con túnica de príncipe... No es un reproche, Benasur. Es sólo la medida de tu ambición. Te ciega tanto que ni Raquel te interesa llegado a este extremo... ¡Ah, si le ganas la partida a Skamín, será un espectáculo vivir a tu lado! No habrá quien se te oponga. Serás capaz de levantar las provincias para ir contra el César...

Benasur se puso pálido. Myna, por primera vez, bajó la vista. El judío cogió la paleta y estuvo removiendo las brasas. Algo había dicho Mileto capaz de perturbar a Benasur.

—Estás borracho, Mileto. Ve a acostarte —dijo calmadamente sin apartar la vista de las brasas.

—¿Borracho? No, Benasur. ¡Estoy muy sereno!

—¡Estás borracho, y ve a acostarte! Si no, abandona ahora mismo el Aquilonia —insistió Benasur con dureza en la voz.

—Sabes que eso no es posible —repuso Mileto—. No puedo huir. Estoy marcado... por tu ambición. Sé demasiadas cosas tuyas, de Abramos, de Jos Hiram, de Sarkamón, de todos los tuyos para que me dejes ir.

—¿Qué es lo que te pasa, Mileto? ¡Nunca te he visto así!

—Tengo miedo, Benasur. ¡Un miedo terrible! Quisiera ser como tú, como Forpas, como Kim, como Osnabal, como todos los que te rodean. Si sienten miedo, saben disimularlo muy bien... ¡Sube a cubierta, Benasur! Y verás que detrás de cada bulto que hay en el muelle está un hombre espiando. Verás que en todos los paros hay una linterna encendida. Verás que la atmósfera huele a betún... Antes de que zarpemos harán con nosotros una matanza...

Benasur se acercó a Mileto. Le puso la mano en la frente. Le miró fijamente:

—Estás enfermo, Mileto. Temo que hayas cogido las fiebres de las Cícladas. Ve a acostarte. ¿Has bebido agua en Paros?

—No, no he bebido agua... Sí, me siento muy mal muy mal. Me siento arder. —Mileto se retiró asistido por un criado.

El navarca y la pitonisa permanecieron todavía algún tiempo en la biblioteca. Pero antes de medianoche, salieron a cubierta. Myna

saltó a tierra en compañía de Kim, que la abandonó a unos pasos. Ella continuó sola. En seguida una sombra se desprendió de uno de los bultos y después otra y otra más. El grupo se perdió en la noche.

Benasur sonrió. Los que tanto miedo causaron a Mileto, eran los agentes de Myna. Pero Mileto tenía razón. La pira del faro ardía como nunca.

El físico informó a Benasur sobre la salud de Mileto: un principio de intoxicación biliar con aflojamiento de los nervios.

El navarca dio orden de zarpar. Sonaron las tubas y contestaron las caracolas. Tan débil era la brisa, que tuvieron que entrar en función los remos.

Benasur subió a la plataforma de mando. La llamarada del faro comenzó a disminuir. Akarkos le dijo:

—Estamos vigilados, Benasur.

Benasur no contestó. Aspiró profundamente y le pareció que, como decía Mileto, la noche olía a betún. Una enorme humareda se alzaba de la pira del faro.

Mileto se levantó con la idea no muy lúcida de que tenía que lavarse. Abrió varias puertas antes de dar con la sala de baños. Estuvo en el gimnasio, en el comedor y no siguió por no entrar en la biblioteca. Volvió a buscar, volvió a abrir más puertas. Los interiores estaban iluminados por la débil luz de un candil. Era escasa la luz, pero las superficies en que se proyectaba descubrían en el pulimento sus calidades: la obsidiana de los espejos, el estuco y esmalte de las paredes, los damascos de las cortinas.

Al fin, el agua. Y después del agua, el óleo perfumado. Se lo untó sobándose el cuello cuidadosamente, de modo que los poros absorbiesen el aceite.

Todavía abrió más puertas antes de dar con su camarote. Tan oportunamente, que acababa de tumbarse en la litera cuando entró el púnico.

Mileto se dio cuenta de que le miraba fijamente a los ojos. Los ojos de Osnabal eran unos ojos mediocres: negros, apagados. Pero Mileto tuvo que cerrar los suyos. No podía resistir la mirada del médico. Sintió que le andaba palpando el abdomen. Quizá también

le hizo abrir la boca. Y hubo un momento en que no pudo resistir la mano del médico sobre el corazón, como si se lo oprimiera.

No tenían vida los ojos de Osnabal. Sin embargo, los de Myna... Myna le había hecho mucho mal con su mirada.

El ruido del portísculus le golpeaba en el hígado. Sufría la sensación de que el mazo caía una y otra vez sobre su hígado. Cada golpe de remo ocurría a los tres latidos del corazón. El corazón y el portísculus no coincidían en el tiempo... Sí, era el mazo imponiendo el ritmo de la faena. El olor de la galera debía de ser más intenso y fétido que el del tercer patio. En el primer patio, los amos. A veces, los amos y las bestias. Trófimo, tan hábil para hacer dúctil el oro, ¿no se recreaba viendo la novilla recostada en el primer patio? En el segundo, los libertos, los criados asalariados. Y en el tercero, él, Mileto. El tercer patio solía ser una sucesión de estancias en cuyos muros se levantaban los cubículos ínfimos. En las noches de verano se les quitaba la cubierta de paja, y los mosquitos chupaban la poca sangre que dejaban las chinches. A veces, también las garrapatas participaban del festín. Sí, en el tercer patio se dormía cara a las estrellas. Un poeta que nunca había sido esclavo cantó a la manera de Píndaro la felicidad del siervo que recupera las fuerzas perdidas en el sano trabajo, durmiendo feliz bajo la luz quebradiza de las estrellas. Era un hermoso poema que Mileto se sabía de memoria, pero que ahora, con la fiebre, apenas si podía recitarlo mentalmente. Las palabras *chinches*, *mosquitos*, *garrapatas*, *fetidez* pretendían entrar intrusas en el poema... En la primavera, en el estío, con la sangre ardiente era difícil frenarse en contenciones. Entonces se iba de un patio a otro, pegándose a los cubículos, a las galeras de las mujeres. Y cuando caía la presa, allí mismo, sobre la tierra caliente, se obligaba a huir, asustados de los gruñidos, a las garrapatas y a los mosquitos. Los vigilantes, sobornados, fingían hallarse dormidos. A veces, casi siempre, estaban ebrios. Nunca había queja ni investigaciones. En el tercer patio no se permitían pudibundeces. Si el parto era doble (pues nada hay tan prolífico como la miseria), el amo se regocijaba. Solía ocurrir que en el tercer patio hubiese un pozo. Un pozo como el de Juan. Las aguas del pozo del judío Juan eran tan corrosivas que deshacían los metales. Los pozos del tercer

patio regulaban la proporción de los sexos. No convenía al sentimiento materno dar a luz hembras. En el tercer patio el pozo equilibraba la natalidad poco rentable.

Sin duda, no había habido matanza en el Aquilonia. El portísculus continuaba sonando, golpeándole en el hígado. El destino les reservaba las vidas para ofrendárselas a Skamín. Los ojos de Myna le habían hecho mucho mal.

Bebió una pócima. El criado le dijo que la había preparado Osnabal. Sintió en seguida que el mazo no golpeaba en el hígado; pero, en cambio, tras un retortijón, los intestinos parecieron reventársele. Saltó de la litera, salió del camarote. Anduvo tambaleándose por el pasillo sin encontrar la puerta de la letrina. El Aquilonia se movía mucho en la marejada. Recordó que en la sala de baños había otra letrina. Apenas tuvo tiempo de entrar. Se agarró de las asas y sentose en la silla. La silla del excusado de madera de boj, policromada con una greca, era suave y tersa. Los intestinos se le rompían. ¡La maldita pócima! Se agarró fuertemente al asa. El Aquilonia bandeaba con tal fuerza que a cada golpe lo impulsaba fuera de la silla. Se le oscureció la mente y sólo tuvo consciencia para darse cuenta de que su cuerpo de esclavo, acostumbrado a ponerse en cuclillas, se derrumbaba de la silla y caía, caía como si en la nave se hubiera abierto un agujero sin fondo.

No supo si él mismo había vuelto al camarote o si lo habían arrastrado. En cualquier caso, cuando despertó se sintió lúcido y sin fiebre. Y con una sensación de malestar moral que lo apesadumbraba hasta enrojecerle las mejillas.

«Decididamente —pensaba Mileto—, dos mundos y hasta dos naturalezas distintas separan al esclavo del hombre libre. No basta con imitar los gestos y las palabras del hombre libre. Es necesario que los actos y las palabras, los ademanes y los gestos, aun los sentimientos, respondan al hábito de una conducta. Y la conducta no se adquiere: se nace con ella o se aprende tras un largo y quizá penoso aprendizaje.»

Pensó que tendría que andar con mucha cautela para expresar sus pensamientos y sus emociones, a fin de exteriorizarlos con la responsabilidad y la consciencia de los hombres libres. Él, como

todos los esclavos, no por falta de hombría, sino por hábito de subordinación, propendía a las indecisiones y apocamientos, casi pueriles, de los seres desprovistos del sentido autónomo de la acción, desacostumbrados al ejercicio de la voluntad. No había estado mal hacer saber a Benasur, como lo hizo delante de Myna, que era capaz de pensar y decidir por su cuenta. Pero lo insólito del impulso lo llevó a mostrarse excesivo, duro, quizá grosero con Benasur. Le avergonzaba haber reaccionado con su alma de esclavo. Su natural pavor a la muerte no era el miedo del hombre libre, sino el terror del esclavo. Y para disfrazarlo se había puesto a vociferar a Benasur, haciéndole reproches fuera de razón.

Por el ventanillo del camarote entraron las primeras luces del alba, y Mileto, que no esperaba otra cosa, se echó fuera de la litera. Tenía interés en hacerse presente antes que nadie, para demostrar que los miedos no le retenían pegado a las sábanas.

Mileto subió a cubierta. El día se iniciaba gris y lluvioso, y el mar se movía en grandes olas sin rizo. El rumor del cordelaje al pasar por poleas y argollas se asociaba al crujir de la embarcación que avanzaba a grandes bandazos de babor a estribor, impelida más por los golpes de remo que por el escaso viento que henchía las velas. A veces la ola era una masa tan enorme de agua que el Aquilonia, al remontarla, daba la impresión de quedar suspendido en el vacío.

El espectáculo le parecía a Mileto tan nuevo y grandioso que no percibía el posible peligro que pudiera encerrarse en él. La lluvia era menuda y refrescaba como un rocío, sin llegar a mojar la ropa.

Los marineros no se extrañaban de verlo tan temprano sobre cubierta. Apenas si le prestaban atención, ya que andaban de un lado a otro en el ajetreo de sus faenas: sujetando un cable, restirando una vela, apurando el torniquete del cable mayor para mantener más unida y consistente la nave. Otros baldeaban la cubierta, limpiaban los micas de las ventanas y sacudían las colchonetas de las literas de a bordo. Akarkos había sido relevado y en la plataforma de mando se hallaba el oficial Forpas.

Benasur no tardó mucho en aparecer en cubierta. Mileto se levantó y acudió a él, sin saber en este momento qué palabra de

disculpa o de saludo dirigirle, pero el judío se anticipó a sus dudas diciéndole:

—Me place saber que no te mareas, Mileto.

Hizo omisión del incidente de la noche. Ni siquiera le preguntó por su salud a fin de eludir ciertas molestas explicaciones. Después, mirando hacia la costa que quedaba a popa, informó:

—Es Naxo. En previsión de cualquier accidente iremos bordeando las costas de las islas mientras dure la marejada. Si no se pone peor el mar, llegaremos a Anafe a media tarde.

Durante el resto del viaje, Mileto tuvo ocasión de comprobar que Benasur era hombre tan comprensivo como indulgente. Ni por asomo aludió en ningún momento a los incidentes del día anterior.

Capítulo 4

Skamín, rey del Egeo

La nave capitana de Skamín no tenía nombre, pero en el mar Egeo era conocida con el de Dulce Flor. Cuando los dos barcos se juntaron por sus bordas, del Dulce Flor echaron el rastrillo sobre el Aquilonia. Los rodillos chirriaron amenazadoramente, mas en esta ocasión el rastrillo de los abordajes tendía un puente cortés a los huéspedes de Skamín.

Pasó un oficial pirata al Aquilonia, saludó a Benasur y le dijo:

—Es deseo del navarca Skamín que tu nave siga a la nuestra a una distancia prudencial.

—¿Algo más?

—Nada más, señor.

Benasur hizo la recomendación a Akarkos. En seguida pasó con su séquito a bordo del Dulce Flor.

Sobre cubierta fueron recibidos por el pirata y un numeroso grupo de lugartenientes y criados. Skamín se adelantó rodeado de cuatro oficiales. Vestía el uniforme de navarca griego, un tanto adulterado por la fantasía. Cubría la lustrosa y bien peinada melena con un casquete de seda roja bordado en oro y recamado de piedras preciosas. Dos gruesas argollas pendían de sus orejas, una de las cuales, la derecha, semejaba un pingajo de carne informe. La cicatriz, huella de un machetazo que le había llevado parte del apéndice auricular, corría hacia abajo como un surco que perfilaba siniestramente la quijada. Lo único notable de Skamín eran sus ojos claros, grisáceos que, a la luz de las antorchas, chispeaban inquietos como dos lentejuelas.

El pirata, llevándose las dos manos al pecho e inclinando la cabeza, pero sin dejar de mirar fijamente a Benasur, dijo:

—Sea bien venido el magnífico Benasur.

—Sea bien hallado el intrépido Skamín —contestó el judío. La voz de Skamín era blanda y melosa.

En seguida, de acuerdo con las indicaciones que Benasur les había dicho, Mileto, Forpas y Kim, que constituían su séquito, inclinaron la cabeza y así permanecieron mientras los fue presentando.

Skamín, que no tenía previsto más protocolo que el saludo, salió del paso diciendo:

—Mis capitanes Alfa, Beta, Gamma y Delta.

Con Skamín los capitanes solían desaparecer, pero los nombres continuaban vigentes en los sucesores. Benasur se quedó mirando con disimulo a Beta, y no sorprendió en éste ningún gesto que denunciase que lo había reconocido. Esto le dio la seguridad de que Benemir, nombre con que el judío se presentó siempre a Tacfarinas, no identificaba a Beta la verdadera personalidad de Benasur.

—Pasemos al salón —invitó el pirata.

Al volverse y dar los primeros pasos, Benasur vio colgados del mástil los cuerpos de tres hombres. Por la indumentaria los identificó como marineros chipriotas. Benasur no se inmutó. Skamín, que no le quitaba ojo, aludió a los ahorcados con fina sonrisa:

—Poseidón no les fue propicio...

Benasur hizo un gesto de desaprobación, y en tono confidencial, como si diera un consejo, dijo al oído del pirata:

—Esto ya no se estila, agudo Skamín.

El pirata le miró con expresión de duda. Y al ver que Benasur no perdía el aplomo, sino que, por el contrario, se componía la toga con un ademán señorial, comentó:

—Yo vivo muy apegado a las normas viejas. Me parecen más honestas. Me gusta respetar las costumbres marinas: por eso sólo los he ahorcado. Gamma me aconsejó que los crucificara. Alfa es partidario de la espiga. En fin, no se estilará, pero es un recurso eficaz y expedito. Cuando tenemos tiempo solemos hacer las cosas con más imaginación...

Se quedó mirando a Benasur. Era difícil resistir el influjo maligno, casi violento, de la mirada de Skamín. Mas Benasur no sólo lo resistió sino que con ademán displicente se llevó la mano a la bolsa de la túnica y de ella extrajo el pomo de vidrio, que aplicó parsimoniosamente a las fosas nasales. Aspiró profundamente el perfume. Después, se guardó el pomo con la misma calma. La lucecilla salvaje que brillaba en los ojos de Skamín se nubló por unos instantes y su expresión se tornó cálida al seguir, sin pestañear, la extraña operación de Benasur.

El pirata lo miró de arriba abajo, midiéndolo, como si en ese momento descubriera la estatura de su huésped.

—Tras la larga amistad que nos une, era hora de que nos conociésemos —dijo Skamín.

Sentíase cohibido. Socialmente se consideraba incompetente. No sólo carecía de pomo que llevarse a las narices, sino que jamás había visto un adminículo igual. «Este Benasur, que los demonios confundan, quiere asustarme. En ese pomo lleva guardado un espíritu protector y ahora lo ha aspirado para verse asistido en las pláticas. Pero no me dejaré engañar.»

Benasur se detuvo y no dio un paso. Seguramente existía una regla protocolaria, aplicable a los navarcas, que Skamín desconocía. Y como no se les ocurría a ninguno de sus capitanes una fórmula cortés para conducir a los huéspedes al salón, tomó la iniciativa diciendo:

—Estáis en vuestra casa. Seguidme con entera libertad.

En el salón, la mesa ya estaba servida. Variedad de carnes frías y pescado ahumado en ascuas; tortas, quesos y pasteles; higos, pasas, almendras, fruta y confitura; y las cráteras rebosantes de vinos de diversos colores. Las cráteras se mantenían en equilibrio gracias a los trípodes articulados de que pendían. También las ánforas de licor, debidamente precintadas. Dos copas gigantes, de oro, indicaban los lugares de Benasur y Skamín. Un criado las llenó en seguida, mientras otros atendían a los demás. En el salón sólo entraron, con el séquito de Benasur, los cuatro capitanes de Skamín.

El pirata levantó la copa diciendo:

—¡Mis votos por tu prosperidad, Benasur!

—¡Los míos son por tu larga vida, Skamín!

Lo de larga vida quizá lo dijo Benasur con cierta sorna, pero el pirata no recogió la alusión. Todos brindaron y bebieron, y a continuación ocuparon los reclinatorios de mesa. Skamín, que parecía no querer perder el tiempo, dijo:

—Demos comienzo a la entrevista. Y como ignoro su motivo, explícate tú primero, Benasur.

El judío, que habría deseado hablar previamente a solas con Skamín, decidió ponerlo sobre aviso:

—Son muy graves y trascendentales las palabras que voy a decirte, por eso me parece prudente anticiparte que estos tres caballeros que me acompañan son de mi absoluta confianza, y pueden oírlo todo...

Skamín, que nunca en su vida había tenido persona de quien fiar, contestó arrogante:

—También mis hombres gozan de mi confianza.

Se hizo un silencio. Benasur no encontraba la palabra con que iniciar la cuestión, la peliaguda, gravísima cuestión. Durante mucho tiempo, imaginándose este instante de verse frente a frente con Skamín, había pensado y repensado, corregido y apurado la frase con que debía iniciar la plática, pero ahora le parecía que se le borraba. Los lugartenientes Alfa, Gamma y Delta comenzaron a picar de los platos servidos. Beta se mantenía vigilante. Al fin, Benasur, hallada el habla, le dijo a Skamín que el convenio concertado hacía cuatro años no había dado los resultados apetecidos. Y explicó:

—El aumento de los fletes no da para tanto. Muchos clientes han prescindido del servicio de nuestros barcos precisamente por el aumento de las tarifas. Los navieros romanos y gadiritas no cobran seguro y mantienen los precios bajos. Tengo una pérdida de tres millones de sestercios anuales. En cuatro años he desembolsado de mi peculio doce millones. Mis socios están dispuestos a denunciar el pacto. Yo no puedo seguir así...

El pirata se llevó unas almendras a la boca, y mientras las trituraba mantuvo silencio. Después le dijo a Benasur:

—No están mal. Pruébalas, Benasur. Las hemos requisado a un barco que venía de la isla de Cos. Te garantizo que no son tan

amargas como tus palabras... —y en seguida, tras una breve pausa, continuó—: Siento decirte que no estoy dispuesto a anular el convenio, firmado por diez años. Mis negocios, como tú sabes, son muy inestables. De los cinco millones que tú me das, tres, los que dices perder, se me van en agentes confidenciales. Esta tranquilidad con que estamos navegando por aguas neutrales cuesta dinero, Benasur. El mar se ha puesto muy difícil. Cada día hay menos gente honesta en el mundo. Créeme, no puedo renunciar a los cinco millones. ¿Acaso pretendes que te dé mis garantías gratuitamente? ¿Qué menos de dos millones puede ganar un hombre tan servicial y abnegado como yo?

—No hagas interrogaciones que nos conduzcan a una discusión —repuso Benasur—. Mi idea no es rebajarte ni un cobre de los cinco millones, sino aumentarte tres más...

Skamín sonrió y pasó la vista por sus cuatro hombres. El único que pareció impresionarse con las palabras del judío fue Beta. Skamín bajó la cabeza, y sin dejar de masticar replicó:

—Pero ¿no has dicho, Benasur, que no podías seguir así?

—Cierto, no puedo seguir así. Pagarte cinco millones resulta ruinoso, pagarte ocho puede ser más conveniente.

—¿A cambio de qué?

Benasur no pestañeó, pero sintió que la garganta se le secaba. Había llegado el momento. Alargó el brazo y cogió una almendra. La partió con los dientes. La parte que se quedó entre los dedos la dejó sobre la mesa. Todos le miraban. La expresión más angustiosa era la de Mileto. La más curiosa, la de Beta. Skamín esperaba con su sonrisa fina, alargada, sin dejar de mover las mandíbulas. Benasur habló:

—De que te rindas.

Nadie se movió. Únicamente Beta corrió la mano hacia la empuñadura de la espada. Y con el mismo sigilo se deslizó del triclinio para ponerse en pie. Benasur cogió la mitad de la almendra que había dejado en la mesa y se la llevó a los dientes. La cortó en otras dos partes. Se quedó mirando la minúscula porción que le quedó entre las uñas. Alfa, Gamma y Delta también bajaron de la

mesa. Mileto y Forpas los imitaron. Sólo quedó recostado Kim, que también sonreía.

Skamín comenzó a agitar el pecho en movimientos convulsivos. Hacía esfuerzos para no reír, por contener la risa, pero la risa, más fuerte que su voluntad, comenzó a salir de los labios. Benasur no sabía qué hacer con las manos y alargó la derecha para coger la copa. Le dio un sorbo. Después, otro. Los cuatro lugartenientes de Skamín tenían sus manos puestas en las espadas. Mileto estaba pálido, intensamente pálido.

—Me río porque me estoy acordando de un cuento... ¿Sabéis el cuento del jorobado y la cortesana? Es un cuento sucio, pero divertido. Los cuentos más divertidos son siempre sucios...

Se le cortó la risa y enmudeció. Beta cogió un candelabro de la mesa y se adelantó hacia Benasur. Proyectándole la luz, preguntó:

—¿No nos hemos visto antes, Benemir?

Benasur miró a Raz-Amal sin parpadear. En seguida, tras encogerse de hombros, le volvió la cabeza. Extendió una mano. Quizá Raz-Amal se la clavase a la mesa con la espada. Pero no sucedió así. Cogió otra almendra y la presionó con los dedos para quitarle la cascarilla. El silencio era tan grande, tan expectante, que se oyó el débil crujir de la cascarilla entre los dedos.

—¿Benemir? ¡Vaya si eres necio, Beta! ¿Aún no has aprendido el nombre del magnífico Benasur? —dijo Skamín.

—¡Sé lo que digo, Skamín! He visto a Benasur más de dos veces al lado de Tacfarinas...

Benasur se llevó la almendra a la boca. La estuvo triturando parsimoniosamente. Skamín le miraba de reojo y le sonreía. También el judío sonrió. Beta, el antiguo capitán Raz-Amal, no hacía un buen papel con el candelabro en alto.

—Conque ¡con Tacfarinas! —refunfuñó Skamín—. ¡Mira si eres cretino, Beta! ¡Ya te he dicho que estoy harto de que me hables de Tacfarinas! ¡Valiente estúpido, dejarse coger por los romanos! ¡Aquí me tienes a mí! ¡Veinte años haciendo la guerra a Roma! Vete a tu sitio y deja el candelabro en su lugar, Beta. Después de traicionar a Tacfarinas, te pasas las horas añorándolo.

Benasur no las tenía todas consigo. La reprimenda a Raz-Amal podía ser cosa estudiada de antemano. Por eso se aventuró en busca de una actitud más clara:

—Supongo que el capitán Beta se refiere a Tacfarinas, el guerrillero númida...

—¡Guerrillero! Sí, sí. ¡Qué guerrillero ni qué númida! Tacfarinas era un bandolero, un pirata del desierto. ¿Qué le contestó el padrecito Tiberio cuando tuvo la osadía de pedirle tierras para un reino? ¡Que no negociaba con facinerosos! Sin embargo, a mí me ofreció hace años el gobierno de una isla. Tú lo sabes, Benasur. Y luego puso precio a mi cabeza. ¡Son rasgos que honran! —Y cambiando de tono, súbitamente irritado, exclamó—: ¡Y tú, Benasur, conociendo mi fama y mi poderío, vienes a pedirme muy suavemente que me rinda! ¡Para colgarte, Benasur! ¡Rendirme! ¿A quién voy a rendirme, Benasur?

Beta dejó el candelabro sobre la mesa. A pesar del menosprecio con que lo había amonestado Skamín, permaneció tras el judío con la mano puesta en la espada.

Benasur, que no quiso hacerse moroso, respondió al pirata en un tono suave y persuasivo:

—A Roma, Skamín. Debes rendirte a Roma.

—¡Es demasiado, Skamín! —vociferó Raz-Amal.

El pirata estaba de acuerdo con su lugarteniente: era demasiado. Pero vista la calma con que Benasur decía las cosas más ofensivas, pensó que no había por qué vociferar de la manera que lo estaba haciendo Beta.

—Calma, Beta, calma. No estás con Tacfarinas. ¿No ves al navarca magnífico? ¿Cuándo aprenderás las buenas formas? ¿No me ves a mí cómo me contengo y soy cortés con mis huéspedes?

Skamín dijo todo esto desparramando la vista, como si con los ojos quisiera encontrar asideros donde afianzarse en ese momento en que la violencia oprimía incontenible su pecho. Desde luego, Beta le había disgustado. Ya estaba harto de oírle hablar de Tacfarinas. Siempre lo hacía en el momento más inoportuno: cuando la gloria de Skamín entre los suyos era más brillante, ¡zas!, el necio de Beta tenía que sacar a relucir a su rey Tacfarinas. Hablaba de él como si fuera un héroe, el más grande capitán que hubieran visto los siglos,

más grande que Alejandro, más grande que César. ¡Tacfarinas! Tacfarinas no le habría servido a él, a Skamín, para atarle los cordones de las sandalias. ¡Condenado judío! ¡Era para colgarlo! Pedirle a él, precisamente a él, vencedor del navarca Lúculo, que se rindiese a Roma. Pero las cosas había que hacerlas con las buenas maneras que las hacía Benasur. Sin sofocarse. Al fin, los peroles de pez se preparaban en seguida. Claro que, en medio de todo, la cosa no era tan irritante. Era una negociación. El padrecito Tiberio le había dado una mala respuesta a Tacfarinas, y a él le enviaba un embajador, nada menos que al magnífico Benasur.

Aunque la violencia lo agitaba y las preguntas lo consumían, no quiso hacer mal papel delante de Benasur. Y tal como si acabaran de resolver cualquier asunto trivial, dijo:

—Os tengo preparada una fiesta para después de la entrevista. Yo siempre pensé que una entrevista que me proponía mi amigo Benasur sería provechosa para ambas partes. Benasur es agudo para los negocios y yo, reconozco mis méritos sin modestia, soy codicioso para el dinero, por eso me dije: Benasur me propondrá un buen negocio. Y el hombre que me da cinco millones de sestercios, debe ser agasajado como se merece. He traído de Naxo un cuerpo de baile. Alfa dice que no lo hay mejor. Hacen la pantomima de los tritones admirablemente. Son cuatro muchachas y cuatro muchachos que forman un conjunto primoroso... Y, además, saben ser amables. Mis huéspedes, cualesquiera que sean sus aficiones, quedarán contentos... ¿Cómo me dijiste, Benasur, que se llamaba tu escriba?

—Mileto, Mileto de Corinto.

—Está más pálido que el lino. Sin duda se encuentra mal... Dime, Benasur, ¿cuánto te paga el padrecito Tiberio? ¿Por cuánto quieres venderme a Roma?... ¡Y yo que te creía una persona honorable! ¡Rendirme yo a Roma!

Le exasperaba la tranquilidad del judío. Lo vio coger una de las borlas que colgaban del tapete que cubría el triclinio y jugar con ella. Skamín miró interrogadoramente a sus lugartenientes. Después, a falta de mejores argumentos, golpeó con el puño la mesa mientras decía:

—¡Yo no me rindo, yo no me rindo!

Se contuvo porque gritó tanto que se le enronqueció la voz. Y reportándose, tratando de imitar la tranquilidad de Benasur, repitió en tono moderado:

—Creía que eras una persona honorable.

En ese instante Benasur tuvo el presentimiento de que tenía ganado el primer punto de la partida. Skamín había repetido lo de honorable, dando demasiada importancia a lo social y externo.

—Ocho millones son una cantidad honorable —aseguró el navarca —; por lo menos, tal creo yo. Con ocho millones y la consideración de Roma se puede vivir muy bien —y mirando a los lugartenientes, agregó—: Se puede saltar a tierra, sin temor, sin disfraz, sin complicidades molestas y entrar en las tabernas, en los lupanares, en las termas, en el circo, en el anfiteatro... Se puede vivir... muchos muchos años.

Skamín volvió a vociferar:

—¡Ocho millones! ¿Tú sabes lo que el padrecito me ofreció hace catorce años si yo me retiraba de los negocios? ¡Y no quise, Benasur! Entonces el padrecito entró en cólera y puso precio a mi cabeza... Y después armó aquella flota de paros cuyo mando dio al marica Tito Lúculo... ¿Cuánto crees que costó eso a Roma? ¡Y tú pretendes que yo me rinda por ocho millones...!

Skamín se fue de la lengua. El judío supo así que la rendición no era cuestión de principio, sino de precio. Y en el terreno del precio —de la oferta y la demanda— no había en el mundo persona que le ganase a Benasur. Tenía tal ojo para tasar, que nunca modificaba sus ofertas.

—Realmente ocho millones vistos desde la cubierta del Dulce Flor son pocos millones. Vistos a un plazo de diez años... es mucho dinero. ¿Qué será de ti dentro de diez años, Skamín? ¿Todavía seguirás reinando en tus aguas neutrales? ¿O habrás muerto? ¿Y de qué manera? Ocho millones aseguran físicos y medicinas contra los más extraños males, aun contra aquellos que nacen en el corazón de los hombres por envidia, por codicia, por rebeldía... Las epidemias causan mucha mortandad, Skamín, pero la traición hace más estragos... ¡Acuérdate de Tacfarinas, de Julio César! ¿Por qué no pides consejo a Mileto? Él es un excelente contador. Mileto te puede

decir que si ahora tus agentes confidenciales se llevan tres millones, dentro de un año se llevarán cuatro, y dentro de dos, cinco. Tú, Skamín, cuentas tu vida por años; Roma, por décadas. Llegará un momento en que no podrás huir del cerco de Roma. Esto sucederá cuando ya no tengas las facultades físicas de ahora ni cuentes quizá con estos leales hombres que son tus capitanes. Todos habéis peleado como leones. El mundo no os escatima la gloria de vuestra audacia. ¡Habéis humillado a Roma! Esto quedará registrado en los anales... Pero, si sois tan valientes y aguerridos, si sois tan gloriosos y enteros, ¿no tenéis derecho al descanso y al goce de los bienes que os ha reportado vuestro sacrificio? ¿Por qué andar en tierra sólo de noche y disfrazados? ¿Por qué poseer a las mujeres con sobresalto? ¿Por qué no poder maravillar a las gentes contándoles tranquilamente vuestras proezas? Si hoy te rindes, Skamín, todo es posible. Podrás ir libremente a Alejandría y ver al médico Sharon, que te fabricará una oreja de pasta con la misma textura y el mismo color de la carne. Y te la coserá con hilos de oro que no serán visibles. Podrás vestir, si lo deseas, la toga romana...

Mileto había recobrado el color. Estaba admirado.

—¿Y quién me garantizaría eso? ¿El padrecito? —preguntó el pirata.

—Sí, Tiberio... o si lo prefieres, yo. O los dos...

—¿Y tú qué ganas con todo ello, Benasur?

—El favor del César. No busco en tu rendición lucro alguno. Sabes que tengo el suficiente dinero para asegurar tu anualidad. No, no es dinero lo que busco. Me contento con que el César se muestre agradecido con este servicio que le presto. Quizá, es lo que espero, me recompense con algún honor...

Skamín rio con sarcasmo.

—¡Para colgarte, Benasur! ¡Estás cegado por la vanidad y el oropel! ¡Para colgarte! No dirás que no he sido paciente escuchándote. Todos son testigos de tu ofensa. ¡Vaya negocio que vienes a proponerme! ¡Mi rendición a Roma! ¡Veinte años haciéndole la guerra con todas las ventajas y ahora, que me encuentro más seguro que nunca, más poderoso, vienes tú a pedir que me rinda! ¡Y eres tú, Benasur, pirata de tierra adentro, quien viene a

convencerme! ¡Eras mejor antes, cuando andabas detrás de mis pasos, cuando almacenabas el trigo de tus depósitos del Emporio para subirle el precio en cuanto Skamín requisaba un cargamento de Egipto! La escasez, el hambre, los alborotos del pueblo, la especulación. Entonces tú ponías a la venta el trigo a una mitad más alta de su precio; el mismo trigo que en la anterior requisa yo te había vendido a una mitad más baja. Con todo, ¡eras mejor antes!

Fue el único momento en que Benasur se quedó confuso. No por la acusación, que no le afectaba, sino por la fama de especulador que se había propalado por el mundo. Hasta el mismo Skamín hablaba de su trigo, del que pretendía haberle vendido. La confusión venía de identificarlo como socio de Celso Salomón, que tenía depósitos de trigo en el Emporio y que especulaba con la gramínea cuando escaseaba en Roma, cuando las naves de Skamín interceptaban un convoy de Egipto. El cuadro era exacto, pero la atribución falsa.

—Estás mal informado de mis negocios. Nunca he traficado con trigo, ni con el que tú requisas ni con el que otros cultivan. Entérate, Skamín: no me gustan los negocios que se mueven prósperos con la escasez y el hambre. Mi Ley me lo prohíbe. Yo especulo con el oro, que sólo se encuentra en las manos de los adinerados. Especulo con la seda, con las especias de Oriente, con el marfil, con los perfumes. Especulo con los metales, pero no con el trigo. Especulo con las flotas, pero no con el hambre... Si tales son los informes que tienes de mí; si tal es el concepto que te has formado de mi persona, prestando oídos a versiones falsas y calumniosas, no hay nada de lo dicho. Y óyelo bien: renuncio al objeto de esta entrevista. Por lo demás, no te preocupes: si tanto necesitas los cinco millones, los seguirás recibiendo. El año próximo tendrás que pagar a tus agentes cuatro, y al siguiente cinco, los mismos que yo te dé. Y un día, un día cualquiera, sólo porque en la cuenta de los sobornos carezcas de una dracma de plata, no faltará quien te apuñale por la espalda. Y tu cuerpo será objeto de ludibrio. Lo descuartizarán y echarán las porciones a las cloacas. Y el hombre que estuvo a punto de pasar a los anales será olvidado en el escarnio y en el desprecio públicos. No lo olvides, Skamín; Roma es eterna y tú sólo tienes unos cuantos

años de vida. Te quedan dos o tres para capitalizar tu arrogancia, para cobrar tu rendición. Yo sólo pretendo aconsejarte. Lo único que lamentaría es que después de haber desoído mi consejo, un cualquiera te vendiese en provecho suyo.

Benasur hizo una pausa. De todos los comensales el más exigente en retórica era Mileto, y Mileto reconoció que Benasur había estado elocuente y eficaz. Tan eficaz que Skamín y los suyos guardaron silencio en la pausa de Benasur: un silencio denso y significativo, lleno de interrogaciones y reservas mentales. Benasur había expresado claramente la posibilidad de una traición. Los capitanes no debían de sentirse muy cómodos. Principalmente Beta, señalado con la alusión a Tacfarinas.

El silencio era tan completo que los comensales oían los golpes del portísculus.

Oían también los roces tensos del cordelaje, el rechinar del maderamen.

Skamín alzó la cabeza y miró uno a uno a sus invitados. Luego fijando la vista en Beta, cuya expresión rezumaba resentimiento, dijo:

—Os propongo una adivinanza. ¿Cuál es el animal que al principio de su vida es cuadrúpedo, después bípedo y por último trípodo? Todos se quedaron perplejos. Conocían el viejo enigma; pero guardaron silencio no tanto porque deseasen hacerse los intrigados, cuanto porque temían la contestación de Skamín.

Éste volvió a mirar a sus huéspedes, mas ahora con una sonrisa alentadora. Al fin, Mileto respondió:

—¡La mujer!

—¿La mujer? —replicó el pirata, confuso con la salida del griego—. ¿Por qué la mujer y no el hombre?

—Porque has preguntado, ilustre Skamín, por el animal y no por la persona.

Skamín rompió a reír. Reía con un desenfado que repugnaba a Benasur, que impacientaba hasta la irritación a Beta. El judío miró y sonrió irónicamente a Mileto. Éste había estado oportuno. Sólo un griego era capaz de calificar de ilustre a un pirata.

Skamín se mostró halagado con el tratamiento de Mileto.

—¿Cuándo la mujer anda con bastón, escriba?

—Siempre que golpea a su marido —respondió Mileto.

Skamín movió la cabeza apesadumbrado, como si le hubieran machacado el enigma. Después interrogó:

—¿Cómo dices que te llamas, escriba?

—Mileto de Corinto.

Algo iba a decir Skamín, pero intervino Raz-Amal:

—Creo que no es ocasión para ociosidades. El enigma que te ha propuesto Benasur es muy grave y me parece que tiene más importancia de la que tú le das.

—¿Así lo creéis vosotros? —preguntó Skamín a Alfa, Gamma y Delta.

—Yo... —titubeó Gamma.

—¿Tú qué, Gamma?

—Yo creo —terció Alfa— que una buena adivinanza siempre es oportuna.

Benasur aprovechó aquella débil simiente de antagonismo:

—Yo opino como Beta. Beta se muestra contrario a mi proposición. Pero cualquiera que sea tu pensamiento al respecto, Skamín, creo que es cosa demasiado seria para interrumpir la entrevista con frivolidades.

Skamín no le hizo caso. Y dirigiéndose a Forpas, a Kim, dijo:

—Una dracma de oro a quien me diga una adivinanza que yo no resuelva...

Mileto no esperó:

—Adivina ésta, ilustre Skamín: Como el ciempiés, y no anda; como el pájaro, y no vuela; coche veloz sin caballo, sólida casa sin puerta. Sus cimientos son los mismos, pero su calle diversa.

El pirata murmuró entre dientes: «Como el ciempiés, y no anda; como el pájaro, y no vuela...». Y se quedó mirando a sus lugartenientes. Como viera en sus rostros una expresión indiferente y que arrugaban el entrecejo, resolvió:

—¡Una dracma a quien me dé un indicio!

—¡La escoba! —dijo Delta arrugando el ceño.

Skamín miró a Mileto y éste negó con la cabeza. Entonces preguntó a su lugarteniente:

—¿Por qué ha de ser la escoba, cretino? ¿Dónde le ves las alas?

—¿Vale que yo te dé el indicio, ilustre Skamín? —preguntó Mileto.

Al tercer ilustre el pirata sonrió al griego deshaciéndose en almíbar. Guiñándole el ojo se opuso:

—No. Tú no juegas en esto... —Y dirigiéndose a Benasur—: ¿Tú lo sabes?

—Sí. Ya la he descifrado, y tú si te fijas...

Mileto no pudo guardarse el indicio:

—Adivina que adivinarás, que en ella estás.

—¡La mesa! —exclamó Skamín.

—Frío frío, intrépido Skamín —lamentó Benasur—. ¿Sobre qué cosa te encuentras?

—Sobre el triclinio... —Benasur rio.

—No, Skamín. Eres lo bastante inteligente para prestar atención a estas tonterías. Tú estás pensando en los ocho millones...

—¡Te equivocas, Benasur! Creo que por hoy hemos hablado bastante de negocios. Mañana continuaremos la plática. Sigamos con las adivinanzas, que me divierten. ¿O es que a ti te aburren?

Y tirándole la dracma de oro a Mileto, le dijo:

—Venga la solución.

Mileto cogió la moneda con regocijo.

—Pues se trata de lo siguiente: Como el ciempiés, y no anda: los remos; como el pájaro, y no vuela: las velas; coche veloz sin caballo: nos conduce; sólida casa sin puerta: nos alberga. Sus cimientos son los mismos: el mar. Pero su calle diversa: los puertos. Adivina que adivinarás, que en ella estás, la nave.

—¡Admirable, escriba! ¿Cómo dices que te llamas?

—Mileto de Corinto...

—Esto merece un trago, Mileto, y pásate a mi lado. ¿No te molesta, Benasur?

—En absoluto, Skamín.

Beta se recostó en el triclinio. La luz del candelabro, movediza, incidía en su ojo inmóvil, encendiéndolo por momentos con un siniestro fulgor. De su rostro lo único vivo y conspicuo era ese ojo muerto que lucía como una escama de luz. Viéndolo ahora, Benasur recordó en Beta al lugarteniente Raz-Amal, tal como lo había

conocido en la noche de Shubam. Entonces no llevaba arillos a las orejas, sino collares en abundancia, de los que ahora sólo conservaba uno. De los segundos de Tacfarinas era el que demostraba mayor afición a los collares, sin que su odio a los romanos le hiciera vencer el escrúpulo de llevar el collar de centurión. A la mañana siguiente de aquella noche, Raz-Amal salió de Shubam con tres mil quinientos hombres para Tacape. Benasur, que acompañaba a Tacfarinas y su ejército, partió para Nepte, y allí recibieron la noticia de que Raz-Amal había tomado a sangre y fuego Tacape. Con una fortuna que sorprendió a todos. Ahora Benasur quería explicarse el porqué del éxito de Beta. Probablemente ya andaba en amistad con el pirata Petrides, y éste le prestó el auxilio de algunas naves. Comoquiera que fuese, sometió a la población con el terror. Los actos de crueldad de Raz-Amal al ser propagados por la Numidia pusieron en peligro la causa de Tacfarinas. Sin embargo, Benasur reconocía en aquellos días que la sangre vertida por Raz-Amal había sido eficaz. Desde entonces, Tacape fue puerto musulano.

Mazipa se hallaba de incursión por la Mauritania y presionaba al norte de Auzia con la intención de salir al mar cerca de Rusubricari. Benasur había aconsejado esta operación a Tacfarinas por la impresión que causaría en Roma saber que los rebeldes tenían dos salidas al mar, sujetando entre pinzas la Numidia y el África Proconsular. Pero, por desgracia, Mazipa no logró el objetivo. Más tarde disculpó su fracaso alegando que Ptolomeo, rey de los mauros, no había prestado el contingente prometido de «voluntarios».

Mientras Raz-Amal capturaba Tacape, y Mazipa iba hacia el mar, Tacfarinas con Asdruhán salió de Nepte rumbo a Thala, población que en diversas ocasiones había caído ya en sus manos. La maniobra iba encaminada a arrebatar definitivamente Thala a los romanos. No hubo ninguna novedad hasta llegar cerca de Cerva, donde establecieron contacto con la legión romana.

Todo eso pertenecía ya al pasado. Benasur, salvado el peligro que representaba Beta, recordaba con cierta nostalgia los hechos y circunstancias de la batalla de Nepte, una de las más astutas y brillantes operaciones de Tacfarinas.

Pero lo de Tacfarinas era ya historia. Una historia aplastada y sin brillo como es la historia del vencido. Ese pedazo de historia le costó muy caro a Benasur: algunos millones oro. Pero no se arrepentía. Había dado alimento a su ambición y satisfecho su sordo rencor contra Roma. Algún día, otro Tacfarinas humillaría definitivamente a Roma. Y ese otro Tacfarinas podría ser, si viviese, su hijo Shubalam.

En realidad, Roma no había vencido a Tacfarinas. A Tacfarinas, ya coronado rey de los musulanos, le había ganado su propia confianza. Nunca debió conservar a su lado (sobre todo cuando tomó por causa el reino de los musulanos) a tipos como Raz- Amal, Asdruhán y Mazipa. Raz-Amal, y no Mazipa como creía Myna, llevó a cabo la traición... Y Raz-Amal estaba allí, frente a él, emboscado con el nombre de Beta.

Skamín continuaba divirtiéndose con los acertijos. Mileto tuvo ocasión de ganar siete dracmas de oro más. Y por siete veces bebió abundantes tragos de vino. Los lugartenientes del pirata permanecían atentos y contrariados con el sesgo que había tomado la reunión. Beta más que ninguno de ellos. Forpas y Kim, por el contrario, ante el inesperado desarrollo de los sucesos se mostraron más animados y participaron en las adivinanzas de Mileto. Benasur se aburría, sin sentirse contrariado. El griego había logrado crear una atmósfera amistosa que redundaría en la buena marcha de las negociaciones. Quizá éstas se extendiesen más de lo pensado, pero abundaban los indicios de una feliz conclusión a la par que se alejaban los sombríos temores abrigados en principio. Lo peliagudo, lo más grave y temerario de la entrevista, ya había sido declarado. En la mente de Skamín los ocho millones irían minando su resistencia, sus escrúpulos.

El pirata, aburrido ya de las adivinanzas, propuso pasar a cubierta para ver el espectáculo de los bailarines.

La nave capitana de Skamín navegaba rumbo al norte. A media milla seguía el Aquilonia. Las dos naves iban custodiadas por una flota de paros.

En cubierta se hallaba otra mesa servida con nuevos manjares, copas y cráteras. Los hachones también eran otros y proyectaban una luz más huidiza y más estirada, alargando las sombras,

poniendo mayor contraste en los rostros de los comensales. Ahora Benasur sentose a la derecha de Skamín y éste tenía a su izquierda, en extraña asociación de espíritus, a Mileto. Era un mal lugar de acuerdo con la etiqueta, pero se veía que Skamín quería tener cerca a Mileto. El pirata y el griego habían coincidido en ese punto de fusión en que sus intenciones pareaban en lo pícaro. Un sentimiento de amistad, entre frívolo y descarado, los había unido. Mileto se creía a salvo de cualquier funesta contingencia con la súbita afección despertada en Skamín.

Benasur, teniéndolas cerca, pudo contemplar detenidamente las manos del pirata. Eran unas extrañas, inquietantes manos: cortas y membrudas se afilaban en los dedos que, en su extremidad, se contraían encorvados. El aspecto un tanto repulsivo de garra de las falangetas se acentuaba más con las uñas puntiagudas y renegridas.

A la media luz que hurtaba lo superfluo y menos caracterizado, Benasur vio el ojo quieto, inmóvil, de Beta; la desdentada boca de Alfa; el labio prognato, caído, acuchillado hasta el mentón, de Gamma; la nariz, larga y aplastada, de Delta.

Sobre el enrejado de la escotilla central, el mimo recitaba un prólogo explicando la anécdota del cuadro que iba a dar principio. Detrás de él esperaba el cuerpo de baile. La orquesta, improvisada entre la tripulación, haciendo caso omiso del recitado del mimo, buscaba el tono a los instrumentos: un organillo, tres cítaras y dos flautas.

Uno de los marineros hinchaba absurda, exageradamente, sus mofletes. Después pidió un trago de vino, hizo buches con él y purgó la flauta, de acuerdo con la creencia de que el alcohol templa el sonido de los instrumentos de viento.

Terminó el mimo la recitación y con los amanerados ademanes con que había ilustrado el prólogo inició el baile. Los otros danzarines se incorporaron cuando los músicos lograron coincidir en el tiempo. El bastonero dirigía a éstos y al cuerpo de baile con una antorcha encendida.

Los danzarines eran mediocres. Beta no abandonaba la empuñadura de la espada y murmuraba algo al oído de Delta. A Benasur le costaba trabajo aceptar que los bailarines fuesen de

Naxo, como había dicho Skamín. El número coreográfico que interpretaban tenía muchas influencias chipriotas. A Beta y a Delta se sumó Gamma. Alfa hablaba con el fenicio Forpas. Las bailarinas propendían a la obesidad y movían demasiado las caderas, al modo de las mujeres de Cilicia. Los hombres no lo hacían mejor, pues, si bien más esbeltos, caían en el mal gusto de imitar los movimientos femeninos. Skamín no le quitaba ojo a uno de los bailarines, quizá el más joven y que podía competir en belleza con el armenio del Regium. Pero era el que más abusaba de los pasos de danza femeniles. Beta, Gamma y Delta no despreciaban las copas que les ofrecían los criados, mas apenas posaban los labios en los bordes. Fingían participar de la fiesta, pero se abstenían cautamente, y en el entrecejo una arruga hostil les cerraba el cerebro.

Las bailarinas, si bien jóvenes, eran obesas. Todas mostraban un borde de carne entre la cintura y el nacimiento de las caderas. Era ese borde, que ondulaba a veces incitante, el que atraía la mirada de Forpas, aburrido con la plática insulsa de Alfa. La desdentada boca de Alfa se abría como caverna cuando la más vieja y más gorda de las danzarinas se aproximaba a él. A pesar de la gordura, todas tenían un busto firme y pechos reducidos. En el muslo de una de ellas, Benasur descubrió un lunar, un lunar poblado por un rizo de vello, brillante y ensortijado. Cuando la luz de los hachones incidía en el lunar, el vello parecía humedecido por el rocío. A Benasur se le antojó un oasis en la tersura de la piel blanca, muy blanca. Había conocido muy pocos oasis, mas no se le olvidaba el de Cydamos. Skamín no miraba el lunar de la danzarina, sino los párpados del bailarín. El bailarín parecía hallarse transportado a no se sabía qué muelles, difusos parajes.

El baile concluyó. Benasur no supo si había llegado a su fin natural o Skamín lo había interrumpido con una señal. Los danzantes se acercaron a la mesa. Pero con ellos los músicos y con los músicos otros tripulantes que habían contemplado el espectáculo recostados a la borda. Skamín estaba tan ciego, tan torpe a las seducciones del bailarín, que sólo tuvo atención para éste, al que invitó a sentarse entre él y Mileto. Se puso a jugar con los párpados del joven, sobre los que pasaba sus encorvados dedos de garra. Y Skamín,

engolosinado con los ojos del bailarín, no veía a sus lugartenientes, que habían tendido alrededor de la mesa un cordón de marineros. Beta no quitaba la mano de la empuñadura de la espada. A pesar de que el brazo descansaba sobre el arma, ésta, desenfundada, mostraba ya una cuarta de su hierro.

Benasur había pasado a bordo del Dulce Flor consciente del peligro. Pedirle a Skamín que se rindiese era una ofensa lo suficientemente grave para justificar la violencia, el crimen, el asesinato. Todo lo había previsto Benasur. Y la ambición le había impelido al juego. Lo no previsto era el ojo quieto, inmóvil, lacerante como una punzada, de Beta. Beta no se avenía a la blandura ni a la cortesía de Skamín. Rendirse a Roma era terminar sin gloria, sin provecho, una carrera, de aullido y de violencia. Y para oponerse a las vacilaciones de Skamín, su espada se había desenfundado una cuarta de hierro. El hierro de la espada de Beta relucía y también la luz ponía en él fríos reflejos de rocío.

¡Condenado Mileto! Sólo un griego como él, con forro de pícaro, podía llamar ilustre a un pirata sin enrojecerse y podía, como ahora lo estaba haciendo, pretender halagarle con la recitación de un poema en que se aludía a la excelsitud de los amores homosexuales. Cierto que Mileto estaba ebrio, más por las monedas de oro recontadas a escondidas que por el vino. Cierto que Mileto estaba embotado en la embriaguez que le producía haber salvado el pellejo. Y como él no miraba hacia Beta y no veía su ojo inmóvil, sentíase feliz de contar con el trato lisonjero que le dispensaba Skamín. Pero todas estas atenuantes de los sentidos dormidos, vilmente embotados, no le excusaban del pecado de recitar aquel poema prohibido, pues si la inspiración era ajena, la entonación y el gesto eran propios. Mientras el griego recitaba «y tu corazón gemelo del mío, Apolo/ vivo en el respirar de mi latido», el bailarín, recostada la cabeza sobre el pecho del pirata, dejábase acariciar los párpados, mientras las uñas renegridas de Skamín intentaban rizarle las pestañas.

Forpas, Kim y Alfa se divertían con las mujeres. Kim, con una paciencia singular, le contaba a la del lunar los filamentos del rizo.

Parecía estarle buscando un parásito dado el cuidado con que separaba los hilos del vello.

Todo provocaba el malestar de Benasur, quien, para aliviarse de la fetidez, sacó de la bolsa el pomo de vidrio. Aspiró el perfume con descarada fruición. Skamín dejó quietas las manos y se quedó mirando al judío, se quedó mirando con una expresión cándida el pomo; pero ahora sus ojos brillaron con codicia. Benasur lo notó y esbozó una sonrisa. En seguida, inclinándose hacia él, le dijo al oído:

—Creo que debes mostrarte más prudente. A Beta no le agradan ni tus huéspedes ni tu bailarín. Él procura disimularlo, pero se ve que te desprecia. Lo veo muy fiel al recuerdo de ese forajido..., ¿cómo dijo que se llamaba?

—Tacfarinas —murmuró el pirata. Y como no estaba tan ciego como creía Benasur, comentó—: Ignoraba la clase de negocio que ibas a proponerme. De haberlo sabido, esos hombres no habrían estado presentes. Pero no te preocupes. Tengo interés en continuar las pláticas. Pronto desaparecerán los estorbos...

Y Skamín volvió a acariciar los párpados del joven. Éste mostraba una expresión de tedio, si bien sus labios, gordezuelos y sensuales, fingían una sonrisa de complacencia. Si hubo indicación o seña, Benasur no se dio cuenta, pero Alfa se acercó a Skamín y éste dijo algo al oído del capitán. Alfa volvió al grupo que formaban las mujeres y los oficiales del Aquilonia y transmitió la orden: la bailarina del lunar saltó a la mesa y comenzó a bailar.

Skamín gritó a los marineros:

—¡Muchachos! ¡Esa mujer se la gana el que más tiempo permanezca de cabeza!

Los marineros se echaron al suelo para ponerse cabeza abajo, sosteniéndose con los hombros sobre el piso. Benasur comprendió la estratagema y sonrió de la astucia del pirata. La del lunar continuaba bailando. Ella sola lo hacía mejor que en compañía. Los pies movíanse con habilidad para sortear los objetos diseminados por la mesa, especialmente las cráteras. Y sin saber cómo, intempestivamente, estalló la reyerta. Alfa y Beta se enzarzaron en insultos y echaron mano a sus espadas. Los dos se pusieron en guardia, amenazantes, sigilosos, con los músculos tensos, con los

cuerpos flexibles. Rodaron algunos marineros y todos se pusieron en pie; todos hicieron corro a los antagonistas. Los dos hombres se vigilaban y se rehuían. Apenas si hacían los movimientos precisos. Las espadas, desnudas y en alto, tenían el mismo brillo.

Benasur pensó que cuando una de aquellas espadas se moviese sería para caer con todo el peso del odio en un golpe definitivo, mortal. Mileto, que había oído hablar mucho sobre el *modus operandi* de los gladiadores, no comprendía el porqué de las precauciones de los dos contendientes. El ojo quieto de Beta estaba más inmóvil que nunca y la dirección de su mirada era certera. La desdentada boca de Alfa se abría más de lo acostumbrado. Mientras, Skamín acariciaba los párpados del joven. Y como los músicos continuaban en su oficio, la danzarina seguía moviéndose entre las cráteras. Forpas miraba con curiosidad a los dos capitanes y también él tenía su mano apoyada en el pomo de la espada. Kim era el único que permanecía atento a la bailarina, seducido por el lunar, cuyo rizo se irisaba con los reflejos del vino y del metal de Corinto de la vajilla.

—Creo que por esta vez fallará tu astucia —le dijo Benasur a Skamín.

El pirata no movió los labios. Continuó con la vista fija en los rivales y acariciando al bailarín.

Benasur tenía razón. Los dos contendientes apenas se movían. Luchaban interiormente en un forcejeo de astucias. Y el que parecía desfallecer era Alfa. Al menor aflojamiento, los músculos perderían su tensión y entonces la espada de Beta caería sobre su cuello. Ésta era una pelea a muerte y no participaba de los movimientos gimnásticos de los gladiadores. No se trataba de divertir a un público, sino de aniquilar a un hombre. Allí sobraban la directa, el medio y el tercio, los tiempos de esgrima tan usuales en el anfiteatro.

Fue Alfa el que cayó. Como fulminado por un rayo. Dio la impresión de que de su desdentada boca salía un borbotón de sangre, pero fue la yugular seccionada la que lanzó el chorro. Tan potente, que tiñó el lino de la mesa y salpicó las piernas de la bailarina. Todavía Alfa se mantuvo en pie, con la cabeza de un lado, caída sobre el hombro, apenas prendida de un ligamento de carne.

Su boca se abría más negra que nunca, y los ojos le brincaban alegres, saltarines. La espada de Alfa estaba ahora llena de luces, pues se movía en el aire, mientras sus pies danzaban como de burla, ya que no seguía el compás de los impávidos tocadores. Algunos marineros soltaron la risa al ver a Alfa bailotear antes de caer de espaldas. Los más vitorearon a Beta. Pero Beta se perdió. Beta, con el triunfo, dejó desfallecer sus músculos. Cierto que la tensión había sido fuerte. Kim limpiaba con una servilleta la sangre que había salpicado las piernas de la bailarina, mas no perdía la ocasión de acariciar el rizo sedoso del lunar. El joven bailarín tenía los ojos exorbitados de espanto, y las falangetas corvas de Skamín pugnaban por cerrárselos. Mileto, que vio tan cerca la muerte, rozándole con el aliento cálido de la sangre de Alfa, sentía mudo el corazón.

Beta estaba perdido. Skamín se incorporó en el triclinio y apartó delicadamente el cuerpo del bailarín. De pronto, súbitamente, con la celeridad del rayo, de la mano del pirata se disparó una espada corta que fue a clavarse en el pecho de Beta. Beta cerró el ojo bueno y abrió sin mesura el ojo quieto, inmóvil. Blandía la espada con una amenaza ciega y comenzó también a bailar buscando unas fuerzas que lejos de acudirle se le iban con la precipitación de la hemorragia. El terror se apoderó de todos y comenzaron a huirle, pues sabían que Beta dispararía su espada contra Skamín, pero que otro, dada la perdida puntería, recibiría el golpe. Sí, Beta bailoteaba como lo había hecho Alfa. Eran hombres habituados a ver morir a los demás, pero sin la menor experiencia para rendir el latido. Se resistía. Delta y Gamma sentíanse consternados, mas no se atrevían a prestarle auxilio, porque Skamín, de pie, vigilaba los movimientos de Beta, blandiendo la espada corta que le había quitado a Benasur. Al fin Forpas empujó con el pie a Beta, que se flexionó de las rodillas y cayó de bruces, clavándose más todavía la espada de Skamín. Kim besaba a la bailarina. Benasur no le veía al oficial la mano izquierda, pero presumía que se hallaba entretenida con el lunar.

—Siento mucho lo sucedido —explicó Skamín a Benasur—. No sé qué motivo haya tenido Alfa para exaltarse de ese modo. Lo siento porque, aunque necios, eran dos buenos capitanes: osados y dóciles.

Y alzando la voz, casi a gritos, declaró:

—¡Sabéis muy bien que no quiero reyertas a bordo! ¡Para decidir sobre querellas personales, aquí estoy yo! ¡No consiento que se relaje la disciplina!

Benasur sintió que una alegría infame, con todos los regustos innobles, le subía al corazón. Siete años sin volver a acordarse de Raz-Amal hasta que, al fin, al cabo del tiempo, su recuerdo vino a surgir en una noche intensamente impregnada de betún. En Oasis Cydamos no olía a betún. Tampoco a dátiles. En Oasis Cydamos el olor de la ambición tenía el tueste de las arenas del desierto, y el olor de aguas en putrefacción que dejan las lluvias al filtrarse en los lodos del aluvión.

¡Ah! Ahora tenía ya un motivo justificador para presentarse a Shubalam. Le diría: «He vengado al rey, tu padre. He visto morir ante mis ojos, con una espada al pecho, a Raz-Amal».

Sí, la alegría infame estimulaba a Benasur. Y susurró al oído de Skamín:

—¿Sería impertinente si te pidiera ese collar que lleva al cuello Beta? Es un capricho. Quiero conservarlo como recuerdo de esta magnífica noche...

El pirata miró receloso al judío; pero al verle la alegría en los ojos comprendió que sus palabras eran sinceras, sin ironía. Skamín reaccionó alborozado, satisfecho de haber encontrado un gesto en Benasur capaz de identificarse con su sensibilidad. Y gritó:

—¡Traedme el collar de Beta!

Delta y Gamma se inclinaron sobre el cuerpo de Raz-Amal. Forcejearon a la luz de los hachones para sacarle el collar. Skamín se impacientó:

—¡Cortadle la cabeza ya!

Fue Gamma el que dio el tajo. Y con su labio prognato, caído y una sonrisa estúpida se acercó a la mesa con la cabeza de Raz-Amal en una mano y el collar en la otra. Por un escondido sentimiento de valoración jerárquica alzaba más el collar que la cabeza. El bailarín, con un grito de horror, escondió su rostro en el pecho de Skamín y éste posó su mano pecadora en la cabellera del joven. Benasur adelantó la mano. Sentía la tentación de cerrar el ojo exorbitado y

quieto de Raz-Amal. Del cuello seccionado chorreaban hilos de sangre. Sí, era Raz-Amal, el héroe de Tacape, el villano de Auzia. El mismo ojo quieto, la misma nariz fina y aguileña, la misma barba puntiaguda y ensortijada.

No le cerró el ojo porque Gamma puso en su mano el collar. Era el collar de plata de los oficiales númidas. Skamín dijo:

—Mañana se reunirán nuestras naves a la misma hora entre Naxo y Heraclia. Continuaremos las pláticas. —Y sin transición—: No me digas nada, Benasur. Yo he sido el primer defraudado con este cuerpo de baile. Es detestable. No sé dónde se le ocurrió contratarlo a Alfa.

Skamín se levantó. Todos se pusieron en pie. Los marineros habían vuelto a ocupar su lugar de prudentes, respetuosos espectadores. Se había bebido mucho vino. Pero nadie mostraba la mirada turbia ni el cuerpo vacilante. El único ebrio era Mileto. A la noche siguiente, cuando Benasur y su séquito pasaron a bordo del Dulce Flor, nuevos lugartenientes rodeaban a Skamín. Del mástil habían retirado los cadáveres de los marinos chipriotas y en su lugar pendían los de Gamma y Delta.

Benasur sonrió ahora con otro gesto:

—Reconozco que, aunque no se estile, es un recurso eficaz —comentó.

A Benasur le complació ver a los dos capitanes colgados. Le complació porque era el síntoma más evidente de que el astuto Skamín estaba dispuesto a negociar con agrado el asunto de su rendición.

Pasaron al salón de la noche anterior; pero únicamente los dos solos. Benasur comenzó la plática insistiendo sobre las ventajas de su proposición. Y ya más seguro, pisando firme, se levantó para quitarse la toga y quedarse en túnica. Skamín casi no le atendía. Benasur se repetía mucho. No había aspirado el pomo del espíritu inspirador y no se mostraba elocuente.

¡Condenado perro judío! ¡Qué aire se daba con su toga romana! ¡Si hasta parecía un mismísimo patricio o cónsul! Y todo por la cochina vanidad. Benasur se había adueñado de las naves de medio mundo, había atesorado más dinero que el que tenía el Erario de

Roma, y ahora quería prestar un favor al César. Quería decirle a Tiberio: «Ni lo que tú, con toda tu potencia, ni lo que tu armada ha conseguido, lo he logrado yo». Tal le diría el maldito judío a Tiberio. Y ese triunfo personal se lo acreditaría a costa de él, de Skamín, rey del Egeo, terror del Mar Interior. Pero Skamín podía echar toda la ambición de Benasur a tierra. Podía con una sola señal hacer que sus hombres mataran al judío y a su séquito. Y luego ¿qué? Todas las flotas de Benasur se aliarían a la armada de Roma para darle caza. Y sucumbiría, sí. Porque lo que no sabían los navarcas romanos lo sabían los navarcas de Benasur: sus escondites, sus puertos y radas de aprovisionamiento... Y perdería también los ocho millones. Ocho millones eran una cantidad tentadora. Sobre todo para él, que al cabo de veinte años de mar y huida, sentía la nostalgia de la tierra dulce y acogedora. Con las riquezas acumuladas, la venta de la flota y los ocho millones anuales... Skamín salió de sus reflexiones al oír que Benasur le preguntaba:

—¿Cuántos años tienes, Skamín?

Era una pregunta demasiado incisiva en aquel instante. Como para cortar con ella todas las vacilaciones del pirata. Skamín contestó:

—Cuarenta y cinco...

Benasur entonces volvió a sacar el pomito de vidrio y se lo llevó a las fosas nasales. Aspiró por dos veces profundamente y mientras se lo guardaba, dijo:

—No son muchos, ciertamente. La mayoría de los hombres tienen razones para considerarse viejos a esa edad, pero tú todavía estás fuerte...

Las palabras de Benasur le revolvieron los hígados al pirata. El judío concedía que aún estaba fuerte, pero insinuándole que había traspasado la línea natural de esa fortaleza. Como si le dijera: «Te conservas bien por casualidad, pero no te forjes muchas ilusiones. Vas para abajo». Skamín prefirió reaccionar en su terreno:

—Mis paros han rodeado tu nave. Tú y los tuyos estáis en mi poder. ¿Has pensado que podía matarte, apropiarme del Aquilonia?

Benasur hubiera querido mirar atenta e inquisitivamente a Skamín, para interpretar con certeza la intención que se escondía en el tono ambiguo de la amenaza. Pero desde el principio de la entrevista se

había abandonado a la confianza. Y aún dejándose llevar por ella, repuso:

—Yo nunca pienso cosas mezquinas de las gentes que son amigas. Sé que, por mucha satisfacción que te produjera mi muerte, tú no faltarías a las leyes de la hospitalidad. Soy tu huésped, Skamín. Claro que puedes matarme. Mas si bien yo no soy un navarca tan intrépido como tú, sí soy más poderoso. Sabes que ejerzo dominio sobre quinientas naves. Benasur es mortal como lo es Skamín. Las que no mueren son mis flotas. ¿Qué objeto tendría sumar al odio de Roma el de quinientas naves que te perseguirían hasta aplastarte? Sé que para ti eso sería una muerte apoteótica. Nunca el Egeo habría visto una tal concentración de barcos sólo para cazar a un hombre. Pero eso no es práctico, Skamín. Ni prudente. Mi escriba Mileto opina que la prudencia de los hombres es la llave de la sabiduría. Si tú eres sabio, si durante veinte años no ha habido navarca que te iguale, ha sido porque eres hombre prudente... —Y tras una breve pausa continuó—: ¿Crees que me pesan los cinco millones que te doy? Que yo pierda tres y que me sea oneroso el convenio pactado contigo no quiere decir que por eso vaya a odiarte. No. Antes lo denunciaría, y si tú te opusieras recurriría a hacer la guerra, tal como me aconsejan algunos de mis amigos. Pero no lo considero lícito. Insisto, Skamín: yo soy amigo de mis amigos y me he dicho: «Antes de que Skamín no tenga escape, antes de que lo tenga todo perdido, voy a ofrecerle una rendición honorable... Y muy ventajosa económicamente». Porque así es como debe conducirse la amistad. ¿Acaso tú, Skamín, obrarías de otra forma?

Skamín no supo dar respuesta y optó por llevarse la copa a los labios. Benasur le imitó. El pirata, adoptando una actitud gentil y extremando la suavidad de sus demandas, dijo:

—Quizá tengas razón. Pero antes que nada, dime, Benasur, ¿qué guardas en ese pomo?

—El perfume del Jardín de las Hespérides. Dicen que jamás se agota y que da larga vida.

—¿Te ha costado mucho?

—Mucho. El extranjero que me lo vendió estaba muy necesitado y se desprendió de él con gran dolor de su corazón. Poco le importaba

conservar el pomo de larga vida si peligraba de morir de inanición. Su valor estimativo es incalculable. ¿Por qué tu curiosidad, Skamín?

—Porque deseo que al precio de mi rendición agregues el pomo...

—¡Imposible, Skamín! No sabes lo que pides. El pomo es una cosa personal y no entra en negociación. Sólo por determinadas cesiones me resolvería a desprenderme de él...

—¿Qué cesiones, Benasur?

—Que te avinieras a los términos de rendición que yo impusiera.

—¡De ningún modo! Nunca me humillaré a Roma. Roma deberá respetar mi categoría de navarca. Y en la rendición no entrará la cesión de mi flota.

Desde este momento la conversación entró en francas vías de convenio. Comenzaron a discutir detalles, pormenores de la rendición; de las garantías que se darían por ambas partes. El judío echó sobre el platillo de la balanza el pomo de perfume. Todo quedó resuelto.

Benasur se encargó de redactar los documentos de rendición. Skamín se comprometía a retirarse de los mares desde el día siguiente, bajo una garantía de dos millones de sestercios que Benasur le entregaría en el acto de la firma del pacto.

La entrevista fue breve y fructífera. Tanto Benasur como los suyos pudieron disfrutar de la fiesta con ánimo más tranquilo. Además del cuerpo de baile, Skamín ofreció el espectáculo de una tropa de enanos que se dedicaron a representar divertidas pantomimas.

Al principio de la madrugada se despidieron. Quedaron en que se reunirían otra vez al levante de la isla de Anafe, a la noche siguiente, para ultimar el pacto.

Capítulo 5

Tacfarinas contra Roma

Concluidas las negociaciones con Skamín, Benasur ordenó que el Aquilonia tomase el rumbo de Creta. Con viento favorable llegaron a primera hora de la tarde siguiente al puerto de Cidonia. Mientras el barco se aprovisionaba, Benasur y Mileto saltaron a tierra y fueron directamente a la oficina consignataria.

Benasur se encontró allí con Hassam, un amigo y socio de Jerusalén. Retiró también el correo, en el que figuraban dos cartas de Raquel y otra de Joel, su agente en aquella ciudad. Como es natural, leyó primero la carta de Joel, que le anticipaba la sospecha de que José de Arimatea trataba de vender su participación en las flotas.

Benasur no pudo ocultar el disgusto que le produjo la noticia. Hassam, soltando la risa, dijo:

—Ya sé por qué tuerces el gesto...

Benasur, que tenía la costumbre de cambiar de tema antes de contestar preguntas que le cogían de sorpresa, replicó:

—Primero dime qué haces aquí...

—Espero un barco que me lleve a Siracusa. Creo que llega mañana uno de tu flota de Rodas.

—¿Has comprado ya el pasaje?

—Ya. Lo traigo desde Joppe. Pero abandoné el barco en que venía porque quise resolver algunos asuntos pendientes en Cidonia.

—Si ya has pagado el pasaje, no tengo inconveniente en llevarte conmigo en el Aquilonia. Salimos dentro de un par de horas... Ahora dime por qué tuerzo el gesto. ¿Acaso por la carta de Joel?

—Sí. Supongo que te hablará de la maniobra de Joamín...

—Algo me anticipa...

—Es cosa sabida en Jerusalén; por eso no me importa hablarte de ello. ¿Tú has oído hablar de Jesús el Nazareno?

—No.

—Me extraña. Hace algún tiempo que está metiendo mucho ruido. A mi suegra le hizo una curación milagrosa. Mi suegra llevaba baldada más de cinco años. Pues un día se le metió en la cabeza que la viera el Nazareno, que venía haciendo muchas curas y dando muchas prédicas. Marta, mi mujer, por medio de una vecina, consiguió que entrase el Nazareno en la casa... No te rías, Benasur. Fue impresionante. Yo estaba presente. Entró el Nazareno, que tiene una magnífica estampa... Se quedó mirando a mi suegra fijamente y fue y le dijo: «Los que creen, están salvados. Tu fe te cura, mujer. Levanta y da gracias al Padre». ¡Te digo que fue impresionante...!

—Y tú con la boca abierta, ¿verdad, Hassam?

—A mí, te lo confieso, el Nazareno me hizo buen servicio... ¡Tú no sabes lo desordenado que vivía mientras mi suegra estaba en cama...! Pero, escucha: el milagro no fue únicamente levantarla de la cama. Mi suegra no sólo está sana, sino que habla, se mueve, trabaja como si le hubieran quitado diez años de encima. Es extraño, Benasur. ¿Cómo es posible que no hayas oído hablar de Jesús Nazareno? Le dicen también el Galileo... Toda Palestina está revolucionada con él...

—¿Tan pronto han olvidado a Juan?

—¡Juan! Pero ¡si Juan dio testimonio del Nazareno!

—Bien, ¿qué tiene que ver ese Nazareno con mis asuntos?

—Tiene que ver que, según dicen, José de Arimatea es uno de los que siguen al Nazareno. Muy en secreto, pues lo cierto es que entre la gente respetable el Galileo es mal visto. Y tú sabes que José tiene silla en el Sanedrín... Bueno, pues José de Arimatea, sea por el Nazareno, sea por lo que tú quieras, el caso es que está haciendo cosas muy raras. Y tú sabes que, en cuestión de negocios, Mohakalí de Kades le sigue a ciegas...

—Concreta, Hassam...

—Han vendido las participaciones en tus flotas a Joamín...

—Sí, ¿y qué más?

—Y Joamín, según tengo entendido, se las ha pasado a Tito Limo, de Roma, para que las venda... al mejor postor —concluyó Hassam.

—¿Y por qué Joamín no me las ofreció a mí?

—Ésa es una pregunta que tú debes contestarte, Benasur. Eres demasiado sagaz para no sacar las consecuencias.

—Comprendo. Joamín quiere quitarme el dominio de la Compañía Naviera. Pero el sucio Joamín, mi querido Hassam, es demasiado avaro para tener ideas a tan largo plazo. Por tanto, Joamín no actúa por su cuenta. Se presta como instrumento de otro grupo. ¿De cuál? Eso lo sabré al llegar a Roma. Pero se equivocan, Hassam. Nunca tu hermano Benasur ha sido tan poderoso como ahora...

Benasur se contuvo, temeroso de decir más de lo conveniente.

—Así que en Jerusalén, de nuevo milagros —dijo por cambiar de tema. Y en seguida, con cierta ironía—: Lo terrible es que tenemos un Herodes que sofoca las milagrerías en su nacimiento...

—No creas. La gente dice que el Rey le tiene miedo al Nazareno. Que ha soñado varias veces con la cabeza de Juan, que le dice: «Si cien vidas me quitaras, cien vidas me daría Yavé para seguir acusándote. ¿No me oyes ahora en la palabra del Nazareno?».

Benasur se echó a reír:

—Se te pone la carne de gallina, Hassam.

—¡Te digo que es impresionante!

—¡Curioso! Será divertido ver a José de Arimatea escuchar prédicas moralizadoras.

—Pero ¿tú no te acuerdas del escándalo que se armó en el templo, cuando un individuo arremetió contra los mercaderes?

—Pero ¿ése es el Nazareno? —preguntó, divertido, Benasur.

—¡El mismo!

—¡Estupendo! ¿Tú sabes que tiró el puesto de Joamín y que en el recuento se notó la falta de tres denarios y cuatro ases? ¡Eso no se lo perdonará nunca Joamín! El Nazareno tiene a la Banca en contra. No le auguro un mediano porvenir.

Benasur presentó a Mileto. Y los tres hombres fueron al mesón para que Hassam recogiera su saco de viaje.

En el comedor tomaron unas copas de vino.

—¿Hay nuevos tripulantes en el Aquilonia? —preguntó Hassam.

—No creo. Forpas es el más nuevo. ¿Conoces a Forpas?

—¿No es el fenicio?

—Sí. También Kim es fenicio.

—Ya, ya. Los conozco a los dos.

—Pues ninguna novedad, fuera de Mileto, que es mi escriba. Trabajaba con Aristo Abramos, y en un insólito rasgo de generosidad me lo ha pasado...

—¿Y Osnabal qué dice? Es un magnífico tipo. Si el alma fuera susceptible de enfermarse... tú me entiendes. Osnabal sería un estupendo médico.

—No, no te entiendo... Los sacerdotes están para curarnos las enfermedades del alma, Hassam —opinó Benasur.

—No me refiero al pecado. Hay ciertos pecados que se hacen involuntariamente, a veces contra el deseo y los dictados de la conciencia...

—Los pecados, Hassam, son los actos de la pasión. En tal caso la enfermedad sería la pasión, no el pecado...

Mileto creyó oportuno intervenir:

—La psiquis es incontaminable, señores. Hay que pensar que la pasión tiene origen en la materia. Es el cuerpo el que se enferma o nace ya enfermo..., pero no la psiquis.

—Entonces —rearguyó Hassam— si las pasiones están en el cuerpo serían los físicos los llamados a curárnoslas...

—No hagas caso a Mileto —dijo el navarca—. Es griego y tú sabes que los griegos todo lo resuelven con juegos de palabras. El alma del hombre no puede ser absolutamente pura...

—La psiquis se contamina con el cuerpo —afirmó Mileto—. Pero en su origen, al nacer, la psiquis es pura.

—No estoy de acuerdo, Mileto —opuso el judío.

—Si padecieras dolores de estómago, tu humor sería irascible, Benasur...

—¿Qué querías? ¿Que me riese?

—Eso prueba que la psiquis refleja un estado del cuerpo...

Como eran demasiadas filosofías, y Benasur nunca quería comprometerse en especulaciones de este género, cambió de conversación.

—¿A que no te imaginas de quién tuve noticias, Hassam? —Y tras una breve pausa, agregó—: ¿Te acuerdas de Tacfarinas?

—Cómo no voy a acordarme... ¡Menudos negocios hice yo en esa temporada!

Fueron para mí los siete años de las vacas gordas...

—Y para mí, de las flacas... ¿Te acuerdas de Raz-Amal?

—¿Del capitán leptino? Los garamantas le llamaban Ojo Maldito. Fue el que traicionó a Tacfarinas. Pero Tacfarinas habría caído igual. No creas que Dolabela era un inepto. Fue el procónsul que menos recursos tuvo para hacer la guerra y, sin embargo, fue el que mejor la entendió. No olvides que empleó la táctica del propio Tacfarinas... —dijo Hassam.

—Si no llega a ser por la traición de Raz-Amal, tenemos todavía a Tacfarinas sentado en el trono de los musulanos.

—En cuestión política no das una, Benasur. Cuando me enteré de que tú financiabas a Tacfarinas, me dije: «Esto no dura». Con franqueza, hermano. Tienes un olfato finísimo para los negocios, pero en política... no te he visto dar una en el clavo. Ahora andas muy metido con Poncio Pilato. No tengo ningún indicio para juzgar mal a Pilato, pero basta que le des tu confianza para que el día menos pensado Tiberio lo mande arrojar por las Gemonias... Bien, dime qué pasó con Raz-Amal.

—Hace unos días me enteré casualmente de que lo habían decapitado.

—¿La causa?

—La ignoro.

—¿En dónde?

—En Paros.

—Posiblemente —comentó Hassam—. Hace tiempo oí que andaba en las flotas de Skamín, pero no quise dar crédito a la información. Raz-Amal era demasiado hombre de tierra para ser pirata. Pero si lo mataron en Paros, algo tenía que ver con Skamín.

Hassam se quedó por unos momentos absorto. Recordó quizá su buena época de las vacas gordas. Cuando Benasur se puso en pie murmuró:

—¡Qué tiempos!

Los tres hombres regresaron al Aquilonia.

Durante la cena, los temas de conversación fueron muy diversos, si bien Benasur, Hassam y el ecónomo Jonás menudeaban en noticias sobre Jerusalén. En dos ocasiones el nombre de Tacfarinas salió a relucir, pero sin tomar importancia en la charla. Mileto, por lo que había oído del guerrillero númida a los traficantes de trigo de Corinto, por lo que había presenciado a bordo del Dulce Flor y, especialmente, por la conversación sostenida aquella tarde entre Benasur y Hassam, estaba a la vez intrigado y curioso por conocer más detalles de la guerra de Tacfarinas. Y la oportunidad de suscitar una conversación sobre el guerrillero se presentó cuando Benasur le preguntó a Hassam:

—¿Y José de Arimatea todavía tiene caravanas en África?

—Conserva una: la que va de Damasco a Lixus. Las otras dos las ha metido en Arabia. La de Lixus tarda dos años en el recorrido de ida y vuelta, pero le trae mucho oro. Nunca José abandonará esa ruta... Dice que sólo una vez perdió dinero con esa caravana: cuando la cortó para llevar las armas a Cydamos. Nadie de los nuestros, excepto yo, ganó dinero con la guerra de África...

—Tú lo ganaste —repuso Benasur— porque en la causa de Tacfarinas no pusiste el corazón como yo, sino tu codicia...

Hassam rio. Después de llevarse a los labios la taza de té de opio, se dirigió a Osnabal:

—¿Y tú qué pusiste, Osnabal?

—Yo mi ciencia —dijo seriamente el púnico. Tan seriamente que Hassam, que tenía aún la risa en los labios, prefirió enmudecer.

—Tú lo conociste cuando lo de Thala... —apuntó Benasur.

Y Mileto, temeroso de que el asunto Tacfarinas volviera a cortarse, suscitó:

—Realmente, ¿qué clase de hombre era Tacfarinas?

Benasur miró interrogadoramente a Osnabal y a Hassam. Éste se anticipó a emitir su juicio:

—Un hombre valiente, noble, viviendo siempre en la improvisación...

Benasur negó con la cabeza.

—¿Que no? —continuó Hassam—. Yo tengo informes directos para saber lo que era Tacfarinas. Y sé por qué pudo durar nueve años levantado en armas contra Roma...

Benasur volvió a negar con la cabeza:

—Tú, Osnabal, que conociste a Tacfarinas, di qué clase de hombre era.

Osnabal miró a Mileto. Quizá no creía prudente hablar de Tacfarinas ante un griego del que se podía esperar una denuncia; pero la confianza que demostraba Benasur le animó a hacerlo:

—Yo conocí a Tacfarinas cuando se había posesionado de Thala. En esa época me encontraba en Theveste, y una tarde vinieron a buscarme dos hombres. Antes de hablar me mostraron cinco denarios de oro. Siempre he tenido por costumbre cobrar por anticipado los honorarios, aunque después los devuelva si el paciente no me gusta. Como púnico no sentí escrúpulos de ir a Thala, cuartel general de Tacfarinas. La toma de la fortaleza había sido muy reñida y pensé que habría muchos heridos que curar. No. Los heridos de guerra los atendían los curanderos musulanos. Me condujeron a la tienda de Tacfarinas. Era su hijo Shubalam el que estaba enfermo. Padecía cursos incontenibles. Tacfarinas lo velaba con un ensimismamiento dramático, impresionante. Yo no creí que un guerrero de tan probada valentía pudiera derrumbarse moralmente con la enfermedad de su hijo...

—Tacfarinas adoraba a Shubalam —asintió Benasur.

—Yo creo que Tacfarinas tenía verdadero talento militar —dijo Osnabal—. Lo prueba que durante las tres fases de su guerra empleó tres tácticas distintas y las tres de excelente resultado: primero, las operaciones de ataque y retirada; después, la división del ejército atacando y resistiendo en diversos puntos, con lo cual obligaba a las legiones romanas a desintegrarse como unidades y acudir en cohortes a los lugares de ataque. Y por último, posesionarse de las cinco poblaciones más estratégicas del África Proconsular y de la Numidia.

—¿Y por qué el procónsul Dolabela, que no tenía recursos militares, acabó con él? —interrumpió Hassam.

—Cierto que Dolabela no tenía grandes fuerzas. No se atrevía a pedirlas a Roma. Pero tuvo a su mano otros recursos: el oro y la traición —repuso Osnabal.

—¿Y cabe aceptar que un militar como Tacfarinas omita la importancia que en una guerra tienen esos recursos?

—Desde luego que no —convino Osnabal—, porque la prueba es que sucumbió bajo ellos. Mas eso se dice ahora, después de consumados los hechos.

Hassam no pudo contenerse:

—¡Menudo negocio era la guerra! No había legado romano que no quisiera ir a África para ganar ascensos y honores. La guerra de Tacfarinas fue la mayor farsa que se le haya hecho al césar Tiberio...

—Después de la batalla de Nepte —dijo Benasur—, yo me quedé en la ciudad con Turbamen, hermano de Tacfarinas, para estudiar el aspecto diplomático de la guerra. Habíamos visto al príncipe Abumón de los garamantas, y logramos que aceptase hacer el papel de que se desprendía de una parte de su reino a favor del reino musulano que Tacfarinas quería implantar. Con esta cesión, que era puro desierto, teníamos una base para negociar con Roma. Por tanto, obtenida la aquiescencia de Abumón, nos pusimos a estudiar los límites del reino musulano, quitándole una tajada de tierra a la Numidia y al África Proconsular. Dado que Tacfarinas se había apoderado de casi toda la Numidia y parte de África y Trípoli, creímos que Roma accedería. Pensamos en quiénes constituirían la embajada y me trasladé a Cerva para ver a Tacfarinas. Convinimos que el ejército capturase Saldae, en la costa de Mauritania, y Tacape, en la costa del África Proconsular. De modo que cuando estuviera la embajada en Roma, llegase la noticia de este nuevo triunfo militar. Yo, que actuaba muy discretamente y con el nombre de Benemir, abandoné el territorio musulano y me fui a Roma en viaje de negocios. Me encontraba en Roma cuando llegaron los emisarios de Tacfarinas para hablar con el César...

Hassam se sirvió más té en la taza. Mientras vertía la infusión, no dejaba de sonreír. Sonreía con pedantería.

—No quiero negar —dijo— que Tacfarinas tenía una causa. Y que esta causa era noble. Acepto también, Benasur, que tú hayas

financiado generosamente a Tacfarinas movido por tu corazón. Pero no me negarás que tu corazón es muy ambicioso. Tú querías que se instituyera el reino musulano para tener bajo tus órdenes a un rey... Pero desde Roma la cosa era muy distinta. Yo no estuve en Roma en esa ocasión, pero sí en las ciudades norteñas de África que dominaban los romanos. Y sé cómo se hacía allí la guerra. Desde el soldado común hasta el general o legado, todos iban al negocio de los ascensos, de los honores y de las Insignias Triunfales. Los ecuestres succionaban, como sanguijuelas. En Alejandría, un romano, Mario Lépido, vendía las armas a Tacfarinas. Tú me lo has dicho, Benasur. En la propia Roma, Carsidio, de la orden sacerdotal, y Cayo Graco, de familia patricia, traficaban el trigo para los musulanos. El senador Marco Appiano pasó a Tacfarinas una enorme partida de cuero. Roma y sus agentes en África vendían al guerrillero todo lo que necesitaba Tacfarinas. Y nuestro buen Benasur pagaba...

—Seis millones de denarios oro me costó la guerra —murmuró Benasur.

—Yo vivía, como os dije, en las ciudades del norte —prosiguió Hassam—. Todo era comercio, soborno, espionaje, juego y prostitución. Corría el dinero a manos llenas y aquellas apacibles ciudades de Útica, Hippo, Regius, Cirta, Theveste se convirtieron en pequeñas Babilonias, en centros de escándalo. Se jugaba en la vía pública. Sus calles y sus tabernas, sus mesones y fondas estaban llenos de cortesanas de Siracusa, de Neápolis, de Roma. En el mercado de esclavos de Zama Regia se rifaban las mujeres libres voluntariamente. Tal corrupción, tal falta de pudor había, que las gentes comenzaron a vestir descaradamente de seda. Se dio la circunstancia de que sólo una ciudad, Útica, fuese considerada y respetada como romana. Y que se tomase como neutral a Cirta, donde se veían alternar en las tabernas a los soldados de Tiberio con los de Tacfarinas. Para visitar Theveste se necesitaba salvoconducto musulano... Y el César sin saber lo que pasaba en África.

—No, no lo sabía —dijo Benasur—. Cuando llegué a Roma la gente no prestaba mucho interés a la guerra. La consideraba poco importante. Año tras año se había hablado de una partida de

bandoleros. Y todos los años el procónsul de turno regresaba a Roma en plan de vencedor y pidiendo las Insignias Triunfales. Yo vi dos estatuas de legados coronadas por haber vencido a Tacfarinas. Pues bien, cuando llegó la embajada musulana, Tiberio fue el primer sorprendido. Escuchó a los emisarios pacientemente y les dio dos horas para que saliesen de Roma. En seguida el Emperador nombró procónsul a Julio Bleso, tío de su favorito Sejano. Bleso salió para África con mucha fanfarria y tres legiones, pues se suponía que allí había otras tres. En realidad, sólo quedaban los residuos... Osnabal sabe cómo se manejó Bleso en África —concluyó Benasur.

—Bleso se encontró en África —siguió relatando el médico— con que apenas tenía terreno donde pisar. Pero su vanidad era muy grande. Lo acompañaba no sólo el poder de su sobrino Sejano y la confianza de Tiberio, sino también la indignación del Senado. Volcó contra Tacfarinas las tres legiones frescas y excelentemente equipadas que llevaba. Bleso no tuvo mayor fortuna que sus predecesores, e impaciente por capitalizar su viaje a África regresó a Roma como vencedor. Su hijo había capturado en Cirta a Turbamen, el hermano de Tacfarinas. Y con él y otros prisioneros se fueron a la Urbe. El recibimiento resultó apoteótico. Sejano, con poderes e intrigas, había preparado la recepción. Se dieron a Bleso las Insignias Triunfales y se cantaron sus victorias en la rostra. Tiberio le nombró Imperator, con gran perplejidad del Senado y con el disgusto de los viejos militares.

Hassam cogió la hebra del relato:

—Mientras en Roma los soldados saludaban al necio de Bleso con «Ave, Imperator», un nuevo procónsul llegaba a África: Publio Dolabela. Tampoco encontró mucho terreno libre donde pisar. Ésa fue la torpeza de Tacfarinas. Siempre esperando que Roma le reconociese como rey, nunca se atrevió a dar el golpe decisivo. Creía que injuriaba así a Roma; y que entonces no habría entendimiento. Tú sabes bien, Benasur, que el criterio de Mazipa era arrojar a los romanos al mar. Tacfarinas pudo hacerlo. Mas siempre les dejó lugar donde poner el pie. Publio Dolabela fue a África como un procónsul administrativo. Roma creía que Bleso había acabado con los musulanos. ¿Cómo no lo iba a creer si el mismo Tiberio mandó

retirar la novena legión, que era la compuesta por veteranos? Otra se la llevó a su regreso el mismo Bleso, y la que quedó, los restos de la de Cornelio Scipión, apenas si podía prestar servicio de guarnición en las aldeas y poblaciones que les dejaba Tacfarinas. Yo creo y sigo pensando que Publio Dolabela fue el hombre de África. Se encontró sin ejército y, sagaz, echó mano de los recursos que podía. Primero esparció la voz de que todo hombre de las fuerzas del rey Tacfarinas que depusiera las armas sería perdonado y gratificado. Provocó las deserciones. Pero se mostró genial fomentando la guerra civil en África. Como él no tenía ejército, incitó a que el enemigo se dividiese peleando entre sí. Siempre que se refirió a Tacfarinas tuvo la singular astucia de no regatearle el título de rey. ¡Golpe psicológico, Benasur! Hizo así extender la creencia de que Roma había reconocido el reino musulano. Con ello despertó apetitos en gentes anónimas, ambiciosas y aventureras. A cada cabecilla que había servido a Tacfarinas le pareció muy fácil proclamarse rey y obtener tierras. ¡Y estalló la guerra civil! Acepto que Tacfarinas demostró aquí indudables dotes políticas; pues en vez de prestar atención a Roma, que no era un peligro, se puso a combatir la guerra civil, las cien partidas que surgieron. Ese tiempo lo aprovechó Publio Dolabela para tender su red de agentes. Se valió de todos los traficantes y espías que llenaban las ciudades. ¡No tenía otras armas, Benasur! Y alguien picó en el anzuelo. Sé que la bolsa merecía la pena: veinte mil denarios oro eran una suma muy tentadora para un Raz-Amal que no había sido nombrado ministro de Tacfarinas. En Auzia tuvo lugar la traición. Shubalam sirvió de cebo. Lo capturaron e hicieron creer a Tacfarinas que estaba sitiado. Acudió y cayó en la trampa. No logró rescatar al príncipe y murió peleando como una fiera.

—Eres entusiasta de Publio Dolabela... —comentó Benasur, un poco molesto de la adhesión de Hassam al procónsul.

—Soy imparcial. Yo admiro la inteligencia sobre la fuerza. Lo que no pudieron cuatro procónsules, lo pudo un hombre sin ejército, sólo con inteligencia aplicada a la astucia. Ganó Dolabela porque no tenía fuerzas que perder. Cuando tuvo que dar batalla, la dio al modo de Tacfarinas. Ptolomeo, que ya estaba en entredicho, no pudo negarse a enviarle cuatro cohortes de mauros bien armados. Al frente de

éstos puso a las brigadas de bandoleros con mano libre para el pillaje... Dolabela fue el único que entendió la guerra de África.

—Le harían muchos honores a su regreso a Roma —supuso Mileto, a la vez que miraba interrogadoramente a Hassam.

—¡Honores! Cuando volvió a Roma con la satisfacción, el mérito de haber pacificado la provincia y haber vencido auténticamente a Tacfarinas, pidió las Insignias Triunfales. Y Tiberio se las negó, por no dejar mal al paniaguado de Julio Bleso. Y no sólo se las negó sino que no le permitió que sus trofeos fuesen ofrecidos a Marte ni exhibidos en la rostra del Foro. Mientras este auténtico soldado era premiado con la indiferencia y casi el menosprecio, en Roma había, no las dos estatuas coronadas que vio Benasur, sino cuatro, de los cuatro procónsules honrados con el Triunfo. Pero se comprende bien lo que le pasó a Publio Dolabela: tenía contra él a toda Roma que traficaba con la guerra de África. Ni las prostitutas se lo perdonaron. Y al año siguiente de su regreso, el pueblo romano iba al teatro Pompeyo a ver y aplaudir una farsa en que se hacía irrisión y escarnio de Dolabela. Los militares mediocres y ambiciosos no le perdonaron nunca que cegara aquella mina de ascensos, honores y negocios que era la guerra de África. Eso explica por qué el Senado estuvo tan diligente para satisfacer a Tiberio, enviando a Ptolomeo, que tanto había ayudado a Tacfarinas, el cetro de marfil y el manto de púrpura. Era el ejemplo para estimular su conducta —comentó irónico.

Y después de una pausa:

—Yo lo siento, porque se me acabaron las vacas gordas. Nunca vendí tantos vinos y licores como en esa época de África. Sí, también lo siento por Benasur...

Benasur no acertó a captar el tono irónico de Hassam. Quizá la evocación de la guerra le hacía acordarse mucho, muchísimo, de Shubalam, hijo de Tacfarinas, príncipe de los musulanos.

La mayor flota de Benasur tenía matrícula de Siracusa. Las cuarenta y ocho naves que la componían, así como la situación estratégica de dicho puerto dentro del Mar Interior, hacían de las oficinas de Siracusa las más importantes del imperio marítimo del judío. En el mismo puerto, en el barrio de Arcadina, dando la

espalda al Foro y de cara al muelle particular de la compañía, se levantaba el edificio Benasur, de seis pisos. Las tres plantas inferiores estaban destinadas a depósitos, almacenes, oficinas y otras dependencias del negocio.

La ciudad, al tener noticia del proyecto, había protestado contra la construcción que pretendía ser la más alta, y que, en cierta forma, venía a romper el equilibrio urbano, muy helénico, de Siracusa. Pero Benasur movió influencias y se salió con la suya. Llamó al famoso arquitecto Dam, el autor de los más audaces edificios de Tiro, y le ordenó que levantase una sólida mole semejante a la de Jos Hiram. Para la construcción de edificios y naves, el judío no se fiaba más que de arquitectos fenicios. En eso seguía fiel a la tradición del rey Salomón.

El Aquilonia no atracó en el muelle, y en un esquife vinieron a saludar al judío sus representantes, con el regidor Darío David a la cabeza. Con gran decepción de Mileto, que hubiera deseado besar las losas de la más grande ciudad griega, Benasur desistió de saltar a tierra y recibió en la biblioteca del Aquilonia a su personal.

Darío David le entregó dos cartas: una de Raquel, que Benasur se guardó sin leerla, y otra de su agente Joel. Éste le confirmaba lo que le había anticipado Hassam: el banquero Tito Limo tenía instrucciones de poner a la venta las participaciones de José de Arimatea, de Mohakalí de Kades y de Joamín. Los motivos del pánico suscitado en los socios de Benasur se debía, según le informaba Joel, a que Poncio Pilato y Herodes habían firmado las paces, y que, muy amigos, Herodes influía en Pilato para quebrantar el poder de Benasur dentro de Palestina. La oficina de Benasur en Joppe había recibido ya una comunicación del procurador Pilato en la que le ordenaba que ningún barco de la flota saliera de Joppe sin antes recibir autorización para ello del prefecto del puerto. La orden obstaculizaba de tal forma a la flota de Joppe, que los barcos de Benasur quedaban prácticamente paralizados. Poncio Pilato había insinuado la posible causa de tan fiscalizadora y arbitraria medida: las mercancías de Oriente que la flota distribuía por los puertos del Mar Interior iban sin el precinto del pago de arancel en la frontera de entrada. Tal falsedad era el pretexto fiscal que Poncio Pilato había

encontrado para comenzar a molestar a Benasur. Y refiriéndose a José de Arimatea, Joel decía: «Bien sé, Benasur, que José de Arimatea es en los negocios como un hermano tuyo, pero desde un tiempo a esta parte lo encuentro muy cambiado. Y no es sólo apreciación mía, pues el otro día que tuve ocasión de hablar con Amós, el gestor del pontífice Caifás, me dijo que la actitud de José de Arimatea había sido objeto de vivos comentarios en el seno del Sanedrín. Y hay quien afirma que presta oídos a las doctrinas de una nueva secta que proclama la presencia del Mesías en el mundo. Créeme, Benasur, que no sé de qué se trata. La gente habla de esta secta con las apreciaciones más diversas, pero las esferas serias y respetables no le dan la menor importancia, máxime que los nuevos fanáticos son gente poco calificada. ¡Y José de Arimatea anda con ellos! Quizá tú tengas razón, Benasur: José de Arimatea lleva en sus venas sangre nómada, como Herodes».

Benasur no prestó la menor atención al informe verbal sobre la marcha de los negocios que comenzó a darle Darío David. Y cortándole, le dijo que tenía poco tiempo para detenerse en Siracusa, que los remeros estaban listos en los bancos en espera del primer golpe del portísculus para zarpar, y que le rogaba prestase atención a sus instrucciones de que las oficinas consignatarias concentrasen todo el dinero disponible en la cuenta de Roma. Hablaron también de la conveniencia de establecer un servicio especial de correos, pues quizá Benasur se viera obligado a comunicarse rápidamente con sus socios. Por último rogó a David que llevase a tierra a su amigo Hassam.

Mileto, asomado a la borda, vio alejarse el esquife. Estaba impresionado con el movimiento del puerto y su amplitud. Reconocía que el edificio Benasur era un atentado a la estética. Pero lo que sentía era haber perdido la ocasión de estudiar los documentos matemáticos de Arquímedes que se conservaban en el archivo de Siracusa, así como los mecanismos originales salidos de la mano del mismo sabio, cuya aplicación tanto había revolucionado la técnica. Mileto era de los que sostenían que la Historia de la Humanidad se dividía en dos grandes épocas: antes y después de Arquímedes.

Apenas vieron desembarcar a Hassam, a Darío David y sus empleados, Benasur ordenó continuar el viaje a Ostia, y en cuanto el Aquilonia se puso en movimiento, el judío se encerró con Mileto en la biblioteca.

—Aquí, Mileto, encontrarás toda la documentación necesaria. Quiero que me hagas un informe detallado sobre la situación de la industria minera en Hispania, especialmente en Bética. Entérate bien de la legislación romana al respecto. Hazme cuadros comparativos sobre lo que percibe el Erario, por una parte, y el Fisco imperial por otra. Necesito también las cifras de producción, costes, etcétera. No quiero que pierdas el tiempo...

Y después de una pausa:

—En cuanto lleguemos a Roma, te encargarás de este asunto: en el anfiteatro buscarás a un tal Abudio Rusón. Si no lo encuentras allí, quizá te digan su paradero en el castro gladiatorio. Este hombre compró a Shubalam. Me interesa dar con el hijo de Tacfarinas. Es asunto que debes hacer con diligencia y con discreción. Si te vieras forzado a ello, di que te interesas por Shubalam por encargo de un amigo que tienes en Paros. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Benasur.

El judío dejó al escriba en la biblioteca. Subió a la toldilla y cómodamente acostado se puso a leer la carta de Raquel. De todo el contenido releyó varias veces el mismo párrafo, sin lograr captar su verdadero sentido. Mas el párrafo se le quedó grabado en la memoria y en distintas ocasiones creyó oír la voz de Raquel que lo repetía: «No todo es amor, Benasur; no todo es amor en esa medida que tú te has impuesto para amarme. El amor puede rebasar y superar el cálculo y la conveniencia de nuestra suave, pequeña, dulce felicidad. Puede haber amor tan grande que implique sacrificios y renuncia, generosidad para los demás aun en menoscabo de uno mismo. Y yo siento, confusamente, que nazco para ese amor; siento que el amor en que tú me contienes es un pomo demasiado reducido. Por muy rico que sea el pomo».

Libro II
Roma

Capítulo 1

La mañana en la Urbe

Benasur se levantó muy temprano. Cuando entró en el comedor a desayunar —jugo de uva y un panecillo—, el maestresala le informó que desde hacía más de una hora Mileto estaba en cubierta, Benasur encontró al griego contemplando la ciudad con una franca expresión de arrobo.

—Tengo mucho que hacer y no debemos perder tiempo, Mileto. Presta atención al equipaje y haz que lo trasladen a la domo Salomón, en el Pincio. Al llegar a la Puerta Flaminia pregunta a cualquiera, no faltará quien te encamine hacia la casa. Si mi amigo se encuentra en ella, salúdalo de mi parte y dile que negocios de mucha urgencia me impiden el placer de verlo hasta entrada la tarde. Preséntate como mi escriba... Cuida de que todas las cosas queden en orden y bien dispuestas en las habitaciones que nos destinen... Mi amigo Salomón nació en Roma y es muy dado a las fórmulas romanas. No lo tomes por un orgulloso. Sé comedido y prudente con él, pero desde el primer momento procura hacer valer tu persona, pues lo que le concedas en perjuicio de tu categoría será difícil que vuelvas a recuperarlo. Salomón no es como Abramos.

Y luego, cambiando de tono, agregó:

—Tú conoces latín y no ignoras lo que la palabra *escriba* implica. Por demás está que te recuerde que tú no sabes otra cosa que embarcamos en Cencres rumbo a Roma, y que no hicimos ninguna escala.

Benasur desembarcó en el muelle de Celso Salomón cerca del Emporio. Ya en tierra se volvió para hacer una última recomendación a Mileto:

—Después de que termines tus quehaceres, puedes ir a encontrarme a mi oficina... Apunta la dirección porque tienes muchas cosas en la cabeza: ínsula Lúcula (aquí a los edificios le dicen *ínsulas*); en la cuesta Argentaría, esquina al foro Augusto, frente por frente a la cárcel, de la que deberás cuidarte, cuarto piso. Son muchos escalones, pero la vista es magnífica. Si por casualidad yo hubiese salido, preséntate a mi regidor Cayo Vico...

Benasur calló. En la plataforma de mando estaban el capitán Akarkos y el oficial Forpas. También tras la mica de la toldilla le miraba el físico Osnabal. Descubrió en la proa al oficial Kim. Y le pareció que tras las columbarias; en el hueco que dejaban los remos, lo observaban atentamente los remeros. En todos ellos creyó ver una mirada solidaria.

Saludó a los oficiales y dio la espalda al Aquilonia. Sintió un escalofrío igual al del estratega al dar la voz de ataque. Burló como pudo a los mozos y chiquillos del puerto que le ofrecían los más diversos servicios. Sus primeros pasos en el muelle del Emporio fueron un tanto vacilantes, temerosos: la cobardía le ligaba los pies. Sus labios articularon imperceptiblemente una oración: «Alabado seas, Señor. Protégeme y dame ayuda en el desfallecimiento. Haz clara mi inteligencia y adormece mis pasiones. Conduce a tu siervo, ciego e impedido, por los caminos de esta torpe Babilonia. Alabado seas, Señor, y ayúdame».

Todavía sintió tras de sí las miradas de los oficiales y tripulantes. La ligazón cobarde no se le iba de los pies.

Hacía ocho años que había estado en Roma por cuarta vez, pero entonces, como cualquiera de los muchos mercaderes presurosos que llegan a la capital del Imperio, en busca de negocios, de buenas relaciones, de amistad con los políticos de la Urbe. También a husmear cómo Roma sentía la guerra de Tacfarinas. Aquel viaje no le había provocado la desazón de ahora. Iba a negociar, a gestionar, a mover cerca de los influyentes del Senado intereses comunes. Mas hoy la cosa era bien distinta. Y Roma se le aparecía tan gigantesca, tan inabarcable como enorme era su ambición.

Tardó unos minutos en encontrar un coche libre, cosa que le confirmó lo que le habían dicho sobre las molestias cada día más

acentuadas que encontraba el viajero en la Urbe. El auriga lo miró haciéndose el desentendido.

—Foro Julio.

—¿Tienes mucha prisa? —le preguntó el cochero.

—Sí.

—¿Conoces la tarifa? Dos denarios.

Benasur se apoyó en el estribo y tomó asiento en el sillín. El auriga, sin moverse del pescante, inclinó el eje de la sombrilla para cubrir al viajero. Era una sombrilla vieja, remendada y de color pardusco que de nueva debió de imitar la púrpura. El cochero soltó una interjección, azotó el lomo del caballejo y lo puso en marcha. Benasur, por distraerse, preguntó:

—¿Qué se dice? ¿Qué se cuenta en Roma?

El auriga, precavido, replicó:

—Se ve que eres extranjero. ¿De dónde vienes, señor?

—De Grecia...

—Pero tú no eres griego...

—No. Soy judío...

—Me pareció. Por eso te impuse el precio antes. Los de tu país no gustan pagar un cobre más de la tarifa. ¡La tarifa! ¿Sabes a cómo está el pienso? ¿Cómo quieres que esta pobre bestia nos arrastre si se alimentase con el pienso que permite la tarifa? ¡La tarifa! ¡Que las Parcas se lleven al prefecto! Tú no eres romano: pues bien, ¿tú conoces el último epigrama que corre sobre Tiberio?

—No —contestó Benasur al parlanchín.

—Pues yo tampoco. —Y en seguida, en tono confidencial, agregó —: Pero lo que sé es que el César tiene cincuenta doncellas en Capri... ¿Es que en tu país se estila dormir con cincuenta doncellas?

—¿Todavía doncellas? —replicó con sorna Benasur.

—Doncellas. ¿Cómo, si no? Con los años que tiene Tiberio, ¿lo crees capaz de arrestos de mozo? Son otros los caprichos que hacen presa del hombre senecto, máxime de un hombre tan poderoso como el César... Y guárdate el informe: reina el malestar entre las legiones de las Galias y de Hispania. Esto no durará mucho. Es muy grande el descontento.

El auriga continuó despotricando contra la tarifa y el prefecto. Benasur se distrajo con el movimiento de la gente. Por lo que observaba, las ordenanzas de Lucio Pisón se habían hecho aún más rígidas que lo eran la vez anterior. Veía menor concurrencia de literas y coches en las calles. Al entrar en el foro Boario, cerca de la imponente masa del Circo Máximo, el auriga detuvo el vehículo, dio una lacónica excusa y se dirigió a la taberna de la esquina a tomarse un vaso de vino. A Benasur no le dio tiempo a impacientarse, pues el cochero regresó con el trago en la boca. Una mujer de aspecto popular y apetitoso se quedó mirándolo con una incitante sonrisa.

—¿Qué vino te gusta más? Dicen que el de tu país es rico.

—El del Lacio es exquisito —concedió diplomáticamente Benasur. El cochero disertó sobre los vinos de Italia. Al que no le encontraba una virtud le hallaba un sabor encomiable. Los unos eran suaves al paladar, los otros tiraban de la lengua. Para él los vinos del Lacio dejaban en los labios un cálido y perfumado sabor de beso de mujer. Benasur cortó la conferencia—: ¿No podemos ir un poco más aprisa? Tengo que estar en el foro Julio a la hora segunda.

—Llegarás a tiempo. Un poco pasada la hora, pero es cuando está mejor el Foro... No, no puedo ir más aprisa. ¿Acaso no has reparado en mi caballo? Tiene sobre sus lomos toda la historia del siglo. No creo que haya en Roma un caballo con tantos años. Pero ahí donde lo ves tuvo sus días de gloria en este circo. Caravón, que ganó trescientas veinte veces el premio, lo enganchó a su carro. Después debió de ir al castro pretorio, y tú sabes lo esforzada que es la milicia. Cuando ya no sirvió para el cuartel lo vendieron en subasta. ¿Cuánto crees que me costó? Échale por alto. Cuatro mil sestercios. Menos mal que me lo dieron con huesos y todo, y un esparaván del que estuvo cojeando meses y felices noches. El día que quiera deshacerme de él, en el foso del anfiteatro no me darán más de quinientos ases. ¡Y luego el prefecto quiere que cobremos un denario por carrera grande!

Al entrar en la vía Nova el gentío apenas dejaba espacio al coche. El auriga restallaba la tralla y gritaba a los peatones diciendo: «¡Paso, paso al auriga de Roma!». En el mejor de los casos, pues abusaba de los improperios. Al que no motejaba de cegatón le

degradaba a cretino. A los más los confundía en el Averno, y, sin ningún temor a los vigiles, aludía a la incapacidad del prefecto. Pero sus gritos y protestas caían en el vacío. A veces los peatones le replicaban apodándolo Sixto, Numa, Quilón o cualquier otro corredor de cuadrigas de moda. Tenía una voz chillona, avinagrada, que no imponía ningún respeto. Un chiquillo cogió de las bridas al caballejo y tiró de él un gran rato. Otro se subió al estribo para pedir a Benasur una moneda. En un descuido del muchacho que llevaba el caballo, poco faltó para que atropellaran a un barbero que en medio de la calle afeitaba a un ciudadano. También el barbero aludió con feas palabras al prefecto de Roma.

Todo esto desolaba a Benasur, que encontraba excesivamente cambiada la ciudad en escasos ocho años de ausencia. Quizá venía acostumbrado a las cortesías y a la tranquilidad de las ciudades del Egeo y enfrentarse con esta democracia urbana un tanto anárquica e irrespetuosa le producía una impresión deprimente.

A la derecha quedaba el palacio de Tiberio señoreándose en el Palatino. A la izquierda, en lo alto del Capitolio, imponente, el Templo de Júpiter, con la nutrida fila de peregrinos que subía la escalinata de acceso al atrio.

El tránsito se hizo todavía más intenso. De las calles y callejas adyacentes confluían más literas y coches particulares. El auriga optó por bajarse y coger a la bestia por las bridas. Así, a grito pelado, se fue abriendo paso. Entre el atrio y el templo de Augusto la aglomeración impedía el tránsito. Estaban muy cerca ya de los poyos que cerraban la circulación rodada al Foro. Benasur no quiso esperar más. Se apeó del coche y pagó los dos denarios al auriga. Tres hombres y una mujer se lanzaron a tomar el vehículo desocupado. Un guardia increpó al cochero por desobediencia a una ordenanza municipal. El auriga echó pestes contra el prefecto de la Urbe. La ciudadanía romana era todavía una institución lo suficientemente sólida como para permitir a un auriga borrachín recordar con palabras nada corteses a la madre del prefecto delante de su subalterno y de los vecinos.

Benasur entró en el Foro. Hubo de esquivar la amenaza de los centenares de ciudadanos que corrían de un lado a otro en

persecución de ignoradas presas. Resultaba curioso verlos atravesar el Foro en precipitada carrera, sorteando a los mercaderes de cien chucherías, a los vendedores de palomas, de tortas de garbanzo, de bollos de anís, de obleas de miel, de perfumería barata, de cuentas de vidrio, de papel, de candelas. El vendedor de collares superaba con su vozarrón al mercader de amuletos, y los cambistas callejeros gritaban sus reclamos haciendo juegos de prestidigitación con monedas de oro. Los niños y los viejos formaban corro a los recitadores de aleluyas o al vendedor de juguetes que exhibía en una bandeja cuadrigas y gladiadores en miniatura.

Una parte de la fachada de la basílica Julia estaba oculta con un andamio, donde unos obreros trabajaban. La vez anterior, la basílica que Benasur vio ruinosa fue la Emilia, que ahora, muy recompuesta, parecía recién estrenada. Benasur miró hacia la ínsula Lúcula y frente a ésta, al lado de la cárcel, descubrió un edificio nuevo en lugar de la casa que ocupaba el banquero Tito Limo.

Al pasar por la basílica Argentaría, la bolsa de valores que ya empezaba a ser la más importante del mundo —aunque no tan suntuosa como el Palacio de Tasas de Tiro—, Benasur estuvo tentado de entrar a husmear. Allí había pasado sus mejores horas la vez anterior. Muchos días, desde el amanecer hasta el mediodía. Entonces, él no era más que un número de los millares de números que desfilaban. Ahora sería distinto. Ahora sería él, Benasur, dispuesto a perecer o a convertirse en el hombre más poderoso del Imperio. Entró en el primer portal de la cuesta Argentaría. Subió la escalera. Cuando llegó a su oficina no llevaba cuenta de los cuarenta y ocho escalones. Un mozo, que no lo conocía, le pidió el nombre.

—Soy Benasur de Judea y quiero ver al honorable Cayo Vico.

El mozo no estaba preparado para recibir una tan fuerte impresión. Y al gritar el nombre de Benasur le tembló la voz.

Todos los empleados se pusieron de pie. Todos sonreían cortésmente al navarca. Pasó de un departamento a otro y el mozo le abrió la puerta del despacho de Cayo Vico.

También estaba de pie tras el escritorio. Sus labios apenas se descosían en una sonrisa. Así los tenía de apretados en un gesto autoritario y voluntarioso.

Cambiaron los saludos y en seguida, casi sin transición, una pregunta tajante, plena de intenciones, rebosante de curiosidad:

—Dime, Vico, ¿qué pasa en Roma?

Benasur comprendió en seguida que los segundos a sueldo nunca están enterados de nada.

Según Vico, nada especial sucedía en Roma, fuera de la marcha ascendente de los negocios de Benasur. Éste se asomó a la ventana y estuvo mirando hacia el edificio de enfrente. La placa de mármol era demasiado grande para que Benasur, desde el cuarto piso en que se hallaba, no pudiese leer: Tito Limo.

—¿Cuánto dinero tienes en caja?

—Unos doscientos mil sestercios... —contestó Cayo Vico. Y al notar el gesto de contrariedad de Benasur, agregó—: Hace cinco días ingresamos en la central de Siracusa dos millones.

El dato no mejoró el gesto de Benasur. Pasó de una ventana a otra y se quedó mirando hacia la basílica Argentaría.

—¿Qué noticias hay en el mercado?

—Los valores navieros, sin alteración. Una ligera tendencia al alza, especialmente de las flotas grandes romanas y alejandrinas.

—No la alejandrina de Benasur —repuso éste.

Cayo Vico quedó desconcertado. Se atrevió a preguntar:

—¿Ocurre algo, Benasur?

—Dame los informes de la Argentaría.

El regidor sacó unos papeles de una estantería. Benasur les dio un vistazo, confrontó unos con otros y los dejó sobre la mesa.

—Todas las flotas grandes han experimentado desde hace unos días una ligera alza. Las flotas Benasur han permanecido fijas. Esto no quiere decir que se encuentren sólidas. Si las demás suben y las mías permanecen estables es que tienen tendencia a bajar. ¿Por qué suben Sarkamón de Alejandría y Salomón de Roma? ¿Por qué suben Flotas Unidas de Ostia y Flota Romana de Siracusa? ¿Y por qué si las mías están más saneadas financieramente no suben? Esas preguntas debiste hacértelas hace días, de modo que al llegar yo a Siracusa me hubiese encontrado con tu informe.

Y después preguntó:

—¿Sabes si ha pagado Régulo Flavio?

—No, no ha pagado. Hace unos días lo visité en Ostia para insistir en el cobro. Me dijo que le esperase hasta el verano... Las instrucciones que recibí de ti la última vez fueron de que diésemos a Régulo Flavio un trato benévolo.

—¿Tú conoces bien su situación?

—Sé que es difícil. Tiene pignorada la flota. No sé en cuánto.

—¿Quién le respalda económicamente?

—Tito Limo.

Benasur sonrió. Dirigiéndose hacia la puerta, dijo:

—Me voy a dar un paseo. Regresaré antes del mediodía. Vendrá a buscarme mi escriba Mileto de Corinto.

Benasur había aprendido mucho. Lo había aprendido en Jerusalén, con hombres tan difíciles y marrulleros como Joamín; en Tiro, con potencias como Jos Hiram; en Corinto, con Abramos; en Massilia, con Isaac Gálatus. Había aprendido tanto en ocho años que, además de tomar el dominio de quinientas naves, pretendía subordinar a sus dictados nada menos que a las flotas romanas. Tan aventajado se consideraba que ahora, al entrar en la algarabía de la basílica Argentaría, el mismo alboroto febril, nervioso, un tanto histérico que la otra vez le había impresionado hasta acobardarlo, le parecía un juego de niños. Ahí. Tito Limo, por sugestión de Joamín, le iba a tender la celada.

Él llevaba la ventaja sobre Joamín y Limo de saber lo que se jugaba. Para ellos la maniobra se reducía a cortar las manos a Benasur; desposeerlo del poder y alejarlo de los mares. Para Benasur la cosa era más trascendental: saber si, comercialmente, el Mar Interior, que había dejado de ser griego y luego cartaginés, iba a ser semita o romano. Para adueñarse del mar, Benasur, como semita, sólo contaba por aliado la apatía con que la propia Roma miraba los negocios y asuntos marítimos.

Los agentes gritaban los valores en oferta y demanda; especialmente los orientales, los rústicos y los textiles. Al pasar por el mostrador de mineros, no pudo menos de prestar atención a un diálogo que sostenían dos individuos:

—Como judío no dejes de ir al Teatro Balbo, te interesará la pantomima. Es la cosa más divertida que puede verse en Roma.

¿Acaso tú eres amigo del rey Herodes?

Benasur se detuvo en el mostrador de mineros e hizo como si consultara una tablilla, a fin de seguir escuchando. En la tablilla leyó al azar: «Minio de Bética, 62 sest. libra». Miró a los dos hombres. Uno de ellos tenía la fisonomía inconfundible de judío.

—No, no soy amigo de Herodes —repuso éste.

—Pues entonces te divertirás. La pantomima se titula *El higo de Salomé*. Y ese condenado de Kolessyos está para comérselo.

El judío cambió de conversación y le preguntó al romano si era posible encontrar en la ciudad un alojamiento mejor que el que brindaba el Mesón de las Tres Fuentes. Comentó que con las tibiezas de la primavera, las chinches habían aparecido en el cubículo.

—A pesar de que me pongo el aceite de Shima para dormir —dijo —, las chinches me toman por asalto, y además de tener que soportar el mal olor del aceite no evito que me piquen.

Benasur continuó su camino por la nave de la derecha y se acercó al mostrador de navieros. Se quedó contemplando el busto de Tiberio. En la basílica Argentaría el busto de Tiberio era de mármol. Igual que en la Emilia. Igual que en la Julia. Era de mármol blanco el rostro y el cuello, y de pórfido la parte de la toga que ocultaba el pecho. Se decía que el de la Argentaría, debido al cincel del griego Protes, era el mejor. Benasur no encontraba ninguna diferencia sensible entre el busto de la Argentaría y los otros con que se honraban las oficinas públicas. Lo que cambiaban eran los materiales. Los materiales jerarquizaban con su calidad, no a Tiberio, que desde el solio imperial dominaba todas las jerarquías, sino las oficinas. Así los bustos del César eran de escayola, de terracota, de bronce, de mármol. Los únicos que se distinguían en su rango eran los de mármol, ejecutados por manos e inspiraciones distintas.

—Ese precio que tú me das ¿es bueno para hoy? —oyó decir.

—Es precio a futuros. Lo hago efectivo dentro de una semana — respondió un agente.

—Y dentro de siete días, ¿qué otras flotas?

—Posiblemente Sarkamón.

Oír el nombre de Sarkamón le produjo el efecto de un latigazo. Benasur había pensado en los demás socios, pero no en Sarkamón. Si Sarkamón sacaba a la venta su flota, nadie detendría el pánico en el mercado semita. No se trataba de una maniobra de Poncio Pilato y de Herodes, de Joamín y los suyos. Ellos no eran más que instrumentos de otro poder mayor. Pensó que eran los navieros romanos los que se habían unido para aniquilarlo. Los équites. Y Joamín, José y Mohakalí habían caído en la trampa como unos ingenuos.

Una excitación súbita se produjo con los orientales. Benasur acudió a enterarse de la causa. Precisamente la seda de China, de la que el judío tenía buen acopio en los depósitos de Siracusa, comenzó a subir como la espuma. Entre el vocerío, las demandas se hacían cada vez más altas de precio. Le extrañó que las transacciones fuesen sobre pequeños lotes de mercancía. Escuchó, preguntó y sacó en claro que en la basílica Julia corría el rumor de que Tiberio iba a abrogar las restricciones que sobre el uso de la seda se habían dictado en las postrimerías de Augusto. Que el rumor viniera de la basílica Julia hacía suponer a los mercaderes de la bolsa que la fuente era tan válida como los labios de un senador. Pero Benasur no pudo menos de sonreír. Precisamente el senador Marco Appiano, íntimo de Tiberio, era su socio en los orientales. Durante muchos años Appiano había fracasado cerca del César en el asunto de las restricciones de la seda. Si había un hombre capaz de conseguir que Tiberio abrogara las restricciones ese hombre era Marco Appiano. Y Marco Appiano se lo hubiera dicho a él antes que a nadie. Appiano y Benasur tenían almacenado un cargamento de sedas por valor de quince millones de sestercios. Solamente lanzar a la venta una cuarta parte de ese cargamento hubiera producido una baja incontenible en el artículo que, por contagio, se habría llevado en la caída a todos los orientales: el marfil, la madera olorosa, las especias y aun las fieras del anfiteatro, aunque la mayoría de éstas se adquiriesen en África. Pero Benasur sabía que el dinero de los inversionistas es muy tímido y asustadizo, que no se para en geografía, y sí únicamente en la dirección del viento. Y para la

mentalidad del inversionista de Roma las fieras del anfiteatro las traía el mismo viento que movía a los orientales.

Abandonó la basílica Argentaría. En media hora que estuvo dentro, el Foro se había convertido en un hervidero de gente. Por la cuesta Argentaría afluían muchos coches y literas, y a pesar de las severas restricciones sobre la circulación de estos vehículos, Benasur tuvo ocasión de observar que las ordenanzas que los mismos senadores respetaban eran burladas descaradamente por aurigas del circo, por gladiadores, histriones y cortesanas. Fue precisamente el gladiador Festo el que se interpuso cuando trataba de cruzar la calle para entrar en el edificio de Tito Limo. El gladiador iba sentado en una moderna y muy coqueta litera, con silla de ébano e incrustaciones de marfil. Una sombrilla de púrpura, minúscula como las que usaban las cortesanas más famosas, apenas le cubría del sol. El público que rodeaba la litera y vitoreaba a Festo entorpecía la marcha de los ocho gigantes galos que la llevaban. Pues los ídolos mimados por la plebe gustaban de exhibirse como las cortesanas, y en vez de emplear esclavos negros para el arrastre de la litera empleaban gente blanca, bien esclava o bien asalariada. Ningún prócer se hubiera permitido el lujo y el descaro que suponía hacerse conducir por blancos, pero las glorias de la plebe desmerecían ante los ojos de ésta al prescindir de tal clase de portadores.

Festo era famoso en el Imperio. Sus éxitos se comentaban en todo el mundo. Manejaba el gladius con una habilidad especial. En sus peleas hacía alarde de precisión extraordinaria, y hasta sus movimientos de ataque y defensa, sus «puestas en guardia», sus golpes al adversario habían sido objeto de análisis crítico muy ponderativo en un minucioso tratado, libro que era devorado por el público, y que, antes que la gramática y las tablas pitagóricas, constituía el texto de cabecera de niños y adolescentes.

A Benasur le pareció un tipo vulgar. La misma postura que guardaba en el asiento de la litera era ordinaria. Mostraba un gesto un tanto fanfarrón y respondía a las aclamaciones de las gentes con una displicencia más ofensiva que señorial. Los chiquillos se metían entre la gente haciéndose paso a fin de tocar su litera. Los más afortunados lograban acariciar la diestra —la mano más famosa del

mundo— que tantos golpes mortales había dado en el anfiteatro. Tenía un público ocioso y fanático que lo seguía hasta fuera de Italia. Y algunos de sus admiradores afirmaban que en la pelea sostenida en Nemausus, en vísperas de las Saturnales, había estado brillantísimo, como jamás se viera a gladiador alguno. La plebe, considerando milagrosa su ya larga carrera de triunfos, comenzaba a creerle un protegido de los dioses y en cierto modo en disfrute del divino privilegio de la inmortalidad.

Cuando pasó la chusma, Benasur pudo cruzar la calle y entrar en el Banco de Tito Limo.

Capítulo 2

El banquero de Roma

Nunca en su vida Tito Limo había recibido la visita de Benasur. Y aunque por las circunstancias especiales creadas, no le produjo sorpresa, no pudo menos de reconocer que el judío tenía pies ágiles para moverse, puesto que tan pronto se había presentado en Roma. Tito Limo, como buen romano, era hombre práctico, mas en esa ocasión consideró oportuno hacer esperar un rato al poderoso señor. Pues las esperas en la antesala deprimen a los hombres más soberbios.

Pero Tito Limo, que sólo conocía a Benasur de oídas, no sabía lo errónea que podía resultar su práctica, ya que el judío durante la espera no hacía más que acumular rencor en su corazón y astucia en su mente, a la par que su voluntad se animaba de una decisión de atar ferozmente, sin piedad, a su adversario.

Cuando Tito consideró que había transcurrido el tiempo oportuno, hizo pasar a su presencia a Benasur. Éste atravesó la gran sala de las oficinas, con su mostrador al público, cruzó el departamento de contabilidad y llegó al despacho. Tito Limo lo recibió sentado.

Benasur se detuvo en medio de la sala, dispuesto a no dar un paso mientras no se levantase el banquero. Cuando éste se puso en pie, el judío sin saludarle, tal como si se conocieran de toda la vida, tal como si reanudaran una conversación de vecinos, le dijo:

—La otra vez que estuve en Roma, este edificio era un caserón ruinoso.

Tito Limo sonrió. Quizá un poco desconcertado. Al fin y al cabo Benasur sólo había uno en el mundo. Éste era el famoso Benasur, ojo de hormiga, presente en todas partes como una extraña

divinidad, que ahora acudía como un vulgar ciudadano ante su presencia. Tito le respondió, después de invitar a Benasur a que tomara asiento:

—La casa vieja se incendió. Tienes razón en decir que era un caserón inmundo. Tú sabes, Benasur, las dificultades que tenemos los propietarios para demoler una casa en Roma. Todas son protestas de los inquilinos, todas son indemnizaciones y garantías de alojamiento inmediato. No parece sino que las leyes de Roma están hechas en beneficio exclusivo de la plebe... Así que el mejor expediente que tiene el propietario para salir de las dificultades es el incendio. La técnica ha prosperado tanto que los incendiarios profesionales son mucho más expertos y eficaces que los bomberos, a pesar de la constante atención que el prefecto dedica al mejoramiento de este benemérito cuerpo... Te recomiendo una vuelta por el Celio para que te des cuenta del negocio que ha resultado el incendio de hace dos años.

Benasur, al que no le era ajena ninguna manifestación de la oferta y la demanda, estaba enterado de las especulaciones que se hacían con los incendios. No era historia nueva ni ardid original. Precisamente el senador Marco Appiano, en una carta que le había dirigido a Jerusalén poco antes del incendio de monte Celio, al relatarle lo infructuosas que habían resultado sus nuevas gestiones cerca del César para obtener la abrogación de las restricciones en el uso de la seda, le había escrito este comentario: «Tal como están las cosas, pocos negocios apetitosos pueden encontrarse en Roma. Y el único que queda, y al que tendremos que dedicarnos tarde o temprano, es el de incendiar Roma, pero sin pudibundeces y por los cuatro costados. Nos libraremos así de la carroña, compraremos terrenos baratos y subirán como la espuma los valores de obras públicas...».

Tito Limo cambió de conversación y comenzó a hablar lisonjeramente a Benasur. Le dijo que los armadores romanos se hacían lenguas del servicio tan exquisito que se daba en sus naves alejandrinas. El judío, escuchando las alabanzas, comprendió que Tito era un zorro con piel de anguila y que lo único que pretendía con aquella plática era tantearle y ver si llegaba a perder el aplomo,

el dominio con charla tan ajena al motivo que le había llevado a su casa de banca. Mas Benasur no dio muestras de contrariedad ni impaciencia, sino de tedio. Y después de bostezar consultó el precioso y minúsculo reloj de agua que llevaba colgado al cuello y bajo la toga, y dijo:

—Te advierto que sólo dispongo de media hora para que me escuches, Tito Limo. Siento decirte que mi visita no es de cortesía...

Tito Limo no pudo ocultar su sorpresa. Benasur se pronunciaba como si viniera a hacerle un favor. Deseoso de salir de dudas, repuso:

—Bien, entonces dime a qué debo el honor de tu visita.

Sin pestañear, sin cambiar de postura, sin que se le sofocara el tono de la voz, Benasur respondió:

—Vengo a verte porque necesito tu ayuda.

Tito Limo había oído muchas cosas sobre Benasur. Pero nadie llegó a decirle que Benasur fuese un soberbio, un vanidoso. Venía a pedirle ayuda y condicionaba el tiempo. Pero el banquero pensó que no había que fiarse mucho de la primera impresión que le produjera el navarca, pues sabía que, como financiero, era hábil en recursos. El judío no era un hombre de negocios común y corriente, sino un financiero con psique. Así que optó por sondearle con circunloquios:

—Muy honrada mi Banca en prestar ayuda al magnífico Benasur, pero ¿tan poco dinero hay en el mundo que un judío tiene que venir a solicitarlo a Roma?

—¿Por qué has pensado que sea dinero lo que necesito? —replicó Benasur.

Y Tito, siguiendo el método de las interrogaciones, tan caro a los judíos, repuso no sin agudeza:

—¿Qué otra ayuda, si no de dinero, puede pedirse a un banquero?

Benasur se movió en el asiento como si buscara la postura más cómoda para plantear el problema. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Una sonrisa leve, un poco sinuosa, inefable, profunda e incógnita que, a pesar de su apariencia intrascendente, muchas gentes habían conocido en situaciones graves. Tito Limo no tenía por qué temer a un judío, pero Tito Limo conocía muchas cosas que

se decían de Benasur. Por eso no le pareció bien que Benasur se sonriese de aquel modo.

—Bien. Tú lo has dicho, honorable Tito. Necesito cinco millones de denarios.

El banquero no era judío, pero se escandalizó como si lo fuese. Se puso en pie mientras Benasur permaneció cómodamente sentado.

—¡Cinco millones! ¿Acaso tú pretendes que saquee las arcas de Roma? —exclamó poniendo los brazos en alto—. ¿Quién tiene en Roma cinco millones de denarios aparte del mismísimo césar Tiberio?

Benasur afirmó pausadamente, sin abandonar su sonrisa:

—Cinco millones, Tito Limo. Ni un cobre menos.

—¿Y por qué acudes a mí?

La pregunta del banquero dio la seguridad a Benasur de que la pelea había comenzado a su favor.

—Sería inútil engañarte. Eres el más importante banquero de Roma, y no tardarías en saberlo. Los negocios de Benasur no inspiran confianza ni en Tiro ni en Alejandría ni en Jerusalén...

—¿Y en Corinto? —Se comprometió a preguntar el romano.

—Menos aún. Acabo de llegar del Egeo y sé lo que se dice y se piensa allí de Benasur.

—¿Y por qué tú has de inspirarme la confianza que te han perdido en el Egeo? —repuso Tito.

—Porque los romanos sois más prácticos. En el Egeo las gentes son tan confusas de sentimientos que le encuentran olor al dinero. En Roma, no. Pero concretemos, Tito Limo. Contéstame: ¿te negarías a prestarme cinco millones de denarios por tres meses al seis por ciento si te doy la garantía prendaria de mi flota de Siracusa con todas las instalaciones y servicios portuarios?

Tito Limo se quedó de una pieza. Pensó si Benasur, enterado de la operación Joamín, quería los cinco millones para comprar las participaciones. Pero las participaciones estaban en su caja y ningún poder humano le obligaría a desprenderse de ellas. Más aún: en el caso de que así fuese, ¿de dónde iba a sacar Benasur esos cinco millones para devolvérselos a los tres meses? La operación era tanto

como regalar la flota, los muelles y los depósitos de Siracusa por cinco millones.

Prefirió no soltar prenda y dijo:

—Es una operación tentadora, pero no está al alcance de mis posibilidades. Cinco millones son muchos millones, Benasur.

—No te hagas el remolón ni el modesto. Tú sabes tan bien como yo lo que son cinco millones. A poco que yo arañe en mis cuentas de banco, los reuniré...

Tito contestó con lógica aplastante:

—Entonces ¿por qué te molestas en pedírmelos?

Benasur miró fijamente al banquero para decirle:

—Porque necesito diez, Tito Limo.

El banquero se retorció las manos. Después dio unos pasos y se rascó la nuca. Por unos instantes se quedó contemplando una estatuilla de Mercurio como si invocara su inspiración. Volviéndose a Benasur, le preguntó:

—¿Para qué tanto dinero?

Benasur, que consideró que ya había sembrado suficientes confusiones, no tuvo reparo en disparar el golpe:

—Quiero comprar la flota de Régulo Flavio...

Tito Limo no se atrevió a reír. Pero la pretensión de Benasur era para reírse. Le repuso:

—Para comprar la flota de Régulo Flavio no necesitas diez millones, Benasur. Yo te la cedo en ocho. Régulo Flavio me debe seis millones.

Era lo que Benasur quería saber: el monto del préstamo. Y como en sus manos estaba la vida de la flota de Régulo Flavio, la posibilidad que tenía el banquero de recuperar los seis millones quedaba subordinada a su arbitrio. Benasur pensó: «Sí, para los negocios los romanos son tan voraces y despiadados como lo somos los semitas, pero mucho más cándidos. Cogen bocados que luego no pueden mascar».

—En esas condiciones no me interesa la operación... ni necesito el préstamo. Creí que la flota de Régulo Flavio era un buen negocio. Sin embargo, gracias por todo.

Benasur se puso en pie. Tito Limo se desconcertó. Se dirigió a una vitrina de la que sacó un ánfora y unas copas. Las puso sobre la mesa y escanció. Invitó a beber a Benasur maquinalmente, pues los pensamientos bullían en su cerebro desviándole la atención de cualquier otro menester.

Era indudable que Benasur no le decía más que una parte de la verdad. El judío era demasiado astuto y hábil para mostrar de una sola vez todas las cartas. Sintiose en situación inferior y a la vez irritado. Llevado por su soberbia se aventuró aún más con el judío:

—¿Y esos cinco millones no te servirían para rescatar las participaciones de Joamín?

—No entra en mis cálculos por ahora. Tú has de pretender especular demasiado con ellas. Sabes que las necesito y las encarecerás. ¿Podrías darme el precio?

—Se las he ofrecido a Sarkamón en siete millones.

—No valen más de cinco. A nadie le son útiles más que a mí. Sarkamón no te dará más de los cinco millones.

Tito Limo le recordó a Benasur con unción:

—Si Sarkamón se hace con las participaciones del grupo de Joamín, puede quitarte la dirección de la flota de Joppe. Sin esa dirección tú perderías ante Siró Josef la jefatura de la Compañía Naviera del Mar Interior. Tú lo sabes mejor que yo.

Benasur dio un trago para no bostezar.

—Tú no podrás hacer nada con esas participaciones, sino vendérmelas a mí por el precio que te he dicho. Si ahora mismo no cierras el trato, vendrás a verme para ofrecérmelas por menos. Has hecho un mal negocio y te tengo en mis manos, Tito Limo. Y perdona que no pueda dedicarte más tiempo.

Tito Limo se quedó helado. Y las conjeturas que se hacía le impidieron evitar que Benasur se fuese sin soltar prenda.

Capítulo 3

Una copa con Petronio

Los almacenes Kosmobazar se encontraban en todas las ciudades importantes del mundo, y aunque el más suntuoso de ellos era la casa matriz de Tiro, el de Roma le seguía en lujo y en la riqueza y variedad de artículos.

Situado en la parte trasera de la basílica Julia, disfrutaba el favor de la aristocracia romana y, muy especialmente, de la población flotante extranjera, pues no había peregrino, mercader u ocioso viajero de paso por la Urbe que resistiese la tentación de llevarse a su país algún caro regalo o una chuchería cualquiera envuelta y precintada con los sellos de cera de Kosmobazar.

En cuanto Benasur abandonó al banquero Tito Limo, tuvo tiempo para pensar en Raquel, hija de Elifás, y movido por el recuerdo se dirigió a pie a Kosmobazar. El establecimiento daba cara a una de las zonas más comerciales de la ciudad, a la que se contenía entre las dos colinas: el Palatino y el Capitolio.

Benasur hubiera deseado ver a continuación al senador Marco Appiano, pero de acuerdo con la etiqueta romana no podía presentársele sin antes saludarle por carta, ni en su propia casa ni en un lugar público como la curia. Por otra parte, sabiendo que su estancia en Roma sería muy agitada, con muy contadas pausas para los ocios, decidió despachar desde el principio estas pequeñas atenciones que en la ausencia le debía a Raquel.

En Kosmobazar se encontraban todas las cosas imaginables, siempre que fueran caras: no sólo las especias más finas de Oriente, sino los perfumes de Arabia y los cosméticos de Siracusa; las hojas de papel en todos los tamaños, sin que faltara la corneliana y la

liviana, utilizadas en la correspondencia de la gente distinguida: los marfiles de la India y de Fenicia; los pomos y frascos de Paros; las ánforas y cráteras de metal de Corinto; las exquisitas conservas de Gades; la cuchillería de Bilbilis; las zapatillas y bolsas de Tingis; los juguetes de Massilia y las muñecas de Alejandría; las sombrillas de Carthago; los abanicos de Damasco; y, entre otras mil cosas, la más rica joyería de todo el mundo, sin omitir los diminutos relojes de agua con horarios de oro y sonería.

La fama de Kosmobazar radicaba en el nombre de su propietario, Ciro, más que en el rico y selecto surtido de las mercancías; Ciro, que era el hombre que dictaba la moda en el mundo.

Benasur entró en el almacén y rogó la presencia del regidor del comercio. Se identificó ante él como amigo de Ciro y le dijo que hacía poco le había saludado en Paros. También le dijo que él, Benasur, era un importante suministrador de orientales a los almacenes Kosmobazar. El regidor se interesó por la salud de su jefe.

—Está bien —le dijo Benasur—, si olvidamos que su calva cada día es mayor y que las moscas se reproducen en Paros con creciente virulencia.

—No me dirás, honorable Benasur, que en Paros hay más moscas que en Roma... ¿Has tenido ocasión de pasar por el barrio de los talabarteros? ¿Has estado en el Transtíber? ¿Te has asomado cerca del anfiteatro?

—No. Pero sé bien que en ningún lugar de Roma puede haber tantas moscas como en Paros. Y más que en Paros en el barrio bajo de Alejandría, y más que en el barrio bajo de Alejandría en el mercado de peces de Jerusalén... Lo sé bien, pues yo soy de Jerusalén.

Un joven, que mientras examinaba una vajilla escuchaba a los dos hombres, se volvió hacia ellos para decirles:

—Yo soy nativo de Massilia y no creo que en el mercado de peces de Jerusalén haya más moscas que en los depósitos de cueros de mi ciudad. Uno cierra la boca y las moscas se introducen por los oídos.

El regidor de Kosmobazar se creyó obligado a presentar a los dos clientes:

—El honorable Benasur... El ilustre Cayo Petronio.

—Que el Señor sea contigo.

—Que Él te acompañe —contestó Petronio.

Con esta frase de saludo, el joven romano despertó una viva simpatía en Benasur.

—He viajado y sé que cuando un judío nos encomienda al Señor, nos brinda lo más íntimo, cordial y sagrado que lleva en su corazón. A los romanos nos molesta que los extranjeros nos saluden con sus fórmulas habituales. Yo soy un poco escéptico y creo que cuanto más se simplifique la credulidad del hombre, mucho mejor. No puede haber un concepto más perfecto —si es que la divinidad es susceptible de perfección— que la de un solo y único Dios. Por eso me gustan vuestros saludos y muchas de vuestras fórmulas sociales. Pero volviendo a las moscas, no creo que Jerusalén tenga más que Massilia.

Benasur respondió:

—Ya hace ocho años que no he pasado por Massilia, y no creo poder visitarla en esta ocasión; pero acepto tu testimonio como válido, Cayo Petronio.

—Dime, Benasur, ¿tú has estado en Corinto?

—De allá vengo...

—Podrías sacarme de una duda... Estoy escogiendo una vajilla para un regalo de boda. Se casa un amigo íntimo al que yo estimo por la novia que ha seleccionado por esposa: es mi hermana. Dicen que el auricalco de Corinto es el mejor. ¿Por qué cuesta más el blanco que el dorado?

—El electro de Corinto cuando es bueno es blanco. La liga es casi pura de plata y oro, en una proporción de treinta y cinco de oro por sesenta de plata. El auricalco apenas tiene oro y sí mucha proporción de cobre de Chipre. El auricalco amarillo tiene treinta de plata y setenta de cobre. Un conocedor, joven Petronio, debe regalar siempre que se trata de vajillas una de electro de Corinto...

—¿Mejor que de oro?

—Mejor que de oro. Habrás visto que los vasos de oro tienen en su interior un baño de estaño. El metal blanco le da un sabor más caliente, más grato a los vinos. El metal de Corinto no necesita el baño de estaño...

—Me gusta preguntar para no equivocarme, amigo Benasur. La vida es una y, aunque soy joven, sé que los días vividos no vuelven. Por tanto, cada hoy debemos aprender algo que nos permita vivir mejor cada mañana. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Benasur sonrió. Se encogió de hombros y repuso:

—Es preferible pensar que cada hoy pueda ser el último. ¿Por qué afligir el hoy pensando en el mañana? Yo vivo en una continua impaciencia, y por ello, pensando siempre en mañana, dejo transcurrir los días, los meses, los años sin que mi cuerpo se sienta en la vida, Y empiezo a sospechar que moriré sin haber vivido, joven Petronio.

—Los judíos siempre decís cosas interesantes, aunque no siempre con psique... ¡Psique! Es uno de esos barbarismos griegos puestos de moda, pero que no tienen vocablo semejante en latín. No es elegancia precisamente. Psique es algo intraducibie, tal como lo interpretamos los romanos, algo que participa de la gracia, del ingenio, de la afición por la novedad y lo moderno, que purga un poco lo formulario y convencional... No sé explicarme bien: ¡Psique! Tal como ha prosperado la palabra entre el vulgo, temo que las gentes verdaderamente psique no podamos hacer uso de ella dentro de poco... —Y dirigiéndose al regidor, decidió—: Bien. Me quedaré con la vajilla de Corinto, de acuerdo con el consejo del honorable Benasur. Sólo que preferiría que el adorno en vez de hojas de laurel fuera de hojas de acanto o de loto... ¿Lo tienes?

—Sí, ilustre Petronio.

—Ordena que la empaqueten bien. Ponle en un pergamino sin orla mi nombre. No me gustan las orlas. La atas con un lazo de ferrugo y le pones un sello de cera azul.

El joven Petronio vestía con elegancia; con cierta sobriedad de la que muchos jóvenes a su edad no gustan. Pero además de la corrección y el aire señorial de sus ademanes, se expresaba en un latín muy retórico. Tanto en sus gestos como en el tono de su voz, en el ritmo que daba a sus palabras, se notaba como una graciosa indolencia más oriental que romana. Ya cuando pronunció repetidamente la palabra *psique*, Benasur notó la perfección ática de la aspiración. Pero lo que le reveló el buen gusto del joven fue que

recomendase al regidor que le atase la vajilla con un lazo de ferrugo, la púrpura de Hispania que Benasur consideraba, por su tono discreto y apagado, mucho más elegante que la púrpura de Chipre y de Tiro.

Benasur pidió que le mostraran las últimas novedades en cosméticos y perfumes. Había poco. Sólo una pasta carmín para los labios, inalterable y permanente. Según el regidor, gracias a este cosmético las mujeres podían beber e incluso besar sin despintarse. El producto era galo y se fabricaba en Massilia, donde la industria cosmética empezaba a alcanzar un halagüeño desarrollo. El mismo joven romano se extrañó de que en su país fuesen capaces de crear productos que asociaban tan eficazmente lo frívolo con lo práctico.

—Estoy por sentirme orgulloso de mi ascendencia gala.

El regidor llamó al adolescente que servía de maniquí en el departamento de cosméticos para que hiciese una demostración. El efebo vestía como los histriones una túnica ambigua de finísimo lino. Tomó con una paletilla de marfil una porción minúscula de la pasta de carmín y, con habilidad femenina, sin necesidad de espejo, se la untó en los labios dibujando perfectamente la boca.

Benasur y el joven romano lanzaron dos preguntas simultáneas:

—¿Cómo se llama ese cosmético? —preguntó Cayo Petronio.

—¿Quién es el fabricante? —se interesó Benasur.

Los dos se miraron y soltaron la risa. Petronio comentó:

—Si tu nombre no fuese lo suficientemente conocido en el mundo de los negocios tu pregunta bastaría para identificarte. Eres agudo y despierto, Benasur. Mientras yo me intereso por el nombre..., tú te interesas por el fabricante. Sabes que las naves son un poder, Benasur, pero no olvidas que mucho más poderosos pueden ser los labios de una mujer.

Benasur separó cuatro pomos con la pasta para los labios, después de que el maniquí se frotara la boca con el dorso de la mano para demostrar la eficacia del producto. No dejó huella.

Luego el navarca pidió un pomo de vidrio de Sidón con pasta aromática, para reponer el que había entregado a Skamín. El joven romano no conocía tal adminículo ni su aplicación. Y cuando vio al judío llevárselo a las fosas nasales, no pudo contener su entusiasmo:

—Perdona, Benasur. Un hombre que se lleva a la nariz algo tan misterioso como ese pomo con el ademán con que tú lo has hecho es un hombre psique. ¡Hace días que no había visto nada tan psique! —Y dirigiéndose al regidor—: ¿Cuántos de estos pomos te quedan? Si son pocos, me los llevo todos; si muchos, te ruego los vendas con cierto tino. ¡Sería horrible que cosa tan exquisita cayera en manos de un Festo, un Curcio Rufo o cualquier advenedizo!

Cuando terminaron los dos hombres sus compras, Petronio le dijo a Benasur:

—No puedes negar que esa túnica que traes te la ha cortado Ciro.

—Sí, ha salido de su mano. Desde hace años me visto con él.

—Yo hasta hace poco. Mis vestidos me los hacía sobre un patrón que el sastre de aquí le envió. Ciro insistió en que hiciese un viaje a Paros y que así me tomaría las medidas exactas. Yo le dije que viniese a Roma. Pero él no se mueve de Paros. Arreglamos la cuestión, enviándole una reproducción de mi persona, al tamaño natural, que me ha hecho un escultor, precisamente de Paros, que andaba por aquí de paso... Pero creo que no me vestirá más. Considero a Ciro como un artista de la costura, si bien lo creo más acertado con la vestimenta femenina. Sobre todo desde que he dado con un sastre romano que corta impecablemente... Yo no sé qué opinarás tú. A mí me parece que fuera se viste mejor que en Roma. Los griegos de Siracusa cuando se ponen la toga la portan como muchos romanos no saben llevarla. No hay duda de que los romanos nacen con toga, pero si asistes a una sesión del Senado verás a los hombres más conspicuos con las togas más detestables. Si yo fuese como cualquier cortesano amigo de la murmuración, te diría que el hombre peor vestido de Roma es el César. Sin embargo, pasa por hombre elegante a los ojos de los aduladores. ¿Tú crees que ese viejo tacaño puede ser medianamente elegante vistiéndose con prendas caseras? Además, según dicen, da vuelta a las togas cuando las orillas están rozadas y la cara amarillenta de tanto cocerse al sol... Créeme que Roma se está poniendo abominable con tanto advenedizo y tanta ordinariez.

Los dos hombres abandonaron Kosmobazar. Petronio invitó:

—Si aún tienes un rato de ocio, me gustaría que aceptaras una copa de vino bético en Casa Mario.

Benasur aceptó porque calculaba que todavía no habría llegado Mileto a la oficina.

Como la hora no permitía tomar una litera y Casa Mario estaba en la calle de Túseos, los dos se dirigieron a pie. Petronio dijo:

—Me interesa demasiado la literatura para que preste atención a la basílica Argentaría; aparte de que me parece el antro donde se cobija la peor condición humana: la codicia y su madre política la avaricia, siempre vestida a la vieja usanza de la usura. Pero yo soy mortal y no me gusta que mi patrimonio merme con la adquisición de esas caras y exquisitas fruslerías que hacen tan grata la vida. Kosmobazar por un lado, las librerías del Argileto por otro y mis amigos poetas me consumen mensualmente una buena parte del patrimonio... Estoy haciendo gestiones, moviendo influencias para conseguir un proconsulado aunque sea de la más remota provincia romana. Pero no creo lograrlo mientras los dioses guarden tan celosamente la vida de Tiberio. Tú, Benasur, que eres hijo dilecto de Mercurio, ¿podrías aconsejarme una inversión provechosa?

—¿Audaz o segura? —le preguntó Benasur.

—De acuerdo con tu consejo. Necesito nivelar pronto mi patrimonio. Tengo un déficit mensual de diez mil sestercios...

—¿Qué capital quieres invertir, Cayo Petronio?

—De mi patrimonio podría tener disponibles en numerario cuatro millones de sestercios...

—Conviértelos en denarios de plata, y con los títulos en mano ven a verme dentro de cuatro o cinco días a mis oficinas de la ínsula Lúcula. No puedo decirte más por hoy.

—Podrías decirme todo lo que te callas. Soy impermeable e insensible a los números.

—No importa. Nada puedo decirte, porque nada sé. Quizá dentro de una semana podré indicarte una inversión que reúna la audacia y la seguridad, y que triplique en unos días el valor de tu inversión.

—¿Es que suelen suceder cosas tan maravillosas en el mundo?

—Sí, y precisamente en la basílica Argentaría...

—No quise ofenderte menospreciando la basílica Argentaría...

—Lo sé. Como sé que eres un joven curioso y despierto a las cosas agradables de la vida. Pero siempre que gastes un sestercio piensa que gastas una gota de sudor ajeno; y si un día escalas los puestos de la Política, piensa que cada uno de tus pasos ascendentes cuesta una gota de sangre ajena. A veces (no lo olvides, Petronio) nosotros somos los ajenos. Que el Señor nos libre de tener que dar nuestra gota de sudor o nuestra gota de sangre. Y no me tomes por un moralista.

Y tras una pausa, Benasur prosiguió:

—Eres joven y rico, Petronio. Por lo que veo, también eres persona libre, que es diferente a ser ciudadano u hombre libre. Eres persona sin yugos políticos, sin yugos de hogar. El destino es tuyo y puedes elegir la decisión. Por lo que me has dicho, te gustan las letras y el trato con poetas. Eres dueño de tu decisión. Yo no lo fui. Apenas tenía doce años cuando mi padre murió. Mi padre me dejó una flota pesquera en el lago de Genesaret, tierras y una casa en Jerusalén. Nunca me gustó el olor a pescado. Sin embargo, pasé mi infancia entre pescadores, gente sencilla aunque zafia y de pocas luces. Me quedé sin madre. Tobías, el gestor del pontífice Anas, me dijo que mi patrimonio, incluidas las tierras, ascendía a tres millones de siclos. Más tarde me di cuenta de que era una de las principales fortunas de Jerusalén. A los diecisiete años tomé posesión de mis bienes y liquidé la flota pesquera y las tierras. Tobías, el gestor del Pontífice, se escandalizó. Compré entonces mi primera flota de mar: la Flota Blanca de Joppe. Huía del olor del pescado, pero me gustaba el olor del mar. A los veinte, realicé mi sueño dorado: pude comprar una flota de ocho naves alejandrinas. Fue el acontecimiento más alegre de mi vida. Y consumí en ese día todo mi dinero y toda la alegría que el Señor había puesto en mi corazón. Desde entonces soy un hombre grave, roído siempre por la impaciencia. No parece sino que un espíritu maligno me hubiese impuesto la misión de hacer dinero. Y en cuanto empiezo a pensar en otra cosa que no sea el dinero, me siento desoladamente vacío. Lo curioso es que el dinero me niega la posibilidad de disfrutarlo...

Tras una breve pausa continuó:

—Hace un momento compraste una vajilla y la pagaste con tu dinero. Te vistes y pagas al sastre con tu dinero. Ahora me invitas y pagarás con tu dinero. Yo viajo en un barco propio, que no me cuesta nada, pues los gastos los sufraga la Compañía. Me visto, adquiero alhajas, objetos, útiles y no pago porque los comerciantes son clientes míos de artículos orientales, y siempre me deben dinero. Me muevo de una ciudad a otra y en todas ellas hay un socio o un amigo que me da hospitalidad en su casa. Juego a la bolsa sin necesidad de exhibir dinero porque el nombre de Benasur es un título en blanco. Y en la bolsa gano. Los pobres, espantados por mi nombre, huyen de mí. Se imaginan que Benasur tiene duro y seco el corazón. Quizá no se equivoquen.

Petronio no dejó de percibir el tono entre amargo y melancólico de Benasur, que prosiguió:

—Un día, estando en Tarso, una anciana, tan graciosa como simpática, se acercó a pedirme limosna. Daba gusto verla con su sonrisa, con su modo de pedir tan llano. Viéndola pensé que mi madre, de vivir, tendría su edad. Y con la idea de pagar en aquella vieja algunos de los desvelos de mi madre, eché mano a la bolsa en busca de unas monedas. Por primera vez Benasur podía hacer un bien con su dinero. No llevaba un cobre conmigo. Mi gesto de contrariedad debió de ser muy doloroso, pues la anciana, sonriente, con tono comprensivo me dijo: «No te preocupes, hijo. Son malos tiempos y todos andamos sin un as». Entonces comprendí la realidad, la esencia de mi pobreza. Volví a la casa furioso. Me llené la bolsa de monedas y me puse a buscar a la vieja. Pregunté, indagué incansable; recorrí los barrios pobres, volví cien veces al lugar en que la había encontrado. Nadie me supo dar huella, seña, indicio de la anciana. Desde aquel día se cegó en mí la filantropía. No sé hacer el bien, Cayo Petronio... En esta situación, ¿cuál es mi razón de existir, cuál puede ser el simulacro de mi alegría, el sucedáneo de mi ilusión? ¡Hacer dinero! El dinero que sirve a todos para procurarse placeres que yo no siento, goces que me están negados. El avaro tiene la recóndita y sorda alegría de sus riquezas. Cuenta y recuenta sus monedas de oro, hace cálculos y su hambre y su miseria son el sostén de su gozo. Yo, Petronio, soy algo más monstruoso que el

avaro, pues siendo mi misión hacer dinero, no le tengo gusto al dinero... Me paso meses y meses sin que mis manos toquen una moneda. Me sirvo a mí mismo sirviendo a los demás, y los demás sirven como yo al dinero... a ese dinero que anda por ahí y que cuanto más escaso parece a quien lo gasta, más placeres y satisfacciones le producen.

Benasur concluyó:

—Por eso te envidio, Petronio. ¡Qué daría yo por tener un déficit de diez mil sestercios! Estate seguro de que sería un poco más feliz...

Entraron en Casa Mario. Petronio pensó que Benasur era un hombre sin psique. Tan tremendamente profundo y vacío como el mar, que está lleno de agua; tan anchuroso y vacío como el desierto, que está lleno de arenas...

Capítulo 4

Delenda est Roma!

El navarca volvió a su oficina del edificio Lúcula. Ya le esperaba Mileto, cuya primera impresión de Roma ponía en su rostro un gesto de desencanto.

—Te ruego —le dijo Benasur al regidor— que me procures un coche. Si es necesario, pídele el permiso de tránsito al prefecto Lucio Pisón.

Y después de una pausa:

—¿Qué clase de persona es Cayo Petronio?

—No lo conozco bien. Dicen que es un joven agudo. Pertenece a una familia patricia... ¿Situación económica?

—Sé que no es muy desahogada. ¿Cuenta con influencia en el Palatino?

—No creo. Es de esos aristócratas de vieja tradición republicana que murmuran y se escandalizan del Imperio. No me extrañaría nada que en su casa reverenciase el retrato de Bruto.

Como las simpatías políticas de Vico no le interesaban, Benasur cambió de tema pidiéndole que llamase al mejor calígrafo de la oficina, al que dictó la misma carta para varios senadores amigos, anunciándoles su visita.

Después, dirigiéndose a Cayo Vico, le preguntó:

—¿Qué comedor nos recomiendas?

—El mejor de Roma es Casa Mario...

—Acabo de venir de allá...

Cayo Vico titubeó:

—Otro recomendable está lejos, al final del Campo de Marte: Makrónidas. Pero si tú no te opones, Cayo Vico sería feliz de que lo

acompañarais a la mesa para el prandium.

Benasur le dijo a Mileto:

—Al mediodía, Roma se queda desierta. No encuentras en la calle un alma. Es inútil que llames a una puerta; no te responderán. Por tanto, si no quieres desfallecer de hambre o de cansancio, debemos aceptar la hospitalidad que nos brinda Cayo Vico.

Y dirigiéndose al regidor:

—¿Sabes si hay algún tratado publicado sobre los carros de guerra?

—Existe uno, muy documentado, escrito por el alejandrino Jossem y editado en latín por la librería de Atrecto.

—¿Quieres ordenar a uno de tus empleados que lo compre?

Al cabo de un rato, entró el empleado con las cartas que le había dictado Benasur. Éste puso al pie de ellas su sello y su nombre. Cayo Vico las envió a sus destinatarios por un mensajero.

Después llegaron con el libro, un libro de grandes dimensiones. Como obra alejandrina abundaba en gráficas, planos y descripciones. Reproducía los modelos de todos los vehículos de guerra que se habían fabricado hasta entonces. Mileto lo estuvo hojeando y, al examinar detenidamente el plano del Caballo de Troya, comentó:

—Creo que es una buena obra. Josem no ha caído en ciertos errores cometidos por los historiadores al describir el Caballo de Troya.

Mileto no pudo seguir con su erudita disertación que, por otra parte, nada interesaba a Benasur. Iba a caer la hora séptima y Cayo Vico se dispuso a dar fin a la jornada.

El regidor vivía detrás del templo de Marte, en la calle del Ganso, al principio del Quirinal, en una modesta casa, expresión de la *aurea mediocritas*. Una puerta pintada de ocre. En el umbral, en letras de mosaico, se leía un saludo: BIEN VENIDO. Pasaron al atrio. Benasur identificó la casa como una vieja construcción de los tiempos de la República. En el compluvio, medio seco, enlodado, un pato se quitaba los piojos. La fetidez era también antañona.

La familia de Cayo Vico se puso en movimiento con la llegada de los huéspedes. El gesto de la mujer de Vico era adusto. Cuando se

enteró de quiénes se trataba, procuró sonreír y ser cortés. El hijo del regidor, un muchacho de once años, no se separó de la hornacina de los lares, y se quedó mirando con una expresión de desprecio a los recién llegados, que identificó como extranjeros. Mileto descubrió en el muchacho cierto rubor de vergüenza. La chispita de sus ojos denunciaba una rabia mal disimulada.

A Benasur no le extrañó la actitud del muchacho: estaba en la edad escolar y, con las primeras letras, aprendía también la lección cívica del maestro que inculcaba a los niños el odio hacia los extranjeros. El muchacho miraba a Benasur y a Mileto con rabia; a su padre con desprecio, como si fuera un traidor. De pronto se despegó del muro y corrió a refugiarse en una vieja sirvienta que entró en el atrio. Le cuchicheó algo al oído. La esclava sonrió y le dijo que se retirase. El muchacho se perdió por un pasillo.

Cayo Vico no estaba cómodo, tanto por la categoría del invitado como por la actitud antipática de su familia. Quizá el menos disgustado era Mileto, que en el trato desabrido de la gente de Vico se veía igualado con el propio Benasur. A éste no le molestaba la frialdad de la acogida, sino la perspectiva del prandium y de la siesta en cubículos, que, por el aspecto de la casa, adivinaba incómodos.

La casa de Vico, como la mayoría de las de Roma, despedía una pestilencia particular; una mezcla de humedad recalentada y de estiércol en fermentación. Lo urbano en los romanos era adquisición tan reciente que, fuera de los foros, de las zonas modernas de tres o cuatro barrios, la ciudad olía a pesebre. En las ínsulas el olor se hacía más insoportable, pues la fetidez no era de estiércol, sino de residuos humanos. La cloaca máxima, orgullo de la ciudad, si bien cumplía importantes funciones sanitarias, no era lo suficientemente eficaz como para librar a la ciudad de la pestilencia. Según Benasur sólo existían dos ciudades en el mundo que no fuesen demasiado ingratas al olfato: Gades, en Hispania, y Tiro, en Fenicia. Los vertederos de Tiro superaban en eficacia a la cloaca máxima de Roma. Y Gades, situada tan estratégicamente en el Mar Océano, propiciada por los vientos de las dos corrientes marinas que mantenían aireada, limpia, fresca la atmósfera de la ciudad. El sistema de los vertederos de Gades no era tan eficiente ni amplio

como el de Tiro. Sin embargo, las fosas inmundas, a semejanza de las de Carthago, eran más modernas que las de Tiro.

Benasur permanecía callado y entregado a estas reflexiones. Pensando que el mundo se había perdido por mucho tiempo con la victoria de Roma sobre Carthago. Pero él era de los que creía que Roma no duraría mucho. Roma, que todavía no abandonaba del todo el corral, el olor del estiércol, la mentalidad campesina, daba productos ya tan refinados, tan decadentes como Cayo Petronio. Si hubiese en Roma cien Petronios se acabaría el Imperio corroído por el escepticismo y la molicie.

La mujer de Vico, de humilde extracción, pretendió dar demasiada ceremonia al prandium y contra la etiqueta al uso hizo que un criado preparase el triclinio. El regidor intervino con discreción para decirle aparte: «Marcia, se trata del prandium, del prandium nada más. Cuida de que dispongan los cubículos». Poco después hicieron irrupción en el atrio tres esclavos, vestidos con el palio rojo. Se veía bien que su indumentaria era la de las grandes ceremonias, pues además de estar nueva los sirvientes no parecían habituados a ella. Uno de los criados trajo los panecillos, otro la carne y el tercero cinco habas bailando en ensalada. Cayo Vico sirvió el vino en copas de vidrio. Este detalle de refinamiento y lujo no guardaba relación ni con el aspecto de la casa ni con la categoría social de Vico. Para Benasur era un síntoma más de la carrera de Roma hacia la molicie y la ruina. El hecho mismo de que en el atrio se movieran diligentes cinco esclavos, revelaba el prurito de ostentación de los romanos. Si cinco eran los sirvientes que los atendían en un sencillo prandium, había que calcular que en el interior de la casa quedaban diez o doce esclavos más.

—¿Cuántos esclavos tienes, Cayo?

—Pocos. Nueve hombres y cinco mujeres. Todos los emplea mi mujer, Marcia, que no sabe valerse sin ellos. Yo con uno me basto. Es un siciliano que me tonsura, me da masaje y me confecciona la ropa. Es muy útil para esto, pues yo no soporto las túnicas de dormir con costura...

Benasur pensó que Cayo Vico tenía también delicadezas de gran señor: vestía túnicas inconsútiles. Por lo que veía no era mal negocio

ser regidor de las flotas de Benasur en Roma. Quiso recordar el sueldo que le daba a Vico, pero no pudo. Darío David ganaba cuarenta mil sestercios, mas Darío David era nada menos que el regidor de Siracusa. Después de él seguía en importancia Havila, el regidor de Gades... Vico debía de ganar como Joel, unos veinte mil sestercios, la renta mínima que se exigía a un ciudadano romano para ingresar en el Orden Ecuestre. Con veinte mil sestercios anuales un hombre en Roma podía permitirse el lujo de servir el vino en copas de vidrio. Para salir de dudas, preguntó a Vico:

—¿Qué sueldo ganas, Cayo?

—Diez mil sestercios. Y el uno por ciento de las utilidades. Más o menos...

—Ya, ya; lo recuerdo: treinta mil sestercios —le interrumpió Benasur. Y con ánimo de saber más, comentó—: La vida está muy cara en Roma, pero no es un mal sueldo.

—Ciertamente, la vida está muy cara. Nos arreglamos con algunos comestibles que nos traen del campo, de la granja de mis suegros. Procuramos atenernos al sueldo y la comisión la ahorramos. Marcia está contenta con esta casa. Yo deseo comprarme otra más moderna. Con lo que sacásemos de la venta de ésta y unos cien mil sestercios podríamos construir una tras el Campo de Marte o en el Pincio.

—El Pincio me parece muy lejos —opinó Benasur.

—Eso dice Marcia. Y con las restricciones que existen para el uso de literas y coches, resultaría molesto para mí vivir tan lejos. Sin embargo, me sería fácil conseguir en la Prefectura una licencia para litera. Las venden de trasmano por ochocientos sestercios.

Mileto intervino.

—Por lo que veo, con dinero se compra todo en Roma.

Cayo Vico sonrió:

—Si no todo, casi todo.

—¿Hasta la ciudadanía romana?

Benasur miró con rara intención a Mileto. Éste, como si hubiera sido sorprendido en falta, puso la vista en el plato y continuó comiendo. Cayo Vico informó:

—La ciudadanía no cuesta más que los veinticinco sestercios que cobra el recaudador del Erario al entregar la escritura, si se obtiene por derecho y vía legítima; pero si se recurre al soborno su precio oscila entre los mil y los doscientos mil sestercios, según la apariencia económica del solicitante. El liberto Espurión pagó hace unos meses ciento cincuenta mil sestercios. Había sido condenado al destierro por una especulación de trigo. Al adquirir la ciudadanía, la pena fue conmutada por una multa de diez mil sestercios. De este modo, el delito contra el pueblo romano quedó convertido en una simple infracción a las ordenanzas edilicias.

Después, por una pregunta de Mileto, la conversación se desvió hacia los espectáculos. Cayo Vico se entusiasmó recomendando al griego la asistencia al anfiteatro y muy especialmente al circo. Vico prefería las carreras a las luchas. Para él, más importante que Festo, el gladiador, era Numa, el corredor del equipo de los azules. Las carreras tenían el aliciente de las apuestas y Vico era jugador afortunado. Apostaba únicamente cinco ases en cada carrera y, en cierta ocasión, Numa le había hecho ganar trescientos sestercios por as. Dijo que el corredor debía poseer más y mejores cualidades físicas que el gladiador, pues éste, dominando solamente seis movimientos de la esgrima, tenía resuelta la pelea. Que además en los gladiadores había mucho truco, y que engañaban tan hábilmente al público, que se las arreglaban muy bien para que el vencido supiera inspirar la simpatía de los espectadores y obtener así la gracia del indulto. Que casi siempre los que caían en la arena eran criminales condenados a muerte, que mediante una cantidad que se daba a sus deudos, accedían a ser sacrificados por los campeones, por los Festos, los Galatas, los Mincios. Sin embargo, el más experto corredor no estaba libre de una caída y las caídas, principalmente en la curva de la meta, eran mortales de necesidad. Numa se había roto un pie en un aparatoso accidente y, a pesar de esta desventaja, continuaba corriendo como en sus mejores tiempos. Mileto escuchaba con interés y se mostró complacido cuando Vico le ofreció entradas para el circo. El regidor solía asistir a las carreras de la tarde, que eran las más distinguidas, pues en la mañana iba la plebe con la ilusión de ganarse los cobres para la cena en una apuesta

afortunada. Benasur, que se aburría con la plática de Vico, dio un giro a la conversación preguntándole:

—¿Qué obra se está representando que merezca la pena de verse?

—Ninguna. El Teatro Marcelo está cerrado desde las torrenciales lluvias de mediados de febrero. El Teatro Pompeyo continúa en reparación. Cada día el público se muestra más apático por el teatro. Tendrían que renovar mucho el género y hacerlo más sensacional. El año pasado se representó una obra de mucho éxito: *Los hermanos*. Su interés radicaba en que el protagonista apuñalaba de verdad a otro personaje. En varias ocasiones la puñalada fue tan certera que produjo la muerte del actor asalariado en la escena. El público acudía todos los días con la esperanza de ver un desenlace tan a lo vivo. Mas al fin intervino el prefecto y la obra fue retirada. Esperaban turno siete hombres que estaban dispuestos a ser apuñalados en escena.

—He oído que en el Balbo dan una pantomima muy graciosa —dijo Benasur.

Vico, tras mirar con un cierto azoramiento a Benasur, repuso:

—Es una obra muy vulgar. Lo único que tiene gracia es el trabajo del pederasta Kolessyos imitando a Salomé. Mas no creo que un judío como tú, Benasur, encuentre agrado en una burla tan sangrienta como *El higo de Salomé*.

Se terminó el prandium, que fue mediocre al paladar como Benasur temía. Se lavaron las manos con agua aromatizada que les sirvió un criado en una palangana de metal de Corduba. El dibujo del repujado así como el color de cobre eran de fácil identificación bética. El anfitrión condujo a sus huéspedes a los cubículos. Dejó en la mesita cerca de las literas una lámpara encendida para ahuyentar a los malos espíritus que perturban el sueño. Los linos de las camas estaban limpios. Una cortina de junco tamizaba la luz que entraba por el impluvio.

Benasur se tumbó con la seguridad de no dormir la siesta. Echaba de menos el té de opio. Pero no quiso alterar el inflexible orden de la vida doméstica romana.

Desde el cubículo oyó que Cayo y Marcia discutían acaloradamente en alguna habitación. Por ciertas palabras sueltas que alcanzó a oír, comprendió que el motivo de la disputa eran las carreras. Marcia le echaba en cara a su esposo que en dos meses seguidos no había ganado un solo cobre por su cochina manía de jugar a los azules. Que el equipo de los verdes, capitaneado por Quilón, estaba ganando todas las carreras en que participaba. Y que sólo los estúpidos como Cayo seguían apostando a favor de ese viejo lisiado, pata quebrada, que era Numa. Marcia concluyó prohibiendo terminantemente que Cayo saliera aquella tarde. A los gritos de Marcia se unieron los del hijo, que daba la razón a su madre. El chiquillo refunfuñaba que sólo a su padre se le ocurría apostar a Numa habiendo corredores como Quilón, Astorpeo, Celesto y Mano.

Benasur pensó que Cayo Vico era un pobre diablo, con todos los prejuicios de los viejos romanos, pero sin ninguna de las virtudes domésticas del *pater familias*, bien fincadas en la autoridad. Se veía que entre la esposa y el hijo lo dominaban.

Hacía ocho años que estaba al frente de las oficinas de Roma. Se lo había recomendado como hombre hábil y emprendedor Celso Salomón. Dado el auge de los negocios, Benasur no había tenido ocasión de descubrir las posibles limitaciones de su regidor.

Terminada la hora de la siesta y cuando se disponían a abandonar la casa, el navarca tuvo que acreditar a Vico un cierto don de iniciativa: a la puerta los esperaba un coche. Mientras atravesaban las calles para salir a la vía Lata, Benasur se desató contra Roma hablándole en griego a Mileto:

—Roma es una ciudad monstruosa. Todos estos alardes de grandeza son ficticios. El millón de vecinos que tiene vive pisándose y dándose codazos. Al lado de un edificio moderno de seis pisos, como el que ha levantado Tito Limo, están esas ínsulas que sólo esperan que les apliquen una candela para arder con toda la polilla de sus armazones; al lado de la lujosa casa de un magnate, hay una infinidad de viviendas que no son más que chozas de madera. Se enorgullecen de la cloaca máxima y todos los vecinos echan sus inmundicias por la ventana. Los romanos son insoportables. Creen saberlo y conocerlo todo. Miran al resto de los mortales con un

gestecillo superior y conmiserativo. Se creen superiores porque han inventado esa fórmula de convivencia social que llaman Derecho. Y nada hay más lastimoso que el ciudadano romano, convertido en cliente de los magnates, siempre con la sportula bajo el brazo a la caza de las sobras que le dan como al más repugnante de los mendigos. Estos hombres que no han hecho nada, que no han inventado ni creado nada, que no han aportado una idea al progreso moral de la humanidad, dominan al mundo. Sus poetas son vacuos, sus filósofos, insulsos, sus oradores, convencionales y pesados. Su misma lengua es difusa. Se dicen originales y no hacen más que repetir, mal traducido, lo que han escrito y escriben los griegos. Odian a los griegos porque sois más inteligentes que ellos, a los fenicios porque son más hábiles y señores, a los púnicos porque son más valientes y sobrios, a los egipcios porque son más científicos y espiritualistas, a los judíos porque somos más decentes y capaces que ellos. Para lo único que son listos es para romperse la cabeza en el circo, bien en lo alto de un carro, bien con la espada en la mano. ¡Ciudadanía romana! Una plebe hambrienta, indigna, vergonzante de miserias. Y para que esta masa viva ociosa, vociferando y meándose en el circo, y después se pase la noche matando chinches y piojos; para que esta plebe se crea en el Foro dictadora de los destinos del mundo, porque un charlatán togado se sube a la rostra y le dice *Delenda est Carthago!*, es necesario que todo el mundo, todas las naciones que tienen un pasado glorioso de saber, de ciencia, de arte, de armas, les tribute el diezmo. ¡Hay que aplastar a Roma, Mileto! No quiero pensar lo que el mundo será muy pronto si estos charlatanes de la rostra prosperan; si estos emperadores voraces y tiránicos continúan en el poder. Es necesario que un pueblo se levante y arrase a Roma. Es necesario un cataclismo que acabe con esta ciudad de siete jorobas. Si nuestros pueblos de Oriente no son capaces de sacudirse el yugo, tendremos que esperar a que lo hagan los hispanenses o los galos, los sármatas o los germanos, pero nuestra salvación está en aniquilar al monstruo. Nuestro pasado, nuestras tradiciones, nuestro espíritu están en peligro, Mileto. *Delenda est Roma!*

Mileto se había emocionado. A pesar de lo mal que, en el arrebato de la indignación, pronunciaba Benasur el griego, no dejaba de ser elocuente. Claro y elocuente. Quizá Benasur exageraba demasiado. Desde luego, dejaba entrever que quería viajar con zapatos ajenos. La primera impresión de Mileto sobre Roma no podía ser más desfavorable. Del Tíber al Pincio había confrontado una amarga experiencia: que su latín, del que tenía motivos retóricos para sentirse satisfecho, muy poca semejanza guardaba con el latín que hablaban los romanos, por lo menos los estibadores del Tíber, los guardias políglotos del Emporio, los libertos y esclavos de Celso Salomón, y hasta el propio Cayo Vico, que, como hombre de negocios, articulaba su conversación con una sintaxis demasiado esquemática. Era una ciudad sucia y con gentes poco aseadas. Quizá porque las termas públicas beneficiaban sólo a los que tenían dinero para permitirse el lujo del baño. Pero Benasur exageraba quizá por ignorancia, al negar a Roma y su lengua la gloria de un Lucrecio, de un Virgilio, de un Horacio, de un Ovidio. Cierto que podían percibirse servidumbres, indudables influencias; pero precisamente era la lengua latina la que daba un acento y un sabor nuevos a las ideas y sentimientos de esos poetas.

Sí, Benasur podría tener razón en parte. Había que aplastar a Roma como se aplasta una víbora. Pero después ¿qué? Después, desaparecida Roma, continuarían los amos señoreando sobre la voluntad y la vida de los esclavos. Para Mileto el problema no era el yugo impuesto por Roma a los pueblos. Él no era ciudadano libre para pensar en tan superfluas y desinteresadas cuestiones. Para él, para Mileto, la salvación no estaba en el pueblo que se levantase contra Roma, señora de pueblos, sino en el hombre que se levantase contra los hombres, señores de esclavos. Para él la cuestión no era liberar a los pueblos, sino a los esclavos. Al fin y al cabo, los hombres, por muy extranjeros que fuesen, si eran libres podían pasearse y actuar autónomos por Roma y por todo el Imperio. Por eso Mileto no podía sentir como Benasur la indignidad de que su patria estuviese sojuzgada a Roma. La indignidad de él era estar sojuzgado a Aristo Abramos, a Benasur; pasar como un objeto de una mano a otra. No, no se trataba de la libertad de los pueblos

dominados por Roma, sino de la libertad de los hombres, oprimidos y escarnecidos por los hombres. Si todos los hombres habían nacido con alma, con psiquis, sin distinción alguna, el cuerpo humano que servía de sostén y albergue a esa alma debería ser libre: libre para amar, libre para creer, libre para pensar y soñar, libre para actuar y decidir sobre la propia persona. Fuera de esto, no era más que cambiar el error por la equivocación, la injusticia por la iniquidad. No era un pueblo, era un hombre el que debía levantarse contra los demás hombres para hacerles ver su error y acusarles del delito de inhumanidad. Y ese hombre no debía surgir en la rostra del Foro para embaucar a una masa estúpida y egoísta, sino en una rostra universal, dondequiera que fuere, pero con una voz tan firme y tan clara que su decisión y su mensaje se escuchase en todos los ámbitos del orbe.

No pudo exteriorizarle estas reflexiones a Benasur. Porque él, Mileto, era un esclavo y Benasur... era un hombre que sólo conocía una servidumbre a la que se sometía de buen grado: la de su solo y único Dios.

Mileto pensó por primera vez que un desheredado como él, un paria, un miserable esclavo, lleno de dotes y conocimientos, pero sin un grano de derecho ni de libertad, podía tener un gran amigo, un camarada íntimo con el que poder compartir su escondida amargura: el Dios único de Benasur.

Cuando el coche los dejó a la entrada de la domo, Mileto iba pensando muy seriamente sobre la esencia del monoteísmo. Y vio que en su corazón se abría una débil luz. También Ester rezaba a ese único Dios.

Ninguno de sus patronos judíos le había insinuado la conveniencia de convertirse. Para eso las leyes griegas y romanas andaban muy listas protegiendo la libertad de creencia de los esclavos. ¡Hipócritas! Mileto convino en hacer uso de esa libertad que se otorgaba a los esclavos. Pensó seria y amorosamente en el Dios de Israel. Sentíase animado a tentar al Dios de Benasur. Saber si, a diferencia de los demás dioses, Éste podía libertar a los esclavos.

Capítulo 5

La familia Salomón

Después de cambiar efusivos saludos, Celso Salomón y sus dos huéspedes se trasladaron a un saloncito anejo al tablinum. Era una especie de escritorio privado, una zotheca. Tomaron asiento y en seguida Benasur inició la conversación informando a su socio con cierta desgana de la marcha de los negocios navieros. Y de súbito preguntó a Salomón:

—¿Tienes mucho trigo en depósito?

Salomón no supo el porqué de la pregunta ni cuál sería la contestación más conveniente. Vaciló más de lo debido, y Benasur le aconsejó:

—Vende lo antes posible todo lo que tengas... Se anuncia una considerable baja. —Benasur no era traficante en trigo. Y Salomón, que lo era a espaldas de la Anona, se preguntó: «¿Por qué Benasur, que nada tiene que ver con el negocio de granos, sabe que viene una baja?». Pero antes de que dijera palabra, Benasur le dio otro informe—. Navieros bajarán también... Quizá surja el pánico. No te dejes influir por la situación que se provoque. Repito, no vendas... Si tienes dinero invertido en ultramarinos, conviene que te deshagas de ellos. Debes obrar con premura, pero sin nerviosidad.

Salomón comenzó a comprender. Benasur respiraba por la herida. Y le dijo:

—Pueden bajar navieros semitas, pero no romanos...

—¿No están tus naves dentro de la compañía semita? —replicó Benasur.

—Sí, pero con matrícula romana.

—No te creas tan seguro, hermano Salomón.

—¿Acaso pretendes despreciar los navieros porque las participaciones de Joamín, José de Arimatea y Mohakalí de Kades hayan caído en manos de Tito Limo?

—Acaso, Salomón.

Celso rio sordamente. Con la satisfacción de quien se encuentra al abrigo de azarosas contingencias. Después destiló entre una sonrisa dosificada:

—Hace un momento estuvo a verme Tito Limo. Está desconcertado contigo. Parece que le has impresionado. Tiene la sensación de que te escurres con mucha astucia... ¿Por qué has ido a pedirle cinco millones sabiendo que yo puedo prestártelos sin garantía? ¿Qué es lo que escondes, Benasur?

—Porque a ti voy a pedirte áureos.

Salomón soltó la risa:

—¡Cinco millones de denarios oro! ¡Tú estás loco, Benasur!

—No es éste el momento de alabarme, hermano. Vamos por orden. Antes que los cinco millones, necesito que me prestes otro servicio: vengo a hablar con Tiberio.

—¿Con el César? —preguntó, incrédulo, Salomón.

—Con el mismísimo César.

Sí, Benasur estaba loco. Aquella pretensión era regocijante. Nada menos una persona tan seria, tan respetable como Benasur, pretendía golpearse las narices con la puerta del Palatino. Pero Celso Salomón prefirió mostrarse serio. Murmuró:

—Lo dudo...

—No sólo vengo a hablar con él —informó Benasur—, sino que espero que tú, valido de tu influencia, seas quien me gestione con éxito la entrevista.

Salomón se echó las manos a la cabeza. Y sonriente miró a Mileto como buscando en el griego un gesto de solidaridad con su asombro. Se opuso a la pretensión de Benasur con abundancia de aspavientos:

—¡Imposible, hermano Benasur!

—Es en beneficio de la Compañía...

—¡Imposible te digo! Preferiría perder una a una mis treinta y dos naves a gastar la benevolencia de Tiberio.

—Lo que perderás, si no me haces caso, es tu trigo... Curioso. La gente del Egeo cree que yo estoy asociado contigo en los negocios de trigo. Ya sabes mis ideas al respecto, Salomón. Traficar con el trigo es un comercio tan lícito como cualquier otro... Pero a mí no me gustan las ganancias que reditúa el trigo...

—Las ganancias no tienen olor, Benasur —dijo con fina sonrisa Salomón.

—Cierto que las ganancias del trigo no tienen olor, pero el hombre que provoca la escasez de trigo da dolores de estómago. El día que a cuatro charlatanes del Foro les dé por decir que los males que padecen los romanos se deben sólo y exclusivamente a los especuladores de trigo, verás si le encuentras olor o no a las ganancias. Pero insisto, Celso; necesito que me consigas una entrevista con Tiberio.

Salomón volvió a negarse. Benasur no esperaba otra reacción. No era con la intervención de Salomón como él pensaba llegar hasta el César. El senador Appiano sería quien obtuviese la audiencia. Pero quiso poner a su amigo en tal tesitura, porque Benasur sabía capitalizar hasta las negativas.

Celso Salomón demostraba una verdadera devoción por Tiberio. La causa se debía a uno de esos sucesos fortuitos y un tanto extravagantes que ocurrían en Roma. En una ocasión el césar Tiberio, tan parco de por sí para la vida social, accedió a ser huésped de Salomón. Tal honor era suficiente para distinguir toda la vida a un vecino de Roma, ya que muchos de los patricios y senadores no lograban obtener semejante distinción por parte del Emperador.

Celso Salomón creía que Tiberio había honrado su casa por la admiración que éste sentía hacia la moral y la vida familiar judías; pero los sentimientos del César hacia los judíos eran bien contradictorios, ya que al mismo tiempo demostraba públicamente aversión hacia los hijos de Israel y, en lo particular, parecía guardarles una secreta simpatía. Lo cierto es que si el Emperador accedió un buen día a cenar en casa de Salomón —atendiendo a una invitación hecha por éste dos años antes— fue con el solo objeto de satisfacer su curiosidad de hombre tacaño, pues le habían dicho que

el judío poseía en su casa del Pincio la mesa más valiosa de todo el Imperio y muy superior a la de su liberto Nomio, que se vanagloriaba de poseer la más lujosa de la Urbe.

La cena en honor de Tiberio no estuvo muy concurrida, pero muchos prohombres que hasta entonces habían hecho deprimentes distingos con Celso Salomón, volvieron a frecuentarlo y a reanudar tratos y negocios en suspenso. Esta cena, ocurrida hacía ya diez años, había permitido a Salomón entrar en el grupo de navieros romanos y obtener la matrícula de Ostia para sus naves, que antes navegaban con el pabellón de Rodas.

Salomón conservaba esta distinción de Tiberio como un tesoro intocable. Y a fin de no malgastar el imperial prestigio que te redituaba no poca tranquilidad y holgura en los negocios, jamás se dirigió al César para molestarle con petición, súplica o favor de ningún género. Por el contrario, en los aniversarios del César los regalos de Salomón eran de los más valiosos que se recibían en el Palatino.

Celso Salomón creyó prudente afirmar su negativa con otros factores insorteables:

—Desde hace dos años el César no sale de Capri. Y allí no recibe más que a sus consejeros íntimos. Siento decirte que no veo posibilidad de que Tiberio te conceda una entrevista.

—Me complace asegurarte que antes de quince días seré recibido por Tiberio. Y vendrá a Roma para hablar conmigo, pues yo no puedo ir a Capri.

Una expresión de perplejidad que tenía mucho de regocijo burlón cambió el rostro de Salomón, que sólo acertó a exclamar:

—¡Deliras, hermano! Bien se ve que vienes del Egeo y que en alguna isla de ese mar has contraído la fiebre maligna. ¿Dices que Tiberio te recibirá en Roma antes de quince días?

—Te apuesto el Aquilonia contra tu mesa...

—No me gustan las apuestas, Benasur; pero si consigues lo que dices te regalaré diez esclavas británicas para que te acompañen en tu viaje.

A Benasur no le extrañó que su socio reaccionara en cosa tan superficial muy a la romana.

Salomón, resumiendo sus puntos de vista, sentenció:

—Vas muy aprisa, hermano, y temo que des un tropezón.

—Otros caerán por mí. He quitado del Mar Interior el único escollo en que tu hermano Benasur podía tropezar. Pero cambiemos de plática. Vine, entre otras cosas, a invitarte a pasar el año próximo la Pascua en Jerusalén. Nos reuniremos todos los socios de la Compañía. Necesito que suscribamos un capital de diez millones de denarios oro. Y tú, hermano Salomón, pondrás tu parte.

Salomón ahora no rio, a pesar de que las palabras de Benasur lo movieron a una súbita hilaridad. ¡Diez millones de denarios oro! O sea, ¡doscientos cincuenta millones de denarios plata! ¡Mil millones de sestercios! Pensó seriamente si su amigo Benasur no habría contraído de verdad alguna fiebre maligna que le hubiese enajenado el juicio. Pero, por otra parte, sentía que en el tono de la voz de Benasur vibraba un extraño acento que le estremecía las carnes. Sólo se atrevió a murmurar de un modo dubitativo:

—Diez millones de denarios oro...

—Ni un as de menos, Salomón.

Celso recuperó en seguida el instinto de conservación y replicó:

—Diez millones entre doce socios, ¿no es así, Benasur? ¿Y tú crees que yo tengo ochocientos mil áureos?

—No te preocupes. Me conformo con que aportes medio millón. No faltará quien aporte dos.

—Será Aristo Abramos, que tiene atesorado todo el oro del Egeo.

—Quizá sea Siró Josef —apuntó Benasur.

—¡Quien sea! Desde luego, renuncia a mi participación. ¡Diez millones oro! ¿Y para qué?

—Eso es un secreto. Después de que vea al César iré a Bética. Desde allí te escribiré.

Ya me dirás si aceptas o no suscribir tu parte de millón y medio.

—¡Ah! ¿Ya no son quinientos mil?

—Es mejor que te hagas a la idea del millón y medio por si necesitas aportar dos.

—No podré, Benasur. Seguro. Ni liquidando todos mis negocios.

Cambiaron de conversación en ese momento, porque Tino, el hijo de Salomón, solicitó entrar a saludar a Benasur. Por la mañana ya

había tenido ocasión de saludar a Mileto.

Tino Salomón era un muchacho de complexión robusta, alto y de gesto simpático. Se educaba como un romano en la academia establecida por su padre en el segundo patio de la servidumbre. Él y sus hermanas Claudia y Ruth recibían con los esclavos las enseñanzas que les impartían otros esclavos siracusanos, atenienses y alejandrinos.

Después de saludar a Benasur, Tino Salomón se retiró llevándose con un pretexto a Mileto. Cuando los dos judíos se quedaron solos, Salomón preguntó a Benasur qué clase de sujeto era el griego. Benasur alabó la discreción y las cualidades de Mileto.

—Para mí ningún griego es de fiar, Benasur. He recibido muchos desengaños de toda clase de gentes y muy especialmente de los griegos. He visto que distingues a Mileto con una especial deferencia y esto me basta.

Benasur se retiró a bañarse y a vestirse para la cena.

Después de la cena, los cuatro hombres pasaron a la exedra, y allí Benasur y Mileto saludaron a Sara, la mujer de Celso, y a sus hijas Claudia y Ruth. Benasur encontró muy hermosas a las jóvenes. Eran distinguidas y vestían a lo gentil, con la misma escrupulosidad en el detalle refinado que las doncellas de las más aristocráticas familias romanas. Especialmente Claudia, la mayor, que tendría unos veinte años, era singularmente atractiva.

Ante las hijas de Salomón, Benasur pensó que las judías, cuando tienen breve el apéndice nasal y son hermosas, no encuentran rival en el mundo, superando aun a las más bellas cretenses y gaditanas. Por fortuna para las chicas, las hijas de Celso no habían heredado su nariz, demasiado prominente y corva, sino la de su madre, de ascendencia samaritana. Y las samaritanas eran famosas desde antiguo por la línea breve y graciosa de la nariz. Resultaba difícil resistir el encanto de una nariz samaritana si debajo de ella asomaba la gracia de una sonrisa.

Si bien Salomón en lo externo se manifestaba a la romana, a la manera de los viejos y puritanos tiempos, en lo íntimo y particular permanecía fiel a sus principios judíos. Benasur recordaba que, hacía ocho años, el hogar de Celso se regía con apego a la moral farisea, y

sus hijas eran como flores de Jerusalén crecidas en el Pincio romano. Mas entonces las hijas de Celso eran unas niñas. Ahora la más pequeña, Ruth, tenía quince años y las dos estaban en edad de hacer vida social. No comprendía Benasur cómo el celo del padre las libraría de las acechanzas de que estaba plena la vida romana. Cómo podría substraerlas a las contaminaciones de la Urbe, de una ciudad como Roma donde las manifestaciones aparentemente más inocentes constituían un atentado a la limpieza del corazón: el circo, el teatro, los festivales juveniles. El simple hecho de pasear por Roma era ya una cesión a la impureza, pues las calles abundaban en desvergüenza y obscenidad. Todos los días eran azotados treinta o cuarenta mercachifles que no renunciaban a pregonar sus artículos con procaces reclamos, con gestos sicalípticos. Las mismas floristas ofrecían su mercancía con nombres metafóricos, que aludían siempre a las distintas fases de los ritos venusinos. Todos los degenerados del mundo caían en Roma para hacer impúdica exhibición de sus extravíos. Una indulgencia del populacho que se resolvía en risas y chistes, fomentaba la indecencia y hacía ímproba la labor de vigilancia de la policía.

Y sin embargo, viendo la expresión casi cándida de las jóvenes, Benasur no podía aceptar que aquellas doncellas participasen cotidianamente del espectáculo licencioso de Roma.

Cuando los criados sirvieron el té de opio y el licor de Chipre, Benasur intentó salir de dudas, y dirigiéndose a Claudia dijo sonriente:

—Supongo que tú has de tener boda en perspectiva.

Claudia se ruborizó y Ruth prorrumpió en risitas. La aludida contestó:

—No, hermano Benasur: no puede haber boda en perspectiva porque no hay pretendiente.

—No será por falta de aspirantes... Quizá tú no te decidas entre los romanos o los judíos.

Claudia miró evasivamente a su madre. Después, bajó los ojos. Celso se cruzó las manos sobre el abdomen. A Ruth le pareció oportuno intervenir con la indiscreción propia de su misma ingenuidad:

—Padre dice que los judíos de Roma son demasiado pobres... y madre...

—¡Ruth, silencio! —reconvino Sara. Pero Celso concluyó lo que no dijo Ruth:

—Y madre dice que los romanos son demasiado orgullosos...

—En realidad, para nosotros es un problema casar a las hijas en Roma —dijo Sara con un tono amargo.

—Es un problema para la juventud la vida actual de Roma —sentenció Celso. Y agregó—: Se hablaba ya de inmoralidad en tiempos de Augusto, pero desde Tiberio la cosa ha empeorado. No parece sino que la sociedad romana tuviera el prurito de molestar y desmentir al César que, en lo general, es tan dado a la austeridad y a las buenas costumbres... Si Roma es un peligro para los jóvenes, imagínate qué será para las doncellas. No creas, Benasur, que entre la colonia judía haya mucho donde escoger. Los que no son unos insolventes, metidos siempre en líos de conspiración contra Herodes, son unos romanizados que abrazan abiertamente las costumbres de Roma. Los sábados los ves muy circunspectos en la sinagoga, pero a la salida, si das oídos a los rumores, te enteras de las abominaciones que han cometido el día anterior. No son pocos los que asisten frívolamente a los cultos paganos. Y la mayoría de ellos, por congraciarse con los romanos, los imitan y los siguen servilmente. Ten por seguro que no hay una diáspora más descastada y disoluta, más fornicadora que la de Roma, hermano Benasur.

—Eso mismo he oído por todas partes, Celso. Y hasta en la misma Jerusalén. Consuélate y no desesperes de vivir en Roma. Son los dictados de la vida moderna. El mundo es excesivamente rico y está ocioso, dos condiciones para que prospere el vicio. En catorce años de Tiberio se ha progresado más que en cuarenta y cuatro de Augusto. Posiblemente el vicio sea el tributo que la sociedad deba pagar por su progreso. Es indudable que el mundo progresa...

Tino Salomón, que empezaba a aburrirse con la plática moralizadora, aprovechó la primera oportunidad para hablar de carreras y gladiadores. Benasur le dijo que en la mañana había visto a Festo. Salomón júnior estalló de entusiasmo:

—¡Roma nunca ha tenido un gladiador de su categoría! ¡Es invencible!

—Pero, fatalmente, un día caerá. ¡Todos caen, ninguno se libra de la muerte! —objetó Benasur.

—No todos. Ahí están retirados Ponió II y Sartus, Ginio y Pecoste... Y con muchos millones. Todo el mundo sabe que Festo no se retirará y el día que falle, el día que sea vencido, el público le tributará la más grandiosa ovación que se haya escuchado en el anfiteatro. Y será indultado. Festo se retirará con todos los honores...

Después, Tino explicó al detalle la técnica gladiatoria de Festo. Los enterados decían que el brazo derecho del gladiador era una maravilla anatómica; hablaban también con pasmo de la flexibilidad y solidez de sus piernas. Tino, por su parte, opinaba que ningún gladiador romano, aun los veteranos del castro gladiatorio —que eran puros teóricos—, le superaba en la perfección del tercer quiebro.

Un criado vino a anunciar a Celso Salomón:

—Un hombre que dice ser de Cafarnaúm quiere hablarte, señor.

Ya había anochecido y una visita después de la cena era cosa insólita. Por eso Sara miró con extrañeza a su marido. Pero éste no se mostró asombrado. Y dio a entender que esperaba al visitante cuando abandonó el salón diciendo:

—Es un paisano que quiere repatriarse y necesita ayuda.

Cuando Salomón salió, Sara dijo a modo de comentario:

—Algún descarriado. Celso no escarmienta. En cuanto alguien le dice una pena, se lleva la mano a la bolsa.

Benasur pensó que «con su cuenta y razón». Pues tampoco acreditaba a su socio aficiones filantrópicas.

Tino continuó hablando de Festo con entusiasmo. Terció Ruth en la conversación, más por afán de contradecirlo que por otra cosa. Opinó que ningún Festo servía para atarle los cordones de la sandalia a Divo Mincio, el más elegante de los gladiadores. Los dos hermanos se enzarzaron y en la controversia intervinieron Claudia a favor de Ruth y Sara de árbitro. La ignorancia de la madre en materia gladiatoria le impidió mediar con eficacia.

Mileto escuchaba atento la conversación. Y por las sonrisas que prodigaba a Claudia se notaba la buena impresión que le había hecho la joven.

Benasur, pretextando hallarse cansado, se retiró. Al pasar ante el tablinum vio a Celso Salomón con el visitante.

—Entra un momento, Benasur. —Y presentándole al compatriota le dijo—: Este hombre es Barrabás. ¿Has oído hablar de él? ¿Lo conoces?

Benasur miró inquisitivamente al individuo. Éste no pudo resistir la mirada y bajó la cabeza. En el escorzo, su rostro quedó reducido a una enorme frente perdida en la sombra de su cabellera. La barba cobriza, hirsuta, parecía sobre la túnica un pectoral de cobre.

—No; no lo conozco. ¿De dónde eres, Barrabás?

Barrabás alzó lentamente la cabeza, con desgana. El bigote espeso, la barba tupida eran una misma vellosidad. Esquivando la mirada de Benasur, contestó:

—De Cafarnaúm... —Y en seguida, mientras fruncía el entrecejo con un haz de arrugas que quebraban la frente, agregó de mal talante—: ¿Acaso no me crees? ¡Soy de Cafarnaúm! ¿Por qué había de mentiros? ¡De Cafarnaúm!

—Bien, ¿y por qué quieres irte?

Barrabás de nuevo bajó la cabeza y murmuró aludiendo a Salomón:

—Él lo sabe.

Celso se puso en pie y dijo del modo más impersonal:

—Barrabás está en dificultades con la policía romana. Debe poner mar por medio.

Benasur inquirió:

—¿Qué clase de dificultades? ¿Políticas o comunes?

Barrabás, como si hubiera sentido cosquillas, soltó la risa.

—¡No te muerdas los labios, Benasur! ¿Qué quieres que te diga: que soy un vulgar criminal o un osado y heroico regicida?

Al reír, Barrabás cerraba los ojos y abría una boca descomunal. Benasur se acordó de las monstruosas cabezas de hierro que en Gades reciben las inmundicias de los vertederos. Barrabás concluyó:

—Para cien cochinos denarios que necesito ¿debo deciros el nombre de la nodriza que me dio sus pechos?

Benasur, que tenía malas pulgas para la impertinencia, se retiró diciendo:

—Cuando la policía te eche mano, avísame para ver cómo te azotan.

Barrabás profirió el insulto:

—¡Samaritano!

Benasur se sonrió. Pensó que no le haría ninguna gracia a Celso, casado con una descendiente de samaritanos.

En la escalera que conducía al piso alto, donde se hallaban sus alcobas, se encontró con Mileto.

—Desde esta mañana que desembarqué no he oído más que estupideces. ¿Quieres acompañarme un rato? Quisiera que me dieses tu opinión sobre la última carta de Raquel. Hace tiempo que no hablamos de Raquel, hija de Elifás...

Capítulo 6

Treinta veces navarca

Benasur acababa de tomar el desayuno cuando le avisaron que un coche le esperaba a la puerta. Salió al pórtico y el auriga se adelantó a saludarle. Era el coche que le había conseguido Cayo Vico. Tanto el vehículo, de dos plazas, como el auriga, le causaron excelente impresión. El caballo estaba gordo y reluciente y el cochero se vestía con palio rojo, que se abrochaba por delante con botones de metal. Era el uniforme del cochero semioficial, con licencia de la Prefectura para transitar a toda hora. Estos coches se ponían a la disposición de los visitantes distinguidos de la ciudad y de los miembros de los séquitos de embajadores o altos dignatarios que venían a Roma para tratar cuestiones importantes del Imperio.

El senador Marco Appiano vivía en la calle Tuscus. Benasur le dijo al cochero que saliera a la vía Flaminia y siguiera por la vía Lata a coger la calle Tarpeya, que bordeaba la parte norte del Capitolio.

El auriga, mucho más respetable que el cochero del día anterior, sin decir una sola palabra, haciendo restallar la tralla oportuna y eficazmente, condujo a Benasur a su destino.

La casa de Marco Appiano tenía fama de ser una de las domos más suntuosas de Roma. Cuando Benasur llegó al vestíbulo, antes de anunciarse consultó su reloj de agua. Marcaba una hora absurda. Desde que lo había comprado nunca había dado la hora. A Benasur se le olvidaba mover la palanquita que cambiaba de posición las ampolletas de agua, y con esa falla la línea del nivel no coincidía con la hora. A pesar de ello, Benasur llevaba el reloj siempre consigo, pues cuando le parecía que una entrevista se alargaba más de la cuenta o experimentaba impaciencia por irse, el solo hecho de mirar

el reloj era discreta indicación de que otras atenciones reclamaban su presencia.

Un nomenclátor pasó a anunciarle. Entretanto, Benasur se quedó observando las mascarillas de los antepasados de Appiano, que, colocadas en pequeños nichos de los muros del atrio, evocaban con su presencia las rancias glorias y la nobleza del clan. En seguida, el mismo criado volvió para conducirlo hasta la presencia del senador.

Marco Appiano lo recibió en medio del tablinum, en túnica de casa, asistido por sus criados. Uno le arreglaba el cabello; otro le daba masaje en un pie, y un tercero revolvía el agua de una palangana. En una mesita, un ánfora, una jarra y vasos de vidrio fenicio. También una vasija de plata en el recipiente de las brasas. Benasur se dio cuenta de que preparaban una infusión de yerba aromática y pensó que, tratándose de la recepción a un oriental, mostraba no poca delicadeza por parte del senador.

Éste, sin moverse de la banqueta, tendió las dos manos a Benasur a la par que le daba la bienvenida:

—¡Júpiter ha conducido tus pasos a esta casa que es tuya, caro Benasur! ¡Sé bien venido a Roma!

—Que el Señor sea contigo, dilecto Marco —correspondió Benasur.

Marco le invitó a sentarse. El criado, a los pies del senador, se afanaba raspándole una callosidad, producida sin duda por el cordón magisíer del zapato. Las piernas del senador eran gruesas y las pantorrillas estaban amoratadas de varices. Benasur no supo si era el agua o los pies de Appiano los que olían, pero, desde luego, en el tablinum se respiraba cierto hedor. Echó mano de su pomo y se lo llevó a las fosas nasales.

Marco Appiano apremió a los servidores para que dieran por terminada su faena.

Y una vez que el *ministrator* escanció el vino y sirvió el té, dijo a los criados:

—Idos y no me interrumpáis. —Y dirigiéndose a Benasur—: Háblame, que tendrás cosas interesantes que decirme. Te presto atención...

—La urgencia de mi visita se debe a un negocio importante para el Imperio. Necesito, Marco, que me gestiones una audiencia con el

césar Tiberio. Lo malo es que el César se encuentra en Capri y yo no podré abandonar Roma durante mi permanencia. Tengo el tiempo contado...

Appiano sabía que Benasur no era un necio. Por tanto, si hablaba imponiendo condiciones es que era muy importante el negocio que traía cerca del César, y además de importante, muy valioso para Roma. Así que aceptaba la trascendencia de la entrevista, el senador se concretó a dar pie para que Benasur continuase exponiendo el asunto. Y le dijo:

—Si es tan urgente la entrevista, habrá que pensar quién será la persona más adecuada para pedírsela al César. Puede ser Sejano o Coceyo Nerva. O yo mismo si el asunto es en principio semioficioso.

—Traigo la rendición de Skamín.

Marco Appiano se puso de pie. Pero, en seguida, para disimular el profundo efecto que la noticia le causaba, cogió una de las copas y se la llevó a los labios.

—Me perdonarás, Benasur, que no te acompañe en el té. Cuando estuve en Palestina tomé vuestro té de opio, que es delicioso. Pero la yerba negra de China no me gusta mucho...

Y volviendo al tema, murmuró:

—Así que la rendición de Skamín... ¿Y bajo qué condiciones?

—Garantías sobre su vida y su libertad. Rendición ante una flota romana al mando de un navarca. La entrega de las flotas piratas de Skamín, que se reducirán simbólicamente a tres naves. Para seguridad tanto de Roma como de Skamín, sus flotas piratas quedarían bajo mi custodia.

—¿Dinero?

—Ninguno. Skamín exige tan sólo que en el momento de la rendición no se le obligue a entregar la espada. Y que se le trate con el título de navarca durante la ceremonia.

—¿Y quién garantiza el cumplimiento formal de la rendición? Roma debe precaverse de una burla... Roma no puede admitir la posibilidad de que, una vez anunciada la rendición de Skamín en todo el Imperio, ese bandido se canse del ocio y vuelva a sus tropelías. ¿Quién garantiza la efectividad del retiro de Skamín?

—Yo mismo.

Marco Appiano volvió a dar un sorbo a la copa.

—Te recomiendo esas pastas. Están hechas con almendra, nuez y caña de Chryse y cocidas en leche de vaca. Son exquisitas...

Benasur, por cortesía, se llevó a la boca una de las pastas.

—¿Te cuesta mucho dinero la rendición de Skamín? Sabes que soy tu amigo y socio, y puedes hablarme con franqueza.

—Le daba, para que respetara las naves de la compañía, cinco millones anuales. Le he aumentado tres.

—Es un buen pico... ¿Es rico o vive a la cuarta pregunta? Se dice que Ciro, el propietario de los Kosmobazar, negocia con él. Y que por esa causa Ciro no sale de Paros y mucho menos se atreve a venir a Roma.

—Negociaba con él. Toda la seda que requisaba Skamín se la vendía a Ciro. Como el mercado de seda lo dominamos nosotros desde hace tres años, supongo que las relaciones comerciales entre Ciro y Skamín se han reducido mucho.

—Es una excelente noticia. Hoy mismo escribiré al César... Dime, Benasur, ¿qué partido piensas sacar de la rendición de Skamín?

—Quiero la concesión de ciertas minas de Bética.

—No es mucho lo que pides. Los minerales de Bética son un mal negocio para el Erario de Roma. Pero son mal negocio porque muchos caballeros se quedan con jugosas comisiones. Supongo que tú ingresarías al Erario más de lo que ahora percibe... Pero tendremos que enfrentarnos con muchos intereses... Casi toda Bética está en manos del Orden Ecuestre. Tú lo sabes.

Y tras una pausa:

—Yo podría capitalizar la rendición en el aspecto político si tú no te opones. Bastará con que aceptes dar la versión de que, de acuerdo con un plan que yo sugerí, tú te presentaste valientemente a Skamín y, haciendo de admirable diplomático al servicio del César, lograste la rendición del pirata. ¿Te parece bien? Yo sabré mover la cosa para que los honores caigan sobre ti. No quedarás descontento, Benasur.

—No me opongo a que tú capitalices la rendición de Skamín políticamente, siempre y cuando no olvides que yo quiero la concesión...

—Tendrás la concesión de Bética y todas las concesiones que sean prudentes, Benasur. Precisamente el senador Soma Augustino tiene un informe sobre las irregularidades en la explotación minera de Bética. Como no nos interesaba que se promoviese escándalo, le hemos convencido de que lo guarde para mejor ocasión. Ahora los senadores Parissi, Vitelio Muncio, Máximo Rufo, Sexto Lucus y otros podemos iniciar un movimiento en el Senado favorable a una revisión de los términos de explotación. Todo ello servirá para justificar ante el pueblo romano por qué el César te da la concesión. Haremos muy hábilmente la maniobra, de modo que cuando los del Ecuestre se enteren ya no puedan defenderse...

Y tras otra pausa, volvió a decir:

—No, no le diremos nada ni a Sejano ni a Nerva. Mañana mismo saldré para Capri. Hoy veré a Soma Augustino...

—Tengo el Aquilonia en el Tíber; si quieres servirte de él para el viaje...

—No. Prefiero ir en coche... ¿Tú vas a continuar en la domo de Salomón?

—Sí.

—Bien. Le hablaré al prefecto para que ponga a tu servicio un coche de embajador. La escolta facilita mucho la circulación por las calles de Roma...

—El prefecto me ha dado ya un coche de palio rojo.

—No. En las horas de aglomeración no sirve para nada. Si se tercia, los peatones le pegan al cochero. Mejor coche de embajador. Y ahora bien, ¿qué otros negocios traes? Porque tú siempre vienes con las manos llenas... ¿Cómo va la compañía? Ayer me enteré de que en la Argentaría hubo un alza en los orientales, principalmente en la seda... Cuando recibí tu mensaje supuse que el alza se debía a tu presencia. Pero por la noche me dijeron que había sido una burbuja que lanzó el senador Junio Galión.

—Los negocios van bien. A veces un socio que es inteligente deja de serlo y se interpone... —dijo Benasur. Y mirando el reloj—: Se ha parado y temo que en tan grata compañía...

—No te entretengo —repuso Appiano.

—Dime, Marco, ¿tú conoces a Cayo Petronio?

—Sí, es un joven poeta, con una lengua de sierpe que ojalá nunca me pique. ¿Por qué?

—Ayer hice conocimiento con él. Me parece simpático...

—Sí, es un hombre muy psique. Pero cuídate de él. —Benasur rio.

—No, el infeliz... me ha pedido que le coloque un dinero...

—No me extraña. Gasta mucho. Y no le gusta dejarse sorprender por la imprevisión. El día que Tiberio se entere de que Cayo Petronio es el autor de los sangrientos epigramas que corren de boca en boca y de que tú eres amigo suyo, te mandará arrojar por la Roca Tarpeya...

Benasur se despidió. Dejó a Appiano entretenido con su callo. Todavía no salía de la casa cuando le oyó gritar a algún criado: «¡Hijo de perra!, ¿cuándo vas a aprender a limpiar los zapatos?».

El cochero lo condujo hasta el muelle donde estaba atracado el Aquilonia. Forpas le dijo que se había dado permiso a un turno de remeros.

«Necesitan refocilarse —pensó Benasur—. También yo necesito refocilarme.» Tal necesidad la había sentido el día anterior cuando atravesó el foro Boario y vio a una joven.

Le dijo a Forpas, que estaba muy tieso ante él:

—Hoy será tu día de asueto. Sírvete de mi coche y vete a la oficina. Le dices a Cayo Vico que me consiga dos entradas para la función de mañana en el Teatro Balbo. Después, dedícate a los buenos ocios. Y procura estar de vuelta antes del ocaso.

Dio órdenes a Akarkos de salir para Ostia. Se fue a la biblioteca. Se puso a escribir el borrador de una carta muy larga dirigida a Raquel, hija de Elifás. Aunque para estos menesteres las tablillas de cera eran más económicas, Benasur prefería el papel, si bien usaba la terrible emporética de envolver que absorbía y corría lamentablemente la tinta de negro de humo. Cuando terminó el borrador lo pasó en limpio usando una hoja de papel teonica que utilizaba para la correspondencia comercial. Era mucho más barato que el corneliana y el liviano en que solía escribir las cartas a los senadores romanos y a aquellas gentes a las que pretendía impresionar. Recordaba que Tobías, el gestor del Pontífice, al hacerle entrega de la herencia, mermada en los diezmos que pertenecían a

la limosna del templo, le había dicho: «Cuida el lepto, hijo mío, que el siclo se cuida solo». Fue un consejo lleno de sabiduría, pero muy caro; pues mientras su herencia estuvo bajo la custodia de Tobías, no le rindió ni un miserable denario de intereses. Desde entonces supo que el dinero que se invierte en el templo no es nada productivo.

Le escribió a Raquel diciéndole la nostalgia que sentía de Jerusalén. Pero antes de terminar la carta, comenzó a escuchar los golpes del portísculus, y pensó en lo conveniente que sería inventar el modo de sustituir el portísculus por un sistema de mando que fuese menos molesto y perturbador.

Después, ya ocioso, empezó por escribir en una hoja de emporética el nombre *Mursapo*, sin que durante algún tiempo pudiera darse cuenta de por qué lo había escrito, ni mucho menos lo que significaba. Pero, al fin, se acordó de la mujer que había visto desde el coche el día anterior y, por asociación de ideas, de Petronio. Cayo Petronio, que, como pedante, se las daba de erudito, le había dicho: «Antiguamente la calle se llamaba de la Mujer del Sapo, sin que haya noticia sobre qué clase de mujer era ésa, aunque probablemente sería una hechicera o la mujer de un estibador del puerto a quien le dijeran por sus ojos batrácicos, el Sapo. Mas con el tiempo, el vulgo, que a fuerza de manosear las cosas, las pule, convirtió el nombre de Mujer del Sapo en Mursapo».

Todo esto se lo había dicho Petronio, porque cuando tomaron las segundas copas de vino bético, Benasur se atrevió a preguntarle: «Dime, Cayo Petronio, un hombre serio y respetable como yo, ¿en dónde puede encontrar discreto esparcimiento a sus sentidos?». Benasur reconocía que él no era tan retórico, pero la plática muy florida de Petronio y el vino bético le habían inspirado. Hasta tal punto, que, cuando salieron de Casa Mario —Petronio tomaba una copa triple por cada una sencilla de Benasur—, el joven llevaba dos pliegues menos en la toga, a pesar de que disertando sobre las propiedades que debía reunir la toga del hombre elegante, le dijera: «Doce pliegues hacen a la toga; cuatro rectos al frente, cuatro curvos a la espalda, cuatro tercios al hombro».

Se había atrevido a hacerle aquella pregunta a Petronio porque el vino de Bética, tan aromático y dorado por el sol, tenía algo de afrodisíaco. Y Petronio, con palabras menos floridas, le había dicho: «Para refocilarte, Roma es una pocilga. ¿No has notado, Benasur, cómo de todas las casas se desprende ese olor a paja meada? No. Yo te recomiendo que vayas a Ostia. Y para que luego no te andes quejando de los testículos, vete a la casa amarilla de la calle de Mursapo. Allí siempre suelen estar de guardia dos o tres sacerdotisas, que se ayudan para sus gastos prestando servicios a los hombres, mientras las obligaciones del sacerdocio no las trae muy atareadas. Parece ser que esto funciona desde hace tiempo, y es una tradición impuesta por Lopo, eunuco regidor del templo de Cibeles... La casa amarilla de la calle de Mursapo hace tan lucrativo comercio, que hoy todas las fachadas de esa calle están pintadas de amarillo. Mas es fácil distinguir la de las sacerdotisas, pues es la única que tiene en el umbral un mosaico que dice: CUIDADO CON EL PERRO. VIENE RABIOSO. GUÁRDATELO BIEN, PUES LAS DONCELLAS LE TIENEN MIEDO. Es para intimidar, nada más. Porque luego las doncellas miman mucho al perro que uno lleva. Pregunta por Casia Julia o por Marcia Julia o por Paula Julia. Por el nombre que primero se te ocurra siempre que lleve el apellido Julio... Julia identifica a las sacerdotisas de Cibeles en jornada de guardia».

Cuando el Aquilonia llegó a Ostia, Benasur se había olvidado de la mujer que había visto en Roma el día anterior. Y en cuanto saltó a tierra se encaminó directamente al telonio de Régulo Flavio. Benasur, en el colmo de las indulgencias, podía perdonar una deuda, pero no un menosprecio. En el telonio de Flavio preguntó:

—¿Dónde podría ver al honorable Régulo Flavio?

—En la ínsula de Navales. Hace esquina con el muelle y la vía del Faro. Es aquí atrás.

Benasur dio en seguida con el edificio de Navales, que estaba a unos doscientos pasos del telonio. En la planta baja se hallaban las oficinas.

Dar su nombre y ser recibido todo fue uno. Desde el saludo, Régulo Flavio quiso ser cordial, pero extremó aún más sus amabilidades cuando observó el gesto hosco de Benasur.

—Tengo malas noticias que darte, Régulo Flavio. Mi Compañía ha decidido retirarte el permiso de atracar en sus muelles.

Régulo Flavio pensó en Siracusa, en Malaca, en Cesarea; pensó también en Massilia, donde, por fortuna, tenía muelle propio; pensó en Joppe y Rodas. Pensó también en Alejandría porque allí, por casualidad, los navieros romanos tenían muelle colectivo; pensó en Tiro, en Cencres y en Tesalónica. ¡Ocho puertos principalísimos se cerraban a sus naves! Porque la muy afamada flota de Régulo Flavio, que contaba entre otros muchos barcos con los trirremes de primera clase Regium, Genua, Massilia y Paphos, podía disponer de los muelles comunes en cualquier puerto, pero tras los trámites y movimientos de rigor, esperando turno a veces de un día, con mil molestias y engorros para los pasajeros, y la carga y descarga de mercancías y víveres. Nadie subía a un trirreme de una compañía que no tuviese muelle propio o uno que hiciera las veces de tal. A los barcos sin muelle la gente los denominaba «naves de tuba» y se reían de ellos como de algo ínfimo e inabordable. Les decían de tuba porque, antes de atracar, el vigía del barco se pasaba horas y horas tocando la tuba y pidiendo entrada. El prefecto del puerto no daba entrada a la nave hasta que no quedaba libre algún espacio en el malecón general. Y como solía suceder que en los puertos importantes estuviesen esperando turno dos o tres naves de carga, la tuba enloquecía a los pasajeros con sus impacientes peticiones de entrada.

Por eso, la perspectiva que se le presentaba al armador romano Régulo Flavio era ruinosa. Antes de someter sus naves a la humillación de la espera, antes de que se corriese la voz y las degradasen clasificándolas como trirremes de tuba, prefería suspender el servicio hasta lograr habilitar muelles particulares u obtener el permiso de atracada en los muelles de otras compañías.

Pero Régulo Flavio, que llevaba disfrutando de los servicios portuarios de la Compañía Naviera del Mar Interior más de siete años, sin que hasta entonces hubiese tenido el más pequeño roce, pensó que la decisión del navarca quizá pudiera ser reconsiderada. Y en este sentido argumentó, arguyó, insistió con Benasur. Este nada más se concretó a escuchar muy atentamente y a sonreír. Y en el

instante en que la sonrisa del judío fue más amplia y más cordial —que así la creyó Flavio— concluyó:

—¿Entonces sí, Benasur? ¿Me concedes un plazo de seis meses mientras yo formalizo acuerdos con otras compañías? Apenas si estamos empezando la temporada. ¡No me hundas, colega! Espera al otoño. Cuando venga la suspensión invernal del servicio, yo podré hacer las gestiones pertinentes. ¿Accedes, Benasur?

—¡No! —Fue la contestación rotunda, categórica del judío.

Régulo Flavio, que había suplicado más de lo que estaba permitido a un romano, se quedó mirando rabiosa, casi agresivamente, al navarca. Y puesto de pie y con los puños doblados sobre la mesa, preguntó con una cortesía que, untada de un tono de menosprecio, se hacía más ofensiva:

—Y bien, honorable Benasur, ¿qué causa es la que te obliga a hacer uso de tan legítimo derecho?

Benasur se puso pálido. Y en la palidez intensa, la sonrisa ida, vaga, como un jirón rojizo, resumía una íntima, intensa, sádica satisfacción. Contestó:

—Sabes, Régulo Flavio, que, además de las quinientas naves sobre las que ejerzo mi poder, tengo mi nave particular y propia. Por ley romana y número de otras mercantes a mi mando, soy treinta veces navarca. Si yo quisiera, a todo puerto que llegase las tubas y caracolas tendrían que sonar por mí treinta veces. Dondequiera que esté, soy Navarca Magnífico y se me deben hacer honores de embajador. Pero como propietario del Aquilonia, nada más como eso, soy acreedor al saludo de capitán... Eso estipulan las leyes marítimas de Rodas, que Roma ha hecho suyas y mantiene vigentes. Hace unos días tuve que tomar una nave trirreme de la flota de mi querido amigo Régulo Flavio. Desde hace siete años tus naves utilizan las instalaciones y servicios portuarios de Benasur. ¿Cuánto me has pagado por ello? ¿No fijaste tú la cuota anual? ¿No me estás debiendo dos anualidades, Régulo Flavio? Pero Benasur, que es un judío muy poca cosa para un capitán romano, tuvo que embarcarse en el Regium y pagar el pasaje. Tuvo que mezclarse con la plebe que acepta tu ecónomo en tus naves... Porque debes saber, Régulo Flavio, que el Regium llevaba a bordo ¡prostitutas! No hablo de los

pederastas, puesto que no están sometidos a un régimen legal discriminatorio... Tengo testigos, Régulo Flavio, y si presento mi denuncia en la basílica retirarán la licencia al Regium para navegar como barco de primera clase... Pero no es esto todo. Ni el menor saludo de cortesía, ni la menor atención ni respeto a mi jerarquía. En el cubículo de tu barco he encontrado ¡chinches! Y eso que era camarote de toldilla... Y después de este trato, tú, que eres navarca y eres capitán romano, ¿tú contestarías de otra manera que yo lo he hecho a tu ruego?

A Régulo Flavio se le desplomó lo romano y lo naviero. No dijo palabra ni osó mirar a Benasur. Además, no hubiera podido mirarlo sin hacer un esfuerzo para levantar el rostro, pues la cabeza se le había vencido con los hombros. Se retiró de la mesa y con andar indeciso, torpe, no muy seguro, se dirigió a la puerta. Allí, con voz enronquecida, dio un grito. Se le acercó alguien y ordenó:

—Que se presenten inmediatamente el capitán y el ecónomo del Regium.

Volvió a la mesa con la misma pesadumbre. Se había olvidado ya de Benasur. Aquello era asunto suyo, muy particularmente suyo. Y mientras llegaban el capitán y el ecónomo, los dos hombres permanecieron en silencio, sin mirarse, quitándose a todo lo más las pegajosas moscas que acudían machaconas a nutrirse en los brillos de su piel. Régulo Flavio se consumía, rumiándolos, sus propios hígados. Benasur se inflaba saboreando la venganza. Era lo único que le quedaba por saborear después de haber tenido hasta aquel momento la boca amarga.

Y cuando los marinos llegaron y se detuvieron muy rígidos y circunspectos en medio del despacho, Régulo Flavio, alzando la cabeza, les indicó a Benasur, preguntándoles:

—¿Conocéis a este hombre?

El capitán supo fingir bien e hizo un gesto ambiguo. El ecónomo se puso rojo de vergüenza. Régulo Flavio agregó:

—Os lo presento para que no lo olvidéis en toda vuestra vida: es Benasur de Judea. ¡Treinta veces navarca! ¡Saludadlo!

El capitán y el ecónomo se pusieron a saludar a Benasur, que permanecía sentado frente a ellos. Y mientras alzaban y bajaban el

brazo durante treinta veces consecutivas, sus labios estuvieron repitiendo la misma frase, como una letanía: «¡Ave, Navarca Magnífico!... ¡Ave, Navarca Magnífico!... ¡Ave, Navarca Magnífico!...». Al final, los dos marinos parecían decir un trabalenguas, y sus brazos se levantaban pesadamente y caían con celeridad. Régulo Flavio demostraba un humor cruel. Una hora de bolas en el Campo de Marte no les hubiese producido a los marinos tanta fatiga.

Régulo Flavio no era vengativo como Benasur; pero sí tan porfiado como él. Cuando los marinos concluyeron de saludar al despreciable judío, que, por cochina casualidad, era treinta veces navarca, el armador les dijo sin pizca de ironía:

—Ahora ya no os olvidaréis del magnífico Benasur de Judea. Pero también de mí os vais a acordar. —Y dirigiéndose al capitán, le dijo —: Tú, Mario Cupelio, te presentarás ahora mismo en la basílica Náutica a tramitar tu retiro definitivo de la marina... Quizá encuentres acomodo en el gremio de estibadores si no quieres que yo personalmente haga la denuncia a toda consecuencia... —Y al ecónomo—: Y tú... Publio Casio, entrégate a la autoridad del puerto en prisión. ¡Me has defraudado, miserable! Te librarás del azote público, pero no de cinco años de cárcel. ¡Fuera de aquí! ¡Os he dicho a los dos que fuera de aquí! ¡Y sin saludar, porque ya no sois marinos!

Los dos hombres salieron. Régulo Flavio miró a Benasur.

—Has sido reparado, Benasur. ¿Estás conforme?

—No con tu modo de impartir justicia. Has quitado de tu barco dos marinos, has echado al mar dos piratas...

—Sé lo que hago. No se fugarán, no. No se harán piratas. Los dos tienen familia y bienes.

—Admito la reparación, Régulo Flavio. Pero siento decirte que tendrás que suspender el servicio. Sólo existe una posibilidad de arreglo rápido y es que hoy mismo vayas a Roma y hables a Tito Limo. Él quizá encuentre la solución.

Cuando Benasur traspuso la puerta, iba más contento que por la reparación por haber encontrado en Régulo Flavio, naviero romano, un arma para batir al banquero Limo. «Sí, soy un canalla», pensó

Benasur, seguro de que Régulo Flavio lo había murmurado en cuanto él salió de su despacho.

De allí volvió al Aquilonia para regresar a Roma.

En el muelle del Tíber lo esperaba ya el oficial Forpas. Éste le dio los discos para la entrada al Teatro Balbo, que no eran válidos sino para la función de cinco días después. Tal era la anticipación con que la oficina de espectáculos distribuía las entradas.

Al día siguiente, Benasur fue llamado por Tito Limo y, como no se presentara, el banquero buscó al judío en su despacho del edificio Lúcula. Benasur, que no entendía de venganzas si no eran capitalizables, lo recibió en seguida. El banquero, sin más circunloquios, confesó su derrota:

—Tú has ganado, Benasur. Quiero saber tus condiciones. —Y sin esperar respuesta, echó sobre la mesa el paquete de valores del grupo de Joamín.

Benasur no exteriorizó ningún gesto de pueril complacencia. Se mostraba muy escueto, directo y práctico en los negocios para dejarse llevar por sentimientos ajenos a aquéllos. Desde el día que había hablado con Limo sobre la situación económica de Régulo Flavio, consideró ganada la partida. Así que, sin recoger el paquete ni siquiera mirarlo, dijo con naturalidad:

—El otro día te ofrecí cinco millones; hoy no pago más que cuatro y medio. De acuerdo, ¿verdad?

Tito Limo hizo un gesto aprobatorio. Benasur extendió el título por la suma concertada. Después de ponerle su nombre y sello, se lo dio al banquero. Y cuando iba a retirar el paquete, Tito Limo le cogió la mano, diciendo:

—Los cuatro millones y medio y la firma de este documento, Benasur.

El escrito era un compromiso por el cual Benasur accedía a proporcionar servicio de muelle e instalaciones portuarias a las naves de la flota de Régulo Flavio. Se especificaba también que el permiso de usufructo de esta franquicia no podía cancelarse sin previa comunicación a la basílica Náutica. Otras cláusulas fijaban diversas formalidades del convenio.

Benasur no tuvo inconveniente en firmar el documento. El banquero legalizó así una situación que hasta ahora había sido regulada por un entendimiento simplemente amistoso. En lo sucesivo, si un capitán de la flota de Flavio no saludaba a Benasur, el navarca judío no podría tomar tan apremiantes y coaccionadoras represalias.

—Tu victoria se debe a una casualidad —dijo el banquero—. ¿Qué hubieras hecho si yo no hubiese estado comprometido con el préstamo a Régulo Flavio?

—Me callo la contestación, curioso Tito, porque pertenece al secreto de mi particular *modus operandi*. Pero estate seguro de que habría ganado igual.

Tito Limo se despidió de Benasur. Ya iba a trasponer la puerta del despacho cuando oyó decir:

—Un momento, Tito. No quiero que luego te llames a engaño. Ese convenio que llevas, producto de tu sagacidad financiera, no tiene ningún valor...

Ahora Benasur contuvo la risa, más provocada por la expresión de perplejidad de Tito Limo que por las cosquillas que le hacía su propia picardía. El banquero, desconcertado y con su poquitín de rabia, dijo:

—¡Cómo que no tiene ningún valor!

—No, no tiene ningún valor. Da la casualidad de que Régulo Flavio me debe dos anualidades de renta. Poca cosa: veinte mil denarios. Se ve que el pobre Flavio está angustiado contigo y no ha querido enterarte de esta pequeña deuda. Como yo no tengo inconveniente en que el convenio entre hoy mismo en vigor, te servirás enviarme inmediatamente los veinte mil denarios. Me urgen mucho. Quiero hoy mismo especular con navieros romanos.

La reacción de Tito Limo, que ya empezaba a estar hasta la coronilla de Benasur, fue perderle de vista dando un portazo.

En efecto, Benasur no bromeaba. Benasur podía pasarse una hora diciendo ociosidades con un Petronio, y pasarse una tarde entera hablando con Mileto sobre el alma y el amor, y muy especialmente sobre Raquel. Pero con un Tito Limo, aunque le provocara risa, no decía palabra sin su cuenta y razón. Benasur llamó a Cayo Vico y le

dijo que pasara comunicación a la basílica Argentaría de que las flotas de la Compañía Naviera del Mar Interior rebajaban el diez por ciento las tarifas de pasaje y flete en los barcos de la misma. La rebaja entraría en vigor en los idus de agosto.

Media hora después, la noticia alborotaba el mercado de navieros. Y ese mismo día los valores de las flotas romanas iniciaron una baja. La causa del descenso estaba en que las naves semitas hacía tres años —al concertar el convenio secreto con Skamín— habían elevado el mismo diez por ciento las tarifas, nivelándose con las romanas. Este aumento vino a beneficiar a los navieros con matrícula romana, que, a duras penas, podían competir con los semitas. La rebaja de ahora equivalía a volver a la situación anterior, dejando a las flotas de Roma frente a una competencia muy desfavorable.

Capítulo 7

En busca de Shubalam

—¿Podría ver al ilustre ciudadano Abudio Rusón?

El hombre se quedó mirando de arriba abajo a Mileto, sobose la barba y alzó la vista hacia la placa. Era una placa de mármol, adosada al flanco del pilar por cuatro clavos de bronce. La placa estaba muy limpia y las cabezas de los clavos brillaban con destellos en las aristas. La leyenda decía: CONSTRUIDO POR C. STATILIUS TAURUS EN EL AÑO 724 DE LA FUNDACIÓN DE ROMA. Mileto ya había visto otras dos placas en el frontis. Eran mayores, y de prolija leyenda. En una de ellas se daban detalles de por qué el ilustre Statilius había hecho merced del anfiteatro al pueblo romano. En la otra, muy retórica, decía lo mismo si bien el lapidario había tenido buena cuenta de poner en letras más grandes que el tal Statilius era pariente próximo de Augusto.

Mileto no supo para qué el hombre miraba la placa. Pero, al fin, éste, sin dejar de sobarse la barba, le respondió:

—Abudio Rusón no es ilustre, sino honorable y dignísimo ciudadano de la orden edilicia. No sé si estará, porque el anfiteatro tiene cuatro puertas privadas además de las dieciocho públicas, que corresponden, como lo verás, a los dieciocho vomitorios. Pasa y sigue el camino de la derecha; después de la tercera puerta encontrarás una reja de hierro. Por la escalera se baja a los fosos y allí pregunta a cualquiera.

Mileto siguió las indicaciones del portero. Sintió un grato frescor al introducirse por la galería sumida en la penumbra, pero el olor a bestias era bastante desagradable. Abundaban también los enjambres de moscas robustas y azuladas. Abrió la verja para

hacerse paso y bajó los primeros escalones. El hedor de la inmundicia animal se hizo más intenso y repugnante. Los escalones de piedra estaban resbaladizos, como si se hallaran cubiertos por una capa de substancia viscosa. Mileto supuso que sería sangre. No veía por la oscuridad. Salió a un corredor, en el que tuvo que hacerse a un lado para dejar pasar a un hombre que arrastraba una carreta llena de estiércol. A otro que le seguía con un enorme tridente, le preguntó por Abudio Rusón.

—Lo he visto hace un rato en el destazadero.

—¿El destazadero...? —insinuó tímidamente Mileto.

—Sí. Está pasando el vivarium, el patio de las jaulas.

Mileto siguió la dirección que pudo adivinar con el gesto que había hecho el hombre del tridente. Además, se orientó también por el rugido de las fieras.

El vivarium era una encrucijada de pasillos que, como enrejado, rodeaba los cubiles. Mileto, para no perderse, seguía derecho el que correspondía al camino que llevaba y así llegó al destazadero.

Una amplia galería con piso de cemento. Cuatro matarifes descuartizaban un camello. Mientras uno iba quitando a corte de cuchilla la piel de la bestia, otros dos metían las hojas en los músculos del animal, y el cuarto, provisto de un hacha, quebraba los huesos. Las moscas establecían una persistente comunicación entre los matarifes y el camello. Mileto se quedó contemplando la cabeza del animal, que había recibido la puntilla sin abandonar la expresión burlona de su boca. Los ojos, por el contrario, tenían una expresión cándida y tristona. Tan animado era su gesto, que no parecía hallarse muerto. El desollador caminaba con rapidez hacia las gibas. No obstante la celeridad con que movía el cuchillo, ponía mucho cuidado en no cortar la piel.

—Nos queda un caballo —dijo uno de los destazadores, como dando a entender que andaban atrasados en la faena. Un matarife le dijo a Mileto:

—Dile al chato que no lo mate todavía, que se enfría. —Y el quebrantahuesos cantó:

—«Que nos gustan bien calientes, bien calientes; tiernecitos a los dientes, a los dientes».

Mileto opuso muy comedidamente:

—Yo no conozco al chato. Vengo a ver al honorable Abudio Rusón.

—¡Que lo tuerzan! —exclamó el desollador. Y en seguida—: ¿Habéis oído, muchachos? Viene a ver al honorable Rusón. Y yo le he dicho: «¡que lo tuerzan!».

Los matarifes dijeron a coro:

—¡Que lo tuerzan!

Entró el hombre de la carreta de estiércol. De la inmundicia quedaban pocos residuos. Apestaba a orines de bestia.

—Alegraos, muchachos —dijo, como satisfecho de dar una buena noticia—. Mañana y pasado holgaréis, pues me acabo de enterar de que habrá *gladiatores meridiani*...

—¿De dónde los han traído? —preguntó el quebrantahuesos.

—De Regium, de Neápolis, de Capua, de Perusia... ¡de toda Italia!

—¿Cuántas parejas?

—Dicen que veintiocho...

—¿Mujeres también?

—Tres parejas...

—Ésas habrá que reservarlas para la leona que está criando —dijo el desollador—. Veintiocho, no está mal. Se ve que han limpiado las cárceles.

Aunque la noticia era tan estremecedora como repugnante, Mileto sonrió en una actitud de hombría. Intervino:

—Dicen que a las leonas que están criando se les agria la leche si comen carne humana...

El desollador rio a carcajadas:

—¿Habéis oído, muchachos, lo que dice el heleno? Que se le agria la leche a la leona... ¡A lo mejor! Con razón los cachorros salen tan bravos.

Entonces el quebrantahuesos comenzó a golpear con el hacha sobre el cuello del camello. Como si el arma estuviera mellada, el filo no entraba en la carne. Blasfemó de mal modo contra Febo y sus atributos masculinos. En eso entró el hombre del tridente:

—Tito dice que debieran cepillarse los camellos antes de matarlos, porque luego cuesta mucho trabajo limpiar la lana...

—¡Para una vez que se mata un camello! —comentó el desollador con tono aburrido—. Mejor que bañen a los *gladiatores meridiani* de mañana. Así tendrán lustrosas sus pieles.

Los demás matarifes rieron. El del tridente comenzó a pinchar los trozos de carne y pasarlos a la carreta. Lo hacía con mucha destreza. En uno de los movimientos vio a Mileto.

—Tú eres el que vienes buscando a Abudio Rusón, ¿verdad? Lo encontrarás en el *ludus gladiatorius*... Está en el lado opuesto del anfiteatro.

—¿Cuál es el mejor camino? —preguntó Mileto.

—¡El del hambre! —contestó con sorna el desollador—. Abudio Rusón... ¡que lo tuerzan!

El del tridente se acercó a Mileto.

—Todo seguido; luego tomas la curva de la pista... Pero mejor será que te acompañe este hombre... Anda tú, Fulo, acompaña al señor...

El del tridente había señalado al de la carreta. Éste preguntó al griego:

—¿Es muy necesario que veas hoy a Rusón? Te lo pregunto porque está malhumorado. —Y explicó la causa al del tridente—: No saca partido de esa acémila de Marco. No he visto aprendiz más torpe...

—¡Que lo tuerzan! —dijo el desollador.

A Mileto no le hizo ninguna gracia. El del tridente comentó:

—Lo que debía hacer el edil es ponerle a Marco otro maestro. Está por ver todavía que de las manos de Curzo haya salido un gladiador con espolones.

El quebrantahuesos, continuando en su faena de cortar el cuello del camello, asintió:

—Es muy cierto lo que dices... ¡Mucha pierna, mucha pierna! Eso ya no se estila. Los gladiadores ya no son bailarines. ¡Ojo y brazo es lo que se necesita! ¡El público quiere emoción, no acrobacias! Mira esos muchachos que salen del *ludus gladiatorius* de Cinta. No ha habido ninguno de ellos que haya caído antes de cinco o seis victorias...

El de la carreta se acercó a Mileto:

—Sígueme. Por aquí...

Salieron al graderío. Bajaron hasta las barreras. Saltaron el foso que separaba la barrera de la arena y atravesaron la pista. En el lado opuesto hicieron lo mismo, pero a la inversa. Todavía recorrieron un túnel antes de entrar por un pasadizo al *ludus gladiatorius*. El hombre dejó a Mileto en la puerta.

El griego entró en un patio amplio y cubierto con un toldo. En la pista, una veintena de parejas de gladiadores se instruían en la esgrima. Varios de ellos tenían tridentes como el del destazadero. Con una red pretendían pescar la cabeza de sus contrincantes, armados de espada y defendidos por un casco de metal que figuraba un pez. La pista de ensayo, de forma rectangular, se limitaba con una barrera, tras la cual veían el adiestramiento los *lanistae* o contratistas de los gladiadores, los preparadores, los ayudantes, mozos, etcétera. Los maestros observaban cuidadosamente cada uno de los movimientos de los esgrimidores y los amonestaban y corregían a gritos cuando cometían faltas o errores en el ejercicio.

Mileto recordó que Cayo Vico les había dicho que en la pelea gladiatoria había mucha farsa y componenda; pero viendo a estos hombres adiestrarse, no comprendía qué margen de farsa podían dejar para el anfiteatro, cuando allí se atacaban con tal saña. Y aunque observó que las armas no tenían filo, que sus puntas estaban embotadas, también vio que los gladiadores, en el ardor de la lucha, recibían golpes y arañazos con ellas.

Un mozo con una clámide mugrienta vino a sacarle de vacilaciones.

—Rusón es aquel señor que está enfrente, al lado del muchacho que tiene la toalla al cuello.

Mileto rodeó la pista y se acercó al edil, diciéndole:

—Vengo a importunarte un instante, honorable y dignísimo Abudio Rusón...

—Habla pronto y déjate de rodeos... ¿Qué quieres?

—Deseo saber el paradero de un esclavo...

—¡Vaya! —gritó Rusón—. ¡Poca cosa pides! ¿Tú conoces mi negocio? Veo todos los días de treinta a cincuenta esclavos. Unas bestias que creen servir para el arte gladiatorio. La mayoría llena de

grasa, pues los condenados esclavos comen todo el tocino que roban a los amos... De esas cincuenta acémilas escojo dos o tres y las traigo aquí a que se desengrasen... Uno entre veinte de los seleccionados es capaz de sostener durante dos horas la espada de cuatro libras sin que sienta calambres... ¡Qué satisfacción! Al fin, hay un esclavo al que no se le acalambra el brazo... Lo hago pasar a la pista y a la media hora se le acalambran las piernas... Cuando yo hago pasar a la pista a un esclavo, ya he pagado por él cinco mil sestercios, porque has de saber, hijo de Grecia, que el que tiene un esclavo cebado cree que puede explotarlo como una mina. ¿Sabes cuál es mi consuelo? Mandar que lo azoten como primera providencia, y después venderlo para galeras. ¿Sabes cuánto me dan por estos pedazos de carne que soñaron con la gloria del anfiteatro? Échale por lo alto: dos mil sestercios. He perdido tres mil, el tiempo, el salario del maestro y la comida. Porque, eso sí, se les acalambran las piernas, pero no el estómago. Cada facineroso de éstos come más carne que un centurión. Y después de estas fatigas y preocupaciones, tú vienes a preguntarme por el paradero de un esclavo... ¡A mí! A mí, que veo cincuenta al día, que compro dos o tres a lo sumo y que los vuelvo a vender... ¿Cómo quieres que tenga en mi cabeza nombres y vidas de tanto esclavo?

La expresión de Mileto ante aquel aluvión de impertinencias era tan afligida, que el lanista se creyó obligado a reportarse. Y con tono más suave, dijo al griego:

—Mira: aquí en la pista tengo ocho hombres... De ellos, cinco son esclavos... ¿Tú conoces al hombre que buscas?

—No, no lo conozco...

Rusón hizo un movimiento de hombros y cabeza significando su fastidio:

—¡Entonces...!

—Lo único que sé es que tendrá diecinueve o veinte años...

Rusón abrió los ojos teatralmente. Luego gritó:

—¡Muchachos: los que tengáis veinte años, alzad el arma!

Todos los gladiadores levantaron sus armas. Sólo uno, que aparentaba cuarenta, se quedó impasible.

—¿Lo ves, heleno? Todos son de esa edad, menos aquél porque es maestro... ¿No tienes otras señas?

—Sé que lo compraste a Publio Dolabela...

—¡A Publio Dolabela! Con el cuento de que eran númidas muy vigorosos, adiestrados en la guerra de África, me vendió veintidós esclavos. Sólo de siete pude sacar partido. Uno todavía pelea. Los otros están ya cargados de gloria bajo tierra. Últimamente le compré tres. Y sólo uno de ellos está en la pista. Es aquél... ¿Acaso sabes su nombre?

—Sé que se llamaba Shubalam...

—Shubalam me suena... Pero nunca tuve un gladiador que se llamase Shubalam... Tú, Marco, ¿has oído hablar de Shubalam?

El gladiador se aproximó a la barrera.

—Sí, he oído hablar de Shubalam... —dijo. Y se quedó mirando fijamente a Mileto.

—Este griego pregunta por él. ¿Tú sabes dónde está?

—Cambió de nombre en casa de Dolabela y tú lo compraste. Creo que no sirvió y lo vendiste para galeras. ¡Curioso! Shubalam en galeras...

El gladiador sonrió con un gesto estúpido. Daba la impresión de ser corto de vista. Era un buen mozo, alto y bien proporcionado. De una pequeña herida que tenía abierta en el pecho le escurría un hilo de sangre que se mezclaba al sudor entre el vello ensortijado.

—¿Qué nombre tenía en el *ludus gladiatorius*? —preguntó el edil.

—Me parece que se llamaba como yo: Marco.

—Pues tú como él, si en siete días no te despabilas, irás a parar a galeras... A menos que este griego tan filántropo te compre...

—¿Para qué buscas a Shubalam? —preguntó Marco a Mileto.

—Es un encargo que me han hecho en Paros...

Marco calló. El edil se fue a charlar con un entrenador.

—¿En Paros dices? ¿Acaso su nombre podría ser Raz-Amal?

—Quizá; pero también pudiera ser Benemir...

—Benemir... He oído antes ese nombre. Creo que al mismo Shubalam. Quizá mañana o un día de éstos pueda darte una noticia interesante... ¿Dónde vives?

—En el Pincio. Me llamo Mileto... Me hospedo en la domo de Celso Salomón...

—¿Qué ocurre con Celso Salomón? —preguntó el edil Rusón acercándose—. También Salomón me ha vendido esclavos. Y también se los he vuelto a vender, perdiendo, claro está, para galeras. Resulta que los esclavos que salen de aquí son buenos remeros... ¡Ya está bien, Marco! Vuelve a la pista. —Y a Mileto, señalándole discretamente la puerta, le dijo—: Siento no haber podido servirte... Si logras obtener más datos, quizá mi escriba pueda decirte a qué naviero lo hemos vendido...

Y cuando Mileto volvió la espalda, oyó al honorable y dignísimo Abudio Rusón, del Orden Edilicio, traficante descalificado, gritar:

—¡Pedazo de sebo, no dobles nunca la rodilla en el primer quiebro!

Mileto no miró para atrás. Temió humillarse a sí mismo viendo la humillación del aprendiz de gladiador.

Siguieron dos días de agitación. Desde el amanecer, poco antes de que se abrieran las operaciones en la basílica Argentaría, Benasur se encerraba en el despacho para seguir minuto a minuto las fluctuaciones del mercado. Cayo Vico había establecido su puesto de observación en la misma basílica y, auxiliado de cinco empleados, mantenía muy bien informado a Benasur de las cotizaciones. Tres agentes acechaban como lobos la aparición de participaciones de Flotas Unidas de Ostia para echarse sobre ellas. Benasur esperaba que el pánico se extendiese lo bastante para asustar a los inversionistas que poseían papel de las flotas de Ostia.

Esta compañía constituía el más poderoso consorcio naviero romano. Era uno de los baluartes económicos de los caballeros del Orden Ecuestre. Si Benasur lograba hincarle el diente, la presa ya no se le escaparía. Ello era tanto como romper la columna vertebral de las flotas romanas. Por consecuencia, significaba la hegemonía naviera de las flotas semitas en el Mar Interior. Lo que emocionaba a Benasur en este juego era el elemento estético que intervenía en él: conseguir que los propios romanos destruyesen su poder marítimo.

Por las noches, Benasur tenía que hacer frente a las amonestaciones y consejos, preguntas más o menos capciosas, más

o menos irritadas de Celso Salomón. Su socio no comprendía el porqué de la rebaja de tarifas.

—Esta tarde ha venido a verme Tito Limo. Dice que la operación que has iniciado puede traer tan graves repercusiones que provoque una intervención del Senado. En ese caso corres el peligro de que se te persiga por atentar a la seguridad del Imperio. Es muy peligroso esto que haces, Benasur.

Pero Benasur era de muy distinta opinión. Sabía que entre los senadores se había despertado una cierta hostilidad hacia los caballeros del Orden Ecuestre que, organizados en muy poderosas compañías mercantiles, acaparaban muchos de los negocios que hasta entonces habían sido del dominio senatorial. Los senadores estaban dolidos de verse desplazados de algunas funciones estatales por los del Orden Ecuestre. Y cerca de Tiberio existía una pugna sorda, secreta, ferozmente reprimida entre los senadores y los caballeros por ganarse la influencia del César. Cuando Marco Appiano le dijo que él desearía capitalizar sólo políticamente la rendición de Skamín, Benasur comprendió en seguida la clase de capitalización política a que se refería el senador: volcar todo el prestigio que se derivaría de este triunfo a favor del poder senatorial. Esto lo ignoraba Celso Salomón. Como ignoraba también que Poncio Pilato era un instrumento ciego al servicio del Orden Ecuestre. Era la compañía de las Flotas Unidas de Ostia la que había iniciado las hostilidades influyendo cerca del procurador de Judea para que éste diera el primer golpe a los navieros semitas en la flota de Joppe de Benasur.

A pesar de la nervosidad que agitaba el mercado de navieros, ninguna participación de las Flotas Unidas de Ostia salió a la venta. Sin embargo, Benasur no retiró a sus agentes ni a Cayo Vico de la basílica Argentaría.

Capítulo 8

La función del Teatro Balbo

Los discos de bronce que tenían Benasur y Mileto para entrar en el Teatro Balbo daban derecho a localidades de orquesta, a las que se entraba por la puerta principal. Un acomodador los condujo hasta su asiento. Le dieron propina por el cojín de pluma que puso sobre los lujosos sillones.

Aunque el espectáculo había empezado hacía una hora, el público de las localidades bajas empezaba a acudir. La pantomima *El higo de Salomé* acababa de dar principio con la presencia de un actor que leía a modo de prólogo el argumento de la obra. Todavía los tramoyistas andaban por la escena quitando los bancos, los trípodes, los trapecios de metal que habían utilizado los malabaristas y acróbatas que tuvieron a su cargo la primera parte de la función.

El actor leía de corrido, con voz aguardentosa, comiéndose las palabras, martirizando los versos que componían el prólogo. Algunos espectadores le lanzaban denuestos o ingeniosidades de dudoso gusto, que el actor fingía recoger con la mano y devolver con un soplo a su punto de origen. Cuando de las gradas surgía el simulacro de una ventosidad, el actor, con un quiebro de cuerpo, simulaba eludir elegantemente su impacto. Y aunque las ventosidades de los espectadores eran intervenciones tan frecuentes como sabidas, el auditorio las acogía como cosa nueva, a juzgar por la ola de regocijadas carcajadas que levantaban. Sobre todo cuando el actor lograba un gesto o un ademán tan pícaro como gracioso para dar respuesta a tan bastardos proyectiles. Estos simulacros sonoros por parte del público eran condimento tan habitual en las funciones de teatro, que muchos espectadores iban provistos de artefactos

especiales que, con un estudiado movimiento de los dedos sobre el pergamino, producían las ficciones de pedo.

Nadie atendía al prólogo. Mileto estaba más atento a la calidad de los personajes que tomaban asiento en la orquesta. Y viendo a tanto prócer con *veste scaenica* y a las damas con las ricas túnicas y estolas, discretamente alhajadas, no comprendía cómo el público se permitía desahogos tan groseros. Benasur, que prestaba atención a lo que pasaba en la escena, sólo podía entender alguna que otra palabra de las que decía el actor. Sin embargo, se enteró de que los nombres de Herodes y Herodías estaban cambiados por los de Hedorones y Hedorina, y que al profeta Juan se le decía Justo el Aeda. El prólogo invitaba a los espectadores a que sacasen la moraleja y comprendiesen por qué Roma tenía sojuzgado al mundo. Y se decía también que aunque la acción de la pantomima pasaba en Palasia, país imaginario —que aludía certeramente a Palestina—, Palasia era ejemplo vivo de muchos países sometidos a la acción civilizadora de Roma.

La obra la patrocinaba el magistrado Máximo Claudio, despiadado antijudío.

Cayo Petronio le había dicho a Benasur en Casa Mario que la pantomima era pieza de insoportable mal gusto, pero que como judío no debía dejar de verla. «El magistrado Máximo Claudio —le dijo— ha querido zaherir, como siempre, a los judíos y, al mismo tiempo, halagar a sus clientes y *laudiceni* del Emporio.»

Los asientos de orquesta estaban ya ocupados totalmente, y las localidades altas se hallaban a reventar. Muchos de los espectadores se sabían la pantomima de memoria por las repetidas veces que acudieran a verla.

Los tramoyistas habían colocado a un lado de la escena una litera y al otro un triclinio en herradura. Ambos muebles estaban cubiertos por unas muselinas púrpura, caracterizando con este color la condición palaciega del aposento. Al fondo, y tras una pequeña empalizada, aparecía una higuera.

Benasur se dio cuenta de que el prólogo había terminado, y que el actor movía los labios fingiendo continuar la recitación. Las procacidades menudearon y muchas de ellas iban dirigidas al

prefecto de Roma; mas, cuando en los sillones destinados a esta autoridad tomó asiento su representante, un alboroto de palmas, gritos y silbidos conmovió el teatro.

Dio comienzo la representación. Aparecieron en escena tres tocadores de flauta, mientras otro músico, con una enorme lira sin cuerdas, imitaba pulsarlas con gesto ensoñador e inspirado y ademanes solemnes. Antes de que terminase el número musical, el público expresó su descontento, pero los flautistas permanecieron en escena invocando la ayuda de los númenes.

Al fin, se fueron los músicos y se presentó un mimo obeso, repelente, que llevaba en la mano una máscara enorme de actor trágico. A Mileto le repugnó un uso tan bastardo de los nobles instrumentos del gran teatro. El mimo vestía la púrpura e identificaba a Herodes. No debía de contar con las simpatías del auditorio, que lo saludó con una andanada de improperios. Se le decía cornudo, toga ancha y viejo bolsa. Lo de viejo bolsa tenía un picante significado en el argot del Emporio. El mimo recibió la andanada impasible, alzando la cabeza y paseando la vista por el graderío, mientras que con el índice se hurgaba desconsideradamente en las narices; luego, simulaba hacer pelotillas que lanzaba al público de la *summa cavea*. Cuando se hizo un mediano silencio, el mimo dejó caer la máscara y con las manos extendidas y los dedos encogidos en una crispadura obscena, pidió paciencia al auditorio. Al cabo, declamó: «Heme aquí rey poderoso e hijo de mi madre, preso de la más aflictiva y perturbadora de las pasiones...».

Se escuchó un sonoro pedo. El actor, sin descomponer el gesto de apesadumbrado, dirigiose al supuesto espectador y dijo: «No desates tan pronto tu elocuencia, amado público, que si mucha es la admiración que te causo, no puedo permitir que por tu entusiasta veneración te descosas los intestinos, que luego tendrá que venir tu abnegada madre a reparártelos. Que no hay viento, por muy armónico que sea, que no desate tempestades. Y tanto monta rebuzno de asno que discurso de ano».

El actor continuó con su parlamento, salpicando con frases más o menos agudas e irrespetuosas sus réplicas a las intervenciones del

público.

Mileto, dentro de su azoramiento de hombre helénico, se regocijaba. Benasur no le encontraba mucha gracia a aquel espectáculo de vulgaridades. Al aparecer Kolessyos, el histrión que hacía de Salomé, el público prorrumpió en una aclamación ensordecedora. El espectador que se hallaba a la derecha de Benasur, un viejo de aspecto respetable, aplaudía a rabiar mientras exclamaba para informar a sus vecinos de localidad: «¡Todos los días es igual! ¡Es un portento de criatura!». Llamaba criatura al cínico de Kolessyos, un pederasta zarrapastroso que había hecho casual fortuna como intérprete de la princesa Salomé.

Kolessyos vestía un ceñidor muy ajustado a las caderas. Los pechos los llevaba pintados de carmín. En los brazos y en los tobillos abundaban los aros y las ajorcas. Se cubría con un manto que manejaba con estudiada intención sicalíptica, siempre simulando celar con una de las puntas sus senos de efebo. Hedorones, que había terminado su parlamento tumbándose en la litera, ante la presencia de Salomé comenzó a retorcerse como si fuera presa de un cólico, y con las manos hacía movimientos que fingían querer arrancar de su pecho la infame pasión que la princesa le despertaba. En seguida, torpemente, como ebrio, abandonaba la litera y dando traspiés, con la cabeza gacha, igual que vaquilla próxima a embestir, se acercaba a Salomé. Kolessyos esquivaba sus manos, rehuía el cuerpo del mimo. Hedorones empezaba a sacar la lengua y cada vez con el cuerpo más doblegado corría acosando a Salomé, que se libraba de él con movimientos rítmicos que imitaba pasos de danza.

El público seguía las incidencias del asedio con verdadero regocijo. Benasur reconoció que la caracterización que hacía el chipriota Kolessyos, era una afortunada, si bien sangrienta, caricatura de Salomé. El navarca había tenido ocasión de asistir a dos fiestas en el palacio de Herodes hallándose presente la princesa: una muchacha flacucha, un poco desgarbada, con ojos de serpiente y con un profundo sentido de la danza. Probablemente Kolessyos había visto a Salomé durante su estancia en Roma, pues no era posible que sin conocer de visu a la joven, hubiera llegado a aquella fidelidad en el satírico remedo.

Hedorones cayó rendido en la litera, cansado de tan infructuosa persecución, y Salomé, como si acabara de levantarse de la cama, se desperezó despreocupadamente. Un largo minuto duró la escena, cuyo golpe cómico radicaba en el desperezamiento y en la preocupación de Kolessyos por no dejar sus ficticios senos al aire. Cada gesto, cada ademán, provocaba una oleada de carcajadas. Después, entraban los invitados del rey, que se echaban en el triclinio, y Kolessyos, imitando a las mujeres de los prostíbulos y tabernas, de las posadas y mesones, fingía servir vino a cada uno de los comensales. Como si realmente Salomé fuera una ramera de las murallas, los invitados del rey le daban monedas, que Kolessyos se llevaba a los dientes para comprobar su buena ley, mordiéndolas con el gesto peculiar con que solían hacerlo las meretrices del sumenio.

En la escena irrumpió un grupo de efebos vestidos femenilmente, que se pusieron a danzar al son de las cítaras y trompetas, címbalos y flautas, acordeonistas del cuerpo de *symphoniarii* que se colocaron en el fondo de la escena. Los invitados del rey Hedorones comenzaron a cantar. Por lo que Benasur podía entender, el canto aludía a los representantes de las doce tribus de Israel, y a su rebeldía a pagar el tributo al rey de Palasia. Pero la letra debía de guardar mucha más intención sobre ciertos problemas edilicios de Roma que sobre los tributos en Palestina, pues los espectadores, al final de alguna de las coplas, no sólo aplaudían, sino que lanzaban pullas al representante del prefecto. En una de las coplas, que se festejó con muchas carcajadas, se aludió al pretor Capito, tan renuente a comenzar la temporada del anfiteatro que corría bajo su peculio. Se censuraba también la mala estampa o escaso porte de las fieras.

Volvió a reanudarse la anécdota. Los danzarines y músicos desaparecieron y se escuchó una voz lóbrega, profunda, que anatematizaba el incesto de Hedorina. El rey, tumbado en la litera, se tapaba los oídos, mientras Salomé movía la cabeza al mismo tiempo que decía: «¡Pobre papá, se le ha indigestado el higo!». Los comensales se miraban interrogadoramente y después concluían por mirar con desprecio a Hedorones.

Entre cánticas y diverbias continuó desarrollándose la pantomima. Hedorones pidió a Salomé que danzara y Kolessyos, acercándose a la higuera, hizo el ademán de desprender un fruto. Después comenzó la danza del higo verde, que parodiaba las aficiones de Salomé. El histrión, entre pasos grotescos e irrisorios, tenía momentos de feliz inspiración que hacían aullar a los espectadores equívocos de los barrios bajos del Tíber. Terminó la danza con Hedorones caído de rodillas a los pies de Salomé, sudoroso y con los ojos estrábicos mirando hacia arriba, hacia el higo que pendía de una mano de Kolessyos. El público gritaba unánime, estrepitoso: «¡Pecho, pecho, pecho!». Y el condenado Kolessyos, quitándose el velo que lo cubría, en vez de ofrecer a los espectadores el pecho, les brindaba una asentadora con un gesto tan femenino y tan pornográfico a la vez, que las carcajadas y aplausos se mezclaban a vítores histéricos. Una lluvia de monedas de todas las nominaciones cayó sobre la escena, y Kolessyos, para ampararse de estos proyectiles, se escudó con la máscara que el mimo había dejado en la escena. No faltaban espectadores que arrojasen pomos de perfume, flores y bollos de pasas.

Volvieron las cánticas con nuevas alusiones políticas. Una de ellas hablaba de las cincuenta doncellas del rey Salomón, retirado a una isla. Se aludía a las cincuenta doncellas que, según se decía en Roma, escondía Tiberio en su retiro de Capri.

Siguió la pantomima y Salomé, moviéndose más que una palmera, se acercaba a Hedorones y le decía: «Papá, papaíto, ya me comí el higo verde; ahora cumple tu promesa: quiero la cabeza del Aeda». Y como Hedorones se hiciese el remolón, Kolessyos se afanaba en registrarle dando gritos de «dame tu higo, quiero tu higo» hasta que al fin sacaba de entre las vestimentas del rey un higo que tenía una forma obscena.

Benasur ya no quiso ver más. Mileto, por su parte, tampoco mostraba interés por continuar viendo aquella farsa, en la que los cómicos hablaban la mayoría de las veces con intención indescifrable o en la jerga plebeya que sólo entendían los romanos, especialmente la chusma de los muelles del Tíber, para la cual había sido escrita la obra.

Los dos hombres se levantaron del asiento y una rechifla general los siguió mientras atravesaron el pasillo de la orquesta. Los llamaron sucios extranjeros, cueros mojados, viejos bolsas paniaguados de Herodes.

Ya en el coche, no hicieron ningún comentario. Hasta la hora de la cena no suscitaron la conversación sobre la pantomima. Celso Salomón les puso al tanto de una serie de detalles. Les dijo que Herodes, enterado de la farsa, había protestado por vía diplomática ante el César, con lo cual aumentó el ridículo. Tiberio contestó a Herodes diciéndole que el prefecto de Roma había hecho la debida investigación y que sentía mucho manifestarle ser cierto que en la Urbe se representaba una ínfima pantomima sobre un asunto semejante al que se aludía en la protesta. Y que si en la obra figuraban ciertos pasajes que guardaban relación con el penoso caso del profeta Juan, eran simple coincidencia; por otra parte, tan disparatados y absurdos, tan bárbaros y extravagantes que las reales personas de Galilea no podían considerarse aludidas dada la virtud, discreción, prudencia y alta ejemplaridad de que daban prueba con su reinado.

Según Celso Salomón, la nota de Tiberio concluía con una aleccionadora y mordaz advertencia: que el pueblo romano era en los espectáculos tan soberano y autónomo que ni la augusta personalidad del César escapaba a sus críticas, donaires y diatribas.

Pero eso lo decía Salomón, que sentía mucha devoción por Tiberio. Benasur no acreditaba a Tiberio tan democrática resignación ante las manifestaciones plebiscitarias. En ningún lugar público de Roma se osaba insinuar la más débil protesta contra Tiberio. La plebe, cobarde como toda masa, se cebaba en cambio con los funcionarios de mediana categoría.

Estos comentarios sirvieron para mantener a los judíos alejados del tema de conversación que les preocupaba, y después de la cena, Benasur, a fin de no tocar el asunto de la basílica Argentaría, pretextó hallarse cansado, y se retiró a sus habitaciones.

Capítulo 9

El César te saluda, Benasur

De las dos bandas imperiales, la Triunfal era la más aparatosa, tanto por el número de músicos como por la sonoridad de sus instrumentos, entre los que abundaban las trompetas y los címbalos marciales. Acompañaba al Emperador en las procesiones solemnes, en las paradas militares, en todas las ceremonias de ámbito nacional. La otra banda, la Palatina, más discreta, compuesta de una decuria de flautistas, de un trompeta y un abanderado, no movía más que la curiosidad de la gente que encontraba a su paso. Sin embargo, muchos romanos preferían la Palatina a la Triunfal, pues su música provocaba una rancia y encantadora nostalgia por los antiguos tiempos de la monarquía tarquina. A través de la historia de Roma, de sus cambios institucionales, la banda Palatina había sobrevivido poniéndose al servicio del poder instituido.

Julio César fue el primero que destinó la Palatina para saludar a los próceres extranjeros: reyes, embajadores, visitantes ilustres.

Al décimo día de haber llegado Benasur a Roma, la banda recorría a primera hora de la mañana las calles de la Urbe. El melancólico y delicado son de sus flautas hacía suponer a la gente que Tiberio estaba en la ciudad; por lo que la presencia de la Palatina despertaba la curiosidad y la atención de los transeúntes. Desde que el Emperador se había refugiado en Capri, no era frecuente oír a los flautistas interpretar la vieja marcha de los Tarquinos. Hasta se llegaba a decir que muchas veces la Palatina atravesaba la ciudad sólo para hacer un simulacro de la presencia del César en Roma.

Los músicos de la Palatina iban vestidos de púrpura, distinguiéndose el capotillo por el matiz vivo y las hombreras de

metal. Del asta del estandarte pendían tantos lazos de seda de diversos colores como provincias dependían del César, no del Senado. Un grupo de ciudadanos ociosos y chiquillería la acompañaban ese día desde la domo tiberiana al Pincio.

Cuando la banda se estacionó frente a la casa de Celso, la familia Salomón sintiose conmocionada. El nomenclátor tuvo que cambiarse de ropa aprisa y corriendo, y Celso Salomón comenzó a dar gritos por el atrio pidiendo el manto de gala. Benasur, que ya se disponía a salir del edificio Lúcula, fue el menos impresionado y con la indumentaria cotidiana recibió al emisario palaciego. Éste le comunicó que el pretor Severo Quintino, que corría con el ceremonial del protocolo, vendría a visitarle a la hora tercia.

Desde ese momento, no hubo paz en casa de Salomón. Los criados anduvieron de un lado para otro cuidando los menores detalles. Los hijos de Celso, que ya estaban en la escuela, fueron llamados para que se vistiesen de ceremonia. Sara se hizo asistir en su alcoba por cinco doncellas. Y Salomón instruyó al grupo de camareros encargados de disponer el servicio para un vino de salutación.

Celso Salomón no estaba admirado, sino agradecido. El Palatino llegaba otra vez, al cabo de los años, hasta su casa, aunque en esta ocasión fuese para saludar a Benasur. Pero él sabía bien la serie de ceremonias y visitas protocolarias que precedían a una audiencia del César. Los más allegados al servicio palaciego del Emperador frecuentarían durante todo el día su casa. El prefecto de Roma, que movilizaba a la Policía urbana, así como el pretor del Palatino y otros importantes funcionarios polarizarían sus atenciones hacia la domo de Celso Salomón.

Tan agradecido estaba a Benasur, que no se atrevía a sugerirle que se cambiase de ropa. Tampoco osaba distraer su atención viéndole sentado, en actitud reflexiva, cerca del compluvio. Benasur estaba muy alejado de Roma. Su pensamiento se hallaba en Jerusalén, no al lado de Raquel, sino de José de Arimatea, de Mohakalí de Kades, de Joamín, el banquero del barrio de los curtidores. Vivía cerca del mercado de peces, y el olor se hacía allí

insoportable. Benasur pensaba cómo podría vengarse fructíferamente de los disidentes.

Antes de que llegase Quintino, se presentó una decuria de pretorianos que relevó a la banda Palatina y puso guardia ante la casa de Salomón. Los flautistas se fueron por donde habían venido, siempre emitiendo la clásica musiquilla de los Tarquinos. Más tarde llegó un coche oficial de la Prefectura de Roma a ponerse al servicio de Benasur. El prefecto no había hecho caso hasta ese día de la recomendación del senador Marco Appiano.

Celso Salomón se asomaba de vez en cuando al pórtico para contemplar satisfecho este movimiento de soldados y emisarios. Frente a la casa un grupo de curiosos, cada vez más nutrido, seguía las incidencias del aparato oficial.

Al fin, sonaron las trompetas pretorianas. Celso Salomón se puso pálido y acudió a llamar a Benasur. Un nuevo toque de atención anunció que el pretor Severo Quintino había llegado. Los dos judíos, acompañados del maestresala —vestido de gran ceremonia—, recibieron en la escalinata al jefe del Protocolo. Fue Salomón quien hizo las presentaciones. Y Benasur, mientras se llevaba sus dos manos cruzadas al pecho, vio que Severo Quintino mantenía su brazo extendido mientras formulaba el saludo de rigor: «¡Ave, Benasur, Navarca Magnífico. En nombre del César, salud!». Benasur sintió un estremecimiento que sacudía sutil, suavemente su cuerpo, erizándole la epidermis. Estaba confuso. Acertó a contestar al saludo con la fórmula habitual en él:

—Que el Señor sea contigo, ilustre Severo Quintino... —Y reponiéndose, se acordó de la etiqueta debida al Emperador—: Y que el Señor guarde la vida preciadísima del César.

Celso Salomón presentó al pretor a su esposa Sara, a sus hijas Claudia y Ruth, a su hijo Tino. Quintino tuvo una frase de medida cortesía para cada persona, pero al llegar el turno a Ruth, la joven dejó escapar una risita incontenible. Entonces se acabó el protocolo, y Quintino, quitándose la toga, exclamó con campechanía de viejo alegre:

—¡Tienes un encanto de hija, honorable Salomón! ¿Cuántos años, Ruth?

—Quince, señor —respondió la joven.

—¡Qué lástima! Mi hijo mayor tiene veinticinco y está casado. Además no es bueno para nada. Y el otro cumplirá en las Saturnales, once. Siento, Salomón, que no podamos emparentar.

Todos rieron. A Benasur no le hizo gracia. El protocolo imponente del César se vino abajo con la risita de Ruth. Había tenido razón Petronio cuando en Kosmobazar le dijo: «las naves son un poder, pero mucho más poderosos pueden ser los labios de una mujer». ¡Entrometida Ruth!

El pretor recuperó en seguida su papel oficial. Salomón y su hijo dejaron los mantos en manos de un criado. Celso invitó a Severo Quintino a que se acercase a la mesa para tomar el vino de salutación. Pero Benasur intervino, seco, cortante. Benasur no podía permitir que Celso convirtiera la visita del pretor en una recepción en su provecho. Y empujando a Mileto, que se había quedado relegado a un segundo término, presentó:

—El honorable Mileto de Corinto, ilustre Severo Quintino. Es mi consejero y escriba... Un griego que ama y entiende a Roma como Polibio.

Mileto se turbó en el saludo. El pretor lo miró escrutadoramente. Terminó por sonreír y presentarle a los demás miembros del séquito: un funcionario y dos oficiales de la cohorte palatina.

Benasur tomó desde ese momento la iniciativa, considerándose, ante los enviados del César, anfitrión y no huésped. Pasó a la mesa colocando a su derecha al pretor y seguidamente a Salomón. Mileto quedó entre la esposa de Salomón y uno de los oficiales.

Antes de coger las copas, el pretor informó:

—Es costumbre que los embajadores y visitantes ilustres se hospeden en el pabellón Augusto del Palatino, pero no es de rigor cuando el huésped tiene tan honorable alojamiento como el de la domo Salomón. Sin embargo, es deseo del César que sepas que se pone a tu disposición el pabellón Augusto.

Celso tocó con el pie a Benasur. Los dos amigos cambiaron una mirada. La luz en los ojos de Celso era suplicante. Benasur resolvió:

—Agradezco al César tan alto honor; pero, como tú bien has observado, no creo necesario prescindir de la hospitalidad que me

brinda mi caro amigo Celso Salomón.

Brindaron y picaron en los pastelillos.

Volvieron a oírse nuevas trompetas. Benasur se enteró de que había llegado la cohorte del César. Ésta, compuesta de doce pretorianos en uniforme de gala, traían el banderín del Emperador, lo que quería decir que allí donde la enseña se exhibía se encontraba un huésped de Tiberio.

Desde que el Emperador se retirara a Capri, estos actos cortesanos habían desaparecido de la vida romana, pues los embajadores y visitantes que venían a verlo eran conducidos directamente a la isla. Sin embargo, de vez en cuando, se hacían ciertos movimientos de banda Palatina, de pretorianos y coches oficiales a fin de simular la presencia del Emperador. Y se iluminaba la domo del Palatino para hacer creer que Tiberio se encontraba en la Urbe. Con igual fin el trirreme imperial subía y bajaba por las aguas del Tíber. Las escasas veces que aquel movimiento no encerraba un simulacro y Tiberio, abandonando Capri, llegaba a Roma, solía detenerse a extramuros, en la villa del senador Marco Appiano, donde concertaba entrevistas y firmaba decretos. Después de cumplidas estas tareas, que cada vez parecían serle más penosas, volvía al puerto de Ostia para seguir viaje rumbo a Capri, sin apenas haber entrado en la ciudad.

Pasada la primera excitación de carácter social que los emisarios de Tiberio le habían producido, Celso Salomón pensó en los denarios. Y comenzó a darle vueltas sobre qué negocio traería Benasur para haber logrado que Tiberio abandonase su retiro de Capri. Y al pensar que la depreciación de navieros romanos había sido iniciada por su amigo, dedujo que Benasur no se equivocaba en tan arriesgada operación. Por tanto, desde ese momento empezó a impacientarse, deseoso de que Severo Quintino abandonase la domo, para él ordenar a su agente que le pusiese en venta todas las participaciones que tenía de las Flotas Unidas de Ostia.

Después del vino de salutación, Severo Quintino y Benasur pasaron a un salón a conversar a solas. El pretor le puso al tanto del ceremonial que habría de llevarse a cabo durante la entrevista,

señalándole la hora de la tarde en que vendría a recogerlo para llevarlo a presencia del César.

En cuanto el pretor Quintino se fue, Benasur aprovechó la primera oportunidad para escaparse con Mileto a la basílica Argentaría. Como los rumores corrían rápidamente, la noticia de que Tiberio iba a recibir al navarca semita hizo bajar todavía más a los navieros romanos. Por el contrario, un paquete de participaciones de flotas corintias que salió a la venta fue cotizado con cuatro puntos de alza.

Cayo Vico ya estaba enterado de la visita del pretor Quintino a Benasur. Sin embargo, se mostraba un poco acobardado con la caída vertical, incontenible, de los valores romanos. Benasur llegó a tiempo para observar una subida de la seda. La seda, vendida en pequeños lotes, adquirió el precio más alto que había tenido desde la época de Augusto, antes de que se dictasen las disposiciones restrictivas aún en vigor. El paso de la Palatina por las calles de Roma y principalmente su punto de destino, la domo de Salomón, influyó de distintos modos sobre el mercado de la basílica Argentaría. La seda subía por Benasur. Y los futuros del lino y papiro egipcios subían por Salomón. Bajaban peligrosamente navieros romanos y subían los griegos. El mercado se movía de acuerdo con la interpretación de los hechos —poco explícitos y muy contradictorios— que hacían los especuladores.

Si el mercado hubiese estado en el secreto de la causa que provocaba los cambios de ese día, en la basílica Argentaría hubieran debido observarse estos síntomas: baja en los ultramarinos, sin excluir los orientales. Baja en las operaciones sobre artículos de Egipto. Ligera baja en la seda. Y alza en todos los navieros, fueran romanos, griegos o semitas. Porque la rendición de Skamín, que significaba la pacificación del Mar Interior, incrementaría el comercio y los viajes entre todos los países del mundo. Desaparecido el peligro de la piratería, era lógico esperar que bajasen los artículos que se transportaban por mar, a la vez que se sanearían económicamente las compañías de flotas navieras, puesto que éstas operarían en lo sucesivo a más bajos costes, debido a las mayores seguridades. El cálculo de uno por seis que gravitaba sobre todas las mercancías transportadas por la vía marítima dejaría de aplicarse.

Ese cálculo (el mercader consideraba que de seis unidades de mercancía debía darse por perdida una, que se llevaban las flotas piratas) abarataría mucho los ultramarinos. Especialmente el trigo, cuyos convoyes de Egipto eran tan frecuentemente interceptados, provocando, a veces, las grandes hambres de Roma.

Poco después de llegar a la basílica Argentaría, Benasur presenció el revuelo que se armó con la caída en el mercado de un importante paquete de participaciones de las Flotas Unidas de Ostia. Lo había esperado desde el primer día que inició la operación, y ya no guardaba muchas esperanzas de que los équites perdieran la serenidad. Lo que Benasur ignoraba es que esos valores eran de su amigo Celso Salomón. El paquete se ofreció en cuatro lotes de quinientas participaciones cada uno, con un valor de mil quinientos sestercios por unidad. La venta se asomó tímidamente con una baja inicial de tres puntos respecto a la cotización de la vez anterior.

La presencia de Unidas en el mercado causó una nervosidad rayana en el histerismo. Los agentes comenzaron a correr de un lado para otro. Los mensajeros o *tabellarii* salieron de la basílica con la noticia. Benasur se dirigió al mostrador de navieros, donde sus agentes estaban a la expectativa, para decirles que compraran en seguida. Y lo hicieron tan oportunamente que, en apariencia, evitaron que Unidas se derrumbasen. Todo el mundo supo que la compra había sido hecha por cuenta de Benasur. Todo el mundo, pues, fue testigo de este gesto del judío interviniendo tan rápida y eficazmente para detener el golpe contra los navieros más prestigiosos de Roma. Pero Benasur, que conocía el paño al derecho y al revés, las participaciones que recibía con una mano las soltaba cauta y dolorosamente con la otra, y a precio mucho más bajo de lo que le habían costado, con el fin de despreciarlas más todavía, sin que nadie se diera cuenta de esta argucia. Así, Unidas se hundieron en la hora más dramática que conoció la basílica Argentaría.

La noticia de la tragedia que ocurría en la Bolsa cundió por toda la ciudad. Y como los agentes de Benasur siguieron comprando Unidas, en el mostrador de navieros aumentó la simpatía por el judío, al que creían generosamente empeñado en salvar la catástrofe a los valores romanos. Nadie podía pensar que Benasur era capaz de comprar a

mayor precio para luego vender más bajo con evidente pérdida. Porque nadie sospechaba los escondidos fines que Benasur perseguía en la operación.

La gente comenzó a enloquecer. Nunca se había conocido un caso igual de alarma, de desconcierto, de quiebra. Entre otros banqueros andaba por allí dando empujones, gritando y blasfemando, Tito Limo.

—¡Compro en alza, compro en alza! —gritaba a los agentes, con la rabiosa intención de infundir optimismo.

También los hombres de Benasur decían comprar en alza, pero las Unidas iban en baja. Se recuperaban en un punto y bajaban dos. La caída era escalonada. Una mujer, llorando a grandes gritos, desgarrándose la garganta, entró en la basílica con un paquete de participaciones. Se perdió en el tumulto. Por un instante, el público se movió como en oleadas, en un movimiento de presión general. Benasur vino a dar frente al busto de Tiberio. Pensó que esa tarde el César lo recibiría. ¿Y por dónde andaba Mileto? ¿Qué hacía Mileto? ¿Qué consecuencias filosóficas, aplicables a la eternidad del alma, sacaría Mileto de todo aquel cisco de la Argentaría? Hacía ocho años la Argentaría le había impuesto a Benasur respeto, casi temor. En ese momento, sentíase árbitro secreto, fuerza oculta, omnipotente, de la Bolsa.

El *consilium* de la basílica decidió cerrar el mercado. La noticia provocó un aullido. Numerosos inversionistas se agolparon contra el mostrador de navieros arrancándolo de cuajo. Las tablillas públicas en que se anotaban las cotizaciones dejaron de registrar el drama. Pero los agentes, por su cuenta, levantando en alto paquetes de valores, los ofrecían en baja.

—¡Compren, compren todo...! —ordenó Benasur a los suyos.

—Sí..., pero ¿y el dinero? —repuso Cayo Vico.

¡El maldito dinero! Como siempre, Benasur no tenía dinero. Al cerrar las operaciones el *consilium* de la basílica, su cuenta quedaba bloqueada hasta que volvieran a reanudarse. Él, como colegiado de la basílica, podía comprar en blanco. Pero no fuera de la basílica, donde las operaciones se hacían con dinero contante y sonante. Se encogió de hombros y salió con Cayo Vico y los suyos a la calle. Allí

estaba esperándolo Mileto, que había huido del motín. Hicieron recuento, balance: Benasur había perdido en una hora de operaciones un millón ochocientos mil sestercios, pero tenía ocho mil seiscientas participaciones de Unidas que, una vez que se recuperasen, valdrían cerca de cinco millones de sestercios. Lo picante para él era tener ya en su poder derecho a cuatro votos en las juntas de Flotas Unidas de Ostia.

Le dijo a Vico que proveyera de dinero a los agentes, a fin de que en el resto del día continuaran comprando.

Una muchedumbre de curiosos se aglomeraba frente a las puertas de la Argentaría. Los empleados echaban del recinto al público. Llegaron vigiles a disolver los grupos de curiosos.

Benasur y Mileto se fueron hacia Kosmobazar. En el Foro, cerca de la rostra, se encontraron con Cayo Petronio, que acudía a la basílica.

—Se cerraron las operaciones —le dijo Benasur—. ¿Has comprado estos días?

—No. Esperaba a que bajaran más.

Pues compra hoy mismo en la calle todo lo que te ofrezcan. Prefiere Unidas de Ostia a cualquier otra flota.

Petronio notó que Benasur estaba excitado. Ni siquiera le había presentado a su acompañante.

—¿Llevas mucha prisa, Benasur? Podías presentarme a tu amigo y así ir los tres a tomar una copa a Casa Mario.

—Vamos a Kosmobazar. Mi amigo quiere comprarse ropa de ceremonia.

—¿Y tu amigo se llama...?

—Perdón —dijo Benasur. Y seguidamente hizo las presentaciones.

Petronio y Mileto cambiaron unas frases. El joven romano le preguntó por algún poeta de Corinto. Benasur contemplaba el Foro. La gente iba de un lado a otro como si en la basílica no hubiese pasado nada. En realidad, nada había pasado. Únicamente que unas cuantas familias romanas se acostarían a dormir menos ricas, bastante menos ricas que la noche anterior. Algunas, completamente arruinadas. Como la mujer que entró en la Argentaría dando aquellos desgarradores gritos.

Capítulo 10

A los pies de Tiberio

Benasur se vistió con su mejor traje de navarca. Durante el viaje por las ciudades e islas del Mar Interior, había vestido la toga y túnicas romanas, y ahora que iba a presentarse al César tenía un especial interés, quizá originado en un pueril orgullo racial, en vestir la túnica y el manto de navarca fenicio.

Mileto también se había vestido de gala: la túnica y el palio griegos comprados en Kosmobazar. A pesar de lo elegante de su atavío, no se mostraba muy satisfecho. Benasur lo sorprendió varias veces con un gesto de honda preocupación, que atribuyó a la posible timidez que pudiera provocarle la idea de presentarse ante el César.

A la hora fijada llegaron la cohorte Germánica, muy vistosa, el escuadrón pretoriano en uniforme de gala y los coches de la comisión palatina que encabezaba Severo Quintino. Benasur ocupó un lugar en el coche del pretor y Mileto en el de otro funcionario. La comitiva salió del Pincio con estrépito de trompetas. A su paso provocaba los aplausos de la gente, que sentíase admirada con el lujoso atavío de Benasur. Contra lo que el judío esperaba, no se dirigieron hacia el centro de la ciudad, sino que tomando la dirección del poniente, atravesaron el Tíber por el puente de Agripa, para tomar en seguida la calzada que conducía al Campo Vaticano. Al llegar a éste, dos filas de pretorianos que guardaban la entrada a una domo hicieron comprender a Benasur que había llegado al lugar de la entrevista con el César.

Un grupo de funcionarios y senadores recibió al navarca. Entre ellos conoció a Vitelio Muncio, a Lucio Parissi, a Máximo Rufo y a

otros. Todos senadores del grupo plutócrata. La presencia de Muncio le hizo suponer que Marco Appiano había obrado sutil y cautamente. Con tal cautela, que el viejo zorro no estaba presente.

En los breves minutos de espera Benasur sintió latir su corazón, y hasta tuvo la sensación de que la sangre le bullía en la cabeza golpeándole las sienes. Era la primera vez en su vida que iba a hablar con el César, y en ese momento las más diversas y opuestas versiones sobre el carácter del Emperador acudían a su mente para entorpecerle los miembros y los labios en una molesta timidez. Y cuando vio que la puerta del salón inmediato se abría de par en par y un ujier exclamaba:

«¡Silencio!», sintió que la lengua se le pegaba al paladar. Nadie se movió. Benasur miró interrogadoramente al senador Vitelio Muncio. El mismo ujier, una vez que todas las bocas quedaron respetuosamente mudas, anunció: «¡El César!».

Severo Quintino tomó la iniciativa de la ceremonia. Poniéndose delante dio los primeros pasos. Benasur lo siguió llevando a su derecha a Vitelio Muncio y a su izquierda a Soma Augustino. Tras ellos Mileto, acompañado de dos funcionarios. Los seguían el grupo de senadores y otros personajes.

Al fondo del salón, sentado en un solio que hacía las veces de trono, estaba Tiberio; a la derecha, al lado de un busto de mármol del César, el prefecto Sejano, el «héroe» de Espelunca, alto y atlético, grave e impenetrable. Severo Quintino, deteniéndose en medio del salón, anunció:

—Benasur de Judea, Navarca Magnífico.

Y tras una breve pausa:

—Mileto de Corinto, honorable escriba de protocolos.

Mileto había olvidado que sin permiso previo no se podía mirar al César. Tiberio tenía los ojos saltones, inquisidores, puestos en Benasur. Le miraba de arriba abajo, con una expresión apática, hermética, que hacía desaparecer el corte de la boca. Todo el aspecto de Tiberio era el de una momia: las manos crispadas, con los dedos inquietos, sobre las bolas leonadas del solio; la túnica de lino pálido, que dejaba al descubierto los brazos un tanto descomunales, con la piel apergaminada adherida a unos músculos

fláccidos. De todo él lo más impresionante era su rostro impávido, sin *pathos*, como una máscara inquietante por su falta de expresividad. Huellas de cicatrices surcaban la piel como si fuesen arrugas. La cabeza era grande y la frente ancha, abombada hacia las sienes. El cráneo mondo, como de calavera. Se veía bien que el mundo, todo el mundo estaba metido en aquella cabeza, y que su peso gravitaba como el golpe de un portísculus sobre el Emperador. Pero ese universo de Tiberio que era el esferoide de su cabeza, tenía dos ventanas, dos estrellas que asomaban fijas, luminosas entre la sombra pálida de su rostro. Miraba con interés y con estupidez, con la osadía de su omnipotencia y con la cobardía de su alma de hombre, con la curiosidad de todo lo aprendido y con la desgana de todo lo olvidado. Miraba con la atención del miope. Mileto pensó que así debía de ser la mirada de los dioses: calando hasta lo más hondo del alma de los hombres, pero con una absoluta carencia de solidaridad hacia ellos. Mirada de ciego.

Severo Quintino se apartó del grupo y fue a situarse al otro lado del busto del Emperador. Benasur y Mileto quedaron solos, en medio del salón. Benasur, tres pasos más adelante de Mileto y a su derecha. Tal como le había instruido Severo Quintino, mantuvo la cabeza baja, con la vista en el mosaico del piso. Al cabo de un largo silencio que se le empezaba a hacer insufrible, oyó la voz débil, fría, metálica, no muy firme, de Tiberio, que le decía:

—Acércate, Benasur.

Benasur, sin dejar de mirar al suelo, se adelantó hacia el trono. Al llegar ante la seda púrpura —a cuatro pasos del solio— que alfombraba el sitial, se postró a los pies del César. En ese momento la frase de salutación muy precisa que le indicara Severo Quintino se le olvidó por completo. También se le había olvidado en la entrevista con Skamín la frase inicial, tan aprendida, para pedirle que se rindiese. Entonces Benasur se jugaba la vida. Y entonces no sintió ni la emoción ni la cobardía de ahora. Pues ahora se jugaba algo más que la vida: su ambición. Sin la ambición, la vida, precisamente la suya, no tenía ningún sentido. Él podía ignorar la sangre que entibiaba sus músculos, podía olvidar los tendones que movían sus miembros, los huesos que sostenían su cuerpo. Podía vivir ignorando

los resortes biológicos de su ser. Mas no podía vivir sin ambición. Y era su ambición sin medida, tan grande como el ámbito de Tiberio, lo que se estaba jugando a los pies del César. En ese instante el mundo estaba constituido para Benasur por dos hombres: Tiberio, cuyo rostro aún no había visto, y él. La ambición incitaba a pensar al judío en arrebatarle el mundo al propio César. El César no se daría cuenta, porque él, Benasur, sería lo suficiente hábil para no despojarlo de la púrpura. Mientras el César tuviese la púrpura y el trono, la trompeta y el lábaro, no se daría cuenta de que le habían arrebatado el mundo.

Y como Benasur tenía que saludar a Tiberio, con el mejor acento latino que le era posible articular, lo hizo al modo judío:

—Que la paz del Señor sea contigo, César.

No era lo ritual, no era lo protocolario. Las palabras de Benasur cayeron en un silencio ambiguo de desconcierto. Además, le había temblado la voz, no por dirigirse al César, sino por todo lo que las palabras contenían: la ambición, la vida misma de Benasur.

Todavía el judío esperó escuchando el silencio. Pensó que Tiberio miraría interrogadoramente al pretor Quintino, como diciéndole: «¿Así has intimado a este judío para que se presente ante mí?». Sí, Benasur comprendía que se había roto, quebrado el protocolo. Pero intuía que con aquella frase de salutación de hombre a hombre, sentaba desde el primer momento ante el César una jurisprudencia y un derecho.

Oyó que el del solio le decía:

—Levanta, Benasur... —Y tras una pausa—: Te escucho, Benasur...

El navarca se puso en pie. Y vio, al fin, el rostro del César. Todas las estatuas y bustos le mentían. Era mucho más viejo de lo que representaban los más recientes retratos y el rostro aparecía acribillado de cicatrices. Se vestía con una túnica demasiado modesta, adornada en los bordes con una greca dorada. Benasur se sintió más seguro con la sencillez del indumento del Emperador, que contrastaba con su túnica de seda y oro, con el cíngulo de Hiram, de cuarenta y nueve esmeraldas escogidas entre los más famosos lapidarios de Sidón; con las hombreras recamadas de perlas negras y rosadas de Philoteras. Sobre todo, con su pectoral de navarca de

las treinta flotas. Un pectoral tan fino y sutil como un encaje de Frigia, pues había sido confeccionado con tres placas de oro caladas y superpuestas, donde se veía el haz de los siete remos sobre la constelación polar de turquesas.

Benasur habló:

—Has de saber, ¡oh, César!, que tu humilde servidor es propietario de la Flota Grande de Joppe, de la Flota Grande de Alejandría, de la Flota Grande de Odessa, de la Flota Grande de Siracusa, de la Flota Grande de Philoteras. Además, de la Flota Blanca de Rodas, de la Flota Blanca de Tiro, de la Flota Blanca de Paphos, de la Flota Blanca de Tebas. Estas flotas reúnen doscientas sesenta y nueve naves que surcan tus mares. Y con las flotas asociadas de la Compañía Naviera del Mar Interior, mis socios y yo sumamos cuatrocientas noventa y tres naves de todos los órdenes...

—Sé quién eres, Benasur, y sé quiénes son tus socios... Puedes empezar a hablarme de Skamín.

—Como tú sabes, las naves piratas de Skamín sembraban el terror y la ruina de los mares. Hace años tú pusiste precio a la cabeza del pirata. Pero la naturaleza de Skamín es semejante a la de las serpientes de mar, y a pesar de la diligencia y pericia de tus ilustres navarcas, no fue posible su captura. Es rumor público que corre entre los navieros del Imperio, que tú, ¡oh, César!, en distintas ocasiones diste pruebas a Skamín de tu continua benevolencia, y ese mismo rumor dice que el pirata...

—Sí, Benasur —cortó, impaciente, Tiberio—. Dime qué has concertado con Skamín.

—Por ningún momento, ¡oh, César!, el humilde servidor que te habla pretendió llevar a cabo convenio con Skamín que pudiera significar una injerencia en los negocios del Imperio que tú y tus preclaros consejeros lleváis a cabo. Simplemente, en mi condición particular de naviero, humilde servidor del César, he obtenido de Skamín respeto para nuestras naves. Pero al realizar este acuerdo, yo, que tenía mi corazón y mi pensamiento puestos al servicio del César y de Roma, a prudente y muy sabia sugestión del ilustre senador Marco Appiano, le di a Skamín tan hábiles razones, que obtuve de él la promesa de su rendición a Roma.

—¡Admirable naviero! —dijo Tiberio.

Benasur se desconcertó. No supo si el comentario del César era irónico o elogioso. Le miró a la boca y la vio fina y apretada como una arruga más del rostro. Su cutis brillaba como el mármol. Una serosidad morbosa lo untaba de una fina película.

Fue Tiberio quien le preguntó:

—Y dime, Benasur, ¿cuándo y en qué condiciones haría Skamín su rendición?

—En el momento que tú, yo y mi escriba Mileto firmemos este documento... —Benasur hizo una seña a Mileto. Y éste, adoptando una actitud muy de la circunstancia, se adelantó hacia su patrón. Sin embargo, le temblaban las piernas.

Mileto dio un pliego enrollado a Benasur y el navarca lo extendió al César.

Tiberio lo recogió indiferente y, sin dejar de mirar a Benasur, preguntó:

—¿Qué pide Skamín a cambio de su rendición al César?

—Nada, señor.

—Entonces, ¿cuál es tu precio?

—La satisfacción de haber servido al César —contestó Benasur. Tiberio se puso en pie. Y hablándoles a Sejano y a los senadores, dijo:

—¿Habéis oído, señores? Nunca se le ha propuesto un negocio tan generoso al César como el que presenta Benasur. —Y pasando el pliego a Sejano, que se apresuró a recogerlo—: ¿Quieres leer el documento?

Sejano, erguido a la medida de su gran estatura, leyó con voz grave y segura:

«Yo, Skamín, navarca de la Flota Negra del Mar Interior, sin coacción alguna que me obligue y sí atendiendo las buenas y prudentes razones que me ha expuesto el navarca magnífico Benasur de Judea, y por mediación de tan honorable naviero, prometo solemnemente renunciar de hoy en adelante, por toda la vida, a abordar y registrar nave, cualquiera que sea su matrícula, que viaje por los dilatados mares de Roma. Prometo también acatar sin menoscabo y sin reserva la autoridad marítima de Roma y su

césar Tiberio; respetar las leyes rodias. Prometo también poner mi influencia y mi autoridad con los míos al servicio de Roma y sus autoridades en las provincias del Imperio. Y todo esto que prometo será garantizado por el propio Benasur de Judea, que tiene todos mis poderes para hablarle por mi cuenta al César Tiberio. Esta promesa entra en vigor como convenio de rendición en el momento en que se firmara por el César de Roma y por Benasur de Judea, en mi nombre, siempre que el césar Tiberio sea tan magnánimo que perdone mis anteriores desacatos, de los cuales me arrepiento y doy fe de ellos con mi rendición a Roma. Dictado en mi nave capitana en el mar Egeo, dos millas al este de la isla de Anafe, a. d. xv calendas de abril del decimoquinto año del reinado del césar Tiberio, ante el honorable escriba Mileto de Corinto, por testigo.»

—Es todo, César —concluyó Sejano.

Tiberio volvió a sentarse y comenzó a mirar uno a uno a todos los presentes, observando el efecto que les había producido la lectura del documento. Benasur, al cabo de un rato, dijo:

—¿Me permites que hable, César?

Pero Tiberio contestó con otra pregunta:

—¿Qué pensáis vosotros, señores?

El senador Vitelio Muncio se anticipó a expresar su opinión:

—Creo, ¡oh, César!, que Benasur presta un valiosísimo servicio al Imperio. Ciertamente, Skamín no era en verdad un peligro grave para Roma. Mas sus correrías sembraban la intranquilidad en los mares y nos obligaban a mantener un servicio de vigilancia que cuesta muy caro al Erario. Además, Skamín ponía en entredicho el prestigio de nuestra autoridad. A tal sujeto, Roma debería castigarlo como al más vulgar de los delincuentes. Por muchos años ha violado las leyes rodias y el derecho de Roma. Mas ante esa promesa de rendición debemos ser prácticos. Creo que Roma puede sentirse reparada de su orgullo herido con la rendición de Skamín. Y debemos felicitarnos de que la sagaz iniciativa de Marco Appiano haya sido tan acertada y hábilmente llevada a fin por el navarca Benasur. Skamín no pone más que una condición: la de apelar a la magnanimidad, a la indulgencia inagotable del César. Y si nuestro bienamado césar Tiberio no fuera gobernante tan celoso del bien

común, cabría pensar si debíamos o no aceptar la promesa de Skamín. Si ponemos en la balanza el pro de lo útil y el pro del orgullo, me parece que lo útil y conveniente es de más peso. ¿No queda el orgullo de Roma satisfecho y reparado con la humilde rendición de Skamín? Por eso yo creo que si el César accede a firmar el convenio, debemos reconocer que este ilustre amigo de Roma que es Benasur de Judea ha prestado un valioso servicio al Imperio.

Tiberio pidió con un gesto la opinión de Soma Augustino.

—Las palabras del ilustre Muncio —dijo el senador— están dictadas por la prudencia. Mas yo quiero fijar el interés en una cuestión del asunto: aquella que se refiere a las economías del Erario que se derivarían de la rendición de Skamín. Tengo entendido que el Tesoro de Roma eroga más de veinte millones de sestercios en los servicios contra la piratería. Indudablemente, el ilustre Benasur de Judea, Navarca Magnánimo, que tan agudamente ha sabido interpretar las patrióticas ideas del ilustre Marco Appiano, presta un valiosísimo servicio al César y a Roma.

Tiberio señaló con un gesto al senador Parissi. Éste dio unos pasos mirando al piso en actitud reflexiva. En seguida, levantando el brazo, adoptando una actitud oratoria tal como si hubiera subido a la rostra, dijo:

—Muy juiciosos y oportunos conceptos —a los que me adhiero con admiración y sin reserva— habéis expuesto aquí ante nuestro bienamado césar Tiberio. Pero yo quiero traer a este recinto sagrado la voz del pueblo. Yo quiero exponer al augusto césar Tiberio los beneficios enormes que la rendición de Skamín aportaría al pueblo de Roma, a ese pueblo abnegado y heroico que constituye la preocupación constante y magnánima de nuestro Emperador. Y el sagaz ministro Sejano que me escucha, cuya elocuencia todos envidiamos, sabrá mejor que nadie decirle a nuestro augusto César estos beneficios que yo sólo acierto a enumerar torpemente. Con la rendición de Skamín, abiertas a la seguridad las rutas marítimas, se originará una baja en los artículos de consumo que nos vienen de las provincias. Y sobre todo en el trigo, en el trigo de Egipto. ¡Con qué gozo, con qué satisfacción, con qué alegría recibirá el pueblo la rendición de Skamín, cuyo solo anuncio provocará una baja en el

pan, en el aceite, en los vinos y en todas las manufacturas! Sólo nuestro bienamado césar Tiberio puede hacer un beneficio igual. Es cierto que el ilustre Marco Appiano ha tenido una idea feliz. Y yo lamento que en este instante su modestia le haya impedido presentarse ante el César. Es cierto también que este ilustre Benasur de Judea, al que no me detengo en considerar desde este momento como conspicuo amigo del Imperio, ha obrado con prudencia, con sagacidad, con encomiable espíritu de sacrificio, pero es mucho más cierta la clarividencia de nuestro augusto César, que sabe rodearse de consejeros tan leales, tan abnegados, tan competentes para la administración pública, como el ministro Sejano, como nuestro patricio Marco Appiano...

Lucio Parissi continuó la pieza oratoria. Benasur ya no siguió el hilo de la perorata porque sus propias ideas le reclamaban la atención. El discurso de Lucio Parissi le revelaba dos cosas: que todo lo que se derivase de la rendición de Skamín estaba ya concertado; que a él lo distinguirían con un alto honor. Pero allí el prefecto Sejano, el más íntimo e influyente consejero de Tiberio, se mantenía apático e indiferente, si no hostil.

Tiberio dio por concluida la audiencia. Benasur tenía la esperanza de que el César pediría la opinión de Sejano. Y el hecho de que se reservase a hablar a solas con su ministro no le agradaba mucho.

Se llevó las manos al pecho.

—Que el Señor quede contigo, ¡oh, César!

Benasur recordó la Ley: «No adorarás ninguna imagen de madera, ni de piedra, ni de ninguna otra materia, que es imagen vil. Y haciéndolo cometes fornicación. Si lo hicieres, que te expulsen de mi casa, que te aparten de mi vereda y yo, Yavé, maldeciré la que hagas con tus pies».

Sintiose contrito. Porque Tiberio en ese momento le pareció un ídolo, un ídolo de huesos fósiles, de pergamino corrupto, de lino manchado de pus. Y todos aquellos que le rendían adulación y honor, que le acataban y le adoraban, fornicadores del templo de Baal.

Después se acercó a Mileto. Mileto temblaba como una hoja.

—No me cuentes lo que pasó hoy en la domo de Sejano. Lo sé todo, incluso el modo suntuoso como ibas vestido. Lo que me interesaría saber es lo que sucedió esta mañana en el Cardo Argenti. Hay muchas opiniones, pero yo creo que tú eres el autor del pánico. ¿Con qué objeto, Benasur?

—¿Me crees el provocador? —replicó el judío al senador Appiano.

—Mira, Benasur: hasta ahora hemos sido socios en el negocio de la seda. Quiero que lo seamos en el negocio de las flotas...

—Ese negocio es intocable, Marco. Yo no pretendo ser socio tuyo en la política...

—Si tu ambición son las minas béticas, tendrás que asociarte políticamente a mí —le repuso el senador. Y en seguida, escanciando en unas copas agregó—: En cuanto se haga el anuncio público de la rendición de Skamín, todos los valores navieros subirán. ¿Quién sabía lo de la rendición, sino tú? ¿Quién, sabiendo lo de la rendición, está interesado en flotas, sino tú? ¿Quién podía tramar un movimiento de bolsa tan astuto, sino tú? Sé que has comprado esta mañana ocho mil participaciones de Unidas. Sé también que tus agentes han seguido comprando hasta apoderarse de cuatro mil participaciones más. En la Argentaría han creído que tus compras tendían a evitar la caída de las Unidas. Pero en la Argentaría ignoraban lo de Skamín... Ahora, dentro de unos días, hecha pública la rendición, vendrá el alza tan vertiginosa como la baja. Y entonces, cuando Unidas alcancen su mejor cotización, tú venderás. Te habrás embolsado seis o siete millones de sestercios. No te censuro. Es una buena operación... Pero eso no es todo. Franquéate conmigo...

Pero Benasur se había arropado en su sensibilidad impermeable. Y paladeaba el vino y jugaba con la copa. Al fin, le dijo al senador:

—Antes di tú lo que sabes...

—Sé, Benasur, que no comprarás una participación de las Unidas. Esos valores no están en Roma. Hay muchos en Ostia. Pero mañana no abrirá la basílica Náutica de Ostia. La mayoría de las participaciones están en Gades, que es dominio, como sabes, de los caballeros del Orden Ecuestre... Si la noticia del pánico llega a Gades o hay persona allí que lo provoque antes de que reciban la noticia de la rendición de Skamín...

El senador Appiano se detuvo. Después de rascarse la nuca, continuó:

—Tú sabes adónde voy, ¿verdad, Benasur? Atiéndeme. Vamos a hablar sin tapujos. En Roma hay dos poderes: el Senado y el Orden Ecuestre. Aunque te digan otra cosa, el Orden Ecuestre es un poder. El Senado se compone de dos clases de individuos: los de la palabra y los del número. Los senadores de la palabra, que son los que hablan, si se aprenden bien los discursos que les redacta su escriba, pueden alcanzar la fama y pasar a la historia. Los senadores del número no hacen discursos, pero hacen negocios. Yo y el grupo de senadores amigos que tú conoces no pasaremos a los anales. Nuestras ambiciones son más modestas. Tampoco los caballeros hacen discursos. Pero los caballeros molestan a los senadores del número y estorban a los de la palabra. Me estoy explicando, ¿verdad, Benasur? A nosotros la función senatorial nos abre la puerta para los negocios. Los ecuestres, para hacer negocios, necesitan cargos. Por tanto, trabajan en principio para obtener los cargos. En este aspecto tienen en contra a los senadores de la palabra, porque éstos, que trabajan para la historia, ¿de qué vivirían si les quitan los más jugosos cargos administrativos? Hay, pues, empeñada una lucha sorda entre el Senado y el Orden Ecuestre.

Appiano se explicaba. Después de una pausa, viendo que Benasur no soltaba prenda, se entregó todavía más:

—Toda acción que vaya contra las compañías y consorcios que manejan los équites encontrarán las simpatías del Senado. ¿Está claro? El grupo de senadores que yo dirijo podría fácilmente hacerse con las Flotas Unidas de Ostia. Sería un magnífico golpe contra los équites. Mas para esto necesitamos la ayuda de un hombre tan hábil, astuto y osado como tú. Tú eres el único que puede llevar a cabo esta operación. Primero: dando instrucciones a tus agentes de Gades de que estimulen el pánico; segundo, comprando en baja, al precio más ínfimo, participaciones de Unidas por nuestra cuenta. Fíjate, carísimo Benasur, que digo por nuestra cuenta. Conozco muy bien tus ambiciones. Sé que trabajas por la hegemonía de las flotas semitas. Pero navieros romanos sólo deben pasar de manos de los équites a manos de los senadores. A Roma le molestaría que un

navarca judío como tú manejase sus flotas mercantes. Sin embargo, nosotros, si tú nos ayudas a apoderarnos de Flotas Unidas de Ostia, te ayudaremos en tus ambiciones sobre las minas de Bética. También están en manos de esa ralea de los équites y los senadores seremos despiadados para darles el golpe en su propio dominio.

Marco Appiano hablaba el lenguaje que entendía Benasur. No sin justicia se había definido como senador del número. Porque sus palabras tenían la elocuencia de las cifras. Dio un sorbo a la copa y planteó:

—Hasta aquí Marco Appiano. Ahora, para que yo siga, tú debes contestar a esta pregunta: ¿Aceptas?

—Acepto siempre y cuando se me permita adquirir hasta un diez por ciento de las participaciones de Unidas.

—No tengo inconveniente. Y tomo este interés tuyo como un gesto de adhesión a Roma. Pero que no se te olvide, Benasur: lo lícito es que tú constituyas siempre minoría ante Marco Appiano... en las Unidas.

—De acuerdo.

—Estaba seguro de ello. Así, que paso al tercer punto del plan de acción. Mañana tendrás que fingirte enfermo. Háblale a tu médico y ponte de acuerdo con él, a fin de que cuando yo te mande a Mitrates, que ahora atiende al César, se quede convencido de que padeces el mal que se le haya ocurrido a tu médico. Tiberio sabrá así que estás enfermo y que debe posponerse la firma del protocolo Skamín. Porque el protocolo se firma, Benasur. Pero es necesario tomar un período de tiempo a fin de poder operar en Gades, a que se extienda el pánico. ¿Comprendes? Cuando la noticia de la rendición de Skamín se haga pública (el discurso del Foro sé que correrá a cargo de Lucio Parissi), ya los valores de Flotas Unidas de Ostia estarán en nuestro poder.

—¿Estás seguro de que el protocolo de rendición se firmará? —preguntó Benasur.

—Segurísimo. No te dejes impresionar por la actitud de Sejano. Es lógica. Sejano es hoy el brazo derecho del César. El poder más grande después de Tiberio. Sejano, al mismo tiempo, es hombre de los équites. La rendición de Skamín es un prestigio para el grupo

senatorial y, de rebote, un duro golpe para los équites. Por eso mismo Sejano estuvo reservado hoy. Por mucho que quiera anticiparse, no hará nada. Él cree influir con éxito cerca de Tiberio, a quien pretenderá convencerle de batir a Skamín con las flotas de guerra. Hasta hoy no ha sabido el objeto de tu visita. Tiberio se lo ha mantenido oculto. Pues has de saber que hemos ganado el ánimo del César en contra de Sejano. No le doy más de seis meses de vida.

»Esta misma tarde —continuó Appiano— salieron correos de la Argentaría a Ostia con la noticia del derrumbe de navieros romanos, especialmente de Unidas. Como tú sabes, todos los días parten de Ostia barcos para Gades. La noticia navega ya a Gades. Pero es necesario que tú instruyas a tus agentes, que escribas a Siró Josef. Es necesario que mientras estés enfermo, se derrumben los équites. Cuando ya hayas recobrado la salud y el César te llame para firmar el protocolo, Sejano se habrá dado cuenta de su fracaso y enviará tardíamente la noticia de la rendición de Skamín a Gades... Para entonces los équites habrán tirado en la Casa de Tasas todo el papel.

Benasur sonreía, y su sonrisa era como una anticipación a las ideas del senador Appiano.

—La rendición será de gran efecto —prosiguió Marco Appiano—. Todo está dispuesto para lanzar al mercado grandes cantidades de trigo que tenemos almacenadas. La Anona hará un reparto de harina. Para festejar tal acontecimiento se organizará una temporada especial de funciones en el anfiteatro. Es todo...

—No, no es todo, Marco —repuso Benasur—. Has meditado mucho tu plan para quedarte con las Unidas de Ostia; pero no has pensado en tu amigo Benasur. ¿Qué hay de las concesiones mineras?

—¿Cuáles son tus aspiraciones? ¿Las has concretado, Benasur?

—Ya. ¿Tienes un mapa de Hispania?

—Sí, lo compré, y muy caro, en la librería de los Sosis... Me alegra saber que por primera vez va a ser útil.

Marco Appiano salió a la puerta y vociferó, insultó a los esclavos que andaban por el atrio y les dijo que le trajeran el mapa, que estaba en la biblioteca. Appiano guardaba en la biblioteca todo lo

que él consideraba superfluo, inútil y estorboso. Además de los libros, las ánforas de Chipre vacías.

Cuando el criado entró con el mapa, el senador lo extendió sobre una mesa. Benasur se acercó y con tinta de color hizo un triángulo. El vértice superior tocaba Sisapon —el minio o mercurio—; el vértice inferior de la izquierda, Onoba —la plata, el cobre, el plomo—; el de la derecha, Carthago Nova —la plata, el plomo, el hierro—. Y toda la riqueza de minerales —sin excluir el oro— que se contenía dentro de la figura geométrica. Era un triángulo equilátero casi perfecto. Por lo menos, así parecía serlo en el mapa de Appiano, si no tenía muchas inexactitudes.

El senador sonrió. Bien concentradas tenía sus aspiraciones Benasur. El triángulo más rico de la Bética. Quizá el más rico de todo el mundo, pues ni en Oriente se encontraba país que en tan reducido perímetro contuviera tantas y tan preciadas riquezas.

Marco Appiano comentó irónico:

—Si hubiera estaño, sería perfecto.

—Lo encontraré —dijo Benasur—. Mientras tanto, me contento con que mi amigo Siró Josef sea el más importante mercader de ese metal. Pero lo encontraré.

—¿Y Bilbilis?

—Se lo dejo a los équites. Me doy por satisfecho con arrebatarles sus expertos.

—¿Qué piensas hacer con tantos metales, Benasur?

—Carros.

Marco Appiano se quedó perplejo.

—¿Carros? ¿Para qué carros?

—Quiero llenar el mundo de carros. Quiero que cada hombre tenga un carro... Marco Appiano prefirió reír. En seguida:

—¿Y por qué Sisapon?

—Me fascina el mercurio, Marco. Creo que es el único metal que tiene alma, espíritu...

—Eso va a costar muy caro...

—Tengo prevista una renta anual para el Erario de Roma de veinte millones... —informó el judío.

—¡Benasur! De esos veinte millones, ocho le tocarían a Tiberio... ¿Tienes listos los contratos?

—Mi escriba los está redactando desde hace varios días.

—Mándame cuanto antes un informe detallado. Habrá que pelear mucho. Quedan muy pocas explotaciones de carácter público. Ésas son fáciles de obtener. La mayoría son de carácter particular. Y están en manos de los équites. Se necesita un informe muy detallado y técnico, muy documentado y expresivo, a fin de que el César denuncie los contratos existentes. Estoy seguro de que los ocho millones pesarán en la voluntad de Tiberio.

Ya no tuvieron más que hablar. Marco Appiano acompañó a Benasur hasta el coche. Lo despidió con unas palabras que a los oídos del navarca parecieron eco adulador, aun en la ironía, de otras oídas aquella misma tarde:

—No te olvides de enfermar, carísimo amigo del Imperio...

Capítulo 11

El tercer patio

Celso Salomón insistió para que Benasur accediera a pasar al tercer patio. Mileto los acompañó sin ninguna curiosidad. Sentía más bien un poco de repugnancia y otro tanto de sobresalto, siempre temeroso de dejar al descubierto en un detalle cualquiera su escondida condición de esclavo.

El tercer patio de Salomón no era lo que Mileto se imaginaba. En cambio, Benasur, tan ajeno por naturaleza a todo aquello que constituía la vida doméstica, no se sintió sorprendido al entrar y ver el tercer patio de Celso. Quizá porque Mohakalí de Kades le había explicado, al regreso de una estancia en Roma, el funcionamiento de la explotación esclavista de Salomón.

La sorpresa de Mileto fue ver que el tercer patio no era tal, sino una sucesión de patios que constituían dentro del predio del Pincio una pequeña población.

Los capataces habían sido avisados previamente de la visita. El orden era el cotidiano, el impuesto por rígida disciplina. Pero el aviso sirvió para que en el patio estuviesen formadas en línea, aseadas y pulcramente vestidas, cerca de un centenar de esclavas. Nunca Mileto en sus andanzas de amo a amo había visto un tercer patio con tal abundancia de población femenina.

Benasur apenas si fijaba su atención en las esclavas. Ninguna sonreía, ni tampoco se atrevían a mostrar un gesto desabrido.

Cuando llegaron al término de la fila, Salomón sonrió a Benasur. Era la sonrisa bien conocida de los tratantes de ganado. Era una sonrisa que Benasur había visto infinidad de veces en los labios de José de Arimatea, en los de su socio Alan Kashemir, de Antioquía,

rey de las caravanas de Oriente, con más de tres mil camellos por las rutas de los desiertos. Una sonrisa de mercader conocedor y satisfecho de sus bestias.

—Debes comprender, Celso, que las mujeres son un engorro en un barco —dijo Benasur—. Acepto simbólicamente una esclava, porque has perdido. Me hubiera gustado más llevarme tu mesa...

Volvieron a recorrer la fila. Lo que no apreciaba Benasur lo valoraba Mileto. Todas las estaturas, todas las pieles, todas las gracias. Aquellas mujeres resumían los veinte tomos de una *Geografía* de un tal Strabón, algunos de cuyos libros él había copiado por órdenes de su amo Antiarco de Mileto, que había sido amigo del geógrafo. Las esclavas parecían llevar en el color y hasta en la textura de su piel la huella del meridiano en que habían nacido. Todas eran mujeres sin tacha.

A Mileto le parecía más difícil escoger una esclava que diez. Por lo menos, a veinte ya les había puesto el ojo. Por eso no pudo menos de sorprenderse cuando vio al navarca detenerse frente a una esclava muy joven y flaca; más alta que desarrollada y feúcha. Con una tez verdosa, con unos ojos negros, de expresión atónita y una boca casi inocente. La joven, al ver frente a sí a los tres hombres, y sobre todo al saberse objeto de especial atención por parte de Benasur, comenzó a parpadear. En seguida un gesto de angustia, de miedo pueril, asomó a sus labios. Los ojos se le humedecieron.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Benasur.

La adolescente hizo un esfuerzo por hablar, pero tan sólo emitió un sonido gutural como un sollozo reprimido.

—Aún no sabe griego, Benasur. Háblale en latín.

—¿Eres de Etruria? —preguntó Benasur.

—No, señor... —repuso la esclava.

—Ignora cuál es su tierra. La vendieron en Arretium —aclaró Salomón.

—Parece ser de la Mauritania —opinó el navarca.

—De dondequiera que sea, no pensarás en llevártela...

—¿Es que no puedo elegirla? —replicó Benasur. Mileto, con un gesto, le dio la razón a Salomón. De todas las esclavas, era la más insípida. Además, muy insignificante de carnes.

—Es una fierecilla salvaje, sin domar. Hace sólo tres meses que está aquí... —arguyó Celso.

Benasur no le hizo caso. Alargó la mano —larga y fina, pulcra y bien cuidada— y la metió entre el cuello y la tirilla de la túnica de la muchacha. Tiró de ella con violencia y la prenda se rasgó. Con otro movimiento experto dejó descubierto el busto. Luego la mano, pálida y aguda, quedó sobre el hombro de la muchacha. Benasur tomó así en propiedad a la esclava. En el dedo índice se hacía más ostensible el rubí de su anillo.

El judío se quedó examinando el busto de la joven. El color de su piel era uniforme, con una ligera transparencia verdosa. En las axilas se aclaraba muy débilmente. Los senos apenas comenzaban a apuntar y los pezones, minúsculos, presentaban un tinte sonrosado muy vivo. Se antojaba que hubiesen sido pintados.

El pudor herido de la muchacha llevó a sus ojos la defensa de una nube acuosa. Benasur, que la examinaba con la atención asexual con que podría observar un objeto, todavía alzó la túnica de la joven para verle los muslos. Dirigiéndose a Mileto, comentó:

—Nunca vi una púber de su edad con las piernas tan largas...

En seguida sacó un pañuelo de lino con sutiles bordados y se lo dio a la muchacha, diciéndole:

—Sécate los ojos y quédate con él. —Al mismo tiempo que le tapaba el busto, le dijo—: Mira, yo tengo para ti una señora en Jerusalén... Jerusalén está muy lejos, pero es una hermosa ciudad, con un templo maravilloso. Esa señora nunca pone la mano sobre un esclavo. Es dulce y buena. Le gustan las flores y los pomos perfumados. Le gustan la música y las canciones de los poetas... Yo estaré en Roma quince días. Si para entonces has aprendido a hablar arameo, te llevaré conmigo a Jerusalén para que sirvas a Raquel, hija de Elifás. Tu amo, el honorable Salomón, dice que eres una fiera salvaje. ¿Verdad que no es cierto?

La muchacha, por toda contestación, prorrumpió en sollozos, a pesar del esfuerzo que había hecho por contenerse. Se arrodilló. Quizá era la primera vez que un ser humano la trataba y le hablaba como a un igual.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Benasur a la adolescente.

—Zintia, señor.

—Levántate, Zintia, y vete a estudiar.

La esclava se puso en pie. Salomón la retuvo mientras ordenaba al capataz que disolviera la fila. Las otras se fueron en distintas direcciones, distribuyéndose en las galeras que se alzaban a los lados del patio. Eran las escuelas; propiamente, los talleres de aprendizaje.

—Supongo que tendrás maestro de hebreo —dijo Benasur a Salomón.

Éste los invitó a que lo siguieran. Los condujo a una de las salas. Sentados en el suelo, una veintena de esclavos de ambos sexos, de distintas edades.

El maestro decía:

—«Quinto Flaminio fue acusado por el siguiente delito: siendo legado en las Galias ordenó durante un banquete, sólo por satisfacer el capricho de su querida, que se cortase delante de ella la cabeza a un esclavo». Este concepto debéis escribirlo de cinco maneras distintas; a saber: «Siendo legado en las Galias Quinto Flaminio...». O bien: «Sólo por satisfacer el capricho de su querida...». O de esta otra forma: «Quinto Flaminio, siendo legado en las Galias...». ¿Me habéis comprendido?

A Benasur le pareció que el ejercicio de retórica era una oportuna réplica a la publicidad que Roma hacía del crimen de Herodes.

—La mayoría de los varones estudian para escribas —informó Salomón—. De aquí han salido muchos de mis regidores que andan por el mundo. Después de que aprenden la aritmética, la contabilidad y la geografía, se les enseña el griego u otro idioma.

Se acercó al maestro y le dijo:

—No vayas por la tarde al taller de copia. Tendrás que instruir en el arameo a esta esclava. Mi hermano, el magnífico Benasur, quiere llevársela dentro de quince días. Procura que para entonces aprenda lo más indispensable... —Y a Zintia le dijo—: Quédate aquí y aprende a escuchar...

Abandonaron la escuela, dejando en ella a Zintia. Salomón los condujo a otras dependencias, explicándoles el funcionamiento de las escuelas de oficios. Sentíase orgulloso del sistema de

explotación. Les informó que del tercer patio, o más propiamente de aquellas escuelas, salían pajes, criados, cocineros, sirvientes, peluqueros, barberos, modistas, sastres, zapateros, copistas y escribas. A todos los servidores, empleados y funcionarios, Celso les abría una cuenta de ahorros que les permitiese comprar su libertad al cabo de determinado tiempo de servicios. Los esclavos que salían del tercer patio del Pincio se hallaban tan bien preparados que, con pocas luces propias que tuviesen, llegaban a ser maestresalas, escribas y regidores en el extranjero.

Benasur se detuvo. En uno de los cubículos del patio creyó ver una cara conocida. El hombre, al verse sorprendido, se escabulló al interior. Mas Benasur se asomó a la puerta.

—¡Sal de ahí, que te he visto!

El hombre salió. Su pelambrera y barba a la luz diurna eran más rojizas que en la noche. Vestía la túnica burda y lisa del esclavo.

—¿No eres tú Barrabás?

Benasur se quedó mirando interrogadoramente a Salomón. El hombre negó:

—Nunca he oído tal nombre —dijo en mal latín.

La expresión de Salomón denotaba contrariedad. Benasur prefirió dejar pendiente la cuestión.

Cuando entraron de nuevo en la casa, Benasur y Salomón se dirigieron al tablinum. Celso le dijo:

—Quiero explicarte el caso de Barrabás...

—No es necesario..., si bien no comprendo cómo cobijas en tu casa a un prófugo de la justicia.

—Más que prófugo es un conspirador... Compréndeme, Benasur. A mí no me interesa gran cosa la política de nuestra patria. Como sabes, yo he nacido en Roma... Aquí, en la Urbe, hay un grupo de expatriados que conspiran unos contra Herodes, otros contra Roma...

—Y Barrabás...

—No hace distinciones. Creo que tiene revuelta en su alma la rabia de la conspiración... ¡Destruir, destruir! Como habrás visto, es un pobre diablo. A mí no me interesa Barrabás, pero sí ciertos hermanos que están decididos a ayudarle... Lo tengo en casa porque

me han presionado. Pasado mañana sale una de mis naves para Joppe... Lo embarcaré y asunto concluido.

—No asunto concluido, Celso. ¿Quiénes son sus amigos en Jerusalén?

—¡Lo ignoro! Te digo que no lo conozco ni me interesa...

Pero Benasur apuró:

—Por lo menos sabrás quiénes son los amigos en Palestina de los amigos de ese hombre en Roma...

—No lo sé. ¿Por qué insistes, Benasur? Yo estoy al margen de la política...

—¡Pero cobijas a un conspirador! ¡Dame los nombres!

—¡Los nombres, los nombres! ¡Qué importan los nombres!... Yo no conozco a las gentes de Jerusalén. ¿Te sirve de algo saber que Barrabás dice tener un amigo, miembro del Sanedrín, que se llama Gamard?

—A mí me interesa todo, Salomón... Y tú sabes ser más prudente. Tú eres tibio y quieres vivir como pez de dos aguas. Quieres estar bien con todos, que es la manera más segura de quedar mal con unos y con otros. Ese Barrabás conspira contra Herodes. Es lo que tú crees... ¿Y si llegara a levantarse contra Roma? No tardaría el César en saber que Celso Salomón dio albergue en su casa del Pincio al conspirador. ¿Cómo puedes tú saber las intenciones que se ocultan en lo más escondido del alma de los hombres?

Celso Salomón no pareció inquietarse con el argumento de su amigo. Esto dio a Benasur la seguridad de que Barrabás iba a Jerusalén a conspirar contra Herodes. En mala hora, pues, según sus noticias, Herodes y Poncio Pilato, siempre enemistados por problemas de jurisdicción, habían concertado un armisticio. Sólo cuando el tetrarca y el procurador tenían un problema o un enemigo común solían conciliarse, olvidándose por una temporada del aborrecimiento recíproco con que se distinguían.

«Francamente, esto de la esclava es un engorro», pensó Benasur acordándose de Zintia.

Y poco amigo de situaciones ambiguas, le pidió a Salomón que le extendiera el título de traspaso de la esclava. Ese mismo día se lo

dio a Cayo Vico, a fin de que hiciera la gestión pertinente para obtener la manumisión de Zintia.

Capítulo 12

El Lazo de Púrpura

Quintino se acercó al trono presentando al César el protocolo. Tiberio, con la zurda, puso en el documento su nombre y su sello. Después, el pretor del Palatino llevó el protocolo hasta la mesa que estaba dispuesta a un lado del salón. Benasur se acercó a una indicación de Quintino y dejó en el documento su signatura y su sello. Luego firmó Sejano. Por último, Mileto, que recogió dos copias del protocolo.

Cortesanos, senadores, funcionarios volvieron a tomar su puesto dentro del salón. Benasur y Mileto quedaron en medio, como habían estado el día de la audiencia. Ahora Mileto permanecía, como Benasur, con la vista baja. Tiberio movía impaciente los dedos sobre las bolas leonadas del solio.

—Acércate, Benasur —dijo.

El judío dio unos pasos hasta el César. El Emperador se levantó del trono. Con un acento que fingía ser solemne declaró:

—Ilustre Benasur de Judea, Navarca Magnífico: En atención a los tres méritos que en ti concurren te hago Carísimo Amigo del Imperio...

Severo Quintino se adelantó acompañado de un funcionario. Éste llevaba en una bandeja un lazo de púrpura con un broche de oro que figuraba una corona de laurel. Tiberio cogió el lazo y se lo prendió en el hombro izquierdo a Benasur, diciendo:

—Al imponerte el Lazo de Púrpura, yo, el césar Tiberio, Emperador de Roma, te beso.

Tiberio besó la mejilla de Benasur. En seguida el judío se postró a sus pies.

Mientras permanecía humillado, el César, con el mismo tono solemne, agregó:

—Nunca olvidarás los tres méritos que te hicieron acreedor al Lazo de Púrpura: servicio a Roma, lealtad al César y nobleza de cuna. Levántate, Benasur.

El judío ocupó su lugar en medio del salón. Ahora Severo Quintino dio un pergamino a Tiberio.

—Acércate, Mileto de Corinto.

Mileto se arrodilló a los pies de Tiberio.

—Levanta, Mileto de Corinto. —Y cuando el griego se hubo levantado, concluyó—: Por tus meritorios servicios, honorable Mileto de Corinto, yo, el césar Tiberio, Emperador de Roma, te otorgo el *jus latii*, con privilegio de toga.

Le dio el diploma enrollado y atado con una cinta de seda púrpura. Mileto volvió a humillarse a los pies del César.

—Nunca olvidarás honrar la toga que te concedo, y piensa en todo momento que si ella te da los derechos de un ciudadano latino, te obliga a la fidelidad que Roma te demanda... Levántate, Mileto.

En algún lugar, la banda tocó la marcha tarquina. La ceremonia había concluido.

Tiberio abandonó el trono con un gesto de aburrimiento. Su rostro brillaba más que la vez anterior. El cutis, salpicado de una serie de manchas rojizas, transpiraba serosidad. Precisamente con un beso protocolario —que antes solía prodigar el Emperador en las recepciones cortesanas—, Tiberio se contagió del extraño mal que padecía. La enfermedad, que se extendió por la Urbe con la virulencia de una epidemia, había sido traída a Roma por el embajador Nym-Harimel y su séquito de las tierras occidentales del Ganges. Desde entonces Tiberio proscribió de las costumbres cortesanas el beso, otorgándolo solamente y a modo de distinción en las grandes solemnidades: en las recepciones del Triunfador o al imponer el Lazo de Púrpura, la más alta condecoración que se concedía a un extranjero. De este modo lo que había sido una costumbre del César hacia sus cortesanos, quedó convertida en la más alta y preciada distinción cesarea. En Roma corría el rumor de

que Tiberio había adquirido su enfermedad en contacto íntimo con alguna mujer, coincidiendo con la epidemia.

Una hora antes, cuando Benasur llegó a la domo de Sejano, Severo Quintino lo pasó a la terma. Allí, el médico Caricles le enjugó el rostro con varias aguas desinfectantes y aromáticas. El César no cumplía la ceremonia protocolaria del ósculo sin que antes el honrado se sometiese a este prolijo lavado del rostro.

Tiberio pasó al triclinio acompañado de Severo Quintino y de Sejano. El ministro había permanecido durante toda la ceremonia pálido como el lino de su toga. Al cabo de una larga y apretada amistad con el Emperador, era la primera vez que el César firmaba algo en contra de su opinión; era la primera vez también que se otorgaba un Lazo de Púrpura sin que él estuviese en antecedentes. Tiberio no había demostrado, sin embargo, ni enojo ni aversión hacia él. Pero Sejano conocía bien la vida íntima del Palatino para comprender que su posición al lado del César comenzaba a debilitarse. El grupo senatorial ganaba posiciones en la sorda pelea contra el grupo de los équites. La camarilla de Appiano había logrado ya influir, de un modo definitivo, en el ánimo y en la voluntad de Tiberio.

Poco importaba saber el nombre del sucesor en el favor del César. Ni Marco Appiano, ni Vitelio Muncio, ni Lucio Parissi, ni Máximo Rufo serían los sucesores. No. Ninguno de ellos quería estar íntimamente comprometido con el César. La amistad del César se gasta, se quema con la cotidiana frecuentación, con el ejército del poder. Los Appianos, los Muncios, los Parissis, senadores de tercera fila en la política, no querían el poder para su usufructo personal; se conformaban con imponer el poder y manejar en la sombra la intriga. Tiberio siempre les sería adicto. Cualquier césar haría lo que ellos quisieran, pues sabían interesar al Emperador en las cuantiosas ganancias derivadas de sus negocios.

Todos siguieron al Emperador al triclinio. Estaba preparado no para una cena formal, sino para una comida fría. A Benasur le destinaron a la derecha del César, la *locus consularis*, y, dado el orden de la etiqueta romana, a Mileto, el más modesto de los invitados, le tocó el último lugar, o sea, a la izquierda del Emperador.

Tiberio había abandonado su aire solemne, casi funeral, que tenía en el trono y que le asemejaba a la momia de un rey antiguo; pero ahora, en el ambiente entre cordial y formulario de la mesa, no mejoraba su expresión de hombre apático, reservado y medroso. Parecía estar hondamente preocupado, y tal como la expresión se plasmaba en su rostro, tal la impavidez que la dominaba hacía pensar que el gesto era habitual y, más que habitual, como traído toda la vida.

Benasur inició una conversación. Tiberio no se esforzó por ser amable. Tuvo curiosidad por conocer cómo iban los asuntos de Palestina, pero lo dijo de un modo tan poco interesado que Benasur le contestó con los tópicos al uso. Sólo una vez Tiberio volvió a mencionar a Herodes Antipas como si deseara tener un informe más incisivo por parte de Benasur, mas el judío se mostró cauteloso. Luego preguntó si Poncio Pilato tenía simpatías en Judea, y como Benasur le dijera muy diplomáticamente que los judíos acataban la labor civilizadora de los procuradores de Roma, Tiberio comentó: «Sejano sabe que existe un ambiente de agitación en Jerusalén. La gente le tiene inquina a Herodes, pero a Roma le resulta muy delicado pensar en un cambio dinástico».

En ese momento Benasur no podía aquilatar en su importancia las palabras del César, si es que tenía alguna. Él estaba demasiado perplejo con lo ocurrido. El Lazo de Púrpura era algo superior a cuanto había ambicionado en cuestión de honores. Pero el asunto de las concesiones mineras de Bética continuaba enigmático. Además, antes de iniciarse la ceremonia se enteró de que Tiberio partiría esa misma noche para Capri. No esperaba ni a recibir las aclamaciones del pueblo, provocadas por la noticia de la rendición de Skamín. Marco Appiano, que se quedaba con la parte política del asunto, daría la noticia al Senado al día siguiente y Lucio Parissi, acto seguido, la comunicaría al pueblo desde la rostra. En la sesión del Senado quizá estuviera presente Sejano. En cambio, Vitelio Muncio acompañaría a Tiberio hasta Capri. Era un modo de neutralizar la acción de Sejano durante los acontecimientos que siguieran a la publicidad de la rendición de Skamín.

Gracias al democrático orden impuesto por la etiqueta romana, Mileto pudo cambiar algunas palabras con Tiberio. El Emperador recordó a un príncipe persa que había conocido en Rodas, con el que salió a cazar en repetidas ocasiones. El príncipe cazaba valido de azores, y este sistema le impresionó mucho a Tiberio. Sin embargo, el Emperador ni con el recuerdo cambiaba de expresión. Le preguntó a Mileto si había estado últimamente en Creta, y el griego le contestó que sí, y aunque sólo pasara unas cuantas horas en el puerto de Cidonia, Mileto dio pelos y señales de la vida de Creta tal como si hubiese vivido años en la isla.

En ese momento Mileto parecía haber olvidado su condición de esclavo. Y no queriendo amargar los felices, inolvidables momentos que vivía al lado del César, posponía, en complicidad con la euforia, pensar en el problema que se le planteaba con la ciudadanía *honoris causa* y su propia, inmanumisa esclavitud. También se olvidaba de la infamante callosidad que llevaba en la parte posterior del cuello. Todo lo ocurrido le daba la seguridad de que Benasur ignoraba su verdadera condición de siervo. De no ser así, su patrón no lo hubiera llevado hasta la presencia del César. Lo contrario suponía un desprecio infinito del judío por Roma, su César y todas sus instituciones. Por lo que había oído, el Lazo de Púrpura daba a Benasur curul de observador en el Senado. Y en las ceremonias y actos oficiales, así como el orden jerárquico, equiparaba al poseedor del Lazo de Púrpura con beso del César a un procónsul. La condecoración se otorgaba de dos clases: con beso y sin él. El beso hacía la distinción aumentando el honor, pues el Carísimo Amigo del Imperio era también *amicus Caesaris*.

La vesperna concluyó en seguida. Tiberio, tan aficionado al vino, se mostró muy parco con la bebida, y sus invitados, que no podían llevarse a los labios la copa sino cuando él lo hacía, no ingerían la suficiente cantidad para dar escape a la cordialidad ni a las conversaciones animadas. En realidad, todos estaban deseando que Tiberio se levantase. Y cuando el César lo hizo ninguno fue perezoso en imitarle.

Las despedidas se efectuaron de acuerdo con el ceremonial. Y de acuerdo con él, Benasur y Mileto tomaron asiento en los coches que

los llevaron al Pincio. En esta ocasión acompañó a la comitiva la banda Palatina. Esto quería decir que ya no verían más al César.

Benasur no se mostró muy halagado al recibir las felicitaciones de la familia Salomón. Y cuando su amigo Celso le preguntó por los pormenores de la ceremonia, se mostró muy discreto pensando que de las concesiones nada se había insinuado.

Mileto fue más explícito. Mileto supo describir con los vivos colores del entusiasmo la ceremonia y la vesperna. Cuando Benasur se retiró a cambiarse de ropa, dijo a Salomón:

—Te habla Mileto, nombrado por el césar Tiberio ciudadano *jus latii*. —Y con escondida intención, que no le hizo gracia a Celso, agregó—: Del trigo que no hayas salido hoy, ya no saldrás mañana. Te avisé con tiempo, hermano.

Benasur, Navarca Magnífico, Lazo de Púrpura, Beso del César, no tenía voz en el Senado, pero sí asiento. Sin embargo, él prefirió ir como todos los días a su despacho de la ínsula Lúcula. Vio la agitación que existía en el Foro. Una muchedumbre había ocupado los mejores sitios cerca de la rostra para oír a Lucio Parissi, cuyo discurso había sido anunciado en las tablillas públicas.

Cayo Vico le dio los primeros informes de la Argentaría:

—Están subiendo los navieros, y bajan todos los ultramarinos, especialmente el trigo. Los futuros se están derrumbando.

—¿Sabes ya la noticia, Cayo? —le preguntó el navarca.

—Son muchas las que se dicen. Que el César ha firmado un decreto bajando el precio del trigo... Otra, que las flotas de Skamín se han rendido... También dicen que Sejano ha caído en desgracia.

—De todas ellas sólo una es cierta: Skamín se ha rendido a Roma. Ya sabes lo que significa: la paz y la seguridad en los mares. Sólo a título informativo te diré que yo he sido el que ha logrado la rendición de Skamín. En esa operación me jugué el pellejo. Pero estoy en Roma, Cayo Vico.

El regidor continuó atendiendo sus asuntos y Benasur se asomó a la ventana. Desde ella se veía el Foro, y aunque no alcanzaba a divisar la fachada del Senado, sí quedaba en el campo de su visión la rostra. A la media hora y cuando una masa de público imponente llenaba el Foro, subió a la tribuna Lucio Parissi. La plebe y

principalmente los aduladores y clientes del senador iniciaron la ovación y las aclamaciones. Con un gesto teatral Parissi impuso silencio en la masa. En seguida habló: «¡Ciudadanos: El Senado de Roma me ha encomendado la grata misión de presentarme ante vosotros para daros una magnífica noticia. Nuestro augusto Tiberio, que no mira más que por vuestro bienestar y vuestras alegrías, ha dado cima a una de las empresas más arduas de su reinado! ¡Ciudadanos: Skamín, el pirata Skamín, se ha rendido a Roma!».

La explosión de júbilo fue incontenible. Infinidad de gorros, sombreros, estolas danzaron por el aire. Los vítores a Tiberio y Roma se confundieron en un alarido ensordecedor. Muchos ciudadanos no sabían quién era Skamín, y otros lo habían olvidado ya. Pero el hecho de que desde la rostra un senador dijera que Skamín se había rendido a Roma daba a la noticia toda la emocionante verosimilitud de un triunfo.

«¡Ciudadanos! —prosiguió Lucio Parissi—, la rendición de Skamín significa que las naves de Roma se trasladarán de un lado al otro del orbe con todas las seguridades. Y que el trigo y todos los artículos que llegaban a Roma por la vía marítima sufrirán una importante baja de precio. ¡Todo esto se lo debemos a nuestro augusto césar Tiberio, cuya modestia le impide aparecer ante vosotros para recibir el homenaje de vuestra gratitud!»

Benasur pensó que Lucio Parissi no había estado elocuente. Pero quizá para dar buenas noticias no se necesitaban alardes oratorios. La noticia en sí, con su óptimo contenido, era lo bastante halagadora. El griterío de vítores y aclamaciones fue disminuyendo para permitir que Parissi continuara: «Para celebrar tan magno acontecimiento, un grupo de padres conscriptos ha patrocinado una temporada especial de festejos circenses. Y mañana la Prefectura del Trigo comenzará los repartos gratuitos de doble ración de harina, vino y aceite...».

Si Lucio Parissi tenía algo más que decir, nadie pudo enterarse. La alegría de la plebe se hizo frenética. Benasur no quiso ver más y abandonó la ventana. Al entrar en las oficinas, le dijo a Vico:

—Creo que sería conveniente que dieras asueto a tus empleados. Cierra las oficinas hoy y mañana. Roma está de fiesta.

Salió a la calle. Parte de la muchedumbre que llenaba el Foro comenzaba a subir por la cuesta Argentaría. Benasur se vio empujado por la gente, y tuvo que abrirse paso a codazos para llegar hasta donde le esperaba el coche.

—Va a ser difícil salir ahora, señor —le dijo el auriga.

—No hay prisa. Vámonos poco a poco al Pincio.

Benasur fue observando las caras de los transeúntes. Todas tenían una expresión de alegría. Quizá con motivo. Pero Benasur, el hombre que más sabía en el mundo sobre la oferta y la demanda, se mostraba escéptico. Sabía que toda mercancía propende, por encima de cualquier clase de acontecimientos, a cobrar su nivel, y que el nivel no lo impone sino el valor puro y estricto de la mercancía que se defiende del valor falso de la moneda. Muchas familias romanas eran menos ricas que cuando Benasur llegó a Roma quince días antes. Él tenía la culpa, pero nadie se lo echaría en cara. Tampoco ninguno de aquellos ciudadanos excitados por la baja del pan, del vino y del aceite se lo agradecería. Muchos de ellos se lo quedaban mirando con indiferencia, sin llegar a sospechar que él era el autor de su momentánea felicidad. Pan y circo. Por una vez Roma iba a tener pan y circo en abundancia gracias a un desconocido, a un extranjero, a un despreciable judío.

Cuando llegó a casa, no encontró a nadie. Un criado le dijo que Mileto había salido al castro pretorio. Mileto se multiplicaba en las actividades y no olvidaba el asunto de los carros. Benasur cada día encontraba nuevos motivos de satisfacción en el trabajo del griego. No se le sentía. No parecía trabajar. Y, sin embargo, bastaba que Benasur le encargase un asunto para que lo llevase con la máxima diligencia hasta concluirlo.

El informe que le había hecho de las minas béticas, así como de la jurisprudencia respecto a las concesiones; los datos y resúmenes comparativos sobre costes de explotación, rendimiento, regalías, etcétera, constituían un profundo y valiosísimo estudio. Y este trabajo lo había iniciado en el Aquilonia mientras su mente se iba con frecuencia hacia los poetas diónicos prohibidos. Por eso Benasur insinuó al senador Marco Appiano que se le concediese la ciudadanía de toga.

Aprovechando que ni Celso ni Sara estaban en casa, el navarca se dirigió al tercer patio. Le movía una curiosidad: cerciorarse de si Barrabás aún continuaba en Roma. Pero su búsqueda, observada con manifiesta curiosidad por parte de los esclavos y capataces dedicados a las idas y venidas de sus labores, no obtuvo resultado. Pasó varias veces frente al cubículo en que había descubierto la vez anterior a Barrabás. De lo único que se dio cuenta fue de que los capataces o caporales del patio, en la ausencia de los amos, emitían sus órdenes con palabrotas malsonantes, sin que la presencia de Benasur los intimidara lo más mínimo.

Se fue directamente a la escuela. No estaban los hijos de Salomón. Preguntó por Zintia. El maestro se la mostró entre el grupo de escolares. A una indicación del maestro, Zintia se puso en pie. Benasur tuvo la impresión de que la adolescente había crecido. Pero sin duda, lo que hacía más mujer a Zintia era el nuevo vestido que llevaba. Seguramente Celso había dado orden de que se la vistiera como a una doncella. Benasur se quedó mirando a la muchacha y volvió a observar que sus ojos se le humedecían. Pensó que el alma de un esclavo puede esconder un sentimiento de ternura.

—¿Cómo va con el arameo? —le preguntó al maestro.

—Zintia adelanta. Pero se desespera y en muchas ocasiones rompe a llorar. Sin embargo, ya sabe saludar, dice correctamente tu nombre y los nombres de las doce tribus. Y conoce y recita de corrido la nómina de los profetas.

—¿Quieres darle permiso para que me salude? —pidió Benasur. A un gesto del maestro, Zintia se acercó a Benasur y se arrodilló a sus pies. El judío la levantó—: No, Zintia. Aquí no estás en Etruria. Tú ya no debes arrodillarte sino en presencia de Raquel, hija de Elifás, cuando llegues a Jerusalén. ¿Me has entendido? —le dijo Benasur.

Zintia debió de entenderle a medias, pues le contestó chapurrando el arameo:

—Sí, magnífico Benasur... Yo debo servir a Raquel, hija de Elifás...

—¿Hasta qué hora estudia, maestro?

—Hasta la hora de acostarse.

—Bien. Desde hoy procura que termine una hora antes y tú mismo encárgate de llevarla a mi habitación. Yo le hablaré al amo... —Y

dirigiéndose a Zintia, le dijo—: No pases más congojas. Veo que eres despierta y te llevaré conmigo. Vendrás a verme todas las tardes porque debes aprender otras cosas... además del arameo.

Benasur hizo que Zintia girara sobre sí misma. Llevaba con soltura el vestido nuevo que le habían dado, si bien la túnica tenía muy vulgares costuras y estaba confeccionada con una lanilla de ínfima clase. Pensó si no sería oportuno llevarse a Zintia al Aquilonia, de modo que entre el maestresala y el ecónomo aprendiera, además del arameo, otras cosas de trato social que le eran necesarias. Pero no quiso lastimar ni al maestro ni a los Salomón.

Cuando regresó al atrio se encontró con una carta de Marco Appiano. Le decía que tuviera lista para la tarde toda la documentación sobre las concesiones. La carta no era muy explícita, pero fijaba la hora en que Appiano pasaría al Pincio a recogerlo. A la hora del prandium se reunió con Celso, Tino y Mileto en el comedor. Las mujeres solían comer con los servidores más íntimos. Celso Salomón —que no se había enterado hasta esa mañana del verdadero motivo de la estancia de Benasur en Roma, de la audiencia del César y de las maniobras de la Argentaría— se mostraba molesto. Tino, por el contrario, al enterarse de la temporada extraordinaria de juegos circenses, no ocultó su satisfacción. Comieron en silencio, cambiándose alguno que otro monosílabo.

A media comida, Salomón no pudo contenerse y con un tono de reproche, preguntó:

—¿Quieres decirme por qué Mileto va tanto al castro pretorio, o también es un secreto?

—Lo es hasta que yo no llegue a Gades. Desde allí te escribiré. Y ya lo sabes, cuento con tus dos millones de áureos.

Salomón no tuvo ahora humor para protestar. Y dándole vueltas a la idea que traía en la mente, se encaró con Benasur:

—¿Sabes cuánto me cuesta tu rendición de Skamín?

—Espero que no sea mucho. No dirás que no te lo advertí.

—Del trigo he salido mal que bien. Pero el pánico me obligó a deshacerme de dos mil participaciones de Flotas Unidas de Ostia. Sé que tú las has comprado...

—Ignoraba que fuesen tuyas. De haberlo sabido, las habría comprado con mayor gozo. Pero no te tortures, hermano. Cuando dentro de unos días alcancen su mayor cotización, te las venderé si quieres...

—Conque el escollo era Skamín, ¿verdad?

—Parece que sí, según lo ha dicho Parissi... Pero, querido hermano, podemos hablar de cosas más amables...

—No antes de que me digas qué traes entre manos con el castro pretorio...

—No lo sabrás. Nuestro amigo Mileto va, como tú sabes, frecuentemente al cuartel. Toma datos, medidas de los carros. Traza esquemas. Y todo lo apunta. No creas que lo hace de un modo misterioso. Tiene permiso para entrar, moverse y salir del cuartel cuando y como le dé la gana. No olvides que desde ayer está amparado con el derecho latino. El ilustre Severo Quintino le ha dado un título que no sé si le agrada a Mileto, pero que a mí me gusta: honorable escriba de protocolos. Yo sólo conocía los escribas de genealogías y de Escrituras de nuestra patria, los escribas de leyes de las basílicas romanas; pero ignoraba la existencia de protocolos. Me gusta, Salomón...

—El triunfo te llena de soberbia, Benasur.

—En algo tengo que distraerme mientras no colme mi ambición, Celso. El día que se colme mi ambición no tendré que distraerme en ser vanidoso ni soberbio.

—¿No temes apartarte de los caminos del Señor?

—¿Te haces esa misma pregunta cuando especulas con el trigo, hermano Salomón? —replicó el navarca.

—Yo especulo con lo que es lícito.

—Todo es lícito si no se hace con fraude ante la ley. Mas para el corazón lo que entraña dolo no es lícito. Y el Señor está más cerca de las cosas del corazón que de la ley humana.

—¡Hablar tú de corazón! ¡Tú, que desde que has llegado a Roma has arruinado a un sinfín de gentes! ¡No quiero pensar lo que habrá pasado en Gades cuando hayan recibido la noticia de la baja!

—Te veo muy sentimental con los équites... Pero yo desearía cambiar de tema de conversación. Sabes que te aprecio, Salomón.

En lo sucesivo, si quieres evitar malos pasos en los negocios, haz ciegamente lo que yo te aconseje. Tú estás muy metido en Roma, Celso. Los negocios continúan siendo fenicios, púnicos, egipcios. Los negocios los sigue dictando Tiro. Continúan estando en manos semitas. Es en la Casa de Tasas, la bolsa gaditana de abolengo fenicio donde se ha roto el poderío naval de los équites. Roma todavía no cuenta en los negocios. Sí, en la basílica Argentaría se maneja el poderío financiero del mundo, pero ese poderío aún radica en Tiro. Debes aceptar mi invitación e ir la próxima Pascua a Jerusalén. De paso, podrás darte una escapada a Tiro y refrescar la memoria...

—Bien, ¿de qué otra cosa querías hablar?

—Quería hablarte de Zintia. Le he dicho al maestro que todas las tardes, antes de la hora de acostarse, la suba a mis habitaciones... ¿No trastorno mucho el régimen de tu hogar? Quiero que Zintia aprenda cosas que sólo yo puedo enseñarle. No pongas esa cara. Es un capricho. Mileto, cuando está ocioso, estudia a los poetas diónicos que forman una nueva escuela que revolucionará la poética. Yo me dedicaré a enseñar a Zintia...

Ya al caer la tarde vino a recogerlo, tal como se lo había anunciado, Marco Appiano. Atravesaron toda la ciudad para coger la vía Appia y salir a extramuros. A unas tres millas de la puerta Appia se levantaba una suntuosa villa, propiedad del senador.

La entrevista no guardó ningún formulismo de Corte. En el tablinum, alrededor del Emperador, algunos senadores y funcionarios. Después de cambiar los saludos, Tiberio dijo:

—Es costumbre del César pagar de alguna forma material los servicios que se prestan al Imperio. A este respecto he hablado con Marco Appiano y él me ha dicho que tú tenías un proyecto de explotación de las minas de Bética, proyecto que al mismo tiempo que resulta provechoso para ti, proporcionaría muy importantes ingresos al Erario romano. ¿Quieres exponerlo, amigo Benasur?

Con Tiberio estaba la plana mayor de los senadores del número que capitaneaba Marco Appiano. Benasur se encontró cómodo entre ellos. Saber que el Emperador había burlado a Sejano diciéndole que salía para Capri para luego venir a refugiarse en la villa de Appiano

le daba mayor seguridad de éxito. Y con este ánimo favorable expuso sin rodeos y de un modo conciso y directo cuáles eran sus ambiciones respecto a la explotación de las minas béticas.

Por fortuna, tanto el Emperador como el grupo de Appiano estaban muy al tanto del asunto. Por lo que no tuvieron que entrar en detalles explicativos o aclaratorios. Además, el informe que llevaba Benasur, con todas las cifras que había recogido Mileto, les ilustraba, cuando era necesario, sobre ciertos datos que no retenían en la memoria.

Tiberio no se mostró ni más locuaz ni más interesado que las otras dos veces anteriores. El posible interés que pudiera tener lo señalaba la insistencia con que volvía sobre determinados datos. El senador Soma Augustino, que se hallaba muy informado sobre el aspecto jurídico de las concesiones de explotación particular, allanaba con soluciones legales ciertos inconvenientes.

Al cabo de una hora de plática pasaron a las conclusiones, determinadas en los siguientes asuntos: las explotaciones mineras, fundiciones, herrerías y talleres metalúrgicos comprendidos en el triángulo bético señalado por Benasur no rendían la producción estipulada en los contratos. Especialmente en el cobre existía una verdadera rémora. Por tanto, los concesionarios, amén de no surtir a Roma de los metales en las cantidades convenidas, no pagaban el monto de gravámenes previstos. Esta deficiencia básica, unida a otras anomalías de explotación, justificaba la denuncia de los contratos y la venta en subasta de las concesiones. Por su parte, Benasur se comprometía a pagar al Erario romano ochenta millones de sestercios anuales en concepto de regalía; hacer un depósito de otros ochenta millones como garantía del cumplimiento del contrato; proporcionar a Roma los metales que ésta le pidiera, y cuya cantidad no podía ser superior en un veinte por ciento a lo que actualmente consumía. Aceptaba el precio de privilegio señalado en los anteriores contratos. El resto de la producción podía venderla o traficar con ella libremente. Las concesiones se fijaban por cincuenta años. Benasur acataría las jurisdicciones fiscales establecidas por Roma, y a cambio, Roma prestaría toda la ayuda de fuerza y derecho a Benasur

para la mejor explotación de las minas y establecimientos metalúrgicos.

Lo más escabroso de esta conferencia preliminar estuvo en el capítulo del azogue de Sisapon, cuya explotación se hallaba regulada por un contrato mixto estatal-privado. La empresa que tenía la explotación de Sisapon gozaba de libertad en el régimen de producción, pero Roma fijaba el precio con el fin de regular el mercado. Tiberio propuso:

—Acepto tu triángulo, Benasur, siempre que el vértice superior lo bajes una milla al sur de Sisapon.

A Benasur no le interesaba mucho el mercurio, pero sí el régimen minero de Sisapon. Por ello no estaba dispuesto a acceder a la proposición del César. La posesión de Sisapon significaba para Benasur tener en sus manos un régimen policíaco que poder aplicar a las demás explotaciones mineras. Sisapon sería la cárcel, la sanción, las minas de castigo. Con la amenaza de Sisapon podía establecer un sistema de coacción en las demás explotaciones mineras capaz de aumentar al doble su producción. Él daba de regalía a Roma veinte millones de denarios anuales. De alguna parte tenía que sacar el dinero.

—Sin Sisapon, César, mi triángulo se achata lastimosamente. Ya no sería triángulo, porque ¿qué me importan a mí las tierras que quedan al sur de Sisapon? Ya no se encuentra nada apreciable sino hasta Corduba... Insisto, César, en que se me otorgue la concesión de Sisapon. Yo acataré los mismos compromisos contraídos por la compañía que explota actualmente las minas de mercurio.

Hacía mucho tiempo que los cortesanos no habían oído una petición tan categórica hecha contra los deseos del Emperador. Tiberio permaneció en silencio unos breves instantes, y después concluyó:

—El asunto deberá ser resuelto de acuerdo con el dictamen que rinda al respecto una comisión financiera del Senado.

Benasur torció el gesto. Los asuntos no los resolvía el Senado, sino el propio Tiberio, y el hecho de que dejara la resolución a la competencia de una comisión senatorial lo interpretó como una

negativa. Pero con el fin de que la plática no pasara a otro tema, planteó un nuevo problema:

—Como tú mandes, César. Entonces pasaremos a otra cuestión; deseo que Roma me faculte para acuñar mi propia moneda en el dominio de mis concesiones...

En la mayoría de los rostros apareció un gesto de perplejidad. Sólo en los labios del César se esbozó una sonrisa. Se llevó su fino pañuelo a la cara y se enjugó la serosidad. Después dijo:

—También que pase a estudio de la comisión dictaminadora.

No. No podía, no debía pasar a ningún estudio. Lo que Benasur no obtuviera en esta entrevista difícilmente lo conseguiría después. El judío argumentó:

—Se entiende que esa moneda se acuñará sólo y exclusivamente: en oro, en oro de Bética. Un oro, César, que no será extraído de las minas, yacimientos ni placeres en explotación...

—¿De dónde vas a sacar el oro entonces, Benasur? —preguntó Tiberio.

—Te he dicho de Bética. Yo destinaré prospectores para que me busquen y encuentren nuevas fuentes de oro...

—Según ley romana, toda fuente de oro que se descubre cae bajo el dominio del Estado...

—No si esa fuente está en territorio de concesión imperial...

La insinuación fue brutal. Pero todos los presentes, incluso el mismo Emperador, conocían el lenguaje que hablaba Benasur. Éste aprovechó el asombro que había producido su audaz proposición para continuar:

—La ley romana prevé un margen de privilegio al César que permite declarar dominio imperial cualquier lugar, no sólo de las provincias sino hasta de la misma ciudad de Roma. ¿Por qué no habría de declararse predio imperial, inafectable por las leyes del Estado, aquel lugar en que Benasur descubra filón o arenas de oro? Yo me comprometo como concesionario a tributar al César el treinta por ciento de la extracción bruta. El César sólo viene obligado, como gracia especial, a poner en el predio su estandarte y su fuerza pretoriana: a ampararme con el manípulo cesáreo.

Tiberio miró a los cortesanos sin dejar de sonreír, sin dejar de enjugarse el rostro.

Su mirada fría, impenetrable, profunda, adquirió cierta vivacidad.

—¿Para qué quieres acuñar moneda de oro, Benasur?

—Para pagar a los nativos. Tú sabes que los béticos son orgullosos y muy suyos. Tú sabes que no aprecian más moneda que la de oro. ¿De dónde voy a sacar yo tanto oro para pagar, no ya durante cincuenta años, sino en los diez primeros de explotación, a esos turdetanos?

—Todas son suposiciones, puesto que ni las concesiones han sido otorgadas ni los yacimientos o placeres encontrados. Pero tu moneda, si es de oro purísimo, no le haría buen servicio al cuño romano.

—Se tomarían las disposiciones necesarias para que el oro por mí acuñado no saliera de Bética... Además, podría acuñarse moneda de menor peso que el denario oro, y que tuviera, por la ley del metal, el mismo valor...

A un gesto de Tiberio, Coceyo Nerva asintió con un movimiento de cabeza. El Emperador dijo:

—Es buena solución. ¿No tienes más que pedir, Benasur?

Al judío le pareció notar un dejo irónico en las palabras del César.

—Sólo una cosa...

—¿La has pensado bien?

Sí, Benasur la había pensado bien. Y en esta ocasión, como en otras, echó sobre la balanza incierta su audacia.

—La he pensado, César. Pido que se ponga el mayor interés, la más viva simpatía, la más expedita diligencia en la resolución de los negocios que he propuesto.

Tiberio se levantó:

—Señores: habéis oído al ilustre Benasur de Judea. Nos pide interés, simpatía y diligencia. Yo le presto desde este momento mi simpatía, y deseo que la comisión senatorial dictaminadora resuelva favorablemente los proyectos de mi amigo carísimo, si ello es factible sin menoscabo de la legislación vigente. El interés, vosotros debéis ponerlo y la diligencia, la comisión dictaminadora. Estimo que la comisión garantizará su imparcialidad siendo mixta: el César

propone como su representante al senador Vitelio Muncio; como representante del sector popular del Senado, propongo al senador Lucio Parissi, que velará por los intereses del pueblo; nuestro ilustre amigo Benasur de Judea tiene derecho a un puesto de observación dentro de la comisión, con voz pero sin voto. Y yo creo que el Senado podría nombrar por su cuenta, como presidente de la comisión, al senador Marco Appiano. Así el Senado resolverá sin coacción ni interés bastardo alguno aquello que sea más conveniente para Roma y su Erario. Creo que no tenemos más asunto que tratar.

De esta manera Tiberio cedió a las exigencias de Benasur, integrando la comisión con senadores que le eran adictos. El judío respiró aliviado, seguro de haber logrado la tan ambicionada Bética.

Acto seguido pasaron al triclinio, donde se sirvió la cena. En la mesa, el Emperador se mostró más cordial. Dijo que aprovechando que la mayoría de la gente estaba ese día en la calle, había ido de incógnito, acompañado de Severo Quintino y Vitelio Muncio, a ver la función del Teatro Balbo. Kolessyos, sabiendo que se encontraba el Emperador en el teatro, extremó la nota, mostrándose más procaz que de costumbre, cosa que había obligado al prefecto de Roma a imponerle un castigo en el mismo lugar de los hechos.

Vitelio Muncio se reía regocijado al recordar el incidente. Refirió que Kolessyos, al recibir quince azotes, había danzado al son del látigo con tanta gracia que el teatro se vino abajo en aclamaciones. Que, a pesar de que el público no era muy abundante, nunca había caído sobre un escenario romano tal cantidad de monedas. Y luego comentó: «Lo importante es que se ha sentado el precedente. Un actor puede ser castigado en el teatro».

El Emperador sonreía sin dejar de comer. Soma Augustino preguntó a Benasur si Herodes era tan bárbaro como contaban las gentes, y si la decapitación del Profeta se había llevado a cabo por un principio de seguridad dinástica o por la conveniencia de dirimir una controversia doctrinal. «Lo más abominable de todo —terció otro cortesano— es que la princesa Salomé haya bailado con la cabeza del Profeta.»

Benasur no contestó a ninguna de aquellas preguntas que demostraban la ignorancia de los romanos sobre las cuestiones judías. Y su afán de magnificarlas en el escándalo. Se mantuvo lo suficientemente serio para dar a entender que no le era grata la conversación y que si insistían cometían un acto de descortesía hacia él. Pero Benasur no tuvo que permanecer mucho tiempo callado, pues fue Tiberio quien, cambiando la conversación hacia el trigo, dio por concluido el asunto del Profeta.

Capítulo 13

Zintia

Benasur aprovechó el momento en que se despidió Tiberio para retirarse también. La comitiva salió para Ostia, donde el Emperador se embarcaría para Capri.

Durante la cena habían hecho su aparición recitadores, músicos y danzarinas, y Benasur supuso que una vez ido el César llegarían a la villa de Appiano las cortesanas. Tras la cena, la orgía. Los invitados tenían algo muy grato para festejar: el triunfo sobre Sejano. El tiempo que Sejano permaneciese al lado del Emperador no les preocupaba mucho. Lo importante para ellos era haber provocado con fortuna la escisión entre Tiberio y su valido. La caída de Sejano se efectuaría en el momento más inesperado, de acuerdo con la lenta, oscura, refinada maquinación de Tiberio. Mientras tanto, ellos podían operar a espaldas del primer consejero del Emperador, en concomitancia con el César.

Cuando llegó a la casa, los pretorianos que hacían guardia bebían y vociferaban. Al notar la presencia del coche, ahuyentaron a una mujer que estaba con ellos y se pusieron muy tiesos ante la puerta, al paso de Benasur.

La casa estaba a oscuras. En el atrio, un esclavo dormitaba a la luz de un débil candil. Unos perros ladraban en el tercer patio. De allá se oía un rumor de risotadas.

Benasur subió a sus habitaciones. Se fue directamente a la terraza para abrir las puertas. Sentía calor, sofoco. Tanto lo copioso de la cena, bien rociada de vinos, como la alegría de haber obtenido tan excelentes resultados de la entrevista con Tiberio, ponía un cierto calor en sus miembros. Y la temperatura de anticipo estival le

producía sofoco. Salió al corredor para abrir las puertas y dejar que se estableciera una ligera corriente de aire. Al asomarse al barandal vio venir del tercer patio una sombra. Se ocultó inmediatamente para no ser visto, pues reconoció en la sombra a su escriba Mileto. Encerrado en la alcoba, se puso a esperar. En efecto, poco después llegaban a sus oídos las muy leves pisadas del griego, que se dirigía a su habitación.

Benasur pensó si no estaría desatendiendo a Mileto. Si no le estaría obligando a recurrir a indebidos expedientes por falta de peculio. Le chocaba que Mileto cediese como cualquier paria a las aventuras subrepticias con las esclavas. Sólo un esclavo o un liberto podían conocer las interioridades del tercer patio para manejarse en él con soltura, con éxito en sus propósitos.

Se asomó a la terraza. A lo lejos vio un débil resplandor. Seguramente el producido por el incendio de una casa. Raro era el día que no hubiese un incendio en Roma. Recordó lo que le había dicho Marco Appiano en una carta: «El único negocio que queda, y al que tendremos que dedicarnos, es el de incendiar Roma, pero sin escrúpulo y por los cuatro costados». Ahora Appiano cambiaría de opinión. El grupo senatorial tenía ante sí los jugosos negocios que habían acaparado los équites. Para empezar, ese grupo era ya dueño de las Flotas Unidas de Ostia.

Appiano en ese momento estaría refocilándose con alguna cortesana. También los pretorianos se desahogaban a la puerta de la casa. Hasta él llegaban sus palabras y sus blasfemias, así como los gritos de las mujeres. Por las voces supuso que eran dos. Y que a las dos se las disputaban los guardias. El resplandor se hacía más grande, extendiéndose sobre la parte del Quirinal.

Benasur entró en la habitación y cogió una tea, que encendió en un candil para prender la mecha de un candelabro. A los pies de la cama vio tendida a Zintia. La muchacha parecía una mujer. Cada vez que veía de nuevo a Zintia le parecía mayor.

La esclava se cubría con el mismo vestido de la mañana. Atendiendo la orden que le dio, el maestro la había traído a su habitación, y la muchacha, cansada de esperar, sin valor para moverse, se abandonó rendida por el sueño.

Benasur se acercó a ella y le aplicó la luz de la lámpara. Probablemente tenía un sueño festivo. Sus labios se movían pugnando por reír. Era cuando las esclavas podían reír: en sueños.

Zintia, abandonada al sueño, tenía al descubierto las piernas. Benasur observó que las piernas de la muchacha comenzaban a modelarse, principalmente en los músculos de las pantorrillas. También el busto se señalaba diferenciándose en los incipientes senos. A la luz de la lámpara el color de la piel de Zintia era más oscuro.

A Benasur se le antojó que así, tendida en el suelo, teniendo por reclinatorio uno de los brazos, Zintia era muy larga. No se atrevió a despertarla, pues la muchacha continuaba moviendo los labios en mohínes que denunciaban una risa contenida. No quiso quitarle la alegría a Zintia, que quizá en este momento soñaba con su madre. Y quitar de la imagen del sueño el rostro de una madre, de una madre a la que nunca volvería a ver, le pareció que era una cosa que iba contra la moral del corazón.

Salió de nuevo a la terraza. En el cielo rojizo del Quirinal se alzaban las llamas. Probablemente el fuego se había extendido voraz y consumía una ínsula completa. Con eso, cien familias quedarían en la calle, y mañana comenzarían a enfrentarse con los especuladores. La visión del incendio hacía más caliente, más sofocante la noche. La muy débil brisa que venía de no sabía dónde, traía ese olor peculiar de aguas estancadas de las noches romanas.

Los pretorianos continuaban blasfemando. Ahora a las mujeres no se las oía. De vez en vez, alguna risa contenida.

El incendio, el calor, las voces lejanas, el paso cauteloso de Mileto, la presencia de Zintia en su alcoba, todo ello removió posos eróticos que condujeron a Benasur al recuerdo de Raquel; esa Raquel apacible, cómodamente dormida en su alma, pero siempre latente en su sentimiento.

Para Benasur, Raquel era un perfume. A veces un aroma untuoso y sedoso como su cabellera. Otras, una sensación táctil. Ante las aguas de Genesaret se habían quedado muchas veces mudos, viendo los reflejos malvas del atardecer, sintiéndose en las manos juntas, apretadas, el mismo latido. El aroma persistía en el triclinio,

donde los dos comían los pescados asados en ascuas, mientras las mozas de Tiberíades que volvían de sus faenas del campo pasaban por el camino entonando canciones. Benasur no podía olvidar los ojos de Raquel. Se humedecían con una suave acuosidad. Y al verle los ojos húmedos Benasur se estremecía en sus más profundas raíces, las que como ligamentos invisibles le unían a las generaciones de sus generaciones. En los labios de Raquel solía quedar prendido el estribillo de la canción que las jóvenes de Tiberíades dejaban flotando en el aire como un rastro:

En la noche, amado mío, yo soy arena encendida, y tú viento reparador.
Y los dos en el mismo abrazo buscamos la lejanía.

No, Raquel no tenía el espíritu de los nómadas. Por eso la canción nómada en sus labios ganaba una inefable, misteriosa expresión, que no era la del misterio huidizo y mutable del desierto. Pero la canción con su melodía apagada, sinuosa, fluctuante conturbaba como un tóxico el alma de Raquel, siempre resistiéndose, siempre esquivándose a los halagos del abandono.

Diez meses alejado de Raquel; de su presencia, de la costumbre de su voz, del hábito de su mirada, de la compañía de su perfume. A Benasur, contándolo, le importaba muy poco el tiempo. El tiempo de Raquel. El tiempo con la Raquel del recuerdo no parecía transcurrir. Había un tiempo que era la sensación cálida de las manos juntas. Otro que era el perfume que se desprendía de su cabellera. De día Raquel olía a heliotropo, pues de día su cabellera era rojiza como el cobre. De noche su olor era el aroma de la rosa negra de Cafarnaúm, pues por la noche su cabellera era negra. Otro tiempo llegaba a sus oídos con la melodía ondulante de *Los amantes del desierto*. Otro más superponía en los espéculos de obsidiana la imagen de Raquel, con la blancura láctea, casi lunar, de su carne. Todos estos tiempos, como si no caducaran, volvían a transcurrir vigentes una y otra vez en el recuerdo. Esos recuerdos que recogían su vida amorosa eran consumación y al mismo tiempo anticipo de lo que su vida sentimental, siempre repetida, seguiría siendo. Pues de vuelta a Jerusalén volverían a juntarse las mismas manos, volverían

a comer parsimoniosamente, destazándolo con los blancos incisivos, el pescado de Genesaret; volverían a verse en las mismas láminas de obsidiana y en los mismos ojos. Sería la misma piscina con agua malva del crepúsculo la que reflejaría su cuerpo.

No, Raquel no era triste. Si bien se recataba para reír. Había hecho en Eidón el duro aprendizaje como sacerdotisa acólita de Astarté. Los ayunos y los cantos rituales le habían cerrado los labios para la risa que provocan las palabras. No, Raquel no era triste. Mas sólo reía cuando jugaba en el jardín con los cabritillos, el blanco y el negro. Un día Raquel, hija de Elifás, puso un lazo blanco al cabritillo negro y un lazo negro al cabritillo blanco. Desde ese día Benasur no pudo distinguir a los cabritillos. Raquel, que había sido iniciada en los misterios de Astarté, conocía la magia de los lazos blancos y negros y jugaba con el corazón de Benasur al mismo tiempo que jugaba con los cabritillos.

Benasur estaba ahuecándose el sentimiento. Y se escuchaba en la resonancia su propio amor. El recuerdo ponía las imágenes, y la nostalgia, la emoción poética. Pero cuando pensaba en Raquel yuxtaponiendo a su recuerdo el de Joamín, comprendía en seguida que era otra Raquel la que le esperaba en Jerusalén, y que el amor no era cómodo recuerdo evocado en monólogo.

Mileto, unas noches antes, haciéndole compañía en aquella misma terraza, le había dicho: «Lo que tiene Raquel, tal como lo deja reflejar en sus cartas, es un aburrimiento crónico. Creo que has hecho mal en guardar los regalos. Dadas las facilidades con que cuentas para hacerlo, debiste ir enviándole desde cada puerto los obsequios que adquirías. Así tus cartas habrían tenido para ella mayor elocuencia amorosa. Las mujeres son muy sensibles a la seda, a los perfumes, a las alhajas. Y los hombres abrigamos la peregrina pretensión de que nos amen generosa, desinteresadamente. Si tú fueras poeta aceptaría que Raquel se consolase de tu ausencia sólo con tus cartas, escritas en versos muy floridos. Pero tú, Benasur, no eres más que un hombre rico, y en tan precarias circunstancias debiste haberte producido con largueza... Mas ¿por qué reservas los regalos? ¿Es que quieres alucinarla a tu llegada a Jerusalén dándoselos todos de un golpe? ¿O es que sientes

esa peligrosa y tentadora necesidad de poner su amor a prueba? No juegues con tanto riesgo, Benasur. Tú no eres poeta. El poeta puede crear un mundo de ensueño. El hombre que sólo es rico como tú, poderoso como tú, debe hacerlo efectivo con sus riquezas. Raquel es muy joven y las cabezas jóvenes son muy exigentes, insaciables de fantasías. Y puesto que no puedes creárselas, mándaselas convertidas en regalos y así Raquel aquietará el aburrimiento que le provoca tu ausencia».

Eso poco más o menos le había dicho Mileto. Y Benasur ahora comprendía que entre la Raquel de Mileto y la Raquel de su corazón existía una Raquel real, corpórea, con los pies en la tierra y el tedio en el alma, una Raquel que le decía en la última carta: «Día a día busco el remedio para esta ansiedad, y sólo lo encuentro en las palabras del Hombre que me ha despertado esta inquietud. Y las palabras que calman una inquietud, despiertan otra más desazonada aún. Cuando me invade tal estado de ánimo y te recuerdo, te veo como a una criatura jugando con tus barcos que van de un lado a otro del mar. Me gusta saber que los barcos te mantengan alejado de mí, pues presiento que en tu corazón se abriga un sentimiento más poderoso que el que yo pudiera inspirarte. Sin embargo, sintiéndote cada día un poco más ajeno, experimento la necesidad siempre mayor de tenerte a mi lado. ¡Son tantas las cuestiones que, en polémica, se han hecho presentes entre los dos...! Por lo demás, todo sigue igual. De los siete pájaros que estaban en las siete jaulas, sólo quedan prisioneros tres. Los he ido soltando uno a uno. Me resisto a hacerlo, pues me privo de sus trinos. Pero una voluntad mayor a la mía me obliga a darles libertad. Pienso, a veces, si yo, dentro de mi pecho, no tendré un pájaro aprisionado...».

Benasur volvió al interior de la habitación. Cogió el candelabro y lo acercó al rostro de Zintia. Ya no reía. Por el contrario, había en sus labios como una crispadura, y de sus ojos cerrados parecían desprenderse unas lágrimas.

Benasur la miraba con una singular atención. Sus labios se distendían en una aguda, bien perfilada sonrisa. Y agachándose, murmuró a los oídos de la muchacha:

—Zintia... Zintia, despierta...

Después la sacudió de un hombro. La joven despertó sobresaltada.

—No tengas miedo, Zintia. Levántate y ven. Aquí hay un cubículo donde podrás dormir...

Capítulo 14

El látigo del silenciario

Savio estaba indignado. En la penumbra del ergástulo, de espaldas al ventanillo, las esclavas no percibían claramente la expresión de su rostro; pero sus pisadas y el movimiento del látigo denunciaban la indignación. El látigo, pendiendo de su mano, se movía acompasadamente. El rayo de sol primerizo que entraba por el ventanillo iluminaba a veces el látigo.

—¡Bajaos la túnica, hijas de loba!

Las nueve esclavas de la sexta decuria no pidieron explicaciones. Sabían que cuando Savio interrogaba quería vérselas con pechos descubiertos. Era experto en el oficio de silenciario que ejercía en la domo Salomón. Pero ahora no se trataba de imponer silencio, de reprender una risa o una palabra, sino de hacer hablar. Esa pericia, lograda en largos años de verdugo, le daba un seguro conocimiento de las partes más vulnerables del cuerpo humano, más sensibles al golpe del látigo. Un buen silenciario debía saber cómo producir el más intenso dolor con la mínima violencia.

Las esclavas se desnudaron el busto. Savio manejaba con tal habilidad el látigo que con un discreto movimiento hacía que la punta del vergajo apenas tocase el pecho, pegando solamente en el pezón. Estos latigazos no dejaban señal. A veces, si no eran tan limpios como Savio hubiera querido, dejaban un verdugón, pero sin huella de sangre.

—¿Me queréis decir, hijas de loba, por qué no denunciasteis ayer tarde a Zintia?

Las esclavas permanecieron calladas. No era conveniente hablar antes de que el látigo les señalase el turno. Además, ¿qué podían

decir? La tarde anterior, cuando se retiraron a la galería, faltaba Zintia. Pero frecuentemente eran castigadas por dar informes que los capataces estimaban inoportunos o ajenos a su incumbencia.

—¿Qué sabes tú? —preguntó el vigilante dando el primer golpe a una de las esclavas.

La interpelada cerró los ojos y los abrió en seguida. Después se le vio un punto acuoso en los lagrimales. Ningún gesto de protesta. Con un tono de voz medido, natural, respondió al silenciario:

—Sólo sé que Zintia va a la escuela del maestro Protágoras... Y que ayer no regresó a la galera.

—¿Y tú?

—Yo sólo sé que Zintia ha sido licenciada de las faenas...

—¿Y tú...? ¿Y tú...? ¿Y tú...?

A cada pregunta se movía el látigo. Apenas si restallaba. Savio se saltó un pecho. Quizá sentíase animado de un sentimiento estético, pues el pecho de Gala exhibía raras perfecciones. Volviéndose a Gala, le dijo:

—Y tú... ¿tampoco me vas a decir dónde está Zintia? —Los ojillos de Savio brillaron con una luz de particular complacencia. Gala pensó que, probablemente, podía sonreírse. ¿Acaso Savio no la había despertado más de una noche para llevársela a su cubículo? La mano de Savio tocó lo que el látigo había respetado en esa ocasión. Lo retorció entre sus dedos con un movimiento que otra que no hubiese sido Gala lo habría tomado como tortura. Pero Gala pensó que Savio era avaro de sus senos. Tan avaro que aquella súbita apetencia le obligó a inclinarse para disimular el dolor.

Ninguna de las esclavas sabía nada. Savio no mostró por ello decepción. Lo daba por descontado. Podía aún fustigarles las espaldas, pero se mostró magnánimo. Despachó a las esclavas y salió del ergástulo.

E iba a dar parte al mayordomo Virgilio, cuando dos siervas trajeron ante su presencia a Zintia. Se la entregaron diciéndole que la habían sorprendido en las habitaciones de Benasur. Savio abrió sus ojillos como si la noticia le causara asombro: la falta de Zintia era aún más grave de lo que pensaba. Era pecado que se expiaba con sangre.

Condujo a la esclava al ergástulo para interrogarla. También le ordenó que se bajase la túnica.

—¡Bájate más la túnica! —exigió Savio.

Zintia se bajó más la ropa. Pero el silenciario ordenaba «más todavía». La joven sintiose avergonzada de exhibir ante aquel hombre el ombligo y las caderas. Savio comenzó el interrogatorio.

No lograban entenderse. La esclava apenas si conocía el latín indispensable para valerse en las faenas cotidianas, y no alcanzaba a interpretar las insinuaciones, las frases de doble sentido, las trampas maliciosas que le tendía Savio.

Zintia probó el látigo. Fue como un aviso que le cruzó el pecho, del hombro derecho al pezón izquierdo. En ese cono Zintia sintió el mayor ardor del latigazo. La muchacha enmudeció y por el gesto que hizo, por el movimiento que dio a su cabeza girándola hacia un lado como si esperase el segundo golpe, dio a entender que no hablaría.

Zintia no exhaló el menor grito de protesta ni de dolor. Cuando recibió el tercer latigazo aún le ardía el ascua que el primero había dejado en la punta del pecho. No lloró porque desde niña había aprendido a saber el momento en que una esclava podía llorar. No convenía hacerlo pronto para no irritar al capataz con una supuesta blandura. El castigo debería recibirse con entereza, sin vislumbrar que fuese injusto o inmerecido. Sólo cuando las carnes empezaban a amoratarse con los verdugones era permitido que los ojos se humedeciesen y que de ellos se desprendieran algunas lágrimas; sólo entonces podía dejarse escapar algún quejido. Hasta era lícito ocultarse el rostro entre los brazos y arrimarse a un rincón. En ese momento, cuando ya el látigo había cruzado diez o doce veces las carnes del esclavo, el verdugo no se irritaba y solía encontrar natural el llanto como aviso y medida de la eficacia de su castigo.

Savio, después de amoratarle las carnes, llamó a Zintia «hija de loba», cosa que no la indignó mucho porque tales insultos eran de circulación corriente entre las mismas esclavas. El capataz la dejó encerrada en el ergástulo y se dirigió a la escuela para ver al maestro Protágoras.

—Zintia no vendrá hoy —le dijo—. Ha cometido una grave falta y la he castigado.

—¿Has avisado al mayordomo Virgilio?

—Conozco mis deberes —repuso Savio—, y sé cuándo tengo que dar la noticia al mayordomo y cuándo no. Zintia ha pasado la noche fuera de la galera. Y te diré más: que si esos extranjeros creen que van a imponer aquí sus torpes costumbres, se equivocan.

Protágoras pudo haberle hecho muy útiles advertencias a Savio. Pero prefirió callar. Pudo haberle dicho que cuando los extranjeros son huéspedes distinguidos del amo, resulta muy aventurado calificar sus costumbres de torpes. El mundo era muy dilatado y lo que era mal visto en un lugar, en otro era mirado con indulgencia y beneplácito. Pero Protágoras se limitó a ponerle en antecedentes, diciéndole que él mismo, atendiendo instrucciones de Benasur, había llevado a Zintia a las habitaciones del huésped. Mas con el íntimo deseo de dejar que el lío se hiciera aún mayor y que Savio se deslizara más por la peligrosa pendiente en que se hallaba, le dijo que no comprendía cómo Zintia se había quedado en la alcoba de Benasur hasta dejarse sorprender por la servidumbre. No llegó a decir que aquello fuese indecoroso, pero dejó en el ánimo de Savio la idea de que no le faltaba razón al extremar su dureza y su celo. Porque Protágoras, como todos los subalternos más o menos calificados del tercer patio, guardaba un profundo resentimiento hacia el látigo y muy especialmente hacia el verdugo que lo esgrimía.

Zintia no tenía grandes atractivos. En el tercer patio pasaba como joven insignificante. Quizá sus ojos negros, grandes... Mas eran poco expresivos. Tenía una mirada mansa, quieta, demasiado quieta para incitar a los hombres. Aún no brillaba en ella ese fulgor que denuncia la hoguera interior. Sin embargo, el hecho de haber compartido la noche con el magnífico Benasur descubría a los ojos de Savio quién sabe qué escondidos encantos, despertándole turbias apetencias. Sentíase un tanto defraudado por haber dejado escapar la ocasión de saborear las primicias que Zintia había ofrecido al huésped. Mas Savio pensó que aún no era tiempo de desesperar y

que podía sacar partido de la situación en que se hallaba la esclava. Volvió al ergástulo.

La muchacha estaba sentada en el suelo y recostada contra el muro. La humedad de la pared le proporcionaba un frescor que mitigaba el ardor de su espalda dolorida. Vio entrar a Savio y se incorporó. El vigilante la hizo comprender con un gesto que se quedase quieta, y sentándose a su lado le dijo en tono amistoso:

—He sabido que has pasado la noche con Benasur. Yo no daré parte de tu desvergüenza y todo quedará entre nosotros... Mas tú deberás ser condescendiente conmigo. Puedo obtenerlo por la fuerza, pero deseo... ¿Me entiendes? ¡Di si me entiendes! Deseo que tú me lo concedas de buen grado.

Zintia comprendió mal a Savio. Lo poco que le entendió fue por los gestos, por las miradas untuosas de sus ojillos lascivos, por los ademanes obscenos con que subrayó sus últimas palabras. Y no se hubiese movido si la mano del capataz no se posa sobre su pecho en una caricia inesperada. Zintia, al roce de la mano, saltó como si quisiera apartarse de una víbora. Y lo único que se le ocurrió decir a Savio fue que viese y hablase con el maestro. El maestro sabía por qué la había llevado a las habitaciones de Benasur.

Pero aunque Zintia quería poner una aclaración a aquel mal entendimiento, el gesto de repugnancia, casi de asco con que rechazó al capataz, provocó la irritación de éste. A Savio no le cabía en la cabeza que una miserable esclava de la ínfima condición de Zintia se atreviese a mostrarse con remilgos.

Savio dejó a un lado la plática y dio escape a su furia animal. Como bestia se arrojó sobre la esclava. La joven hizo tal acopio de fuerzas que no resultaron inútiles y opuso vigorosa resistencia al ataque del capataz. Esta reacción ofuscó más a Savio, que sintiose herido en su mentalidad de verdugo. Mas Zintia no cejaba y como si los latigazos anteriores le hubiesen sacudido el apocamiento, se revolvió contra Savio. De lo más profundo de su conciencia le venía como una fuerza que hiciese válido el derecho de defensa. Intuía que el gesto rebelde de defender su integridad lejos de perjudicarla la favorecería. En un instante de la pelea se hizo con el látigo de

Savio y esgrimiéndolo con más ferocidad que destreza mantuvo a raya al vigilante.

Savio, sin látigo, la conminó con palabrotas. Ella también había aprendido un pequeño repertorio que le permitía ser recíproca. Pero sucedió algo tan insólito que la desconcertó y que le hizo perder todas las fuerzas. Savio comenzó a reír. Lo hacía sin apenas mover los labios, sin que temblara su quijada. Comprendió entonces que todo su esfuerzo había sido inútil. Y lo vio avanzar. Zintia le pegó con el látigo en el rostro. Ni con el golpe dejó Savio de reír y de avanzar. La esclava dio unos pasos atrás y se detuvo cuando tropezó contra el muro. Allí bajó la cabeza y dejó caer el látigo.

Ya era inútil todo. Así que cuando Savio le dijo que se pusiera de espaldas y alzara los brazos, ella misma acercó sus manos a los grilletes. El capataz la sujetó por las muñecas. Estaban tan altos los grilletes, que Zintia tuvo que ponerse de puntillas para que los hierros no le cortaran la carne. Y, bien sujeta, sintió cómo Savio le desgarraba la túnica nueva que por orden de Salomón le habían dado el día que Benasur le puso la mano sobre el hombro.

Savio no quería comprometerse. Iba a castigar a Zintia y quería tener testigos. Llamó a unos esclavos y los hizo bajar al ergástulo. Y uno de ellos, para mayor vergüenza de Zintia, concluyó de desnudarla, entonces Savio pidió el flagelo.

—¡Mirad mi cara! —les dijo—. ¡Esta hija de loba me ha azotado con el látigo!

Tenía derecho a usar el flagelo. Un solo golpe de flagelo en el rostro desfiguraba lastimosamente la cara para toda la vida. Si se aplicaba contra el cuerpo, el verdugo debía contar sus golpes si no quería excederse peligrosamente.

Savio levantó el flagelo y con él cruzó la espalda de Zintia. Era la primera vez que Zintia recibía los azotes de esta disciplina. Su cuerpo vibró en una sacudida a la vez que de su garganta se escapó un terrible gemido. Savio rio. Rio con un goce auténtico, que también a él le sacudía. La muchacha sintió el intenso y múltiple dolor de cien dentelladas simultáneas. Cuando los nudillos de plomo coincidían en el verdugón que habían levantado anteriormente, la

carne se abría en desgarraduras y la sangre brotaba en gruesos goterones.

Un esclavo llevaba la cuenta. Y mascullaba: «Dos... tres... cuatro...» como eco al restallido del flagelo. Cuando contaron diez, la esclava ya no lloraba. Rendida, inerte, sin sentido, todo su cuerpo gravitaba en los grilletes que le mordían las manos. El verdugo sabía por experiencia que nadie se moría antes de los treinta flagelazos. Por tanto, mientras el otro iba llevando la cuenta, él se regocijaba de ver cómo a Zintia le escurría la sangre de las muñecas a lo largo de los brazos. El derecho sangraba con tal abundancia, que los hilos de la hemorragia comenzaron a anidar en el vello de la axila, formando coágulos. Los golpes eran dados con tal destreza que después de cruzar la espalda o las caderas, los extremos de las correas rodeaban el cuerpo castigando el pecho o el vientre.

—Treinta...

Savio se detuvo. Su crueldad no era ciega, arrebatada. Por eso se detuvo como hombre que sabe el oficio y cumple cabalmente con él. Mandó que echaran un cubo de agua a la víctima y después que le restañaran las heridas con un trapo empapado en vinagre. Mientras un esclavo atendía a esta operación, él se enjugó el sudor con la túnica de Zintia. También se aplicó vinagre en el moretón que el latigazo de la esclava le había levantado en la frente.

Los cuatro hombres que habían acudido a la llamada de Savio estaban apesadumbrados. Rumiaban en el fondo de su alma un gesto de rebeldía. Y uno osó decir:

—Me parece que te has excedido...

Savio se volvió como si le hubiesen pinchado. ¿Quién se atrevía a censurar sus actos? Pero se encontró con una mirada fija, dura, sostenida. Se encontró también con dos mandíbulas que se cerraban vigorosamente. Savio miró al otro esclavo y al tercero. La puerta del ergástulo estaba cerrada. Entre aquellos cuatro hombres podían estrangularlo. ¿Quién lo impediría? Volvió a mirarlos uno a uno. También el otro, el del vinagre, lo estaba contemplando con una mirada agresiva. Sí, ahora a Savio le venían a la mente todos los castigos que había hecho caer sobre los cuerpos de aquellos

esclavos. Y uno de ellos, el que le dijera «te has excedido», aún debía de tener las carnes doloridas de una reciente flagelación.

—No, no me he excedido... ¿Por qué creéis que me he excedido?

Miró a los cuatro. Ninguno de ellos le contestó. Los cuatro, con sus miradas duras, fijas, penetrantes, le acusaban de su crimen, de los múltiples crímenes cometidos. Savio tuvo la sospecha de que su oficio era un oficio criminal. Pero ¿por qué no le respondían?

—¿No me oís? —les preguntó con voz enronquecida—. Yo creo que no me he excedido... ¿Por qué lo crees tú? ¡Dilo! Di algo. Yo cumplo órdenes... Yo no quisiera ser tan duro...

El primer esclavo se agachó para coger el flagelo. Savio desparramó la vista... No tenía con qué defenderse. El látigo era bien poca cosa contra cuatro hombres y un flagelo. Además, el látigo estaba lejos del alcance de su mano.

—¿No sabéis lo que esta mujer ha hecho? Se ha escapado de la galera... Se pasó toda la noche...

No se atrevió a decir más. Cada una de las faltas que podía enumerar, eran las faltas por las que ellos en más de una ocasión habían sido castigados. Por eso Sexto le miraba con aquella inquina. Sexto había recibido los treinta golpes. En el cuello tenía la cicatriz de la desgarradura que le dejó uno de los nudillos de plomo.

Savio volvió a enjugarse el sudor con la túnica de Zintia. En ese momento sintió que la túnica despedía un olor, un olor cálido de mujer. Y sintió que era agradable, delicioso un olor así. Un olor que olía a vida. La garganta se le resecaba. ¿Por qué aquellos hombres no decían algo de una vez? ¿Por qué no se echaban sobre él? Sí, era Sexto, precisamente Sexto, de la quinta decuria, el que tenía el flagelo en la mano.

¡Savio sudaba más que nunca! ¡Y qué bien olía la túnica de Zintia! ¿O era su sangre la que despedía ese olor tibio y acre al mismo tiempo? Un olor que producía como un cosquilleo en las fosas nasales.

—¿Qué esperáis? ¿Es que tenéis algo contra mí? —Y sin contenerse, deseando salir de aquella situación angustiosa, retó—: ¿O es que no os atrevéis?

Se atrevieron. Sexto dio un paso hacia él a la vez que apretaba el puño del flagelo.

Y los otros tres también le siguieron...

Savio destiló unas palabras viscosas, emponzoñadas:

—Esperad... Pensadlo... ¿No os gusta Zintia? El huésped del amo la ha encontrado apetitosa... Es maura, lo sé bien. Y dicen que las hijas de Mauritania son insaciables... Tomadla, os la dejo.

Sexto rio como si se le revolviesen todos los sentimientos. Más que risa pareció un gruñido.

A Savio se le paralizó la saliva. Y notó que sus manos estaban húmedas, manchadas. No se atrevió a mirárselas, pero tuvo la aprensión de sentirlas mojadas de sangre. Las manos de Sexto eran burdas, groseras, enormes. Una de aquellas manos asía vigorosamente el flagelo y la otra se cerraba con rabia. Atrás oyó resollar a Zintia. La esclava, sin sentido, aún respiraba. Escuchó la caída, el golpeteo intermitente de unas gotas. No supo si eran del sudor que le escurría de la nuca; no supo si serían de la sangre de las heridas de Zintia...

—No, vosotros no podéis atreveros... Yo soy Savio, el silenciario; yo cumplo un deber impuesto por el amo. Toda la razón me asiste... Ya sabéis la suerte que espera al que acomete a un capataz... El amo me ha dado sus poderes... La ley me protege. Si me atacáis, os llevarán al anfiteatro para que os matéis el uno al otro, y vuestros cuerpos serán pasto de las fieras... Os matarán a golpe de tridente... ¡Suelta el flagelo, Sexto!

Un residuo de sol entraba por el ventanillo. Fuera, en el tercer patio, el sol debía de lucir espléndido. Él, Savio, hubiera podido estar paseándose por el tercer patio con el látigo en la mano, imponiendo la autoridad de su voz. Pero la condenada Zintia lo había llevado a aquella situación. El cretino de Sexto no dejaba de mirarlo y de sonreír de un modo despectivo. Si hace semanas le hubiese pegado cuarenta, cincuenta flagelazos, lo habría dejado muerto y ahora no lo tendría frente a él. Savio se acordó de Tito Curtisio, que hacía años sublevó a los esclavos. Por primera vez se habló en Roma de los derechos del esclavo. En todos los cubículos del tercer patio se pronunciaba el nombre de Curtisio con admiración.

Sexto no soltaba el flagelo. A cada momento estaba más cerca de Savio, y los otros tres esclavos hacían causa común. Pero en eso una voz se oyó en el patio que gritaba: «¡Saaaviooo... Saaaviooo!».

El silenciario escuchó atentamente. Volvió a oír su nombre. Y presa de súbita alegría prorrumpió a reír.

—¿Habéis oído? ¡Me buscan! ¡Es el mayordomo Virgilio que me busca! ¡Quizá sea nuestro amo, el poderoso Salomón, el que me busque! ¡Vienen por mí!

Pero los cuatro esclavos no se movieron, como si no hubieran oído nada.

—¿No oísteis?

Sexto dio un paso hacia él y le dijo:

—¿No crees, Savio, que sería conveniente soltar a Zintia?

—Como vosotros queráis...

—No. Debe ser como tú quieras, Savio... Tú eres el que dispones sobre estos asuntos.

—Si os parece... —concedió escurriéndose. Pero Sexto, con voz firme, le dijo:

—No, Savio. Si a ti te parece.

—Bien. A mí me parece que podemos soltarla...

A la puerta del ergástulo llamaron vigorosamente:

—¡Savio, Savio, te busca Virgilio! ¿Estás ahí, Savio?

—¡Sí, estoy aquí! —gritó el capataz con incontenible alegría.

Y con un ademán brusco arrebató el flagelo de la mano de Sexto. Sin embargo, el gesto de los cuatro esclavos era tan amenazador que sólo se atrevió a decir mientras les daba la espalda:

—He cambiado de opinión... No creo que deba soltar a esa hija de loba. Y vosotros no os mováis de aquí. Sexto rio:

—¿Que no nos movamos? ¿Es que también nos vas a flagelar? Savio, Savio: no olvides que necesitas testigos de que esa muchacha te pegó con el látigo... ¿Quién lo ha visto, Savio?

Capítulo 15

El banquete de los gladiadores

En la escuela de gladiadores le dijeron a Mileto que Marco estaba en la arena. Como el griego se extrañase de que en la pista no estuviese ninguna pareja ensayando, le aclararon que los muchachos celebraban su banquete de despedida.

Mileto se encontró la arena completamente transformada. Un centenar de triclinios, dispuestos en forma de herradura, ocupaban la parte central del anfiteatro. Bajo la tribuna imperial se hallaban adosadas a la reja una serie de mesas con innumerables platones que contenían toda suerte de alimentos. Enfrente, bajo la tribuna senatorial, se había improvisado la bodega. En los triclinios se encontraban ya los gladiadores participando del festín. Numerosos camareros ataviados con clámide escarlata les servían comida y bebida a discreción.

Mileto dio dos vueltas a las mesas antes de encontrar a Marco. El joven, que ya había bebido más de la cuenta, recibió con aspavientos al griego, y después de ofrecerle una copa de vino e insistir para que tomase asiento cerca de él, al igual que otras muchas gentes, familiares o amigos lo hacían al lado de los otros, le dijo:

—No me preguntes hoy por Shubalam. Poco más podría decirte. Pero si mañana salgo con vida, y si pasado mañana la gloria del triunfo no me envanece, condescenderé a hablarte de Shubalam...

Frente a Marco estaba otro gladiador, que continuamente distendía los labios en una crispadura, como si hiciera esfuerzo por no llorar. De vez en cuando se llevaba una aceituna a la boca y comenzaba a mondarla con los dientes. Así disimulaba los pucheros.

—¿A qué se debe este banquete? —preguntó Mileto.

—¿Tú lo sabes, Luso? Me pregunta mi amigo a qué se debe este banquete. Yo sólo sé que aquí estamos comiendo para confraternizar. Eso nos dijo el honorable Abudio Rusón. —Luso respondió con la boca llena:

—Es que mañana da principio la temporada de juegos gladiatorios de la fiesta Vinalia... Y es costumbre que al principiar cada serie de espectáculos, nos reunamos los veteranos con los bisoños, como es tu amigo Marco...

Lanzó una carcajada y se atragantó. El que estaba a su lado —una enorme cicatriz le cruzaba la frente— acudió en su auxilio golpeándole en la espalda. Luso arrojó parte del bocado sobre la mesa.

—Te debo la vida, Carso... Ten cuidado que mañana no te quite la tuya. —Y rio llevándose la mano al cuello, simulando seccionar la yugular.

Marco también rio.

—Son buenos camaradas —dijo. Y se quedó mirando, con una mirada estúpida, ida, a Carso. Carso le guiñó el ojo y en seguida le quitó una aceituna al joven de los pucheros.

—No te aflijas, Mario —le dijo Carso—; que sólo se muere una vez... Y vale más morir cubierto de gloria en el anfiteatro que bajo los nudillos del flagelo del capataz... ¿Quién te ha preparado a ti?

—Curzo —dijo Mario con un hilo de voz.

—¡Hum! —Torció el gesto Carso—. Curzo fue maestro de Festo, pero hace ya dos años que no ha hecho un triunfador...

—También a mí me ha enseñado Curzo —dijo Marco—. Y estoy seguro de que ganaré la primera lucha.

—¿Peleas mañana? —preguntó Carso.

—No. Mañana hago mi paseo de presentación...

—Entonces Abudio Rusón te pondrá pasado. ¡Malo, muchacho! No apostaría por ti. Los primeros casi están destinados al sacrificio. Los que quedarán para la otra serie son los que entren en juego a mitad de la temporada Vinalia. ¿Has hecho tu testamento?

—Nada tengo que dejar...

—La espada, la túnica y tus zapatos, muchacho... ¿Por qué no me lo dejas a mí?

—Ten cuidado, no sea yo el que herede de ti —contestó fanfarronamente Marco. El otro emitió un extraño gruñido. Un desconocido preguntó al tragón:

—Luso, ¿qué pelea me recomiendas?

—La mía. Le debo dos mil sestercios a mi lanista. No cree que Meló sea tan generoso para perder dos mil sestercios dejando que me sacrifiquen.

Luso no dejaba de comer. La proximidad de la muerte le abría el apetito. Siempre le ocurría igual. Y él mismo lo confesó mientras echaba mano al cuarto trozo de carne. Nada mejor para abrir el apetito que el anuncio de las peleas.

—¿No están en el banquete Divo Muncio, Festo, Galata? —preguntó Mileto.

—Ésos tienen el paladar demasiado fino para compartir nuestra comida —contestó Luso—. Ésos, si no cenan en su casa o en la casa de un patricio, lo hacen en Makrónidas. ¿No has comido ahí, extranjero? Pues no sabes lo que es comer...

—¿Cuántas parejas pelean mañana? —preguntó otro curioso.

—Para empezar, hay noventa en lista...

El banquete no provocaba igual entusiasmo y voracidad en todos los comensales. Los glotones como Luso no abundaban. Quizá la veteranía proporcionaba a Luso una tranquilidad que la mayoría de sus compañeros no disfrutaba. En su pecho tenía la plaquita dorada de los cincuenta triunfos y la verde de los veinticinco. Por lo menos había salido victorioso en más de setenta y cinco peleas. El promedio en los ases era de ciento veinticinco a ciento cincuenta. Un Festo se enorgullecía de llevar en su pecho tres palmas de oro que resumían cada una cien victorias. Pero Festo había hecho una carrera meteórica y fue el primer gladiador que antes de un año ganó la palma de los cien triunfos. A partir de los cincuenta triunfos la carrera se hacía difícil, pues el lanista reservaba a su gladiador para diez o quince peleas en el año. Era muy difícil, pues, reunir las palmas de oro. Y con la cotidianidad del oficio se ganaba, además de

una renta importante, esa tranquilidad de la que sólo daban muestra los veteranos como Luso.

A pesar de la abundancia y lo apetitoso de los manjares, eran pocos los gladiadores que, como Luso, se entregaban al placer gastronómico. La mayoría se mostraba parca en la mesa. Muchos, porque se les cerraba el estómago por la angustia; otros, porque querían mantenerse en las mejores condiciones físicas para enfrentarse a su adversario. Aun los que habían salido bien en la serie de peleas del año anterior, no estaban seguros de sortear la muerte. Abundaban los casos de gladiadores experimentados y diestros que morían bajo el golpe nervioso e imprevisible, casualmente afortunado de los noveles.

Los augures andaban entre las mesas ofreciendo sus pronósticos. Uno de ellos, Celeste, tenía fama por el acierto de sus predicciones. Pero los veteranos, curtidos en lo aleatorio, se lo sacudían como a pájaro de mal agüero.

—¿Tú sabes escribir? —preguntó un gladiador a Marco.

—Yo no; pero mi amigo, que es un griego muy ilustrado, sí sabe. ¿Qué pulga te pica?

—Quiero hacer mi testamento...

El hombre tendría unos cuarenta años. Pegado a él estaba un niño de siete, que miraba todo aquello con familiaridad. El gladiador le pasó una hoja de papel, caña y tinta a Mileto, y le dijo a Marco que se echase a un lado para que Mileto pudiese escribir.

Mileto no supo oponerse, y con la caña en la mano recibió el dictado del gladiador, que empezó dando su nombre completo y el de sus padres. Siguió diciendo que había servido en las cohortes del legado Pisón en Hispania y que había hecho cesión de todos los derechos sobre su propia persona al lanista Camilo Sula; que, por tanto, al empezar la temporada de juegos gladiatorios y seguro de su muerte —pues así lo había predicho el augur Celeste— hacía testamento. Y continuó enumerando los muebles, enseres, ropas y baratijas que le dejaba a su mujer, con la cual tenía tres hijos.

Cuando el gladiador se quedaba absorto, como tratando de recordar, el hijo le ayudaba:

—Dice madre que no te olvides de poner en el testamento los tres cabritos que están con la tía Sira...

—Es cierto. Pon los tres cabritillos...

—Y el juego de plata que te regaló el cónsul Sexto Pompeyo.

—Eso ya lo puse y los dos vasos de oro... Creo que no falta nada...

—Me ofreciste una cuadriga de juguete... —recordó el chiquillo.

—Te la comprará tu madre. Sí, ya está todo. Sólo falta poner: amén de todas aquellas cosas de mi propiedad que no figuren en este testamento. Lo firma por mí, Philipo, que no sé escribir, y ante los testigos Marco, Luso y Carso, el honorable... ¿cuál es tu nombre? Bien. Pon tu nombre.

El gladiador, después de dictar el último párrafo, adoptó una postura importante. Mileto reconoció que Philipo era un nombre para despertar en el más templado un asomo de vanidad. El chico hizo un gesto a su padre y Philipo se agachó para escuchar al oído lo que le decía el niño. Y después soltó la risa:

—¡Avispada criatura! ¿Qué os imagináis que me ha dicho? Que no me olvide de testarle el orinal. ¡Por la porra de Hércules, que se me había olvidado! Lo agregarás en el codicilo, amigo extranjero. Es un orinal de metal de Corinto que me arrojó a la arena un espectador de Siracusa después de que le gané a Cirto. ¡Nunca en la vida se cortó una yugular tan limpiamente como yo se la corté a Cirto! No olvidéis que Cirto tenía la palma de oro... —Y mirando con una gran ternura a su hijo, mientras con la lengua se hurgaba en las muelas, asintió—: Sí, pequeño mío, te dejaré el orinal. Y siempre que lo uses te acordarás de que tu padre fue un gladiador de cuerpo entero, y que hizo testamento el día que descubrió que el triunfo le había cegado...

Mileto firmó el testamento y se lo dio a Philipo. Éste le echó un vistazo de arriba abajo, como si realmente supiera leer, y hasta se detuvo ante alguna línea como si quisiera interpretar su sentido.

De lo que más consumo hacían los gladiadores era de bebida. Muchos de ellos vociferaban con fanfarronería sus triunfos y los muchos que todavía les aguardaban. A otros, por el contrario, el alcohol los sumía en hondas meditaciones; y con una expresión

taciturna en el rostro veían melancólicos cuanto pasaba a su alrededor. Los más contentos eran los noveles, como Marco, que al día siguiente harían el paseo por la arena —luciendo un hermoso vestido y acompañados de su paje— para presentarse al público y recibir los aplausos de salutación. Los bisoños tenían su ilusión puesta en una carrera de triunfos que, como a los gladiadores de moda, los condujese a una vida de lujo y esplendor, de mimo y homenaje, de popularidad y riqueza.

—También yo fui gladiador —dijo un hombrecillo a Mileto.

El griego lo miró y sonrió incrédulo. Con tal estatura resultaba difícil creer que aquel hombre se hubiera batido en la arena, que hubiese podido manejar la espada, el puñal, la lanza, el tridente o el arco. Probablemente en los tiempos de Augusto y en algún villorrio. Mileto, por decir algo, le preguntó:

—¿Acaso peleaste aquí, en este mismo anfiteatro?

El viejo hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Y sin más se apropió de una de las copas que estaban sobre la mesa. Ingirió una buena cantidad de vino. Con el dorso de la mano, parsimoniosamente, se limpió la boca chorreada.

—Para robar un vaso de vino no es necesario decir que se ha sido gladiador, ¡viejo borracho! —reprochó Marco.

—Bien se conoce que eres bisoño... Ningún gladiador que haya peleado se fija si un viejo compañero coge una copa o no. ¿Verdad, Luso? —dijo el aludido.

—Verdad, viejo pedigüeño —le contestó Luso tirándole a la cabeza un hueso.

El viejo estaba dispuesto a amargarles el banquete, porque dirigiéndose a Mileto, declamó en voz lo bastante alta para que le oyesen los comensales:

—Allí, el César —señaló a la tribuna imperial—, cuando el César condesciende a asistir a estas carnicerías... Allí, el presidente, y en el graderío, cincuenta mil, sesenta mil espectadores que gritan como una sola bestia. Mucho oropel, mucha escarlata, mucha púrpura y mucho oro. Hermosas mujeres espléndidamente ataviadas, con los ojos encendidos, con la boca sonriente dando escape a un sinfín de promesas... ¡Qué hermoso espectáculo! Uno diría que es verdad y

no ficción. Uno diría que esos valientes y apuestos mancebos que lucen tan magnífico atuendo son semidioses en trance de dirimir una celeste querella. Míralos bien, extranjero... Son estos mismos: el que no es un inexperto entrometido como el joven amigo tuyo es un tragón como Luso, o un melancólico como Philipo, o un atosigado por el miedo como el imberbe Mario... ¿Por qué van a pelear? Dicen que por la gloria. Si con suerte uno ha logrado mandar al averno a cuatro o cinco adversarios, llega a creerse que la gloria existe, que la gloria del anfiteatro es cosa real y honorable. Y se olvidan los móviles: que vale más puñalada de gladiador que flagelo de capataz. Velos aquí: el que no ha huido de la casa, deshonrando al padre, es un vil esclavo que quiere emanciparse matando a sus prójimos. No pocos son licenciados de galeras. A muchos los esperaba la soga del verdugo... En fin, una masa de carne para ser arrojada a las Gemonias. Y prefieren morir a los acordes de una marcha triunfal... El año pasado, más de seis mil hombres sucumbieron a la gloria del anfiteatro. Entre esa masa de gladiadores mediocres no faltaban los jóvenes llenos de ilusiones, no faltó tampoco algún nombre famoso. ¿No fue en las augustales pasadas cuando cayó Vicuso, que poseía dos palmas doradas? ¿Y no era favorito de las cortesanas y los próceres Payo, que murió a manos de un novicio? ¿Y Felón? Decidme vosotros, viejos gladiadores, ¿quién podía sospechar que Felón, con ocho años de triunfos, fuese atravesado con el tridente? ¿Y quién lo venció? Allá lo tenéis: Pipo III, que apenas contaba con la experiencia de tres salidas a la arena. Y Pipo III, que hoy se encuentra melancólico porque el augurio no le ha sido favorable, trajo a tierra tanta gloria como encerraba Felón... Vosotros lo habéis visto como yo; habéis visto cómo Pipo ensartaba por el abdomen a Felón y lo alzaba. Visteis todos cómo se le desgarró el vientre y cómo Felón vino a tierra y visteis el espectáculo que dieron sus intestinos colgando del tridente de Pipo III... Todo el mundo habla de Divo Mincio. Nunca el anfiteatro ha tenido un artista como él. Divo tiene ya las cuatro palmas de oro... ¡Y ocho años de gloria! ¿Cuántos Divo Mincio existen, cuántos Festos, cuántos Galatas? Podéis contarlos con los dedos de la mano... Y vosotros soñáis con emular su vida, sus triunfos. Para eso, aportáis todos los años la

sangre de seis mil víctimas de tan insensata ambición. En diez años han muerto más de sesenta mil gladiadores, hombres en la flor de la vida. Y sois tan obcecados que cuando al final del contrato adquirís la libertad y la prima del lanista, cuando tenéis oportunidad de vivir tranquilamente, os volvéis a enganchar, os dejáis engañar a sabiendas por vuestro lanista. Llegáis a creer que el empresario siente por vosotros un especial interés, una individual simpatía... Y el empresario no hace más que cuentas, y el día que le comáis más de lo que le dais a ganar, os sacrificará sin consideración alguna. Os hará trampa en el sorteo y os enfrentará con un joven adversario que sabe que os dará el golpe. O habrá dejado de vigilar vuestra dieta para que engraséis demasiado y perdáis agilidad; o con el alcohol destrozará vuestros nervios, que deben estar siempre bien templados y tensos...

Un ronquido hizo vacilar al viejo en su perorata. Era Luso, que dormía sobre el triclinio. Carso aprovechó la pausa para decirle amenazante:

—Bueno está, viejo charlatán. Los epitafios, para mañana. Puedes rifarlos... De cuatrocientos gladiadores que estamos aquí, pereceremos en los juegos de Vinalia, según tus cuentas, trescientos... ¿O son pocos? Ponte a vender trescientos epitafios... ¿Cuál me destinarías a mí, ya que eres tan avisado en retóricas...?

—Dame cinco sestercios y te lo diré...

Carso le tiró un denario, diciéndole:

—Confórmate, que vas bien pagado.

El viejo apuró un sorbo de vino. Se limpió la boca con la mano, y con los ojos alegres y saltarines, desmintiendo la digna expresión que había mantenido durante el discursete, dijo: «Aquí yace el gladiador Carso, experto de la lanza. Gloria y loa al vencedor que le rebanó la panza».

El viejo rio, pero a nadie le hizo gracia el epitafio. Y Carso no le obligó a que devolviese la moneda porque desvió su atención. A unos pasos de donde estaban se había provocado un escándalo. Mileto corrió a ver qué ocurría. Dos jóvenes gladiadores, apartados del triclinio y blandiendo sendos cuchillos, se acosaban para apuñalarse. Sus compañeros los azuzaban. Pero antes de que

llegaran a acometerse, apareció un pelotón de pajes provistos de estacas y látigos, que golpearon sobre ellos sin ningún miramiento. Los desarmaron y el lanista, un individuo gordo, de mofletes congestionados, les increpó: «¡Bribones, canallas, dejad vuestros antagonismos para mañana! ¿Así me queréis arruinar? ¿Quién me pagará todo lo que he gastado con vosotros, carne de ergástulo? ¡Hacerme esto a mí, que os he dado mesa y cobijo durante cuatro años!».

Estaba tan indignado que no pudo contenerse, y arrebatando el látigo a uno de los pajes, se echó sobre los dos gladiadores, moliéndoles las espaldas. Los dos mozos que tan fieros se habían mirado cuando empuñaban los cuchillos, frente al lanista asumieron una actitud cobarde y asustadiza, soportando con vergonzosa mansedumbre los latigazos que les propinaba su empresario.

En el triclinio lloraba acongojadamente un hombretón. Se enjugaba las lágrimas con la servilleta. Su expresión imponía pavor, tanto por lo innoble de sus facciones como por las cicatrices que le surcaban el rostro y el pecho. Pero en sus ojos, nublados por las lágrimas, se veía una chispa de desamparo, de incontenible pavor. Lloraba e hipaba sin proferir palabra, sin exhalar un solo lamento o quejido; como si en el pecho se le estuviera cociendo la congoja de la muerte. Sus labios se plegaban en un gesto de amargura, de desolación. Y a pesar del aspecto bárbaro del rostro, llegaba a inspirar lástima. Por lo menos, Mileto sintiose solidario de tanta pena. Y hasta procuró acercarse al hombretón con el ánimo de decirle unas palabras de consuelo o de aliento. A su lado otro gladiador sonreía remetiendo nerviosamente los labios, mientras extendía y movía los dedos de la diestra como si quisiera librarlos de un invisible ligamento que los entorpeciese. Más allá aún, un grupo canturreaba a coro los cantables de *El higo de Salomé*, pero con tal intención cambiados, que hacían escarnio del lanista Lucio Sopo y de su mujer. Y más allá tres gladiadores escuchaban embobados a un hombre que les recitaba:

Héroes insignes,
carne divina de juventud florida,

generosa querella de hierros
sublimes, hijos de Rómulo...

El tan popular himno de los gladiadores, de autor anónimo, y que era recitación obligada en toda fiesta casera o todo concurso de barrio.

Mileto volvió al lado de Marco para despedirse. Pero ya el gladiador novel se había puesto en pie.

—Te acompañaré. Hasta la noche tenemos asueto. Y aquí fuera, en el mismo anfiteatro, hay una casa de mujeres donde podremos divertirnos...

La arena parecía una romería. Cada vez afluían más curiosos a ver de cerca a los gladiadores. En las gradas habían tomado asiento muchas gentes, especialmente mujeres, que contemplaban tranquilamente, satisfaciendo una malsana curiosidad, a los comensales de la cena libera.

Ver en la intimidad a los gladiadores no influía para nada en las simpatías que habrían de manifestar durante la pelea. Por eso los luchadores no ocultaban ni disimulaban sus flaquezas, sus cobardías, sus desgarramientos. Al día siguiente, no pocos de aquellos que habían hecho testamento o que habían llorado como mujeres, quedaban vencedores tras una pelea en que demostraban su entereza, su valor, su hombría.

Capítulo 16

Zintia, rescatada

—Siento decirte, Benasur, que mis pesquisas acerca del escriba de Abudio Rusón han fracasado. No pudo decirme nada seguro sobre Shubalam. En la misma fecha tiene registrada la salida de tres esclavos con el nombre de Marco. Sospecha que uno de ellos, comprado a Publio Dolabela, fue vendido a un tratante que llevaba una partida a Ostia para el armador Lucio Cayo. Este hombre tiene una flota de cinco naves que dedica al transporte de bestias y fieras para el anfiteatro...

Mileto esperó a ver qué decía Benasur, y como éste permaneciese callado, agregó:

—He estado en casa de Dolabela. Me recibió afablemente y llamó a su mayordomo para que me atendiese. Con el mayordomo pasé al atrio doméstico y preguntamos a los esclavos que conocían a Shubalam. Uno nos indicó una sirvienta de nombre Doramas que había tenido relaciones con Shubalam. Al principio la joven no fue muy explícita en sus noticias, y sólo después de que el mayordomo le aseguró que no temiese castigo ni represalia, se aventuró a decir que Shubalam había sido su novio, pero que desde que el joven, vendido por Rusón, saliera para galeras, no había vuelto a tener noticia de él. Y de esto hace más de un año, Benasur.

—¿Qué queda por hacer entonces, Mileto?

—Si tú me das permiso, ir a Ostia y ver a Lucio Cayo.

—¿Estás seguro de que en Roma ya no hay ninguna pista?

—Estoy seguro, Benasur.

—Entonces mañana harás la pesquisa, Mileto. Como nada nos detiene ya en Roma, he pensado salir mañana para Siracusa.

Regresaremos dentro de un mes, pues Marco Appiano me aseguró que para entonces estará listo el negocio de las concesiones.

Benasur retiró de una mesa dos cartas que le dio a Mileto.

—Es una carta de Aristo Abramos para ti. Esta otra es la última misiva de Raquel. Quiero que leas detenidamente la carta de Raquel, que la estudies, que reflexiones sobre ella y me digas qué dice Raquel, porque no la entiendo. Vete más tarde a ver al capitán Akarkos. Dile que disponga todo lo necesario para zarpar mañana a primera hora. Nos detendremos en Ostia. Y dile a Jonás de mi parte que te dé un anticipo del sueldo, por si necesitas hacer compras...

Benasur salió de la habitación seguido de Mileto. Cuando bajaron al atrio se separaron. El judío atravesó el peristilo y se dirigió al tercer patio. Desde la noche en que Zintia se había quedado dormida esperando su llegada, no había vuelto a saber nada de ella. Le molestaba que Zintia hubiese entrado ya en el campo de sus preocupaciones. No habría podido oponerse al deseo de Celso Salomón sin causarle un disgusto. Por eso, en la necesidad de aceptar el obsequio de esclavas, redujo éste a su expresión puramente simbólica, y para evitarse posteriores complicaciones tuvo buen cuidado de escoger la esclava más neutra, más asexual de todas. Si Salomón le hubiese presentado a una niña, a una niña habría escogido.

Zintia no estaba en la escuela. El maestro, con algún rodeo, le dijo que Zintia no asistía a clase desde hacía dos días. Benasur comprendió que el maestro no podía decir más sin comprometerse. El judío, presionado por su soberbia, no esperó a que el maestro le insinuase dónde podía encontrar a Zintia. Pero el solo hecho de que Zintia, una esclava que era ya de su exclusiva propiedad, fuese movida dentro de la casa de Salomón sin consultarle y sin su consentimiento, le malhumoraba como si le menoscabasen un derecho.

Detuvo al primer capataz que encontró:

—¿Dónde está Zintia?

—¿Quién es Zintia, señor?

—¡No seas cretino! ¿Quién va a ser Zintia? Zintia es mi esclava, a quien tu amo, el honorable Salomón, le da hospitalidad, como a mí,

en su casa...

Benasur no quiso decir con tan compleja explicación que él era un esclavo como Zintia, pero el capataz creyó que lo prudente era sonreír con un gesto de condescendencia.

—¿De qué te ríes, imbécil? —Y gritó furioso—: ¿Dónde está Zintia? ¿Quién es el capataz, hijo de perra, que me pueda decir dónde está Zintia? ¿O es que la casa del honorable Salomón se ha convertido en una cueva de ladrones? ¡Quiero que traigan a Zintia!

El tercer patio se revolucionó. El maestro atisbaba con discreción desde la puerta de la escuela. Ninguno de los sirvientes que conocía a Benasur —el judío de tan suaves maneras— podía imaginarse que fuese capaz de tales arrebatos de cólera.

A Benasur le chispeaban los ojos, y la sangre que fluía a sus mejillas le daba una expresión de terrible iracundia. El único que se conocía en estos arrebatos era el propio Benasur. Hasta ahora su soberbia se había contenido durante más de un mes, consumiéndole los hígados con la impaciencia. Había acumulado rabia y orgullo, vanidad y amor propio con Skamín. Había tenido que descender a ponerse en pláticas con un pirata. Mientras sus amigos José de Arimatea y Joamín se habían puesto de acuerdo para hundirlo. Después el forcejeo con Tito Limo, la tensión en espera del resultado de la entrevista con el César. Para todo esto se vio obligado a dominar el potro de la soberbia. Y hablar y gesticular con la máscara de la sumisión. Quizá el fracaso de la tardía búsqueda de Shubalam rebasaba su capacidad de contención.

Se le presentó un silenciario. Lo reconoció en seguida. Era el mismo que el primer día había sacudido el polvo del patio con el latigazo con que atemorizó a Zintia.

—Zintia está en el ergástulo, señor...

—¿Cuál es la causa?

—Ha pasado una noche fuera de la galera de las mujeres... —informó el capataz, no sin satisfacción de tener la oportunidad de probar su celo de vigilante.

—¿Quién es el juez? —replicó agresivo Benasur.

—He obrado de acuerdo con mis atribuciones.

—¿Quién te las ha dado?

—Mi amo, el honorable Salomón...

—¿Desde cuándo Zintia pertenece a tu amo?

El capataz había estudiado seguramente leyes. Se las tenía muy bien aprendidas. Eso es lo que pensó Benasur. Porque le oyó decir:

—Todo esclavo, cosa o persona que están dentro de la domo del honorable Salomón son de su propiedad...

—Entonces, según tu lógica, yo estoy aquí y soy propiedad del honorable Salomón, ¿no es cierto?

El vigilante ya no estaba tan seguro. Mas si optó por permanecer callado, no perdió su aplomo. En casos parecidos, su amo había acabado por darle la razón, pues los amos preferían siempre excederse en el abuso a quedarse cortos en la disciplina. Y fue esta actitud un tanto firme del capataz la que desató aún más la violencia de Benasur...

—¡Pronto! Llévame adonde está Zintia, que es mía, que es de mi exclusiva propiedad. ¡He dicho que pronto!

—No antes de que el mayordomo Virgilio me dé órdenes... Acepta, señor, que tú no eres mi amo...

El liberto comprendió que pisaba en falso. Pero mantuvo su posición, como único medio posible de disculparse y de ser disculpado por su señor. En mala hora. Unos días antes, el huésped judío le habría contestado: «Haces bien en cumplir con tus deberes, pero estás equivocado». Ahora, por el contrario, Benasur se irritaba con cada nueva y morosa razón. No podía aceptar que así le defraudaran poniendo coto a su derecho. Y gritó llamando a Virgilio. Corrieron gentes de un lado para otro. Al fin, apareció el mayordomo. Quiso con paños tibios componer la situación. Pero la ira de Benasur, ya desatada, no tenía componenda.

—Vamos al ergástulo —dijo al mayordomo.

Fueron hasta el final de la vasta propiedad. En el camino el capataz se explicaba de un modo reiterado por qué había sometido a Zintia a la disciplina. Virgilio, que se curaba en salud, le reargüía que Zintia era esclava del honorable Benasur, y que antes de tomar una medida disciplinaria con ella debía haber consultado el caso con él, que no habría dejado de plantearlo, a su vez, al honorable Benasur.

Éste no dijo palabra en todo el camino, pero su rabia, lejos de amainar, aumentaba.

Corrieron los cerrojos de la prisión y bajaron por la escalinata de piedra que conducía al sótano. Virgilio ordenó al liberto que encendiera un candil. A la débil luz de éste, Benasur vio dos mujeres tendidas en el suelo, y otra de cara al muro con los brazos en alto sujetos de las muñecas por unos yugos de hierro. Era Zintia.

Benasur cogió bruscamente el candil de manos del liberto y lo acercó a Zintia. La joven tenía apenas cubiertas las caderas con un trapo a modo de ceñidor. Lo que quedaba al descubierto presentaba infinidad de huellas aún no cicatrizadas de los flagelazos. Devolvió el candil al liberto y le dijo con una terrible suavidad:

—¿Así que esta criatura ha sido castigada...?

—Por haber pasado una noche fuera de la galera de las mujeres...

—¿Y tú qué presumes, capataz?

—Que ha estado expansionándose con un hombre... —dijo Savio.

—¿Ella te lo ha dicho?

—No. Ellas siempre niegan.

—Bien. Virgilio, ¿no crees que es tiempo de soltar a esa muchacha? —Y a gritos, casi con histerismo, exclamó—: ¡Le habéis destrozado la piel! ¡Que venga un médico! ¿O es que aquí los esclavos no tienen médico?

Virgilio ordenó que soltaran a Zintia. Ésta, cuando la libraron de los yugos, se desplomó. El mayordomo comprendió que el asunto de Savio se ponía demasiado grave. ¿Para qué el médico? Después del castigo a Zintia le habrían pasado, como se acostumbraba el trapo empapado en vinagre para restañar las heridas. El médico nada tenía que hacer. Pero Benasur continuaba pidiendo la presencia de un médico.

—Que la lleven a mis habitaciones —ordenó.

Cuando salían del ergástulo conduciendo a Zintia entre dos esclavos, llegó Celso Salomón, que había sido avisado del escándalo.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué es lo que sucede?

—¿La conoces? —preguntó Benasur con un tono agresivo.

—Es Zintia...

—Es Zintia, sí. ¡Así me defraudan en tu casa! ¡Zintia, que por ser mía desde el momento que yo puse la mano sobre su hombro, estaba amparada con la misma ley de hospitalidad que a mí me ampara! ¿Cuál es el régimen de tu casa, hermano Salomón? Si Zintia ha sido violada, te reclamaré a ti. Si Zintia está entera, reclamaré la vida de tu silenciario... ¡Quiero un físico que dé testimonio!

—Benasur, puede ser un error...

—¡Irreparable, Celso! ¡Mírale el cuerpo! La han azotado con el flagelo; la han tenido dos días colgada de los yugos... ¿Y sabes por qué, hermano? Porque yo puse mi mano sobre su hombro. Si yo hubiese escogido a otra esclava, esta criatura no habría sufrido el castigo... ¿Qué habrá pensado de la suerte que yo le deparaba?

—No olvides que es una esclava, Benasur...

—¿Una esclava? Eso crees tú. Yo no soy tan puerco para tener a mi lado a una esclava. En cuanto me diste la escritura se la pasé a Cayo Vico para que gestionase su inmediata manumisión. Y Zintia es una liberta. Y tu capataz ha atentado contra una mujer libre. Ahora quiero saber si Zintia se ha entregado a un hombre como él sospecha o ha sido difamada.

Celso Salomón hizo un gesto de fastidio. Benasur estaba dando demasiada importancia a unos azotes.

—Creo que te excedes y estás dando mal ejemplo.

—Lo das tú, faltando a la ley.

—¡Te ciega la soberbia, Benasur!...

—¡Me ciega que me hayan menoscabado!

Los dos continuaron hacia la casa, seguidos por el cortejo que formaban Virgilio, el capataz y los esclavos que llevaban a Zintia. Al llegar al peristilo, Salomón se detuvo.

—Comprendo que tienes razón para indignarte, Benasur... Mas te suplico que no la pases a tus habitaciones. Esto cundiría entre la servidumbre y relajaría la disciplina...

—Mira, Salomón; para ti Zintia es una cosa. Si crees que es un deshonor que Zintia pise tus habitaciones, me sacudo el polvo de mis zapatos y abandono tu casa.

Celso pensó cómo Benasur —el hombre que había obtenido la rendición de Skamín, que había logrado llegar hasta el César, que

tanto provecho y gloria había conquistado en tan pocos días— podía caer en aquella puerilidad. Engordar de modo tan desmesurado y poco práctico la causa de una esclava le parecía una insensatez. Y comenzó a acobardarse al pensar de lo que sería capaz de hacer el extravagante y ensoberbecido Benasur, al que le había faltado tiempo para liberar a una esclava sin limpios antecedentes, sin viejo asiento en una de las decurias de la casa.

Terminó por encogerse de hombros, pero no con un gesto de indiferencia, sino de consternación. Cuando pasaron al atrio, Mileto se disponía a salir de la casa.

—Espera, Mileto —le dijo Benasur.

El griego no pudo ocultar su asombro al ver la extraña comitiva subir a las habitaciones de su patrón. Comprendió en seguida lo que había pasado. Le conmovió ver el penoso estado de la joven, pero sintió mayor satisfacción al observar el gesto de Benasur. Subió detrás de todos. Vio que los esclavos entraban a Zintia en la alcoba del navarca. Llegó el físico, acompañado de un ayudante que portaba la caja de instrumental y medicamentos.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Quiero saber si esa mujer está entera o ha perdido la virginidad. Pasa... —le dijo Benasur.

Y cerró las puertas. Fuera esperaron todos. Savio, que ante la actitud asumida por su amo barruntaba la mayor de las desgracias, se mostraba abatido, mientras Salomón se paseaba cabizbajo por el corredor. Pensaba cómo salir airosamente de aquel incidente que tanto desorden había causado. Al cabo de un rato, el médico se presentó:

—Esa mujer no ha sido tocada, señores... Pero tiene un agotamiento...

Celso lo miró. El médico no dijo más, temeroso de agravar la situación. Savio se echó a los pies de Benasur, mendigándole el perdón.

Éste, librándose de él con un gesto de repugnancia, dijo a Mileto:

—Vete en mi coche al Aquilonia y dile a Benjamín que prepare un camarote para Zintia... —Y dirigiéndose a Salomón—: ¿Cómo se llama tu liberto?

—No es liberto; es esclavo... —Y encarándose con Savio—: Dile tu nombre.

El capataz murmuró:

—Savio es mi nombre, de la decuria sexta del honorable Salomón.

—¿Sabes leyes? —preguntó Benasur ya más calmado.

—Ha pasado por la escuela —dijo Salomón.

—Que las refresque... Hoy mismo presento denuncia ante los jueces...

—¡Sólo faltaría eso, Benasur! Que llevaras un esclavo mío a los tribunales...

—No olvides que ha difamado a una mujer libre. Si quieres evitarte la vergüenza de mi denuncia, hazlo conducir a la cárcel. Y presenta tu testimonio...

Salomón hizo un gesto a Virgilio. Éste quitó el látigo al capataz. Los otros dos esclavos lo apresaron. Benasur ya no quiso ver más. En compañía del médico entró a ver a Zintia.

La partida para Siracusa quedó aplazada. Mileto no comprendía al principio por qué Benasur perdía el tiempo dedicándolo al asunto del esclavo Savio.

Todo lo que rozaba a Benasur caía, como movido por una fuerza centrípeta, en su órbita. Y en ella todo se hacía grave, trascendental, definitivo. No había términos medios. Con Benasur las gentes ascendían a lo más alto o se derrumbaban sin salvación.

Zintia fue trasladada al Aquilonia. Desde ese momento Osnabal estuvo pendiente de su salud, vigilando una dieta fortalecedora. Benjamín la atendía con todos los miramientos que podía tener para una señora. Sin embargo, Benasur no se interesaba por Zintia nada más que a la hora del desayuno, cuando el médico le informaba de la recuperación de la joven.

Una mañana, Zintia se presentó en el saloncito de la toldilla. Al entrar, Kim y Forpas se pusieron de pie. Mileto tuvo que imitarlos. Benasur permaneció sentado. Era la primera vez que se volvían a ver después de la salida de casa de Salomón. Zintia misma mostraba su timidez ante aquel cambio de trato. Y no había más que verle sus torpes movimientos para comprender que la joven se encontraba incómoda, molesta con la nueva situación creada. Benasur la invitó a

sentarse y la estuvo observando atentamente. La joven había dado un estirón, y el régimen impuesto por Osnabal se hacía visible en una saludable recuperación física. Mileto, que el primer día la encontró feúcha, reconoció que la joven era algo más que bonita. Sus ojos lucían hermosos y cuando perdieran la expresión un tanto apagada de azoramiento y mansedumbre ganarían mucho.

Después del desayuno, Benasur se la llevó a dar un paseo en coche. La muchacha no acertaba a comprender qué pasaba, qué pasaría. Tenía una idea, no muy clara, de que el capataz Savio había cometido una falta muy grave al castigarla. Desde entonces Benasur extremó los cuidados, las atenciones con ella, como si quisiera reparar el daño del que era completamente inocente.

Ese día Zintia conoció la ciudad de Roma. Pero si le maravillaban el bullicio de las calles y las bellezas de tanto edificio, le sumía en una perturbadora perplejidad verse y sentirse al lado de tan importante señor, cuyo coche iba custodiado por dos pretorianos a caballo. Cuando los pretorianos daban un grito, la gente se separaba del arroyo despavorida, dejando un vacío en la calle.

Ignoraba qué clase de sentimientos la dominaban. Sólo sentía una extraña, agridulce emoción, y una especie de melancolía de que su madre no supiera todo aquello que le estaba pasando. Su madre se había quedado en un camino del mundo, en un mercado de esclavos. En un pueblo donde había gente muy blanca y de cabello dorado. Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Ella se llamaba Mara, como su madre. En el mercado en que las dos fueron separadas le pusieron el nombre de Zintia. Con ese nombre la llamaba Benasur. ¿Qué importaba el nombre? Quizá Raquel, hija de Elifás, a quien iba a servir, le pondría otro nombre. El nombre no importaba. Lo grato era verse tratada como persona desde el día en que Benasur la sacó de la domo de Salomón.

¡Qué hermosas y graciosas casas se veían en las calles de Roma! No abundaban los palacios como el del Pincio. No. Se veían pequeñas casas adornadas de flores. De algunas de las ventanas colgaban jaulas. Las gentes hablaban y reían ruidosamente. Todas parecían ser dueñas de sí y vivir a su antojo. Todas tenían una expresión de felicidad en el rostro.

Los comerciantes salían al paso de las gentes ofreciéndoles su mercancía. Zintia recordaba que siendo muy niña, muy pequeña, su madre la había conducido al mercado. Era una plaza grande, inundada de sol. Estaba rodeada de oscuros bazares. En las calles que daban a la plaza, los camellos de los mercaderes, que venían de muy lejos... Sólo recordaba los camellos, a los traficantes ensabanados y las bolas de metal. En los bazares había muchas bolas de metal... Roma le parecía en todas sus calles un mercado.

Al cabo de media hora, el coche llegó hasta las puertas de un comercio, que se asemejaba a los bazares que ella recordaba de su niñez. Sólo que éste era el más suntuoso y grande que había visto. Benasur le ayudó a bajarse del coche. Entraron en la tienda y su amo se puso a hablar con un señor. Por lo poco que Zintia sabía de latín, se dio cuenta de lo que hablaban. El mercader la miraba y remiraba de arriba abajo, hacía alguna pregunta a Benasur y después movía la cabeza afirmativamente.

Comenzaron a sacar vestidos. Benasur le preguntó si le gustaba tal o cual prenda. Ella apenas podía dar opinión. Zintia no sentía más que las mejillas le ardían en un terrible, mortificante sofoco. Benasur tampoco hacía mucho caso de lo que ella decía, y por su cuenta separaba los vestidos. Después pasaron a otro lugar del mismo establecimiento, y allí Zintia se probó zapatos, sandalias, zapatillas. Comenzó a sospechar si todo aquello sería para ella, y no para Raquel, hija de Elifás, cuando Benasur le dijo que se quedara con unos zapatos puestos. Era la primera vez que se ponía zapatos y sintió que sus pies se hacían ligeros, como si no pisaran. Hasta entonces había gastado zuecos y sandalias con suela de madera. Benasur le dijo:

—Ven a cambiarte de vestido.

Conducidos por el dependiente entraron en un pequeño cubículo, sin literas, con una enorme lámina de obsidiana.

Cuando se quedaron solos, Benasur le dijo que se desnudase. Él salió un momento, para regresar instantes después, cuando Zintia apenas se había puesto una subúcula con exquisitos adornos; muy semejantes a los que tenía el pañuelo que el amo le había dado el primer día. Después se puso la túnica y la estola. Se veía tan

distinta, tan cambiada en el espéculo, que no pudo contener una sonrisa delante de Benasur. Y el amo no se enojaba porque ella se sonriese. Lo que más le llamaba la atención, lo que más complacía a su coquetería, eran los zapatos, de una piel tan fina y lustrosa que brillaba como si fuera metal. Sólo una vez había visto unos zapatos parecidos en los pies de Claudia Salomón.

—Amo Benasur: Raquel, hija de Elifás, ¿crees que tenga el mismo pie que yo?

—No lo sé —contestó Benasur—; pero no te preocupes por Raquel. Esos zapatos y esa ropa son para ti. Y ahora iremos a que te pongan un collar y unos arillos.

Y siguió a Benasur. El dependiente les mostró varios collares y arillos. Y Zintia, al verse con una cadena de oro al cuello, se acordó de que cuando volvió en sí después del escándalo, el herrero, en presencia de Benasur, le cortaba la cadena de hierro con la placa identificadora. Abandonó en seguida ese recuerdo. El dependiente le cogió una de las manos y puso en la muñeca, sobre el tafetán que cubría la cicatriz de la herida que le había dejado el grillete, una pulsera, también de oro. La pulsera, ricamente trabajada, tenía piedras verdes a su alrededor.

Cuando quedó completamente transformada, Benasur la llevó ante un espéculo de obsidiana y le dijo:

—Mírate; eso es lo único que puede hacer el dinero. El otro cambio lo tendrás que hacer tú.

No entendió a Benasur, a pesar de que le había hablado en griego. Y no quiso preguntarle, porque al amo le entró una súbita prisa por irse. Dijo al señor del comercio que toda la mercancía comprada la llevasen al Aquilonia.

Zintia no sabía si estaba hermosa. Pero Benasur sonreía satisfecho.

Después volvieron a tomar el coche y pasearon de nuevo por vías y plazas de la ciudad. Ahora no era ya sólo Benasur el que llamaba la atención de las gentes, sino ella también, con sus zapatos, con su estola, con sus alhajas. Al fin, el coche se detuvo ante la puerta de un gran edificio circular. Benasur enseñó unos discos y entraron. Uno de los mozos les acompañó al interior.

—Esto es un anfiteatro —le dijo Benasur.

El graderío estaba ocupado en algo más de la mitad de sus localidades. Un acomodador los condujo a sus sillones en la tribuna senatorial, que estaba casi desierta. Sobre ésta, sostenido por dos columnas de bronce, se levantaba el palco de la presidencia, ocupado en esta ocasión por el edil de turno. Enfrente de ellos quedaba el palco imperial, vacío. En las sillas anejas, algunos empleados o sirvientes de la casa de Tiberio. En la arena, un elefante hacía diversos ejercicios de equilibrio con la trompa valiéndose de pelotas, cintas y banquillos de metal.

A pesar de la mediocre asistencia de público, el aspecto del anfiteatro era imponente. A la izquierda, quedaba la banda pretoriana que amenizaba los juegos gladiatorios con lo más movido e incitante de su repertorio. En las partes altas del graderío abundaba el color rojo de los palios de los esclavos. En las localidades bajas se veían las blancas togas y el vivo y diverso colorido de los vestidos femeninos.

Benasur le dijo a Zintia que mirase al palco de la presidencia. El edil, ricamente vestido, aparecía en medio del palco, asistido a su derecha por el asesor jurídico, y a su izquierda, por el asesor de la fiesta. Se cubría con una enorme corona de oro, figurando hojas de laurel, tan pesada que dos pajes la sostenían con cintas de seda para aliviarle del agobio. Una túnica escarlata, bordada con oro y recamada de perlas, y sobre ésta la toga de púrpura también con festones de oro, desplegada y abierta como las alas gigantes de una extraña deidad. El presidente, grave, de gesto adusto y apostura majestuosa portaba en su diestra un bastón de marfil, ricamente trabajado, que remataba en un águila de oro con las alas extendidas, en actitud de iniciar el vuelo. El bastón lo apoyaba en la cadera al modo ecuestre, y de toda su imponente figura el único gesto femenil era el de su mano izquierda, apoyada sobre el balcón con cierto desmayo, y de cuyos dedos pendía una fina pañoleta blanca.

Mientras el elefante exhibía sus habilidades, los *spartores* removían la arena y echaban en las carretillas los coágulos de sangre y los excrementos de las bestias.

Zintia no salía del asombro que le producía el espectáculo. Sin el menor aviso, sin que Benasur le hubiese anticipado noticia, había entrado en un mundo completamente desconocido. Todo era motivo de admiración.

Al fin, el domador se fue con su elefante. Momentos antes el público ya había comenzado a dar muestras de impaciencia. Cuando el proboscidio desapareció por la reja lateral de los fosos, los trompeteros de la banda anunciaron la nueva fase del espectáculo. Se abrió la puerta sanavivaria y el público puesto en pie comenzó a aplaudir. Al son de una marcha empezó el desfile. Era una tanda de gladiadores noveles que hacían su presentación al público. Venían ordenados en decurias, al frente de cada cual avanzaba un abanderado con el estandarte del *ludus* o escuela gladiatoria a que pertenecían. Salieron por delante los samnitas, con corselete escarlata, hombreras de metal dorado y palio blanco sobre el hombro derecho. Detrás de cada uno de ellos iba su paje de armas, vestido de clámide roja y llevando en ademán de ofrenda la espada y el escudo. Seguían los tracios, cuyos pajes portaban la rodela y el puñal; luego los murmillones y sus pajes, con el casco que figuraba un pez y la espada larga; continuaban sus adversarios los reciarios, que se valían de la red y tridente; después, vestidos de blanco, con un solo lazo azul amarrado al cuello, los arqueros, que participaban en los juegos de cacería; por último, los nautas, sin paje, vestidos de pies a cabeza de verde, cuya particularidad era llevar un largo y afilado cuchillo entre los dientes.

La ovación fue ruidosa. Para algunos de los gladiadores era la única que recibirían en la vida. La variedad de los vestidos, lo alegre del color de los mismos, lo bruñido de las armas y de los escudos constituían un espléndido espectáculo.

Al pasar frente al palco de la presidencia, todos volvían el rostro a su derecha en un movimiento tan uniforme y disciplinado que llamaba la atención de Zintia. No había visto nunca soldados tan ricamente vestidos ni de aire y apostura tan marciales. Y lo que más le admiraba era el ver que todos ellos parecían ser de la misma edad: jóvenes de veinte a veinticinco años, fornidos, musculosos. Cuando los primeros gladiadores llegaron ante el pulvinar, levantaron

el brazo. En el palco, que antes estaba vacío, ahora se hallaba un funcionario con toga purpurada.

Los gladiadores continuaron paseando al son de la música rumbo a la puerta, pero de cada decuria se separaba una o dos parejas que junto con sus pajes se quedaban a un lado. El público, que ya conocía sobradamente el espectáculo, como se acercaba la hora del prandium comenzó a abandonar las localidades. Algunos espectadores gritaban vitoreando a sus conocidos, haciendo que el nombre del gladiador novel se escuchase por primera vez en el ámbito del anfiteatro. No faltaban mujeres que arrojasen al paso de los bisoños flores, cintas y bolsas con dulces.

Los más fanáticos se quedaron a ver el simulacro de peleas. Los contendientes fueron provistos de armas de madera y a una señal del presidente, que agitó con un gesto de aburrimiento la *mappa*, comenzó la exhibición. Los espectadores procuraban adivinar en los movimientos de este simulacro las posibilidades de triunfo de cada contendiente, a fin de regular con esta primera apreciación sus apuestas de los días siguientes. Tomaban buena nota de la escuela y equipo a que pertenecían. Pero la mayoría del público abandonaba el anfiteatro.

El presidente daba muestras de impaciencia. Agitó la pañoleta para concluir con la exhibición. La muchedumbre se precipitó a los vomitorios. Y muchas gentes que andaban en localidades altas bajaron precipitadamente para ocupar los asientos que quedaban vacíos.

Mientras tanto, el edil-presidente se puso en pie. Los pajes le quitaron la pesada corona de oro y le cubrieron con un gorro morado. Él mismo se cambió la toga circense por la de magistrado. Los espectadores quedaron reducidos a una cuarta parte de la capacidad del recinto, Benasur le explicó a Zintia la repugnancia que sentía por el espectáculo. En el anfiteatro se daban funciones desde el amanecer hasta el crepúsculo. Las luchas se efectuaban entre gladiadores y a veces entre gladiadores y fieras. No faltaban tampoco los simulacros de cacería en que los atletas acosaban leones, tigres, panteras, toros salvajes y otras bestias hasta exterminarlas. No pocos hombres caían bajo las arremetidas de las

fieras. La sangre se derramaba en tal cantidad que la arena no llegaba a absorberla. Si el público, hostigado por la carnicería, daba muestras de aburrimiento, el presidente ordenaba el cambio de espectáculo y entonces solía verse a los cazadores perseguirse unos a otros y sucumbir a golpes de dardo o de lanza. Las cacerías humanas eran más divertidas y movidas, y tenían la ventaja sobre las otras de que los hombres no derramaban tanta sangre en la hemorragia mortal como las fieras.

—Ahora —dijo Benasur— nos tocará ver las peleas de *gladiatores meridiani*...

—¿Y por qué las gentes se van?

—Porque estas peleas no tienen mayor interés. No son luchadores de profesión, sino aficionados. Pobres diablos condenados a muerte por delito común. Antes se los ajusticiaba en la cárcel y sus cadáveres eran arrojados por las Gemonias. Pero la justicia romana ha encontrado que estos hombres podían divertir a la gente, matándose entre sí. Los romanos son muy prácticos en todo. Son muy civilizados...

Benasur calló porque hizo aparición en la arena el pelotón de los criminales. Cada uno venía vestido y armado según el capricho del juez del anfiteatro. De los graderíos se escapó una confusión de gritos y denuestos. A uno le gritaban «parricida», a otro «pederasta»; a éste «bola de sebo» y a aquél «ojos de sapo». Todos ellos habían escuchado ya la recriminatoria y la sentencia del juez, y ahora se veían obligados a soportar la burla y el escarnio de la plebe, que no se detenía a considerar su próximo y lastimoso fin para regatearles el oprobio de sus últimas afrentas.

—¿Y por qué pelean, si saben que ninguno saldrá victorioso? —volvió a interrogar Zintia.

—Pelean porque, a veces, el que sale vencedor de todos sus contrincantes es indultado. Pero esto sucede muy rara vez. Mas se ha establecido esta posibilidad, y, mientras el hombre vive, conserva hasta lo último la esperanza. Éste es el móvil que les hace luchar. Saben que la única forma que tienen de salvar el pellejo es quitándole la vida a su adversario.

Después de que los expresidiarios se exhibieron ante el público, abandonaron la arena y sólo quedaron en ella dos luchadores: un hombre de mediana estatura, muy gordo, casi obeso, cubierto con un taparrabos. Seguramente había dejado sus prendas personales como única herencia a su familia. Manejaba una espada muy ancha y corta. Su contrincante era, físicamente, la antítesis: alto y membrudo, armado de un enorme tridente. El contraste que hacían sus figuras provocó la hilaridad del público. Aunque desde el primer momento no era difícil vaticinar que el hombre gordo sucumbiría bajo el tridente del otro, la perspectiva del acoso regocijó al público. Y tras las risas, el presidente fue ovacionado por el buen tino demostrado en enfrentar a tan irregular pareja. En estas peleas del mediodía se buscaba divertir a los pobres espectadores que, sin recursos para el prandium, se refugiaban en el anfiteatro a engañar al hambre.

En cuanto el del tridente dio unos pasos en actitud agresiva, el gordo salió huyendo, mas la grasa le impedía hacerlo con agilidad. El alto no era simpático. El público se divertía de ver poner en apuros al pobre gordo.

Zintia, criada en la esclavitud y en la violencia del tercer patio, no miraba, sin embargo, con gusto el espectáculo. Posaba la vista sobre los dos hombres y, en seguida, la desviaba hacia los espectadores diseminados en las gradas centrales, frente al lugar de la arena en que se efectuaba la pelea. Oyó gritos del público, que vociferaba insultando al hombre gordo.

Al fin, éste, más obligado por el cansancio que por las protestas de la gente, comenzó a dar cara al alto. Apenas lo veía blandir el arma de tres pinchos volvía a echar a correr. Entonces la concurrencia se enfurecía y animaba al alto: «¡Pégale, pégale ya!». Y el gigantón hacía un gesto de disculpa, como si dijera que con aquel cobarde no se podía pelear. Y le sobraba razón, porque el gordo parecía tener más apego a la vida que el permitido a un hombre a quien el juez se la ha quitado. Si continuaba corriendo, la lucha terminaría desabridamente, ya que su adversario se vería obligado a clavarle el tridente en los riñones, escamoteando al

público las divertidas peripecias que cabía esperar de tan desigual pelea.

Ocurrió lo inesperado. El alto resbaló y cayó de bruces. El gordo corrió como una centella hacia él enarbolando la espada con la rabiosa intención de descargarle el golpe en la cabeza, pero con tan mala fortuna que el alto, al incorporarse, levantó el tridente y bien por la velocidad que llevase el gordo, bien por la astucia con que el gigantón moviese el arma, sucedió que el primero vino a clavarse en el tridente. Zintia no pudo reprimir un grito. Nadie la oyó, pues el público reía alborozado al ver al gordo prendido en el tridente que el otro removía con terribles intenciones. Cuando Zintia tuvo valor para mirar lo que sucedía en la arena, volvió en seguida el rostro. Los ojos de Zintia se juntaron con los de Benasur en una misma cobarde, aprensiva mirada. El judío observó que la joven tenía los ojos húmedos y las mejillas coloreadas por el sofoco.

—Es inútil lo que hace —dijo Benasur—. Él también caerá. Cuanto más se esfuerce, más se cansará...

Se lo dijo a Zintia, pero escuchándose sus propias palabras. Como si necesitara convencerse de que el del tridente también tendría su castigo.

Un griterío ensordecedor les hizo volver la vista hacia la arena. El gigante había cortado el cuello a su víctima; y daba una vuelta girando sobre los talones, mostrando en su mano la cabeza.

En la arena apareció el segundo contrincante. Zintia, al verlo, se puso extremadamente pálida, y sin poder evitarlo, se venció de hombros. Su mano, como si buscara dónde asirse, se clavó crispada en el brazo de Benasur. El nuevo gladiador era Savio, el silenciario de la sexta decuria de Salomón. Zintia sintió una extraña sensación en la que un tardío placer de venganza se mezclaba a un impulso piadoso por Savio, pero al mismo tiempo, se horrorizaba al pensar que Benasur hubiese creído halagarla ofreciéndole el sacrificio de Savio como una fría e implacable reparación.

El público prorrumpió en vítores. Savio revelaba su condición de esclavo con la cadena que le aherrojaba el cuello. Y los esclavos despertaban siempre la simpatía entre la muchedumbre del anfiteatro; tanto porque a esas horas los esclavos formaban mayoría

entre el público, cuanto porque los mismos hombres libres tenían una ocasión en su vida para expresar públicamente un sentimiento generoso hacia los siervos.

Todo el mundo sabía además que los esclavos eran fácil presa del anfiteatro, dado los escasos recursos que tenían para defender su causa ante los tribunales.

—Alza la cabeza y mira —le dijo fríamente Benasur.

Zintia levantó la cabeza por no desobedecer a su patrón. Y cuando miró a la arena no vio nada. Una mancha gris que parecía rotar ante sus ojos le privaba de una visión clara.

—¡No quiero verlo, no quiero verlo! —protestó la esclava con un nudo en la garganta.

—Debes verlo morir. —Y brutal, Benasur reveló—: Te he traído para esto, para que lo veas morir. Te he visto la otra noche, mientras dormías, la espalda... Te ha dejado diecisiete cicatrices. Te ha marcado para toda la vida. Para quitártelas tendré que llevarte con Sharon de Alejandría. Y me pedirá un dracma de oro por cada cicatriz... Necesitaba ese miserable tener diecisiete vidas para pagar con diecisiete muertes cada una de tus heridas...

Zintia sintió que le faltaba el aire. El espectáculo, la impresión recibida al ver a Savio, las palabras secas, pero halagadoras, de Benasur trastornaban sus sentidos. Movió una mano al azar como buscando un asidero para las fuerzas que se le iban y tropezó con la mano de Benasur. Nunca había sentido un roce tan agradable como el que le proporcionaba aquella mano. La sentía suave, tibia, acariciadora. La sentía como si transmitiera un extraño fluido de protección y seguridad. ¡El magnífico Benasur! Y Zintia no pudo evitar que sus ojos se alzasen buscando los de su señor. Y los encontró. Estaban fijos, clavados en la arena. Los labios se plegaban en una sonrisa de complacencia. Quizá su gesto era cruel. Zintia sólo supo ver la belleza de tan armónicas facciones. Una frente amplia, pálida, que asomaba entre los rizos rebeldes de una tupida y negra cabellera. La nariz fina, puntiaguda, se curvaba ligeramente hacia abajo. Un bello recortado ponía una mancha negra, brillante, transparente y sedosa sobre la blancura del cutis. Parecía que esa barba, continuamente mutilada, servía para enmarcar el coral de los

labios, la blancura de pergamino de la piel, Y al cuello, la gruesa cadena de oro, de la que colgaban ocho esmeraldas alternadas con ocho topacios, todos rectangulares. Zintia creía no haber visto un rostro igual. Y hasta las dos arrugas que cortaban triangularmente la frente y que daban una expresión grave y severa a Benasur no carecían a sus ojos de un subyugador encanto.

Y dejó de mirarlo con arrobo porque sintió que la mano de Benasur oprimía la suya con tal violencia que le reanimaba el dolor de las heridas producidas por el grillete.

—Por favor, magnífico Benasur... —rogó quedamente.

—¡Mira, mira a ese miserable!

Sí, Zintia miró al miserable. Savio se adelantaba hacia el gigantón, ya muy empobrecido de fuerzas. Debía de presentir que le tocaba su hora, pues el tridente no guardaba superioridad sobre la lanza de que estaba armado Savio. Pero tenía en compensación a las fuerzas perdidas, la experiencia ganada en su anterior combate. Mas de poco le sirvió, porque cambiando los terrenos comenzó a andar astutamente alrededor de Savio con el fin de atacarle al menor descuido. Y Savio nada más daba vueltas sobre sus talones, sin perderle de vista. El hombre del tridente había equivocado la táctica.

Una voz aguda se escuchó en medio del silencio: «¡Ya, basta de noria, que se nos hace tarde!». Y el público coreó con risas la ocurrencia. Y otro espectador contagiado comentó en otro grito: «¡Pégale ya, que el presidente nos invitó al prandium!». Fue abucheado. Mentar el almuerzo entre aquella muchedumbre que permanecía en el anfiteatro por no tener qué comer resultaba demasiado inoportuno.

En un golpe de audacia, Savio proyectó con todas sus fuerzas la lanza, que se clavó en el pecho del gigante. Savio quedó desarmado. El gigante se quitó la lanza y con ella en la mano corrió hacia Savio, pero éste escapó con tanta suerte que su enemigo cayó al suelo antes de alcanzarle. Entonces Savio volvió en seguida a coger el tridente que había soltado el rival y se lo clavó en las espaldas. El público protestó con silbidos e insultos, decepcionado del desenlace.

A Benasur y Zintia se les acercó un vendedor. Traía tortas, empanadas de pescado y vino falerno. Zintia se mostró remilgada al

principio; pero, acatando los deseos de Benasur, concluyó por aceptar una empanada.

El oponente de Savio era un muchacho joven, bien proporcionado y de miembros y facciones correctos. Su aparición desató el entusiasmo de las mujeres. Venía provisto de coraza, de arco y flechas. Zintia no pudo sustraerse a la emoción que sacudió al anfiteatro. Benasur comprendió que a Savio le había tocado dar el espectáculo. El esclavo estuvo dudando entre escoger la lanza o el tridente, pero se decidió por la lanza. Cuando dieron la señal de empezar la pelea, el joven puso tenso el arco. Tenía tan sólo seis dardos en el carcaj, y sabía que con una de aquellas flechas debía abatir a su enemigo. Comenzaron a acosarse a distancia. El tiro de flecha era eficaz a unos veinte pasos y a esa distancia el arquero podía ser buen blanco de la lanza si el silenciario de Salomón lograba proyectarla con tan buena fortuna como la vez anterior. El primer dardo salió disparado y se rompió contra el escudo de Savio. Éste, rápido, aprovechó la ocasión para arrojar la lanza, pero sin alcanzar al arquero. A partir de entonces el arquero anduvo detrás de Savio, que, desarmado, procuraba hacerse con el tridente. Cuando se agachó, un nuevo dardo le fue disparado. Mientras el joven volvía a proveerse de otra flecha, Savio se adelantó rápido hacia él. A medio camino tuvo que detenerse, pues ya el arquero le amenazaba. Después de un rato de acoso, un tercer dardo tuvo mejor fortuna al clavarse en el brazo derecho de Savio. Éste salió huyendo para arrancárselo y cambiar de mano el tridente. Vista esta condición inferior, el arquero acosó con más seguridad al esclavo, que recibió un cuarto flechazo en el muslo. Aquí Savio perdió todo dominio sobre sí mismo, y comenzó una carrera loca por la arena, perseguido por el arquero. El quinto flechazo le hirió en la espalda y Savio continuó corriendo y gritando, llevando el dardo clavado en los riñones. El joven aún perseguía a su víctima, pero sin intención de disparar la última flecha sino cuando lo viera caído.

Savio cayó precisamente a unos pasos de la tribuna en que estaban Zintia y Benasur. Se revolvió en el suelo como si quisiera quitarse la flecha y quedó un momento con la cara inclinada hacia la tribuna. Zintia creyó que Savio los miraba y que los había

reconocido. Benasur debió de creer lo mismo, pues sonreía viendo al esclavo debatirse entre la arena con los ojos exorbitados. El joven arquero le puso el pie sobre el pecho para sujetarlo y así, fríamente, le apuntó el último dardo. Se veía que era experto tirador. Se permitió el lujo de ultimar a su adversario con un detalle exquisito: en vez de apuntarle al corazón, le apuntó a la yugular y con tan buen tino que la seccionó como con una espada. El borbotón de sangre enloqueció al público. Los aplausos se hicieron atronadores. Las mujeres lanzaron al aire flores, lazos, monedas. Y muchos espectadores, puestos en pie, pedían a la presidencia el indulto del joven criminal. Al parecer había sido condenado a muerte por asesinato y costumbres infamantes. Los vítores se hicieron tan insistentes que el joven, contra lo establecido en las luchas de *gladiatores meridiani*, giró sobre sus talones para recibir los aplausos del público, honor que sólo era concedido en los juegos profesionales al triunfador.

Benasur estaba satisfecho: Zintia había presenciado la muerte de su verdugo.

Nada tenían que hacer ya en el anfiteatro.

Cuando regresaron al Aquilonia, Benasur encontró en la biblioteca un pliego precintado. Lo abrió. Era una carta de Myna. En ella le enteraba haber dado, al fin, con el paradero de Shubalam. Hacía dos años que el príncipe musulano habla sido rescatado de galeras por el rey de los garamantes. Y vivía acogido a la hospitalidad del rey. Myna completaba la información dándole una lista de cinco testigos que habían visto y hablado a Shubalam en el reino garamanta.

Para Benasur resultaba muy penoso enterarse de que otro amigo de Tacfarinas hubiese obrado con mayor diligencia en el rescate del mozo. Pero la noticia le llenaba de tanta satisfacción que olvidó en seguida su negligencia. Con las minas de Bética en su poder, la aparición de Shubalam venía a concluir de levantar el gigantesco edificio de su ambición. Benasur haría rey a Shubalam. Él pondría a su disposición el más moderno ejército para oponerse a Roma y conquistar su reino. Y como si su ambición se moviera secretamente por los caminos subterráneos de la conciencia, interpretó como un providencial aviso tal cúmulo de coincidencias en un mismo día.

Benasur subió a cubierta, y al encontrarse a Zintia pensó en lo conveniente que sería que la esposa de Shubalam, la reina de los musulanos, fuese una mujer de su absoluta confianza y a la que pudiera dictar la política que había de seguir el propio Shubalam.

Benasur permaneció en Siracusa hasta principios del verano. Bien porque la Corte estuviese de luto por la muerte de Livia Augusta, madre del César, bien porque la rendición de Skamín no se hubiese llevado a cabo sino a fines de mayo, Tiberio no firmó el edicto de subasta de las concesiones de las minas de Bética sino en las calendas de junio.

La cautela con que Tiberio se movió en el asunto de las concesiones —que avivó nuevas impaciencias en Benasur— tuvo finalmente su compensación, pues el senador Appiano consiguió del Emperador que la subasta se hiciera en la basílica Julia, de Roma, y no en la basílica Balbo, de Gades, como era consejo del ministro Sejano. El trámite legal, o por lo menos correcto, habría sido anunciar la subasta en Corduba, capital de Bética; pero Tiberio, a fin de proteger ampliamente a su nuevo socio, declaró las minas fondos imperiales, y como tales tuvo el derecho de subastarlas en Roma. Al mismo tiempo, el pago anticipado de impuestos que hizo Benasur se consideró como un préstamo al Fisco imperial garantizado con una hipoteca sobre las minas. De tal modo fue preparada la operación, que Benasur tuvo prioridad de derecho sobre cualquier otro postor.

Appiano informó a Benasur que Coceyo Nerva, el consejero hacendario del César, se había mostrado francamente contrariado con el desenlace de las negociaciones; y que le había dicho a Tiberio con la franqueza que le permitían sus conocimientos financieros y su vieja y sostenida amistad: «No creo que haya otro hombre tan astuto para los denarios como Benasur, querido Tiberio. Creo que el Emperador se ha hecho con un ventajoso socio, y Roma con un amigo poco deseable». Appiano se lo contó guiñándole el ojo, festejando el triunfo obtenido contra el Orden Ecuestre y su representante más conspicuo en el Palatino, el prefecto Sejano. Al senador no le interesaba el aspecto patriótico de la cuestión y se daba por satisfecho con que las flotas romanas hubiesen pasado a poder del Orden Senatorial, y que los negocios navieros le rindiesen

sustanciosas ganancias. En lo personal, sentíase contento de que Benasur desalojase de Gades a los caballeros équites. Era como el primer síntoma, escandalosamente revelador, de la caída del ministro Sejano. Esta rivalidad existente entre los dos grupos más poderosos en lo político y en lo económico de Roma, Benasur la estimulaba en lo que podía, pues la consideraba un elemento eficaz para la descomposición del Imperio.

Los dos sucesos —la muerte de Livia Augusta y la rendición de Skamín— fueron motivos propicios para que Benasur estrechase aún más sus relaciones con Tiberio. Al publicarse en el foro de Siracusa la noticia de la muerte de la madre del Emperador, el navarca salió en el Aquilonia para Capri y fue recibido inmediatamente por el César. Éste aceptó las condolencias del judío con buen ánimo, como si el fallecimiento de su madre no le afectase gran cosa. Y mientras el luto le sirvió para excusarse de atender a embajadores y procónsules, a prefectos y funcionarios de Roma, tuvo humor para organizar una fiesta en las grutas en honor de Benasur y su séquito. Después de una semana de vivir en Capri como huésped del César, el navarca regresó de nuevo a Siracusa. Poco después recibió una carta muy amistosa de Tiberio refiriéndose a Skamín, a cómo el pirata se había rendido de acuerdo con lo estipulado. Tiberio mostrábase muy satisfecho y le reiteraba una vez más las gracias por el servicio prestado a Roma.

Mientras los negocios del judío así se remataban, en el Aquilonia la vida transcurría por insospechados caminos. Benasur había pensado en todas las molestas complicaciones que significaba la presencia de una mujer en un barco. Zintia, que para él apenas si podía escapar a la condición de persona-cosa, fue cobrando personalidad y categoría humanas entre los tripulantes. Bastó que Mileto, siguiendo indicaciones de Benasur, atendiera a su educación, principalmente por lo que atañía a lenguas y letras; que el médico Osnabal cuidara de su recuperación física, para que los demás se creyeran obligados a aportar alguno de sus conocimientos a la mejor educación de Zintia. Benjamín, el maestresala, la instruía en cosas de etiqueta social; el oficial Kim, que no ocultaba el interés que le despertaba la joven, le contaba cosas absurdas y fabulosas de otras

tierras; y el mismo capitán Akarkos la ilustraba en geografía y en las costumbres de los pueblos. Benasur se reservaba las lecciones de alta política, pues cada día se hacía más a la idea de casar a Zintia con el príncipe Shubalam.

Pero todo esto constituía el fluir externo de la vida en el Aquilonia. Pues había otro fluir más íntimo y secreto que, no por callado y oculto dejaba de exteriorizarse en el ambiente tenso en que se movían los hombres alrededor de la mauritana. Desde luego, Mileto, concluido el trabajo de trazar los planos de los carros, se dedicaba con más afición a impartir lecciones de latín y griego a Zintia, más por simpatía que por entusiasmo pedagógico. Por su parte, Kim rondaba a Zintia como un enamorado. Y Osnabal sentíase en cierto modo autor de esa mujer que había recogido en casa de Celso Salomón casi moribunda. Osnabal consideraba que Zintia le debía la vida. Y por esta deuda pretendía ejercer sobre la joven un dominio que no pocas veces molestaba a Mileto e irritaba a Kim.

Benasur, sabiéndose propietario absoluto de aquella cosa que se llamaba Zintia, veía con tácita complacencia las atenciones que le dispensaban sus hombres. En más de una ocasión estuvo por intervenir y llamar al orden a Kim, pero se abstuvo pensando que Kim no era problema en el caso de Zintia. Akarkos era hombre con cabeza bien sentada para excederse. Osnabal, más que demostrar un interés personal por la joven ponía en evidencia un interés científico. En cuanto a Mileto... Mileto era el que desazonaba muchas veces a Benasur. Porque Mileto pensaba.

De todos los hombres que rodeaban al navarca, el griego era el más autónomo. Y por esta condición era quizá al que más estimaba. Lo estimaba y lo temía en cierta forma. Procuraba eludir discusiones con él que cada vez eran más frecuentes.

Mileto era un caso para Benasur. Día a día aumentaba su eficacia, su certera comprensión de los negocios. Al mismo tiempo se hacía más pulcro, más distinguido. Era un colaborador, un brazo derecho diligente y diestro. Pero acrecentaba también de un modo rabioso su espíritu de independencia. Todo lo que fuera negocio Mileto lo acataba sin un mal gesto, sin una palabra de oposición. Rara vez aconsejaba a Benasur, porque rara vez Benasur se equivocaba en

sus planes o proyectos. Mas en cuanto se trataban otras cuestiones, Mileto no cedía, y oponía sus puntos de vista con agresividad, con un tono autoritario que a Benasur se le antojaba animado de cierto menosprecio.

Tuvieron discusiones muy peliagudas. Mileto se había interesado mucho por las Escrituras hebreas y cada día «simpatizaba», de un modo sincero, no pocas veces fervoroso, con Yavé, Dios de Israel, al que consideraba como una concepción superior del sentimiento religioso humano. Mas en las pláticas religiosas también encontraban motivos de discusión. Para Benasur, Yavé era la revelación de la Divinidad al hombre. Mileto se resistía a aceptar la revelación. Para el griego, Yavé era una concepción, la más superior de todas, que el hombre había lucubrado en su especular religioso.

Un día, Mileto, apasionado en la discusión, tuvo una frase que irritó profundamente a Benasur. Trataba una vez más sobre las diferencias de la moral hebrea y de la ética griega. Y el escriba, perdiendo los estribos, concluyó por decirle:

—¡No, Benasur! Mi Yavé no se esconde detrás de la nube mientras tú especulas en la basílica Argentaría. Mi Yavé te ve en todo momento y en toda circunstancia. ¡Mi Yavé es ético!

—Si el Señor fuera como tú dices, tan riguroso como un teorema, confundiría al hombre. Yavé es justo, y por justo perdona nuestras debilidades.

—El hecho de que las perdone no nos autoriza, en rigor de ética, a menoscabarlo pecando...

—Pero ¿es que yo peco, Mileto? ¿Contra quién peco yo? Pago el diezmo al Templo, pago el diezmo al Erario. A quien me sirve le doy su salario. No cometo fornicación ni con la mujer del prójimo ni con los dioses gentiles. Amo a Dios sobre todas las cosas. Respeté y honré a mis padres... ¿No cumplo rígidamente con los mandatos de Yavé?

—¿Amas al prójimo, Benasur? ¿Estás seguro de amar al prójimo, Benasur? Tú dices, muy orondo, «no especulo con el hambre». Te horripila el hambre... Sólo el hambre. Tú no quieres que los hombres se mueran de hambre porque muertos dejarán de ser tus clientes. Pero ves, impasible, cómo un pobre silenciario, un Savio cualquiera,

es destrozado en el circo. ¡Qué amor al prójimo! Zintia se quedó horrorizada de aquel espectáculo de venganza que le ofreciste. Pero ¿tú crees que Savio fue el culpable? ¿Quién le había puesto el flagelo en la mano? Tu amigo Celso Salomón. ¿Por qué Salomón tiene el derecho del flagelo? Porque tu Yavé se esconde tras la nube cuando vosotros, los amos, los poderosos, tratáis de imponer vuestra conveniencia. Mi Yavé, no, Benasur. Mi Yavé escupe no al que tiene el flagelo, sino al que se lo da, y aún más arriba, escupe al que dicta el derecho a usar el flagelo.

—¡Eso es filantropía! —exclamó Benasur con aspaviento de anatematizar. Y en seguida—: ¿Tú crees que Zintia no se alegró de verse así reparada?

—¡No; no se alegró, Benasur! Pero además tú obligaste a Salomón a denunciar a Savio, no por satisfacer a Zintia. ¡Qué te importa a ti Zintia! ¡Tú fuiste a ver cómo era castigado, cómo moría aquel infeliz que había cometido la osadía de tocar una cosa, un objeto que era del magnífico Benasur! Fuiste al anfiteatro a satisfacer tu soberbia herida, a ver la reparación que hacían a tu derecho menoscabado. ¡Filantropía! No. Yo no pido que ames a los hombres, Benasur. Sería demasiada exigencia. Me conformaría con que amaras, por lo menos, a los que te rodean, a los seres con los que tienes relación. Exigiste que condenasen a muerte a Savio por reparar la injusticia cometida con Zintia... Pero, dime, ¿acaso tú eres capaz de sentir el menor amor por ella?

Benasur se quedó desconcertado.

Navarca y escriba estaban en la biblioteca. Benasur reaccionó violentamente:

—¡Ven, sígueme!

Y mientras subían a cubierta comenzó a gritar llamando a Zintia. La joven estaba con Forpas. Benasur la cogió bruscamente de una mano y de un tirón la hizo dar unos pasos hacia Mileto. Benasur dijo:

—Zintia, Mileto dice que yo soy incapaz de amar a las gentes. Dice algo más grave aún: que no soy capaz de sentir el menor amor hacia ti. Tú eras una desconocida, Zintia. Acuérdate de todo lo que

yo he hecho por ti. Ahora di la verdad: ¿no has notado en mí ni un solo gesto de amor?

Zintia, azorada, miró alternativamente a Benasur y a Mileto. Luego, dominando su turbación, clavó la mirada en Benasur y, al fin, dobló la cabeza y comenzó a llorar.

Navarca y escriba esperaron con ansiedad. Pero Mileto no ahogó su pensamiento y dijo unas palabras amargas:

—Las lágrimas son terrible respuesta a tu pregunta, Benasur. ¿Es que ignoras que aquí todos, todos lloramos...?

Forpas no quiso comprometerse y se deslizó, evasivo, hacia la proa. Benasur apremió a Zintia.

—¡Di la verdad! Hace días que no pienso en otra cosa que en casarte con un príncipe, Zintia... ¡Yo te haré reina, Zintia!

La joven dijo entre sollozos:

—No, no me amas, Benasur...

El navarca se quedó atónito. Miró a Mileto, miró a Forpas, que se iba. Miró hacia Kim, que presenciaba la escena desde lejos, sentado en el cable maestro. Se sintió confundido, perplejo. Y de sus ojos salieron miradas furibundas. Sin darse cuenta, había caído en la trampa tendida por el griego. Mileto sonreía. Y antes de que Benasur pudiese encontrar una palabra de condenación o de abandono, antes de que pudiera salir airoso de tal situación, aún le hirió más el griego:

—Lo grave para ti, Benasur, es saber que Raquel, hija de Elifás, te hubiera contestado igual...

—¡Calla, griego maldito! ¿Sabes que podría echarte de mi lado?

—No es la primera vez que lo piensas. Pero no me iré para no darte ocasión de arrepentirte...

Mileto se fue hacia la escotilla que conducía a la biblioteca. Ya Kim se había levantado y miraba en dirección contraria. Y Benasur, que en las situaciones menos favorables no perdía el dominio, sacó un fino pañuelo de la bolsa, que dio a Zintia.

—Sabes que no me gusta verte llorar...

Pasó de largo. Miró a la plataforma de mando. En seguida gritó:

—¡Kim, avisa al capitán! ¡Partimos para Gades ahora mismo!

Pero en el momento de zarpar, llegaron el arquitecto Dam y su esposa Helena. Dam había recibido el encargo de levantar un templo a Saturno en Carthago Nova, y Benasur no tuvo inconveniente en llevarlos en el Aquilonia.

Libro III
Gades

Capítulo 1

En el mar Ibérico

—No me gusta oírte, Mileto. Prefiero que recites poesías en esa lengua tuya que no entiendo... —dijo Zintia.

—No te gusta oírme porque digo las verdades —replicó el griego —. ¿Qué quisieras que te dijera? ¿Que la vida es muy bella? ¿Que el Aquilonia es impulsado por una extraña, invisible fuerza? Mira los remos...

Zintia no tenía necesidad de mirar los remos. Desde hacía algunos minutos, desde que se acodó en la borda al lado de Mileto, los estaba viendo moverse rítmicamente, hender las aguas a un mismo tiempo como si una sola y gigantesca mano los manejara. Ya había oído que no existía en el Mar Interior un trirreme tan veloz y lujoso como el Aquilonia.

—Si la presencia de una mujer ahí abajo no fuera capaz de armar un motín entre los remeros, te invitaría a que visitases la galera... Verías lo que es un gesto doloroso. No, a los remeros del Aquilonia rara vez se les azota con el látigo. Pero en todos los rostros está el temor al látigo. Son asalariados y reman como forzados. El oficio da la condición, Zintia, y comoquiera que sea, esclavos u hombres libres, los remeros son remeros. La obligación, el deber, el contrato les ata los pies con grilletes invisibles. Y el látigo restalla en el aire. ¿Que las carnes no lo sienten? ¡Qué importa si el dolorido es el corazón! Soy escéptico, Zintia. ¿Eres más libre hoy que lo eras en casa de Celso Salomón? Sí, el patrón te ha liberado. Eres una mujer libre. ¿Y qué? ¿Puedes huir de la tutela de Benasur? ¿Adónde irías con tu libertad? ¿Para qué te serviría sino para venderte a un traficante que te aseguraría el techo y la comida? ¿A qué puedes

aspirar, di, Zintia? ¡Agradecida a Benasur! Has agregado a tu servidumbre la complicación... Benasur es incapaz de interesarse por nadie. Los negocios son su mundo, el dinero su corazón. Fuera de eso, no tiene ni inteligencia ni sentimiento para nada...

—Tal como te expresas, das la impresión de sentir rencor hacia él.

—Quizá. Pero no puedo manifestárselo. ¿No me ha hecho ciudadano de toga? No, no puedo reprocharle nada. Todo lo de Benasur es irreprochable, Zintia. Contigo ha extremado las atenciones, la delicadeza en el trato... Te ha vestido, te ha alhajado. ¿No te considera mejor que muchos hombres tratan a su concubina? Yo no te censuro. La ternura, el agradecimiento te han llevado a comprometer tu corazón. Pero él nunca se interesará por lo que tú sientas, por lo que él despierte en tu corazón. ¿No te ha dado la libertad? ¡Qué más puede pedirle una esclava a un hombre! Te da la libertad, pero te niega el derecho de quererle... Te dio la libertad y te llenó de vestidos y joyas porque esa es la generosidad que menos le cuesta. Sólo le cuesta dinero. Y el dinero lo tiene en una demasía que escapa al cálculo. Tiene montañas de dinero, Zintia, pero es pobre, muy pobre de corazón.

Mileto calló. Zintia no dejaba de mirar los remos y el alboroto de espuma que dejaban. A veces, viendo el rápido movimiento de las aguas, le parecía que eran las aguas las que marchaban y no el Aquilonia. Tras la pausa, Mileto agregó:

—No sé, no sé. Cuanto más intento explicármelo, menos lo entiendo. Benasur es el hombre más extraordinario que he conocido, y despierta una admiración, una adhesión sin límites. No me extraña, Zintia, que te hayas enamorado. Mi condición de hombre me pone al abrigo de la seducción de Benasur...

Zintia rio. Ya los ojos de Zintia no eran tan mansos y en ellos brillaba una lucecilla de picardía.

—¿De qué te ríes?

—De lo que me dijo Kim. Ayer nos quedamos hasta muy de noche charlando en la toldilla. Me dijo: «No tomes en serio a Helena. No puede hablar sin destilar veneno. Le irrita tu belleza, tu juventud». Pues has de saber, Mileto, que Kim estima que soy bella. Después recayó la conversación sobre ti...

Zintia volvió a reír.

—¿Sabes lo que dijo?

—No. Aunque no me interesa saberlo —repuso Mileto—. Este Kim es un necio fenicio comecríos... ¿Qué puede importarme lo que diga Kim? ¡Tan presumido!

—Desde que se embarcó esa mujer en Siracusa la detesto. Y el marido es un desaprensivo, un toga ancha como dicen en Roma. Le importa muy poco que Helena coquetee descaradamente con Benasur...

—Eso es lo que a ti te irrita... Lo que te digo, Zintia: no es tan conveniente la libertad, porque el alma se crece y al crecerse empieza a sufrir otros tormentos, más dolorosos que los castigos del tercer patio...

—A ti no te han flagelado; si no, no hablarías así, Mileto.

—Me gustaría ser flagelado si como compensación... —Mileto se detuvo. Iba a decir «me daban la libertad». Pero no quiso descubrir su condición de esclavo a Zintia, y concluyó enmendándose—: veía morir días después al verdugo.

No estaba seguro Mileto de que su espíritu de venganza llegase a tales extremos.

Mas sus palabras suscitaron en Zintia el recuerdo de la función del anfiteatro.

—Ese día Benasur me oprimió la mano... —murmuró la joven.

Sí, ese día Zintia, en el anfiteatro, había sido terriblemente feliz. Todo había sido emoción, profundos y contradictorios regustos de los sentidos: la sangre, las voces, el griterío, los quejidos de los gladiadores, los estertores, el arquero, Savio, los dardos... todo, todo había sido como una amalgama de sucias, crueles y raras sensaciones que vinieron a revelarle más neta, más destacada aquella primera sacudida de su corazón de mujer. ¡Y cómo le hirvió la sangre al sentir el roce de la cálida mano de Benasur, al sentir la opresión cariñosa del magnífico Benasur! ¡Qué impresión de seguridad, de fortaleza! ¡Qué nuevas ideas, de vida, de libertad, de gozo habían acudido a su mente...!

—Cualquier día te oprimirá la cadera. Yo sé que te ha visto completamente desnuda mientras dormías. ¿Y qué? ¿Crees que llegó

a alterarse su pulso? Me dijo que Savio te había hecho diecisiete heridas... Las ha contado. Quizá pasó los dedos sobre ellas. ¡Qué contabilidad tan rigurosa! Diecisiete heridas. Tú no eres más que una cosa para él, Zintia: una piel humana con diecisiete deterioros...

Zintia no le dejó continuar. E irritada por la crueldad del griego, reaccionó:

—¿Sabes lo que dice Kim? —Y ahora la expresión y el acento de Zintia tenían un tono de sarcasmo—: Dice que tú eres un homosexual, que todos te vieron desfallecer ante un joven bailarín...

—¡Miserable! Si no lo propalara con intención calumniosa, aceptaría que era cierto. Estaba bebido, Zintia. Y estaba aturdido porque acabábamos de salvar el pellejo... En esas condiciones el hombre más equilibrado es capaz de cometer un desatino. Sin que con esto trate de negar al bailarín. ¡Era un bello adolescente!

—También dice que Skamín estuvo particularmente afectuoso contigo...

—Eres astuta como todas las mujeres. Has aprendido mucho en poco tiempo. ¿Quieres un consejo? Si anhelas permanecer al lado de Benasur, procura ignorarlo todo... ¿Me entiendes?

—No, no te entiendo, Mileto. Tú eres hombre y yo soy mujer. Tú eres griego y yo soy de otra tierra. Tú lo sabes todo y yo no sé nada. Conversando contigo estoy aprendiendo a hablar el griego. Me enseñas muchas cosas. Pero hay una que tú no puedes enseñarme; a utilizar mi instinto. Yo no callaré, Mileto...

Mileto ya no comentó las palabras de Zintia porque en ese momento les avisaron que era la hora del almuerzo.

Cuando Zintia y Mileto entraron en el comedor, Benasur, el arquitecto Dam, su esposa Helena y el médico Osnabal ya estaban recostados en los triclinios.

Dam interpeló a Mileto:

—¿Qué piensas tú de Roma? Yo no estoy de acuerdo con las ideas de Benasur.

Mileto, con el enunciado que entrañaba la frase de Dam, no tuvo que pedir aclaraciones al tema. Y contestó rotundo:

—Ni yo tampoco.

Benasur se quedó mirándolo con una expresión de sorprendido. Comentó:

—¿Acaso la toga romana te ha hecho cambiar de opinión?

—No, no ha sido la toga. Han sido mis reflexiones, mis experiencias. Mira, Benasur: después de haber vivido en Roma, volver a una ciudad antigua como Siracusa me ha dado la impresión de entrar en la muerte. Prefiero el mal olor de Roma al mal olor de Siracusa. Sí, Siracusa es una magnífica ciudad. La más espléndida ciudad griega... pero el mal olor de Roma es de algo que está fermentando, que está gestándose. El mal olor de Siracusa es de algo que entra en descomposición. No te quepa la menor duda, Benasur: Roma asciende. Siracusa declina. Tú y yo somos hombres de razas viejas, cansadas... quizá caducas, y nos duelen las nuevas fórmulas que se imponen y para las cuales no estamos preparados. Presiento que Alejandría ha de tener el mismo olor, el mismo aspecto, el mismo ritmo cadencioso que Siracusa: ritmo de senectud. Sí, en estos predios crecen las flores del espíritu, flores melancólicas... ¿Has observado que a veces en la necrópolis se ven muy hermosas flores? Todo está muerto. Sin embargo, acuden las abejas, acuden las mariposas... Se nutren y se van. Roma es la abeja que viene a Siracusa, que va a Neápolis, que llega hasta Alejandría y Atenas y Pérgamo a chupar de las flores. Se lleva lo mejor y regresa a su lugar. Roma sólo extrae el jugo vital que le interesa...

—Quieres decir...

Mileto tomó un sorbo de vino. Después, casi con un tono de desaliento, dijo:

—Que nosotros no entendamos a Roma no quiere decir que Roma esté equivocada.

Zintia ocupó su lugar al lado del médico. Y escuchó. Zintia continuamente escuchaba, y sus ojos día a día iban cobrando la vivacidad que Mileto creía necesaria para que la joven acentuase su personalidad fisonómica. La esclava aprendía muchas cosas. Sabía que Benasur, su amo el magnífico Benasur, era judío, hijo de una raza extraña, torturada y enigmática. Benasur era tan soberbio, sentíase tan seguro de sí mismo y de todo lo que era suyo, que

podía permitirse el lujo de no tener esclavos a su alrededor. Pero todos le servían y le seguían con una docilidad perruna, más que servil, con adhesión animal. Como Darío David y su familia; como Mileto, como ella misma. Ella, que era una mujer libre y nada podía hacer con su libertad sino ponerla con rendido gesto de sumisión a los pies de Benasur. Pero Benasur era cruel. Benasur había despertado en ella una fuente virgen, la de la gratitud, y toda la ternura que manaba de esa fuente apenas si merecía la atención del judío.

Ahora, al escuchar a Mileto, quería entrever que las ciudades participaban de la misma condición que los seres humanos: podían ser hermosas o feas, jóvenes o viejas. Podían tener porvenir o pasado. Y los hombres del mundo —de este mundo en que ella había entrado y que era tan distinto al conocido hasta entonces— tan alejados se hallaban de la miseria, tan apartados del dolor y del trabajo, de la servidumbre y del castigo, que se permitían hablar de las ciudades y de sus olores. Pero ¿acaso las ciudades olían? Y si olían, ¿cómo percibían su olor peculiar?

Helena tenía mal semblante. Probablemente por el exceso de bebida hecho en la noche anterior. A pesar de ello, sabía lucir su cuerpo siempre vestido con elegancia y lujo. Benasur le encontraba el defecto de abusar mucho de la seda, tal como lo hacían las cortesanas en la intimidad de la casa. Reconocía, sin embargo, que pocas mujeres —ni las mismas cortesanas, las más habituadas al triclinio— sabían recostarse a la mesa con la distinción y gracia con que Helena lo hacía. Nadie podía saber de qué mañas se valía para que la ropa se le quedase ceñida al cuerpo de modo tan provocativo y al mismo tiempo tan natural. Indudablemente, la vida en común con un arquitecto como Dam debía de haberle proporcionado un alto sentido de la euritmia y de la plástica. Lo otro lo ponía su desatada coquetería.

Sin embargo, Zintia le ganaba día a día. Porque Zintia, mujer ya desarrollada, había permanecido por una suerte de depauperación, flaca e insignificante, angulosa y oscura durante su vida en el tercer patio. Sometida a la dieta de Osnabal, vigorizada con la despensa del Aquilonia, pulida con el trato casi mimoso de la tripulación del

barco, daba a todos la impresión de «una flor que se abriera», según el símil que utilizaban los poetas para aludir a la pubertad. Osnabal, tras examinarle la dentadura y otros signos externos, había fijado su edad entre los diecisiete y los dieciocho años. Y aquella sólida y alta constitución ósea, bien visible en la perfección de la dentadura, el médico púnico había tenido cuidado de rellenarla con su calculado régimen de alimentación. Aunque no lo comentase, Benasur estaba orgulloso de esta transformación de Zintia. Y la veía como cosa propia, como obra suya. Le complacía que los testigos de este cambio reconocieran el buen ojo que había tenido para seleccionar entre cien esclavas una joven que ante una mujer tan estudiada, tan civilizada y tan psique como Helena, lejos de desmerecer la aventajase en belleza y encanto naturales. Cierto que Zintia no sabía echarse en el triclinio con la gracia que lo hacía Helena, pero tal como los ojos de la joven observaban sus movimientos, ademanes y gestos no tardaría en imitarla, a pesar del aborrecimiento que sentía por ella.

Helena tenía siempre puesta su mirada en Benasur. Zintia, delante de la gente, no se atrevía sino a mirarle de reojo, Helena miraba a Benasur de un modo pegajoso. Zintia, como si lo devorara. El griego se divertía asistiendo a este secreto pugilato entre las dos mujeres, mientras que Kim, en las ocasiones que el servicio le permitía compartir la mesa del navarca, miraba muy tiernamente a Zintia. Para Mileto este entusiasmo del oficial fenicio por la joven mauritana le parecía demasiado interesado, pues el comecríos —como le infamaba por su fervor a los ritos de Astarté— seguramente pensaba en la conveniencia de un matrimonio con la protegida de Benasur, ya que, por lo menos, el mando de una nave alejandrina nadie se lo quitaría.

—Roma —continuó Mileto— está poniendo los cimientos para un mundo nuevo. Se acabarán con él nuestras parsimonias y nuestras cortesías. Todo entra en la vida en función de utilidad. Sólo es sano lo que es práctico. Lo inútil y superfluo, por nocivo, desaparecerá. Según nuestro concepto, el reo de muerte debe sucumbir a la acción del verdugo. Y nos escandalizamos porque Roma saca utilidad de las

sentencias de muerte. Distrae a un público ocioso y mantiene en próspera actividad el comercio de fieras.

—¿Y la filantropía, Mileto? ¿Y la consideración al prójimo? —replicó Benasur.

El griego contestó con osada claridad:

—¿Acaso las fieras de la basílica Argentaría muestran mayor consideración al prójimo, Benasur?

—Eso ya es ética, Mileto —arguyó el navarca—. Y a mí no me gusta especular con abstracciones como hacéis vosotros, los griegos. Por muy feroces que sean las fieras de la Argentaría, por muy voraces que consideres mis fauces, no me negarás que yo no he devorado a ninguna víctima deliberadamente. Yo no las he llevado a la Argentaría. Ellas estaban allí y sabían por qué estaban y a lo que estaban. Igual que yo hinqué mis colmillos, pude recibir el zarpazo...

—No distraigamos la conversación, Benasur. Yo no te juzgo. Me contento con servirte. Y si tú hicieras mal, peor sería yo por servirte a sabiendas. Volvamos a Roma, con su olor acre, con su gesto violento, con sus precipitaciones y prisas. Sí, saben adónde van los romanos. Y si ellos lo ignoran conscientemente, el móvil que los conduce va certeramente dirigido. Roma hace más fácil e intensa la vida. Hará desaparecer todas las antiguallas que no tienen función. Yo he visitado los templos de Siracusa con sus mármoles centenarios. He estado en los archivos municipales donde se guarda toda la sabiduría y toda la gloria de la ciudad. He hablado con escribas y copistas, con geógrafos e historiadores de la Academia. Todos están momificados. Todos están con la cara vuelta atrás, como el espíritu enajenado en el pasado. Arquímedes en sus labios es algo muerto. De tan olvidado, desconocen que millones de palancas, de poleas, de ruedas dentadas están levantando un mundo nuevo. Eso no les interesa. No les importa Arquímedes en función de vida, en función de actualidad. Les interesa la momia glorificada. Hablan del hombre, de la moral, del alma. Hablan también de la inmortalidad y de la justicia de los dioses. Pero cuando llegan a su casa, apalean a sus mujeres. O se dejan apalear por ellas. Y en cualquiera de las impotencias, estos hombres perfectos que han asimilado la gloria de su pasado, todavía se producen con

sus esclavos como los peores hombres de la antigüedad. Sí, Roma es esclavista. Pero, por lo menos, Roma tiene tribunales donde, en principio, un esclavo puede conducir a su amo. No hay ningún esclavo que lo haga. Pero ahí está la simiente. Todavía hace pocos años, Tito Curtisio provocó una sublevación de esclavos. Una ciudad como Roma que ofrece la posibilidad teórica de que en el transcurso de una vida un hombre pueda salir de la esclavitud y convertirse en César es un pueblo con porvenir...

—Todavía no se ha hecho factible tal posibilidad —dijo Benasur.

—Pero no hay nada que lo impida —replicó el griego.

—¡Son unos bárbaros, Mileto! Compara las obras de arte que se ven en Siracusa con las que se exhiben en Roma —repuso el navarca.

—La comparación no es muy favorable para Siracusa, Benasur —intervino Dam—. No me refiero a las obras antiguas. Las que se producen hoy son de una perfección que repugna. Los escultores griegos que se prestan dócilmente a interpretar el gusto romano están creando un arte nuevo. Cogen del antiguo la savia, lo útil. Sí, plagian, roban a todo el mundo, pero devuelven las obras vivificadas...

Y Mileto agregó:

—He vuelto a leer de nuevo a sus poetas. A pesar del empeño o del gusto que han puesto por seguir las normas más anecdóticas y formales griegas se quedan cortos. Se quedan cortos porque son más sobrios y más austeros. Y se quedan en lo que ellos son. Por muchos peros que le saquen a Virgilio, Virgilio es un grande y nuevo poeta, que nada tiene que ver con los poetas griegos... El otro día estuve con Petronio y un amigo suyo poeta. Hablamos de la poesía diónica. Los romanos están mejor informados de lo que es y debe ser la poesía diónica que los corintios que la han lanzado. Quizá el movimiento se malogre, pero el intento es ya encomiable. Fíjate en esto, Benasur: Roma, antes de envejecer, siente la necesidad de renovarse. Apenas acaban de dar las normas a su retórica, apenas acaban de fijar los cánones de ella, y ya los jóvenes poetas sienten la inquietud, la necesidad de pronunciarse antirretóricos. Hablan de cosas que en la Academia de Siracusa y en el Museo de Alejandría

se tendrían por herejías; hablan del verso sin ritmo y del ritmo quebrado. Algo caótico. Pero ¿no es interesante? ¿No denuncia esto un afán de ir contra un mundo que han heredado y que consideran no está ni con su pulso ni a su medida? Se siente como una revolución interna, intestinal; una revolución cuyas consecuencias pueden ser, así lo creo yo, una reacción salutífera para muchos siglos venideros. Nosotros, mientras tanto, estamos ensimismados, entontecidos en nuestra antigüedad. No es que yo esté contra lo tradicional, pero me parece que mientras seamos serviles tributarios de nuestros mayores, no sacaremos el menor rendimiento a nuestra capacidad creadora. Y eso lo está haciendo Roma. Decimos que son unos niños, que se mueven infantilmente; que no tienen más que un barniz de cultura. Es cierto. Y sin embargo, esos niños tan desprovistos, según nosotros, de ciencia y de saber, de nuestra vieja cultura, han dominado al mundo. No sé qué sucederá cuando Roma llegue a su mayoría de edad; cuando los romanos sean adultos...

—¿Eres amigo de Petronio? —preguntó Dam a Mileto.

—Tanto como amigo... —repuso el griego.

—Estuvo un día en su casa —informó Benasur—. Mileto dice que lo que más le impresionó fue la hermana de Cayo Petronio. ¿No es cierto, Mileto?

—Cierto, Dam. No he conocido una mujer que transpire tanta espiritualidad como Flora Petronia. Lo que dice, el tono de voz, la expresión de su mirada, la distinción y suavidad de sus ademanes, su gesto, su figura, constituyen una armonía perfecta. Si son excelentes los poemas de Cayo Petronio, son doblemente buenos recitados por su hermana...

—¿Te leyó el de *Afrodita en Soledad*? Mileto contestó iniciando la recitación:

¡Oh tú, forma carnal y divina cara al sol, cuando amanece,
de espaldas al sol, en el ocaso,
en el cuenco vacío de tu sombra que es tu soledad,
rayo, Afrodita, de lapidaria Citerea...

Dam no pudo contenerse y acompañó a Mileto:

dormida sensación del pulso inerte,
dame tu quietud y tu sombra y tu soledad sin negarme, esquiva,
el latido patrimonio de la humana natura!

Y Dam, llevándose la mano a la cabeza, interrumpiéndose emocionado, exclamó:

—¡Para escribir eso se necesita mucho de aquí, Benasur! Eso, hasta ahora no ha sido dicho ni en lengua griega ni en lengua latina. ¡Ésos son los poetas diónicos! Y luego los retóricos del Foro dicen que habría que quemar vivos a los diónicos por ininteligibles. ¿Quién no comprende unos versos de tan bella y diáfana claridad?

Y Dam, tomando la estrofa más oscura, repitió:

rayo, Afrodita, de lapidaria Citerea

Sólo Mileto sonrió comprensivo, inteligentemente. Zintia, con los ojos muy abiertos, como si quisiera desentrañar el enigma, miraba a Dam sin perder una sílaba de sus labios, mientras Benasur y Osnabal mostraban con la dureza del gesto su impermeabilidad a la poesía.

Molde de luz a la forma sombría de la carne, querella, Afrodita,
de silentes nostalgias antagónico pulso mortal y divina.

Recitó Dam. Y en seguida, dirigiéndose a Zintia, repitió:

dame tu quietud y tu sombra y tu soledad sin negarme, esquiva,
«tu» latido...

Zintia, con el rubor en las mejillas, sonrió. Creyó haber sonreído con aquella expresión que lo hacía Helena. Y cuando alzó la vista vio que Dam la miraba con los ojos más saltones que nunca, con su voracidad especial que calaba hasta lo más recóndito de las formas. Y Zintia se sintió ante los ojos del arquitecto más desnuda que la Afrodita de Petronio. Reaccionó mirando cara a cara a Dam, sonriéndole con el primer asomo de coquetería, desafiando a Helena.

Osnabal acudió a tiempo.

—Estrictamente prohibido perturbar a mi paciente...

—¿Acaso tú pretendes curar almas, Osnabal? Fíjate en los ojos de esta criatura, adéntrate en ellos... y ve el mal, ve la enfermedad que

tú no podrás curar, Osnabal. Esta niña está enferma del espíritu... ¡Tiene mal de amor!

—En ese caso no serás tú, Dam, quien la cure... —contestó Osnabal.

—¿Cuál es el nombre de la medicina? —preguntó el arquitecto.

—Misterio. Puede ser... Kim —repuso el físico.

—¿Kim? —replicó Mileto con un dejo irónico.

Benasur, al oír el nombre de Kim, no pudo reprimir un gesto de enfado. Ni una expresión de azoro.

Quizá Mileto iba a cometer una indiscreción. Pero en ese instante Zintia le acuchilló con una mirada agresiva, rabiosa, que lo dejó helado. Mileto calló prudentemente. Y se sintió contento de haber despertado, al fin, el fulgor en la mirada de Zintia. Osnabal creyó descubrir que no había visto ojos tan hermosos en rostro de mujer como los ojos de Zintia.

Osnabal sonreía, pero su mirada, posándose en el rostro de Zintia, no era ya la mirada del médico. Sintió en este momento el amor propio del creador. En realidad, Zintia era obra suya. ¿No la había rescatado de la muerte? ¿Qué era Zintia cuando Benasur la llevó al Aquilonia? Una lastimosa articulación de huesos y de músculos nacidos y doloridos. Setenta y dos heridas leves y diecisiete profundas... Un cuerpo acribillado. Una espalda, unas caderas, un busto y un vientre marcados con las dentelladas del flagelo. Pacientemente había restañado herida por herida. Había cuidado que el tejido volviese a unirse sin dejar huella de la incisión. Cuatro veces al día había aplicado el mismo ungüento de cera y polvo de concha de nácar a las diecisiete heridas. Y gracias a esta paciencia, gracias a su técnica, el cuerpo de Zintia podía lucir sin las huellas vergonzosas. Ahora quedaban tan sólo por vencer los brillos, pues la piel nueva, como si estuviese estirada, brillaba como escamas de luz en cada lugar lesionado por las colas del flagelo. Para que desapareciesen esos brillos, Osnabal friccionaba con sal y limón la piel y después aplicaba un experto masaje. Y ese cuerpo, hacía poco esquelético, con las angulosidades antipáticas de la estructura ósea, ¿no se había rellenado con bellas formas gracias al régimen

alimenticio por él dictado? Por todo esto, Zintia, como persona física, ¿no era obra suya?

Sí, era obra suya. Pero Osnabal no dejaba de pensar que él había trabajado y trabajaba por órdenes de Benasur. El destino de aquella mujer que se iniciaba de modo tan insólito estaba en manos de Benasur. ¿Para qué? Para sirvienta de Raquel.

¡Absurdo! No, Benasur no la destinaba a sirvienta. De lo contrario no la habría vestido ni alhajado así; no la habría introducido en la intimidad social de su vida, dejándola alternar sin discriminación deprimente con sus colaboradores y amigos íntimos.

Un plato de asado que les fue servido hizo recaer la conversación en el arte culinaria. Helena, al llevarse el primer trozo de carne a la boca, comentó dirigiéndose a Benasur:

—Está exquisito. Ni en Casa Mario se come un asado como este que nos ofreces en el Aquilonia —dijo aduladora. Y en seguida, con intención de humillar a Zintia, haciéndose que ignoraba su origen, le preguntó—: ¿Tú has comido en el restaurante de Lochias, en Alejandría?

Zintia no supo qué contestar. Y poniéndose encendida, negó con la cabeza.

Benasur dijo:

—Yo he comido más de una vez. Lochias es más fama que otra cosa...

—No estoy de acuerdo —intervino Dam—. ¿Tú conoces al cocinero? Es un tebano, a la vieja usanza. Se llama Zarkah. Para comer en Lochias hay que hablarle primero a Zarkah. Entonces sabrás lo que es comer...

—Mira, Dam, conozco a Zarkah y conozco sus platos —replicó Benasur—. El mejor y más decente restaurante del mundo es Casa Filoteo, en Siracusa, en el puerto Lacius, cerca del Pentapylon...

—¡Qué vas a contarme a mí de Casa Filoteo, si le debo más de cuatro mil sestercios! Acepto que es un buen mesón, mejor en el aspecto que Lochias, pero su comida no es tan exquisita.

—No hay lugar en el mundo donde preparen el pescado como en Casa Filoteo —aseguró Benasur.

El navarca y el arquitecto continuaron recorriendo el mapa internacional de la gastronomía. Y después de muchas opiniones contrarias, se pusieron de acuerdo en un punto: que los pichones al vino más exquisitos se comían en la taberna de Simón, en el barrio judío de Tarso, y que en ninguna otra parte podían comerse tortas más deliciosas que las de Regio.

Zintia no perdía detalle. A veces ciertas noticias pueriles le despertaban más admiración que hechos o actos verdaderamente importantes. Que el Aquilonia llevase un gallardete púrpura no le impresionaba tanto como saber que en un lugar que se llamaba Regio, cuyo nombre por primera vez oía, pudieran comerse tortas más sabrosas que la empanada que le había comprado Benasur en el anfiteatro. Y no comprendía cómo en ese repaso de lugares y comidas Benasur se pasaba por alto las empanadas del anfiteatro romano.

Estas perplejidades incitaban todavía más a la joven a continuar en su reserva, en su discreción. Comprendía que tenía que aprender mucho, muchísimo, antes de ponerse a hablar ante personas como Benasur, como Mileto —que parecía saberlo todo—, como Dam, como Osnabal, como la antipática Helena.

Desde el primer día que se presentó en el comedor, Zintia buscó la compañía de Osnabal. El médico le daba una grata sensación de seguridad. Osnabal era el hombre que más había entrado en su intimidad física. La había examinado de pies a cabeza, tomándole todos los pulsos. Todo lo había hecho antes de que Zintia sintiese crecer en ella el instinto del pudor, aherrojado por su condición de esclava. Y Osnabal había entrado en esa intimidad fisiológica, corporal, con palabras dulces, con miradas serenas, casi indiferentes, con escrúpulos muy discretos y oportunos, que habían hecho su labor, ante los ojos de Zintia, nada molesta ni deprimente.

Todo se lo había explicado Osnabal con frases sencillas, sin mostrarse ni asombrado ni aburrido. «El cuello es la parte externa, Zintia; la garganta, la parte interna. La Divinidad proveyó al cuerpo humano de todas las formas bellas sin regatearle ninguno de los órganos para sus funciones. Si tú vieras un cuerpo humano

interiormente, sentirías repugnancia. Sin embargo, es una máquina perfecta.»

Sí, Osnabal decía cosas muy importantes que ella entendía. Pero cuando hablaba Dam, cuando Mileto decía que «la perfección era la suma de elementos homogéneos constituidos en unidad», Zintia no entendía...

rayo, Afrodita, de lapidaria Citerea

No, no, Zintia no entendía. Y la joven experimentaba que una sensación muy parecida a la vergüenza le encendía el rostro.

Jonás, el ecónomo, vino a avisarles que Carthago Nova estaba a la vista. Zintia respiró. Desde que salieran de Siracusa había esperado este momento de ver desaparecer a Helena, tan sabihonda, tan refinada, tan coqueta con Benasur.

Todos abandonaron el comedor. Benjamín ya había traído sobre cubierta las bolsas de viaje del matrimonio. Helena llevó aparte al navarca y le dijo:

—Dentro de quince días, Dam comenzará a trabajar y yo estaré muy aburrida. No te olvides de invitarme a pasar una temporada en Gades.

Benasur no objetó nada. Por fortuna, llegó Mileto muy oportunamente a insinuarle el gusto que tendría de conocer Carthago Nova.

—En otra ocasión, Mileto. Hoy seguiremos inmediatamente para Gades.

El griego se quedó contemplando la bahía, rodeada de contrafuertes montañosos.

Dam se les acercó e informó:

—¿Veis aquellas ruinas, en lo alto del promontorio de la derecha? Son del templo de Astarté. Sobre esas ruinas yo levantaré el templo a Saturno. Cambiaré la planta pero conservaré las columnas que aún están en pie...

—¿Columnas de Astarté para Saturno? —preguntó, escandalizado, Benasur.

—¡Qué importa! El mármol es el mismo, y, según tú, Astarté o Saturno son ficciones distintas que enmascaran a Yavé, Señor único

del universo...

Capítulo 2

Gades, baluarte ecuestre

Algunos personajes romanos habían enviado cartas anunciando la llegada de Benasur a Gades. Por su parte, Siró Josef se mostró activo cerca de las autoridades gaditanas, influyendo para que la recepción que la ciudad diese a Benasur revistiese toda la pompa y la solemnidad de una entrada triunfal. Así pues, cuando el Aquilonia fue avistado por el nauscopio de la Torre Dorada se dio rápido aviso a la prefectura del puerto. La noticia se extendió en seguida por la ciudad, y la basílica Náutica previno a los navieros y consignatarios para que ordenasen que fueran empavesadas las naves surtas en puerto.

Del castro legionario salieron dos cohortes con banda de música a la cabeza. La milicia arrastró un gentío. Mas otros vecinos se dividieron los puntos de observación. Unos se dirigieron a la Ronda de Augusto para ver a la nave acercarse a la costa; otros se subieron a las ruinas de la antigua fortaleza; los más se dirigieron a tomar posiciones en la muralla vieja del puerto que se alzaba entre la necrópolis púnica y los muelles semitas. Los que vivían en la moderna y lujosa vía de Balbo el Mayor alcanzaron las azoteas de los altos edificios, pues desde allí se divisaba toda la ciudad y su litoral.

Gades sentía una especial curiosidad por ver la cara a aquel hombre que había roto el poder ecuestre en su más sólido baluarte. Era la masa del pueblo, la que nada perdía ni ganaba con las mudanzas políticas ni con los cambios de la hegemonía económica de la ciudad, la que se movía por aquella picante curiosidad. La gente de mar sentía avivado su interés por otros motivos. Los navieros, consignatarios, marineros, remeros, estibadores,

carpinteros de ribera, calafateadores se aglomeraban en animados grupos en los muelles del puerto para ver a aquel judío que había logrado la rendición de Skamín, por veinte años mito y espanto del Mar Interior. Eran hombres de tradicional convivencia con el mar, con sangre salada en las venas, con colores de alga en la tez, para quienes el mar lo era todo en su vida. Y estos hombres iban espontánea y jubilosamente a recibir al navarca, porque querían participar en la recepción como de un hecho histórico que en lo futuro registraría la memoria de dos o tres generaciones.

Mientras la noticia de la llegada del Aquilonia se propalaba y la gente corría por las calles en busca del mejor punto de observación, mientras en los edificios oficiales y administrativos del puerto se izaban las banderas de Gades y de Roma, otros vecinos —los pertenecientes al quebrantado Orden Ecuestre—, considerando que vivían un día nefasto, aciago, unas horas de vergüenza e ignominia públicas para la ciudad, atrancaban las puertas y ventanas de sus casas. Era así como desde lo antiguo Gades expresaba su repulsa, su callada hostilidad al invasor, al intruso, al enemigo.

Esas puertas y ventanas cerradas las había visto el propio Amílcar Barca, que llegaba a una ciudad propia; y las había visto Julio César, recibido en ciudad conquistada. E iba a conocerlas Benasur. Pero ningún viajero así repudiado por el cogollo patricio, aristocrático de la ciudad, podía darse por ofendido ni ultrajado, pues Gades (que desde los tartesios había ganado su soberanía en el mar) sentíase de siempre ciudad autónoma y libre para discernir sus simpatías y antipatías hacia el visitante.

Donde más se notó el repudio fue en la vía de Balbo el Mayor, arteria que, en impresionante línea urbana, atravesaba a Gades desde los muelles romanos hasta la punta más occidental de la ciudad, terminando en la Torre Dorada, asiento de los vigías y nauscopos. En la vía Balbo estaban los más importantes establecimientos comerciales y bancarios. Se hallaba también el templo de Astarté, el más antiguo de Occidente, construido antes que el de Cronos, y que venía a ser como el santuario ciudadano que proclamaba la clara y legítima estirpe fenicia de Gades.

Los edificios de la vía Balbo eran los más altos de la ciudad; aún más altos que los de Roma, y competían ventajosamente con los de Tiro. Gades aspiraba a superar al modelo.

Allí se encontraba el centro lujoso de la ciudad. Principalmente en el cruce con la calle de Iber, adquiría el aspecto de una feria de vanidades; predio urbano de los caballeros del Orden Ecuestre que, a pesar de su ascendencia y ciudadanía romanas, a pesar de sus sabrosas concomitancias con la metrópoli, gustaban jugar a la independencia de costumbres y modas, en un tácito desprecio por las de Roma. En la confluencia de la calle Iber y la vía Balbo, los gaditanos elegantes y psiques no llamaban a su ciudad Gades, sino Gadir, como los púnicos y cananeos. Y las nobles matronas no tenían inconveniente en alzarse el velo por encima de los ojos, como las cortesanas. En ese lugar, las gentes, sin abandonar sus coches o sus cabalgaduras, cambiaban saludos en púnico o en griego, pero nunca en latín o en turdetano.

Cuando los gaditanos de la vía Balbo aludían a sus joyas, no mencionaban los metales o piedras que las componían, sino nombres: Mir, el aurífice de Barcino; Demetrio, de Éfeso; Tarkos, de Cidonia; los hermanos Phamtom, de Tiro; Ptolomikos, de Siracusa; Bujá, de Alejandría. Mas los équites de Gades eran tan refinados que a cada uno de esos artífices les daban el crédito de una especialidad. Y si bien un caballero no osaba llevar un brazalete de Mir pudiendo tenerlo de Tarkos, no había dama que no contase con dos o tres aderezos de Mir y con ajorcas de Ptolomikos y sortijas de Bujá. Las imágenes de los dioses lares, así como las vajillas que enriquecían los hogares gaditanos, debían llevar la delta, como un sello personal, de Demetrio. Y si se trataba de hacer ofrendas a los viejos dioses púnicos, los exvotos debían ser de Phamtom.

Las sedas de Cos o de China, los abanicos de pluma de avestruz, los parasoles de Alejandría, las estolas de Frigia, las armas de Bilbilis —que los orfebres gaditanos ennoblecían con ricas empuñaduras del mejor oro, de monedas de Creta fundidas—, también estaban sujetas a una prolija graduación de valores, a los que se ligaba otra complicada nomenclatura de firmas o marcas famosas.

Una hora antes del prandium, la vía Balbo era el más brillante espectáculo humano que pudiera contemplarse. Los coches siracusanos, las literas romanas, las sillas típicamente gaditanas conducidas por un ágil y musculoso mauritano, los dromedarios de ricas guarniciones de Damasco y sillines de Garama, tejidos con el oloroso junco dorado, los caballos mauros o númidas, los elefantes índicos sobre cuyos lomos los saltimbanquis pregonaban su mercancía de amuletos, estuches, horquillas y mil chucherías de marfil, daban una movilidad, un color, una alegría especial a esa zona de la ciudad.

El paseo de las vanidades y de los ocios tenía lugar de media mañana al mediodía. Era sabido que antes de que las noticias de la ciudad y del mundo fueran hechas públicas en las tablillas del Foro, se anticipaban en la vía Balbo. Tan liberal y gentil era Gades, que en la vía Balbo las cortesanas gozaban de las mismas prerrogativas sociales que las más ilustres y honestas matronas, y a la hora del vino que precedía al prandium, en los mejores mesones se reunían unas y otras con sus esposos y sus amantes a comentar los últimos escándalos y a murmurar de los ausentes. Principalmente del eclipse de un collar del busto de tal matrona y de la aparición del mismo en el cuello de una cortesana. Los cambios de alhajas constituían como un pregón de la bonanza o de la penuria de las familias gaditanas.

Este mundo adinerado, opulento, señorial, licencioso e indulgente de la vía Balbo fue el que no se movió para ir a recibir a Benasur. Trancó sus puertas y ventanas y salió a la calle como todos los días en señal de indiferencia o desprecio hacia el navarca judío.

Pero la determinación de mostrarse ajenos al acontecimiento del día no fue óbice para que, según el Aquilonia se iba acercando a puerto, las cortesanas decidieran ir a contemplar el espectáculo subiéndose a sus literas o a sus sillas de ruedas, jugando coquetamente con los parasoles de púrpura y los velos de Frigia. Tras las cortesanas se fueron los jóvenes y tras éstos las doncellas custodiadas por sus ayas de compañía. Y cuando el Aquilonia hizo sonar sus tubas pidiendo entrada y las caracolas contestaron con los treinta saludos que eran debidos a Benasur, la vía Balbo se quedó tan sólo con la clientela respetable y severa de la ciudad; con los

matrimonios y familias que aseguraban que ese día de la llegada de Benasur era día funesto en los anales de la ciudad.

Benasur, a pesar de hallarse ajeno a tan aparatosa recepción, ordenó a los tripulantes del Aquilonia que se vistiesen de gala, pues sospechaba que las autoridades de la ciudad, bien aleccionadas por el Orden Senatorial, acudirían al puerto para darle la bienvenida. Se vistió con el uniforme de navarca fenicio, sin omitir ponerse el Lazo de Púrpura. Y rogó a Benjamín, que, a falta de aya, auxiliase a Zintia a vestirse con las mejores prendas:

—Debe ponerse túnica de seda. Dale el velo morado de Frigia y el aderezo que compré en Tiro.

Cuando terminó de acicalarse, se fue al camarote de Zintia. Le echó un vistazo y no encontró a la joven a su entera satisfacción. Para no humillarla se puso a corregirle pliegues, peinado, detalles del atavío, como haciéndolo por capricho, mientras decía:

—Muy bien, Zintia... Debes saber que las gaditanas son muy elegantes y que consideran de buen tono el lujo y la ostentación que los romanos proscriben. Por eso le dije a Benjamín que te diera la túnica de seda.

Pero Zintia se hallaba tan preocupada por su vestimenta como por sus manos. En las muñecas, las cicatrices que dejaron los grilletes del ergástulo aún estaban muy visibles. Osnabal sostenía una lucha diaria por hacerlas desaparecer, mas las huellas se resistían pertinazmente a todos los tratamientos del médico.

Benasur se dio cuenta, y, sin aludir a caso tan lastimoso, sacó de un cajón dos pañuelos de seda, de color morado como el manto, y los ató a las muñecas de Zintia. La joven se sintió aliviada de la desazón que aquellas marcas le producían y agradeció calladamente con la gratitud en los ojos tan feliz expediente. Benasur comentó:

—Las gaditanas verán que es una moda que traes de Roma. Y no tardarán en imitarte. Traigo nueve velos de Frigia y cinco muy sutiles de China. Podrás cambiarte de velos y pañuelos cuando gustes... Los hombres te mirarán embelesados, las mujeres, con envidia... No olvides que eres mi ahijada. También deberás decir que los velos los compraste a Alejandro de Cyzico; los mantos y velos de China, a

Alan Kashemir, de Antioquía; los zapatos en Kosmobazar, de Roma; las alhajas a los hermanos Phamtom, de Tiro.

Quizá estas advertencias no merecían la pena. Y Benasur ahora, como en anteriores ocasiones en que veía muy ataviada a Zintia, no podía dejar de compararla con Raquel, hija de Elifás. Zintia tenía instinto como toda mujer para ponerse unos trapos encima y llamar la atención. Pero de eso a tener la personalidad de Raquel había un abismo. Raquel traía en la sangre la elegancia, la nobleza. Revelaba en sus movimientos y en sus gestos, en el más breve ademán, el secreto de la gracia heredada. Como iniciada que era en el sacerdocio, conocía la virtud y sus fuerzas mágicas. Benasur nunca tuvo que decirle a Raquel cómo debía ponerse un velo, cómo se amarraba un cíngulo, cómo se sujetaban y perfumaban los cabellos, qué alhajas iban bien con la ocasión y el color de su tez y de sus ojos. Eso Raquel lo sabía bien porque lo traía aprendido desde el nacer. Por mucho que se esforzase Zintia, no llegaría a ser sino un simulacro de Raquel.

Tal cosa pensaba Benasur, pero quizá exagerada, porque el efecto que Zintia causó entre sus amigos fue muy lisonjero. Para Mileto, para Osnabal, para Kim, para Jonás, todo era atrayente en Zintia: la edad, la juventud, el mismo misterio de su nacimiento y origen; el mismo azar que la había encumbrado sobre un pedestal de lujo.

Osnabal le dijo, aludiendo a los pañuelos:

—Me gusta una moda tan eficaz.

El portísculus dejó de golpear y las tubas del Aquilonia se hicieron oír pidiendo entrada. Benasur ordenó a Forpas:

—Dile a Akarkos que atraque en el muelle romano.

Mileto comprendió el sentido de aquella orden. Para Benasur era muy importante. El hecho de que el Aquilonia atracase en muelle romano significaba tomar posesión de Gades. Hasta entonces sus barcos y el propio Aquilonia habían atracado en el muelle semita. En ese muelle, la Compañía Naviera del Mar Interior tenía sus servicios propios. Y allí era donde estaba la mayor aglomeración de público que, al ver enfilar el Aquilonia hacia las instalaciones portuarias romanas, corrió hacia la vía Navieros.

Ninguno de los viajeros pudo substraerse a la emoción que le produjo percibir el primer aspecto de aquella recepción. Ni una sola nave, fuese gaditana, romana, carpesia, rodia, alejandrina, tesalonicense, cretense, tiria o gala, había dejado de empavesar sus palos.

En la torre de la prefectura del puerto ondeaba el estandarte romano y la insignia de la ciudad. En el edificio de Siró Josef, donde Benasur tenía sus oficinas, estaban izados la bandera de Gades y el gallardete púrpura del navarca. El judío se emocionó. Era la primera vez que contemplaba una bandera tan grande con su signo y colores personales.

Zintia, que veía Gades con los ojos de la satisfacción femenina, tuvo la impresión de que la ciudad era más hermosa que Roma y Siracusa. Desde luego, las casas parecían más altas y se amontonaban unas sobre otras como si todas se empinaran para asomarse al mar. Mucho más altas que las de Roma, con corredores en las fachadas llenos de flores. El verde de las enredaderas era tan frecuente que ponía la nota genérica en los edificios; se chorreaba de los corredores o trepaba por las paredes alcanzando otros pisos.

Benasur sintiose trascendental, histórico, reivindicador. Al cabo del tiempo él, un semita, volvía a pisar con pie firme y poderoso el viejo feudo de los suyos. Creía reconquistar Gadir, en tierra tartesia, para gloria de los Hiram y de los Salomón, sus mayores. Valiéndose de Roma había humillado a Roma en el orgullo de la casta de los caballeros, que, todavía hacía dos meses, eran señores y amos de Bética.

Akarkos comentó:

—No creo que Gades haya hecho un recibimiento igual ni al propio Julio César... Mileto, vestido de ciudadano latino, veía, apoyado en la borda, el espectáculo.

Una muchedumbre multicolor se apretujaba en los muelles.

Siró Josef fue el primero que saludó y besó a Benasur. Y en seguida hizo las presentaciones de las autoridades y personajes que acudieron a recibirlo: el presidente del Senado de la ciudad, el regidor de la Casa de Tasas, los regidores de las basílicas, Balbo y Náutica, el prefecto del castro y tribuno de las cohortes Sabino Acio,

el príncipe de la sinagoga, el sacerdote del templo de Dagón. También estaban presentes Havila, el regidor de Benasur en Gades, banqueros y hombres de negocios.

La comitiva se dirigió a pie al templo de Dagón, supervivencia de la colonización fenicia, divinidad náutica a la que todos los marinos acudían a dar gracias. Más que un rito, era una costumbre o un acto social que cumplían todos los extranjeros llegados del mar. Atendía el templo un sacerdote púnico de pobre y raída vestimenta, popular en Gades por sus borracheras y sus arrebatos demenciales, y al que los sacerdotes de todas las otras religiones amonestaban y ponían en evidencia. Pero la costumbre tenía tal fuerza que Dagón, tan indignamente representado, recibía los diezmos.

Mileto, ya prevenido, llevaba la bolsa llena de plata. Dio las diez monedas de cuota por cada uno de los desembarcados, menos por Zintia, cuya limosna no se admitió por ser mujer.

A la salida del templo la comitiva tomó asiento en los coches y, precedida por la banda pretoriana, se dirigió hacia la Casa de Tasas, el edificio donde se hacían los cambios y transacciones comerciales. En la Casa de Tasas se había efectuado la especulación de navieros que quitó las flotas romanas de manos de los équites. Allí se ofrecía un prandium de honor a Benasur.

Durante el recorrido, las gentes aclamaban al navarca. Los vítores partían de grupos de vecinos diseminados a todo lo largo del trayecto, de la vía del Silencio y la vía de Navieros. Mileto observó que aquella manifestación no era tan sincera como el calor de los vítores aislados animaba a pensar, pues la gente del pueblo los veía pasar sin hacer el menor gesto de alegría. Esta observación del griego tuvo pronto una súbita confirmación. No bien acababan de tomar el recodo de la vía del Silencio, cuando una granizada de dardos, disparados de la última torre de la muralla, de la parte que cerraba la necrópolis antigua, cayó sobre la comitiva. El griterío de pánico se hizo ensordecedor. La gente huyó despavorida en todas las direcciones. Los lanceros de a caballo se metieron entre la muchedumbre para correr hacia la muralla; los pretorianos los siguieron; otros acudieron a prestar auxilio a las víctimas.

El atentado se convirtió en matanza cuando los arqueros, con el fin de cortar el paso a los pretorianos, volvieron a disparar otra granizada de dardos que alcanzó, no ya sólo a las personas de la comitiva, sino a las gentes que huían aterrorizadas. Gritos, ayes lastimeros, imprecaciones, órdenes de mando y todo el ruido confuso de la milicia en movimiento vinieron a aumentar la confusión. Y con ésta las primeras noticias que se precipitaban con el mismo dramatismo que las hemorragias de los heridos. Muchas gentes al correr entre los fardos que cubrían el muelle, se atropellaron y se pisotearon. Los arqueros huyeron por el pasadizo de la muralla, amparados por el gentío que se había situado en ella para ver el desfile, imposibilitando a los pretorianos de capturarlos so pena de aumentar con accidentes la matanza.

Zintia cayó del coche tocada por un dardo. Cayeron también el oficial Forpas, el presidente del Senado de la ciudad y dos pretorianos. Mileto acudió en seguida a prestar auxilio a Zintia, que tenía clavado un dardo en el hombro izquierdo. Akarkos se inclinó sobre el cuerpo del presidente del Senado. Kim atendió a su compañero Forpas. Osnabal, desconcertado, iba de un herido a otro, sin saber a cuál prestar cabal ayuda. Sólo Benasur permanecía de pie en el coche, entre los dos aurigas, uno de los cuales —alcanzado por un dardo— estaba doblado sobre el antepecho del coche. El otro se mantenía al lado de Benasur. También había resultado herido un cuestor de Corduba, que, hallándose de visita en Gades, se reunió a la comitiva de recepción.

Benasur, con aparente sangre fría, se reservó como siempre el último instante: se apeó del coche en cuanto pasó la primera sacudida de terror, cuando sus movimientos pudieron ser observados por el público. Sin prestar la menor atención ni a las autoridades ni a los suyos que yacían en tierra, sin preocuparse por la lastimera algarabía que todavía se alzaba de la comitiva, se hizo paso y fue hasta cerca de un fardo de mercancía. Allí se agachó y recogió el cuerpo de una mujer, una madre que llevaba al pecho un niño. El niño continuaba pegado al pezón materno, pero la madre parecía estar muerta. Quizá era la víctima más espectacular, más escalofriante de todas. Benasur cogió a la madre —y con ella al niño

— y se dirigió hacia donde se encontraba Osnabal. Un grito de horror se escapó de todas las gentes que coincidieron en ver la escena. La madre llevaba un dardo clavado en el occipucio.

Benasur, con voz lo suficientemente alta para ser oído, dijo:

—¡Osnabal, podemos morir todos, pero no esta madre!

La madre ya estaba, desgraciadamente, bien muerta. Pero la que empezaba a vivir era la frase grandílocua de Benasur. Se comentó de boca en boca, y cuando Osnabal puso a la madre y al niño en un coche y salió rumbo al castro pretorio, la admiración hacia Benasur se plasmaba en los rostros de los vecinos próximos. Se acercó al navarca el escriba que redactaba por orden de la pretoria y del Senado las noticias que se hacían públicas en las tablillas del Foro. Era muy conocido en Gades y se festejaban sus versos satíricos, sus epigramas, que en seguida encontraban difusión en los labios del pueblo. En ese momento, alterado por los sucesos, se acercó pálido y tembloroso a Benasur para interrogarle, para confirmar aquella frase lapidaria. Tal frase iba bien con el espíritu de Gades, que, desde sus remotos orígenes, tenía tanta piedra donde escribir efemérides y dichos, denuncias y protestas. Benasur tuvo ocasión de insistir: «Ni yo ni ninguno de los míos valemos tanto como una madre gaditana». Y bien clara estaba su sinceridad. ¿No podía ver todo el mundo a tan bella joven —de la que se decía era su ahijada y princesa de un lejano reino— tendida en el suelo, desangrándose de un hombro? ¿No estaba uno de sus oficiales con el pecho atravesado? El escriba que fustigaba con sus sátiras a la sociedad gaditana tenía su dosis de demagogia en el corazón, y al hablar con Benasur le pareció que el navarca era un gran hombre.

Los carros militares de la comitiva se destinaron al traslado de las víctimas al castro. De la torre del puerto se dio la señal para que los médicos y curanderos que no se hubieran enterado de la matanza se dirigieran al cuartel. El tribuno Sabino Acio se fue con una cohorte a dar una batida con el fin de capturar a los atacantes. Y cuando todo volvía a un penoso, afligido orden, Benasur expresó su deseo de que el «incidente» no alterase los planes de recepción elaborados por la ciudad. Benasur calificaba de «incidente» a aquella matanza, de la cual el Señor le había sacado milagrosamente con vida. Los seis

dardos clavados en el antepecho de su coche denunciaban claramente contra quién iban dirigidas las intenciones homicidas de los atacantes.

En ese momento Benasur se arrepentía de no haber desembarcado del Aquilonia portando la insignia imperial, el manípulo del César, pues de ser atacado llevando el manípulo, el atentado habría caído en el orden del más alto crimen: el delito de majestad. Mas sin poder reparar la omisión y seguro de que el atentado había partido del Orden Ecuestre, con el propósito de ganarse las simpatías del pueblo, ordenó a Mileto que repartiese cinco áureos a cada familia damnificada, y a los deudos de los fallecidos cinco piezas más para las exequias del difunto.

Organizada de nuevo la procesión, se restableció la marcha. En el trayecto no faltaba gente curiosa que vitorease al paso del navarca. Éste procuraba mantenerse sereno, si bien no dejaba de sentir una molesta sensación de temblor en las piernas.

En la Casa de Tasas los esperaba un grupo numeroso de mercaderes y negociantes. No faltaban tampoco équites que disimularon mal la sorpresa de ver entrar a Benasur sano y salvo. Mileto no supo ocultar su terror. Pálido como el lino, frecuentemente trataba de humedecer sus labios con la punta de la lengua, más seca que los labios. Los otros miembros de la comitiva, excitados, comentaban el atentado y hacían conjeturas sobre los móviles del mismo, si bien estaba claro para todos que aquél era uno de los actos hostiles de los équites a su más odiado enemigo.

Benasur no quiso que el atentado tomase demasiada importancia en el ánimo de las gentes, ni que tampoco llegase a deslucir aquella entrada triunfal en Gades, que consideraba, con sangre y todo, apoteósica. Y en cuanto todos los personajes y hombres de negocios se colocaron alrededor de la amplia mesa, requirió con un ademán la atención de los presentes. Y dijo:

—Honorables representantes de la ciudad de Gades: Mi corazón rebosa de alegría y no sé cómo agradeceros esta espontánea, cordialísima bienvenida que me dais a mí y a los míos. Bien sé que Gades no saluda en Benasur a mi modesta persona, sino a nuestro augusto emperador el césar Tiberio. Pues yo vengo a Gades

cumpliendo, en primer lugar, un mandato del César. Mi deseo al visitar a Gades es el del hombre que ama el progreso. Y Gades es una ciudad progresista, y, por serlo, el césar Tiberio, que tiene puesto su corazón en Bética, me dijo: «Ve a Gades, Benasur, con mi mandato y mi prerrogativa, y haz prosperar a esa ciudad, que ha caído en manos egoístas». Las manos egoístas que han entorpecido el progreso de Gades, que ya hoy debiera ser la más importante ciudad del mundo, se han armado, a falta de mejores argumentos, con dardos. Y como han perdido la elocuencia de la razón, han hecho hablar a las armas criminales.

»Yo os digo, nobles varones, que traigo la prosperidad a Gades. Traigo nuevos métodos de explotación de las riquezas béticas: traigo nuevos mercados para vuestros productos. Una cadena de doscientas caravanas esperan en Antioquía las mercancías béticas para ser llevadas a los puntos más extremos del lejano Oriente. Pero hay algo que, por sí solo, es suficiente para aumentar la prosperidad de vuestra ciudad: en el transcurso de un año se inscribirán más de doscientas naves en la basílica Náutica. Esas naves se empezarán a fabricar en los astilleros de Gades, de Onoba y de Malaca. Esas naves, por primera vez en la historia de la marina, se construirán con mascarón, tajamar y quilla de una sola pieza de hierro. ¿No significa esto pasear la gloria gaditana en asombroso renuevo por todo el mundo? Por otra parte, yo no vengo a especular con los metales que ya explotáis. Un equipo de prospectores buscarán nuevos criaderos de oro en vuestras tierras. Y algunos de esos prospectores traídos de Britania buscarán y encontrarán, os lo aseguro, estaño.

»Yo vengo a traeros la prosperidad, porque así lo desea el césar Tiberio. Sois una ciudad confederada y por ningún momento esta prosperidad menoscabará vuestros derechos que Roma y el césar Tiberio, el primero, respetarán. Ningún cambio ni alteración sufriréis en vuestro régimen administrativo, político o social. Los cambios son exclusivamente de explotación. Y las riquezas serán mayores y mayores también los beneficios.

»Yo os pido a todos vuestra colaboración, vuestra ayuda. Cada cual tendrá su salario y su beneficio. No vengo a quitaros nada.

Vengo a dar a manos llenas. No hago distingos, honorables varones. No hago distingos porque yo no soy político ni cortesano. Yo soy el hombre que pone la prosperidad en marcha.

»¡Que los dioses os protejan y ayuden, ciudadanos de Gades!

Un vítor acogió las últimas palabras de Benasur.

Terminado el prandium, que fue más rápido y glacial de lo que Benasur esperaba, abandonaron la Casa de Tasas. Una cohorte de legionarios custodió los coches de Benasur y los suyos.

Siró Josef informó a Benasur:

—Ante la imposibilidad de darte alojamiento en mi casa, te he dispuesto una domo en la calzada Heraklés. Es la más hermosa de Gades...

Todos vieron que la ciudad estaba desierta. No era tan sólo por ser la hora del prandium. Las ventanas de las casas, aun de los pisos altos, se hallaban cerradas en ostensible repulsa.

Gades, que desde la cubierta del Aquilonia les había parecido una hermosa ciudad, ahora semejaba un cementerio.

Capítulo 3

El Senado de Roma soy yo

Después de una primera curación que Osnabal les hizo en el castro, Zintia fue trasladada a la casa de la calzada de Heraklés y Forpas, al Aquilonia. Mientras el estado de Forpas era de extrema gravedad, el de Zintia no inspiraba mucho temor. Osnabal hubiera deseado tener a los dos heridos alojados en el mismo lugar, pero no se atrevía a contravenir las costumbres marineras, que señalaban la nave como domicilio y casa, residencia y hogar del marino.

Entre los muertos se contaban el presidente del Senado, el cuestor cordobés, dos soldados, un auriga militar y cuatro personas de las once que resultaron heridas por dardo o atropellamiento.

A media tarde, Siró Josef fue a la casa de Heraklés para informar a Benasur de cómo se iba desarrollando el final del drama.

—El tribuno Sabino Acio no descansa. Ha detenido ya a más de veinte sospechosos. Dos de ellos han caído en reveladoras contradicciones. Como consecuencia, ha dictado orden de arresto del équite Julio Afro... El pueblo sigue de fiesta en el puerto.

—Con las ventanas cerradas —dijo Benasur.

Estaban en el atrio, cerca del compluvio. Mileto, cariacontecido, observaba a Siró Josef. Era un hombre imponente. Debía de gastar para su túnica y su toga seis varas más de lino que los demás mortales. El nombre de Siró Josef le era familiar. Aristo Abramos le había hablado mucho de sus negocios, de sus riquezas. Benasur, siempre que lo mencionaba, lo hacía con respeto. Siró Josef, el más importante naviero gaditano, el más poderoso comerciante de estaño en el Imperio, parecía ser un factor trascendental en las especulaciones de Benasur.

—¿Quién es Julio Afro? —preguntó Benasur.

—Él y Shapher eran arrendatarios de las minas de Sisapon. Les has quitado el mercurio, Benasur...

—¿Qué más?

—Se han quedado sin su flota romana, que he comprado en baja para Appiano por orden tuya...

—¿Qué más, Siró Josef? —insistió el navarca.

—¡Bah! Los molinos de aceite que poseen no te interesan...

—No es eso lo que quiero saber, Siró. Dime por qué ellos se han quedado en Gades y no han seguido a los otros équites que emigraron, tras la ruina, a Emérita, a Toletum, a Tarraco... ¿Qué buscan aquí?

—Buscan mantener un ambiente de agitación. Demostrarte su rencor, su odio...

—¿No crees haberte excedido en el recibimiento? —preguntó Benasur mirándole inquisitivamente.

Siró Josef se encogió de hombros. Después, como con pereza, dijo:

—Quizá... Yo no hice sino sumarme... —Y tras una pausa—: El presidente del Senado, Fariñas, estaba excitado... Decía que tú eras socio de Tiberio y que había que recibirte como si llegara el César en persona... Alguien con mala intención organizó un recibimiento digno de un emperador...

—Y fuiste tú quien colaboró para que el recibimiento a tu amigo Benasur eclipsase al de Julio César...

—En parte, sí... Me inducía a ello un placer especial. No olvides que Gades fue una de las más florecientes colonias de nuestros antepasados... Que tú fueras recibido con más aclamaciones y fiestas que lo fue Julio César tenía cierta gracia para mí...

—Pero olvidaste que así me exponías a los ojos de todos. Hoy no hay un solo gaditano que no me conozca. Y yo, tú lo sabes, no gusto de ser conocido...

Siró Josef quizá lo dijo con ironía, pero no se calló:

—Has hecho demasiadas cosas políticas para no ser... conocido, casi popular. La rendición de Skamín, la ruina de los équites de Bética. Los équites del resto del mundo no te lo perdonarán. Ándate

con mucho cuidado cuando regreses a Palestina, Benasur. Allí los équites tienen una cuña: Poncio Pilato. No te fíes de Herodes. Me dicen que últimamente Herodes y Poncio se han hecho amigos. De ser así, no creo que esto ocurra porque Poncio haya abandonado a los équites, sino porque Herodes le haya hecho ascos al Orden Senatorial.

—Son noticias viejas, Siró.

—Tan viejas como que el trigo de Egipto es de los équites, que la banca romana es de los équites y que el poder hoy está en manos de los équites, mientras Sejano permanezca al lado de Tiberio...

—¿Y te parece mal eso? ¿Tú crees que yo he pensado en destruir a los équites? Los équites son tan romanos como los senadores. Que se destruyan entre sí. No deseo otra cosa.

—Con el triunfo de los senadores —replicó Siró Josef.

—¡Qué importa un triunfo pasajero, si con él nosotros nos hacemos del metal de Bética! ¿A qué minas podíamos aspirar más cerca de África que no fueran las béticas? ¿Quién podrá fiscalizar el cobre que saquemos de Onoba y de Corduba, el hierro que extraigamos de Carthago Nova? A unas horas de la costa mauritana. ¿No es nuestro el desierto?

—Me parecen demasiados rodeos, Benasur. Antes que nada tendrás que llegar a un arreglo con las fundiciones turdetanas. Y ellas cobran en oro. Y no en oro romano, Benasur. Por toda la región occidental, hasta el Océano, no se comercia más que con oro antiguo. Tendrás que pagar trabajo y comprar mercancía con daricos. ¿Dónde hay daricos para pagar a los turdetanos el armamento que nos harían? En los bancos. ¿En manos de quiénes están los bancos? De los équites. Les has quitado las minas, les has quitado todas las flotas; pero les has dejado los daricos, con los que se compran las armas... Vuelvo a decirte, Benasur, que has cometido un error al rechazar mi proyecto. Y creo que aún es tiempo de rectificar...

—No rectificaré, Siró —contestó ásperamente Benasur.

—Bien... Espero que los hechos te hagan cambiar de idea. Por lo demás, no tengas miedo. Paséate por la ciudad. Hazte visible y no muestres que te ha ganado la cobardía. Si te tienen preparada una

puñalada, la recibirás en el lugar y en el momento menos esperados...

—Me tonificas el ánimo, Siró...

—Es que Bética es una trampa para ti.

—Sé quebrar malas voluntades, hermano. Tú desconoces todavía cuáles son mis cartas. Y no es ésta la ocasión para que te las descubra. A su tiempo.

Siró Josef se disponía a salir cuando en el atrio entró Kim.

—¿Puedo hablarte, señor?...

—Habla, Kim...

—El tribuno ha destacado una cohorte al Aquilonia... Ha ocurrido algo que parece grave... Un notable, Cayo Pomo, se ha suicidado...

Benasur miró interrogadoramente a Siró Josef. Éste movió la cabeza contrariado.

—¿Qué significa eso, Siró?

—Significa que ya te han dado la puñalada. Cayo Pomo, el hombre más querido y respetado de Gades, se ha suicidado en protesta a tu llegada. El suicidio de Cayo Pomo es capaz de amotinar a la ciudad.

—¿Quién era Cayo Pomo, Siró? —preguntó irritado Benasur.

—¿No te lo he dicho? ¡El hombre más importante de Gades!

—Todo está escondido y emboscado aquí, Siró Josef. Te equivocas si piensas que voy a temblar... Yo solo me bastaré para desenmascarar a la ciudad. Dondequiera que vaya, llevaré la insignia del César... ¡Kim, dile a Akarkos que acepte la cohorte, y que rechace con las armas toda lancha o nave que se acerque al Aquilonia...!

—¿No me necesitas? —preguntó Siró Josef.

—No. Gracias por tu visita, Siró. Mañana pasaré a verte.

Siró Josef se fue. Benasur le dijo a Benjamín que le preparase la túnica y toga romanas. Y pidió a Mileto que le trajera una cédula de Tiberio. El escriba, al dársela, dijo:

—Es difícil, por lo que veo, el camino de la ambición.

«¡Vaya! —pensó Benasur—, sólo faltaba esto, que Mileto comenzara con una de sus digresiones éticas.» Se volvió irritado al escriba:

—¿Difícil? ¿Qué quieres decir?

—Cualquiera hubiera pensado que con el Lazo de Púrpura todo sería fácil de obtener. Te he visto jugarte el pellejo, y disponer del mío en la jugada, con Skamín. Hubo un momento que ante el césar Tiberio estuvimos a punto de que nos arrojasen a las Gemonias. Salimos bien... Yo pensé que todo el poder sería tuyo. Arrojas a los équites de Gades, y tras un recibimiento triunfal, Zintia yace en la cama con un hombro traspasado; Forpas pelea entre la vida y la muerte; caen bajo los dardos dos hombres ilustres y dos esforzados lanceros, un humilde cochero y cuatro modestos ciudadanos... Y ahora, estoicamente, se suicida un honesto y amado varón porque Benasur pone pie en tierra de Gades... Y tú, Benasur, tan ciego, que no ves la sangre. Tú, Benasur, que te crees inspirado por Yavé, pides tu toga romana y te dejas llevar por el arrebato... ¿Qué vas a hacer, Benasur? Si Gades se amotina, ¿vas a enfrentarte a la chusma...?

—¿Sabes, retórico Mileto, qué cosa es la ambición? —replicó el navarca.

—Creo; me imagino que una demencia.

—¡Exacto! Una demencia. Y los poseídos no nos arrojamos al suelo como los endemoniados para echar espumarajos por la boca. Los poseídos de la ambición caminamos de pie. Y no se te olvide, Mileto; no damos nunca un paso atrás... Prepárate a salir...

Mileto estaba demasiado preocupado y medroso para poder disfrutar de la ciudad. Amaba a los hombres y sentía curiosidad por las ciudades, que eran el fruto material de la convivencia humana. Pero ahora, en el coche custodiado por lanceros, no se sentía él, sino una extensión de un miedo, nacido en él, más ampliado en unas circunstancias que, siendo propias a su función de escriba, le eran extrañamente ajenas. Si Mileto fuera más versado en las artes de la política y de la guerra, en aquel momento se habría sentido trascendental e importante. Pero no llegaba a apreciar lo trascendental que pudiera haber en los gestos de Benasur. Era demasiado filósofo, demasiado meditador para formularse juicios sobre los hechos en pleno desarrollo de la acción. Para interpretar los hechos necesitaba verlos en perspectiva, y, por tanto, consumados.

Cuando llegaron al foro Balbo se detuvieron. De diversos lugares acudían ciudadanos, unos aislados, otros en grupo. No era difícil pensar que en el Foro iba a celebrarse una asamblea. Benasur se apeó del coche y, seguido de Mileto, subió a la muralla de la antigua ciudadela, de la primitiva Gadir. Desde la muralla se dominaba el foro Balbo, a espaldas del templo de Cronos. Los pretorianos de custodia se situaron estratégicamente, a fin de cuidar de la seguridad de los dos hombres.

Entró en el Foro un grupo de ciudadanos portando una corona. Los que estaban en la plaza se les unieron y en silenciosa procesión se dirigieron al templo de Jove, rodeado por un pórtico en hemiciclo. En las gradas del templo depositaron la corona. Terminada la parca ceremonia, algunos de los hombres comenzaron a pedir: «¡que hable, que hable!», dirigiéndose a uno de los que habían llevado la corona.

—Esta corona trae un discurso —dijo Benasur con sorna.

—Sí. Y lo fingen todo muy bien para que no se crea que es cosa organizada. Al final, terminarán por pedir tu cabeza —comentó Mileto.

—Me parece que no nos han conocido...

—Simulan no conocernos. Pero ¿qué ciudadano de Gades se pasea custodiado como nosotros?

Del público reunido en el Foro surgió una voz: «¡Hay que honrar a Cayo Pomo!». Y otra: «¿No se ha dado muerte Cayo Pomo por vergüenza de la ciudad?». Y otros más: «¡Que hable Celso Fabiato!». «¡Habla, Celso Fabiato!»

Las voces se espesaron y convirtieron en griterío. Un hombre, al fin, subió al templete que se levantaba en el centro del Foro. Adoptó una actitud tribunicia:

—¡Ciudadanos! Nadie os ha llamado a esta asamblea. En verdad, no se trata de una asamblea, sino de una reunión de hombres condolidos. Y es vuestra pena, hermana de la mía, la que me obliga a hablaros. Sin duda alguna sobran hombres preclaros en Gades, asistidos de más limpios méritos que yo para dirigiros la palabra. Mas, en esta ocasión, cualquier voz es buena si es voz del corazón. Y hoy, ¡día funesto!, son los corazones los que hablan con la misma

elocuencia, pues todos nuestros corazones están oprimidos por igual dolor.

—¡Sí, sí! —gritó el populacho—. ¡Lloramos a Cayo Pomo!

—¡Debiéramos estar regocijados! —prosiguió el orador—. Ha llegado a la ciudad un hombre que es ilustre y es amigo de Roma; un hombre que, según dice, nos trae la prosperidad. Yo debo preguntarme, ciudadanos, si nosotros podemos ambicionar mayor prosperidad de la que teníamos, sin miedo a ofender a los dioses. Pero yo, que he visto hoy cómo la sangre inocente teñía las calles de Gades, acepto que este ilustre amigo de Roma nos trae la prosperidad, que no le hemos pedido... ¡Cómo se regocijarían nuestros corazones si no tuviéramos que lamentar un luto que a todos nos toca y apesadumbra! Dicen que hoy es un día de fiesta. Así lo ha decretado el Senado de la ciudad. Y el presidente del Senado, todos lo sabéis, hoy es llorado por su esposa y sus hijos, por los nobles vecinos de la ciudad. Y sus lágrimas se juntan a las que vierten la esposa y la hija del muy noble Cayo Pomo. ¡Cuánto luto, cuánta pena nos cobra por adelantado la prosperidad, no pedida, que nos trae Benasur! Pero yo acepto la prosperidad.

»Mientras el ilustre Benasur disfruta los honores del triunfo, yo, el más modesto ciudadano de Gades, me siento hondamente afligido. La prosperidad no me alegra. Pero ¿qué culpa tiene Benasur de que la alegría no se aposente en mi ánimo? Yo he oído a los viejos contar cómo nuestra ciudad recibió a Julio César. Todos sabéis quién fue Julio César y cuánta honra dio a la ciudad con su presencia. Muchos eran sus méritos. Y de la sabiduría y prudencia con que legisló, le somos acreedores de nuestras más legítimas prerrogativas ciudadanas. ¿Y para qué voy a enumerar sus hazañas de guerra, sus trabajos de gobernante, sus faenas civilizadoras? ¿A quién de vosotros voy a descubrir que Julio César fue prudente con la Ley, osado y certero con la espada, sabio y elocuente con la palabra? Y este hombre a quien Roma debe sus más preclaras glorias fue recibido sobria y honestamente por nuestra ciudad de Gades. Quizá nuestros abuelos eran más parcos o menos agradecidos porque nuestros abuelos no recibieron a Julio César con el esplendor y la gloria que nosotros hemos recibido al ilustre Benasur. Pero no se me

oculta que Benasur merezca más nuestros honores que los merecía Julio César. Pues Benasur nos trae la prosperidad, no pedida, pero que yo acepto...

—¡Abajo! ¡Muera Benasur el judío! —gritaron de la muchedumbre.

—¡No os exaltéis, ciudadanos! No fue intención de Benasur, os lo aseguro, arruinar a tantas y tantas familias gaditanas. Su intención fue traernos la prosperidad. Pero la presencia de Benasur ha provocado el mal irreparable que ahora lloramos: el ilustre Cayo Pomo, el más notable y alto caballero del Orden Ecuestre, se ha cortado las venas. ¡Qué heroica y limpia ancianidad! Ha preferido morir a ver lo que hoy ha presenciado Gades. Lástima que el ilustre Cayo Pomo estuviese equivocado, porque él creía que con Benasur eran la afrenta y la ignominia las que entraban en Gades. Y olvidaba que, además, entraba la promesa de prosperidad que Benasur nos trae en sus labios. Cayo Pomo no podía creer que el hombre que había hundido el poder romano de Gades, que había arruinado a las más queridas y ejemplares familias gaditanas, que había pasado el dominio de Bética a manos ajenas, fuese recibido con más aclamaciones que lo fue Julio César. Pero yo os digo que tal cosa parecíale una aberración porque ignoraba que Benasur nos prometía la prosperidad.

»Yo quisiera hoy gritar: "¡Salud, Benasur!", pero tengo el corazón encogido y las palabras que salen de mis labios son amargas. Y sólo tengo aliento para decir: "¡Descansa en paz, Cayo Pomo! Buscaste las melancólicas aguas de la Estigia, porque ya tu ciudad, nuestra ciudad, ha dejado de ser romana para convertirse en semita". ¡Míseros nosotros! ¡Míseros tú, Calimón; tú, Justo Casio; tú, Marco Balbo; tú, Tito Shapher; y tú, y tú, y tú, y todos vosotros! ¡Y yo, mísero de mí! Nunca acertamos a medir el alcance del rasgo ejemplar de Cayo Pomo.

»No os aconsejaré que regateéis un solo vítor al ilustre extranjero. ¡Miradlo, ahí lo tenéis! ¡Ved cómo es valiente, pero no lo toméis por soberbio! No toméis su presencia como un insulto, como un desafío a la muerte del nobilísimo Cayo Pomo. Pero también os recomiendo que tengáis una lágrima en recuerdo del que murió siendo justo. ¡Que esta vergüenza, que esta ignominia que hoy nos echa en cara

el cadáver de Cayo Pomo sepamos purgarla con una lágrima. Que así es de funesto el día que nos tocó vivir. Que mientras las mujeres se quedan acobardadas en las casas, nosotros, los hombres, debemos llorar a los muertos...!

El vocerío acalló las últimas palabras de Celso Fabiato. Y comenzaron a menudear los mueras a Benasur. Un grupo de hombres se dirigió a la entrada de la vieja ciudadela, pero los legionarios se opusieron a dejarlos pasar. Benasur y Mileto echaron a correr por el pasadizo del murallón con intención de alcanzar la parte que comunicaba con el pretorio. Pronto hizo entrada en el Foro una cohorte de soldados que, a golpe de vara, comenzó a disolver a los exaltados que pretendían forzar el paso a la torre.

Benasur y Mileto lograron escapar y pasar al castro. Benasur pidió ser conducido inmediatamente ante el tribuno. Sabino Acio lo recibió con cierta frialdad. Debía de estar molesto, contrariado con la presencia de Benasur, que de modo tan brusco y sangriento había revuelto a la ciudad.

Los dos hombres se miraron tanteándose, estudiándose sus propias fuerzas. El tribuno dijo:

—Habla, Benasur.

—Supongo que no esperarás que te explique lo que pasa en Gades —planteó el navarca de mal talante.

—No admito informes que no pido, sino de mis agentes —replicó el tribuno.

Mileto pensó que el modo más conveniente para hablar a Benasur no era el de la franqueza, en la que el navarca solía mostrarse agudo y feroz. El tribuno hubiera conseguido más por la vía de los circunloquios. El judío, tras una breve vacilación, repuso:

—¿Y un amigo del Imperio no puede advertirle al tribuno su negligencia?

—¿Me motejas de negligente? ¡A mí, al tribuno Sabino Acio! ¿Ignoras dónde y ante quién estás?

—No lo ignoro, honorable Acio. Y por eso he venido. Eres tú el que ignora tus funciones, tus deberes. Tú ignoras que hay unos charlatanes que están soliviantando a la plebe. Y debes prohibir que se hagan honores públicos a Cayo Pomo, si no quieres que mañana

corra más sangre de la que ha corrido hoy. Ese Cayo Pomo es un conjurado, y para librar a su familia de la confiscación de bienes se ha suicidado. Debes obrar inmediatamente si no quieres lesionar, por negligencia, la autoridad del César.

—Sé lo que pasa en la ciudad, Benasur. Y el hombre que tú crees un charlatán es Celso Fabiato, del Orden Edilicio.

—Debes mandar que lo arresten inmediatamente, Sabino Acio. ¡No quiero alborotos en Gades!

«¡No quiero alborotos en Gades!» Mileto se quedó perplejo. Sólo un procónsul con poderes absolutos sobre provincia conquistada podía permitirse hablar así. Como si Benasur tuviera tras él todo el poder del Senado, el poder del mismo Emperador. Seguramente nadie había hablado así al tribuno. Benasur se dirigía a él como amonestaría a un subalterno.

—¿Acaso ignoras que Gades es ciudad autónoma? —replicó Sabino Acio—. ¿Qué poderes tienes tú para pretender regentarla? Yo no puedo detener a Celso Fabiato, que goza de inmunidad edilicia, Benasur. Sólo el Senado puede ordenarme que lo arreste.

Entonces Benasur, acercándose a la mesa del tribuno y apoyando las manos en ella, adelantó el rostro para silbarle estas palabras:

—¡El Senado de Roma soy yo!

Había tal firmeza en las palabras del judío, que el tribuno parpadeó. Por el contrario, Mileto abrió estupefacto los ojos. ¡El Senado era Benasur! Y lo que el Senado no se atrevería a hacer, sino tras una previa investigación, Benasur, usurpando los poderes del Senado, se arrogaba no ya al derecho de la prerrogativa, sino de la arbitrariedad de los mandatos dictatoriales. Sí, Benasur era un loco. Un loco peligroso capaz de revolver, de subvertir el mundo.

—Si esta misma noche no quedan presos Celso Fabiato, Justo Casio, Calimón, Tito Shapher, Marco Balbo y todas las sanguijuelas ecuestres de Gades, tú serás responsable de lo que suceda, Sabino Acio. Piensa que Gades está desamparada. Que la guarnición que tienes no es suficiente para reprimir una revuelta. Ni siquiera para mantener el orden, tal como lo está quebrantando ese charlatán de Celso Fabiato. ¿Le tienes miedo? Dámelo a mí, que yo lo mandaré encadenado a Roma con una denuncia mía al césar Tiberio... Pero

¿quién crees que soy yo, Sabino Acio? ¿A qué crees que vine a Gades? Mi guerra será sin cuartel. Y si esos équites no se avienen a su ruina y prefieren morir como el imbécil de Cayo Pomo, los aniquilaré a todos... Pero no te olvides, Sabino Acio, que necesito tu ayuda; que necesito que acates mis órdenes... ¿Crees que he venido a Gades para que se me ofenda y agravie?

—Tú tendrás todo el poder que quieras, Benasur. Pero yo conozco cuáles son mis atribuciones —repuso claudicante, sin vigor ni indignación, el tribuno.

—Tus atribuciones son bien precisas: mantener el orden y la paz. Y el orden y la paz serán alterados mañana, cuando se efectúen las exequias de Cayo Pomo, si antes no arrestas a esos hombres. Si no sigues mi consejo, te hundes, Sabino Acio. ¡Mira!

Y Benasur sacó de la bolsa un rollo que puso en la mesa del *praefectus castrorum*.

—Léelo. Por orden del César quedo autorizado a pedir en cualquier pretoria o castro a que llegue una centuria de soldados... Léelo... ¿Qué harás si me llevo cien soldados del castro? ¿Cómo harás frente mañana a los alborotos de la población? Sin embargo, deteniendo esta noche a esos hombres tú y yo dormiremos tranquilos. Tú con la conciencia de haber servido a Benasur, que siempre paga su salario, y de haber servido al César, que paga con ascensos... ¡El régimen de la ciudad! ¿Qué sabrá la ciudad de lo que ha pasado? Lo que la ciudad sabe es que el presidente del Senado y que el cuestor de Corduba han sido muertos. Que tú mismo, Sabino Acio, te has salvado de milagro. ¿Qué indicios buscas cuando las pruebas del atentado contra el Imperio son tan evidentes? ¿O es que esta prefectura está vendida a los enemigos de Roma? Obra con prontitud y sin miramientos, Sabino Acio. Si tienes ligas con los équites, rómpelas. Pudiste haber muerto en el atentado de hoy, pero no hagas de tu fortuna motivo de acusación. ¿No resultaría sospechoso en Roma que mientras el cuestor y el presidente del Senado caen, tú libras el pellejo? Piensa cómo puede interpretarse esa complacencia que han tenido contigo los criminales. Lo repito, Acio: yo pago mi salario y el César ve con simpatía a quienes ayudan

a su socio. Porque sábelo de una vez: yo soy socio de Tiberio. ¡Ya han quedado declaradas todas las palabras!

El tribuno bajó la cabeza. Mileto comprendió que Benasur ya había ganado. Sabino Acio no era un Skamín que sabía hacerse difícil. Funcionario segundón, llevado a provincias para enriquecerse, tenía que darse por convencido ante tan especiosos y dobles argumentos.

El prefecto cedió en seguida:

—Bien. Esta noche tendré aquí a esos hombres...

Se hizo un silencio. Benasur recogió el rollo con la orden de Tiberio.

—Vendré a interrogarlos a la segunda vigilia...

Sabino Acio palideció, pero ya no quiso oponer reparo. Cuando Benasur y Mileto abandonaron el castro, el navarca dijo al escriba:

—No me hables ahora de ética, Mileto. Yo no hubiera querido llegar a estos extremos... Pero si no cortamos el miembro emponzoñado, nos contagiaríamos con el veneno. No tengo tiempo que perder en intrigas que no son de mi incumbencia.

Una hora después, Mileto y Kim llevaban al tribuno Sabino Acio una caja conteniendo el salario: mil denarios de oro.

Capítulo 4

¡Bendito seas tú, Daván!

Al día siguiente, Benasur se levantó más tarde de lo acostumbrado. Aunque el interrogatorio a los detenidos no fue ni prolijo ni extenso, pues el tribuno logró en seguida la confesión de uno de los tiradores de arco —que acusó como autores del complot a Tito Shapher y a Justo Casio—, Benasur estuvo hasta la medianoche con él, sugiriéndole la secuela a seguir en el sumario con el objeto de convertir el atentado personal en un movimiento subversivo contra el Imperio. Aseguró al prefecto que podía obtener de la Curia que ésta diese entrada a una acusación de delito de majestad. Para ello el tribuno debía testimoniar que la cohorte de soldados había recibido de manos de Benasur el manípulo o insignias cesareas.

Esto era importante para Benasur. Cuando trató los negocios de Bética con Tiberio, pidió a éste el derecho de usar la insignia imperial —como socio que era del Emperador— en todo lugar y circunstancia en que él, Benasur, representase los intereses del César. Pero la prerrogativa imperial era tan dilatada y difusa circunscripción, que podía estimarse que donde Benasur sacara el banderín estaba amparado con la sombra de Tiberio. Por tanto, lograr establecer ante la Curia que Benasur había pasado el manípulo imperial al decurión de la cohorte significaba dar ocasión a los tribunales de Gades a que se declarasen incompetentes para resolver el caso concreto del atentado, pasando el sumario al César, quien mandaría su acusación de delito de majestad, con las peticiones de muerte, directamente al Senado de Roma. Pero al mismo tiempo a Benasur le convenía que quedase bien establecido

el delito de atentado a la seguridad del Imperio, a fin de englobar en él a los caballeros que quedaban en Bética.

Todo esto lo estuvo discutiendo con el prefecto. Principalmente el procedimiento a seguir para que los tribunales, cualquiera que fuera el rumbo que tomase el proceso, entendieran de un crimen de máxima gravedad.

Después de que se desayunó fue a ver a Mileto, que ya estaba haciendo compañía a Zintia. Una compañía muda, pues la joven se encontraba bajo el sopor de la fiebre. Osnabal le había provocado una alta temperatura para sustraerla al dolor de las primeras curaciones. Era un método de anestesia puesto en boga por los médicos salidos del Museo de Alejandría, y que tenía sus detractores entre los físicos que habían estudiado en Atenas y Siracusa. Éstos continuaban adictos a los preparados de mirra y de vinagre y de emplastos de flores de opio, y acusaban a los primeros de crear al paciente un estado febril que debilitaba peligrosamente al enfermo. Osnabal defendía su método diciendo que, al contrario de lo que se pensaba y creía, la fiebre, si no era morbosa, provocaba en el organismo una limpieza general, y que el enfermo quedaba tan postrado que el médico podía operar libremente en la herida.

—Desde ayer que Osnabal le extrajo el dardo —explicó Mileto— no ha vuelto en sí. Se ha pasado todo el tiempo delirando... Mira... — Mileto tendió a Benasur un papel con unas notas.

—¿De qué se trata?

—Son las palabras que más frecuentemente ha dicho... Todas son extrañas. No conozco ninguna... Algún día quizá nos conduzcan al descubrimiento de la nacionalidad de Zintia...

Mileto estaba afligido. Benasur era incapaz de introducirse en el caso de Zintia, sino por el lado que a él le afectaba. Por eso informó:

—El tribuno ha detenido a todos los encartados en el atentado. Y mañana o pasado serán empalados los que hirieron a Zintia. Shapher y Justo Casio son los autores de la conspiración y han confesado.

Mileto miró a Benasur con una expresión de incredulidad. El navarca replicó rápidamente:

—¿Lo dudas? Puedes ir a ver a Sabino Acio si quieres... Han cometido delito de majestad...

—¿Delito de majestad? —repuso Mileto, extrañado—. ¿Quién ha atentado contra Tiberio? El atentado fue en el muelle, no en el Aquilonia.

Benasur quitó toda duda al escriba:

—Forpas le había dado el manípulo cesáreo al decurión de la cohorte. Y tú lo sabes, Mileto. Por lo menos, es necesario que lo sepas.

—Bien. Ya lo sé. No creas, Benasur, que me ciego hasta el extremo de no pensar que yo pude sucumbir en el atentado. Si me llaman a declarar sé que tendré que decir que Forpas entregó el manípulo de Tiberio al decurión.

—He venido a verte porque quiero preguntarte una cosa... Has oído ayer lo que Siró dijo de los daricos.

—Sí, Benasur. Y se refería no a los daricos de Darío, sino a los daricos leonados, que son las monedas de oro que los antiguos llamaban cretas...

—¿Existen muchas de esas cretas en el mundo?

—Las reservas en tesoros públicos, bancos y compañías suben a veintinueve millones. Estos datos figuran en un rollo de la biblioteca del Aquilonia. No sé en qué se basa la gente para creer que en la ciudad de Cnossos se acuñaron cincuenta millones de cretas de oro. Si es cierto el dato, que yo lo pongo en duda, quedan veintiún millones escondidos. Siró Josef dice muy acertadamente que los daricos están en los bancos, y que la mayoría de los bancos están en manos de los équites. Pero hay muchos bancos, y tú lo sabes mejor que yo, que están en manos judías.

Benasur dejó a Mileto recomendándole, cosa obvia, que cuidase de Zintia. En la calle le esperaba el coche con la escolta. Un lancero llevaba el banderín imperial. Quería ir a visitar al banquero Massamé, pero antes pasó por la oficina de Siró Josef.

—¿Estás satisfecho? —Fueron las primeras palabras del naviero.

—No antes de conocer cuál es tu sentir —repuso Benasur.

—No tengo inconveniente en felicitarte. Has conseguido lo que te proponías... Reconozco que cada vez eres más hábil. Y comprendo

también por qué perdí la presidencia de la compañía, hace años. Pero, aunque te felicite, no estoy contento. Tú sabes que mis padres me trajeron a Gades cuando era un niño. Todavía no se había acabado de construir el templo de Jove en el Foro. La vía de Balbo el Mayor no se prolongaba hasta la Torre Dorada. En fin, Gades no era la espléndida ciudad que es hoy. Por tanto, yo me considero gaditano. Y soy sentimental con mi ciudad...

—Sí... ¿Y qué más?

—Lo de anoche ha sido deprimente. Has acabado con Gades. Las última familias que quedaban hoy tienen un padre en la cárcel...

—¿Y por qué quedaban? ¿Por qué no se fueron a la Tarraconense con las otras?

—Hay bienes que son difíciles de liquidar...

—¿Todavía tienen bienes?

—De los que no te interesan, Benasur.

—Me interesan todos los bienes, siempre que pertenezcan a los équites.

—¿Aun los que están pignorados o hipotecados?

—¡Todos! No dejaré un équite con un palmo de tierra, con un mísero cobre. No eran esas mis intenciones, pero después del recibimiento que me hicieron, comprendo que la guerra es a exterminio. Te advierto que los senadores de Roma coinciden conmigo.

—A algunos los levantaron de la mesa, a otros del lecho. Y en casa de Fabiato detuvieron a tres amigos suyos que nada tenían que ver con el atentado.

—No habrá misericordia, Siró Josef. La semilla ecuestre no fructificará más en Bética. Los amigos y los amigos de los amigos...

—Una ciudad vacía...

—Vienen barcos con emigrantes ricos, que traen oro. Yo promoveré inmigración mauritana. Los mauros nos son afines. ¿No comprendes, Siró Josef, que no podemos tener espías en Bética? ¿Que debemos tener plena confianza en los que nos rodean? Así y todo tendremos que obrar cautelosamente... Voy a comprar todos los créditos de los équites. Nos haremos con Gades... Pero lo importante, no lo olvides, es el proceso. El proceso debe llevarse de

acuerdo con nuestros intereses. Para ello deberás hacerme una lista de magistrados y funcionarios sobornables. Tú encárgate de los honestos...

—No tienes que decirme nada, Benasur. Sólo me queda decirte unas palabras: que te guardo rencor.

—¿Rencor? ¿Por qué?

—Porque por primera vez en mi vida tengo que estarte agradecido. Si no me avisas cuando la caída de navieros romanos, si no me instruyes para la maniobra, yo habría caído también. Hoy no sólo conservo mis bienes, sino que los he acrecentado gracias a ti. Es lo que me molesta: deberte algo en la vida.

—Si quieres pagar esa deuda que tanto te desazona, piensa que dentro de poco te hablaré para que la cubras. Queda tranquilo y hazme esa lista.

—¿Te vas?

—Sí. Voy a ver a Massamé. ¿Continúa viviendo en la misma calle?

—No se mudará hasta que derriben la muralla... ¿Y los heridos?

—Igual.

—¿Quién es ella, Benasur?

—Una princesa mauritana, que llevaré a que se case con Shubalam, el hijo de Tacfarinas. ¿Sigues pensando que lo del reino musulano fue una mala inversión?

—Pésima, Benasur —contestó el gaditano.

—Pues la empeoraré, Siró. No cejaré hasta reinstaurar el reino musulano. Y allí prepararemos el ejército que arrase a Roma. Será el mejor ejército que haya visto el mundo... Nuestra vieja idea, Siró...

—Sí, nuestra vieja idea —dijo en tono desvaído el naviero, mientras se asomaba a la ventana. En seguida agregó—: Demasiado vieja... y ambiciosa.

—¿Qué quieres decir?

—Acércate, Benasur. Hace años, tú y yo éramos unos mozos. Y nos asomábamos a esta ventana y veíamos el mismo mar. Tú acababas de comprar tu flota alejandrina. Eras feliz. Pensabas en aumentarla a quince, a veinte naves... Hoy tienes el dominio sobre quinientas. Hoy has llegado al límite. Entonces, cuando eras propietario de ocho trirremes alejandrinos, no tenías límite. Y

pensabas cómo Roma se oponía a nuestra ambición. Pensabas cómo Roma nos humillaba en nuestra tierra y fuera de ella. «Hay que acabar con Roma», me dijiste. Y yo te contesté: «Sí, hay que acabar con Roma». Y desde entonces fueron muchas las conversaciones que sostuvimos sobre el tema. Llegamos a descubrir los errores púnicos; por qué causas Carthago había sido derrotada. Nosotros no caeríamos en esos errores. Cuando surgió Tacfarinas, tú viste una oportunidad. Te metiste en esa guerra, obcecado, contra mi parecer. Y la verdad es que nos falta fuerza en el alma, Benasur, para ir contra Roma, porque Roma nos ha romanizado. Mi mejor cliente es Roma. Si no fuera por el derecho romano y la garantía de las legiones romanas, yo no habría acumulado la riqueza y el poder comercial que tengo... Y tú, desengáñate, Benasur, tú estás más romanizado que yo. Eres Lazo de Púrpura, socio de Tiberio. Beso del César... ¿Qué fuerza tienes en el alma para ir contra Roma? ¡Si ahora mismo expones tu vida por defender los intereses de Roma! Óyelo bien, Benasur: el poder ecuestre que tú socavas y arruinas es el único poder que podría acabar a la larga con Roma. Porque los caballeros se desperdigan, se casan y viven en las provincias. Los hijos, los nietos de esos caballeros se sienten a la larga no romanos, sino béticos, lusitanos, tarraconenses, narbonenses, mauritanos, palestinos, tracios, griegos, sirios... Y esos hijos y nietos de romanos serían los primeros en levantarse en independencia contra Roma... Y tú, ayudando a los senadores y aniquilando a los équites, ayudas a la Roma Imperial, a la Urbe, a la metrópoli. No destruyes a Roma, la fortificas... ¿Qué fuerza tienes en el alma para ir contra Roma?

Benasur se había demudado según escuchaba las palabras de Siró Josef. Sus ojos adquirieron un intenso brillo, al mismo tiempo que los labios se le plegaban como en una crispadura de contención.

—¿Sabes cuál es mi fuerza, Siró Josef? ¡El odio! ¡Odio entrañablemente a Roma! ¡Y tú la odias también! Todos los judíos debemos odiar a Roma...

—¡Odiar a Roma...! ¿Tú crees que se puede odiar algo a perpetuidad cuando todos los días te asomas a esta ventana que da al Océano, a un mar ignorado por el que de tarde en tarde aparecen embarcaciones de tierras insospechadas? ¿Puede odiarse a

perpetuidad cuando ves cotidianamente el orden, el respeto que existe entre tantas razas tan distintas, tan generosas que con un sentimiento solidario atraviesan, cruzan todos los mares...? Míralas ahí, Benasur. Ahí tienes el trirreme romano junto al dromon cretense, el birreme de Paros junto a la liburna leptina, la nave gadirita y la alejandrina, la carpesia y la rodia... Todas tienen un banderín. Cada unas de ellas se diferencia por la rostra de proa... Todas son pacíficas, como los hombres que las conducen y las mueven. Todas, al llegar a puerto, cambian noticias y correspondencia. El soldado que está en Gades sabe de su hermano que está en Odessa... ¿No es esto la paz? ¿Quién quiere la guerra, Benasur? ¿Cómo es posible que yo, sabiéndote navarca, te acredite un sentimiento tan duro como es el odio...?

—¡Odio a Roma, Siró Josef! Y la memoria es tan fiel que me renueva diariamente el odio con el recuerdo. Desde niño, odio a Roma. Y moriré odiándola. Y uno de los dos caeremos: o Roma o yo. Tanto odio a Roma, que no me queda pasión para odiar a las gentes. No odio a los équites ni a Appiano ni a Tiberio como odio a Roma. Roma es para mí un solo hombre. Y como ese hombre acabó, Roma recibe el odio que no le he retirado a ese hombre... ¿Acaso no te he contado la historia?

Siró Josef abandonó la ventana para mirar a Benasur. Se encontró con un Benasur nuevo, de la transfiguración que mostraba su rostro. Los labios, sin sangre, se movían temblorosos y en las comisuras había una espumilla de rabia.

—No, no me has contado la historia... —repuso Siró Josef.

—Escúchala. Te la cuento para que de ella no conserves más que el rencor... Mi padre se hallaba moribundo. Y yo era un niño. Cuando tú llegabas alegremente a Gades con tus padres, yo vivía en Jerusalén... Mi padre se moría y en la alcoba siempre estaba el rostro cuadrado del centurión. Recuerdo haber oído decir que había ganado el collar en la Dacia. Cuando la casa era visitada por el médico o el sacerdote, siempre estaba el centurión en la alcoba. Un día entré a ver a mi padre: el centurión, ante los ojos afiebrados del enfermo, forcejeaba con mi madre. Yo supe en seguida lo que tenía que hacer. Y cogí el candelabro de cobre. Me fui derecho al

centurión con el candelabro en alto. Pero el centurión, sin soltar a mi madre, se defendió dándome una patada en el vientre... No supe más. Cuando volví en mí, mi padre estaba muerto y mi madre lloraba. El centurión había hecho lo que quería... Días después, durante el luto, un día de los cuarenta y nueve duelos, mi madre y yo nos dirigíamos al templo. Yo iba, como siempre, con la cabeza baja, porque mi padre me decía que si uno la lleva puesta en el cielo nunca encontrará lo que los otros pierden. Y uno es rico por lo que los otros pierden... De repente, vi entre los pies de mi madre y los míos las botazas del centurión. Las conocía muy bien, pues la caña de cuero remataba en un águila de metal, y el águila del pie derecho tenía rota un ala. Las manos del centurión separaron mi mano de la mano de mi madre. Y las vi rojas y velludas como dos garras. Se me antojaron tintas en sangre. Y no alcé la cabeza sino cuando le escuché reír. Reía con unas carcajadas que me herían en los oídos. Era la risa más burlona, más humillante que he escuchado en mi vida. Mi madre, avergonzada, bajaba el rostro. Aquella risa parecía decir a toda la ciudad: «¡Vecinos de Jerusalén, ved que es cierto que yo he fornicado con la mujer de Benasur el mercader!». Y tras reír su infamia, nos dejó el paso franco. El centurión selló así su destino con mi odio... Mi padre nos había dejado, además de una flota pesquera, unas tierras que arrendábamos a colonos. Yo ayudaba a mi madre en la administración. Todos los días, a escondidas, le hurtaba el salario: un sestercio. Reuní cuarenta y nueve sestercios, que eran los duelos de mi padre, y me fui a ver a un filisteo que tenía fama de matón. La gente le huía. Se llamaba Daván y no vi hombre más tierno y bondadoso que él. Le compré la vida del centurión. Daván accedió. Y alzándome con sus vigorosos brazos me dijo: «¡Tú serás grande, Benasur!». Daván era hombre decidido y su brazo, vigoroso. No tuve que mostrarme impaciente: al amanecer del quinto día el centurión apareció muerto frente a una taberna. Nadie sospechó de Daván. Fui a verlo a su casa y le pedí: «Muéstrame tu brazo desnudo». Y yo se lo besé allí donde sobresalían sus venas. Y le dije: «Bendito seas tú, Daván, y bendito tu brazo, que tiene la fortaleza del Señor». Desde entonces creció mi

ambición: encontrar un Daván gigante, de multiplicados brazos vigorosos, capaz de matar a Roma.

Benasur se quedó mirando inquisitivamente a Siró Josef. Éste bajó la cabeza y murmuró:

—Quizá tengas razón. En todo caso, yo debo confesarte que para proseguir esta aventura, que parece ser el móvil de tu vida, no me siento con fuerzas. Mi alma no está impregnada de tu odio. Pero yo soy desde la mocedad tu amigo, y no podré nunca negarte el tributo que me pidas de acuerdo con el compromiso de nuestra mocedad. Si haces la guerra a Roma, yo estaré contigo, Benasur. Pero óyelo bien: igual que me negué a seguirte cuando lo de Tacfarinas, me negaré a toda empresa del mismo cariz que no sea una guerra directa contra Roma. No quiero exponerme sin la satisfacción de empeñarme en una causa grande, aunque no sea justa. Si tú necesitas reunir un capital para organizar el más gigantesco ejército, cuenta con mi oro y con mis naves. Yo quiero que me llames para algo más concreto que instituir un reino. ¿Por qué no buscas mejor un reino establecido?

—Supongo que te satisfará el reino de los garamantas.

—¿No lo crees muy alejado de Roma? —repuso Siró Josef.

—Es una lejanía aparente y que nos beneficia. Piensa en lo mismo que yo he pensado, Siró Josef: Corduba y Carthago Nova nos darán los metales. Las herrerías de Onoba, las armas. Nuestros barcos llevarán esas armas a Mauritania. De allí, por el desierto, las conduciremos a Garama. Reclutaremos númidas, púnicos, mauros, leptinos, garamantas, etíopes. Tendremos instructores romanos, renegados, para que los adiestren. Cuando hayamos armado a quinientos mil hombres, ¿qué importará la lejanía? En tres jornadas nos pondremos en contacto con las guarniciones romanas. En todo el norte de África no hay más de tres legiones. Nuestro ejército, en una marcha triunfal, arrojará al mar a los romanos, sin detenerse un solo minuto. Tendremos veinte mil carros de guerra. Entonces nuestras naves bloquearán a Roma. Y en ese momento diversos agentes harán que estallen rebeliones en las provincias... No sabemos dónde surgirá el caudillo. ¡Qué importa que los galos o los germanos o los hispanienses se nos adelanten y tomen Roma!

Nosotros, en posesión del mar, con el mayor ejército listo para el asalto, impondremos las condiciones de paz. Y tenlo bien seguro, Siró Josef: en el trono del nuevo imperio pondremos un judío. Pero esto ya no me importa tanto. Concedo que sea un semita. Lo que yo quiero es morirme viendo a Roma humillada...

—Oyéndote, Benasur, es difícil encontrar argumentos que oponer. Yo te ayudaré y así lo hará Sarkamón. Tú tienes la seguridad de que se sumarán a tu idea Aristo Abramos y Jos Hiram. Quizá también Celso Salomón. Es importante contar con la adhesión de Alan Kashemir, que tiene el dominio de las rutas del desierto. No hay que omitir atraernos...

Siró Josef siguió dando nombres. Los nombres de las personas semitas más poderosas del Mar Interior. Pero Benasur ya no le escuchaba. Como solía ocurrirle, después de subir a la cima, después de volar como águila, caía a ras de tierra dando pábulo a sus pequeñas pasiones, a sus menudos odios y rencores. En ese momento se acordaba del banquero Joamín. Desde que supo su deslealtad no había dejado de rumiar la venganza. Así que cuando Siró Josef calló, dijo:

—Todo lo que has dicho es muy justo, Siró Josef. Y digno de ser tenido en cuenta a su tiempo; pero ahora, dime, ¿negocia contigo Joamín, el banquero de Jerusalén?

—No. Mientras tuvo participaciones en mis flotas, teníamos alguna relación...

—¿No tienes ningún crédito de él?

—No.

—¿Quién lo respalda?

—Supongo que nuestro amigo Sarkamón. ¿Por qué?

—Sé que está en situación difícil y quisiera ayudarle —insinuó el navarca.

Siró Josef no creyó a Benasur. Estaba enterado de lo de las participaciones. Sabía que Benasur había estado en un tris de perder el dominio de la compañía. Benasur buscaba vengarse de Joamín. En ese momento, Siró Josef, que conocía a Benasur, no hubiera apostado ni un cobre por Joamín. Si tanto era el interés de Benasur por el banquero jerosolimitano, éste estaba perdido. Siró Josef no

tenía ningún aprecio por Joamín. Por eso, informó del modo más astuto a su amigo:

—Si quieres ayudar a Joamín, tendrás que librarlo de las garras de Sabás, el banquero de Jericó. Creo haber oído que Sabás ata corto a Joamín.

Capítulo 5

Dos banqueros gaditanos

Massamé seguía con su Banca en la parte más sórdida de Gades, al final de los muelles semitas, bajo las murallas que bordeaban la vieja necrópolis. El establecimiento no había cambiado nada. Era una sucesión de galeras, oscuras, polvorientas, donde se hacinaban fardos y cajas de toda clase de mercancía, mucha de la cual estaba depositada en pignoración. Los estibadores entraban y salían por aquellas galeras mezclándose con los hombres de negocios y los rentistas que tenían relaciones con la Banca. Éstos se acodaban en un largo mostrador de vieja madera, donde eran atendidos por los empleados de Massamé.

Benasur fue conducido hasta el escritorio del banquero. La casa tenía más de trescientos años de fundada y siempre había salido con bien de las diversas mudanzas políticas sufridas por la ciudad. El navarca se llevó el pomo de perfume a las fosas nasales y aspiró profundamente para contrarrestar el mal olor de tanta y tan varia mercancía. Probablemente mucha de ella, que no había podido ser retirada a tiempo, estaba ya en estado de putrefacción.

En los estantes del escritorio Benasur vio antiguas tablillas de arcilla y de cera, rollos de papiro. Toda una contabilidad y documentación de siglos que Massamé conservaba como testimonio acreditador del añejo prestigio de su Banca.

—¡Cuánto bueno por mi casa! —exclamó el banquero, al mismo tiempo que con la mano sacudía una silla cubierta de un raído damasco para que se sentase Benasur—. Estás más rozagante que nunca. Se nota que los atentados te sientan bien. Ha sido muy oportuno que atentasen contra tu vida y que se llevasen la del

presidente del Senado, que sólo era listo para decretar impuestos... Te ha dado mucha más importancia. Te has hecho tan respetable como una persona honesta, hijo mío...

Massamé se mostraba satisfecho de la presencia de Benasur. Sobre todo por una visita tan inmediata a su llegada a la ciudad. Se sobó las manos en la túnica mugrienta y dijo:

—Pues tú dirás, tú dirás, hijo mío...

—Nada de particular... Quise cerciorarme de si mi viejo amigo Massamé continuaba tan próspero y campante como siempre...

—¡Ya, ya! ¡Próspero, próspero! ¡Qué vale mi prosperidad al lado de la tuya! Cuento en cobres, hijo mío, lo que tú cuentas en oro...

—De oro se trata, Massamé... Tengo que depositar cinco millones de áureos y me dije ¿quién mejor que Massamé para guardar mi dinero?

—¿Sí? ¡No me digas! ¿Y qué más, dime, y qué más, hijo mío? Habla, que Massamé te escucha...

—Pues nada más, querido paisano. Pero si el manejo de cinco millones oro perturba tus negocios, me voy con Bacó... o con Tito Limo...

Massamé se cruzó las manos santamente y mirando a Benasur con expresión angélica mordió con terrible ironía unas palabras:

—¿Con Tito Limo has dicho, hijo mío? ¿Por qué con Tito Limo? Aquí también publican las noticias en las tablillas del foro Balbo y nos enteramos de lo que pasa en el mundo. Tú serás más astuto, pero yo soy más viejo...

Lo dijo en un tono que Benasur creyó ver sobre las espaldas de Massamé todo el peso de los trescientos años de la casa. Y toda la mugre. Probablemente el viejo Massamé atesoraba los daricos leonados que habían desaparecido de la circulación desde hacía muchos, muchísimos años.

—Lo único que me importa es saber qué interés pagas sobre el oro...

—¿Interés? ¡Estás bueno, estás bueno!... ¿Quién es el banquero que se atreve en estos tiempos calamitosos a guardar oro? ¡Menuda responsabilidad! ¡Y encima interés! Estás bueno, hijo mío...

—Bacó da el dos y medio por ciento, según me ha dicho Havila...

—¡Havila! ¡Menudo hablador! Dile a Havila que yo le regalo otro tanto de lo que exceda al uno y medio por ciento que da Bacó...

—Yo me conformaría con menos, siempre que mi viejo amigo Massamé accediera a guardar mi oro...

—¿A cambio de qué, Benasur?

—A cambio de nada... En fin, si tienes créditos, ciertos créditos, me encantaría comprártelos...

El banquero se acercó a Benasur para mirarle de cerca. Después, echándole su apestoso aliento, dijo:

—¡Ya! Ya salió la palomita... ¡Y vaya palomita! ¿Y cuánto pagarías, magnífico zorro?

Benasur no se molestó. Conocía el lenguaje de Massamé.

—Un cinco por ciento... ¿Suben a mucho los créditos?

—Yo tuve una cuenta de crédito con los équites que oscilaba siempre alrededor de los doce millones de sestercios. En el invierno, por eso de que las flotas paran, subía a quince, nunca más de dieciséis millones... Pero ahora las cosas se pusieron difíciles. Sí, muy difíciles. ¡Para qué te cuento a ti, hijo mío, para qué te cuento!... Y uno es débil. Y claro, el prestigio de la casa... En dos meses los créditos aumentaron a veintidós millones... Le pasé quince a Bacó y me quedé con siete. Si los quieres trato hecho, Benasur. Tú eres joven y tienes humor para los negocios. Yo voy para abajo. Y la hija que tengo, que era todo para mí, sabrás que me salió puta... ¿Qué quieres que haga sino pasarte esos créditos por tan mezquino interés? No creas que todo son viñedos y tierras, ¿eh? Todavía quedan cosas donde echar mano: una industria conservera, un importante molino de aceite y una pequeña flota fluvial... Esos siete millones con ánimo y sin entrañas, como a ti te faltan, se convertirán en cincuenta. Pero, como te digo, yo no tengo humor...

—¡Qué pena! —comentó Benasur.

—¿Qué cosa te produce pena, hijo mío?

—¡Hombre, lo de tu hija!

—¡Ah, lo de Deborina! Sí, es muy penoso para mi noble ancianidad. Sobre todo para el prestigio de la casa, fundada por Massamé el Avaro hace trescientos años... Dicen que la han visto por tierras tarraconenses y en Toletum...; mas, para mí, como si

hubiera muerto. Yo preferiría que anduviese por Hispalis o por Malaca, ciudades donde las putas se manejan mejor. ¡Pero es tan necia...!

—Dime, Massamé, ¿qué otro banquero tiene créditos de los équites?

—Bacó...

—¿Tito Limo no?

—No. En fin, si tiene dos millones será mucho... La sucursal de Tito Limo se hundió con la caída de los navieros romanos. Al principio de la alarma, la sucursal de Limo distribuyó unos ocho o diez millones que en seguida pasó a Bacó. Bacó debe de tener unos cuarenta millones de créditos. Toda la riqueza de la ciudad... Mucho dinero necesitas traer para levantar la economía de Gades y cicatrizar heridas, Benasur... No te fíes de Bacó. Bacó quiere quedarse con la ciudad y no soltará un crédito.

—Otro asunto antes de irme. ¿Cuántos daricos leonados tienes atesorados?

Massamé sumió la cabeza entre los hombros en un ademán de humildad. Después refunfuñó:

—¡Daricos, daricos! ¡Mira que eres curioso, hijo mío! En mis tiempos los hombres eran más prudentes. ¡Daricos! ¿Tú crees que en un negocio tan modesto como el mío se puede ahorrar oro antiguo? ¿Qué cifra quieres que te dé?

—La que más satisfaga tu vanidad.

—Yo no tengo vanidad, hijo mío. Si Deborina se hubiera ido a Hispalis, este noble anciano podría presumir de tener una hija puta en una ciudad próspera, ¡pero en Toletum...! ¿Tú sabes que en Toletum viven los semitas más avaros que parió madre de Sem? Bien... ¿Te congratula saber que este noble anciano no tiene más de ocho mil daricos atesorados?

—¿Ochenta mil has dicho, u ochocientos mil?

—¡Qué zorro eres, hijo mío! Hace cuatro años le pasé cien mil a Bacó. Tú sabes que Bacó tiene mucha clientela entre los turdetanos y lusitanos. Ésos no venden ni elaboran nada si no es a cambio de daricos. Bacó ha de tener algunos millones. Si te digo cuatro, quizá

exagere, pero no quiero quedarme corto... Bien, ¿cuántos necesitas? Te doy todos los que tengo si me los pagas bien...

—¿Qué es pagar bien?

—A la par con el áureo más... un sestercio.

Massamé creyó haber sido oportuno. Y se quedó mirando a Benasur con su boca desdentada y sus ojillos alegres. Eran los ojillos los que reían.

—¿Cuántos tienes?

—Para ti, a quien amo sobre todos los hermanos, a quien quiero y trato con la generosidad de un hijo, te diré la verdad: quinientos mil daricos.

—Tendría que darte quinientos mil sestercios de prima. Y es mucho dinero. Sé que Bacó me los dará a la par y quizá con premio... ¿Dices que Bacó te ha comprado los créditos de los équites?

—Sí, hijo mío.

—Me has dado una gran idea.

Y Benasur sacó de la bolsa una moneda de oro que dejó en la mesa.

—Es tuya. Te la mereces, Massamé.

El viejo tendió la mano con avaricia, y con un placer especial se quedó mirando la moneda. Ahora sus ojos no reían, ahora parecían salírsele de las órbitas de tan atenta y codiciosa como era su mirada.

—No, no es falsa. —Y alzando la vista—: ¡Qué magnánimo eres con este pobre anciano, hijo mío!

Ya salía Benasur cuando le alcanzó el banquero:

—Oye, hijo mío. Si por casualidad vas a Toletum, busca a mi hija y convéncela que se vaya a Hispalis. Allí ganaría más dinero.

El banquero Bacó tenía su establecimiento en la principal arteria de Gades: en la vía Balbo el Mayor, en un edificio frente al templo de Astarté, haciendo esquina con la vía Iber. No había gaditano que, por lo menos una vez al día, no pasara por esa esquina.

A la hora en que Benasur se dirigió al Banco, la vía rebosaba de gente elegante. Las sombrillas con encajes y puños de marfil menudeaban. Abundaban también los abanicos cortos de las mujeres y los grandes de pluma de los señores. Era un grato

espectáculo para Benasur ver a toda aquella concurrencia pasearse en coches y literas. Los edictos restrictivos sobre el lujo que emitieron Augusto y Tiberio no llegaron a lesionar ni a restringir el gusto por el boato de los gaditanos, porque Gades se desentendió de tales prohibiciones acogiéndose a su soberanía de ciudad confederada. Las mujeres exhibían sutilísimos velos. La costumbre gaditana obligaba a llevar cubierto el rostro, pero los velos eran tan finos que, aparte de no ocultar ninguna gracia femenina, la aumentaban con el color que reflejaban en el cutis. Y así se veían caras encendidas como las cerezas; pálidas como la plata, y verdosas y ocres como las algas.

Iban ricamente alhajadas. De las orejas, de la garganta, de los brazos pendían collares, pinjantes, ajorcas, pulseras. Las proscripciones de Augusto habían influido tan rigurosamente en la sociedad romana, que en la Urbe se veía como cosa de mal gusto las joyas, y sólo en ciertas ceremonias, en las funciones de teatro, se admitía un discreto aderezo. En Gades, como en Tiro, como en Alejandría y la misma Jerusalén, eran ornato obligado de la mujer. Y cuanto más abundantes y caras mejor hablaban de la calidad de la persona. Este gusto por las alhajas había creado su costumbre y sus fenómenos. No pocas veces las joyas eran el índice y la publicidad de la situación privada de ciertas familias. Pues si por necesidades perentorias, bien fueran temporales o permanentes, una familia veíase obligada a vender o pignorar sus alhajas, en el último caso los familiares del prestamista tenían derecho a exhibirlas y a disfrutarlas en usufructo durante el tiempo de la pignoración. Pero si las vendían, las mujeres de las familias afectadas dejaban de pasearse durante la mala época por la vía Balbo y por el paseo de coches que se celebraba los sábados en la calzada de Heraklés.

Las cortesanas no pedían a sus protectores las joyas de tal orfebre o tal aurífice, sino las de las familias fulano o zutano, que tenía en venta determinado prestamista. Pues lo «psique» —como se decía en Roma— era exhibir una alhaja que tuviese historial de noble casa, ya que la adquirente creía así recibir, con la prenda, si no todo, una parte del prestigio de su anterior propietaria. Cuando uno de los Balbos, mala cabeza, vendió las joyas de su madre, prima de Balbo

el Menor, un collar de perlas que no valdría más de veinte mil sestercios fue comprado por un traficante en treinta mil y vendido a Gaspia, la famosa cortesana, que pagó por él ochenta mil. El hecho de poseer tal collar capitalizó muy substanciosas ganancias a Gaspia, que, a sus muchos encantos y a su litera romana del fabricante Filo Casto, agregó el de exhibir el collar de los Balbos, cuyo sello aparecía labrado en el broche.

A Benasur le gustaba Gades por una señalada semejanza que le encontraba con Tiro, y, sobre todo, porque en Gades, casi aislada en el mar, no se veían las influencias presionantes del agro, como en Roma y en Siracusa, ni del desierto como en Alejandría. Gades era ciudad, urbe por los cuatro costados. El reducido perímetro en que estaba fincada y la numerosa población que la habitaba, obligó a levantar casas altas. Sólo en la parte de La Antigua —que paradójicamente era la parte moderna—, en la zona sur de la necrópolis, podían verse casas a semejanza de las domos romanas.

El banquero Rugís Bacó recibió en seguida a Benasur, si bien no se mostró afectuoso en el saludo. El navarca fue derecho al tema:

—No creo que hayamos tenido negocios. Hace años te pedí un préstamo de dos millones de sestercios que me negaste. Después comprendí que eras un hombre inteligente, pues la garantía que te ofrecía no era nada sólida...

Bacó se encontraba repantigado en una silla tan cómoda y ornamentada que semejaba curul de basílica. Separaba a los dos hombres una gran mesa cubierta de mosaico. A la derecha, un montón de papeles; a la izquierda, una bandeja de plata con un racimo de uvas. Detrás, en una estantería, al centro de los casilleros que contenían rollos de papel, libros de contabilidad y documentos, una estatuilla de Mercurio en terracota, con el casco, el caduceo y las sandalias de oro.

Era un elegante despacho. Benasur así lo reconocía. Lo que más le gustaba era el mapa que decoraba una de las paredes y en el que se veían los litorales mauritano, hispaniense y galo con unos puntos de púrpura que indicaban las ciudades donde Bacó tenía abierto establecimiento bancario. Benasur pensó que si él hiciese un mapa de sus oficinas e instalaciones portuarias, de sus agentes

comerciales y bancarios, necesitaría el cuádruplo de espacio que el destinado al de Bacó.

Sí, era un elegante despacho; tan elegante como despectiva la actitud de su propietario. Bacó se mostraba tan fatuo y presuntuoso que no podía disimular el profundo desprecio que le inspiraba el navarca judío.

—No recuerdo, Benasur —dijo evasivamente Bacó llevándose una uva a la boca.

—Cosa que demuestra que además de inteligente eres prudente. Es bueno olvidarse de las negativas que damos, Bacó. En fin, ahora no se trata de préstamo... Concretamente: traigo cinco millones oro y deseo guardarlos en tu Banca si me conviene el interés.

Bacó no se entusiasmó y echando de un salivazo el pellejo de la uva, dijo:

—¿A plazo fijo?

—No mayor de tres meses. Después, en cuenta libre...

—En esas condiciones, el medio por ciento...

—¡Imposible! Massamé me ofrece el dos...

—Es muy buena oferta, acéptala —contestó rotundo Bacó.

—Seguiré tu consejo —murmuró Benasur. Y en seguida—: Otro asunto: quiero comprar en cantidad ilimitada daricos leonados... ¿Cuántos y a cómo?

—Dispongo de cinco millones doscientos mil. En un año podría procurarte hasta siete millones... Todos los daricos que están en Banca, Benasur. Precio: un denario oro y tres ases...

—¡Imposible! Sólo podría pagarte medio as de prima...

—Lo siento. No hacemos negocio... —comentó Bacó.

—Tercer punto: me interesa comprar todos los créditos équites. ¿A cuánto ascienden?

Bacó arrancó otra uva del racimo y se la tiró a la boca. Con excelente puntería. De un cajón sacó una carpeta de cuero y extrajo de ella un papel. Le echó un vistazo. Después dijo:

—Ascienden a cuarenta y siete millones de sestercios, Benasur. Representan una riqueza de trescientos millones. Todas las fortunas de los équites están pignoradas. Han perdido los valores navieros y las minas y se han visto obligados a empeñar otros bienes para

mantener a flote las escasas industrias que les quedan. Lo sabes tú mejor que yo. No te oculto mis simpatías hacia los équites. Por tanto, a pesar de esas simpatías, yo, que soy sensible a una buena oferta, te ofrezco los créditos por quinientos millones. Si quieres quedarte dueño absoluto de la riqueza de Gades, tendrás que pagarme quinientos millones.

¡Quinientos millones por unas propiedades por las que Bacó no había pagado más de cuarenta y siete! Eran muchos millones. Decididamente, el banquero no quería hacer negocio con Benasur. No sólo eso: sin disimulo le daba a entender la aversión que le tenía. El navarca contestó:

—Tampoco hacemos negocio en este capítulo. Lo siento. Pensé que tú y yo pudiéramos asociarnos. Corren tiempos malos, Bacó. Y no creo que hagas bien en rechazar mis ofertas, que son justas. Yo no te daría más de cincuenta millones por los créditos. Es la décima parte de lo que tú quieres... ¿Lo has pensado bien, Bacó?

El banquero no contestó. Se limitó a sonreír con un gesto de manifiesta antipatía.

Benasur cogió una uva y la contempló en sus dedos.

—Bonito color. ¿Es bética?

—Sí; me las traen de la campiña de Hispalis.

—Buenos productos hay en Hispalis...

Bacó se puso a examinar unos papeles. Comoquiera que Benasur no se levantaba, dijo:

—Si no tienes otro asunto que tratar, te ruego que me dejes. Mi tiempo vale dinero...

—¿Acaso crees que el mío transcurre gratis, Bacó? —Y mirándole fijamente y con una extraña entonación, agregó—: Desde que entré te estoy cobrando un millón de sestercios por minuto. Comprenderás por qué no tengo prisa.

Bacó miró sin comprender a Benasur. Pareció desconcertado, pero en seguida repuso:

—No tengo humor ni tiempo para oír impertinencias. Debes comprender que si te di precios tan altos es porque no quiero negocios contigo, Benasur. ¿Está claro?

—Tan claro que no necesitabas decírmelo, Rugís Bacó. En seguida me di cuenta de tu desprecio. Sólo un romano puede permitirse el lujo del desprecio. A nosotros, los judíos, cuando queremos despreciar a alguien nos cuesta muy caro. Pero nadie nos impide odiar. El odio se oculta, el desprecio, no; sale a flor de labio, como el tuyo... ¡No te impacientes, Bacó! ¿No me ves a mí, tan sumiso? Los judíos somos resignadamente sumisos. Comprendo que te saque de quicio, pero yo te estoy cobrando un millón por minuto. ¿O eres tan obcecado que me echarías de tu casa sin antes haberme oído un informe de amigo? ¿Sabes lo que le ha pasado esta noche a Justo Casio, a Fabiato, a Shapher y a tantos otros distinguidos varones?

—Esos arrestos son una arbitrariedad del prefecto.

—Eso crees tú. ¿Sabes, Bacó, que soy socio del césar Tiberio? No te pongas pálido. Tómate otra uva. Comprendo que tú ignores estas cosas que no te incumben; pero yo, por una irreprimible curiosidad, me entero de las cosas de los demás. Debes saber que el atentado contra Benasur, amparado con el manípulo del César, es delito de majestad. A mí no me gusta darme importancia y he tratado de persuadir al prefecto de que no extreme las cosas. Pero Sabino Acio es hombre muy versado en derecho y estima que el atentado es delito de majestad. Shapher, tan poderoso y tan amigo tuyo, Casio y otros han confesado su crimen y han denunciado al prefecto no sólo a los comprometidos en la ejecución, sino a los que simpatizaban con ella... Habrá muchos arrestos. ¡Cómo disuadir al prefecto de que no cumpla con su deber! En Roma, cuando esto sucede y los pretorianos llaman a la puerta del acusado, éste bebe un vino emponzoñado o se abre las venas. Recurren a tal expediente anticipándose al proceso, cosa que les permite testar a favor del César una parte de su fortuna, librándose así de la confiscación total de sus bienes... Tú, Bacó, en el caso remoto de que seas acusado, no tendrás que llegar a tales extremos. Supongo que un Rugís Bacó tiene amigos poderosos que intercedan a su favor cerca del César.

Benasur se puso en pie. Cogió otra uva, que se llevó a la boca, y dijo:

—Es todo, Bacó. Que los dioses te asistan. Siento que no hayamos llegado a un acuerdo.

Capítulo 6

Paseo por la ciudad

Benasur quería ver al prefecto por la noche, y como después de cenar aún era de día invitó a Mileto a que le acompañase a dar un paseo.

Salieron de la casa y tomaron el coche. Se dirigieron, custodiados por la guardia, a la vía Balbo el Mayor.

—No ha llegado, como esperaba, carta de Raquel. ¿Le has contestado a la última que recibimos en Siracusa? —le preguntó a Mileto.

—Sí, Benasur.

—¿En qué tono?

—En el que daba pie su propia carta —repuso el griego.

—Malo. Raquel pasa por un período de confusión espiritual. Y no está bien que crea que yo estoy de acuerdo con sus ideas. No la entiendo. Sospecho que da oídos a uno de esos falsos profetas que con tanta frecuencia surgen en mi tierra. Se dedican a proferir denuestos contra todo ser viviente, y sólo aplacan sus iras de mercader cuando les das unas monedas. Una mujer no debe pensar, Mileto. Y a Raquel le ha dado la manía de pensar. Y tú, que te desvives por lo mismo, debes de haberla trastornado más... ¿Qué le decías en tu carta?

—Ya no recuerdo, Benasur...

—Probablemente la adulabas. Está bien la lisonja, pero sin exceso. Raquel sabe que la quiero, y no hay por qué estar repitiéndoselo siempre. ¿Sabes qué clase de mujer es Raquel? Es de esas mujeres que nunca se entregan por completo. Siempre guarda o esconde algo. Yo he hecho lo propio, pues si no habría jugado conmigo.

Tiene una gracia especial para decir las cosas, pero es mucho mayor su astucia para mantener en secreto las que se calla. Ni cuando se desnuda es ella toda. La piel misma le sirve como de un velo de ocultación... ¡Es su encanto, Mileto! Tú no conoces el desierto. El desierto no es más que lo que ven tus ojos, porque por mucho que andes siempre verás lo mismo. Y llega un momento en que te adentras en tierra verde y has dejado de estar en el desierto. Se te va sin darte cuenta. Pues bien, cuando estás en él, siendo el mismo siempre, es distinto. Hay dos cosas que cambian la fisonomía del desierto: el viento y la luz. Estos dos elementos modelan segundo a segundo la superficie del desierto: cambian las dunas, cambian las sombras. ¡Y es la misma arena! Así es Raquel. Siempre la misma, pero siempre distinta. Porque el espíritu que hace en su persona las veces del viento cambia a cada momento su fisonomía. Cambia el latido. Algo está en continua mudanza en el alma de Raquel. Y nunca he creído poseerla del todo, porque siempre en lo que se da hay una merma. Como si se reservase en algo que a ella sólo pertenece, en algo que fuera para mí intocable... A este misterio, a este enigma que es el alma de Raquel, agrégale las perfecciones físicas de su cuerpo; su reír, que atrae a los pájaros; su voz, que equivoca el susurro de la brisa; su mirada, con los brillos húmedos del lago de Genesaret, y te darás idea aproximadamente de quién es Raquel. Sólo aproximada, Mileto. Porque no puedes olvidar que Raquel fue sacerdotisa acólita de Astarté en el templo de Sidón... Y ha aprendido todas las contenciones que exige la virtud. Y su cuerpo se ha amoldado a la gracia de los gestos y ademanes rituales. Cuando Raquel mueve una mano, tú sabes cómo va a terminar aquel movimiento pleno de ritmo. Lo que ignoras, lo que nunca revelará es qué intención, qué secreto deseo dio origen a ese movimiento. A veces he sentido su mano...

Mileto dejó de escuchar a Benasur. Por primera vez sintió una sensación de desasosiego al oír en labios del navarca el conocido nombre de Raquel. Tanto le había hablado Benasur de Raquel, que se sabía de memoria las posibles gracias de la joven judía. Y algunas más. Algunas que él se había imaginado por deducción que sacaba de la lectura de las cartas. Y le molestaba pensar que Raquel

estuviese tan dócilmente subordinada a Benasur. Le parecía irritante, injusto, que mujeres de la clase de Raquel cedieran al halago de un hombre como Benasur, que sólo se acordaba de las mujeres cuando sentía la llamada de la carne o cuando los negocios le dejaban ocioso el pensamiento. La misma Zintia, según se iba despertando en su sensibilidad, en su conocimiento del mundo, aumentaba su adhesión entrañable, su amor hacia Benasur.

¿Por qué? ¿Sólo y exclusivamente por sus riquezas? No. Mileto no era tan ciego para dejar de comprender que el factor dinero no jugaba de modo decisivo en mujeres como Zintia ni como Raquel. Ni aun, a pesar de su egoísmo, como Helena, la esposa de Dam. No era el dinero ni una despegada generosidad que el navarca pudiera tener hacia las mujeres. Era algo, otra cosa, un encanto especial que ellas encontraban en Benasur. Quizá su propia indiferencia. Quizá su misma frialdad. El sentido calculador de la mujer debía encontrar fácil acomodo y gratas confrontaciones en el sentido calculador de Benasur.

La vía Balbo, que por la mañana era el paseo obligado de las familias aristocráticas de la ciudad, al atardecer, entre las dos luces de la noche próxima, adquiría otro aspecto. Ya no eran los mercaderes los que llenaban sus calles con la algarabía de los pregones, obstaculizando el libre tránsito con sus bestias, cargadas de mercancía. Los bazares, a su vez, retiraban las muestras exhibidas durante el día en la calle. Ahora la circulación era menos densa y casi todos los coches, literas y sillas de ruedas eran ocupados por las cortesanas. La vía Balbo se convertía a esas horas en la feria de la carne, de los vicios. Lesbianas y pederastas, rivalizando en el lujo del atuendo que no les pertenecía, anunciaban con miradas y actitudes provocativas las gracias puestas en venta. Mimos, histriones, gladiadores, corredores, púgiles en tránsito, que venían de Italia para hacer la temporada estival en la apacible Bética, competían en vanidad y fanfarronería.

Por un momento, Mileto sintiose halagado, pues no sólo las cortesanas, sino algún homosexual —que ocultaba los ojos con más celo que lo hacían las mujeres, con más brillos de oro en los brazos y pies que las doncellas gaditanas—, lo distinguían con su mejor

sonrisa. En Gades no le ocurría como en Roma que, cuando paseaban juntos, todas las miradas iban hacia Benasur. Entonces su indumentaria, y como consecuencia su persona, no pasaban de ser las mismas de la pluralidad de los miles y miles de griegos que pululaban por la Urbe, denunciando su profesión de pedagogos, de escribas, de auxiliares de cualquier gran señor. Ahora Mileto, él mismo lo reconocía, no era aquel pobre hombre gris, sin gallardía en el cuerpo ni distinción en la vestimenta. El trato con los grandes hombres del Imperio, con tipos tan elegantes y psiques como el joven Petronio, lo habían aficionado al refinamiento. Influyó en este cambio la toga romana. La toga le proporcionó cierto sentimiento de superioridad. Y en Siracusa, Mileto ya no tuvo reparo en ponerse al cuello una cadena de oro con tres camafeos ni adornarse la muñeca con un brazalete de jades labrados al gusto siciliano.

El griego reconocía que la atención que llamaba era en parte debida a la compañía de la escolta. Todo el mundo sabía quiénes eran y lo que significaban y hacían en Gades. Pero las sonrisas de las cortesanas y de los homosexuales, tan bellos como flores andróginas, iban dirigidas, con la incontenible, morbosa sinceridad del pecado, hacia ellos, a sus personas, independiente de su condición social.

Quizá Mileto había sentido el primer impulso de aderezarse, de atender a su pulcritud pensando en Raquel. Dada la elegancia, la belleza, la gracia de Raquel pensó en la conveniencia de no despertar en la joven indiferencia o antipatía por su aspecto personal. Y tomando por modelo a Benasur, procuró emularle en lo del vestir. No quería ser mal mirado por Raquel cuando se conocieran en la Pascua y desmerecer, por su influencia, ante los ojos de Benasur. Pues él, Mileto, no deseaba dejar a Benasur sino hasta una vez alcanzada la manumisión. Obtenida la libertad, su destino ya no le importaba. Seguía fiel a su primera idea de abrir una escuela en Alejandría, Siracusa o Roma. Hasta podía convertirse en un pedagogo del Palatino.

Al llegar al cruce con la calle Geryones, el coche tomó la vía Julio César. Los vehículos y el tránsito disminuyeron. Sin embargo, se veían más peatones que se paseaban. Muchas parejas de

enamorados o de amantes. Parejas furtivas, pobremente ataviadas, que denunciaban su condición de esclavos, siervos o libertos asalariados. A la derecha; quedaba el mar salpicado de puntitos de luz, con el sol oculto bajo el horizonte.

En la Ronda de Augusto, los dos viajeros no pudieron ocultar su asombro. A ambos lados del arroyo menudeaban las parejas, pero éstas francamente equívocas. Muchas buscaban la sombra de una estrecha calleja, otras la depresión de un montículo. Eran hombres y mujeres, en parejas del mismo sexo dedicadas a los arrebatos del beso. Parecía que aquello no contravenía los reglamentos edilicios, pues los soldados de la guardia no mostraban la más ligera extrañeza ante estas escenas.

—Ni entre las adoratrices de Safo, en Lesbos, se encontrarían tantas catecúmenas —comentó Mileto.

—Ésta es la simiente cananea dejada por los fenicios y púnicos, Mileto. Y debemos ordenar al auriga que retorne a la vía Balbo si no quieres ver el más desvergonzado espectáculo, al pie de las ruinas de la fortaleza. Ahí todo extravío encuentra acomodo...

—¡Vaya con los gaditanos! —exclamó el griego.

—No son tanto los gaditanos como los viciosos de todo el mundo, Mileto. Hay un dicho que circula entre los pederastas del Tíber y que dice: «Para corazón perdido, en Gades el olvido». Aquí vienen todos los corazones extraviados del mundo.

La inmoralidad debía de ser tanta que dos soldados se adelantaron al paso del coche para gritar más estentóreamente que lo hacían los aurigas en la calle de Tuscus de Roma, el consabido: «¡Paso, paso, al ilustre Benasur de Judea!».

—¡Qué lástima! —Se compungió cínicamente Mileto—. Los van a asustar.

No. Por mucha atención que puso Mileto, no pudo ver más que sombras confusas por el terraplén que daba al mar. Había ya oscurecido. Y cuando subían por una calleja desierta que conducía a la parte superior de la antigua fortaleza en que se hallaba el castro, una voz dulce y apasionada se escuchó:

—¡Benasur! ¡Soy yo, Dido de Zeraso!

Un joven se acercó al coche y comenzó a andar a su paso. ¿Dido de Zeraso?

¿Quién era Dido de Zeraso? Benasur y Mileto se quedaron mirando al individuo, que vestía un pobre atavío femenino. No lo reconocieron.

—¿Tú? ¿Quién eres tú y qué quieres? —inquirió Benasur.

—¿No os acordáis de mí? Soy Dido, vuestro compañero de viaje. El amante de Eutarpo el macedonio... Dido, el armenio del Regium.

—¡Ah, sí, Dido, el efebo del barco! —exclamó Mileto riendo—. ¿Y qué haces aquí?

—Eutarpo me traicionó. Encontró en Siracusa un histrión osco y perdió la cabeza...

¡Pobre Dido! Tan bajo había caído y en tan poco tiempo, que se les presentaba en Gades, en el barrio más descalificado de la ciudad. Empezó a contarles su breve pero accidentada historia. Y cuando llegaron al castro, Benasur se bajó dejándolo en compañía de Mileto.

El judío se dio cuenta de que la guardia había sido reforzada, no tanto por miedo a un levantamiento como por dar sensación de que se vivían horas graves, y justificar, en parte, las detenciones que se estaban haciendo.

Un decurión condujo al navarca ante la presencia de Sabino Acio. Éste explicó a Benasur que se habían hecho nuevos arrestos. No todos de conjurados. El prefecto también tenía detenidos a ciertos delatores. Hombres poco escrupulosos que, aprovechándose del atentado, veían una oportunidad de delatar a vecinos insospechables con el bastardo fin de obtener la prima de la confiscación. Aunque el recurso era arriesgado —pues de comprobarse la inocencia del acusado, el delator recibía el más severo castigo—, muchos ciudadanos no resistían a la tentación de la denuncia, ya que se trataba de una seductora oportunidad de hacerse fácilmente y sin esfuerzo de una fortuna.

En estos casos, las delaciones iban, como es natural, contra los cabezas de familia adinerados. Muchas de estas denuncias eran alentadas subrepticiamente por funcionarios y a veces por los mismos magistrados, pues del ánimo con que éstos acogieran la delación dependía el éxito de la misma. No era extraño, pues, que

ciudadanos de cierto prestigio social se asociaran a magistrados en el negocio de las delaciones. En Roma había sujetos que lograban redondear cuantiosas fortunas poniendo en práctica oficio tan vil. En la Urbe, los más amenazados de todos eran los procónsules y procuradores de vuelta de sus mandatos —bien cebados con la extorsión—, a quienes se les hacía juicio de residencia. En seguida, tomando como pretexto cualquier frase dicha tras una libación copiosa, o no dicha, pero atestiguada por un amigo, liberto o simplemente esclavo del denunciado, se tenía motivo suficiente para inventar todo el aparato de un delito de majestad.

Cuando Benasur oyó los nombres de los acusados, repuso al prefecto:

—No creo que sea abusivo dar oídos a todas las denuncias. Es cierto que un Rugís Bacó es un apetitoso bocado para cualquier malnacido. Pero no por ello debes ser tan ingenuo, Sabino Acio, que absuelvas de toda sospecha a Bacó.

El prefecto miró inquisitivamente a Benasur. Lo miró de un modo ladino: interrogando, pero sin declararse. Como si no quisiera entrar en pormenores de un asunto tan peliagudo. ¿Quién en esos momentos no pensaba en Bacó? Nada menos que en el transcurso de dos días habían caído sobre la Prefectura cinco delaciones. Sabino Acio las encontró tan disparatadas que prefirió ordenar el arresto de los delatores. Uno de ellos era el propietario de un edificio en la Ronda de Augusto, que probablemente tenía una hipoteca con Bacó. Otro denunciante era un centurión retirado, que apenas hacía un año había venido de Emérita a avecindarse en Gades. Los tres restantes, gentes sin ninguna significación.

A juicio del prefecto —y tras interrogar a los delatores—, ninguno de ellos tenía pruebas suficientes para hacer detener a Bacó. Además, Bacó significaba una fuerza poderosa no sólo en Gades. En Mauritania, en todas las Hispanias y en las Galias poseía agencias bancarias.

—¿Tienes alguna queja de Bacó? —preguntó el tribuno.

—La conjuración es cosa de los équites. No debes olvidar que Bacó es banquero de los équites. Si no hubiera sido por Bacó, el atentado no habría tenido efecto. Piensa que si los caballeros se

hallan tan levantados se debe a que han encontrado apoyo económico. Sé de buena tinta que Bacó les ha dado créditos por cerca de cincuenta millones. Si tú hicieras una investigación, verías que los créditos otorgados a dichos sujetos hasta hace unos meses no excedían de la mitad. ¿Para qué quieren esos créditos sino para provocar un estado de agitación que conduzca a un levantamiento? Yo no creo que el préstamo de esos millones a los équites esté exento de un propósito criminal... Tampoco olvido que un banco tiene libertad de operar. Un banco no está obligado a saber si el dinero que presta será utilizado criminalmente. Ni creo que deba llevarse la cosa con sumo rigor. Pero no estaría de más que Bacó supiese que el prefecto Sabino Acio no es un cándido. Que cumple con su deber y sabe atar cabos. Por lo menos pienso que debe dársele un susto... que le sirva de lección. Te advierto que yo sería el primero en abogar a favor de Bacó. Pero un susto..., un susto...

Y Benasur, declarándose al tribuno, le propuso brutalmente:

—¿Sabes, Sabino Acio, que puedes ganarte cien mil sestercios si le das un susto a Bacó?

—¿Tanto dinero por un susto, Benasur?

—Compréndeme, Acio. Yo soy el primer interesado en que no le pase nada grave a Bacó. Pero si tú lo mandas arrestar, le interrogas y le instruyes sumario, yo podré aparecer en el momento oportuno para abogar por él y rescatarlo. Ése es el susto que quiero para Bacó.

—Y a ti ¿qué te va en esto?

—¿A mí? Sé que Bacó me desprecia... Quiero tener un rasgo de amistad hacia él. Benasur dejó al prefecto. A la puerta del castro, Mileto estaba solo en el coche.

—¿Qué sucedió con Dido el armenio? No se te habrá ocurrido cometer abominación con él. Ha de estar minado con todos los males inconfesables.

—No. Para quitármelo de encima le di diez denarios... Me dio lástima. Me contó toda la historia. Es un homosexual, pero su historia, como la de todos los hombres, contiene mucho dolor, Benasur.

—¿Qué hace?

—¡Qué quieres que haga! Lloró recordando su tierra. Renuncia a la gloria del teatro con tal de volver a casa de sus padres. Si pudieras darle un pasaje para uno de tus barcos, harías una buena obra, Benasur.

—No, Mileto —opuso el navarca—. Tienes el corazón blando. Si quieres, le daré pasaje, mas lo descontaré de tu salario. Debes aprender que la filantropía llevada a la práctica cuesta dinero. ¿Qué dices?

—Descuéntame el pasaje del salario —contestó sin titubeos el griego.

—De verdad de verdad te digo, Mileto, que eres un buen hombre. —Ya no hablaron más del asunto sino hasta cuando entraron en la calzada Heraklés. Benasur comentó:

—Se ve que ese Dido lo ha perdido todo.

—No le queda ni un solo anillo en los dedos... —agregó el escriba.

Benasur miró la muñeca de Mileto. No tenía ya el brazalete de oro y piedras jade.

Comprendió. Y sólo dijo:

—Hasta para practicar la bondad, Mileto, hay que tener el corazón duro. ¿Por qué crees que Dido se merecía lo que has hecho por él? Ya no lo volverás a ver, sino para embarcarse...

—¿Y qué? ¡Qué importa, Benasur! Es una criatura. Tiene diecisiete años... No volverá a verme, cierto. Pero nunca olvidará que hubo un hombre que en Gades sintió lástima de su miseria. Que no le dio un consejo inútil ni le exigió un servicio inconfesable.

Entraron en la casa. Mileto se fue al cuarto de Zintia para enterarse de cómo seguía. Continuaba sin volver en sí. Benasur se dirigió al tablinum. Sobre una mesita había un pliego sellado. Lo abrió. Era la lista hecha por Siró Josef con los nombres de los jueces y funcionarios sobornables.

Capítulo 7

El terror

Durante los tres días siguientes ni Kim dejó de sacar del Aquilonia cajas conteniendo oro que iban, por orden de Benasur, a comprar conciencias o a quebrar voluntades, ni el tribuno Sabino Acio dejó de ordenar nuevas detenciones bajo el pretexto del atentado. Por lo demás, le era fácil al prefecto ceder a las exigencias de Benasur, ya que ninguno de los detenidos estaba libre de haberse expresado mal de Tiberio, ni de abrigar sentimientos subversivos.

El terror se extendió de tal modo que los mismos acusados —a veces sin la evidencia de la prueba— asumían una pasiva actitud de resignación. Las noticias que llegaban de Roma eran trágicas y deprimentes, y los acusados sentíanse víctimas de un sino adverso, de una fatalidad contra los cuales todo gesto o protesta, toda voz o intención resultaban infructuosas. Tiberio había recrudecido sus persecuciones. Sobre el Senado caían las denuncias del delito de majestad contra hombres que ayer parecían haber gozado de la confianza y de la liberalidad del César. No pocos protegidos o amigos de Livia Augusta, la madre del Emperador, sólo por el hecho de haberse mantenido adictos a la noble matrona, caían en desgracia. Tiberio, que había esperado toda una larga vida para hacer pública su repulsa filial, dio escape al rencor aumentado durante años de resentida impaciencia.

Nadie llegaba a pensar que lo que estaba sucediendo en Gades fuese cosa distinta de lo que acontecía en Roma. Muchas similitudes en los hechos: nombres de familias ilustres, de varones honorables y preclaros, de clara y limpia filiación en los órdenes ecuestre y senatorial eran sentenciados a las más duras penas. En Gades

ciertos personajes como Julio Afro, Celso Fabiato, Marco Balbo, Justo Casio, Lucio Pompeyo, Savio Coro, Marcio Livo se acogieron a la ciudadanía romana para comparecer en juicio ante el César. No lo hicieron cifrando esperanzas en el recurso, pues sabiendo como sabían los aires que corrían en la Urbe y que el César no se detenía a firmar sentencias de muerte, lo único que pretendían era alargar su vida y tener oportunidad de ser escuchados por la Curia romana.

Había algo que desconcertaba a los gaditanos y que venía a aliviarlos en su pesadumbre: en Roma las penas de muerte pedidas por Tiberio no iban sólo contra ciudadanos del Orden Ecuestre, sino también del Senatorial. Cosa que los animaba a pensar que Sejano, el primer ministro, seguía fuerte cerca del Emperador. Pero Benasur, que conocía en su intimidad cierto aspecto de la política romana, sabía que los senadores que caían en desgracia no eran los que representaban precisamente el poder senatorial, no eran los senadores del número como cínicamente los apodaba Marco Appiano, sino los de la palabra. No se trataba, pues, de una lucha entre el Orden Senatorial y el Orden Ecuestre, sino entre los grupos financieros de ambos poderes. Los senadores que caían en desgracia eran los que se oponían a la maniobra de los del número apoyando, así, indirecta y quizá involuntariamente, a los équites.

El pánico que estalló en Gades se extendió a toda Bética y a las poblaciones de la Cartaginense y la Lusitania, próximas o vecinas a Bética. Familias enteras, no ya de équites, sino de ciudadanos que habían tenido negocios o tratos con aquéllos, que habían participado en sus explotaciones mineras o agrícolas, abandonaron las ciudades. El pánico se propagó a Corduba, donde los cuestores comenzaban a enviar exhortos a distintas poblaciones, pidiendo investigación, comparecencia y a veces el arresto de ciudadanos.

Al octavo día, los autores materiales del atentado fueron empalados en la necrópolis púnica de la isla Afrodisia. Estas ejecuciones, que sumaron dieciséis, más nueve cadáveres encontrados al pie de la muralla con muestras de ser acribillados con lanzas legionarias, acabaron por aterrorizar a la población. Y ese mismo día se llegó a publicar un edicto multando con quinientos sestercios al vecino que mantuviese cerradas sus ventanas sin causa

justificada. Pues esta muestra de repulsa que hicieron a la llegada de Benasur unas cuantas familias gaditanas, pertenecientes al Orden Ecuestre, se extendió de tal modo a todo el vecindario que, considerándolo como la única seña de protesta que les era permisible, la ciudad de Gades, en la unanimidad de su barrio aristocrático, optó por cerrar sus casas. Y la vía Balbo, tan animada de costumbre, quedó desierta. En el Foro se veían grupos de curiosos en las primeras horas de la mañana de los días que se fijaban las noticias de Roma y de la ciudad.

El banquero Rugís Bacó, que fue detenido tal como lo había insinuado Benasur, se mantuvo al principio arrogante. Pero al ver pasar los días, sin que nadie, autoridad o amigo, acudiese en su ayuda, cayó en el desaliento.

Se había detenido a cincuenta y tres ciudadanos, de los cuales treinta y dos se declararon culpables del delito de conjura contra el Imperio, no obstante que Justo Casio, Tito Shapher y Julio Afro se confesaron autores únicos de la conspiración. Mas el prefecto Sabino Acio engrosaba el proceso siguiendo instrucciones de Benasur, que tenía especial interés en que se hiciera con escándalo a fin de saturar a Bética de terror.

Mientras Sabino Acio actuaba, Benasur no olvidaba sus asuntos; envió a su regidor Havila a que tomase posesión de las minas de mercurio de Sisapon. Lo mandó custodiado con cohorte. Hasta ese momento a Benasur no le interesaba el mercurio como metal en sí. La explotación y comercio del mismo, regulados muy estrechamente por Roma, no dejaban de ser un negocio como otro cualquiera, y sin duda no tan retributivo como su engorroso manejo merecía. Pero le interesaba el mercurio por sus propiedades naturales. El navarca pretendía establecer jornadas intensas en las demás explotaciones. A aquellos esclavos o asalariados que se mostrasen descuidados o poco esforzados los castigaría enviándolos a Sisapon. Sisapon tenía fama en el mundo entero de ser un infierno, y hasta los forzados a galeras no podían pensar en una tortura mayor a la del remo sino pensando en Sisapon. Benasur se creía obligado a establecer un régimen de terror en las minas a fin de poder hacerlas lo bastante

rentables para que le permitiesen sacar los beneficios ambicionados y pagar los subidos impuestos a que se había comprometido.

Pero Benasur no se cegaba. Sabía que todo tiene un límite a la resistencia. Sabía que las noticias de Bética trascendían a la Tarraconense y que de ésta llegaban a Roma. Mil patrañas o mil verdades difundían los équites damnificados, perseguidos, desterrados de su provincia de origen. Sabía también que el pueblo de Gades no soportaría por mucho tiempo esta inactividad, esta calma de muerte que la detención y el éxodo de sus principales industriales y mercaderes había provocado. Tenía, por tanto, que promover los negocios, continuar manteniendo vivas las fuentes de riqueza y trabajo. Y principalmente tenía que dar una rápida, una pronta sensación de bienestar y prosperidad. Mandó cartas a Siracusa, a Roma, a Alejandría pidiendo dinero y víveres. Pidió trigo, pues le tenía horror a que se declarase el hambre. Invitó a mercaderes e industriales mauritanos a que viniesen a hacerse cargo de los establecimientos que dejaban los ecuestres.

Mientras tanto, Osnabal, con el pretexto de visitar enfermos; Jonás, con el de conocer la colonia judía, y Kim, la púnica y fenicia, iban desparramando en forma de limosnas grandes cantidades de dinero. Benasur tuvo tratos con un grupo de almacenistas de víveres para que bajaran los precios, subvencionándolos con distintas regalías, entre ellas una baja substanciosa en los artículos orientales. Y para que las clases adineradas, no ecuestres, que aún quedaban en Gades, sintieran la primera brisa de prosperidad, pidió a Siracusa un fuerte cargamento de seda que pondría en el mercado a precio más bajo del que regía en plaza.

La inmediata reducción del precio en los artículos de consumo dio su resultado: se sintió cierto alivio, quizá artificial, que sacó a las gentes de sus casas. Mas el golpe certero lo dio el judío apoderándose de todas las joyas de los équites. Las retuvo en casa de los prestamistas a fin de que no salieran a la calle. Dada la sensibilidad gaditana, una tan gigantesca mudanza de alhajas hubiera denunciado mejor que ningún otro hecho la ruina que había caído sobre Gades. Y la vía Balbo, pulso de la ciudad, volvió a su alegre, frívola normalidad.

Si al recibir la noticia le hubieran preguntado a Benasur si sentía la muerte de Forpas, el oficial del Aquilonia, habría dicho como dijo: «¡Que el Señor dé cabida a su alma en el seno de Abraham!». Pero, en la intimidad del corazón, sentíase satisfecho. El cadáver de Forpas era la manifestación más evidente de su condición de víctima. Y venía a aliviarle de ciertos escrúpulos que a veces acudían a su mente al contar el número de caballeros sacrificados.

Pero lo que más complacía a Benasur era la oportunidad que le había ofrecido Forpas de asistir a su propio entierro. Pues Benasur, por muchas razones, enterró a Forpas con la solemnidad con que en Gades hubieran enterrado a un procónsul en ejercicio.

Para la población, el entierro de Forpas fue un espectáculo que vino a resarcirle de la sobriedad, casi de la clandestinidad con que se enterró a Cayo Pomo. Por otra parte, nunca un entierro romano tenía la brillantez, el aparato de un entierro fenicio. Y, sobre todo, al modo que lo preparó Benasur.

Mandó a Osnabal que embalsamase el cuerpo de Forpas, mientras venían treinta y seis plañideras de Onoba que, en Bética, tenían fama de saber llorar a los difuntos. Y cuando todos los detalles estuvieron listos, comenzó la ceremonia.

Mileto se quedó helado con el espectáculo. Por primera vez pensó en la posibilidad de la existencia de un demonio, de un espíritu malo que se hubiese posesionado de la persona de Benasur. No sabía si vitorearlo o maldecirlo. Kim, sin embargo, estaba tan emocionado que sus ojos parecían húmedos de lágrimas, más por el escondido regocijo que le proporcionaba aquel suntuoso funeral que por la pérdida de tan buen compañero. Akarkos permanecía neutral, con aquella su expresión vaga, huida, como si su mirada estuviera prendida en el horizonte del mar. El navarca focense, que parecía no participar de las actividades de Benasur, se dedicaba en los días de asueto a una serie de estudios y observaciones sobre el poderío naval de Roma; y no había puerto o ensenada de arribo donde no tomase nota de las naves de guerra o de vigilancia ancladas, así como de otros pormenores de la armada.

En una rica litera se trasladó el cuerpo de Forpas a tierra. El cadáver estaba sentado en la silla. Forpas parecía un dios. Vestido

con su traje de gala impecable, constelado el pecho de condecoraciones que Mileto no sabía de dónde había sacado Benasur, permanecía erguido en el asiento con un brazo en alto, cuya mano empuñaba un remo pintado de plata y púrpura. La litera era conducida a hombros de ocho remeros, los más atléticos, altos y proporcionados del Aquilonia. Iban desnudos, y a modo de ceñidor llevaban un ancho cíngulo de seda morada que en el centro caía en la entrepierna, ocultando las partes pudendas.

Abrió la comitiva una cohorte legionaria, seguida por la banda. Después Benasur, en traje de navarca fenicio, pero de luto, en color morado. A su derecha, llevaba al prefecto del castro Sabino Acio y a su izquierda al prefecto del puerto. Seguían Akarkos, con Osnabal y Kim a los lados. Detrás, Mileto, Siró Josef y Jonás, el ecónomo. Tras éstos, el pontífice de Astarté y tres sacerdotisas acólitas, tapadas con un tupido velo... Luego, tras un claro, las dos filas de las treinta y seis plañideras que avanzaban gimiendo y arañándose los pechos desnudos con horquillas de plata. En medio, imponente, majestuoso, llevando el remo como un cetro, el cadáver de Forpas. Osnabal había hecho un buen trabajo, pero precipitado, y no pudo evitar que uno de los párpados del oficial se bajara más que el otro en un simulacro casual de guiño. Lo más impresionante de todo era el dardo que había matado a Forpas. Osnabal lo había vuelto a colocar en su lugar y un tinte de heces de vino simulaba sobre la impecable blancura de la túnica la sangre de la herida. Osnabal había también pintado las mejillas y los labios del cadáver, a fin de que tuviera todo el fresco colorido de la vida. La música monocorde de la banda, el lujo de las vestimentas, las imprecaciones y lamentos de las plañideras, el canto litúrgico de las sacerdotisas de Astarté y luego la belleza del mozo, todo mezclado, hacía prorrumpir a las gaditanas en sollozos, y, bien untadas por el oro de Benasur, en blasfemias y maldiciones contra aquellos desaforados asesinos que habían cortado tan preclara vida en la flor de la juventud.

Seguían a las plañideras representaciones del gremio de estibadores, de carpinteros de ribera, de calafateadores, de tejedores de redes. Seguía una muchedumbre, pues toda la ciudad

se asociaba a tan espléndido espectáculo. Era una ocasión única para llorar a la víctima y para maldecir a los malvados asesinos.

El cortejo fúnebre se dirigió al templo de Dagón. Benasur le había comprado un traje nuevo al sacerdote, no sin antes hacerle prometer que no se emborracharía hasta terminada la ceremonia. El traje era espléndido y, como es natural, de seda. También el sacerdote lucía brazaletes y collares, que tanto complacían a los gaditanos. En el templo se le quitó el remo al cadáver y se ofreció a Dagón. Benasur en persona, asistido por el prefecto y el tribuno, rescató el remo con oro. Hizo que sonaran bien las monedas. Un rumor de admiración se extendió por la muchedumbre que esperaba a la puerta. Fue tanto el oro, que las mujeres lloraron aún más la irreparable pérdida.

Tras la ceremonia del rescate del remo, y de nuevo el cadáver con él en la mano, se dirigió la luctuosa comitiva al templo de Astarté. De las casas que días antes habían permanecido con las ventanas cerradas, llovieron las flores. Y fue al entrar en la vía Balbo, al ver la muchedumbre que se alineaba contra los muros de los edificios, cuando Mileto pensó que Benasur era un loco, pero un loco excepcional. Allí, en la vía Balbo, lugar de lujos y vanidades, la procesión complació tanto a las familias adineradas, que los vítores a Benasur menudearon. Y ya cerca del templo de Astarté cayó la primera plañidera presa de un ataque. Se revolvía en el suelo como una endemoniada. Las sacerdotisas acólitas se adelantaron para recibir al difunto. Según el rito, debían salir del templo a ofrecer simbólicamente su cuerpo al extraño viajero, pues de acuerdo con la erudita cita de Kim «se supone que en el corazón de todo hombre errabundo, pobre, extraño, puede alojarse un dios». Por estar muerto y ser célibe, a Forpas le cabía el privilegio de comprobar si las sacerdotisas de Astarté cumplían con el voto de entrega. Pero al igual que ocurrió en el templo de Dagón, Benasur tuvo que rescatar con oro el cuerpo de Forpas, que se suponía, siempre simbólicamente, en brazos de las sacerdotisas acólitas. El Pontífice, después de frases rituales y gesticulaciones, licenció al cadáver y la procesión cambió completamente de orden: en primer lugar, los ocho sayones de la necrópolis, seguidos por las plañideras y la litera

con el cadáver. Después de éstos, las personalidades del duelo y al final la banda y la cohorte romana.

Antes de que el cortejo llegase a la vía de Heraklés, cayeron al suelo ocho plañideras más, presas de un terrible dolor que llegaba al paroxismo. La mayoría de ellas iban de tal modo sangrando de los senos martirizados, que se dudaba que se mantuviesen en pie hasta el final de la ceremonia.

Cuando llegaron ante la cripta, dos lágrimas corrieron por las mejillas de Kim. Se adelantó el guardián de la necrópolis y recogió la prenda, el salario y las dos ánforas con el vino rojo y el vino dorado. Benasur pagó siete monedas de oro por el precio del viaje eterno y el guardián compró el cadáver de Forpas con siete monedas de cobre que dio a Benasur. Mas no paró ahí la cosa, y cuando Benasur se disponía a decir la oración fúnebre, llegó el Eunuco mayor del templo de Cronos que, aunque no había participado en la ceremonia —por ser Forpas de otra religión—, tenía derecho al diezmo. Otras tres monedas de oro se le fueron a Benasur. El navarca iba a hablar pero lo pensó mejor y rogó a Mileto que dijera la oración fúnebre. Mileto se acercó solemne a la litera en que estaba sentado el cadáver, y habló:

—Dolientes: vuestro luto es el mío. Yo traté a este hombre que no fue más ejemplar ni menos virtuoso que otros muchos, muchísimos hombres que andan por el mar al servicio de los que vivimos en tierra. Ahora va a comparecer ante los dioses. Los dioses serán justos con él. ¿Por qué? Porque Forpas fue un hombre honesto. Honró a su patria, honró a su amo. Y el hombre que así cumple, honra a todas las patrias y a todos los hombres. Era prudente en el juicio y esforzado en la faena. Amaba el mar, que es la forma más entusiasta de amar la tierra. Porque el amor al mar está hecho con todas las nostalgias que provoca la tierra. Recordad a Ulises y vedlo sortear todos los amores y todas las seducciones del mar. Y vedlo llegar a su amada, a su añorada Ítaca. Yo creo, nobles gaditanos, que el hombre perfecto no es el hombre de mar ni el hombre de tierra, sino, como vosotros lo sois, el hombre de isla. Los pies anclados en tierra y los ojos puestos en el mar. Y el corazón, árbitro

de este inconciliable anhelo. El corazón, lo mismo en los hombres que en los dioses, es un oráculo mudo...

»No lloréis a Forpas, que fue un hombre honesto. Vosotras, mujeres, dejaos de laceraros las carnes. La muerte de un hombre no merece tanto dolor ni el rescate de su cadáver y de su alma tanto oro. El hombre llora demasiado en este mundo para que sea llorado cuando lo abandona. El hombre rinde con exceso su salario en la vida, para que se le cobre rescate en la muerte. Nobles gaditanos, pensad que hoy es un día propicio al alma de Forpas. Yo os agradezco en el nombre de Benasur de Judea, Navarca Magnífico, y de todos los deudos del honorable Forpas, esta manifestación que habéis tenido de hondo sentimiento por la pérdida de nuestro amigo. Pues ahora es la desaparición del amigo la que lloramos y no la liberación del hombre sufriente.

A Benasur no le gustó la oración. Ni a la mayoría de los presentes. Pero sí al Eunuco mayor del templo de Cronos que, considerando las palabras de Mileto faltas de religiosidad e imbuidas de excesivo amor humano, tuvo pretexto para imponerle una multa de diez denarios que, como es natural, hubo de pagar Benasur. No se afligió por ello Mileto. El navarca había querido un entierro de procónsul para Forpas y su oro le tenía que costar. Sin embargo, el prefecto del puerto y Akarkos quedaron complacidos con la oración. El prefecto insinuó que una de las frases que había dicho Mileto, refiriéndose a la isla de Gades, debía ser esculpida en mármol.

Dos sayones, dos plañideras, Akarkos y Benasur bajaron al subterráneo. Mientras tanto, de acuerdo con las órdenes que tenían, Mileto, Kim, Osnabal y otras personas distribuyeron dinero entre los pobres. Luego, los del duelo, cuando regresaron Benasur y Akarkos, vertieron el vino, costumbre que quedaba del banquete funeral que ya sólo se practicaba en algunas aldeas fenicias y púnicas, pero no en Gades.

Zintia se recuperaba lentamente. La herida no había sido muy profunda, pero sí extendida la desgarradura del tejido. Por el aspecto que tenía el dardo, Osnabal pudo deducir que se había clavado en el hombro de Zintia, de rebote, despedido de la coraza de un lancero. Lo que debilitó más a la joven fue la fiebre que

Osnabal mantuvo durante varios días a fin de poder reparar los destrozos del dardo lo más expeditamente posible. Se le antojaba una fatalidad que todas las heridas que recibía Zintia pusieran en peligro de deteriorar su aspecto externo, en el que Benasur tenía especial interés.

De la herida quedó una cicatriz ancha con dos ramificaciones. Presentaba el mismo aspecto que al principio ofrecían las huellas del flagelo: una piel abrillantada que contrastaba con el aspecto mate del resto de la carne.

El día que Zintia quedó autorizada a salir de la casa. Mileto la llevó a conocer la ciudad. Pero apenas llegaron al foro Balbo la joven dio tantas muestras de fatiga que se sentaron en una banca de mármol. Permanecieron un largo rato sin cambiar palabra, como si a los dos los dominase la misma melancolía. Sentían lo que Mileto llamaba la tristeza de la esclavitud, derivada de la falta de ejercicio de la voluntad. En realidad, lo que a Zintia le sucedía era que una de las garras del terror desatado por Benasur le oprimía el alma. Por muchas distracciones que le procuraba Mileto, cada día más fiel en la simpatía y en la dedicación, la joven no podía dejar de pensar que, en el momento que Benasur le había puesto la mano sobre el hombro, la encaminó hacia un extraño destino, en el que se mezclaban en inquietante confusión el lujo y el halago, por una parte, y la sangre y el dolor, por otra. Trenzados de tal modo que ya no se atrevía a pensar en lo futuro sin experimentar el temor de la amenaza de un nuevo peligro. Sin embargo, ni por asomo se le ocurría formular en la intimidad del pensamiento el menor reproche a Benasur. Hasta cuando pensaba en los peligros que la aguardaban, sufría más con la posibilidad de que aquéllos hicieran presa en Benasur.

—¿En qué piensas, Zintia? ¿De nuevo en zasmar? —preguntó Mileto.

—¿En qué dices? —repuso, sin entender, la joven.

—En zasmar —repitió el griego.

—No te entiendo... ¡Ah, quieres decir *shamar*! ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque es la palabra que con más frecuencia has repetido en tu delirio...

—¡Shamar! —exclamó Zintia con un tono de dulce evocación. Y después de una breve pausa—: *Shamar* en mi lengua quiere decir «madre»... ¿Qué otras palabras decía?

—Decías también *gatalje*...

—No, Mileto. Seguramente decía *guadaljem*, que quiere decir «agua fría». Me teníais muerta de sed... ¿Qué más?

—Minzam...

—No sé qué es eso... ¿No sería *minhazam*? *Minhazam* significa... una cosa que no te puedo decir... —Y en seguida, cambiando de tema, preguntó—: ¿Qué sabes tú de este país?

—No mucho. En la antigüedad estas tierras béticas fueron tartesas, que hoy dicen turdetanas. Lo único que puedo decirte es que los antiguos nativos de Hispania tuvieron un rey tan sabio, llamado Habides, que fue el primero de los mortales en servirse de los bueyes para las labores del campo. Abrió las tierras en surcos para sembrar en ellas la simiente. Mas por lo que la Humanidad debe guardarle imperecedero recuerdo es por haber hecho nuestra mesa más rica y exquisita. Inventó el injerto y el trasplante de los cultivos. A tal extremo, que en el Agros micros se le atribuya el mejoramiento de más de treinta frutos, que antes eran ásperos o acres al paladar, y que Habides hizo suaves y de delicado gusto. A él le debemos las verduras tal como hoy las gustamos, gratas en toda ocasión e insustituibles en tiempos de calor; le debemos también la alcachofa, que era hongo incomible; y, entre otros frutos que recuerde, las habas de pulpa, la cereza, el higo dulce, la mora y el ciruelo. Frutos que pasaron a África y que de ahí se extendieron por el resto del mundo. Un descendiente de Habides utilizó los toros como bestias de guerra. Y fueron los tartesios los que inventaron la espada corta y el escudo de metal...

Mileto calló. En realidad, poco sabía de Hispania. Y Zintia no se interesaba por más noticias. Zintia quería sin duda otras noticias. Y no tardó en expresar su curiosidad:

—Dime, Mileto, ¿hace mucho tiempo que el amo Benasur no recibe carta de Raquel, hija de Elifás?

—Que yo sepa desde antes de salir de Siracusa... No sé si habrá recibido estos días alguna, si bien lo dudo, pues ya me la habría dado a leer. Aunque está tan metido en sus asuntos, que es capaz de haberla olvidado.

—¿Tú crees que esté enamorado de Raquel? —preguntó la joven con un trémolo en la voz.

A Mileto le resultaba muy difícil contestar esa pregunta. Y mucho más satisfacer a Zintia. Porque aun en el caso de que Benasur no estuviese enamorado de Raquel, no sería por falta de atractivos de Raquel, sino por incapacidad amatoria de Benasur. Prefirió contestar ambiguamente:

—Sí, creo que está enamorado de Raquel, pero a su modo...

—¿Cómo a su modo?

—Benasur tiene un modo de amar que no es el modo que tendríamos tú y yo, o la mayoría de las gentes. Te habrás dado cuenta de que Benasur es distinto de los demás. Sabe soportar con una sonrisa la mayor humillación. Y su rencor no tiene medida cuando se trata de castigar una ofensa o satisfacer una venganza. Entre esos dos extremos, tan repelentes el uno como el otro, hay un hombre medio, exquisitamente equilibrado, que nos trata a ti y a mí como a semejantes de su categoría social, como a personas. Un hombre de un excelente sentido y claro juicio. Pero yo le he visto humillarse y ceder ante un Skamín y un césar Tiberio, y hace unos días, en el entierro de Forpas, hacer su papel ante la muchedumbre a la que despreciaba. Supongo que a nosotros nos estima, pero sin exceso. En todo es muy equilibrado. No creo que haya sentido la muerte de Forpas. Me parece que no sentiría la de ninguno de nosotros dos. Sin embargo, sé que haría todo lo imaginable por librarnos de un peligro. Y evitarnos una pena y una desazón. Yo no he visto hombre más preocupado por que a mí se me dé mi puesto. No sé qué pensar. Nunca llegué a suponer que hubiera un hombre que creyese que el mundo empieza y termina en él.

Tras una pausa, Zintia volvió sobre el tema:

—Ya sé que tú no conoces a Raquel, hija de Elifás; pero debes de haberte formado ya una idea muy aproximada de la clase de mujer que es...

—A veces pienso, Zintia, si Raquel será una invención de Benasur. Un hombre tan rico como él es para que tuviese no uno, sino ciento, mil retratos de Raquel. Yo la tendría en pintura, en bronce, en mármol. La tendría en chico y grande, la traería pintada en cuero cerca de mi corazón... Y alquilaría una voz semejante a la suya para que estuviera repitiendo las frases, las dulces frases que dice en sus cartas... Me las sé de memoria. Al principio, hablar de Raquel era para mí una verdadera monserga, pero Benasur insistía tanto... Indudablemente, algo ha pasado entre Raquel y Benasur, porque él ya no se muestra tan interesado por ella... Yo mismo he escrito por cuenta de Benasur las tres últimas cartas... Son fáciles de contestar, porque Raquel no parece una mujer escribiendo, sino un hombre. Y no sé qué extraña doctrina sigue que sus cartas están impregnadas como de una nueva y dulce filosofía; una filosofía que encuentra la felicidad del alma en las renuncias del corazón. Es curioso; hasta hace poco yo creía que kardía y psiquis eran dos elementos, dos sentidos o dos conceptos complementarios. Raquel me ha hecho comprender que son distintos y en cierta forma contradictorios... Como si el corazón nos llevara a las pequeñas satisfacciones, a los pequeños regustos personales que son nocivos a una gracia superior, que se alcanza en la renuncia... De existir, ha de ser una mujer excepcional...

—Hablas con mucho entusiasmo de Raquel...

—Quizá. Pero si ella escribe las cartas que envía a Benasur, mi entusiasmo es merecido y no exagerado. No creo que nadie hasta ahora haya escrito cartas como las de Raquel. Ni los poetas alcanzan su intimidad de expresión. Se olvida de la persona, de los sucesos cotidianos, del hecho que constituye la vida en sí... Escribe de un modo transparente, sin dejar entrever el cuerpo ni la sangre, ni el corazón, sino el Alma. Leyéndola, y a pesar de saber uno que Raquel está tan lejos, se antoja tenerla al lado y estar escuchándola. A veces creo percibir hasta el respirar de su aliento. Y que hasta sus palabras parecen traer el perfume de su cabellera. En la última carta le decía a Benasur: «Yo te espero, hermano mío, con prisas del corazón, pero sin impaciencias del alma. Sé que ninguno de los dos resistirá al encuentro, y temo más por tu obcecación que por mi

renuncia. Cuanto más voy a ti, más me alejo y hace tiempo que estoy tan distante que ya te siento entre mis manos. Y sufro y lloro porque mis manos están frías, lo que me hace pensar que tú y yo todo lo hemos perdido...». Eso dice. Y Benasur lee y relee las cartas y me pregunta si yo las entiendo. Y hace cuatro meses que Raquel no hace más que decir lo mismo, que ha dejado de amarlo, y no lo entiende. Y lo terrible es que ha dejado de amarlo sin que dé muestras o señales de amar a otro, sin que amenace tampoco con el abandono o con la deslealtad. Es como si un fruto fresco se secara antes de madurar y se pulverizara. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué verdad, contraria al amor, ha descubierto Raquel que la ha hecho ver a Benasur en una talla insignificante, casi pueril? Ése es el misterio...

Mileto calló unos instantes. Zintia, sonriendo, sin tratar de herirlo, le repuso con suavidad:

—Un misterio, Mileto, que te seduce demasiado...

—¿Es posible resistir a un sortilegio tal, Zintia? Te seré franco: ¿acaso resistes tú al sortilegio que representa para ti todo el misterio que significa Benasur?

—No tienes razón para hablar así, Mileto. ¿Qué puedes haber descubierto en mí sino el agradecimiento tan grande que siento por Benasur?

Mileto se quedó mirando fijamente a Zintia. Ésta bajó la vista.

—No te equivoques, Zintia. ¿Por qué llamar agradecimiento a lo que es amor? No es sólo agradecimiento. Hay una palabra que pronunciaste durante el delirio más veces que la de *shamar*, que quiere decir «madre», y que nunca te resignarás a haberla perdido; que repetiste más que *guadaljem*, que quiere decir «agua fría», de la que tan necesitados estaban tus labios ardidos de fiebre. ¿Quieres decirme el significado de esa palabra, Zintia?

—Claro, ¿qué palabra es?

—Benasur. —Y con la voz enronquecida, Mileto prosiguió—: La has dicho ciento, quinientas veces. La has repetido en presencia de Osnabal. Era la única palabra que tenía sentido, vigencia en tus labios. Cuando decías *shamar* bien se percibía en el tono que te referías a algo lejano, remoto, vago por perdido; pero cuando lo

nombrabas a él tus labios articulaban con unción cada una de las sílabas de su nombre.

Mileto se contuvo. Temió perturbar a la joven. Temió caer en la crueldad. Y aconsejó:

—No me hagas caso. Lo que te he dicho acredítalo a mi lealtad. Sólo quiero darte un consejo, Zintia: yo no te reprocho que por agradecimiento pongas ternura en Benasur. Lo que lamentaría es que el despego que te muestra Benasur, que no es distinto, sino el mismo que siente por los demás, te incitase a comprometer más gravemente tu corazón. Creo que si no resistes, perderás. Es más fácil que seas esposa de un rey que amante de Benasur.

Zintia no replicó. Tenía los ojos húmedos. Se puso en pie.

—Regresemos. Tomaremos un coche, me siento fatigada...

Ya de vuelta a casa, Zintia pensó que la lealtad usa de las palabras más crueles. Los hombres eran crueles. Y sin embargo, hasta entonces ella había creído que Mileto era un hombre dulce. Pero lo que Mileto le dijera sobre Benasur la había herido más que el flagelo de Savio. Y sentíase desfallecer. Sentíase pronta a entrar de nuevo en el tormento de la fiebre.

Capítulo 8

Negocios del corazón

Se extendió el rumor de que Benasur era persona aficionada a socorrer a los desvalidos, y la casa de la calzada de Heraklés se vio frecuentada por gentes humildes, especialmente mujeres del puerto y del barrio marinero de la ribera opuesta, ya en tierra firme, de Gades. Generalmente Zintia y Mileto despachaban las limosnas; pero en algunas ocasiones el propio Benasur atendía a los menesterosos. El navarca gustaba de charlar con las mujeres del puerto, que entre el relato de sus múltiples necesidades le daban noticias e informes sobre la vida del pueblo. Si alguna de esas mujeres trataba de engañarlo, fingiendo miserias o exagerándolas, Benasur la confundía en seguida con preguntas, y en vez de limosna la pedigüeña se llevaba una reprimenda.

No faltaban tampoco las mujeres de cierta calidad social, que si bien no pertenecían a las familias équites, habían conocido la estrechez con la ruina o el éxodo de aquéllas. Cuando el asunto era sencillo de resolver, Benasur les daba recomendaciones para sus oficinas, para el mismo Siró Josef, o sencillamente para los astilleros, que habían empezado a trabajar con carencia de mano de obra y de empleados. Si la cosa era más complicada, solía resolver de momento las dificultades con dinero.

Una tarde, después de la cena, ya al anochecer, un coche de servicio público se detuvo ante la casa de Benasur. Bajó de él una mujer cubierta con un tupido velo de luto. La mujer llamó a la puerta. Al nomenclátor que salió a abrirle le dio su nombre y le expresó el deseo de ver a Benasur.

El criado buscó al navarca en el tablinum.

—Una doncella, cuyo nombre es Cosía Poma, viene a verte...

—¿Qué desea?

—Me ha dicho que quiere tratar un asunto personal contigo...

—¿Tú la conoces?

—Conozco su nombre: es la virtuosísima hija de Cayo Pomo, el más noble caballe...

—¡Basta! Dile que pase.

Momentos después, Cosía Poma se detenía en el atrio frente a la puerta del tablinum.

—Adelante.

La joven vaciló unos momentos.

—Digo, Cosía Poma, que pases... Yo soy Benasur.

La joven entró en la pieza y, descubriéndose el rostro, dijo:

—Yo Cosía, hija de Cayo Pomo.

Benasur cerró la puerta de la habitación. Se disculpó:

—Supongo que lo que vienes a decirme no deben oírlo gentes extrañas...

—Lo que vengo a decirte, ilustre Benasur, puede oírlo todo el mundo. Es del dominio público. Esta mañana hemos roto los sellos del testamento de mi honorable padre... Mi madre no sintió fuerzas hasta hoy para abrir el testamento...

Benasur consideró excesivamente fúnebre la conversación que iniciaba tan hermosa joven. Había algo que seducía a Benasur, y no sabía si era lo dulce y digno a la vez de la expresión, el conjunto fisonómico tan armonioso, la caída perezosa de los párpados sobre unos ojos oscuros y profundos, o la frescura de los labios. Y sintió en seguida el deseo de que la joven se quitase el velo que la cubría.

Cosía terminó diciéndole en pocas palabras que estaban arruinadas; que su padre no había dejado más que deudas. Que apenas hacía tres meses eran de las familias más ricas de Gades. Y que venía a pedirle que reparara tan angustiosa situación.

—Tu demanda, Cosía Poma, es tan extraña como directa la acusación que ella implica. ¿Acaso me crees responsable de la ruina de tu padre?

La joven, con firmeza pero sin exagerar el tono, contestó:

—Sabes muy bien que de todo lo malo que sucede en Gades hace unos meses tú eres responsable. Acepto que cuando tú arruinas a la gente no pienses en las viudas ni en las huérfanas. Pero una vez que has logrado tu propósito, supongo que no tendrás inconveniente en reparar los males que has hecho injustamente. Es lícito que te hayas hecho con las minas y con las participaciones de las flotas romanas. Lo acepto. Ahora tú acepta también reparar los daños a gentes inocentes. Somos dos mujeres de una familia ilustre. Y no tienes ningún derecho a dejarnos en la miseria. Mi camino, el único que me has dejado, es el de la prostitución. Ahora, si tú crees que yo, hija inocente del honorable Cayo Pomo, no tengo derecho ni a la virtud, dímelo. Y entonces me iré como cualquier ramera a ofrecerme al puerto, bajo la muralla. Pero entiéndeme bien, ilustre Benasur: tú serás el primero en comprarme. Y no te admitiré más que los tres ases que cobran las rameras del puerto. Ése sería el precio que pagarías por mi virtud. Ni un cobre más...

Benasur se quedó confuso, pero en seguida reaccionó:

—¿Acaso has estudiado leyes, Cosía Poma?

La joven, clavándole la mirada, repuso:

—Soy doncella romana.

El acento que puso la joven en la contestación estaba grávido de derecho. Benasur la miró de arriba abajo. Después le volvió la espalda. Así, sin mirarla, dijo:

—Tres ases. Pero aunque sea tan bajo el precio, ¿no tengo derecho a ver la mercancía? Quítate el manto, Cosía Poma, y te diré si te apetezco.

Esperó unos breves momentos. Después oyó a la joven decir:

—Mírame...

Benasur se volvió. De nuevo miró de arriba abajo a Cosía. Era el derecho romano vestido de seda. En Gades, hasta las solteras vestían de seda.

—¡Espléndida mercancía! —exclamó acariciándola con los ojos.

—¿Me comprarás? —balbució la joven, avergonzada de su propia oferta.

Benasur guardó silencio. Le gustaba que la gente lo considerase más canalla, más despreciable, más innoble de lo que él creía ser. Y

aquella joven, imbuida de derecho romano, plena de una virtud tan dura como el mármol, incisiva en la retórica, había pensado que, ante la elocuencia de su ofrecimiento, Benasur cedería como un caballero. Mileto, en el caso de su patrón, se habría derretido de filantropía. Hasta le habría escrito un poema a Cosía, la doncella integérrima. ¡Qué bofetón! Porque Cosía Poma le venía a decir a Benasur poco más o menos: «Si no me reparas con dinero, tendrás que humillarme con tres ases. Tres ases que serán como una maldición para toda la vida. Anda, cochino judío, ¿qué decides? O las riquezas que nos has quitado, o por tres cobres soy tuya». Eso era llevar la ética a su ápice más agudo. «Lo demás, querido Mileto, es retórica», se dijo Benasur.

Pero el navarca maquinó dar una lección a la orgullosa Cosía Poma. Por primera vez alguien le obligaba a restituir lo que él consideraba lícito haber quitado. Él no era tan miserable. El hombre no podía ser más miserable de lo que era. Y lo que pedía Cosía Poma resultaba un acto más miserable del que un hombre podía cometer. Pero humillaría a Cosía.

Benasur retiró de un cajón papel y pluma y los dejó sobre una mesita.

—Cosía Poma: cuando salgas de aquí, tu vergüenza estará en boca de las gentes. Por tanto, supongo que no tendrás escrúpulo en ofrecerme por escrito lo que acabas de decirme.

La joven se puso extremadamente pálida. Pensó que había errado el golpe, que había perdido la partida.

—No escribiré...

—No te compraré entonces. Puedes irte...

Cosía se adelantó a la mesita y escribió. Benasur recogió el papel y lo guardó en el cajón. Cuando se volvió, ya la joven se quitaba la túnica.

—¿No quieres que tomemos antes una copa? Supongo que los marineros convidan antes a las prostitutas...

Cosía continuó desvistiéndose. Quedaron sus senos al aire.

—No sigas, Cosía Poma...

—Me verás completamente desnuda...

—Si es tu capricho, no me opongo... ¿Cuánto debo restituirte?

—Es que... ¿cambias de opinión?

—Son demasiado hermosos tus senos para comprarlos por tan bajo precio. Dime cuánto, ¡y acaba de una vez!

—Mi madre y yo nos conformaríamos con una renta de treinta mil sestercios...

—Es poco, Cosía Poma. ¿Qué tenía tu padre?

—La flota grande de los Tres Caballos. Un quinto en la mina Lusitana, un séptimo en la mina Matriarcal, dos molinos de aceite y una casa en la Ronda de Augusto, cuyos créditos has comprado a Massamé. Y no te hablo de las alhajas que malvendimos al joyero Sartus...

—Regresa a la casa. Y dile a tu madre: «Benasur es hombre justo que respeta la virtud. Benasur, en honor a mi virtud de doncella romana, nos restituirá valores que nos darán una renta anual de setenta mil sestercios». Y ahora vete, Cosía Poma...

—¿Me devuelves el papel?

—No, hasta que te haya restituido lo que es tuyo. Me servirá para recordarme mi deber...

Cosía tenía húmedos los ojos. No podía saberse si de miedo o de gratitud. Y Benasur la miraba fría, calculadoramente. Hasta se acercó a ella para subirle la túnica sobre los hombros. No tembló su mano ni posó sus ojos en los senos que ocultaba.

Antes de salir, la joven vaciló un momento. Tuvo el impulso de coger las manos de Benasur para acariciarlas en muestra de gratitud. Pero Benasur las retiró con un escrúpulo mortificante.

—Que Kermes te proteja, ilustre Benasur.

—Que el Señor guarde tu virtud, Cosía Poma.

Le abrió la puerta. Y tuvo que contenerse para no ventear el perfume juvenil que dejaba la joven a su paso. Sacó de la bolsa el pomo y se lo llevó a la nariz. Aspiró como siempre profundamente y dijo para sí: «Tres ases... ¡Qué caros me han costado esos tres ases!».

Benasur dispuso que Mileto saliera para Onoba con el objeto de hacerse una composición de lugar y confrontar la información que le habían dado sobre las fundiciones y herrerías, y observar y examinar todo aquello que guardase relación con sus planes. El navarca no

quería cometer el mismo error que en Gades: entrar en una ciudad desconocida sin una previa y fidedigna información.

Mileto rehusó la custodia y salió para Onoba en un barco de Siró Josef. Le acompañaban dos peritos —un prospector tarraconense y un metalúrgico cordobés— y un lengua turdetano que conocía bien la región.

Zintia, que se recuperaba muy lentamente, quedó sin compañía, pues el aya que la acompañaba, una nativa del interior, apenas si conocía unas cuantas palabras de latín correcto. Por su parte, Osnabal, cada día más ocupado en visitas benéficas entre las gentes del barrio marinero, solía visitarla cada segundo día y sólo por unos breves minutos. Había instruido al aya de los cuidados y masajes que debía aplicar a la cicatriz.

Al día siguiente de irse Mileto, Benasur entró en su alcoba. Era una de las piezas posteriores de la casa, con vista a los prados cercanos y al mar.

El rostro de la joven se iluminó con una expresión de alegría que no pudo disimular.

—No me gusta, Zintia, que permanezcas tanto tiempo en la cama... ¿Acaso no te ha dado el alta Osnabal?

—Sí, me ha dado de alta —repuso la joven—. Y hasta he salido varias veces con Mileto... Pero...

La joven se contuvo al mismo tiempo que apartaba la vista de Benasur.

—¿Pero qué? —inquirió éste.

—Nada me importa nada —dijo la joven—. Me gustaría, de ser posible, no volver a despertar...

—¿Hablas de morir? —interrogó Benasur con un tono de destemplado.

—No precisamente de morir... No sé lo que deseo. Me gustaría saber que a ti no te pasará nada. Que cuando regresaras a Jerusalén fueras feliz. Si yo tuviese esta seguridad, entonces, sí, no me importaría morir...

Benasur, que no había pensado sino en saludar a Zintia e irse, sin darse cuenta cogió una banqueta y tomó asiento al lado de la cama de la joven.

—¿Es que temes que me pase algo?

—Sí, lo temo. Y pensar en ello me acongoja y me hace sufrir.

—No puede pasarme nada, Zintia. Voy custodiado siempre por una decuria de soldados. ¿Y por qué deseas mi felicidad? ¿Acaso crees que soy desdichado?

—No, no creo que seas desdichado; pero esto no es óbice para que tampoco seas feliz. Yo fui feliz y sé lo que es la felicidad. Por eso sé que tu corazón no está alegre... Yo deseo tu felicidad como la deseamos todos los que te rodeamos...

—Pero ¿cuándo fuiste feliz, Zintia...?

—El día que en el tercer patio del amo Salomón pusiste tu mano sobre mi hombro, yo fui feliz. El día que me sacaste del Pincio, fui feliz. El día que me llevaste al Kosmobazar de Roma y me vestiste y me calzaste y me alhajaste, fui feliz... Mi felicidad consistía en que tú eras mi amo. Después... No sé cómo explicártelo, pero cada día transcurrido se llevó un poco de aquella felicidad. Lo cierto es que hoy estoy más triste que antes de conocerte, porque entonces tampoco había conocido la felicidad.

—¿Quiere decirse que la felicidad te la proporcioné yo?

—Tú lo dices, Benasur.

—¿Es que yo he hecho después algo que te la quitase?

—No, Benasur. No te reprocho nada. Lo que te digo es que no hiciste nada para seguir manteniéndome esa felicidad. Creí que iba a servirte de algo. Y veo que pasa el tiempo y no soy para ti sino una cosa inútil.

—¿Qué te importa si me sirvo de ti o no? He comprado tu libertad. Eres una mujer libre. Si yo faltase, Darío David sabe que tendría que darte una dote. Con las alhajas que te he comprado y la dote tienes asegurada una vida independiente en cualquier lugar del mundo...

—¿Y por qué has hecho eso, Benasur?

—Porque a su debido tiempo me serás útil. Y toda persona que me sirve o me es útil recibe su salario.

—¿Nada más por eso? —preguntó, anhelante, Zintia. Se había incorporado en la cama y miraba con ansiedad, con los ojos húmedos, a Benasur.

—Nada más. Es suficiente. ¿O es que tú crees que hago una mala inversión contigo? Si tú llegas a casarte con Shubalam; si Shubalam asciende, como espero, al trono de los musulanos, te cobraré réditos con usura, Zintia. No lo olvides. Si todo fracasara...

—¿Qué, Benasur? —preguntó con un gesto de hostil decepción Zintia.

Él se encogió de hombros. En seguida, calmadamente, con un tono pastoso, deslizó:

—Lo que he gastado en ti iría a la cuenta de pérdidas y ganancias.

—Por lo que veo, yo no soy para ti más que una mercancía.

—Todos somos mercancía y todos tenemos nuestro precio. Pero tú eres algo más que una mercancía y a la vez algo menos concreto. Tú eres un factor. No hay especulación posible sin factores, Zintia.

—Comprendo: lo que Mileto llama una abstracción...

—No me gusta que te aficiones al léxico de Mileto. Es demasiado preciso y no suena bien en los labios de una mujer.

—No es mejor el tuyo, Benasur. Por lo menos, Mileto admite que los seres humanos tienen corazón y son susceptibles de amarse entre sí, de enamorarse en parejas...

—¿Del mismo sexo? —replicó, hiriente, Benasur.

—¿Por qué han de ser del mismo sexo? —repuso Zintia sin comprender claramente.

—Si la definición viene de Mileto... En fin, yo puedo contestarte, Zintia: hasta ahora yo no tengo pruebas de que Mileto sea capaz de enamorarse de una mujer; y, sin embargo, lo vi desfallecer por un efebo, por un hermoso bailarín. Hace todavía unos días regaló su brazalete a un joven homosexual... Mientras que yo...

Benasur se pasó la punta de la lengua por los labios, como si quisiera dar más frescura, más emoción, más evidencia a las palabras que iba a decir:

—Tú sabes, todos sabéis que a mí me espera en Jerusalén una mujer: Raquel, hija de Elifás.

Pero la que afiló la lengua fue Zintia, que clavando una mirada inquisitiva, casi punzante, en los ojos de Benasur, destiló:

—¿Y sabes tú si Mileto no está enamorado de la misma Raquel?

Benasur, con la elasticidad felina de un tigre, saltó de la banqueta y cogió el brazo de Zintia.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó con irreprimible violencia.

Pero se contuvo. Zintia reflejaba la expresión de un ¡ay! lastimero en el rostro. Benasur le había cogido el brazo cuyo hombro estaba resentido de la herida. Y en seguida, percatándose de la absurda salida de Zintia, comenzó a reír:

—¡Qué tontería! ¡Ninguno de los dos se conocen! Jamás se han visto, jamás se han hablado...

—Pero se escriben...

—¿Que se escriben? ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé como tú... ¿No es Mileto quien desde hace meses contesta las cartas que te escribe Raquel? Yo estoy segura de que tú no escribirías las mismas palabras que escribe Mileto. Por tanto, Raquel no te contesta a ti, sino a lo que escribe Mileto... Desde hace dos cartas Raquel y Mileto han encontrado el tono, la identidad de un sentimiento, la comunión de las mismas ideas... Tendría que ser muy necia Raquel para no haber comprendido que no es tu corazón el que le habla en esas cartas, sino el de un extraño... ¿Quieres que te diga algo más? Estás tan ocupado en tus negocios, tan metido en tus asuntos, que olvidas las cuestiones del corazón... Raquel, hija de Elifás, y Mileto de Corinto, tu escriba, se aman. ¡Raquel te engaña, Benasur!

El judío, confuso, un tanto desconcertado, dio unos pasos atrás. La sospecha había entrado en su mente. Pero no quería demostrar ante Zintia que los celos pudiesen hacer presa en él. La joven prosiguió:

—Escucha, Benasur: desde que Mileto y tú os conocisteis en casa de Abramos no has dejado de hablarle de Raquel. Le has contado una a una todas sus perfecciones; la has descrito con los más bellos colores; has repetido hasta la saciedad todas sus palabras... Yo, que te conocí más tarde y que tuve menos oportunidades que Mileto para escucharte, he oído de tus labios tantas maravillas de Raquel, que la odio con toda mi alma. Si hoy tuviese que ir a servirla como era tu primera intención, ahora mismo me mataría... ¡La odio, la odio, sí, Benasur! La odio porque soy mujer, porque cualquier mujer

que tenga una pizca de corazón tiene que odiar, muerta de envidia, a esa Raquel... ¡Raquel, Raquel, Raquel! Me ha quitado el sueño, me ha robado la felicidad... Y yo soy tan pobre, soy tan infeliz, que no puedo ni insinuarte el inagotable anhelo de servirte que siento.

Zintia estaba crispada, con los labios trémulos, con los ojos acuosos, con las mejillas húmedas. Y al fin se dejó caer sobre la cama y ocultando el rostro entre las manos, sollozando quedamente, acabó de decir:

—Pero Mileto no es mujer, Benasur. Mileto es un hombre, y tendría que ser de palo para no haber sentido curiosidad, interés y amor hacia esa criatura perfecta que es Raquel. ¡Esa Raquel que no te quiere!

Zintia siguió hablando, deduciendo, emponzoñando con su amor y sus celos, a Benasur. Mas éste, sin querer escucharla, se fue alejando de la cama hasta que, sin decir palabra, abandonó la habitación.

Cuando salió a la calle, le dijo al cochero:

—Al castro.

Mas al llegar al Foro, cambió de opinión y ordenó al auriga que lo llevase a dar un paseo por la ciudad.

No tenía la serenidad necesaria para tratar ningún asunto. Las revelaciones de Zintia, ciertas o equivocadas, guardaban no poca verosimilitud. Sí, reconocía que quizá había sido excesivo hablando de Raquel. Mas la suposición de Zintia era absurda. Raquel nunca se enamoraría de un hombre como Mileto. De esto estaba seguro. Lo que más le preocupaba era descubrir en Zintia una actitud muy semejante al amor. Ni le parecía grata ni ridícula. Saber que Zintia se había enamorado de él no halagaba su vanidad. Sin embargo, saberse comprometido en los arrebatos sentimentales de otro ser, y especialmente de una mujer, le molestaba hasta el temor, hasta el miedo. Sentía como si una parte de sí mismo se la hubiese robado Zintia y estuviera sujeta a los azares temperamentales de la joven mauritana.

Todo esto era una complicación demasiado inoportuna. Bastante antipática.

Cien veces repasó mentalmente la situación, cien veces recordó las palabras de Zintia y, al fin, a la hora del prandium, ya dominado por el temor, compró una canastilla de dulces para llevársela a Zintia.

Capítulo 9

La operación Bacó

Bacó tardó algunos días en darse cuenta de la trampa que le había tendido Benasur. La frecuentación de los otros prisioneros estimuló más el desaliento del banquero. Algunos de los que fueron sus clientes no ocultaban el regocijo de verle compartir la misma suerte. Hasta hubo un équite que le insinuó que ya era tiempo de que pagara tantos despojos y usuras.

No encontró entre los detenidos quien se solidarizara con su inocencia ni con la injusticia de que era víctima. En varias ocasiones le dijeron en tono de burla que el único ser lo bastante influyente para abogar por él era Benasur. Poco a poco, el nombre de Benasur y el recuerdo de la visita que le había hecho el navarca, así como las insinuaciones que le hiciera sobre los daricos y los créditos, fueron minando su voluntad de resistencia. Hasta que acosado por el miedo, presionado por las alarmas que llegaban de su casa a la prisión, pidió hablar con el prefecto Sabino Acio.

Fue conducido a un calabozo individual y en seguida recibió la visita del tribuno.

—¿Qué quieres de mí? ¿No sabes que tu suerte depende ya de los jueces y que nada puedo hacer?

—Te he dado cien nombres de gentes respetables de la ciudad que pueden abogar por mí... Me falta uno.

—Dilo.

—Benasur.

El prefecto rompió a reír.

—¿Benasur dices? ¿Tú crees que si Benasur estuviera dispuesto a abogar por ti habrías callado tanto tiempo su nombre? Decir Benasur

en Gades es como mencionar al César en Roma. ¡No me hagas reír, Rugís Bacó! Benasur no es tu amigo. Puedo asegurarte que ni siquiera te conoce... ¡Nada menos que el socio del César! ¿Qué pruebas tienes de que Benasur es tu amigo?

—Prueba ninguna... Pero si me trajeras a Benasur, yo sé...

El tribuno cortó sin miramiento, sarcástico:

—¡Traer al ilustre Benasur, Lazo de Púrpura, a la prisión! ¿Qué estás diciendo, Rugís Bacó? No me cabe duda de que has perdido el juicio... —El prefecto simuló el movimiento de salir del calabozo.

—¡Por favor, Sabino Acio! Llama a Benasur. Sé que acudirá...

—¡Estás loco! ¿Ignoras que Benasur puede firmar tu acusación y despojarte de tus bienes? No te atrevas a pensar en Benasur.

Salió del calabozo. Bacó no fue devuelto a la mazmorra común.

Sabino Acio seguía al pie de la letra el plan que le había sugerido Benasur. Y por la noche, sin previo aviso, hizo anunciar al banquero que su esposa lo visitaría, por gracia especial, para despedirse.

¿Despedirse de qué? Esta interrogación estuvo atormentando al banquero durante largas horas. Comenzó a tener la sospecha de que a él no lo enjuiciarían, sino que lo llevarían a la muralla para acribillarle a golpes de lanza, tal como habían hecho con otros detenidos.

Y a la medianoche llegó, como se lo habían dicho, su esposa. Ésta le enteró de sus gestiones, de las peticiones de auxilio y de clemencia que había mandado a Corduba. Pero el aviso de que se presentase en el calabozo, ya que le concedían la gracia de «despedirse de su esposo», le hizo suponer que todo estaba perdido. La entrevista no fue muy larga. El tribuno la calculó con cruel precisión para que los dos esposos quedaran más desgarrados en la separación.

Bacó pasó una noche anonadado, con frecuentes sobresaltos cada vez que oía el paso de los soldados por el corredor. Seguro de su muerte pensaba que, por lo menos, deberían haberle concedido la gracia de ver a sus hijos. Sintió esa noche una ternura como nunca por sus hijos, y, al pensar en ellos, el temor de haber sido demasiado severo en la vida familiar agregaba un motivo más de dolor a su angustiosa situación. En la primera hora de la mañana,

antes de que la luz entrase en el calabozo, oyó que los verdugos venían por él. Mas cuando corrieron los cerrojos y abrieron la puerta, vio a Benasur. Le entró un incontenible temblor provocado por la primera luz de esperanza que le asistía.

—Ayer tarde me enteré de que estabas detenido —dijo Benasur—. Y como era ya una hora inconveniente dejé para hoy la visita... El prefecto Sabino Acio me ha dicho que pesa sobre ti la acusación de tres encartados...

—¡Soy inocente, Benasur! No tengo nada que ver con el atentado. Yo, como tú, soy un hombre de orden, respetuoso de la ley, dedicado nada más a mis negocios. Tú lo sabes, Benasur...

—Debiera saberlo. Pero no sé si dar crédito a tus palabras. ¿Cómo es posible que tú, un romano, acudas al testimonio de un judío como yo? Dime, Bacó, ¿acaso hace días, cuando yo te advertí del peligro, tuviste hacia mí un gesto amistoso? No. Ya te lo dije: el odio puede ocultarse, como yo oculto el mío, pero el desprecio no. El desprecio sale a los ojos, a los labios, se junta a las palabras que decimos. El desprecio, en definitiva, nos vende porque nos declara. El odio, no. El desprecio puede costarnos caro. El odio no. Lo sacamos a cobranza en el momento oportuno...

Bacó fue bajando la cabeza según escuchaba a Benasur, apagándose en la momentánea esperanza que le había animado. Comprendió que el judío venía no a salvarle, sino a cobrarse los réditos del odio. Murmuró:

—Lo comprendo. Me odias. He sido tan torpe que desperté el odio del único hombre de Gades que podía servirme...

—No, Bacó. Yo no te odio. Yo pongo mi odio en cosas grandes. No suelo malgastarlo en puerilidades... Y te veo pueril y medroso ante la muerte. ¿Por qué, si aún eres joven? Deja ese miedo a los viejos, que son avaros de la vida, ¡pero tú!

—¡Tengo hijos, Benasur! ¡¡¡Yo soy inocente!!!

—Lo sé. Pero tienes algo que te compromete, Bacó. Todo el mundo sabe que eres el banquero de los équites. ¿Cómo puedes justificar haber concedido tanto crédito en los últimos meses, precisamente a los hombres que están acusados de conjura? ¿No comprendes que no ha faltado quien haya dicho que tú favorecías un

movimiento subversivo contra Roma? Si esos créditos estuvieran en mi poder, nadie sospecharía nada, porque a mí los créditos no me denuncian como a ti... Yo quise comprártelos hace unos días... Suman cuarenta y siete millones. Yo te daba cincuenta... Tú querías quinientos... La usura también se castiga, Bacó... En fin, yo bien quisiera hacer algo por ti..., pero no puedo. Los créditos son la prueba más evidente de tu complicidad...

—Pero tú sabes, Benasur, que esos créditos...

—Sí, ya lo sé. Los équites perdieron las flotas, las minas. Se encontraron sin dinero y tú acudiste a ayudar a tus clientes, quedándote con la garantía de sus bienes. Si tú puedes demostrar esta verdad insospechable a la Curia...

—El prefecto me dijo...

—¿Qué?

—Que si tú abogabas por mí...

—¡Claro que abogo! Pero de nada servirá. Permanece la prueba. ¡Los malditos créditos!

—Haz algo, piensa en algo, Benasur, yo estoy dispuesto...

—Sólo habría una solución: hacer desaparecer las pruebas.

—¿Las pruebas? ¿Cómo?

—Es muy peligroso lo que voy a proponerte, Rugís Bacó. Y tiene su precio.

Benasur esperó a ver el efecto de sus palabras en el banquero. Éste bajó la vista y empezó a comprender. Pero no vio toda la trampa con suficiente claridad. Pesaba sobre él demasiado dolor, toda la tortura de la noche pasada. Sólo vio que Benasur, el despreciable Benasur, quería aprovecharse de una situación. Comprendió bien el significado de aquellas palabras: «te estoy cobrando un millón por minuto». Cedió:

—¿Cuál?

—Debes darme los cinco millones de daricos con la prima de medio as que te ofrecí. Ves que soy legal y mantengo mi oferta. Si aceptas, te explicaré mi plan...

—Sí, aceptado. Continúa...

—Para que los créditos no sean una prueba contra ti, debes fingir habérmelos traspasado con anterioridad al atentado. Y por una muy

baja cantidad. Así demostrarás que no tenías ninguna confianza en los équites, puesto que después de concederles los créditos, recapacitaste que habías hecho una mala inversión. Y los traspasaste a Havila, por cuenta de Benasur, en la mitad de su valor prendario, ¿te parece? Serían veintitrés millones y medio... Pero como yo no estoy en condiciones de hacer tan fuerte desembolso por unos valores por los que no tengo interés especial, tú aceptas que daricos y créditos te los pague en tres plazos de doce, dieciocho y veinticuatro meses.

—¡Es la ruina, Benasur!

—No exageres. Pero en fin, no es negocio que a mí me entusiasme. No seré yo quien te anime. Yo en tu caso preferiría morir. Quizá porque yo no tengo hijos...

—No me queda otra salida... ¿Y después?

—Una vez que hayas hecho las transferencias pueden quedar los daricos depositados en tu propio banco... Me darás el seis por ciento de interés en cuenta libre. Pensaba depositarlos en la Banca de Massamé. Pero Massamé es un banquero chapado a la antigua. Massamé es muy codicioso, y hoy los negocios no se hacen con codicia, sino con generosidad.

Y tras una pausa durante la cual Bacó permaneció callado, protestó con cierta jovialidad:

—No te quedes tan taciturno... En cuanto me envíes los documentos a la casa, yo veré al prefecto para decirle el disparate que ha cometido deteniendo a mi amigo Bacó. Y pondré mi influencia para que te exoneren de la menor sospecha. Es todo lo que puedo hacer por ti, Bacó. Y lo hago para que quedes convencido de que yo no te odio ni te guardo rencor porque me desprecies...

Benasur hizo ademán de irse. Avisó al soldado que esperaba en el corredor para que abriese el calabozo. Antes de salir, preguntó:

—¿A quién quieres que mande para que reciba tus órdenes: a tu esposa o a tu regidor?

—A mi regidor, Benasur. Que venga en seguida. Vive en la casa de las columnas de la calle Aspromón.

Capítulo 10

¿Un mundo sin látigo?

Zintia recibió una gran alegría al saber que Benasur la llevaba de paseo, en una visita a los astilleros. Se lo anunció Sila, una doméstica de Carteia que, además de ser mujer libre, presumía de ascendencia griega. Sila no ocultaba su predilección por Benasur y, descubriendo en seguida el mal de corazón que aquejaba a Zintia, entró con su ama en una de esas complicidades amorosas que sólo las mujeres conocen.

—¡Levántate, princesa mía, que el amo Benasur te lleva de paseo!

Y mientras Zintia se dejaba vestir y arreglar por la carteyana, ésta la aturdía con una serie de recomendaciones que, si a veces pecaban de impertinentes, no por eso dejaban de halagar a la mauritana:

—Ponte esta subúcula de encaje, que no es bueno esconder lo que despierta el apetito del hombre. Pues si tus senos no son tan espléndidos como los míos, son más duros... Y sobre la túnica deberás ponerte un cíngulo, al modo de estas coquetas gaditanas que no pierden ocasión de provocar al hombre...

Lo menos que decía Sila de las gaditanas es que eran unas coquetas. De ahí para arriba no les rebajaba nada de putísimas, de perras ardidas e hijas de faunos trasquilados. Pues Sila se dejaba llevar de su mala lengua por la vieja rivalidad existente entre Carteia y Gades, poblaciones vecinas.

Vistió a Zintia y la aderezó conforme a sus conceptos de la coquetería femenina. Y cuando la mauritana quiso protestar porque el cíngulo señalaba demasiado la curva de sus caderas, la carteyana

le pegó cariñosamente en el glúteo, al mismo tiempo que acariciándola le informaba:

—No seas púdica, princesa mía, que vas al barrio de los astilleros y allí las mujeres enseñan más de lo que tú puedes mostrar. Y todas esas mujeres, que bailan como unas condenadas, saben mover mejor que nadie las caderas.

Sila acompañó a Zintia hasta el atrio donde esperaba Benasur. La doméstica se sintió decepcionada de que el amo no reparase en lo bonita y compuesta que ella había dejado a la joven.

Cuando salieron a la calle los esperaba al lado del coche Dido el armenio.

—¿Qué andas haciendo por aquí, Dido? Mileto está en la Onoba.

—Lo sé, magnífico Benasur. Pero Mileto me dijo: «Cuando sepas que llega a puerto una nave de la flota de Rodas, de Benasur, avísale para que te dé el pasaje, si es que yo no estoy en Gades». Y ayer noche entró nave rodia en puerto. Y por eso estoy aquí.

—Bien. Súbete al estribo, y ahora lo arreglaremos todo.

Zintia y Benasur montaron en el coche, y Dido en el estribo posterior, que salía del eje de las ruedas. Era el lugar destinado al esclavo de compañía, pero Dido no sintió desdoro. Benasur le preguntó:

—¿Qué hiciste del brazalete que te dio Mileto?

—Lo vendí. ¿De qué quieres que viviera?

Hablaban en griego y Zintia observó que las lecciones de Mileto no habían sido inútiles, ya que lo entendió todo.

Zintia recordaba el paseo que había dado por primera vez junto al judío la mañana que concluyó en el anfiteatro. Pero ahora Zintia disfrutaba más en su vanidad de mujer, pues observaba que la gente la distinguía prestándole mayor atención que en Roma. Desde luego iba mucho mejor vestida y alhajada que en la Urbe, y el paso del coche custodiado por los soldados despertaba entre las gentes más curiosidad y sensación que en Roma, cuyos vecinos estaban habituados a ver desfilar ante sus ojos toda suerte de personajes.

Al desembocar a la vía Carthago la comitiva se detuvo para no cortar el paso de una procesión de cómicos que recorría la ciudad, anunciando su llegada y una temporada de pantomimas en el Teatro

Julio. A Zintia le entusiasmó la exhibición. A pie iban los acomodadores del teatro con clámides de muy vistoso color rojo, pregonando a gritos la función. Seguía una carreta muy adornada con banderines de muselina y con ramos de laurel, tirada por una yunta de bueyes cubiertos con caparazón de damasco azul, orlado con galones de oro. Sobre la carreta, dos mimos y un histrión. Éste iba tan propiamente vestido de doncella, que Zintia creyó que se trataba de una mujer. Los mimos gesticulaban y hacían como si se disputasen los favores de la doncella. Seguían los acróbatas, los domadores, los prestidigitadores, los magos que se contorsionaban en inverosímiles escorzos mientras sus manos despedían grandes y azuladas llamas. Cada uno de los artistas hacía un número. Venía después una silla de ruedas, tirada por un etíope gigantón, en la que un individuo vestido a lo osco pregonaba que las funciones del teatro estaban patrocinadas por el muy digno y probo Meló Pulcro, del Orden Edilicio, y que los discos para la entrada debían recogerse en la oficina de espectáculos del Senado. Después desfilaba el cuerpo de *symphoniarii* interpretando una alegre cantiga. Y a pie seguía otro individuo elogiando la magnanimidad del honorable Meló Pulcro que con tal largueza había hecho posible que la ciudad de Gades fuese una de las afortunadas en disfrutar de las funciones de la gran Compañía de Pantomimas Oseas, famosa en Roma, en Neápolis, en Siracusa, en Cesarea, en Carthago Nova. Cerraba la procesión otra carreta, también tirada por bueyes e igualmente adornada, donde iban los demás cómicos de la compañía, vestidos con el disfraz propio de su papel más sobresaliente. Tras la carreta, la turba de chiquillería y de vendedores de golosinas.

Por unos minutos la comitiva de Benasur siguió tras la caravana teatral, hasta que ésta se desvió hacia la vía del Silencio, que bordeaba la necrópolis púnica. No pocos curiosos abandonaron a los histriones para continuar tras los soldados que custodiaban a Benasur.

Al llegar a la vía Navieros, el tránsito era tan denso que los soldados tuvieron que hacer uso de las varas de lanza para abrirse paso entre los transeúntes.

Una parte de la vida social y mundana de la vía Balbo se había desviado hacia los muelles. Las cortesanas no adheridas a la clase ecuestre, y su cauda de jóvenes pródigos y gentes de vivir equívoco, que iban siempre tras el olor del dinero, tomaron por campo de operaciones el puerto y especialmente los muelles semitas, adonde llegaban diariamente inmigrantes e inversionistas con dinero fresco y el espíritu un tanto ávido de novedades.

Zintia se admiraba de tal aglomeración y tal algarabía. Los contratistas voceaban sus reclamos pidiendo brazos jóvenes y fuertes para el trabajo. Los más se entontecían ante el prestimano y el jugador de aros y palillos. Unos corrían tras el agente que les proponía un magnífico negocio; otros iban a sellar un convenio tomándose unos tragos en la taberna.

Los mesones y comercios del puerto conocían una inusitada era de prosperidad, recibiendo a los viajeros que de todas las ciudades de los litorales hispaniense y mauritano llegaban a Gades. Venían a una tierra de promisión, atraídos por la voz de que Bética, desaparecidos los caballeros, era tierra de fortuna donde toda iniciativa, audacia y decisión tenían fácil y rápida recompensa. Pues fuera de las minas, fundiciones y herrerías, los demás negocios estaban libres para aquel que con un poco de esfuerzo quisiera hacerse rápidamente de una fortuna. Y no exageraba la voz popular, ya que los équites en exilio habían dejado poderes a sus banqueros para liquidar en las más expeditas condiciones, los molinos, las industrias de salazón y conserva, los depósitos vinícolas, las tenerías, los inmuebles urbanos y muchas fincas rústicas y de labradío.

Junto a esta población inquieta y mercantil se movía otra más estable: la gente ociosa que acudía al puerto para esperar la llegada de las naves y recabar de la tripulación noticias de los puertos de escala, correspondencia y encargos que de parientes lejanos traían los tripulantes de los barcos. Otros, a su vez, llevaban las cartas y bultos a las naves.

Entre todas estas gentes andaban las cortesanas de coche, y las mujeres públicas que hacían negocio a pie; los mercaderes de baratijas, los pícaros a la espera del menor descuido del forastero para hacerle caer en las redes del fraude o del timo. Los chiquillos

del puerto que conociendo la jerga de los marineros, chapurrando el latín, se ofrecían de intérpretes de los extranjeros, para, al final, terminar pidiendo una limosna.

En las casas adosadas a los muros de las murallas, los rótulos en mosaico o en ladrillo vidriado anunciaban en los más diversos idiomas toda clase de negocios y junto al almacén de pignoración de mercancía estaba la tienda de efectos navales, y al lado de ésta el mesón de comida romana.

Zintia se admiró de ver dos grandes naves, las más grandes que había visto, descargar fardos con la ayuda de una grúa. Le pareció imposible que una pértiga tan endeble, a pesar de los refuerzos metálicos que la abrazaban, pudiera sostener fardos tan voluminosos y llevarlos a tierra con un solo movimiento giratorio.

—Son naves de Siró Josef, las más grandes de alto bordo que surcan los mares, hacen el viaje a Hibernia y a Britania, de donde traen estaño... ¿Ves aquel barco con el banderín púrpura? Es un trirreme de mi flota alejandrina... Y aquellos otros dos pertenecen a mi flota de Siracusa.

Zintia los reconoció en seguida, pues en Siracusa había tenido ocasión de ver muchas naves de la flota de Benasur. Pero la que le atraía era la nave alejandrina que, aunque más grande que el Aquilonia, se le parecía mucho.

Al fin llegaron al espigón más oriental del muelle semita. Benasur y Zintia se apearon del coche en el muelle de la Compañía Naviera del Mar Interior y se dirigieron en unión de Dido al telonio. El encargado del registro acudió a atenderlos con muchas cortesías. Todo el personal se puso en movimiento. La presencia del navarca produjo una verdadera conmoción. Buscaron los mejores asientos y los proveyeron de las sombrillas más elegantes que se encontraron a mano. Los soldados se alinearon en cordón para evitar que los curiosos los importunaran.

—No tardará el hipagogo, magnífico Benasur —le dijo el encargado al mismo tiempo que arrimaba una mesa.

Otro empleado trajo un enóforo, vasos de cobre y una bandeja cordobesa con tortas de pescado.

—¿Qué barcos de la flota de Rodas tenemos en puerto? —preguntó Benasur al empleado del registro.

—El Tankys.

—¿No hay ninguno que vaya al Ponto?

—Sí, el Magnus. Pero no llegará hasta mañana o pasado.

Benasur se dirigió a Dido:

—¿Puedes esperar a tomar ese barco? Será mejor para ti, pues tendrás la seguridad de llegar directamente a Zeraso.

—Sí, magnífico Benasur...

—Entonces te irás en el Magnus. —Y especificó al empleado—: Anótalo en el registro. Se llama Dido de Zeraso. Mientras no salga el barco, dale todos los días el prandium y la cena. Dile al capitán del Magnus que cuando llegue a Zeraso le dé una dracma de oro para que no desembarque con las manos vacías. Las comidas hasta que se embarque y la dracma de oro cárgalas a mi cuenta. El precio del pasaje se lo cobrarás a Jonás, que lo descontará del salario de Mileto.

—¡Que Hermes aumente tus riquezas, magnífico Benasur! —agradeció Dido; mas en seguida, engolosinado por la perspectiva, preguntó—: Y tú, Navarca Magnífico, ¿no tienes un empleo a tu lado para mí? Soy leal y delicado, suave en el trato y diligente a la palabra... ¿No me quieres de paje, señor? Nunca tus damascos, tus sedas, tus muselinas y tus lanas estarían tan bien cuidadas como por mis manos. Yo te rascaría la espalda propiciándote un dulce sueño y te daría masaje después del baño. Yo te serviría con la sumisión de un esclavo y con la eficacia de un hombre libre...

—No, Dido. Agradezco tu ofrecimiento, pero yo tengo mi servidumbre. Tú debes ir a Zeraso con tus padres, que estarán con mucho dolor por tu ausencia.

—Mis padres me dan por perdido —replicó el armenio—. Y no sé si mi presencia será ocasión de júbilo o de pesadumbre; pues has de saber que yo tengo un padre tan bruto que me castigaría con el látigo con que pega a sus esclavos.

—¿Acaso es rico tu padre?

—¿De qué le sirve si es avaro? Y mi pobre madre vive peor que la más humilde sirvienta... Por eso cuando Eutarpo el macedonio me

dijo que yo tenía unos hermosos ojos y una dulce voz, me fui con él. Pero Eutarpo era un bribón. Y te diré más: que en el Regium, donde te conocí, sólo porque tú me miraste alguna vez me increpó furioso de celos. Y yo le dije la verdad: que sí, que yo daría cualquier cosa por vivir al lado de un hombre como tú, pues me complacen tus ademanes, tu voz y el brillo de tus ojos... ¡Piénsalo, magnífico Benasur, que tu decisión puede hacerme el más feliz de la tierra!

Benasur sonreía frío, hermético. Zintia estaba azorada con la desfachatez de aquel joven. Indudablemente era un muy hermoso muchacho. Tenía una bella y encendida boca de doncella y unos ojos grandes, soñadores. Sus manos, largas, blancas, agudas, temblaban como hojas cuando hablaba.

—Dime que sí, magnífico Benasur —insistió Dido ante el silencio del navarca—. Dime que sí, que me quieres de paje, y así tu escriba Mileto no tendrá que pagar mi viaje ni tú gastar una dracma de oro. Yo te serviré sin que me tengas que dar salario alguno. Me conformaré con los alimentos. No necesitaré litera para dormir, pues dormiré a tus pies... ¡Dime que sí, magnífico Benasur! ¿Acaso no te has dado cuenta de que eres el más hermoso hombre que he visto en mi vida? No seas ingrato y dime que sí.

Benasur movió negativamente la cabeza y acarició con una mano el mentón de Zintia. La mauritana se puso roja de satisfacción y hasta sus ojos se humedecieron de ternura. Dido comprendió, y se revolvió como una avispa.

—¿Es tu concubina?

—No todavía —repuso el navarca—. La princesa Zintia es doncella.

Zintia miró amorosamente a Benasur. Por primera vez el judío hacía una declaración pública de su escondido afecto, de su futura intención: «No todavía». Zintia podía pensar que en un día no muy lejano ella sería la amante de Benasur. Y sintiose orgullosa, feliz de vencer con su femineidad, con su amor, la torpe, torcida competencia que le hacía el armenio.

—¿A quién vendiste el brazalete que te dio Mileto?

—Al joyero Sartus, de la vía Balbo.

Benasur dio por terminada la conversación, pues el empleado del registro volvió para decirle que el hipagogo había atracado.

—Bien, Dido: que tengas un buen viaje. Pórtate bien, porque en mis barcos los segundos de a bordo son muy rigurosos y no dudarán en tirarte al agua a la primera proposición deshonesta que hagas...

—¿Deshonesta has dicho, Benasur? ¿Me crees capaz de una deshonestidad? ¿Cuándo me has visto a mí en público con un hombre que no fuera respetable?

En la indignación, el efebo le había quitado el título de magnífico. Benasur, mientras caminaba hacia el hipagogo, repuso:

—Te he visto al anochecer en el barrio más descalificado de Gades. ¡Hasta la vista, Dido!

Zintia sintió una súbita pena por el armenio. Le vio en los ojos dos lágrimas prontas a saltar.

Los caballos de los soldados estaban acostumbrados a embarcarse y no hicieron ningún extraño al pasar por el rastrillo. El hipagogo era pilotado por un perito del puerto. Benasur y Zintia tomaron asiento en la toldilla. La embarcación despedía una intensa fetidez de estiércol. El navarca se llevó el pomo de perfume a las fosas nasales. Después le dijo a Zintia, mirándola a los ojos:

—Zintia, hoy estás más hermosa que nunca...

Fue un día feliz para Zintia. Nunca se había visto tan festejada por Benasur ni por las gentes. En el prandium que les sirvieron en los astilleros, los arquitectos, maestros y carpinteros de ribera estuvieron solícitos y rivalizaron en atenciones. Y Benasur no la hizo de menos en ningún momento. Ni aun cuando después de comer bailaron las turdetanas aquella danza de los esponsales, con los pechos desnudos, con tanta flexibilidad en el talle y con tanta intención en las caderas.

Sí, fue un día feliz porque cuando estuvieron ante el armazón donde se contenía la estructura de una de las naves, Benasur accedió al deseo de Zintia: sin darse cuenta habían llegado a un lugar donde se desarrollaba un penoso incidente. Uno de los esclavos que trabajaba en las grapas de la quilla estaba siendo azotado por el capataz, a causa de una negligencia. Y Zintia, que no podía oír restallar un látigo sin sentir que las carnes se le abrían, tapándose el rostro con las manos, exclamó con vehemencia:

—¡Por favor, que no le peguen, que no le peguen!

Fue como un alarido más que un grito de pavor o de conmiseración. Benasur se quedó impresionado por el efecto que el castigo hacía en Zintia. Y se adelantó al capataz y le arrancó de las manos el látigo.

—¡Que le restañen los verdugones! ¡Y se acabó el látigo! ¿Dónde está el arquitecto?

Cuando el arquitecto llegó, Benasur le dijo:

—Queda abolido el látigo en los astilleros. Si el esclavo no rinde, se le lleva al mercado y se le vende...

Después, cuando ya se dirigían a tomar de nuevo el hipagogo, Benasur le dijo a Zintia:

—Entre tus sentimientos y las ideas de Mileto vais a acabar conmigo. ¿Cómo comprendéis que el mundo pueda caminar si no restalla el látigo?

—Tú tienes talento suficiente para hacer que tu mundo camine sin necesidad de látigo. Por eso todos los que te conocen quieren estar a tu lado: como perros, como benditos.

Capítulo 11

La pregunta de Mileto

Mileto regresó de su breve viaje de exploración a Onoba. Benasur lo esperaba con ansiedad, pues deseaba saber de él un dato que no se refería ni remotamente a los negocios.

Lo hizo pasar al tablinum y paladeando unos sorbos de licor de Chipre escuchó al escriba toda la información que traía, por cierto muy completa y detallada, de la situación en que se encontraban las fundiciones y herrerías, así como de su funcionamiento a manos de unas cuantas familias que se regían por las viejas costumbres turdetanas.

Mileto se extendió con entusiasmo al exponer las posibilidades de ampliación de las instalaciones metalúrgicas, de modo que en un momento dado pudieran producir las armas y las piezas metálicas de los carros con que se pensaba equipar el proyectado ejército de Benasur. Mileto no omitió ningún detalle sobre las prácticas que regían el trabajo de las herrerías, lo moderno de las herramientas utilizadas, los salarios que se pagaban, el costo de vida, y, en fin, todo lo que concernía en lo social y económico a la industria metalúrgica.

Benasur interrumpió varias veces a Mileto para pedir aclaración de algún detalle, o bien para interesarse por determinado aspecto de la cuestión. Y cuando todo estuvo dicho y comentado, el navarca felicitó a su escriba por la diligencia puesta en la labor. Desde ese momento Benasur adoptó una actitud expectante, si bien algo disimulada para que no la notase Mileto. Y antes de que éste hiciese la pregunta que Benasur esperaba, aún hablaron de las cosas de Gades, especialmente del proceso y de la salud de Zintia.

El judío aprovechó que la charla cayera sobre la joven para comenzar a bordear, de un modo indirecto, la cuestión; para suscitar en Mileto, por analogía del tema, la pregunta:

—Zintia continúa recuperándose, pero poco a poco... Me parece que esta muchacha anda mal del temperamento, de los nervios como tú dirías... No sé lo que le ocurre... ¿Crees que esté enamorada? ¿Y de quién?

Mileto hizo un gesto de ignorancia. Y casi con indiferencia contestó:

—Posiblemente esté enamorada. Pero a su edad el amor es cosa tan vaga como irritante. No creo que sea el amor... Zintia tiene el terror en el cuerpo. Hay que ser comprensivos, Benasur. Zintia ha salido con vida milagrosamente del ergástulo de Celso Salomón... Y cuando aún no se había recuperado en lo moral (pues todavía las cicatrices la perturban y preocupan), recibe un golpe de dardo que por casualidad no la mata, pero que le destroza todo el hombro... Si tú no hubieras demostrado tanto interés por que Osnabal le borrase las huellas del flagelo, Zintia no tendría ahora ese amor, esa vanidad tan exagerada por su piel... Son las nuevas cicatrices, el sufrimiento, la pena que ellas le producen, las que no permiten que se recupere...

Benasur no hizo ningún comentario. Dejó abierta la pausa de Mileto intencionalmente. Y, en un instante, las dos mentes debieron de coincidir en la misma idea, pues el escriba soltó la pregunta, la que esperaba el navarca:

—¿No ha llegado carta de Raquel?

Benasur había esperado con impaciencia ese momento. Había pensado muy certeramente que Mileto le formularía la pregunta, pero de pronto sintiose turbado. Él contaba con su astucia, mas no con que los celos le removerían el alma para nublarle por unos segundos el juicio.

—No, no ha llegado nada...

Y se quedó mirando fija, escrutadoramente, a Mileto. Éste no disimuló un gesto de contrariedad. Y ajeno a la inquisición de que era objeto por parte de Benasur, comentó:

—¡Es extraño!

—¿Qué te extraña, Mileto? —replicó el judío.

—Que Raquel no haya escrito...

—¿Cómo que Raquel...? No te entiendo.

—Sí. Raquel ya tuvo tiempo de contestar a mi carta de Siracusa...

—¿Tu carta de Siracusa? ¿Acaso tú escribes a Raquel? —Mileto rio.

—Le escribo las cartas que tú me ordenas contestar... En fin, uno sin querer, se interesa...

—Perdóname, Mileto. No tengo la cabeza en su sitio... También yo estoy un poco fatigado... No sé dónde estaba cuando me preguntaste si había llegado carta de Raquel. Sí, ha llegado una. Muy larga por cierto. No he podido acabar de leerla. Estoy demasiado preocupado con esos malditos équites para prestar atención a las extravagancias que de un tiempo a esta parte escribe Raquel... Es curioso. Por lo poco que he leído, parece que ya no renuncia al amor... Supongo que has logrado convencerla en mi última carta... Ni recuerdo haberla leído. ¡Quién sabe qué cosas le habrás dicho!

Mileto, con tono ligero, casi regocijado, contestó:

—No, no la has leído, Benasur. Las últimas tres cartas que he escrito a Raquel no te molestaste en leerlas. Estabas, como siempre, con el pensamiento puesto en Gades... Ahora lo pondrás en Onoba o en Garama...

El judío se levantó y sacó del cajón de un armario varios pliegos cornelianos.

—Léela en voz alta. No tengo ahora cosa mejor en que perder el tiempo que en escuchar a Raquel...

Mileto cogió el rollo. Se acercó a la lámpara y leyó:

—Raquel, hija de Elifás, en Jerusalén, a Benasur de Judea, en Gades.

»Contesto a tu última carta, amado mío, con la alegría de una nueva declaración: confesarte que nuestro amor, por lo menos mi amor, ha renacido como si el corazón fuera capaz para un mismo amor de dar retoños, igual que la entraña de una madre da hijos. Es el mismo amor, pero pluralizado y quizá crecido... Y me hacía tanta falta, amado mío, esta réplica de un nuevo amor sobre la existencia de nuestro amor primero...

Benasur observaba atentamente a Mileto. En realidad, no entendía lo que le decía Raquel, pero Mileto, si tampoco lo entendía, fingía entenderlo dada la viveza de expresión, la cordialidad y tibieza del timbre de su voz, dado el acento con que parecía enfatizar algunas de las palabras.

—... es como ser una nueva mujer, sin haber dejado de ser la misma; pero tú, amado mío, has sabido atender la voz de mi reclamo, reconociéndola en su aparente disfraz como el agricultor reconoce, en cada vendimia, el color y el sabor de los nuevos frutos de sus viñedos...

Benasur pensó que ahora Raquel ya no le decía «amado Benasur», «hermano Benasur», «esperado Benasur», «impaciente Benasur», «niño Benasur». No. Desde hacía dos o tres cartas, Raquel, fuera de poner su nombre en el encabezamiento, al referirse a él le decía «amado mío», «mi amado», «mi nuevo amor», «amor encontrado», «dulce retoño de mi corazón», «hermano dilecto», «hombre soñado».

Se quedó mirando a Mileto. Lo encontró transformado. Ya desde Siracusa, Mileto dio en cuidar con escrupulosa atención de su atuendo. Con el salario se había comprado varias togas, de buen lino, que hacían los doce pliegues maestros de que hablaba Petronio. Las mismas sandalias y botas eran finas, y cuidaba muy bien de que las puntas de los cordones, rematadas en bolitas de plata, quedasen del mismo tamaño. En las túnicas se ponía una tirilla púrpura al cuello, sobre la cual nada había reglamentado en el ceremonial del Palatino romano, pero cuyo uso y derecho nadie se atrevería a discutir a un hombre a quien Severo Quintino, pretor de ceremonial de la corte, había anunciado al césar Tiberio como «honorable escriba de protocolos».

Benasur no lo sabía, pero sospechaba que las *subuculae* o túnicas interiores que usaba Mileto serían inconsútiles. Ninguna de estas cosas molestaba a Benasur. Le agradaban. Y sentíase complacido de que el griego hubiese ido depurando su gusto y aumentándolo por el buen vestir, por los adornos refinados, por los ademanes solemnes, señoriales. Sí, Mileto se había transformado. Benasur sentía una especial vanidad al comprobar que las gentes que le rodeaban se

superaban por una especie de contagio. Ahora, Mileto, que acababa de llegar de viaje, se había presentado impecable, como si el sol y el polvo del camino hubieran respetado su cutis, sus ropas, su calzado... ¡Qué lejos de aquel Mileto de Corinto, en aquella curiosa, a veces triste contradicción de audacias y de apocamientos, de insolencias y humillaciones! Aquel Mileto de Generes, que con él había subido al Regium vestido con la pobreza de un paria, de un esclavo, pues el salario de usura de Aristo Abramos no daba para más. Aquel Mileto con los ojos asombrados para todo lo del barco... Aquel pobre diablo que quería escapar en Paros ante el terror que le producía Skamín; aquel Mileto, pícaro y claudicante, servil, que había distraído con sus acertijos al pirata...

Sí, Tiberio le había tocado y Mileto, noble materia, al recibir la voz y la mirada del César se sintió dignificado. El día que el griego salió de la audiencia con la ciudadanía latina se convirtió en otro hombre...

—... pues vuelvo a contar los días que faltan, hermano de mi corazón —continuaba leyendo Mileto—, para que volvamos a reunirnos. Y yo te aseguro que mi corazón está tan rebosante de ternura, que el encuentro tendrá todas las alegrías y gozos de nuevos esponsales...

Quizá la voz de Mileto, de tan cálida y emocionada, se había enronquecido. Benasur reconoció que Mileto leía bien. Mileto había nacido para hacer bien todas las cosas: leer, escribir, pensar, conversar. A veces se apasionaba demasiado en la charla y se lanzaba a la disputa. Mas sabía persuadir. Era uno de esos hombres que al pasar por la vida dejan huella pública o anónima entre sus semejantes, y que con su ejemplo dignifican la existencia que otros se empeñan en envilecer.

Benasur no esperaba una deslealtad de Mileto. El griego sería capaz de discutírselo todo a gritos. Sería capaz de condenarlo ante el juicio de la Divinidad, pero nunca llegaría a traicionarlo. Estaba seguro de ello. Como estaba seguro de que las cartas de Raquel le emocionaban, le conturbaban. Si Mileto —como sospechaba Zintia— se hallaba enamorado epistolarmente de Raquel, el griego nunca

revelaría su amor. Y moriría, aunque le flagelasen para la confesión, con el secreto.

No. No sería él —seguía pensando Benasur— quien le retirase la confianza a Mileto. «¡Tú serás grande, Benasur!», le había dicho un día Daván, alzándolo en sus brazos, que tenían la fortaleza del Señor. Sí, y Benasur —le gustaba reconocérselo a sí mismo—, si ya no lo era, iba para grande. Y sería grande porque era incapaz de la menor mezquindad. Él no conjugaba los verbos pequeños, inferiores consigo mismo. No. Ante una virtud minúscula, impracticable, prefería el pecado opuesto, mayúsculo: odiar. Sí, él era capaz de odiar ante la imposibilidad insuperable de amar al prójimo: ese prójimo vago, amorfo, que se perdía hecho masa por los confines de todos los mares, de todas las tierras.

Recordaba que cuando conoció a Mileto nunca pudo darse una idea de su edad. Aparentaba tener cuarenta años, porque los frescores de la juventud estaban secos en su alma. Sólo su mente parecía a veces juvenil, casi infantil, siempre y cuando no especulase filosofías. Después se fue rejuveneciendo. Ya en Roma se aproximaba a su edad. Pero donde su aspecto físico, su vigor y a veces su semblante risueño coincidió con los veintiséis años que tenía, fue en Siracusa. A pesar de esto. Mileto adquirió una mayor madurez. Como si el fruto de su saber anduviera ya seco en su interior, en una íntima, secreta tragedia del espíritu...

—... que son tantas las pequeñas noticias que te doy, que temo aburrirte. Pero no dejaré esta carta sin hacer de tu conocimiento que mi amiga María, la de Magdala, se incorporó al grupo de mujeres que sirven y siguen al Nazareno, que es, como ya te he dicho, un santo y un profeta, y quizá algo más que las dos cosas juntas; que tales son el amor, la devoción, la confianza y la fe en la nueva doctrina que despierta. Si no te acuerdas de quién es María, la recordarás con este dato: es aquella joven que en la Pascua de hace tres años fue nuestra huésped...

No, no se acordaba de María de Magdala. Se acordaba ahora de Joamín, que tenía una hija que se llamaba Miriam. También el banquero Massamé tenía una hija. Le había salido puta, y estaba en Toletum. Buen castigo para el perro de Joamín que también su hija

le saliera puta. Y que para más escarnio se fuera a hacer comercio con su cuerpo a Samaria.

Mileto le sacó de sus pensamientos.

—Es todo —dijo.

—Me has emocionado, Mileto... ¡Cómo se reirá Raquel cuando te conozca y sepa que tú contestabas sus cartas!

El escriba empalideció. Y para disculparse, para no tener que hacer ningún comentario, se llevó la copa a los labios:

—Está rico el licor, Benasur... ¿Me permites que vaya a saludar a Zintia?

—Vete. Pero no la excites. Háblale de cosas sedantes... Zintia me ha insinuado su amor. ¡Son curiosas las mujeres! La tengo destinada a un príncipe y se fija en un cualquiera, en un pobre judío...

Mileto se volvió.

—Sabes, Benasur, que eso no es cierto. Tú puedes estar equivocado. Y la primera víctima de esa posible equivocación quizá seas tú. Pero tú no eres un cualquiera ni un pobre judío... ¡Sólo faltaría eso! ¡Que tuvieras la facultad hasta de degradarte! No toques las cosas que son incumbencia del Señor.

Sí, Mileto era terriblemente sutil. Pero Benasur se rio. Cogió el rollo de pliegos cornelianos que su escriba dejó sobre una mesita y los guardó en el cajón del armario.

Capítulo 12

La puñalada en Paros

Mileto —acompañado de otros maestros metalúrgicos— volvió a Onoba con instrucciones precisas de Benasur. Después de dos largas conversaciones sobre el plan a desarrollar en aquella ciudad, el judío accedió a que su escriba pusiera en práctica una serie de ideas que el griego tenía sobre los diversos aspectos de la explotación y producción en las fundiciones y herrerías de Onoba. Probablemente el proyecto de Mileto —que el navarca motejaba de «ensayo nocivamente filantrópico»— iba a costarle algún dinero en forma de pérdida de tiempo, pero se animó a aceptarlo no tanto por la curiosidad de conocer sus resultados, como porque el fracaso sirviese a Mileto de escarmiento.

La situación en Gades iba mejorando y Benasur, más desentendido cada día del proceso y de la acción judicial, dedicaba su atención al desenvolvimiento de los negocios. Pero a las pocas fechas de haberse ido Mileto, una nueva y desconcertante noticia le hizo volver a la agitación de los primeros días.

Una noche, hallándose acostado, se le presentó en casa Siró Josef. En cuanto lo pasaron al cubículo del navarca, su socio le dijo:

—¿No sabes la noticia que acaba de traer un birreme tesalonicense? ¡Skamín ha sido asesinado!

Benasur se echó de la litera.

—¡No es posible!

—Lo acribillaron a puñaladas al salir de una taberna... La versión que corre en Paros es que Roma se ha vengado de las humillaciones que tuvo que sufrir durante veinte años.

Benasur se quitó la túnica de dormir y comenzó a vestirse. En realidad, a tanta distancia y ante un hecho consumado, nada tenía que hacer; pero comprendía que tenía que estar en pie. El asesinato de Skamín era el más terrible golpe que podía darse a su prestigio de navarca puesto que él había sido negociador y garante de ambas partes.

—¿Qué barco ha traído la noticia?

—El Atlante, del naviero Philomon.

—¿Conoces al capitán?

—Yo no, pero sí Akarkos...

Se vistió apresuradamente. Y salió en seguida rumbo al puerto en compañía de Siró Josef.

—¿Qué piensas de esto, Siró?

—Es sospechosamente raro que en el espacio de un mes hayan intentado eliminar a los dos protagonistas de la rendición. Tú te has salvado, pero no así Skamín. ¿Qué hay detrás de todo esto?

—No creo que sea Roma —repuso Benasur.

—Ni yo tampoco —opinó Josef—; pero habría que preguntarse qué gentes se han sentido lesionadas con la rendición de Skamín. En principio, sus capitanes.

—No, Siró. Skamín, que era muy astuto, tuvo la precaución de deshacerse de ellos...

—Los especuladores de trigo...

—No fueron los especuladores de trigo los que atentaron contra mi vida en Gades. En ese caso los dos atentados no guardarían relación entre sí.

Benasur dio en seguida con quiénes podían ser los criminales: los équites. Lo comprendió en el instante en que Siró Josef le dio la noticia. Mas no poseía los suficientes elementos de juicio para fijar con acierto tal sospecha. El asesinato de Skamín le producía dos cuantiosos beneficios: el ahorro de la anualidad concertada y al mismo tiempo la posesión de sus flotas de paros, que Skamín le había dejado en depósito mientras negociaba su venta. Pero, al mismo tiempo, esos beneficios personales que se derivaban de la muerte de Skamín lesionaban gravemente su prestigio, pues pondrían en sospecha su lealtad en la negociación. ¿No podía

creerse que Benasur había patrocinado el asesinato del pirata para quedarse con su fortuna, para no tener que hacer frente a los compromisos contraídos?

Pasaron al Aquilonia para recoger a Akarkos. El Atlante se hallaba atracado muy cerca, en el mismo muelle. Preguntaron por el capitán del barco, que era un focense amigo de Akarkos, y les dijeron que estaba en la taberna La Tortuga, al lado de la basílica Náutica.

Encontraron al capitán con una mujer. Se llamaba Trófimo. Tardó mucho en darse cuenta de que los tres hombres iban a buscarlo. Se hallaba reclinado en la única litera que había en la taberna y con tres copas enfrente. La mujer, pintarrajeada y demacrada como todas las rameras del puerto, le servía con una solemnidad ritual en las tres copas de cada una de las ánforas que estaban sobre la mesa. El capitán bebía un sorbo de vino tinto, luego de vino blanco y por último del vino oscuro. La mujer sorbía los restos que quedaban en las copas. Y reía. Reía sin que lograse hacer mover una sola facción del rostro del marino.

—Sólo un focense, señor del mar, puede beber así. Sospecho que tengo ante mi vista al capitán Trófimo —dijo Akarkos.

Trófimo alzó con pereza la vista. Y vio ante sí a su paisano el capitán Akarkos. La última vez que estuvieron juntos había sido en Odessa. Cenaron, se acordaba muy bien, en un mesón del puerto. Después se fueron a una casa de mujeres. Pero se equivocaron de farol. El farol de las casas nocturnas y públicas en Odessa es rojo, como en Roma, y no verde como en Gades. Pero una raya en blanco distingue las casas de mujeres de las casas de efebos, que en Odessa tienen en vez de raya un círculo. Entonces él, por pereza, ya no quiso buscar la casa de las mujeres y se quedó en la de los efebos, y Akarkos se fue a dormir con una vieja apestosa que había encontrado en la calle. Eso le había pasado a Akarkos por remilgado.

Trófimo vio al lado de Akarkos a un sujeto que le miraba fijamente mientras se llevaba a las narices un pomo de vidrio fenicio. Y al lado de éste, a un gigantón. Conocía al gigantón. El gigantón era el famoso Siró Josef, con naves que tendían un puente por la mar bravía, por el Atlántico, de Gades a la Britania, ¿para qué le buscaban aquellos sujetos?

—¿Quieres que tomemos una copa de buen vino en otro lugar? —Invitó Akarkos.

Trófimo se limpió la boca con la mano. Sonrió y bajó la vista, mejor dicho, los párpados, que le pesaban fatigosos. Respondió:

—¿Mejor que éste? He viajado mucho como tú lo sabes, Akarkos, y en ninguna parte se bebe un vino tan sabroso como el de Bética. Pero no hay que tomarlo con agua, como hacen los inciviles romanos. Este vaso contiene vino de Malaca, que es dulce como la uva madura. Te deja el paladar a tono para tomar este rojo, que es fuerte y áspero. Después me tomo un sorbo de vino de Hispalis... Pero no quiero moverme de aquí. Esta mujer que veis me ha rascado la espalda, y yo os aseguro que en el amor resultará una bestia sin gusto para la función, pero rasca con más dulzura y acierto que una nereida... Acompañadme vosotros. Dime quiénes son tus amigos, aunque por demás está que me presentes a esta columna de Heraklés que es Siró Josef. Pero al otro no lo conozco. ¿Cuál es tu nombre, amigo?

—El navarca magnífico, Benasur de Judea —presentó Akarkos.

Trófimo se incorporó en la litera; levantó la mano y descargó un golpe a la mujer. Como si fuese presa de un súbito ataque de cólera, vociferó:

—¡Vete de aquí, abominación de mujer! ¿Cómo te atreves a dar la espalda al magnífico Benasur?

Luego le arrojó una moneda, que la mujer levantó del suelo de paso que iba a una mesa donde bebían y gritaban unos marineros.

—¿Quieres echarte, magnífico Benasur?

Dada la solicitud con que se mostraba el capitán, Benasur se aprovechó para proponer:

—Te agradecería vinieses a mi barco para que pudiéramos beber unas copas y charlar con comodidad.

Trófimo aceptó. Pagó la cuenta y los cuatro hombres abandonaron la taberna. En el trayecto. Trófimo insistió en que la mujer le había rascado la espalda con una pericia singular. Hacía tiempo que no había encontrado una mujer con tan difícil habilidad. Para Trófimo nada era comparable a una mano de mujer con finas uñas acariciándole la espalda. El vino sabía más sabroso, y le entraba una

suave somnolencia que lo llevaba delicadamente, sin transiciones sensibles, a los brazos de Morfeo. Lo importante para Trófimo era saber dormir la bebida.

Cuando entraron en el comedor del Aquilonia, Benjamín les sirvió unas copas, y Benasur planteó la cuestión:

—Me interesa mucho, honorable Trófimo, que nos cuentes cómo fue la muerte de Skamín, si es que lo sabes.

—Puedo informarte a entera satisfacción, navarca Benasur. Ocurrió ante mi presencia, ante mis propios ojos. Y bien listo tuve que andar para librarme de una puñalada...

El capitán Trófimo contó el encuentro con Skamín en la taberna. Que el pirata estaba acompañado por tres amigos. Que con él había bebido unas copas y que en la charla el pirata se mostraba muy contento de su nueva vida, si bien sentía la nostalgia del mar. Que para mitigarla pensaba quedarse con tres naves de poco bordo para traficar, por distracción, en el Egeo. Cuando el capitán Trófimo abandonaba la taberna, llegó un individuo que le dio un recado a Skamín. Éste se levantó diciéndole a sus amigos que le esperasen.

—Coincidimos a la salida —continuó Trófimo—. Skamín dio unos pasos hacia el muelle, y en eso se acercaron a él cinco individuos y lo cosieron a puñaladas... Yo grité pidiendo auxilio, pero los asesinos huyeron... Esa misma noche tuve que declarar en la prefectura del puerto. No se pudo averiguar nada.

—¿Y qué conjeturas se hicieron en Paros?

—Se insiste mucho que el salario de los asesinos lo pagó Roma. Las autoridades han desmentido por todos los medios esta versión. Pero los romanos de Paros dicen que el único interesado en la muerte de Skamín eras tú, Benasur. Para quedarte con su flota, que tienes en depósito; para no pagarle las anualidades convenidas. Unos dicen que son cinco millones, otros ocho. No falta quien diga que son veinte.

—¿Y tú qué opinas, Trófimo?

—Yo opino, pero no doy testimonio, Benasur. Yo presto mis servicios al naviero Philomon y no quisiera que por andar en líos de curia me viera obligado a retrasar la salida del Atlante. Tú eres navarca y sabes comprenderme. Repito, pues, que no doy

testimonio. Y te diré que, sabiendo lo que ha pasado aquí, en Gades, es presumible que fueron los caballeros quienes mataron a Skamín. Los mismos que quisieron acabar contigo acabaron con Skamín. ¿No está clara la cosa, Akarkos? Y te digo más, navarca: que no detendrán ahí la venganza. Los équites están por todo el mundo y tienen mucha cohesión, muy fuertes ligas entre sí. Son muy poderosos y no pararán hasta hacerte sucumbir, Benasur. Los has echado de Gades, de Bética. Pero son fuertes en Cesarea, en Alejandría, en Joppe, en Cidonia, en Rodas, en Corinto... Tú sabes muy bien que en Cesarea de Mauritania cuentan con la simpatía de Ptolomeo, y que Poncio Pilato, en Cesarea de Palestina, es hechura de los équites. Es todo lo que puedo decirte.

El capitán confirmó con amplitud de conjeturas la sospecha de Benasur: los que habían asesinado a Skamín no pretendieron sino apuñalar su prestigio.

Esa noche Benasur se quedó a bordo del Aquilonia. Escribió una larga carta al emperador Tiberio quejándose del asesinato de Skamín y acusando a los équites del crimen. «Estos caballeros —decía— han querido hacer recaer sobre mí la más vil de las sospechas. Pero tú, ¡oh César!, sabes cuán recto soy en mis tratos y cuán limpio en mi conducta. Son los équites, los mismos que trataron de asesinar a tu humilde y leal socio Benasur, los que asesinaron a Skamín. Y en prueba de ello me anticipo a renunciar, a tu favor, a la flota de Skamín de la que me hizo depositario mientras lograba su venta, para que tú dispongas de ella como creas conveniente, vendiéndola y dedicando su producto a las obras de beneficencia que tú indiques, o bien adjudicándola a la armada romana. Por otra parte, yo continuaré desembolsando los ocho millones de sestercios convenidos a Skamín para que tú dispongas de ellos con igual fin. Y me comprometo a pagar todo gasto de investigación que origine la búsqueda y captura de los asesinos, que, en su criminal obcecación, no han pensado que al mismo tiempo que trataban de empañar mi buen nombre de concertador de pactos lesionaban tu imperial prestigio, terminando con una vil emboscada aquello que iniciamos y llevamos a cabo tan caballerosamente tú, amadísimo césar Tiberio, en nombre de Roma, y yo, tu devoto

amigo, en nombre del desdichado Skamín.» La rabia había hecho ser sincero a Benasur.

Despachó la carta en un barco de Celso Salomón que salía en las primeras horas de la madrugada para Roma. También envió una orden a su central de Siracusa, para que ésta hiciese saber a todos los tripulantes de las naves de la compañía, que aquel que diese un dato cierto que ayudara a la captura de los asesinos de Skamín sería recompensado con cinco mil denarios. Y quien lograra entregar a uno de ellos, recibiría un premio de diez mil.

Al día siguiente, al mediodía, que llegó uno de sus barcos de la flota de Rodas, recibió correspondencia. Entre ella venía una larga carta de Myna, que le daba la noticia del asesinato. Pero le decía más: Me he enterado de que el caballero Máximo Celio, que está desterrado por el césar Tiberio en Paros, anda soliviantando a las gentes de Skamín contra tus naves. Y ayer ocurrió el primer incidente cuando trataron de prender fuego a tu barco Cnido que te llevará esta carta. El capitán te explicará todo.

Capítulo 13

La guerra en marcha

A pesar de las medidas tomadas por Benasur para devolver la prosperidad perdida a Gades, la ciudad se recuperaba con cierta lentitud. Las grandes fortunas que no habían sido lesionadas con la pérdida de los valores navieros y mineros, cerradas las perspectivas de un libre tráfico, huyeron siguiendo a los équites. En los barrios ribereños, allí donde estaban los astilleros, la población artesana y obrera conoció una época de intenso trabajo, pero este ligero desahogo de las clases humildes no llegó a reflejarse en la ciudad, que había sido próspera en la opulencia que le daban con su vida de boato los caballeros del Orden Ecuestre.

Muchas de las industrias que pasaron a manos de Benasur por hallarse hipotecadas con Bacó cayeron en poder de capitalistas poco expertos y, frecuentemente, sin recursos necesarios para sostener la producción. El navarca, interesado sólo en sus negocios, se deshizo de ellas rápidamente, cediéndolas a alto precio, pero en liberales condiciones de pago, cosa que animó a muchos mercaderes mauritanos a adquirirlas. Las industrias de salazón pasaron a manos de los conserveros de Lixus, sin mucho interés por mantener una explotación que les hacía estrecha competencia.

Sin embargo, en la región de Onoba, señalada con la predilección de Benasur para sus proyectos, se registró un auge tan vertical que caían al puerto verdaderas masas de emigrantes lusitanos. Es cierto que en Onoba el poder ecuestre no constituía la columna vertebral de la economía. Por otra parte, Benasur no iba a Onoba a levantar una vida económica nueva sobre las ruinas de la vieja, sino a

estimular y a fomentar con nuevas fuentes de trabajo la ya existente.

Mileto no se arredró con el enorme poder y, al mismo tiempo, con la gran responsabilidad con que lo distinguió Benasur. Además, formado de cierto modo en «su escuela», había aprendido a valorar la audacia como el más feliz y eficaz recurso en las situaciones difíciles. Lo primero que hizo al llegar a Onoba fue ponerse en tratos con los talleres de herrería. Contrató con toda felicidad cinco años de producción de «instrumentos no especificados». En seguida comenzó la organización de nuevas herrerías, mucho más importantes que las existentes, y para no despertar recelos entre los industriales nativos puso su explotación bajo la dirección de los jefes onubenses.

Al mismo tiempo creó el Banco Turdetano, donde abrió cuenta en daricos oro a los propietarios de las herrerías. Contra estas cuentas los herreros podían girar por adelantado hasta el límite del valor de la producción trimestral, mas como el Banco pagaba intereses sobre los depósitos, los herreros no sólo no retiraron dinero sino que engrosaron las cuentas con sus ahorros de oro. Conjuntamente con esto creó una gigantesca tienda, al modo de los bazares de Ciro, con toda clase de artículos, pero principalmente de primera necesidad y a precios más bajos que los del mercado. Como todas estas ventajas estaban ligadas con la industria metalúrgica, los vecinos de Onoba y aldeas vecinas procuraban contratarse en las herrerías.

A los expertos en metalurgia que se llevó consigo, en vez de ponerlos en la dirección técnica de las herrerías —cosa que podía haber herido la susceptibilidad de los onubenses—, los dedicó a escuelas de aprendizaje, en las que tuvo buen cuidado de que acudieran hijos y parientes próximos de los propietarios y jefes de las fundiciones y herrerías, de modo que fueran hombres del mismo clan y de la misma ciudad los que, con métodos técnicos perfeccionados, corrigiesen a sus mayores, mejorando y ampliando la producción.

En fin, en todo lo que contrató y organizó Mileto tuvo buen cuidado de hacer que la introducción de Benasur en Onoba no pareciese la de una fuerza extraña que se imponía en provecho

propio. Supo suscitar el interés colectivo —que, en definitiva, beneficiaba a Benasur—, pero a través del interés particular de los propios nativos. Así el repentino auge que se extendió por la ciudad y sus poblaciones próximas acreditaron los negocios de Benasur como una bendición del cielo, y los turdetanos de toda la Bética que aún seguían con docilidad las prácticas de trabajo y economía, de producción y ahorro de las viejas fórmulas tradicionales, comenzaron a peregrinar desde todos los puntos de la provincia hacia Onoba. Y hubo gentes que se trasladaron desde Gades, y que no comprendían que el hombre que había sido funesto en la antigua Gadir fuese signo exponente de prosperidad en Onoba.

Mileto no llevó ninguna idea bancaria especial ni mucho menos monetaria a Onoba. Al mes de estar en la ciudad, el Banco que había abierto nada más para manejar los fondos que le dio Benasur destinados a las primeras contrataciones era un próspero negocio, pues los depósitos en daricos aumentaron en más de cien mil unidades. Mileto con sus métodos «filantrópicos» logró crear entre los onubenses ese clima de confianza que tan decisivo, tan saludable resulta para la vida económica de los pueblos. Y muchos daricos atesorados bajo tierra salieron a la luz y, por distintas corrientes, se fueron canalizando hacia el Banco Turdetano.

Las escuelas fueron el punto donde Mileto cifró su interés. Las reglamentó con tal acierto, que, con el tiempo, Benasur habría de reconocer lo provechoso de su régimen. Destinadas en principio a los artesanos, a los familiares de los jefes de las herrerías, abrió el paso a la manumisión de los esclavos. Todo esclavo que saliese con el grado de oficial de temple de la escuela pasaría a los talleres, y sin que se le restase ningún porcentaje del salario, a los cuatro años de trabajo consecutivo sería manumiso por el Banco Turdetano, que pagaría el precio de liberación. Esta medida tan generosa fue la que distrajo a Mileto en más complejas pláticas con los fundidores y herreros, que veían en semejante reglamentación un peligro para las fórmulas viejas y básicas, seculares de la explotación. Pero, al fin, logró convencer a los jefes de la industria —que se manejaban en lo económico y social como caciques de tribu—, haciéndoles ver que la industria prosperaba más con un régimen liberal que con

reglamentaciones estrechas, más propias para ser aplicadas a la explotación de la tierra.

Convenios, organización de trabajo, programas de producción los estableció de acuerdo con la doctrina de Benasur: en impersonal articulación, de modo que todo ello una vez puesto en marcha no se detuviese, cualesquiera que fuesen las personas que estuvieran al frente de los negocios.

Por lo que correspondía a la producción, la industria onubense se había puesto a fundir y a fabricar las piezas para los tres tipos de carros —según los estudiados planes de Mileto—, los cuales, de apariencia inofensiva, debían constituir las grandes falanges móviles del ejército. Con el fin de que esta producción masiva de ejes, llantas, cubos y planchas de blindaje no despertase sospechas entre los propios turdetanos, Mileto —siempre siguiendo las instrucciones de Benasur— fomentó una industria, especialmente en trabajos de bronce y cobre: collares de decurión, brazaletes, hebillas, hombreras, empuñaduras, broches, tachuelas, insignias. Adminículos todos de ambigua especificación, pero que en su tiempo habrían de encontrar —como las empuñaduras, en las hojas de hierro— su complemento. También una cantidad muy crecida de puntas de dardo con ápice de anzuelo. Esta producción debería desarrollarse por cinco años, al segundo de los cuales, ya seguro Benasur de la impunidad de su manufactura y de su buena marcha, se comenzarían a fabricar las espadas largas y cortas, las corazas, los escudos, las puntas de lanza.

Para que la fabricación de accesorios no interfiriese la de piezas de carro y no fuera tampoco excesiva, Mileto la planeó a base de turnos especiales. Con el importe de estos salarios estableció el ahorro de la dote, pues interesaba en aquella manufactura a la gente joven que estaba en las escuelas y a los aprendices de las herrerías. Así resolvía el problema que tenían los jóvenes turdetanos con el pago en oro de la dote que el padre de la novia exigía.

Al taller que Mileto prestó una especial y vigilante atención fue al de muestras, donde se ensayaban toda clase de artículos. Y al mismo tiempo que se elaboraban contadas piezas de vajilla, espéculos, horquillas, cuchillos, estuches, etcétera, se fabricaban

también espadas y machetes, lanzas y corazas, en mayor cantidad, pero no tan excesiva que pudiese despertar sospechas. Mileto estudiaba y probaba concienzudamente estas armas: su temple, su dureza, su resistencia y poder de penetración. Aunque las armas eran las únicas piezas que le interesaban, fingía igual interés por las vajillas, por los espéculos, y se mostraba exigente en el acabado y eficacia de éstos para poder producirse con igual escrúpulo sobre las armas.

Al cumplirse los dos meses de estar Mileto en Onoba, pudo mandar a Benasur veinte cajas con centenares de ejemplares de todos los productos. Las piezas de los carros, así como sus flejes y chapas de ajuste y articulación, fueron las que ocuparon más cajas.

Con las cajas, Mileto envió a Benasur lista detallada de los ejemplares. El navarca acogió con satisfacción la remesa y contestó a Mileto felicitándole. Y un día Mileto recibió instrucciones para que toda la producción la embarcase en dos naves gaditanas que llegarían a Onoba. El total de la mercancía iba destinado a Lixus. También le ordenó que mandara muestras de las piezas de los carros a Carthago Nova, a fin de que Sexto Afro, su regidor en aquella ciudad, iniciara la fundición y pulimento de iguales materiales.

Mileto, al recibir la noticia, pensó: «Benasur ha puesto el pie en África. Ya nadie detiene la guerra».

—Quiere decirse que ya has empezado la guerra —dijo Siró Josef.

—Quizá —contestó Benasur.

—¿Y qué confianza tienes en Silpho?

—La misma que tengo en ti.

Siró Josef se acercó a la ventana a contemplar el tan conocido, el tan familiar paisaje del puerto y del mar. Aquello era la paz. Y no se avenía a admitir que esa paz estaba amenazada; que Benasur había puesto el pie en África.

—¿Y si Abumón no acepta?

—Tiene que aceptar, Siró. O él o yo. Si se opone, le haré entrar en razón. Desde ahora no puedo dar un paso atrás, Siró. Y necesito la ayuda de los doce. Necesito cincuenta millones oro, Siró.

Siró Josef palideció.

—No seré exigente. Me contento con que Abumón acceda a venderme Oasis Cydamos...

—Eso despertaría las sospechas de Roma...

—Roma está muy lejos de Oasis Cydamos, Siró. ¿Sabes cuántas millas las separan?

—No sé. Podrán ser dos mil...

—No. Roma y Oasis Cydamos están separadas por una muralla de funcionarios subalternos todos sobornables, que, al ver el oro, cegarán y no verán sino lo que yo les diga; que al sonarles el oro ensordecerán y no escucharán más que el viento del desierto. Pero no seré tan cándido que me deje coger los dedos. Compraré Cydamos con cinco millas a la redonda de arena del desierto. Haré un reino. En él entronizaré a Shubalam, que casará con Zintia. Y allí se armarán los veinte mil carros... Yo necesito Oasis Cydamos de arsenal. Allí tengo que almacenar el armamento; los cueros para las botas, para los cinturones; las lanas para los uniformes. Si el rey Abumón no acepta, que sí aceptará, Oasis Cydamos hará la guerra al reino garamanta. Con mi ejército lo ocuparé en dos días. Y antes de que Roma se dé cuenta, tendré miles y miles de garamantas, de etíopes, de númidas, de leptinos... ¿No comprendes que sin llegar a esos extremos podemos operar, armarnos y levantar un ejército con vistas a la conquista de la Libia meridional? En el desierto nadie podrá descubrirnos ni hacernos la guerra antes de que nosotros estemos preparados para ella. Y no te olvides de que las caravanas son nuestras.

—No quiero restarte capacidades de estratega, Benasur. Pero tú eres un mercader, el más hábil mercader, lo acepto, que he conocido. Mas la guerra es otro negocio. Antes de nada debes formar tu consejo de militares que te asesoren, que pongan en práctica tus planes. La misma producción de armamento necesita ser inspeccionada, vigilada, regulada por un perito en el arte de la guerra...

—¿Crees que no he aprendido bastante con Tacfarinas? No seré yo el que me ponga al frente de los ejércitos semitas, Siró Josef. Yo lo que quiero hacer es el instrumento indispensable para levantar un

gran ejército. A cualquier hombre inteligente y ambicioso que le presentes ese instrumento no vacilará en ir hasta el fin.

—Yo veo tan peligrosa la aventura, que vuelvo a decirte que te daré mi apoyo únicamente si consigues la alianza de los garamantas. Sabemos que los garamantas son guerreros. Están instruidos militarmente y con los mauros fueron los que hicieron mejor papel en la guerra de África... No te obceques, Benasur. Eso de Oasis Cydamos no tiene base... Y si para las flotas habías puesto el ojo en Skamín, ya puedes ir pensando en otro hombre...

—No, no había pensado en Skamín. Para dentro de siete años u ocho, Skamín hubiera estado ya demasiado viejo. He pensado en Akarkos. El capitán del Aquilonia cobra su salario de guerra hace tiempo. ¿Tú crees que Akarkos es un ocioso? Pregúntale hoy mismo cuántas naves de guerra hay en Misenum, cuántas en Ravenna, cuántas en Massilia, cuántas en Alejandría... Tiene informes al día. Sabe las naves que cada año quedan fuera de uso. Conoce los lugares de aprovisionamiento y los escondites que hay en cada archipiélago. Sabe qué capitanes de nave pueden hacerse cargo de una flotilla... Pero te diré más: el odio ha hecho de la guerra mi vocación, Siró Josef. Pregúntale al tribuno Acio cuántas legiones tiene en la actualidad Roma y cómo las tiene distribuidas. No podrá decírtelo porque lo ignora. Yo lo sé como el prefecto Sejano: nueve legiones en el Rhin para sujetar a galos y germanos; tres en Hispania, dos en África, dos en Egipto, cinco en Siria, dos en la ribera del Danubio, otras dos en la Dalmacia. En total, ciento treinta y ocho mil hombres armados, si bien no todos veteranos. Agrégales tres mil de las tres cohortes de la Urbe y veinte mil de diez pretorias itálicas. En las provincias hay cohortes y centurias que suman setenta y cinco mil hombres, la mayoría de los cuales son auxiliares e indígenas del lugar en que prestan servicio, sin experiencia ni ambiciones por el collar de centurión. Pero yo los sumo como buenos. En total, doscientos treinta y seis mil hombres no todos armados como yo equiparé a los nuestros. En el desierto líbico podemos reunir fácilmente quinientos mil hombres. Ésa es la fuerza que opondremos en tierra a Roma. Y en mar, bástete saber esta desproporción: actualmente Roma tiene catorce vetustas naves

rostradas —de la victoria actiaca— en la costa gala. Para ahí solamente destinaré cuarenta de las doscientas naves que saldrán este año de los astilleros béticos con botalón, tajamar y quilla de una sola pieza... Ven, acércate... Ve las naves de las ciudades confederadas. La más moderna tiene cincuenta años...

Benasur se había acercado a la ventana y señalaba a Siró Josef cuatro viejos birremes.

—Desengáñate, Siró Josef —continuó—, no es con la fuerza como Roma mantiene la unidad del Imperio; es con la cobardía de los demás. La cobardía que fomenta la paz y la prosperidad. Pero hay pueblos que no quieren la paz porque están acostumbrados a la vida dura. A un grito tuyo, esos pueblos se levantarán de las arenas del desierto como la nube de un simún... Da a esos hombres una causa, alucínalos con un buen botín y ponles en la mano una espada que no se melle y una lanza que no se rompa, y conquistarán en un abrir y cerrar de ojos a Roma... ¿Acaso dudas del éxito de la empresa? ¿No ves que yo acabo de estar en la Urbe, que he visto a Tiberio decrépito y desencantado, sembrando a su alrededor voracidades y antagonismos con su dual actitud? ¿No sabes que Roma está dominada por la molicie; que un empleado mío como Cayo Vico sirve el vino en copas de vidrio fenicio; que los prostíbulos ofrecen a las pupilas como sacerdotisas de Cibeles? ¿Y qué hago yo, sino aniquilar a la clase más sana, como tú dices, por interés y deseo de la casta senatorial que, incapaz de gobernar al mundo, se dedica a expoliarlo?

—Es imposible dudar del éxito oyéndote —dijo Siró Josef—. De cualquier modo tengo que reconocer que tú hablas hoy igual que ayer, que hace quince años, con el mismo ardor, con la misma fe, con idéntico impulso juvenil. Yo, sin embargo, me encuentro envejecido... Me gusta asomarme a esta ventana y mirar, mirar al Océano, siempre con la esperanza de que en el horizonte surja una nave colosal venida de tierras fabulosas...

Y en seguida, sacudiendo la cabeza, concluyó:

—Bien, Benasur. No es necesario insistir. Ya te he prometido mi ayuda y cuenta con ella. Concretamente: ¿cuánto?

—En cinco años necesitaré cincuenta millones oro. Me contento con que tú aportes este año uno. Pero no ahora. Será cuando nos reunamos la próxima Pascua en Jerusalén.

—Para entonces debes llevar la aceptación de Abumón, rey de Garama.

Capítulo 14

El minio de Sisapon

Benasur y Zintia paseaban frecuentemente por la calzada de Heraklés. Una tarde, de regreso a la casa, se encontraron con Havila, el regidor de Benasur en Gades que había ido a Sisapon para tomar posesión oficialmente de las minas.

—¿Has encontrado oposición, hostilidad?

—Sisapon es un infierno, Benasur. ¿Con qué gesto quieres que me vieran aquellas gentes? Pero ese infierno produce maravillas como ésta...

Y Havila sacó de una caja varios objetos azogados, entre ellos un espéculo de cobre. Benasur abrió los ojos asombrado. Nunca había visto un metal tan brillante, tan luminoso. El cuchillo, el estuche, la jarrita que habían sido tratados al minio parecían estar elaborados con el más precioso metal que vieran ojos humanos. Luego Havila extrajo de una bolsa un puñado de escorias también azogadas, que maravillaban por los destellos que salían de los granos y aristas.

—¿Te asustan? También yo me asusté cuando los vi —dijo Havila. Sí, Benasur estaba asustado. Como si aquellos objetos fueran manufacturados por ángeles o demonios, por seres sobrenaturales.

—Pero ¿qué metal es éste? —preguntó, mientras acariciaba con sus dedos la bruñida superficie de los objetos—. ¡Mírate, Zintia, mírate en este espéculo!

Zintia cogió el espéculo y fue tan grande su estupefacción al verse reflejada con toda propiedad en él, que lo apartó miedosa como si se tratase de un embrujo, de un artefacto de hechicería. Se puso intensamente pálida y se quedó mirando con labios temblorosos, con los ojos exorbitados, el espéculo.

Havila, que ya estaba curado de la magia de aquella prodigiosa laminación, dijo solemne y seguro, plenamente satisfecho de dar una gran noticia a Benasur:

—No es ningún metal nuevo, Benasur. ¡Es minio! ¡Es el metal movedizo, inestable, de Sisapon! Unos esclavos egipcios que trabajaban en la mina han logrado esta maravilla... ¡Pero está perdida! Los hombres que lograron fijar el minio al metal y al vidrio prefirieron morir en el tormento antes de descubrir el secreto. Decían que habían logrado dar con el método de azogado por revelación divina del dios Amón y que como secreto divino no se lo revelarían a los hombres... Los expertos romanos han tratado de hallar el procedimiento. Han llevado a Sisapon vidrieros y metalúrgicos de Corduba, de Carthago Nova, sin ningún resultado...

Benasur metió las manos en la bolsa y sacó un montón de escorias. Brillaban como una extraña, desconocida gema. Y cuando oyó decir a Havila que todo aquel montón de escoria no valía más que uno o dos sestercios, pensó en las provechosas aplicaciones industriales que el minio podía tener en la manufactura de adornos, alhajas, utensilios de ornato femenino.

—¿Cuándo ha sucedido esto, Havila?

—No hace más de un año...

—¡Es más hermoso que el oro y la plata, que el electro de Corinto!

—Sí, transforma el más miserable metal en la más brillante y seductora materia. Y nadie sabe cómo se ha logrado. Se han hecho ensayos al ácido en frío y al ácido en caliente, por aleación, por fijación a presión, por preparados a la laca... Se sospecha que los egipcios utilizaron el mismo método que los antiguos tebanos en las lacas metálicas. Pero ha sido imposible dar con la fórmula... Si se pudiera dar con ella, las posibilidades comerciales...

Benasur pensó en ese momento cómo relucirían las corazas que estaban saliendo de las herrerías de Onoba si fuesen abrillantadas con minio. Se imaginó ya su ejército con los soldados acorazados brillando sobre las arenas del desierto como si llevaran en sus pechos un sol encendido... ¿Quién sería capaz de oponer resistencia a un ejército que así flameaba, que lanzaba tantos haces de luz de sus espadas, de sus lanzas, de sus corazas?

Aquella invención era tan importante como la del fuego. Era la captura, la posesión de la luz. Benasur, bajo la influencia de su asombro, pensó que la Humanidad alcanzaba las más trascendentales conquistas de su progreso.

En unos cuantos días Gades pasó de la depresión a la bonanza. El movimiento de su puerto no había disminuido, y la presencia de Benasur en la ciudad provocó el arribo de muchos más barcos que traían mercancías e inmigrantes de distintos puntos. Como los astilleros estaban en una inusitada actividad y las carpinterías no daban abasto para cubrir los pedidos que el navarca les había hecho de armazones, ruedas y lanzas de carros, toda la gente que llegaba a Gades encontraba fácil acomodo. Muchas familias seguían rumbo a Onoba, de la que se hablaba con el entusiasmo con que en los viejos tiempos se había hablado de Ofir, de Cnossos, cuyas minas de oro enriquecieron a los audaces. Especialmente de Carthago Nova llegaban obreros especializados en metalurgia atraídos por la fama de prosperidad que de súbito adquirieron las fundiciones y herrerías onubenses.

Al mismo tiempo, sobre Gades cayeron innumerables artículos orientales, traídos de Antioquía y Alejandría por orden de Benasur. Pues el navarca quería aprovecharse de la prodigalidad de los gaditanos para recuperar parte de lo que daba a la población por concepto de contrataciones.

Surtió a Bética de todos los instrumentos y artículos que consideraba necesarios para el desarrollo intensivo e ininterrumpido de su plan, y tan halagüeñas eran las perspectivas, que hizo importantes cambios en sus regidores. Destinó a Havila a Onoba y trajo a Gades, que se convertía ahora en el centro de sus negocios, a un hombre tan experimentado como Darío David. Quizá con el propósito de que Darío David, que era el primer regidor de los negocios navieros y orientales de Benasur, extendiera sus conocimientos y dominio a la industria minera. A Siracusa envió a Mara-Dum, que estaba en Alejandría, y en esta ciudad dejó a un tal Sid Falam, que hasta entonces había hecho de segundo de Sarkamón. A Corduba destinó a Gavo, que en Gades hacía de segundo de Havila. Y en Carthago Nova dejó a Sexto Afro, el regidor

que los équites tenían en las minas Vulcania. Este Sexto Afro en la visita que hizo a Benasur dejó plenamente satisfecho al navarca, tanto por sus conocimientos mineros, cuanto por el ánimo de lealtad que mostró hacia el nuevo amo. De cualquier modo, estos y otros cambios los dejó sujetos a rectificación, de acuerdo con las necesidades y conveniencias que se fueran presentando. Darío David quedó convertido en el brazo derecho de Benasur en Bética.

Desde muy joven el judío había tenido aversión al negocio bancario porque en la banca «lo único que se mueve es el dinero, pero no el hombre». Mas el éxito obtenido por Mileto con la creación del Banco Turdetano le animó a abrir un establecimiento similar en Gades con el mismo título. Y lo abrió, claro está, en la vía de Balbo el Mayor, en un edificio más alto y más moderno que el de Bacó. Aprovechándose de la ejecución por vía sumaria de uno de los créditos ecuestres, se apropió por un precio muy ventajoso del inmueble, y allí trasladó las oficinas que tenía en el edificio de Siró Josef, y las recién creadas de los negocios béticos, además del Banco, al que destinó la planta baja.

No se explicaba por qué razón Mileto había titulado Turdetano al Banco abierto en Onoba. Hasta entonces estos establecimientos llevaban el nombre de los propietarios o de la compañía, pero nunca el de un pueblo. Benasur sospechó que tras esa denominación habría alguna de las ideas filantrópicas de Mileto; pero en seguida tuvo oportunidad de comprobar que el nombre despertaba mayor confianza a la gente, como si un banco que se apellidaba con el nombre del país diera más garantías de solvencia. Y en realidad era así, pues a nadie le cabía en la cabeza pensar que un establecimiento que se llamaba Turdetano pudiera defraudar ni especular usurariamente con los propios nativos. Y tuvo la satisfacción de observar que el Banco Turdetano de Gades se viese beneficiado por el mismo fenómeno que favoreció al instituido por Mileto: las gentes acudieron a él para depositar sus ahorros en daricos comunes y en daricos leonados —o más propiamente cretas —, en dracmas y aun en siclos. No faltaban tampoco las fabulosas «estrellas» de Salomón acuñadas en oro de Ofir. Es decir, todo el oro que se guardaba enterrado, que no circulaba, y que salía de la tierra

en las grandes solemnidades, con motivo de alguna boda, para encargar al orfebre tal objeto suntuario o alhaja.

Puso al frente del Banco a un empleado muy aventajado de Massamé, que en seguida demostró su competencia.

El césar Tiberio tardó en contestar a Benasur, mas su carta, aceptando la información que le daba sobre el asunto de Skamín, contentó en extremo al navarca. El Emperador se mostraba francamente indignado y le decía que había dado órdenes de capturar a los asesinos y hacer con ellos y sus instigadores un escarmiento ejemplar. Probablemente la codicia de Tiberio había quedado muy satisfecha con el ofrecimiento que Benasur le hizo de las flotas del pirata y de las anualidades «para buenas obras», porque agregaba: «Discúlpame, carísimo Benasur, que haya tardado en felicitarte por haber salido bien del criminal atentado de que fuiste víctima en Gades. He sido informado con detalle de que ciertos caballeros romanos, burlando las insignias cesareas, aún trabajan en la sombra para traerte daños y males y dividir a esa muy noble ciudad con la discordia que provocan las bajas pasiones. Espero, y así lo hago saber por conducto administrativo, que los tribunales de Gades obren con toda diligencia y todo rigor, pues si el castigo severo contrista a quien ha de aplicarlo, alíviale el saber que el desorden, la agitación y la irreverencia para los mandatos superiores dañan nocivamente la salud del Imperio».

Con esta carta de Tiberio, Benasur movió a la Curia, la cual discriminó jurisdicciones expeditamente y mandó en un barco a los reos de delito de majestad y a los inculpados que se amparaban en el derecho de ciudadanía.

Capítulo 15

La doncella de Gades

Un mediodía, cuando Benasur llegó a casa a la hora del almuerzo, un criado le hizo saber que Zintia quería hablarle inmediatamente.

El judío pasó a la habitación y encontró a la joven con los ojos llorosos.

—¿Qué sucede, Zintia? —le preguntó en tono recriminatorio.

—¡Es horrible, Benasur! ¡Acabarán por matarte! Debemos salir de aquí... —Y la joven le mostró un puñal, agregando—: Mira, la criada lo encontró esta mañana escondido bajo tu cama...

—¿Ah, sí? ¿Qué tiene de particular? Ese puñal yo lo tengo siempre a mano... ¿Es ésa la causa de tu aflicción? Pues olvídalo... ¿Cuál fue la criada que lo encontró?

—Sila... haciendo la limpieza. Pero no le digas nada. Ella obró de buena fe...

—No. Voy a decirle que lo ponga en el mismo lugar en que lo encontró, y que en lo sucesivo deje las cosas en su sitio...

Benasur salió de la alcoba y llamó a Sila. Se encerró con ella en el tablinum. Mostrándole el puñal, le preguntó:

—¿De dónde lo has sacado?

—De la litera, esta mañana cuando la estaba limpiando. Las camas hay que limpiarlas en verano con mucha frecuencia para que no aniden las chinches, señor... Estaba puesto ahí, a la vuelta del travesaño. Si tú no lo has colocado, alguien lo ha escondido. Tiene que ser una persona que vive en la casa...

—Desde luego, pero ¿por qué crees que lo han puesto ahora y no que podía estar desde hace tiempo; que tu amo Siró Josef lo tuviese escondido y a la mano por si recibía una desagradable visita?

—No lo puso mi amo porque hace dos días hice la limpieza de la litera y no estaba...

—¿Estás segura?

—Segura, señor. ¿Te digo lo que pienso?

—Dilo.

—La persona que quiere usar este puñal contra ti vendrá a visitarte hoy mismo o mañana...

—Tú ¿de dónde eres?

—De Carteia, señor —repuso la criada.

Conocida la rivalidad entre los nativos de Carteia y Gades, Benasur le dijo:

—Quiere decirse que la que ha puesto el puñal es de Gades, ¿verdad?

—Sin duda, señor. Y si me lo pides, te podría dar su nombre.

—No es necesario que me lo digas ahora. Yo te voy a dar un premio, si bien no me gusta que se lo hayas dicho al ama Zintia. Se ha asustado demasiado. He tenido que decirle que ese puñal yo mismo lo había puesto ahí..., ¿comprendes? Tu ama Zintia no debe enterarse de nada. Guarda silencio.

Benasur dio unas monedas a la criada y volvió a recomendarle la mayor reserva sobre el asunto.

Después del prandium se acostó. Suponía que la persona que había maquinado su muerte vendría ese día a verlo. Por tanto, ordenó que a todas las gentes que preguntasen por él las hiciesen pasar una a una al tablinum. Y en efecto, a media tarde comenzaron a llegar los peticionarios de costumbre. De todos ellos, sólo tres le llamaron la atención: un joven que solicitaba empleo; una mujer madura con aspecto de proxeneta que se interesaba por unas joyas que le habían dicho estaban en poder del judío, y una adolescente, llamada Flora, muy flaca y consumida, muy gesticulante, que, según le dijo, se hallaba al borde de la desesperación.

Con estas tres personas Benasur empleó distintos métodos para obligarlas a denunciar sus intenciones. La más sospechosa de todas fue Flora, que, sentada cerca de la litera, daba muestras de incontenible nervosidad. Mas ni por asomo se le ocurrió mirar a la

parte inferior de la litera, ni hizo gesto o movimiento que indujera a pensar en un acto de violencia.

Cuando se quedó solo, invitó a Zintia a salir de paseo. El descubrimiento del arma logró deprimirlo. Se le había quitado el humor de ir al centro de la ciudad y prefirió distraerse en un paseo hacia el templo de Heraklés. Le irritaba esta persistencia molesta de chinches, de mosquitos, de piojos, que empleaban los équites. Tuvo la evidencia de haberse puesto contra una muchedumbre de individuos, cada uno lesionado en su interés personal, y capaz, por lo mismo, de tomar venganza. No necesitaban estar confabulados. Como el despecho era igual en todos, el rencor y el odio de cada uno los movía como si respondieran a un solo mandato.

Benasur optó por fingir buen ánimo para no preocupar a Zintia. Ésta, como siempre que salía con el navarca, no podía ocultar su satisfacción. Con una sonrisa de complacencia miraba a ambos lados de la calzada, hacia las estrechas franjas de tierra cultivada. Era más azul, más limpio el mar occidental, pues el de levante se enturbiaba con la impetuosa corriente del Cilbus que salía al mar Océano en una boca gigante, frente a Gades.

—¿Sabes lo que dice Mileto? —habló Zintia—. Que cuando sea viejo, vendrá a Gades a vivir en una de estas casitas y a escribir sus memorias... Se traerá una flauta y apacentará a las cabras...

—Es más seguro que apaciente a las nereidas. Es un sano proyecto, al que yo me sumaría, pues asegura que uno llegará a esa edad que se dice la ancianidad... ¿Has pensado alguna vez en llegar a vieja, Zintia?

—No. Ni lo pensaré nunca. Creo que no llegaré ni a la plenitud de la juventud. Presiento que moriré muy joven...

—¿Por qué?

—No lo sé. Es un presentimiento. Llevamos una vida demasiado azarosa. Eso dice Mileto.

—Si la vida no tuviera esa apariencia de hecho azaroso —repuso Benasur—, nos sentiríamos demasiado protegidos. Sin embargo, los viejos, ya con la vida vivida, no sienten menor inquietud que tú... Pero cambiemos de conversación.

—¿Te gusta este mar?

—Mucho.

—No alcanzaremos a verlo en invierno: oscuro, frío y encrespado.

—¿Estaremos mucho tiempo en Gades?

—No mucho. Mis proyectos son salir pronto para Lixus, a fines de verano. Luego bajaremos al desierto y en caravana, deteniéndonos en algunos puntos, iremos hasta Garama... En Garama no sé cuánto tiempo estaremos. Garama te gustará. Es una ciudad distinta a las demás. De Garama bajaremos a Leptis Magna, y de allí iremos a Alejandría, donde estaremos dos meses. En Alejandría tomaremos el Aquilonia para ir a Joppe. Y en la Pascua entraremos en Jerusalén. Después de la Pascua, volveremos a Garama para que te cases con Shubalam...

—¿Y después, Benasur? —preguntó Zintia.

—Después, el Señor dirá... —repuso el judío.

—¡Ah!... Pero yo podría decirte la continuación. Yo me casaré, según tus deseos, con Shubalam y yo le daré uno, dos, tres, hasta diez hijos a Shubalam. Pero ni Shubalam ni yo podremos disponer de nuestros hijos, porque el magnífico Benasur ordenará todo lo concerniente a su crianza y educación. Y uno será navarca, y el otro será banquero y no faltará el estratega ni el gran sacerdote. Pero ninguno levantará el dedo sin que lo autorice Benasur. Y habrá uno destinado a rascarle la planta de los pies al magnífico Benasur, porque en ello tú encontrarás recreo. Y no podrán llorar, ni toser, ni enfermarse sin que Benasur lo disponga... Y la madre de esos hijos terminará por aborrecerte. Y ellos te aborrecerán también. Y si tengo una hija no pararás hasta casarla con el hombre que a ti se te antoje o te convenga, que será, sin duda, un hijo de alguno de tus socios... ¿Sigo la historia, Benasur?

—Tienes demasiada fantasía, Zintia. Y hablar así es perder el tiempo. Lo que yo te estoy diciendo es lo verosímil. A principios de invierno estaremos en Garama, y allí conocerás a Shubalam...

Después de la cena, la criada entró en el tablinum para decirle que alguien deseaba verle.

—¿De quién se trata, Sila?

—No quisiera equivocarme si sospecho que viene a hacer uso del puñal...

—No aventures opiniones. Dime su nombre.

—Cosía Poma, señor...

Cosía Poma. ¡Qué lástima! Porque Benasur se había sentido seducido por aquella joven, que tenía cuerpo de gadirita y alma de romana. ¡Qué triste que Cosía Poma fuera la propietaria de aquel puñal! ¡Qué triste también que la circunstancia fuese tan grave, tan extremadamente grave que no permitiese una tregua o un gesto de indulgencia al perdón y al olvido!

—Tráeme primero el té de opio y después de que me lo sirvas, dile a Cosía Poma que pase.

Todavía Benasur abrigó la esperanza de que la supuesta criminal no fuera Cosía Poma o, en caso de serlo, que surgiera algún imprevisto, un hecho o incidente fortuito que la hiciese desistir de su propósito. Deseó también que si la gaditana hacía el ademán de coger el puñal, él no lo percibiese. Cosía Poma comprobaría que el puñal era una imitación con hoja de pasta y no iría a más. Todo esto lo deseaba Benasur porque desde el primer momento le había impresionado la belleza de Cosía; porque le había gustado el mirar de sus ojos, la pulpa de sus labios, el perfume de su cabellera. Y él no la llegó a tocar, porque Cosía Ponía tenía la integridad moral, toda la virtud de una doncella romana de los viejos tiempos.

Cuando la criada le dejó el té, hizo pasar a la joven Cosía. Venía tapada con el tupido manto del primer día. Benasur cerró la puerta.

—¿Tienes algo más que reclamarme, Cosía Poma?

—No, generoso Benasur —contestó la joven descubriéndose el rostro—. Mi visita no tiene más objeto que venir a expresarte, ya restituidas, el agradecimiento de mi madre y el mío propio.

Mientras hablaba, Benasur le ayudó a quitarse el manto. Cosía vestía una túnica de seda muy sutil, muy vaporosa y muy ceñida al cuerpo.

—Te diría que no era necesaria la visita, si no fuera por el placer que me produce verte de nuevo. Yo no he hecho más que cumplir con mi deber, después de que tan elocuentemente me hiciste saber cuál era...

—Hay otra cosa, Benasur... —dijo la joven sentándose en la litera.

—¿Otra cosa? ¿Cuál? —replicó el navarca.

—Quisiera rescatar el documento que te dejé firmado.

—¿Es que me niegas el derecho que él me concede?

—No te lo niego. No tendrás necesidad de pagar por mí tres ases... ¿Me entiendes, Benasur?

Cosía Poma se había tendido sobre la litera y la posición adoptada no era propia de una joven honesta.

—No, no te entiendo...

—Es posible que no sea muy clara, Benasur... Si me dieses una copa de vino quizá me atreviera a explicártelo más claramente... Yo estoy muy agradecida a tu generosidad; me siento profundamente impresionada por tu gallardía. Has sido comprensivo y caballero con una viuda y una pobre huérfana... Desearía mostrarte que aquello a lo que puse el más miserable y deshonroso de los precios estoy dispuesta a otorgártelo sin compromiso y sin paga. ¿Comprendes?

Benasur comprendió muy bien. Tan bien que no supo qué contestar. Y la mudez de sus labios era del mismo silencio espeso que se había originado en la habitación. Cosía Poma supo con ese silencio que Benasur había comprendido. Pero los dos se miraron sin verse porque sus ojos no querían encontrarse en una misma y equivocada complicidad. «¡Qué pena! —volvió a decirse mentalmente Benasur—. Cosía Poma viene a entregarme su virginidad a cambio de quitarme la vida. Sería un proceder no carente de heroísmo y digno de elogio si esa vida no fuese la mía.»

No quería perder un solo movimiento de las manos de la joven. Sin embargo, Cosía Poma no hacía ningún ademán que no fuese natural. Debía de tener la seguridad de que el puñal, el verdadero, estaba en su sitio. Pero como la seguridad la tenía Benasur de que el arma había sido sustituida, no tuvo que fingir mucho para mostrarse seducido por las insinuaciones de Cosía Poma.

Sacó del armario licor de Chipre y dos copas:

—¿No quieres una taza de té de opio?

—No me gusta, Benasur.

Desde ese momento, Cosía Poma comenzó a actuar de un modo astuto. De no estar prevenido, Benasur no lo habría notado. Pero en posesión del verdadero motivo de la visita, podía observar con espíritu suspicaz la conducta de la joven. No cabía duda que había

pensado y repensado, quizá ensayado una y otra vez el modo de hacerse con el arma en un mínimo de movimientos. Debía de haber decidido con claridad el instante preciso en que apuñalaría a Benasur. Es muy posible que la visita de la vez anterior no hubiese sido sino un pretexto para ver, observar la disposición de la pieza, el lugar en que estaba la litera. Pero lo que había olvidado era el ensayo de la función femenina que iba a ejercitar. Una mujer sólo se entrega, sin experiencia, por amor. Sin pasión, la conducta provocativa, un tanto licenciosa, resultaba forzada. Todos los movimientos que hacía la joven parecían carentes, no ya de amor y de deseo, sino de azoro, de esa natural torpeza que da el pudor. Cosía Poma iba a entregarse a Benasur en un acto mecánico, y si bien había calculado fría y certeramente dónde asestarle la puñalada, se encontraba completamente ayuna de conocimiento para el acto de la entrega.

Benasur jugaba con esta impericia haciéndose el remolón, como si no entendiera las insinuaciones de la joven. Quizá en su intimidad esperaba que un accidente casual, un hecho fortuito hiciese a la joven cambiar de parecer, dejar el crimen para mejor ocasión.

Ahora Cosía Poma, tumbada en la litera, hacía resaltar el juego de curvas que perfilaban un lado de su cuerpo. Traía la cintura estrechamente recogida, aprisionada con un cíngulo de seda bordada y con dos hebillas de oro que figuraban dos cabezas de lobo mirándose retadoras. La fina, rica trama de la túnica dejaba entrever en incitantes transparencias las seducciones de un busto breve que los hombros desnudos, anchos y ligeramente ascendentes hacia el cuello, hacían más tentador.

—¿Cuántos años tienes, Cosía Poma?

—Acabo de cumplir veinte...

—¿No tienes novio?

—Sí. Sólo para una noche: tú, Benasur.

Se quedó mirándola fijamente. ¡Qué bello era el dibujo de su boca! Ningún labio sobresalía del otro y el inferior se remetía para hacer más redondo el mentón. Los pómulos daban una inquietante angulosidad a su rostro y en la mejilla izquierda se abría la gracia de

un hoyuelo. Pero la mirada de Cosía Poma era fría, demasiado inquisitiva, y negaba la espontaneidad de su actitud de abandono.

—Eres muy joven, Cosía. Apenas una adolescente. ¿Tú has pensado que si yo sintiera por ti un noble sentimiento renunciaría a esta noche?

—¿Con qué objeto, Benasur? Acaso admitida una tan remota posibilidad, ¿te disgustarían las primicias?

—No es tan remota —repuso él con un dejo de melancolía—. Me gustaría haberte conocido en otras circunstancias.

—En otras circunstancias habría sido imposible —replicó Cosía.

Lo dijo con un extraño tono, ignorando que Benasur estaba en el secreto. Mas él no se atrevía aún a aceptar el móvil criminal que había llevado a la joven hasta el tablinum.

—¿Has viajado? —le preguntó.

—Poco. Por la Bética. De niña me llevaron a Roma. De Roma sólo recuerdo los elefantes y los camellos del Campo de Marte. Estuve un invierno, hace dos años, en Tingis. ¿Por qué?

—Porque pienso que, a veces, cuando uno no sale lo bastante de su país no llega a apreciar todo el valor, todo el encanto que tiene la vida.

—Quizá...

—Si tú viajaras, creo... No sé, Cosía Poma. ¿No te agradaría hacer un viaje conmigo?

La joven apuró de un sorbo el contenido de la copa.

—Sí, Benasur. Me gustaría. Siempre que ese viaje lo iniciara esta noche prendida de tus brazos... —Y tras una pausa, con una voz velada por la emoción, pidió—: ¿No quieres apagar la lámpara?

Benasur ya no tuvo qué oponer. Apagó. Por un momento se quedó quieto en medio del tablinum, agudizando el oído. Pensó si Cosía Poma sacaría el puñal para clavárselo en el momento de acercarse al lecho. Poco a poco sus ojos se habituaron a la débil luz que llegaba del exterior por el montante de la puerta. Vio la mancha de Cosía, que seguía en la litera. Se acercó a ella y a tientas le buscó el rostro. Se lo hubiera acariciado. Hubiera pasado sus dedos por los párpados, por los labios, pero el perfume de la cabellera de la joven lo enardeció, y en seguida sintió sus brazos oprimiéndole la espalda.

Durante el arrebato pasional, Benasur se dio cuenta del momento en que la joven hurgó bajo la litera. Y sintió el golpe en su espalda. Cosía Poma también debió de enterarse en seguida de su terrible fracaso. Porque Benasur percibió que tras aquella puñalada frustrada no tenía entre sus brazos sino un cuerpo inerte, apagado.

Y llegado el momento de encender la lámpara, vio el rostro de la joven gaditana nublado por una sombra; con los ojos llameantes de odio y decepción, con la boca contraída en un rictus de amargura. En el suelo, apenas escondido bajo la litera, estaban el mango y los restos del simulado puñal.

—¿Otro sorbo de licor, Cosía Poma?

—No —dijo como si escupiera la negativa—. Tengo la boca amarga, tal como si me hubiera besado un canalla...

—¿Acaso te he defraudado?

Cosía Poma se empezó a vestir con prontitud, como si quisiera abandonar la casa lo más rápidamente posible. El judío dijo:

—Siento que tu sacrificio haya sido completamente inútil. Cuando los hombres mandan a las mujeres a que hagan lo que ellos deben hacer, esos hombres merecen que les pase lo que les está sucediendo a los équites.

—¿Qué quieres decir, Benasur?

—Que tú y los que te mandaron os equivocasteis conmigo, Cosía Poma. Quizá pensasteis que yo era un perro judío que el primer día que venías a ofrecérteme por tres ases me aprovecharía de la ocasión para hacerte mía. Ese día traías el puñal contigo...

—No sé de qué me hablas... Y déjame ir.

—No, Cosía. No te dejaré ir. Sabe el Señor que hice lo posible por evitar tu desgracia. No te irás sin que me digas quiénes te mandaron, quiénes son mis enemigos... Podría llevarte a la Prefectura y con el escrito que me has firmado dar tu nombre a la vergüenza pública. Pero con eso sólo lograría despertar hacia ti la conmiseración de las gentes y yo hacerme más aborrecible. No, Cosía Poma. Este negocio es mío, «nuestro». Si para la medianoche no me has escrito la lista de los instigadores, saldrás de aquí para ser conducida a un barco. Y ese barco te llevará a un pueblo de la Mauritania, donde serás vendida en el mercado de esclavos. No

volverás a saber ni de tu madre, ni de Gades, ni sus caballeros. ¿Sabes por qué te doy ese castigo, Cosía Poma? Porque has jugado con lo que más nubla la razón del hombre y con la prenda más preciada de una mujer. Tu sacrificio quedará en silencio, en el anónimo. Toda tu vida recordarás haber entregado tu virginidad a un hombre que no te la pidió, a un hombre a quien del modo más vil quisiste engañar y matar.

Y apurando más, agregó:

—Tu desaparición inquietará a los que te mandaron. Acabarán por descubrirse... ¿Sabes quién te denunció? Tu misma cómplice. Ella te acompañará hacia la esclavitud, y las dos correréis igual suerte por distintos caminos, si te niegas a descubrir a mis enemigos.

Cosía Poma ni protestó ni insultó a Benasur. Se dio cuenta de todo y se derrumbó en la litera de su fracaso, anonadada. Lo único que logró fue aliviar el pecho de la enorme angustia que la oprimía rompiendo a llorar muy quedamente. No lloraba por su desgracia, sino por su frustración.

A medianoche volvió Benasur. Cosía Poma permanecía sentada en la litera con el rostro apoyado en las manos. Parecía tan ensimismada que no se dio cuenta de la entrada del judío. Si éste le hubiese dejado la puerta abierta, no habría hecho ningún intento por escapar. Su padre, comprometido en la conspiración, se había suicidado para librarlas a ella y a su madre de la ruina. Benasur, de haber apurado su curiosidad por conocer la verdadera situación económica de las dos mujeres, habría averiguado que no existía tal ruina. Por tanto, Cosía Poma era una de esas mujeres que lo sacrifican todo en un alarde de generosidad. Ni la riqueza ni la vida misma le importaban gran cosa si había de jugárselas en una causa noble. Mucho menos podía importarle haber entregado sus primicias de mujer a un hombre, por mucha aversión que le tuviera. Lo que sentía era no haberlo matado, no haber liberado a Gades de aquel judío intruso, no haber eliminado a aquel hombre que de la noche a la mañana se había convertido en un feroz enemigo del Orden Ecuestre. Era este fracaso el que la anonadaba y le daba el atroz presentimiento de haber inutilizado para siempre su vida. La intriga elaborada en la prisión por los conjurados había sido tan perfecta

que no podía frustrarse. Y, sin embargo, alguien había descubierto el puñal.

—¿Has escrito la lista? —preguntó Benasur.

Cosía Poma apenas cambió de gesto. Tenía los ojos vidriosos, minerales más que húmedos. Su mirada era vaga.

—¿Qué lista? ¡Ah, no! No pierdas el tiempo. Haz lo que tengas que hacer, Benasur. Todos los males que me caigan serán alivio a mi torpeza.

Lo dijo de un modo sereno, como si hablara con palabras viejas y ajenas. Benasur sintió con un principio de admiración hacia la joven un sentimiento de despecho; porque Cosía Poma era la primera mujer que se rebelaba, que se mostraba indiferente a su persona y a su poder y riquezas. Y sentíase ahora confuso en sus sentimientos y torpe en sus ideas. El «caso Cosía Poma» no tenía precedente. Por primera vez fallaba el mecanismo de la oferta y la demanda. Sí, Cosía Poma llegó a ofrecerle su cuerpo a cambio de su vida. Era una transacción imposible. Sin embargo, Cosía Poma había intentado hacerla válida. Y ahora, fracasada, se resignaba a haber perdido. Y no reclamaba la restitución del precio pagado sin causa.

—¿Me odias? —preguntó el navarca curioso de conocer la reacción de la joven.

—No todavía, Benasur. Apenas he empezado a despreciarme...

—¿No se te ocurre pensar que yo pudiera ser indulgente contigo?

—No.

—Te cortarán de raíz la cabellera...

—Espero que me arranquen de cuajo las uñas.

El judío se quedó maravillado de aquella entereza. Él no se equivocaba. Desde el primer día le había impresionado Cosía Poma.

—Lo siento. No insisto. No volveremos a vernos.

Benasur abrió la puerta y entraron dos hombres fornidos, provistos de flagelo. Traían con ellos a la sirvienta cómplice que había escondido el puñal. Los hombres comenzaron a amordazar a las dos mujeres. Benasur salió.

—No os olvidéis de darme su cabellera —les dijo.

A Cosía Poma le cortaron el pelo. Después desnudaron a las dos y les pusieron el sayo de esclavas. Avanzada la madrugada, las

condujeron en un carro al puerto.

Benasur comprendió con el suceso de Cosía Poma que las riendas que refrenaban y contenían el crimen ya estaban rotas, y que el potro amenazaba con arrastrarlo en aquel desbocamiento.

Pensó seriamente que ausentándose de Gades aplacaría tantos ánimos criminales. Por fortuna, las cosas ya estaban encauzadas y en Bética tenía a Darío David. Todo consistía en anticipar el viaje a Garama...

El prefecto Sabino Acio llevó con sagacidad la investigación. La cómplice de Cosía Poma había sido esclava del mayordomo de Savio Coro —uno de los équites detenidos—, antes de que la comprara Siró Josef. El nuevo atentado contra Benasur fue fraguado en la cárcel. Esto alivió al judío de la preocupación de que todavía otros enemigos estuviesen emboscados. El mayordomo de Savio Coro fue encarcelado, y los soldados fingieron que las ropas de la joven Cosía habían aparecido en la casa de aquél. Con esto se instruyó sumario al mayordomo por violación y asesinato de la bella gaditana, pues, sometido a tormento, «se declaró» convicto y confeso del crimen.

Benasur visitó a la madre de Cosía. Seguramente ignoraba la aventura en que estaba envuelta su hija, pues se mostró amable con el judío. Cuando se despidió, dijo a la matrona:

—No pierdas el ánimo. Tengo el presentimiento de que tu hija vive...

Pero la señora comprendió que Benasur se lo decía como simple fórmula de consuelo. La confesión del asesino no dejaba lugar a la menor esperanza.

Después, Benasur escribió a Lamo Silpho, en Lixus. Éste hizo por orden de Benasur la ficción de comprar a Cosía Poma en el mercado de esclavos donde fue ofrecida. Y Silpho le aherrojó el cuello con la cadena y la placa de propiedad que ostentaba una sola inicial: B.

Benasur tenía ya una esclava. Silpho la destinó a una de las propiedades que poseía en el interior de la Mauritania.

Mileto abandonó Onoba con cierto disgusto. No llegó a encariñarse todo lo que hubiera podido con su empresa, porque sabía que Onoba no era más que una parte del programa de Benasur.

El navarca felicitó al escriba. Y fue generoso con él. Pero el griego recibió un disgusto en Gades, proporcionado por una carta de su amo Aristo Abramos.

Mileto le había escrito varias veces. En todas ellas dejó escapar la insinuación de lo inseguro de su vida, de lo ambiguo de su estado; siempre con la esperanza de que su patrón se decidiese a señalar un precio a su libertad. Pero hasta entonces Aristo Abramos, al contestarle, se había desentendido de la cuestión y ni por casualidad se dio por aludido en asunto tan importante para Mileto. En la última carta el griego fue todo lo explícito que podía sin pecar de herir a su amo. Le dijo que ya tenía ahorrados cincuenta mil sestercios. Y que todo el dinero lo daría por conseguir algo que había ambicionado desde que tuvo uso de razón y consciencia de su estado. Un ofrecimiento de cincuenta mil sestercios rebasaba con creces todas las pretensiones lícitas que un amo pudiera tener respecto al precio de manumisión de un esclavo, por muy valioso que éste fuera. Contaba también el hecho de que Aristo Abramos se había desposeído de él para otorgárselo a Benasur. Existía, por tanto, una manumisión *de facto*. Mas Aristo Abramos contestó refiriéndose al punto: «Me alegra mucho saber la cuantía de tus ahorros. Sigue ahorrando, pues no olvides que la vejez es más triste en la pobreza». Aristo Abramos se mostraba insensible al drama de Mileto, y se permitía el humor de hablarle de la pobreza material cuando existía una pobreza que era miseria específica y lacerante, continuamente lacerante.

Mileto vivía con el alma en un hilo. No sólo en Benasur estaba el peligro. Si cualquier ciudadano o funcionario romano sabedor de su condición de esclavo se decidía a denunciarlo, Mileto no se escaparía de la pena de muerte. Se le condenaría por falsario, usurpador y burlador de las leyes romanas.

No acertaba a comprender qué se escondía, qué oscura intención, qué torcido pensamiento se ocultaba tras aquella actitud indiferente de Aristo Abramos; qué especulación, negocio o maniobra de rescate elaboraba su amo.

Cuando subió al Regium en compañía de Benasur, estuvo tentado de descubrir al navarca su verdadera condición. Pero, por recato, por

un mal entendido pudor; en fin, porque sentía la vergüenza de su ínfima extracción, decidió dejarlo para una ocasión propicia. Pero la ocasión se fue haciendo cada día menos factible. Y, sin darse cuenta, entró en el gran mundo, en ese gran mundo en que se movía Benasur; en ese gran mundo que el navarca creaba, a veces, a su paso. Pocos hombres habría que disfrutaban el *jus latii* por dictado imperial. No sería remoto que Tiberio, en cualquier otra ocasión, le concediese la ciudadanía romana. El porvenir, al lado de Benasur, no tenía límites. Cuanto más ascendiera en situación social y en honores, más vergonzosa, más penosa y trágica sería su caída.

Zintia lo vio unos días muy preocupado. Y Mileto veía a Zintia con envidia, como a una criatura privilegiada. Cuando la conoció en el tercer patio de Celso Salomón, no hubiera dado por aquella infeliz y desvalida esclava un cobre. Y ahora Zintia, por la decisión de Benasur, se había convertido en una liberta. Aun esa condición inferior de manumisa Benasur se la borró en seguida con sus larguezas, con sus atenciones; y ya había oído de los labios del judío el título de princesa aplicado a Zintia.

Ni la vida ni los hombres eran justos. Y los dioses todos eran para Mileto miserables invenciones. Los cielos estaban vacíos, y sólo fingían poblarse con unas vanas sombras inventadas por los poderosos para continuar manteniendo el derecho de la prerrogativa. Su última esperanza había sido Yavé, el Dios de Israel, el Señor de Benasur. Le había pedido con devoción que iluminase el entendimiento de Aristo Abramos. Y la contestación de Yavé por letra de su amo la tenía en la carta.

«¿Qué justicia, qué orden, qué lógica, qué jerarquía de sentimientos y de ideas existía en la vida y en los hombres que permitía la prolongación del error?», se preguntaba Mileto.

La víspera de salir para Mauritania, Benasur le dijo:

—Mañana partimos para Lixus. Akarkos ha contratado un oficial que substituirá al desventurado Forpas. Es un griego y de Corinto como tú. Se llama Platón. ¿Lo conoces?

—No, Benasur, no lo conozco... No son ésos los hombres que conozco.

Lo dijo con un tono de amargura y esperando que el navarca le preguntase: «¿Qué clase de hombres son los que tú conoces?». Y él le hubiera contestado: «Los que son de mi clase. Los esclavos». Pero Benasur no le dio ocasión para tan rabiosa, desesperada declaración. El judío le dijo:

—Me parece simpático. Ahora en el Aquilonia ya sois tres griegos... ¡Ah! No olvides, Mileto, que desde que pisemos Mauritania ganarás un tercio más de salario. Díselo a Jonás para que lo tenga en cuenta.

Mileto no supo qué contestar. Debía darle las gracias, pero no tenía el ánimo para la gratitud. Sólo con un tono cordial de hombre que está pendiente de los detalles, preguntó:

—¿Ya han cargado las cajas de las armas?

—Ya. Sólo nos queda despedirnos de las autoridades. Ten presente que a todo el mundo diremos que nos dirigimos a Massilia.

Benasur dio a Mileto el brazalete que éste había regalado al armenio, diciéndole:

—Lo he rescatado del joyero con quien Dido lo había empeñado. Quiero que lo conserves para que en otra ocasión seas más cauto con tu generosidad, Mileto.

Libro IV
África

Capítulo 1

Viaje por Mauritania

Pocos días estuvieron en Lixus. Nada más que los necesarios para establecer, de acuerdo con Silpho, los depósitos de material en una aldea próxima a Babba.

El judío dejó listo el primer eslabón de la cadena que habría de tender a lo largo de la ruta de Garama. Las naves llevarían el material que salía de Onoba, Gades y Carthago Nova a Lixus, y de aquí Silpho se encargaría de transportarlo a Babba y, a su vez, distribuirlo convenientemente en caravanas que lo llevarían a través de los desiertos mauritano, getulo y phazano, a tierras garamantas.

—Encuentro raro a Silpho. ¿Qué clase de persona es? —le preguntó Mileto.

Benasur se encogió de hombros. En realidad, sabía poco de Silpho; pero sí todo lo que él necesitaba saber de sus hombres. Silpho había sido consejero del rey Arquelao, a quien Tiberio, con intrigas y engaños, supo deponer de su trono, anexando al Imperio la Capadocia, que quedó convertida en provincia romana.

Le dijo a Mileto:

—Mientras Arquelao se dejaba morir de asco en Roma, abrumado por una acusación de Tiberio, Silpho, que acompañaba a su rey, logró huir y llegar a Cesarea, donde pidió asilo, pues tiempo atrás había sido amigo de Juba. Ptolomeo le proporcionó dinero y, para no tener dificultades con Roma, sugirió a Silpho que se pasase a Occidente. Hace diez años que está en Lixus escudado en una industria conservera, pero haciendo dinero con el contrabando e incitando todo desafuero que lesione a los romanos. Una cosa es

cierta, Mileto: que Silpho odia a Tiberio. Y el rey Ptolomeo se hace el desentendido de toda actividad de Silpho.

Fue Silpho quien les recomendó el lengua Abima. Y éste, a su vez, se encargó de reclutar cuatro arrieros que habrían de cuidar de las bestias. Mileto compró una esclava mauritana que sirviese de aya a Zintia. Benasur descubrió en seguida que el griego andaba muy interesado en la joven sirvienta.

La víspera de salir de Lixus, Benasur, acompañado de Silpho, se fue a una finca que éste poseía en las afueras de Gilda, donde había encerrado a Cosía Poma. Benasur, que se acordaba más de la gaditana de lo que él hubiera querido, sintió curiosidad por verla. Todavía estando en Gades ordenó a un peluquero que le compusiese con buen orden la cabellera de la joven, de modo que él pudiera llevarla como un recuerdo o un trofeo prendida del hombro, igual que los bárbaros cholones de Etiopía portaban las de sus prometidas.

La cabellera de la desdichada Cosía era muy hermosa, y el peluquero, conocedor de pelambres, le dijo que nunca perdería ni el brillo ni la sedosidad, ni tampoco los reflejos azulados. Sin embargo, Benasur la cepillaba con cierta frecuencia y la guardaba envuelta en un trozo de seda.

Cuando Silpho le condujo al patio donde, entre otras muchas mujeres, Cosía trabajaba en el tinte de cueros, pudo ver a la joven con entera libertad, ya que la gaditana no podía reconocer a Benasur bajo el traje mauritano y la capa que ocultaba medio rostro. Además la kefija era tan ancha que no dejaba ni las cejas al descubierto.

Se acercó tanto a Cosía que pudo oír su respiración afanosa en el esfuerzo de la tarea. Las manos, aquellas manos tan cuidadas y suaves, las vio ahora enrojecidas por el tinte que se introducía en los poros de la piel. Cosía Poma no osaba alzar la vista, y reclinada sobre el tintero dejaba ver la cadena y la placa de esclava.

Se había desmejorado mucho en poco tiempo. Tenía el rostro demacrado. Y los hombros, amplios y redondos, comenzaban a mostrar cierta angulosidad. Benasur, con la punta del pie, que colocó en el mentón de Cosía, le hizo alzar la cabeza. Cosía le miró con una

expresión desvaída, indiferente. Sus ojos habían perdido ya aquel brillo, aquel pequeño fulgor que Benasur pudo conocer la noche de la posesión, en el momento en que encendió la lámpara. Pero Benasur no se detuvo ahí. E, inclinándose, le arrancó de un tirón el gorro con que la joven cubría su cabeza, y en la que ya empezaba a espesarse una incipiente cabellera. Con el pelo corto, Cosía parecía un muchacho.

Un gesto de amargura fue todo lo que asomó al rostro de la joven. Benasur dijo algo al oído de Silpho y éste a Cosía:

—El señor quiere saber por qué te cortaste el pelo.

—Tuve la fiebre de los veintiún días —repuso la gaditana.

—El señor quiere saber de dónde eres.

—Me trajeron de Bética...

—El señor me pregunta si siempre fuiste esclava.

—Siempre.

—El señor me dice que ve en tus ojos la mentira. Pero que, no obstante, te llevaría a Etiopía, a su palacio, si fueras algo más hermosa y tuvieras mejores carnes... y manos más blancas. Pero que así como estás no serías buena ni para dar de comer a las bestias...

—El señor tiene razón en todo, amo Silpho —aceptó estoicamente.

Le temblaba la voz a Cosía Poma y Benasur vio que le temblaban también dos lágrimas en los ojos. El judío no podía soportar ni un mal olor ni lágrimas en ojos de mujer, por muy inferior que fuera ésta, por muy despreciable que pareciera. De esa mujer, precisamente de ésa, Benasur cepillaba con cuidado, con delicadeza, la cabellera que le faltaba. Se había acordado de ella más de lo que hubiera querido, incitado a la evocación por una nostalgia que le venía de la misma sangre, como si todos sus miembros estuvieran necesitados de la caricia de aquellas manos, ahora tan descuidadas y ásperas, tan enrojecidas por el tinte.

Mas el destino de Cosía Poma estaba sellado. Cada vez cada día iría para menos. En poco más de un mes había perdido sus mejores gracias físicas. Los labios, sin sonrisa. Y el hoyuelo que se le hacía en la mejilla semejaba ahora una arruga, tal como se le extendía en la flaccidez hacia el mentón. Los pómulos, que daban a su rostro

una angulosidad inquietante, señalaban prematuramente los estragos del dolor, del hambre y del agotamiento. Sí, todo iba para abajo. Y un día cualquiera Benasur recibiría la noticia en carta de Silpho: «¿Te acuerdas de aquella pelona que me mandaste de Gades? Murió el otro día. Creo que el tóxico del tinte acabó con ella, pues todas las tintoreras de cueros terminan echando sangre por la boca».

Eso sucedería con Cosía Poma; pero, mientras tanto, la joven tenía en los ojos dos lágrimas prontas a brotar. Benasur se metió la mano entre la capa y sacó un pañuelo. Los pañuelos del navarca eran los más finos que se fabricaban en el orbe. Estaban confeccionados con el mejor hilo de Menphis que los mercaderes alejandrinos llevaban a Frigia. Y allí eran calados en primorosas labores.

Ahora fue el propio Benasur quien habló. Mientras le daba el pañuelo le dijo en mauritano:

—Enjúgate las lágrimas, mujer. Y le dio la espalda.

Ese día Benasur comió con Silpho y el ecónomo de la finca. Navarca y mercader hablaron de muchas cosas concernientes a la Mauritania y al carácter de sus naturales. Hablaron de Roma y del sesgo que tomaban las cosas del Imperio, cada vez más difíciles por las maquinaciones del propio Emperador. Y hablando en supuestos, Silpho dijo:

—No sería necesario un ejército numeroso para batir a Roma. El malestar crece en las Galias, en la Germania. Al menor desorden que se provocara contra el César, las legiones secundarían la revuelta.

—Dices bien —asintió Benasur—. Pero no creo que haya alguien que tenga interés en levantarse contra Tiberio para que ocupe su lugar otro Julio u otro Claudio. Si alguien se levanta, lo hará para destruir a Roma.

Y continuaron hablando en simples suposiciones para que el ecónomo y los sirvientes no descubriesen sus ocultos deseos. Mas los dos estaban en el secreto de sus intenciones.

Ya a los postres, cuando el ecónomo hizo desfilar varias bandejas con la rica y variada repostería mauritana, Benasur volvió a acordarse de Cosía Poma. En realidad, se había acordado de ella durante toda la comida, pensando en los insípidos, pobres alimentos

que la gaditana se llevaba a la boca. Y separando tres pasteles en un plato, le dijo al ecónomo:

—Dile a la esclava tintorera que se los llevas de mi parte, del poderoso Sabasjamir... —y en seguida, tras una breve pausa, le indicó—: Me gustaría que tu amo, el honorable Silpho, encontrara un mejor menester para la esclava gaditana. ¿Es cierto que da la tisis con el tóxico del tinte?

—No. Nunca he oído tal cosa —aclaró Silpho—. Quizá la postura de las tintoreras no sea buena para la salud. Mas ¿qué esfuerzo o trabajo es bueno, honorable Sabasjamir? Tú sabes que esa esclava está aherrojada con una B. Puede tener mejor trabajo...

—Pero no muy bueno del todo, Silpho...

Ya no hablaron más de Cosía Poma. El resto del día lo pasaron recorriendo la propiedad de Silpho.

Salieron de Lixus en caravana propia, pues Benasur no quiso agregarse a las caravanas de los mercaderes, porque éstas bajaban hasta el sur para cruzar el Atlas y meterse en tierras getulas. Y el navarca quería visitar Galafa, donde le interesaba contratar una importante partida de calzado.

De Lixus partieron acompañados por el lengua Abima, un nativo mazice que conocía la Mauritania como la palma de la mano, y cuatro arrieros que cuidaban de las dieciséis acémilas. Las bestias llevaban, además de la impedimenta de los viajeros, armas —especialmente espadas cortas y puntas de lanza— y muestras de los productos metálicos elaborados en Onoba.

En Gilda once jinetes se sumaron a la caravana. Abima los contrató para que les sirvieran de custodia. Estos hombres de escolta tenían el más inquietante aspecto y alternaban sus actividades de bandoleros de la sierra con la de beneméritos conductores de viajeros. Abima, que los conocía, aseguró a Benasur que, una vez que pactaban para el bien, eran hombres de fiar. Si de vuelta del viaje no encontraban mercaderes u otros viajeros que los contratasen, se dedicarían a asaltar a todo ser viviente que topasen en camino, sólo para no hacer el regreso de balde. Eran once individuos de cuidado, pues si entre ellos no faltaba algún semblante juvenil o bobalicón, la suma de expresiones daba un peso total de

carne de Gemonias capaz de mellar la más resistente hoja de verdugo. A Salma, el jefe, se le saltaban los ojos bajo unas cejas hirsutas, y Zintia, que tenía el prurito de la pulcritud, denunció en voz baja a los suyos que entre la kefija y la frente del bandolero corrían en procesión los piojos blancos que dan la fiebre de los veintiún días. Pero Salma debía de ser inmune a las fiebres y serían los piojos los que muriesen al chuparle la sangre. La barba, de original color negro, se veía entre verdusca y parda por los residuos de migas y bebida que se le habían apelmazado entre el vello. Y esto a pesar de que, de vez en cuando, metía sus dedos de largas y renegrecidas uñas entre la pelambrera, tal como una reja de arado se hinca para remover la maleza parásita que prospera en las tierras pobres.

Mileto, que durante su estancia en Lixus se impacientaba por salir de viaje con el deseo de internarse por tierras desconocidas, fue el primero que se desalentó en cuanto abandonaron Gilda.

—¿Qué seguridad podemos tener en estos hombres? —preguntó a Benasur.

—Por lo menos sabemos que son unos bandidos.

—¿Y Abima?

—¡Ah, Abima! —exclamó el navarca encogiéndose de hombros—. Vete tú a saber. Nos lo recomendó Silpho como buen guía y buen hombre. En Mauritania es lo más que se puede pedir. Ahora sólo falta que Abima dé crédito a su fama.

La más conforme con el viaje parecía ser Zintia, que no se mostraba, como Mileto, agobiada ni por la fatiga propia de la marcha, ni por el polvo ni el sol. Tampoco parecían impresionarle mucho los jinetes de la custodia. Se divertía viendo a Abima con el azor al hombro. El lengua iba a la vanguardia en compañía del capitán de los bandoleros, sosteniendo una animada plática.

Cuando la caravana entraba en un recodo del camino, el halcón alzaba el vuelo en espiral, ampliando en cada vuelta la amplitud del círculo. Después se lanzaba como flecha para volver a posarse en el hombro de Abima. Éste tenía tan instruido al pájaro, que cuando el ave en su vuelo de inspección no observaba nada extraño, volvía a posarse en el hombro derecho y con el pico hacia delante. Según

Abima, si el halcón vislumbraba una caravana o un grupo de gentes, se posaba en el hombro izquierdo con el pico hacia la dirección en que venían los extraños.

Este adiestramiento del animal pudieron confrontarlo al iniciar la jornada del segundo día de viaje, cuando la caravana llegó a una encrucijada. El azor levantó el vuelo y regresó para posarse en el hombro izquierdo y señalar el camino por donde aparecieron minutos después cinco jinetes: un señor y cuatro espoliques de compañía. Abima y Salma se adelantaron a saludar a los viajeros y, convencidos de que nada tenían que recelar de ellos, los invitaron a que se sumaran a la comitiva para continuar juntos el viaje a Galafa, población a la que llegaron al caer la tarde.

En Galafa abundaban las tenerías; y en esta localidad Benasur quería contratar la manufactura de una importante partida de pares de botas. En principio, había pensado que su socio Isaac Gálatus, de Massilia, equipase de calzado al ejército; pero, pensándolo mejor, se decidió por los curtidores de Galafa, por hallarse en la ruta de las caravanas.

—¿En qué calle está el cambista? —le preguntó a Abima.

—En Galafa no hay cambista, señor.

Benasur no necesitaba servicios de Banca, pero le gustaba charlar con los cambistas de cada población, ya que éstos solían estar informados de los pormenores de la vida de la localidad.

—En toda ciudad o pueblo hay dos personas que llevan cuenta estrecha de lo que pasa en la población: el banquero y el peluquero. Ellos están mejor enterados que los soldados de la guarnición, que meten el hocico en la vida de todo ser viviente. Si en Galafa no hay cambista, habrá peluquero.

—Sí, en la plaza.

Benasur encomendó a Mileto y Abima que buscasen alojamiento mientras él iba en busca del peluquero.

La plaza, de regulares proporciones, se hallaba casi solitaria. El edificio más importante era la casa municipal, una mediocre y vetusta construcción. Adosados a sus muros y sentados en cuclillas, una hilera de hombres cubiertos con blancos mantos, cuya mirada inexpresiva se perdía en un punto muerto. En medio de la plaza una

pileta donde bebía un pollino. Enfrente del municipio, un mesón en cuya puerta dos mercaderes con un lujo de aspavientos chalaneaban un camello que pacía tranquilamente, tratando de arrancar una rama de un árbol escuálido que se alzaba a su lado. El sol, ocultándose, iluminaba con un dorado destello el pretil del cuartel.

En la calle que salía al norte, un contratista romano lanzaba improperios a una cuadrilla de esclavos negros, desnudos, que trabajaban en el apisonado de una calzada. El romano vociferaba diciendo que los mauritanos eran una raza de vagos, de gente indolente y ladrona. Se lo decía a los negros, que ninguno era mauritano, sino etíopes o libios. Mientras tanto, el capataz pisoteaba a un trabajador que estaba tendido sobre un montón de mezcla. Le buscaba con el pie el bajo vientre para machacarle la pelvis con sus botazas herradas. El caído nada más gruñía y trataba de sujetarle el pie al capataz. Pero éste, con el látigo, le azotaba los brazos y cuando el negro no podía más soltaba la presa y la botaza volvía a caer sobre la pelvis.

Ptolomeo, el rey romanizante, pretendía civilizar a la Mauritania y había dado a una compañía de équites la contrata para la construcción de una calzada que uniría las principales ciudades y pueblos de su reino. Pero los mauritanos se reían de los romanos y de las pretensiones absurdas de su rey. «¿Para qué una calzada?», solían preguntarse. Y no les faltaba razón. Porque sabían que los pies desnudos se cansan más pisando un suelo firme que un suelo blando. Además, estaba demostrado que camellos y dromedarios rendían menos sobre las calzadas que en la tierra suelta y en la arena. Y de todos era sabido que en el tramo ya construido de Cesarea a Auzia, las gentes transitaban fuera de la calzada, por la tierra suelta.

Eso también lo sabía el rey Ptolomeo. Pero estaba harto de oír que la Mauritania era un país bárbaro, de gentes groseras y rústicas, enemigas del progreso, que sólo gustaban de rascarse el ombligo todo el día, de la salida del sol a la puesta, y de beber y refocilarse con sus puercas mujeres. Y no pocas veces esas censuras habían sido declaradas en el mismo Senado. Y era un mal síntoma para los reyes inservientes, para los reinos asociados a Roma, que en el

Senado se diese marcha al estribillo del atraso de los pueblos y de la labor civilizadora de Roma, pues la cantinela siempre terminaba con el desembarco de dos o tres legiones que imponían la labor civilizadora llevada en la punta de la lanza.

Ptolomeo supo que ese peligro sólo podía evitarse untando la mano. En cuanto se daba una obra importante a las compañías constructoras romanas, ellas se encargaban de que los senadores a sueldo cantaran las excelencias de tal o cual rey. Y que se hablase de la marcha progresista del reino asociado bajo el excelente y emprendedor rey Ptolomeo, como pasaba en Mauritania.

Además de esa calzada, la compañía tenía la concesión para planificar y erigir con mucho mármol y mucha columna jónica un foro en Cesarea, obra superflua y excesivamente onerosa que no mejoraría las condiciones económicas del país.

Lo que se necesitaba en Mauritania eran acueductos, obras de ingeniería hidráulica; pero tales obras no les interesaban a los ecuestres, ya que la mano de obra nativa era casi nula y había que comprar ejércitos de esclavos para la extracción de la piedra en las canteras, para su transporte y labrado, mientras que las calzadas se hacían cómodamente con unas cuantas cuadrillas de negros y aprovechando los materiales que daba el mismo terreno por donde se abría la ruta. Dejaba el mismo beneficio un paso cuadrado de calzada que un paso cúbico de acueducto, y lo que perseguían los ecuestres era ganar rápidamente dinero. Por otra parte, la construcción de calzadas era fomentada por el Estado romano interesado en tener vías expeditas para el mejor dominio del Imperio, para el más pronto y fácil movimiento de sus legiones.

Benasur se acercó al peluquero y tomó asiento bajo la enorme sombrilla. El esclavo del rapabarbas le sonrió de un modo impertinente.

—¿Qué quieres que te haga, señor? —preguntó el barbero.

—Acariciarme la cabeza, que me da mucho gusto, y mientras recortas la barba, que no me agrada crecida, dime quién es el industrial más principal de Galafa.

El aprendiz le dijo al oído:

—Yo sé, señor, dónde hay mujeres que te rascarán la cabeza y la espalda con especial suavidad. Nada más cobran un denario.

—¡Un denario! —fingió escandalizarse Benasur—. En Lixus no cobran más que tres ases. Y van perfumadas...

—¡Ah! En Lixus sí cobran tres ases; pero aquí cobran un denario porque el ánfora de agua cuesta dos ases.

—Yo me he sentado con tu patrón para que sea él quien me rasque la cabeza. ¡Déjame en paz! Y si quieres ganarte unas monedas, a lo que no me opongo, lávame los pies, que traen polvo del camino.

El peluquero comenzó su información mientras el esclavo se disponía a descalzar a Benasur:

—Pues el industrial más importante es Amez, que compra y curte todos los cueros que dan las bestias de Mauritania y Getulia...

—¿Fabrica zapatos? —preguntó Benasur.

—Fabrica zapatos y bolsas y estuches y adargas y todo cuanto se hace con cueros y pieles, señor.

Cuando el peluquero terminó su faena ya le había proporcionado a Benasur todos los datos referentes a la industria de Galafa. El judío pagó al artesano y a su esclavo, y se dirigió a casa de Amez.

Benasur había pensado encontrarse con un bodegón inmundo o, cuando mucho, con un patio semejante al de la casa que Silpho tenía en Gilda. Por eso esbozó un gesto de sorpresa al verse frente a la casa de Amez, sin duda alguna la más importante de la población. Dio su falso nombre a un criado. Éste le hizo pasar a un salón carente de muebles, pero con abundancia de esteras tejidas con junco de diverso color, y sobre las que se hallaban diseminados, en buen número, cojines forrados de seda.

Amez se presentó en seguida. Vestía de lino y llevaba al cuello cinco hilos de perlas. Más que un industrial mauritano parecía un rico mercader oriental.

—Bien venido a mi casa, Sabasjamir. ¿En qué puedo servirte?

—¿Tú conoces a Alan Kashemir, de Antioquía? —le preguntó el navarca.

—Lo conozco. Hace años que negocio con su caravana. Hacemos cambalache con sus tintes de Siria y mis bolsas de cuero labrado.

¿Por qué?

—Yo soy su socio en el negocio de orientales. Y vengo recomendado por él.

—¿Vienes a vender o a comprar?

—Vengo a comprar.

—Si es así, honorable Sabasjamir, todo mi tiempo es tuyo. —E indicando un cojín, agregó—: Siéntate, que te escucho.

Amez llamó al criado y le ordenó que le sirviera dos jarras de cerveza dulce.

—Quiero contratar contigo —empezó Benasur— cincuenta mil pares de botas de los tres tamaños de hombre, para calzar al ejército zibús de Oriente. ¿Puedes fabricarlas en un año?

—Tengo cuero para más de cincuenta mil pares de botas, Sabasjamir; pero me faltan operarios y tiempo para fabricarlas en un año.

—Un año, Amez, tiene trescientos sesenta y cinco días. A doscientos pares por día te sobran días del año y pares de botas.

Benasur entró en detalles. Amez se opuso, en principio, pretextando no hallarse en condiciones de cumplir. Aludió a la falta de mano de obra, a lo perezosos que eran los nativos para el trabajo. Él no podía fiarse de los obreros. Poco importaba que fueran esclavos o asalariados. Todos ellos no esperaban otra cosa que perder de vista al capataz para dejar de trabajar y robar todo lo que encontraban a mano.

Pero el judío, sin hacer caso de la resistencia del industrial, rearguyó sobre la conveniencia del negocio, diciéndole que no debía desaprovechar la ocasión aunque para ello se viera precisado a abrir cuatro talleres más.

Antes de que Amez accediera a los argumentos de Benasur, pasaron a discutir los precios. El industrial, que tan poco interés demostraba por el pedido del navarca, perdió un largo rato regateando y, al fin, tuvo que aceptar el precio que había fijado Benasur, no sin reconocer que era un precio justo.

—¿Acaso tú has fabricado zapatos? —preguntó el mauritano.

—No, nunca en mi vida. Pero sé el precio de las cosas. Sé lo que puede valer un par de botas en Roma o en Massilia, en Bescera o en

Galafa. Tampoco he negociado en tintes, mas puedo decirte que si Alan Kashemir te vende la onza de púrpura chipriota a ocho denarios, te está cobrando dos ases de más por onza.

—Veo que conoces, Sabajamir, pues la caravana de Alan me cobra exactamente siete denarios y dos ases.

Volvieron a discutir el asunto de la producción, hasta que Benasur logró convencerle de que debía poner en marcha cuatro talleres más.

Después hablaron de las formas de pago, del envío de la mercancía. Acordaron que, a partir de un mes, Amez tendría listos los primeros dos mil pares de botas para entregar a la caravana que Silpho enviaría, tocando Galafa, a Lomelí. Y para que Amez no entrase en sospechas sobre el destino de la mercancía —que iba a un país tan comprometedor como la Numidia—, Benasur, sin mayor interés, informó al industrial que las botas serían mandadas de Lomelí al país Zibús, vía Garama.

—¿No tendrás dificultades en las fronteras? —insinuó con curiosidad el industrial.

—No. La caravana que recogerá la mercancía viene amparada con sellos de Roma.

Sólo restó a Benasur pedir papel y tinta para extender a Amez un título por el importe de la primera remesa, contra un banco de Cesarea. Tomaron los últimos tragos de cerveza y los dos hombres se despidieron. Amez obsequió a Benasur con una hermosa bolsa de cuero labrado y broches de plata.

La aldea se llamaba Ahá y era un villorrio minúsculo asentado al pie de una loma. Las casuchas de adobe, ordenadas en una estrecha y sola calle, parecían enraizarse en la tierra como la retorcida vegetación que salía a la superficie en un impulso desesperado de vida: biznagas, chumberas raquíticas, sicómoros enanos. La tierra calcinada, agrietada en resequedades de sed, fulguraba al sol y se extendía para fundirse en la lejanía con las arenas del desierto.

Esa región, siendo de la Mauritania, no constituía propiamente el paisaje mauritano, donde se alternaban las zonas de exúbera vegetación con las campiñas suaves y tiernas y con las planicies esteparias. Esa región se extendía por todo el norte de África

bordeando los desiertos, y el sicómoro crecía en ellas como el fruto denominador. Era una degradación de la estepa, más miserable y triste que el árido desierto de arena.

La caravana se adentró por la estrecha y tortuosa calle, despertando la curiosidad del vecindario. Las mujeres, desgreñadas y con los pechos descubiertos, con los pies descalzos, se asomaban a las puertas para mirar a los viajeros. Ni un solo hombre. Y entre la chiquillería abundaban las niñas de todas las edades.

Las mujeres se animaron y comenzaron a hablarles a los viajeros, a ofrecerles quién sabe qué servicios.

—¿Qué dicen? —preguntó Benasur a Abima.

—Nos ofrecen a sus hijas...

—¡Cómo a sus hijas!

—Sí, Sabasjamir —aseguró el intérprete con cierto pudor—. Sus hijas... ¿Sabes? Es una aldea muy pobre...

—¿Tú la conoces?

—Sí. He estado en ella dos veces. Cerca de aquí está Maj'han, y las caravanas no se detienen en esta aldea. No hay agua.

Abima contó lo que sabía de Ahá. Mientras tanto las mujeres, más atrevidas o más incitadas por la ocasión, insistían en sus ofertas. Las jóvenes lo hacían con grandes risotadas.

Ahá vivía de la cosecha de un sicómoro silvestre, cuyo fruto insípido, una vez prensado, se asemejaba al maná, que servía de pan a los conductores y camelleros de caravana. Tan extremada era su pobreza, que el rey Juba la había rayado de la nómina de las poblaciones tributarias. Pero los publicanos, ciegos en su avaricia a cualquier miseria, seguían cobrando los tributos a espaldas y con burla de la real dispensa. Y haciéndose acompañar por individuos disfrazados de soldados, esquilmaban dos veces al año a las mujeres. Esto lo hacían no sólo en Ahá sino en otras aldeas y villorrios que se hallaban en las mismas condiciones de pobreza, y que desde muchos años atrás habían sido liberados de la carga tributaria.

—Esto es vergonzoso —comentó Benasur refiriéndose a la oferta de las mujeres.

—No creas, Sabasjamir. Es un medio de subsistencia establecido —opinó Abima—. Los hombres están en el desierto. Conducen caravanas o se dedican al pillaje. Vienen muy de tarde en tarde a la aldea, cohabitan con las mujeres y se van. Cuando los hijos varones tienen nueve o diez años se los llevan consigo. Los venden o los alquilan para levantar las cosechas. Algunos, si llegan a hombrecitos, se van con sus padres al desierto. Y ellos harán lo mismo. Vendrán de tarde en tarde a la aldea, cohabitarán y se irán.

—¿Y ellas se avienen a esta vida de abandono?

—Ahí las tienes. ¿Qué les importa entregarse al extranjero que pasa, si les paga mejor? Sus hombres no les dan un cobre y suelen llevarse, además de maná, el dinero que no han sabido esconder... Antes de las lluvias, que aquí no aprovechan, levantan la cosecha del sicómoro dos veces al año. No se molestan sino en arrancar la tuna. Después la dejan secar al sol y luego la prensan. Junto con los publicanos vienen los mercaderes que van comprando por todas las aldeas la cosecha...

—¿Y si las lluvias se atrasan?

—El sicómoro se agosta. Pero el publicano, que no entiende de lluvias, cobra el diezmo, que las mujeres pagan como pueden. Por eso todas, si no son viejas, se venden a los hombres que pasan por aquí.

No eran apetecibles, no. Pero sabían ser más que insinuantes, provocativas. Las impúberes, niñas de diez a doce años, eran más procaces en los gestos que las adolescentes, a las que un incipiente pudor o un embrión de tal sentimiento las hacía mostrarse con cierta timidez.

La situación se había hecho más molesta que comprometida. Además de las llamadas que les hacían desde todas las puertas, muchas mujeres seguían a la caravana reiterando los ofrecimientos. Si bien los viajeros no entendían el vocabulario, por los ademanes y gestos no les era difícil suponer que se componía de palabras obscenas.

—¿Por cuánto se ofrecen? —preguntó Benasur.

—La más presumida, la moza que decía ser virgen, cosa que pongo en duda por su edad, pedía un denario. Por un denario una

vieja anda ofreciendo a sus dos hijas. La mayoría se venden por un as.

—¿Es posible tanta miseria?

—No ignores, Sabasjamir, que en Lixus se entregan por tres ases, y son mujeres vestidas y que viven en ciudad.

Tenía razón Abima. Pero a Benasur le deprimía aquella miseria no oculta, nada vergonzante. Y comenzaba a preocuparse por Zintia y Amela que, ante la impasibilidad de los hombres, eran objeto de las burlas de las mujeres.

—Será necesario que des asueto a los arrieros —dijo Abima—. Y creo prudente que todos nosotros entremos a ellas, pues si no un vaso de agua que les pidamos nos lo cobrarán el doble.

—¿No tienen vino?

—No. Suelen tener un jarabe, que a mí no me gusta, que hacen con el jugo de los higos del sicómoro. El vaso de agua lo venden, según la estación, de uno a dos ases... Tienen que buscarla a doce millas de aquí.

—¿Cobran más por un vaso de agua que por entregarse?

—Sí, porque saben que, después de entrar a ellas, se siente sed...

Benasur se quedó perplejo. Había viajado mucho, pero en ningún lugar había observado un tan peregrino fenómeno de oferta y demanda.

Mileto pidió a Benasur ciertas aclaraciones, pues el latín que hablaba Abima estaba lleno de palabras y giros mauros y mazices. Fingió horrorizarse con los detalles, mas opinó que si la miseria era muy grande, las necesidades varoniles eran perentorias, y que, puesto que la vida económica estaba así organizada en Ahá, no era prudente contravenirla. Todo esto lo dijo Mileto para dar ocasión de celar a Amela, que, a pesar de ser mauritana, mostrábase muy remilgada a las solicitudes del griego.

Zintia estaba confusa y humillada con aquellas mujeres que despreciaban de tal modo al sexo femenino. Había aprendido demasiadas cosas en el tercer patio para comprender que de un momento a otro los hombres se desbandarían dejándolas solas.

¿Y qué iba a ser de ellas entre tanta arpía desvergonzada? Benasur le dijo a Abima que apaciguara a las mujeres; que se

estuvieran tranquilas, que les pagarían generosamente su estancia en la aldea; que entrarían a ellas, pero que antes era necesario que dieran alojamiento a Zintia y a Amela. Y que en la mejor casa se dedicaran a preparar comida.

—Sólo hay una casa para eso, y es la tienda —le dijeron a Abima.

Y hecho del conocimiento de Benasur, la caravana dio la vuelta entre mayor griterío de las mujeres y la chiquillería que rodeaba a los viajeros. Del modo más inopinado, dos mujeres se llevaron consigo a uno de los arrieros. El ejemplo cundió y sus tres compañeros cedieron en seguida a las exigencias de otras.

A Benasur no le agradó aquel secuestro, y miró a Salma, que se mantenía impasible al frente de sus hombres. Para quitarle la menor duda que pudiera tener respecto a la situación, ordenó al capitán de la custodia:

—¡Manda a tus hombres que rescaten a los arrieros! No pararemos aquí.

Salma no hizo el menor gesto. Y se mostró como si no hubiera oído a Benasur. En ese momento una de las vecinas de Ahá tiraba del manto del capitán.

—¿No me has oído, Salma? Seguiremos hasta Maj'han, que es lo conveniente. Si tú, tus hombres y los arrieros queréis quedaros en esta aldea será al regreso. ¡Yo pago el salario, Salma!

Salma se encogió de hombros y dio un grito a la vez que hacía un ademán a sus hombres indicándoles que fuesen por los arrieros. Los custodios hicieron rápidamente su cometido y volvieron con los cuatro hombres que tan fácilmente habían cedido al reclamo de las vecinas de Ahá.

Capítulo 2

La fuga

En Maj'han, Benasur licenció a Salma y a sus hombres, así como a los arrieros. El lengua Abima no se mostró muy deseoso de regresar a Lixus y como el judío había observado que era un guía útil y discreto, le propuso que continuase acompañándolos, cosa que Abima aceptó.

Con él se fue Benasur al mercado de bestias. Vendió los caballos y compró cinco dromedarios y doce camellos para la carga. Abima anduvo buscando gente para la caravana, y tras hablar con unos y otros contrató, de acuerdo con su patrón, a dos conductores y a ocho getulos por escolta. Éstos eran sujetos mucho más inquietantes que los bandoleros de Salma, pero, como los mauros, eran gente de fiar una vez que accedían al trato.

Después de un día de descanso se internaron al amanecer del siguiente en el desierto, rumbo al oasis Melun, en las orillas de la fuente Xajen.

Los getulos parecían no tener jefe, dada la unanimidad y prontitud con que acataban las órdenes de Benasur. Por lo que se refería a la ruta, ellos mismos escogían el camino, si bien de vez en cuando consultaban con Abima. Eran más sobrios y parcos que los mauros. Hablaban pocas palabras y sólo las precisas.

Por eso le extrañó a Benasur sorprender a Zintia de charla con un getulo el día que llegaron al oasis Melun. Un mercader los hospedó en su casa, cuyos jardines daban a la fuente Xajen. El navarca, después de ordenar sus objetos personales en la alcoba que les destinaron a él y a Mileto, vio a Zintia cambiar unas palabras con el getulo en un dialecto extraño.

Benasur llamó a la mauritana y le dijo:

—No está bien que andes sola por el jardín. Nuestro anfitrión te ha destinado un camarín del harem y no le gustaría verte hablar con los getulos...

—Es que ese custodio es de mi tierra. Casualmente le he oído decir palabras que yo conocía. Le pregunté y me dijo que hablaba la lengua de los alhumas, que es un pueblo del interior de la Getulia...

—¿Entonces tú eres getula?

—Así parece. Con ese hombre he hablado la lengua de mi infancia...

Benasur le dijo a Zintia que se fuera al camarín y él salió en busca del custodio. Le preguntó:

—¿Conoces al pueblo alhuma?

—Lo conozco, alabado patrón.

—¿Dónde está?

—A diez jornadas de aquí, en el interior del gran desierto, en las tierras blancas...

—¿Tú eres de allí?

—No lo fui siempre. Hasta que supe conducir dromedario en la noche... Por eso hablo la lengua alhuma...

—¿Y quién es Zintia?

—Una joven que va contigo y habla alhuma. Y habla al estilo de la gente principal porque me ha dicho *sharm*.

—¿*Sharm*? ¿Qué es *sharm*?

—*Sharm* quiere decir «señor», «gran señor». Pero entre las gentes bajas nosotros no decimos *sharm*, sino *ashorjen*, que quiere decir «bueno o alabado patrón»...

Y no dijo más, pues si bien Benasur insistió con una última pregunta, el getulo le contestó cerrando la boca y encogiéndose de hombros.

Benasur se fue a ver a Mileto, que en ese momento departía con el mercader. Estaba sentado frente a él sobre un rico y mullido almohadón. El mercader usaba un extraño artefacto: con dos cañas muy largas y finas aspiraba de un raro receptáculo humo y té. El recipiente estaba dividido en dos compartimientos y cada una de las cañas se metía en el respectivo. De uno, donde ardían unas hojas

secas, el mercader aspiraba el humo y del otro sorbía el té. Después de tomar un sorbo de la infusión aspiraba una bocanada de humo.

—Es delicioso. ¿Tú ya lo has probado, Sabasjamir?

—Sí. Pero no me gusta la jaqueca que provoca. Y la sed. Y es malo tomar el humo de esa yerba cuando se tiene que viajar por el desierto.

—Cierto —asintió el anfitrión—, es malo. Pero muy bueno, insustituible cuando se vive como yo tan lejos de la tierra verde y de las ciudades. La yerba de los buenos espíritus me trae el mundo a mi imaginación. Los colores, los sonidos, las aves de hermoso plumaje. El vigor físico que da la yerba no es comparable a ningún otro goce... Yo puedo pasarme días y noches enteras, todas las de una lunación, sin sentir la curiosidad ni el deseo de ver a ninguna de mis esposas. En cuanto termine esta «toma» os acompañaré a la mesa.

—¿No te molesta que me lleve a mi amigo? —le preguntó Benasur.

—¡Oh, no!...

El judío salió con Mileto.

—Se ha puesto en claro el país de origen de Zintia —empezó explicando el navarca a su escriba.

Y le contó toda la conversación sostenida con el custodio.

—¿Eso altera en algo tus planes? —le preguntó el escriba.

—No. Pero me interesa que lo sepas como un nuevo testimonio de que yo no me equivoco...

En el oasis Melun estuvieron nada más que un día. El tiempo necesario para proveerse de agua y comestibles, pues iban a pasar en el desierto de ocho a diez días. El mercader cobró a precio de oro todas las provisiones, así como la hospitalidad que les dio. Vivía de surtir a las caravanas, y su tarifa de precios variaba según el semblante del viajero. Debió de sentir que expedicionarios del porte de Benasur y los suyos no pasaran con más frecuencia por Melun.

Mileto tuvo ocasión de conocer un nuevo silencio: el de la noche en el desierto. Ya las tres primeras jornadas pasadas en el monótono remontar dunas le habían disminuido el ánimo. Pero el alma, como si hasta entonces hubiera estado dispersa en cien inefables atenciones y llamadas, distraída por las más diversas afecciones, se le hacía

más integral y más sensible. Y después de escuchar el silencio, de habituarse a él, comenzó a oír el rumor de la noche, como si la luz de los astros rozase las arenas. Aquel enorme, caldeado silencio del día provocaba en la noche helados susurros, tal si la atmósfera se rajara en brisas. Y el alma participaba en una suerte de integración del secreto, misterioso acorde.

La noche en que Mileto escuchó su alma no pudo dormir. Un deseo subterráneo, que parecía surgir del fondo de las arenas, se le pegaba a las carnes. Y pensaba en Amela, que, en la única tienda levantada, acompañaba a Zintia. Y estaba viendo las estrellas, más movedizas que en ningún otro cielo, cuando sintió en su oído la voz de Amela:

—¿Viste a Zintia?

—¿Cómo si vi a Zintia?

—Chisss... Hace una hora salió de la tienda. Me dijo que volvería en seguida.

Mileto se incorporó. Miró hacia todas partes. En seguida tuvo la impresión de que faltaban sombras, manchas del campamento. Comenzó a contar...

Se levantó de súbito. Corrió de un lado a otro. Gritó:

—¡Sabasjamir, Abima! ¡De pie todos!

—¿Qué sucede? —preguntó Benasur, incorporándose entre el manto que lo envolvía...

—Han robado a Zintia...

—¿Quién?

Benasur se dio también cuenta. Faltaban cinco getulos. Los tres custodios restantes comenzaron a gritar y a proferir exclamaciones. Vinieron a Benasur:

—Son los alhumas los que han huido con ella, porque has de saber, alabado patrón, que con nosotros venían cinco getulos de los pueblos alhumas. Y ellos la han robado para pedirte rescate... ¡Qué maldición, alabado patrón! Nosotros somos leales a un pacto, y estos sucios alhumas nos han traicionado.

Pero Benasur, que conocía la malicia y la falsedad de las gentes del desierto, dijo:

—Menos lamentaciones y salgamos a perseguirlos...

Los getulos no estaban comprometidos en la huida con los alhumas, porque con toda celeridad ensillaron los dromedarios y se dispusieron a seguir a los fugitivos. Tuvieron que esperar a que los conductores cargaran los camellos y a que toda la caravana estuviera en pie, pues si bien los dromedarios de montura siguen la huella en la noche, los camellos no responden sino a la dirección que les dé el conductor.

Ya en marcha, la jornada se inició a buen paso.

—Esta fuga ha sido con consentimiento de Zintia —dijo Benasur—. De no ser así, habría gritado.

—Sí, fue con su consentimiento —aseguró Mileto—, porque Amela la vio salir de la tienda. Le dijo que volvería en seguida.

La noche fue de ansiedad y de penosa monotonía. Benasur y Mileto conjeturaron sobre las razones posibles que Zintia habría podido tener para fugarse. Pero lo que desconcertaba a los dos era que de modo tan cauto y tan eficaz, casi sin cambiar palabras, se hubieran puesto de acuerdo. Amela les dijo que las dos noches anteriores Zintia había salido de la tienda. Y que probablemente en esas ocasiones habló con los alhumas.

La aurora no cambió el paisaje, sino en las huellas que se hacían visibles en la arena con la primera y resbaladiza luz de la mañana. Uno de los getulos, y Abima con él, convino, observando la huella, que los fugitivos iban a paso largo, quizá con el ánimo de acampar a media mañana.

Lo que había que desear es que no se levantase el viento, que se llevaría el rastro. De serles favorable la caminata, darían con ellos antes del mediodía, pues los alhumas creerían que la fuga no habría sido descubierta sino hasta el amanecer.

Cuando se hizo la total claridad de la mañana, Abima lanzó su azor. El ave subió bastante alto, siempre en vuelo de espiral, y vino a posarse en el hombro derecho, sin hacer ninguna muestra de particular. A media mañana desaparecieron las dunas. La arena se extendía en una planicie impresionante y como iban contra el sol les resultaba difícil escudriñar en la lejanía. Sólo las huellas persistían sobre la arena. Estudiando su profundidad y el contorno de la arena en que estaban impresas, Abima calculó que los dromedarios de los

fugitivos llevaban de dos a tres horas de ventaja, cosa que los obligaba a pensar que se habían fugado antes de lo que calculaba Amela y que iban a mejor paso que ellos. Posiblemente no acamparían sino hasta el atardecer y era difícil que para entonces las huellas no se las hubiese llevado un golpe de viento.

—Ten por seguro que si no se han parado —dijo Abima— es porque saben que van dejando rastro. Y no se detendrán hasta dos horas después de que sople el viento.

—¿Y siempre sopla el viento? —preguntó Benasur.

—Por esta época, sí. Viene del Atlas oriental.

—No les daremos alcance mientras llevemos tras nosotros los camellos. Será mejor desentendernos de las bestias —dijo el judío.

—No es prudente. Los getulos son cinco hombres armados que podrían contra nosotros —opinó Abima—. Necesitaremos echar mano de los conductores, al menos para hacer bulto cuando les demos alcance.

Lo primero era alcanzarlos. Habría que ir comiéndoles la ventaja que llevaban. Benasur decidió dejar a Mileto y a Amela con los camellos, para que siguieran detrás. Abima se opuso, pues, en caso de que se levantase viento, podrían perderse.

Mileto comenzó a sentir que la aventura era demasiado peligrosa. Le preguntó a Benasur:

—¿Merece la pena?

—Zintia, no. Lo que yo he gastado en ella, sí. Shubalam merece la pena, Mileto. Convéncete de que todas las cosas que se nos van de la mano contra nuestro deseo merecen la pena.

Benasur experimentaba un inexplicable sentimiento de irritación y de rabia. Le causaba cierta perplejidad pensar que Zintia hubiese sido capaz de aquel gesto de autonomía, de rebelión. Era la primera mujer que se escapaba de su lado, como repudiándolo. Y precisamente Zintia, una miserable esclava que todo se lo debía a él.

—Por lo menos —le dijo a Mileto—, si tan fuerte sintió la atracción de su tierra, debió decírmelo. ¿Acaso no la he complacido en todo lo que me ha sido posible?

—Eso sería lo lógico, Benasur. Pero no olvides que solemos pedir lógica, prudencia, sensatez a los demás sin que nos exijamos esas

virtudes a nosotros mismos. Estoy seguro de que Zintia cree haber obrado con lógica. Después de muchos años de ignorar su origen, se encuentra un día en el camino de su patria...

—¡No creas que esos sucios alhumas irán a rodearla de las atenciones que yo le he prestado!

Mileto no contestó. Encontraba natural que Zintia se hubiese escapado. Cabía pensar que los custodios le habían proporcionado informes fidedignos sobre su familia. Por otra parte, una joven enamorada como Zintia siempre está dispuesta a cometer una locura si sirve para despertar la atención, la inquietud y el interés del hombre que ama. Probablemente, el móvil de la fuga no era otro que la femenina intención de irritar a Benasur.

Continuaron caminando monótonamente. La caravana iba a buen paso. Pero era igual. Nada parecía cambiar: el sol, la arena, el movimiento rítmico del cuerpo sobre el dromedario y el tufillo que se desprendía del cuero de las bestias. El sol se metía hasta en la boca y resecaba los goznes de las quijadas. Mileto no reparaba en llevarse el enóforo de cuero a los labios y beber a cada momento. Pero si al principio lograba calmar la sed, la resequedad de la boca no se le iba. Se le antojaba que en el aire estaba suspendida una nube de finísima, invisible arena.

Los camellos comenzaron a quedarse rezagados. Cargaban la impedimenta y no podían seguir el paso de los dromedarios. Benasur optó por dividir la expedición y dio la voz de alto. Ordenó sacar espadas de los fardos. Cuando los getulos vieron las armas gesticularon maravillados.

—Además del salario —les dijo el judío— os daré una moneda de oro por cada cabeza de alhuma que cortéis... —Y dirigiéndose a los camelleros les advirtió—: También tendréis premio, pero ¡ay de vosotros si os fugáis!

Benasur, Mileto, Abima y los tres getulos instigaron a los dromedarios y salieron a la carrera tras los fugitivos.

Al mediodía, cubierta toda la planicie arenosa, llegaron a otra región de dunas. Abima observó que las bestias de los alhumas habían cambiado de paso, y dedujo que la fatiga los habría obligado a acortar la marcha.

—Nosotros debemos apretar mientras no los tengamos a la vista —dijo Benasur.

—Los tendremos, Sabasjamir... Toparemos con ellos antes de la media tarde —dijo sentenciosamente Abima.

Y a sugestión de él se acortó el paso. El lengua afirmaba, y los getulos estaban de acuerdo, que aun en el caso de que se levantase el viento, las hondonadas eran tantas, y ofrecían tal resguardo a los embates del aire, que sería casi imposible que se borrasen totalmente las huellas.

Mileto no opinaba. Todo lo del desierto le era ajeno, hostil y embrutecedor. Y la poca agudeza que salvaba de aquella inercia de pensamiento en que la monotonía sumía al cerebro le sirvió para considerar que el hombre era un espectáculo siempre nuevo. Se admiraba de que Abima, al que conocían sólo desde hacía unos doce días, estuviese ya entregado a Benasur. Estaba empeñado en la aventura y dispuesto a perder la cabeza en ella, simplemente por un salario. Si tan generoso era el hombre en su fondo —pensaba Mileto —, cabía esperar grandes cosas de él, sobre todo el día que los hombres condujeran su generosidad hacia hechos más importantes y benéficos que el de perseguir a unos pícaros alhumas. Indudablemente, los hombres, una vez cambiado el pan y el agua de la convivencia, eran capaces de solidarizarse con sus semejantes y, unidos, afrontar las más peregrinas situaciones, sin reparos cobardes ni intereses mezquinos.

Al fin, el halcón regresó de uno de sus periódicos vuelos con muestras de haber visto gente. Volvieron a apretar el paso y al declinar la tarde divisaron unas manchas, hechas luminosas por la luz horizontal del crepúsculo, que se ocultaron tras el perfil de la duna más lejana.

—Hay que ir con cautela —dijo uno de los getulos—. Pueden descubrirnos.

Y Abima sujetó al azor para que no alzara el vuelo. Uno de los getulos comenzó a rastrear la arena, y cuando alcanzaba la parte alta de la duna daba orden de detenerse o de continuar.

—Es mejor dar reposo a las monturas y seguirlos a pie. No tardarán en acampar —propuso Abima.

Así lo hicieron. Con acierto. Los fugitivos acamparon en cuanto se ocultó el sol y quedaron bajo la espesa sombra que proyectaba la duna. Sus perseguidores esperaron a bien entrada la noche para sorprenderlos en el sueño. Pasadas dos horas llegaron los camelleros con Amela. Organizaron el campamento y Benasur les dijo:

—Ellos son cinco, nosotros diez. No debemos sufrir el más pequeño arañazo.

Y andando se dirigieron al campamento de los alhumas. En seguida alcanzaron la duna en cuya hondonada habían acampado. Estuvieron un gran rato observándolos, hasta percatarse de que los cinco hombres dormían. Rastrearon por la arena. Cada pareja llegó a su víctima. Se alzaron y dieron los golpes. Fulminantes. Ni un gemido, ni un grito. Cuando Zintia abrió lo ojos, presa de un profundo sueño, se vio en brazos de Benasur. No tuvo fuerzas ni para gritar ni para desasirse de él.

Benasur se fue alejando de los demás, que regresaron cabizbajos al campamento, quizá decepcionados en su violencia por lo cómoda que había sido la matanza.

Mileto, que acompañó a uno de los getulos, no tuvo que ejercitar la espada, pues el otro blandió la suya expedito. Tampoco Benasur mató, por no restarles una moneda de oro a los otros. Mileto no se sintió curioso por ver a Benasur alejarse con Zintia en los brazos. Lo que iba a ocurrir le extrañaba que no hubiese pasado hacía ya mucho tiempo. El príncipe Shubalam, de casarse con Zintia, no haría bodas con una doncella. Mucho había tardado Benasur en darse cuenta de que tenía el derecho a las primicias.

Mileto no pudo convencer a Amela con el ejemplo de Zintia. Quizá porque estaba demasiado cansado para insistir con eficacia. Y a los pocos minutos roncaba con la misma ansiedad de recuperación que los getulos, que los camelleros de Maj'han.

Capítulo 3

El cíngulo de fuego

La caravana partió al día siguiente rumbo al nordeste. De todos los rostros, el único risueño era el de Zintia. Sin embargo, Benasur, en los once días que siguieron, no le dio motivo para renovar sus alegrías. En la noche solían separarse del campamento, pero al amanecer, el resto de los expedicionarios veían a Zintia salir en compañía de Amela de su tienda de campaña. Mileto ya había forzado la resistencia de la esclava y sabía que tampoco Amela pasaba toda la noche en la tienda.

Llegaron a Lomelí, en el vértice que formaban la Mauritania y la Numidia con el desierto phazano. Allí Benasur pagó los salarios y licenció a las gentes; dejó de llamarse Sabasjamir y adoptó el viejo nombre de Benemir.

Se fue a ver en seguida al agente Asdrabán, que desde la guerra de Tacfarinas era su representante en el negocio de orientales.

—¡Qué felicidad para mis ojos que te vuelven a ver, amado Benemir! —saludó efusivamente el mercader. Y agregó, casi sin transición—: Recibí de Gades un título de pago por valor de quinientos mil sestercios a tu favor. ¿Es que pretendes comprar tierras en la Numidia?

—Me contento con comprar la cosecha de trigo y de maná. ¿Quiénes son ellos?

—¿Ellos? —interrogó, sin comprender, Asdrabán.

—Sí. Me han dicho que hay guerrilleros...

—Andan más al norte, por Bescera... Son muchas partidas. Hay otras por Nepte, en la región de los lagos. Y la más poderosa, por Putea...

—Los mismos nombres: Bescera, Nepte, Putea...

—¡Qué quieres! Si no se dedican al pillaje, se mueren de hambre. Necesitarías escucharlos. No acaban de levantar la cosecha, cuando ya está aquí el inspector marcando, sobre los montones de granos, el sello. Y anotando el diezmo. Y mientras llega el publicano, los siervos desleales, los vecinos envidiosos, las bandadas de pájaros han reducido un cuarto de cosecha. Pero hay que pagar el diezmo sobre una cosecha sin merma. Después llega el publicano con dos soldados: se llevan el diezmo y violentan a las mozas. Y encima, hay que darles el viático: el vino, el lechón y el pan. No es cuestión de que les guste el pillaje. De algún modo deben defenderse. Caer por sorpresa sobre una caravana rinde más beneficios que trabajar en el campo, y proporciona más satisfacciones, pues es más agradable ver morir a un romano que ver forzar a una hija o una hermana. ¿Tú comprendes, amado Benemir? Las cosas están igual. Y haría falta otro Tacfarinas...

—Tenemos a su hijo Shubalam...

Asdrabán hizo un gesto ambiguo, si bien dejaba traslucir su desencanto.

—¿Qué? ¿No van bien las cosas en Garama?

—¿Garama has dicho, amado Benemir? ¡Quítate de la cabeza Garama! Han hecho una reforma religiosa... Los sacerdotes predican al pueblo el amor entre las razas. ¡Garama! El viejo rey Abumón dicen que está idiotizado, y ya no es ni sombra del que fue. Allí sólo había un hombre: Rumiban. ¿Te acuerdas de él?

—Me acuerdo. Era el capitán de los arqueros garamantas que llevaba Tacfarinas... Demasiado cruel, ¿no crees?

—¿Y qué me dices de Raz-Amal? Ése no tenía desperdicio...

—A Raz-Amal lo vi morir plácidamente, con su ojo más quieto que nunca, en el Egeo. Un individuo le clavó un puñal en el pecho. ¿Y qué fue de Karrimalhalzzan, el capitán de los lanceros garamantas?

—¿El nunca bien ponderado Karl'zan? ¡Oh! Ése vive en Garama, cargado de honores y de poder. Es Karl'zan quien ha confinado a Rumiban a la guarnición de Faleza.

—¿Cuántos hombres? —preguntó el judío.

Asdrabán hizo un gesto de duda. Después calculó:

—Seiscientos. Quizá sean muchos. Cuatrocientos andan vigilando el desierto. Se aburren, claro está. Y se dedican al pillaje. Además Rumiban licenció a muchos garamantas, que andan ahora con Spurion o que sentaron plaza de auxiliares en las cohortes romanas. Rumiban los ha reemplazado por getulos, que cobran menos y se alimentan con maná del peor sicómoro, del que se da en la estepa. ¡Qué quieres! Rumiban hace lo que puede para vivir. Tiene tres esposas y quince concubinas, y todas visten de seda. Ya te imaginas lo que cuesta eso.

—De los alzados, ¿cuál es el cabecilla más importante?

—Spurion, que debe de andar con doscientos hombres. Hace un mes apenas emboscaron a una cohorte de centuria y media. No dejaron un solo soldado vivo.

—¿Y la gente qué dice?

—¡Qué quieres que diga! Se quejan. Lo que esos hombres hacen sólo satisface el rencor, pero no aprovecha a nadie.

—¿Cómo se llama el cabecilla de estas tierras?

—Duma el Bizco, le dicen.

—¿No tienes un vaso de vino?

—Del mejor. ¿O lo quieres extranjero?

—De la tierra.

Asdrabán sirvió dos vasos de vino y los dos hombres bebieron. Asdrabán chascó la lengua. Y se quedó mirando con curiosidad, con interés a Benasur.

—¿Qué piensas?

—Que es necesario que aprovisiones a Duma el Bizco y a sus hombres. No les dirás quién los ayuda. Dile que deje en paz a los civiles y que sólo asalte a extranjeros del otro lado del mar o a los simpatizantes de Roma. Y que moleste a las guarniciones. Que no se meta con los cobradores de rentas, pues Roma es muy sensible al fisco. El Senado sólo se alborota cuando tienen noticia de que en una provincia hay dificultades en el cobro de la tributación.

—Sí, Benemir.

—Dile más: que no aumente sus hombres. Que si son ciento no cubra sino estrictamente las bajas.

—¿Qué más?

—Dentro de quince o veinte días llegará una caravana de Gilda, compuesta de setenta a ochenta camellos. Envíala a Faleza. Allí el conductor recibirá instrucciones. Las bolsas vienen precintadas. Sucesivamente, cada quince días, otras caravanas continuarán llegando. Hasta nueva orden, deberán seguir camino a Faleza... ¿Entendido?

—Sí, Benemir.

—Aparte de las comisiones, tú tendrás un salario de quince mil sestercios anuales. Cuidarás de que las caravanas cubran la ruta metódicamente. Y cuidarás también de que Duma mantenga un cordón de fuego entre la orilla sur del lago Salino, en la Mauritania, y el lago Líbico, en la Numidia. ¿Qué has comprendido, Asdrabán?

—He comprendido que ni las fuerzas romanas ni los agentes fiscales deben topar con ninguna de las caravanas que vienen de Gilda y que yo debo desviar a Faleza. ¿He comprendido bien?

—Has comprendido, Asdrabán. Del dinero, dame cuatro títulos de cien mil sestercios cada uno contra los cambistas de Faleza y de Garama, de Nepte y de Putea. El resto consérvalo tú.

Después de tomar otro sorbo, Benasur preguntó:

—¿Cómo está nuestra cuenta de orientales? ¿Te debo o me debes?

—Debo a Siracusa alrededor de ochenta mil sestercios. Pero la caravana de José de Arimatea supongo que habrá llegado ya a Leptis Magna con un cargamento de ungüento de rosas. Importa ciento diez mil sestercios.

—¿Has comprado daricos?

—Muy pocos. Mi agente de Útica me dijo haber adquirido quince mil. Yo apenas he reunido algo más de cuatro mil.

—Completa los veinte mil y mándaselos a Darío David, que ahora está en Gades.

—¿Que está en Gades? —Se sorprendió Asdrabán—. ¿Quién, pues, se quedó en Siracusa?

—Mara-Dum.

—¡Vaya salto! ¿Y por qué no te acuerdas de mí, Benemir? Ya estoy cansado de Lomelí. Dicen que por la costa no se vive mal...

—Tú, Asdrabán, llegará un día que liquides tu agencia, y serás tan importante como Darío David...

Benasur ultimó los detalles financieros y dejó a Asdrabán.

En Lomelí, Benasur llamó al lengua Abima. Le pagó salario, gratificación, amén del premio por haber participado en la muerte de los alhumas, y le dijo:

—Has sido prudente y esforzado en toda ocasión, Abima. He quedado muy satisfecho de ti. Y ahora quiero proponerte dos cosas: que seas mi correo de Lomelí a Faleza y de Faleza a Garama. Sé que es oficio duro. Ganarás triple salario. Comprarás dromedario palestino, que huele la ruta aun en las arenas que levanta el viento. Viajarás, para cuidarte de toda asechanza, por las noches. Y reposarás, fuera de la ruta, durante el día. ¿Te place?

—Me place, Sabasjamir.

—Olvídate de Sabasjamir. De ahora en adelante yo me llamo Benemir.

—De acuerdo, amo Benemir.

—Dime Benemir a secas. No debemos gastar palabras inútiles. Cuando estemos entre personas principales, me llamarás magnífico Benemir.

—Entendido, Benemir.

—Tu obligación, si te ves atacado, es destruir, quemar lo que lleves en la bolsa.

—Sé las obligaciones de un correo —asintió Abima.

—La segunda cosa es que me vendas tu azor.

Abima no disimuló un gesto de disgusto. Benasur argumentó:

—Ahora no te serviría para nada, y a mí me gusta el animal.

—Pero ¿cómo iría contigo si no te conoce?

—Tú, que lo adiestraste, sabrás hacer que me conozca...

—Necesitaría dormir tres noches seguidas al lado de tu cabeza, para que conociera el olor del pelo y se posara en tu hombro.

—Te daré una cabellera para que el azor se acostumbre a su olor, que es el aroma de la menta de Bética. ¿Cuánto quieres por él?

—¡Ay, Benemir, el halcón no tiene precio! Se lo compré por quinientos sestercios a un mercader persa. Y yo lo amaestré, porque el mercader lo llevaba en una jaula. Pero tú sabes que un azor vale

más que un esclavo, pues tú vendes un esclavo y puedes comprarte otro cuando quieras. Pero ¿dónde compro yo otro azor, si no es en Persia?

—No te preocupes por eso, Abima. Yo escribiré a Persia para que nos manden todos los halcones que quieras. Y cuando tengamos sosiego, en Gades o en Lixus haremos un jardín para halcones.

Benasur le dio a Abima la cabellera de Cosía Poma para que acostumbrara al azor a su peculiar perfume.

De Lomelí, después de contratar nuevos conductores y custodios, la caravana salió para Nepte, donde Benasur realizó parecidas gestiones que con Asdrabán con un mercader de la localidad para que ayudase a los alzados de la región, capitaneados por un tal Kataf. Y de Nepte, orillando la ribera sur del lago Tritonis, se trasladó a Putea. En este lugar tuvo ocasión de hablar en una entrevista secreta con el propio cabecilla Spurion, que, como Tacfarinas, había desertado de una cohorte romana de auxiliares indígenas. Era leptino, gente de costa que unía al carácter levantisco de los púnicos el espíritu liberal de las gentes de mar. Impresionó gratamente a Benasur, pues no se movía como los otros cabecillas por el estímulo del lucro, por la inclinación al pillaje, sino por el odio que guardaba hacia los romanos. Spurion había sido humillado por un decurión, precisamente el que mandaba la decuria en que servía el leptino. Una noche, de regreso del castro de Tacape, sorprendió al decurión violentando a su mujer. Spurion mató al romano y su cabeza fue pregonada. Convencido de que lo empalarían, prefirió alzarse en subversión. Y desde hacía dos años andaba a la caza de toda cohorte romana que salía en servicio de vigilancia por el interior del país. Vivía de asaltar a los mercaderes en tránsito y a las plantaciones de los colonos.

Benasur tanteó con astucia al leptino, y le fue fácil persuadirlo del método de ataque más conveniente, pues el nombre de Benemir gozaba de amplio, si bien secreto, prestigio entre las gentes que anduvieron en el ejército de Tacfarinas. Y Spurion le escuchó con docilidad y señalado respeto, pensando que la ayuda que iba a prestarle Benasur, muy limitada y condicional en principio, quizá se ampliase en lo futuro, con lo cual viniese oportunidad de ganar

lustre para su persona, que ahora andaba en lenguas, y no bien parada, entre las gentes timoratas y de orden.

Con la entrevista tenida con Spurion y los acuerdos derivados de ella, Benasur logró completar el cíngulo de fuego que quería establecer entre las guarniciones romanas y las tierras de Abumón. A espaldas de estos cabecillas quedaba la estepa y el desierto, y muy adentrados en las arenas, los pueblos garamantas en los que organizaría el ejército que habría de oponer a Roma.

En vísperas de salir de Putea rumbo a Faleza, vino a quejarse Amela.

—¿Otra vez llorando? ¿Por qué te parió tu madre tan llorona? —La acogió Benasur.

—¡Ay, señor! ¡Quién sabe quién haya sido mi madre! Y si lloro es porque todas las tingitanas somos sensibles de naturaleza.

—Bien, ¿qué te sucede?

—Que tu escriba el heleno Aristo me sometió a fornicación en el desierto. Y yo, aunque me resistí, no igualé en fuerza al escriba. Y ahora que ha cometido fornicación conmigo hasta saciarse, viene y me dice que le repugno y que mejor me tire a las aguas del Tritonis, pues está harto de mí.

—¿Y qué esperas, llorona Amela? ¿Que el prudente Aristo te ande tocando las nalgas todo el día? ¡Anda y vete de aquí! Que no hacéis más que tentar a los hombres. Cuando Aristo te llame, acude a prestarle los servicios de que se vea urgido; y cuando no, quítate de su vista. Y no vengas con esas historias a mí, que tú tienes ama para llorarlas...

—Es que la princesa Zintia me dijo que me quejase contigo...

—¡Ya me lo figuraba! ¡Dejadnos en paz, peste de garrapatas! Aristo y yo tenemos cosas más importantes que preocuparnos de dos mocosas lloronas.

La esclava se fue con la respuesta a Zintia, y cuando al día siguiente la caravana se puso en marcha, la alhuma mostraba una expresión de enojo. Y en cuanto vio a Benasur con la cabellera de Cosía Poma prendida del hombro derecho y al azor encima, aguijoneó al dromedario para ponerse a la vanguardia, al lado del navarca.

—¡Qué hermosa cabellera llevas al hombro! ¿Acaso es moda en Garama?

—No, Zintia. Es hábito entre los cholones de Etiopía. Suelen llevar la cabellera de su novia, pues el día que pagan la dote se la cortan en muestra de que está comprometida. Y hasta que no le vuelve a crecer, no se celebran las bodas.

Zintia enrojeció de cólera y despecho.

—¿Quiere decirse, Benemir, que tú tienes prometida etíope?

—Sí, Zintia.

—¿Y desde cuándo nosotros hemos pasado por Etiopía?

—No es necesario ir a Etiopía para encontrarse con una etíope cholona...

—¡Ah, sí! ¿Y dónde la encontraste, en Putea o en Nepte?

—¡Huy!, hace tiempo, en Gades. ¿Qué te parece, Zintia? Y por la medida de la cabellera podrás darte idea de la proporción de sus miembros y de la belleza con que están ordenados...

—¡Ah, sí!... ¿Y qué vas a hacer de mí?

—Hace tiempo que tu destino está sellado; te casarás con el príncipe Shubalam. Estoy harto de repetírtelo.

—¿Sí? ¿Eres tan despreocupado que pretendes casarme con Shubalam después de haberme forzado?

—¿Quién forzó a quién, Zintia? Hemos discutido bastante sobre la estupidez que hiciste en incitar a los alhumas a la fuga. Los aires de tu tierra te han trastornado. Tú me has costado mucho oro. Llevo la cuenta al céntimo de lo que he gastado contigo desde que puse mi mano sobre tu hombro. Y me resultas una inversión muy cara.

—Si tan cara soy, ¿por qué no me reservas para esposa?

—¡No digas locuras! Me saldrías más costosa. Y para toda la vida. No, Zintia, yo soy hombre económico, y tú eres muy cara...

—¿Y Raquel? ¿Acaso es barata Raquel?

—Raquel es otra cosa, Zintia. Ella nació en la opulencia y en la opulencia ha de vivir.

—Tú hablas así de mí porque ignoras quién soy. Mí padre, que vive, es el hombre más poderoso del pueblo alhuma. Posee más de veinte mil esclavos negros que le trabajan las tierras. Y tiene un

jardín con toda suerte de fieras. Y tiene oro en pepitas de río que hacen montañas... Ésa soy yo, Benasur...

Benasur cogió la muñeca de Zintia y se la retorció hasta hacerle brotar lágrimas:

—¡Te he dicho que aquí me llamo Benemir!

—¡Y yo te repito que quiero volver con mi padre!

—¡Tu padre! —exclamó con su poquitín de desprecio Benasur—. ¡Vete a saber dónde está tu padre!

Zintia tenía los ojos húmedos, no tanto por el sentimiento que las palabras de Benasur le provocaban como por el dolor que sentía en la muñeca.

—Eres cruel, Benemir. Me has retorcido el mismo brazo en que recibí el dardo, la misma muñeca que aún tengo dolorida de los grilletes del ergástulo. ¡Qué desgraciada soy!

En ese momento Benasur pensaba en el padre de Zintia, y no le era repugnante imaginar que tal sujeto sería un caníbal, pues los getulos del sur se habían contagiado de los abominables negros que vivían limítrofes a sus tierras.

Como oyera lloriquear a Zintia, la reconvino:

—Hace días que estás desatinada, y esa estúpida de Amela no hace más que imitarte. ¿Cómo, si no, una miserable esclava iba a atreverse a hablarme de sus porquerías?

—¿Llamas porquerías a lo que puede dar origen a un hijo?

—¿Un hijo? ¿Con qué derecho vosotras vais a tener un hijo? Tú no podrás tener más hijos que los que Shubalam te procree.

—¿Y qué dirá de mí Shubalam la noche de bodas?

—No dirá nada. ¿Cómo va a oponer reparo a la doncella que le entregue Benemir?

—¡No entiendes! Puede suceder que Shubalam no se case conmigo. Sencillamente porque a ti no te convenga. ¿Qué ocurrirá si quedo embarazada de ti?

—Si mi simiente prende en tu entraña, parirás tres criaturas como tres soles... Entonces, te haría mi esposa.

—¿Y Raquel?

—Raquel será mi concubina, porque ella no me ha dado hijos...

—¡Oh! —exclamó Zintia con una expresión de arrobo—. Eres maravilloso, Benemir... ¿Y si no doy a luz tres hijos?

—Entonces no será mi simiente la que haya fructificado en tu entraña. Tienen que ser trigésimos.

—¿Qué otra simiente puedo llevar yo en mi entraña sino la tuya, Benemir?

—¡Quién sabe! La de algún puerco alhuma...

—¿Acaso no me supiste doncella cuando me poseíste por primera vez en el desierto?

—Sí, te supe doncella. ¿Y eso qué? ¿No encontré yo una cholona en Gades? Igual tú puedes haber encontrado un alhuma en Lomelí, en Nepte, en Putea...

—¿No fueron tuyas todas mis noches?

—Las noches sí, pero ¿y las mañanas y las tardes, que yo dedicaba a mis negocios?

—¿Dudas que yo te amo? ¿No ves en mis ojos que para mí sólo existe un hombre, y ese hombre eres tú?

—Eso es lo malo: que yo soy sólo uno y las mujeres que confluyen a mí son muchas. ¿Qué méritos harás tú para ser la primera?

—¡Te daré tres hijos en mi primer parto!

—Si así fuera, astuta Zintia, yo diría: ¡Bendita sea tu entraña y bendita la simiente de Benemir! ¡Y bendito Yavé, Señor en la tierra y en las alturas, que multiplica mi simiente!

Ese día Zintia, al rendir la jornada, se separó del campamento y dirigiéndose a la más alta duna se hincó de rodillas y con el pensamiento y el corazón puestos fervorosamente en Yavé, oró: «¡Oh Tú, Señor, rey de la tierra, del mar y de las alturas, haz que la simiente de mi bienamado Benasur fructifique en mi vientre! Y que mi entraña expulse tres criaturas tan hermosas como el sol que Tú gobiernas. Escúchame, Yavé, y cumple en mí tu bondad infinita».

Capítulo 4

La ciudad de las gemas

Es tan fecundo el trópico que, en medio del desierto, basta un manantial para que brote la rumorosa palmera de dulcísimo fruto; para que la vegetación esmalte de verde la campiña y para que las arenas que la rodean a veinte millas a la redonda sean pobres pero no estériles: la chumbera, la biznaga crecen en la tierra esteparia. Por ese manantial, Faleza es algo más que un oasis. Es uno de los eslabones de población que constituyen la cadena de pueblos aislados en el desierto líbico que se llama el reino garamanta. Su riqueza son los yacimientos de gemas. Apenas la colina pétrea es algo más grande que una duna del desierto. Pero Posidonio y otros historiadores dicen que siendo tan ingrato el desierto, los dioses quisieron colmarlo con sus mejores dones. Y le dieron la piedra azul y la piedra roja, de inigualable limpieza y destello; y le dieron el oloroso junco rosado. Y le dieron también una arcilla con que los alfareros garamantas fabrican las más hermosas vasijas. Tan finas y delicadas, que son más armoniosas en el sonido que el vidrio de Sidón y de Alejandría. Tan ricamente decoradas, que los pueblos del Oriente, que son hábiles en alfarería, cambian sus marfiles por las cerámicas garamantas.

Faleza no tenía ni el junco dorado de Garama ni la dócil arcilla de Cydamos. Tenía, sin embargo, la mayor riqueza de todas: la colina de Los Afanes, con yacimientos de piedras preciosas. En las minas trabajaban más de dos mil esclavos y el producto iba, en sus mejores piezas, al tesoro real del muy alto Abumón, rey de Garama; y las demás a los mercados del mundo, donde los más famosos lapidarios se las disputaban.

Pero las minas no estaban adscritas al distrito de la población. Constituían, en sus dieciséis millas cuadradas, precinto real, bajo la custodia y administración de funcionarios del rey.

A pesar de esta riqueza, tan inmediata, la población de Faleza vivía pobremente. Casi su única fuente de ingresos eran las cosechas de maná y de dátil, y la industria de albergue de las caravanas. Algunas, no todas, solían pasar por Faleza. Pero sus conductores no se detenían a comerciar. El dátil y el maná tenían otras rutas. Allí llegaban nada más para surtir a la población de ciertos artículos caros, que no se consumían, y para aprovisionarse de alimentos y agua; especialmente de agua y pan de maná, que dura fresco y suave al diente más de seis meses. Bien conocido es el dicho de que «cuando el maná endurece el sicómoro florece», pues cuando el pan de maná llega a secarse, ya puede comerse fresco el de la nueva cosecha.

El dátil se perdía casi en su totalidad. Ningún agricultor quería distraer tiempo y dinero en la recolección. Puesto fuera del desierto, sólo en transporte costaba mucho más que el dátil de los centros de cultivo cercanos al mar. Se recolectaba nada más que el estrictamente indispensable para las necesidades de consumo local. Por estas razones, Faleza, que hacía cincuenta años aún conservaba todas las características urbanas de una ciudad floreciente —las minas no habían sido anexadas al tesoro real—, ahora no pasaba de ser una población enorme con gran cantidad de mansiones vacías. Muchas de ellas con vidrios fenicios en las ventanas, con surtidores de agua en los jardines, con columnas de mármol númida en los patios y en los atrios, servían de albergue a los camelleros. Y no era difícil ver a las bestias bebiendo en las piletas de mármol que antes, con sus surtidores, hacían las delicias de los grandes señores garamantas.

Una ciudad así, empobrecida por una política errónea; abandonada por una pobreza casi artificial; languideciendo en la inercia por falta de iniciativa y estímulo vigorizante, era el marco adecuado para un hombre que, después de disfrutar las mieles del triunfo, escondía la amargura del resentimiento bajo una forzada

expresión de disciplina y obediencia a los poderes instituidos: Rumiban.

Cuando Benasur visitó Garama en la misión diplomática que Tacfarinas le había encomendado cerca del rey Abumón, no pasó por Faleza. Entonces hizo el viaje de Shubam a Cydamos y de Cydamos a Garama. Era la línea más corta. Pero ahora, con los informes que le había dado Asdrabán, se desvió de la ruta, dirigiéndose a Faleza, la ciudad más occidental de los pueblos garamantas. Benasur tenía interés en establecer contacto con el capitán Rumiban. El judío conocía demasiado la condición humana para estar seguro de que Rumiban era un resentido. Y Benasur hacía tiempo que sacaba provecho de los hombres resentidos. Ampliando su observación podía estar seguro de que en toda ciudad había un banquero, un peluquero y un resentido.

La caravana se dirigió a la calle principal. Allí hablaron con Binzo, propietario del mesón, que tras conocer las pretensiones de Benasur, le aconsejó que se alojaran en una espléndida residencia de la que era dueño.

La casa estaba abandonada. Tanto en el jardín como en el atrio y peristilo, como en el comedor y demás salones y alcobas, se veían los deterioros, huellas de sus ocasionales huéspedes, los mercaderes y camelleros.

—¿Cuál es el precio del alquiler? —preguntó Benasur.

—¿Por cuánto tiempo?

—Supongamos un mes.

—Por un mes te cobraré trescientos sestercios... Si fuera por más tiempo, te cobraría doscientos cincuenta.

Por quinientos sestercios mensuales en Roma apenas si se pagaba un sórdido cubículo para dormir. Benasur no quiso desaprovechar la ocasión:

—Es mucha renta para Faleza. Y la casa está muy deteriorada... Si quisiera comprarla ¿en cuánto la dejarías?

—¿Para qué quieres comprarla? —repuso el propietario—. ¿Quién es el loco que compra hoy una propiedad en Faleza? No quiero engañarte, extranjero. Alquílala por la renta que te digo y yo dormiré con la conciencia tranquila.

—Quedarás más tranquilo si la vendes...

—Piensa, extranjero, que la casa tiene una vasta propiedad datilera al fondo. Recojo sólo la quinta parte de la cosecha, porque no hay comprador para más. Esa cosecha vale ocho mil sestercios... ¿No comprendes que tendría que cobrarte por la casa el valor de las palmas que a ti para nada te servirían?

—No hagas consideraciones y dime el precio.

El propietario vaciló, hizo sus cálculos y al fin se atrevió a decir, no sin cierta timidez:

—¿Darías por la casa, con plantación y todo, ciento veinticinco mil sestercios?

Benasur estimó tan bajo el precio que prefirió callar. Binzo, no sabiendo cómo interpretar su silencio, comentó en son de disculpa:

—Reconozco que esta casa es un elefante blanco...

—No —repuso Benasur—. Te daré cien mil sestercios y vas bien pagado. Te los abonaré en cuatro trimestres y con el primero que te dé, hoy mismo, tendrás para el salario de jardineros, marmolistas, pintores y carpinteros que deberán adecentar la casa, que ahora parece cuadra. ¿No te parece?

—No, no me place —respondió el propietario—. No me place porque me obligas a que me preocupe por una serie de menesteres que me son molestos en grado sumo. Y como me ofreces más de lo que pensé que me darías, descuenta de los cien mil sestercios lo que creas que es de razón, y tú encárgate de hacer los arreglos y reparaciones que creas conveniente. No olvides que los vidrios de las ventanas son fenicios. Y que sólo los vidrios valen diez mil sestercios. Que el artesonado de la casa es de cedro, tan bueno como el de Líbano; que los mármoles son de la Numidia; que las esteras son de junco rosado de Garama, que tan delicioso aroma despiden; que la mesa del comedor fue traída hace cien años de Alejandría, y que tiene lacas de Tebas. Y que si no fuera por estos bárbaros de camelleros que hacen hogueras sobre los mosaicos del atrio y que atan sus bestias a las columnas del pórtico, yo no vendería esta casa por menos de un millón de sestercios. Pero, extranjero, yo no quiero pensar, yo no quiero preocuparme. Tengo veinte casas y todas me dan quebraderos de cabeza. Y ésta más que

ninguna. Porque has de saber que los camelleros son tan bestias que cuando sienten frío en vez de hacer hogueras con la leña del palmar, prenden fuego a las sillas y banquetas y ya no hay una sola litera que tenga patas. Y que estos negocios son motivo de discusiones con mi mujer. Y has de saber también que yo tengo dos hijas que, por solteras y ociosas, le dan la razón a su madre. ¡Con qué aires de triunfo entraré hoy en la casa si puedo decirles: He vendido en cien mil sestercios la casa del palmar! Porque a ti no debo ocultarte la verdad, y es que mi mujer (que dice que yo soy un torpe) hace un año quería vender esta casa por sesenta mil sestercios. Pero el cliente, en cuanto se dio cuenta de las reparaciones, se echó atrás.

Y después de tomar respiro, el tímido propietario inquirió:

—¿Te conviene, pues, mi proposición?

Benasur se quedó admirado de tanta ingenuidad financiera. Y queriendo dejar en seguida satisfecho al propietario, le respondió:

—Me conviene. Y llévame con tu escriba para que hagamos la escritura.

El Palmar, como desde ese día Benasur llamó a la casa, recibió una legión de operarios que en unos días dejaron habitaciones, jardín y plantación como nuevos. Hasta un carrocero pintó y engrasó un coche siracusano que estaba en las caballerizas.

La compra de El Palmar hizo la felicidad de Zintia, pues Benasur no encontró persona más adecuada que ella para que asumiera las funciones de ama de casa y se entendiera con los obreros y las reparaciones.

El Palmar dio *de facto* una situación social a Zintia. Compartiendo con Benasur la misma alcoba, pasó de hecho a ser su amante. Y siendo Benasur soltero, tal condición de única amante le daba a Zintia todo el carácter de concubina en funciones de esposa.

Benasur no se paraba a meditar sobre esta nueva situación. Zintia se había ido introduciendo en su vida como una costumbre, y no pensaba en más. Pero la joven alhuma, inducida por el amor que sentía al navarca, además de las fervorosas oraciones que elevaba al Señor para que hiciera fecundo su vientre, no perdía ocasión de

aplicarse a los menesteres de la casa, procurando que Benasur encontrara reposo dentro del hogar.

El navarca visitó al cambista de Faleza, cultivó también la amistad del escriba de Binzo, se relacionó con mercaderes, y de todas las gentes tomó informes, enterándose no sólo de la situación de la ciudad, sino también del resto del reino garamanta.

Por sugestión de Zintia compró un terreno anexo a la plantación que daba a una de las calles transversales y contrató la erección de unas enormes bodegas para almacenar los materiales que llegarían de Bética.

Mientras Benasur establecía contactos con las gentes principales de la ciudad, Zintia y Mileto visitaban las casas de Binzo para comprarle muebles y objetos que hacían falta en El Palmar. Con su característica remolonería, el propietario les fue vendiendo piezas valiosas a muy bajo precio; pero, al final, quizá asesorado por su mujer, comenzó a encarecer sus pretensiones. Por fortuna para Zintia —en quien Mileto había descubierto cierta tacañería—, cuando Binzo quiso aumentar los precios, ya El Palmar estaba ricamente alhajado.

No por descubrir su tacañería, Mileto le restó un ápice de afecto y simpatía a Zintia. La joven le ganaba por su dulzura, por la afabilidad con que trataba a la servidumbre, por la atención y adhesión con que le distinguía. Además, coincidían en muchas apreciaciones sobre Benasur y en los motivos que tenían para admirarlo y para murmurar de él. Mileto había observado que a partir de iniciarse las relaciones íntimas entre la alhuma y el judío, éste parecía apreciarlo aún más. Por tanto, no podía menos de pensar que Zintia en la intimidad no le era adversa, sino más bien favorable.

El día que de Lomelí llegó Abima con el primer correo —una sola carta de Asdrabán con la noticia de que la primera caravana de Gilda había salido rumbo a Faleza—, Benasur decidió ir a ver a Rumiban. Contaba ya con una casa donde recibirlo de un modo decoroso, y los principales vecinos de la ciudad habían conjeturado mucho sobre los viajeros. Se vistió lujosamente al modo de Judea y se presentó en el castro. Conducido ante la presencia del capitán, le saludó diciendo:

—Benemir ardía de nostalgia por volver a ver al esforzado Rumiban, que tan heroicamente peleó al lado del rey Tacfarinas.

A Rumiban le costó trabajo sonreír. Se veía que el resentimiento le había oxidado los goznes de la sonrisa. Pero mostrose halagado con el saludo de Benasur, pues poniéndose en pie, abandonó la mesa para ir a posar sus manos sobre los hombros del visitante.

—¡Alabado sea Istamar, que te trae a mi presencia, magnífico Benemir!

Parecía que sí, que Rumiban se alegraba de volver a ver a Benasur. El navarca se dio cuenta en seguida de la penuria del militar. La clámide estaba bastante sobada en el cuello; la túnica no tenía muy lucido el cuero de las hombreras, sobre las cuales prendían las palmas de bronce y no de plata, como cabría pedírselas a un capitán. Sin embargo, los músculos de los brazos y de las piernas estaban aún apretados y vigorosos. Y en su rostro, señalado en tres direcciones con cicatrices heroicas, la tez oscura y curtida por los azotes del sol y las arenas contrastaba impresionantemente con los ojos verdes como las gemas que se sacaban de la mina Los Afanes.

Aunque la inspección visual de Benasur fue rápida y discreta, no lo fue su sonrisa, y Rumiban debió de sentirse molesto, quizá cohibido, posiblemente con la timidez de la vergüenza ante la presencia arrogante, suntuosa, del judío.

Y exclamó, buscando tema de conversación:

—Conque ¿eres tú el Benemir que trae alborotada a la ciudad? Pero ¿qué es lo que buscas aquí, tú, que eras águila grande? ¿Qué atractivo o interés has encontrado en este desolado poblacho? ¿Tan aburridas se han hecho Roma, Siracusa y Alejandría?

Benasur se quitó el manto, que echó sobre una banqueta, quizá para que Rumiban le viera el cíngulo de oro recamado con perlas negras de Philoteras, para que le viera los ricos encajes de Frigia que ribeteaban las mangas de la túnica, por si los rubíes de la kefija no eran suficientes para deslumbrarlo. Y respondió al capitán:

—¿Acaso Faleza no tiene clima paradisíaco? ¿No da los más dulces dátiles de los pueblos garamantas? ¿No es perfumada y excitante por las noches?

—Pero ¿quién te ha engañado, Benemir? —repuso en tono de burla Rumiban—. Has atravesado el desierto y no sólo traes el engañoso espejismo en los ojos, sino también en la nariz. Aquí no huele más que al estiércol de las caravanas. Y es locura venir a buscar en Faleza dátiles cuando los tienes en las ciudades por donde corren el dinero y la alegría...

—Y la ventaja de estar siete jornadas alejado de la más próxima guarnición romana ¿te parece poco aliciente? —Opuso en el mismo tono Benasur—. Pero el sorprendido soy yo. Por eso te pregunto: ¿cómo tú, el más aguerrido capitán garamanta, te encuentras en este lamentable reducto de la miseria y el abandono? ¿Qué le has hecho al muy alto Abumón, que tan cruelmente te ha castigado? Has de haber cometido falta muy grave, pues sólo así se explica que un capitán de arqueros, cuyo nombre fue dicho con respeto tres veces en el Senado de Roma y publicado más de cinco en las tablillas de todos los foros, ágoras, plazas y zocos del orbe; un capitán que hizo morder la arena del desierto a las legiones de Julio Bleso; un estratega, en fin, con capacidades y arrojo suficientes para conquistar un reino, se encuentre aquí confinado, viendo cómo florece el sicómoro, cómo madura el dátil.

—No te falta razón en lo que dices, magnífico Benemir. Pero el sino de los hombres está escrito en los cielos, y mi estrella, que tan vertiginosamente parecía ascender, se eclipsó de súbito. Y hoy apenas parpadea levemente sobre el horizonte de su total declinación.

—No creo en tu disculpa, Rumiban —replicó Benasur—. Los hombres fuertes crean su propio destino, y si la estrella se desvía y quiere mostrarse adversa, se levanta el brazo, se coge la estrella y se la vuelve a clavar en el cénit del firmamento. ¿Acaso tu brazo no tiene el vigor necesario para disparar el arco y clavar la estrella con un dardo?

—¡Ah, Benemir! Mi brazo bien vigoroso está. Y también mi pulso es firme y seguro. Y las apetencias de mi corazón a duras penas se contienen en esta inercia que es mi fracaso. Pero mis miembros están maniatados. La astucia puede más que el valor, y la serpiente

me ha vencido. Intrigas cortesanas acabaron con mi carrera. ¿Y qué he de hacer sino vivir? Tengo esposa e hijos...

—Los hijos son los que interesan. —Y Benasur, hábilmente, continuó adulando y excitando al militar—: ¡Los hijos, Rumiban! ¿Quién sería capaz de dudar que el hombre que dio un reino a Tacfarinas no pudiera procurar un principado a cada uno de sus hijos? ¿Quién ha minado tu arrojo, quién te ha nutrido de cobardías, Rumiban? El mundo es grande y libre. Y los hombres fabrican espadas. Con una espada se siega una vida y también se conquista un reino. Precisamente, durante mi viaje, me enteré de que existe al sur de Getulia un pueblo, los alhumas, cuyos señores tienen montañas de pepitas de oro y tierras que les trabajan decenas de miles de esclavos. Son caníbales. ¿No resultaría civilizadora la conquista de los pueblos alhumas? Roma se adueñó del mundo con menores motivos...

—Dices los alhumas. Con ellos el muy alto Abumón tiene concertada una alianza de paz...

—¿Has firmado tú la alianza? Mientras tú no hayas estampado tu sello, ¿quién te quita de ir a civilizar a los alhumas? Por tan noble empresa esos getulos quedarán tan agradecidos que no harán el menor reproche porque les quites el oro que tanto les abruma.

—Eres insinuante, Benemir...

—Son simples palabras, Rumiban. No se trata de los alhumas; no... Se trata... En fin, son puras fantasías. Pero créeme que, sin saber la causa de este sórdido confinamiento, puedo aventurar mi apreciación de que, por lo excesivo, me parece injusto. Me rebelo a creer que la muy noble Garama pague así a sus más esforzados hijos, que tanta gloria y lustre han dado a su historia... ¿Ignoras que los númidas aún pelean por su independencia?

—No lo ignoro. Pero no luchan por su independencia Son unos cuantos bandoleros que se dedican al pillaje.

—No. Eso lo dice Roma. Roma a todos los que luchan contra ella, contra su opresión, contra el agobio de su fiscalía, les dice facinerosos. ¿No lo dijo de Tacfarinas? Pero esos brotes, aunque no tienen toda la fuerza de un levantamiento nacional, atestiguan que los pueblos no soportan el yugo... ¿O piensas tú lo contrario?

—No, Benemir. Yo en esos asuntos ya no pienso. Yo, en parte, vivo también del bandolerismo. Lo persigo. Las caravanas me pagan una prima por la garantía de su seguridad hasta el desierto mauritano... Tengo que arreglármelas para seguir viviendo, pues el salario es muy bajo...

Los dos hombres se miraron escrutándose. El capitán, tras encogerse de hombros, cambió de tema:

—Pero pasemos a lo tuyo. Dime qué piensas hacer. Me he enterado de que has comprado el palacio de las palmas; que estás construyendo unas bodegas.

—Sí, Rumiban. Traigo mercancía a Garama, una mercancía muy especial y de la cual no viene a cuento que te hable. Las caravanas volverían vacías a Mauritania. Serán dos cada mes. Pero he pensado aprovecharlas para llevar dátiles. Estableceré una industria conservera de dátil. Haré jarabe y vino de dátil; haré crema y dulce de dátil. No olvides que el licor de Chipre, que se vende en todo el mundo, está hecho a base de jarabe de dátil. Por tanto, no sólo aprovecharé toda la cosecha, sino que fomentaré su cultivo.

Benasur no fantaseaba. Había pensado seriamente en establecer una industria conservera de dátil. Podía también fomentar el cultivo del sicómoro y otros frutales. Hasta entonces lo que había imposibilitado la explotación agrícola de Faleza era su lejanía de los mercados consumidores, la carestía de los transportes. Benasur contaba para esto con las caravanas que durante varios años llegarían con el cargamento de armas para regresar a su punto de origen sin carga. No harían el viaje en balde. Pondría en Lixus, listos para ser distribuidos por todo el mundo, cargamentos de dátiles, de higos, de frutos. Si se animaba a ello y encontraba una persona competente para el negocio, podía intentar competir con Chipre en la elaboración de licor.

—Vas a industrializar Faleza...

—Si me prestas tu concurso, hasta es posible que me anime a armar aquí carros, de producción bética, para distribuirlos por todas las tierras semitas...

—¿Qué concurso esperas de mí?

—Garantías, Rumiban. Yo pago mi salario: cinco mil sestercios mensuales.

—¿Qué clase de garantías quieres?

—Las que tú puedes darme. Que desde que salen de tierra númida mis caravanas, tus hombres me las custodien, y al regreso, hasta el desierto mauritano. Que me pongas una guardia de lanceros en mi casa. Esto da respetabilidad. Puedes hacerlo amparándote en mi calidad de amigo del muy alto Abumón. Que durante los cuatro o cinco días que voy a permanecer en Faleza honres mi mesa a la hora de la cena.

—¿Tan crecido salario por tan menguado servicio?

—Quizá me mueva a ser generoso contigo un sentimiento de justicia; repararte de la ingratitud que temo haya tenido contigo mi amigo el muy alto Abumón...

Rumiban movió negativamente la cabeza.

—No; no se trata de Abumón. El causante de mis males es...

—¡Calla! No me digas el nombre. Así tendremos tema de conversación esta noche. —Y haciendo ademán de irse, se despidió —: Loado sea el Señor que me permitió la alegría de verte, Rumiban.

—Gracias sean dadas a Istamar por tu visita.

Cuando Rumiban se reclinó a la mesa de Benasur, el capitán ya había recibido los cinco mil sestercios del salario y tres vestidos, de la más cara seda de China, para sus tres esposas. Así que no pudo extrañarse al oír decir al navarca:

—Tu salario puede duplicarse o triplicarse, Rumiban; mas nunca mermarse. Pero tendrás que hacer un esfuerzo: cumplir con tu obligación: que todos los hombres alistados bajo tus banderas sean garamantas. ¿Me comprendes? Hay que mantener vivo el sentimiento nacional. Ahora bien, los getulos que tienes puedes agruparlos en una cohorte de auxiliares...

—¿Y para qué quiero yo esos auxiliares?

—¿No lo sospechas? ¿No acabas de decirme que debes todas tus desgracias a Karl'zan? Supongo que no por tu benevolencia sino por su poder es por lo que no has podido defenderte. ¿Qué te estorban quinientos, mil auxiliares si Benemir los equipa y paga?

Habían hablado ya largamente sobre la situación política de Garama. Mileto, que asistía a la cena, no despegaba los labios ni parpadeaba. No quería perder detalle de aquella operación que iba a encender la guerra mucho antes de lo que él había pensado y de lo que Benasur tenía previsto. Una guerra entre los pueblos del desierto, a espaldas de Roma, ocultándose tras el cíngulo de fuego que Benasur había dejado a su paso por Lomelí, por Nepte, por Putea.

Pero más que asombro, le causaba admiración la habilidad de Benasur para actuar sobre los hechos apenas suscitados y promovidos por él mismo. Para esto Benasur era un artífice. Precisamente solía fallar al actuar con factores ya establecidos, como lo había probado el fracaso de la guerra de Tacfarinas, pero en aquello que originalmente creaba o inventaba Benasur, no fracasaba. Y ahora nada menos que intentaba soliviantar a Rumiban, hacerlo jefe de una expedición militar que se posesionase de Garama. Todo esto no era un proyecto concreto, sino un contraproyecto, si el original de conquistarse la alianza del rey Abumón fracasaba. Pero como temía no conseguir nada práctico, dados los sentimientos pacifistas que de un tiempo a esta parte parecían dominar al viejo rey Abumón, preparaba ya una pira y colocaba a mano la tea encendida. Benasur quería que Rumiban fuese esa tea y que actuase a la primera orden suya.

Mas lo que el capitán de arqueros tenía de militar resentido y feroz lo tenía también de pocas entendederas. Benasur no podía prescindir en sus proposiciones, en sus planteamientos y sugestiones, de un cierto matiz eufemista, que resultaba inútil con Rumiban; pues, a fin de cuentas, el navarca se veía obligado a declararse con brutal franqueza.

—No, no me estorban nada. Pero ¿por qué tenerlos si no los necesito?

—¿Cuántos hombres tiene Karl'zan en Garama?

—Cuando mucho, tres mil quinientos, más que suficientes para mantener el orden. Luego tiene otros dos mil volantes, que va reemplazando en las distintas guarniciones...

—Bien. Si tú, Rumiban, necesitaras ir contra Karl'zan en defensa de tus legítimos intereses, ¿cuántos hombres necesitarías para apoderarte de Garama?

—Por lo menos cinco mil —calculó el capitán—, pues no debo omitir la posibilidad de que parte de la población opusiera resistencia.

—Muy bien calculado. Pero yo te digo que si llevas ocho mil hombres será mejor que cinco mil. ¿Y a ti qué te duele entrar con siete mil soldados de a pie y tres mil lanceros en dromedarios? Con ese ejército el muy alto Abumón no te negará que obraste en justicia al derrocar de la prefectura militar a Karl'zan.

—¿Y después? —preguntó el capitán.

—Después tú serás en poder el segundo de Garama. Con respecto a mí no tendrás más compromiso que mandar a Faleza a un hombre de tu confianza que sirva en lo pactado... Y si la molicie de Garama no mina tus arrestos y después del triunfo aún andas ágil, ven a verme, porque quizá sea cosa de tomarse en cuenta la conquista de los pueblos alhumas. Quizá me interesara ser rey de los alhumas, si una nativa de esas tierras me da, como cree en su vanidad, tres hijos de un solo parto...

Zintia no sabía cómo darle la mala noticia. Y como le viera que entraba en la alcoba con el semblante risueño, se atrevió a decir:

—¡Qué aflicción, Benasur!

—¿Sí? ¿Por qué?

—Mi pobre corazón está encogido de pesadumbre.

Benasur la miró. Estaba tumbada en la litera. La expresión de su rostro no concordaba con la gravedad de sus palabras.

—¿Qué te sucede, Zintia?

—¿Tú has perdido algo en la vida?

—¡Tantas cosas! —Se encogió de hombros Benasur.

—Pero una que hayas querido mucho, sobre todas las demás...

—¿Como qué? —insistió Benasur.

—Como algo que te haya producido una honda pena, porque la pérdida era irreparable, insustituible...

—Como una madre...

—No, no me refiero a personas, sino a cosas... Por ejemplo, si tú perdieras el pomo de perfume, ¿qué harías?

—Compraría otro...

—Entonces, no. Lo que yo he perdido no puede comprarse. ¿No ves cómo tiemblo, Benasur?

—Dime de una vez qué has perdido...

—Preferiría que tú lo adivinases... ¡Es terrible, Benasur! Ponte en lo peor, amado mío... Es terrible, créeme.

En los ojos de Zintia habían aparecido las lágrimas.

—No llores, por favor. No creo que exista nada, fuera de la madre, que no pueda sustituirse. Serénate, Zintia, y dime qué te ha pasado.

Benasur se sentó en la litera y con el dedo quitó las lágrimas de Zintia. Una se le quedó prendida en la yema. Alzó la mano y la miró al trasluz de la lámpara...

—Son lágrimas irisadas...

—Han de denunciar la mucha pena que me embarga...

—¿Qué quieres que te dé a cambio de lo que has perdido?

—Sólo tus labios podrían recompensarme, Benasur. —El navarca besó a Zintia. Y cuando separó la boca, la mauritana le dijo al oído —: ¿Has pensado, amor mío, lo que vale la libertad? Es la ansiada búsqueda del esclavo. Las bestias, por instinto, procuran desasirse del yugo, de la correa, del freno que las detiene. La nube vuela suelta por el espacio porque es caprichosa para conceder el regalo de su lluvia. ¿Y quién sujeta al viento? Lo contienen bajo el horizonte los poderosos espíritus, pero el viento se escapa. ¿Te has fijado en el agua? Se mueve ondulante por la tierra hasta que un hoyanco la detiene. Pero, al fin, cansada de la servidumbre, rebasa el hoyanco y sale a la libertad con ímpetus incontenibles. Los pájaros nos regalan con sus trinos, pero un día encuentran la jaula abierta y se van. ¿No ves que toda criatura o cosa que palpita propende a la libertad? Hasta la misma alma humana, cansada de estar aprisionada en la carne fatigante, abandona el cuerpo y busca su libertad. El cuerpo se queda triste e inanimado, el cuerpo muere, pero ¿quién niega que el alma libre vuela alegremente hacia la región en que están los buenos espíritus y el gran Señor Yavé?

Y tras una pausa, mirándole fijamente a los ojos mientras sus labios hacían un mohín medroso, preguntó:

—¿Qué dices, Benasur?

—Que estoy admirado. ¿Quién te ha enseñado todas esas cosas? Mileto quizá. Zintia movió negativamente la cabeza. Después:

—No, no ha sido Mileto. Ha sido el halcón.

—¿El halcón? ¿Qué tiene que ver el halcón con tanta poesía?

—El halcón ha buscado la libertad, Benasur.

Zintia se encogió tanto tanto, como si esquivara un golpe o una sarta de condenaciones, que Benasur no supo qué hacer ni qué decir.

De poco le había servido la cabellera de Cosía Poma. La vendería. Las cabelleras índicas no eran mejores ni más tupidas ni más brillantes ni más negras que la de Cosía Poma, y por ellas pagaban hasta quinientos sestercios. La vendería, sí.

Que era lo que quería Zintia.

Rumiban los acompañó a visitar las minas de donde extraían los zafiros. El espectáculo no complació ni a Zintia ni a Mileto. Sin embargo, Benasur se interesó mucho por el sistema de explotación, que no era distinto al que él conocía de las minas de Chipre y Mileto de las de la región de Onoba, cerca del río Luxia. Quizá el zafiro se extraía en peores condiciones que el cobre.

Legiones de hombres-topo, todos esclavos, iban horadando en cien lugares distintos la tierra, la roca. La galería era tan mezquina que apenas dejaba espacio para que el minero fuese reptando, arrastrándose por el agujero. Según avanzaba como un gusano, llenaba una bolsa de cuero con la tierra y roca extraída. La bolsa estaba sujeta a una cuerda que, a un tirón del hombre-topo, los de fuera recogían. De este modo examinaban la tierra y piedras. Mientras en la carga de la bolsa no apareciesen minerales que denunciasen la presencia cercana del preciado cristal, el hombre-topo continuaba avanzando como un gusano, royéndole la entraña a la colina. A veces, el agujero tenía una longitud de cincuenta pasos. A esa profundidad la faena se hacía penosísima, y no pocos esclavos sucumbían por la asfixia, pues a la escasez de aire se juntaba el polvo que levantaban con las herramientas de perforación. Las

filtraciones también ponían en constante peligro la vida de los mineros.

Si no se obtenía ningún resultado a los cincuenta pasos de perforación, se abandonaba el agujero. Si, por el contrario, se encontraba en esa longitud mineral cristalizado, se procedía a abrir la galería para llegar al lugar en que se había descubierto el yacimiento. La galería no era mucho más alta que la estatura de un hombre.

Cuando una zona estaba minada por los agujeros de los hombres-topo y por galerías, se procedía a abrir en lugares estratégicos de resistencia otras más, apuntándolas con troncos de árbol. Al mismo tiempo, en las paredes rocosas se hacían perforaciones para meter maderos secos. Por los intersticios se echaba agua, a fin de que el madero se expandiera con la humedad y rompiera la resistencia que oponía la roca. Luego se prendían hogueras al pie de cada tronco que apuntalaba la galería. Cuando los pilotes eran consumidos por el fuego, cuando la última resistencia al peso era vencida, se producía un derrumbe enorme de tierras y rocas. Este material era llevado a grandes depósitos de agua donde otros obreros, enfangados hasta las rodillas, separaban las piedras del lodo. El mismo barro era objeto de varias operaciones, todas al agua, de examen y clarificación.

Por tanto, los zafiros se extraían o bien en la misma galería, abierta en principio por los hombres-topo, o en las masas de tierra y roca derrumbadas por el sistema empleado en todas las minas.

A una pregunta de Mileto, un capataz le dijo que trabajaban dos mil siervos. En Garama estaba abolida teóricamente la esclavitud y sólo era permitida la servidumbre. Estos siervos de las minas de zafiro eran, en realidad, esclavos negros, comprados o cazados en Etiopía o en la Libia meridional, en tierras de caníbales.

Mileto y Zintia, que conocían los rigores de la esclavitud, no veían con un mínimo sosiego aquella gigantesca explotación. Benasur, que ante el trabajo nunca reparaba en su factor humano, sino en su factor económico, se interesaba por las minas. No fue capaz de recordar que Havila le había dicho que Sisapon era peor que el fori de una nave. Se acordaba solamente de que él tenía minas de

mercurio. Que en Bética los hombres-topo extraían para él cobre, plata, plomo, hierro... Pero no zafiros.

Los lapidarios de Sidón y Tiro, de Alejandría, de Siracusa, de Corinto estimaban mucho el zafiro de Garama, que siendo para el experto una sola y única piedra, por su distinta coloración se vendía como rubí, diamante, topacio, y sólo cuando era azul, como zafiro.

En las minas había una guarnición de trescientos hombres, que dependían directamente del Tesoro Real. Eran soldados mucho mejor vestidos y pagados que los del ejército, que los que estaban en la guarnición de Faleza. Y en la ciudad, en los días de asueto, estos soldados y sus decuriones establecían una deprimente rivalidad con los hombres de Rumiban. Las mujeres tomaban a título de honra ser cortejadas por los soldados del precinto, y aquellas que lograban casarse con un decurión o con alguno de los jefes de la guarnición cambiaban de tono de voz, hacían viaje a Garama y de vuelta miraban con un gestecillo de superioridad a sus amigas y vecinas.

Además de los soldados, un ejército de maestros, capataces y vigilantes. Se hacía mucho uso del látigo y con tanta frecuencia, que Zintia en más de tres ocasiones tuvo que cerrar los ojos y taparse los oídos.

Una pequeña población de minúsculas domos había surgido al pie de la colina, donde se alojaban los maestros, inspectores, el capitán y los tres centuriones. Además, el castro para los soldados y la oficina para los delegados del Tesoro Real. Cada seis meses, salía una caravana del precinto rumbo a Garama, custodiada por una centuria.

Cuando regresaron de la visita, sólo Benasur parecía haber sacado provecho de ella. En cualquier cálculo que hiciera sobre las fuerzas de Rumiban no podía omitir que en el precinto había trescientos soldados, otros tantos funcionarios y empleados y dos mil esclavos. Factores sobre los que debía meditar muy seriamente. Porque Rumiban no los tendría en cuenta.

Ya en Faleza le dijo al militar:

—Entre las muchas injusticias que han cometido contigo, la más grande es negarte el mando de la guarnición de Los Afanes...

—No. Eso hace muchos años que está así establecido.

—Muy mal hecho. Faleza debería aprovecharse por lo menos de las migajas de tanta riqueza como se llevan de sus minas. Es la primera ciudad minera que, teniendo un tesoro a su mano, se debate entre la pobreza, viviendo del estiércol que dejan las caravanas...

Después de cenar, Benasur salió a la terraza posterior de la casa. El silencio, la tibieza de la atmósfera, el perfume que se levantaba de la plantación, le hizo recordar a Oasis Cydamos. Una noche como ésta, hacía años, él había llegado con una caravana cargada de armas para Tacfarinas. Habían pasado ya algunos años. Sin embargo, la noche parecía ser la misma. Habían pasado algunos años y él no había logrado dar satisfacción a su anhelo. Había acumulado oro y más oro, había reunido flotas y más flotas. Y ahora, a sus inmensas riquezas, se juntaban las minas de Bética. Las fundiciones y herrerías de Onoba estaban ya soltando armas; las de Carthago Nova, piezas para los carros; las tenerías de Galafa, botas. Celso Salomón confeccionaba túnicas de lana. En Gades se construían naves. Menos los barcos, todo ese material confluiría por distintas rutas a Faleza...

Pero estaba igual que hace años. Era como la tarea de Penélope. Lo que hacía durante el día, de noche, en la serenidad de la meditación, se le venía abajo. Porque ahora, como siempre, le faltaba el hombre.

¿Dónde estaría ese hombre? Ya no se ilusionaba con Shubalam. ¿Por qué habría de ser Shubalam, si ni el mismo Tacfarinas, su padre, habría tenido la talla para encabezar un tal ejército, para dar cima a una tal empresa? ¿Dónde estaba el hombre? Carros, naves, las más resistentes armas y, sin embargo, los hombres se llamaban Duma el Bizco, Kataf, Spurion, Rumiban... ¿Dónde estaba el hombre?

Con Tacfarinas había invertido seis millones oro. Ahora iba a comprometer a sus socios en cincuenta millones. ¿Dónde estaba el Daván de su infancia, el brazo que tuviera la fortaleza del Señor?

Zintia vino en su busca. Benasur no se dio cuenta de su presencia hasta que la oyó decir:

—Benasur, no has tomado el té.

El navarca se volvió a la joven y se la quedó mirando, mirando. Zintia comprendió que su amante estaba ausente. Lo vio tan lejano, que le pareció vivir el mismo momento que había vivido en el tercer patio de Celso Salomón cuando lo conoció. Lejano y ajeno, imponente y extraño. Tan lo sintió fuera de su órbita, fuera de su cordialidad, que, igual que la primera vez, se arrojó a sus pies. Pero ahora, con unas palabras tan sumisas como entonces, pero más tiernas y rendidas:

—Amado mío, mi bienamado Benasur...

—Mañana salimos para Garama —fue la respuesta.

¿Garama?, se preguntó la joven ¿Es que iban a abandonar Faleza? Zintia, sin moverse, sin dejar de abrazar los pies de Benasur, alzó la cabeza para decir tímidamente:

—Se ha cumplido la lunación y creo que el Señor ha escuchado mis ruegos...

—Eso no altera los planes, Zintia. ¡Mañana salimos para Garama!

Benasur se volvió. Sobre el techado asomaba la luna, tan roja y grande como la que había visto una noche en Oasis Cydamos.

Capítulo 5

Garama

Kaivan está subido en un banco, y el banco se halla sobre una plataforma. Kaivan mira por una de las ventanas de la torre hacia la llanura que se extiende más allá de los muros de la ciudad. Ve una manchita móvil en la zona difusa en que las tierras fértiles comienzan a separarse de la estepa. La manchita del jinete desaparece algunos momentos en las hondonadas del terreno. Entonces Kaivan ve el horizonte, que se funde a un cielo brillante, dorado, seccionado por unas estrías anaranjadas que ascienden al cénit como franjas de fuego.

Cuando vuelve a aparecer más cercana la figura del jinete, Kaivan distingue ya el color rojo de la kefija. Y lo identifica: es un correo del rey.

Los correos del rey son sus correos. Traen noticias de todos los rumbos a Garama. Kaivan, ayudado por un paje, se baja del banco; después, de la plataforma. El paje que ayuda a Kaivan es casi un niño, y a pesar de su corta estatura, le saca un palmo al luminoso Kaivan, el primer ministro del muy alto Abumón, rey de los garamantas.

Kaivan, hasta en una corte de pigmeos sería un ministro enano.

Media hora después, Kaivan, en su despacho del palacio, recibía al correo del rey.

El correo era tres veces más alto que el primer ministro, y permaneció doblado en señal de respetuosa sumisión.

—¿Cuál es tu nombre?

—Haimón, luminoso Kaivan.

Kaivan sabía que el correo del rey se llamaba Haimón. Kaivan lo sabía todo, pero repetía las preguntas como si todo lo ignorase.

—¿Cuál es tu rumbo?

—El poniente. Desde el Océano recorro la línea entre la Mauritania y la Getulia, luminoso Kaivan.

—Levanta y dame tu bolsa.

El correo se irguió. En seguida, quitándose la bolsa de cuero que traía terciada, la dejó en la mesa de Kaivan. Era la correspondencia. Pero Kaivan sabía que los mensajes confidenciales no venían escritos. Por eso preguntó:

—¿Qué noticias guardan tus labios?

—Sólo una: viene rumbo a Garama una caravana. Está al servicio de un hombre ilustre: Benemir, que es amigo del Rey. Lo acompañan su escriba Aristo y una joven alhuma que se llama Zintia.

—¿Qué intenciones guarda el corazón de Benemir?

—Visitar al Rey...

—Cuenta todo lo que sabes, Haimón...

—Ha llegado a Faleza y ha comprado una casa. Las gentes dicen que se dedicará a la agricultura.

—¿Qué hombres custodian la caravana?

—Dieciséis turengos, los alados del desierto.

—¿Qué más, Haimón?

—Nada más puedo decirte, luminoso Kaivan.

El primer ministro sacó una moneda y se la arrojó a Haimón:

—Tu salario. Puedes irte a descansar.

El correo del rey volvió a inclinarse profundamente, y sin dar la espalda se retiró.

Kaivan tocó una campana. Acudió un paje.

—Tráeme el legajo Benemir.

En la torre de palacio, que servía de observatorio, el rey Abumón se acariciaba la larga y blanca barba, mientras sus ojos, con ese continuo parpadeo que da la fatiga de la senectud, miraban alternativamente a su ministro Kaivan y a sus astrólogos que hacían apuntes al tacto, a oscuras, en tablillas de cera.

Kaivan, subido en el banco, con una expresión de santa sabiduría, miraba el cielo aterciopelado, cuajado de estrellas. Su mirada

penetrante se paseaba errabunda por el firmamento. El viejo Abumón no podía contener su impaciencia ante aquellos largos silencios y tocaba en un hombro al enano. Kaivan apenas si hacía un gesto condescendiente. Al fin.

—Pon a Sahú en la segunda casa, en el orden de Maj'han —le dijo a uno de los astrólogos.

—¿Qué ves, luminoso Kaivan, qué ves? —preguntó entre temeroso y suplicante el Rey.

—Veo una perturbación en el asterismo de Oilich. El asterismo de Nasch, sin cambio...

—¿Y mi hijo? ¿Y la estrella de mi hijo, Kaivan?

—Continúa oculta, majestad.

—¡Va para tres años! —exclamó el Rey con un dejo de desesperanza. En seguida, dirigiéndose a uno de los pajes, ordenó —: Dile al kum Aldebarán me disponga dos doncellas de las más mozas. He sentido mucho frío esta noche... —Y calladamente, a uno de los astrólogos—: ¿Qué mira Kaivan?, ¿qué veis vosotros en el cielo?

—Ellos no ven lo que yo, majestad —repuso el enano en tono recriminatorio.

—¡Va para tres años! —repitió el monarca.

—Sí, alto Abumón, tres años. Pero no es justo que te quejes, con los dones que recibes de Kamar...

—No, no me quejo —repuso el anciano—. Sólo siento que cada día, cada hora soy más viejo...

—Tu harem está lleno de doncellas —le cortó Kaivan.

—No me refería ahora al frío, sino a mi edad y a mi hijo. Mi corazón rezuma nostalgia por el príncipe Jazalí.

El Rey alzó la cabeza. Siempre, todas las noches alzaba la cabeza para ver las estrellas. Según Kaivan y sus astrólogos, las estrellas cambiaban de posición, hasta de intensidad en el brillo. Pero él siempre las veía igual. Mil veces Kaivan le había dicho que aquel asterismo en forma de carro se llamaba Nasch, la funesta constelación que protegía a Roma; que aquella otra tenía por nombre Oilich, la otra Sahú... Todas las estrellas, agrupadas y separadamente, tenían sus nombres. Pero él no las diferenciaba... Y

había una, una que él hubo divisado muchas noches, que era la estrella de su hijo: la que conducía su vida, la que determinaba su destino. El príncipe Jazalí se había ido de caza hacía tres años y no había vuelto. La estrella permanecía oculta.

Cuando Kaivan se bajó de la banqueta en la cual alcanzaba la talla de hombre, digna para observar el universo, el Rey le preguntó:

—Has dicho que hay una perturbación en el grupo de Oilich... ¿Qué mensaje encierra?

—Incierto y viajero, alto Abumón. Puedes leerlo así: «Viene hacia Garama un hombre que es un viejo amigo». Tiene algo que decirte. No te fíes, alto Abumón. Recíbelo y escúchale...

Abumón y Kaivan salieron a la terraza. Allí se sentaron en sendas sillas de mano. Los pajes los bajaron por la escalera que conducía a las habitaciones residenciales de palacio.

Desde la misma torre observatorio en que Kaivan viera aparecer tres días antes al correo del rey, ahora veía a la caravana de Benasur. La componían seis camellos de carga, cuatro dromedarios de montura y dieciséis de custodia o pelea. Kaivan vivía en Garama, donde el dromedario, y no el hombre, era medida y unidad de todas las cosas. Por eso podía identificar a distancia la casta y la raza de las bestias. Tan conocedor era que aseguraría, sin temor a equivocarse, que los dromedarios de custodia tenían sangre getula.

Bajó de la banqueta y salió a la terraza. Desde allí, conducido en silla de mano, bajó a su despacho. Hizo llamar al mayordomo de palacio, el risueño y adulador Saladar.

—¿Qué se te ofrece, luminoso Kaivan?

Kaivan no contestó. A Kaivan le gustaba permanecer en silencio cuando alguien le interrogaba. De este modo, el mutismo parecía elevarlo a una altura física que lo equiparaba a su interlocutor. Cuando el enano Kaivan, primer ministro del rey, creía encontrarse en igualdad de condiciones, solía responder. Entonces, el cortesano se deshacía en reverencias. Es cuando Kaivan, el sabio Kaivan, sabíase superior a todos los hombres. Y se olvidaba de que era enano.

—Vienen ilustres viajeros a Garama. En este momento están entrando por la puerta norte de la ciudad. Se presentarán ante

palacio y preguntarán por el Rey. Uno de ellos se llama Benemir y es hombre poderoso. Es un viejo amigo del muy alto Abumón. La guardia vendrá a avisarte. ¿Sabes qué debes hacer?

Saladar, sonriente, pero no muy seguro, contestó:

—Recibirlos con todos los honores...

Y con la cabeza baja y los ojos puestos en Kaivan espió el gesto del primer ministro. Mas éste permaneció imperturbable, enigmático. Si Saladar fuera capaz de atreverse a pensar con autonomía, se diría a sí mismo que en esos momentos en que el luminoso Kaivan se mantenía mudo, cauto, secreto, se le antojaba más deforme y monstruoso que nunca. Pero Saladar tenía la conciencia recocida en cobardías. Saladar sólo esperó a que Kaivan lo sacase de su incierta situación.

—No, kum Saladar. No los recibirás. Escucharás el aviso de la guardia y dirás que vas a ver al Rey. Después los tendrás media hora esperando. Cuando su soberbia y su orgullo estén humillados, les harás decir que el Rey ha sido avisado. Y esperarás unos minutos más para decirles que pasen a palacio. Licenciarán a los de la escolta y a los camelleros. Entonces tú les prestarás criados para que descarguen su impedimenta y la guarden en palacio. Los alojarás en dos piezas cómodas, pero sencillas, del cuarto piso. Y a la joven que viene con ellos, le dirás a Aldebarán que la aloje en un camarín del harem. La joven quedará secuestrada. ¿Me comprendes? Después, una vez que se hayan bañado y reposado, avisarás al Rey. El muy alto Abumón dispondrá lo demás... ¿Entendido?

—Sí, luminoso Kaivan...

Kaivan no miró al mayordomo, que se retiraba haciendo mil zalemas, sin volverle la espalda. Kaivan posó su vista sobre unas hojas de papel que pertenecían al legajo Benemir. Pero antes de que el mayordomo desapareciera tras la puerta, le ordenó:

—Dile al kum Aidemán que deseo hablar con él.

—Sí, luminoso Kaivan —contestó el cortesano con una voz ensalivada de adulaciones.

Se odiaban. Los dos se sabían odiándose hasta el aborrecimiento. El odio lo traían en la sangre.

Aidemán, hermano bastardo del muy alto Abumón, segundo en la sucesión del trono, no ocultaba su odio. Ni disimulaba su alta estatura que era un reto, un desafío y un desprecio a la pequeñez, a la deformidad corporal de Kaivan. Éste tampoco ocultaba su superioridad, y tras la mesa del despacho hablaba a Aidemán como a un subalterno, sin mirarle a la cara, como si se dirigiese a un paje de palacio.

—La Corte tiene huéspedes. ¿Qué me puedes decir de un tal Benemir?

—¿Benemir? Es la primera vez que oigo su nombre...

—Benemir ha estado ya en la corte de Garama. Y tú, en nombre del muy alto Abumón, y Turbamen, en nombre del rey Tacfarinas, firmasteis los protocolos de aquella desdichada operación diplomática que se llamó reino musulano. Benemir firmó como garante del convenio por parte de Tacfarinas.

—Lo tenía olvidado, kum Kaivan. Pertenece a la época en que yo ejercía las funciones de canciller... Sí, recuerdo ahora a Benemir —y astutamente agregó—: ¿Qué es lo que quieres saber, que yo sepa, de Benemir?

—Precisamente eso, lo que tú sepas...

—He perdido la memoria, kum Kaivan, y si tú no me ayudas... ¿Qué quieres saber? Era hombre poderoso y muy acaudalado. Apoyando a Tacfarinas gastó más de cinco millones de denarios oro... ¡Nada más en cuatro años! No he tenido noticia de que por esto se hayan quebrantado sus finanzas... ¿Qué más? Pregunta...

—¿Hombre vanidoso, discreto, prudente? ¿Qué debilidad le conociste?

—Nada de eso. Astuto. Agudo y vivo como una zorra. ¿Vicios? Ninguno... Me parece. Si has leído el legajo del archivo habrás visto que sólo estuvo en Garama cuatro días. Los suficientes para llevarse el acuerdo. Entonces, el muy alto Abumón consideraba benéfica una política de alianza con los pueblos vecinos. Yo era el ejecutor de esa diplomacia que tú acabas de censurar como desdichada.

—¿Acaso no lo fue? —replicó Kaivan—. ¿Qué ventajas se obtenían con ceder una franja de nuestro territorio a un advenedizo como Tacfarinas?

—Esa franja de territorio garamanta que cedimos no valía nada. Era una región arenosa, casi desértica, al norte de Cydamos. Antes consultamos a los ingenieros hidráulicos que nos aseguraron que nunca se podría llevar agua para irrigar esas tierras. ¿Te parece poco beneficio tener un reino, un país que nos separaba de las provincias romanas del África? ¿Te parece poco ventajoso dejar de ser vecinos de Roma y anular toda causa de roce o de provocación? ¿Te parece desdichado dar esos territorios a un rey que cuidaría de vigilarlos y limpiarlos del bandidaje que hoy ha vuelto a señorearse de ellos?

—No quiero discutir tus puntos de vista. Es cosa vieja, caducada como tu política. ¿Puedes decirme qué es lo que busca Benemir aquí?

—¿Eres tan ingenuo para creer que yo crea que tú me crees? ¿Qué adelantarías con conocer mi parecer, si te daría el falso, y tú lo sabrías? Lo que te interesa saber, te lo diré. Y te diré la verdad porque sé que te va a herir. Y peor para ti si no la crees: Benemir es hombre peligroso. Conoce, además del griego y del latín, veinte lenguas y dialectos semitas. Cala en la naturaleza humana y sabe dónde puede encontrar el hombre que necesita para su provecho. Y con oro fortalece la mano del traidor... Hay crímenes, kum Kaivan, que aunque tú no lo creas, son restituciones... Y Benemir comete esa clase de crímenes...

Aidemán se quedó mirando fijamente a Kaivan. Su mirada era tan penetrante, que parecía meterse entre las carnes deformes del primer ministro y buscarle el corazón. Kaivan debió de sentir todo el dolor de esa mirada, pues se movió molesto, nervioso, en el asiento. Después, como si se encontrara solo, ausente de Aidemán, dijo:

—El mal, el mal... En todas partes encuentra alianza y simpatía... El mal. No me asustan los hombres del mal. El Perfectísimo me ha traído al mundo para que yo cumpla una misión. Yo lucharé contra el mal...

Y en seguida, reponiéndose de su divagación, seca y autoritariamente dijo a Aidemán:

—Te exijo una cosa, kum Aidemán. Que si el muy alto Abumón le concede audiencia y Benemir propone negocio, alianza o convenio,

tú como consejero del Trono, des tu voto a mi tenor... Y nada más. Te agradezco que hayas acudido a mi llamada.

Cuando se quedó solo, Kaivan se bajó del asiento. Casi se dejó caer. Meciéndose de un lado para otro al andar, con la mano puesta sobre un costado del abdomen, el enano se dirigió a uno de los ventanales. Retiró la cortina y miró. Abajo, en la explanada del palacio, estaba ya la caravana. En seguida reconoció a los dos extranjeros: al judío y al griego. Vio también no una, sino dos mujeres que permanecían en las sillas de los dromedarios, apenas ocultos sus rostros con el velo. Eran agraciadas. Pero Kaivan sintió un estremecimiento cuando vio que Benemir miraba, como distraídamente, hacia la ventana en que se hallaba. No podía descubrirlo, pero se le antojó que la mirada de Benemir lo buscaba certera. Sintió una extraña sensación, como el presentimiento de un peligro. Benemir parecía impaciente. El griego, por el contrario, contemplaba con curiosidad y admiración las terrazas superiores del palacio.

Capítulo 6

La venta de Amela

En cuanto la caravana llegó a la explanada de palacio, Benasur se tiró de la silla del dromedario y ordenó al guía que acompañase a Mileto hasta la guardia.

Mileto venía asombrado de todo lo que había visto en su breve recorrido por las calles desde que entraron en la ciudad baja, y ahora, al echar la mirada al palacio y a las construcciones que alrededor de él se escalonaban por la colina, en una serie de plataformas, aumentaba su admiración. Las noticias previas que tenía sobre la fabulosa ciudad de Garama venían del historiador Posidonio, que la describía como «la más hermosa ciudad de la Libia y florón del mundo antiguo, como obra que era de la sabiduría y del buen orden del mismísimo Zeus, su fundador». El palacio real, con sus cuerpos superpuestos, con sus columnas cuadradas, con sus terrazas para cada piso y ocupando distinto desplazamiento, con el sinfín de escaleras de mármol, con los jardines floridos que reptaban entre los edificios, le pareció cosa de maravilla.

Pero los garamantas debían de ser raza que amaba los contrastes. Mientras los edificios de mármol númida y de ladrillo vidriado ascendían, los muros de la parte baja del palacio eran pétreos, adustos en la gravedad de la sencillez, y tristes en lo escaso y raquítico de sus ventanucos. Pegada a los muros, a todo lo ancho de la fachada, una fila impresionante de leprosos, tullidos, cojos, mancos, ciegos, jorobados, gemían y clamaban al cielo sus miserias. Los pregones de su mendicidad eran tan ordenados y periódicos, que Mileto comprendió que aquella exhibición de laceria humana era cosa de salario, pagado, sin duda, por el mismo Rey. Se exhibía la

pústula y el miembro deforme, se exhibía el harapo y la desnudez monstruosa. Nada que fuera repugnante y doloroso, secreto e infame, dejaba de exponerse a la vista pública. Y lo mismo el ciego que el leproso, que el relajado de los testículos, que el cojo o el manco, que el monstruo con senos de mujer, que el niño con patas de cabrito, entonaban con igual precisión de un menester largamente aprendido el pregón de su tara.

Mileto no comprendía. Como griego podía asegurar que Garama era una de las más bellas ciudades que había conocido, pero no acertaba a entender por qué motivo aquel friso de miseria humana decoraba los muros de palacio.

Se acercó a la guardia y con la intervención del guía expresó su deseo: el muy ilustre y honorable Benemir, amigo del muy alto Abumón, venía a saludar al Rey y ofrecerle los ricos presentes de la amistad.

El guardia se fue y vino en seguida un portero de palacio, que hablaba griego, y a quien Mileto, ya con más propiedad y precisión, explicó el motivo que lo traía a palacio. El portero escuchó al escriba con cortés atención y le dijo que volviese adonde lo esperaba su amo, y que oportunamente les avisarían de lo que dispusiera su majestad.

De regreso, Mileto vio que la caravana estaba rodeada de un grupo de curiosos. Su largo viaje de Lixus a Garama, a través de muchos pueblos, le permitía identificar a las gentes según su vestimenta. Y aunque dominaba una línea general y caracterizadora para la indumentaria del sol y del desierto, ciertos elementos de ornato las distinguía. Así podía saber cuándo se trataba de sedentarios o urbanos o de nómadas, de comerciantes o guerrilleros, hombres de camello o de caballo, de tierras o de ganado. Los extranjeros, los del mundo romano, eran más fáciles de distinguir, pues si bien procuraban vestirse como los nativos, les faltaba aire, gracia o ciertos detalles que caracterizaban a los indígenas.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Benasur.

—Van a avisar al Rey, y en seguida nos lo comunicarán.

Zintia y Amela llamaban la atención de los garamantas. Aunque iban vestidas a la mauritana, llevaban el rostro descubierto. Los

velos eran muy transparentes y además no les ocultaba totalmente la cara. Tan transparentes, que ninguno de los curiosos dejaba de percibir la encendida mirada de Zintia. Impresionaba, además, su señorío y la elegancia con que montaba la silla del dromedario. Nadie hubiera puesto en duda que la joven había nacido sobre un dromedario.

Algunos hombres se acercaban a Mileto, proponiéndole ladinamente quién sabe qué tratos o negocios. El guía le aclaró en dos o tres ocasiones, siempre que lo creyó oportuno, la insinuación:

—Ése dice que no le gusta verte tan triste y solo, y que como extranjero no has de tener mujer. Que puede proporcionarte una de tu raza.

—¿Una griega?

—Quizá, pero es posible que si accedes te traiga una siciliana. O una egipcia...

—No en este momento, amigo —le dijo el guía—; que delante de Benemir debo andar con cautela para esta clase de negocios. Si te quedas en Garama, ya tendremos ocasión de vernos...

Mileto vio a Benasur que hablaba animadamente con un garamanta. Otro le ofrecía ánforas de cerámica de Cydamos. Y una mujer, apenas visible le recomendaba unas tortas de maná. El guía puso atención. La chiquillería, no sucia, más bien aseada, con el manto limpio y la cara lavada, contemplaba sonriente y entrometida a los viajeros.

El hombre que hablaba con Benasur se fue. El guía soltó la risa.

—¿Qué es lo que te causa gracia? —le preguntó Mileto.

—Espera. Ese individuo vuelve...

Efectivamente, volvió acompañado de otro sujeto. Ahora los dos porfiaron con Benasur.

—Se han empeñado en comprar a la joven Zintia —dijo el guía—. Y le ofrecen a Benemir cien monedas de plata. Benemir se hace rogar, y de veinticinco monedas que ofreció el primero han ido subiendo...

Benasur se divertía, pero llevaba muy seriamente el papel. En cuanto había ocasión para que la oferta y la demanda entrasen en juego, Benasur se apasionaba en el juego. A toda consecuencia.

—Fíjate que no es para nosotros —decían los compradores—, sino para un noble señor que vive allá, en la ciudad alta...

Señalaban la zona residencial, que ascendía por la colina rodeando el palacio.

—¿Poco ciento veinticinco monedas de plata? —se asombró uno de los hombres—. ¡Cinco mujeres se compran en la Plaza Bengusta por ese dinero! ¿Acaso serían oferta ciento cincuenta?

—No. Para llegar a un principio de negociación habría que partir de quinientas —aclaró el navarca.

—¡Quinientos denarios plata! —se escandalizó el otro.

—No —repuso Benasur—, denarios oro...

Los hombres hicieron mil aspavientos y se fueron consternados, maldiciendo del extranjero.

Benasur comenzó a impacientarse, miró hacia palacio. Recorrió con la vista todas las ventanas del primer piso donde, según sabía, se encontraban las dependencias gubernamentales. Tuvo la aprensión de ser mirado desde una de ellas, entre las pesadas cortinas que la tapaban.

Al cabo de un rato volvieron los dos individuos y otro más, éste con vestimenta más lucida y que hacía pensar fuera mayordomo o ecónomo de alguna casa.

—Estos hombres —le dijo a Benasur— me han dicho que tienes una mujer como la que busca mi amo. Y como tú dices que para llegar a un acuerdo hay que partir de quinientos denarios oro, yo digo: Indudablemente ésta es la moza que alegrará a mi amo. ¿Puedes mostrármela?

Benasur, con un gesto, indicó a Zintia y a Amela. El mayordomo quería otras muestras de las gracias de las dos mujeres que aquellas que, a simple vista, podían adivinarse. Benasur dijo:

—Cualquiera de ellas. Son doncellas, mujeres sin tacha.

El mayordomo se llevó las manos a la cabeza y prorrumpió en un sinfín de exclamaciones, que fueron coreadas por los dos criados. Mirando fijamente a Benasur y en son de desafío preguntó:

—Y si son enteras, como dices, ¿qué seguridad tengo de que agradarán a mi amo?

Benasur, poniéndose a tono con sus ocasionales clientes, hizo un enfático aspaviento y pronunció:

—¡Ah!

Y se encogió de hombros. Con el gesto de suficiencia del que está en el secreto de todos los arcanos. El mayordomo se quedó observándolo con curiosidad y los dos criados miraban a Zintia y a Amela embobados, descubriendo en ellas gracias insospechadas.

Benasur se acercó al mayordomo y adoptando un gesto confidencial, expresivo en gesticulación, le dijo al oído, pero lo bastante alto para que lo oyesen los demás:

—Son cuatro hermanas que han nacido la misma noche de la misma madre. Una de ellas se la vendí al muy alto Ptolomeo, rey de Mauritania; otra, al muy alto césar Tiberio, que gobierna Roma; otra, es para el muy alto Abumón, que es vuestro rey. Y sólo queda una. La que vendí a Ptolomeo ya no es virgen, y por eso puedo garantizar la calidad del producto.

—¿Dices que quinientos denarios oro para empezar? Entonces la venderías en seiscientos...

—El doble apenas si comenzaría a mover mi avaricia...

El mayordomo se echó las manos a la cabeza y se fue maldiciendo de Benasur.

El guía explicó a Mileto todas las peripecias. No se asombró. Pero como siempre que veía a Benasur en el estira y encoge de la oferta y la demanda, le sudaron las manos. Era una capacidad que admiraba, por escaparse a su comprensión. En toda la historia de la humanidad nunca se había vendido una mujer por mil denarios oro. Y Mileto estaba seguro de que Benasur, de proponérselo, alcanzaría esa cotización.

Ya habían olvidado el suceso y se impacientaban en la espera cuando vieron llegar a los dos criados, al mayordomo y al señor amo sobre una litera. Se trataba de un gran señor, pues la keffija era de seda azul y púrpura. Obeso, venía repantigado en la silla, con las dos manos cruzadas sobre el abdomen.

—¡Tú, mercader! —llamó desde la silla a Benasur.

El judío no le hizo caso. Le volvió la espalda y dijo al guía:

—Dile a esa bola de sebo quién soy yo... Entonces el guía le dijo al señor garamanta:

—El forastero a quien hablas es ilustre y muy honorable, señor. Su nombre es Benemir.

—Kum Benemir —dijo el gordo—. ¿Es cierto que tienes dos mujeres que valen más de mil denarios oro cada una?

—Ante tu vista están.

—¿Cantan?

—Como el pájaro...

—¿Son mudas como una tumba?

—Lo ignoro, caballero...

—En fin, ¿cuánto?

—Mil denarios oro y es tuya...

—¿Quieres quitarles el velo?

—No, porque quedarías ciego...

—¡Bah! ¡Absurdo! —Y encarándose con el mayordomo—: ¿No comprendes, cretino, que no puede haber una mujer que valga mil monedas oro?

—Para ti, no; que no puedes pagarlas —dijo Benasur—. Pero sí para un Ptolomeo, para un Tiberio, para un muy alto Abumón... El hombre se tiró nerviosamente de las barbas. En eso llegaron de palacio dos lanceros. Se acercaron a Benasur.

—Kum Benemir, dice el muy alto Abumón, que tú y los tuyos seáis bien venidos a su casa. Y el mayordomo de palacio te aconseja que despidas a la caravana, que ahora mandará criados y pajes a recoger vuestra impedimenta.

El gordo de la silla no esperó más y señalando a Zintia dijo:

—En fin, kum Benemir: llévame esa mujer a la casa.

¡Mil denarios oro! La sorpresa fue tanta que Benasur, que los manejaba a millones, sintió un estremecimiento. Pero no se inmutó. Y con aire de compungido, puso sus reparos:

—¿Ésta? ¿Precisamente ésta? ¡Imposible! Hace seis meses el muy alto Abumón me mandó a Siracusa mil denarios oro. Y esta mujer es para él. ¿Acaso no te gusta la otra?

—Pero ¡si a simple vista se ve que no tiene el mismo garbo!

—¡Claro! Porque lo que le falta de garbo le sobra de sabiduría para los menesteres que tú la quieres. ¿Acaso la compras para verla pasear?

Llegó una cuadrilla de criados a recoger las cajas y los bultos que traían los camellos. Los turengos dieron un grito semejante a un alarido. Levantaron las lanzas y aguijonearon a los dromedarios. Y después de vitorear a Benemir, se fueron en busca de mesón.

Los turengos causaban respeto: por su sobriedad, por su vigor, por su lealtad inquebrantable. Y peleando, si llegaba la ocasión, lo hacían hasta la muerte, sin tregua.

Estarían uno o dos días en Garama disfrutando del favor de las mujeres. Luego volverían al desierto custodiando otra caravana. Y así llegarían a su punto de origen, en las tierras colindantes con el mar Océano, donde viven los pueblos perorso y getulo.

Benasur ayudó a bajar a Zintia, y continuando el papel, le ofreció la mano a Amela. Las dos mujeres estaban extrañadísimas y nada tranquilas con las miradas que les echaba el señor gordo desde su silla; con la charla tan interesada que mantenía Benasur con él. Se despidieron del guía y los cuatro se dirigieron a palacio. Ya cerca de la puerta los alcanzó el de la silla, que venía azuzando con un látigo a los siervos.

—¡Kum Benemir, kum Benemir! —Benasur volvió la cabeza.

—¿Qué garantías me das —dijo el señor garamanta— de que esa mujer hará mis delicias; que sabrá rascarme con mimo la espalda; que será limpia y ordenada; que no hará pleito con mis otras concubinas?

—¿Crees que el proveedor del harem del muy alto Abumón, del palacio de Capri del augusto césar Tiberio, del gineceo del muy amado Ptolomeo, necesita garantizar su mercancía?

El garamanta se quedó con la boca abierta. Después murmuró: «Sea lo que fuere, yo me quedo con esa mujer». Y dirigiéndose al mayordomo, adelantándose a una posible oposición, le gritó:

—¡Dime tú dónde has visto una mujer que tenga tantas gracias como ésta que me ofrece kum Benemir! Vete a casa y tráeme las mil monedas de oro, que esta moza calentará hoy mi cama.

A Benasur se le vino el mundo encima. No por Amela, de la que podía disponer libremente, sino por Mileto, que censuraría tal transacción. Por otra parte, si se negaba, como el trato había sido público, el garamanta podía llevarle a juicio y exigirle en compensación el pago de los mil denarios, valor de la mercancía en disputa.

Hizo una seña al cliente para que se quedase tranquilo y le dijo a Amela en mauritano:

—Este hombre robusto y sano con quien he estado hablando es un gran señor garamanta, que pesa las piezas de seda por talentos, que posee más piedras preciosas de las que da la mina de Faleza. Como sé que Aristo te desaira, preocupado por tu futuro he tratado de convencer a este amigo que te lleve a su casa. Comerás todos los días pichones en vino y pan de trigo, vestirás seda de China y te alhajarás con perlas de Philoteras. Tendrás criados y siervos que te satisfarán en el menor capricho. ¿No te arrojas a mis pies para agradecerme tantos dones como voy a verter sobre ti?

Y Amela se arrojó a los pies de Benasur y le besó los zapatos. Y, levantándose con los ojos húmedos de agradecimiento, dijo:

—¡Qué los buenos espíritus te sean propicios, magnífico Benemir! Que no es tanto el gozo que me produce ir a vivir con esa bola de sebo, sino demostrar al puerco de tu escriba Aristo, que tantos ascos me hace, que hay un señor rico y poderoso que me lleva a su casa para darme vida regalada de gran señora.

Y dirigiéndose a Zintia:

—Y que tú, princesa mía, seas muy feliz y que el Señor Yavé colme tu vientre con los tres hijos que deseas...

Y dicho esto volvió la espalda a Mileto. Benasur le recomendó:

—Cuando sepas hablar el garamanta, siempre que se presente la ocasión, dile al gordo que tu madre parió cuatro hijas...

—¿Más que Zintia, señor?

—Más que Zintia. Y que la princesa Zintia es tu hermana, que va a engrosar el harem del muy alto Abumón.

—Pero no es cierto, ¿verdad, señor?

—Cuando tú sepas el garamanta, quizá ya sea cierto... Que el Señor te ayude, y enséñale al gordo todas las cosas que te enseñó

Aristo.

—Así lo haré, amo Benemir.

Entonces Benasur cogió a Amela por la mano y se la entregó al garamanta.

—Aquí te la doy conforme a lo convenido. Como nuestro trato es de caballeros, hoy o mañana envíame el dinero a palacio.

Zintia se había puesto triste. Pensó si ella también, en un día muy próximo, sería entregada de la misma forma a Shubalam. Mileto dijo al judío, ya entrando en palacio:

—Serías capaz de hacer pasar una moneda de cobre por una de oro.

—Hace días que pienso en la posibilidad de acuñar en Bética dáricos con oro de menor ley. Sólo es encontrar el artífice que haga con toda exactitud el cuño.

Capítulo 7

La estrella de tres colas

Garama era famosa desde lo antiguo. Uno de sus más caros prestigios, del que los historiadores y geógrafos se hacían lenguas, era su Fuente Azul, que Júpiter hizo brotar de las mismas arenas del desierto cuando la ninfa Garamantis le dio su primer hijo, Yarbas. Según la tradición, Júpiter se sintió tan complacido con Yarbas que conjuró a los elementos a fin de que proveyeran a Garama de un manantial que diera agua fría en el calor del día y agua caliente en el rigor de la noche.

Las aguas del manantial se extendieron por una vasta región y la arena estéril se hizo tierra fecunda y en ella surgieron el árbol del

maná y la palma del dátil, el limonero y el naranjo y el junco rosado que da olorosa fibra textil, con la que los garamantas fabrican esteras, alfombras y tapices, y la famosa lana cabú, que, gozando de las mismas propiedades de la Fuente Azul, es tela refrescante en el día y muy abrigadora en la noche.

Hefestos tuvo un descuido en sus fraguas, y uno de los depósitos en que calentaba el agua para la Fuente Azul hizo explosión. Se movieron los cimientos de la tierra y en Garama surgió un macizo rocoso a modo de muralla. Esta explosión ocurrió la noche en que la ninfa Garamantis trajo al mundo su segundo hijo, Fileo. Zeus vio que el nuevo hijo que le daba Garamantis era bello y sintió complacencia y recreo en él. Y tan feliz se sentía que perdonó a Hefestos su descuido.

Los reyes descendientes de Garamantis hicieron mucha labor en la Fuente Azul, y en el transcurso del tiempo la ciudad de Garama se convirtió en una ciudad jardín, mucho más hermosa y bien dispuesta que Babilonia.

Los edificios se construyeron sobre el lomerío que hacía el muro de roca y en cada terraza se cultivaron flores. En el llano se canalizó el agua de la Fuente Azul, que quedó dividida en estancos. Uno muy anchuroso servía para el baño y el recreo del pueblo. Había otro, menos amplio, que servía para los guerreros y funcionarios del gobierno. Y en la parte que daba al palacio, el rey Namón, tatarabuelo de Abumón, revistió con mármol de Numidia el estanque destinado a él, e hizo otro con asiento de nácar y marfil para su esposa; y uno mayor para las concubinas de su harem.

Todos los estanques estaban separados por altas paredes de piedra y el bañista de un estanque no podía ver lo que pasaba en el otro. El agua corría limpia, siempre renovándose, por todos los compartimientos, pues en la parte inferior de los muros había huecos por los que pasaba el agua, pero no una persona. El pasadizo a los estanques del rey y de sus mujeres, así como al de los ministros y funcionarios palatinos, era subterráneo, cosa que permitía a los cortesanos tomar sus abluciones sin salir a la vía pública.

Mileto, desde la terraza de la alcoba que le habían destinado, recordaba estos datos históricos contemplando la ciudad baja que se extendía a sus pies. La Fuente Azul, con sus estanques y canalizaciones, quedaba a la izquierda de la explanada. La gente, a la hora del mediodía, abandonaba las calles y se refugiaba en el frescor que brindaban las casas. Los templos y principales edificios públicos se levantaban en la vía Namón, que desde la puerta norte atravesaba en semicírculo toda la ciudad. Los tres templos que Mileto alcanzaba a ver desde la terraza eran circulares y construidos con ladrillo vidriado de color verde. A la puerta, un pórtico de ocho columnas de mármol.

Después del baño, Benasur recibió la visita de Saladar. Empezó diciendo que el muy alto Abumón sentía contentamiento de alojar al viejo e ilustre amigo Benemir en su palacio. Tal cosa se lo dijo al modo de la cortesía garamanta, con muchos circunloquios y muchas reiteradas muestras de amistad. Cada vez que Saladar mencionaba el nombre del Rey, el palaciego se llevaba las yemas de los dedos índice y medio a la frente con la solemnidad de un ademán ritual. Benasur, para corresponder a estos signos de respeto, se cruzaba las manos sobre el pecho. Pero fueron tan frecuentes las menciones al muy alto Abumón, que concluyó por oírlas impasible.

—Por lo que respecta a la dulce Zintia, flor del paraíso mauritano —informó el palaciego—, debo decirte que quedó dignamente alojada en el camarín del harem, donde cuidan de ella dos ayas y un eunuco. Innecesario a tu asistido entendimiento resulta decir que ni tú ni tu escriba deberéis intentar comunicaros con la dulce Zintia sin permiso de Aldebarán, mayordomo del harem. Y esto será según la costumbre del precinto, dos horas después de salir el sol y dos horas antes de ponerse. Sin embargo, para evitar dificultades, te diré que si tus prisas son muchas por ver a Zintia fuera de las horas reglamentarias, Aldebarán sabrá recibir con dócil mano las dádivas de tu magnanimidad... Como Benasur esbozase una sonrisa, Saladar creyó oportuno aclarar:

—En varias ocasiones el eunuco Aldebarán ha sido acusado ante el Rey de recibir soborno. Pero en verdad, de verdad, nada ha podido probársele, no tanto por la astucia del mayordomo del

harem, cuanto por la negligencia con que el muy alto Abumón atiende sus obligaciones con las trescientas sesenta y cinco esposas, concubinas y doncellas en estado de merecer que posee...

Benasur continuó sonriendo para dar ánimo al indiscreto Saladar. Éste agregó:

—Es ley garamanta que durante las lunas de las Abluciones, que coinciden siempre con el día más corto y el día más largo del año, el Rey pase revista al harem y escoja para dormir la doncella que se le antoje. Esa doncella queda liberada después de la noche y en fiesta de palacio es concedida con una dote de veinte monedas de oro al capitán más sobresaliente de la tropa garamanta. Pues a pesar de ser ley y costumbre antiquísima, tendrás que creerme, ilustre Benemir, si te digo que hace ya más de diez años que el muy alto Abumón olvida las lunas de las Abluciones. Pero como los capitanes no renuncian a su franquicia, la fiesta se efectúa y se le da mujer del harem después que un cortesano ha untado la mano de Aldebarán para hacer las funciones del Rey en la noche de las primicias... Comprenderás, esclarecido Benemir, que si el mayordomo del harem no claudicara ante el soborno, se rompería, con gran escándalo y peligro para las instituciones, la tradición garamanta.

—Eres muy bondadoso proporcionándome tan utilísima información, dignísimo Saladar...

—Me falta un detalle: a los funcionarios de la categoría de Aldebarán, con derecho de precinto, debes sobornarlos con oro. A los que no tienen este derecho, con plata; a los servidores, con cobre; a los más humildes, unas simples palabras de cortesía son suficiente pago. Nuestro pueblo es muy honrado y esto constituye uno de nuestros timbres de orgullo. Si por casualidad necesitaras de la benevolencia de Aldebarán, dobla la postura, pues si te quedas corto, te dará mujer que quizá tenga el mal siriaco...

Ahora el dignísimo Saladar sonreía de un modo cínico, al mismo tiempo que abría la mano y se la mostraba a Benasur en impúdica insinuación. El navarca comprendió y no se hizo el reacio. Extrajo de la bolsa una moneda de oro y, antes de dársela, preguntó:

—¿Y cuáles son tus funciones, Saladar?

—Introducir ante el Rey y su primer ministro a los cortesanos, embajadores y visitantes ilustres, como tú. No olvides que tengo derecho de precinto de la cámara real.

—Lo que quiere decir...

—Que si yo me opongo, ilustre Benemir, el cortesano, el embajador o el visitante no verán al Rey sin antes dar fatigosas vueltas por la Corte...

Benasur volvió a sonreír. Era difícil no contagiarse de la sonrisa de Saladar. Tenía una tez pálida, afeitada, y unos bigotes negros y lustrosos, muy largos, que caían oblicuamente más abajo de la quijada.

Se aproximó a Saladar y puso la moneda en su mano. El cortesano, al sentir la pieza de metal, entornó los ojos con una expresión de dulzona, casi de arrobada gratitud.

—Y ahora que hemos cambiado nuestros primeros afectos, Saladar, ¿podrías decirme a qué hora es la audiencia del Rey?

—Su majestad, el muy alto Abumón, os recibirá a ti y a tu escriba dentro de una hora... No olvidéis vuestros vestidos de gala.

—¿Y Zintia? —preguntó Benasur.

—¿Zintia? ¿Acaso pretendes que el Rey reciba a la dulce Zintia, una mujer, una mauritana? De acuerdo con las leyes garamantas, es imposible. Pero no te desalientes. Para que el muy alto Abumón reciba a la dulce Zintia tendremos que vencer muchas resistencias...

—¿Cuántos precintos, Saladar? —preguntó sin circunloquios Benasur.

—Lo menos nueve... Y a esos hay que pagarles doble. Menos al Rey, claro está, cuya altísima investidura se halla a salvo de tan mezquina participación fiscal. El muy alto Abumón recibirá de buen grado a la dulce Zintia por el solo gusto de aceptar de tu mano el quíntuplo.

—Comprendo... En Garama todo tiene un precio...

—¿Acaso es distinto en otros países, ilustre Benemir? Benasur se encogió de hombros:

—Quizá tengas razón, Saladar. Desde luego, la tesorería del Rey ha de estar próspera...

Saladar, con un gesto compungido, mientras se afilaba una de las guías de su bigote, dijo:

—¡No lo creas, ilustre Benemir! Son tan pocos los huéspedes que nos llegan... Sin embargo, hay una cosa que los garamantas damos gratis: la arena del desierto. Se llevan alguna, pero no en las cantidades que desearíamos...

—¡Qué ingenioso, Saladar! —repuso Benasur con gesto aburrido. Saladar hizo una profunda reverencia. Ya en la puerta dijo muy seriamente.

—No se te olvide, ilustre Benemir, el título de dignísimo que nos debes a mí y a todos los altos funcionarios de la corte cuando menciones nuestros nombres. Si te parece más cómodo, dinos solamente kum: kum Saladar, kum Aidemán, kum Aldebarán, kum Kaivan... Si bien te aconsejo que siempre que te dirijas a Kaivan le digas luminoso, sabio o sapientísimo Kaivan...

—¿Qué quiere decir kum?

—Has sido tan generoso que me obligas a ilustrarte: kum quiere decir en lengua garamanta, incorruptible. Es el título que por derecho nos corresponde a todos los funcionarios de la corte del Rey. Sin ironía, ilustre Benemir.

Cuando Mileto entró en la alcoba de Benasur, éste le preguntó:

—¿Qué te parecen los garamantas?

—Son gente desconcertante. Al principio, me hicieron mil zalemas; en seguida se mostraron poco sociables y malhumorados.

—Mientras estemos entre ellos no debes olvidar la bolsa —le aconsejó Benasur—. Lleva siempre contigo bastantes monedas de plata y cobre para recompensar los más pequeños servicios. Parece que el soborno es una institución en Garama. No creo que la ciudad la haya fundado Zeus, como se dice, sino Caco. Por ejemplo, aquí no tendrás que buscar las casas de consignación con farol rojo de Roma, ni con linterna verde de Gades. Cuando sientas la nostalgia de la mujer, te vas a ver al kum Aldebarán, le das una moneda de oro y te abrirá el harem del muy alto Abumón. Procura no frecuentarlo a menudo: resultaría excesivamente gravoso para tu salario.

Y después de mirar atentamente al griego, continuó:

—Sospecho que una pandilla de picaros rodea al rey Abumón. Skamin y sus gentes, comparadas con estos voraces garamantas, eran honestísimas personas.

—¿Has sabido algo de Shubalam?

—No he creído oportuno hacer la menor indicación. Debemos tantear antes el terreno que pisamos.

Se presentó Saladar a decirles que era ya hora de la audiencia con el rey Abumón. Navarca y escriba siguieron a través de una serie de escaleras y corredores al cortesano, que los condujo a presencia del Rey. El monarca se hallaba rodeado por un grupo de consejeros que se sentaban en el suelo sobre suntuosos cojines. Abumón era el único que ocupaba un sitial.

Saladar se adelantó y dijo:

—El ilustre Benemir y su escriba Aristo ante tu Majestad el muy alto Abumón, rey de los garamantas.

—Acércate, amigo mío, acércate, que ya dudaba de que mis ojos volvieran a verte —dijo el anciano tendiéndole las manos.

Benasur dio unos pasos hacia el Rey, mas vio surgir a los pies del monarca una figura deforme. Era un enano con más arrugas en el rostro que hilos de plata tenían las barbas blancas de Abumón. Saladar se apresuró a presentar:

—El dignísimo Kaivan, primer consejero del trono. Benasur captó rápidamente la situación y, llevándose las manos al pecho, antes de saludar al Rey, saludó al enano:

—Que el Señor sea contigo, sapientísimo Kaivan. Tu talla es pequeña y tu cuerpo deforme; pero el mundo está lleno de la grandeza de tu sabiduría y de la hermosura de tu espíritu. Tu ciencia y tu saber se comentan con pasmo en las escuelas de Atenas, de Sidón. de Jerusalén, de Alejandría, de Siracusa, de Roma. Sólo los maestros de Damasco, que han caído en abominable charlatanería, murmuran de ti porque te tienen envidia. Y te niegan la sabiduría que asistió a Sócrates, que asistió a Salomón...

En realidad, Benasur nunca había oído hablar de Kaivan ni de su saber; pero la aprensión de hallarse en una corte de picaros le hizo dar escape a la adulación.

Kaivan escuchó sin complacencia. Tenía unos ojos grandes y de mirada inquisitiva, que clavó en Benasur. Puesto en pie apenas sobresalía de las rodillas del rey Abumón. Con voz firme, fuerte y juvenil, que contrastaba con la miseria y mezquindad de su cuerpo, dijo:

—No creo en mi sabiduría ni en la belleza de mi espíritu, ilustre Benemir. Tus lisonjas ni me afectan ni me complacen. La sabiduría es prudente y modesta como flor silvestre. Y nunca presta oídos a la palabra ensalivada por la adulación.

Benasur hubiera querido que lo tragase la tierra. Por primera vez en la vida, un hombre le repelía las palabras. Por primera vez en la vida, había fracasado en el conocimiento de la naturaleza humana. Y el que lo ponía en evidencia era la más despreciable criatura; un enano de aspecto monstruoso: la cabeza enorme, los brazos minúsculos y absurdos como si salieran de un fracaso de Giba. Kaivan concluyó:

—Siéntate, Benemir; siéntate tú también, Aristo.

Benasur, desconcertado, mas con un gesto de autonomía, se acercó a Abumón y le besó la mano. El Rey, al sentir el contacto de los labios de Benasur, acarició el cabello del judío con un gesto abstraído. Después le dijo:

—Bienvenido a mi casa, y dime qué te trae a mi presencia.

Benasur se retiró a sentarse en un cojín al lado de Mileto. Sin mirar a Kaivan, cuya mirada escrutadora le molestaba, repuso:

—En principio volver a verte, muy alto Abumón. He traído los presentes de la amistad que espero sean de tu agrado...

—Siempre que no sean caballos ni mujeres —terció Kaivan.

—Ni caballos ni mujeres, kum Kaivan —repuso Benasur. Y en seguida, subrayando la intención, agregó—: Ni libros que nublan la mente de los hombres y les endurece el corazón. Traigo para mi dilecto amigo, el muy alto Abumón, un consejo.

—¿Cuál? —preguntó Kaivan.

—Antes de expresarlo en la más estricta intimidad a Su Majestad, he de hacerle una petición.

—El muy alto Abumón, ilustre Benemir, no tiene secretos para sus consejeros del Trono. Puedes empezar a pedir... —dijo el enano.

—Si es así...

Benasur desparramó la vista entre los demás cortesanos. En ninguno de ellos encontró una expresión solidaria. Ni el propio Saladar, tan pronto a las sonrisas obsecuentes.

—Bien —dijo—. He traído conmigo una doncella mauritana. Quiero comprar para ella un principado...

—No será posible, Benemir —cortó Kaivan—. Hace tiempo el Consejo de Garama abolió esa perniciosa costumbre. ¿No es cierto, Aidemán? ¿No es lo acordado, Alid?

Aidemán era el más alto de todos y sobresalía una cuarta de la cabeza de Benasur. Tenía un perfil aquilino y los músculos faciales se antojaban reestirados y hechos a golpe de cincel. Como si una tensión interior los animara. Podía tener cuarenta años y su cutis, trigueño, mate, aparecía limpio de vello. Lo más impresionante de él eran sus manos, largas, de dedos afilados, de uñas pintadas de concha de nácar. Sus manos eran más claras que el rostro y se hallaban desnudas de sortijas. Movía los dedos muy expresivamente, a veces en movimientos nerviosos, como crispaduras. Pero la expresión de su rostro era impenetrable.

Alid, por el contrario, era obeso, tirando por su escasa talla a la redondez. Todo él era graso, pastoso. Brillos de sudor mantenían su rostro pálido, linfático, como iluminado. Sonreía benévolamente. Tenía los ojos casi cerrados como si una continua somnolencia pesara sobre sus párpados.

Los dos consejeros no pensaron mucho la respuesta y contestaron maquinalmente, más aún Aidemán que Alid:

—Como tú digas, luminoso Kaivan.

Benasur no tenía ya la menor esperanza de obtener nada positivo de los garamantas. Y sólo por la costumbre de no ceder, expuso:

—Quizá el caso que voy a trataros merezca que consideréis el asunto. No se trata de que os deshagáis de tierras, sino de que constituyáis un principado vasallo, al frente del cual pongáis a la dulce Zintia, princesa mauritana.

—¿Y qué ganaríamos con eso? —preguntó el enano.

—¿Me permites que hable, Kaivan? —intervino Abumón.

—Hablad, majestad.

—Dime, Benemir, ¿qué clase de tierras quieres para esa doncella?

—Las de Cydamos...

—¡Cydamos! —exclamó perplejo el Rey.

Kaivan rio sordamente. Alid y Saladar le hicieron coro con más estrépito.

—¡Cydamos! —murmuró el Rey con un dejo de consternación—. El más bello florón del reino garamanta...

—Me he explicado mal. No quiero tierras, sino arena. No hablo de la ciudad de Cydamos, sino de Oasis Cydamos...

—¿Oasis Cydamos? ¡Acabáramos! —dijo el Rey con una expresión de alivio. Y en seguida—: Pero ¿qué iría a hacer una mujer en Oasis Cydamos?

—Coronarse princesa, jurar obediencia al muy alto Abumón y crear allí la más floreciente industria —explicó Benasur.

—¿Qué industria?

—Carros...

—¿Carros? ¿Para qué se quieren carros en Libia?

—Para exportarlos a todo el mundo. Será una industria próspera. Pero, en fin, la industria no interesa ahora, sino la posibilidad de la venta del Oasis Cydamos. Se trataría del oasis y las dunas comprendidas en un radio de cinco millas...

—Si se trata del desierto no importarían veinte millas —terció Aidemán.

—¿Quién ha pedido tu opinión, Aidemán? —replicó Kaivan.

—No es opinión, luminoso Kaivan. Es simplemente una consideración personal...

—¿Consideración personal cuando se trata de tierras del Rey?

—No olvides, sabio Kaivan, que soy el segundo en la sucesión...

El enano asaeteó con la mirada a Aidemán. Éste permaneció impasible. El Rey dijo:

—Bien. Kaivan me iluminará en este negocio, y dentro de unos días sabrás mi respuesta. Mientras tanto, amigo mío, visita la ciudad, recréate y sé paciente.

—Su majestad da por terminada la audiencia —dijo solemne Kaivan.

—Por favor —argüyó Benasur—. Deseo preguntarte, alto Abumón, por tu hijo...

—El príncipe está bien —dijo Kaivan.

Benasur, sin hacer caso al enano, interrogó al Rey:

—¿Podré verlo, majestad?

—No podrás, Benemir... Hace tiempo que Jazalí está ausente... Anda de caza... —repuso con tono melancólico Abumón.

Benasur pesó cada una de las palabras:

—Pues te debo una buena noticia. Tu hijo Jazalí retorna. Así lo anuncian los cielos...

—¿Acaso tú también lees los astros, Benemir? —se sorprendió gratamente Abumón—. No hay ciencia más noble. Y Kaivan la domina como nadie. Las estrellas nos descubren nuestros más íntimos e insignificantes actos...

Kaivan intervino:

—Ayer noche, después de estudiar el cielo, le dije al muy alto Abumón: «¡Viene a Garama una persona amiga. Recíbela y escúchala!». Así se lo dije a su majestad. Ya te ha escuchado, Benemir...

—¿Qué has leído en el cielo, viejo amigo? —preguntó curioso Abumón.

—Que en Garama hay un príncipe que será coronado Rey —contestó Benasur.

—¿Qué será Rey? —preguntó sonriente Abumón, mirando hacia un punto muerto mucho más allá de donde se encontraba Benasur. Y en seguida, dirigiéndose al enano—: ¿Qué dices tú, Kaivan?

Kaivan bajo los párpados y comenzó a reír de un modo espasmódico que hacía mover como pingajos las dos papadas.

—¿Cómo va a ser Rey, Benemir, si la estrella de Shubalam está en contraposición de Nasch, el maléfico asterismo del Aquilón? ¿Olvidas, Benemir, que la constelación de Nasch protege poderosamente a Roma? ¿Qué nuevo reino puede levantarse sin la licencia de Roma?

—Me dejas perplejo, luminoso Kaivan —replicó con sutil ferocidad Benasur—. Creí que estabas más al día en tu ciencia. Pero no me asombra tanto tu ignorancia como que hayas pronunciado un

nombre para mí muy querido: Shubalam... —Y dirigiéndose al Rey—: ¿Acaso se refiere al príncipe Shubalam, hijo de Tacfarinas?

—Al mismo, Benemir...

—Yo hablaba por tu hijo Jazalí. Pero ¿no había muerto Shubalam?

—Shubalam no ha muerto. Un musulano me informó que estaba en Roma. Y mandé a rescatarlo. Logramos sacarlo de galeras, pues el legado Dolabela lo había vendido con otros prisioneros a un naviero...

—¡Bendito sea el Señor, alto Abumón! Ahora comprendo por qué mi visita fue anunciada al kum Kaivan por los astros. Él te ha dicho: «Recíbelo y escúchalo». Pero yo no seré quien te hable, sino mi amigo y consejero, el prudente Aristo, que es docto en astrologías.

Mileto, comprometido desprevenidamente en el asunto, se movió incómodo en el cojín. Después dijo:

—Mi ciencia es bien modesta; pero vosotros que conocéis los misterios del firmamento, podréis interpretar lo que os digo: hallándome en China vi aparecer una nueva estrella seguida de tres colas. La estrella avanza hacia el asterismo de Nasch llevando un halo igual al que hace la luna. Consulté con los astrólogos chinos y me dijeron: «En tierra de Kamar surgirá un Rey». Y cuando hace unos meses encontré en Antioquía a Benemir le dije: «¿Qué Rey puede surgir en la tierra de Kamar? ¿Y cuál es esa tierra de la que nunca oí hablar?». Entonces Benemir me dijo: «La tierra de Kamar —que es el nombre que los garamantas dan a Selene— es el reino de mi amigo el muy alto Abumón». Luego pensamos que si la estrella de tres colas se dirigía de sur a norte, ese Rey que anuncia iría contra Roma, pues un Rey que tiene la ayuda de Kamar vencerá fácilmente a la funesta constelación de Nasch. Y pensando en el mensaje de la nueva estrella fuimos a Paros para consultar a la profetisa Missya, que es el pasmo del orbe. Y Missya nos dijo: «Veo la hermosa estrella del sur, hija bienamada de Selene. Hay un joven en tierra de garamantas que es hijo de rey. Ha sufrido mucho y sus penalidades van a concluir. Con la ayuda de los Tres se coronará rey». Es todo cuanto puedo deciros, señores.

—¡Asombroso! —exclamó a media voz Abumón—. Desde luego, es cierto que vosotros no sabíais que Shubalam vivía... ¿Pero esa

estrella es tan poderosa que trae un cataclismo para Roma? ¿Qué cataclismo, Benemir?

—¡La guerra! —contestó Benasur.

—¿La guerra contra Roma? ¡Imposible! ¿Quién osará levantarse contra Roma? ¡Mienten las estrellas! —repuso, excitado, Abumón.

—¡Majestad! —exclamó en tono de reconvención Kaivan.

Aidemán tenía más tensos sus músculos que nunca; y sus manos, entrelazadas, se apretaban la una contra la otra. Benasur miró rápido a Kaivan. Éste, por su parte, observaba escrutadoramente a Mileto.

—No las tuyas ni las mías —aclaró penosamente, con incontenible temblor, Abumón—, no nuestras estrellas, Kaivan, sino las de ellos...

Benasur, que había sido censurado de adulador, volvió a la carga, ya sin escrúpulo:

—La sabiduría de Kaivan es muy grande. Si tú, majestad, has llegado a estos hermosos días de tu noble y preclara ancianidad, es gracias al consejo de hombres tan clarividentes como el sapientísimo Kaivan; a la prudencia de Alid, que piensa todo lo que calla; a la discreción de Aidemán, que guarda todo lo que sabe. Pero di tú, luminoso Kaivan, que interpretas los astros, qué es lo que revela la noticia que acaba de dar mi amigo Aristo.

—La estrella es indudable que se refiere a Shubalam. Las tres caudas significan los tres poderes: la sabiduría, la espada y el oro. Su majestad Abumón puede aportar la sabiduría, pero ¿de dónde sacará Shubalam los otros dos poderes?

El enano miró alternativamente a Aidemán y a Alid. Aidemán murmuró:

—Los astros son adversos.

Saladar sonrió insinuante a Benasur. El Rey estaba todo tembloroso y seguía con la vista los movimientos y gestos de los demás con verdadera ansiedad.

—No son adversos... si encontramos quien aporte la espada —dijo Benasur—. El oro, en la cantidad necesaria, lo pongo yo...

—Quien pone el oro, pone la espada —sentenció Aidemán.

Abumón tenía la cabeza baja y movía el pecho como agitado por una congoja. Con voz entrecortada, como en sollozos, murmuró:

—¡Qué desgracia la guerra!

—No habrá guerra, majestad —dijo Kaivan.

—¡Pobre de ese muchacho! Un poeta al frente de un ejército...

—¿Un poeta? ¿Qué poeta, alto Abumón? —preguntó extrañado Benasur.

—¡Ah, es que tú no sabes!... Shubalam es el más grande poeta moderno en lengua garamanta.

Benasur palideció. Mileto comenzó a reír discretamente. Nadie podía saber por qué reía el amigo de Benemir.

Después de la cena que siguió a la audiencia, ya de vuelta a su alcoba, Benasur recibió la visita de un paje, que le dijo que su amo, el kum Aidemán, le agradecería lo acompañase a tomar una taza de té de opio. El paje se prestó a conducirlo hasta las habitaciones privadas del consejo del Trono.

Las habitaciones de Aidemán en el palacio eran varias y muy suntuosas, y unas daban a la plaza de la Fuente Azul y otras a los jardines escalonados del palacio. Benasur comprendió entonces que Saladar le había designado un alojamiento demasiado mediocre.

—Tú no te acuerdas de mí, Benemir —empezó a decirle Aidemán —. Turbamen y yo firmamos los protocolos del reino musulano. Tú firmaste el documento de garantía... ¿Te acuerdas ahora?

—Creo recordar —repuso Benasur—. Pero no te extrañe, porque entonces yo estaba demasiado excitado con el negocio de Tacfarinas. Un criado les sirvió el té sobre una hermosa y mullida alfombra. Aidemán, recostándose indolentemente, dijo:

—Échate o siéntate, como lo prefiera tu comodidad... Aquí en palacio sólo tengo un pequeño cuerpo de danzarinas. Cuando estoy meditando me gusta ver bailar. En mi casa podría obsequiarte con acróbatas. Aquí sólo puedo hacerlo con té y licor.

—No te preocupes, Aidemán. Ya tendrás ocasión de invitarme un día a tu casa. Por ahora me siento muy honrado con tu cortesía. Y si hemos de hablar, creo que no necesitamos la presencia de danzarinas...

—¿Es que tú tienes un tema importante de conversación? —preguntó Aidemán.

—Supongo que me has invitado sabiendo que yo no traigo otro asunto a Garama que el tratado esta tarde en la audiencia del Rey.

—No sé. Pero, desde luego, lo que has dicho me ha parecido extremadamente interesante... ¿Endulzas el té o lo amargas? Yo le pongo polvos de flores de azahar... ¿Lo has probado así?

—Sí —le dijo Benasur—. Pero generalmente yo tomó el té con un poco de polvo de caña de Chryse...

—Ahí, en ese vaso, tienes, a falta de polvo de caña, miel... El hombre que buscas no es Shubalam, Benemir. Tu hombre debe ser Jazalí, mi sobrino...

—¿Tú eres hermano del Rey?

—Hermano... bastardo, con derechos al Trono reconocidos. Después del príncipe Jazalí yo heredaría el trono... si ello fuera posible... Jazalí no reinará nunca.

—¿Quién lo impide? —inquirió Benasur.

—Kaivan. Hace apenas seis años que llegó a la Corte. Entonces, como recordarás, él rey Abumón tenía cinco astrólogos. Kaivan es un portento de la intriga: ha logrado deshacerse de ellos. Como habrás visto, le ha robado la voluntad al Rey. Los veinticuatro venerables que constituyen el Senado le son servilmente adictos. Pero eso no es todo: el Rey te ha dicho que su hijo, el príncipe Jazalí, está ausente. Escucha, Benemir: desde hace tres años está en la más insana mazmorra de palacio... Kaivan, que además de astrólogo es hechicero, ha logrado convencer al Rey de que su hijo se ha perdido en una cacería por la Libia de negros. Abumón, tú lo sabes, estimaba como más provechoso tener vecino con quien guerrear que amigo con quien pactar. Hoy le horripila la idea de la guerra. Abumón es un pacifista...

—¿Y tú, Aidemán?

—Yo nada puedo hacer —contestó el consejero—. Kaivan, cuando lo crea oportuno, eliminará a Abumón y se hará coronar rey de los garamantas. No tengo a quién mirar ni a quién pedir ayuda. Y si mi prudencia no hubiese tomado la forma de cobardía y de servil adhesión, yo estaría haciendo compañía al desdichado Jazalí.

—¿Qué propones, pues?

—Yo no propongo, Benemir. Yo informo nada más de la situación... Me parece entender que tú sigues con la idea de formar un reino en África para oponerlo a Roma. Ese reino puede ser Garama, pero cambiando radicalmente la situación. Para eso se necesitan dos cosas que tú tienes: sagacidad y dinero. Sí, más que nada, dinero. ¿Cuánto te costó Tacfarinas?

—Seis millones de denarios oro.

—Tengo el informe de que fueron cinco millones seiscientos mil —detalló, muy enterado, Aidemán—. Cambiar la situación en Garama te costaría menos, muchísimo menos. Quizá un gasto de palabras... ¿Tú te acuerdas de Karl'zan? Era el capitán que mandó las tropas garamantas en el ejército de Tacfarinas...

—Sí, lo recuerdo bien...

—Karl'zan es hoy jefe del ejército garamanta. Especialmente las fuerzas montadas le son fieles. Kaivan se lo ha ganado con honores. No hay en el firmamento ningún asterismo que Kaivan no haya colgado del manto de Karl'zan. Supongo que Karl'zan está ya aburrido de tanta gloria y tanta paz.

—¿Qué insinúas, Aidemán?

—Creo que tu modo de hablar interesará a Karl'zan. No olvides que él es militar, y los militares suelen tener ideas sobre lo nocivo que pueden ser los grandes períodos de paz.

—¿Y tú crees que si Karl'zan encuentra viable mi proyecto, Kaivan lo aprobará? —se interesó en aclarar Benasur.

—Si Karl'zan te escucha, Kaivan no será obstáculo, porque... ya habrá muerto.

—No acabo de comprenderte bien.

—¿Te escandaliza la sangre, Benemir?

—No, si es fructuoso...

—Para dar la libertad a Jazalí y sentarlo en el trono, habrá que eliminar de un solo golpe a Kaivan, al rey Abumón, al mayordomo del harem, Aldebarán, a los veinticuatro venerables del Senado, a los treinta y dos sacerdotes de los templos de Kamar que podrían soliviantar al pueblo...

—Y tú ¿por qué no le has hablado ya a Karl'zan? —preguntó Benasur.

—No puedo. Me odia.

—¿Dejaría de odiarte después de la matanza?

—Por lo menos no me lo demostraría. Yo sé lo que te digo, Benemir.

Benasur, tras una pausa:

—Así que tendrían que ser el Rey, Kaivan, Aldebarán...

—El único que te duele es Abumón, tu amigo... Tú, en realidad, no lo matarías. Ese acto piadoso lo cometería «alguien» en palacio. La misma persona que aniquilaría a Kaivan... Pero no quiero soñar, Benemir. ¿Tú sabes lo que es el rencor, el odio acumulado hora a hora, día tras día, por meses, por años? ¿Tú sabes lo que es vivir sin gusto, sin apetencias para nada de lo grato de la vida, pensando continuamente en lo mismo, en cómo deshacer a tu enemigo? Tengo bien estudiados cien métodos de tortura. Lo haré vivir treinta días en suplicio, y él irá muriendo minuto a minuto. Después, ya no quiero nada. Si es necesario, renuncio a mis derechos al trono. Si lo quiere Karl'zan, me expatrío, pero a cambio de este placer de matar yo mismo a Kaivan...

—Pero ¿por qué es necesario que Abumón muera?

—Porque mientras él viva, Jazalí no subirá al trono...

—Comprendo...

—Sí, tú lo comprendes todo en seguida, Benemir. Nos parecemos en algo: en que somos constantes en nuestro empeño. Yo soy más modesto, lo reconozco. No soy tan ambicioso. No tengo fuerzas como tú para poner mi odio en un coloso como Roma. Por eso te admiro, y te informo y te aconsejo.

—¿Y qué me dices de Shubalam?

—No es el que tú te imaginas. La servidumbre acaba con los hombres más arrogantes, con las inteligencias más lúcidas, con las naturalezas más vigorosas y juveniles. Shubalam es un joven débil, enfermizo, que ahora se dedica a escribir versos... Hace seis meses, en el solsticio de verano, tomó parte en los ejercicios de las Fiestas de las Abluciones. Fue derribado por un jinete sin renombre alguno... Sin embargo, no sé... En fin, es mejor que tú lo veas.

—¿Vive en palacio?

—Sí. El desdichado de Saladar podrá llevarte a su presencia...

—¿Y dónde puedo ver a Karl'zan?

—No te preocupes. Él te mandará llamar...

Benasur se sentía satisfecho. Había encontrado ya los hilos de la madeja. Ya podía comenzar a actuar. Que Shubalam fuera un hombre débil, enfermizo y soñador no le importaba. Ya Shubalam no era factor de primera importancia. Siro Josef no le prestaba su ayuda para instaurar el reino musulano. Siro Josef exigía la alianza de Garama.

Capítulo 8

Jacobón, prestamista de la corte

Al día siguiente, muy temprano, el mayordomo del señor garamanta llegó a palacio preguntando por Benasur. Lo condujeron a la habitación del navarca y en cuanto estuvo a solas con él, dejando una bolsa de cuero sobre la mesa, le dijo:

—Mi amo me envía con el dinero de la mujer que ayer le vendiste. Me ha dicho que te dé las gracias y te diga que si un día tienes una hora libre, le gustará recibirte en su casa.

—Dile a tu amo que le agradezco todas sus atenciones y que si mis negocios me lo permiten con todo gusto le visitaré. ¿Cuál es el nombre de tu amo?

—Mi amo se llama Hasurmazilasindahanmafela Askamalí.

—Lo tendré muy presente.

Y después que se fue el mayordomo, Benasur llamó a Mileto para decirle:

—Garama bajo la dictadura de Kaivan se ha convertido en un país de broma. Abre esa bolsa que contiene el precio de Amela, por la

que pagaste en Lixus seiscientos sestercios. Y quédate con cien monedas, que es tu comisión.

Mileto abrió la bolsa y sacó los cien denarios de oro. No pudo reprimir su alborozo:

—¡Eres un genio para vender, Benasur! Mas, yo no podría aceptar este dinero si no es para destinarlo a una buena obra: voy a dedicarlo a liberar veinte esclavas.

—¿Tú sabes el mal que harás a esas desdichadas mujeres quitándoles el techo y el pan que les da su patrón? —le repuso Benasur—. Las ideas generosas son muy caras, Mileto. De nada serviría que comprases la libertad de veinte esclavas si después no les proporcionases medios de vida, de subsistencia. Ellas mismas terminarían por venderse. Y tú habrías perdido inútilmente tu dinero.

Desgraciadamente, tenía razón Benasur. La solución no estaba en liberar a uno o mil esclavos. En el mundo había millones. Para eso se necesitaba todo el dinero que Benasur iba a emplear en una guerra contra Roma, que no traería la libertad de los hombres, sino el cambio de dominio. Las cien monedas, dada su evidente inutilidad, las dedicaría a sí mismo. Mucho oro tendría que atesorar para vencer la codicia de Aristo Abramos.

—¿Estás dispuesto a salir? Voy a buscar a un banquero que hace años conocí en Nepte y que ahora está aquí.

La mañana era clara y luminosa. La luz del trópico no era la luz que Mileto estaba acostumbrado a ver: diáfana, cristalina. Era, por el contrario, una luz densa, como si fuese material, como si la atmósfera estuviera compuesta de infinidad de corpúsculos luminosos. Se posaba sobre las palmas, sobre el piso, sobre las casas, envolviéndolo todo, acariciándolo, haciéndolo vibrar en una cegadora reverberación.

Las gentes caminaban por las calles sin precipitaciones, sin prisas, como desentendidas de negocio u ocupación. Algunas se paraban ante el mercader del camello que gritaba lánguida, cadenciosamente su pregón y se ponían a discutir el precio o la calidad de la mercancía, sin intención de comprarla; con la seguridad, por parte del mercader, de no venderla. Sólo por el gusto de hablar y sobar los artículos. Sobre todo los jarros, las tinajillas y botijas de Cydamos,

cuyos dibujos en ocre y verde sobre el blanco marfil de la cerámica constituían un placer para los ojos.

A pesar de lo hermoso de la ciudad, a Mileto le gustaba más Faleza, porque allí la vegetación era más exuberante y la tierra tenía un olor especial grato al olfato. El aroma del junco rosado que servía de techo a las casas de Garama era un tanto repugnante, sobre todo durante el día, en que el sol calentaba implacable.

Benasur, deteniéndose ante las esteras que se exhibían a la entrada de un bazar, le preguntó a Mileto:

—¿Tú conoces a Alan Kashemir, de Antioquía?

—No. Pero he oído hablar mucho de él a Aristo Abramos. Sé que tiene más de tres mil camellos en las rutas de Oriente. ¿Por qué me lo preguntas, Benasur?

—Me he acordado de él porque un día me dijo que tenía una caravana que, partiendo de Lixus, y sin abandonar nunca la línea recta, llegaba hasta el macizo de las montañas de Emodus (las más altas del orbe), en tierras de Ganges. Que la caravana tardaba tres años y cinco meses en el trayecto; que pasaba por esta ciudad, Garama, donde se aprovisionaba de esteras que los garamantas hacen con mucho primor utilizando los juncos dorados...

—Cosa que está a la vista, Benasur. Pero yo me pregunto cómo los nativos teñirán con tan varios y vivos colores los juncos...

—Gracias a lo hermoso de estos trabajos, Alan Kashemir hace magnífico negocio, pues los indios y muy especialmente los chinos, que admiran y aprecian todo trabajo de junco, cambian sus marfiles y sus terracotas por las esteras garamantas, y tú sabes muy bien el precio que los marfiles chinos tienen en Roma, ya que son más estimados que los fenicios...

Siguieron caminando por una calle estrecha, cubierta de casa a casa por esteras. Mileto, que conocía ya muchas e importantes ciudades para hacer comparaciones, no ocultaba su admiración al ver insospechados aspectos de la ciudad de Garama. Las fachadas de las casas estaban recubiertas con ladrillos vidriados, y el propio Benasur reconocía que no eran inferiores a los que adornaban los palacios de los grandes señores asirios.

—No me explico por qué los garamantas hacen tanto despilfarro de ladrillo vidriado, ni sé cómo pueden obtener ese color entre verde y azulado... —comentó el navarca.

—He observado —dijo Mileto— que la arquitectura la impone el clima, cosa que pasa igual que con la alimentación de los pueblos, y no la moda o el capricho, Benasur. Que las fachadas estén hechas con ladrillo vidriado ha de tener su explicación. Si nos toca noche de luna en Garama, veremos desde la terraza de palacio qué aspecto ofrece la ciudad. Supongo que ha de brillar toda ella como una piedra preciosa, con lo cual los garamantas obtienen dos cosas: rendir culto a Kamar y procurar este frescor en sus calles durante el día...

Las calles eran estrechas y cortas, si bien tendidas rectilíneamente. En los cruces se abrían pequeñas plazoletas, como patios comunes, llenas de hombres y mujeres que se dedicaban públicamente a sus menesteres cotidianos: moler los granos —que trituraban con un rodillo de piedra que movían hábilmente sobre una losa ligeramente inclinada—, lavar y zurcir ropa, reparar y adobar cueros, remendar zapatos. A veces, en un rincón, un maestro instruía a los niños en religión, números y en derechos y deberes. Algunas de estas plazoletas estaban ocupadas enteramente por los artesanos del junco.

Benasur preguntó a un nativo dónde se encontraba la plaza Bengusta y le dijeron con muchas explicaciones que darían con ella al final de la calle. Que podría identificarla por el templo de Jovón, por la basílica Balbuma, que era el mercado de frutas, verduras y granos.

El templo de Jove y la basílica Balbo era todo lo que había quedado en Garama de la efímera conquista romana, efectuada unos cincuenta años antes. Roma fracasó en su intento de dominar a los garamantas. El desierto había sido el principal aliado para mantener el espíritu de independencia que caracterizaba a estos pueblos, hasta hace poco muy levantiscos y ahora reblandecidos en una paz aconsejada por Kaivan al senecto Abumón, con gran escándalo e irritación de Benasur.

Cuando llegaron a la plaza, Mileto no pudo contener la risa. El griego solía reírse de todo aquello que evidenciaba un fracaso de la tozuda voluntad del hombre. Creía que no había grandeza ni solemnidad en lugar o circunstancia en que un pícaro, o simplemente un burlón, estuviera dispuesto a soltar un pedo. El pedo simbolizaba la medida de la pequeñez y de la miseria humanas. Por eso la Plaza Bengusta —pronta corrupción de Augusta — con su templo a Jove y su basílica Balbo, cubiertas de trama de junco, resultaba una burla al gesto grandílocuo de Roma. Roma, que, al poco tiempo de recibir triunfalmente al conquistador Cornelio Balbo, hubo de contentarse con resumir la aparatosa conquista a dejar una pretoria en Cydamos a un tal Ovidio Silio, que, desesperado de imponer el derecho romano, optó por vivir a lo garamanta, casándose con tres mujeres y manteniendo ocho más en concubinato.

—¿De qué te ríes, Mileto? —preguntó Benasur, mientras miraba las fachadas de las casas para localizar la de su viejo banquero Mino Jacobón.

—Me río de esos techos... Jove cubierto con juncos. Y la basílica Balbo con sus veintiocho columnas de mármol convertida en mercado. Los garamantas le han sacado utilidad a ese remedo jónico: amarran a ellas sus bestias...

—Pues, aunque te lo parezca, los garamantas no son unos bárbaros...

Mileto sabía que los garamantas no eran unos bárbaros. No en vano descendían del mismísimo Zeus, aunque no faltaba historiador que atribuyera a Apolo su casta. Posidonio los consideraba como uno de los pueblos de más antigua cultura, maestros en las artes hidráulicas. Mileto se reía porque pensaba que no había grandeza..., si la pequeñez se opone. Pero no rio mucho, pues algo que vio en la plaza le hizo sentir una súbita desazón: un mercado de esclavos.

Confuso, molesto por la escena, bajó la cabeza y continuó andando al lado de Benasur.

El navarca halló la casa que buscaba y entraron. Un garamanta salió a su paso, y después que se enteró de que buscaban al amo Mino Jacobón, los condujo a un despacho situado al fondo del

almacén. Allí estaba Mino Jacobón sin poder desmentir sus raíces hebreas. Benasur le saludó efusivo, pero el banquero no dio muestras de mucha alegría al ver a su antiguo cliente.

—¿Qué denario se le ha perdido a Benemir en Garama?

—Hemos venido atendiendo una invitación del muy alto Abumón, y me dije que sería bueno ver a mi viejo amigo Mino Jacobón. Más es, que acabo de decirle a mi escriba Aristo: «Verás qué buen vaso de vino nos da Mino Jacobón». Y Aristo me ha replicado: «¿Es que en el orbe hay un judío sarnoso que sea capaz de darnos un vaso de vino?». Porque he de decirte que Aristo es de esos griegos que, para no diferenciarse en nada de los romanos ni de los galos ni germanos ni hispanenses, cree que los judíos somos perros sarnosos.

—¿Y tú qué dijiste, Benemir? —preguntó con sorna el judío, mirando con ojillos escrutadores a Benasur.

—Le dije: «Nos lo dará, porque por muy perro sarnoso que sea no se olvidará de que durante la guerra de Tacfarinas le di a ganar más de un millón». Eso le dije a Aristo. Pero yo ahora me pregunto: ¿Es que en realidad estoy frente a Mino Jacobón, o se trata nada más que de la mentira de su sombra?

El banquero movió apesadumbrado la cabeza, y después, de un modo desabrido, rastreando las palabras y no en voz alta para no perder la oportunidad de no ser oído, ordenó a uno de los hombres que le llevase una jarra de vino al terrado. Mientras subían a la azotea, preguntó:

—¿Y cómo es que has dado con mi paradero?

—Es inútil que un hombre tan importante como tú trate de borrar las huellas. Cierto que el viento se lleva las arenas, pero queda el olor. Y tú, Jacobón, desprendes un tufillo difícil de disipar. El oro, cuando se acumula en las cantidades que tú lo haces, hiede.

—¿Y eso lo dices tú, Benemir, que te permites el lujo de tirar alocadamente millones en una guerra sin posibilidades de victoria?

—Entonces, Mino Jacobón, bien me halagabas los oídos diciéndome que Tacfarinas con mi ayuda acabaría por expulsar a los romanos de África...

—¿Yo te dije eso? —repuso el banquero—. En fin, tú sabes que hay dos lenguajes, hermano Benemir: el de la conciencia y el del

negocio. Yo siempre, en conciencia, te he creído un buen hombre aunque demasiado cándido para los negocios... ¿Y todavía guardas muchos millones?

—Sí..., pero de cobres. Y he venido a Garama precisamente con la intención de convertir esos cobres en oro...

—No será a mi costa, Benemir...

—No. Yo te necesito para otra cosa: para que seas tan amable de ganar a mi costa otro millón. Aunque puede darse el caso de que en esta ocasión sean dos en vez de uno. ¿No te molesta que pueda surgir este imprevisto, hermano Jacobón?

El banquero invitó a sentarse a Benasur y a Mileto. Pero Mileto se había acercado al pretil del terrado y miraba hacia la catasta donde se subastaban los esclavos. Jacobón se frotó las manos y dijo:

—¿Cómo es posible que pretendas ganar millones en Garama? Yo te apuesto que en un mes que estés en la ciudad no verás una sola moneda de oro. Aquí no se comercia con dinero, Benemir. Aquí todo es cambalache: «¡Doy cinco mujeres por un camello! ¡Cambio diez esteras por un camello! ¡Veinte tinajas de vino por un camello!». ¿Qué clase de negocio has traído a Garama, Benemir?

—Vengo a vender armas para las tropas garamantas.

—¡Qué el Señor te asista, cándido Benemir! —exclamó con gran aspaviento Mino Jacobón—. ¡Armas a los garamantas! ¿Acaso ignoras que están oxidadas por falta de uso las que tienen, que aquí no se habla más que de paz y de amistad con las razas vecinas?...

—Se habla de paz, Jacobón, porque tú lo has dicho: tienen las armas oxidadas. Yo vengo a venderles armas relucientes y más duras y penetrantes que todas las armas que se hayan hecho hasta ahora...

—¿De dónde son? ¿Sicilianas, chipriotas, cretenses? ¿Acaso alejandrinas?

—Hispanenses...

—¿Y el precinto de frontera?

—No hay precinto para mis armas, Mino Jacobón. Las embarco en Lusitania, en las costas del Océano, las desembarco en Mauritania, en la misma costa, y de ahí hasta Garama las traigo en caravanas...

Llegó el mozo con el vino. Después que dieron un sorbo, el banquero comentó:

—No comprendo. ¿Tú sabes que Abumón no pinta nada? ¿Sabes que el que manda es el astrólogo Kaivan? En todo el territorio garamanta sólo hay un hombre que puede interesarse por tus armas...

—Lo sé: Karl'zan.

—No es ése, Benemir. ¡Rumiban! ¿Lo recuerdas? El capitán de los arqueros de Tacfarinas. Como Karl'zan le tenía miedo, influyó con Kaivan para que le nombrase gobernador de Mathelsche. Después lo confinaron a Faleza.

—¿Y por qué crees que Rumiban...?

—Rumiban, si encontrase apoyo, se levantaría en armas y declararía Faleza pueblo autónomo... Ahí tienes una guerra civil. Porque el ejemplo cundiría... Y entonces, sí: el rey Abumón y el astrólogo Kaivan se verían obligados a comprarte armas para hacer frente a la desmembración del reino... Pero este negocio, como todos, necesita una inversión... ¿Tienes dinero para financiar el levantamiento de Rumiban?

—Si tú me lo prestas, sí.

—¿Con qué garantía?

—¿Es buena la de Aidemán, el consejero del Trono?

—¿Aidemán? Me debe más de veinte mil denarios oro... En palacio sólo hay dos garantías que yo acepte: la de Kaivan y la del Eunuco Mayor, Aldebarán.

—¿Y Alid?

—Alid maneja el Tesoro, pero no mueve un cobre sin autorización u orden de Kaivan...

—¿Y el príncipe Jazalí?

—¡Estás bueno con el príncipe Jazalí...!

—Algún día tiene que regresar a la Corte... Los astros lo anuncian... Mino Jacobón se quedó mirando de reojo a Benasur. En seguida, plegando los labios bajo la sedosa vellosidad del bigote, interrogó:

—¿También tú crees en esa superstición?

—¿Llamas superstición a la noble ciencia que practica el muy alto Abumón? —replicó irónico Benasur.

—No me refiero a esa chifladura de las estrellas, sino a Jazalí... ¿Tú sabes dónde está Jazalí, el heredero del trono garamanta? Si te mueves con libertad en palacio, pregúntale al guardián de las mazmorras... ¿Crees que un hombre que está encarcelado hace más de tres años puede ser garantía para un banquero?

Benasur se dio cuenta de que la desgracia del pobre Jazalí no era un secreto en Garama. No fingió hacerse sorprendido porque en eso vino un empleado con un documento. Discretamente el navarca se retiró, acudiendo al lado de Mileto, que se mostraba muy interesado por todo cuanto ocurría en la plaza.

El griego, ante la escena que se desarrollaba, evocaba su pasado. Él no había sido vendido ni comprado en un mercado de esclavos. Había nacido en la galera de la servidumbre; engendrado, como todos los esclavos, en una posesión arrebatada. El destino le dio el sexo viril para escapar al pozo del tercer patio, en que se regulaba la proporción de los sexos, ahogando a las hembras. Ningún esclavo escapaba a esta ley, puesto que todavía para los hijos era válido el precepto de Posidipos: «Un hijo se cría siempre, aunque se sea pobre; una hija se abandona siempre, aunque se sea rico»... Mileto nunca llegó a saber quién había sido su madre. Los esclavos no tienen genealogía. Se consideraba nacido en el tercer patio y producto del enjambre de moscas que volaban al sol. Y tuvo desde muy niño motivo para considerarse afortunado al ver con frecuencia cómo la canasta con la recién nacida era arrojada al pozo e izada minutos después para enterrarla o arrojarla a la cloaca. Al principio, aquella escena le pareció interesante, como espectáculo; después, con el hábito, le pareció fastidiosa y repugnante.

Su primer amo, Antiarco de Mileto, gran señor amigo de poetas, viajeros e historiadores, lo había criado y educado, destinándolo a paje de su hija Afridia. En las horas vacantes, que eran las más, el amo lo ponía a copiar poemas, epigramas, hechos históricos y no pocas curiosidades que escribían sus amigos. Fue precoz y su maestro, el esclavo Tanus, le tomó devoción. A la muerte de Antiarco pasó a propiedad de su hija, que, por entonces, ya estaba casada

con Trófimo, orfebre. Éste fue quien descubrió sus dotes matemáticas haciéndoselas aplicar a la cuenta y medición de metales preciosos, que se pesan por escrúpulos. Fue así como Mileto quedó convertido en algo semejante a un artilugio o máquina andante. Un día que Trófimo estaba en apuros, lo vendió en dos mil dracmas plata a Kalistenio, importante almacenista de trigo. Afridia protestó cuando lo supo, pero la venta ya estaba hecha. Esa venta causó sensación. Nunca, ni con la más refinada y hermosa esclava, se había llegado en Corinto a tal precio. Con Kalistenio, Mileto aprendió geografía y agricultura, obligado por las necesidades del negocio. Los clientes y socios de Kalistenio eran hombres de viajes y muy enterados de las cosas del campo. La fama de Mileto fue creciendo y muchas ofertas tentadoras presionaron a Kalistenio, hasta que una de tres mil dracmas hizo claudicar al mercader. No se portó mal Kalistenio, pues obsequió a Mileto con treinta dracmas, de acuerdo con la reglamentación de primas instituida durante la época de Solón y que jamás había merecido observancia por parte de los amos y traficantes de esclavos.

Su nuevo patrón, un judío de nombre Camín, tuvo que deshacerse de él en seguida, pues al poco tiempo sus negocios se vinieron abajo. Se le incendió un depósito de textiles que tenía en Corinto y perdió dos naves con cargamento de Antioquía, que fueron capturadas por el pirata Petrides. Un préstamo que a Camín le había hecho su compatriota Aristo Abramos fue cobrado por éste en forma de lote de mercancía, en cuyo lote iba incluido, como pieza valiosa, Mileto. Y Abramos se avino a recibirlo en el valor que Camín le puso: ¡cinco mil dracmas plata!

No recordaba con rencor a sus dos últimos amos. Camín lo trató siempre como a un empleado. Abramos acentuó su liberalidad acogiéndolo como un consejero y amigo. Con Camín volvió a comer en la mesa del amo igual que, de paje, comiera con el viejo Antiarco de Mileto. Con Abramos el trato fue todavía más familiar, pues se extendieron tales distinciones hasta en los casos en que se reclinaban en el triclinio invitados de honor.

Ahora el propio Benasur se interesó por lo que ocurría en la plaza. Uno de los traficantes de esclavos, iracundo y descompuesto,

apaleaba sin ningún miramiento a una joven. Al pie de la plataforma, un viejo clamaba y protestaba por la paliza.

Sobre el tablado había mujeres, hombres y niños de todas las razas. Los adultos eran generalmente jóvenes. Las hembras escogidas por su hermosa apariencia y los hombres por su musculatura y aspecto saludable. Abundaban los negros de la Libia interior y éstos llevaban un lazo al dogal, que era la licencia del inspector para su venta. Pues las leyes garamantas, celosas por mantener limpia la raza, no permitían a los nativos que entraran con mujeres de color, que habían de destinar exclusivamente a faenas agrícolas o domésticas. O al comercio con los demás pueblos vecinos.

Cuando Mino Jacobón se quedó de nuevo a solas, Benasur y Mileto regresaron a sentarse junto al banquero. Este ya había rumiado la petición hecha por su antiguo cliente, porque preguntó:

—¿Cuánto dinero necesitas, Benemir?

—Para los primeros sobornos, treinta mil denarios oro...

—No es mucho para quien se llama Benemir —comentó con un tono raro el banquero.

—Dirás mejor que para quien va a hacerte ganar millones. Pero, si quieres, lo reducimos: ¿tienes muchas esperanzas de cobrar los préstamos que has hecho al kum Aidemán?

—¿Quieres agotar mi paciencia, hermano Benemir? ¡Aidemán! ¿Sabes cuándo yo cobraré a Aidemán? Cuando suba al trono de Garama. Para eso el idiota de Aidemán tiene que pasar por el cadáver del muy alto Abumón, que está para rendir la jornada en cuando le pique un mosquito; por el de su sobrino, el estúpido Jazalí. Dicen que la prisión y el destierro ennoblecen al hombre que tiene alma, pero Jazalí se embrutece cada día más. Después de muertos padre e hijo, tendría que saltar sobre el gigantesco muro que representa el enano Kaivan. Y ahí será el estrujar de manos y el rechinar de dientes.

—¿Por cuánto me venderías el crédito de Aidemán?

Mino Jacobón alzó la vista para mirar a Benasur, como si éste hubiese aumentado de talla. Tan alto ponía la mirada, que Benasur creyó que el banquero seguía el vuelo de un pájaro.

—¿En serio te interesas?

—En serio...

—¿Dices que todavía te quedan millones de cobres? ¡Lo dudo! ¿Para qué te servirían las deudas de ese idiota?

—Lo mismo que para ti.

—Un recuerdo de la casa real. ¿No es eso? Son cuatro títulos: uno de siete mil y tres de cinco mil. Todos llevan su sello y signo. Muy decorativos. Porque ese idiota de Aidemán tiene la vanidad del pavo: garabatea mucho cuando firma. Conque te interesan... ¿Cuánto, Benemir? Ofrece por lo bajo, porque te cojo la palabra...

—Mil denarios oro...

—¡Mil denarios...! ¿Seguro? —Y levantándose del asiento, corrió a la escalera—: ¡Aquí Manferim! ¡Manferim, pronto!

Y cuando Manferim asomó la cabeza por el terrado, le ordenó:

—Tráeme el arca roja que está en el despacho. —Y a Benasur—: Has dicho que mil denarios oro... Y tú, heleno, eres testigo...

—Soy testigo —repuso Mileto—. ¿Qué te asombra? Si Benemir te da mil denarios por algo que vale veintidós mil, es que sacará de ello el doble, ingenuo Mino Jacobón... ¿Por qué tú, Benemir, me dices que los judíos sois astutos?

Mino Jacobón miró alternativamente a los dos visitantes. Después se encogió de hombros y murmuró:

—¡Quien te conoció y te ve, Benemir! Yo siempre dije que terminarías mal. ¿Nunca llegaste a pensar que Tacfarinas no podía ganar? Y ahora ¿qué pretendes? ¿Pedir a Aidemán ayuda para Shubalam?

—Hablas como necio, Mino Jacobón —cortó Mileto—. ¿No me decías, Benemir, que los judíos sois gente prudente?

El banquero dio un sorbo al vaso. Llegó Manferim con el arca roja, que dejó en el suelo. Jacobón se agachó y la abrió. Removió papeles y sacó un rollo atado con una cinta.

—Aquí los tienes, Benemir... Vengan los mil denarios... Benemir desenrolló los documentos y les echó un vistazo. Después le dijo al banquero:

—¿Cuánto estás dispuesto a prestarme sin garantía por tres meses y al seis por ciento?

—Diez mil denarios.

—¡Roñoso! —insultó Mileto—. Porque lo ves necesitado, diez mil denarios... ¿Sabes cuánto vale la mercancía que viene en caravana? ¡Cien mil!

—Y esa mercancía —apoyó Benasur— tendré que pignorarla con mi hermano Mino Jacobón. ¿No ves que mi escriba Aristo se da cuenta de lo tacaño que eres? ¿No me fiaste una vez en Nepte ciento cincuenta mil? ¿Por qué ahora no puedes prestarme once mil?

—Te doy diez. ¿Por qué mil más?

—Para pagarte estos documentos... ¿O quieres que me los lleve sin el traspaso de la deuda?

—¡Vamos abajo! —refunfuñó Jacobón.

Mientras bajaban por la escalera, comentó:

—No me gustas nada, Aristo. En verdad, nunca me gustaron los de tu raza. Sois habladores y entrometidos... —Y a Benasur—: ¿Por qué tienes un escriba griego?

—Porque, desde que está a mi servicio, nunca se ha olvidado de anunciarme las fechas en que tengo que pagar. Esto es muy importante para mis acreedores...

Pasaron al despacho. El banquero retiró de un cajón dos documentos ya caligrafiados que rellenó en los blancos y dio a Benasur. Uno de ellos, el de traspaso, lo firmó. El otro, el del crédito, se lo dio a firmar a Benasur. Después le preguntó:

—¿Cómo quieres el dinero?

—Nueve en títulos de mil. El resto en moneda... Mándamelos hoy sin falta a palacio.

En cuanto Benasur se guardó los créditos de Aidemán inquirió al banquero:

—Dime, hermano Jacobón, ¿conoces a Joamín, el cambista de Jerusalén?

—Lo conozco, pero no tengo negocios con él. Me aburrió. Todos sus asuntos en el Mar Interior los maneja Sarkamón, de Alejandría. Yo, cuando tengo cosas de mar, se las doy al representante de Benasur en Leptis Magna... Es una gran compañía naviera...

—Sí, he oído hablar mucho de ella —comentó el navarca. Mino Jacobón acompañó a sus visitantes hasta la puerta. Ya en la calle,

mientras atravesaban la plaza, Mileto preguntó:

—¿Por qué le pediste dinero?

—Quería conocer el clima bancario de Garama. Me gusta saber las condiciones en que se encuentran los prestamistas.

—No tuviste necesidad de rogarle mucho...

—No. Desde que nos vio entrar esperaba tener la ocasión de complacernos. No sería nada difícil que nos estuviera esperando. ¿Por qué crees que me cedió los créditos del kum Aidemán? Porque sospechaba que yo soy, además de Benemir, Benasur... Esto es lo que me inquieta. Si Jacobón supiera que yo estaba en las condiciones económicas que intenté simular, no nos hubiera dado ni el vaso de vino. Pero desconocía el valor que en mis manos pueden tener los créditos de Aidemán. —Y tras una pausa—: Te aseguro que no me gusta nada que me haya descubierto. No me gusta nada que Mino Jacobón sepa quién soy... También Mileto sentía idéntico malestar. No le gustaba nada que Benasur llegase a descubrir quién era él. Y haciéndose de valor, decidido a aclarar una situación que cada día se le hacía más insufrible, dijo:

—Yo quiero decirte una cosa, Benasur...

Y lo que seguía: «¿Has pensado alguna vez que yo pudiera ser un esclavo?», se le quedó agarrotado en la garganta. De nuevo la misma cobardía de la primera vez.

—Sí, dime, Mileto...

—Que debes obrar con prudencia... En Garama no tenemos más ayuda ni fuerzas que las nuestras.

—¿Te parecen pocas, Mileto?

Capítulo 9

El luminoso Kaivan

Paseándose por los jardines de palacio, Mileto entró en una avenida de palmas gigantes, por la que venía, en actitud meditativa, el luminoso Kaivan. Andaba con sus pasitos cortos, moviendo el torso acompasadamente de un lado a otro. A la distancia que lo veía Mileto, daba la impresión de una masa oscilante sobre dos pequeños soportes. Kaivan se llevaba la mano al remedo de cadera, bien como si quisiera aliviar un dolor de hígado, bien como si en aquella parte se encontrara el motor pensante de sus meditaciones.

Mileto sospechó que se había equivocado de avenida y que había tomado, sin querer, una reservada al monarca o al luminoso Kaivan, y con la intención de no tropezarse con él cortó metiéndose por un jardín de flores de loto. Pero Kaivan, que lo había visto, comenzó a sisearle.

—¿Por qué me huyes, heleno? ¿Tan repugnante te parezco?

Le clavó sus ojos penetrantes, que eran como una líquida lucecita entre el vigoroso haz de arrugas que dividía la frente y los vértices externos de los párpados.

—No, luminoso Kaivan... Me pareció verte abstraído en tus meditaciones y no quise perturbarte...

Kaivan miró de arriba abajo al griego y seguidamente le replicó sin amargura y sin sarcasmo:

—¿Por qué me adulas, Aristo? Entre hombres como nosotros, dedicados insobornablemente a despejar nuestra insondable ignorancia, no están bien las lisonjas. ¿Tanto influye en ti tu amigo Benemir? Nosotros formamos una casta especial entre los hombres que pueblan la tierra... ¿Lo dudas? Todos los hombres viven para su ambición y su egoísmo, para el goce material; nosotros vivimos para conocernos. ¿No fue tu Sócrates quien nos impuso ese dictado de Apolo Delfineo como vía de perfección?

—Sí, luminoso Kaivan.

—Dime Kaivan a secas. Para ti mi luz no puede ser tan luminosa como ha de parecerles a los demás hombres. La otra noche tu amigo Benemir dijo que eras docto en astrologías. Por lo menos, hablaste de la estrella del sur como hombre de ciencia. Pero no pude creerte, porque tú nunca estuviste en China. Cometiste un error.

China es el país más austral del orbe y al sur de China no puede haber estrellas; al sur de China sólo existe la nada.

Mileto no supo qué responder de momento, y al cabo de un titubeo dijo:

—Quizá me expresé mal, Kaivan. Quise referirme al sur de la gran Libia interior, que para los chinos es país occidental.

El enano se encogió de hombros, dando a entender que nada le importaba la rectificación. En seguida, volviendo a clavar su mirada en el griego, le preguntó:

—Dime, Aristo, ¿qué ha venido a buscar aquí Benemir?

—Lo ignoro. Supongo que le ha movido un súbito deseo amistoso hacia el muy alto Abumón...

—¿Por qué mientes? No está bien en un hombre como tú, que busca la sabiduría —dijo el enano. Y agregó en un tono de confidencia—: Quiero franquearme contigo, Aristo: no creo en el influjo de los astros. Es una superchería. Pero yo miento con un fin noble. Quiero instaurar en el reino garamanta una república ideal, donde los hombres vivan sirviéndose mutuamente, donde pueda ser desterrada la práctica de la guerra, que es el azote de la humanidad. Quieren abolir de un modo efectivo la esclavitud, como primer paso para que los hombres todos puedan amarse, entenderse y ayudarse como hermanos... ¿No estás tú de acuerdo con mis ideas, con mis intenciones?

—Me parece, por lo poco que he podido observar, que tú ejerces sobre los garamantas un poder absoluto, casi despótico...

—Desgraciadamente, Aristo, el mundo está en manos del Espíritu del Mal, que recluta sus milicias entre los hombres. Y he tenido que emplear los más violentos métodos para hacerme con el poder y comenzar a imponer mi política. He ganado la primera fase de la batalla, y estoy iniciando la segunda, más ardua y compleja: la reforma religiosa. Porque has de saber que apenas hace seis años, en los templos de Istamar de todo el reino garamanta, se sacrificaban jóvenes en lo mejor de su vida. Para esto el Ejército vivía en un continuo estado de guerra y asolaba el sur y el oeste, llegaba hasta la misma Etiopía para hacer verdaderas cacerías de hombres. Todo ello era fomentado por la insania del príncipe Jazalí,

que, como heredero, tenía el título de brazo diestro de la diosa Istamar. Yo tuve que desarrollar una intriga dual: imbuir en la mente de Abumón la ciencia de la astrología y convencerle de que su hijo el príncipe era un poseído del Espíritu del Mal y que su reinado habría sido un oprobio para la historia de los garamantas. De este modo, el Rey aceptó la ausencia de su hijo, que cree perdido en tierras lejanas. Me fue fácil influir en la mente de Abumón: en lo simbólico, transformé la diosa Istamar, luna devoradora de hombres, en Kamar, luna benéfica del hombre. Le hice comprender que se hicieran o no sacrificios humanos, Kamar, como astro mayor, continuaba regulando las mareas, los períodos de la mujer, provocando la leche de la parturienta. Que sus lapsos de presencia y ocultación eran inalterables y periódicamente fijos. Y que lo único que alegraba a Kamar era el saludo de los hombres a su aparición y que en los pebeteros ardiese el incienso cuando se ocultaba... Abumón se convenció antes de la verdad de mis palabras que su hijo de la monstruosidad de sus guerras. Y por si todavía no te han enterado, debo decirte que logré, al fin, hacer apresar a Jazalí y recluirlo en prisión... He desterrado a los sacerdotes dedicados al culto de Istamar. Mandé jóvenes garamantas a Alejandría para que estudiasen astrología y fuesen supliendo a los sacerdotes que expatriaba. He desarrollado una labor ímproba, tenaz, durante los últimos tres años. A las familias más devotas al culto de Kamar, las ayudo fingiendo providencial premio de la diosa. Gracias a esto, moviendo el corazón de las gentes por interés, he logrado que Kamar, astro de la paz, sea adorado... Sé que yo no concluiré mi obra. Pero en los templos tengo gente preparada que la proseguirá... —Y tras una pausa—: ¿Crees amigo Aristo, que está mal lo que hago?

Mileto movió negativamente la cabeza. No, no le parecía mal, ni mucho menos, lo que hacía el enano Kaivan. Por el contrario, estimaba que el homúnculo era tan luminoso como le llamaban y que de tan corta talla se desprendía un gigante, un hombre excepcional cuya legislación sería pasmo de los siglos. Lo que más le había conmovido de todo era su intención de abolir la esclavitud,

pues los sentimientos pacifistas le parecían a Mileto poco convincentes y casi antinaturales.

—Conozco las últimas corrientes del espíritu que se discuten en el Museo de Alejandría —prosiguió Kaivan—. Hay un cierto maestro judío que da lecciones sobre la armonía de la unidad universal. Se propende a una comunión del hombre con Dios, como único ser supremo, ordenador de las cosas. Nuestra alma es una fracción de esa unidad. Por tanto, todo aquel que lucha contra la desavenencia de las almas, contribuye a la reintegración de la Unidad, que es Dios... Pero esta doctrina tan sutil no es posible inculcarla de golpe a los pueblos. Primero hay que hacerles comprender que el sol, la luna, las estrellas son objetos de la Unidad. Cuando se les haya grabado en su mente que prestan servidumbre a un Orden superior, será el momento de decirles cuál es la esencia de ese orden: un Dios único...

—¿Y cuándo piensas abolir la esclavitud? —le preguntó Mileto, más interesado en el porvenir social de los hombres que en su conversión religiosa a la Unidad monoteísta.

—Ésa es una reforma más difícil que la religiosa... Si has estudiado historia sabrás que todos los pueblos han hecho sus reformas religiosas, pero que la esclavitud continúa inmutable desde los orígenes de la humanidad. Y es porque para abolir la esclavitud se necesita demoler los más sólidos, cimentados intereses. Se toca la parte dura del corazón de los hombres...

Y deteniéndose ante un árbol, interrogó...

—¿Ves las hojas? ¿Qué es lo más importante en el árbol: las hojas o el tronco? Los seres humanos son las hojas y saben por experiencia que a cada ciclo han de morir y desaparecer. No les importa el tronco, que es la humanidad, Aristo. Si se dieran cuenta de que el tronco es lo que subsiste, serían más generosos con los demás, que sería el modo de ser acertados consigo mismo...

—Pero bien, Kaivan, tú impones la paz en el reino garamanta. ¿Cómo evitar que los reinos vecinos irrumpan en tu país y lleven los garamantas a la esclavitud?

—Yo he transformado el ejército en una fuerza de policía. No hay reino en toda la Libia más seguro y más respetado que el

garamanta. En el desierto, las caravanas transitan con la máxima seguridad. Comerciamos con mucho provecho. El Tesoro de Garama es rico. Llegará un día en que prohibamos en nuestro territorio el comercio de esclavos. Después, el Tesoro comprará la libertad de cada uno de los siervos. Y ese día, con la alegría de la ganancia que tendrán los amos, quedará abolida la esclavitud... Para entonces, Garama será la república ideal, y los demás pueblos, lejos de agredirnos, procurarán imitarnos. Y la Humanidad caminará hacia la concordia y la prosperidad: todos los hombres serán hermanos, todos serán ricos.

Mileto se desencantó. Pensó que Benasur le tildaba de filántropo, mas Kaivan, el luminoso, el sabio Kaivan, resultaba a su lado un alma cándida embriagada de bondadosa espiritualidad. Mileto amaba al hombre sin desconocer su elemental, su torcida naturaleza. Por cada Kaivan que surgiera en el mundo, aparecerían cien, mil Benasures. ¿Quién influiría más; el hombre del futuro o el hombre que, hablándoles en sus mismas palabras, los fijara en el presente? Sí, Mileto sentíase escéptico, pero no por ello menos admirado ante un hombre de tan finas cualidades humanas, de tal agudeza mental para calar en los anhelos irrealizables del hombre. En ese momento en que Kaivan soñaba en utopías (a Mileto le agradó inventar palabra tan necesaria), en mil lugares de la tierra, el hombre —ese ser hecho para la paz y la concordia— hacía brotar la sangre de las carnes de los esclavos. En ese momento, el Espíritu del Mal que decía Kaivan, incitaba al despojo y a la crueldad, a la ambición y a la avaricia a los Benasures de todo el mundo. Le pareció que Kaivan era la antítesis de Benasur. Kaivan se había hecho del poder, ejerciendo el despotismo, por el amor a los hombres. Benasur se había hecho del poder, ejerciendo la intriga, por el odio a Roma. Y después ¿qué? Acabados Kaivan y Benasur, ¿surgiría la síntesis? No. El árbol de Kaivan daría nuevos renuevos, las hojas serían distintas, pero todas ellas idénticas en el color, en la contextura, en la forma, en el tamaño. Y entre las hojas habría cien Benasures por cada Kaivan.

—Soy griego, Kaivan, y no puedo ocultarte que toda obra que rebasa la vida del hombre no me interesa. Tus proyectos e ideas son

muy nobles, pero irrealizables en una vida. Necesitarías vivir cien vidas y estar asistido del mismo poder que ahora para realizar tu programa...

—¿Y la simiente, Aristo? ¿Tú crees que la simiente que esparzo no fructificará?

—¿Y la simiente de Jazalí, Kaivan? ¿Por qué piensas que Jazalí va a ser estéril? ¿Tú crees que si el Mal fuera infecundo habría llegado hasta nosotros?

—Hay una fuerza que me asiste, Aristo, y que tú desconoces u olvidas. Cuando subo a la torre no pierdo el tiempo contemplando los astros, ni sus movimientos, ni sus ocultaciones, que me sé de memoria. Son ruedas del mismo carro. Cuando estoy en la torre presto oído atento a esa cauta, silenciosa, permanente armonía: la Unidad Universal. Yo estoy con la Unidad y la Unidad (que no puede abandonarme sin contradecir su esencia) está conmigo...

El enano tenía una flor en la mano y la cabeza en alto mirando el intenso azul cobalto del cielo. Su expresión, a pesar de lo grotesco de su figura, tenía una clara, nítida nobleza. Después, como si no pusiera intención en las palabras, dijo algo que hizo estremecerse al griego:

—Mundano Mileto: convéncete de que estoy asistido. Tú apenas empiezas a conocerme, y yo, antes, mucho antes de que llegases a Garama, sabía quién eras tú y quién Benasur. Y sé qué es lo que Benasur busca en Garama. Si amas a los hombres, como cabe esperar de tu noble condición, dile a Benasur que abandone Garama... Aquí no podrá conmigo, Mileto; aquí Kaivan es enormemente poderoso...

Mileto se quedó de una pieza. Y antes de reponerse de la sorpresa, vio a Kaivan alejarse por una vereda del jardín. Las flores eran más altas que él. Y parecía irse, irse como si una extraña luz —la luz madura de la tarde— lo envolviera en un halo.

Poco después, Benasur, tal como lo había solicitado, fue recibido en audiencia privada por Kaivan.

—Te escucho, ilustre Benemir.

—Vengo a molestarte para algo que me parece baladí; pero en la Corte nadie mueve un dedo sin tu licencia. Y Saladar se muestra

incompetente para resolverlo...

—Dime de qué se trata...

—Traigo de Bética las piezas de tres carros, que quisiera armar en el patio de palacio para después regalárselos al muy alto Abumón. La cosa es simple, pero, por lo que se ve, necesito permiso para hacerlo. Además, personal que los arme siguiendo las instrucciones de Aristo...

—¿Qué clase de carros, Benemir?

—¿Es que hay diversas clases de carros?

—Me parece que sí, Benemir.

—Pues los míos son unos carros con plataforma y con dos ruedas, con una flecha para uncir caballerías... Si el conductor es diestro en el manejo, se traslada de un punto a otro con comodidad. Éstos son mis carros, kum Kaivan...

—Comprendo. Pero me refiero a si son carros militares o carros civiles...

—¡Carros civiles! —cortó Benasur.

—... susceptibles de ser transformados en carros militares —concluyó Kaivan.

—¿Es que existe tal clase de vehículos?

—Hasta ahora, no. Pero he oído que cierto hombre ingenioso podría hacer tales artefactos... En este caso, yo no te permitiría armar tales carros, y te confiscaría las piezas, Benemir, acatando un acuerdo hecho con Roma, mediante el cual el muy alto Abumón se comprometió a no recibir en su territorio armas o artefacto militar que no traiga precinto de la pretoria de Cydamos... Ahora, tú dices.

—Mis carros son civiles.

—Si es así, y bajo tu palabra, ármalos, Benemir. Y pídele a Saladar los hombres que necesites... ¿Algo más?

—Sí. Y también del mismo orden doméstico... —dijo Benasur—. Tú sabes que he traído conmigo una mujer mauritana...

—¿Tu concubina? —preguntó Kaivan con un gesto indulgente. Benasur apretó los labios:

—Es una doncella... ¿No lo sabías?

—No en calidad de ministro del Rey...

—Se trata de una doncella, kum Kaivan; de una doncella que es mi ahijada. ¿Comprendes? Quiero presentar a la dulce Zintia con el príncipe Shubalam...

—En Garama le hemos retirado el título de príncipe a Shubalam, Benemir. Por razones obvias: en primer lugar, el reino musulano nunca fue reconocido por Roma, y nosotros tenemos relaciones pacíficas y amistosas con Roma. En segundo lugar, si diéramos asilo a Shubalam en su calidad de príncipe, Roma podría reprocharnos que damos hospitalidad a un desterrado político. Hecha esta aclaración sobre el joven Shubalam, yo no tengo ningún inconveniente en que le presentes a la dulce Zintia. Y diré más, Benemir. Que ordenaré que Saladar prepare una fiesta en palacio. Me gustaría que en esto de los dos muchachos coincidiéramos en nuestros deseos. ¿Sabes por qué? Porque Zintia no es mauritana, como tú crees, sino paisana mía... Es curioso, ¿verdad?

—¿Zintia garamanta? —repuso Benasur sonriendo con incredulidad.

—¿Quién te ha dicho que yo soy garamanta? Zintia es alhuma, como yo.

—¡Un alhuma mandando en Garama! —exclamó el navarca fingiendo escandalizarse.

—¿Por qué no? Garama es reina de los pueblos del desierto...

—Esa coincidencia de deseos quizá me haga cambiar de planes, kum Kaivan. Me parece difícil que tú y yo coincidamos en nada.

—¿Tanto te molesta que Shubalam me sea adicto? Es un poeta y los poetas...

Benasur se puso en pie.

—¿Para qué más ocultaciones? Siento que nos aborrecemos Kaivan.

—Tú has de aborrecerme todavía más que yo a ti. Supongo que un enano con poder ha de irritar a un soberbio como tú, Benemir.

—¿Irritación o repugnancia? ¿Por qué no me arrojas de Garama?

Benasur estaba francamente rabioso. Kaivan se escudaba en una inefable sonrisa:

—No. Quiero saber quién vence en esta pelea, si el bien o el mal.

—¡Ganará el bien, Kaivan!

Kaivan rio sordamente, como si le crujieran sus intestinos de enano.

—¿El bien? ¿Y tú te crees el bien? ¡Qué vanidoso eres, Benemir!

Benasur destiló con la peor intención:

—Sobre quién es el bueno o el malo... ¿le pedimos opinión a Jazalí? También él, como Shubalam, ha dejado de ser príncipe, ¿verdad?

Kaivan también se puso en pie. Su cabeza de enorme cráneo apenas llegaba a la cubierta de la mesa.

—Siento decirte que no puedo concederte más tiempo, Benemir. Benasur se irguió arrogante. Descubiertas las cartas, volvía a ser el hombre seguro, brutalmente franco de siempre.

—¿Qué darías por una cuarta más de estatura, Kaivan? ¡Te la daré! ¡Vaya si te la daré! Aunque tenga que ponerte entre dos torniquetes... ¡Te aborrezco!

Y salió hacia la puerta. Pero todavía tuvo que escuchar la voz del astrólogo, untada de ironía:

—Que el Señor te ilumine, Benemir...

Cuando Benasur llegó a su alcoba, Mileto lo esperaba asomado al balcón de la terraza. Se reía, de la escena que veía en la calle, frente al palacio. Unos policías habían cogido a dos pederastas en los retretes públicos. Uno de ellos apenas si podía caminar con el manto entre las piernas, mientras el otro forcejeaba por desasirse del policía. Los curiosos zaherían con pullas a los dos pederastas al mismo tiempo que denostaban a los policías.

—¿Qué te divierte, Mileto?

—Comprobar que el hombre en cualquier meridiano está inclinado a la maldad... Precisamente minutos después de haber sostenido una muy edificante charla con el luminoso Kaivan...

—No me hables de ese enano asqueroso... ¿Cómo es que has hablado con él?

—Casualmente. Nos encontramos en el jardín. Te advierto que es un hombre de excepcionales cualidades...

—Para lo tortuoso...

—No creo... Me parece que sería justo rectificar el concepto que nos hemos formado de él... Y tener algo de más cuidado. Kaivan

sabe quiénes somos y barrunta a lo que hemos venido.

Mileto relató a Benasur toda la conversación que media hora antes había sostenido con Kaivan. Al navarca le contrarió, si bien no le cogió de sorpresa que el consejero del Rey les hubiera descubierto en su verdadera personalidad. «Desde luego —comentó—, habrá que actuar con más prontitud.»

Ordenó a un paje que llamara al kum Saladar.

—Si conoce nuestra verdadera identidad y no le ha importado revelártela, es prueba evidente de que no nos teme. Cosa que confirma mis sospechas de esta mañana cuando dejamos al banquero Jacobón. No me inclino a creer que Garama tenga un servicio de información confidencial tan eficiente. Ha de ser que hay persona muy interesada en ir anunciando nuestros pasos. De cualquier modo, no me agrada saberme descubierto.

Llegó el kum Saladar deshaciéndose como siempre en reverencias.

—Estoy irritado —le dijo—. Tengo la seguridad de que el muy alto Abumón no está enterado de la clase de alojamiento que nos has dado...

—¿No estás contento en esta alcoba, ilustre Benemir?

—¿Acaso crees que es digna de un amigo del Rey? Medio palacio está vacío. En la Corte no hay más visitantes que nosotros, y tú nos destinas dos cubículos separados y llevas a mi ahijada Zintia al camarín del harem. Por si no sabes cuáles son nuestras necesidades, debo decirte que yo me consideraría satisfecho con dos alcobas, una para el honorable Aristo y otra para mí, un salón de trabajo, otro de recibo, y una antesala y corredor con celosía que diera al harem y puerta al camarín, pues la dulce Zintia está habituada a las costumbres romanas y ha de sentirse triste de verse sola... Si quieres extremar tu afán de sernos gratos, nos alojarás en el mismo piso que ocupa el kum Aidemán.

Saladar escuchó sonriente las pretensiones de Benasur, y no opuso reparo sino en la medida en que debía insinuarse:

—Son muy legítimas tus aspiraciones... Desde luego, en palacio sobran secciones residenciales que satisfagan esos requisitos... Claro, lo del acceso a la celosía del harem sería cuestión de un arreglo especial con kum Aldebarán. Pero el Eunuco Mayor no es

hombre duro y sabe comprender. Todo será cuestión del punto de tu magnificencia, ilustre Benemir...

Y la mano de Saladar se tendía ya indiscreta, pedigüeña, hacia la dádiva. Pero Benasur todavía insistió en otro aspecto de la petición:

—Por demás, está decirte que las habitaciones que necesitamos deben tener el personal de servicio. Y bien aleccionado, pues me resultaría molesto tener que echar mano a la bolsa cada vez que pida un favor o una ayuda.

Después le dijo que de acuerdo con la licencia dada por Kaivan, Aristo necesitaba una cuadrilla de hombres para armar los carros; que sentía viva impaciencia por ver a Shubalam y que en las comidas procurasen servirles pan de harina de trigo y no pan de maná, pues no le gustaba abusar de la magnanimidad de la Providencia.

A todo asintió Saladar, y cuando Benasur terminó sus peticiones, el cínico mayordomo se puso a hacer cuentas con los dedos. Debió de equivocarse, pues volvió a repetir los cálculos. Al fin dijo:

—Bien sabe la escrutadora Kamar que mi mejor salario es dejaros satisfechos, pero no puedo olvidar los intereses de mis subordinados. Por lo que a mí respecta, y para evitarte frecuentes molestias, con cien denarios oro a la semana te das por bien cumplido. Respecto al kum Aldebarán, es asunto aparte y difícil. Déjalo de mi cuenta y ya te diré todo lo que me ha costado obtener un camarín anexo a tus habitaciones para que la dulce Zintia no sienta melancolía.

Y Saladar guiñó el ojo a Benasur.

El tunante colmó todas las exigencias del judío respecto al alojamiento. Media hora después condujo a los dos forasteros al segundo piso de palacio, a una espléndida serie de habitaciones que daban tanto a la ciudad como a los jardines del rey.

—Seguidme —les dijo mostrándoles las habitaciones—. Éste es el salón de invierno, con terraza a la calle... Venid por acá... He aquí dos alcobas... Venid, venid... Desde esta celosía se alcanza el patio del harem. A media mañana, las mujeres hacen ejercicio de canto y danza; por la tarde, se dedican al ocio, a murmurar y a pegarse. Las podéis ver cómodamente desde aquí... Esta puerta conduce a un

camarín, que espero sea el que el kum Aldebarán haya destinado a la dulce Zintia... Por este corredor se pasa a las habitaciones de verano, con salida al jardín... No habrás visto en ninguna parte del mundo nada igual, Benemir. Los palacios generalmente no sirven para el verano y sus moradores se ven obligados a vivir en tiendas de campaña durante el rigor del estío. Por lo menos, tal cosa ocurre en el resto de Libia y Etiopía... Por esta escalera se va al estanque de la Fuente Azul. Las esposas y concubinas del rey se bañan al amanecer y al caer la tarde. Si la puerta no cede a un primer impulso... como ahora, no insistas: puede ocurrir que el rey o el luminoso Kaivan salgan del baño o entren... Respecto al príncipe Shubalam, vendrá a verte después de la cena.

Luego de recorrer las distintas piezas volvieron a la antesala. Benasur le dio quince monedas a Saladar, que se inclinó en una profunda reverencia...

—Que Kamar te colme de bienes, ilustre Benemir. Le crujieron las vértebras y se incorporó con expresión dolorosa, llevándose la mano a los riñones.

—No hay peor oficio para la salud que la mayordomía de palacio, ilustres huéspedes.

En seguida tocó las palmas. Acudieron dos pajes.

—Estos dos muchachos estarán pendientes de vuestras llamadas. Este se llama Gad y prefiere las malas palabras a los puntapiés... Este otro se llama Simalahajabandukanmalikhaschen. Pero no se enfada si le dicen Sim, que es muy delicado, prefiere los puntapiés a las malas palabras... Bien. Si ya no me necesitáis, me retiro, pues estoy necesitando urgentemente una soba en los riñones...

—Un momento, kum Saladar: ¿qué cara puso Shubalam cuando le dijiste que yo estaba aquí?

—La de siempre. Sólo dijo: «¿Has dicho Benemir?, Benemir... Si, me parece recordar que yo conocí a alguien con ese nombre».

Capítulo 10

La espada sin letra se mella

El paje anunció la llegada de Shubalam. Entró un mocetón de complexión robusta, elegantemente vestido, cubiertos los desnudos brazos de brazaletes, con dos grandes arillos de oro pendiendo de las orejas. Benasur quedó un poco confuso al verse ante aquel hombre que no conservaba huella de la adolescencia. No supo bien si su belleza o su transformación le turbaron. Adelantó la mano hacia él, preguntando:

—¿Shubalam?

Y el joven replicó:

—¿Benemir?

—Sí, Benemir... ¿Te acuerdas?

Miró de nuevo de arriba abajo al joven. No salía de su turbación. Hubiera querido besarle o, al modo romano, poner las manos sobre sus hombros. O cogerle el talle como hacían los chipriotas. Pero había algo que le inhibía de un gesto efusivo. Era la seca cortesía con que se presentaba el príncipe.

—Tengo una vaga idea de ti —dijo Shubalam—. Me parece que fuiste tú el que le prometiste a mi padre vigilar por mí en caso de que quedase huérfano... ¿No eres tú ese Benemir?

—Ése soy —contestó Benasur. Y en seguida, extendiendo la mano hacia Mileto, que contemplaba un tanto admirado al joven, presentó —: Aristo, mi amigo...

—Me complace conocerte, Aristo... —Y en seguida, volviéndose a Benasur—: Hace dos días supe que habías llegado, pero hasta hoy por la mañana el kum Saladar no me dijo que deseabas verme...

—¿Un poco de té de opio?

—Lo tomaré por complacerte... Pero no podré recordar nada, Benemir. Solíamos tomar té de opio en Gades... No recuerdo más. El rencor se llevó la memoria después de la noche de Auzia.

Benasur sirvió la taza dispuesta para Shubalam. Y sentándose, invitó:

—Siéntate, Shubalam. Tú también, Aristo... ¿Crees, joven amigo, que tu rencor es justo? Dos años he andado tras de tus huellas, haciendo pesquisas por todo el mundo... Hace meses, encontrándome en Paros, la profetisa Missya me dio un indicio. Aristo sabe de mis diligencias. Él puede contarte.

—Nadie conocía tu paradero —intervino Mileto—. Yo hablé con Abudio Rusón, con el gladiador Marco, con el propio Publio Dolabela. Hasta que al fin supimos que el muy alto Abumón te había rescatado...

—¡Abudio Rusón! —recordó Shubalam—. Si algún día me fuera dada la fortuna, le rompería la espina dorsal entre mis brazos. Me vendió para galeras después de mandarme azotar. Estuve un año en galeras, Benemir... El muy alto Abumón se había interesado en Roma por un capitán de sus milicias que había caído prisionero de los romanos. Cuando el militar llegó a Garama enteró al rey de que yo estaba en galeras... El muy alto Abumón mandó dos agentes que no se dieron reposo hasta encontrarme y rescatarme. Y Abumón no era mi padrino...

—¿Crees que Benemir no estaba vigilado? —argüyó el navarca—. Yo no podía hacerme sospechoso mostrando un interés excesivo por el príncipe de los musulanos. Y no me arrepiento de mi conducta ni nada tengo que reprocharme. Porque si el rey Abumón no te hubiese rescatado, lo habría hecho yo...

—¿A tiempo, Benemir? ¿Tú sabes lo que son las galeras? ¿Tú sabes cómo se embotan el alma y el cuerpo? Toca los músculos de mis brazos. Son de hierro, pero el alma, ¿qué, Benemir? Se queda uno sin voluntad, sin fuerza para mirar frente a frente a los hombres... Tan pobre cosa es uno, que no se avergüenza de aceptar la hospitalidad de un viejo rey que te da el pan y el techo, pero te niega el título.

—El título y no de príncipe, sino de rey, vengo a reintegrártelo yo.

—¿Tú? ¿Y ahora para qué? ¿Sobre qué trono me vas a aupar? ¿Qué demonios vas a poner bajo mi mando? —replicó el joven.

—Toda la superficie del orbe de norte a sur, de oriente a poniente está libre a la medida de tu ambición...

—¿Lo ves, Benemir? ¿No acabas de oírme decir que soy un hombre sin voluntad? ¿De qué vale la ambición, sin voluntad?

—A tu padre no le gustaría oírte hablar así, Shubalam —repuso Benasur.

—Es que mi padre fue muerto antes de darse cuenta de que había sido vencido, Benemir. Las palabras del perdedor son otras palabras.

—Sólo hay una palabra, Shubalam: la del ejercicio de la ambición. Has perdido la ambición de mandar sobre los hombres, de ser rey, de rescatar el trono de los musulanos. Te has aficionado a los libros, y los libros debilitan el músculo y carcomen la ambición. Los pueblos no necesitan poetas que los adulen en sus desfallecimientos, sino caudillos que los templen en la adversidad y los conduzcan a la rehabilitación y al triunfo.

—No es cuestión de lo que necesitan los pueblos, sino de lo que uno es. Y yo soy poeta, Benemir...

—¡Bonita gloria, Shubalam! ¡Se quedará escrita en los papeles! Y los papeles y los libros amarillecen y se arrugan, y si no los destruyen la humedad, los ratones y las polillas, acaba con ellos el olvido. La gloria de un rey, de un guerrero, queda labrada en las piedras y su testimonio perdura indeleble para pasmo de las centurias, ¿qué queda de los poetas que rodearon a Artajerjes, a Darío a...?

Shubalam cortó:

—Homero fue anterior a Alejandro...

Mileto sonrió. Benasur replicó:

—¿De quién nos habla Homero, sino de los hombres que tuvieron el brazo fuerte?

—¿Dónde estaría la gloria de Alejandro sin los escribas que la cantaron? —preguntó Mileto.

—¿También tú? —reprochó Benasur al griego.

—No hay que sacar las cosas de quicio, Benemir —argumentó el heleno—. ¿Por qué no aceptar que Shubalam no sea el hombre que buscas, que necesitas? Shubalam quizá sería un rey mediocre, y es posible que sea un poeta glorioso.

—¡Poeta! ¡Estamos llenos de poetas! Se necesitan guerreros que vuelvan las cosas a su orden —dijo Benasur.

—¿A cuál orden, Benemir? El orden que tú propugnas no es el orden de un romano. Para Roma las cosas están en su debido orden. Tú representas para Roma el orden —argüyó el escriba.

—¿Por qué no te callas, Aristo? La Historia no se hace con sofismas, sino con brazos fuertes.

—Eso no evita que, a veces el triunfo se finque en un sofisma.

Benasur miró con irritación a Mileto. Después, dirigiéndose a Shubalam, dijo:

—Sobre cualquier deducción filosófica, existe una verdad, Shubalam: cien razas, cien pueblos de África y Asia están oprimidos por Roma. No hay razón, sino la de la indignidad, para que nosotros estemos en servidumbre a Roma...

—Roma es la civilización, la cultura moderna —opinó Mileto—. Detrás de cada guerrera victorioso va un espíritu nuevo que se impone por las bondades que lleva. Te diré una cosa, Benemir: la espada sin la letra se mella. La fuerza movida sólo por el odio no es fecunda. Pon la letra en la punta de tu espada si quieres que tu espada entre en el cuerpo del enemigo.

—Yo no necesito de la letra, Aristo. En la punta de mi espada va el espíritu de Yavé. ¿Qué hombre ha tenido más sabia palabra que la de Yavé?

—El espíritu de Yavé es para todos los hombres, Benemir.

—No, Aristo, ¡es exclusivamente para el pueblo de Israel! —repuso rápido el judío.

—¿No quedamos en que Yavé es el único y verdadero Dios? —argumentó el escriba—. ¿Qué abominable injusticia pretendes pensar, Benemir, limitando a Yavé al privilegio de un solo pueblo? ¿No es el universo igual para todos? ¿Por qué tu Yavé va a ser sólo para Israel? Esa parcialidad sería una contradicción capaz de negar la existencia de Yavé.

—¡No blasfemes, Aristo! ¡Yavé no puede contradecirse! El Señor ama a Israel sobre los demás pueblos de la tierra porque Israel le permanece fiel. ¡Y no discutamos más! Deja la cuestión para Jerusalén, donde el maestro Gamaliel podrá darte luces.

Y dirigiéndose a Shubalam:

—Sólo me restan dos palabras. Dices que no tienes voluntad ni ambición. Sin ellas, las propias musas te dejarán desasistido. Pero no te preocupes: si quieres recuperar el trono musulano yo pondré, además del ejército, la voluntad y la ambición que a ti te faltan. Pondré también el odio que tú has perdido. Lo único que te pido es que pongas, por lo menos, tu aquiescencia...

Se quedó mirando interrogadoramente a Shubalam. El joven hizo un gesto de indecisión, que Benasur interpretó como de fastidio. El navarca se revolvió de mal talante:

—Insistiendo soy impertinente, ¿verdad, Shubalam? Te advierto que Benemir ha dicho sus últimas palabras.

Benasur sacó de una caja el collar de plata que había pertenecido a Raz-Amal y se lo dio al príncipe, diciéndole:

—Sólo me queda cumplir con este encargo: este collar lo llevaba el hombre que traicionó a tu padre... No lo necesitaba porque ya le habían seccionado la cabeza. Supuse que te gustaría conservarlo.

Y dio la espalda a Shubalam. Salió a asomarse a la terraza. Momentos después acudió Mileto a su lado.

—Pensarás, Benasur, que me puse al lado de Shubalam. Te equivocas. Nunca he estado tan cerca de ti. Shubalam no es el hombre que buscas ni el que te conviene. Por primera vez te he visto, obcecado, insistir en el error.

Benasur miró a Mileto como inquiriendo una explicación a sus palabras.

—El hombre se traiciona a sí mismo, Benasur, porque le falta perspectiva de su propia vida. El Benemir que llegó a Garama hace unos días no es el mismo Benemir que estuvo aquí hace siete años. Hay algo que ha ido creciendo en ti sin que tú te hayas dado cuenta: tu odio. ¿Qué significa para ese odio tuyo el reino musulano si tu ambición es Roma, el mundo entero? De ganar la guerra Tacfarinas, tu odio habría quedado satisfecho. Pero la insatisfacción ha ido aumentando tu exigencia. ¡Shubalam! Déjalo con sus poemas. No te equivoques de nuevo, Benasur. Has hablado con Rumiban y conspiras contra Kaivan, el bueno de Kaivan. Si tu deseo es hacerte con el reino garamanta, ¿qué significación puede tener el reino

musulano, que sería minúsculo satélite de los garamantas? Olvídate de Tacfarinas... No creas que la versión romana de que era un bandolero con pretensiones de rey, fuera poco certera. En cualquier caso, Tacfarinas es ya una simple anécdota, Benasur. Piensa en el hecho actual. Piensa en lo que tú representas y tú puedes ahora. Piensa en tu meta. *Delenda est Roma!* ¿Qué significa Shubalam?

—¿Por qué ahora piensas así?

—Porque te he visto a punto de cometer una equivocación... Me gusta tu idea de hacer una guerra contra Roma... Quizá sea la última que contemple la Humanidad. La Humanidad está cansada de guerras, Benasur. Quizá surja de esa guerra tuya una revolución. Esta posibilidad es lo único que me aficiona a tu guerra. Una revolución que haga posible que Yavé no sea sólo Dios de Israel, sino de todos los pueblos, de todas las razas. Que esa guerra que vas a hacer para liberar a los pueblos semitas del yugo romano, libere a todos los pueblos y a todos los hombres. Porque hay que pensar que no sólo indigna y humilla la servidumbre de los pueblos, sino las esclavitudes domésticas que existen en cada pueblo. Hay que acabar en esta guerra tuya no sólo con Roma, sino con la esclavitud. ¿No dices que te repugna, que no quieres esclavos a tu lado? Porque nunca confías ni en la lealtad ni en la eficacia de los hombres en servidumbre. ¿Acaso crees tú que a los esclavos les gustan los amos? Tienes el espíritu de Yavé en la punta de tu espada. Pon también el espíritu de la libertad. Dignifica, santifica tu odio con una causa justa, Benasur. Yavé, tu Yavé odia el Mal. Y la esclavitud es el mal de los hombres. En el corazón del esclavo sólo fructifican el rencor, la cobardía, la amargura, el odio, que se estancan y se descomponen, porque no tienen el aliento que tú das a tus odios. Son odios acumulados por generaciones en el mismo cuerpo de carnes castigadas, encallecidas por la ignominia... Si hubieras ido a Onoba, verías que los esclavos que asisten a la escuela y que trabajan de aprendices, tienen un nuevo gesto en el rostro. Saben que dentro de cuatro años el Banco les dará su libertad. ¿Crees irrealizable extender por el mundo las dos escuelas que yo establecí en Onoba? No olvides, Benasur, que hoy la técnica, las artes, la ciencia, todo lo que es saber y cultura, está en cerebros

de esclavos. ¿Te imaginas lo que el mundo sería con esos hombres libres? ¿Lo que las artes, las ciencias, la técnica progresarían?

—Todo eso es muy hermoso, Mileto, no lo niego. Pero no tengo capacidad ni competencia para hacer una revolución. Mira: cuando terminemos la guerra, cuando hayamos humillado a Roma, escríbeme todo lo que acabas de decir y volveremos a discutir la cuestión. Y tranquilízate. No creas que insistí con Shubalam porque pensase en hacerlo rey. No. Lo que quiero y estoy procurando es despertar las ambiciones de cada cual. Luego escogeré a aquel que mejor me sirva. Es el momento de sembrar la simiente de los apetitos. Debo corromper, minar las voluntades que por cobardía o por lealtad son adictas a Kaivan.

Aquella misma tarde Benasur recibió un aviso de Aidemán diciéndole que ya era oportuno ir a ver a Karrilmalhalzzan.

Capítulo 11

Tuyo es el mundo, Karl-Zan

Benasur se hizo conducir en litera de ruedas a casa de Karrilmalhalzzan, que estaba en las afueras de la ciudad. Ante la suntuosa residencia, un bosquecillo de palmeras e infinidad de canales atravesados por pequeños puentes. El campo que rodeaba la casa estaba tapizado de adormideras de diverso color, dispuestas en graciosos arabescos. Cuatro lanceros hacían guardia en el zaguán.

Benasur dejó la litera y dio el nombre. Uno de los guardias gritó en el zaguán:

—¡Beneemiiir!

Y el nombre, repetido en el interior por otras bocas, fue alejándose como un eco. Del fondo de la casa se escuchó el sonido agudo de una trompeta. Dos lanceros acompañaron a Benasur hacia adentro.

Pasado el patio, un paje acudió a recibirlo:

—Por aquí amigo del amo, por aquí...

Karrilmalhalzzan lo esperaba de pie, en medio de un patio interior. Vestía la túnica militar, con muchos dorados en las hombreras y en las botas. Era un tipo alto, musculoso, de relampagueantes ojos claros y tez oscura. No se bañaba sin antes teñir el agua con raíces de yumas. Una cicatriz inmisericorde le hundía en impresionante hendidura diagonal la frente.

—¡Amigo Benemir! ¡En Garama, y yo ignorante!

—¡Querido Karl'zan, bendito el Señor que me trae a tu presencia! Los dos hombres se saludaron poniéndose las manos en los hombros.

—Tienes buen aspecto, Benemir... No sé por qué pensé muchas veces que te habrían envarado los romanos. Nunca más volví a saber de ti. Cierto que en Garama vivimos apartados del mundo...

—¡Tan apartados, Karl'zan! De no ser así, en vez de verte en este tranquilo, poético lugar, te vería sentado en un trono. ¡Cuántos legados romanos he visto con las insignias del Triunfo sólo por haber corrido delante del intrépido Karl'zan!

El militar sonrió complacido.

—¿Cómo encuentras a Garama? —preguntó. Y en seguida, a gritos —: ¡Pronto, vino de la tropa! ¡Y que la banda toque la marcha musulana! ¡Vuestro jefe está hoy con el corazón alegre porque le visita un amigo que tiene entre otras virtudes el don del mando!

Karl'zan se sentó en un banquillo e invitó a Benasur a sentarse en otro.

—Sinceramente, ¿quieres saber lo que pienso de Garama?

—Con sinceridad —aprobó el militar sin dejar de sonreír.

—Apesta a paz. Todo se pudre en esta ociosidad. Y me extraña ver que tus músculos estén plenos de vigor...

El guerrero rio a carcajadas. Benasur pensó que ni él era tan ingenioso ni la amistad era tanta para que Karrilmalhalzzan lo

atendiese con tanto júbilo. Pero lo que estimulaba al militar eran sus recuerdos de la campaña de Tacfarinas. Probablemente en ella, peleando contra los romanos, haciéndoles morder el polvo tras la batalla de Nepte, había logrado una de las mayores satisfacciones de su vida. Y Benemir, al que había tratado cuatro o cinco veces a lo sumo durante la guerra, representaba para él toda la emoción, toda la aventura, toda la ilusión juvenil que despierta la guerra. Representaba también su mayor prestigio. Porque fue peleando al lado de Tacfarinas, al frente de las fuerzas garamantas, cuando su nombre llegó a alcanzar la máxima nombradía, ya que fue escrito —junto al de Rumiban— en las tablillas públicas de todos los foros del orbe. Y fue pronunciado en el mismo Senado, cuando el tribuno de las legiones Primo Salustio denunció que las fuerzas que mandaba el capitán Karrilmalhalzzan no eran de voluntarios, como protestaba solemnemente el rey de garamantas, sino fuerzas regulares del ejército de Abumón.

—Así que huele a paz... ¡Mal olor, lo reconozco! —exclamó entre risas el militar—. ¿Y tú qué olor traes aquí o qué negocio en la cabeza, Benemir?

—Yo sólo tengo un olor y un negocio. Tú lo sabes...

—Y vienes a contratar mis servicios. ¿De dónde vienen los barruntos? ¿De Mauritania? ¡No! Ptolomeo va a gusto en su camello. ¿Acaso Siria? Tampoco. No me dirás que los sirios han dejado de ser personas conservadoras. ¿Las Galias?

Benasur movió negativamente la cabeza. En eso entraron dos criados con jarras de vino y vasos.

—Dime cuál prefieres, si el dorado o el rojo. Si dulce o ácido.

—Rojo y ácido, como tú, Karl'zan...

—Te equivocas. Yo tomo ahora del dorado y dulce...

—No me extrañaría que me dijeras que tejes una hermosa estera, con tres flores de loto en cada esquina y una guirnalda en medio... Todo es posible en esta Garama de ahora... He atravesado el desierto... Ni una sola cuadrilla de asaltantes. ¡Bochornoso, Karl'zan! Sin embargo, al Sur de los lagos hierve la agitación... Hablan de un cierto Spurion...

—Al que tú ayudas...

—No hasta ahora... Digo que el tal Spurion se está llevando a la gente y da sus disgustos a los romanos...

Chocaron los vasos y bebieron unos sorbos.

—Dime, Karl'zan, ¿estás contento con esta vida?

—¿Qué quieres? ¿Me la brindas mejor? Soy la fuerza suprema en el reino garamanta y mantengo las instituciones y la paz.

—Tú no tienes más que una institución: la guerra. Y diciendo esto Benasur hizo una seña al militar aludiendo a los criados.

—Podéis retiraros. Nosotros nos serviremos...

Se fueron los criados. Volvió a escanciar en los vasos.

—Te supongo con hijos...

—Tengo tres esposas y catorce hijos... Los tres mayores están estudiando en Cesárea... Bien, ¿qué negocio traes?

—¿Qué harías tú con un ejército que tuviera veinte mil carros de guerra y ochenta legiones?

—¿Dónde está ese ejército?

—Aquí —dijo Benasur llevándose la mano a la cabeza—. Yo no tardaré más de cinco años en entregarte el material de guerra. Tú tardarás más en instruir medio millón de soldados...

—¿De dónde sacaremos medio millón de soldados?

—De la Libia, de la Getulia, de la Etiopía, de la Numidia, de la Mauritania... En el momento que tú digas «sí», una corriente interminable de caravanas cargadas de armamento llegarán a Carama... ¿Qué harías en esas condiciones?

—Conquistar el mundo —repuso.

—Tuyo es el sí, Karl'zan... Dentro de unos días estarán listos tres carros para que los veas... Serán veinte mil los que tendrás a tu disposición.

—¿Cuáles son las condiciones? —preguntó el militar.

—Que te proclames rey de los garamantas. No sería el primer golpe de fuerza a favor de una empresa justa.

—¿Yo rey de los garamantas? ¿Olvidas que nuestra monarquía es hereditaria?

—¿Quién será el heredero, Karl'zan?: ¿Jazalí, que se consume en prisión? ¿Aidemán, que no piensa más que en ver morir a Kaivan? ¿Tú sabes que en el momento en que yo se lo pida, Aidemán hará

su formal renuncia a los derechos al trono? El que se aprovechará a la muerte del muy alto Abumón será Kaivan, que, con la ayuda del Senado, se declarará rey... ¿Es que no te incumbe, como hijo garamanta, la corrupción que existe en la moral pública, en la religión? En cinco años de poder de Kaivan ha habido más cambios en las creencias y ritos garamantas que en cinco siglos. La ciudad que fundó Zeus es hoy un feudo vergonzoso de un ignorante aventurero que con intrigas se ha hecho de la voluntad del anciano Abumón... ¿No sabes que toda su ciencia es una pura superchería y que mi amigo Aristo lo ha puesto en evidencia? Sé que tú eres fiel a Kaivan, y la fidelidad es una virtud que honra a quien la ejercita, Karl'zan. Pero la falta de la debida información, tu alejamiento del mundo, la paz engañosa que te debilita, te ha llevado a cometer el error de prestar tu valiosa fidelidad a quien no la merece. Por tu fidelidad, Jazalí, el heredero legítimo del trono está en la cárcel; por tu fidelidad, se han ido corrompiendo los ritos del culto. Ya no se adora a Istamar, la diosa de tus mayores, sino a todos los astros, y, por cobardía, Nasch recibe las plegarias de los garamantas. Todo por la paz. Tú eres, Karl'zan, el único hombre con poder suficiente para volver al orden las cosas. Que vuelvan al templo los ritos guerreros. Que vuelvan al mando los hombres capaces. Hoy, cuando el senado de Roma se acuerda de que los garamantas existen, es para mandarles por conducto de cualquier prefecto de ínfima categoría una altanera amonestación... En tiempos pasados, para llegar a Garama, Roma tuvo que mandar al África nada menos que un Cornelio Balbo; hoy manda un subalterno de cualquier prefectura de cuarto orden...

—Quizá tengas en parte razón... Pero me confundes... ¿Por qué quieres la guerra? Tú perdiste dinero con Tacfarinas...

—Según el concepto que tengas de lo que es una inversión... Si aquellos seis millones que metí en la guerra de Tacfarinas me redituaron el haberte conocido, ¡bendita inversión!

—Pero ¿por qué he de proclamarme rey? —se resistió Karrilmalhalzzan.

—Porque necesitarás el poder absoluto para hacer que se acaten tus órdenes. Porque necesitarás las tierras garamantas para

convertirlas en arsenal del ejército que te brindo... Porque un conquistador no debe pasearse por el mundo como un advenedizo cualquiera. Empezando de rey podrás terminar de emperador. Y no habrá nadie —óyeme bien, Karl'zan— que ose quitarte el trono arguyendo que eres un usurpador. Cuando declares la guerra dentro de cinco años, hará cinco que eres rey de los garamantas. Y así conquistarás las coronas de Numidia y de Trípoli y de Mauritania. Y pasarás a Hispania, y tus carros correrán por las calzadas romanas... No nos equivocaremos como se equivocaron los púnicos, no. Un mes antes de llegar a Roma, bloquearemos Ostia, Puteoli, Misenum, Ravenna. Ni por tierra ni por mar llegará un solo grano de trigo, una sola gota de aceite. Tendremos más de mil barcos que paralizarán toda acción de Roma... Mil barcos para echar sobre Italia cien mil, doscientos mil soldados... Y agentes que soliviantarán a las provincias... Tú pon el brazo, Karl'zan; yo pondré el cerebro y la bolsa. Tuya será la corona y la gloria, yo me quedo en la sombra con la tesorería.

—Es cosa de pensarse, Benemir...

—No. Es cosa de decidirse. Si tienes escrúpulos, piensa que hay un hombre, el príncipe Jazalí, que minuto a minuto, mientras tú bebes y charlas, mientras te recreas en los goces del hogar, mientras festejas a tus mujeres y a tus amigos, mientras duermes tranquilo cargado de honores... piensa que hay un hombre que no tiene más recreo que la saliva amarga de su desesperación ni más luz que la que le inspira el arrebato del odio que engendra la injusticia... Tú eres fiel a Kaivan. Pero ¿hasta cuándo él lo será contigo?

—Él no puede hacerme nada, Benemir. Me teme, y por eso me halaga.

—Te teme. Y ese temor le hará pensar un día en el momento de eliminarte. ¿Cómo puedes tener confianza en un individuo de oscuro origen que en cinco años se erige en dictador? ¿No te has detenido a pensar que una clase sacerdotal que se somete tan sumisamente a reformas está dispuesta a las mayores claudicaciones? ¿Acaso es disparatado presumir que Kaivan, que no tiene ningún título, recurra a la estratagema de hacerse elegir rey por la gracia de Kamar en

connivencia con los sacerdotes que aceptarían con sumo agrado ver cambiada la monarquía por una teocracia...?

El militar ya no escuchaba las palabras de Benemir. Karl'zan daba paseos por el patio con la cabeza baja. Se volvió a Benasur:

—Ahí está el peligro; los sacerdotes impugnarían la licitud de mi entronizamiento...

—¿Cuál es el obstáculo? ¿No hay que sacrificar al rey Abumón y a los consejeros del Trono? No te detendrás por unos cuantos sacerdotes... Despreciables, porque engañan al pueblo y cometen abominación...

Y Benasur, con un extraño acento, agregó:

—Todo debe ocurrir en una jornada, amigo mío. Garama se acostará con Abumón en el trono y despertará con Karl'zan en el balcón del palacio... Tú encárgate de instruir a la tropa. Si necesitas oro, dímelo. De lo que deba ocurrir en palacio, yo me encargo, Karl'zan.

—¿Y Kaivan?

—Aidemán reclama un derecho sobre él. A cambio, firmará la renuncia al trono...

—Tendría que renovar las guarniciones de Cydamos, de Mathelsche, de Omaní. Llevar allí jefes de mi confianza...

—No olvides que en Cydamos hay prefecto de frontera romano...

—Lo sé bien. Y también en Omaní... En principio, habrá que hacer circular la especie de que Abumón...

—... trataba de restaurar el reino musulano para dárselo al príncipe Shubalam, su huésped —dijo Benasur—. Será un argumento sólido. Y si es necesario... No, no será necesario. De cualquier modo, haciendo una protesta de amistad, Roma verá con buenos ojos la revolución. Y desde el principio tendrá confianza en ti.

Cuando Benasur se despidió del militar, le puso una moneda de oro en la mano.

—¿Qué significa esto?

—El soborno. Sigo la costumbre de Garama. Karrilmalhalzzan se quedó riendo.

—¿Cómo has hecho para que Karl'zan me llamase? —le preguntó Benasur.

Aidemán pensó que Benasur no se producía como un judío. Parecía más bien un romano. Siempre con prisas, siempre con menudas curiosidades hacia el proceso de los hechos.

—Lo importante es que te ha llamado. ¿Qué te interesa lo demás?

Y tras una pausa, sonriendo de un modo frío y evasivo, mientras servía licor en dos copas, preguntó:

—¿Buen resultado?

Benasur se encogió de hombros. Y deslizó ambiguamente:

—Quizás. Se necesita el hombre de palacio.

—No comprendo —dijo Aidemán.

—Me gusta la claridad, kum Aidemán. Y yo no podría hablar claramente sin antes decirte que tengo en mi poder unos créditos que en manos de Kaivan serían funestos para ti. Por eso los he rescatado.

Benasur sacó los documentos y los arrojó sobre la alfombra. Aidemán dio una copa a Benasur. El hermano del Rey no sonrió ahora, pero sus ojos acariciaron en una mirada de gratitud el rostro de Benasur.

—Gracias, kum Benemir —dijo al mismo tiempo que se inclinaba para recoger los papeles.

Pero cuando su mano iba a alcanzarlos, el zapato de Benasur se adelantó y los sujetó. Aidemán no se levantó, se contentó con alzar la cabeza lentamente para mirar a Benasur.

—Tú puedes ser rey, Aidemán, pero... subordinado a Karl'zan...

—¿Cuál es el precio, Benemir?

—La satisfacción de tu venganza.

—¿Kaivan?

—Y todo lo que le respalda en palacio.

—Quita el pie, Benemir.

—Aún queda otra cosa...

—¿Todavía?

—Yo te doy un reino, pero tú ¿qué me das a cambio?

—¿Cuáles son tus aspiraciones, Benemir?

—Las minas de Faleza...

—Desde hace cincuenta años pasaron a poder de la Corona.

—Ahora tú serás la corona, Aidemán.

—¿Bajo qué condiciones?

—Mías y de mis herederos por setenta y cinco años. Tributaré el diezmo.

—Quita el pie, Benemir —ordenó Aidemán en señal de aceptación.

Benasur retiró el pie y Aidemán se levantó con los documentos en la mano. Los rasgó y en seguida echó al brasero los pedazos. Benasur puso ante sus ojos un nuevo papel, diciéndole:

—Firma: es la concesión de las minas Los Afanes.

Aidemán echó un vistazo al documento. Pensó que Benemir se aprovechaba usurariamente de la situación; pero en el caso en que él se encontraba, aun con la pérdida de las minas, todo resultaba ganancia. De no ser por Benemir, nunca hubiera podido pensar en ganar la corona.

Cuando el documento estuvo firmado, Benasur le dijo:

—Karl'zan se echará a la calle. Tú operarás en palacio. La versión oficial será que Kaivan envenenó al Rey...

—No debes subestimar mi parte, Benemir. No es fácil la tarea. Aldebarán, Alid, Saladar le son fieles a Kaivan. Saladar domina toda la servidumbre de palacio.

—Yo persuadiré a Saladar —ofreció Benemir.

Aidemán se llevó la copa a los labios. Saboreó el trago. Después:

—¿Rey has dicho?

—Sí.

—¿Consiente en ello Karl'zan?

—Sí, ¿lo dudas?

—¿Tan pronto se olvidó del rencor que me guarda? No es para fiarse. En la lucha contra Kaivan, yo perdí. Y conservé la vida porque estaba en palacio. Pacté y me perdonaron a cambio de que guardase el secreto de Jazalí. Hubiera sido sospechoso para mi hermano Abumón que mientras su hijo desaparecía yo era muerto. ¿Comprendes? Pero de haber ganado yo, Karl'zan no se hubiera salvado.

—Las cosas han cambiado, Aidemán.

—Pero no para Karl'zan. ¿Qué gana él con esto?

—Gana hacerse emperador de Libia. No serás tan ambicioso que pretendas gobernar sobre las tierras conquistadas por Karl'zan.

—¿Y tú qué, Benemir?

—Yo me conformaré con ver lo que hace Karl'zan y con las minas Los Afanes.

—Me parece, Benemir, que hay muchas intenciones ocultas. ¿Cuáles serán las que fructifiquen y prosperen? ¡Quién lo sabe! Pero no me asusto, Benemir. Acepto la aventura. Yo también tengo mis intenciones ocultas. Mi compromiso es serte leal. ¿No es cierto?

—Sí, Aidemán.

—Lo interesante es que para que cualquiera de nosotros tres exponga sus intenciones claramente, deben desaparecer antes Abumón y Kaivan. Me adhiero a la empresa y haré mis trabajos con eficacia. Si no has fijado fecha, acuérdala con Karl'zan. Para mí cualquier día es bueno. ¿Es todo, Benemir?

—Es todo.

Benasur le dio una moneda de oro a Aidemán.

—¿Para qué, Benemir?

—Es el salario del soborno.

—¡Ah! Te la acepto por no quebrantar las tradiciones garamantas...

Y cuando Benasur se retiraba, el consejero real, segundo en el orden de sucesión al trono, le dijo:

—¿Sabes cómo se castiga el soborno en Garama? Se ata cada pie del funcionario venal a la montura de un dromedario distinto. Un dromedario marcha a las tierras altas y otro a las bajas...

Capítulo 12

La corte de Abumón

No era de broma el reino garamanta. Cuando Benasur entró en el gran salón del trono, llevando de la mano a Zintia, no pudo menos de admirarse al ver el esplendor: al fondo, el rey Abumón sentado en el trono impar y viril, rodeado de los catorce solios que ocupaban sus ministros y consejeros. A la derecha, en la primera fila de sillas, sus doce esposas, presididas por Aldebarán; luego, tres hileras más con las treinta y seis damas de la corte. A la izquierda, los príncipes de la diosa Kamar; detrás del trono, los venerables del Senado.

Todos estaban ricamente ataviados. Si dos mil esclavos trabajaban de sol a sol para extraer de las entrañas de la tierra los más espléndidos zafiros del orbe, bien lucía tanto esfuerzo adornando brazos y bustos de los cortesanos.

Zintia no desmereció. Benasur conocía el gusto por el boato de los orientales, que era también el suyo. Y no escatimó ni seda ni metal ni gema para que Zintia deslumbrase con su vestido y aderezo.

Las columnas de mármol y los estucados al modo tebano constituían la arquitectura del salón. En los entrepaños centrales, dos mosaicos gigantes, elaborados con las ricas piedras de Faleza, reproducían escenas de la fundación de la ciudad por Zeus y sus bodas con la ninfa Garamantis. Pero lo que más admiraba al visitante eran las dieciséis hornacinas de piedra traslúcida muy semejante al mármol de Paros que, al decir del historiador Posidonio —que daba estrecha relación de las riquezas de Garama— habían sido antiquísimo obsequio del rey Salomón al rey Anfiso el Legal. Como si tuvieran luz propia, estas hornacinas reflejaban en las estatuas de los reyes y reinas garamantas una iluminación irisada, tirando a azul, parecida a la luz submarina que Benasur había visto en la gruta de Capri.

Saladar, que precedía a los tres huéspedes, al llegar al medio del salón anunció en voz alta sus nombres; y sin perdonar lo solemne de la ocasión ni reparar en que más de cien pares de ojos lo miraban, echó la mano atrás, que movió impacientemente en petición de la dádiva. Fue Mileto quien depositó en ella una moneda de cobre, pues el griego ya estaba cansado de repartir dinero entre los voraces funcionarios de palacio.

Benasur, Zintia y Mileto, a una indicación de Saladar, se acercaron al estrado en que se levantaba el trono y se arrodillaron ante el Rey. El muy alto Abumón se puso en pie, y diciendo «Alzaos» se quedó mirando con curiosidad impertinente a Zintia. Después sonrió e hizo un ademán como si dijera: «Pues no; no está mal la mocosa». Y volvió a sentarse.

Benasur aprovechó aquel momento para examinar los sujetos que constituían el Consejo del Trono. No conocía sino a Kaivan, que vestido de gala parecía una pelota de colores, a Alid, a Aidemán, y a Karl'zan, que estaba imponente en su traje de gala. Tenía razón Aidemán al decir que el militar ya no tenía lugar libre en el busto para ponerse más condecoraciones. Estrellas y gemas, dragones, sellos, signos extraños constelaban con sus brillos y destellos el manto de Karl'zan. A una seña de Abumón, Saladar alzó el bastón de marfil con puño de oro y entraron los músicos. Y a otro movimiento del bastón los músicos comenzaron a tañer sus instrumentos.

Todos los cortesanos se pusieron en pie. Primero pasaron los hombres, por orden jerárquico, frente a Zintia para «verle los ojos». El ceremonial garamanta no permitía que en la presentación en la Corte una mujer enseñase, según la vieja tradición, nada más que los ojos. Pero Zintia mostraba todo el rostro, porque el velo que habría de ocultar púdicamente sus gracias apenas caía como flequillo sobre la mitad de la frente. Las damas de la corte también estaban sujetas a tal costumbre, pero desde hacía muchísimos años, por quién sabe qué casualidad, el velo caía de un lado dejando el rostro al descubierto.

Tras el último de los consejeros, se presentó Shubalam. Zintia no pudo menos que turbarse al ver un mozo tan varonil y arrogante. Desde hacía ocho meses no había hecho otra cosa que escuchar de labios de Benasur el nombre de Shubalam, y ahora, al tenerlo frente a ella, le parecía que el tiempo transcurrido había sido como un sueño de burla. Pues la joven se encontraba, se sentía, más lejos de Shubalam que nunca. Ahora Zintia se consideraba cordial, entrañablemente unida a Benasur. Y, sin embargo, todo dependía de los sucesos de aquella noche, pues si Shubalam se mostraba galante

y complacido, no habría manera de disuadir a Benasur de que abandonase su obcecada idea de boda.

Pero entre todos los personajes, quizá el más impresionado por Zintia no fue Shubalam, sino Karrilmalhalzzan. Y si Zintia hubiera sabido las maquinaciones del navarca con el militar, se habría puesto a temblar.

Después de los hombres, fue presentada a las doce esposas —con «silla palatina»— del rey. Las otras no tenían derecho a traspasar el precinto del trono. Y las damas de la corte que seguramente eran o habían sido concubinas del rey, se mantuvieron de pie sin osar acercarse a la presentada, pues la etiqueta les vedaba otra función que no fuese la puramente decorativa.

Entraron las decurias de criados. Todos venían vestidos de distinto color, y cada color del traje indicaba el contenido de sus enormes bandejas. Las cuatro decurias de ministradores de vinos eran capitaneadas por el Copero mayor de Palacio, con ojillos y nariz colorada de borrachín. Ofrecían sus servicios con mucho orden, y los cortesanos respetaban con tal celo la etiqueta, que ni por casualidad se cruzaban o tropezaban.

Después entraron los acróbatas, a quienes nadie hizo caso. Y tras éstos vino el cuerpo de baile. Tampoco mereció gran atención. En cuanto los invitados tomaron unas cuantas copas, comenzaron a charlar animadamente, ateniéndose a las licencias en uso. En las cuatro o cinco recepciones de Corte que daba el Rey se les ofrecía la oportunidad de hablar con las mujeres.

A Benasur lo acaparó una señora obesa, recamada de esmeraldas, con unos senos enormes, mantecosos, que se transparentaban por la sutil trama de la subúcula, pues la señora, fuera de lo que ocultaban las alhajas, lo demás lo traía a la luz pública, tan sólo celado por el velo. Y Mileto, que se aficionó a una dama muy joven y de aspecto de efebo, muy habladora, demostraba su tendencia hacia las personas ambiguas.

El muy alto Abumon, tras tomar la primera copa, decidió dormirse en el trono. Esta conducta a nadie extrañó y debía de tener ya carta de naturaleza en la Corte a juzgar por el poco caso que los cortesanos hacían al Rey.

De todos los cortesanos el más singular era Aldebarán, el Eunuco Mayor, autoridad suprema en el harem. Era alto, pero su gordura feminoide rebasaba los límites humanos. Apenas si separaba la cabeza del tronco, y en el simulacro de cuello, se veía, entre las ondas de tejido adiposo, un collar de rubíes. Sus manos tenían la deformidad de la gordura y era difícil distinguir los dedos separadamente entre sí. Otro enorme collar de perlas compuesto de más de quinientas cuentas caía sobre su abdomen después de dar cuatro vueltas sobre los hombros. Aldebarán, sin abandonar su silla, contemplaba entre aburrido y displicente la fiesta, y sus ojillos, apenas visibles entre las bolsas de los párpados, seguían con curiosidad fiscalizadora los menores movimientos de las esposas del rey. Claramente se veía su codicioso cuidado por la buena marcha del negocio, pues el harem del muy alto Abumón, se había convertido en una verdadera casa de lenocinio con patente real.

Zintia se vio muy solicitada. El propio Kaivan habló muy seriamente con ella y en su idioma nativo. Zintia no sabía todo el poder que Kaivan tenía en la Corte, pero le divertía charlar con un enano que, a pesar de su ridícula monstruosidad, decía cosas inteligentes y no faltas de ingenio. Pero no podía evitar reírse ante sus narices. Se reía sin disimulo, regocijada por aquel alhuma tan contrahecho, tan minúsculo y tan estrafalariamente vestido. No podía diferenciar la clámide de la túnica ni del manto. Las tres prendas, superpuestas y casi de la misma medida, le llegaban a los pies. Luego el collar de oro de dos vueltas, con el signo de Kamar en halo y las siete estrellas de zafiro, se le juntaban a los brazaletes. Uno era tan ancho que ocupaba todo el antebrazo.

Quizá la charla con Kaivan no resultara tan divertida. Quizá lo que provocara la risa de Zintia era ver a Benasur asediado por aquella matrona, que lo devoraba con los ojos, que lo acosaba con el argumento contundente de su pecho. Y ver también que el bello Shubalam apenas si ponía atención en ella, entusiasmado con una de las esposas del Rey, muy distinguida y hermosa. Por los gestos, por la animación que daba a sus palabras, Zintia deducía que entre los dos jóvenes existían unas relaciones más particulares que las puramente amistosas.

Se les acercó un gigantón con el manto lleno de condecoraciones. Kaivan le dijo a Zintia que se trataba del heroico Karl'zan, consejero del Trono y jefe de las milicias garamantas. Aunque ya el militar había pasado delante de la joven para «verle los ojos», ahora reafirmaba su primera impresión:

—No creí que de tierra extraña pudiera llegar a Garama una joven de tantos atractivos como tú, princesa Zintia.

La presencia del capitán fue aprovechada por Kaivan para dejar a la joven. Kaivan, en medio de tanta gente, se veía desagradablemente disminuido. Y se dirigió al estrado y se sentó en su solio, que era el de la derecha del trono. Allí, encaramado en el asiento, volvía a adquirir una talla discreta y los cortesanos ya no pasarían junto a él ignorándolo. El rey Abumón seguía durmiendo santamente, lejos del bullicio y mundanidades de la Corte. Y, en efecto, en cuanto vieron a Kaivan solo, muchos caballeros acudieron a adularlo.

Benasur pudo al fin escaparse de la dama que lo había acaparado y se fue al lado de Shubalam.

—Perdón. ¿Dónde está Zintia?

Shubalam contestó con un deje de impertinencia:

—¿Acaso soy su ayo, Benemir?

No, no era la contestación debida a Benemir. Pero Benasur se dio por satisfecho de tener ya una causa, un motivo de repulsa para romper toda liga sentimental, todo lazo moral con Shubalam. Tenía razón Mileto. ¿Qué significaba Shubalam? Si él, Benasur, se había aferrado a la idea de instaurarlo en el trono, era por rendir un postrer homenaje a Tacfarinas. Pero debía comprender de una vez que Tacfarinas y su causa hacía tiempo habían caducado.

Abandonó entre corrido y molesto al mozo. Shubalam no le guardaba ninguna consideración. Si el musulano conservó de Benemir algún recuerdo grato, lo había cambiado por el desprecio. Porque era desprecio lo que se advertía en el tono de las palabras de Shubalam. Quizá pensara de él lo que la mayoría de la gente: que Benemir era un despreciable judío. Todavía los que lo conocían como Benasur obraban con más cautela para expresarle su repulsa, pero los que lo creían un Benemir cualquiera, un advenedizo aventurero,

jugador en desgracia en la guerra de África, no disimulaban su menosprecio. No, no era desprecio, sino menosprecio. Rugís Bacó lo despreciaba, sabiendo conscientemente todo lo que era Benasur; lo despreciaba porque no omitía medirlo, considerarlo en toda su talla; mientras que Shubalam lo menospreciaba porque lo veía como a un pobre diablo. «¿Acaso soy su ayo, Benemir?» Eso se contestaba a un subalterno, a un criado. ¿De qué se enorgullecía Shubalam? Todo el mundo sabía quién había sido su padre. Tenía razón Mileto: a pesar de la mala intención de los romanos en calificarlo como un malhechor, algo anónimo, inconfesable, algo indefendible había en los orígenes de Tacfarinas: un asaltante de caminos. Un cualquiera. Como lo eran los Duma, Los Kafta, los Spurion.

Benasur llegó al sitio en que estaba Zintia. Karrilmalhalzzan la acompañaba y estaba muy galante, muy interesado con la joven alhuma. Tampoco le gustó esto a Benasur. E instantáneamente se acordó de Rumiban; del burdo, del cruel, del resentido Rumiban, que con tanta delicadeza, con tanto respeto había tratado a Zintia. ¿Qué se pensaba Karrilmalhalzzan? ¿Que por poseer tantas condecoraciones tenía derecho a cortejar a Zintia, a pretender anexionársela a su pequeño harem? Estaba muy equivocado. Y sólo pensar en la posibilidad de que Zintia estuviese embarazada, de que llevara en su entraña el embrión no ya de tres hijos, sino de uno solo, de un Benasur, le hizo encolerizarse.

—Creo que ya está siendo demasiado larga la fiesta —insinuó.

—¿Por qué dices eso, Benemir? La fiesta dura mientras el Rey está en el salón... —repuso Karrilmalhalzzan.

—El muy alto Abumón duerme... —repuso Benasur.

—Siempre duerme en las fiestas... Sólo hay un modo de despertarlo. Cuando los músicos inician la marcha de *¡A mí, hermanos del desierto!* Pero ya los músicos saben que si no quieren disgustar a los cortesanos, no deben tocarla hasta pasada la medianoche.

No quiso saber más Benasur. En Garama nadie se oponía al soborno. Así que sacando unas monedas de la bolsa se dirigió donde estaban los músicos y buscando la mano del director, le dijo:

—Tengo especial interés en escuchar *¡A mí, hermanos del desierto!*

—Eso se toca a lo último...

—Es que el Rey se ha despertado y sólo espera la marcha...

Entonces el director, que no deseaba otra cosa que irse, les dijo a los músicos que atacaran dicha marcha. El estrépito de los timbales, que iniciaban la pieza remedando los truenos de una tormenta, despertó al muy alto Abumón. El monarca, creyendo llegada la hora de concluir la recepción, hizo una seña a Saladar, que alzó solemne el bastón y gritó:

—¡Viva el Rey!

—¡Viva!

Todos volvieron a sus asientos y lugares. El Rey, de pie, dijo rutinariamente:

—Gracias por vuestra presencia... Buenas noches.

Los cortesanos comenzaron a desfilar ante el soberano, haciéndole las reverencias que le eran debidas. Siguieron los sacerdotes de la diosa Kamar. Y antes que Benasur y Zintia, se tuvo que ir, de acuerdo con el ceremonial, Karrilmalhalzzan.

Kaivan, al despedirlos, preguntó a Benasur:

—¿Satisfecho?

Benasur, a quien aún no se le iba la cólera, contestó:

—¿De qué?

—Supongo que tenías interés en que la dulce Zintia conociera al inspirado Shubalam.

—Tú eres alhuma, ¿no es cierto? ¿Tú crees que una princesa alhuma puede encontrar interés, agrado, conveniencia en casarse con un poeta sin porvenir?

Kaivan rio sordamente. Casi se sentía complacido.

—¿Qué pasa con Shubalam? —preguntó el rey Abumón, que parecía aún tener el entendimiento en el sueño.

—Pasa, majestad, que Shubalam le hace el amor a una de tus esposas. Supongo que con tu consentimiento... —dijo cínicamente Benasur.

Abumón movió la cabeza para terminar de despertarse. Y cuando Benasur, Zintia y Mileto se retiraban, le preguntó al luminoso Kaivan:

—¿Qué ha dicho de Shubalam y de mi esposa? ¿Cuál esposa?

—Se refería a Adina.

—¿Adina? ¿Quién es Adina?

—La esposa que te compró Aldebarán hace tres años en Cydamos, la hija del mercader Gargamontizamanhassan...

—No la recuerdo. Bien, dile a Aldebarán que, de castigo, la mande a calentar mi cama esta noche.

Benasur y Zintia se retiraron. Al entrar en el salón de recibo, se encontraron con Karrilmalhalzzan.

—Le he dicho al paje que me dejase entrar, pues necesitaba hablarte. En realidad nada tenemos que hablar, pero te agradecería que me obsequiases con una copa de licor de Chipre... —Y dirigiéndose a Zintia, que parecía ser el motivo verdadero de su presencia en las habitaciones de Benasur, le preguntó—: ¿Has quedado satisfecha con la recepción?

Zintia le dijo que sí, pero no por lo que se imaginaba el militar. La joven había visto, al fin, disolverse como nube de verano sus esponsales con Shubalam. No sólo el príncipe musulano había demostrado una absoluta indiferencia hacia ella: Shubalam estaba muy interesado en la esposa del Rey. Pero lo principal de todo fue la actitud asumida por Benasur, que se mantuvo ante la indiferencia de Shubalam impasible, como si no le importase nada tal conducta. Cosa que le hacía pensar a Zintia que antes de la recepción Benasur había desistido de sus proyectos casamenteros.

El judío comprendió que Karrilmalhalzzan, interesado por Zintia, quería alargar la jornada y saber qué significaba Zintia en su vida, en sus negocios o en sus planes. Ordenó al paje que les sirviese licor e invitó al militar a sentarse.

—No me habías dicho que tenías una ahijada tan encantadora —dijo Karrilmalhalzzan sin apartar sus ojos de Zintia.

—¿Para qué? —repuso Benasur con desgana—. No hemos tenido ocasión de hablar de asuntos particulares.

—No. Por eso mi deseo es que honréis mi casa mañana. Zintia debe relacionarse con tus colaboradores. Benemir.

—Hablas como un romano, Karl'zan. Zintia es doncella alhuma y sus hábitos van mejor con las costumbres garamantas. ¿Por qué una

soltera habría de ir a una casa ajena? —Y en seguida, saliendo al paso de cualquier reparo del militar, dijo—: Ya sé, ya sé que eres tan hospitalario como para ofrecernos tu casa como la nuestra propia: ya sé que iría acompañada por mí; ya sé que una de tus esposas haría los honores. Pero habrá que dejarlo para mejor ocasión, pues Zintia sale mañana para Faleza, donde debe atender a cosas importantes de la casa. Hemos dejado allí muchos operarios...

Karrilmalhalzzan se mostró decepcionado, y Zintia se hubiera sorprendido de no estar acostumbrada a callar a todo lo que decía Benasur, por muy absurdo o inesperado que ello le pareciese. El navarca, a fin de que el capitán no insistiese, agregó:

—De vuelta a Garama, que será cuando todo haya ocurrido, tendrás tiempo y ocasiones para festejar a Zintia. Y yo me sentiré dichoso de que mi ahijada te sea grata, tal como se debe a un hombre como tú, que ha renovado el triunfo.

No le gustó a Benasur comprometerse a tanto. Pero no quería restar ánimos a Karrilmalhalzzan en vísperas de la conquista del poder. El militar interpretó las palabras de Benasur como la promesa de entregarle a Zintia al modo de un premio más.

Sin embargo, Zintia no se sintió inquieta. Benasur hablaba con cautela y con evidente desgana con el militar. Conocía ya los tonos de voz del judío para darse una idea de los sentimientos que bullían en la intimidad del navarca cuando éste hablaba. Y la joven adivinaba que Karrilmalhalzzan no despertaba el entusiasmo de Benasur.

Cuando el militar, consumido el tiempo que la cortesía le concedía se fue, el navarca comentó:

—Kaivan ha envilecido con tantos honores a Karl'zan. Se pavonea demasiado. Se parece a esos camellos leptinos, que, acostumbrados al campo, mueven más el cuello que las patas. No me fío de los hombres que le dan mucha importancia a la mujer. Generalmente son débiles.

Pero mientras así hablaba, Benasur hacía de camello leptino, pues movía mucho el cuello y dilataba las narices apresando en el aire el perfume cálido y excitante que despedía la joven alhuma. Realmente Zintia estaba más seductora que nunca. La vida íntima compartida

con Benasur hasta su llegada a Garama había concluido la formación física de la joven. Del cuello, de los hombros desaparecieron angulosidades y el busto se hizo más firme y acentuado. Las curvas se veían más señaladas y daban mayor gracia al cuerpo de la joven, que mantenía la tentadora flexibilidad y angostura del talle.

—¿Es cierto que mañana salimos para Faleza? —preguntó.

—Sí. Irás acompañada de Mileto.

—¿Y tú?

—Yo aún debo permanecer en Garama —repuso Benasur.

Desde que se conocieron era la primera vez que iban a separarse. Tal perspectiva no le agradaba a Zintia, pero la joven no se atrevía a insinuar una oposición.

Benasur tomó un sorbo de licor. Zintia, dando un rodeo a su curiosidad, inquirió:

—¿Van bien las cosas?

—Sí, muy bien.

A pesar de que el factor Shubalam había quedado descartado. Ahora el hombre era Karrilmalhalzzan. Al judío, por lo que Zintia había visto y oído, no le despertaba mucho entusiasmo.

Benasur le quitó el manto. Aprovechó ese momento para acercarse más a Zintia. No parecía sino que deseándola no quisiera demostrárselo. Al punto de su indecisión llegó Mileto. En cuanto entró el escriba, Benasur le dijo a Zintia que se retirase a su camarín.

—¿No tomarás el té? —preguntó la joven.

—Sí, en tu cubículo.

Una vez solos, Benasur impuso a Mileto de sus planes.

—¿Por qué esta marcha tan precipitada? —se extrañó el escriba.

—Debo poner a Zintia lejos del alcance de Karl'zan. Además barrunto que de día en día las cosas irán peor. Tengo dos aliados que se odian entre sí. No creo que Aidemán y Karl'zan sepan sobreponerse a sus antipatías, a sus odios y ambiciones personales en el momento en que estalle la violencia. Por eso quiero que vosotros estéis lejos. Yo sabré cuidarme, siempre y cuando no tenga que distraerme en atenderos a vosotros.

—En caso de peligro, yo preferiría quedarme a tu lado, Benasur.

—Te lo agradezco. Pero no creo que tú seas eficaz para ayudar en momentos difíciles. Tú eres hombre de paz...

—¿Tan graves son las perspectivas, Benasur?

—No, no son graves. Pero pueden serlo. He despertado dos ambiciones que se repelen entre sí. Mas no hablemos del asunto. Mañana temprano buscarás a los camelleros y contratarás custodia. Ojalá encuentres turengos. Vete al mercado de camellos... Los tres carros que están armados y las armas de muestra los llevarás a casa de Karl'zan. Llévate a Faleza, todo, incluso mi ropa. Yo me compraré aquí lo que necesite. —Y tras una pausa —: Le dirás a Rumiban que reclute gente. Es necesario que aliste un ejército capaz de servir de árbitro si surge rivalidad y antagonismo entre Karl'zan y Aidemán. No puedo perder esta ocasión, Mileto. Si no gano la alianza de los garamantas, Siró Josef y su grupo me abandonarán. Debo llevar a la junta que celebraremos en Jerusalén el formal compromiso de Garama de participar en nuestra guerra. Asesora con prudencia y habilidad a Rumiban. Deben de haber llegado a Faleza dos caravanas por lo menos. Y calzado. Habrá para equipar a seis mil hombres. Compra toda túnica que haya en Faleza, Comprad todo dromedario que llegue al mercado. Te daré un título contra Asdrabán para que te mande un millón de sestercios. Yo. por mi parte, enviaré dinero de aquí. Mañana iré a ver a Jacobón.

Benasur no dijo más. Mileto se quedó preocupado. El tono del judío era un tanto desvaído, desprovisto de ese acento de seguridad, de decisión que le era habitual. Además, creyó percibir en las palabras del navarca como una escondida, secreta melancolía.

Quizás esta confusión de sentimientos le venía a Benasur de haber observado la conducta de Karrilmalhalzzan durante la recepción. El capitán se había mostrado indiferente, blando, quizá frívolo. Muy interesado en lo social. Y esto ocurría en vísperas del golpe.

Por el contrario, Aidemán se hizo poco visible. Y las escasas veces que Benasur lo vio, lo observó frío y cauteloso, repeliendo íntimamente aquella Corte que iba a conmoverse en sus cimientos. La conducta de Aidemán era lógica, pero Aidemán, por desgracia, no contaba con el ejército.

En fin, Benasur estaba pronto a confesarse que la recepción le había destemplado. Una serie de incidentes, triviales en apariencia, habían sido suficientes para apagarle en su ardor. El menosprecio de Shubalam, las atenciones del capitán hacia Zintia, la conversación de ésta con Kaivan, la multitud de personas que se movían en el salón, adictas al régimen establecido: todo ello le había hecho enfrentarse con una realidad que no guardaba relación con la ansiedad con que él fraguaba el golpe de fuerza. Todo ello se resumía en una misma convicción: en Garama tampoco había hombre, el hombre que él necesitaba. Y en ese momento temía que nunca lograría encontrarlo.

Capítulo 13

Los carros de Bética

Al día siguiente, mientras Mileto daba cumplimiento a sus instrucciones, Benasur se fue a casa de Mino Jacobón. Le fue fácil conseguir un préstamo de dos millones de sestercios, teniendo en mano como tenía el documento de Aidemán haciéndole concesionario de las minas Los Afanes. Jacobón no era tan cándido como para hacer caso de un documento firmado por un consejero que no tenía facultad para disponer de las riquezas del Tesoro Real, pero sabía que Benasur era lo bastante astuto para lograr que Aidemán consiguiera el poder que hiciera válida la concesión. Por otra parte, el viejo conocimiento de su compatriota, a quien identificaba bien como el poderoso Benasur y no el enmascarado Benemir de la aventura de Tacfarinas, era suficiente a disuadirlo de cualquier duda que pudiera tener sobre la garantía del préstamo.

La operación le salió a Benasur mejor de lo que esperaba, pues Mino Jacobón le dio título de un millón para presentar a un cambista de Faleza. Por tanto, Mileto mismo podía llevarse el documento y hacerlo efectivo a su llegada a la ciudad.

Regresó a palacio. Zintia estaba atareada recogiendo ropas y enseres en las bolsas de cuero que los pajes bajaban al patio, donde los camelleros organizaban la caravana. Benasur se dedicó a escribir todas las instrucciones, ahora pormenorizadas, que había dado verbalmente a Mileto la noche anterior. Y escribió una carta personal a Rumiban, con mucha lisonja, en la que le decía que su impresión de Garama era desalentadora; que había visto tal debilidad y corrupción en la Corte, que temía que cualquier día el reino cayera en poder de una partida de getulos o turengos medianamente organizados. Y para darle alientos y además anticiparle la noticia, le enteraba muy confidencialmente de que las gestiones «para obtener la concesión de las minas Los Afanes» iban por muy buen camino, y que en ese caso le doblaría el salario, pues deseaba que Rumiban tomase el mando de las tropas acantonadas en el precinto minero. «Es necesario que para estar prevenido ante cualquier emergencia, te dejes asesorar por mi escriba Aristo, que lleva mis instrucciones personales. Él te hablará de la compra de dromedarios y de cómo puedes equipar a los reclutas», le decía en otro párrafo.

Al mediodía recibió al correo Abima, de cuya tardanza Benasur estaba extrañado. Le trajo correspondencia de Gades, de Siracusa, de Jerusalén, de Lomelí. Darío David le informaba de que en Bética las cosas iban bien y que las minas en el primer trimestre habían aumentado la producción en un doce por ciento; no así Sisapon, que sólo alcanzaba un aumento del cinco por ciento. Asdrabán le hablaba de las correrías de Duma el Bizco, y de las dos caravanas despachadas a Faleza y otra más que esperaba de un día para otro. También le decía tener a su disposición un crédito de cinco millones de sestercios por cuenta de la oficina de Siracusa. La carta de Jerusalén era de Raquel, que Benasur no abrió y reservó para dársela a Mileto a fin de que se entretuviese con ella por el camino.

—¿Traes alguna noticia verbal? —preguntó Benasur a Abima.

—Cuando salí de Lomelí llegaba una caravana de Gilda que había recogido un cargamento de botas en Galafa. Supongo que debe de haber llegado ya a Faleza.

—¿Y de Faleza?

—Únicamente que el mayordomo que tienes en El Palmar fue amable conmigo. Y por lo que he visto, todo está en buen orden.

—Bien, Abima. Hoy, a primera hora de la tarde, saldrán la princesa Zintia y el escriba Aristo para Faleza. Yo me quedaré aquí y posiblemente tú me acompañarás... Ahora vete al mercado de camellos a ver si encuentras a Aristo y le ayudas a seleccionar guardias para la escolta.

Benasur salió a la terraza al oír gritos y exclamaciones. Eran provocados por los curiosos, los mendicantes de palacio y la guardia real al ver salir a la explanada los tres carros. Mileto ya había regresado del mercado e instruía a los aurigas cómo debían uncir los caballos. Frente a la explanada estaba el grupo de custodios getulos contratados por el escriba.

Benasur no pudo evitar cierta emoción al ver los carros. A pesar de la sencillez de sus líneas, daban la sensación de sólidos, de resistentes. Los cubos de las ruedas eran de bronce y la flecha terminaba en tres puntas de tridente. Aunque se considerase el blindaje como superfluo para un carro civil, bastaría esa amenazadora flecha para pensar en los fines bélicos de los vehículos.

—¡Zintia, Zintia! —gritó Benasur.

Zintia acudió sonriente. Hacía tiempo que no había oído a Benasur aquel tono optimista, alegre en la voz. Y cuando se asomó por el pretil, oyó aún más:

—¡Míralos! De Bética. Como ésos serán veinte mil —dijo Benasur entusiasmado.

Zintia no tenía ojos expertos para valorar los carros. No comprendía el acierto de que las llantas fuesen tan anchas. No llegaba a entender el porqué de aquel agresivo tridente en la punta de la flecha, pues ignoraba que en el ataque ensartaríanse en él bestias y hombres. No justipreciaba la correa que cerraba la parte posterior del carro y en la que se recostarían los soldados; ni

aquellos anillos tan pulidos para llevar el banderín o la lanza. Pero veía tan emocionada alegría en los ojos de Benasur, que los suyos también se humedecieron por contagio.

Las gentes se aglomeraban alrededor de los vehículos, y todas, sin ser peritas en la materia, hacían aspavientos y emitían voces y juicios de admiración. Mileto instruía a los aurigas, soldados de palacio, e iba diligente de uno a otro carro. A veces se ensimismaba contemplando el producto de su ingenio, pues él los había ideado, planeándolos en un resumen de todas las ventajas de los carros que hasta entonces se fabricaran.

Los tres modelos eran para un tiro de dos caballos. Se diferenciaban en la carrocería: los de una plaza estaban destinados a los centuriones; los de dos, a lanceros; los de tres, a arqueros. El adelanto conseguido por Mileto eran los cubos dobles de los ejes, construidos de tal forma que preservaban la parte de fricción y rodadura del polvo y de la arena, enemigos del carro en los terrenos esteparios. Además, el ancho de la llanta había sido calculado para que las ruedas no se hundieran en los terrenos blandos de tierra suelta, arena o lodo.

Cuando terminaron de enganchar los caballos, Mileto se subió al carro de una plaza, y los aurigas montaron en los otros dos. Los guardias de palacio despejaron a la gente, y a una voz del escriba los tres vehículos partieron con los caballos al trote. La chiquillería salió corriendo tras los carros, que levantaron una espesa polvareda.

De regreso de casa de Karrilmalhalzzan, Mileto explicó detalladamente las excelencias de los vehículos. Le dijo a Benasur que cuando entraron en la calzada que llevaba a las afueras de Garama, pudieron poner al galope a los caballos y que resultó un placer el paseo, dada la estabilidad de los carros.

Por la tarde, ya después de despedir a la caravana, Benasur se fue a ver a Karrilmalhalzzan. Se hallaba muy impresionado por los carros, por las muestras de las armas que Mileto le había llevado.

Puntualizaron los detalles del levantamiento, y quedaron de acuerdo en la hora y día en que Karrilmalhalzzan daría el grito de «¡Viva Jazalí!»: cuando la luna entrase en la casa de Orion. Benasur debía cuidar que en palacio Aidemán realizase el golpe con

precisión, a fin de que coincidiese con la sublevación militar. Fijaron que hasta la fecha convenida, ellos dos se cambiarían el «sin novedad» a mañana y tarde por conducto de uno de los lugartenientes de Karrilmalhalzzan. Éste, para dejar ultimados los preparativos, sólo esperaba la llegada de las tropas de una de las guarniciones removidas.

En cuanto Benasur llegó a palacio, le esperaba la noticia de que el luminoso Kaivan deseaba verlo. No bien se hubo presentado ante el primer ministro, éste le reprochó:

—Has faltado a tu palabra, Benemir. Toda Garama ha visto desfilar hoy tus carros de guerra. Lamento que haya salido la caravana pues mañana al amanecer saldrás de la ciudad. Has dejado de ser huésped grato al Consejo del Trono del muy alto Abumón.

—¿Tanto enojo por tres carros que nada tienen de militares, sino el tridente? Esos carros están construidos para usos civiles, kum Kaivan. Y los ejemplares que hemos armado aquí llevan un tridente en la flecha porque están destinados a la caza. Son fieras, no soldados, los que se ensartarán en la flecha.

—No quiero discutir, Benemir. He tomado la decisión de que te alejes de Garama y mañana mismo saldrás de la ciudad.

—Eres injusto conmigo —se humilló Benasur—. Acepto salir de Garama si mi presencia te molesta, pero yo recurro a tu benevolencia para que me dejes permanecer unos días nada más. Bien has visto que Zintia y Aristo se han ido. Yo no tengo por qué quedarme aquí más tiempo que el necesario para comprar una partida de camellos y dromedarios que me encargó un amigo mío, mercader de Leptis Magna... No permaneceré más de cinco días...

—¿Cuántos camellos? —preguntó Kaivan.

—Ciento.

—¿Y dromedarios?

—Trescientos.

—¿Por qué tres veces más de dromedarios que de camellos? ¿No es ésa una proporción sospechosamente bélica? —volvió a insistir el enano.

—¡Por la marca de Caín, luminoso Kaivan! ¿Dónde me has visto la espada? ¿Dónde mis insignias de legado? ¡Qué culpa tengo yo si mi

amigo me ha pedido trescientos dromedarios y cien camellos! ¡Qué culpa de que Garama sea el más importante mercado camellero de África!

—Bien —concluyó Kaivan—, yo no soy tan déspota como te imaginas: acepto tus explicaciones. Pero te anticipo que desde hoy tus pasos, el menor de tus movimientos, serán vigilados.

En efecto, los agentes de Kaivan desde ese día vigilaron a Benasur. Y durante los cuatro primeros días de licencia concedida para permanecer en Garama no dieron otro informe fuera de que el judío se pasaba el día en el mercado de camellos chalaneando las bestias como cualquier ganadero. La cifra total de dromedarios comprados fueron trescientos ochenta contra veinte camellos. Kaivan iba a llamar nuevamente al orden a Benasur, pero en el último momento supo que las bestias habían salido de la ciudad rumbo a Faleza y que el judío asistiría a una reunión íntima, por la noche, para despedirse de su amigo el Rey. Kaivan prefirió dejar la cosa en paz.

Capítulo 14

¡Viva Jazalí!

En el momento en que el licor quedó servido, Benasur miró a Aidemán. Éste, sin tener alterado ningún músculo del rostro, miraba a la bandeja de oro, en su actitud de siempre, a la vez impenetrable e indiferente. Benasur no le quitaba ojo y esperaba cruzar una mirada con él. Sentía súbitamente la necesidad de que sus ojos se encontrasen en la expresión de la misma pregunta o de la misma complicidad. Al fin, Aidemán miró a Benasur, mas con una mirada huidiza, resbalada, una mirada que parecía no encontrar el objeto de su atención. Desde entonces, con esta evasiva, el sentido del oído se le aguzó a Benasur. Y en el tintineo del metal, en el roce de las mismas ropas al moverse, en cualquier rumor por minúsculo que fuese, iba espiando cada acto o gesto de los cortesanos. Esta inexplicable cobardía le llevó a un estado de ánimo muy semejante a la irritación, pues dudó ya de quién se había llevado la copa a los labios.

—¿Te gusta nuestro licor, Benemir? —le preguntó Abumón.

No se atrevió a mirar al Rey. No había probado un sorbo, pero movió la cabeza afirmativamente. Entonces oyó que Kaivan reía con su risita sorda. Benasur contestó:

—Me gusta su hermoso color...

Cogió la copa. Miró a Saladar. El mayordomo tenía ya la copa muy cerca de los labios. El Rey y Kaivan la tenían en la mano. Sólo Aidemán y Alid aguardaban. Le entró el temor de que se hubiesen equivocado. Por mucho cuidado que hubiera puesto el copero, cabía la posibilidad de un error.

Benasur alzó la vista. Ahora Aidemán lo miraba fija y fríamente, en una severa y secreta recriminación. Sintió que la mano le temblaba y que el licor estaba a punto de verterse.

—Por vuestra paz y vuestra alegría, señores —dijo el Rey.

Y dio un pequeño sorbo. Benasur tuvo la aprensión de que nunca la voz de Abumón había sido tan dulce. La voz del muy alto Abumón. Hacía años, cuando Benasur llegó por primera vez a Garama lleno de inquietudes y de ansiedades, el rey Abumón le había confortado: «Se hará como tú lo deseas. Tener por vecinos a los musulanos nos garantizará que tendremos frecuentes guerras. La paz no pudrirá nuestro ocio». Eso le había dicho firmemente el muy alto Abumón. Entonces la voz del Rey todavía tenía inflexiones varoniles, todavía tenía resonancias solemnes de rey. Ahora, no. Ahora hablaba con una mansedumbre mística. Tenía su corazón iluminado por todas las estrellas que tachonaban el universo, y la pálida Kamar había metido en su alma, junto con su luz lechosa y mineral, el amor a la paz, haciéndole olvidar a la terrible Istamar que se alimentaba con la sangre de jóvenes sin tacha.

Ya no pudo esperar más tiempo si no quería dar muestras de descortesía ante los ojos del Rey y de cobardía ante los de Aidemán. Se encomendó al Señor y bebió el contenido de un sorbo. Miró a Aidemán, que sonrió como cuando condescendía a sonreír a Kaivan. Y de pronto se sintió turbado al recordar que se había encomendado al Señor. Había invocado a Yavé en la complicidad del crimen. Desparramó la vista. Abumón y Kaivan tenían ya las copas vacías. Temió que de un momento a otro, antes de que el Rey y sus consejeros rodasen por el suelo, presas del mortal cólico que les produciría el veneno, llegase hasta palacio el rumor de la matanza.

—Majestad —dijo Saladar—, ¿no te molesta la luz de la lámpara?

Benasur miró a Saladar. El mayordomo estaba contento, confiado, como si lo ignorase todo. ¿Por qué le había preguntado una tal simpleza? Benasur creyó ver en aquella pregunta como un gesto piadoso hacia el monarca. Aidemán tenía la vista fija en el rey. Lo miraba de un modo oblicuo, sin cambiar la posición del rostro. El rey Abumón se había puesto extremadamente pálido. «Cuando la luna oculte a Sahú, comenzará la matanza.» Karrilmalhalzzan no había

dicho precisamente «la matanza», sino la revolución, pero Benasur siempre que pensaba en la misma frase clave no encontraba otra palabra que la de matanza. Se conocería en la historia por la Noche de Kamar en Sahú, de la luna en Orion.

—No me desagrada la luz, sobre todo si ella nos ilumina el alma; pero me parece que no podré... —dijo el Rey. Y en seguida, con un hilo de voz, agregó penosamente—: Me siento fatigado... Me siento mal... Se me atan las entrañas... ¿Qué sucede?

—¿Es un acertijo, majestad? —preguntó Kaivan. Pero el Rey había adelantado la mano como lo haría un ciego, como si ante él se abriera un abismo...

—¿Te sientes mal, majestad? —preguntó Kaivan.

La pócima había comenzado a hacer fulminante efecto en el Rey. Benasur miró a los demás. Todos estaban tranquilos, especialmente Kaivan. Alid se puso de pie apresuradamente.

—¿Qué te ocurre, majestad?

También Benasur se puso de pie, y en seguida Saladar. Sólo Aidemán permanecía sentado, de nuevo con la vista tija en la bandeja de oro. El rey inclinó la cabeza sobre el hombro de Alid. Kaivan le cogió las dos manos. No se veía apesadumbrado, pero sí ansioso. Que muriera Abumón lo cogería desprevenido, pues la muerte del monarca precipitaría sus planes.

—¡Pronto, un médico! —gritó Kaivan.

Alid corrió por la sala seguido de los dos servidores. En ese instante las miradas de Kaivan y Aidemán se juntaron con una distinta pero terrible expresión. Aidemán inquirió con una voz remota, insensible, impersonal:

—¿Acaso mi amado hermano se ha indispuesto?

Abumón se escurrió de los brazos de Kaivan. En el suelo se agitó en violentas convulsiones. Saladar se agachó para prestarle ayuda, fingiendo creer que el Rey sufría un ataque. Benasur no pudo soportar la escena y sin darse cuenta, fue reculando paso a paso. Miraba con angustia y terror a Aidemán. Se sintió inferior a Aidemán. Pensó en lo peor: Kaivan no daba muestras de estar envenenado... Y el tiempo corría. Tal vez en ese momento la luna empezara a ocultar a Orion. ¿Por qué no moría Kaivan?

—Aidemán... —murmuró.

—¿Qué sucede, Benemir? —replicó el otro impasible. Benasur no pudo contenerse y dominado por una súbita e irreprimible excitación, gritó exaltado:

—¿No lo ves? ¡Está de pie! ¡¡Mátalo!! ¿Por qué no lo matas?

—¿Para qué... si ha de morir? —repuso el bastardo.

Kaivan se separó del cuerpo del rey de un salto. Nunca la expresión de su rostro fue tan feroz. Saladar, petrificado, fingía bien un gesto de azoramiento.

—¡Veneno! —exclamó Kaivan como si escupiera con la palabra la pócima.

Aidemán sonrió.

—¡Mátalo! ¡Antes de que sea tarde, mátalo! —gritó Benasur. Kaivan comenzó a escurrirse.

—¡No lo dejes escapar, Saladar! ¡Kaivan debe morir!

—¡Asesinos! —rugió Kaivan.

Pero Saladar se había echado sobre él y forcejeaban. Benasur se dio cuenta de que el enano lograría escaparse. Y así lo hizo. Corrió hacia la puerta. También corrió Aidemán.

—No irá muy lejos...

No, no fue muy lejos Kaivan. Se detuvo y se dobló del abdomen. Luego volvió a correr para alcanzar la puerta de una de las terrazas. Benasur se interpuso con el pie, y Kaivan cayó. Antes de que Benasur lograra echarle mano, ya se había escurrido hacia la terraza gritando: «¡Han matado al Rey, han matado al Rey!».

Y como un eco, de la calle un grito unánime: «¡Viva Jazalí!». Benasur respiró. La revolución ya había estallado. En ese momento sintió un secreto, vivo y ardiente agradecimiento hacia Karrilmalhalzzan. Salió detrás de Kaivan. Lo vio retorciéndose en el suelo.

—¡Miserable! ¡Miserable... mil veces! —profirió el enano.

Aidemán, que se dirigía al balcón de la terraza, preguntó:

—¿Qué dice el sapientísimo Kaivan? Déjalo, Benemir... No podrá hacer nada. Debes respetar su vida. A mí me pertenece...

—¡Viva Jazalí! —gritaban los soldados en la explanada de palacio.

El griterío fue en aumento. Aidemán se acercó al balcón. Benasur vio que su rostro se iluminaba con el fuego de los hachones que llevaban los soldados. Y vio también rastrear a Kaivan, que pujaba a cada esfuerzo, que no abandonaba de los labios la misma imprecación: «¡Asesinos!». A lo lejos se escuchó el toque de las trompetas.

Benasur continuó mirando aquel cuerpo informe, que se arrastraba hacia el balcón.

—¿Qué has hecho, Benemir? —preguntó con voz lastimera el enano.

—¡Pueblo de Garama! ¡Os habla vuestro amigo el príncipe Aidemán!... ¡Nuestro amado rey, el muy alto Abumón, ha sido asesinado por el ministro Kaivan. El ministro ha confesado su horrible crimen...!

Las palabras de Aidemán no tuvieron eco, resonancia en la soldadesca que afluía a la explanada de palacio. Los soldados levantaban un rumor confuso de blasfemias y gritos subversivos. Mientras tanto, Kaivan, arrastrándose hacia el pretil de la terraza, gritaba en las sacudidas de un estertor: «¡Mentira, mentira!».

—¡Pueblo de Garama! —volvió a arengar inútilmente Aidemán.

Benasur no se atrevía a dar un paso. Le imponía el enano; ese su reptar angustioso en las losas de la terraza, La expresión del rostro, en particular de los ojos, era feroz, pero la boca contraída por la ansiedad, por agotamiento del esfuerzo que hacía apurando las últimas energías que se le escapaban, inspiraba conmiseración. Benasur, reculando, tropezó sin darse cuenta con Saladar. Le sonrió de un modo repelente. Y en la mano de la dádiva, aquella mano agusanada por el soborno, empuñaba una espada.

¡Qué hermoso mango tenía la espada! ¿De dónde había sacado Saladar aquel hierro tan brillante y pulimentado, rematado en una empuñadura de marfil con incrustaciones de hilo de oro y de gemas rojas, verdes y amarillas de Faleza? En ese instante, Benasur perdió la noción de la tragedia y le entró una codicia incontenible por la espada.

—¿Cuánto? —preguntó.

Saladar sonreía. Con una sonrisa malvada, escurrida, pues los labios se doblaban igual que la puntiaguda guía de los bigotes que caían oblicuamente más abajo del mentón. Benasur notó entonces que Saladar tenía la túnica tinta en sangre.

—¡Pueblo de Garama! —insistía Aidemán con el brazo extendido hacia la explanada.

Kaivan había logrado llegar hasta el pretil y ahora, agarrado férrea, tentacularmente a las piernas de Aidemán pugnaba por apartado del pretil sin dejar de decir «¡Mentira, mentira!».

Afuera, la soldadesca y el populacho vitoreaban a un tal Salmodé. Entre los gritos de «¡Viva Jazalí!» se mezclaban los de «¡Arriba Salmodé!».

—¿Cuánto? —reiteró Benasur seducido, como por un sortilegio, por la espada que empuñaba Saladar. Y en seguida, echando atrás la cabeza en un ademán de repugnancia, denunció—: También la espada... ¡También la espada!

Sí, la espada estaba tinta en sangre. En la parte central del filo las gotas que antes habían escurrido se hallaban ahora coaguladas, y a la luz de las lámparas parecían rubíes.

—Es la sangre de Aldebarán —dijo Saladar sin descomponer su condenada, con turbadora sonrisa—. No creas, Benemir, ¡me costó trabajo! Tenía mucha grasa. Del primer tajo se le desprendió el cuello, pero era tanto el sebo de Aldebarán, que no sangraba... Sí, echaba una agüilla rosada, pero no sangraba. Tuve que seccionarle la cabeza...

No escuchó más. Vio a Aidemán que alzaba en vilo el cuerpo de Kaivan amenazando con arrojarlo al vacío. Kaivan pataleaba en el aire y gritaba: «¡Es mentira, es mentira!».

Saladar avanzó blandiendo la espada.

—¡No, kum Aidemán, no lo arrojes, córtale la cabeza!

Pero el mayordomo de palacio no llegó a tiempo. El cuerpo de Kaivan se le escurrió de las manos a Aidemán y se precipitó en el vacío. Benasur creyó oír el ruido del golpe. Y sin asomarse al exterior tuvo en su mente la visión de aquel enorme cráneo deshecho contra el pavimento de la explanada.

Se produjo un momentáneo silencio entre la muchedumbre que llenaba la plaza, sólo interrumpido por los golpes que un madero daba contra la puerta de palacio. A lo lejos, apareció el resplandor de un incendio.

Aidemán se volvió grave y torvo, y con la boca reseca hizo una pregunta que heló a Saladar:

—¿Y Karl'zan?

—¿Cuánto? —insistió, apremiante, Benasur.

—Veinte monedas de oro —cedió, al fin, Saladar.

—¿Y Karl'zan? —volvió a preguntar Aidemán.

—¡Es mía! —dijo Benasur arrebatándole la espalda a Saladar.

—Eso digo yo: ¿Y Karl'zan? —repuso el mayordomo.

Abajo gritaban «¡Viva Salmodé!». Hacía tiempo que no gritaban «¡Viva Jazalí!». Benasur, mientras contemplaba con un regusto especial la espada, se dio cuenta también de que no había oído el nombre de Karl'zan. Se dirigió ansiosamente a Aidemán y le preguntó:

—¿Quién es Salmodé?

Aidemán escuchaba el golpeteo del madero contra la puerta de palacio. Saladar ya no reía. Del interior venían gritos despavoridos de mujeres. Entró descompuesto, tembloroso, blanco como el lino, Alid.

—¡La guardia de palacio ha forzado la puerta posterior del harem! Han sorprendido a las esposas y concubinas del Rey en sus cubículos... ¡El desastre, Aidemán! ¿Qué hacen las fuerzas de Karl'zan?

—¿Quién es Salmodé? —volvió a preguntar Benasur.

Y Aidemán, con un acento extraño, que le pareció nuevo a Benasur, como si por primera vez el hermano bastardo del Rey pusiera en ejercicio la sinceridad, informó:

—Salmodé era un caballerango del príncipe Jazalí. Karl'zan le había hecho decurión de su guardia. Es el hombre que te traía el mensaje de «sin novedad» de parte de Karl'zan todos estos días.

El madero seguía golpeando en la puerta. El resplandor del incendio se había hecho tan grande que iluminaba el pretil de la terraza.

—¡Hay que huir! —murmuró Aidemán.

Alid, el tesorero de la Corona, salió despavorido dando gritos histéricos hacia el interior de palacio. Aidemán lo pensó y se deslizó por la terraza con intención de ganar los jardines escalonados.

—¡Síguenos, Benemir! —ordenó imperioso Aidemán.

También Saladar se fue tras Aidemán. Y Benasur se quedó con la espada en la mano. Se acercó a una lámpara y trató de leer el mote que estaba grabado en la hoja. La sangre tapaba algunos de los caracteres. Se acercó a una cortina y limpió la espada. Así, limpia, era más hermosa que antes. Leyó en griego arcaico: «De la ninfa Garamantis, esposa de Zeus». Benasur sintió un estremecimiento. Seguramente esa espada había sido fundida por Hefestos. Era la más conspicua insignia de la historia y del trono garamantas.

Se había quedado solo. Pero Benasur se creía asistido por la muchedumbre de voces secretas que surgían de su ambición. El salón del trono le pareció más grande que nunca. Y de las hornacinas trascendía una luz tornasolada, submarina, como luz de gloria.

Avanzó paso a paso hacia el trono. Estaba sordo al griterío confuso que se había hecho en palacio. La soldadesca, forzada la puerta, entraba al pillaje. Benasur se acercó al solio. Lo contempló ensimismado. Aquella espada, la de la ninfa Garamantis, sería la espada del rey de Israel. Se sentó en el trono y se echó la espada sobre el brazo, al modo de cetro. Sólo faltaba el pontífice que lo coronase...

Se abrió violentamente la puerta principal. Por esa puerta hacía unos cuantos días él había entrado llevando de la mano a Zintia. Ahora entraban los soldados. Entraban con todo el impulso, con todo el desafuero que imprime la violencia; mas en cuanto uno de ellos vio a Benasur sentado en el trono, con la espada al hombro, se detuvo e hizo detener y enmudecer a los demás. Pero la puerta seguía vomitando soldados. Y en medio de todos, abriéndose paso, entró Salmodé. Él también se detuvo. Del primer vistazo vio el cuerpo del muy alto Abumón entre los cojines, bajo la hornacina que guardaba el busto del rey Fileo. Y sentado en el trono a Benasur. Él conocía a Benemir. Al verlo así, tan serio, sentado en el trono de

Garama, soltó la risa. Fue una carcajada estruendosa, pero que no dio tiempo a que la coreasen los soldados porque la risa de Salmodé se cortó de cuajo. A paso firme avanzó hacia el trono. Apretaba las mandíbulas y en la irritación que le producía tanta osadía y tanta serenidad, el mentón se hacía vigorosamente prognato.

Cuando llegó ante Benasur, abrió en compás las piernas y desenvainó la espada. Benasur reconoció el arma, de fabricación bética. No era tan hermosa, ni mucho menos, como la espada de Garamantis; pero cumpliría, quizá, mucho mejor su función.

—Benemir... —murmuró Salmodé.

Benasur reconoció al decurión de la guardia de Karl'zan.

—Que el Señor sea contigo —saludó serenamente Benasur.

—¿Qué haces ahí, en el trono de Garama?

—¡Lo custodio!

—¿Por qué no has huido como los demás? Benasur se levantó y dio unos pasos hacia Salmodé.

—¿Por qué había de huir? ¿Qué mal he cometido, esforzado Salmodé? ¿No te he invitado todos estos días, cuando me traías el parte de Karl'zan, a licor de Chipre? ¿No eres mi amigo?

—Las cosas han cambiado, Benemir...

—Me debes el kum... —recalcó el navarca.

—Digo, kum Benemir, que las cosas han cambiado.

—Para ti, no para mí. ¿Cómo piensas pagarme el favor que te he hecho?

—¿Tu favor? ¡No te debo ningún servicio! Tú trabajabas en beneficio de Karl'zan, quizá de Aidemán...

—Te equivocas, Salmodé. Yo trabajaba para la historia. Y la historia no la hacen los Karl'zan ni los Aidemán, sino los hombres fuertes y astutos como tú.

—¿Qué quieres?

—Esta espada y salvoconducto para mí y para mi criado Abima.

Salmodé cogió de la mano de Benasur la espada de Garamantis. La examinó un instante y se la devolvió.

—¿Para qué quieres la espada?

—¡Pch! Un recuerdo...

—¡Una antigualla, kum Benemir! Quédate con ella. Prefiero ésta —dijo pegando con la mano en el arma de Bética—; esta que has regalado a Karl'zan... ¿No me preguntas qué ha sido de Karl'zan? ¡Era tu amigo!

—A los justicieros no se les hace preguntas, Salmodé. Sus hechos son respuesta anticipada.

—Antes que Karl'zan y tú empezaseis a conspirar, hace tiempo que lo habíamos hecho los decuriones. No lo sospechabas...

—¿Cómo iba a sospecharlo si acababa de llegar a Garama? —repuso Benasur.

—¡La paz! Es muy bonita la paz cuando ya se ha hecho la guerra —dijo Salmodé—; cuando unos cuantos se han repartido los honores y han acaparado los más altos ascensos. ¡La paz! ¿Qué nos reservaba a nosotros la paz? ¡Dilo tú, Benemir!

—El oficio de tejedores de junco —contestó el navarca.

—¡Bien dices! Toda la vida de decuriones. ¿Sabes cuál es nuestro salario?

—Desde luego, indigno —anticipó el judío.

—¡Ni para comprar una cuarta de lazo de seda a nuestras mujeres! Pero, por fortuna, Karl'zan, Aidemán y tú vinisteis a abrirnos el camino. Lo difícil para nosotros era matar al Rey... Teníamos escrúpulos. Vosotros, los de arriba, tenéis menos reparos. ¿Quién pagará el crimen?

—Supongo que el Copero mayor.

—¿Y el de Kaivan? —preguntó Salmodé mirando con expresión acusadora al judío.

—Supongo que Aidemán...

—¿Y tú?

—¡Oh, Salmodé! No pierdas el tiempo conmigo. Tienes que justificar ante el pueblo la rebelión de los decuriones. Persigue, acusa y ejecuta a aquellos que puedan ser un peligro para ti. Yo no lo soy. ¿Qué adelantarías eliminándome? Despertar el odio de los que están detrás de mí. Son muchos y poderosos. Déjame ir.

—¿Y si no te dejara?

—Discutiríamos, Salmodé. Acabaría por convencerte. Y tú habrías perdido un tiempo precioso que irritaría a tus soldados, que están

impacientes por verte en ese trono.

—Eres astuto, kum Benemir. Y francamente nada tengo contra ti. Sé que en Garama tú serías un peligro. No puedo oponerme a tu prudente decisión. Saldrás de Garama esta misma noche. Te daré un salvoconducto y custodia hasta el desierto...

—No deseo otra cosa... Quizá únicamente la satisfacción de una curiosidad. El grito era «¡Viva Jazalí!». Y esta noche se vitoreó al príncipe. Sé que tú fuiste su escudero. Lo acompañaste a las cacerías...

—Sí, a las cacerías de etíopes. ¿Qué quieres saber de Jazalí? —preguntó el decurión.

—Saber qué ha sido de él.

Salmodé sonrió y volviéndose a los soldados que esperaban a la puerta, gritó:

—¡El príncipe Jazalí!

Benasur miró hacia la entrada. Y en seguida vio aparecer una ruina de hombre vestida de harapos. Un soldado le dio un empujón para que se adelantara hacia el trono. Jazalí, doblegado de hombros, con pasos torpes de una prematura decrepitud, avanzó mirando de reojo a todas partes, con la mirada acobardada, asustadiza; reconociendo como un salvaje el salón, las estatuas de sus antepasados, que le observaban con su impasibilidad de mármol desde las hornacinas. De vez en cuando alzaba la cabeza, pero ladeada, para contemplar el artesonado. Se acercó al lugar en que yacía el cuerpo de su padre. Se mesó las barbas. Y se quedó contemplándolo. Empezó a sollozar quedamente. La congoja ponía en su pecho violentas convulsiones. Y de pronto, tras limpiarse los mocos con un pingajo que le cubría el brazo, exclamó enloquecido:

—¡Me alegro, me alegro, viejo sarnoso! —a la vez que bailaba, pisoteándolo, sobre el cadáver del Rey.

Benasur no pudo contenerse, y sin que pudiera evitarlo Salmodé, corrió al lado del príncipe y le dio un empujón. Jazalí cayó de espaldas y comenzó a reír a carcajadas. Su boca estaba desdentada. La pelambrera sucia, hirsuta, que envolvía el rostro, daba una extraña, demoníaca expresión a su risa, mientras decía:

—¡Maldito, maldito!

Era la obra de Kaivan. Benasur recordó que Mileto le había dicho que Kaivan era un buen hombre, un soñador, un idealista. Que el príncipe Jazalí era un monstruo y que por eso el enano lo había encerrado en la mazmorra. Pero Benasur, ante la ruina física y espiritual de Jazalí, no podía creer en la bondad de Kaivan. Hubiera sido más noble, más piadoso, haberle quitado la vida si tanto le estorbaba para sus proyectos de una república ideal.

—¡Siéntate en el trono, Jazalí! —le mandó Benasur—. Es tu trono, el trono de tus mayores.

A Salmodé no se le había ocurrido aquella farsa. La creyó ingeniosa. Quizá edificante. Posiblemente necesaria para que los soldados fuesen testigos de la imposibilidad de Jazalí para reinar.

El navarca levantó al idiota y lo arrastró al trono. Lo hizo sentar y puso en sus manos la espada de Garamantis. Todos soltaron la risa. Todos menos Benasur y Jazalí. Benasur no pudo reír porque vio que la expresión del príncipe era triste, enormemente melancólica. Y apenas si podía sostener sobre sus hombros la espada.

El navarca le dijo a Salmodé:

—No tendrás escrúpulos ni dudas sobre quién debe sentarse en ese trono...

El decurión no recogió la insinuación. No se atrevía. Consideraba prematura cualquier manifestación en ese sentido. Y para anticipar unos sucesos que se le antojaban lentos en producirse, exclamó:

—¡Viva el príncipe Jazalí!

—¡Vivaaa! —corearon los soldados en son de burla. Y tras el vítor, las risas. A Jazalí le escurría entre la pelambre un hilo de baba. Sonreía ahora como un idiota.

Benasur consideró que la farsa se excedía y cogiendo de un brazo a Jazalí lo depuso del trono. Le quitó la espada Garamantis. Y dirigiéndose a Salmodé, le dijo de un modo tan insinuante como imperioso:

—Siéntate, Salmodé...

Y todos dijeron: «Que se siente Salmodé». Y el decurión, caballerango del príncipe Jazalí, correveidile de la guardia de Karl'zan, sonriente, turbado y codicioso, con un extraño fulgor en los

ojos, se sentó en el trono. Estaba tan pálido y grave, que los soldados al verle gritaron:

—¡Viva el rey! ¡Viva Salmodé, rey garamanta!

Benasur reculó unos pasos. En medio del salón se detuvo a ver al nuevo rey. Lo miró con ojos escrutadores, escudriñando en su estampa y en su alma, en lo que aparentaba y en lo que ocultaba, y tras hacer un gesto ambiguo se dijo para sí, con el desencanto de siempre: «No, Salmodé no es el hombre».

Afuera, la chusma gritaba el mismo grito entronizador, creyendo dar principio a la dinastía de los Salmodé.

Capítulo 15

La legión de los diez mil

Dos días después de volver Benasur a Faleza, llegó la brigada de heraldos de Garama, anunciando que el ejército había proclamado rey de los pueblos garamantas al muy alto Salmodé.

Rumiban atendió a los heraldos con toda circunspección y respeto. Y al final, después de verter el vino de la amistad, les dijo un discursillo muy prudente:

—Volved a Garama y decidle al muy alto Salmodé que el capitán Rumiban se regocija de su ascensión al trono de Garama. Decidle también que hago votos por un próspero y largo reinado que colme de felicidad a nuestro pueblo, y que yo me doblego sumiso a su real poder y que le prometo la lealtad y adhesión que le son debidas. Decidle también que vigilaré con celo que toda autoridad, soldado o milicia a mis órdenes, respete sus mandatos y que todos los días al

amanecer, como es de rigor, se darán los tres vítores de reglamento en honor de su majestad.

Y poniendo en manos de uno de ellos un pliego agregó:

—Aquí todo está repetido de letra de mi mano y con mi sello.

Y, muy astutamente, cuando los heraldos se fueron, hizo llamar al toque de tubas a las fuerzas que estaban en el castro. Cuando éstas estuvieron reunidas, saliendo al balconaje del patio, les dijo:

—¡Soldados de Faleza! Sabed que por muerte del muy alto Abumón y por ausencia del príncipe Jazalí, perdido hace años en cacería, y por renuncia al trono del bastardo Aidemán, el Consejo Real, de acuerdo con el Sacerdocio y el Ejército, han elevado al trono al muy alto Salmodé. Os doy testimonio de que Salmodé es desde ahora nuestro soberano y aquel que tenga palabra en contra, y si la tiene que la exprese, que niegue que Salmodé es nuestro rey.

Esperó a ver si algún soldado ponía reparo, y como guardaban silencio, Rumiban gritó:

—¡Viva Salmodé!

—¡Viva!

Y así por tres veces. Y después Rumiban nombró pregoneros y guardia que, con insignia desplegada y timbales, salieron por las calles de la ciudad a hacer la proclama. Y el propio capitán, con su lugarteniente Apolón y séquito se dirigió a caballo al precinto de Los Afanes. Y allí reunió a los jefes y pidió hacer proclama, que hizo en términos parecidos a la que lanzó en el patio del cuartel.

Después, de acuerdo con el presidente del consejo de la ciudad, declaró tres días de fiesta e hizo que en toda oficina pública se izara la bandera garamanta.

De todo tomaron cuenta los heraldos, que se quedaron escondidos en la ciudad. Y regresaron a Garama muy complacidos y seguros de la lealtad de Rumiban.

—Debes tomar el mando de la ciudad inmediatamente, Rumiban.

—¿Acaso no lo tengo, Benemir? —replicó el militar.

—Te falta posesionarte de las fuerzas del precinto. Mientras allí exista autonomía de mando, tendrás tu espalda al descubierto. —Y, tras una pausa, sugirió—: Manda al capitán y a cada uno de los tres centuriones una citación confidencial, una tras otra, diciéndoles que

tienes que comunicarles con la mayor reserva una orden que ha llegado de Garama. Las circunstancias son propicias para que den crédito a tu misiva. Cada uno creerá que sólo él la ha recibido, los acusas de deslealtad al muy alto Salmodé y les haces juicio sumarísimo. Mientras los tienes detenidos, tú te presentas en Los Afanes, dices a la tropa lo que ha ocurrido y dejas a su mando tres centuriones de tu confianza... Sólo así podremos reclutar con entera libertad la gente que necesitamos.

Rumiban no tuvo que escuchar dos veces a Benasur. El levantamiento de Salmodé aceleró la dinámica de su resentimiento. Y en seguida preparó las misivas y llevó a cabo el plan, que salió tal y como lo había planeado Benasur. Sólo agregó un detalle que estaba dentro de su experiencia militar. Y fue decir a los soldados que, dada la situación, se declaraba el estado de guerra y que quedaban suprimidos temporalmente los permisos de salida.

El estado de guerra lo extendió a la ciudad de Faleza. La acordonó con brigadas móviles de agentes, con el fin de apresar cualquier individuo que trajese información de Garama o que tratase de sacarla de Faleza. Se requisaron almacenes de víveres y vestimenta. Y salieron al desierto brigadas de sus mejores hombres pregonando el reclutamiento bajo estas condiciones: quinientos sestercios por campaña no mayor de seis meses; mil quinientos a jinete que aportase dromedarios; y derecho al servicio en las banderas para aquellos que, concluida la campaña, no quisieran acogerse al licenciamiento.

La población de Faleza dio en los dos primeros días de pregón mil cuatrocientos reclutas de pie y sesenta y cinco con dromedario.

Las carpinterías trabajaron intensamente para hacer las varas de las lanzas. Toda la población conoció una época de prosperidad con las actividades de la industria militar.

Benasur se había convertido en el mentor, en la inteligencia gris del Estado Mayor de Rumiban. Y gracias a sus consejos, el capitán entró en relaciones con las guarniciones de Mathelsche y de Omaní, que prometieron el concurso de setecientos jinetes y seiscientos infantes en total, todos ellos veteranos. Los jefes de esas guarniciones dejaron las tropas al mando de centuriones de

confianza y se dirigieron a Faleza para integrar el Estado Mayor de Rumiban. Con él tuvieron varias juntas, en las que estuvo presente Benasur, y tanto Garamizzalan, de Omaní como Sidofanela, de Mathelsche, juraron de muy buen grado lealtad y obediencia a Rumiban. Después de ponerse de acuerdo sobre las consignas, los dos capitanes regresaron a sus guarniciones de origen.

Por su parte, Rumiban ascendió a capitanes a los centuriones Agarán, Tizuka y Apolón, a los que adscribió a su Estado Mayor.

Del desierto comenzaron a llegar voluntarios getulos, mauros y númidas, y algunos turengos que Benasur tenía interés en agregárselos a una especie de guardia personal.

Mileto corría con el arsenal y llevaba cuenta del material que las tres primeras caravanas habían traído a Faleza. Lo distribuía entre los ecónomos del ejército. Calculaban que antes de un mes las cinco caravanas de Gilda les completaría un total de dos mil espadas cortas, seis mil largas, quinientos escudos, quince mil puntas de lanza, cien mil puntas de dardo, amén de las planchas y otras piezas para armar unos cuarenta carros. Pero la falta de mano de obra en carpintería no permitió armar más que veintiún carros, que, por otra parte, serían vehículos engorrosos para una expedición de seis jornadas por el desierto. Junto con estas «muestras» de los artículos bélicos, venían peroles, tridentes, palas, herramientas, tachuelas, cuchillos, collares, broches, insignias, hebillas y cien adminículos más para equipar al ejército.

A sugestión de Benasur se enviaban a Garama viajeros que en realidad eran espías, y que en la capital propalaban falsas especies sobre la paz y la tranquilidad que reinaban en las ciudades de Faleza, Omaní y Mathelsche. Y para que Salmodé no entrase en sospecha de tanta calma, se envió de Los Afanes un cargamento de gemas en caravana y custodia habituales.

Los viajeros que regresaban de la capital hablaban del terror que imperaba entre la población. Durante los diez días que siguieron a la entronización, la sangre corrió incontenible. Se sacrificaron a todos los sacerdotes del culto de Kamar y volvieron a restablecerse los ritos de la diosa Istamar. Salmodé reclutó fuerzas para instaurar las guerras religiosas, que constituían verdaderas cacerías contra los

etíopes y negros de la Libia meridional. El Rey se hacía asistir por un consejo compuesto en su mayor parte por soldados y decuriones amigos suyos, que se pasaban todo el tiempo cambiándose las esposas y las concubinas del muy alto Abumón.

Todo esto no trascendía al exterior, pues las tres guarniciones adictas a Rumiban no dejaban que se filtrase ninguna persona hacia las tierras del norte. Por lo que Rumiban había podido saber, Cydamos permanecía aparentemente fiel a Salmodé. No quiso establecer ningún contacto con el jefe de la guarnición, conocido como hombre leal a Karl'zan y serle a Rumiban, por esta circunstancia, antagónico.

Entre la tropa reclutada en Faleza corría el rumor de que la campaña sería contra los negros de la Etiopía interior. Pero el dinero y al mismo tiempo la buena calidad de las armas y de los uniformes, no dejaban tiempo a pensar en los verdaderos motivos del reclutamiento.

Así transcurrían los días: las gentes de todos los pueblos afluían a Faleza. Se instruía a los novatos. Se compraban bestias y víveres; Mileto se interiorizaba en la administración militar y Benasur inspiraba a Rumiban, que, en lo militar —al fin y al cabo en lo único que era— se crecía.

Una mañana Benasur entró en el despacho de Rumiban.

—Quiero decirte algo que he callado hasta ahora, Rumiban. Lo he callado porque no quería que pensases que yo perseguía otros fines con este ejército que se está organizando. Prácticamente ya lo tienes en la mano, así que esta declaración te la hago en las condiciones más desventajosas para mí. Ello te demostrará que no obro con escondido interés...

Y Benasur dejó un pliego sobre la mesa del capitán.

—¿Qué es esto? —preguntó Rumiban con cierto recelo.

—Te escribí en su oportunidad sobre ello. Como ves, Aidemán, el segundo en la sucesión al trono y prácticamente rey, me cedió la explotación de las minas Los Afanes...

Rumiban leyó el documento:

—Comprendo —dijo—, se trata de la recuperación...

—No —replicó Benasur—. Se trata de la riqueza de Faleza. Las mejores piedras de Los Afanes iban a parar al Tesoro real, sin que a nadie beneficiase tal atesoramiento. Ahora yo me quedaré con el setenta por ciento de la producción. Parece mucho, ¿verdad? No es tanto. Pues yo deseo poner la explotación en condiciones equitativas. De ese setenta por ciento tendré que hacer frente a los gastos, pagaré diezmo a Faleza, que deberá convertirse en una ciudad próspera, de acuerdo con la riqueza que posee; pagaré al atravesar frontera diezmo de exportación. Esto significa un importante ingreso para Garama.

Hizo una pausa. Rumiban permaneció callado. En realidad, lo que le planteaba Benasur no era negocio que le contrariase, sino asunto que no entendía muy claramente.

Benasur prosiguió:

—No sé qué haya pasado con Aidemán. Posiblemente nunca subirá al trono. Pero yo creo que el monarca que ocupe el solio de Garamantis debe respetar lo pactado por Aidemán... ¿No lo crees tú?

—Se hará como tú digas, Benemir —contestó el militar—. Yo no entiendo de minas, y si tú dices que este convenio resulta benéfico para el país, tanto mejor. Yo no me opondré a él.

—No se trata de que tú no te opongas, Rumiban. Tú serás el vencedor. Tú pondrás sobre el trono de Garama al hombre que yo te diga, según hemos acordado; tú retendrás el máximo poder. Se trata, pues, que tú, brazo fuerte del reino garamanta, me asegures que respetarás la concesión que me dio Aidemán y que harás respetarla a toda aquella persona o institución que pretenda impugnarla o anularla.

—Prometido, Benemir. Bien sé que tu ambición es vencer a Roma. Este ejército te ha costado millones, muchos millones. Este ejército no te servirá para nada en tu ambición. Es justo, por tanto, que el hombre que presta a Garama este nobilísimo y valioso servicio de librarla de un usurpador y su pandilla de forajidos, tenga un premio. Yo acepto el valor de este convenio y te prometo solemnemente hacerlo respetar.

—Me complace oírte. Y puesto que estamos en estado de guerra y tú eres la autoridad absoluta de Faleza, dame una orden que me

permita tomar posesión de Los Afanes.

Por la tarde, Benasur, Zintia y Mileto, custodiados por la guardia personal, salieron en coche rumbo a Los Afanes. Amante y escriba ignoraban el motivo de la visita.

Entraron en el precinto y se dirigieron a la fiscalía. Benasur presentó al regidor la orden de Rumiban. Como el funcionario hiciese un gesto de sorpresa, Benasur dijo:

—La orden es terminante. Kum Rumiban se ha apoyado para darla en una concesión extendida por kum Aidemán.

El funcionario pareció quedar más tranquilo. De todos modos, su responsabilidad quedaba a salvo con la orden *manu militari.* Encargó a un empleado que tocase la tuba para llamar al personal y reunirlo en la explanada en que estaban las oficinas.

—¿De qué se trata, Benemir? —le preguntó Mileto.

—Es una sorpresa que le tengo preparada a Zintia.

Benasur sonreía. Zintia lo miró a los ojos. No supo qué seductora luz veía en los ojos de Benasur. Y aunque su amante permanecía con una sonrisa indescifrable en los labios, la joven intuía que algo agradable iba a suceder. Quizá Benasur le iba a comprar la gema más hermosa que había sido extraída de la mina.

Cuando el personal administrativo y los maestros de minas se reunieron, el regidor les dijo:

—Os hago saber a todos que, por orden superior, el precinto de Los Afanes ha pasado del dominio de la Corona a dominio particular. El propietario de Los Afanes es, desde hace días, el honorable Benemir, a quien os presento. Este traspaso de dominio no implica ningún cambio en el orden de la explotación, en el régimen de la misma. El honorable Benemir por mis labios os demanda para él las mismas obligaciones que habéis tenido para la Corona. Es todo lo que tenía que deciros...

—Un momento —intervino Benasur—. Hay un cambio. Y es que a partir de hoy todo funcionario y empleado en los Afanes disfrutará de un aumento del quince por ciento de su salario.

El cambio de dominio fue acogido con visibles muestras de júbilo. Y cada jefe de sección pasó a dar la bienvenida y las gracias al nuevo propietario.

Terminado el acto de presentación y vueltos los empleados y funcionarios a sus tareas, Benasur y los suyos pasaron a la fiscalía.

—¿Quieres mostrarme la producción acumulada? El regidor llamó a otro funcionario, que abrió un enorme arcón. De él extrajeron tres paquetes debidamente precintados.

—Abre uno, por favor —pidió Benasur.

El regidor rompió los sellos, desató las ligas, abrió la bolsa de cuero y se desparramaron por la mesa infinidad de gemas. Entre ellas se veían cinco grandes y verdes piedras, las conocidas, las famosas esmeraldas de Garama... Era un tesoro, una riqueza de distinto colorido, de nítida transparencia, de fulgurante destello.

—Cógelas, Zintia; son para ti...

Zintia adelantó las manos tímidamente. Cogió primero una esmeralda, la mayor de todas; después otra y otra más. Las apretó en la mano...

—¡Todas! ¡Todas las gemas son tuyas!

La joven metió las manos entre el montón de piedras. Las estrujó. Mientras las acariciaba se puso encendida, sus ojos se humedecieron y su respiración se hizo afanosa.

—¡Todas! —volvió a decir casi con exigencia el navarca.

A Mileto le pareció observar que las manos de Zintia se crispaban con la nervosidad que acomete al avaro.

De regreso a Faleza, tan emocionada, tan agradecida, tan halagada se sentía Zintia, que apenas podía responder con monosílabos.

En la casa, esperaba a Benasur una llamada urgente de Rumiban. Se fue inmediatamente al castro. El capitán le dijo:

—Salmodé se ha enterado... Está llamando a las banderas a todos los hombres de quince a cincuenta años... No hay que perder tiempo, Benemir. En total, hemos reclutado diez mil hombres...

—Son los primeros diez mil, Rumiban.

Desde que la población de Faleza se enteró de que Salmodé preparaba una expedición punitiva contra la ciudad, tomó la causa del ejército de Rumiban como cosa suya, empeñando quisquillosamente en la aventura su amor propio. Y comenzó a hablarse de salmodeos y de realistas, pues las gentes más

entusiastas por el capitán de arqueros comenzaron a propalar la especie de que Rumiban representaba los derechos dinásticos de la casa Garamantis. A Mileto, hombre versado en historia, le hubiera sido muy difícil demostrar en qué sujetos actuales recaía la herencia de la estirpe, entre mítica y real de la ninfa Garamantis. Él sabía que el reino de Garama —que en lo remoto fue importante imperio colindante con el Egipto y con el reino turengo— había pasado por mil peripecias a través de los tiempos y que Abumón sólo fue el séptimo rey de una tercera dinastía, pues las anteriores, si habían existido, se perdían en la memoria. Pero los falezanos no estaban tan enterados de historias y leyendas para mostrarse escrupulosos ante la especie difundida, y como, por otra parte, no tenían por qué sentirse muy satisfechos del reinado del padre de Abumón, Jazalí el Temerario, ni de su hijo al anciano monarca envenenado —a quienes Faleza debía su postergación como ciudad— se dijo que Rumiban instauraría las tradiciones garamantas del Trono, pero con evidentes reformas progresistas. Lo importante es que había ya dos bandos y Faleza se pronunció francamente realista. Benasur se aprovechó de esta exaltación popular para sugerir a Rumiban que lanzase un empréstito, recaudación destinada en parte a pagar las requisiciones que se habían hecho de ropas, víveres, ganado, herramientas y otros enseres; empréstito garantizado con el Tesoro Real de Garama.

Se hizo la proclama y las gentes con entusiasmo en la causa realista, acudieron a cubrir los títulos. Fue Benasur el que atendió esta faceta de la guerra, creando así un pequeño tesoro de treinta mil denarios oro para el gobierno provisional de Faleza. Entre las aportaciones figuraron cerca de seis mil daricos leonados o cretas, de los que el navarca se posesionó en seguida —y envió a Gades— a título de recuperación de crédito. No faltaron los detalles conmovedores: la pequeña aportación de modestas alhajas por parte de la ciase artesana de la población. Hasta hubo niños que se desprendieron de sus collares y anillos de oro para regalarlos, patrióticamente, al tesoro del gobierno provisional. Entre otros propietarios, Binzo tuvo ocasión de mostrar su entusiasmo realista mucho antes de que fuera lanzado el empréstito, pues Rumiban le requisó todas sus casas para dar alojamiento a los soldados.

Faleza hervía de soldados y los dialectos hicieron de ella una moderna Babel. Corría con abundancia el dinero, y la moneda garamanta perdió su valor ante la subida de toda clase de artículos. De Cydamos y de Omaní llegaron prostitutas y cortesanas, que tienen agudo olfato para el dinero fácil. Llegaron también de los lugares más insospechados la fauna de mercaderes ambulantes con los camellos cargados de mil chucherías.

El día que el ejército de Rumiban desfiló por las principales calles de la ciudad en marcha hacia el desierto, no quedaron en las casas de Faleza más que las parturientas y los paralíticos. Todos conocían los vistosos, flamantes uniformes de los soldados, y nadie quiso perder la ocasión de ver aquel desfile militar.

Benasur logró imponer su criterio que el ejército no se dividiese en dos legiones, como sugería Rumiban, sino que quedase integrado en una sola de diez mil hombres. «Si formamos dos legiones, no serán de seis mil hombres, como las romanas, sino de cinco mil. Y habría que nombrar dos jefes o legados para cada una de ellas. Es preferible una sola, con un solo jefe, que serás tú, dividida en tres cuerpos al mando cada uno de un comandante. Tú serás el general.» Eso le dijo Benasur porque, mirando como siempre a lo futuro, quería que «su» ejército se compusiera de cincuenta legiones de diez mil hombres cada una.

Se convino en numerar las legiones al modo romano, mas a la primera y a título excepcional, se le dio el nombre de Legión Garamantis. Se acordó también que el mando de ella estaría reservado en lo futuro al jefe de las milicias de Garama. Como insignia, la Legión adoptó la espada Garamantis, en poder y custodia de Benemir como padrino y legado honorario de la Legión. La enseña, pues, era de seda roja y llevaba en el centro, bordada con hilo de plata, la espada de Garamantis.

Benasur no vio el desfile, pues para no hacer pública su presencia dentro del ejército, salió el día anterior con una escuadrilla de reconocimiento. Pero Zintia, desde la balconada de la terraza de El Palmar, acompañada de la servidumbre, aclamó y vitoreó el desfile de las tropas.

Abría la columna una decuria de jinetes garamantas, con manto blanco, capotillo rojo y turbante azul, donde iba prendida una minúscula espada de Garamantis. Seguían veinticuatro lanceros de a pie; la banda de tubas y tres centuriones en dromedario, con collar de plata y capote rojo. Después, el abanderado de la Legión, custodiado por dos manípulos, con espada larga al cinto y la insignia en alto: un haz de juncos que aludía al junco dorado de Garama e imitaba las fasces romanas. Luego la guardia montada del general Rumiban, con capotillo de seda granate, y banderín en las lanzas. Y en seguida, Rumiban, asistido de dos manípulos y dos trompeteros.

Las aclamaciones que despertaba el paso de Rumiban eran ensordecedoras y a los pies de su hermoso dromedario getulo, de abrillantado pelaje, las gentes arrojaban flores, lazos y haces de juncos perfumados. Pero lo que más entusiasmaba a las gentes era el magnífico manto en damasco granate, bordado en plata y oro con la estrella de Istamar en pedrería de Faleza; un manto que caía más abajo de las ancas del dromedario y que era digno de un rey. La keffija del general era en seda azul, recamada en gruesas listas blancas de perlas. Rumiban llevaba al cuello una gruesa cadena de oro, de la que pendía una pequeña reproducción de la espada de Garamantis.

Y del pecho de la loriga las condecoraciones ganadas en servicio y en la guerra de Tacfarinas.

El desfile duró dos horas. Dos cuerpos de la legión iban al mando de Garamizzalan y Sidofanela, ambos capitanes garamantas, que se habían sumado al movimiento realista con las fuerzas de sus guarniciones de Mathelsche y Omaní. El mando del tercer cuerpo se le había dado a un mercenario, jefe de tribu getula llamado Atulkalí, que desfiló al frente de mil seiscientos jinetes, de los cuales más de una tercera parte eran turengos del desierto. A pesar de su vistoso uniforme, el aspecto de estos guerreros era poco tranquilizador y si bien en la dureza de sus facciones denunciaban la crueldad, sus proverbiales virtudes de abnegación y sacrificio, su fama de leales, provocó el mayor entusiasmo de la población, pues las gentes son dadas a maravillarse y admirar a aquellos que despiertan su cobardía.

Getulos, mauros —famosos en raterías, a las que los garamantas sentían una especial afición—, númidas, leptinos, desfilaron alternados con garamantas, especialmente falezanos, pues Faleza dio un crecido contingente de conscriptos.

Al final iban los veintiún carros blindados —siete de cada tipo— al mando del lugarteniente Agarán, joven a quien Mileto había asesorado en su uso y manejo. Los carros figuraban en el ejército más a título experimental que como instrumentos de guerra.

Las gentes de El Palmar, y en particular Zintia, vitorearon frenéticamente el paso de los carros, porque en uno de ellos iba Mileto, con collar de plata de centurión al cuello, turbante amarillo de seda, capote azul de damasco, como adjunto de Agarán. A los carros siguieron trescientos camellos con la intendencia de la legión, y después la caravana pobre, raída, compuesta de camellos, acémilas y asnos de mercaderes, prostitutas, mujeres de los soldados mauros, magos y prestimanos, rateros y truhanes, toda la caterva de gente miserable que lleva tras sí un ejército en camino.

La población acompañó un largo tiempo a la milicia, y cuando la vio perderse en la lejanía, tras una nube de polvo que se coloreaba al sol, nadie dudaba de que, a su regreso, todos serían más felices y más ricos.

Pero de todos, sólo un hombre sentíase auténticamente satisfecho: Benasur, que veía en pie su primera legión. E iba a dar su primera batalla, no contra Salmodé —como creía el dócil Rumiban—, sino contra Roma.

Benasur no ignoraba desde hacía tiempo que el camino más corto para llegar a Roma era, precisamente, el de mayor rodeo.

Capítulo 16

Un perro aúlla

A la tercera jornada, la legión Garamantis se encontró con la escuadrilla de reconocimiento, en la que iba Benasur, que regresaba con el informe de que el ejército salmodeo había sido avistado a dos jornadas. Por tanto, en un día a lo sumo se establecería contacto con él. Este informe fue muy valioso para Rumiban.

—Numéricamente —le dijo Benasur— es muy superior a nuestra Legión. Si bien no tienen tanta fuerza montada. Salmodé trae tres legiones, de diecisiete a diecinueve mil hombres. Y mucha impedimenta. Hemos contado quinientos camellos.

Benasur, con muy buen tino, dejaba al general una completa autonomía. Estaba acostumbrado a delegar poderes por la práctica que tenía de dar carta blanca a los regidores de sus negocios y oficinas. En cuanto Benasur encontraba un hombre eficaz puesto a su servicio, lo dejaba actuar con entera libertad dentro del cuadro de líneas generales de sus intereses. Además, durante la organización de la legión Garamantis, Rumiban le había probado sus dotes de militar, su don de mando y sentido de disciplina. No le asistían muchas luces, pero tenía instinto y sabía intuir con una sola indicación dónde estaba lo conveniente. Tenía fama de cruel. Por lo menos, durante la guerra de Tacfarinas se distinguió por sanguinario con Mazipa, el capitán mauro, y con Raz-Amal. Pero Benasur aceptaba que la guerra no se hacía con contemplaciones. Y cuando alguna vez, si por casualidad llamaban a su corazón los sentimientos humanitarios —últimamente muy persistentes con los repiques de Mileto—, no tenía más que acordarse del centurión romano, del centurión de la cara cuadrada, del centurión que en las botazas llevaba un águila rota.

Al mediodía de la cuarta jornada, la avanzada de exploración regresó con el parte: el enemigo estaba a la vista. Rumiban dio orden de dar vuelta atrás, y, sin descomponer la columna, quedando las fuerzas de vanguardia a la retaguardia y viceversa, la legión Garamantis volvió sobre sus pasos. Desde que salieron de Faleza, los

carros eran tirados por dromedarios, pues los caballos —sólo uncidos para el desfile— no eran las bestias adecuadas para la arena.

Durante toda la tarde hasta la hora del crepúsculo, la legión estuvo reculando, en espera de que el ejército de Salmodé se parara. Y con la llegada de la noche, Rumiban dio orden de acampar y de establecer las guardias. Salió una patrulla de exploración que regresó tres horas después con el informe de que los salmodeos habían acampado al abrigo de una región de dunas perennes y al oeste de una extensa planicie.

Rumiban llamó a consejo de jefes en su tienda de campaña. Asistieron Benasur y Mileto.

—Tú, Sidofanela, saldrás en seguida con tus fuerzas para acampar al sur de la planicie, de modo que cuando yo logre arrastrar a Salmodé al llano, te quedes a su retaguardia, tras las dunas. Cualesquiera que sean las alternativas del combate, tú no entrarás al ataque sino cuando veas que los montados de Atulkalí han dado su primera carga. Tu actuación será impuesta por la situación en que nos encontremos nosotros o se encuentren los salmodeos. Sin embargo, no olvides que por tener ante nosotros un enemigo superior en fuerzas, mi plan será dar una sola batalla en la planicie. Si a media mañana no he podido llevar el enemigo al llano, acude a las dunas, siempre cubriendo el flanco oriental... Debemos procurar, y así espero lograrlo, sacar a los salmodeos de las dunas, pues en ellas nos debilitaríamos en una sucesión de costosos ataques. En las dunas, por una carga que nosotros demos, ellos pueden responder con tres. Es todo lo que tengo que decirte. ¿Tienes algún reparo que oponer?

—Sólo el de mi impaciencia, Rumiban. Pero esperaré tranquilo la hora de actuar.

—Entonces, levanta campo y toma la posición que hemos convenido.

Sidofanela salió de la tienda con sus dos lugartenientes. Rumiban, enterado de que la caravana de civiles había acampado muy cerca de las milicias, pidió que se la desalojara a tres millas a la retaguardia. Luego ordenó que los cuerpos del ejército que mandaban Garamizzalan y Atulkali se trasladaran a acampar a las

dunas de la parte norte de la planicie. Aquél al levante, y el getulo al poniente.

Benasur y Mileto se fueron con estos guerreros. Rumiban se quedó solo con su lugarteniente Tizuka y una fuerza de doscientos jinetes númidas, doscientos jinetes mauros y setecientos arqueros garamantas. Además de una cohorte mixta de seiscientas espadas y lanceros. Llamó a los centuriones y los instruyó en el plan de ataque. Y montadas las guardias se retiraron a dormir. Rumiban aún pasó una hora redondeando la operación con Tizuka:

—Las fuerzas mixtas no las meteremos en combate. Y servirán para correr, para dar impresión de retirada, cuando los salmodeos hayan picado en el anzuelo y nos persigan a la planicie para aniquilarnos. Una vez que estén en la arena del llano, les daremos la batalla.

Cuando los salmodeos se dispusieron a levantar el campo, se encontraron con que en el perfil de la duna más sobresaliente estaba el ejército enemigo.

Avanzaron los arqueros realistas de veinte en fondo auxiliados en los flancos por las cohortes montadas que formaban en flecha. En el campamento salmodeo se produjo un primer desconcierto y Rumiban pudo darse cuenta por el toque de tubas que tres jefes distintos estaban dando órdenes. Pero Rumiban no quiso precipitarse. Quería dar la impresión de que su ejército era tan importante como para dar pelea a las fuerzas de Salmodé. Así que avanzó a paso de marcha. Según iban sorteando las dunas, la cuña se iba ensanchando, haciendo creer que el ejército era más numeroso. Cuando estuvieron a tiro de dardo hicieron la primera descarga. Los salmodeos, que aún se estaban organizando, repelieron el ataque. Las alas montadas de Rumiban se lanzaron en carrera de asalto, y fue tal el desorden entre los salmodeos, que la vanguardia se retiró poco menos que diezmada.

Rumiban guardó sus posiciones. Quería mantenerse en su condición de cebo, y esperó a que todo el ejército de Salmodé estuviera en pie y en posibilidad de moverse, pues el jefe realista más que ofrecer pelea quería llevar a Salmodé a la planicie, el terreno por él escogido, por él ocupado tácticamente.

Rumiban veía ante sus ojos la gran cantidad y variedad de tiendas de campaña. Seguramente Salmodé las había requisado a los señores garamantas, pues claramente se veía que muchas de ellas eran de uso civil, de las que se utilizaban en el rigor del estío en el desierto y en las expediciones de caza. No comprendía la causa de ese lujo excesivo de tiendas cuya erección y desmontaje ocupaba muchos brazos y constituían una engorrosa impedimenta.

Al fin, el enemigo dio muestras de estar listo al ataque. Avanzó llevando al centro una fuerza mixta de arqueros y lanceros, apoyada en las alas por cohortes de jinetes. Rumiban resistió el primer choque, y, en seguida, corrió sus fuerzas hacia el levante. Era el primer paso hacia la planicie. Los salmodeos, animados por este movimiento que acusaba la primera debilidad del enemigo, arremetieron con más vigor. Y el ala montada occidental cargó con éxito sobre los jinetes de Rumiban. Los arqueros dispararon cinco granizadas consecutivas de dardos. Entonces Rumiban dio orden de retirarse a las fuerzas «fantasmas» que no habían entrado aún en combate. Y mandó que los jinetes númidas y mauros cubriesen la retirada de los arqueros.

Fue así como se inició la huida. Las fuerzas de Salmodé, repuestas del primer desconcierto que les causó el pronto repliegue del enemigo, percatadas de que no se trataba de un movimiento de emboscada, corrieron en su persecución. Y los gritos de triunfo resonaron unánimes cuando alcanzaron a ver las fuerzas fantasmas en huida. Los mauros y númidas cubrían la retirada de éstas.

En cuanto los escuadrones de Rumiban entraron en la planicie, la retirada tuvo todos los aspectos de una huida vergonzosa. Los salmodeos corrían jubilosos tras los realistas. Y se alborozaron más cuando vieron que, en medio del llano, el enemigo vacilaba y, dando una media vuelta en seco, se dirigía al norte. Las fuerzas de Salmodé cortaron oblicuamente y atacaron con encarnizamiento el flanco occidental de los perseguidos.

Este modo de operar de Rumiban le refrendaba cumplidamente el título de cruel: la frialdad con que sacrificaba las tropas para convertirlas en carnaza.

De pronto, entraron en combate, apareciendo por las dunas norte doscientos jinetes y dos alas de quinientos infantes al mando del lugarteniente Agarán. Tal forma de ofensiva, con los términos invertidos, desconcertó a los hombres de Salmodé. Mas Rumiban había dado órdenes a los lanceros de atacar a las fuerzas montadas. Mientras tanto, los mauros y númidas en huida se reorganizaban para resguardar los flancos de los doscientos jinetes que llevaba de refresco Agarán.

Los salmodeos, sin unidad de mando, se desconciertan unos momentos. En seguida se lanzan contra el supuesto grueso de las fuerzas enemigas. Agarán comienza a recular hacia las dunas del norte. El ejército de Salmodé está ya adueñado del llano. Y avanza como una flecha imponente con quinientos jinetes al frente cubriendo dos masas de cuatro mil infantes, cada una resguardada con dos alas de otros quinientos jinetes.

Rumiban ha logrado obtener lo que deseaba. Todo el ejército de Salmodé está comprometido en un solo ataque frontal hacia el norte. Antes de que alcancen las dunas, sale Apolón por oriente con mil quinientos arqueros y por occidente Tizuka con igual número de lanceros y espadas. La punta de flecha de Salmodé queda contenida entre dos masas enemigas. Y se origina el primer combate cuerpo a cuerpo. Las fuerzas realistas procuran mantener el orden de sus unidades a costa de abundantes bajas. Rumiban quiere mellar la punta de flecha de Salmodé. Y una hora después, cuando la lucha parece equilibrarse, a una orden suya entran de sesgo, por occidente, seiscientos jinetes getulos que manda Atulkalí. Irrumpen en una carga imponente con el estruendo de sus alaridos. El flanco montado occidental de Salmodé comienza a desmoronarse. Y a la media hora, presionado, el ejército se curva ligeramente hacia el nordeste. Entra en combate Garamizzalan con quinientos jinetes que se presentan por levante, en la misma dirección hacia la que se tuerce el ejército de Salmodé. En ese mismo momento Sidofanela aparece por el sudeste con doscientos montados al frente, y una ala en dirección norte de quinientos infantes mientras que la otra compuesta de mil espadas, que apoyan trescientos jinetes, viene por el sur amenazando la retaguardia del ejército salmodeo.

La punta de flecha de Salmodé ha quedado embotada. Y todo su ejército encerrado en una bolsa. Fuera de los flancos, que resisten las arremetidas del enemigo, ocho mil soldados quedan encerrados como una masa inerte, sin posibilidades de entrar en combate.

Benasur, que contempla la batalla desde la más cercana duna del nordeste, no puede menos de reconocerle cierto genio militar a Rumiban. Aun subestimando mucho la calidad de las fuerzas de Salmodé, no olvida que numéricamente son el doble. La batalla comienza a convertirse en matanza. Los escuadrones y cohortes de Rumiban se mueven ágil y articuladamente. El ejército de Salmodé es una masa pesada, lenta, que difícilmente tiene espacio para moverse. Sus hombres son fácil blanco de los arqueros. Al fin, logra abrir un claro entre las filas de Garamizzalan, que parecen ser las más débiles. Rumiban intuye en seguida que la batalla puede perderse en un descuido y él personalmente, al frente de mil jinetes y dos mil infantes corre por la retaguardia de Garamizzalan para cortar al enemigo una posible retirada.

El lugar que deja sin fuerzas lo cubre con un frente de carros, apoyados en dos escuadrones de cien jinetes. Desde los carros, sin moverse, atrincherados, los arqueros disparan contra los centuriones.

Durante hora y media las fuerzas de Rumiban tienen la iniciativa.

La retaguardia enemiga se desparrama presionada por las fuerzas de Sidofanela. Y el ejército de Salmodé queda cortado en tres.

Rumiban contiene la inicial retirada y arremete contra la vanguardia. La avanzada de getulos toma contacto en una operación envolvente, con el ala norteña de Sidofanela.

Pero en eso Atulkalí lanza los seiscientos jinetes turengos, que ha mantenido en reserva, en un ataque de furia incontenible. El alarido retumba diferenciado entre el fragor de la batalla. No hay fuerza que se oponga a esta nueva e inesperada incursión y los salmodeos ceden blandamente. Los jinetes de Atulkalí calan en el corazón de las fuerzas inmóviles del enemigo, al mismo tiempo que Rumiban cierra la boca de la bolsa.

Benasur comienza a ver asomar sobre las tropas salmodeas los manípulos con el banderín de la rendición. Los realistas no ceden por

eso. Suenan las tubas enemigas pidiendo paz, y a duras penas el abanderado con el estandarte garamanta en alto puede avanzar hacia Atulkalí, el jefe más cercano, para entregarle la enseña. Atulkalí rehúsa.

Los salmodeos arrojan las armas al suelo y humillan la cabeza. Las trompetas de Rumiban ordenan un cese el ataque. Mientras en el ejército vencido se hace un silencio sepulcral, los realistas elevan el estruendo de los tres vítores a su jefe.

Rumiban reúne a sus lugartenientes y manípulos. Y subiéndose en los carros avanzan hacia el abanderado de los salmodeos. Él mismo recibe la bandera garamanta. Como es la insignia nacional, Rumiban no la hace humillarse, sino que, alzándola, le da los tres vítores. Y espera a que lleguen los jefes del ejército enemigo. Son cinco, y a los cinco conoce. Al frente de ellos, pálido, cariacontecido, viene Salmodé. Alguno ha sido compañero de Rumiban en la guarnición de Cydamos; otro, que peleó con él en la guerra de África como centurión, es ahora jefe de cuerpo, ascendido hace tiempo por Karl'zan. Los cinco militares se humillan y entregan las espadas.

—¿Qué fuerzas hay en Garama?

—Los mil quinientos hombres de guarnición, kum Rumiban.

Es la primera vez que el capitán Rumiban se oye decir kum. Da orden de avanzar a los carros. Llegan al campamento de Salmodé instalado en las dunas. Las tiendas están llenas de mujeres, de cortesanas. Entre ellas hay muchas concubinas del rey Abumón.

De todo toma posesión Rumiban. Distribuye las mujeres entre sus jefes y éstos, a su vez, rifan las sobrantes entre la tropa. Y separado el quinto, da el botín para su reparto equitativo.

Después hace reunir a la tropa enemiga y dice:

—Mis banderas son las banderas de la legitimidad. Ningún garamanta queda obligado a reclutarse bajo ellas. El soldado que quiera regresar a la ciudad, es libre de hacerlo. Sólo los mercenarios serán vendidos, pues ellos son el botín de mis soldados. El que quiera servir en mis filas que dé los tres vítores.

Los tres vítores fueron unánimes. En el recuento de prisioneros se encontraron ocho mil etíopes y libios, que después de exponer el pellejo no ganaron más que cambiar una esclavitud por otra.

Se asistió solamente a los heridos del ejército realista; los demás fueron rematados.

Cuando la noticia del triunfo de Rumiban llegó al campamento civil, la caravana de la escoria salió para caer voraz como garrapata sobre la soldadesca. Y comenzó a correr el vino y las mujeres pasaron de mano en mano...

A la noche, hogueras y antorchas alumbraban la orgía del campamento realista. De los vencedores sólo había uno que no estaba contento: Mileto. El griego, que aquel día había entrado del modo más fortuito en la carrera del heroísmo, sentía su mente nublada de perplejidades. Y en el corazón parecían revolvérsele con jugos amargos todos los cantos épicos.

Abandonó el campamento. Iba incierto, guiado por el resplandor de las hogueras. Se dirigió a ver la desolación del campo de batalla donde quedaban insepultos miles de cuerpos humanos. La arena, aún tibia, devolvía generosa el calor del día, pero a Mileto se le antojaba que era el calor de los mismos cadáveres, resistiéndose a desaparecer después de tan inútil hecatombe.

Se encontró con la sombra de una mujer. Caminaba por la arena con la cabeza baja mirando acá y allá las manchas de los soldados caídos.

—¿Qué haces?

—Busco a mi hombre...

Era una maura. ¡Buscaba a su hombre! ¿Por qué tanta insensatez?

—¿Cómo vas a dar con tu hombre en esta oscuridad y entre tanto cadáver? No podrás reconocerlo. ¡Si aún conservasen el uniforme que Rumiban ordenó quitarles!

—Es que mi hombre me dijo que al entrar en combate se dejaría caer y se haría el muerto —repuso la mujer.

—Habría regresado ya al campamento. Tu hombre ha caído, para siempre, como los demás.

Mileto continuó andando entre los cadáveres. Dejó a la mujer. Continuó andando atraído por un lejano aullar de perro.

«Esta batalla —se dijo— también la habría cantado el venerable padre Homero. También aquí su lira habría encontrado las más hermosas imágenes y los más vibrantes acentos. Dime, padre

Homero, ¿es que tus héroes eran de pasta diferente a la de estos hombres? ¿Es que tus Agamenones, tus Aquiles, tus Patroclos, tus Héctores, tus Ulises eran distintos a estos Rumibanes, a estos Salmodeos, a estos Atulkalíes, a estos Sidofanelas? ¡No me digas que sí, padre Homero! ¡Si los tuyos tenían corazón, éstos también lo tienen. Si los tuyos eran esforzados, también los míos lo son! Los he visto esgrimir la espada y blandir la lanza, los he visto poner tenso el arco y disparar. Los he visto acudir al enemigo con la valentía y el arrojo de tus héroes. Éstos son de la misma pasta que los tuyos, padre Homero. Pero yo no siento alborozado mi corazón. Mis labios se han quedado mudos para el canto de sus proezas. Porque en rigor de verdad, yo he visto que sólo un hombre, Benasur, movía los resortes de esta descomunal querella. ¿Dónde está la causa, dónde el agravio que debía ser reparado, dónde el premio que pague tan noble heroísmo? ¡Ah, padre Homero! Sospecho que mientras tú cantabas a tus insignes guerreros, había un espíritu maligno que, aprovechándose de tu lírica ceguedad o de tu natural ceguera, se reía delante de tus venerables barbas. Dime, padre Homero, ¿es que también fuera o dentro de los muros de Troya andaba zascandileando siniestramente Benasur? ¿Cuál era su nombre? ¿Dónde está el Benasur de tu Ilíada, el alborotador de pasiones, el ofuscador de conciencias? ¿Dónde estaba el hombre de la bolsa y del botín? Hete aquí, al más humilde y devoto de tus admiradores, con la mente nublada y el corazón conturbado. De niño, yo leía a mi amo Antiarco de Mileto tus épicas estrofas. Y mientras tu verso me conmovía, mi amo, escuchándome, me acariciaba la cabeza. Y yo sentía trasladada a mi cerebro, a mis infantiles pulsos, la emoción que experimentaba Antiarco oyéndome recitar tus cantos. Hoy, al cabo del tiempo, creo sentir que la virgen flor de mi heroísmo se marchita súbitamente al confrontar los horrores y la inutilidad de esta espantosa carnicería. Y acuitado y tenebroso, venerable padre Homero, tengo que decir con el viejo Antiarco de Mileto: milagro sería que la raíz amarga produjera dulces frutos».

Mileto salió de su soliloquio para encararse con el perro que aullaba pidiendo a los dioses que abriesen la morada de las sombras a su amo, un garamanta del ejército de Salmodé.

—¿Qué haces aquí, amigo mío? ¿Por qué clamas a los dioses? ¿Acaso no has visto que los cielos están vacíos? Y si son tu sentimiento, tu dolor, tu felicidad los que se desgarran, ¿crees que tu amo, que tan ciega y estérilmente abrazó la violencia, merezca tu aullido? No llores más, amigo. Deja que los muertos se lloren a sí mismos con sus labios secos y mudos. Mira hacia las hogueras. Allí está la pitanza. Tendrás suculentos huesos que roer, ya que tu amo, por egoísta, tardará muchos años antes de darte los suyos. Deja al muerto y ven conmigo. Te presentaré a Benasur. No, no le aúlles. Él es un vivo: ládrale. Ládrale hasta hacerlo correr. Acúsalo, pues temo que sea el único causante de tus aflicciones; el autor de este silencio de muerte que se ha hecho sobre tantos cuerpos que hace unas horas palpitaban. No sólo cayó tu amigo. Fueron millares. Todos eran iguales a tu amo. Ellos recibían el hueso y lo mondaban de aquello que el amo había repugnado, y cuando lo dejaban limpio te lo tiraban a ti y a los tuyos. ¿No ves que en todo esto no hay más que una terrible, espantosa farsa, y que tu amo era más miserable que tú? Tú lames la mano del que te da la sobra; tu amo se dejó matar por el que le arrojaba el mendrugo. Y así, en una escala vergonzosa de servidumbres y cobardías. Y en el pináculo, arriba de todos, Benasur, como un dios ciego para los hombres, doblando voluntades y pervirtiendo conciencias. Porque has de saber, amigo mío, que Benasur se mueve por una inmisericorde pasión: el odio. Pero yo empiezo a comprender que la pasión de Benasur le proporciona muy jugosos dividendos. ¡Qué sospechosa coincidencia! Y cuanto más muertos, las ganancias parecen ser mayores. Las minas de Bética causaron lutos y ruinas, y las minas de Faleza causan esta guerra sin objeto que ves. No sería Rumiban el vencedor, sino Salmodé, y Benasur habría encontrado sutil coyuntura para aplicarse la victoria aun de su propio enemigo; porque él sí tiene su causa —no como estos infelices hombres—; él sabe por lo que pelea, y encuentra siempre el orden grávido, la pesantez de los hechos Hasta resultando victorioso Salmodé, también Benasur se habría quedado con las minas de zafiro.

Y cuando Mileto le dijo: «No aúlles más, vente conmigo», el perro siguió detrás del griego.

Ya cerca del campamento, poco antes de llegar a las dunas, Mileto tropezó con un cuerpo que pujaba afanosamente. Era un herido. Como a todos los caídos, lo habían desnudado. Mileto lo alzó y cargó con él. El capitán Tizuka pretendió demostrar a Mileto su falta de tino:

—¿Curar a este hombre? Es un mercenario de las tropas de Salmodé. ¡Es un esclavo!

—No importa quién sea, Tizuka. La batalla ha concluido. Los heridos de Salmodé han sido rematados. Los dioses han querido que este hombre se salve y encuentre nuestra indulgencia.

—¡Nuestra indulgencia! Acuérdate de que hemos perdido a Apolón, que Sidofanela está malherido, que miles de los nuestros se quedan en el desierto.

—Insisto en que se cure a este hombre.

Y cuando el práctico hizo la primera cura, Tizuka le dijo:

—Quédate con él. Será tu esclavo. Ya se ha hecho el reparto de los demás.

Mileto se horrorizó sólo de pensar que alguna vez él pudiera tener un esclavo.

La guarnición de Garama no ofreció la menor resistencia. Rumiban hizo una entrada triunfal llevando con la soga al cuello a Salmodé y sus cinco generales. Ahora la versión oficial del vencedor culpaba al efímero rey y sus jefes de la matanza de palacio.

Cuando Rumiban llegó con Benasur, Mileto y su consejo de jefes a la explanada de palacio, vieron en medio una jaula custodiada por dos lanceros. Dentro de la jaula estaba el príncipe Jazalí, tal como lo habían sacado de la mazmorra. Acompañaba al príncipe un extraño huésped: una burra. Durante muchos días, el pueblo de Garama había visto cómo el desdichado Jazalí se alimentaba mamando de las tetas de la burra.

—Yo me voy a la pretoria —dijo Rumiban a Benasur—. No sabría andar por palacio, tengo que acostumbrarme...

—Yo y Mileto sí entraremos en palacio. Somos conocidos, aunque no creo que encontremos más que caras extrañas. Yo te invito a que entres a descansar en nuestras habitaciones. Nos bañaremos y después iremos al castro.

Rumiban, ya más tranquilo con la compañía que le brindaba Benasur, aceptó. Y extendió el ofrecimiento a sus jefes y lugartenientes.

La guardia les rindió honores, Benasur y Mileto llevaron a sus habitaciones a Rumiban. Seguramente después de su salida de Garama, nadie las había ocupado, porque en el armario estaba el ánfora de licor dé Chipre tal como la había dejado.

—Sírvenos una copa, Mileto.

Y cuando se hallaban saboreando más la victoria que el licor, apareció el mayordomo de palacio.

—¡Sed bienvenidos a vuestra casa!

Benasur se quedó helado. Kum Saladar inclinaba la cabeza y sonreía con la expresión aduladora de siempre. Ni las guías del bigote habían perdido su rigidez, su brillo.

—¡Saladar!

—Siempre a tus órdenes, kum Benemir. Sabía que retornarías y por eso me sacrifiqué a seguir en palacio. No olvides que a todos los consejeros con derecho a precinto se nos debe el título de kum. En lengua garamanta, kum quiere decir incorruptible...

Y Saladar alargó la mano para recibir la dádiva.

Benasur sonrió. Sacó una moneda de oro que dio al pícaro. Éste, sin dejar de sonreír, hizo un movimiento negativo con la cabeza...

—¡Cómo! —protestó Benasur—. ¿Acaso has aumentado la cuota?

—No, kum Benemir. Has sido justo con una moneda de oro. Pero olvidas que me debes veinte, las mismas en que te vendí la espada de Garamantis.

—Es cierto. Pero antes de nada, inclínate ante el vencedor; te presento al kum Rumiban, jefe de los ejércitos garamantas.

—¿Por cuánto tiempo? —ironizó el mayordomo.

Mileto estuvo por reír, pero Rumiban contrajo el rostro en una crispadura. Saladar comprendió que se había excedido con grave peligro de su pellejo, y rectificó en seguida:

—Lástima, kum Rumiban, que el harem del muy alto Abumón haya sido botín de la soldadesca del usurpador. Pero con muchos desvelos he logrado reponerlo en modesta medida. Sólo he conseguido adquirir cincuenta y dos doncellas. Y alguna que no lo

es, pero que he comprado a peso de oro, tal como la mauritana Amela.

—¡No! —se le escapó a Mileto.

—Sí, honorable Aristo... El servicio secreto del harem ha podido averiguar que Amela fue tu amante; pero, en vista de una serie de méritos muy señalados que adornan a Amela, fue nombrada dama de la efímera corte del usurpador Salmodé.

—¿Y kum Aidemán? —preguntó Benasur.

—Desde la noche del golpe de Salmodé, no he vuelto a saber de él... Nos perdimos en la fuga... Yo preferí regresar a palacio, porque me dije: «Dondequiera que haya un palacio hay un rey, y dondequiera que haya un rey, se necesita un mayordomo». Yo, kum Benemir, no soy ni un funcionario ni un cortesano: yo soy una institución...

Rumiban, como jefe provisional del Consejo del Trono, lanzó una proclama al pueblo de Garama, pidiendo que todo aquel varón primogénito de madre, hijo bastardo del muy alto Abumón, que se creyera en posesión de títulos y derechos suficientes para aspirar al trono de Garama, presentase pruebas y testigos de su condición de bastardo, a fin de someterse a escrutinio del Consejo del Trono para los efectos consiguientes, vista la manifiesta incapacidad del príncipe Jazalí para reinar, y si el príncipe Aidemán, dado por desaparecido, no se presentaba al tercer pregón de corte.

Fueron muchos los candidatos al trono de Garama que se ofrecieron. No en vano el rey Abumón había disfrutado de un bien surtido harem. Entre todos, ante la ausencia de Aidemán, se escogió a un niño de doce años, llamado Abumonalkamarzurfalí, que en garamanta quería decir «hijo de Abumón, el protegido de la luna». Era primogénito y su madre había sido concubina del rey, sujeta al precinto de Aldebarán. Dada la ancianidad de Abumón, nadie creía que el tal niño fuese su hijo natural, pero las pruebas y testigos fueron irreprochables. Por otra parte, a Benasur le convenía que el rey fuese un niño, a fin de asegurar durante ocho o diez años la regencia de Rumiban.

Respecto a Shubalam —tan agradecido al rey y tan adicto a Kaivan —, Benasur supo que había sido asesinado la noche de la revuelta.

Rumiban hizo ajusticiar a los cinco jefes de Salmodé, no tanto porque considerase excesivamente punible su conducta, cuanto por la necesidad que tenía de abrir paso en el escalafón a Sidofanela, a Garamizzalan, a Atulkalí, a Agarán y a Tizuka.

A Salmodé lo encerró en la jaula en que estaba Jazalí, con un tigre índico. El militar ordenó que hicieran un enrejado de madera que separase al hombre y a la fiera. Era un espectáculo que ningún garamanta renunció a ver. A Salmodé le daban sus alimentos mientras que al tigre lo tenían hambriento. Según pasaban los días, los dos seres enloquecían: el hombre de tan amenazadora vecindad, y la bestia de hambre. Y hora a hora, sin descanso, la fiera sólo dejaba de dar vueltas a la jaula, a su estrecho recinto, para atacar violentamente el enrejado que la separaba de tan cercano y para ella apetitoso manjar. En vano Salmodé se quedaba a veces sin comer por aplacar a la fiera. Ésta, con el bocado que le daba Salmodé, se excitaba más en su hambre.

De Jazalí nadie supo más qué pasó. Ni el pueblo se interesó por él. Rumiban lo había hecho envenenar para acabar con tanta miseria, y cuando puso en los muros de palacio la noticia de la muerte del príncipe, nadie se enteró. La gente se pasaba día y noche aglomerada alrededor de la jaula, pues los maderos del enrejado iban cayendo a las acometidas cada vez más furiosas del tigre. Y ningún garamanta quería perder el momento en que la fiera se echase sobre el exrey.

Salmodé fue degradándose rápidamente. Se adueñó de él la miseria y todo el día se andaba rascando. Hablaba a solas, hablaba con el tigre y le decía: «Me consumo, me consumo. No te dejaré nada de comer en mi cuerpo. Sólo huesos». La gente comenzó a tirarle dátiles, higos, trozos de pan, que él pasaba a la fiera. Y a veces, agarrado a los barrotes de la jaula, transcurría horas enteras, mirando con una extraña expresión de arrobamiento el palacio o escuchando el coro de lamentaciones que lanzaban los tullidos, ciegos, jorobados, leprosos y demás lisiados. Estos mendicantes eran, como Saladar, una institución.

—Aidemán había pensado dar una muerte atroz a Kaivan —dijo Benasur a Mileto—. Sin embargo, con ser su odio y su refinamiento

muchos, nunca se le habría ocurrido este tormento inventado por Rumiban.

Mileto hacía días que estaba deprimido. Empezaba a sentir una repugnancia insoportable hacia el mundo de Benasur. Comprendía que Benasur no tenía un mundo especial, pero había descubierto que el mundo, el mundo todo, lo mismo el de Garama que el de Roma, el de Atenas que el de Gades, el mundo total y amplio se movía por oscuros, criminales resortes de egoísmo feroz. Vanidad, orgullo, amor propio, ambición, ansias de poder, de riqueza, todo lo peor que podía encerrar el corazón del hombre, giraba en terrible, desconsoladora gravitación alrededor de un egoísmo caníbal. Y estos hombres animados de ese criminal, homicida, carnicero egoísmo eran los que, como Benasur, imperaban en el mundo. Eran los que dictaban la ley y le costumbre, los que imponían un régimen de vida, que, explotando a toda la humanidad, no satisfacía más que a sus intereses.

Un mediodía, vísperas de abandonar Garama, cuando el apetito y el sol ahuyentaba a la mayoría del público permanente que tenía el espectáculo de la jaula, sucedió la tragedia. A Benasur le tocó presenciarla casualmente, pues esperaba en la terraza que le sirviesen el prandium:

—¡¡Mileto, Mileto!! —llamó.

El escriba llegó a tiempo para ver cómo la fiera tiraba el último madero del enrejado que se oponía a su ímpetu. Salmodé estaba sentado arrinconado en una esquina de la jaula, y vio venir al tigre sin cambiar de expresión. No hizo ningún movimiento de huida ni de defensa, no hizo el menor gesto de miedo. Parecía una momia. La fiera se echó sobre él. El desgarrón al cuello fue tan brutal, que la bestia metió voraz la lengua...

Mileto se retiró. No quiso ver más.

Y se quedó sin apetito. Como si en el estómago le rezumasen todas las repugnancias, todos los ascos.

Desde ese día Mileto tuvo otro apetito, otra sed. Ambos pusieron palidez en sus mejillas y un brillo apasionado en sus ojos.

—¿Sabes lo que he pensado, Benasur? Llegaremos a Jerusalén y te abandonaré.

Benasur le contestó fríamente:

—Hace tiempo que no estoy deseando otra cosa, Mileto. Pero creo que ni tú ni yo podremos ver nuestros deseos satisfechos. Dejemos la cuestión pendiente para Jerusalén.

Dos días más permanecieron Benasur y Mileto en Garama. Después se fueron a Faleza, y de esta población, en compañía de Zintia, salieron rumbo a Leptis Magna para embarcarse en nave alejandrina de la flota de Benasur. Abima se quedó encargado del correo de Leptis Magna a Lomelí. En el puerto leptino aún esperaron cinco días a que se abriese el mar a la navegación.

Capítulo 17

Alejandría

—¿Y qué sucedería si no suscribiésemos los cincuenta millones, Benasur? —preguntó Sarkamón.

—¡Me hundiría! Y conmigo algunos de mis socios... —contestó el navarca.

—No yo —se descontó el naviero de Alejandría.

—Quizá no. Tú tienes las vidrieras y los textiles; tienes también las más ricas tierras del Delta, pero ¿y tus barcos?

Sarkamón se encogió de hombros. Y sonrió a Mileto.

Estaban en el patio tomando unas copas de vino, bajo las lonas que los preservaban del sol.

—Mis barcos ¿qué?

—Tu flota como todas las asociadas con las mías están comprometidas en el sistema de servicio que yo he organizado. Si se hunde la Compañía...

—¿No te parece el golpe que nos han dado los navieros romanos demasiado fuerte para que vengamos a exponer tan fabulosa cantidad de oro?

A Sarkamón no parecía interesarle la charla. Se levantó, dio unos pasos y le dijo a Mileto con evidentes deseos de cambiar de conversación:

—Vendrá a verme dentro de un rato Onofris. Da lección en el Museo y desde que le hablé de ti mostró interés en conocerte. El egipcio volvió al tema, diciéndole a Benasur:

—No creas que me opongo a suscribir mi parte... Pero tendrás que contar con los demás socios. Y sé que algunos están disgustados. En la vida de los negocios es imposible actualmente prescindir de relaciones con los équites romanos...

Las cosas se habían puesto difíciles. Los équites de Alejandría y del Egeo que poseían flotas, respiraron en solidaridad con los de Bética, bajando sus tarifas. El plan de resistencia era a muy amplio plazo y tendía a debilitar la economía de las flotas que manejaba Benasur. El mismo grupo financiero del senador Appiano, que se hizo de las flotas romanas, carente de experiencia en los negocios navieros, se apresuró a bajar las tarifas imitando a los équites. Y tras ellos siguieron la baja los armadores griegos y egipcios. Darío David, sin poder comunicarse con Benasur —ausente por Garama— resolvió también bajar las tarifas. Si esto fuera poco, el plan industrial de Bética agigantado con el aumento de producción, requería constantes inversiones para sostenerse. Máxime que Bética producía un material «inerte» desde el punto de vista comercial, puesto que, destinado a una guerra futura, los dividendos que pudiera rendir ésta se hallaban sólo en perspectiva tan aleatoria como remota. La construcción de las doscientas naves en que se hallaba empeñado Benasur eran otro gasto pasivo; pues si al principio calculó pagarlas con desahogo de los mismos ingresos de sus flotas, ahora le abrían una sangría, ya que las flotas no sólo no dejaban ganancia, sino que exigían el auxilio de una reserva de dinero de resistencia.

Las minas de Faleza eran ricas, pero sus gemas no podían ser lanzadas de golpe en el mercado. Para vender las piedras se necesitaba todo un plan rigurosamente meditado, de periódica y

cauta distribución. Además, apenas si las minas habían comenzado a trabajar en provecho de Benasur.

Al llegar cuatro días antes a Alejandría, el navarca se encontró con una carta de Darío David en que le daba cuenta menuda de la situación. Le informaba también de que para cubrir un descubierto cuantioso que se originaría a fines de la primavera había puesto a la venta más orientales de los que el mercado podía absorber sin una baja, y que no se atrevía a formar la venta sin cometer el peligro de provocar el pánico.

Yo espero sostener el mismo ritmo de trabajo en Bética, a fin de mantener la confianza en este país, y poder disponer de los depósitos en oro hechos al Banco Turdetano, en un momento de apuro. Pero la situación conviene aliviarla antes que se escuche el crujir de huesos. Si se diera, como hemos hablado, con el método de laminar de mercurio el metal y vidrio, la cosa cambiaría completamente. Y dado este venturoso caso, yo sería de opinión de suspender momentáneamente la producción de artículos «onerosos» e incrementar la de artículos de fácil y pronto consumo.

Darío David cuando hablaba de artículos «onerosos» se refería al material de guerra.

Al recibir carta tan poco alentadora, Benasur se encerró con Mileto. El escriba, dada la facilidad que tenía para los cálculos aritméticos, le hizo en seguida un balance de la situación. Los números «negativos» sumaban cifras demasiado grandes. Mileto aconsejó a Benasur mucho más francamente que Darío David, la suspensión inmediata de todo compromiso «oneroso». Cancelar con Amez, de Galafa, el pedido de calzado; con Isaac Gálatus, de Massilia, el de túnicas y mantos. Botar lo antes posible las naves que se estaban construyendo en Gades y Malaca para resistir la competencia. El plan de economía lesionaba gravemente los proyectos bélicos de Benasur. En realidad, los suprimía. Sin que influyera en este criterio de reajuste financiero su personal repugnancia a la guerra —acentuada con el desencanto de la épica que le había provocado la batalla del desierto—, sino el rigor de los

números. Lo cierto era que Benasur se encontraba al borde de una quiebra ruinosa.

—¿En qué piensas? —preguntó Sarkamón al navarca.

—Pienso que si alguno de los socios me abandona, no caeré yo, sino él. Tengo mis reservas. Y antes de dar un paso atrás en mis proyectos, acudiré a ellas. Si bien no me gustaría ofreceros a ninguno de vosotros participación en las concesiones que son de mi exclusiva propiedad...

—¿Qué concesiones son?

Benasur se encogió de hombros.

—No viene al caso hablar ahora de ellas. Tú dices que pondrás tu parte, ¿verdad?

—No, Benasur —repuso Sarkamón—, no digo eso. Digo que no me opondré, a pesar de los abundantes argumentos que tendría para ello, a que tú reúnas el capital que necesitas entre nosotros. Y yo pondré mi parte siempre y cuando los demás suscriban la suya. Si no levantas los cincuenta millones, yo no aportaré un cobre...

—¿Sabes que Siró Josef me ha ofrecido diez?

—No me extraña. Siró Josef, si no te quiere, por lo menos te admira. Sobre todo después que le quitaste la regencia de la Compañía. Además le has dado mucho dinero a ganar con la operación de navieros. Pero mi caso no es el de Siró Josef. Si yo un día logro arrebatarte el mando de la Compañía, nadie será capaz de quitármelo. Y evitaré interesarme en empresas de mucha aventura...

—¡Has cambiado, Sarkamón! Tú eras de los que más leña echabas a la hoguera...

—Sí, hace años. Pero ahora... Mis negocios son demasiado sólidos y prósperos para comprometerlos en ideales. No se vive mal bajo el régimen de Roma, Benasur... Yo he prosperado mucho...

—¡Ya, ya comprendo! Aún prosperarás más todavía. Y prosperarás conmigo, sin que yo lo quiera... ¿Y qué, Sarkamón? ¿Qué ganancia para tu corazón sacarás de tanta riqueza? Dejarás a tus hijos más dinero del que necesitan para vivir como señores. Pero lo que no les dejarás será una patria libre. Y tus hijos y tus nietos no te agradecerán el dinero que les dejaste, sino que reprocharán la cobardía de sus mayores, que consintieron servilmente el yugo... Ya

ves qué distintos somos. Yo sigo siendo el mismo. Tú has cambiado...

—Por fortuna. Yo vivo tranquilo y moriré en paz. Tú en la tumba te has de revolver movido por el odio, acusado todavía por la mirada de tu infeliz madre, Benasur...

—¡Sarkamón! —gritó con rigor de amenaza el navarca.

—¿No me lo has contado tú mismo? ¿No me has dicho que mataste a tu hermano? ¡Todo por el odio! No, Benasur. Tu historia podría impresionarme, casi seducirme, cuando yo era soltero. Pero ahora no. Ahora tengo hijos, y tú, Benasur, necesitarías tenerlos para comprender la monstruosidad que cometiste... Yo... yo...

Sarkamón no continuó. Se detuvo porque la expresión de Benasur era terrible. Mileto se había encogido miedoso, súbitamente aterrorizado de ser poseedor de aquel inconfesable secreto del judío.

—Perdóname, Benasur —murmuró el egipcio—. Pero me exalto sin querer. Tienes una cualidad especial para meter el cuchillo y removerlo en las entrañas de uno... Perdóname, estaba ofuscado —y como si entonces se diera cuenta de la presencia de Mileto, agregó —: No sé lo que digo... Nada de ello es cierto. Tú lo sabes, Benasur...

Por suerte un criado entró en el patio para anunciar la llegada de Onofris. El visitante obligó a todos a cambiar de cara. Sarkamón presentó al maestro. Y Mileto, a fin de escaparse de una situación tan escabrosa, con el noble deseo de poner tiempo y espacio entre sus oídos y el crimen de Benasur, aprovechó la ocasión para decir a Onofris:

—Si Sarkamón lo permite, me gustaría que tú y yo, mientras ellos hablan de negocios, diéramos un paseo por la ciudad y habláramos de las cosas que nos interesan... ¿Hay poetas alejandrinos adheridos al movimiento diónico?

Los dos hombres salieron. La casa de Sarkamón estaba en el barrio judío, detrás del Hipódromo, Cogieron la vía de Los Tres Macedonios, rumbo al centro de la ciudad.

A Mileto no le gustaba Alejandría. Se había decepcionado al recorrerla el mismo día que llegaron. Le parecía una ciudad un tanto destartalada e inferior en lo urbano a su renombre. Las inmundicias

que se encontraban a cada paso le daban un aspecto más descuidado y sucio que Roma, que Siracusa. Después de habituarse a la pulcritud de Gades, a la limpieza de Garama, Alejandría le parecía la vuelta a un mundo revuelto y atrasado. Sin embargo, no podía menos de pensar que en aquella ciudad se refugiaban los hombres más preclaros del mundo. Aquellos que, huyendo de la pedantería de Atenas, del practicismo de Roma, del retoricismo de Siracusa, habían hecho de Alejandría cómodo asiento para el espíritu. Los extranjeros eran hospitalariamente acogidos. Los nativos tenían el mismo rencor contra Roma que los extraños, y este sentimiento unificaba a la ciudad. Tan patente era que los mismos romanos renunciaban en Alejandría a su arrogancia para convivir en un plan de máxima igualdad con los egipcios y griegos.

Pero fuera de esto, la ciudad, como núcleo urbano, no satisfacía a Mileto. No había concluido de formarse como unidad helena. Los emigrantes de todo el mundo habían aportado elementos arquitectónicos extraños. Por otra parte, los indígenas del interior sumaban sus elementos pesados, adustos. Luego Roma la adornó con los suyos propios con esa improvisación y falta de limpieza en el estilo con que los colonizadores vuelcan sobre la tierra ajena su arquitectura. Todo ello más que un mestizaje con cierto carácter urbanístico, venía a deslucir y desvanecer los rasgos propios de la ciudad en un confusionismo en que se borraba la peculiaridad de una fisonomía.

El carácter de Alejandría estaba en sus calles, en las gentes más diversas que pululaban por ellas. En los mercaderes de todos los rumbos del orbe, en las cortesanas, que, a diferencia de lo que ocurría en otras ciudades, no daban aquí el tono de la sociedad alejandrina, sino de la sociedad que cada cortesana representaba: siracusana, romana, palestina, ateniense, tesalonicense, cilicia... En fin, los más diversos pueblos. Pues se vestían como en el país de origen y se aderezaban de acuerdo con la moda de su patria. Por esto resultaba Alejandría como un amontonamiento, sin fusión, de nacionalidades y de razas.

—Contempla este ágora, caro Mileto.

Los dos hombres se detuvieron y el griego se vio obligado, para no decepcionar a Onofris, a poner una cara de admiración ante un remedo ático.

—Sí —concedió por amabilidad—, es hermosa esa estampa... Pero al volver la vista tropezamos con ese panteón tebano. Onofris rio.

—No, no es un panteón, caro Mileto. Es el nosocomio de Sharon, el más eminente médico de Alejandría.

—¿Sharon has dicho? ¿Cómo es posible que un médico tenga una casa de enfermos? —se interesó el escriba.

—Son tantos los pacientes que vienen a curarse con Sharon, que el físico tuvo que mandar construir esta casa. Aquí se hospeda toda la miseria humana.

—¿Tú conoces la casa por dentro?

—Sí, y conozco a Sharon. Sharon es mi compañero de Museo. Él da la clase de Natura Humana.

—¿Eres amigo suyo?

—Sí. ¿Te extraña? Él me quitó limpiamente el bordillo calloso del cuello...

Mileto se quedó de una pieza. Le admiró que Onofris descubriera así, sin ningún pudor, sin reparo alguno, su antigua condición de esclavo. ¡Y él que sentía tantos escrúpulos, tantos temblores sólo de pensar que alguien pudiera descubrirle su ínfima clase! Acertó a balbucir:

—Pero... ¿acaso... tú...? No quisiera molestarte con mi pregunta... ¿Tú llevaste la cadena de esclavo?

Onofris rio.

—¿Por qué habría de molestarme, caro Mileto? Vosotros, los hombres libres, dais mucha importancia a nuestra condición... ¿Qué culpa tenemos de nacer esclavos? ¡Aún llevo la cadena! Mi amo es un patrón analfabeto que no sabe dónde tiene la mano derecha...

Y Onofris, descubriéndose el cuello, mostró la cadena del aherrojamiento al escriba. El esclavo continuó:

—Mi patrón se beneficia del salario que me pagan en el Museo... Mileto pensaba en Sharon, el único hombre capaz de quitarle la marca de la esclavitud. Pensaba en la valentía de Onofris. Y ese hombre, tan hábil disertador de Cosmografía —según le había dicho

Sarkamón— no tenía vergüenza de proclamar su condición, y tomaba asiento en una cátedra del Museo.

—¿Tú eres esclavo, Onofris?

—Sí. Ya te lo he dicho.

—¿Y Sharon te ha quitado el bordillo del cuello?

—¿Quieres verlo?

Y antes de que Mileto contestase, Onofris volvió a descubrirse el cuello y agachando la cabeza se lo mostró a Mileto. Éste no pudo resistir la curiosidad de pasar las yemas de sus dedos por el lugar en que había estado el callo. En efecto, la piel conservaba la misma suavidad que el resto del cutis. Ni una cicatriz ni una sola huella o mancha de la operación.

—Debo confesarte algo que sólo tú sabrás, caro Onofris. Yo también fui esclavo y conservo el bordillo... ¿Tú podrías llevarme a Sharon?

—¿Cuánto oro tienes?

—Puedo disponer de más de quinientas monedas...

—No será necesario tanto dinero. Yo puedo hablarle y decirle que tú eres pobre... Sharon tiene simpatía por los helenos, La estancia en el nosocomio cuesta cinco ptolomeos plata por día. Necesitarás cuatro días de reclusión, si es que no quieres andar por la calle con el emplasto preparatorio... ¿Tienes tiempo?

—Sí, Onofris.

—Pues si quieres, pasado mañana veremos a Sharon... Si tienes un buen libro, llévaselo de regalo. Si no, cómpralo... —Y tras una pausa—: ¿Has visto ya el faro?

—Encendido, no.

—Vamos a Néapolis. En la taberna de Falam tomaremos una cerveza... Falam se pone bien a estas horas.

Mileto sólo dejó una nota a Benasur diciéndole que no se preocupase por su ausencia, que regresaría pasados unos días.

De eso se acordó cuando abrió los ojos en su cubículo del nosocomio de Sharon.

La intervención del físico la tarde anterior había consistido en hacer infinidad de punciones en el callo y una cisura a todo lo largo

del mismo en su parte central. Después le aplicó un ungüento ácido que Mileto supuso reblandecería el tejido parásito.

En la mañana que despertó en el nosocomio, un ayudante de Sharon vino a levantarle el apósito y a renovarle el ungüento, ahora de un penetrante y repugnante olor. Y al día siguiente se presentó Sharon en persona, con dos ayudantes y con sus cuchillos.

—Ni una gota de sangre, Mileto —le dijo para que no se asustara.

Lo pasaron a una litera muy alta, se acostó boca abajo y el médico comenzó a manipular. Mileto sólo sentía el roce del cuchillo como abriéndose paso en una materia propia si bien inerte, insensible, Mientras el médico manipulaba, entabló conversación con el paciente.

—¿De qué parte de Grecia eres?

—De Corinto... —contestó Mileto.

—¡Aaah! De Corinto guarda mi corazón algunas lesiones... ¿Recuerdas el ágora de los Tejedores?

—Sí, ilustre Sharon...

—¿Recuerdas la casa del pórtico?

—Sí, la recuerdo. Pertenecía a Panafrenmis el Devoto.

—Cierto. ¿Conocías a su hija?

—Sí, Sharon. Era amiga de Afridia, hija de mi amo, Antiarco de Mileto...

—¿Recuerdas cómo se llamaba...?

—¿No era su nombre Thamisfer? —replicó Mileto.

—Exacto. Pues esa Thamisfer tenía, además de unos muy hermosos ojos verdes, muy bien puestas caderas, y los senos eran una esfera partida en dos, y cada parte en su lugar. Pero además Thamisfer tenía una voz que hacía morir de envidia a los pájaros.

—Sí —agregó Mileto—; recuerdo que una vez me embelesó oyéndola cantar en la fiesta de esponsales de Afridia...

—Pues esa voz que a ti te embelesó a mí me torturó. Y como las cosas del corazón cuando aún hieren no son para contar, no es prudente que siga hablando de Thamisfer, mujer ingrata si las hay. Esto te lo cuento para que veas que sí conozco tu ciudad.

Duró la operación diez minutos. Cuando Sharon se disponía a colocar otro apósito, dijo:

—La callosidad ya ha sido eliminada. Ahora lo importante ya no son mis manos, sino los componentes de este emplasto, los que acabarán de sacar las raíces. Mañana te pondré una tirilla de lino. Podrás irte ya a tu casa. Conserva la tirilla unos veinte días. Después puedes quitártela con toda tranquilidad y podrás exhibir tu cuello limpio de callo, Sin embargo, durante algún tiempo observarás que la nueva piel se cae en escamas. Es la última fase del proceso.

Y tras una pausa:

—Te digo esto porque ya no nos veremos sino en el Museo. Mi amigo Onofris me dijo que posiblemente darías un curso en la Sala de los Pedagogos. ¿Sobre qué ciencia, Mileto?

—Si me invitan versaré sobre «El hombre, animal frustrado».

—¿Humor ático, Mileto? —preguntó el médico.

—Tragedia ecuménica, ilustre Sharon.

—Me encantará escucharte. ¿Has pensado alguna vez que el hombre pueda enfermar del espíritu?

—Sí, pero no comparto la creencia.

—Hay un maestro judío, Sem Leví, que sostiene esa tesis. El orden sacerdotal se ha enterado y le ha quitado la cátedra. Te gustará oírle, Mileto.

Cuando se fue el médico, el escriba reconoció que en Alejandría las gentes eran mucho más liberales que en cualquier otra parte. Hombres como Sharon no tenían escrúpulo de hablar de igual a igual con individuos de clase social inferior.

Capítulo 18

¡Dinero, dinero, dinero!

Mileto no sabía cómo presentarse a Benasur. Así que cuando en la oficina le dijeron que el Magnífico se había ido con Zintia y otros señores a comer a Lochias, el escriba se fue corriendo al restaurante para no desaprovechar la oportunidad que le ofrecía la concurrencia.

Fue bien recibido. A la mesa, muy adornada con flores, se hallaban reclinados, además de los anfitriones, Dam y su mujer Helena. Akarkos y Osnabal, Sarkamón y dos de sus esposas, una egipcia llamada Cleo y otra cirenea que respondía por Zima. Mileto ocupó un triclinio donde estaban Cleo y Osnabal.

Le llovieron preguntas sin que por unos minutos le dejaran saber qué feliz casualidad había reunido a tan gratos comensales. Pero poco a poco, y mientras el cocinero Zarkah en persona tomaba nota de los platos, Mileto se informó de que los trabajos que Dam hacía en Carthago Nova para erigir un templo a Saturno habían quedado suspendidos; que el matrimonio se dirigió a Gades para encontrarse con Benasur; que al enterarse de la salida de éste para África, regresó a Siracusa y que allí, sabiendo que el Aquilonia zarpaba para Alejandría, decidieron embarcarse con el fin de ver a Benasur y pedirle una recomendación para el césar Tiberio.

Dam traía en la cabeza un proyecto gigante, que resolvería el problema de tránsito en Roma. Quería, además darle a la Urbe toda la grandiosidad que debía tener como capital del Imperio. Se trataba de ensanchar el viejo Foro y prolongarlo más de mil pasos con un pórtico de columnas cuadradas. Dam insistía mucho en lo de las columnas cuadradas. Su más sólido argumento era: «¡Hay que acabar con las columnas cilíndricas!», como si el cambio de la forma implicase el cambio de material. Benasur, Osnabal y Sarkamón comprenderían que Dam dijera que había que acabar con las columnas de madera y cambiarlas por las de mármol; pero que el arquitecto pusiera tanto énfasis y diera tanta importancia a las columnas cuadradas, no les entraba en la cabeza. Sobre todo que hablase de las columnas cilíndricas como si se tratase de algo nefando.

Sin embargo, Mileto sí entendía a Dam. ¡Claro que había que acabar con las columnas cilíndricas! No era poca cosa hacer un cambio en las formas.

El proyecto de Dam era ambicioso. El pórtico a ambos lados del Foro se extendería unos mil pasos y al final se levantaría un anfiteatro colosal capaz de alojar a ochenta mil espectadores.

Benasur puso sus reparos al proyecto:

—En esa ampliación tendrías que demoler la basílica Emilia, la Regia, el templo de Rómulo entre otras edificaciones inamovibles. Acepto que Tiberio obtuviese el permiso del Senado y del Orden Sacerdotal para derribar el templo de Rómulo o llevarlo a otra parte, pero no habrá poder en Roma que logre tirar la basílica Emilia. Los Emilios forman un viejo clan y, despechados por la cada día menor injerencia que les permiten en la cosa pública, se pasan todo el tiempo hablando sobre la donación de su antepasado.

Dam lo rebatía todo. Y cuando alguien insistía en la oposición acababa por mirarlo con ojos más saltones que nunca; unos peculiarísimos ojos que parecían salirse de las órbitas para escrutar y acariciar, para medir y pesar al mismo tiempo las formas. Pues las formas para Dam eran exclusivamente plásticas, voluminosas.

Durante la comida, Mileto pudo darse cuenta de que Helena tenía un gesto de desencantada y hasta le pareció que estaba algo desmejorada. En contraste con Zintia, que, recostada a la derecha de Benasur, no podía ocultar su satisfacción de triunfadora. Esta complacencia rebasó al orgullo cuando Benasur le dijo a Osnabal:

—Zintia pretende hallarse embarazada. Y nada menos que de trigéminos. Así que te agradeceré la lleves con tu amigo Sharon, a ver qué opina.

Zintia se puso encendida. Con un rubor que la llenaba de felicidad. Pensó que Benasur había hecho muy bien en especificar que su embarazo era de trigéminos, porque estaba segura de dar a luz, tal como lo exigía el navarca, tres criaturas tan espléndidas como tres soles. Sobre todo, satisfacía también su vanidad ante Helena, mujer estéril.

La noticia hizo converger las miradas de todos los comensales hacia el vientre de Zintia y hubo alguno, tal como Sarkamón, que se incorporó para poder ver, desde el lugar en que se hallaba, a la joven. Lo cierto es que los signos externos no denunciaban un futuro alumbramiento, pues si bien el vientre de Zintia mostraba cierta

curvatura, todo el cuerpo de la joven experimentaba igual transformación. Por otra parte, a los ojos expertos de Osnabal, Zintia continuaba teniendo la misma delgadez de talle que cuando salió de casa de Celso Salomón.

—Me parece muy bien que la vea Sharon. Además es posible que él encuentre un método más eficaz que el mío para hacer desaparecer totalmente las cicatrices del hombro.

Hubo que dar nueva información a los Dam sobre la causa de las cicatrices. Y el mismo Sarkamón se interesó en los pormenores del atentado. Mileto explicó en detalle el suceso. Zintia sonreía feliz. Parecía decirle a Helena: «Es inútil que pretendas seguir coqueteando con Benasur. No sólo llevo en mis entrañas su sangre, sino que he vertido la mía por él». Y Helena entendía bien el lenguaje inaudible de Zintia. Lo entendía tan bien, que no perdía oportunidad de poner de manifiesto su distinción, su exquisita, su refinada —hasta el artificio— elegancia. Estaba segura de que esa elegancia era un arma a la que el navarca se mostraba sensible. Pues ella sabía que Benasur la admiraba, puesto que decía que ninguna otra mujer en el mundo ayudaba tanto y tan inteligentemente como Helena a su marido. No hablaba y siempre estaba a su lado. Lejos de importunarlo con pequeñeces domésticas, con exigencias pueriles, le alentaba y estimulaba en su trabajo. Para Helena no había arquitecto en toda la historia del mundo como «su» Dam. Y no lo decía estúpidamente, por simple halago de vanidad femenina, sino argumentándolo, polemizándolo si ello era necesario.

Para Mileto, de todas las mujeres presentes la más bella era Zima, la esposa de Sarkamón. De muy buena estatura y bien proporcionada, y con un cutis tan juvenil, estirado y lozano que hacía difícil creer que hubiera ya dado tres hijos a Sarkamón. La otra esposa, sin embargo, era una egipcia de facciones vulgares y tirando a gorda. Cleo había traído al mundo una sola criatura, que era el primogénito de Sarkamón, muchacho que iba para los diez años. Sarkamón parecía feliz con sus dos esposas y, según había oído decir a Benasur, Cleo y Zima se llevaban tan armoniosamente como si fueran hermanas. Sin embargo, la tercera esposa del egipcio era tan quisquillosa e intrigante que el marido concluyó por confinarla en

una propiedad que tenía en Pelusium, en el extremo oriental del Delta.

Benasur no había cambiado durante la comida ni una sola palabra con Mileto. Se mostraba francamente molesto con su huida. Por eso Mileto no se enteró sino en el último momento de que habían sido apresados ya los autores del asesinato de Skamín.

—¿Ya los arrestaron? —preguntó. Y Akarkos le puso al corriente:

—Sí, en Cidonia. Las autoridades de la ciudad debían de tener instrucciones tan precisas como severas, porque lograron hacer confesar a Mario Capito quiénes estaban complicados en el crimen. El caso es que fueron arrestados tres armadores romanos. Uno de Tesalónica, otro de Siracusa y otro de Misena. Los tres, junto con el naviero Mario Capito, pertenecen al Orden Ecuestre, También dieron con el paradero de los cinco asesinos materiales de Skamín. Todos ellos han sido enviados a Roma...

—¡Rudo golpe para los équites! —comentó Osnabal. Y Benasur, dirigiéndose a él, no a Mileto, agregó:

—Lo interesante son las represalias de las gentes del Egeo. Esa negativa del público y de los comerciantes a utilizar las naves romanas...

A un gesto del navarca, Zintia accedió a levantarse de la mesa. La joven ya había conocido Lochias, el famoso restaurante alejandrino del que hablaban las gentes importantes del mundo. Hacía meses, en el Aquilonia, navegando por el Mar Ibérico, Helena le había preguntado con cierto retintín: «¿Tú conoces Lochias, Zintia?». Entonces Zintia tuvo que enrojecer de vergüenza. Ella era tan miserable, tan poca cosa, que no conocía Lochias. Y ahora Helena había visto que la infeliz alhuma, sacada del ergástulo por una chifladura de Benasur, se había constituido en su anfitriona. La contestación de Zintia logró ser contundente. Y mentalmente pareció decirle a la mujer del arquitecto: «Ves que conozco Lochias y tú te has sentado a mi mesa como invitada para recibir la noticia de que en mi vientre llevo prendida la simiente de Benasur».

Pero eso no lo pensó Helena. La mujer de Dam estaba demasiado preocupada por otras cosas. Quería pedir a Benasur dinero, pues de

lo contrario, hasta que su marido encontrase nuevo trabajo, se vería obligada a vender sus joyas. Y eso era lo último que haría Helena.

Salieron del restaurante. Se fueron al puerto para embarcarse en el Aquilonia, que los llevaría a Heraclia, muy cerca de Alejandría, donde Sarkamón tenía una propiedad. El naviero los había invitado a cenar allí.

Cuando Zintia y Mileto pudieron verse a solas, la joven le dijo:

—Estoy molesta contigo, Mileto. No eres el de antes. Parece como si no fuéramos amigos; más aún que amigos, hermanos. Sabes que te guardo mi mejor afecto... ¿A qué se debe tu conducta?

—Yo no he cambiado Zintia. Son las circunstancias, los hechos los que cambian...

—Desde que saliste para la guerra eres otro...

—Sí, desde entonces. Y ya se lo he dicho a Benasur. No me gusta trabajar con él...

Zintia se quedó sorprendida.

—¿Quieres decir que nos abandonarás?

—En cuanto lleguemos a Jerusalén... No me interesan los móviles de Benasur. Me repugnan... ¡Dinero, dinero, dinero! No oigo más que hablar de dinero, de millones, de plata, de oro, de gemas... ¡Tengo el empacho del dinero sin haber salido de mi pobreza! No creas que es reproche de asalariado ni resentimiento de pobre. Me he indigestado de dinero. ¿Es que la vida, el mundo, es sólo y únicamente dinero? ¿Es que no tenemos un corazón para sentir a nuestros semejantes, un cerebro para pensar, unas manos para tocar otras cosas que no sean dinero? ¡Dinero, dinero, dinero! Hay gentes que pintan y gentes que esculpen y gentes que escriben y gentes que se humillan para adorar a Dios. Hay gentes que sufren, porque has de saber, Zintia, que el hombre sufre desde el nacer. Has de saber que si Yavé no te hubiera sido propicio, tú seguirías en la esclavitud, sintiendo el látigo de Savio, de los miles de Savios que destinan los Benasures, los Salomones, los Sarkamones para flagelar al humilde... Piensa que muchas carnes, iguales a esas tuyas que ahora sólo sienten el roce de la muselina y del lino, de la seda y del damasco no conocen más que el escozor lacerante del flagelo como tú lo has conocido, Zintia... Por eso me ves distinto. Porque estoy

harto de dinero. Porque no he visto mayor cantidad de oro manejado por una sola persona y tan mal destinado. Benasur es un círculo trágico: ganar dinero para hacer la guerra del odio, hacer la guerra del odio para ganar dinero. Yo no creo en los dioses y dudo que haya una justicia suprema. Pero creo en mi conciencia, creo en mi ética, Zintia. Y prefiero un mendrugo ganado modestamente dando lecciones a gente analfabeta, que el espléndido salario de Benasur... porque has de saber una cosa, Zintia, y es que tú y todos los que rodeáis a Benasur acabaréis aplastados por una montaña de oro o por una ola de sangre... No quiero eso, Zintia. Y por no quererlo, abandonaré a Benasur. ¿Te acuerdas de lo que te dije una vez en Gades? Quiero llegar a viejo, tener un amigo o una amiga que sean dulces conmigo, y escribir mis memorias... Quiero dejar dicho que la Humanidad va por caminos equivocados. Que sólo la práctica de las virtudes y la satisfacción de los apetitos moderados conducen al bien del hombre. Y que no hay mayor felicidad que la del sosiego consigo mismo... ¡Perdóname, Zintia! ¿Qué ha de importarte a ti lo que yo quiera?

—Me importa mucho, Mileto. Me importa porque yo quiero para mis hijos un mundo como el que tú ambicionas..., un mundo con menos dinero y con un poco más de amor y felicidad. Pero tú no debes abandonar a Benasur... Yo te suplico que no lo dejes. Sin ti, Benasur se convertiría en un ser odioso.

—¿Acaso no lo es, Zintia? ¿Acaso ha dejado de serlo alguna vez? Antes los crímenes los cometía personalmente...

—¡Mileto!

—... ahora tiene el suficiente dinero para valerse de los pretorianos, para armar ejércitos. ¿Adónde vamos a parar con Benasur? ¡Un mundo nuevo! Dice que quiere humillar a Roma, que los romanos son unos bárbaros. Y para lograrlo llevará su barbarie a extremos que horrorizarán a la gente. Por él han caído Abumón, Aidemán, Shubalam. Han caído infinidad de gentes en Bética. Y ha caído el hombre más noble que he conocido: Kaivan. ¡Tu paisano! Ése si quería hacer su mundo, pero un mundo que estaba en consonancia con mis aspiraciones, con las tuyas quizá, con la aspiración muy legítima de millones y millones de gentes que

quieren dignificarse... No, Zintia, nada tengo que hacer al lado de Benasur. Debo pasarme enfrente, al lado contrario, y gritar y acusarle, desenmascararlo. La gente cree que cuando se va a la guerra se lleva en el corazón un noble sentimiento y en la mente una noble idea. Eso para Benasur es mentira. La guerra que ha hecho en Garama, sin que los garamantas se hayan dado cuenta, sin que el propio Rumiban lo haya sospechado, es la guerra del despojo... ¿Sabes cuánto han costado las gemas con que te obsequió en Los Afanes, lo que costarán las que siga regalándote?

—Ya lo sé, Mileto: el sudor de dos mil esclavos.

—¡No! No sólo el sudor de dos mil esclavos. Costaron más de cuatro mil hombres muertos que quedaron en el desierto...

Zintia había bajado la cabeza. La acusación de Mileto le tocaba en parte. Ella se vestía, se alhajaba con el producto de aquel pecado. Mileto se acercó y, estrechándole las manos, le dijo:

—Perdóname y no te aflijas, Zintia. Tú eres inocente. Y no te censuro porque ames a Benasur. En lo demás, me parece merecedor del título que le da la sociedad: es magnífico. Pero se equivoca... Te he hablado así porque necesitaba explicarte por qué os abandonaré temporalmente...

Zintia alzó la cabeza y sus labios esbozaron una sonrisa:

—¿Sólo temporalmente?

—Nada más. Porque supongo que dentro de cinco o seis años necesitarás un pedagogo para la educación de tus hijos. Serán tres criaturas maravillosas, tenlo por seguro... Pero yo tendré que rescatarlas del mundo de Benasur... Yo quiero, como tú, Zintia, que tus hijos sean felices...

—Eres admirable, Mileto... De un millón de hombres que tuvieran tus posibilidades al lado de Benasur, sólo uno sería capaz de renunciar a ellas. Sin embargo, insisto. Benasur te necesita a su lado. Desde que llegamos a Alejandría lo encuentro preocupado. ¿Qué le pasa?

—¡Nada! Hay nubes en el horizonte. Esas nubes amenazan con hundirlo dentro de unos meses. Pero saldrá adelante. Ni tú ni yo tendremos la alegría de ver caído a Benasur... Benasur nunca caerá.

No es Benasur, entiéndeme, es todo un orden de cosas sólidas, recias y fuertemente enraizadas...

—Pero existe el peligro...

—Claro que existe. Y muy grave. Si en Jerusalén Benasur no consigue inmediatamente diez millones de áureos, todo su imperio comercial se derrumbará... Pero no te preocupes, Zintia. Con Benasur arruinado podrás seguir vistiendo de seda y comiendo en Lochias cuantas veces quieras... ¡Ah, qué daría yo por ver a Benasur arruinado!

Mileto calló. Zintia prolongó la pausa. Pensaba, pensaba... Y, al fin, preguntó al escriba:

—¿Y Raquel?

—Raquel... Ése es otro problema, más mío que de Benasur. Pero tampoco ella dejará de vestir de seda...

En la calle del rey Ptolomeo se hallaban los Bancos más importantes de Alejandría: el Banco Ammón, el Banco Ciro Adelfos, el Banco Tesernurfis, de reciente constitución y preferido por los terratenientes del Delta, por los cultivadores de lino y de trigo.

Benasur se presentó muy temprano en el primero de ellos. Iba vestido con el uniforme de navarca y con la espada de Garamantis al cíngulo. Nunca se había puesto tantas joyas encima.

Preguntó por el banquero. Dio su nombre. Y aunque César Ammón no estaba en la oficina, lo hizo pasar a su alcoba. El banquero apenas se había levantado, y Benasur vio las ropas de la litera en desorden. Era una cama colosal que probaba los rumores que corrían por Alejandría: que el rico Ammón dormía con cuatro esposas.

—Es un honor para mí recibir en mi casa al magnífico Benasur de Judea. —Y llamando desaforadamente a los criados, gritó—: ¡Aquí el mejor vino dorado y el mejor pastel de higo de Smyrna!

—¿No tienes leche?, preguntó Benasur.

—¿Leche has dicho, Benasur? —inquirió, extrañado, el banquero.

—Sí, leche, honorable Ammón; leche de cabra...

—¿Precisamente de cabra, magnífico Benasur?

—Sí, si la tienes.

Y Ammón gritó:

—¡Aquí la mejor leche de cabra que se ordeña en los campos de Sicilia!

—¿De tan lejos? No estará muy fresca —objetó el navarca.

—¿Qué importa el lugar, Benasur? Hay que impresionar a la gente, y hay que empezar por hacerlo a los criados. Te traerán leche aguada, que es la única leche que se vende en Alejandría, sea de cabra, vaca o burra. Pero me daré por muy contento con que la cabra que han ordeñado no esté tísica... ¿Realmente no quieres una copa de vino?

—No, muchas gracias...

—Yo sí... —dijo el banquero. Y en seguida volvió a gritar—: ¡Ramsés, que el vino sea Falerno! ¡Themis, que la vajilla sea de oro! ¡Neferán, que la leche esté blanca!

—¿Por qué vino Falerno, Ammón? Eso se queda para los inciviles romanos. Ya ningún patricio que se precie toma falerno en Roma. La moda es vino bético...

—¿Bético has dicho? ¿De dónde sacan ese vino?

—De Bética, Ammón.

—¿Bética? ¿Dónde cae Bética?

—Es la tierra en que se asienta Gades...

—¡Gades! ¡Magnífico! No he conocido una ciudad tan seria comercialmente como Gades. Allí pagan puntualmente los giros. ¿Quién gobierna en Gades?

—Yo, Ammón.

—¿Tú has dicho? ¡Con razón! Es un país que marcha. ¿Y qué eres allí: rey o procónsul?

—Soy socio del césar Tiberio...

—¿De mi tocayo has dicho? —Y gritó—: ¡Aquí de mi maestresala! ¡Que el magnífico Benasur, socio del augusto Emperador, visita al honorable César Ammón!

Por fin, Ammón se quitó la túnica de dormir y se quedó en cueros; y Themis, Ramsés y Neferán, que entraban junto con el mayordomo, trayendo en servicio de oro cuanto el banquero había pedido, encontraron a su amo completamente desnudo y haciendo ejercicios gimnásticos delante de la visita. Fue Themis la que después de dejar

el servicio sobre una mesita ayudó a su amo a ponerse la túnica de vestir.

—Muy bien, muy bien —dijo el banquero sobándose el pecho—. Puedes empezar a decirme a qué debo el honor de tan grata visita...

Benasur tomó un sorbo de leche, servida en colosal vaso de oro, y dijo:

—¿Qué clase de gentes recibes en tu Banco, Ammón?

—Dos: los que vienen a dejar el dinero y los que vienen a pedirlo.

—Yo soy de los segundos...

—Con tal que no seas de los terceros...

—¿Cuáles son los terceros, Ammón?

—Los que se quedan con él. Y un banquero no debe admitir la competencia. Pero tú vienes a pedir. Y supongo que con intenciones de devolver... ¿Cuánto, Benasur?

—Dos millones de denarios oro.

El banquero se movió de un sobresalto.

—¿Dos millones has dicho? No creo que haya camellos en Egipto para transportarlos... Apenas yo podría darte medio millón. Y eso pidiendo ayuda a la Compañía de Arrendatarios. Tesernurfis, que está recién instalado y que presume mucho, quizás aportara un millón. El otro millón lo buscaría con Sarkamón...

Benasur cortó en seguida:

—Millón y medio serían suficientes. El otro medio millón no lo necesitaría hasta dentro de seis meses...

—¿Qué garantías me ofreces?

—Mis flotas...

—¿Tus flotas has dicho? —replicó con un dejo de decepción Ammón—. Dime: ¿dónde se puede adquirir el vino bético?

—Traigo en mi barco una tinaja. Te la enviaré como obsequio...

—Muy amable, Benasur. Respecto a la conversación que teníamos... ¿Flotas has dicho? ¡Pero, Benasur, si hoy nadie quiere flotas! Si trabajan a pérdida...

—Por una temporada... Pasará. Tú sabes que las flotas son valores sólidos...

—No en este momento... Bien. Aceptemos las flotas como parte. ¿Qué más?

—Propiedades y tierras datileras en Faleza...

—Eso está muy lejos. Pero, en fin, las acepto. ¿Qué más?

—¿Más aún?

—Sí, te falta algo que dejaría redonda la garantía. Hasta si quieres podríamos prescindir de las propiedades garamantas...

—¿Qué cosa?

—¿No te molesta que lo insinúe? Ya sabes cómo trabajamos los Bancos en Egipto...

—No comprendo...

—Se trata —dijo Arrimón— de tu persona como prenda. Benasur se puso en pie.

—Ahora que recuerdo: la tinaja de vino bético se rompió anoche, honorable Ammón. No podré traértela. Y me voy a tomar un revulsivo, pues la leche que me has dado estaba cortada... ¿Cómo están tus esposas, Ammón? —terminó preguntando Benasur con una mirada feroz al mismo tiempo que se llevaba la mano al puño de la espada de Garamantis.

—Bien..., ¿por qué? —titubeo el banquero poniéndose pálido—. ¿Has dicho mis esposas?

—¡He dicho tus sucias concubinas!

Benasur estaba descompuesto. Ammón le había herido en la entraña de su amor propio, de su dignidad de hombre libre. En ese momento supo toda la amargura, toda la indignidad de ser esclavo. El miserable Ammón se había permitido la osadía de pedir la garantía de su persona: lo que quería decir que si Benasur difería el pago, Ammón podía disponer de él, venderlo al mejor postor. Esas prácticas usurarias se ejercían en todo el mundo, especialmente en los países de África y de Asia, mas entre la gente humilde, entre pequeños comerciantes y artesanos. Pero era un desafío, una ofensa, un crimen proponer tal indignidad a un señor. Ammón lo había hecho. Ammón, porque era un puerco que creía todavía vivir en la tenebrosa época de los faraones de Tebas.

El navarca no quiso visitar a más banqueros. Sabía que, sin la garantía prendaria de su persona, ninguno le prestaría los dos

millones. Y corría peligro de que se enterase Sarkamón, que no comprendería las gestiones de Benasur sino achacándolas a un empeoramiento de la situación.

Se dirigió a la casa. Apesadumbrado. Por primera vez en su vida alguien le había hecho recordar que el deudor, si no pagaba, podía ser vendido en subasta pública. Tomó un sutil terror a la posibilidad de verse arruinado.

Capítulo 19

El primer espejo de azogue

A pesar de la situación financiera, tan grave, Benasur no olvidaba los negocios del rencor. Llamó a Mileto para decirle:

—¿No has pasado por el Aquilonia?

—No.

—Tienes cartas. Una de Raquel, que supongo será para ti, puesto que no he visto sus dos últimas ni sé qué le has contestado. Tienes otra de Aristo Abramos. Y una de Zeraso, que presumo es de Dido, reexpedida de Gades. La ha traído un barco de mi flota.

—¿No has leído las cartas de Raquel? —replicó el escriba—. Yo las dejé en tu bolsa de viaje.

—No, no las he leído. Pero no te preocupes. Cuando lleguemos a Joppe me darás cuenta detallada de toda la correspondencia de Raquel. Me conviene saber qué es lo que yo le he escrito.

—¿Lograste algo con los banqueros?

—No. Pero César Ammón me ha dado una idea... —Y tras una pausa, continuó—: No creas que mi situación es tan grave, y si lo es, no prescindo por ella de gastar dinero en lo que agradece mi

corazón. Le he girado a mi agente Joel, de Jerusalén, para que compre con Sabás de Jericó todos los créditos del banquero Joamín. Como a los judíos nos está prohibida tal clase de operaciones con nuestros hermanos de raza, le he dicho a Joel que haga la operación a tu nombre. Serás por tanto tú, Mileto, quien extorsione a Joamín. Tú, como extranjero, puedes apropiarte de la persona de Joamín y venderla en servidumbre. Y también a su hija. Si te gusta, no me opondré a que te quedes con ella. Pero a Joamín me lo das a mí. Lo embarcaré. Se lo enviaré a Silpho. Con éste serán ya dos los esclavos que tenga.

—¿Nada más que dos? ¡Qué modesto eres, Benasur! Te olvidas de los que van atados a las transtrá de las naves, a los que trabajan en las minas de Bética y Garama; y omites a esclavos tan distinguidos como Darío David, Cayo Vico, Havila y tantos otros que tienes uncidos al yugo de tus negocios. Y me olvidas a mí, el más esclavo de todos los esclavos que te sirven. Pues los esclavos tienen siempre una hora que es suya, la del sueño; pero a mí hasta esa hora me robas. ¿Cómo no quieres que me haya ido sin previo aviso a pasar cinco días al campo?

Benasur sonrió. Después tomó un sorbo y dijo:

—Me gustaría tenerte como esclavo. Tú serías el tercero. ¿No te entra la codicia por venderte, Mileto?

—No, Benasur. No hay oro para comprar mi libertad —fantaseó el griego poniendo un tono apasionado en sus palabras.

—Oyéndote, realmente uno diría que paladeas la libertad. Es curioso, Mileto; los hombres libres no nos damos cuenta del bien que supone nuestra libertad...

—Los hombres libres como tú, no. Porque tú estás esclavizado no a un amo sino a ciento. Y todos te traen con la lengua fuera: las flotas, las minas, los orientales, el minio... Por cierto, ¿qué has sabido del minio?

—Todavía nada. Ahora mismo iremos a la vidriería. Ya deben de haber hecho los primeros ensayos.

—Una pregunta, Benasur. Has dicho que con Joamín tendrías ya dos esclavos. ¿Quién es el otro?

—El otro es otra, Mileto. Es un viejo, muy viejo secreto.

En la vidriería, mientras Benasur hablaba con el regidor de la fábrica, Mileto se quedó contemplando una pintura al fresco que ocupaba todo el entrepaño del zaguán y donde se representaba el descubrimiento del vidrio. Se veía la costa fenicia al pie del monte Carmelo. Una nave anclada y los tripulantes en la playa, en cuclillas, ante una pequeña hoguera. Mileto conocía la historia y podía interpretar toda la anécdota del cuadro. Había llegado a esa playa una nave de mercaderes de Nitria, que se prepararon a hacer la comida. Como en la playa no encontraron piedras para sostener las ollas, trajeron de la nave piedras de nitro y después de hacer con ellas un hornillo prendieron fuego a la leña. Cuando más ardiente era la flama observaron con la natural sorpresa y admiración que de las ascuas corría un líquido espeso y transparente que, al enfriarse en las arenas, quedaba solidificado como un cristal de cuarzo. Puestos a averiguar las razones de tan peregrino descubrimiento, llegaron a comprender que el nitro mezclado con las arenas, no de la playa, sino del río Belo, que en ella desemboca, producía el vidrio.

Desde este descubrimiento casual, la industria del vidrio había evolucionado bastante. Y los fenicios, primero, y después los egipcios, lo trabajaron en muchas variantes, formas y coloraciones: al soplo y al torno, al molde y al cincel. El vidrio era uno de los productos más estimados y caros que se ofrecían en el mercado.

Benasur le hizo una seña a Mileto y entraron en la fundición, un enorme galerón techado, pero sin paredes, pues si bien entre las columnas de madera que sostenían el techo había una pared de adobe, no cubría totalmente todo el vano.

Como unos quinientos operarios, cubiertos tan sólo con taparrabos, trabajaban en la vidriería. Eran más de cuarenta hornos donde se fundía el mineral y delante de cada uno de ellos de ocho a diez operarios atendían las faenas de cada colada.

Benasur y Mileto atravesaron la galera de los hornos siguiendo al regidor de la industria, que los pasó al taller de técnicos, donde pintaban y grababan los vidrios, donde clasificaban las distintas piezas de vajilla que salían de la fundición.

—Los primeros ensayos son satisfactorios, —dijo uno de los expertos a Benasur—. Pero aún tendremos que trabajar en resolver

el problema. Sí, se puede fijar el mercurio al metal y al vidrio, mas habría que encontrar un método eficaz y menos engorroso del que hemos empleado para conseguir estas muestras.

Y el técnico puso ante los ojos de Benasur tres espejos de vidrio azogado, dos jarras, tres vasos, una ánfora. Y después una caja, una espada, una coraza y un escudo.

Benasur, maravillado, no podía contener su alegría. Y Mileto se sintió tan impresionado con las muestras, que pensó que azogar metales y vidrios sí era empresa en la que merecía empeñarse. Benasur se miró al espejo y se sintió sobrecogido. Nunca había visto su propio rostro con tal nitidez, con tal fidelidad. El espejo en vidrio era mucho más fiel que en cobre. No se perdía detalle, ni la más pequeña arruga del rostro. No se perdía el color de la tez ni los puntos con que se halla salpicada. El vello, rizoso, brillante, aparecía reflejado con toda exactitud en el espejo. Y los ojos tenían la misma humedad de la vida.

Navarca y escriba estaban maravillados. También los expertos, pero ellos habían pasado por igual emoción un día antes. Más rigurosos en el oficio, no lograban maravillarse del todo porque sabían que su técnica era susceptible de perfeccionamiento y que ciertas opacidades que habían quedado al descubierto, ciertas burbujas, debían ser eliminadas. El regidor le dio los datos de coste.

—Si la fabricación se hiciera tal como ahora, resultaría muy cara. Un espejo de éstos no podría venderse por menos de cinco mil denarios. Se reventaron al aplicar la capa de minio en caliente, tres piezas de vidrio. Se han empleado más de tres expertos que han trabajado noche y día. También se desperdiciaron ocho libras de minio en cada espejo. En el metal, la cosa no varía... Si las armas fueran de electro, serían más baratas de lo que resultó azogar éstas.

—Pero habrá modo de hacer que el mercurio no se desperdicie, que el vidrio no se estrelle, que el tiempo sea más provechoso...

—Sí. Pero así y todo el azogado de metal será costoso. Claro está que una coraza de oro no es tan hermosa como ésta —dijo el regidor.

El regidor dio pormenores de los procedimientos seguidos. Dijo que había llamado a un artesano de Tebas, hábil en la reparación de

lacas antiguas en metal, para ver si su técnica podía aplicarse al azogado. Como quiera que sea, se mostraba optimista y los expertos laminadores aseguraban que encontrarían el método antes de tres meses.

—Todo está en que tú quieras proseguir los ensayos.

—¿Cuánto calculas? —le preguntó Benasur.

—Los trabajos que ahora te entregamos han significado un coste de siete mil seiscientos cincuenta denarios. Con ocho mil quinientos nos dejas satisfechos. Creo que, para financiar el experimento hasta el final, deberás invertir veinte o treinta mil denarios...

El regidor lo dijo con cierto temor. A Benasur y al propio Mileto les pareció una cantidad insignificante, dado el progreso industrial que significaría la aplicación del minio al vidrio, al metal.

—¿A cómo crees tú que debe salir cada espejo? —le preguntó Benasur.

—Espejos como éste no deben costar más de sesenta o setenta denarios, para poder ser vendidos al público entre ciento y ciento diez. Se trata del coste con vidrio incluido.

Todavía hablaron un rato más y, al fin, Benasur rogó al regidor que le mandase los objetos al Aquilonia y que le daría un título por el importe del trabajo más diez mil denarios que le anticipaba para continuar los ensayos.

Cuando salieron a la calle y mientras se dirigían hacia el muelle Mareotis, Benasur preguntó al escriba:

—¿Qué te parece?

—Te repito lo que dije en Gades cuando vi las muestras de Sisapon: esto constituirá una revolución industrial. Pero ahora te lo digo con más seguridad, pues he visto estas muestras en vidrio, que son muy superiores. El hombre que industrialice y comercialice de tal modo el minio se hará el más rico del mundo... —y en seguida, con cierta ironía—: ¡Qué casualidad, Benasur! No había caído que esa coincidencia recae en tu persona...

Cuando entraron en la calle del Rey Ptolomeo, los cambistas gritaban:

—¡Compro daricos, compro daricos!

Aquellos hombres compraban daricos por cuenta de Benasur. Y a él mismo le hacían la demanda. Como estos agentes, cientos de cambistas más, en todas las ciudades del mundo, estaban repitiendo el mismo pregón:

—¡Compro daricos, compro daricos!

No, no iban bien las cosas. Y los negocios del corazón se complicaban como los de la bolsa.

Ese mismo día, al regresar Benasur a la casa, se encontró con una carta de Silpho que le habían enviado de las oficinas. La carta traía una noticia que removió los cimientos de su ser. Silpho le escribía casi de un modo indiferente, como cosa de menor importancia:

En mi anterior se me olvidó decirte que la esclava que me mandaste de Gades se fugó, sin que lográsemos encontrar rastro de ella. Tampoco quisimos hacer muchas averiguaciones, porque últimamente estaba muy torpe y no le dábamos muchos días de vida. Entró en tal tristeza que no comía, y lo achacábamos a capricho, pues estaba embarazada de cinco meses. Le había contado a otra compañera del tinte una fabulosa historia, pues ya sabes lo dadas que son las esclavas a inventarse cunas insignes cuando no han nacido en el tercer patio de uno. A ésta le dio por decir que ella era doncella muy principal en Gades y que un gran señor, un hombre poderosísimo, la había forzado. Y que ese gran señor era el padre de la criatura que llevaba en sus entrañas.

Benasur subió corriendo la escalera para dar la noticia a Zintia.

Quería decirle: «¡Soy padre, soy padre. Hay una mujer que lleva en su vientre un hijo mío...!». Esto iba a decirle a Zintia. Pero se contuvo acongojado por una terrible sospecha: «porque últimamente estaba muy torpe y no le dábamos muchos días de vida».

Corrió. Abrió bruscamente la puerta de la habitación en que estaba Zintia. Ésta tenía los ojos llorosos. Pero Benasur no hizo caso del llanto de Zintia.

—¡Dime, Zintia! ¿Es que el hecho de estar agachada sobre el tintero de una curtiduría puede provocar la muerte...?

La palabra muerte se le espesó en la boca. Y miró a Zintia. Zintia no le escuchaba y seguía enjugándose con un pañuelo minúsculo las

lágrimas.

¡Sí, una mujer joven podía morir! Moriría de asco, de rabia, de vergüenza, de sordo rencor. Y esa joven era Cosía Poma, que en su entraña llevaba un hijo suyo, un Benasur, el primogénito...

Debía moverse, actuar en seguida. Ordenar la búsqueda de Cosía Poma, la madre de su hijo.

Salió de la habitación. Pero en seguida se dio cuenta de que adentro quedaba Zintia llorando. Regresó y desde la puerta le preguntó:

—¿Qué sucede, Zintia? ¿Por qué lloras?

—Me llevó Osnabal al médico Sharon. Me estuvo examinando y dice que no estoy embarazada... ¡No puede ser, Benasur! ¡Se lo he pedido con toda mi alma al Señor Yavé! ¡Le he pedido trigéminos, Benasur!

—¡Ah! —emitió Benasur con indiferencia.

Y bajó la escalera. Pensó: «¡Pobre Zintia, con sus chifladuras! Es Cosía Poma la que me dará un hijo...».

Porque Benasur, en lo más oscuro de su conciencia, creía que sólo el odio podía engendrar, que sólo el odio podía ser fecundo. Y Cosía Poma le odiaba.

Salió a la calle y tomó un coche.

Capítulo 20

El pavor al hambre

Al llegar al puerto mayor, donde se encontraba anclado el Aquilonia, vio mucha agitación entre las gentes del muelle, especialmente entre estibadores y marineros. También ante la columnada de la Casa

Naval se aglomeraban los trabajadores del puerto. Benasur se bajó del coche y pagó al auriga.

—¿Qué sucede? —preguntó a un grupo de estibadores.

—Quieren cometer con nosotros una injusticia, señor. Los navieros se reúnen mañana para declarar conjuntamente un retiro del servicio de un tercio de las flotas... ¡Es el hambre para nosotros, señor!

Benasur abandonó presuroso a los trabajadores. ¡El hambre! Era una palabra, una amenaza que le producía escalofríos. ¡El hambre! Él conocía el hambre. La conoció cuando la rebelión de los cuarenta. Entonces el rey Arquelao mandó cerrar todas las puertas de Jerusalén. Durante veinte días no entró en la ciudad ni un fruto ni un grano, ni un pescado ni una res. Y acabadas las reservas fueron diez días de roer mendrugos. Fueron diez días en que su padre permanecía de sol a sol con la cabeza baja recitando los anatemas de los profetas. Fueron diez días en que su madre estuvo siempre con los ojos llorosos. Aquellos diez días en que cada uno de los tres rehusaba el mendrugo para dejárselo al otro, con la consabida disculpa: «No tengo hambre». Y el hambre les roía el estómago.

Pero el hambre trae algo peor. El hambre trae la miseria. Y toda Jerusalén se llenó de moscas y de piojos blancos que dan la fiebre de los veintiún días. Mas era tan grande la miseria, que la fiebre comenzó a llevarse a los vecinos sin esperar a los veintiún días. Las aguas estaban turbias y salían contaminadas de las cisternas. Nadie se atrevía a tocar ni el agua de la fuente de Siloé ni de la piscina de Bethesda. Y los sepulcros se llenaban tan aprisa de muertos, que ya nadie quería prestar su cueva para los difuntos de los amigos.

Sólo los soldados de palacio comían. Sólo el Rey tenía alimentos para sí y para los suyos, pues el Rey hacía abrir la Puerta de las Ovejas para que entrasen agua, harina, frutas, reses y pescados para sí y los suyos.

Él se acordaba de su madre. Porque los piojos se metieron en la casa. Su madre se pasaba el día limpiando la cabeza del padre y del hijo. Su madre tenía horror a los piojos y, sin embargo, con los criados huidos o muertos, ella no pudo quitarse los parásitos que bullían en su pelo.

Cayó enferma. Benasur se pasó los veintiún días llorando a solas en el rincón de la casa. El llanto con hambre y miseria tiene un sabor especial. Se le quedó el recuerdo para toda la vida... Y su madre, al fin, al día veintiuno, sonrió. La fiebre comenzó a abandonarla. Las yerbas del físico le purgaron el intestino, le limpiaron la sangre.

Era el terrible recuerdo de Benasur. Ése y el del centurión. Porque después que Daván dio muerte al centurión, tras la alegría de la rehabilitación, de la venganza cumplida, plenamente satisfecha, llegaron a la casa de Benasur días de amargura. Su madre quedó embarazada del centurión. Y al cuarto mes de la muerte de su progenitor (el mercader Benasur, que tenía flota pesquera en el mar de Genesaret), su madre le dijo:

«La vida te obliga a que seas hombre cuando todavía eres niño, Benasur. Y tengo que decirte la vergüenza de mis entrañas: quedé preñada del centurión y siento latir en mi vientre un nuevo ser, que será tu hermano, pero no hijo de tu padre. Que así es de ácida la prueba que Yavé me ha enviado».

Pero Benasur, que entonces comprendió el secreto de la vida y supo que las personas humanas estaban sujetas a las mismas leyes que las bestias, vio que conforme avanzaba el embarazo, su madre se complacía del fruto que llevaba en su entraña. Y él comenzó a odiar ese fruto. Lo odiaba como había odiado al centurión. Y cuando la vergüenza no pudo ser oculta, el vecindario comenzó a obsequiarlos con las tortas de las albricias. Pues la gente es sentimental para perdonar la infamia cuando se trata del milagro de la maternidad. Pero él no saboreó las albricias. Él fue acumulando rencor en el corazón.

Al noveno mes, su madre guardó cama. La casa se llenó de vecinas, pues todas querían asistir al parto de la viuda de Benasur, el mercader. Y estaban alborozadas y le decían a él; «¡Alégrate, niño, que vas a tener un hermanito!». Benasur, no podía alegrarse, no podía olvidar que ese hermano sería el hijo del centurión.

Y sí, fue un hermanito. Y las mujeres decían que estaba hermoso. A Benasur le repugnó el niño. Era horrible. Apenas si tenía piernas. Su cabezota, cuadrada como la del padre, se juntaba al pecho, todo rojo, congestionado de vino. Pues el niño nacía con el vino que había

bebido el centurión. Y conforme pasaban los días, conforme su madre daba el pecho al nacido, ella encontraba mayor contentamiento. Y cuando veía a Benasur taciturno, evasivo, le preguntaba con timidez: «¿Verdad, Benasur, que es hermoso tu hermanito?».

Un día Benasur se hizo el enfermo. No iría a la escuela. Lo que más sentía era no ir a la escuela, pues si bien las cronologías de los reyes de Israel le aburrían, lo pasaba bien vendiendo a sus compañeros estuches forrados de nácar y de escamas de pescado, barcos que él mismo hacía y pintaba, y que flotaban en la piscina de Bethesda como las naves de verdad. Pero ese día que se quedó en casa no desbastó la madera de sicómoro para hacer naves de juguete. Ese día se quedó en la casa para matar al hijo del centurión. Le fue fácil hacerlo en un descuido de Isabel, la sirvienta. Echó sobre la cabeza de la criatura una manta y con sus dos manos le estuvo oprimiendo un largo rato. El niño dejó de patalear. El niño quedó muerto. Después abrió su boca y puso en ella un higo, un higo seco de los que su madre tenía en la mesita. Y dejó cerca del niño dos higos más.

Benasur se fue al campo. Salió de Jerusalén por la puerta de los Esenios después de atravesar la ciudad. Y rodeó las murallas y tomó la pendiente que conducía a Betania. Siguió andando, andando hasta que el cansancio y la noche lo rindieron. Muy entrada la mañana siguiente dieron con él unos vecinos. Pues el barrio del mercado de peces se había revuelto con su desaparición. «Sí —confesó—, me puse a jugar con Jacobín, comí higos y me fui a la calle. Cuando regresé lo vi muerto. Me entró tanto miedo, que quise huir de Jerusalén.» Meses después ya su madre había olvidado a Jacobín, el hijo del centurión.

Ése era su crimen. De joven, en sus arrebatos contra los romanos, se vanaglorió más de una vez de su crimen. Y lo confesó a los amigos más íntimos como prueba de la insospechabilidad de su odio a Roma. Esa confesión se la había echado en cara hacía pocos días Sarkamón imputándole el crimen. «Ahora tengo hijos, y tú Benasur, tendrías que tenerlos para comprender la monstruosidad que cometiste», le había dicho Sarkamón. Ahora, sólo al pensar en la

posibilidad de que Cosía Poma, que lo odiaba, pudiese morir con su hijo en las entrañas, sentía un frío sudor en las manos.

Pasó al Aquilonia. Se fue al cubículo de Akarkos.

—¿Qué pasa en el puerto? —le preguntó.

—La gente anda agitada porque los navieros quieren acordar un paro en las naves: retirar del servicio un tercio de ellas para hacer economías y poder subir las tarifas.

—Es mala medida, Akarkos.

—Yo la creo muy conveniente...

—Es mala, porque provocará el hambre...

—Sí..., pero se salvan las flotas...

Benasur sólo contestó: «Le tengo horror al hambre». Y se dirigió a la biblioteca. Allí escribió dos cartas: una para Silpho y otra para Darío David. A los dos les decía que, sin reparar en gastos, hicieran muy activas y discretas gestiones a fin de encontrar, dondequiera que se hallase, a Cosía Poma. Que una vez hallada se le dieran toda clase de auxilios, si es que los necesitaba, y que le comunicasen rápidamente cualquier noticia a este respecto, aunque hubiera que hacer zarpar especialmente un unirreme con la carta.

Benasur se las entregó a Akarkos:

—Cuida de que salgan hoy mismo para Gades y para Lixus. Si no hay nave pronta, que se haga a la mar una de las mías. Es de suma importancia.

Al día siguiente, la sesión de los navieros alejandrinos fue tormentosa. Benasur logró captarse al principio la adhesión de un pequeño grupo, pero la mayoría capitaneada por Sarkamón, impuso su criterio: se retirarían de los mares un tercio de las naves de matrícula de Alejandría. De este modo se lograba, además de importantes economías en los gastos de explotación, hacer escasear el servicio y aumentar una demanda de flete que permitiría subir las tarifas. Los acuerdos tomados por la Casa Naval se transmitieron a todas las basílicas náuticas del mundo a fin de que siguieran el ejemplo. Era la única manera de sobrellevar la crisis provocada por los armadores romanos.

Los agremiados a la Casa Naval disfrutaban de la suficiente autonomía para hablar claramente sobre sus intereses. Por ello, ante

la insistencia de Benasur en mantener el total de las flotas en servicio, no faltaron navieros indígenas que le llamasen traidor y vendido a Roma.

De la Casa Naval, Benasur se dirigió a la Prefectura. El procónsul Cayo Galerio estaba ausente, un viaje por Menphis. Lo recibió el cuestor.

—No sabíamos que estabas aquí, magnífico Benasur. De habérnoslo comunicado ya la pretoria hubiera puesto coche y escolta a tu disposición. ¿Qué necesitas?

—Nada, ilustre Pompeyo. Sólo venía a comunicar al procónsul que acabo de ser vencido en la Casa Naval. Los navieros han acordado suprimir un tercio de las flotas. Esto quiere decir que sobre el puerto caerá el hambre; quiere decir también que los trabajadores de los muelles armarán alborotos. Y yo venía a aconsejar al procónsul que diera órdenes para que los pretorianos fueran blandos con ellos, pues ni los estibadores ni los carpinteros ni los marineros son culpables.

—Estoy enterado, pero ¿cómo resolver la crisis?

—Hace dos meses el negocio naviero era un negocio floreciente. Yo no sé, Marco Pompeyo, hacia qué gentes se inclinan tus simpatías. Pero no es justo que porque los équites quieran hundir a los senatoriales, se hunda a los armadores semitas; no es justo, ilustre cuestor, que porque ellos acumulen su odio contra mí, decenas de miles de trabajadores portuarios, de marineros y remeros se queden sin su salario. Hoy mismo parto para Capri a ver al césar Tiberio. Y haré que el César nos obligue a entrar en razón a todos. ¡No me gusta el hambre, Marco Pompeyo! Y es el hambre lo que acaban de decretar los navieros alejandrinos...

Cuando Mileto se enteró de la súbita partida de Benasur para Capri, y de los motivos tan generosos que la habían originado, se quedó perplejo al descubrir estos síntomas de humanización del judío. Y no sabía a qué atribuirlos, porque ignoraba las experiencias infantiles —los días del hambre en Jerusalén— que había tenido el navarca.

Durante la ausencia del judío, Mileto inició un curso de lecciones en el Museo. El consejo de maestros se quedó perplejo y estuvo tres

días sin saber qué determinación tomar. A Mileto lo apoyaban Sharon, Onofris y otros maestros. Pero la pretoria vino a resolver la cuestión suspendiendo el curso e imponiendo una multa de mil sestercios al escriba «por amenaza a la integridad del Estado».

Mileto había lanzado la peregrina teoría de que el Estado debía representar a la totalidad de las personas humanas, en igualdad de derechos y obligaciones para todos los ciudadanos, pues, políticamente, el Estado no debía aceptar la existencia de la esclavitud, simple accidente social. La teoría era muy sutil y quizá implicaba no pocos sofismas, pero alborotó a los estudiantes y maestros humildes y conmovió a la tradicionalista y conservadora sociedad alejandrina. Porque las gentes se preguntaban: «Si el Estado concediera el derecho político de ciudadano al esclavo, ¿qué tiempo duraría la esclavitud? ¿Adónde iría a parar la economía del mundo?». Y de ello hacían escándalo.

Sin embargo, Mileto hizo prosélitos. Y no pocos estudiantes egipcios y extranjeros lo visitaron en la casa para oír de sus labios las lecciones que no había dictado en el Museo. Una posterior advertencia, muy grave por cierto, obligó al griego a no salir de casa ni a recibir una sola persona extraña: el Senado de la ciudad le amenazaba con expulsarlo de Alejandría si persistía en propagar sus extravagantes, inmorales, disolventes ideas.

Los navieros alejandrinos, debidamente informados por Sarkamón, murmuraban de Mileto. Y decían: «De tal señor, tal escriba». Porque para nadie era un secreto que Benasur había acudido al César para oponerse al acuerdo de la Casa Naval; acuerdo que era aceptado como salvador en otras basílicas náuticas.

Benasur regresó de Capri con un edicto del César que resolvía la crisis. Tiberio recomendaba a los armadores que subieran sus tarifas al nivel que habían tenido hacía dos meses, y amenazaba:

El retiro de las naves de la navegación pondría en peligro los transportes de víveres y otras mercancías, amén de los diversos trastornos que originaría en el buen orden y servicio de las rutas marítimas. Por tanto, recomiendo a la Prefectura de Egipto dé la orden de confiscar y vender en subasta pública toda nave que en las

calendas de abril se halle varada en puerto, sin tripulación ni muestras de servicio, y que en la subasta se dé prioridad, por ser de justicia, al propietario de la nave.

Benasur llegó a Alejandría con un triunfo y un título más de orgullo: el de consejero naval del Imperio, adscrito al Consilium principis. Esto le permitía llevar sobre la toga las franjas púrpura de los funcionarios del Palatino. Los navieros alejandrinos se mostraron cautelosos con él. Por el contrario, Sarkamón le dio vivas muestras de adhesión. A tal extremo que le aseguró influiría en el ánimo de los demás socios para que el capital de cincuenta millones oro fuese suscrito.

Pero Benasur estaba grave, taciturno. Ni de Lixus ni de Gades llegaba noticia alguna sobre Cosía Poma. Y cuando Zintia, radiante de felicidad le dijo: «¡Amado Benasur, el físico Sharon me ha visto de nuevo, y dice que sí, que estoy embarazada!», no desarrugó el ceño. Y se concretó a responder:

—Prepara tu equipaje, que mañana salimos para Antioquía.

—¿Sólo eso me contestas, Benasur? —replicó, pálida, la joven.

—No saques las cosas de quicio, Zintia. Si das a luz, aun en el caso de que sean trigéminos, ninguno de ellos sería mi primogénito.

Zintia se quedó temblando como una hoja.

Capítulo 1

La caravana

Tocaron las trompetas. Era la primera llamada. Benasur se restregó los ojos y por unos instantes sintió la visión tinta en sangre. Miró

hacia la ventana. En el ángulo superior, un lucero. Brillaba pegado sobre un cielo que se coloreaba de malva.

Benasur se acordó de la cama del Aquilonia. Sentíase molido después de un mal dormir en el camastro del mesón. Se acordó también de su lecho de la calle de David, mucho más próximo que la litera del barco. Hubiera perdonado la dureza del jergón, pero no el picor de la paja. Toda la noche tuvo la aprensión de que las pulgas formaban colonia. Sin embargo, Zintia había dormido sin respiro, sin que ninguna molestia le hubiese hecho abrir los ojos.

Miró a la cama. La alhuma dormía como en un primer sueño. La sacudió:

—¡Levántate, Zintia! Han dado la primera llamada.

Zintia abrió los ojos. Benasur la encontró hermosa. Hacía varios días que Benasur la encontraba más hermosa.

—Buenos días, Benasur.

—Buenos días, Zintia. Que el Señor sea contigo.

—Que Yavé te asista, amor mío.

—Que Él te colme de dones y te ilumine... Pero basta, Zintia. Desde Joppe el trato con judíos había sido tan frecuente e íntimo que se les habían pegado las fórmulas inacabables de salutación.

Benasur le dio una nalgada a Zintia:

—Levanta, que no me gusta hacer esperar a los soldados.

Y mientras Zintia abandonaba el lecho y se lavaba, Benasur le dijo:

—Creo que Sharon no se ha equivocado. Esta noche, mientras dormías, puse mi mano sobre tu vientre. Y sentí que una vida nueva comenzaba a palpitar en él...

—¡Oh!... Tú lo has sentido antes que yo... Pero serían tres latidos. Tienen que ser tres, Benasur...

—Yo sólo sentí uno...

La joven comenzó a vestirse.

—¡Condenado pollino! —gritaba una voz de mujer en el patio.

Eran muchos gritos, apelmazados y confusos, los que llegaban a los oídos de Benasur. Un rumor que le producía al oído la misma sensación de repugnancia que la fetidez que despedía el camastro.

Desde que se incorporaron en Joppe a la caravana, le había perseguido la misma fetidez.

—¡Te digo que te levantes, maldito! —continuó la voz gritona de la mujer. Después siguió el ruido de los palos sobre el lomo del pollino.

—¡Es inútil, Judith! ¡Tu bestia se reventó en la jornada! —gritó otra voz.

—¡Condenado animal!

—¡¡Aquí las toortas, tooortas, tooortas legíiiiiitimas de Betaaaania!! —escuchó Benasur pregonar por la calle. Y en el cuarto próximo—: Levántate, Isabel, que ya tocaron la primera... ¡No seas remolona!

Y una voz respondió:

—Todavía es temprano, José. Déjame estar...

—¡Mala bestia! ¡Si en lo flojo te pareces a tu amo! —gritaba la mujer del pollino. Nuevos palos cayeron sobre el animal.

—¡Aquí las tooortas, tooortas legíiiiitimas de Betaaaania!

—¡Caramelos de Emaús!... ¡Carameeelos de Emaús!

—¿Adónde vas con esa cara, puerco? —gritó otra voz en el patio.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Benasur.

Era la criada que entraba con el desayuno: leche y bollos de harina con miel.

Benasur mojó el pan en la leche. Oyó que alguien llamaba a una tal Raquel. Se acordó de Raquel, hija de Elifás. Desde hacía tres días, desde su arribo a Joppe, Raquel no se le iba de la mente. La había conocido en Sidón, en el templo de Astarté. Pues Raquel, siendo judía, cometió abominación preparándose como sacerdotisa acólita del templo de Astarté. Pero eso había ocurrido hacía seis años, cuando él la encontró en Sidón. Raquel, al quedarse sin padre, se quedó sin un lepto, pues su hermano arañó hasta el último cobre. El hermano de Raquel, que era un desaprensivo, le dijo a la joven: «Una mujer no necesita dinero si es apetecible a los hombres». Raquel, que tenía diecisiete años y era virgen, no quiso entregarse al oficio de los hombres. Vendió sus pocas alhajas y se fue a Sidón...

—¡¡Por la marca de Caín!! ¿No te levantarás, mujer? —amonestaba, suplicante, el vecino.

Raquel, hija de Elifás, se hizo amante de Benasur. Y por tener los siete demonios en el cuerpo por haber cometido la abominación idólatra en el templo de Astarté, Raquel se negó por dos veces al ofrecimiento de matrimonio de Benasur.

—¡Aquí las tooortas! ¡Legíiiiiitimas tooortas de Betaaaania!

Benasur se asomó a la ventana que daba a la calle. Contempló la muchedumbre madrugadora que las trompetas de la escolta habían sacado de los mesones y de las tiendas de campaña y aun de las carretas, ya que muchos peregrinos pernoctaban en sus vehículos. Los hombres arrastraban el manto o la capa con desgana, como si se hubiesen levantado más molidos de como se acostaron. Se alisaban barbas y cabellos humedeciéndolos con aceites que se echaban en la mano y con la misma saliva. Las mujeres, por lo general desgreñadas, apenas podían atender a su aseo personal, atareadas en vestir a los pequeños o en dar de comer a las bestias. Los niños, aún legañosos, jugaban entre las patas de los animales. Contrastando con estas gentes, otras de calidad se paseaban bien peripuestas esperando la hora de la partida o haciendo corrillos en los que se aislaban orgullosamente. Entre todas las mujeres que estaban en la calle, sólo una se tocaba con una estola de seda, y esta prenda causaba la envidia y el escándalo de las demás.

Benasur se acordó de que en sus carros llevaba cuarenta y dos vestidos de seda para Raquel: vestuario fabuloso que hasta las matronas romanas lo hubieran considerado como un guardarropa de sueño. Y eso que a Zintia le había dado más de veinte prendas diversas del mismo tejido.

—¡Compro daricos, compro daricos!

—¡Aquí las tooortas! ¡Tooortas de Betaaaania!

Algún comerciante de Jerusalén había llegado a Gibeón para recibir a la caravana y traficar con los artículos que muchos peregrinos traían de los puntos más lejanos. Porque ellos, mercaderes también, aprovechaban el viaje para negociar. Los que venían de las rutas de las tierras lejanas de Oriente obtenían jugosas ganancias con las especias y las sedas.

—¡Compro daricos, compro daricos!

Benasur observó con curiosidad al cambista. No es que pensara reconocerlo.

Cuando salieron del mesón, el centurión vino a saludarlo.

—Partimos cuando tú digas, señor.

—En cuanto baje mi escriba, te avisaré.

Zintia tomó asiento en el coche. Benasur subió al caballo. Al poco tiempo vino Mileto informándole:

—Ya están los carros listos... Ayer, después de nosotros, ya entrada la noche, llegó otra caravana con más peregrinos... Y me he enterado de que hace tres días, a la salida de este pueblo, asaltaron a un grupo de viajeros que venían sin custodia...

—En vísperas de Pascua todos estos cerros y montes hierven de bandoleros. El resto del año suelen ser personas honestas dedicadas al chalaneo de bestias, pero no desperdician la Pascua.

—¡Compro daricos, compro daricos!

«¿Qué daricos habrían de tener atesorados aquellos pobres vecinos? Unos cuantos de los obsequios de boda», pensó Benasur mientras se acercaba al cambista.

—¿Se hace negocio?

—Ayer compré veintidós...

—¿Tantos daricos en este pueblo?

—No; los traen los peregrinos. Sobre todo los que vienen de Creta, de Siria y algunos de Lusitania...

—¿Tan lejos hay daricos? —fingió admirarse Benasur.

—No sé dónde está Lusitania... ¿Tras el mar?

—No tras el mar nuestro, sino de cara al océano. ¿Para quién trabajas?

—Para Ammonín, de Jerusalén... —repuso el cambista.

—¿Y Ammonín?

—Dicen que para Joel.

—¿Y Joel?

—¿Te molesta que te diga que en Jerusalén se murmura que Joel trabaja para Benasur? ¿Y no eres tú Benasur?

—Tú lo has dicho. Pero de verdad te digo que Joel no trabaja para mí.

El cambista se encogió de hombros, y dejó a Benasur para continuar con su pregón. El navarca se acercó a Zintia:

—Pronto saldremos...

—¡Tengo tantas ganas de llegar para conocer tu ciudad! ¿Todavía tendremos que subir mucho?

—No mucho. Estamos muy cerca. El almuerzo lo haremos en mi casa...

—Pienso mucho en tu casa —suspiró Zintia.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije.

—¡Bah! Raquel es dulce y sé que os querréis como dos hermanas. Es muy inteligente y sabrá comprender...

—Temo que sea tan inteligente como Helena, la mujer de Dam.

—Es aún más inteligente.

—Tiemblo, Benasur...

—No seas tonta. Ya te digo que Raquel sabrá comprender...

En eso vio entrar en la calle sus cinco carros para reintegrarse a la caravana. Venían cargados con todas las cosas compradas durante su largo recorrido. Traían también tinajas de vino de Bética.

Desvió la atención de los carros para mirar a uno de los muchos gesticuladores vocingleros que se creen imbuidos por el don de la profecía y que lanzaba una sarta de imprecaciones. Nadie le hacía caso. Cada cual atendía a sus menesteres con premuras y no poca nervosidad. Sabían que una vez dado el toque de partida, los jinetes de la escolta no se detendrían. Alguno que otro niño se quedaba embobado mirando al estrafalario aspecto del gesticulador como si quisiera reconocer en él al hombre monstruoso y endemoniado con que lo amenazaba su madre.

—¡Raza de víboras, comedores de prepucios, corazones de cañamazo, sesos de estiércol! ¡Enderezad vuestros pasos y mirad bien que entráis en Jerusalén, la ciudad que tenéis olvidada por vuestra codicia. No os olvidéis de vuestras corrupciones, de vuestra vida de promiscuidad con los gentiles. No os olvidéis de vuestras fornicaciones con las mujeres extranjeras y los ídolos paganos. No os olvidéis de vuestros pecados y pedid la ayuda del Señor para poder redimirlos! ¡Raza de víboras, comedores de prepucios, comprad por

un denario las Doce Palabras del Profeta Harsalom, que serán la guía de vuestra salvación! ¡No seáis avaros, hijos de perra!

Pero la gente que fingía no tener tiempo para escuchar las ejemplares amonestaciones del gesticulador ni un denario para comprar las Doce Palabras salvadoras, tenía ambos para pagar al mago que metía y sacaba de la boca la víbora africana, que tragaba fuego y eructaba humo.

Benasur sacó el pomo de vidrio y se lo llevó a las fosas nasales. De este modo trató de neutralizar el hedor que despedía la calle, los excrementos de las bestias y los carromatos de los recogedores de inmundicias que seguían a las caravanas.

Las trompetas de la escolta volvieron a dar el segundo toque de atención.

Hasta la noche anterior los peregrinos vinieron hablando desde Joppe sus idiomas de adopción. Pero al despertar en Gibeón donde habían descansado el sábado, todos recobraron el habla nativa. Hablaban los dialectos arameos como si el hecho de oler la ciudad de Jerusalén los redimiera de su pasado babélico.

Benasur se divertía. Todo le regocijaba: que aquel hombre moliera a palos a la acémila para hacerla andar con tan pesada impedimenta; que la madre perdiera la paciencia con el chiquillo que lloraba y pedía a gritos desaforados el pájaro de colores que el saltimbanqui tenía en su mano, sin que el pájaro —con el buche bien cargado de plomos— pudiera escapar. Que aquellas dos prostitutas retozaran con el centurión. Que el viejo con los brazos en alto clamara al Cielo porque su mujer, su hija y su yerno no acababan de salir del mesón.

—¡Aquí las tortas! ¡Tooortas de miel y queso, legíiiiiitimas de Betaaaania!

Sonó la última llamada ordenando la partida. Los guardias montados —doce lanceros de una turma— evolucionaron con sus caballos tratando de alinear en caravana a la muchedumbre de peregrinos. Lo hacían con ese mecanismo de la disciplina romana: atropellando sin violentar, imponiéndose sin gritos; deshaciendo los grupos estorbosos, metiendo el caballo entre ellos y propinando

palos de ciego con la vara de la lanza de un modo tan disimulado que se antojaban golpes involuntarios.

Cuando el portaestandarte puso en alto el lábaro con las mágicas siglas SPQR se hizo un respetuoso silencio.

La caravana se puso en marcha. Benasur y Mileto, a caballo, iban a los lados del coche que conducía a Zintia.

Tres horas emplearían en la última jornada de viaje. Estando tan cerca Gibeón de Jerusalén, los judíos que llegaban al poblado al atardecer o de noche no querían seguir camino a la Ciudad Santa. Una vieja tradición había impuesto que el peregrino que visitase Jerusalén en la Pascua entrara en la ciudad antes que el sol llegase al cénit, antes de la hora meridiana. Y el centurión, enseñado a ser respetuoso con el derecho de las provincias del Imperio, permitía que la escolta hiciera tantas jornadas como los peregrinos considerasen necesarias.

Benasur se divertía ahora más que en las jornadas anteriores. La caravana había aumentado mucho, pues en Gibeón se había agregado la caterva de mercaderes, cambistas, saltimbanquis, magos, profetas, pordioseros y malvivientes que acudían a recibir a los peregrinos para esquilmarlos con las primeras seducciones de la tierra nativa. Los mercaderes ofrecían toda clase de chucherías y preferentemente los talismanes sin los cuales no era prudente entrar en Jerusalén; brindaban a los peregrinos pasteles de higos de Esmirna. También voceaban las ánforas precintadas con agua del Pozo de Jacob, de las que hacían buen consumo los hombres que en la noche habían agotado los cueros de vino que llenaran en Joppe.

Un pordiosero se puso a caminar al lado de la cabalgadura de Benasur. Invocaba su magnificencia para que le aliviase un adarme de su miseria. Y como Benasur se hiciese el sordo, se quedó atrás con la boca llena de imprecaciones. Por un momento parecía hacerle eco al profeta.

Las mujeres públicas acogían las palabras del hablador con risotadas y diatribas. Cuando aquél aludía a los cochinos fornicadores, hacían gestos y ademanes obscenos. Benasur se quedó mirando al profeta: era un hombre bajo, regordete, con unas

barbas ralas apelmazadas con migas de queso y escurriduras de vino.

El griterío se amalgamaba con el polvo, y todo ello, eco y polvo, se iba hacia las montañas próximas ribeteadas de un halo anaranjado.

—¡Agua del Pozo de Jacooooob! ¡Agua del pozo de Jacooooob!

—¡Un denario, un denario, peregrino, y veréis otra suerte!

—¡Los mejores queeeeesos de Belén, los auténticos queeeeesos de Simón!

—¡Contra la lepra, contra todo mal: ungüento del físico Huzmal, la pomada maravillosa que evita el contagio de la peste!

La caravana se movía torpe, lentamente. Las mujeres tiraban de las bestias, que si no cargaban sacos y bultos, llevaban al marido o al padre. Los pequeños se dejaban arrastrar por los mayores, que los conducían de la mano, y sus pies rastreaban en el polvo del camino. Los caballos se mezclaban con los camellos, con los asnos. Al final, a la cola, iban los cinco carros de Benasur.

A media mañana los peregrinos divisaron las murallas de Jerusalén. Ante la presencia de la Ciudad Sagrada el vocerío fue decreciendo por momentos hasta hacerse un silencio de contención, devoto y emocionado. Ni el mismo gesticulador se atrevió a romperlo con las sucias amonestaciones. Todavía durante un largo trecho, la caravana se movió silenciosa, pesada y grave, dejando a su paso una polvareda.

Las trompetas se escucharon, al fin, con una sonoridad impresionante. Era la señal de llegada, de romper filas. Y los labios que se habían movido imperceptiblemente durante un rato, en el susurro de las oraciones, prorrumpieron en un griterío unánime, como alarido de monstruo; un alarido que convulsionó, dislocándola, a la caravana. Desde ese instante los peregrinos montados sobre las bestias, carros y coches, o arrastrando a bestias y a niños, emprendieron una carrera loca hacia la Puerta del Valle. Otra de las tradiciones sostenida por los peregrinos era llegar el primero a las murallas para besarlas, quitarse los zapatos y sacudirse el polvo del camino. Y no pocos hacían la piadosa penitencia de entrar descalzos en Jerusalén y andar todo ese día por la ciudad con los pies desnudos.

El espectáculo que divertía a Zintia era ver el mercado que se organizaba a la puerta de la ciudad, con tenderetes y puestos provisionales.

Al mercado salían los deudos y amigos para recibir a las caravanas. Desde un mes antes de la Pascua, que empezaban a llegar los peregrinos, todas las familias que tenían algún ser querido en el extranjero acudían a la recepción. Muchas de ellas sin ninguna noticia previa, con la esperanza de que algún día el familiar emigrado regresase a la patria. Algunos de los viajeros avisaban su llegada por medio de los conductores de caravanas, de los tripulantes de los barcos que de todas las costas llegaban a Joppe y también por los centuriones y soldados que venían de Roma o de alguna otra provincia del Imperio.

Benasur y Mileto, a la sombra de la muralla, erguidos sobre los caballos, vieron entrar los carros en la ciudad. Mileto se quedó contemplando a la mujer que lloraba al recibir la noticia de un luto; al viejo que miraba y remiraba embobado al nieto nacido en la diáspora; las cortesías, muy ceremoniosas, que se hacían las gentes desconocidas pero recomendadas a la hospitalidad de algún vecino importante de la ciudad. El griterío de los mercaderes mezclado al pregón de los mesones se hacía ensordecedor.

El primero que se acercó a Benasur fue el viejo Samuel con dos siervos. Benasur no había comunicado la fecha de su llegada a ninguno de sus socios y amigos. La única que tenía noticia era Raquel, hija de Elifás.

En eso vio aproximarse hacia él, abriéndose paso entre los peregrinos, los carros y las bestias, a Samoní, caballero sobre una yegua. Sin detenerse, le gritó al paso:

—¡El Señor sea contigo, Benasur! ¡Sígueme!

Benasur espoleó al caballo y siguió a Samoní. Éste se detuvo en seco para decirle:

—¡Huye, Benasur! ¡Poncio Pilato quiere encarcelarte en cuanto entres en la ciudad!

Benasur sonrió sin comprender. Más perplejo que incrédulo.

—¿Que Pilato quiere encarcelarme?

—Sí.

—¡No bromees, Samoní! ¡Tengo dos pretorianos de guardia en mi casa!

—El procurador ha retirado la guardia de tu casa y ha dictado contra ti una orden de arresto, a petición del Rey.

—Pero ¿por qué? ¿De qué se me acusa?

—¡De atentar contra la seguridad del Imperio!

—Entonces...

Pero Benasur prefirió callar a expresar su pensamiento. Se quedó mirando fijamente a Samoní y, al cabo de unos instantes, le dijo:

—¿Sabes lo que significa esta púrpura?

—Ha de ser una condecoración o un premio.

—Más que eso: ¡Tiberio me ha besado!

—No comprendo, Benasur... Pero algo se trama en Jerusalén, y yo te aconsejaría que pasaras la Pascua muy lejos de la ciudad... Hace dos días fueron detenidos tus agentes Joel y Ammonín.

—¿Qué delitos cometieron? ¿También por orden del procurador?

—Y por sugestión del Rey...

Benasur soltó la risa. Y dándole un toque al caballo se dirigió hacia la puerta...

—¡Hazme caso, Benasur...!

—No te lo hago, Samoní. Soy Lazo de Púrpura. Sólo el Senado Romano puede dictar orden de detención contra mí, y eso después de haberme escuchado... ¡Me oirá Poncio y me oirá también el rey Herodes!

Benasur rio, pero no de muy buena gana. Su risa sonaba a falsa.

—¿Acaso el procurador ignora que el César...? —insinuó Samoní.

Benasur no contestó: «No, el procurador Poncio Pilato no puede ignorar que soy amigo del Imperio —pensó—. Y si dicta orden de detención es que la orden viene del Senado o del propio emperador Tiberio». Y en seguida, tras hacerse esta consideración, se dijo: «Quizá Darío David ha cometido algún error en Bética. O algo se ha descubierto en Garama».

Mala noticia. Mientras regresaba al lado de Zintia y Mileto, oyó decir al gesticulador:

—¡Raza de víboras, comedores de prepucios, corazones de cañamazo!

—¡Qué falta de originalidad! —le dijo a Mileto—. Mejor harían las pretorías con limpiar a la ciudad de estos farsantes repugnantes y malolientes.

Cuando se corrió por el mercado que Benasur había llegado en la caravana, algunas gentes acudieron a saludarlo. Entre ellos Mikael, un samaritano que tiempo atrás había sido socio suyo. Después de saludarlo, le dijo:

—El mercado de cambios anda confuso. Ha habido un loco, Assías por más señas, que le ha dado la chifladura de pagar los daricos con prima de sestercios...

Benasur y Mikael se miraron mutua y escrutadoramente. Samoní observó a los dos hombres con especial curiosidad. Benasur, irguiéndose en el caballo, como si hiciera un gesto instintivo de indiferencia replicó:

—Y eso ¿qué tiene que ver?

—Tiene que ver que yo no me he deshecho de un solo darico. Mikael puncionaba con la mirada a Benasur, al mismo tiempo que fruncía los labios con una sonrisa apretada, de mercader astuto.

—¿Es que tú, Mikael, tienes atesorados muchos daricos?

—Más de cuatro mil.

—Véndelos ahora mismo y me agradecerás el consejo... Yo te doy todos los daricos que quieras más un as de prima en cada uno...

—Te cojo la palabra, Benasur... Te compro mil...

—¿Mil? ¿Tan pocos? Yo quiero deshacerme de quince mil daricos... Corre la voz... Esta misma tarde los arrojaré al mercado... Necesito denarios. Por cada denario que me traigas pago un darico y un as.

—Y dime, Benasur, ¿por qué si tú compras denarios tus cambistas estuvieron comprando daricos?

—¿Mis cambistas? —Benasur soltó la risa—. ¡Yo no tengo agentes en Jerusalén! Mis negocios están fuera de Palestina.

Pero no continuó prestando atención a Mikael. No le interesaba insistir ni redondear demasiado la cuestión. Había retirado la semilla y sabía que palabra que cae en el mercado de Jerusalén fructifica en unas horas.

Con el informe de Mikael las cosas cambiaban. Se llevó aparte a Samoní y le dijo:

—Ya has oído a Mikael. ¿Quién anda detrás de esto? Tú debes de saberlo.

—Barrunto que el hombre de la denuncia es Tobías. En cuanto vio que tus cambistas compraban daricos sus agentes hicieron lo mismo.

Benasur comprendió inmediatamente. Era Tobías. Pudo haber sido José de Arimatea, o Joamín, o Agor: los hombres que dentro de su pequeño grupo capitalista de Jerusalén representaban el desierto, la mentalidad del hombre nómada. En todas las juntas tenía la oposición de Agor, de Joamín, de José de Arimatea o de Tobías. Ellos se resistían a los negocios que no fuesen tradicionales: las caravanas y sus camellos, las tierras y sus cosechas, la banca y sus usuras. Se alegraba ahora de que tres de ellos se hubiesen separado del grupo.

Capítulo 2

¡Hosanna, al hijo de David!

Al entrar en la ciudad, la guardia pretoriana de la puerta se cuadró a su paso. Esto le animó para desechar cualquier temor sobre un acto de violencia contra él. La denuncia no debía de ser tan grave como le había hecho suponer Samoní.

Se le antojaba que Jerusalén hedía más a letrina que antes. Según se adentraba en la ciudad, las casas y las calles, los mismos bazares que recordaba suntuosos, le parecían pequeños o destartalados y algunos hasta pobres. Con el recuerdo de Roma muy presente, con el recuerdo de Siracusa, de Gades y de Alejandría, Jerusalén se le hacía pequeña y sórdida.

Miraba alternativamente a Zintia y a Mileto para descubrir en su gesto la primera impresión que recibían de Jerusalén. Mileto, el más versado, lo veía todo con ojos inteligentes y escrutadores, sin hacer ningún gesto por el que Benasur pudiera adivinar su pensamiento. Zintia, por el contrario, era más espontánea, y tan pronto sonreía como fruncía el entrecejo ante algunos aspectos de la calle que no le agradaban.

Desde luego, los dos visitantes se quejaron de la aglomeración de gente.

—Es muy pequeña esta ciudad para tantos vecinos —objetó Mileto.

—Y las calles muy estrechas —agregó Zintia.

—La mayoría no son vecinos —dijo Benasur—, sino forasteros. Desde hace un mes, todos los días suben a Jerusalén oleadas de peregrinos.

Pero Benasur tuvo que reconocer que Jerusalén no podía competir con Roma, con Siracusa, ni mucho menos con Alejandría. Y por un momento se irritó contra la pobreza, la estrechez de su ciudad.

Mas, poco a poco, le fueron conquistando los aspectos íntimos, familiares de Jerusalén: edificios, fuentes y rincones que permanecían inalterables, iguales a como los había conocido en la infancia, en los años de mocedad. Exactos en sus proporciones e íntegros en recuerdos y anécdotas.

—¿Y esta torre? —preguntó el griego.

—Es lo que queda de la vieja muralla. Hasta aquí llegaba la ciudad de David.

Al entrar en la plaza de Salomón tuvieron que detenerse. Una barrera humana cerraba la calle. Y por ella desfilaba una procesión. Muchos hombres, y especialmente mujeres y niños, portando los ramos de Pascua, saludaban a un incógnito personaje a quien aclamaban con las frases de

«¡Hosanna, hosanna al Hijo de David!». Benasur tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar la risa. La manifestación no dejaba de ser pintoresca, y tenía ese sabor de ingenuidad campesina que, de vez en cuando, se aposenta en Jerusalén cuando surge un profeta. También antes Jerusalén se había conmovido con un tal Simón de Samaría, mago con poderes de fascinación poco comunes. Pero al ver el pueblo que Simón caía en las aberraciones de los más miserables mortales, le dio la espalda. Porque Simón el Mago en cuanto se enfangaba en la carne y en la bebida perdía sus facultades mágicas y no acertaba a hacer ni los juegos de prestidigitación y de óptica que hacían los saltimbanquis sirios y griegos.

Cuando el llamado Hijo de David apareció en medio de sus secuaces, Benasur se quedó perplejo. La gente rendía homenaje con ramos y flores, con palmas y laureles, con exaltadas salutaciones a un hombre de unos treinta y seis años, bien proporcionado, con una expresión de mansedumbre que rivalizaba con la del pollino que cabalgaba. Todo aquello le hubiera parecido una bufonada si Benasur no hubiese visto la voluntad con que las gentes le aclamaban, el respeto con que lo seguían, la veneración con que lo contemplaban. Pero no pasaba de ser más que un pobre hombre. Sí,

con cierta nobleza, con auténtica dignidad... ¿De dónde había salido aquel individuo? ¿A qué familia pertenecía? ¡Hijo de David! Bien seguro que la genealogía era una patraña.

Benasur, con el deseo de disculparse ante Mileto, le dijo:

—Como ves, se trata de gente sencilla que se deja fácilmente embaucar.

Mileto comprendió que el embaucador era el Nazareno, de quien había oído hablar a Hassam, de quien le había escrito Raquel en todas sus cartas. A Mileto no le parecía un farsante. Había algo aristocrático, señorial, en sus facciones, en la composición y armonía de sus miembros. Había algo superior en el modo con que llevaba el manto, y cómo éste le caía en pliegues estatuarios. Era fácil olvidarse de que la montura era un asno. El llamado Hijo de David le daba jerarquía de trono.

—No, Benasur. No tiene pinta de farsante. Mírale a los ojos. En mi vida he visto hombre alguno con una mirada tan inteligente y dulce como la de ese Nazareno.

Benasur se quedó observando al hombre. Quizá tenía razón Mileto.

Indudablemente la expresión y la mirada del Galileo eran subyugadoras.

Lo pudieron ver bien porque el Nazareno tuvo que detenerse. Alguien del público le interpeló: Benasur conocía al importuno. Era Gamard, miembro del Sanedrín, que le planteaba una cuestión de la Ley: por qué el supuesto Hijo de David permitía que le llamasen Rey de Israel. A Benasur le pareció estúpida la pregunta de Gamard. Y algo dijo el del pollino que él no pudo oír. Pero a juzgar por el rumor de admiración que provocó entre la gente, coligió que el Hijo de David había contestado con sagacidad y prudencia.

«No, no puede pretender hacerse pasar —se dijo Benasur— por el Mesías. Este hombre en vez de llevar coraza y lanza se arma de sonrisa y mirada de santo».

—¿Quién es él? —preguntó Benasur a otro caballero que estaba a su lado.

—Le dicen el Galileo y el Nazareno... Se llama Jesús, pero ya ves que le aclaman como Hijo de David. Las gentes sencillas dicen que

es el Mesías. ¿Tú qué piensas? ¿Es posible que el Rey de Israel venga a nosotros en un pollino?

Benasur se encogió de hombros. Se acordó de Hassam. Tuvo razón cuando le dijo que el Nazareno era impresionante. Pero Benasur, que desde que había visto a Samoní no experimentaba más que contrariedades, se sintió deprimido, en cierta forma menoscabado, como si la entrada triunfal de aquel individuo sobre una modesta cabalgadura hubiese hecho insignificante, inadvertida, su entrada en Jerusalén. Y no podía menos de recordar el apoteótico recibimiento que la ciudad de Gades le había hecho.

—¿Quién es él, Samuel? —le preguntó al criado.

—Es el Cristo, Señor. El Profeta Juan dio testimonio de Él.

—¿Juan? ¿El degollado?

—El mismo, señor.

Cuando la procesión continuó la marcha y la plaza de Salomón comenzó a descongestionarse, el navarca dijo a Mileto:

—Todas esas gentes que le siguen son forasteros. Como ves, igual que los magistrados romanos, se hace acompañar de sus laudiceni.

Zintia no había perdido detalle. También ella había sido mirada por el Nazareno. Y también se sintió atraída, irresistiblemente atraída por el gesto de aquel hombre. A tal extremo que cuando se supo mirada por él, tuvo que bajar los ojos y arder de rubor.

—Dicen que es el Mesías, Zintia. El enviado de Dios —dijo el navarca.

—¿Del altísimo Señor Yavé? —preguntó, admirada, la alhuma.

—Del altísimo Yavé —repuso Benasur.

Detrás de la procesión entró en la plaza Marco con su carreta. Benasur lo conocía desde niño. Era el tipo más popular y pintoresco de Jerusalén. Idiota sólo hasta el límite de la malicia. Porque Marco era pícaro. Y tan viejo como la picardía, y como ella también tan lozano.

De niño lo vio correr tras los chiquillos que le gritaban: «¡Marco, Marco, diablo sin rabo!». Marco entonces entraba en ira. Parecía que su oficio era entrar en ira. En una ira que se manifestaba en gesticulaciones y blasfemias. A media carrera se detenía jadeante, desparramando la vista como un perro rabioso. El alcohol ponía una

terrible, grotesca vacilación en sus piernas. Y si no caía para revolcarse en el polvo como un endemoniado, destrozándose la boca y echando espumarajos por la nariz y por las comisuras de los labios, cosa frecuente, se acercaba al buey bermejo uncido a la carreta y le decía en tierno soliloquio: «Miriam, Miriam mía, ponte a un lado, que ha llegado tu hermana». Toda su vida había tenido bueyes bermejos a los que ponía el nombre de Miriam, y toda la vida se había empeñado en que Miriam fuese vaca.

Marco llevaba en la carreta tres troncos de pino. Los que de muchachos habían corrido ante él, ahora, de adultos, le azuzaban a su paso:

—Marco, diablo sin rabo, ¿para qué tres troncos? Y Marco contestó:

—Uno para ti, otro para tu padre y otro para la zorra de tu madre...

Y los hombres reían. Generalmente su contestación era alusiva a la madre, pues lo corriente era que Marco llevase un solo tronco en su carreta. Marco tenía su taller cerca de la Puerta Vieja, en la travesía del Inválido, que salía a la calle de la Amargura. Se pasaba todo el día durmiendo la borrachera, y por la noche, a la luz de una mísera lámpara de aceite, se ponía a trabajar. Con el hacha iba desbastando los troncos de pino. Después los cortaba en dos partes, una al tamaño de un tercio de la otra.

—¿Quién es ese viejo? —preguntó Zintia a Benasur.

—Es un carpintero borrachín, a quien la pretoria encarga las cruces en que se clavan a los forajidos.

—¿Sabes qué he descubierto, Benasur?

—¿Qué?

—Que entiendo todo lo que dicen. Sólo algunas palabras se me escapan...

—¡Ojalá sean las más obscenas!

Mileto no entendía casi nada. Únicamente las expresiones más corrientes, de tanto oírlas a sus amos judíos.

—¡Marco, diablo sin rabo!, ¿para qué tres troncos?

—¡Uno para ti, otro para tu padre y otro para la zorra de tu madre!

Ya no causaba tanta gracia. Lo de diablo sin rabo irritaba a Marco porque siendo joven su mujer le había abandonado con escándalo, propalando que no era hombre entero.

—Dime, Marco, ¿por qué tres maderos?

Y Marco contestó ahora:

—Yo sé mi cuento... ¡Hijos de perra, ahora serán tres!

—¡Marco, Marco, diablo sin rabo! —gritaron unos chiquillos.

El viejo se quedó mirándolos con expresión iracunda. Se enjugó la frente con un pañuelo pardusco, dejó la vara sobre la carreta y salió corriendo tras los muchachos. Era un triste simulacro de persecución. Una mujer que se asomó al terrado de la esquina de la calle del Pozo se echó a reír. Marco se detuvo, y al ver la risa fresca, juvenil, de la mujer, abrió la boca con una expresión bobalicona. Se había mordido los labios y la lengua tantas veces durante los ataques, que la boca al abrirse semejaba una fauce informe.

—Miren, miren a la puta... ¿Con cuál de tus hombres te acostaste, perra samaritana?

La mujer y los hombres prorrumpieron en risotadas.

Benasur dio órdenes de seguir al auriga que conducía el coche de Zintia.

Capítulo 3

Raquel, hija de Elifás

En cuanto entraron en la calle de David, Benasur vio que, efectivamente, le habían retirado la guardia. Por ese y otros servicios Benasur regalaba al procurador Poncio Pilato treinta mil sestercios al

año. Pero bien comprendía que el procurador ya no quería recibir el salario del soborno.

Benasur y Mileto se bajaron de los caballos. El navarca ayudó a Zintia a apearse del coche. Entraron en el zaguán. Al fondo, en el patio, esperaban Cireno, el mayordomo; Neftalí, el maestresala; Juan, el escriba; Jacob, el bibliotecario; Amur, el anunciador, y los criados y siervos de servicio en la casa. Prorrumpieron en exclamaciones de bienvenida y loas al Señor, que les reintegraba al amo. Benasur tuvo palabras amables de saludo para todos, y no omitió interesarse por los parientes de los criados. Y cuando éstos se diseminaron por las distintas puertas que daban al patio, cuando sólo se quedaron los servidores más calificados, preguntó:

—¿Y Raquel?

Desde hacía unos momentos, desde el instante que traspusieron la puerta de la casa, Zintia y Mileto se habían puesto pálidos. Sabían que tras aquella puerta estaba Raquel, la misteriosa Raquel, la alucinadora mujer que se les había metido por los oídos hasta llegar al corazón. Y en el corazón de Zintia, Raquel destilaba amargura y celos, y en el de Mileto, ilusión y esperanza. Aquella entidad monstruosa que las palabras constantes, pertinaces de Benasur habían creado en la mente de los dos jóvenes, iba a aparecer de un momento a otro.

Cireno, el mayordomo, respondió a la pregunta:

—El ama Raquel está dando de comer a los pájaros...

Zintia creyó advertir en el mayordomo como una intención especial cuando dijo la palabra ama, Y no le faltaba razón, pues ahora la alhuma comprendía que ella era una extraña, una intrusa que venía a compartir —con otra mujer que tenía más derechos adquiridos— la misma casa, la misma servidumbre y, lo que era más grave, el mismo hombre.

—¿En dónde está, en el terrado o en la piscina?

—Ha de estar, señor, en el salón de invierno.

Benasur entró en el patio diciendo:

—Seguidme... —Y en seguida gritó—: ¡Raquel, Raquel, soy yo, Benasur, tu amado Benasur!

Y todos entraron en el salón. Allí estaba Raquel. Se cubría con una túnica de seda malva. Dos pájaros se escaparon de sus manos.

—¡Benasur!

Pero Raquel no miraba a Benasur. Miraba a Zintia y a Mileto, que se habían detenido entre azorados y tímidos tras el navarca. Especialmente a Mileto, Lo miraba con una expresión de franca simpatía, de vivo interés.

¡Y qué bella era Raquel! Zintia se sintió insignificante a su lado. Pues Raquel, además de ser tan alta como ella, tenía una sonrisa más dulce que la suya y una mirada más inteligente que la suya. Raquel era la maravilla de que había hablado veraz, sin exageraciones, Benasur. Y Mileto, más seducido que Zintia, observaba que la mirada de Raquel le conturbaba a la vez que calaba hasta lo más hondo de su corazón con un indescifrable sentimiento consolador.

—Son ellos —dijo Benasur—. Zintia, que está embarazada, y Mileto que está más loco de lo que hayas podido percibir en las cartas...

—¡Eres admirable, Benasur! Eres admirable en todo. Sabía que estos hermanos no serían distintos a como tú me los habías descrito. Mileto parece ser tan fino e inteligente como me lo has dicho. Y Zintia es más dulce todavía.

Mileto y Zintia se quedaron perplejos. Descubrían que Benasur le había escrito a Raquel a escondidas, teniéndola al tanto de su amante y de su escriba. Pero lo que más los aturdía eran las palabras cordialísimas de Raquel.

Entonces, fue cuando Mileto pudo contemplar con detenimiento a la joven; más que con detenimiento, con sosiego, con una suerte de muda admiración. Le pareció que nunca había visto una mujer con tantas perfecciones. Ni aun la nariz, que había imaginado excesiva y curvada, ponía un pero a su rostro. La nariz de Raquel era recta y aguda, y sus ternillas se perfilaban ligeramente coloreadas con la misma pintura carmín de sus labios. El pelo era excepcional. Comprendía por qué Benasur le había hablado de sus cabellos dorados de día y negros de noche. Porque eran unos cabellos de color rojizo oscuro, como el cobre, que en la parte que quedaba en

sombra se tornaban negros, y dorados en la parte iluminada. Raquel se arrojó en brazos de Benasur. Y le besó en la frente y en las mejillas. Zintia se puso roja y sus manos quedaron como maniatadas. Tampoco sabía dónde poner la vista, que tropezaba con aquellos besos, con aquel abrazo. Y los dos jóvenes tuvieron que ver cómo Benasur pasaba su mano por la cabeza de Raquel en una caricia lenta, pastosa, untada por el rezumar de quién sabe cuántas nostalgias. Cuando se desprendieron del abrazo, Benasur, mirándola a los ojos, sin que su rostro abandonara la expresión de enamorado, murmuró:

—Te traigo mil cosas en los carros. Y muchas sedas... Todas las sedas que me han parecido dignas de ti... y que no te ha cogido Zintia —concluyó con un tono de broma.

—¡Pobre Zintia! Por muchas que haya cogido, siempre serán menos de las que merece. ¿Verdad, Zintia? —comentó Raquel. Se acercó a la alhuma, la besó en la frente y le dijo:

—Bendito sea tu vientre, que trae la prole de Benasur... El Señor me ha querido estéril, dulce Zintia, y yo no he podido darle esa alegría. Quizá Yavé echó sobre mis entrañas la maldición por haber sido catecúmena de la infame Astarté. Pero hace tiempo, dulce Zintia, que me he resignado con la voluntad del Señor...

Y en seguida, cogiéndola por el talle, agregó:

—Aunque Benasur no me lo había dicho, sabía que tú serías alta como yo. Le gustamos las mujeres altas... No temas nada, Zintia. Veme como a una hermana. Yo te daré de mis vestidos y de mis joyas. Y diré a mis pájaros que también se posen en tus manos... ¿Cantas, Zintia?

—No, no canto... —repuso confusa la alhuma, con los ojos empañados de lágrimas.

—¡Yo te enseñaré! No te acongojes... Vivirás feliz en esta casa...

—No la mimes mucho, Raquel; que Zintia es muy llorona...

Mileto no salía de su asombro. En realidad, todo lo que rodeaba, afectaba o atañía a Benasur, todo lo que gravitaba alrededor de su persona, era excepcional, insólito. Y recordaba que un día, paseando por Gades, Benasur le había dicho: «Siempre hay algo oculto, secreto, algo que no se entrega en Raquel». Mileto creía comprender

ahora que era la inteligencia de Raquel la que dejaba en reserva su propio corazón femenino. Pues a pesar de que el tono de la voz parecía participar de la misma sinceridad que sus palabras, no era aventurado pensar que su corazón se estuviese deshaciendo en aquellos momentos de mimos y halagos otorgados a Zintia. Tan inteligente, que había comprendido la tragedia de su esterilidad y se percataba de que ella, como mujer, con todos sus encantos, con todas sus gracias, con toda la seducción que podía ejercer sobre Benasur, no era nada o casi nada ante una joven que daba a su amante el más preciado don del Cielo: la maternidad. Y sobre todo para un hombre como Benasur, que parecía sentir la procreación como un compromiso ineludible, como una alianza con el Señor Yavé. Sí. Raquel, con toda su superioridad mundana, con su superioridad física, no podría mostrarse ni orgullosa ni altiva con Zintia, que le ganaba con la gracia de un vientre fecundo.

Y antes de que saliera de estas reflexiones, Mileto vio ante sí a Raquel, que le cogía las manos y muy seria, sonriéndole nada más con los ojos, le decía:

—Sé bienvenido a Jerusalén, Mileto. Y te doy las gracias por serle tan leal, tan paciente, tan adicto a Benasur. Sé que te ha hecho enojar muchas veces. Pero ¿acaso no te has dado cuenta de que es una criatura, que cree que las gentes son como sus barcos con los que se puede jugar impunemente? ¡Tenía tantos deseos de conocerte! Espero que seamos buenos amigos...

—El almuerzo, ama Raquel —anunció el maestresala. Raquel miró al criado—: Desde hoy, Neftalí, te dirigirás al ama Zintia.

Y el maestresala rectificó:

—El almuerzo, ama Zintia.

Benasur intervino:

—¡No, Neftalí! ¡Yo no estoy ausente!

—Perdón, señor. El almuerzo, amo Benasur.

Pasaron al triclinio. Pero Raquel se disculpó. Raquel salió corriendo para su alcoba. Hacía tiempo que su corazón estaba divorciado del amor de Benasur. Pero al fin, no se había acostumbrado a divorciarse de la casa, de su jerarquía de ama. Y fue a llorar, porque su corazón estaba triste. Y lloró sola, porque la culpa de su llanto no

la tenían ni Benasur ni Zintia. La causa de su llanto estaba en su esterilidad.

Después del almuerzo, Benasur ordenó a un criado que condujera a Zintia a las habitaciones de Raquel. Y se llevó a la biblioteca a Mileto y a sus principales del servicio de la casa.

Al bibliotecario, que era maestro de genealogías, le dijo:

—Harás buena amistad con Mileto, Jacob. Es hombre versado en historia y en geografía e inclinado al altruismo. También le gusta filosofar. Ha dado tres lecciones en el Museo de Alejandría que le costaron no pequeños disgustos. Y me han dicho que, a mis espaldas, ha hecho algún prosélito. Ya tendrás ocasión de charlar.

Y dirigiéndose a Amur, le encomendó:

—Vigila que descarguen los carros con cuidado. Traigo en las cajas cosas muy frágiles... Y tú, Juan, ponte a escribir una nota... Tú, Cireno, encárgate de que mis huéspedes reciban aviso de mi llegada y anúnciales que iré esta tarde a visitarlos... ¿Dices que han quedado bien alojados?

—Sí, Benasur —respondió Cireno—. En las mejores casas de la ciudad.

Alan Kashemir, de Antioquía, se fue al palacio del Rey.

—¿Cuántas esposas acompañan al viejo? —preguntó Benasur.

—Una y dos concubinas, señor...

—¿Y no se ha hospedado Mikael de Damasco con el Rey?

—No, señor. No traía tal intención. No sé si será prudente que te diga... En fin...

—Habla, Cireno.

—Tengo entendido que el dignísimo Mikael de Damasco ha enfriado sus relaciones con el Rey desde la decapitación de Juan el Profeta.

—¿Y el matrimonio Askenazi?

—Se ha hospedado en casa de Hassam.

—Bien. Tú, Juan, escribe: «Benasur de Judea saluda al ilustre procurador de Roma, el prudentísimo Poncio Pilato y le suplica se digne concederle una audiencia, etcétera, etcétera...». Nada más. Se la llevarás en seguida, Jacob. Y tú, Cireno, irás a palacio a ver al mayordomo del Rey... ¿Cuándo llegó Herodes?

—Vino a principio de mes del castillo de Maqueronte.

—¿Y Poncio?

—Poncio apenas hace una semana que llegó de Cesárea.

—¿Tiene muchos invitados el Rey?

—Algunos, pero no puedo decirte sus nombres porque los desconozco.

—Bueno. Le dices al mayordomo de palacio que he llegado y que deseo cumplimentar al Rey. También irás a casa del Pontífice Caifás a decirle que quiero presentarle mis saludos. ¡Ah, Jacob! Dile a Amur que la caja que trae mi signo a fuego la pase a la biblioteca... Todas las cajas con una «R» debéis llevarlas a las habitaciones del ama Raquel. Y ahora podéis iros porque he de hablar con Mileto.

El griego sospechaba que tenían que hablar a solas, pero no supuso que fuera tan pronto. Benasur echó una mirada a la estantería donde se guardaban rollos y libros, y dijo:

—Aquí hay algún libro que te interesará. El de Enoch, por ejemplo, es un tratado de cosmogonía sin desperdicio. En él, mejor que en las Escrituras de la Ley, encontrarás cómo y por qué el hombre es más miserable de lo que quisiera. Enoch ha dejado el más fidedigno relato del pecado de nuestros padres Adán y Eva. Comparándolo con la versión de Moisés, verás que ésta adolece de contradicciones y oscuridades. Principalmente en lo que se refiere a la rama de la progenie cainita. Moisés fue mucho mejor legislador que historiador... En este lugar se encuentra la más valiosa colección de documentos sobre la construcción del Templo, sobre las relaciones de amistad de Salomón y de Hiram. Porque has de saber que un antepasado mío, un Hiram Assur, primo del rey Hiram, vino a Jerusalén a construir el templo... Si te interesas por mi genealogía, Jacob te informará...

Y después de una pausa en que Mileto permaneció silencioso, sin hacer el menor comentario, dijo:

—Supongo que estarás desconcertado... Ahora, sobre el terreno, son oportunas las explicaciones. Antes de conocer a Raquel no las hubieras entendido... Habrás visto que Raquel me ha recibido del modo más afectuoso. Hace tiempo que dejó de amarme. Posiblemente nunca me amó, pero me quiere. Cuando digo amor me

refiero a lo que vosotros los griegos llamáis «eros» y cuando digo querer aludo a lo que llamáis «kardía». A pesar de que Raquel no me ama, yo sí la amo. Pero sé que no me dará hijos... Yo hace tiempo le ofrecí matrimonio a Raquel. Y ella rechazó, no tanto porque no me amase, pues me quiere lo suficiente para llevar con agrado, sin fastidio, una vida a mi lado, sino porque sabe, está convencida hasta la evidencia de que nunca podrá darme un hijo. La han visto los mejores físicos y sacerdotes y estos últimos han dictaminado sobre la razón de su esterilidad que los médicos no encuentran: el Señor cegó su entraña por haber cometido idolatría... ¿Comprendes?

—Sí, comprendo, Benasur. Continúa.

—Yo estoy empezando a querer a Zintia, pero no la amo. A Zintia y a mí nos pasa la inversa de lo que nos ocurre a mí y a Raquel. Si Zintia me da los hijos que dice, ella se enseñoreará de esta casa. Y yo me casaré con Zintia... Mientras tú contestabas las cartas de Raquel, yo le escribía por separado las mías. Pocas y muy recientes. Una desde Neápolis, ahora que estuve en Capri a ver al César; otra desde Alejandría, y una más reciente desde Tiro, cuando regresábamos del infructuoso viaje a Antioquía para ver a Alan Kashemir. En ellas la informé debidamente de cómo estaban las cosas... Yo te dejé a ti el encargo de la correspondencia porque tú tienes más imaginación para escribir —sólo para escribir, Mileto— que yo. Suponía que Raquel se distraería con tus cartas más que con las mías. Habrás visto que Raquel está vivamente interesada por ti, y creo que a ti te ha impresionado mucho. Pero debo advertirte una cosa: Raquel no es mujer para un escriba: Raquel nunca podrá renunciar a una vida de comodidad y de lujo... ¿Sabes cuántas azafatas la atienden? Ocho.

Benasur dio unos pasos y volvió a hablar:

—Es muy importante que sepas, puesto que vas a vivir bajo el mismo techo, que Raquel no es mujer que adultere. Y a ti no te creo capaz de una deslealtad. Oye esto, Mileto: Raquel estará en esta casa mientras los dos nos acostumbremos a la nueva situación creada. Yo quiero que ella permanezca aquí para no sentirse «arrojada de la casa», pero ella, si se queda, no es por la necesidad

que sienta de vivir aquí, sino por no herirme el corazón; pues ella sabe que yo aún la amo. Si tú quieres conservar y aumentar la simpatía y la estimación de Raquel, no le propongas nada que a mí pueda herirme, porque...

—¡Basta, Benasur! —cortó Mileto—. Te agradezco esta prueba de confianza, de amistad con las explicaciones, no pedidas, que me has dado. Pero yo no puedo permitir que tú hagas conjeturas sobre complicadas y supuestas posibilidades. Conozco todo aquello que pertenece a tu exclusiva propiedad y sé respetar lo que es tuyo. He tenido dinero, millones tuyos en mis manos. Y ni un solo cobre se me ha quedado pegado. Todo lo que tengo, tú me lo has dado o mi ingenio me lo ha procurado. Si un día Raquel sale de esta casa porque tú —por renuncia o cesión— la dejas libre, yo seré con respecto a Raquel uno de los miles de hombres que pueden acercarse a ella. Y tomarla para amante o para esposa. Si tal cosa sucediere y a mí me tocara en suerte, yo no vendría a decirte: «Benasur, Raquel es mía, olvídate de que fue tuya y no la toques». No te diré eso, porque antes que yo te lo diga, te lo habrá dicho Raquel. Es lástima que, amándola como dices, todavía no la hayas comprendido. Dices que Raquel no es mujer que adultere. Creo, como tú, que no es. ¿Y por qué sabiéndolo, adviertes: «Ojo, Mileto, no la toques»? ¿Es que ella permitiría que yo la tocase? ¿No comprendes que si yo no fuera el escriba leal que dices que soy, bastaría la lealtad de Raquel para guardarte tu hombría y tu dignidad? Yo fío en las mujeres como Raquel, Benasur. Yo fío en mujeres como Zintia, Benasur. ¡Tú no! Tan no fías, que nos adviertes lo obvio a quienes te rodean: «No la toques. Es mía». No, Benasur. ¿Por qué no empezar a pensar que la mujer es algo más que una bestia, que una esclava? Raquel, como Zintia, como cualquier otra mujer que sea digna, no debe ser tocada no sólo porque pertenezca a Benasur, sino por ellas mismas, porque se pertenecen a sí mismas. La advertencia no debe partir de nosotros, sino de ellas. Y para que su advertencia «No me toques» sea válida y respetada, debemos comenzar por darles una autonomía y un respeto que les negamos.

Benasur cortó a Mileto:

—¡Admirable! Eso escríbelo en tus memorias, que puede que conmueva a las generaciones futuras. Pero si lo propalas en Jerusalén te lapidarán sin previo aviso. No creas que en todas partes son tan corteses como en Alejandría, que amonestan antes de aplicar el castigo. Aquí te lapidarán. Y si entra en causa Roma, te crucificarán. Como a un vulgar delincuente. Igual que hay actos innobles para los que el hombre debe ocultarse o esconderse en su intimidad, hay ideas peligrosas que deben pensarse en silencio, sin expresarlas a nadie. Porque esas ideas tuyas pueden repugnar a los demás, Mileto. Nunca la mujer ha sido una bestia, Mileto, porque el Señor le dio forma humana, pero tampoco es un ser comparable al hombre. La mujer está entre la bestia y el hombre. ¿Cómo voy a fiar de la mujer? Hace dos meses que Zintia me dice que está embarazada. ¿Qué otra seguridad, fuera de su palabra, tengo yo de tal hecho? No te fíes de las mujeres, Mileto, ni de los andróginos, que tienen condición femenina. Y si te fías y esperas a que la mujer le diga al hombre «No me toques», puedes armarte de paciencia, si esa mujer es tu esposa, pues te convertirá en el mayor toga ancha que se haya visto. ¿Tú crees que una mujer piensa? ¡Si, piensa! Raquel piensa, me dirás. Sí, piensa, pero es estéril. Cuando una mujer piensa como Raquel, como Helena, la mujer de Dam, no son mujeres, puesto que la maternidad les está negada.

Y dando el asunto por terminado, concluyó:

—Creo que la cosa está discutida, Mileto. Y yo me voy a ver a Aristo Abramos. Le diré que tú irás a visitarlo mañana, ¿verdad?

—Sí, tengo mucho interés en hablar con Abramos... —contestó el escriba.

Capítulo 4

La libertad, bien de Dios

Cuando terminaron de hablar de negocios, Abramos trajo la conversación sobre Mileto.

—Sabía que te sería útil, pero no a tal extremo —comentó—. Y me veo obligado a decirte algo que quizá tú ignores...

—¿Qué le gustan los adolescentes?

—No. No sé si le gustarán los efebos, Benasur. Sé que en la casa mostraba una especial devoción por Ester. Pero no es de esto de lo que quiero informarte, sino de su estado... digamos demográfico. ¿Nunca le has visto la placa?

—¿Qué placa? —replicó Benasur con una visible repugnancia al sospechar de lo que se trataba.

Aristo Abramos, sonriendo, como si no tuviera importancia, dijo:

—Mileto es esclavo mío...

—¡Esclavo! —profirió Benasur desconcertado—. Debí sospecharlo... Pero entonces, ¿por qué ese rabioso espíritu de independencia?

—¿Ah, sí? Conmigo era muy sumiso. Quizá por lo mismo... Benasur dio unos pasos por la habitación, francamente perplejo.

—No lo comprendo. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me lo confesó? ¡Se ha estado exponiendo continuamente a ser acusado! No sé si indignarme o condolerme. ¡Esclavo! Comprendo muchas cosas... ¿No te da vergüenza, Abramos, tener un esclavo como Mileto? Siento rubor de que Mileto, de que hombres como Mileto estén esclavizados... ¡Qué desagradable! No lo has visto. Tendrás que verlo ahora. Es todo un señor... Te habrá contado los honores que recibió del César, pero tú no sabes que dio un curso en el Museo de Alejandría... ¡Esclavo! Pero ¿no te horrorizas, Abramos?

—¿Por qué? No parece sino que vinieras de otro mundo. Muchos esclavos asesoran al césar Tiberio...

Benasur no salía de su perplejidad. Por fin, reduciendo el problema de Mileto, como todos los que se le presentaban, a su fórmula más simple, preguntó:

—¿Cuánto?

—¿Acaso quieres comprarlo? —sonrió santamente Abramos—. ¿No has pensado en la posibilidad de que pudiera regalártelo?

—No, Abramos. ¿Cuánto?

—Mileto me ofreció ya hace meses cincuenta mil sestercios... Es mucho, ¿verdad?

—No lo sé. Dame tu cifra...

Aristo Abramos sacó un pliego de un cajón...

—Dime, Benasur. ¿Es cierto que se ha convertido?

—No es cierto. Temo que Mileto sea ateo. Su concepción de Dios es un puro teorema.

—No importa. Éste es el libelo de manumisión. Es un regalo de Pascua que le traigo de parte de mi hija Ester... Mileto me escribió varias veces insinuándome su deseo de liberarse. Yo me he hecho el sordo, porque quería darle esta sorpresa aquí, en nuestra amada Jerusalén y en la Pascua. Quiero que asocie su libertad, quizá la mayor alegría de su vida, al recuerdo del Señor... Toma el libelo y dáselo. Hace poco más de un año, cuando se fue contigo, hice el registro de su manumisión en Corinto. Por tanto, hace más de un año que Mileto es hombre libre...

—Y ciudadano latino. Eres noble, Abramos.

—Te pido sólo una cosa. Que cuando venga a verme mañana, no me dé las gracias. No me gustaría hablar del asunto. Dile que hablaremos como siempre. Y que como siempre él tendrá en mi casa su cubículo y su plato en el triclinio.

—¡Eres noble, Abramos!

—No. Creo que me lo ha aconsejado el Señor. El día que salisteis de Cencres, cuando llegué a casa y les dije a mi mujer y a mi hija que Mileto había embarcado contigo, Ester me reprochó que le hubiese dejado ir sin más ropa que la puesta, sin más dinero que la placa... Hablé con el rabí de la sinagoga y el buen Daniel me dijo: «Si no te sirve a ti, dale la libertad. No es justo que traspases una esclavitud que tú no vas a vigilar». Fui al registro y lo liberé. Pero luego pensé: «Será mejor que Mileto lo sepa en ocasión solemne».

Benasur dejó a Aristo Abramos. Se llevó el libelo de manumisión de Mileto y continuó sus visitas.

Benasur regresó a la casa bien entrada la tarde. La visita a sus huéspedes y socios no había sido muy satisfactoria. A excepción de Alan Kashemir, alojado en palacio, vio a los once restantes. De ellos sólo cuatro se manifestaron dispuestos a suscribir sin mayores discusiones el capital. Y tres se mostraron tibios e indecisos. Los otros cuatro, francamente opuestos. Le molestó mucho que uno de los que más se cerrasen en la negativa fuese su primo Jos Hiram, socio en negocios de banca de Aristo Abramos.

En la casa encontró a Raquel, Zintia y Mileto conversando amigablemente en el jardín. Ordenó que les sirviesen allí la cena. Comentaban ciertos sucedidos alrededor de la figura del Nazareno.

Mileto había salido aquella tarde para dar una vuelta por la ciudad. Y se encontró con Jesús y sus secuaces cerca de la piscina de Siloé. Allí había dicho el Nazareno algunas parábolas ejemplares. El griego habló con uno de los discípulos, un tal Juan, y había estado muy divertido con su plática. Después Maestro y seguidores habían salido para Betania.

—Desde luego —dijo Mileto—, las gentes que lo siguen me parecen simples e incultas. El discípulo con quien hablé apenas pudo explicarme con mediana claridad la doctrina de su Maestro. Bien es cierto que yo no estoy muy versado en las Escrituras para comprender claramente en qué radica el pleito o equívoco que existe entre el Nazareno y los doctos de la Ley, pero el razonamiento de Juan no resistía a la lógica.

Tal cosa dijo Mileto mientras Benasur se sentaba ante la mesa y bendecía y cortaba el pan.

—Es costumbre que el amo de la casa corte el pan, Mileto.

La que llevaba la voz cantante sobre el tema del Nazareno era Raquel, no sólo muy interesada en la doctrina de Jesús, sino bastante enterada como para aclarar aquellos detalles de contradicción que Mileto había creído observar en el razonamiento del discípulo Juan.

—Como quiera que sea —dijo el griego—, el Nazareno es una persona excepcional. Un hombre que se expresa como él lo hace; que se conduce como tú dices, Raquel; que tiene esos dulces instrumentos de persuasión como son su mirada y su gesto, no

puede ser, ni mucho menos, un embaucador... La gente le dice el Mesías... ¿Qué debo entender por tal título?

—El rehabilitador de Israel... —dijo Benasur—. El hombre que habrá de reintegrar a nuestro pueblo a su antigua y perdida grandeza...

—Entonces ese hombre pretende ser el rey de los judíos... —insinuó Mileto.

—Sí. Como comprenderás ¡estamos lucidos! Un rey que entra en Jerusalén caballero en un pollino...

—¿Acaso no has escarmentado de las formas, Benasur? —le opuso Mileto.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú te empeñabas en hacer rey a Shubalam, por el solo hecho de ser hijo de Tacfarinas. Y te encontraste con un poeta. Y no es lo malo que fuera poeta para ser rey, que mejor andarían los reinos si los poetas estuvieran coronados o los reyes tañeran la lira de Apolo; pero Shubalam era un hombre sin voluntad, según confesó y sin gusto por la cosa pública. Este Nazareno lleva tras sí una muchedumbre, y es versado en la Ley. ¿Qué importa el pollino si tú puedes darle un caballo con caparazón de damasco y bridas de cordón de seda: si le puedes dar espuelas de plata y cetro de oro?

—¿Hablas en serio? —interrogó Benasur.

—¡Muy en serio! Kaivan, aunque tú creas lo contrario, hubiera sido un rey excelente...

—Comprendo. El Nazareno te seduce porque él, como Kaivan, es un pacifista.

—No creo que sea pacifista —opuso Mileto—. Por lo que he oído, viene a imponer la guerra... Y una guerra tan grande como la que tú ambicionas. Viene a poner la discordia en el mundo. Y la discordia es un estado de cosas tal como el que prevalece, tiene que ser forzosamente benéfica.

—¿Tú qué dices, Raquel? —preguntó Benasur.

—No creo que el Maestro traiga la discordia que Mileto dice. Sí, establece en nosotros la discordia con nosotros mismos, pues nos obliga a sacrificios que lesionan nuestro egoísmo y nuestra debilidad. Respecto a la Ley... trae una nueva Ley.

—No durará mucho —dijo Benasur—. Los reformadores no son nunca mirados con simpatía...

—Ni con miramientos —agregó Mileto.

—Pero si no viniese a reformar, ¿qué falta haría un nuevo rey? —opinó Zintia.

Benasur miró a Zintia. No era tan lerda la alhuma. Además tenía razón. Todos los reyes habían subido a un trono —si había sido conquistado por la violencia— amparados en una reforma, aunque después no la realizasen. En ese caso, el Nazareno no andaba equivocado. En principio, había que prometer, pues la promesa es la más alucinadora y barata de las inversiones.

—Así que el Nazareno tiene una reforma y un don de persuasión —comentó el navarca—; y por si fuera poco, da muestras de sus poderes sobrenaturales. No tuvieron mucho más la mayoría de los reyes de Israel. ¿Por qué no lo mandas venir, Raquel? Me has dicho que María de Magdala le sigue. Dile a María que quiero hablar con el Nazareno, quizá lleguemos a un acuerdo...

Y seguidamente ordenó a un criado que llamase a Jacob.

Zintia y Mileto se iniciaban en la comida jerosolimitana. Las tortas de pan de trigo eran muy delgadas y flexibles. A los jóvenes les costaba trabajo manejarlas para recoger con ellas el alimento, especialmente la salsa, que, por falta de habilidad, se les escurría. Esto provocaba incidentes de etiqueta que obligaba a intervenir a Raquel para aleccionar a los extranjeros sobre los modos judíos.

Cuando llegó Jacob, Benasur le interrogó:

—¿Qué has oído tú del Nazareno que trae revuelta a la ciudad?

—Lo que todos. Parece que es cierto que obra milagros y que está asistido de poderes del Señor.

—Pero él no es descendiente de David...

—He visto su genealogía, Benasur. Y sí es descendiente de la casa de David.

—Será bueno que me hagas un informe detallado con miras a hacerlo escritura pública. Si es descendiente de la casa de David, tiene derechos tradicionales al trono de Judea... ¿No crees, Jacob?

El bibliotecario prefirió no comprometerse a tanto. Raquel intervino:

—Pero ¿en serio quieres hablar con el Nazareno?

—¿Por qué no? Quiero escucharle. Que me explique el programa de sus reformas. Yo tengo influencias en el Sanedrín y, lo que es más importante, en Roma. Estoy seguro de que el César escucharía y atendería una fórmula política que yo le propusiera y que viniese a acabar con la agitación que existe en Palestina. Se podría pensar en unificar el reino, dividiéndolo en doce provincias correspondientes a las viejas tribus de Israel. Todo es preferible a continuar con Herodes y con Poncio Pilato; todo a seguir bajo el proconsulado de Siria. Lo que sucede en Palestina es una monstruosidad política. Sé que el césar Tiberio me escucharía con interés...

—Pero, Benasur, ¿cómo pretendes que el Nazareno venga a ti? Tendrías tú que ir a él.

—¿Yo a él? ¿Tan importante se cree? Mira, Raquel, mientras cabalgue en pollino no seré yo quien vaya a verlo...

—Es que el Nazareno aspira e invita no a un reino material o político, sino espiritual...

—¡Un reino espiritual! ¡A ver, a ver, explícate, Raquel! ¿Tan helenizados estamos que ya hablamos de reinos espirituales? —Y dirigiéndose a Mileto—: ¿Tú lo entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—¡Claro! Tú eres griego. No me extrañaría nada verte detrás del Nazareno... —Y a Raquel—: ¿Quién es ese Juan con el que habló Mileto?

—Es el hijo del Zebedeo...

—Ya, el Zebedeo, el que traía el pescado a casa... Sí, ya recuerdo a su hijo Juan: era un muchachito de cara bonita y melancólico. El más pulcro de los hermanos, porque el otro siempre se andaba limpiando los mocos en la túnica... Pero ¡qué entiende ese muchacho de la Ley!

—¡No comprendes, Benasur! El Nazareno, persuade. Juan es uno de los persuadidos —dijo Raquel. Mileto se echó a reír.

—Hace pocos meses, cuando hablábamos del amor y de la moral, del bien y del mal, tú me reprochabas, Benasur, la exigencia con que yo pedía lógica a tus razonamientos. Ahora caes en el pecado que me imputabas. ¡Deja la lógica! Si el Nazareno persuade, ¿qué nos

importa saber exactamente de qué nos persuade si, persuadidos de una suerte de gracia, hallamos contentamiento en ello? Juan ha de estar persuadido de que es factible establecer un reino espiritual y de que Jesús se sentará en el trono. En ese reino, Juan, hijo de pescador, echará sus redes de plata y atrapará en ellas nubes doradas y estrellas encendidas. ¿Te parece poco? ¿Qué valen las gemas de Faleza ante esa pesca?

—¡Bah! Poesía...

—Sí, Benasur, poesía. Y un país que vive en poesía está salvado. Por eso me parece maravilloso tu país: en palacio, Herodes, decapitador de videntes, hundido en la inmundicia de una pasión incestuosa. Y en las calles, un santo varón como el Nazareno invitando a la conquista del reino espiritual. Lo asombroso es que el pueblo siga entusiasmado y seducido al sembrador de parábolas. Y tiene por discípulo a un joven hermoso, por cierto, que sin enterarse de lo que habla el Maestro lo encuentra todo admirable... ¡Maravilloso, Benasur!

—Ya comprendo, Mileto. Has recalcado que Juan es un joven hermoso...

Zintia sonrió maliciosamente y Raquel miró a Mileto con una expresión tan ansiosa como interrogante.

—Eres insidioso —se defendió Mileto—. Nunca me perdonarás que haya sido más generoso que tú, más humanitario pagándole un pasaje en tu barco a Dido de Zeraso, cuando tú podías haberlo repatriado sin que te costase un cobre. Y ahora, después de haberme calumniado con Zintia, pretendes hacerlo ante Raquel...

—¡El Señor me libre de tal cosa, Mileto! —protestó regocijado Benasur—. Yo no he dicho nada a Zintia... ¿Acaso tú lo sabías, Zintia?

—No, tú nunca me has dicho nada. Las murmuraciones que yo he oído parten de Kim...

—¡El vanidoso comecríos! ¡No soporto a ese oficial tuyo, Benasur! ¡Siempre tan presumido! El dardo que llevó al sepulcro a Forpas estuvo muy mal dirigido. Y eso que el pobre Forpas era más pesado que un monumento egipcio.

La conversación recayó en el atentado de Gades. Y Mileto tuvo que informar con detalles a Raquel de cómo se habían desarrollado los sucesos. Esto sirvió para que Benasur, acordándose de Cosía Poma, entrase en uno de esos estados de taciturno mutismo que no rompió hasta que se levantaron de la mesa.

—Quiero hablar contigo, Mileto. Hoy es día señalado para ti. Has conocido a Raquel, has conocido al Mesías, has hablado con Juan, hijo de Zebedeo. —Y en son de broma, continuó—: ¿No dicen que el Nazareno obra milagros? Voy a darte la mayor alegría de tu vida, para que te acuerdes siempre de tu primer día en Jerusalén —y siguió con auténtica y grave emoción—, que es la ciudad de Dios... Ven, Mileto.

Se fueron a la biblioteca. Benasur cerró.

—Tengo que reprocharte —empezó— tu falta de sinceridad y de confianza. Yo no te he ocultado nada. Porque desde el primer día que te conocí vi que eras un hombre de bien. Pero me ocultaste siempre algo que no era vergüenza tuya, sino de los demás. Que era vergüenza de Aristo Abramos y de los anteriores amos que tuviste... ¿Me comprendes?

Mileto comprendió. Pero no supo qué responder. La garganta se le había anudado con una súbita angustia, al mismo tiempo que el corazón comenzó a latirle violentamente y con apresuramiento de gozo.

Benasur le tendió el libelo de manumisión que le había dado Aristo Abramos.

—Hace un año que eres hombre libre, y tú no lo sabías. Por fortuna, la diligencia y buen entendimiento de Aristo Abramos me ha librado de tener a mi lado un esclavo. ¡Léelo!

Las manos de Mileto temblaban. Pasó su vista por el documento, pero no pudo leerlo. Las lágrimas brotaron de sus ojos. Las piernas le vacilaron, próximas a doblarse para caer de rodillas. Y sólo sintió que el aire que respiraba en Jerusalén era un aire purificador, un aire que hacía más hermosos los colores y más perfumadas las flores y las maderas. Era un aire especial. Mileto había entrado sin querer en una suerte de reino espiritual, del reino del que hacía poco había hablado con ironía. Existía ese reino. Un reino donde llegaban las

buenas noticias, donde los hombres eran capaces de hacer buenas obras... ¡Era hombre libre! La última callosidad, la del alma, la de la conciencia, se le caía definitivamente. Era hombre libre.

¡Libre! Era un hombre como los demás hombres que son libres. Tenía libertad para moverse, para decir sí, para decir no. Tenía libertad para reír. Ya no tendría que esconderse ni engañar para vivir el simulacro de la libertad. Ahora mismo podía decirle a Benasur: «Soy libre y me voy. Me voy a Gades».

Tan libre era que Benasur, para no lastimarlo en su emoción, para no perturbarlo en aquella inauguración de vida, abandonó la biblioteca. Mileto salió a la calle. Se fue a respirar el aire de la libertad. Era hombre libre. Podía pisar en las calles como un hombre nuevo, con un peso propio y suyo. Su vestidura ya no era la máscara social. ¡Libre! Ahora era, además de griego —auténticamente griego —, ciudadano latino. Podía intervenir en los negocios públicos y privados. Podía abrir una academia en Siracusa, en Roma, en Alejandría...

Y se sintió sobrecogido cuando, andando al azar, dio con la majestuosa mole del templo. Se recortaba en la luminiscencia de la noche. Y se acordó de que en Roma, en los momentos de más íntima desesperación, había invocado a Yavé en su auxilio. Le había pedido que en gracia al fervor de sus oraciones, Yavé le diera la libertad. ¡Sí, Jerusalén era maravillosa! Y Benasur un gran hombre y Aristo Abramos una excelente persona. Y Zintia. Y Raquel. Sí, todas las gentes eran buenas, nobles. Se equivocaban y caían en el mal por error, pero no por mala condición.

¡Libre! ¡Libre!

Y se puso a correr como un loco, a Correr por las calles de Jerusalén tropezándose con los peregrinos, que sallan de las tabernas. Corría porque deseaba que todos sus miembros recibiesen la sensación de que eran libres, que nadie ni nada podía detenerlos ni aherrojarlos. Y se detuvo al fin, porque sintió que el corazón, de tan alborozado, pegaba violentamente contra su pecho. Llegó hasta la piscina de Siloé. Allí, horas antes, el Nazareno había desgranado unas cuantas parábolas, antes de regresar tras la entrada triunfal en Jerusalén, a Betania.

Y Mileto, sin saber por qué murmuró:

—¡Hosanna al Hijo de David!

Capítulo 5

Con Poncio Pilato

Para visitar al procurador, Benasur no se dignó vestirse la toga ni ponerse el Lazo de Púrpura.

Entró en la sala de guardia, dio su nombre y el ordenanza consultó en la lista de audiencias del procurador. Frente a la mesa que ocupaba el ordenanza, un pequeño busto de Tiberio, de barro cocido, presidía la estancia.

El ordenanza, después de comprobar que el nombre de Benasur figuraba en el álbum, ordenó a dos pretorianos que condujeran al personaje hasta la antesala de Poncio Pilato.

En la antesala, en el piso superior, los pretorianos lo dejaron encomendado al ujier, que, en seguida, pasó a anunciarlo. Regresó el empleado diciéndole que el procurador le suplicaba esperase unos momentos.

Aquí el busto de Tiberio, de tamaño natural, era un vaciado en bronce.

—¡Trinio!

—Canen. ¡Por la marca de Caía!

—¡Quinio!

—¡Senio!

Benasur pensó si el negocio que solventaba Poncio Pilatos sería una partida de dados. Oía éstos percutir en el cubilete precedidos de una exclamación:

—¡Cuaternio!

—¡Trinio!

—¡Trinio!

Se asomó a la ventana que daba al patio. En un ángulo jugaban tres soldados. Seguían las incidencias del juego, a prudencial distancia, unos mozos. Otros, más tímidos, se recostaban en el muro. Hablaban la jerga de la soldadesca y en su plática introducían palabras en griego y arameo. Era la jerga internacional de los soldados romanos de Palestina.

Salió un centurión y los mozos corrieron hacia él poniéndose disciplinadamente en fila, por el orden establecido desde su llegada al amanecer. Todos, sin distinción, se desnudaron el pecho. El centurión gritó a los soldados:

—¡Hijos de perra judía, ni delante de mí guardáis los dados!

Los tres soldados se incorporaron, guardaron los dados y cogieron las lanzas. Luego el centurión, con el mismo furor en los ojos que había tenido para reprender a los subalternos, dijo a los paisanos:

—¡A ver, ladillas de Judea! ¡Roma necesita vuestros servicios! ¡Son dos plazas a cubrir!

El centurión pasó revista a los voluntarios. Pegó a uno en el pecho, palpó los bíceps de otro; a éste le miró de arriba abajo calculando la talla y a aquél le pegó con la mano en la corva para ver si la pierna se doblaba.

Los mozos acudían uno y otro día al litóstrotos a guardar turno, con la esperanza de ser enganchados en una de las centurias de guarnición en Palestina. El centurión los miraba orgullosamente, poseído como estaba de que de su decisión dependía la fortuna de dos de aquellos jóvenes.

No era nada envidiable la situación en que se ponían estos mozos cuando, desesperados de no encontrar trabajo, decidían sentar plaza en una centuria romana. Los compatriotas, ya soldados, los menospreciaban, y los paisanos los tomaban como sujetos de la peor especie, pues sin lanza y sin escudo, sin lábaro que los dignificase, eran tenidos como romanizantes sin ninguno de los provechos que tal condición solía rendir.

El centurión los llamó hijos de perra y ladillas judías. Benasur no se ofendió por oír tan degradantes palabras para sus paisanos. En Grecia, en Egipto, en Hispania eran hijos de perra hispanense o ladilla griega o garrapata egipcia. Luego —lo sabía muy bien— aquellos braceros desvalidos, en cuanto se vestían el capote de legionarios y tenían en su mano una lanza, si se les destinaba a los servicios urbanos del pretor resultaban ser más pedantes y altaneros que los propios soldados romanos.

El ujier le vino a decir a Benasur que pasara. Y le antecedió unos pasos, para conducirlo ante la presencia del procurador.

—¡Ilustre Benasur de Judea! —anunció el ujier.

Ya Poncio Pilato estaba de pie tras la mesa. En el muro, un gigantesco estandarte, a modo de repostero, con las siglas SPQR A la izquierda, un busto de mármol, mayor del tamaño natural, del Emperador.

Benasur apreció que en dos años de ausencia —pues lo había visto en Cesárea antes de salir para el Ponto—, Poncio Pilato había perdido carnes y ganado arrugas. Dos de ellas, a modo de paréntesis, contenían la boca. Sin embargo, lo saludó lisonjero:

—Es muy grato encontrarse a los amigos con mejor semblante, más rejuvenecidos y saludables que cuando uno los ha dejado. ¡Que el Señor sea contigo!

—Salud al carísimo amigo del Imperio —repuso formulariamente Poncio Pilato, como dando a entender que le importaba un comino el beso del César.

Y después de invitar a Benasur a que se sentase le ofreció en una cajita de plata unas pastillas hechas a base de goma arábiga, menta y dulce. Benasur retiró una, que se llevó a la boca, y el procurador hizo lo mismo. Poncio Pilato, enfermo del hígado, padecía de halitosis. Contrarrestaba el mal aliento chupando continuamente aquellas pastillas que le había formulado el físico Huzmal, el del famoso ungüento para el mal siriaco. Poncio se contrariaba cuando no aceptaban sus pastillas.

Los dos hombres se escrutaron como midiéndose las fuerzas, como calándose en lo escondido. Porque era lo oculto de cada cual

lo que a cada uno interesaba descubrir. Tras este silencioso forcejeo el procurador abrió los labios.

—Bien. Has solicitado una audiencia. Te escucho...

—Yo soy, Poncio, el que venía a escucharte. Me han dicho que habías dado orden de arresto contra mí —dijo Benasur.

—No creo que hayas venido aquí conducido, sino por tu propio pie. Pero te advierto que si no he mandado a los pretorianos a que te arrestasen ha sido por no poner públicamente en entredicho el buen nombre de Roma. Porque se supone que un señor honrado por Roma es una persona honorable. Y tú, según todos los indicios, has dejado de serlo.

—Si por los indicios nos guiamos —replicó el judío—, podría motejar que tu actitud no sólo es impertinente sino grosera. Y si no cambias el trato me voy de aquí sin prestarte el servicio de informarte debidamente. Y no te olvides, Poncio, que para arrestarme tienes que tener orden del Senado.

—Desconoces la ley, Benasur. E ignoras cuáles son mis atribuciones. Un procurador de Roma puede detener preventivamente a un Lazo de Púrpura mientras el Senado resuelve sobre su formal acusación.

Benasur no se inmutó. Y a pesar de la pausa que hizo Poncio Pilato, no se apresuró ni a disculparse ni a rebatirlo. Prefería que el procurador dijese todo lo que tenía guardado para así hacerse su composición de lugar. Por otra parte, no olvidaba que estaba en Jerusalén —no en Roma—, y que en las provincias los desafueros de las autoridades eran más frecuentes por la facilidad con que quedaban impunes.

—La procuraduría recibe del ilustre vecino Benasur de Judea una contribución mensual de dos mil quinientos sestercios —dijo Poncio —. Creo que tú comprendes y sabes que esa suma está adscrita a la procuraduría, no a la persona del procurador, pues, de no ser así, no sería una contribución sino un soborno, castigado muy severamente. Y no creo que por el hecho de que tú, Benasur, contribuyas a los servicios que te presta la procuraduría con una tal suma, pretendas tapar los ojos y boca del procurador de Roma ante una conducta o una acción delictuosa merecedora de una severísima sanción.

Supongo que sabes a lo que me refiero. Pero si aún deseas que sea más explícito, te diré que tus agentes de cambio Ammonín y Joel han sido detenidos y han declarado al cuestor que trabajaban por tu cuenta. Es todo, Benasur.

—Te diré, Poncio, que para que tu susceptibilidad no se irrite, suprimo desde este momento mi liberal contribución a la procuraduría. Pero tú no podrás suprimirme la guardia de mi casa. Por el contrario, deberás aumentarla. Quiero desde hoy una decuria de soldados, por razones que luego te explicaré. Pero ahora contéstame: concretamente ¿de qué se me acusa?

—De depreciar la moneda romana en una especulación de cambio, Esto cae en el cuadro de delitos contra la seguridad del Imperio.

—¿Y cuál es la pena?

—Confiscación total de bienes y ostracismo a perpetuidad.

Benasur sonrió y cogió la cajita de plata. Se la ofreció al procurador.

—¿Una pastilla?

—Gracias. Aún no he acabado con la otra... —repuso Poncio de mal talante.

—Son tan deliciosas y yo soy tan glotón, que me las paso en cuanto les doy tres vueltas en la boca... Dime, amigo Poncio, ¿quién me denuncia; el procurador o el tetrarca?

—Herodes Antipas.

—Me lo imaginaba. Nunca logramos simpatizar. Me pasa a mí igual que a ti...

—Te equivocas, Benasur —rechazó Pilato—. El tetrarca y yo somos ahora muy buenos amigos...

—¡¡Increíble!! ¡Cómo cambian las cosas! Dime, Poncio, ¿a cuánto asciende el premio de los delatores?

—A la mitad.

—Pues te advierto que Herodes no hará negocio conmigo.

Benasur se metió la mano en la túnica y extrajo un rollo de cuatro pliegos que puso sobre la mesa. Y dijo:

—Si no quieres fatigarte en la lectura, te diré lo más sustancioso: se trata de una concesión imperial a mi favor para explotar las minas de Bética. ¿Sabes, Poncio, cuánto paga anualmente tu amigo

Benasur por esta concesión? Ochenta millones de sestercios. Toma nota, ilustre procurador... ¿Sabes cuánto tengo que pagar anualmente a los turdetanos? Cuatro millones de daricos, porque los turdetanos son tan caprichosos, de suyo tan quisquillosos, que le hacen asco, quién sabe por qué, al oro acuñado de Roma... Toma nota y sigue apuntando... ¿Sabes lo que dice nuestro César en una de las cláusulas del contrato? Me la sé de memoria. Escúchala: «Yo, Tiberio César, ruego, exhorto y mando, que toda autoridad local de Hispania y de otras provincias, así como las autoridades del Imperio, presten toda ayuda de fuerza y de ley al beneficiario de esta concesión, el mencionado Benasur de Judea, y no obstruyan ni entorpezcan, sino que, por el contrario, faciliten los negocios del mismo en todo lo que se refiere a lo tratado en esta concesión, y lo que se deriva de ella como almacenamiento y depósito de los materiales en bruto o elaborados, traslado por la vía terrestre o marítima, etcétera, etcétera...». ¿Quieres leerla?

—Cláusula válida —argüyó Pilatos— siempre y cuando no vaya contra los intereses del Imperio...

—¡Ah, contra los intereses! Reconoces que ya no voy contra la seguridad del Imperio. ¿Es que pagar ochenta millones de sestercios al tesoro de Roma es ir contra sus intereses? ¿Sabes, Poncio, cuánto estaba sacando Roma de Bética? ¡Cincuenta millones! ¡Nada más que cincuenta millones, de los cuales quince se perdían entre intermediarios y filtraciones antes de llegar al Erario!

—Pero no hay ninguna cláusula que te autorice a comprar daricos con oro romano. Podías comprarlos con plata —opuso, ya en retirada, el procurador.

—Quien atesora oro, Poncio, no vende su oro sino por otro. De acuerdo que no exista una cláusula específica porque yo no se la pedí al César; porque yo ignoraba que esos béticos desconfiados estaban tan encaprichados con los leones de Darío. Pero si el César me da una concesión y yo en el contrato me obligo a pagar con daricos ¿no puedo acogerme a la frase de que tú y todos los procuradores «faciliten los negocios del mismo en todo lo que se refiere a lo tratado en esta concesión»? Escucha, Poncio: cursada tu denuncia a Roma, yo iría ante el César a defenderme como me da

derecho el Lazo de Púrpura. ¿Qué cara pondría el Emperador cuando le dijese: «Vengo a denunciar el tratado, César, porque tu procurador Poncio Pilato y el tetrarca Herodes me persiguen por comprar unos miles de daricos que necesito para pagar a los béticos»? Dime: ¿quieres que se lo diga al César, que es mi socio?

Ahora fue Pilato quien tomó una pastilla. Desparramó la vista viéndose derrotado. El procurador comprendió en seguida por qué Benasur mantenía aquella guerra feroz contra los del Orden Ecuestre. Sejano estaba perdido. Sejano, el más sólido soporte del Orden Ecuestre, estaba prácticamente liquidado. Tan liquidado que, viviendo al lado del Emperador, no se había enterado de que Benasur era socio de Tiberio. Sólo con ese desconocimiento podía habérsele ocurrido decirle en mensaje confidencial:

«Apriétale los cordones a Benasur. No hay que dejarlo moverse. Hostilízalo en lo social y mercantil. Hay que atacarlo desde distintos puntos y acabar con él». Así se expresaba Sejano. Y él, Poncio Pilato, debía la procuraduría a los buenos oficios de Sejano. Pero ahora Poncio Pilato veía que en la balanza todo el peso del triunfo estaba en el platillo de Benasur. Ahora comprendía también la acción del judío en Gades y por qué los comprometidos en el asesinato de Skamín habían sido arrestados y conducidos a Roma.

Benasur no perdía un solo gesto del procurador. Y viendo que se debatía en la duda, dio el último golpe:

—Ahora te diré por qué tengo derecho no a una decuria, que es lo que te pido, sino a una centuria: mi asociación con el emperador implica la prerrogativa de un manípulo cesáreo...

El procurador intentó sonreír sin lograrlo. Había dado un paso en falso y no encontraba el modo de rectificar. No se sentía tampoco con humor. Cogió los pliegos del documento, los enrolló y se los devolvió a Benasur, diciéndole:

—No podrás reprocharme que haya obrado con ligereza. No he notificado la denuncia al proconsulado de Siria, en espera de escucharte.

—Pero has mandado encarcelar a Joel y Ammonín...

—Lo que hacían entrañaba aparentemente un delito...

—¿Tú crees, Poncio, que mis agentes iban a obrar tan torpemente?

Pilato se encogió de hombros. Durante unos instantes estuvo moviendo las mandíbulas en silencio. Después, dijo con un marcado acento de fracaso:

—Te he escuchado, Benasur. Y veo que eres un hombre justo. Roma no tiene nada contra ti.

Benasur se puso en pie. El procurador agregó:

—Ahora mismo le escribiré un recado al tetrarca.

—No te molestes. Yo en persona iré a verle.

—Entonces, explícale todo claramente...

—No. A Herodes le diré una mentira. Tú sabes que nunca hemos simpatizado. Soy judío y me avergüenzo de él. ¡Me repugnan los idumeos! No puedo olvidar que, siendo yo niño, Arquelao provocó el hambre.

Poncio Pilato sonrió. Se retiró de la mesa y acercándose a Benasur, le dijo:

—Como amigo que eres del Imperio puedo hacerte una pregunta: ¿no has tratado en Roma a los judíos expatriados?

Quizá Pilato creía alejar del ánimo de Benasur la mala impresión del principio dándole una muestra de confianza política.

—A pocos... —contestó, evasivo, Benasur.

—¿No oíste hablar de un tal Barrabás?

—No —mintió Benasur—. Por lo menos, ahora no recuerdo ¿Por qué?

—Ese individuo vino de Roma. Produjo aquí un conato de sedición. Tuve que reprimirlo enérgicamente. Ya sé que el levantamiento no era contra Roma, sino contra Herodes. Pero el tetrarca, para sacudirse un nuevo testimonio, de impopularidad, pretende demostrar que el movimiento era contra Roma. He tratado de hacer hablar a Barrabás, que era uno de los cabecillas de la conspiración. No he podido sacar nada en claro. He ajusticiado a dos de sus compinches, pero no he querido deshacerme de Barrabás porque sé que tarde o temprano hablará...

Se despidieron.

—Espero que hoy mismo pongas en libertad a Joel y Ammonín —dijo Benasur.

Poncio Pilato le acompañó hasta la puerta.

—¿Hace mucho que no has visto al César?

—Unos veinte días, en Capri. Fui su huésped.

—Me gustaría que antes de la Pascua cenáramos juntos.

—Creo que no será posible. Yo te avisaré si tengo una tarde libre.

Capítulo 6

Dad al César

Mileto anduvo de taberna en taberna hasta bien entrada la noche, festejando la inauguración de su vida de hombre libre. Así, que era muy cerca del mediodía cuando despertó. Y al bajar al patio para tomar su desayuno, le dijeron que Benasur se había ido muy temprano al castro pretorio.

Sentía la boca amarga y enrevesada con cien idiomas distintos. El vino en todas las tabernas era el mismo, pero no así el idioma de los peregrinos que las llenaban. La euforia alcohólica les había incitado a hablar sus lenguas de origen. Mileto, pues, además de soltarse a hablar en el arameo, hizo sus incursiones por el erudito hebreo. Tuvo oportunidad de hablar el turdetano con dos hermanos que tenían negocio vinícola en Híspalis, pero que con anterioridad habían vivido en Onoba. La charla sobre Onoba terminó por embriagar a Mileto, pues Onoba, por su experiencia financiera, le era especialmente querida. Habló también con dispersados de Tesalónica y de Corinto, de Roma y de Alejandría. El idioma egipcio acabó por tumbarlo. Sólo

recordaba que sus últimas palabras habían sido ensalzando al físico Sharon, eminencia cumbre de la ciencia fisiológica.

Uno de esos hombres que se empeñan en acostar a sus ocasionales amigos antes de darse ellos por rendidos, debió de conducirlo hasta la casa. Recordaba entre una espesa neblina la llama de un candil y el rostro de un criado de Benasur. Pero nada más. Y ahora, en el patio, ante el desayuno, pensaba si la libertad no le habría contaminado el alma con vanidad, pues temía haberse expresado en las tabernas con un exceso de vanidad. Mas, este descubrimiento que afectaba a un nuevo orden de cosas de su espíritu, a una nueva personalidad, no llegaba a desazonarlo mucho. Todavía continuaba en su alma la otra embriaguez, la de la libertad y pensando y repensando en ella, palpándola con los sutiles dedos del convencimiento, el temor de haberse sentido vanidoso se le esfumaba como una pueril desazón. Después de desayunar fue en busca de Zintia. Quería saber el comportamiento de Benasur en su primera noche de Jerusalén; averiguar cómo el navarca había resuelto el problema de las dos amantes, aunque Mileto daba por descartado que sería Raquel la favorecida. Pero no era situación fácil la de Benasur, ya que, por otra parte, Zintia, en su primera noche en convivencia con la supuesta rival, merecía un trato de huésped.

Zintia estaba en su alcoba, dándose los últimos toques. Le saludó muy alegremente y al modo judío:

—Buen día dé el Señor a mi hermano Mileto...

—Buen día te depare el Señor, hermana Zintia...

—Mi corazón se alboroza de verte...

—El mío rebosa alegría con tu presencia...

—Te veo más saludable y apuesto que ayer...

—Tus colores son más hermosos que los de las rosas de Sión...

—Tus palabras conturban mi alma, hermano Mileto...

Mileto se detuvo. No tenía la resistencia de Zintia. Porque Zintia, en cierto modo, tenía algo de mentalidad oriental.

—Bien, Zintia, ¿qué ha sucedido?

—¿Cómo que qué ha sucedido?

—Sí. ¿Benasur durmió bien?

—Excelentemente.

No había reticencia en las palabras de Zintia, ni tampoco el menor dejo de contrariedad. Era la prueba, evidente de que Benasur había dormido con ella. Desde ese momento le pareció que estar al lado de Zintia era perder el tiempo.

—¿Se te ofrece algo?

—Nada, Mileto. ¿En qué pudieras tú servirme que no puedan hacerlo mis manos? Ya me he bañado y me dispongo a salir con Raquel para visitar el templo. Daré mi diezmo. ¿Ya lo has dado tú? ¿Acaso nada tienes que agradecer a Dios?

—¡Ay, Zintia, hoy es el día que me siento más en deuda con Yavé! Pero esta deuda me regocija. Mas, por favor, no lo divulgues... Tengo que ir a ver a mi antiguo patrón Aristo Abramos y no deseo que cuando llegue ya esté enterado de mis sentimientos hacia el Señor. Yo estoy de acuerdo en todo con Yavé menos en la circuncisión.

Zintia rio con malicia. Probablemente se le vino a la mente algo picante o ingenioso, pero tuvo pudor para expresarlo. Mileto, que ya andaba un poco susceptible con el reparo que le habían hecho sobre su supuesta afición a los adolescentes, se revolvió contra Zintia:

—¿Qué piensas, condenada? ¡Buen concepto se va a hacer de mí Raquel!

—Vi que anoche te miraba azorada...

—¿Es que debo confesar solemnemente que no es cierto?

—Mejor no, porque caerías en mentira... —repuso la alhuma.

Mileto se fue. Quizá no le faltaba razón a Zintia, a Benasur, a todos los que le motejaban tan nefanda afición. Pero en él no era vicio ni perversión, era eso, una simple afición. Desde niño, desde que su amo Antiarco de Mileto le acariciaba el rostro, escondiendo los dedos entre su rubia cabellera, había aprendido a apreciar por igual la belleza del hombre y la de la mujer, sin ese torpe defecto de los demás para ver únicamente belleza en el sexo opuesto. Y sabía que el alma de un adolescente siempre es mucho más hermosa y limpia que la de una doncella, porque a las mujeres, desde que tienen conciencia de su sexo, les gana la malicia. Benasur le había dicho alguna vez que el género humano se había perdido por la malicia de una mujer, de Eva, aunque Mileto creía que la causa del

pecado nefando no había sido la malicia de Eva, sino la estupidez y falta de carácter de Adán... Sí, un adolescente podía tener el alma virgen, mientras que una doncella no. Y a él, Mileto, le gustaban las almas de los adolescentes y también la belleza de su cuerpo. Pero de eso a confundirlo con un vulgar homosexual, de esos que andaban por los retretes públicos o entre los fardos de los muelles, había mucha diferencia. Casi todos los poetas diónicos de Corinto, de Alejandría, de Siracusa y Roma eran homosexuales. Tenía su explicación estética y fisiológica, pues sólo participando de las gracias de los dos sexos se podía hacer cambios en las formas estéticas.

Raquel estaba en el salón de invierno. Se hallaba dando de comer a sus pájaros. Eran más de veinte y todos ellos de distinto plumaje.

Raquel se quedó mirándolo con una quieta sonrisa. Y sacudiéndose las manos, los pájaros volaron y fueron a meterse a sus jaulas y otros a posarse sobre los muebles, Mileto se quedó atónito, pues la ventana que daba al patio estaba abierta, y los pájaros no huían.

—¿Dormiste bien, hermana Raquel?

—Muy bien, Mileto... Aunque muy tarde, pues Benasur tardó mucho en quedarse dormido. Y sabes que a Benasur le gusta que le rasquen la nuca, el cuello y la espalda antes de dormirse. Pero estaba inquieto, esperando la cita del procurador Poncio.

A Mileto se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo había resuelto Benasur la situación?

—¿Dices que Benasur tardó mucho en dormirse? —preguntó Mileto.

—Sí.

—¿Y estuvo amable contigo?

—Benasur siempre es amable —repuso Raquel.

—¿Y Zintia?

—Supongo que está en su dormitorio...

—No; digo que si Zintia... ¿también tardó en dormirse?

—No lo sé —repuso con la mayor naturalidad Raquel.

—¿Y se despertó muy temprano?

—¿Quién? ¿Benasur? Sí, muy temprano.

—Claro... Tú lo viste despertar.

—Por supuesto...

Mileto se rascó la nuca. Él era muy aficionado a los acertijos, pero no comprendía éste de Benasur y sus dos amantes.

—Espero que me contestes a mi última carta... Porque supongo que ya sabes que yo te escribía.

—Sí, lo sé, Mileto. Antes de que me lo dijese Benasur en una carta que me escribió desde Alejandría, ya lo había adivinado. Benasur no se interesa, como tú, por las cosas del espíritu... La contestación a tu carta es muy breve. Mileto: mi conflicto es que en nuestra religión no hay sacerdotisas. Y las mujeres no tenemos donde aplicar ni nuestra virtud, ni nuestra capacidad de sacrificio...

—¿Sientes la nostalgia del templo de Astarté?

—No de Astarté, que es una infamia, sino del templo —contestó la joven—. ¿Sabes por qué se calumnia al Nazareno? Porque no ahuyenta de su lado a las mujeres. Una amiga mía, María de Magdala, anda con él y las otras mujeres. ¿Por qué negársenos esta participación en el servicio del Señor? Jesús trae una reforma importantísima para las mujeres con la nueva Ley, y, si triunfa, a nosotras se nos dará un lugar en la vida levítica. Ésa es mi vocación, Mileto. Por lo menos, la vocación de mi amor...

—¿Tú crees de verdad que Jesús sea el Mesías?

—Creo que es el Hijo del Padre.

—¿De qué padre?

—Del creador de todas las cosas y todas las criaturas: Dios. No pierdas ocasión de escucharlo mientras estés en Jerusalén. Medita bien en lo que le oigas y luego habla, comenta...

La conversación era interesante, pero Mileto tuvo que irse a saludar a su antiguo amo. Recogió un estuche de plata de los que fabricaban en Onoba y se fue. No se acostumbraba todavía a que Abramos no era su amo ya.

La entrevista fue cordial. Benasur no había tenido oportunidad de hacerle a Mileto las recomendaciones que le había encargado Abramos sobre la visita del griego, que deseaba que transcurriese sin la menor alusión a su esclavitud ni a su libertad. Y Mileto, después de besarle las manos con un agradecimiento casi perruno,

iba a hincarse de rodillas cuando sintió que Aristo lo alzaba y, sin decir palabra, lo atraía contra su pecho.

—¿Qué vas a hacer, hijo?

Al cabo del tiempo volvía a oír tan hermosa, tan dulce palabra. Desde la muerte de Antiarco de Mileto, no se había oído llamar hijo. Antiarco solía llamarle hijo cuando estaba de buen humor o emocionado de oír a Píndaro. Antiarco amaba a Píndaro sobre todos los poetas.

—¿Y qué traes en ese estuche? —le preguntó Aristo.

Mileto iba a decir: «el precio de mi rescate», precio simbólico, pero vio en la expresión de su antiguo amo cierta dureza y rectificó:

—Este estuche es una hermosa obra de los plateros de Onoba, de Bética, querido Abramos; y lo traigo para que se lo lleves como un respetuoso obsequio a tu hija Ester...

—Sí, pero me parece oír monedas dentro...

—Sí, Aristo. Son diez monedas, porque he pensado que, andando con Benasur, el día que se case Ester quizá yo no pueda hallarme presente, y por eso me anticipo con mis diez monedas de plata para que tú las eches al plato de las albricias cuando reciba los obsequios por sus esponsales.

—Gracias, Mileto... —Y en seguida—: He sacado del registro de Corinto tu cédula de ciudadano. Quizá la puedas necesitar algún día, pues pensé que en Roma te la exigirán cuando solicites tu cédula de ciudadano latino.

Aristo sacó la cédula de ciudadanía del mismo cajón de donde la tarde anterior había extraído el libelo de manumisión, y se la entregó a Mileto. Luego, dando unos pasos por la habitación con el fin de quedar de espaldas, dijo:

—Ahora puedes romper ya el documento que te dio ayer Benasur. Es un documento que no tienen por qué ver ojos indiscretos... —Y volviéndose bruscamente hacia él, le preguntó—: ¿Es cierto que eres ateo, Mileto?

—No, Aristo. ¿Por qué? —contestó medio azorado el escriba.

—Porque me habían dicho que andabas en vías de convertirte a nuestra religión, que es la única verdadera. Me lo escribió Celso Salomón. Y ayer Benasur me dijo que eres ateo. Me dolería en el

alma. Los judíos somos muy propensos al proselitismo, pero tú sabes mejor que nadie que yo me guardé de hacerte la menor alusión a tus creencias. Te sabía griego y muy instruido y por eso me pareció que no debía influir en ti con mis sentimientos religiosos. Pero escúchame, Mileto: no me perdonaría que por una tal indulgencia —que en este caso sería negligencia condenable— tú fueses ateo. Ser ateo es tan perverso, o más, que rendir idolatría a los más infames de los dioses...

—No soy ateo. Y tuvo razón Celso Salomón cuando te dijo que andaba en vías de conversión... Algún día seré digno de ser acogido en vuestra sinagoga, pero debo decirte —y Benasur lo sabe— que todavía no me encuentro muy enterado de las Escrituras. Sin embargo, es tan decidida mi intención, que hoy he salido con el propósito de ir al templo y depositar mi limosna en el atrio de los gentiles... ¿Te satisface mi conducta y la sinceridad con que te hablo, Aristo Abramos?

—Me satisface y me deja tranquilo... Durante tu permanencia en Jerusalén procura ver al maestro Gamaliel, hombre muy docto en la Ley. Conoce tan bien como un griego vuestra filosofía y especialmente a Platón. Habla con él. Y por dondequiera que vayas, busca al lector de la sinagoga. Él te dará luces, Mileto.

Y ya para irse, el escriba consultó:

—Quiero visitar también a Celso Salomón, y no se me ocurrió preguntarle a Cireno dónde se hospedaba. ¿Lo sabes tú?

—Sí, a la salida de la Plaza de la Fuente. Al lado de las ruinas de la muralla de la Ciudad de David, en casa del sanedrita José de Arimatea...

No se podía dar un paso por Jerusalén. Los vecinos se contagiaban de los forasteros y todos andaban por la calle. Una plaga de mercaderes se pegaban como chinches a los viandantes. En las tortuosas callejas que conducían a la calle de los Esponsales, donde se encontraban los principales bazares, la aglomeración era tanta que parecían taponadas por la masa de transeúntes. Mileto se arrepintió de haber tomado aquella dirección. Tenía curiosidad de conocer la calle de los Esponsales, porque Benasur le había dicho que en ella se encontraban los artículos más insólitos, y que sus

comercios eran frecuentados por los novios en vísperas de boda, ya que allí se compraban muebles, ropas y otros útiles de hogar. Desistió de su propósito y cortó por unas calles estrechas y malolientes para salir a la calle de David.

La chiquillería era en Jerusalén más abundante y estorbosa que en otras ciudades. Las mujeres hacían más vida en el terrado de las casas que en las propias habitaciones. En el terrado y al calor del sol, que en la calle era sofocante, molían el trigo y amasaban, lavaban la ropa y espulgaban las cabezas de las niñas. En el terrado los sastres tendían sus lienzos para cortarlos y coserlos. Y otras gentes se dedicaban a las faenas de su oficio.

Mileto, a pesar de las apreturas, siempre que podía alzaba la cabeza para observar, porque por el terrado transcurría una vida doméstica mucho más apacible que en la calle, donde sólo se ganaban pisotones y codazos. Y vio a un hombre afanado en la tarea de apisonar el terrado, que hacía con un gran rodillo de piedra después de humedecer la masa de lodo. Esta ocupación era habitual entre los vecinos de Jerusalén si no querían quedarse sin techumbre.

Llegó a la casa temeroso de que ya hubieran servido el prandium, pero el maestresala le dijo que Benasur no vendría a almorzar, pues se quedaría con su primo Jos Hiram, y que las amas Raquel y Zintia no regresaban todavía.

Cuando llegaron las dos jóvenes, Mileto se admiró aún más de lo que estaba de la ternura de Zintia y de la inteligencia de Raquel. Las dos venían riéndose, hablando animadamente como si fueran amigas de toda la vida. Y, sin embargo, esas dos mujeres estaban comprometidas en una sorda rivalidad por el mismo hombre. Era Raquel la del milagro. Era Raquel la que con su tacto, su exquisito tino, había convertido una situación que pudiera ser continuo motivo de discordia en causa de comprensiva amistad.

Benasur llegó a media tarde. En seguida se retiró a su alcoba para vestirse de gala, pues el Rey había notificado que lo recibiría en audiencia antes de la cena. Cuando Benasur salió ya tenía a la puerta de la casa una decuria de soldados de guardia.

Mileto se fue a dar una vuelta antes de la cena, y cerca del templo se encontró con el Nazareno y los suyos. Como el día anterior, una

muchedumbre rodeaba al Maestro. Pero no faltaban las gentes quisquillosas ni las que buscaban confundirlo, ya que la popularidad suscita envidias difíciles de contener. Una de esas personas, quizás aleccionada por otra, ya que su aspecto y expresión no le acreditaban tanta sutileza, se acercó al Nazareno para ponerle en un brete con una cuestión sobre los tributos. Con toda seguridad, el inventor de la proposición era hostil a la doctrina y a la persona del Maestro, pues claramente se veía que esperaba cogerlo en palabras contra Roma. Mas Jesús, el llamado Hijo de David, contestó muy hábil y prudentemente. Pidió una moneda y mostrándole el denario al que quería tentarle, le preguntó: «¿De quién es el rostro y la inscripción que tiene grabados la moneda?». Y el entrometido le dijo: «¡De quién van a ser: del César!». Entonces Jesús le respondió resolviendo la cuestión que le planteaba: «Dad al César lo que es del César..., y a Dios lo que es de Dios».

Esta contestación no sólo admiró a la gente sencilla. El mismo Mileto sintiose sorprendido de tanta agudeza, ya que la contestación, además de eludir asunto tan escabroso, decidía clara y sencillamente sobre las cuestiones humanas y divinas, que con tanta facilidad solían confundir los hombres.

Capítulo 7

El festín de Herodes

Cuando Benasur fue conducido a la presencia del tetrarca, éste daba de comer a sus leones. Eran una pareja de macho y hembra y dos crías.

El maestresala anunció:

—¡El ilustre hijo de Judea, Benasur!

El navarca se detuvo en medio del salón de las doce columnas. Herodes, sin volverse, atento a la faena, sólo rio, rio del modo abdominal que él lo hacía y que ponía en conmoción las carnes grasosas y vencidas de su vientre, de sus riñones.

—Come tú ahora, criaturita... ¡Estate quieto, Salomón! Deja a tus hijitos que coman... ¡Y tú también, Sulamita! ¡Deja a tus crías en paz...! Anda, cachorrito del desierto, criatura de mi alma, come, come tú...

Cuatro criados sostenían la enorme bandeja en que estaban los trozos de carne. Herodes posaba en ella sus manos gordezuelas, cuajadas de sortijas, y cogía los enormes pedazos de carne que echaba entre la reja a los leones. Sus manos escurrían sangre. Se las limpiaba en la túnica dejando impresas las huellas.

—¡Tú ya comiste, Sulamita! —gritó, indignado—. Deja a tu hijito comer —... Y en seguida, cambiando de tono—: ¿He oído mal, o me han dicho que está en mi casa Benasur, el hijo pródigo de Judea?

—No has oído mal, majestad. Está aquí Benasur, tu humilde súbdito Benasur... —contestó el aludido.

—No creas que te he olvidado —dijo Herodes sin volver el rostro, atento a la comida de las fieras—. He pensado cuánto habrás disfrutado por esos mundos, cuántas sabrosas fornicaciones habrás tenido... Me he acordado de ti y te he envidiado... ¿Qué, qué se dice en Roma?

—Salí de allí hace ocho meses... Mis noticias son viejas.

—Sin embargo, me han dicho que te divertiste bien. Te han visto frecuentemente en el teatro.

—No he ido al teatro más que una sola vez. Estuve atareado con los negocios...

—¿Y qué? ¿Esa vez que estuviste en el teatro te regocijaste? Sabes, Benasur, que tengo humor para recibir las bromas de los buenos amigos.

—No, majestad, no me regocijé. Sentí vergüenza de ser judío.

Herodes giró lentamente y se quedó mirando a Benasur. En cada mano tenía un trozo de carne. Benasur lo encontró más obeso. Le colgaba una imponente papada y su boca, pintada, sonreía impúdica

como la de una mujerzuela. Herodes cerró los ojos para poner en el foco de su visión a Benasur. Se encogió de hombros y volvió a su tarea.

—¡Es sorprendente lo que dices, Benasur! Mucho has tardado en sentir la vergüenza de ser judío. ¿Qué clase de individuo es ese Máximo Claudio? —preguntó, aludiendo al magistrado que patrocinaba la pantomima *El higo de Salomé*.

—No lo conozco, majestad.

—Me han informado que nos odia... ¡héchate, Sulamita! Ve a Salomón que se tumba a dormir a la bartola...

Herodes se limpió las manos. Los criados se fueron y el maestresala corrió las cortinas que ocultaban la jaula. Después le ofreció a Herodes un paño húmedo en el que se limpió las manos. En seguida, el tetrarca se cambió de túnica. Luego cogió un pomo y se perfumó. Sin embargo, cuando se acercó a Benasur olía como un foso del circo.

—Me causó sorpresa recibir tu solicitud de audiencia. Por eso no pude contenerme y te la concedí para hoy mismo. ¿Te han traído los pretorianos, Benasur?

—No, majestad. He venido en mi propio coche.

—¡Oh! ¡Como un patricio romano! —se burló Herodes.

—Exactamente, majestad.

—Siéntate, Benasur. Por lo que veo, eres más astuto de lo que imaginaba. Te confieso que Judea necesita cerebros como el tuyo. Así que... ¿nada de pretorianos?

—Nada de pretorianos.

—¿Y has visto a mi querido amigo Poncio Pilato?

—Sí, majestad.

—¡Sorprendente! —dijo ahora Herodes, dándoselas de agudo.

—¿Por qué, majestad? —preguntó, haciéndose el inocente, Benasur.

—Porque me extraña que habiendo estado con el procurador no te Maya mandado a la mazmorra...

—¡Qué buen humor tiene hoy el tetrarca!

—¿Tú crees, Benasur?

—¡Su majestad dice cosas tan ingeniosas!

—¿Tú crees, Benasur?

—Oír hoy a su majestad y contener la risa... cuesta mucho trabajo.

—¿Tú crees, Benasur? —insistió Herodes.

—¿Por qué iba a encarcelarme Poncio Pilato? —preguntó el navarca.

—Por la misma causa que a Joel y a Ammonín.

—¿Qué tengo yo en común con esos pobres diablos?

—La comisión del mismo delito, Benasur: atentar contra la seguridad del Imperio. ¿Crees que no conocemos tu súbita afición por los daricos?

—No lo niego. Pero el hecho de que yo atesore daricos por una inocente afición numismática no da motivo para que se me confunda con un vulgar especulador de cambios...

—¿Le has dicho eso al procurador Poncio Pilato?

—Se lo he dicho, majestad.

—¿Y picó el anzuelo?

—Parece ser que sí. Ya me ves: ¡libre! Y como hombre que se siente libre me hice esta pregunta: ¿Qué cosa mejor que hacer una visita al amadísimo tetrarca Herodes? Solicité la audiencia. Sabía que me recibirías inmediatamente, majestad.

—¿Por qué?

—Tú me lo acabas de decir. Esperabas verme entrar custodiado por los pretorianos...

—Eres astuto, muy astuto, Benasur... Pero dime, ¿qué cebo pusiste en el anzuelo para que picara tan cándidamente el procurador?

—El mismo que he puesto para que picaras tú, majestad.

—¿Cuál?

—¿No lo ves, majestad? El Lazo de Púrpura.

Herodes cerró los ojos como miope y se quedó mirando atentamente a Benasur.

—El Lazo de Púrpura. Y eso ¿qué significa? —dijo, haciéndose el ignorante.

—Que el césar Tiberio me ha besado en la mejilla.

—¿Amigo del César? —preguntó, admirado, Herodes.

—¡Y del Imperio! —afirmó Benasur, poniéndose en pie.

Herodes se revolvió presa de un súbito entusiasmo:

—¡Aquí maestresala! ¡Prepara la casa, que tengo invitado de honor! Benasur me trae los saludos muy afectuosos del emperador Tiberio. Y yo debo festejar a Benasur, que es mi invitado. Avisad a su majestad Herodías, a su alteza la princesa Salomé. Avisad a mis huéspedes Que vengan los criados con vino, que vengan los músicos... Hoy el palacio de Herodes está de fiesta, pues su corazón se regocija de acoger al más ilustre hijo de Judea, el bienamado Benasur.

Y volviéndose a Benasur:

—¿Quedas contento?

—No merezco tanto honor, majestad. Has sufrido una confusión: en verdad, el emperador Tiberio no me ha dado saludos para ti...

—¿Quién lo va a saber? No creo que sea un delito mentir de un modo tan verosímil.

—Es que yo no sé mentir, majestad.

—¡Calla de una buena vez, Benasur! Yo te agradezco los saludos tan especialísimos que me traes del César, y asunto concluido. Hablemos de otra cosa. ¿Qué? ¿Tan buena inversión son los daricos?

—Según... —vaciló Benasur.

—¿Cómo, según? A ver, habla, explícate...

—Mira, majestad. Se trata de cambiar daricos por denarios oro. Como se da prima por los daricos, todo el mundo termina por hacerles asco a los denarios, ¿comprendes? Los denarios así pueden depreciarse en una cuarta parte de su valor. Entonces es el momento de recoger los denarios y atesorarlos. Pasados los primeros meses de confusión, el denario vuelve a su valor natural, que es casi a la par con el darico. Y en veinte denarios ganas cinco. ¿Comprendes, majestad?

—¡Magnífico! ¿Y eso se te ha ocurrido a ti, Benasur? ¡Eres astuto! Así que llegará un momento en que se pueda comprar un denario oro por veinte denarios plata en vez de veinticinco.

—Exacto.

—¡Eres un portento, Benasur! Por tanto, yo ahora voy a vender mis daricos y recojo denarios y un sestercio por cada uno, y cuando

los denarios estén más bajos aún los compraré con plata.

—¡Me ganas en astucia, majestad! ¿Atesoras muchos daricos leonados?

—Debo de tener unos cincuenta mil...

—Si tú quieres, majestad, yo, como estoy en la primera fase de la operación, puedo comprártelos... Yo me deshago de ellos en mis pagos a los fabricantes de seda en Oriente.

—¿Es que también comercias en sedas, Benasur?

—También, majestad.

Entró en el salón el maestresala acompañado del copero y de los criados que portaban bandejas con golosinas y vinos. El maestresala se acercó al tetrarca y tras la venia le dijo:

—Majestad: su alteza Herodías se excusa ante el invitado, el ilustre Benasur, de no poder asistir a la fiesta que das en su honor, pues padece una dolorosísima jaqueca...

—¿Y cuándo no, Simón? ¡Siempre la Herodías está con jaqueca! —Y volviéndose a Benasur—: Si llueve, jaqueca; si oye las trompetas de los pretorianos, jaqueca; si toma licor de Chipre, jaqueca; si está con el período, jaqueca. ¡Haces bien en permanecer soltero, Benasur! Las mujeres, en visita y sin lunas.

—Por adivinarlo, he seguido tu consejo, majestad...

—Bien. Brindemos por tu retorno... y por el Lazo de Púrpura... ¡Amigo del Imperio! ¿Qué méritos has hecho, Benasur?

—He unificado para Roma el Mar Interior.

—¿Que lo has unificado? ¿Qué quieres decir? ¿Acaso no era desde lo antiguo un solo mar?

—He restituido las leyes rodias. He concluido con la piratería que infestaba los mares. He restablecido el poder senatorial en Bética...

—Entonces, además de comerciante, legislador. No en vano descendemos de Moisés, Benasur.

—No, majestad. Yo soy más modesto. Yo soy un sencillo mercader que engaña a los incautos...

—¿Mercader? ¡Con tal que no vengas a venderme higos! Pero ¿qué cosa puede ofrecer un mercader que no tenga Herodes?

—No, no quisiera venderte higos. Quisiera hacerte mi socio.

—¿Socio tuyo en qué? —replicó receloso Herodes, entrecerrando los ojos para ver mejor a Benasur.

—En minas...

—¡No, no, no! Aborrezco los negocios. Me dan dolor de cabeza. Hay que pensar mucho...

El navarca sacó de la túnica una bolsita de cuero y desparramó el contenido: gemas de Faleza de distinto color y un puñado de escorias azogadas de Bética.

—¿Qué es eso?

—Lo que producen las minas.

—Sí, sí, piedras; pero ¿qué es eso? Herodes miraba entre cauto y maravillado las escorias.

—Te lo estoy diciendo, Majestad: el producto de las minas.

El Rey cogió las escorias y se las quedó mirando con curiosidad. Después murmuró mientras las acariciaba entre sus dedos: «No, de éstas no tengo».

Entró un soldado de la Corte.

—¿Qué quieres, lancero?

—El hombre no confiesa...

—¿Cómo que no confiesa? ¿Le habéis arrancado las uñas? —despotricó el Rey—. Dadle un tajo en la lengua y decidle que si no habla, al otro tajo ya no podrá confesar. Y le haréis picadillo. Salomón y Sulamita tendrán también su cordero pascual... ¡Vete, vete ya! —vociferó. Y Cuando el soldado se hubo ido, le dijo a Benasur—: ¿Sabes? Es un mal nacido que esta mañana, mientras me bañaba en la piscina, me insultó desde la torre de la muralla... Luego, el muy insolente, dijo que me había confundido con el eunuco Cirio. ¿Es que yo tengo, vestido o desnudo, aspecto de eunuco? ¿Acaso yo estoy capado, Benasur? Pero es uno de los conspiradores. Toda Jerusalén está llena de conspiradores. ¿Qué culpa tengo yo de que Roma nos humille? ¿No soy buen rey, Benasur? ¿No soy justo y honesto? Y ahora anda por ahí el fantasma de Juan soplando el ascua... ¿No lo has oído? Le dicen el Nazareno...

Herodes se sintió fatigado del esfuerzo mental. Se quedó con la cabeza gacha, con la boca entreabierta resollando penosamente, y

con la mirada ida. Por unos instantes estuvo ausente de todo. Y cuando reaccionó fue para decir:

—Dices que las minas... ¿Dónde están esas minas?

—En las montañas de Pucha, en el país índico...

—¿Y son tuyas esas minas?

—Mías y de quien aporte doscientos mil dáricos oro. ¿Te animas? —repuso Benasur.

—¿Y tú crees, cándido Benasur, que el hombre que tiene doscientos mil daricos oro los va a meter en minas? ¿Quién es el idiota que se pone a pensar teniendo esa fortuna? Tú no has visto en tu vida doscientos mil daricos juntos, Benasur. Ni yo tampoco... No, no quiero minas. Pero me gustan estas piedras. Te las compro. Sólo éstas, las que brillan más que la plata.

—No puedo, majestad. Vendo todo el montón: cinco mil denarios oro...

—¡Dale con el oro! ¿No sabes contar en sestercios, Benasur?

—Entonces quinientos mil sestercios...

—Eso ya está mejor. No se asusta uno tanto. Pero te repito: quédate con tus zafiros. Sólo quiero las de plata. ¿Cuánto?

—Treinta mil sestercios.

—¡Son mías, Benasur! —exclamó el Rey, apretujándolas en sus manos.

—Te advierto que son piedras que no se tallan. Te advierto también que se enferman... Yo las traía para regalárselas a su alteza, la princesa Salomé...

—¡Ah!... —abrió la boca Herodes—. Conque ¿querías regalárselas a Salomé? Mira, Benasur, aunque estas piedras mañana estuvieran más sucias que el lodo, no te dejaría que se las regalases a Salomé. Soy yo quien se las daré. Sólo yo, ¿comprendes? Y tú dirás que te di por ellas cien mil sestercios...

—No creo que valgan tanto, majestad...

—¿Que no? ¡Tú qué sabes! —replicó Herodes, volviendo a mirarlo con los ojos semicerrados.

—Me parece que no valen ni treinta cobres...

—Sí; tú quieres ahora desanimarme para que te las devuelva, pero no te haré caso. Yo seré quien le regale estas piedras a Salomé.

Y llamando a gritos al mayordomo le ordenó que al día siguiente el tesorero enviase treinta mil sestercios al magnífico Benasur.

El navarca se echó mano a la bolsa de la túnica para ver si vendía a Herodes el pomo de perfume. Pero se le había olvidado cogerlo al cambiarse de túnica. Se puso a mirar todos los objetos que había en el salón para ver cuál de ellos podía vender al Rey. Pensó en las fieras, pero se consideró neófito en tal mercancía. Por fin, se decidió por un busto del rey Asurbanipal que estaba sobre una columna de mármol.

—¡Qué hermoso busto!

—¿El del rey Asurbanipal? Se lo regalaron a mi padre, Herodes el Grande. ¿Tú sabías, Benasur, que mi padre había sido Herodes el Grande?

—Sí. Mi abuelo asistió a su coronación. Y tu padre le dijo a mi abuelo el magnífico Benasur...

—¿Tu abuelo no era pescador en Genesaret, Benasur?

—Sí, en los ratos de ocio. Pero mi abuelo era grande como tu padre. Si no ¿cómo crees que Herodes el Grande lo iba a recibir en palacio?

—Tienes razón, Benasur. Continúa... ¿Qué le dijo mi padre a tu abuelo?

—Le dijo: «Venerable amigo, ¿por qué no me prestas el busto del rey Asurbanipal que tienes en tu casa? Así la gente verá que soy un hombre versado en historia...».

—¡Era inteligente mi padre! ¿Verdad, Benasur?

—¡Oh! Uno de los reyes más grandes que ha tenido la historia... —aduló el navarca para acabar de entontecer al rey.

—Sigue, sigue... ¿Qué le contestó tu abuelo?

—Pues mi abuelo le dijo: «Te lo mandaré mañana». ¡Y ahí lo tienes! Mi abuelo, que era un desmemoriado, nunca se acordó de pedírselo. Pero yo sé que era nuestro, pues cuando tu hermano Arquelao se sentó al trono, mi padre me dijo: «Ve, Benasur, a palacio y le dices a ese sinvergüenza de Arquelao que nos devuelva el busto de Asurbanipal». ¿Y sabes qué me dijo Arquelao, el idiota de tu hermano, majestad?

—Te diría que era de él. Así era de cínico.

—Justamente, majestad. Y a mí se me subió lo Benasur a la cabeza y me dije: «No te pido más el busto, así que nunca me podrán negar que los Herodes demuestran su condición de idumeos quedándose con lo que no es suyo».

—Pero eso no lo dirás por mí, Benasur... ¡No se te habrá ocurrido contar tal cosa al césar Tiberio...!

—No, por consideración a ti, majestad.

Herodes se puso en pie:

—¡Aquí mi mayordomo!

Benasur le tiró de la túnica y le obligó a sentarse.

—¿Qué vas a hacer, majestad?

—Le diré que te envíe ahora mismo a tu casa lo que es tuyo...

—¡No, majestad! ¿Qué diría la gente? ¡Y ahora que estamos en vísperas de Pascua! Murmurarían de ti. Dirían: «Se necesitaron treinta años para que los Herodes devuelvan lo que no es suyo». ¿Qué pensarían las visitas al no ver el famoso busto de Asurbanipal en el salón de las doce columnas? Esto se arregla fácilmente.

—¿Cómo, Benasur?

—Para que tu conciencia quede tranquila, te cobraré un alquiler de doscientos sestercios por año. Hace más de cuarenta que el busto está aquí. Me das ocho mil sestercios de alquiler...

—Sí, ¿y qué más?

—Nada más.

—¿Cuánto vale el busto?

—¡Bah! ¿Acaso vas a negarte a que yo, majestad, te lo regale? Mañana te paso el título de propiedad, que lo ha de tener archivado mi bibliotecario Jacob. Y tú me mandas nada más que el alquiler...

—¡Qué generoso eres, Benasur...! ¡Aquí mi mayordomo!

Y cuando el mayordomo llegó, le dijo:

—En vez de treinta mil, dirás al tesorero que lleve al magnífico Benasur treinta y ocho mil sestercios... Y dile a la servidumbre que tenga mucho cuidado con el busto de Asurbanipal, que es regalo de mi amigo Benasur.

El mayordomo hizo una mueca extraña que Herodes, por su miopía, no pudo ver. Mientras tanto, Benasur paseaba la vista por el salón buscando qué otra cosa podía venderle al rey, pero desistió al

ver bajar al primero de los huéspedes de palacio, precisamente el anciano Alan Kashemir.

Tras alborozados saludos, el navarca le dijo:

—He ido hasta las costas de Antioquía a buscarte en mi barco Aquilonia, pero en tu casa me dijeron que ya habías partido para Jerusalén.

—¿Por qué tanto interés, Benasur? ¿Qué asechanzas preparas a este pobre anciano? ¡No te fíes, Herodes, no te fíes de Benasur! Es capaz de vender higos de Siracusa en Smyrna... No te fíes, no te fíes...

El viejo Alan Kashemir tenía una cara de pillo que no la disfrazaba con tantas arrugas. Era amigo del Rey porque lo había sido de Herodes el Grande y las gentes decían por Antioquía que tenía más de ciento cincuenta años. Y algunas personas hacían subir su edad a la época de Ciro el Grande, aunque nadie podía probarlo.

Era el principal mercader de las rutas de Oriente, y se decía que sus tres mil caballos tenían en las patas arenas de todos los desiertos, de todos los caminos. Se decía también que era el hombre que más oro acuñado atesoraba.

Conoció a Benasur en Jerusalén, cuando Benasur se iniciaba, casi adolescente, en la vida de los negocios. A Alan Kashemir no le gustaban los barcos. Desconfiaba del mar y prefería los camellos, las naves del desierto. Pero le entusiasmó tanto Benasur, que se dejó convencer. Y fue Alan Kashemir quien le prestó el primer millón al navarca. Desde entonces, Benasur recurría a él. Para hacerse regidor supremo de la Compañía Naviera del Mar Interior, interesó de tal modo a Alan Kashemir, que el anciano hizo lo que nunca había hecho en su vida: invertir diez millones de sestercios en negocios navieros, negocios que puso en manos de Benasur. No quería saber nada del mar. Y se contentaba con que el Banco de Jos Hiram le pusiera en Antioquía el importe de los dividendos, cada vez más crecidos.

Benasur quería mover el corazón de Alan Kashemir para que ahora, en la Junta de los Doce, suscribiera él solo diez millones oro de los cincuenta que necesitaba, Era una cantidad lo suficientemente importante para influir favorablemente en el ánimo de los demás.

Pues Alan Kashemir pasaba por ser una especie de oráculo de los negocios.

A pesar de su ancianidad, el viejo mantenía tres esposas y un gineceo de doscientas concubinas. Y era celoso a tal extremo, que llevaba una estrecha cuenta del movimiento de harem, custodiado por una decuria de eunucos, con espada de siete palmos de larga.

La mesa lucía espléndida. Los dieciséis invitados, cuando olvidaban sus chistes o sus acertijos, miraban con ojos codiciosos a Salomé, la única mujer presente en el festín. Salomé estaba sentada a la izquierda del rey, frente a Benasur, que ocupaba la diestra del monarca. Al fondo, los músicos tañían sus instrumentos en interminables melodías del desierto, música monótona y aburrida, como el perezoso estirarse de las sombras de las dunas. Esta música vernácula complacía a Herodes. El tambor, la cítara, la flauta y los percutores de los nómadas del desierto. Benasur aborrecía los percutores: esferas de cuero que encerraban huesos de melocotón y pedazos de metal, y cuyo rumor daba el toque irritante al monorritmo de la melodía. Mas, la orquesta era abundante en instrumentos: además del salterio y del arpa, la dórica cítara, el sistro egipcio, el címbalo griego, los timbales romanos. Esos instrumentos no entraban en acción cuando se tocaban las melodías del desierto.

En el lado opuesto de la mesa se escucharon unas risotadas: Simo, un príncipe etíope, había relatado un cuento sucio. Salomé miraba hacia el lugar de las carcajadas con los ojos encendidos, pero con un gesto de desprecio en los labios. Benasur oyó la voz de Alan Kashemir:

—Es parecido al cuento del camello y la burra. ¿Lo sabías?

—No, venerable Alan —dijo presumidamente otro anciano—. Ese cuento ha de estar perdido en los confines del tiempo. ¿Lo aprendiste cuando eras joven?

—¿Tan viejo me crees, condenado persa? Aún me quedan catorce dientes y muelas, y casco con la boca las nueces... ¿Qué te crees, Safrometes?

—¿Y qué tienen que ver tus dientes con la burra y el camello? ¿Quién fornicó a quién? —inquirió otro.

—Tu padre fornicó a la burra de tu madre —respondió el viejo Alan —, y de tal desaguisado salió ese asno que eres tú.

Los invitados soltaron la risa en estruendosas carcajadas. Los escanciadores acudieron a llenar las cráteras, pues siempre que oían un rumor de risas, volvían a llenar las cráteras. O cuando las conversaciones se hacían apasionadas, ya que en el momento de sacar de las cráteras el vino, los invitados olvidaban sus diferencias.

Herodes gritó:

—¿Cuál es ese cuento de la burra y del padre?

—No hay ningún cuento de tal especie, majestad. Sólo esperamos que la princesa Salomé nos cuente el del esclavo y la matrona de Tiberíades...

Y después de la petición, el invitado que la había hecho se volvió a sus vecinos de mesa para decirles:

—¡Es un cuento para doncellas estupendo! Nunca me he avergonzado ni reído tanto con un cuento. Y la princesa lo dice con mucha gracia, imitando los acentos del esclavo moabita y de la matrona galilea.

Los cuentos y acertijos concluyeron cuando hizo entrada en el salón el cuerpo de danzarinas. Todos los músicos tomaron parte. Y Benasur sintió un respiro al oír una música más concertada y alegre que la nómada de los percutores.

Las danzarinas, desnudas del talle para arriba, sujetaban la falda de muchos vuelos con un cíngulo de cuentas sonoras, de pequeños cascabeles de plata que sonaban muy armoniosos al ritmo con que movían las caderas, cuando sólo quedaban en el aire, suspendidas entre grandes pausas, las notas líquidas de los salterios. Los ojos de los invitados se iban codiciosos tras las danzarinas. El único que miraba con cierta atención a Salomé era Benasur.

Desde que se reclinaron a la mesa, los ojos de Salomé, verdes y fosforecidos como ojos de serpiente, lo habían asaetado, a veces con la inmovilidad astuta con que las sierpes fascinan a las mariposas y a los pájaros, y aun a los animales de mayor tamaño. Una mirada fría, que calaba como un relente hasta los huesos; pero la sensación que producía era, al fin, de un tibieza sensual perturbadora.

El rey, un tanto excedido en las libaciones, esforzaba inútilmente sus ojillos miopes, para ver lo que tanto admiraban sus invitados. Pero se contentó con imaginárselo. Y para tener una sensación más exacta de aquello que parecía hurtarle la presbicia, extendió una mano para sobar los pechos de Salomé.

Antes que el baile concluyera, los invitados habían ido cogiendo y retirando del salón a las danzarinas. Y entre ellos, el viejo Alan Kashemir no se dejó ganar por la codicia de los otros.

Benasur oyó que le decía Salomé:

—El Rey se levantará y los huéspedes se irán a sus aposentos; pero tú, Benasur, no te muevas, que quiero tomar el té de opio contigo; que quiero que me hables de tus viajes; de cómo es el país en que se dan esas piedras más bellas que la plata, más seductoras que los diamantes. —Y dirigiéndose a Herodes—: No está bien que tus huéspedes, mi señor, se embriaguen delante de Benasur, que es tu invitado. ¿No es tiempo de que te pongas en pie?

—Si me pongo en pie, se irán. Y escandalizarán mucho más en sus alcobas porque el vino que han bebido no es suficiente para que caigan rendidos en sus lechos...

Salomé hizo una seña al maestresala, al que dijo al oído: «Echa en las cráteras jugo de la yerba negra, que ya estoy cansada de tanto borracho. Y prepáranos el té que el Rey, nuestro invitado y yo tomaremos cuando nos quedemos solos».

Los efectos de la yerba negra no se hicieron esperar. Y no fue Alan Kashemir el primero en darse por vencido. Los criados se llevaron a los huéspedes y, al fin, se quedaron los tres solos en el comedor. Los tres y la mirada fosforecida de Salomé, que era la cuarta presencia que más perturbaba e intimidaba a Benasur.

Capítulo 8

Salomé

Benasur pensaba que dentro de poco la princesa entraría en la misma obesidad que había prosperado en su padre Filipo y que atacaba ya a su tío Herodes. Toda la familia de los Herodes mostraba los signos de la decadencia en una belleza de efebos que, con el tiempo, tomaba las características de la blandura de los eunucos. Y Salomé, mujer a la que Benasur había visto hacía dos años como una muchacha delgada e insignificante, con cierto aspecto andrógino, ahora se le presentaba en una precoz madurez de incitantes, de atrevidas seducciones.

—Dime, Benasur, ¿visten bien las romanas? —dijo Salomé, fingiendo no haber vivido en la Urbe.

—Lo importante es que se muevan bien —dijo Herodes guiñándole el ojo a Benasur.

—¡Siempre con tus retruécanos! —protestó la joven—. ¡Estoy hasta la coronilla de tus chistes! ¿Por qué no te vas a dormir? —Y volviéndose a dirigir a Benasur, insistió—: ¿Visten bien las romanas?

—Sí, muy bien... para los romanos. A mí no acaban de convencerme. Me parece que sus vestidos son demasiado sencillos, demasiado severos... Cualquier mujer de nuestra tierra cuando viste el lino sutil de Frigia, la trama de Babilonia y la seda de China es siempre más hermosa y atractiva que una romana... Es cierto que las romanas andan mucho por la calle e intervienen en asuntos y quehaceres que a nuestras mujeres les están vedados... Además, la vida en Roma es muy agitada y el tránsito por sus calles, vertiginoso. Hay que andar con los ojos muy alerta para no ser atropellado... No he visto una ciudad con tantos coches y carros. Por eso las romanas...

—Dime, Benasur, ¿las romanas se pintan?

—¡Se pintan solas para perder a los hombres! —volvió a intervenir Herodes.

—¡Qué pesado! ¡Has bebido más de lo que permite la etiqueta!

Herodes rompió en grandes risotadas. Se volvió en el triclinio y de cara al techo abrió la boca para recibir una a una las uvas que iba arrancando de un racimo.

—Sí, se pintan y bien. Ahora han puesto de moda un polvo ocre que da a sus mejillas un rosado muy tierno y transparente... Las cortesanas más famosas han abandonado el tinte de uva para los labios y prefieren un cosmético inalterable a la acción del alcohol. ¡Ahora pueden beber y besar sin despintarse los labios! Yo traigo unas muestras, pues creo que podríamos fabricar el mismo producto en nuestro país.

—¡Es maravilloso! —suspiró Salomé.

Lo maravilloso para Benasur era ver el busto de Salomé bajo la transparencia de la trama de Babilonia, y ver cómo se entreabría el velo y dejaba al descubierto las piernas. Herodes ensayaba ahora beber, también gota a gota, sin cambiar de postura.

—¿Tú tienes ese cosmético? —insistió Salomé como si soñara.

Era mucha tentación tener ante sus ojos a Salomé, tendida indolentemente ante la mesa, con aquel mirar, con aquel sonreír, con aquel interesarse de cosas de otras tierras. A Salomé, hija de Filipo, sobrina de Herodes; a la sobrina de Herodes que despreciaba tan profundamente, sin disimulo, a su padrastro. Como si la sangre de una misma casta se hubiese cortado en las venas de la joven. Como si trajera en el estómago el empacho de tanta promiscuidad condimentada con sangre humana. Pero Benasur, que sentía en su corazón una curiosa vanidad, veía ahora a Salomé en su plenitud perfecta, con todos los atributos femeninos bien dispuestos y bien señalados, en el tiempo que antecede a la obesidad que hacía estragos en todos los Herodes. Y por sentirse así tan seducido, tan perturbado, por la presencia y voz de Salomé, se aventuró a decir:

—Además de muestras de cosméticos y de cuarenta y dos vestidos de seda, traigo también un espejo de azogue.

—¡Cuarenta y dos vestidos de seda! —exclamó la joven, abriendo los ojos de serpiente.

—¿Tantas concubinas tienes, Benasur? —preguntó Herodes, al mismo tiempo que cambiaba de posición.

Salomé lo miró fijamente. Herodes cerraba más aún sus ojos. A veces permanecía con ellos completamente cerrados, como si ya no fuera a despertar. La mirada de Salomé, cuando se hacía dura, causaba daño resistirla.

—Y un espejo azogado.

La princesa hizo una señal al copero y éste llenó la copa de Herodes. Cuando se acercó a Benasur, el navarca rehusó tapando con su mano la copa. Salomé le dijo:

—Tráenos el té de opio y el licor de Chipre.

Herodes abrió los ojos. Oyó que Benasur volvía a decir:

—Y un espejo azogado...

Él había pensado que en esos espejos no se viesen más mujeres que Raquel, hija de Elifás, y la alhuma Zintia. Pero ahora pensaba que Salomé, hija de Filipo, podía contemplarse en él y ver, sin mengua ni vaho, sin opacidades ni brillos, las perfecciones, las gracias de su rostro. Podía verse tal como eran, sin que nada quedase oculto ni deformado, los dos hoyuelos que tenía en las mejillas. Podía verse...

—Y esos vestidos, Benasur, ¿están en venta?

—¡Por la marca de Caín! ¿Es que aún quieres más vestidos? —protestó Herodes.

—¡Cállate y bebe, viejo roñoso! No olvides que el magnífico Benasur es tu invitado. ¿Qué pensará del Rey? ¡Hace una hora que tienes tu copa llena y no le has dado un sorbo! ¿Es que ya estás ebrio?

Herodes rio con una risa cascada, como si chupara golosamente un caramelo. Murmuró: «Qué graciosa eres... Sí, muy graciosa», y se llevó la copa a los labios. Cuatro o cinco sorbos seguidos. Chascó la lengua y al dejar la copa sobre la mesa se vertió. Rio de nuevo. Eructó. Después dijo para sí: «Esta vajilla es muy pesada. Mi padre era tan grande que creía... ¿Qué creía mi padre? ¡Ah, sí...! Herodes el Grande creía que cuanto más pesada era la vajilla era mucho mejor, porque pesaba más la comida... y el oro... daricos, daricos... ¿Qué me decías antes de los daricos, Benasur? Ya, ya... Claro, el oro no se come...».

A otra indicación de Salomé, el copero sirvió de nuevo vino.

—Tómate un trago, mi señor, para que se te despeje la cabeza...

—Mi señor, mi señor... Sólo a mí, a Herodes, Salomé me dice mi señor.

El tetrarca adelantó la mano torpemente. Un camarero le acercó la copa. Después, se la puso en los labios y Herodes se adhirió a ella con voracidad succionadora. El camarero le sostenía la cabeza. Cuando el vino comenzó a escurrirle de la boca, el camarero le soltó la cabeza y ésta cayó pesadamente sobre la mesa.

—Cuarenta y dos vestidos de seda... —murmuró Salomé.

—Y un espejo azogado —replicó con un mimo cálido Benasur.

—¿Qué es un espejo azogado?

Benasur le explicó en qué consistía la maravilla. Salomé apenas podía creerlo y si bien sus ojos no perdían un solo movimiento de los labios de Benasur, sonreía un tanto incrédula. Ella estaba admirada, seducida, casi trastornada por aquel tesoro de sedas que tenía Benasur. Lo del espejo bien podía ser un cuento.

Herodes dio un ronquido. Un camarero lo cubrió con un mantel. El mantel, en la parte que ocultaba la boca, se levantaba y bajaba al mismo ritmo que la respiración del Rey. Benasur se acordó de Temisto, el editor de Corinto. Pensó también que Salomé, sin haber salido en las tablillas públicas de ningún foro, plaza o ágora, era la mujer más famosa del mundo. El maestresala volvió con los criados que portaban el servicio de té y licor. Salomé hizo un movimiento y uno de sus pechos asomó más de lo debido por el escote. Benasur notó que Salomé se pintaba los pezones como las cortesanas. Pero algo más notó Benasur: que se pintaba las venas que en una joven de su edad no podían apreciarse.

—¿Has amado mucho, Benasur..., por esas tierras? Benasur dio un sorbo al té de opio...

—Tenía mi corazón puesto en Jerusalén...

—¿Cuál es su nombre, Benasur?

—Raquel, hija de Elifás.

—No la conozco... Pero ¿sus ojos son tan grandes y verdes como los míos?

—No hay luceros en el cielo como los ojos de Salomé —aduló Benasur.

—¿Y sus labios son tan seductores como los míos?

—No hay pétalos de rosa en ningún Edén como los labios de Salomé.

—¿Y sus orejas son como las mías?

—No hay conchas en el mar como las orejas de Salomé.

—¿Y sus manos son tan finas y suaves y acariciadoras como las mías?

—No hay sedas en Oriente tan tibias y finas como las manos de Salomé.

—Y su cuerpo, Benasur, magnífico Benasur, ¿su cuerpo es tan flexible y sensual como el mío?

—No hay palmera en los oasis que se mueva tan ardiente y dulcemente como el cuerpo de Salomé.

Benasur reconoció que de algo le había servido la amistad de Petronio y el trato con Mileto.

Herodes seguía roncando con estrépito. Entonces Salomé cerró los ojos y recitó del «Cantar de los Cantares»:

Mientras reposa el rey en su lecho exhala mi nardo su aroma.

Sonrió con ironía. Después hizo una seña a los músicos y éstos comenzaron a tocar *Los amantes del desierto*. Benasur sabía que la canción, con un breve y reiterado estribillo, terminaba en danza. En realidad, aquélla era música de danza. No quería ver danzar a Salomé. Le cohibía pensar que la gente, al oír la música de danza, supiera que dentro de palacio estaba Benasur. Ser recibido por Herodes le proporcionaba socialmente un pequeño prestigio; pero permanecer en palacio para participar de sus festines, lo desacreditaba como hombre honesto. El dinero de los hacendados, de los mercaderes, de los cambistas, no tiene olor, pero se escapa de las manos del hombre que entorpece sus labios con el vino; que perturba su cerebro con la voluptuosidad; que ablanda los nervios con música y danzas. Y en ese momento que sentía una tremenda necesidad de conocer a Salomé, se oponía a sus tentaciones pensando en el escándalo que se haría en Jerusalén cuando al día siguiente, muy temprano, los mercaderes y cambistas del templo le hicieran objeto de su comidilla...

—Estoy fatigado, Salomé... Beberé contigo este sorbo de licor y me darás licencia de que me retire...

Salomé recitó:

En cuanto de ellos me aparté hallé al amado de mi alma.
Le así, ya no lo soltaré hasta entrarle en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me engendró.

Y en seguida, mirando fijamente a Benasur, le dijo:

—Quiero ver tu espejo azogado. Quiero ver tu casa, Benasur... Quiero tener en mis manos tus sedas de China...

Entraron cuatro criados que cogieron en vilo a Herodes, y, sin quitarle el mantel que sobre él le había puesto el camarero, se lo llevaron. Otros comenzaron a levantar la mesa y, después de cambiar los manteles, dejaron sobre ella lámparas y bandejas llenas de frutas, y otros, mientras apagaban las lámparas que pendían del artesonado, encendían las columnas de los pebeteros.

—Y bien, Benasur, esa Raquel ¿es digna de tu amor?

Salomé se había escurrido del triclinio a la mesa. Ahora sus labios eran más provocativos y su cuerpo un perturbador movimiento de curvas. El salón había quedado en una penumbra que inquietaba a Benasur. Y la luz de las lámparas de mesa hacía más estrecha e íntima la proximidad. Los pebeteros despedían un perfume que trastornaba. Pero de todo ello, lo más peligroso era el gemir de los instrumentos, la vibración de abeja que ponían las cuerdas, aquel rastrear agudo y estirado de las flautas, aquel ritmo ondulante de duna espectral... ¡Cuántas veces en noches de luna Benasur había visto las dunas estremecerse con el viento, ondular, modificarse, surgir de un reflejo de luz! Las había visto así, como ahora contemplaba aquel cuerpo que se incorporaba al ritmo de la música, que ascendía lenta, grave, perturbadoramente como se alzaba la columna de humo de los pebeteros, rizándose, torneándose, enroscándose en cada estallido del perfume. Y aquella carne parecía organizarse al son de la música. Aquellas rodillas aún firmes sobre la mesa... Veía provocador, insultante, el botón umbilical sobre el breve y a la vez musculoso vientre girar sobre la masa de las caderas. Lo veía como un punto infernal, pronto a arrastrarlo en un torbellino.

No, no se atrevía a alzar la vista. No quería ver ni la boca ni los ojos de Salomé, ni sus brazos, que adivinaba erguidos y ondulantes, describiendo todo el lenguaje secreto de su jeroglífico. No quería verla y sus ojos permanecían pegados al ombligo que, a cada momento, se tornaba más expresivo. A un lado y a otro, raptando por los muros, la sombra proyectada por las lámparas de la mesa, la sombra que multiplicaba en tres, en cinco, en siete figuras vacilantes el cuerpo de Salomé... Antes de que sus ojos encontraran otro punto menos comprometedor en que posarse, vio cómo los pies se contraían rígidos, cómo los músculos de las piernas se perfilaban forzando la piel que los contenía. Y sin que Salomé se apoyase, sin que sus brazos dejaran de reflejarse en la sombra de los muros, las rodillas, que estaban juntas, empezaron a separarse poco a poco y al mismo tiempo a erguirse igual que si el cuerpo que sostenían fuese ingrávido... Benasur perdió de vista el botón umbilical, pero ahora sus ojos veían el vértice, la confluencia de los miembros... Veía también cada uno de los cinco dedos de los pies de Salomé, rosados como capullos, con las uñas pintadas de oro... Oía la música y oía el tintineo de las argollas, de los yugos, de los collares de Salomé. Mas lo que levantaba mayor fuego y angustia en sus carnes era el sonido de los yugos que la princesa llevaba a los pies: yugos de oro, de plata, yugos de ónix, todos diestramente dispuestos. A cada movimiento de la danza, a cada paso sonaban con el tintineo adecuado subrayando certeramente las notas de Los amantes del desierto... Del lugar donde estaban los músicos se alzó una voz...

En la noche, amado mío, yo soy arena encendida, y tú viento reparador.
Y los dos en el mismo abrazo buscamos la lejanía...

Calló la voz y Benasur vio deslizarse la trama de Babilonia hasta caer sobre la mesa. Vio caer también el velo. Y sobre las prendas los pies de Salomé entraban y salían como de un círculo embrujado. No pudo resistir más.

No pudo resistir más porque Benasur se había olvidado de Raquel y de Zintia. Ahora tenía enfrente a Salomé, bailando para él solo. Y la vio sin prenda que celara su desnudez.

Entonces Benasur no se acordó de Colessyos, el pederasta del teatro Balbo. Tampoco se acordó de los turdetanos ni de los daricos. Ni de Jos Hiram ni de Siró Josef ni de ninguno de sus socios. No se acordó del Señor ni de los preceptos de las Escrituras. Ni del templo ni de sus sacerdotes, ni de sus mercaderes: veía a Salomé como una aparición de nácar, untada de luces demoníacas entre las sombras del salón.

Sin dejar de danzar, sin abrir los entornados ojos, sin que apenas sus labios se entreabriesen más de lo que exigía el respirar quemante, sensual, que se escapaba de su pecho convulso, Salomé susurró:

—¿Cuántos vestidos de seda, Benasur?

—Cuarenta y dos —contestó él con voz enronquecida.

—¿Dónde están esos vestidos, Benasur?

—En mi casa de la calle de David.

—¿Para quién son esas sedas, Benasur?

—Para ti, Salomé.

La danzarina se dejó caer como en un desfallecimiento. *Los amantes del desierto* había terminado. Y Benasur acercó sus manos tímidas, temblorosas, a aquella carne como si se acercara a un tesoro. La carne palpitaba. La carne, abierta en mil poros, despedía el olor intenso y acre del sudor. Todo el cuerpo de Salomé parecía barnizado de una película brillante. Todo el cuerpo sudaba. Y Benasur sintió a su olfato que el olor del sudor de Salomé era un olor grato a los sentidos. Notó que las yemas de sus dedos se humedecían con el sudor de Salomé. Y así la estuvo acariciando, como acariciaría una de sus sedas, como acariciaría una fruta o una flor. Mientras tanto, Salomé, con la cabeza escondida entre sus brazos, respiraba afanosamente con un débil silbido que se le escapaba de entre los labios.

Salomé se incorporó y cruzó su mano con la mano de Benasur. Y así, como si se tratara de robarle la voluntad, mirándole con sus ojos de serpiente, le sonrió. Permanecieron unos minutos mirándose, celándose como los animales. Observaron que todos los ojos de la servidumbre espiaban. Salomé le murmuró al oído:

—Es prudente que te vayas, Benasur... Hoy no podría ser... Una noche de éstas iré a tu casa...

Benasur comprendió. Tampoco a él le convenía permanecer mucho tiempo en el palacio.

—Hasta pronto, Salomé...

—Iré para verme en tu espejo.

Benasur se bajó del triclinio y se dirigió a la puerta seguido por el mayordomo. Atravesó dos salones más y salió al patio. En la puerta, los guardias se calentaban las manos al amor de un brasero.

Capítulo 9

Tampoco Jesús es el hombre

—Debo procurar obtener la suscripción del capital sin comprometer las concesiones. Si no logro romper con la oposición, cederé, en primer lugar, Faleza; si la mina de Los Afanes no fuera bastante, cederé Sisapon; después, Carthago Nova... —dijo Benasur.

—¿Quiénes se oponen? —le preguntó Mileto.

—Principalmente, mi primo Jos Hiram. Él arrastra a Ciro Daniel, de Rodas, y a Romi Askenazi, de Sidón. Ayer almorcé con Jos Hiram para insistir sobre la conveniencia de que me apoye. Me insinuó que lo haría si yo le dejaba la regencia de la Compañía Naviera... ¡Sería lo último que yo soltara!

—¿Y Alan Kashemir está de tu parte?

—No pude hablar con él anoche. Pero él no me preocupa. El viejo escuchará todo lo que se diga en la junta y votará, estoy seguro, a mi favor. He encontrado tibios, sin dar calor, a Mikael de Damasco, a Isaac Gálatus y a Tarso Moabim. Decididamente favorables, a Aristo

Abramos y a Celso Salomón. De Salomón no lo esperaba. Y favorables, pero capaces de cambiar de opinión según vean el sesgo que toma la junta, a Siro Josef y a Sarkamón. Quiere decirse que Siro Josef aportará la parte que le corresponde, pero no apoyará mis puntos de vista. Y Sarkamón estará en contra, aunque termine por suscribir el capital.

Los dos se quedaron un instante meditando en la situación. Mileto sugirió en seguida:

—Me parece bien que ofrezcas en primer lugar la concesión de Los Afanes, puesto que es una explotación cuyos beneficios se mueven con lentitud. Pero yo me reservaría Sisapon. Puesto que las minas y fundiciones de Bética están comprometidas en la producción de armas, cédelas, de no tener el capital suficiente para sostenerlas. Y quédate con Sisapon, ya que las aplicaciones del minio serán mucho más beneficiosas. No por eso vas a carecer de metal. Sin embargo, yo en tu lugar, intentaría, si la junta fracasara, establecer industrias vidrieras.

—Creo que Sisapon tiene la suficiente fuerza de seducción para que cedan en cuanto se lo ofrezca. Si pierdo el dominio absoluto en Onoba y Carthago Nova, los planes de producción tendrán que estar sujetos a lo que acuerde la mayoría, y estoy seguro de que no haremos nada, porque en seguida mis socios repugnarán la producción que Darío David llama «onerosa».

Y seguidamente continuó:

—Como quiera que sea, debemos estar preparados para la junta. Comenzará a media mañana. Ten a mano y en orden los pliegos con cifras ilustrativas y demás datos. Hay que tener también extendidos los títulos. Los cincuenta millones son a desembolsar en cinco años. Lo importante es que hagan efectivo el primer desembolso... Kim llegará pasado mañana. Él deberá salir al día siguiente para Joppe, bien con los títulos, bien con mis instrucciones para Darío David, a fin de que suspenda la producción de guerra y se eche sobre los depósitos del Banco. En caso de que yo obtenga el capital el Aquilonia deberá salir para distintos lugares a recoger el oro y llevarlo a Gades.

—¿Cuál es el criterio de Jos Hiram?

—Dice simplemente que no es necesario gastar cincuenta millones en poner en pie de guerra un ejército; que con cinco se puede sobornar a los legados romanos con mando de tropa y comprometerlos en una sublevación. Que ellos restablezcan la República en Roma y den la independencia a las provincias. Que lo del Imperio de Israel es un disparate. Que Israel debe esperar la venida del Mesías. Y que con el Mesías todo esfuerzo será válido... Ése es el criterio de Jos Hiram; pero, en realidad, él va tras las flotas. ¡El Mesías! Yo creo que el Señor nos manda en cada generación un Mesías. Y somos nosotros los que tenemos que descubrirlo y darle los medios para la rehabilitación de Israel.

Mileto, puesto que Benasur aludía al Mesías, dijo:

—Ayer escuché por segunda vez al Nazareno. Estuvo muy agudo en una trampa que le habían tendido sobre los tributos. Me impresionó, no sólo el modo con que salió de la celada, sino por lo que dijo: «Dad al César lo que es del César..., y a Dios lo que es de Dios». Viene a separar los negocios del Estado de los negocios de la Religión...

—Eso es inaceptable para el pueblo de Israel, pues entre nosotros las Escrituras son válidas conjuntamente para resolver los asuntos de Estado como los de Religión.

—Sin embargo —insistió Mileto—, es evidente que existe de hecho una situación contradictoria con esa doctrina. Ahí tenemos a Roma, la tutela de Roma sobre Palestina. Las Escrituras quedan invalidadas. Este Nazareno parte de una situación de hecho, se atiene y ajusta a las realidades y formula un nuevo entendimiento...

—Eso implicaría una nueva Ley...

—Es una nueva Ley la que trae ese hombre. No lo creo tan fantaseador como me pareció la primera vez. Es un hombre realista. Es un hombre que tiene todo un sistema. Insisto en aconsejarte que hables con él.

—Ya le dije a Raquel que buscase a María de Magdala...

—Pero ¿por qué no vas tú a él, Benasur? Has recorrido mares y desiertos por ir en busca de Shubalam, cuyo criterio, cuyo ánimo desconocías. Y ahora que tienes en tu misma ciudad un hombre, lo rehúyes...

—Lo rehúyo por eso... porque estoy en Jerusalén. Aquí todo el mundo me conoce. Con las personas que he hablado, ninguna da crédito a Jesús. No les parece persona seria, digna de ser tomada en cuenta. Si me vieran acercarme y hablar con el Nazareno, si me vieran tomarlo en serio, me desprestigiaría... Ésa es la causa, Mileto. Pero, además, no creo que sea el Nazareno mi hombre. Habla mucho. Y lo que se necesita es apretar los labios y actuar... Lo único aprovechable de él es el entusiasmo que despierta en las clases populares.

Amur vino a anunciarles la visita de Joel. Cambiaron de tema. El navarca instruyó a su escriba:

—Éste es el hombre que ha comprado los créditos de Joamín a tu nombre. Por tanto, en cuanto deje los documentos, irás con ellos al Registro, de modo que mañana el escriba aperciba a Joamín del pago. Como Joamín no encontrará el dinero en un día, irás con el escriba y el ejecutor a embargarle. Y pedirás en prenda la persona de Joamín y la de su hija.

—Eso va contra tu Ley, Benasur —indicó el griego.

—Va contra mi Ley, es cierto; pero eres tú, un extranjero, el acreedor. Todos los vecinos de Jerusalén han hecho cosas iguales o parecidas valiéndose de intermediarios extranjeros. Y algunos de los acreedores son venerables sanedritas.

—Desagradable oficio me has dado, Benasur. Triste oportunidad me brindas para que inaugure mi vida de hombre libre: arrebatándoles la libertad a un padre y a su hija. ¿Por qué esa inquina contra Joamín?

—¿Olvidas que quiso traicionarme? ¿Olvidas que si no ando listo la Compañía Naviera estaría hoy en manos de Sarkamón o de Siró Josef? Yo no puedo ser indulgente ni descuidado con quienes se me oponen, Mileto. Y debo extremar el castigo. No olvides que el poder se afianza con el terror. Si el césar Tiberio hubiera participado de tus escrúpulos, no estaría sentado en el trono del Imperio.

—Acepto que arruines a Joamín, pero déjale la libertad. Por otra parte ¿qué culpa tiene su hija?

—¿Qué culpa tengo yo de que la moza haya tenido tal padre? Mira, Mileto, abre los ojos a las realidades del mundo. Estando en

Alejandría yo fui a pedir un crédito. Daba todas mis flotas y Garama de garantía. ¿Sabes qué me dijo el banquero César Ammón? ¡Que le diera mi persona en prenda! Y yo no había ofendido a César Ammón ni él tenía por qué odiarme. Jamás nos habíamos visto, jamás me había interpuesto en su camino... ¿Y sabes qué disculpa dio? Que esas eran las prácticas de uso corriente en la Banca egipcia. Y lo son en todo el mundo, Mileto. ¿A título de qué vas a exigirme un sentimiento piadoso hacia una persona que no tuvo la menor delicadeza conmigo?

Mileto movió fastidiado la cabeza. Protestó:

—¡Bien, Benasur! Yo no te exijo que seas altruista; lo único que te pido es que no me utilices a mí como instrumento para algo que considero infame...

Benasur se revolvió como si le hubieran picado. Replicó a gritos:

—¿Es que mis prácticas son infames, Mileto? ¡Gracias a mí tienes la libertad! ¡Si yo no hubiera ido a Corinto, tú no estarías a mi lado ni serías libre!...

—¡Ya estamos en la discusión, Benasur! ¡Ya estás reprochándome la libertad que no me diste! ¡Preferiría continuar de esclavo a robarle la libertad a otro ser! Precisamente porque sé lo que es la esclavitud, me repugna aherrojar a un semejante.

—¿Es que te niegas? —amenazó el navarca.

—¡Tendrás que imponérmelo como un deber!

—Hay una solución... ¿No dices que preferirías continuar de esclavo a someter a servidumbre a Joamín? Cámbiate tú por él. Yo te compro. Te pagaré en oro...

—Si yo me vendo, tú, Benasur, tendrías que comprarme por el precio más bajo. Yo me vendo a ti por un lepto, por un miserable cobre. Y tu Señor Yavé es testigo de la operación. ¡No, Benasur! Yo descorro la nube y hago que comparezca Yavé a este pacto. Soy hombre libre y me vendo por un lepto, sólo por un lepto. ¡Cómprame si eres tan miserable para hacerlo!

Benasur se quedó confundido con la réplica del escriba. Y pensó que era cierto, verdad, que existía una ética distinta a su moral de fariseo.

Una ética que hacía sublevarse en idéntica indignación a una joven romana nacida en Gades y a un esclavo nacido en Corinto. Conforme a esa ética la doncella le había ofrecido su virginidad por tres ases, y el griego le ofrecía su libertad por un lepto... ¿Tendría razón Mileto? ¿Y por qué el condenado escriba había invocado a Yavé por testigo? ¿O es que Yavé estaba presente siempre? Cosía Poma no había invocado a Yavé. Cosía Poma era una gentil, como Mileto. ¿Acaso Dios, el Dios de Israel asistía, como pretendía Mileto, a todas las criaturas? Porque era evidente que Dios, sólo Dios, había hecho fecundo el vientre de la gaditana. Y en su vientre iba su hijo, el primogénito, el primer Benasur que le concedía Dios. ¿Por qué se lo había dado en un vientre gentil? ¿Por qué después de habérselo dado, se lo quitaba, negándole la presencia de Cosía Poma? Mileto le hería en su conciencia. Benasur no podía comprar a Mileto por un cobre. No podría vivir tranquilo teniendo a su lado un esclavo comprado por un cobre. Entró de nuevo Amur.

—Dice Joel que si puedes recibirlo o si vuelve más tarde.

—Dile que pase, Amur.

Mientras llegó el agente, Benasur se paseó por la biblioteca. Mileto estaba cejijunto y apesadumbrado, temeroso de que los gritos hubieran sido oídos por Zintia, por Raquel.

—Que el Señor sea contigo, Benasur, y bien venido a Jerusalén —saludó el agente.

—Que Él te asista, Joel... Que todas las venturas colmen a los tuyos.

—¡Basta de hipocresías, Benasur! —exclamó el escriba, irritado con el ceremonial judío—. ¡Este hombre ha estado en la cárcel por tu culpa! ¿Por qué no te excusas y le pides perdón? ¿Crees que Dios se regocija con esa palabrería inútil y cobarde?

—¿También te metes en esto, Mileto? ¿También quieres meterte a reformador de las costumbres jerosolimitanas? ¡Si es así, vete a predicar sobre un pollino! ¡Pero no antes de ir al Registro! ¡Y toma buena cuenta de cómo debes hacer la gestión!... —Y dirigiéndose a Joel—: ¿Me traes los títulos de Joamín?

—Sí, Benasur... Aquí los tienes.

Y como Joel ignoraba la situación, informó:

—Joamín no sabe nada, Y creo que si tú le avisas y le das un plazo podrá rescatar los créditos...

—Comprendo, Joel. Venme a ver después de la Pascua... ¿cuántos daricos comprasteis?

—Entre Ammonín y yo, cuarenta mil.

—Está bien, puedes irte.

—No —dijo Mileto—. Puedes hablar lo que quieras con Joel; yo soy el que se va. Mañana cumpliré con mi cometido. Pero no se te olvide, Benasur, que, al concluirse la junta, se acaba mi compromiso contigo... Ya sabes las causas.

Mileto salió de la biblioteca.

En el patio, un criado le dijo que el ama Raquel quería hablarle, que subiera a su habitación.

Raquel lo esperaba a la puerta con una expresión de ansiedad.

—¿Qué ha pasado, Mileto?

—¡Lo que tenía que pasar! Benasur es un monstruo, y me voy, ¡me voy, me voy! ¿Sabes por qué me voy? —continuó gritando, furioso—. ¡Porque soy hombre libre! Tú no sabes lo que vale la libertad, Raquel. Ni Benasur tampoco. Los que siempre habéis sido libres, no sabéis lo que vale. Pero yo sí, porque has de saber, Raquel, que yo fui hasta hace dos días esclavo. Se lo habrás oído decir a Benasur, porque hablaba en tono para que todas las gentes de esta casa se enterasen de que yo era esclavo. Pero ahora, no. Ahora soy libre. Y como hombre libre, ¡me voy! Me voy porque no quiero ver más monstruosidades ni hacerlas.

Mileto se quedó sin aliento de gritar su indignación. Miró a Raquel.

Raquel sonreía. Y al cabo de unos momentos:

—¿A dónde te vas, Mileto?

Mileto bajó la cabeza. Después repuso en voz baja, como un niño que temiese despertar el miedo con sus propias palabras:

—No sé, lejos... Puedo ganarme la vida enseñando griego... No sé...

—Yo también me iría... —dijo Raquel—. Y contigo, Mileto. Me iría porque sé que a tu lado encontraría el sosiego que busco. Pero irme de aquí sería escoger la vía más fácil, más cómoda... ¿No has escuchado todavía al Maestro, Mileto? No está la felicidad en lo que

puede parecer más fácil a nuestro egoísmo. A veces los escrúpulos de conciencia nos equivocan, nos confunden y nos incitan a coger la vía menos penosa. Vas, y después ¿qué? Aquí queda Benasur, el obcecado Benasur. ¿Por qué lo dejas así, al entero dominio de las malas fuerzas que lo dominan? Cumple tu tarea. No ates tu lengua. Haz el cometido que te imponga Benasur, pero grita la verdad, grita tu protesta. Uno y otro día, palabra a palabra, tienes que ablandar el corazón de Benasur.

—¡Raquel!

—¿De qué te extrañas? —prosiguió la joven—. Hace tiempo que yo habría salido de esta casa. Pero no puedo dejar de pensar que Benasur, si no me tuviera a su lado, sería peor de lo que es. Piensa que si tú te vas, será peor de cómo lo has conocido... El Maestro un día dijo al que le preguntó si había que perdonar las ofensas: «Si te da una bofetada en la mejilla derecha ponle la izquierda para recibir otra». Son muchas las bofetadas que me ha dado Benasur. Son muchas las que tú tienes que recibir... ¡Irte! ¡Qué fácil, qué cómodo!... Ahora mismo tú y yo podríamos irnos. Nuestro egoísmo quedaría satisfecho. Pero ¿y las miles y miles de personas que están bajo el rigor de Benasur? ¿Qué será de los remeros de sus barcos, de los esclavos de sus minas, de las viudas, de las huérfanas desvalidas? Si tenemos ocasión de pelear contra el mal ¿cómo podríamos desentendernos, darle la espalda e irnos? ¿Por qué me vas a dejar sola al lado de Benasur? Devorará a Zintia y devorará a sus hijos... ¡No, Mileto! Sobre tus escrúpulos de hombre egoísta, pon tu sacrificio de hombre generoso y continúa al lado de Benasur, continúa horrorizándote de sus maquinaciones, pero no te solidarices con ellas: decláraselas.

—No tengo fuerzas para esta misión, Raquel. Llegará un día, lo sé, que Benasur me corrompería.

—¿Tan poca fe tienes en ti?

—La voluntad se debilita y ablanda, Raquel, cuando uno siente pasar por sus manos las riquezas del mundo... Sé que me endurecería del corazón, sé que me contaminaría de su fiebre de oro. ¡Dinero, dinero, dinero! Por todas partes, dinero; en todo pensamiento, dinero; en todo acto o movimiento, dinero... Y tras

eso, sólo una sombra. Porque has de saber, Raquel, que el oro no brilla, el oro sólo alucina y deja detrás una sombra, una sombra espesa, fría, viscosa, con coágulos de sangre, virtudes profanas, lágrimas y sudores de carne dolorida. No quiero verme confundido en esa sombra y quedar esclavo del único remedo de luz, de ese brillo engañoso que da el oro. Yo quiero el pan tierno y mío, Raquel, comido tranquilamente. Yo amo la vida, y todo lo que ella proporciona. Yo amo el mar y el campo, el pájaro y la nube. Y soy egoísta con mis amores. No quiero amargarme la vida sacrificándome en una misión para la que no tengo fuerzas. ¡Vencer a Benasur! No es Benasur solo. Ya se lo dije un día a Zintia. Son los que le apoyan, son los que constituyen ese sistema de vida y explotación que representa Benasur. Hasta hace poco tiempo creí que las guerras templaban a los pueblos; que las guerras incitaban al sacrificio y a la generosidad, que eran movidas en defensa de grandes ideales, de limpias virtudes: la patria, el honor, la caballerosidad, la defensa de una idea salvadora. ¡No, Raquel! Detrás de todas las guerras está un Benasur. Y él es quien gana. Yo he visto a un soldado, severo y sobrio, yo he visto a Rumiban hacer la guerra por muy claros y rectos principios dinásticos. Pero detrás de Rumiban estaba Benasur... ¡Yo me voy, Raquel!

Raquel tenía los ojos húmedos y se quedó mirando a Mileto a través de sus lágrimas, prontas a escurrirse por las mejillas.

—No, tú no te vas, Mileto. Tú no puedes abandonarme...

Mileto sintió como si una nueva emoción organizara su vida. Raquel, la hermosa, la dulce, la inteligente Raquel le pedía que no la abandonara. La Raquel de las cartas era la misma Raquel de Jerusalén. Y esa Raquel le pedía que no la abandonase. Pero ella apoyaba en algo superior esa demanda. No era por él mismo, sino por salvar a Benasur.

—¿Por qué no quieres que te abandone, Raquel?

—Adularé tus oídos diciéndote que te amo, Mileto.

—¿Que me amas? ¿A mí? ¿A mí por mí mismo?

—A ti por ti mismo, Mileto. Cuando te vi... fuiste el mismo de tus cartas.

—No. No me amas a mí. ¿Cómo vas a amarme si la primera noche dormiste con Benasur?

—No dormí con Benasur... Pero si hubiera sido necesario, habría dormido con Benasur. Y eso no alteraría nada la realidad de la situación. Yo debo permanecer al lado de él, y tú si me amas, a mi lado... Es más importante conquistar a Zintia para nuestra causa que huir...

Mileto se quedó con la cabeza baja, sin saber qué decir. Raquel le acarició la cabeza y le estuvo mirando con singular ternura el rostro.

—Dime, ¿dudas de que te ame?

—No, Raquel.

—Bien. Vete ahora a cumplir con tu obligación. Vete al Registro. Procura dejarlo todo listo porque a la tarde te llevaré con Jesús. Quiero que hables con él. Quiero que te toque, Mileto. Y entonces comprenderás.

Mileto se fue a la biblioteca. Benasur estaba con Cireno. Un criado ponía unos vestidos de seda en una caja. Le oyó decir:

—Llevad la caja a palacio. Son para la princesa Salomé. —Y dirigiéndose a Mileto—: ¿Qué quieres, Mileto?

—Quiero disculparme contigo. He estado violento e impertinente. Y es bueno que sepas que si me quedo no es por ti, sino por Raquel.

Benasur le puso la mano en el hombro.

—Debemos olvidarlo. Te estimo, Mileto, y bien sabes por qué: tú eres el único que me contradice, que me reprocha... y hasta me insulta... Perdóname en lo que te haya ofendido.

Ese día, a la hora de la cena, Mileto, que había hablado con el Nazareno, pensaba suscitar la conversación sobre la cuestión del Mesías. Pero no tuvo ocasión, porque el navarca se anticipó.

—Hoy estuve hablando con mi maestro Gamaliel sobre el Nazareno. Me dio toda clase de detalles. Cree que es un buen hombre, un alma de Dios, pero equivocado. Me dijo Gamaliel que él se había opuesto al criterio de algunos sanedritas que se proponían enjuiciarlo y acusarlo de tergiversar las Escrituras... Pero, en fin, cuando mucho, le darán un susto y acabarán con tanto alboroto...

Y mirando fijamente a Mileto, concluyó:

—No, tampoco éste es el hombre, Mileto.

Ya no hablaron más del Nazareno. Benasur dijo que si las cosas salían bien en la junta, todos, incluso Raquel, se irían a vivir una temporada a Faleza para asistir en Garama a la proclamación del rey. Y si salían mal, a Gades.

Raquel expuso algunos reparos ante la perspectiva de abandonar Jerusalén, pero una mirada oportuna de Mileto le hizo desistir de su oposición.

Cuando se levantaron de cenar, Mileto planteó:

—¿Permites a Raquel que me ayude en la tarea de preparar la documentación para la junta?

Benasur miró interrogadoramente a Raquel. Comprendió que la iniciativa partía de Mileto.

—Si Raquel quiere... —Y luego—: Me gusta que Raquel vaya tomando afición por mis cosas...

Y algo que dejó confundidos a los dos jóvenes:

—Así, si algún día decidís casaros, podríais haceros cargo de una de mis oficinas... Faleza le gustaría a Raquel...

Todos miraron a Benasur. Pero fue Zintia la primera que descubrió que en sus palabras no había ni amargura ni una segunda intención. Y la joven alhuma, acariciándole el rostro, le dijo:

—Eres bueno, Benasur.

Era la primera vez que Benasur se oía calificar de bueno.

Capítulo 10

Los treinta denarios

Benasur recibió en la biblioteca a Amos, gestor del pontífice Caifás.

—Que la paz del Señor sea contigo, amado Benasur.

—Que ella nunca te falte, venerable Amos.

Se tocaron las manos y en seguida Cireno tendió la toalla al gestor para que se limpiase. Amos, formulariamente, rozó sus dedos en la toalla. De este modo quedaba inmune de la posible impureza que pudiera tener el profano Benasur.

Éste le hizo sentar. Y en seguida le dijo:

—No creí que serías tú, venerable Amos, quien viniera a traerme la citación de mi amado padre Caifás.

—No te traigo la citación de audiencia, Benasur. El Pontífice —a quien asiste la paz del Señor— me dijo que le excusara ante ti de lo mucho que siente no poder recibirte estos días, pues graves preocupaciones abaten su espíritu. Vine a hablarte porque ayer, en el Consejo de Venerables, se tomó una determinación: prender a Jesús y entregarlo al procurador para que lo juzgue.

Después, indicando a Cireno, hizo una seña. Benasur ordenó al mayordomo que los dejara solos. En seguida dijo al gestor:

—Cuando el Sanedrín ha tomado una tal determinación, supongo que es tan prudente como benéfica... Pero, bien, ¿qué es lo que el Pontífice quiere de tan humilde persona como la mía, tan indocta en Escrituras?

—Para establecer legalmente ante el procurador la acusación necesitamos que un testigo la presente...

—Comprendo —dijo Benasur, poniéndose de pie y con gesto de mal talante—: ¿Y habéis pensado en mí?

El gestor del Pontífice sonrió dulcemente:

—¡No!, no hemos pensado en ti. El testimonio para que tenga más fuerza, debe ser ofrecido por uno de los secuaces de Jesús...

—Es fácil... ¡Tiene tantos!

—Pero sólo doce discípulos. Porque este hombre es tan enredador que ha nombrado doce discípulos, el mismo número de las tribus de Israel...

—Muy simbólico, cierto... Y bien: ¿uno de esos discípulos está dispuesto a atestiguar contra su maestro?

—Sí. Por treinta denarios de plata.

—¡Estupendo, venerable Amos! ¿Y cómo se llama y de dónde es ese discípulo?

—Se llama Judas Iscariote y es de Isacar —dijo el gestor.

—¡Por la marca de Caín!... Perdón, venerable Amos... Pero ¿es que ese hijo de perra anda con el Nazareno? ¿Tú sabes que hace tres años lo tuve en mi oficina de la Fuente del Profeta y que nos estafó a Hassam y a mí tres mil denarios? ¿Y que no lo llevamos a la cárcel por lástima que nos inspiró su padre Simón? ¿Que el viejo se comprometió a restituirnos denario sobre denario, y que no pudo hacerlo porque Judas no lo dejaba respirar, exprimiéndole con extorsiones y amenazas?

—No, no lo sabía... La gente murmura tanto, que no hay que creer la mitad de lo que se dice...

—¡Cómo! ¿No sabré yo, Amos, que fueron tres mil denarios? Pero no discutamos. Si estás dispuesto a restituírmelos, lo dejo en mil quinientos...

—No se trata de eso, Benasur. El asunto es grave.

—Pero ¿qué testimonio serio, atendible, puede ofrecer un estafador, un mal hijo, un gandul codicioso? ¿Es que el Pontífice no tiene pruebas más limpias que echar contra el Nazareno que el testimonio de un miserable?

—Da la casualidad de que Judas Iscariote es discípulo de Jesús...

—¡Bien representada está la tribu de Isacar en la camarilla del Nazareno! Si todos son como Judas, que los tundan a palos...

A Amos se le iluminaron los ojos. Y sus labios, que sonreían untuosos, dijeron:

—De eso se trata, amado Benasur. ¡De acabar con esa pandilla! ¡Tú lo has dicho, vamos a aniquilarlos a palos...!

—Dime, ¿qué puede atestiguar Judas? —inquirió el navarca.

—Todas las infracciones a la Ley que la gente conoce.

—Y bien, ¿qué pinto yo en esto, Amos?

—Se trata de pagar un salario...

—Un salario... O yo estoy torpe o tú muy sutil. No entiendo, Amos...

—Hemos concertado que Judas entregue al Nazareno...

—¿Qué necesidad hay de ello, si son evidentes sus ataques a las Escrituras? Lo más lógico y expedito es que el Sanedrín, o el mismo amado Caifás, lo acusen ante el procurador o ante el tetrarca, puesto que es galileo.

El gestor, sonriendo y aparentando que hacía un cortés esfuerzo por no perder la paciencia, insinuó:

—Es algo más complejo, Benasur. Ni el Consejo de Venerables ni el Pontífice pueden tomar una medida que ante los ojos del pueblo pueda entrañar un error. Nuestro santo concilio no puede equivocarse. Tú lo sabes, Benasur. Por tanto, a pesar de la evidencia del delito, por un escrúpulo muy legítimo, el Sanedrín no quiere tomar la iniciativa de la acusación. El Sanedrín señala. El pueblo debe acusar. El pueblo puede equivocarse; el Sanedrín no.

—Pero ¿es que Judas va a representar al pueblo?

—Exactamente.

—¡Pues cada vez me avergüenzo más de ser judío!

—¡Benasur!

—¡No soy hipócrita, Amos! Yo no quiero tener por representante en la acusación a un hombre que me ha robado tres mil denarios. ¡Sería inconsecuente conmigo mismo!

—Ahora se trata nada más de un denario. Judas ha accedido a entregar a su maestro por treinta denarios de plata.

—Entonces eso... es una traición...

—El Nazareno y los suyos lo considerarán así... Para nosotros es simplemente un servicio que tiene precio como cualquier otro.

—Demasiado ruin, Amos.

—Bien. Escúchame, Benasur. Se ha estipulado con Judas que el salario sea de treinta denarios. Ese dinero no puede salir del Sanedrín ni del Templo ni de ninguno de sus venerables miembros, pues volveríamos a lo mismo: que el error caería sobre el Sanedrín. Por eso se acordó hacer una lista de los treinta vecinos más conspicuos de Jerusalén...

—Para que sea el pueblo el que pague...

—Exactamente. Para que la cotización sea más simbólica que gravosa, se escogieron a esos treinta vecinos.

—Y entre ellos estoy yo, ¿verdad, venerable Amos?

—Así es.

Benasur dio unos pasos por la biblioteca. En seguida dijo al gestor:

—No tengo ninguna razón para guardar simpatía ni aversión al Nazareno. Más es, Amos: sé que ese hombre ha trastornado hasta robarle la voluntad a una persona a quien yo amo. Pero no doy el denario de plata. Yo cometo errores, mas nunca cometería el de atacar alevosamente a un hombre que tiene la mansedumbre de ese Nazareno... Yo lo vi entrar en Jerusalén. Tan ridículo me pareció, que yo estaba pronto a estallar en carcajadas... cuando me miró. ¡Le vi los ojos, Amos! Yo no sé si es el Mesías o un nazareno cualquiera. Yo, lo que sí sé, que ese hombre es incapaz de hacer daño a nadie. ¡No nos creamos tan santos, Amós!

—Debes ver primero la lista de los contribuyentes... En ella están muchos amigos tuyos, Benasur.

El navarca echó un vistazo a la lista y la devolvió diciendo:

—¡Yo no doy ni un cobre!

—Piénsalo bien, Benasur, porque esa negativa puede ser tu muerte civil...

—¿Mi muerte civil? ¡Qué cándido eres, venerable Amos! Dile al Pontífice que Benasur cumple con el Señor respetando sus mandatos. Dile que yo no estoy facultado para defender la pureza de las Escrituras. Para eso están los sacerdotes y los doctores. Dile que hace mucho tiempo no vivo sólo del aire que respiro en Jerusalén. Y dile que si él como Pontífice, Herodes Antipas como Tetrarca y Poncio Pilato como Procurador —los tres vecinos de Jerusalén—

aportan su denario de plata, también lo aportará Benasur. Pero Benasur rehúsa asumir una responsabilidad de la que se exime el Sanedrín. En Roma a eso le dicen viajar con zapatos ajenos. Yo acostumbro a viajar con los míos, para no echarle la culpa a nadie cuando me aprietan.

—¿Son tus últimas palabras?

—Son las definitivas. Y no me tientes, venerable Amós. Porque todavía tengo derecho para ordenar al procurador que aprese a Judas antes que venda al Nazareno...

—¡Si tal hicieras, serías maldito!

Las manos de Benasur se crisparon. Sus ojos se encendieron feroces. Pero supo contenerse. Bajó la cabeza y dijo calmadamente:

—Venerable Amós, gestor del Pontífice, que la paz del Señor sea contigo.

—Que el Señor te asista, hermano Benasur...

Cuando se quedó solo, toda su indignación salió silbando en una palabra:

—¡Hipócritas!

En la lista de contribuyentes que le dio a leer el gestor, figuraba el nombre de Joamín. Benasur había pensado no volver a verlo sino hasta después que lo demandase Mileto, pero el hecho de encontrarse con su nombre en la lista, le indujo a visitarlo a fin de aclarar qué motivo tenía para ir contra el Nazareno. Poco le importaba a Benasur la suerte de Jesús. Lo que le interesaba en ese momento era hallar una causa más de satisfacción a su venganza. Así que, después de instruir a Mileto, se fue a ver al banquero.

Joamín vivía en el barrio más pobre y maloliente de Jerusalén, habitado por el gremio de curtidores, cerca del mercado de peces, a extramuros de la ciudad. La chiquillería, que hace siempre novedad de la presencia de los soldados, rodeó al navarca y su séquito de pretorianos, y sus exclamaciones y gritos conmocionaron la calle.

Joamín, ignorante de la maniobra de su exsocio, acogió la presencia de Benasur con destemplada franqueza.

—Vienes a visitarme a esta hora para que me vea obligado a invitarte a un vaso de vino, pero no te lo daré. Bastante haré con perder el tiempo contigo.

—Me darás, por lo menos, un vaso de agua... —dijo Benasur.

—¡Un vaso de agua! No pides tú poco. Los aguadores cobran tres sestercios más a la semana por traerla a este barrio.

—¿Y si te pago el vaso de agua?

—Te lo daré, pero no muy fresca. Del aljibe. Mas, si estás dispuesto a hacer un desembolso, te recomiendo mejor un vaso de vino. No te cobraré sino una moneda más de lo que te cobrarían en el León Rojo.

La hija de Joamín, una joven bien parecida y de dulce expresión, pero pobremente ataviada, sirvió a los dos hombres el vino. Benasur, que conocía bien al cambista, dejó sobre la bandeja unas monedas de cobre. Y alzó la cabeza para mirar sonriente a la joven. Ésta no hizo más que ruborizarse. Joamín frunció el ceño. Y cuando vio que Benasur seguía con la mirada a su hija, le dijo de mal talante:

—¿Qué miras?

—A tu hija...

—¡Mucho cuidado con ella, Benasur! ¡Que ya está prometida!

Benasur se encogió de hombros. Dio un sorbo al vaso de vino y, en seguida, le disparó a Joamín:

—He tenido noticia de tu última inversión y desearía que me aconsejaras...

—¿Mi última inversión? —se extrañó el usurero—. ¿Cuál de ellas? Hago tantas... Pero ¿cómo es posible que Benasur le pida consejo al modesto Joamín?

—Es una inversión de un denario de plata. ¿Cómo piensas capitalizarlo?

—Un denario de plata... No recuerdo. Pero, sin duda, al cuarenta por ciento... ¿Qué denario de plata, Benasur?

—He visto, Joamín, tu nombre en la lista de Amos, la de los treinta denarios...

—¡Ah! Comprendo. Se trata de pagar un salario...

—Ya, Joamín. Entre treinta vecinos vais a comprar al Nazareno del pollino. Un pollino y un hombre repartido entre treinta denarios ¿a qué tocarás, Joamín? ¿Te conformarás con que tu denario te rente una pata de pollino? ¿O eres tan ambicioso que codicias la cabeza del Galileo?

—Nadie habla en Jerusalén de la cabeza de Jesús. Entiende, Benasur. Se trata de comprar por treinta denarios la prisión de ese hombre. Con ella ganaremos tranquilidad...

—Hace tiempo que no juegas limpio, Joamín. Ahora te asocias a los sanedritas para perder a un pobre hombre. Queréis alborotar para sembrar la confusión. Como yo era bocado demasiado duro para vuestros colmillos, los hincáis en ese pobre Nazareno...

—¿También tú, como José de Arimatea, eres adicto a su doctrina?

—Desconozco su doctrina. Yo soy adicto a mí mismo. Y soy aficionado al juego limpio. Te ofrezco una oportunidad, Joamín. No suscribas el denario si no quieres que te aniquile.

—¿Tú aniquilarme a mí, Benasur? Guarda tus alforjas, que no están seguras. No podrás hacerme nada, por muy poderoso que te creas...

—Vengo nada más a cambiar el rencor que te guardo por un denario de plata, Joamín —dijo pacientemente Benasur—. No me mueve a esta operación ninguna simpatía por el Nazareno, porque el Nazareno no es rentable, Joamín. Pero quiero saber si por una sola vez eres hombre sensato y acatas mis órdenes. Quiero que retires de la lista tu denario de plata...

Joamín rio. Cuando Joamín reía, sus barbas perdían la gravedad que parecían tener cuando callaba. Porque estando Joamín callado, con la boca apretada y las mandíbulas remetidas, la barba no quedaba apuntando a su interlocutor.

—¡Eres muy soberbio, Benasur! Y no retiraré el denario. ¿Qué puedes hacerme? ¿Acaso pudiste evitar que yo vendiera las participaciones al banquero Tito Limo? Y la cosa no salió tan bien como quería, porque Limo actuó torpemente. Si no, a estas horas Sarkamón sería el regidor supremo de la Compañía Naviera...

—Me deleito, Joamín, escuchándote... ¿Dices que tu hija está prometida? No sería raro que el novio se echara atrás y denunciara el compromiso... ¿Qué dote lleva al matrimonio?

—¡Eres un vanidoso majadero! Mi hija tiene una dote de cincuenta mil denarios...

Benasur rio sordamente.

—¿De qué te ríes, condenado Benasur?

—Quizá tu hija necesite mi ayuda. Puedo dársela, claro está, si tú consientes en que me dé las primicias...

Joamín agarró furioso el vaso e hizo movimiento amenazador de arrojárselo al rostro de Benasur; pero se contuvo, para, justamente indignado, gritar:

—¡Sal de mi casa, víbora!

—No antes de acabar el vino. Te lo he pagado. Y te repito: que si convences a tu hija para que me dé su virginidad, yo puedo ayudarla... Deja el vaso, Joamín, que se está vertiendo el vino.

—Por última vez, Benasur, ¡sal de mi casa!

—¿Quieres que escandalice en la calle y diga que me niegas la hospitalidad sólo por quedarte con medio vaso de vino? ¿O es que tú dirías que yo pretendo fornicar a tu hija?

Joamín comenzó a sentirse inseguro. Empezó a sospechar, tardíamente, que algo se escondía tras aquella actitud de Benasur. El denario de plata.

¿Por qué diablos se había comprometido en aquella suscripción? Pero tampoco habría sido prudente oponerse a los deseos del gestor del Pontífice. Él, Joamín, era persona de orden. Y el tal Nazareno resultaba ya un revoltoso molesto. Él, Joamín, tenía que vivir en armonía con las personas decentes. Y el Sanedrín acusaba con el dedo al Nazareno. Pero ¿qué tenía que ver tan simple historia del denario de plata con la actitud insolente, grosera de Benasur? ¿Qué esperaba el maldito navarca para tomarse su vino e irse a la calle? Sí, él sabía, como todo Jerusalén, que Benasur era Lazo de Púrpura. ¿Y qué? Él era Joamín, banquero del mercado de peces, con puesto de cambio en el atrio del templo, respaldado por una potencia financiera tan fuerte como Sabás, el banquero de Jericó. ¿Qué podía hacerle Benasur a él? Llamaron a la puerta. Joamín gritó a su hija: «¡Miriam, llaman!». Y Miriam vino del interior, de una pieza sórdida, y atravesó de nuevo la habitación en que estaba su padre con Benasur. Miriam sintió que la mirada del navarca se le pegaba untuosa a todo su cuerpo y especialmente a aquellas partes que, sabiéndolas observadas con la mirada codiciosa de Benasur, ponían un ardiente rubor en sus mejillas.

Joamín también volvió a ver la codicia sensual, sucia, de Benasur. Y no queriendo suscitar escándalo ante los vecinos que llamaban, prefirió moverse incómodo, indignado, un tanto rabioso en el asiento y dar la espalda al navarca.

Miriam regresó para decirle entre tímida y asustadiza:

—Un extranjero, que dice llamarse Mileto de Corinto, quiere hablarte, padre. Lo acompaña el escriba del Registro...

—¿A mí quiere hablarme? —repuso extrañado Joamín. Y se volvió a ver al navarca, al oír que le decía:

—Sí, a ti, Joamín.

—¡Si yo no lo conozco! ¿Y qué tiene que hacer en mi casa el escriba del Registro?

—Tampoco él te conoce, Joamín. Pero supongo que mi amigo Mileto de Corinto tiene grandes deseos de conocerte... Yo te aconsejaría que los hicieras pasar, pues tienen el derecho de la Ley: y que sacaras tu mejor vino para obsequiarlos. Estamos en vísperas de Pascua y los jerosolimitanos debemos ser hospitalarios con los extranjeros que nos visitan.

Joamín se levantó del asiento un tanto azorado. Pensó en el denario de plata. ¿Por qué Benasur había puesto tanto interés en cosa tan insignificante?

—Diles que pasen, que pasen, hija mía...

Quizá nunca Joamín había dicho «hija mía» con tanta ternura como ahora. En realidad, Joamín solía ser duro, severo con su hija, porque de haber sido blando, le habría costado muy cara. Que las mujeres siempre encuentran pretexto para gastar alegremente el dinero: que si los cintajos, que si las sandalias de cuero pintado que vienen de Roma, que si la estola de seda que venden en la calle de los Esponsales, que si los arillos que pregona el mercader de Cesárea... Sí, él había sido duro. Gracias a esa dureza podía considerarse uno de los banqueros más fuertes de Jerusalén.

Entraron el escriba y el extranjero. El extranjero era un griego con aspecto de gran señor, a juzgar por el lujo de su vestimenta y atavíos. Portaba un hermoso collar de oro y tres brazaletes, y se recogía el pelo con un cordoncillo de hilos de plata y oro. Y en el cuello de la túnica llevaba una tirilla purpúrea, cosa que denunciaba

que era persona muy principal en Roma. Con él venía el escriba Saúl. Joamín conocía mucho a Saúl, pero no comprendió por qué ahora Saúl se mostraba tan grave y circunspecto.

¡Maldito denario de plata! Porque Joamín olía que el extranjero y el escriba venían a espaldas de Benasur, pisándole la sombra.

Miriam permaneció pálida en el quicio de la puerta. Benasur ya no la miraba calándola en las carnes, apretujándoselas con aquella mirada tan desmedida como concupiscente. Benasur se llevaba el vaso a los labios y con mucha pulcritud daba un sorbo. Después, pasaba la lengua por los labios como relamiéndose de gusto.

El escriba, con un tono impersonal, en el ejercicio de sus frías, despiadadas funciones, preguntó con toda la solemnidad que aconseja la Ley:

—¿Eres tú Joamín, hijo de Joamín, hijo de Jonás?

—Yo soy, escriba. Y tú lo sabes.

—Declarada tu persona, te apercibo que el honorable Mileto de Corinto, poseedor de créditos tuyos por valor de once millones de sestercios traspasados en legal operación por Sabás de Jericó, pide su pago en el plazo mínimo de la Ley: veinticuatro horas. Y que si no tienes dinero para pagar la deuda ni tus bienes la cubren, se proceda contra tu persona y la persona de tu hija a fin de que pueda resarcirse de los daños que tu incumplimiento le producen. Y que todo cuanto ambos poseéis encima, ropas superfluas y alhajas y adornos de otro orden, sean vendidos y vendidas también vuestras personas en las condiciones que determine el propio acreedor, parte lesionada de esta demanda...

Al escriba se le sofocó la voz. Joamín había ido bajando poco a poco los hombros, hasta quedar curvado del cuerpo. Su hija rompió en terribles sollozos. Mileto estaba pálido. Sólo Benasur sonreía.

El escriba, haciendo un esfuerzo para sobreponerse, continuó con la fórmula:

—¿Es cierto, honorable Mileto de Corinto, que, como acreedor de Joamín, hijo de Joamín, así lo demandas?

—Es cierto... —afirmó el griego.

Sólo se escucharon los sollozos ahogados, convulsivos, de Miriam. Tras un silencio ominoso, el escriba, tomando aliento, fue capaz de

concluir:

—Por todo lo cual, Joamín, hijo de Joamín, te apercibo por una sola vez para que mañana al anochecer, antes de comenzar el nuevo día, pagues la deuda o respondas con tus bienes y tu persona y la persona de tu hija y las personas de los sirvientes que sean de tu propiedad, al honorable Mileto de Corinto.

También Joamín rompió en sollozos. Y bruscamente se echó a los pies de Mileto y comenzó a lanzar alaridos como fiera herida, pidiendo indulgencia, suplicando un plazo más largo para pagar, asegurándole con juramentos que él le restituiría todo el dinero, hasta el último cobre, siempre y cuando le dejara un tiempo para moverse, para recuperar el dinero que a él le debían. Joamín le daba cifras, datos de sus negocios. Casi todos eran negocios de usura. Pero negocios seguros, sólidos.

Mileto, concluida la primera parte de tan amarga, cruel misión, no pudo hacer otra cosa que mover negativamente la cabeza a los ruegos, súplicas y promesas de Joamín y abandonar la casa. Le siguió el escriba, que dejó un escrito sellado sobre la mesa. Y sólo se quedó Benasur.

—Siento decirte, Joamín, que vas a necesitar el denario de plata... que tan pródigamente suscribiste... Bien, aún queda una esperanza... un recurso. Si te toca la cabeza del Nazareno en este negocio, quizá el griego sea tan caprichoso que acceda a tomarte la cabeza de ese pobre hombre... por la deuda. ¿No lo crees?

Joamín se irguió del suelo en que había permanecido como una bestia, llorando y suplicando. Alzó la cabeza para mirar con ojos lastimeros a Benasur, pero el navarca sonreía con un desprecio feroz. Y para que el banquero lo observase, volvió a mirar a Miriam con la misma intención sucia de antes.

Joamín se enjugó las lágrimas con la vuelta de su raída túnica. Miró a Benasur y miró a su hija, que continuaba pegada al quicio de la puerta sollozando con una congoja que le removía las entrañas. Pero Joamín no olvidaba que se hallaba con un negociante, con un mercader como él. Comprendió que todo estaba perdido y que en cualquier especulación ya no tendría que temer nada. Y quedaba la esperanza de una solución.

—Dime, Benasur..., ¿acaso las primicias?

Benasur, para que no lo descubriese el desprecio que salía a sus labios, apretó la boca... Joamín creyó comprender. Y adelantándose hacia su hija, le dijo:

—Ven, hija mía, tengo que hablarte... Quizá el magnífico Benasur pueda salvarnos de esta situación. Ven, por favor.

—¿Por qué has de llevártela, Joamín? Miriam es mayor y no se sonrojará por escuchar a su padre... Dile ante mí lo que tengas que decirle.

Joamín estaba tan aturdido que no se atrevió a contradecir a Benasur. Y alentado por el sesgo que tomaba la situación, creyendo que el navarca deseaba a Miriam, repitió a su hija:

—Benasur puede salvarnos de la situación, Miriam...

—Sí —dijo Benasur—. Yo podría ayudarte. Rescatar tu libertad y darte una dote igual que la dispuesta por tu padre...

—¿Lo ves, Miriam?

Miriam miró a Benasur. El navarca le sonreía. Y no sintió vergüenza y desazón como antes. Benasur la miraba dulce, comprensivamente. Benasur prometía salvarla de la catástrofe... Las deudas de su padre no la afectarían a ella.

—Todo puede arreglarse, Miriam... —le dijo su padre, mimándola —. Además, es fácil engañar a un novio a quien el amor ciega... Sé amable con Benasur, Miriam... El sólo quiere que le des las primicias de tu virginidad... ¿Comprendes, Miriam?

Ahora la joven se irguió como si tuviera en carne viva su pudor. Y miró desafiante e interrogadora al navarca.

—¡No seas canalla, Joamín! —exclamó, indignado, Benasur—. Yo no quiero nada de tu hija. Yo sólo quiero que retires tu denario de plata. ¿Sabes lo que ha hecho tu padre, Miriam? Tu padre ha comprado por una moneda a un inocente, a un pobre hombre que tú has de conocer: al Nazareno. ¿Quién ha metido a tu padre en este negocio?

—No sé en qué negocios anda mi padre —repuso la joven—. Pero sé que son sucios negocios. Desde la muerte de mi madre he vivido encerrada en la casa como una esclava. Nunca he tenido ni un vestido nuevo ni un collar de plata. Nunca he bebido un vaso de vino

completo. No sé lo que es reír ni jugar ni salir con las otras muchachas del barrio. Nunca me ha llevado a Jericó. Y por si fuera poco, ahora me quiere casar con un curtidor que me triplica la edad. ¡No es cierto que me vaya a dar una dote! Él me ha vendido por cincuenta mil sestercios. Como ahora quiere venderme a ti... Y si yo he llorado, si lloro, es de rabia, viendo en qué ha concluido esta casa, viendo que los vestidos y las alhajas de mi madre se han perdido, y estos cimientos, y todo lo que teníamos... —Y encarándose con su padre, continuó—: Sí, padre mío. Porque tu único afán fue acumular dinero, dinero, dinero. ¡Cómo te reías hace unos meses envaneciéndote con el golpe que le habías dado a Benasur! Y Benasur aquí está ofreciéndome el rescate de una libertad que tú me has hipotecado, ofreciéndome una dote que tú has cobrado, negándose a gozar unas primicias que tú le ofreces... ¡Oh, padre mío!, ¿por qué me tuviste a mendrugos, a fruta pasada, a pescado de desecho? ¿Por qué me tuviste ocho años en miseria? ¿Dónde está el dinero que era de mi madre? ¿Dónde has metido el tuyo? ¿Adónde han ido a parar los sacrificios hechos con tanta lágrima y tanta necesidad, con tanta vergüenza mal disimulada y tanta escasez en todo? ¡Y te creías más rico, más fuerte que nunca!

Y tras una pausa en que Miriam volvió a enjugarse las lágrimas, dijo:

—Haced de mí lo que queráis. Que lo único que me quedaba, que era mi persona, la comprometiste en tus negocios. Me negaste el vestido y el adorno, me negaste la alegría de todas las mozas, me negaste el amor y ahora quieres vender mi vergüenza. No a Benasur, que no la quiere. Que se la lleve quien tú digas. Quizá te dé un cobre por ella. ¿Para qué me sirve la virtud si me dejas sin libertad? ¿No comprendes, padre mío, que hasta el nombre han de quitarme?

Benasur se levantó. Lloraban demasiado Miriam y su padre. Se consideró reparado.

Al salir de la casa de Joamín, Benasur se encontró frente a un rostro conocido. Era su amigo de la infancia Miqueas, ciego de nacimiento. Pero el hombre no hizo ningún gesto ante Benasur. Tenía vivos los ojos.

—¿No eres tú Miqueas?

—Ése es mi nombre, señor. ¿Por qué?

—¿No me conoces?

—No, señor... Hace poco que veo.

—¿No te acuerdas de mí?

—Quiero recordar tu voz, pero no caigo.

El hombre se turbaba de verse interrogado con tanto afecto por una persona de aspecto tan principal.

—Soy yo, Benasur...

—¿Benasur? ¡Mi amigo Benasur! —exclamó Miqueas alborozado—: ¡Veo que no has olvidado nuestro viejo barrio!

Miqueas se refería al del mercado de peces, cerca de donde se hallaban, y por el que habían correteado de niños. Miqueas era hijo de Isabel la costurera, y vivió, muro por medio, al lado de la casa de Benasur. Mientras el navarca hacía naves de juguete, el ciego construía flautas valiéndose de cañas.

—Pero, dime, ¿qué médico te curó, amigo? —le preguntó, curioso, Benasur.

—¡Oh, Benasur! El Señor, por mano de Jesús el Nazareno, trajo la luz a mis ojos... —Y luego, saboreando sus propias palabras—: Nunca te había imaginado así, Benasur. Eres bello y fino. Siempre me habías dado la impresión de ser muchacho rudo... ¿Te acuerdas del dulce de pasas que nos daba tu madre?

—Me acuerdo, Miqueas. Pero aún no salgo de mi asombro. ¿Dices que el Nazareno?

—El Nazareno. No lo dudes, Benasur. Yo sabía que obraba milagros, pues él tiene el espíritu del Señor. Y le dije: «Tú, Jesús, que eres el Mesías y que traes la luz a las almas, desvía una poca a mis ojos, siquiera para que te vea el rostro».

—Sí, ¿y qué?

—Entonces Jesús me dijo: «¿Tienes la fe en el corazón y tus ojos no ven? Miqueas, que la luz que llevas en el alma sea a tus ojos». Y diciendo esto tocó mis ojos y mis ojos se abrieron entre las tinieblas ¡y vi, Benasur! ¡Vi, vi, vi! Y ahora te veo a ti. ¿No es un milagro?

—¡Quién puede negarlo, Miqueas! —asintió Benasur.

—Gracias sean dadas al Señor por oírte hablar así. Pues has de saber que porque doy testimonio de que siempre he sido ciego y

que veo desde que el Nazareno me tocó, hay gentes que me amenazan y me dicen que yo no soy Miqueas, el hijo de Isabel la costurera, sino un farsante vendido a los discípulos de Jesús. Y anoche me llevaron al Sanedrín para que me pronunciase en contradicción y negara el milagro de Jesús...

—¿Y a ellos qué les va si el Nazareno hace milagros? Debieran regocijarse.

—Sí, debieran. Pero prefieren hacer escándalo de lo que es alborozo de los buenos corazones. Y ya me han dicho que si persisto en asegurar que yo debo la vista a los poderes del Mesías, no faltará quien me saque los ojos.

—Y tú, Miqueas, ¿qué respondes?

—Que me saquen los ojos, que ya fui ciego y sé mi costumbre, pero yo no negaré al Mesías; que me quiten la vida, que ya tuve la alegría de ver, pero yo no negaré al Hijo de David. Y si tú quisieras. Benasur, tú, que eres amigo de siempre...

—¿Qué, Miqueas?

—Que tú, que eres persona principal, a quien nadie se atrevería a desmentir, dieses testimonio de mí. Que dijeras en el Sanedrín lo que tú sabes y nadie te contó: que siempre me conociste ciego y que ahora reconoces en mí al Miqueas de tu infancia, de tu adolescencia.

—¡Claro que lo haré, Miqueas! Y encontraré mucho placer en ello. Lo que yo no podré atestiguar es que el Nazareno te ha curado, porque yo no estuve presente en el milagro. Pero sí diré que tú eres Miqueas, hijo de Isabel la costurera, que, ya de mozo, se fue a vivir a Emaús; que te conozco desde que éramos niños, que seguí tratándote las veces que yo fui a Emaús, y que siempre estuviste ciego.

—Eso es suficiente, Benasur. Pues testigos de que Jesús me tocó abundan en Jerusalén, pero las gentes que miran a perderle dicen que yo nunca fui ciego...

La chiquillería veía hablar a los dos hombres, más curiosa por Benasur, que llevaba la escolta de pretorianos, que por Miqueas, de quien tanto se hablaba en el barrio por su milagrosa recuperación de la vista.

—¿Y qué haces, Miqueas? —le preguntó Benasur.

—¡Qué quieres que haga! No sé ningún oficio. Antes vivía de cantar; ahora, como veo las caras de las gentes, me da vergüenza, y trabajo en lo que me ocupan. Apisono terrados, llevo bultos al mercado, voy a la fuente... Me gustaría ser jardinero... Después del cielo, no hay cosa más hermosa que las flores...

—Vete a verme pasada la Pascua a mi casa... Ya sabes dónde vivo, ¿verdad?

—Sí, en la calle de David, donde te visité hace cinco años.

—Sí, allí mismo. Es posible que Cireno pueda darte un salario por cuidar el jardín. ¿Cómo está tu madre?

—En el seno de Abraham, Benasur. Murió hace tres años. Se despidieron.

Benasur tenía la evidencia de los poderes que asistían al Nazareno. Pero que fuera Hijo de Dios era asunto que había que poner en cuarentena. Sin embargo, reconoció la bondad del Nazareno, la noble generosidad con que hacía el bien. Por Samaria andaba un mago, de nombre Simón, que solía hacer algunas curaciones, aunque ninguna de ellas tan importante como dar la vista a los ciegos, y por esas curaciones cobraba salario. A veces muy crecido.

Indudablemente, el Nazareno era un santo. Y resultaba necio negar que hubiera vuelto la vida a un difunto, puesto que podía dar la luz a los ciegos de nacimiento.

Capítulo 11

La hora de las negaciones

Metido en la noche, Benasur, desde la terraza, vio entrar en la calle una sombra femenina, seguida muy cerca por otras dos. Comprendió que era Salomé. Ésta, al llegar al zaguán, empujó la puerta y entró. Las dos mujeres se detuvieron enfrente y, cuando oyeron el ruido de los cerrojos, volvieron sobre sus pasos y se dirigieron hacia la salida de la calle.

Benasur entró en la alcoba. Ya Salomé, oculta bajo un tupido velo, esperaba al lado de la puerta.

—Que el Señor sea contigo —saludó él.

La joven no contestó. Sin mostrar las manos fue retirando poco a poco el velo y se quedó mirando a Benasur. Después dijo:

—Que Él te acompañe, Benasur.

El navarca se sintió torpe. No tenía experiencia. Nunca en su vida había recibido en cita de amor a una princesa. Además, todo le parecía artificioso, pues aunque los Herodes daban al pueblo ocasión para murmurar sobre sus aficiones romanizantes, lo cierto es que ellos gustaban más de las fórmulas orientales, ampulosas y recargadas, que de las sobrias, directas y prácticas de los romanos. Aquella actitud misteriosa, hierática en que permanecía Salomé, se le antojó ridícula. Máxime sabiendo que Salomé acudía a su casa para sonsacarle otros vestidos de seda y demás chucherías, y no para cumplir con ningún ceremonial cortesano. Ni las rameras de Pestum, que en tierras de occidente eran las que más presumían de difíciles y misteriosas, se habrían mostrado tan veladas y discretas.

Lo único que se le ocurrió decirle fue:

—Has de estar sofocada, Salomé...

Quizá no estuvo acertado. Benasur, para salir del paso, cogió una de las canastillas que contenían higos, pero antes de ofrecérsela a Salomé la volvió a dejar en la mesa. Pensó que no sería capaz de ver a Salomé con un higo en la mano sin romper a reír, pues recordaría al chipriota Kolessyos en la pantomima de la danza del higo verde. Prefirió la bandeja de pastelitos y se la acercó a la princesa.

—¿Ázimos? —preguntó Salomé haciendo mover con su hálito el velo pegado a la boca.

—Ázimos —afirmó Benasur, sin estar muy seguro de si los pastelillos habían sido hechos sin levadura o con ella.

Salomé se quitó el manto y el velo y se mostró con uno de los más hermosos vestidos chinos que le regalara Benasur. Pero tan cambiado que a éste le costó trabajo reconocerlo. Salomé lo había mandado arreglar a su gusto: de la línea recta, caída a plomo, no había dejado más que el ancho del vuelo en el bajo. Con un lazo se lo ciñó a la cintura apretadamente, y desde la corva de las piernas hasta el busto, la seda se pegaba materialmente al cuerpo. La parte faldera del vestido estaba cortada en una abertura angular cuyo vértice subía hacia el talle. Bajo el vestido, Salomé no llevaba túnica, sino una de aquellas aparatosas combinaciones de multiplicidad de velos de diferente color que, al recibir la luz, daban curiosos tornasolados.

Decididamente Benasur sentíase muy romanizado. Pues si bien un año antes una mujer ataviada al modo de Salomé le habría seducido, ahora descubría en la princesa el sentido bárbaro de lo suntuario, la nota del desierto, la nota de los nómadas. El gusto de la joven por la ornamentación recargada era el grito rebelde y rencoroso que venía a través de las generaciones, contra la desnudez y parca sobriedad del desierto. Y todo lo vaporoso y fluctuante de los lazos, añadidos, rizos y colgajos de los vestidos correspondía al movimiento de los nómadas y a la mutación constante de las dunas. Eran como seres angustiados por la sed, torturados por un ardor interior. Y sentían la necesidad de envolverse entre velos y tules, entre sedas, como ahora lo hacía Salomé, para creerse devorados por lenguas de fuego, por las arenas del desierto. Que muchas veces cuando el viento caliente se levanta encendido del suelo arrastra consigo las arenas y éstas giran vertiginosas y se mueven y corren ondulantes, con flexibilidades de talle, como si fueran figuras de mujer danzando.

—He venido a que me enseñes, hermano Benasur, esas maravillas que has traído de los países extranjeros —dijo Salomé.

Benasur, que encontró tontas las palabras de la princesa, creyó oportuno mostrarse espiritual, al modo como lo entendía Petronio, y repuso, sin hacer caso a la alusión bien concreta de la hija de Herodías:

—Hoy te encuentro con más psique que la otra noche.

—¿Qué es psique, Benasur?

Y Benasur, adoptando un aire mundano y cosmopolita, como si hubiera pasado toda su vida entre Roma y Alejandría le contestó:

—Psique es difícil de explicar... Es como la espuma, la elegancia y la gracia. Ser psique en Roma es, ¿cómo te diría?, más importante que ser inteligente o ser millonario o ser aristócrata... Una cortesana puede ser psique porque tiene un modo de decir las cosas muy... psique... Poco importa que un tribuno sea elocuente si no es psique... Es tener espíritu, pero un tanto atomizado, hecho espumilla... Tú me entiendes.

—Sí, te entiendo, Benasur; yo te parezco psique porque hoy me he vestido de seda...

Benasur asintió sonriendo, si bien comprendía que Salomé nunca sería psique. Cogió una copa que contenía vino blanco de Híspalis, licor de Chipre, hojas de ajenjo y polvos de caña de Chryse y acercándose a Salomé le dijo:

—Por ejemplo, en Roma es muy psique que un hombre y una mujer que se apropincuan en soledad...

—¿Qué es apropincuar?

—¿Tan pronto has olvidado el latín, Salomé? Apropincuarse es aproximarse. Los romanos muy psique emplean muchas palabras en sentido metafórico. Cuando un hombre y una mujer se abrazan, dicen que se apropincuan. Bien. Digo que cuando un romano y una romana se apropincuan en soledad, lo hacen con una copa en la mano. Y primero bebe ella, como tú ahora... y luego bebe él, como yo...

—¿Como tú qué?

—Me turbas. Salomé...

Benasur dejó la copa en la mesa. Mientras le daba la espalda, la oyó decir:

—También tú me perturbas con la impaciencia en que me tienes... Benasur, sé psique y muéstrame tus maravillas. —Y con maléfica intención—: Porque no quiero que hoy mis labios se despinten ni al beber ni al besar.

Salomé volvió la cabeza fingiendo un falso pudor. Las rameras del Foro lo hacían mejor. Pero Benasur no podía ser más exigente con

aquella joven que, si bien educada en la Ley, había vivido en la promiscuidad adiposa y desvergonzada de los Herodes.

—Quizá no sean tan seductoras como te dije y tú piensas... Benasur abrió una caja y sacó varios pomos. Uno de ellos contenía el cosmético para los labios. Salomé se quedó contemplándolo como si mirara en un pozo sin fondo. Las ternillas de su nariz se dilataron felinamente.

—Póntelo —le dijo el navarca mientras le daba una espatulilla de marfil.

La joven se aplicó el barniz y en seguida buscó con la vista donde mirarse.

—¿Y ese espejo maravilloso?

Benasur sacó de la caja el espejo azogado y se lo ofreció. Salomé, al verse en él, dio un grito salvaje. Corrió y fue hasta un rincón del salón y allí volvió a mirarse. Se miraba abriendo desmesuradamente los ojos, poniendo rígidos los músculos del rostro en una expresión de asombro. Y al fin, después de gesticular, rompió a reír.

—¡Es un hechizo, Benasur! ¡Y este espejo es mío, es mío! ¡¡Me lo prometiste la otra noche!! ¡Es mío!

Lo pedía con tal firmeza, con tal deseo de posesión, que Benasur negó con la cabeza. Sí, él le daría el espejo a Salomé, pero lo conveniente era negárselo.

Salomé se acercó a Benasur, y con una expresión de violencia le dijo:

—¿Me lo niegas, puerco judío?

—Te lo niego, zorra idumea.

—¡Es mío, es mío!

Y corrió otra vez con él, y utilizándolo terminó por ponerse el barniz en los labios...

—Y ahora, ¿ya puedo besar?

—Debes esperar a que seque...

—Le has robado la voluntad al tetrarca... Desde la otra noche no hace más que hablar de ti... ¿Qué le has dicho? Dice que eres un portento de inteligencia... Y a mí, Benasur, también me robas algo...

No; Benasur pensó que él no le robaba nada a nadie. Y menos en vísperas de Pascua. Por el contrario, era Salomé la que le robaba la

voluntad y con ella se habían ido diez vestidos de seda, se había ido el pomo con el barniz para los labios, el mismo espejo y se iría todo cuanto viese la princesa.

Todas esas cosas Benasur las había comprado en rigurosa selección para Raquel, hija de Elifás. Recordaba que, refiriéndose al espejo, el vidriero alejandrino le había dicho: «Es posible mejorar mucho el espejo. Hay que dar con la emulsión que adhiera bien el azogue al vidrio. Este azogue está tratado a la lámina caliente. Hay que intentarlo a la lámina fría. Y también al ácido. Y probar con todas las gomas que se conocen. Lo que no emulsione una resina lo puede emulsionar otra. Estamos seguros de que antes de tres meses habremos dado con una fórmula satisfactoria. Entre los procedimientos a seguir probaremos el de las lacas metálicas. Es una lástima que se haya olvidado esta técnica, pues todo hace suponer que los metales que intervenían en las lacas estaban tratados al ácido. Los ácidos al fuego dan sorprendentes resultados».

Y con esa muestra de la que ni los vidrieros alejandrinos ni él se hallaban satisfechos, Salomé creía tener un tesoro.

Benasur se acercó a Salomé decidido a probar suerte. Años antes, las dos veces que había estado en el palacio de Herodes, había visto a Salomé con indiferencia, con esa indiferencia condicionada y evasiva con que se ven las cosas que se saben inaccesibles. Gravitaban sobre él pesadamente las jerarquías establecidas y los respetos tradicionales. Esto lo había inhibido en una timidez que derivaba a la astuta cautela.

Ahora, con la impunidad que le daba el Lazo de Púrpura, se atrevió a ceñir el talle de Salomé. Salomé no opuso resistencia. Más aún: dejó caer los párpados y ofreció su boca. A Benasur le entraron unas ganas irreprimibles de comprobar si el famoso barniz era, como decían los fabricantes, fijo, permanente. No supo Benasur cuánto tiempo duró la comprobación. Pero desde luego estaba muy lejos de acordarse de que en el piso superior se hallaban Zintia y Raquel cuando sus manos nerviosas y crispadas rompieron el vestido de seda de Salomé. Sintió la raspadura de la seda con un susurro más frío y metálico que cuando el pontífice, escandalizado y violento,

rechazaba la contaminación de la blasfemia rasgándose las vestiduras... Pero Salomé se le fue de las manos. Salomé lo miraba como una fierecilla con el vestido caído, vuelto en la cintura, mostrando el busto breve bajo las transparencias del velo. Y Salomé, que a falta de música sentíase incitada por el celo de Benasur, que a falta de instrumentos tenía en sus manos un espejo que multiplicaba los rayos de luz, comenzó a moverse en ritmo de danza, y, en seguida, el tintineo de los yugos, el tintineo de las pulseras y brazaletes comenzaron a acompasarse con los reflejos del espejo.

A Benasur el cuerpo de Salomé se le hacía ahora más perturbador que cuando lo vio bailar desnudo, pues la seda, con sus menudos brillos, con sus reflejos ponía un más tenso latido en los movimientos de la princesa. Ponía más intención.

Evidentemente Salomé no era una mujer psique. Pero Benasur no podía negar que le parecía la más asombrosa danzarina que había visto. A su lado, las adoratrices de la isla de Lesbos constituían un espectáculo para indocumentados. Y las mismas cretenses, que sabían todos los secretos de la gracia del movimiento, de lo que el griego Mileto llamaba euritmia, no podían comparársele. Ni siquiera las turdetanas nubiles que había visto en la Danza de los Esponsales, pues si bien las de Gades eran flexibles como juncos, sus movimientos resultaban más secos, más rígidos que los de Salomé.

No, no había ninguna semejanza entre la princesa y las danzarinas que Benasur recordaba. Salomé había nacido para danzar y tal era su naturaleza que en ella se polarizaba con tremenda intención todo su instinto de mujer: la astucia y la coquetería, el abandono y la esquivez, la súplica y la exigencia. Tan lo sabía, que lo mismo para entregarse que para huir se ponía a danzar.

Y esta danza improvisada, sin música ni canción, esta danza surgida por la excitación del espejo y el deseo de su posesión se antojaría resultado de muy repetidos y cuidadosos ensayos. Y, sin embargo, era la misma improvisación la que daba a los pasos y movimientos de Salomé una gracia especial, un ritmo más ligero, si cabe menos profundo y dramático.

Al fin, la joven princesa cayó en lo de siempre: se quitó la estola que ceñía el busto y dejó los pechos desnudos. A Benasur no le

gustó. Benasur pensó que aquello no era psique. Los gaditanos eran tan refinados que les gustaba que algo velado mantuviese despierto el anhelo. Que algo escondido mantuviese inquieto la psiquis. Él se sentía gaditano. Pero Salomé había caído ahora como siempre al impulso de su sangre nómada, de su origen de descendiente de idumeos. Porque no era que descubriese los senos ni por la vanidad de su perfección ni por la lubricidad del gesto, sino porque en el desarrollo de la danza, en el sentido entrañable del baile, volvía a escuchar la voz atávica que gritaba en sus venas encendidas la desnudez del desierto.

Cuando Benasur comprendió que la danza iba a concluir, cuando vio que unas sombras violáceas se extendían por los músculos de las piernas y que éstas permanecían rígidas, se acercó a Salomé y la enlazó. Salomé, como sin vida, como sonámbula, se apoyó en Benasur y reclinó la cabeza sobre su hombro. El pecho palpitaba convulso. Benasur cogió el espejo de la mano de la princesa y lo dejó en la mesa.

Salomé pareció hallarse ausente. Pero su respirar profundo daba una incitante movilidad a sus labios. Benasur sintió un irrefrenable deseo...

No sabía en qué vigilia estaba. Pero presumía que había pasado la medianoche. Oyó que llamaban a la puerta. Se levantó.

—¿Quién es?

Neftalí le dijo quedamente:

—Señor, María de Magdala dice que quiere verte.

—Dile que estoy dormido.

Lejos cantó un gallo. Benasur sintió frío, como si el canto del gallo hubiera traído hasta el salón una ráfaga de aire húmedo. Le pareció que la noche se había hecho más hueca y más silenciosa. Hasta la respiración afanosa de Salomé pareció callar.

Después, como si la noche sólo esperase el canto del gallo, se llenó de ruidos, de golpes secos de azuela. Marco desbastaba los troncos de pino.

¡Condenado Marco!

Se acercó al cubículo.

—Salomé, Salomé, no es prudente que te sorprenda el alba.

Acompañó a Salomé hasta la puerta de palacio que daba a la calle del Pastor. En el paseo de Herodes el Grande dormían a la intemperie muchos peregrinos al calor de sus bestias. Hasta allí llegaba el ruido de los golpes de azuela que daba Marco. Los golpes tenaces repercutían en todas las calles y el eco se multiplicaba en el dédalo de callejones. A veces Benasur tuvo la aprensión de que venían del lado opuesto, de las ruinas de la ciudad de David. Subió por la cuesta de la calle de los Esponsales, dobló en la esquina del callejón de los Macabeos y salió a la calzada del Templo. Vio luz en la casa del pontífice Caifás. Torció a la izquierda para subir a la calle de la Amargura. Se sentía aturdido por el ruido de la azuela de Marco. Llegó a la puerta de su taller.

—¿Por qué no te acuestas? —le preguntó a Marco.

—¿Y tú quién eres? ¡Ah, Benasur! Todavía no es tu madero el que estoy cortando... Pero no desesperes, algún día lo haré. ¡Qué demonio! No me moriré sin la alegría de verte colgado. Y no te digo más, porque yo sé mis razones y callo...

—La que no calla es tu azuela. No me dejará dormir.

—Otra cosa y no mi azuela es la que no te deja dormir. ¿No me invitas a un trago de vino?

Benasur se fue a su casa.

Capítulo 12

El perjurio

Al día siguiente, Benasur recibió una invitación de Jos Hiram para almorzar en compañía de Ciro Daniel, Romi Askenazi y Sam Samuel —precisamente los socios que se oponían a sus planes— en casa de

Gamard, sanedrita del orden sacerdotal y de la secta de los saduceos.

Benasur acudió a la cita creyendo que la comida sería una renovación de oposiciones, si bien le extrañaba que el almuerzo se efectuase en casa de un levita. Pero en seguida se dio cuenta de que eran otros motivos los que habían provocado la reunión. Gamard estaba excitadísimo con el asunto del Nazareno, y Jos Hiram y Romi Askenazi le hacían coro escandalizados. La primera pregunta, plena de reproche, la hizo Jos Hiram a su primo:

—¿Por qué te has negado a suscribir el denario, Benasur?

—Sencillamente porque me ha parecido un servicio a la hipocresía, del Sanedrín —repuso el navarca casi con indiferencia.

—¿Es que tú estás en contra del Sanedrín? —replicó en tono recriminatorio Hiram.

—Yo no estoy en contra del Sanedrín ni a favor del Nazareno. Ya se lo dije al gestor Amos. Yo estoy conmigo mismo, Jos.

—¡No es honesta tu actitud, Benasur! —reprochó Hiram—. Es muy grave el asunto que se ventila para no tomar partido. Quien no está con el Sanedrín, está con el Nazareno. Quien está con el Nazareno, está contra la Ley. Quien está contra la Ley, está contra el Señor.

—¿No temes pecar de impertinente, hermano? —le dijo el navarca —. ¡En buena oportunidad me vienes a plantear cuestiones baladíes, Jos! Sabes que estoy preocupado con mis negocios, que son los tuyos. Sabes que trato de poner en marcha un plan gigante del que todos nos beneficiaremos, y vienes a hablarme del Nazareno. ¡Qué tengo yo que ver con el Nazareno!

—El Nazareno es problema del Sanedrín. Y tú eres Silla potestativa del Sanedrín.

—¿Acaso yo pedí esa silla? ¿No se me dio honorariamente por mi aportación para las obras del Templo? ¿Me senté alguna vez en la silla? ¡Dilo tú, Gamard!

Y Gamard repuso:

—No, nunca te has sentado en la silla, cosa que no poco dolor nos ha causado... Pero me asusta oírte decir que la cuestión del Nazareno es cuestión baladí. ¡Es muy grave, Benasur!

—Si tanto molesta el Nazareno, ¿por qué el Sanedrín no decreta su expulsión de la ciudad? —sugirió el navarca—. Convengo que Jesús alborota a la gente y que la desvía de la Ley... ¡Expulsadlo de Jerusalén y, si queréis, de Judea! Que vuelva a Galilea y allí se las entienda el rey Herodes con él.

—La conducta del Nazareno es más grave que todo eso. No sólo alborota a la gente y la desvía de la Ley, Benasur —replicó Gamard —. ¡Blasfema públicamente!

—No soy yo el llamado a juzgar su conducta. Si me guío por lo visto y oído, el Nazareno es un santo varón que serviría de ejemplo a muchos sanedritas. Y está asistido por poderes del Señor. ¿Cómo, si no, haría los milagros que hace?

—¡Farsas, puras farsas! —protestó Gamard—. No hay ningún testimonio de esos milagros digno de crédito. Lo que más ha conmovido a la gente es la resurrección de Lázaro. ¿Quién es Lázaro? Un aldeano de Betania... ¿Quién asegura que estaba muerto? Sus hijas, sus vecinos, el Nazareno y sus secuaces...

A lo que repuso Benasur:

—No, Gamard. Yo no atestiguo por la resurrección de Lázaro. Pero yo doy testimonio de que Miqueas el ciego, que ha recuperado la vista, es Miqueas. ¡Miqueas, hijo de Isabel la costurera! Miqueas, mi amigo de la infancia, a quien conocía de siempre ciego... Y el Sanedrín niega que Miqueas sea Miqueas...

—¡Benasur, cuida de las palabras! Serán algunos sanedritas, si no el Sanedrín, los que sabrán negar lo que tú afirmas... —amenazó Gamard.

—Olvida los milagros, Benasur —intervino Romi Askenazi—. ¿Acaso un mal espíritu no puede hacer milagros? Pero ¿por qué poner tanto interés en defender al Nazareno? Si, como dices, no te importa, ¿no te conviene mejor ponerte al lado de la opinión de la gente respetable?

—Yo siempre estoy al lado de la gente respetable, Askenazi; lo que no quiero es suscribir mi denario...

—¡Deja el denario en paz! No ha faltado vecino que haya prestado su contribución. Pero aquí no se trata de la materialidad del hecho, sino de la rebeldía que tu abstención supone... No creo... —continuó

Askenazi— que sea muy prudente en estos momentos herir el sentimiento de algunos de tus socios...

Benasur tenía malas pulgas para las imposiciones y amenazas, sobre todo cuando se le hacían de un modo tan taimado como lo estaba haciendo Askenazi, pero se dio cuenta de la importancia que tenía el asunto del Nazareno para Gamard y optó por callarse y no crear nuevas dificultades para la junta de los doce.

Comprendió el alcance de lo que pretendían ventilar sus socios. Se murmuraba que Gamard era el autor intelectual de la última revuelta, en la que había estado comprometido Barrabás. Probablemente Poncio Pilato lo sospechaba, pero carecía de pruebas. Por eso conservaba a Barrabás con vida esperando que el conspirador hablase tarde o temprano. Los amigos de Barrabás trataban de realizar una operación encaminada a «saldar cuentas» a costa del sacrificio del Nazareno. Nunca el Sanedrín se mostraba tan quisquilloso con los profetas y charlatanes. Nunca el Pontífice entendía de asuntos de esta especie, si antes no le habían informado y asesorado los sanedritas del Orden Sacerdotal.

Benasur pidió:

—Declaraos de una buena vez. Y decidme qué queréis de mí.

—Queremos de ti, Benasur, que vuelvas a tu casa y que no salgas de ella mientras no se resuelva el asunto del Nazareno...

—¿Tan peligroso soy yo en la calle, Gamard?

—Tú no, pero sí los que te rodean. Acabas de decirnos que das testimonio de Miqueas. Sabemos que María de Magdala, que sigue al Nazareno, es amiga de tu concubina Raquel. Sabemos más...

—¡Basta! —cortó Benasur—. Teméis que yo haga una gestión favorable al Nazareno. Tranquilizaos. Sabed que yo no moveré un dedo a favor de Jesús. Os lo digo por la misma razón que no lo he movido en contra. Si es todo lo que queréis de mí, dadlo por conseguido.

—No olvides que el Nazareno y sus discípulos son muy enredadores. Cuídate y no te dejes sorprender.

Benasur no quedó muy tranquilo. Gamard los abandonó cuando pasaron al triclinio. El navarca pensó que había calmado con facilidad la irritación de sus socios. Y durante el almuerzo, que

transcurrió en un ambiente de cordialidad, si bien no se volvió a tocar el asunto del Nazareno, se habló de Barrabás. Según Jos Hiram, Barrabás era un gran hombre cuya prisión constituía una humillación para Palestina. Dijo que Poncio Pilato lo sometía a frecuentes torturas y que así había logrado establecer una lista de encartados en el último movimiento de sedición. Que Poncio, que ahora estaba en buena armonía con Herodes, pretendía engordar la lista con miembros del Sanedrín, a fin de inventar la prueba de una supuesta rebeldía, y denunciar al césar Tiberio falsas actividades subversivas del Sanedrín. Pues Roma desde hacía tiempo buscaba pretexto para declarar abolida la religión de Israel e implantar la idolatría gentílica.

Benasur no se sorprendió al oír decir a Romi Askenazi:

—Todo esfuerzo que hagamos las personas influyentes de Palestina cerca del procurador para poner en libertad al hermano Barrabás, será cosa grata al Señor.

Y Jos Hiram, después de tomar un sorbo de vino, dijo:

—Tú, Benasur, que tanta influencia tienes en Roma, podrías hacer una gestión eficaz a su favor.

—Quizá —dijo evasivo.

Le extrañaba que su primo desde tanto tiempo radicado en Tiro, estuviese tan interesado en las cosas de Jerusalén, tan interiorizado en las intimidades de los asuntos del Sanedrín. Era ya sospechoso el contacto que Hiram había establecido con el saduceo Gamard.

Indudablemente Benasur podía hacer una gestión cerca de Poncio a favor de Barrabás. Era hombre que le había sido poco simpático cuando lo conoció en casa de Celso Salomón. Salomón, hablándole en Roma sobre la persecución que sufría Barrabás, le había dicho que, entre los amigos que el rebelde tenía en Jerusalén, figuraba Gamard.

Su primo le dijo:

—Si tú vieras hoy o mañana a Poncio, quizá le convencieses de que pusiera a Barrabás en libertad. Se acerca la Pascua y es tradición dar libertad a un preso. ¿Por qué no lo intentas, Benasur?

—Si tanto os interesa...

—Nos interesa tanto que Ciro Daniel suscribiría de buena gana su parte, si mañana, al iniciarse la junta, nos dieras la noticia de que habías obtenido de Poncio la promesa de liberar a Barrabás... —anticipó Romi Askenazi.

—¡Qué extraño! ¿Por qué mezcláis un asunto que no nos incumbe con nuestros negocios?

—Es que a Ciro Daniel le interesa mucho que Barrabás quede libre. ¿No es cierto?

Ciro Daniel no había hablado nada, fuera de algunos monosílabos durante la comida. Y ahora, al verse aludido, repuso:

—Cierto, me interesa mucho. A todos nos interesa, incluso a mi cuñado Gamard.

Así se enteró Benasur de que Ciro Daniel, naviero de Rodas, era cuñado de Gamard. Ahora comprendía el porqué de los contactos de Hiram y Gamard. Pues su primo Hiram era socio, en negocios de Banca, de Ciro Daniel, igual que lo era de Aristo Abramos. Benasur sonrió y preguntó a Sam Samuel:

—Y tú, Sam Samuel, ¿por qué no dices tus argumentos? Quizá haya algo que yo pueda hacer y que te decida a suscribir tu parte de capital...

—insinuó Benasur con ironía.

—Yo —repuso Sam Samuel, de Philoteras— no tengo ningún interés en lo de Barrabás, fuera de que mis hermanos queden complacidos. Pero tengo suficientes motivos para desear que todo el rigor de la ley caiga contra los blasfemos. He hablado estos días con las personas más prudentes de Jerusalén. Y todas ellas están escandalizadas con el Nazareno. Y el que tú, Benasur, veas a ese impostor con tanta indulgencia, créeme que me causa una honda pena. Si nosotros no apoyamos a los que deben cuidar con el máximo celo de la integridad de las Escrituras, ¿qué esperamos que hagan los ignorantes, qué los extranjeros, qué los propios romanos, que tanta inquina tienen a nuestra Religión? Perdóname que haya vuelto a sacar a plática asunto que estimo de gran importancia y extrema gravedad para Israel.

Sam Samuel hablaba con sinceridad. Quizá de todos era el que se sentía más santamente indignado, sin ningún interés bastardo

oculto, movido en su indignación por algo que le hería muy en lo vivo en sus sentimientos de fariseo.

—¿Por qué no continúas, Sam? Hasta ahora no había oído hablar a nadie con el espíritu que tú lo haces. Y quizás hablando logres sacarme de la apatía que despierta en mí el negocio del Nazareno... —dijo Benasur.

—Poco hay que hablar, Benasur —respondió el otro—. Las cosas están declaradas. Sólo hay una Ley que todos nosotros acatamos ciegamente, pues así fue jurado en alianza con Yavé. El Nazareno será un buen hombre o un malvado. No lo sé ni me importa. Si es un buen hombre, está equivocado, Benasur. Y no ha habido posibilidad de hacerlo entrar en razón. ¿Es que por mostrarnos indulgentes con un obcecado vamos a dejar que se haga escarnio de las Escrituras? ¿Es que vamos a dejar desasistida nuestra Religión? El Sanedrín con el Pontífice a la cabeza es el organismo encargado de defender la Ley. ¿Por qué negarle al Sanedrín nuestro apoyo cuando más lo necesita? Esta mañana hablé largamente con el venerable Anas. Si todos los judíos habláramos a menudo con Anas, estaríamos mejor iluminados, y en casos parecidos a éste del Nazareno no tendríamos dudas ni vacilaciones. Pues sucede que en el Sanedrín hay hombres como Nicodemos, como Gamaliel, como Sabás; hombres todos muy versados en la Ley (no lo dudo), pero muy seducidos por la filosofía helena, por el mismo Platón... ¿Qué pueden enseñarnos a nosotros los griegos que no nos haya enseñado Yavé, por boca de Moisés y de nuestros profetas y legisladores? Y estos helenizantes lo que ganan en amplitud de información y criterio lo pierden en obediencia a las Escrituras. Y hombres de débil formación espiritual como José de Arimatea, como Benjamín de Joppe, como Mohakalí de Kades los tenemos hoy francamente indulgentes con el Nazareno, o tibios y desabridos... Hassam, por quién sabe qué milagrería del Nazareno, es de los bobalicones que anda detrás de él lodo el día... Y si la gente del pueblo ve a los Arimatea, a los Hassam, a los Mohakalí tras el Nazareno, ¿qué recelo va a sentir ella en hacer lo propio?

Y tras mirar a todos, resumió:

—Estamos empeñados desde hace años en hacer la guerra al mundo gentil, en acabar con el yugo romano. Tú, Benasur, eres uno de los más entusiastas en esta tarea, pero llegas a Jerusalén, te encuentras con el Nazareno y te encoges de hombros. «No es negocio mío sino del Sanedrín», dices. ¿Cómo es posible, Benasur, que te desentiendas de tal modo de cosa tan grave? Porque yo te digo, Benasur: «Sí, es negocio tuyo, e importantísimo». ¿De qué nos servirían tus armas, esas armas que dices has empezado a fabricar en Bética? ¿De qué ese ejército que exige cincuenta millones de oro, si ese ejército no tiene espíritu, una causa por la que combatir? ¿Y qué sentido tendría la guerra si no es para imponer al mundo nuestra Religión, nuestra Ley, que es la perfecta, como cabe de Escritura revelada por el mismo Yavé, nuestro Señor? ¡Contéstame, Benasur! Y es tal espíritu —el espíritu de la Ley del Señor— que deberá ser llevado al mundo en la punta de nuestras lanzas, el que el Nazareno pone en predicamento, el que el Nazareno quiere tergiversar, violar y corromper. ¿Te das cuenta, Benasur?

—Hermano Samuel, has hablado con claridad y elocuencia. Y yo soy de los tuyos. Pero reconoce, Sam, que las fórmulas de Amos no son las tuyas.

Por la tarde Benasur se enteró de algo que volvió a hacerle dudar de la buena fe del Sanedrín. Jacob, su bibliotecario, les informó a él, a Mileto y a las dos mujeres de lo que ocurría en Jerusalén:

—Parece ser que Gamard ha movilizado a todos sus siervos, a todos los arrendatarios de las aldeas próximas a la ciudad. Y han venido en oleadas campesinos de Betania, de Gibeón, de Mizpa, de Betfage, de todos los rumbos. Los han aleccionado para que protesten y griten contra el Nazareno, pues es cosa sabida que hoy lo apresarán y será llevado a juicio ante el Sanedrín...

—¿Y lo saben las gentes del Nazareno?

—Sí, Benasur...

—¿Y por qué no huyen?

—No lo sé.

Y Raquel dijo:

—No huyen, Benasur, porque no está en el ánimo de Jesús el huir. No sé cómo explicártelo. Esta mañana estuvo aquí María de Magdala

a pedirme que tú intercedieras por el Nazareno... Sin embargo, no insistió mucho. Parece ser que Jesús sabe lo que van hacer con él... Los Zebedeos —Juan y Yago— han buscado a Miqueas para presentarlo como testimonio... Creen que Miqueas, Lázaro y otros curados milagrosamente por Jesús y que están en Jerusalén, harán cambiar de parecer al Sanedrín...

—No lo creo —repuso Jacob—. Aparte de que Jerusalén está lleno de campesinos pagados por Gamard, Amos anda apuntando en una lista a todas las personas que son favorables al Nazareno, para extorsionarlas si llega el caso...

—Bien —dijo Mileto—, pero ¿qué autoridad debe entender en el asunto del Nazareno? ¿El Sanedrín o Poncio?

—El procurador —informó Benasur— nada tiene que ver en los delitos contra las Escrituras. Éstos son de la exclusiva incumbencia del Sanedrín.

—¿Y por qué no dictan de una vez su arresto?

—¿De qué serviría arrestarlo y tener que soltarle después? Los sanedritas buscan pruebas para acusar a Jesús. Han logrado que el pueblo lo denuncie, ahora intentarán perderlo —repuso Benasur—. Si el Sanedrín dictara la máxima sentencia (cosa absurda), tendría que llevarlo a Poncio, para que él confirmase la sentencia. Pero Poncio Pilato tiene facultad para hacer juicio a Jesús y dejarlo en libertad si le considera inocente... Le mandaría dar unos azotes de ordenanza por motivar un desorden público, a lo sumo. Pero el procurador nunca condenará a muerte a un hombre acusado de burlar la Ley judía. Tendría que probársele un delito político.

—Pero ¿es que el Sanedrín quiere la muerte de Jesús? —preguntó Mileto.

—¡Vete tú a saber! El lío es muy gordo. Hay hombres de buena fe, como Anas, y algunos sanedritas que se indignan e irritan porque ven en el Nazareno un blasfemo; pero hay otros, como Gamard, que pretenden crear un ambiente de confusión para hacer olvidar yerros anteriores, y tomar a Jesús como víctima expiatoria. Y no faltan los que tengan inquina al Nazareno por ambas causas El hecho de que Gamard haya movilizado a gentes suyas significa que pretende hacer

presión en el procurador y neutralizar cualquier acción que pretendiesen hacer los seguidores de Jesús a favor de éste...

En eso vino Amur a decirle que unos señores deseaban hablarle y que con ellos traían a Miqueas.

Benasur salió al atrio. Allí se encontró con Gamard, Jos Hiram, Ciro Daniel y Sam Samuel. De los cinco de la reunión de horas antes, sólo faltaba Askenazi. Miqueas los acompañaba.

Fue Sam Samuel el primero en hablar:

—Perdónanos que vengamos a molestarte, Benasur, sin haberte avisado previamente. Pero a cada momento se ponen las cosas más graves. Y queremos que, de acuerdo con lo que hemos hablado, te pronuncies en verdad. En nombre de Yavé, nuestro Señor, te pregunto: ¿Conoces a este hombre?

—Sí, lo conozco; todo el mundo dice que es Miqueas, el ciego curado por el Nazareno.

—¿Lo veis, lo veis? —exclamó Miqueas excitadísimo—. Benasur dará testimonio por mí.

—Bien, Benasur —dijo Jos Hiram—. Este hombre dice que siempre ha sido ciego y que tú lo sabes. ¿Es cierto?

—¡No! —negó rotundamente el navarca.

—¡Benasur! —gritó perplejo, desconcertado, Miqueas—. ¿No me dijiste que testimoniarías? ¿No soy tu amigo desde la infancia y no me has conocido siempre ciego?

—¡Mientes! Yo te conozco porque la gente te dice Miqueas. Pero yo no sé si tú has sido ciego toda la vida.

—Un momento, Benasur —interrumpió Sam Samuel—. Haz pasar a esos hombres que aguardan. Que ellos escuchen tus palabras.

Y al atrio pasaron ocho hombres, entre los cuales Benasur reconoció a Yago.

—¡Ved cómo se viene abajo vuestra superchería y la superchería de vuestro Nazareno! Aquí tenéis a Benasur el Magnífico, Navarca de treinta flotas, Lazo de Púrpura y Silla Potestativa del Sanedrín... —dijo gravemente Sam Samuel—. Nadie dudará de que sus palabras no dicen verdad. Pedidle su testimonio...

Y Yago se adelantó:

—Benasur, supongo que me recuerdas del mercado de peces...

—Sí, te recuerdo, Yago...

—Yo me acuerdo aún de tus padres. Por la santa memoria de tus progenitores, pido tu testimonio. ¿Verdad que Miqueas es tu amigo?

—¡Mentira!

—¿Verdad que siempre lo conociste ciego? —insistió Yago.

—¡Mentira!

—¿Verdad que lo has reconocido el otro mediodía ante la casa de Joamín?

—¡Mentira!

Miqueas se tapaba los ojos con las manos. Por primera vez en tan poco tiempo se arrepentía de ver, de que sus ojos tuvieran luz, de que sus ojos estuviesen vivos. Yago se doblegó de hombros. Todos los que le acompañaban hicieron un gesto de desolación. Yago aún miró fijamente al navarca para decirle:

—Perdón, Benasur. Yo no niego tus negaciones. ¡Eres tan poderoso...! Pero todavía hay poderes superiores a los tuyos. Ven, Miqueas, que estás equivocado...

—¡No, no, no estoy equivocado! ¡Eres perjuro, Benasur! ¡Has faltado a la verdad invocada ante la memoria de tus padres! ¡Y te maldigo, y pido que toda la luz me ha sido dada por la gracia del Mesías te sea quitada de tus ojos!

Benasur dio la espalda:

—¡Amur, llama a José y que con el látigo azote a ese insolente!

Ante la amenaza, Miqueas, Yago y los acompañantes salieron corriendo del atrio. Benasur se quedó solo con los suyos. Y dirigiéndose a ellos, preguntó:

—¿Estáis contentos? —Y a Sam Samuel—: Todo sea por la integridad de las Escrituras, Sam. Todo sea en defensa del Espíritu del Señor...

Y tras una pausa, agregó con voz temblorosa:

—Pero ese hombre ha dicho la verdad. Es Miqueas, hijo de Isabel. Toda la vida fuimos amigos. Y toda la vida lo conocí ciego... Ahora id a proclamar el testimonio de Benasur...

Jos Hiram le dijo:

—Hemos pensado Ciro Daniel y yo en la conveniencia de suscribir el capital, Benasur. Y estamos animados a hacerlo en los términos

que tú sugieres...

—¿Aún confías en mí después del perjurio?

Benasur lo dijo despreciándolos y despreciándose. Después llamó a Neftalí, el maestresala, para que sirviera un vaso de vino a sus amigos.

En el resto del día no habló más ni permitió que nadie hablase en la casa del tema que conmocionaba a Jerusalén. El Nazareno suscitaba en la calle, en los mesones, en las casas, vivas discusiones, apasionados juicios. Los atrios del Templo hormigueaban de curiosos en busca de noticias. Tanto interesaba su suerte, que el hecho de saber que al día siguiente ajusticiarían a dos bandoleros, asaltantes de caravanas, no despertaba la menor ansiedad. Sólo al retirarse con Zintia, pasó a la biblioteca, donde Raquel y Mileto habían dispuesto la mesa para la junta de los doce, que se celebraría a la mañana siguiente. Después de echar un vistazo a todo y encontrarlo en orden, dijo:

—Tengo ganas ya de que el Sanedrín acabe con el problema del Nazareno. Me está perturbando bastante.

Y Raquel le dijo tímidamente:

—El Nazareno ya ha sido entregado. Acaban de llevarlo al Sanedrín. ¡Haz algo por él, Benasur!

—He prometido no mover ni un dedo. Ni en contra ni a favor.

No dijo más y salió de la biblioteca.

Capítulo 13

La junta de los doce

La mesa había sido preparada bajo la vigilancia de Raquel. Era amplia, de grandes dimensiones y a su alrededor se hallaban sentados los semitas más poderosos del mundo. En medio, Benasur; enfrente, Mileto. En el puesto de cada uno de los socios, hojas de papel, la caña y la tinta. Además un platillo con un denario de plata —el salario— y otro con su entretenimiento. El platillo de Sarkamón contenía pastas de avellana con jalea de dátil; el de Siró Josef, pastel de hojaldre e higo seco, y vino dulce de Engadí; el de Salomón, almendras tostadas y vino Falerno; el de Abramos, trocitos de carne seca de pato, queso de Belén y vino fuerte del país; el de Isaac Gálatus, pastel de higo seco, y vino de Engadí; el de Mikael de Damasco, obleas de pan de trigo untadas de miel, y leche ácida; el de Alan Kashemir, pastel de hojaldre e higo seco, y vino dulce de Naxos; el de Sam Samuel, queso de Belén y vino del país; el de Teseo Moabim, jalea de dátil y obleas de pan; el de Ciro Daniel, pescado seco, queso de Belén y vino Falerno; el de Romi Askenazi, té de opio y licor de Chipre; el de Benasur, pan y leche de cabra; el de Mileto, jalea de dátil, pan y vino dulce de Naxos.

Mileto había hecho ya una exposición de motivos, así como dado a conocer las líneas generales del programa que se debía financiar. Algunos de los socios pidieron datos aclaratorios. A todo contestó Mileto o el propio Benasur.

Celso Salomón fue el primero que opuso una objeción al programa:

—Necesitamos hablar claramente. Benasur nos pide una aportación de cincuenta millones oro para desarrollar un plan gigante de industria minera y metalúrgica. Pero todos sabemos que lo que se va a fabricar son armas; armas destinadas a equipar un ejército que hará la guerra a Roma. Debemos pensar en lo peligroso de esta inversión. No sólo corremos el riesgo de quedarnos sin el dinero aportado, sino de vernos desposeídos de todos nuestros bienes y negocios, de vernos perseguidos y enjuiciados por el delito de atentar contra el Imperio. Por tanto, exijo que la nueva sociedad se establezca al margen de la Compañía Naviera del Mar Interior, y que en ella aparezcamos exentos de toda responsabilidad que pueda derivarse de las actividades industriales que emprenda Benasur...

—¡Protesto! —se alzó Sam Samuel—. No creo justo eximirnos de una responsabilidad en una empresa a la que todos nosotros hemos aportado no sólo nuestras ideas, sino también nuestro rencor. Hace dos años nos reunimos a petición de Benasur para ver las posibilidades de crear una confederación de pueblos semitas. Hace dos años convinimos que esa confederación sería inútil si antes no lográbamos hacer factibles las posibilidades de creación de un ejército. Hoy, según el informe de Benasur, las condiciones para ello son propicias. ¿Por qué ahora dar un paso atrás?

Isaac Gálatus apoyó a Salomón:

—No se trata de dar un paso atrás, sino de darlo adelante, pero con cautela. Si prevemos que nuestro proyecto bélico puede ser descubierto antes de tiempo, ¿por qué involucrar nuestros bienes y nuestras vidas en su fracaso?

Benasur repuso:

—¿Acaso pretendéis hacer la guerra a Roma sin ningún riesgo?

Todos callaron. Sam Samuel hizo ademán de hablar, pero lo pensó mejor y se abstuvo. Benasur miró uno a uno a sus doce socios. Por la expresión de sus rostros comprendió que en todos ellos había prendido la reserva de Celso Salomón.

Las cosas habían cambiado. En realidad, desde hacía tiempo todos ellos se habían manifestado como enemigos irreconciliables de Roma. En la junta de hacía dos años, celebrada en Siracusa, no opusieron mayores reparos al programa, puesto que la realización de éste se suponía muy remota. Pero ahora que el plan podía ponerse en marcha, ahora que Benasur había salvado los mayores obstáculos, se acobardaban.

—Bien —dijo, convencido de que nadie le apoyaría—. ¿Qué solución proponéis?

Y Celso Salomón, quizás el más comprometido con Roma, propuso:

—Yo no tengo inconveniente en aportar la parte que me corresponde a una sociedad cuyos fines sean la explotación minera, la fabricación de artículos metálicos y la construcción de naves... Como todo esto será, en definitiva, producción de guerra, estipularemos que «la fabricación de artículos varios queda bajo el

criterio y la responsabilidad de Benasur», en quien los doce «depositamos nuestra confianza sin solidarizarnos ni responsabilizarnos con él».

—¡Protesto! —opuso Jos Hiram.

La discusión se generalizó. Jos Hiram protestó contra la opinión de Celso Salomón no porque estuviera contra el deseo de eludir toda responsabilidad ante el negocio de la guerra, sino porque no quería que Benasur adquiriese un nuevo y desmesurado poder, dejándolo en libertad para disponer a su entero arbitrio de cuantioso capital.

Tardaron mucho en ponerse de acuerdo. Cada uno de ellos expuso su criterio, pero salvando astutamente sus intereses y su seguridad. Hasta que al fin, después de una larga hora de cambio de sugestiones, acordaron que no se formara la compañía, sino que aportarían los cincuenta millones como préstamo a Benasur. Que esos cincuenta millones redituarían un interés del medio por ciento. Y que la devolución de los préstamos se haría a los doce años, siendo potestativo para los prestamistas retirar en ese plazo el dinero o una participación proporcional en la totalidad de los negocios de Benasur. Como garantía prendaria quedaban todos los bienes muebles e inmuebles de Benasur, así como los bienes de derecho: concesiones, contratos, permisos de explotación, etc.

A Benasur no le agradó la idea. Sintió que el negocio de la guerra caía sobre sus hombros. Y que nadie le seguía en la aventura. Sin embargo, no pudo menos de reconocer que sus socios estaban tan seguros de la victoria que le concedían el dinero. Si bien con toda clase de garantías y asegurándose la tajada de los beneficios para el final. Tal corrió se proponía el convenio del préstamo, de triunfar Benasur con su guerra, el mundo sería repartido en lo industrial y comercial entre él y sus doce socios.

No faltaron individuos como Siró Josef, como Samuel y el mismo Aristo Abramos, que quisieron participar de los riesgos de la aventura, quizá para asegurarse una parte de los laureles de la gloria; pero la solución era indivisa, y tuvieron que ceder a la fórmula aceptada por la mayoría y el propio Benasur.

Mileto redactó el contrato de préstamo: «En principio, Jos Hiram, de Tiro; Alan Kashemir, de Antioquía; etc., etc., convienen en

estudiar una petición de préstamo de cincuenta millones de denarios oro hecha por Benasur de Judea, que se aportará en cinco anualidades, una semana antes de la Pascua de cada año, a partir de la presente...».

Pero esto no fue sino la fórmula. Después se discutieron una a una la cuantía de las aportaciones. Para mover las voluntades. Benasur tuvo que echar mano de los más diversos argumentos, pues cada uno de los doce quería tener una mediana seguridad del éxito de Benasur. Éste mostró las armas azogadas, los espejos, las escorias. Dio una noticia pormenorizada de la guerra en el desierto. Mostró los zafiros de Faleza...

El primero en suscribir el título de préstamo fue Celso Salomón, Después siguieron Sarkamón, Aristo Abramos y otros. Se abstuvieron Jos Hiram y los componentes de su grupo: Romi Askenazi, Sam Samuel y Ciro Daniel. Y Alan Kashemir, que, a pesar de su edad, se mantenía con los ojos muy abiertos y a la expectativa, preguntó:

—¿Estás seguro, Benasur, de que los beneficios que dejarán los otros negocios serán lo suficientemente crecidos para que no echemos de menos la cuantiosa inversión que ahora nos pides? —preguntó el viejo.

—Seguro, Alan. No olvides que Bética producirá, conjuntamente con las armas, productos de fácil salida en el mercado —contestó el navarca.

Alan Kashemir se encogió de hombros. Luego dijo:

—De joven yo invertí dinero en el bandolerismo. Los bandidos son gente que, por considerarse picara, resulta fácil de engañar... Ellos se encargaban de desvalijar las caravanas que me hacían la competencia. Todo era ganancia. Pero ¿pasará igual con la guerra? Supongo que la guerra es un bandolerismo en gran escala; mas ¿seremos capaces de dominarlo, de tenerlo siempre bien sujeto en nuestras manos? ¿No surgirá un bandolero más listo que nosotros que se lleve el botín? Porque a mí, a mi edad, ¡qué me importan los ideales! Para lo que uno va a vivir, ¡a disfrutar del dinerito! Es lo que yo opino. Y si la guerra deja beneficios, pues un negocio como otro cualquiera... ¡Ideales! Yo soy viejo, y ya no tengo arrestos para apreciar si esto que llamáis el yugo de Roma me va o me viene.

¡Qué sé yo! Nací sin el yugo y moriré con él... Lo único que me gustaría es que, de salir victoriosos, como espero, nosotros no pagáramos tributos... ¿Sabéis cuánto les pago a esos condenados publícanos de Roma? Seis millones de sestercios al año... No es poco. Apenas si el harem me consume el millón. Y esos malditos publícanos se llevan seis millones...

Y en vista del poco efecto que hicieron sus argumentos, concluyó:

—Bien, caballeros. Las cosas ya han sido declaradas con todo detalle. Y no vamos a esperar al almuerzo para decidir. Yo tengo ganas de irme. En palacio me han dicho que hoy ajustician a dos bandoleros y no quiero perderme el espectáculo... ¡Y da gusto ver a Jerusalén en un día como hoy, con tanta gente de todas partes, con tanta animación! ¿Qué piensas, Hiram? ¿Todavía lo dudas?...

—No lo dudo, Alan Kashemir. Sabes muy bien que siempre donde tú pones el denario yo lo pongo a ojos cerrados. Pero hay un detalle que no debe escapar a la junta. Tenemos en Jerusalén un enemigo de la Ley que anoche se ha declarado rey de Israel. Esto compromete cualquiera de nuestros proyectos futuros. ¡Ese hombre debe desaparecer!

—¡Protesto! —exclamó Celso Salomón poniéndose en pie.

—¡Protesto! —se sumó la voz de Aristo Abramos. Y Celso Salomón agregó:

—No estamos reunidos en esta junta para tratar asuntos de la Ley...

—¡Protesto! —gritó Romi Askenazi—. Ningún hijo de Israel, ningún judío puede omitir en ningún caso y circunstancia la Ley ni nada que a la Ley ataña. Y hace bien Jos Hiram en plantear el problema del Nazareno. Y puesto que las cosas están declaradas, sabed que nosotros prometimos al pontífice Caifás que presionaríamos en esta junta para que Benasur, el único indicado para hacerlo, influya cerca del procurador hasta sacarle la sentencia de muerte...

—¡Protesto! —volvió a clamar Salomón—. Aquí estamos discutiendo asuntos de orden material, no de doctrina religiosa. Nosotros no somos el Sanedrín. Y algunos ya hemos suscrito el capital sin tener en cuenta factores de orden religioso. No es

correcto ni justo condicionar la suscripción a una influencia de Benasur contra el Nazareno.

—Bien se ve —dijo Askenazi— que tú, Salomón, estás hospedado en casa de José de Arimatea, que es un secuaz de Jesús de Nazaret.

Entonces Alan Kashemir dijo:

—Calma, caballeros... No creí que se iba a suscitar esta cuestión en la junta. Por lo tanto, antes de saber el resultado de este pleito sobre el Nazareno, yo declaro suscribir mi parte. Yo no coacciono a Benasur. ¿Qué pensáis? ¿Que el dinero es para provecho de Benasur? El dinero que le demos es para nuestro provecho. ¿Por qué condicionarlo?

—Yo suscribo también mi parte —dijo Sam Samuel—, para que no se entienda que mi abstención guarda un interés. Estoy de acuerdo con Celso Salomón en que no debemos involucrar en nuestros negocios asunto tan importante. Pero os suplico que me escuchéis, hermanos. Todos nosotros somos judíos de Palestina o de la emigración. Todos permanecemos fieles a nuestros mayores y a las Escrituras de nuestros mayores, que son las nuestras. Todos tenemos el sentido vivo y alerta de nuestra comunidad. Oídme y no os obcequéis. Óyeme tú, hermano Salomón, y tú también, Abraham. No niego que ese hombre es un buen hombre. No niego tampoco la buena fe de sus intenciones. Pero respondedme: si un hombre bueno y justo por equivocación quisiera herir a vuestros hijos, ¿lo permitiríais? Si un hombre honesto, pero obcecado, quisiera clavaros un puñal en el corazón porque pensara que así os hacía un bien, ¿lo dejaríais? Es el mismo caso del Nazareno...

—Sí, hermano Samuel, es el mismo caso, sólo que el Nazareno no empuña un puñal ni amenaza nuestras vidas ni las de nuestros hijos... —rebatió Siró Josef.

—Pero amenaza la de las Escrituras, amenaza la autoridad del Sanedrín. ¿Qué hará Roma cuando se entere de que un sujeto cualquiera, embaucador del populacho, ha sido capaz de poner en ridículo al Sanedrín, de mofarse de la Ley? —argüyó Askenazi.

—¡Ese hombre es inocente, Askenazi! —aseguró con vehemencia Celso Salomón—. Si hubierais hablado con José de Arimatea, sabríais

qué clase de hombre es; que sólo busca el consuelo y bien de los desvalidos, de los enfermos, de los afligidos. ¿O acaso ésos, los pobres, la chusma, no pertenecen a Israel? Ellos son hermanos nuestros, como nosotros lo somos, como lo son los sanedritas. ¿Es que el Pontífice se molesta porque un hombre adoctrine y cure sin antes haberle pedido la venia? —Y Salomón, cuya vida en Roma se había nutrido de ideas más progresistas de las que se respiraban en Jerusalén, prosiguió—: ¿Por qué tanto orgullo? Si muchos de los sanedritas están convencidos, como José de Arimatea, como Gamaliel, como Nicodemo, de que el Nazareno es docto en la Ley y que hace el bien, ¿por qué no lo han llamado al seno del Sanedrín? Yo sé por qué el Nazareno no agrada al Sanedrín. Como no agrada ni a los mercaderes ni a los negociantes ni a los terratenientes. No agrada porque consuela a los débiles con la promesa de la restitución. No sólo el Sanedrín quiere fiscalizar en las fortunas de todos los israelitas, sino que quiere también vender en parcelas los dominios del Señor. Y si los desheredados no tienen tierras ni casa ni dinero, si los desheredados sólo poseen la ilusión, ¿por qué vamos a negarles la posesión de tesoros por los que nunca nos hemos mostrado codiciosos? No es porque reparta el consuelo, no. Lo que molesta al Sanedrín es que ponga en evidencia su torpeza y la dureza de su corazón. Lo que molesta al Sanedrín es que diga que sobre cualquier autoridad y poder en esta tierra está la autoridad y el poder de Dios. Pues los sanedritas se han hecho tan soberbios, que no quieren que nadie descubra que hay un Señor Yavé que pueda dictarles la lección y coger sus palabras en falso.

—¿Has terminado, Salomón? —preguntó Samuel. Y tras un gesto de apesadumbrado, continuó—: ¡Qué pena oírte hablar así! No en vano naciste en Roma y vienes de Roma. En verdad te digo que sí sé que hoy iba a oír en casa de Benasur tanta blasfemia, no habría venido.

Benasur comprendió que la cosa, de no obrar con rapidez, se perdería en la discordia.

Había oído a alguien decir, a Raquel, que el Nazareno, el Mesías, traía su guerra y venía a poner la discordia en los corazones. Claramente lo veía. La discordia estaba pronta a estallar entre los

doce. Pero él no iba a perder lo suyo por un incidente de tal especie. Además, ya estaba harto de oír hablar del Nazareno. Por si esto fuera poco, sus partidarios dentro de la sociedad ya habían entregado sus títulos. Así que intervino para lo decisivo:

—Bien, Jos Hiram. Dime claramente en nombre de tu grupo qué es lo que queréis de mí.

—Se va a pedir la pena de muerte para Jesús. Que tú, con tu influencia, apoyes los deseos del Sanedrín, los deseos del pueblo de Israel. No tengas miedo. Toda la gente estará contigo para gritar contra el Nazareno.

—¡Mentira! —dijo Celso Salomón—. Estarán los vendidos a Gamard. ¿Por qué llevar a tal extremo la farsa? No nos engañemos, Jos Hiram. Tú favoreces a Gamard porque sabes que Barrabás, tarde o temprano, lo denunciaría. ¿Acaso ignoras que Barrabás estuvo escondido en mi casa del Pincio? Él me contó todos los planes de la conspiración. Y Gamard, con el pretexto del Nazareno, quiere pedir la libertad de Barrabás, a fin de que Poncio Pilato se quede sin el testimonio. Quien más quien menos tiene un pecado que ocultar, y no encuentran mejor tapadera que perder a ese inocente... ¿Por qué el Sanedrín no se indignó ni se escandalizó cuando Simón de Samaría andaba embaucando a la gente con sus milagrerías y supercherías? Ahí lo tenéis libre. Apenas unas cuantas amonestaciones. Y anda suelto, haciendo su vida de vergüenza pública; diciendo que habla con Dios y enfangándose con mujerzuelas... Y al Nazareno, que es un hombre puro, bueno, manso y benéfico, a éste que no hace otra cosa que sonreír y consolar, ¡la muerte!

Benasur intervino con cierta mordacidad:

—¡Me asombras. Salomón! No creí que el hombre del Pincio, que tan estrecha explotación hace de los esclavos, fuese capaz de ideas tan desinteresadas... por un cualquiera... —Y alzando la voz, generalizando el discurso, agregó—: Porque lo cierto es, hermanos, que el Nazareno es un cualquiera. ¡Qué ociosas viven las gentes en Jerusalén que tienen tiempo para dedicarlo a ese pobre diablo y preocuparse de su persona, de sus menudas andanzas y sus triviales agudezas! ¿No creéis que estamos dando demasiada importancia a

ese Galileo? Encontremos nuestro juicio en el punto medio de las opiniones de los hermanos Salomón y Samuel. Somos fariseos, pero no somos el Sanedrín. Nosotros estamos reunidos para cosa más trascendental que para apasionarnos con los incidentes del Nazareno.

Os estoy haciendo ver la conveniencia de prestar un capital con el que habré de levantar un mundo nuevo, un mundo sobre el cual deberá señorear Israel para gloria de nuestro Señor. ¿Qué nos importa el Nazareno? Piénsalo bien. Salomón, y tú también, Abraham. ¿Acaso nosotros somos doctos en la Ley? Dejemos al Sanedrín el negocio del Nazareno, que es de su incumbencia. Si el Sanedrín cree que ese hombre perturba el orden y confunde la conciencia, que el Sanedrín lo condene... Dentro de unos días nadie se acordará de Jesús y, sin embargo, nosotros estaremos frente a la realidad del mismo problema: Roma nos humilla; Roma vigila celosamente cualquier ocasión para imponernos la abominación de sus creencias gentílicas... ¿Por qué hemos de dar la impresión de que nosotros, los judíos, estamos desunidos ante una cuestión de las Escrituras? Por el contrario, bueno o malo el Nazareno, debemos presentar un solo criterio, una sola y unánime idea que fortalezca la actitud del Sanedrín... Pensad bien, hermanos, que si un día se tergiversa la Ley y nos hacen daño con dolo, no tendremos jueces a quienes acudir porque les habremos desposeído de autoridad. Dejemos, pues, que el Sanedrín resuelva el conflicto de Jesús de acuerdo con su criterio.

—Sin embargo, tú, Benasur —le interrumpió Celso Salomón—, te negaste a suscribir el denario de plata...

—Sencillamente porque no estaba de acuerdo con el procedimiento. Y si ahora yo me pronunciara a favor del Nazareno sería inconsecuente mi conducta. ¿Cómo voy yo a coaccionar ahora al Sanedrín cuando me opuse a que el Sanedrín me coaccionase?

—¿No te coaccionan Hiram, Askenazi, Daniel y Samuel para que vayas a influir con el procurador? —replicó Salomón.

—¡Protesto! —gritó Jos Hiram—. Yo no coacciono a Benasur. Yo lo que hago es negar mi dinero para una inversión que estimo poco ventajosa en un momento como éste, en que la paz del país está

amenazada, en que la autoridad del Sanedrín está en entredicho, en que ese alborotador siembra el desconcierto y la desconfianza entre las clases más sólidas y sanas de Israel. Ese Nazareno es un enemigo de la comunidad, corrompe a las gentes, reblandece la moral del pueblo con ideas... que el hermano Salomón dice consoladoras, pero que son francamente nocivas, pues vienen a establecer una peregrina escala de jerarquías... Mañana, tú mismo, Salomón, serías el primer perjudicado si esas doctrinas e ideas progresasen entre las gentes. ¿No sabes que ha dicho que primero entraría un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los Cielos? ¿Acaso es un crimen ser rico, haber sido bendecido con los dones del Señor? Yo os aconsejo que os enteréis de lo que ese hombre anda propalando, que obtengáis una verdadera y fidedigna información, y que después penséis serenamente, sin prejuicios filantrópicos y helenistas, sin caer en complicidades con sentimentalismos mujeriles, si ese hombre es culpable o no, si ese hombre puede llevarnos a la catástrofe o no... Habéis hablado aquí de Simón de Samaría. Habéis dicho que el Sanedrín se ha mostrado indulgente con él. Pero Simón no es un peligro público como Jesús. Simón, con sus abominaciones, se condena a sí mismo. Pero el Galileo es astuto. Y no descubriríamos sus vicios hasta que se haya posesionado de la conciencia de las gentes.

—Estamos perdiendo lastimosamente el tiempo —intervino el viejo Alan Kashemir—. No discutamos más. No quiero perderme el espectáculo de los dos ajusticiamientos... Dejemos al Nazareno en paz. Puesto que Benasur está de acuerdo con Jos Hiram y su grupo, no se hable más de la cuestión en la junta. Que Hiram, Daniel, Samuel y Askenazi suscriban su parte. Y asunto concluido... Levantamos la sesión y así Benasur tendrá tiempo de ir a ver al procurador y prestar el servicio que le piden Hiram y los otros hermanos. Y tú, Salomón, te quedas conforme, puesto que la causa del Nazareno no ha sido planteada en esta junta... Supongo que tú no te opondrás a lo que después Benasur haga o quiera hacer con relación al Nazareno...

—No. Porque lo considero ya inútil —repuso desabridamente Salomón.

—Es una lástima que te hayas hospedado en casa de José de Arimatea... Es un hombre confuso —comentó el anciano—. Te ha informado mal del Nazareno. Si te hospedaras en palacio, pensarías de distinto modo...

Sarkamón, que se había mostrado al margen de la discusión, aportó una nueva fórmula que complació a los fariseos:

—No perdamos de vista que legalmente no es una inversión la que hacemos, sino un préstamo. Nosotros podemos condicionar las garantías para ese préstamo, pero no los sentimientos y las ideas de Benasur: Tú, Salomón, le has dado ya tu título. Y contigo otros más y yo mismo... Si Jos Hiram pide al hermano Benasur que influye cerca de Poncio Pilato para hacer condenar al Galileo no es porque condicione su préstamo, sino porque el hermano Hiram necesita, además de las garantías prendarias que Benasur nos ofrece, una garantía... digamos de tipo político. Si Jos Hiram cree que el Nazareno puede provocar con sus prédicas, con sus actividades una depresión en la vida de los negocios, es justo que pida a Benasur algo que está al alcance de su mano; que es acabar con un posible enemigo del actual orden de cosas... Yo no creo que ese Nazareno vaya muy lejos. Sabemos cómo nuestro pueblo está pronto a alborotarse. Será una llamarada más. Pero bien, ¿por qué esperar a que la llamarada se extinga por sí sola, si Jos Hiram quiere verla apagada ahora mismo y Benasur puede hacerlo?

Celso Salomón se dio por vencido. Por otra parte, no se sentía muy seguro al insistir demasiado sobre el Nazareno. Quizá José de Arimatea estuviera equivocado. Tampoco estaba muy tranquilo de las consecuencias que podrían derivarse de las prédicas de Jesús. Y la posibilidad de que estas pudieran llegar a provocar desórdenes graves, que Roma condenara, le decidió a mostrarse cauto. Porque Celso Salomón no quería tener ningún roce con Roma. Por eso al iniciarse la junta había planteado el deslinde de las responsabilidades en el negocio de la guerra. Y hasta tal extremo los otros socios se habían mostrado tan prudentes y acordes con su fórmula que lo que iba a ser comprometida inversión se había convertido en un préstamo.

—Acepto que lo del Nazareno es un asunto absolutamente particular —dijo—. Y retiro mi protesta. Pero quede bien sentado entre nosotros que yo, como hermano vuestro, soy contrario a toda acción que Benasur haga contra ese hombre.

Se puso en pie dando por innecesaria su presencia en la junta. Muchos otros le imitaron. Todos estaban deseando salir a la calle, pues Jerusalén lucía bajo un sol espléndido. Las calles estaban rebosantes de peregrinos y mercaderes.

Benasur se dirigió a Jos Hiram:

—Bien. Firmad vuestros títulos. Yo me presentaré a Pilatos para hacerle ver de qué lado está la razón.

—¿De cuál? —preguntó sonriente, insinuante, su primo.

—Del Senedrín.

Jos Hiram cogió la caña para firmar su título e hizo una seña a los suyos para que hicieran lo propio.

Benasur apenas esperó unos instantes. En seguida se fue a pedir el manto para ir al pretorio. Ya cuando salía vio que abandonaban la casa muchos de sus socios. Celso Salomón, Aristo Abramos, Siró Josef y Sarkamón se dirigieron en grupo hacia la calle del Templo.

Capítulo 14

La hora de la ignominia

Cuando Benasur llegó al pretorio vio que una muchedumbre se agolpaba a la puerta de la ciudadela. No eran caras conocidas. Sus ropas pardas, quemadas por el sol, desvaídas por las lluvias, tenían el color terroso del campo. La gente vociferaba: «¡No, no, Poncio; no nos engañes. Suelta a Barrabás!». Al oír el nombre de Barrabás,

Benasur pensó que las gentes de Gamard habían comenzado su ofensiva.

Se hizo asistir de un pretoriano para abrirse paso entre la muchedumbre. En la primera fila vio muchas caras familiares: algunos miembros del Sanedrín: sacerdotes, escribas y venerables del Consejo. Entre ellos reconoció a Gamard, a Assalí y a José de Betania.

—¿Adónde vas, Benasur? —le preguntó, simulando sorprenderse, Gamard—. ¿Vas a mancharte en el pretorio? ¿Olvidas que mañana es la Pascua?

Benasur palideció. Los demás miembros del Sanedrín le miraron con expresión recriminatoria.

—¿No es preferible que yo me manche a que se humille una vez más a Israel? —Y con intención de ganar popularidad, fingiendo un sacrificio generoso en algo que no era más que gesto interesado, agregó—: ¡Voy a exigir que se haga justicia!

—¡Sí, sí, Benasur! —gritaron de la plebe—. ¡Que se condene a Jesús!

De las gentes próximas al navarca se alzó un griterío. Pero en seguida todos callaron porque vieron aparecer al procurador. Poncio Pilato movía nerviosamente las mandíbulas chupando una pastilla contra la halitosis.

Estaba amarillo y su gesto era adusto. Debía de hallarse bajo los efectos de un cólico al hígado. Algunos impusieron silencio con siseos.

—¡Os vuelvo a repetir que yo no encuentro en este hombre ningún crimen por el que deba condenarlo! ¡Os aseguro...!

Un clamor de protesta se alzó de la plebe. Los más gritaron:

—¡Suelta a Barrabás! ¡Condena al Nazareno!

Poncio Pilato gesticulaba, pero no dejaban que se escuchasen sus palabras. Benasur comprendió que era el momento de intervenir. Separose de la gente y se dirigió hacia la puerta del pretorio.

Se presentó a Pilato. Éste, tembloroso, con todos sus miembros sacudidos por la ira, le preguntó de mal talante:

—¿Qué quieres, Benasur?

—Conoces todos los privilegios de que disfruta un Lazo de Púrpura, Poncio.

—¿También tú? ¿Qué es lo que quieres? ¿Que condene a este hombre?

—Quiero que, apegado a la verdad, te pronuncies con justicia.

—¡También él habla de la verdad! Pero ni él ni tú me podéis decir dónde está la verdad... ¿Tu verdad es la misma de los que gritan?

—Mi verdad está con el pueblo, Poncio. ¡Ese hombre es culpable!

Poncio Pilatos miró de arriba abajo a Benasur. Después le dijo:

—¡La verdad del pueblo...! El pueblo es siempre necio... Los que ahora gritan contra ese hombre hace unos días le escuchaban con la boca abierta. ¡Qué me vienes a decir a mí del pueblo! ¿Cuál era la verdad del pueblo de Gades, Benasur? ¿La que lo hizo atentar contra tu vida, o la que lo indujo a vitorearte? ¡La verdad! Cada uno hace su verdad. Y yo quisiera saber no la verdad que grita la chusma, sino la que te mueve a ti para presentarte ante el procurador de Roma... Te advierto que yo no encuentro culpa en este hombre...

—Ha tergiversado, con dolo, las Escrituras...

—¡Bah! ¡Qué me importan a mí vuestras Escrituras...!

—Es nuestra Ley, Poncio. Pero si poco te importa la Ley de los judíos, debe importarte la seguridad del Imperio. Ese hombre se ha proclamado rey...

Poncio Pilatos rio sorda, sarcásticamente.

—¡Rey! Un judío... ¡rey! Y tú lo crees, ¿verdad?

—No te importa saber lo que yo crea, Poncio. Hay un hecho concreto. Este hombre te lo ha mandado el Sanedrín por blasfemo. A Roma no le interesa si un judío blasfema contra la Ley Judía. Pero yo estoy aquí no como judío, Poncio, sino como amigo de Roma. Y yo sé que ese hombre ataca la seguridad del Imperio proclamándose rey. Si lo dejas libre, su superchería cundirá. Y llevarás a Palestina a una guerra civil. Su ejemplo sería imitado por otros. Y antes de que te dieses cuenta tendrías la provincia dividida. Debes evitarlo, Poncio. Es tu deber... Y para que no lo olvides, he venido aquí a recordártelo. Si vacilas en este caso, te pierdes, Poncio. Ahora no pasará como antes. Ahora hay quien puede acusarte de negligencia ante el Senado, de indecisión ante el César. No pasará aquí lo que

sucedió en el Hipódromo de Cesárea, donde mandaste acuchillar al pueblo indefenso; ni repetirás la matanza del templo. Ya ha corrido bastante sangre del pueblo judío. Y ya es tiempo de que no hagas irrisión ni de sus sentimientos ni de sus anhelos. Ese hombre, el Nazareno, es culpable. Y tus dudas no son porque te inspire compasión. Si más miserable y ridículo te lo trajeran, con mayor gusto lo defenderías, sólo por humillar, por herir la dignidad del pueblo de Israel.

—¿Olvidas que tengo atribuciones para decidir como me plazca? —repuso el procurador.

—No como te plazca, Poncio, sino como convenga a Roma. Para que no resuelvas como te plazca, sino en justicia, estoy aquí... —Y clavándole la mirada concluyó—: ¡No quiero más matanzas en Palestina!

Poncio Pilato sintió que le ardía la sangre en las mejillas. En ese momento tuvo la seguridad de lo que había empezado a sospechar: que un poder superior al suyo se avecindaba sólidamente en Palestina. Hacía cerca de dos años que Benasur había pasado por Cesárea. Allí, en palacio, charlaron amigablemente. Pero meses después recibió órdenes, de Sejano de hostilizar los negocios navieros del judío. Como consecuencia de los primeros signos de enemistad, Joamín, Mohakalí de Kades y José de Arimatea se habían deshecho de sus participaciones de la flota grande de Joppe. Por sugestión suya, Joamín se apresuró a ofrecer las participaciones a Tito Limo, banquero de los navieros romanos... Mas a partir de entonces, todo se trastornó. Benasur supo capitalizar astuta y ventajosamente la rendición de Skamín. Después, Gades.

El procurador comprendió que a él no le quedaba otra cosa que hacer que doblar las manos. Y ganarse la amistad de Benasur. Iba a serle difícil enmendar lo hecho. Benasur había sido el instrumento eficaz de la camarilla de Marco Appiano contra el prefecto Sejano. Y si Sejano, su padrino, se encontraba en tan precaria situación al lado del César, ¿qué podía intentar él, Poncio, contra Benasur?

Pero por simple fórmula, no tanto ya por salvar su dignidad de procurador de Roma, menoscabada por el judío, cuanto por justificarse ante Sejano, opuso una última resistencia:

—¿Llamas justicia a condenar a un hombre sobre el cual no me dais la prueba de su crimen?

—¿Qué más pruebas quieres que los delitos que acabo de enumerarte? ¿O esperas a que el pueblo se amotine para sacar tus soldados a la calle? Quien perturba el orden público es enemigo del Imperio. ¿Acaso no es un crimen proclamarse rey de Judea?

Poncio Pilatos abrió la cajita de plata y sacó una pastilla, que se llevó a la boca. Ahora no invitó a Benasur, pero éste metió la mano y extrajo otra. De afuera llegaban los gritos del populacho gritando: «¡Barrabás! ¡Suelta a Barrabás!».

El procurador mandó que introdujeran en el despacho al Nazareno. Por un momento las miradas de Jesús y Benasur se juntaron como el día primero que se vieron en la plaza de Salomón. El navarca temió vacilar ante la mansedumbre del reo. Y con acento agresivo, le conminó:

—¿No es cierto que te has proclamado rey de los judíos?

—Tú lo dices —contestó el acusado.

—Sígueme —ordenó el procurador al Nazareno.

—¿Qué vas a hacer, Poncio?

La pregunta y el tono de voz de Benasur eran impertinentes e irritantes.

Poncio Pilato se revolvió como si le hubiesen pinchado.

—¿Acaso tú eres el procurador de Roma? ¿No me corresponde hacer mi oficio? —Y dirigiéndose a un decurión, ordenó—: ¡Que lo azoten con flagelo!

Benasur no supo qué decir. Ni tampoco creyó prudente insistir más. Allá Poncio si creía que castigando al reo con la flagelación cumplía con su deber. No quería insistir porque el procurador era orgulloso y soberbio y podía suscitarse entre los dos un altercado cuyas consecuencias y resonancias serían difíciles de prever. Además, Benasur no se sentía con fuerzas para imponer su voluntad. La faltaba ese mínimo de razón necesario para entusiasmarse por la causa. Y la del Nazareno no le importaba gran cosa. Sí, deseaba que el pleito se concluyera de una vez a fin de dejar de oír tantos comentarios, a fin de que las gentes volvieran a su normalidad. ¡Bien había revuelto Jesús a la ciudad!

Se retiró hacia la escalera. Y aunque estaba decidido a no repetir a Poncio Pilatos sus exigencias, consideró que no era oportuno salir del pretorio hasta que el asunto no estuviese resuelto. Así las gentes verían que había permanecido con el procurador hasta el último momento. Podría justificarse: «Exigí la sentencia de muerte, pero Poncio se opuso rotundamente. He hecho cuanto he podido».

Se llevó el perfumador a las fosas nasales. Subió lentamente la escalera. Y cuando llegó al corredor se asomó a la balconada para continuar viendo cómo se desarrollaba el proceso en el patio. Dos soldados flagelaban al Nazareno. Bien claro estaba que si Poncio había resuelto imponer al reo el castigo del flagelo es porque se hallaba decidido a librarlo de la pena de muerte.

Sentíase molesto. No tanto por haber presionado tan atrevidamente a Poncio Pilato, cuando por haber cedido tan dócilmente a la exigencia de Jos Hiram. ¿Por qué el venerable Caifás no se había dirigido a él para pedirle que influyera cerca del procurador? No. El Pontífice se había ahorrado la molestia de pedirle ese favor. El Pontífice se había valido de Jos Hiram. Posiblemente Caifás consideraba que la causa de aquel alborotador no era tan importante como para pedirle a él, personalmente, su intervención.

Maquinalmente estuvo llevando la cuenta de los flagelazos, pero la abandonó en seguida. Uno de los soldados, el más corto de estatura, pegaba con más inquina que el otro. Benasur prefirió pasearse por el corredor mientras terminaba el castigo. Y comenzó a pensar en las cosas que tendría que hacer todavía antes del anochecer. Si Kim no llegaba a punto...

Después de la flagelación, los soldados hicieron mofa del reo. Un decurión sacó de algún lugar una clámide que dio a los verdugos para que se la pusieran al Nazareno. Los soldados se burlaban de él, saludándolo como a un césar. Los actos de irrisión eran de mal gusto. Máxime que al pobre galileo lo habían dejado hecho una llaga viva. Benasur no le daba de vida al predicador, tras la despiadada flagelación, más de un par de días.

Volvió a pensar con un inicial sentimiento de antipatía en Jos Hiram. Desde tiempo atrás su primo le andaba pisando la sombra. Siro Josef, que había perdido la presidencia de la Compañía, no se

mostraba tan ambicioso como Hiram. Además Hiram, tenía formado ya su grupo: Askenazi, Daniel, Samuel... y quizá Teseo Moabim. Podía ser un grupo peligroso. Pensó en la conveniencia de vigilar estrechamente a Jos Hiram.

Vio que los soldados, que habían ridiculizado a Jesús haciendo de él un denigrante simulacro de rey, lo sacaban a la puerta del pretorio, donde se hallaba de nuevo Pilato. Sin duda, la idea de presentar de tal modo al reo, era cosa sugerida por Poncio, que no perdía oportunidad de molestar a los judíos.

No pudo oír qué palabras dijo el procurador a la chusma, pero sí escuchó el vocerío: «¡Crucifícalo, crucifícalo!». Y cuando se hizo el silencio, oyó que Poncio decía: «Yo soy inocente de esta sangre; allá vosotros con vuestra culpa».

Benasur se quedó perplejo. Creía no haber oído bien. Mas cuando vio que el paje se aproximaba al procurador con la jarra de agua comprobó que, en efecto, Pilato acababa de dictar sentencia de muerte contra el Nazareno.

Sonrió. Al fin, Pilato había claudicado. Pero ¿por qué entonces hizo flagelar al infeliz de aquel modo? Quizá no quiso ceder desde el principio a las presiones de Benasur, y se valió de las protestas del populacho para dar la impresión de que satisfacía las demandas del pueblo.

Pilato recibió en sus manos el chorro de agua que vertió el paje, y mientras las sacudía antes de secarse, le dijo al centurión:

—Soltad a Barrabás y llevaos a ese hombre. Que lo crucifiquen y que pongan en el ápice su causa: «Jesús, rey de los judíos». Que la escriban en los tres idiomas para que todos los peregrinos la lean.

Un clamor bárbaro de gritos, aplausos y vítores acogió las palabras del procurador.

Poncio Pilato subió a su despacho. Estaba sudoroso y rastreaba la vista. Al pasar por la antesala no reparó en Benasur. Tomó una pastilla, que se llevó a la boca, y cogiéndose la cabeza se inclinó sobre la mesa. En seguida entró el judío en el despacho:

—Has sido justo, pero más riguroso de lo que esperaba. ¿Por qué lo crucificas?

El procurador alzó la vista y se quedó mirando a Benasur de un modo vago, errático:

—¿Qué haces aquí?

—Lo que tú: huir de la canalla. Mientras el sacerdote no me purifique, tú serás el único hombre en Jerusalén que no me huirá. Estoy contaminado. Y mañana es la Pascua.

—Y a mí, Benasur, ¿qué me importa todo eso?

—Nada, Poncio. A ti lo único que te molesta es haber transigida a una petición del pueblo de Israel... Pero ¿por qué tan extremoso? Yo en tu puesto no lo habría mandado crucificar. Es un reo político. Lo hubiera decapitado. No es ni un asaltante de caminos ni un matón. No es un criminal vulgar. Pero tú has querido confundir la justicia, que te has visto obligado a dictar, con la humillación y el oprobio a Israel. Lo crucificas como a un vulgar criminal y pones en su causa «Rey de los Judíos», como diciéndonos a todos: «Ved, cuando tenéis un rey es tan miserable que merece la crucifixión».

—¿Quieres dejarme solo, Benasur? ¡Lo que he fallado, fallado está!

—Por lo menos, alivia a ese desdichado de la crueldad de que cargue el patíbulum. Si lo condenaste por crimen político, evítale llevar el patíbulum. Cuida las fórmulas, Poncio.

Poncio Pilato se levantó y salió a la antesala. Le dijo al ujier:

—Dile a Longinos, el centurión, que contrate un hombre para que lleve el patíbulum del Nazareno.

Y, volviéndose, le dijo a Benasur:

—Ahora vete y déjame solo.

Capítulo 15

El calvario

Los peregrinos se amontonaban en la calle de la Amargura. Los pagados por Gamard y sus compinches no sabían en qué momento terminarían su función. Al fin, no había cosa mejor para pasar el rato que ver la comitiva de los ajusticiados. Los judíos nacidos en tierras extrañas satisfacían una vieja curiosidad por conocer aquella vía, tránsito de dolor, del crimen y del castigo. Todas las historias de delincuencia, de pecado y de sedición llegadas a sus oídos de la vieja Jerusalén, encontraban epílogo en aquella calle que, partiendo del pretorio, conducía cuesta arriba hacia la puerta de Efraín, la más próxima al Cerro de la Calavera.

La calle se empinaba hacia la muralla. Las casas, laceradas, lloraban dolores ajenos. Casi todas ellas servían de viviendas a los comerciantes que tenían puesto en el mercado de peces, a talabarteros y pequeños talleres. Eran casas de adobe cubiertas en la fachada con una ligera capa de argamasa, de color terroso y desvaído. Todas agrietadas o descascarilladas. A muchas, el sacerdote les había curado el mal de lepra. Y se veían los remiendos. Y los tiestos que marcaban los peldaños de la escalera exterior, las festonaban, con sus flores, de una nota de color. También las ropas puestas a secar en los ventanucos y en el terrado alegraban su aspecto de miseria amasada.

Sobresalían dos construcciones: la casa del venerable Gamard con sus adornos de ladrillos vidriados y el Mesón de Joñas. Los terrados de estos dos caserones estaban llenos de curiosos, pues eran los mejores puntos de observación de toda la calle.

El sol, el polvo que levantaban los peregrinos vestidos de fiesta, los cantos y vocerío que salían de las tabernas del Cojo, de Samí el Filisteo y del León Rojo, apenas lograban dar un latido de forzada alegría a la calle de la Amargura. Por las noches, los golpes de azuela de Marco resonaban lúgubres. Y durante el día, cuando Marco se emborrachaba, los muros de las casas mostraban en sus arrugas y desconchados, en sus manchas de betún, las huellas, húmedas y coaguladas, de la pena y la angustia de todos los ajusticiados que, con el patíbulum al hombro, habían pasado por ella. Olía además a un fuerte hedor acre, mezcla de pescado y de cuero.

Ese día la gente se amontonaba en las ventanas, en los terrados, en la calle, con un malsano júbilo. Los peregrinos no perdonaban a los bandoleros Dimas y Gestas el asalto a una de las caravanas que había partido de Medeba. Pues muchas veces, por no esperar a la fecha de salida de las caravanas custodiadas, los viajeros se organizaban en grupo y, a su riesgo, hacían el viaje. Dimas y Gestas habían asaltado uno de esos grupos, matando a tres peregrinos y desvalijando a catorce. Fueron detenidos días después en un mesón de Anathot, cerca de Jerusalén.

El otro ajusticiado, el Nazareno, no despertaba menor inquina. Los vendidos que gritaron en el pretorio pidiendo su crucifixión, concluían su papel de testigos falsos vigilando la calle para evitar que los discípulos y seguidores del Galileo se rebelaran y trataran de liberarle.

—¡Sabed su criiimen, veciiinos de Jerusaléeen! ¡Asaaalto y homiciiidio! ¡Condenaaados a crucifixiooón!

La comitiva era mediocre. Dos soldados a caballo abrían paso entre la gente que llenaba la calle. Los seguían un centurión, también a caballo. Los curiosos se cuidaban más de la lanza que de las patas de las bestias. Los soldados romanos tenían una especial habilidad para dar palos de ciego. Los arreaban cuando habían pasado, como al descuido o sin querer. Pero con tal acierto que los palos caían siempre sobre los que estorbaban el paso.

A los montados los seguía un alguacil, con capote púrpura. Llevaba una corneta. En cada bocacalle la tocaba imponiendo silencio y, después, con un vozarrón estirado, lanzaba a modo de pregón, con sonsonete de centinela, la causa:

—¡Sabeeed su criiimen, veciiinos de Jerusaléeen!

Seguían detrás los dos bandoleros con el travesaño de la cruz al hombro. A pesar de ir custodiados por cuatro soldados de a pie, llevaban al cuello la soga, clavada a un extremo del patíbulum. Estas precauciones de la justicia romana resultaron inútiles con el tuerto Gabón, un bandido de origen filisteo que hacía cinco años había logrado fugarse arrastrando travesaño y todo. El tuerto Gabón se hizo ojo de hormiga y popularísimo en toda Palestina. La gente murmuró que Marco había ahuecado el patíbulum. Pues Gabón,

antes de que se le hubiese ocurrido rebanarle el vientre al sanedrita David el Arameo, que negociaba en usuras, le pagó muchas jarras de vino a Marco en la taberna de Samí.

Los bandoleros tenían facha de patibularios. Dimas, más fornido que Gestas, avanzaba con el madero al hombro y con la cabeza baja, y de trecho en trecho, desparramaba la vista y echaba un escupitajo a los pies de los soldados. Gestas, desnudo del pecho, miraba a los curiosos con una expresión fanfarrona, como si les perdonara la vida. De vez en cuando exclamaba: «¡Por la marca de Caín, cuánta gente sarnosa!».

Seguía a los bandidos otro alguacil. Éste gritaba con una voz de borrachín, circunspecto y grave, la causa del Nazareno:

—¡Sabeeed su criiimen, veciiinos de Jerusaléeen! ¡Proclaaamaaarse reyyy de los judíiios!

—¡Mentira! ¡No digas que es nuestro rey! —protestaba alguno. Y otro—: ¡No tenemos más rey que el César!

—¡Es un impostor!

—¡Es un falsario!

Y el alguacil, para molestar a los montoneros, recalcaba:

—¡Jesúuus de Nazareeet, rey de los judíiios!

El reo apenas podía dar un paso. Su agotamiento era tal que los verdugos no habían creído necesario atar el patíbulum al cuello del reo. La flagelación había sido tan dura que por las heridas abiertas aún manaba sangre. Llevaba el manto entreabierto y en la túnica, de finísimo lino, se veían las manchas rojas que dejaban las heridas. Con la soga destinada al patíbulum le habían improvisado un cíngulo. En los pies se mezclaba el polvo de la calle y la sangre que le escurría por las piernas. Su expresión era impresionante. La boca abierta por el resuello candente de la fatiga y del dolor tenía el gesto acabado de la agonía. Eran sus ojos, su mirada los que conturbaban. La llevaba fija en el piso procurando esquivar los pedruscos que se oponían a su paso. Y cuando oía una imprecación o una frase de ánimo o de consuelo, alzaba la vista para mirar con una conmovedora ternura a unos y a otros, al del grito hostil o al de la palabra solidaria. Pero a su paso las gentes sentían la aprensión de verse mutadas en su interior. Los que le hostigaban, al recibir su

mirada mansa, dulce, sentíanse envejecer y los pulsos se les iban de las manos; y aquellos que se apiadaban de él creían remozar.

Cuando el Nazareno pasaba, nadie se atrevía a permanecer en las ventanas, en las escaleras, en los terrados. Todos se metían, huidos, cariacontecidos, pesarosos.

Entre la gente debía de tener adictos, pero por temor a los testigos y camorristas de Gamard no osaban alzar una voz de protesta. Ante la presencia del reo bajaban la cabeza y ocultaban el rostro entre las manos. No pocas mujeres sollozaban.

El pregón del alguacil se metía por los oídos y minaba la impasibilidad de la gente. Por unos momentos se creó un silencio de respeto a su paso, y todos los pechos se sintieron oprimidos por la misma congoja y todas las cabezas oscurecidas por el mismo temor. Uno de ellos murmuró:

—Pero ¿qué mal ha hecho? ¿Acaso estamos seguros de nuestra rectitud? Yo nunca oí que se dijera Rey de los Judíos. ¿Quién inventó esa patraña?

Sucedió un murmullo aprobatorio. Pero, en seguida, unos y otros se miraron entre sí, y terminaron por verse en la frente la misma culpabilidad. No prosperó ese movimiento solidario hacia el Nazareno.

Entró en la calle un hombre con una barba y cabellera rojizas. Con unos ojillos brillantes de terrible alegría. «Es Barrabás», dijo alguien. Y entre las gentes se extendió la identificación: «Es Barrabás, es Barrabás». Y de la casa de Gamard, de la gente que estaba en el terrado contemplando la procesión de los ajusticiados, gritaron: «¡Aquí, Barrabás! ¡Barrabás! ¡¡Sube, Barrabás!!».

Barrabás se abrió paso entre la muchedumbre e iba a cruzar delante del Nazareno, mas se contuvo y bajó la cabeza. Se le vio un gesto de simpatía por aquel hombre que moría por algo que él consideraba sedición, rebeldía. También era galileo. Pero, simultáneamente, no pudo dejar de pensar que gracias al Nazareno él se había salvado.

—¡Barrabás, Barrabás! —gritaron de la casa de Gamard.

Y Barrabás cruzó la comitiva pasando por detrás de Jesús. Y le cogió la sombra que el Nazareno parecía dejar a su paso. Barrabás

se movió como si le hubiese picado una avispa. Miró con gesto soberbio y retador al cielo, en actitud de pedirle cuentas el sol. El sol estaba en lo alto, dejando caer sus rayos perpendicularmente. Barrabás no vio el sol. Sintió que una niebla se apoderaba de sus huesos y de su sangre, de su hálito y de su pensamiento. Echándose los brazos a los ojos, como si una intensísima luz lo cegara, corrió como un ebrio, dando traspiés, a refugiarse en la casa de Gamard. Cuando Barrabás pisó el umbral, de la esquina del edificio cayó el ramo de laurel fresco que la esposa de Gamard había mandado poner para la Pascua. Las gentes que cogieron el ramo vieron que las hojas estaban secas y que sólo al tocarlas se pulverizaban y despedían la insoportable fetidez de los siglos muertos.

Los vítores a Barrabás menudearon, y cuando se presentó en el terrado las aclamaciones fueron entusiastas, unánimes.

Jacob, maestro de genealogías de Benasur, vio la caída del Nazareno. El reo tropezó, vaciló y el peso del leño lo tiró a tierra. Cayó del lazo izquierdo, vencido por el patíbulum. La dramática caída provocó algunas risas. Y las bocas que rieron se quedaron sin saliva. Con una sed insaciable.

No faltaban entre aquella chusma quienes creyeran que el Nazareno era un asaltante de caminos, como Gestas, como Dimas. Los que habían clamado por su condenación ante el procurador, dándose cuenta de lo gratuito de su acusación, ya no reían. El espectáculo no resultaba tan divertido ni reparador como habrían podido suponer al principio, a la hora del vocerío. Todos sentíanse quemados en la piel de su alma con la mirada dulce, mansa del inocente.

—Esto es grave, vecinos —dijo Jacob—. ¡Estamos matando al descendiente de David!

—¡Calla, Jacob! —gritó uno—. ¿También tú eres del Nazareno? ¿Olvidas que se ha dicho Rey de los Judíos?

—¡De reyes desciende! —argüyó Jacob—. ¡Os lo digo que es la última sangre de David!

—¡Que se calle! ¡Vendido! ¿No es tan poderoso tu amo Benasur? ¡Que venga a salvarlo!

Ayudado por los dos soldados que lo custodiaban, Jesús se levantó. Los dos le auxiliaron para ponerle el madero sobre el hombro. Dio unos pasos y vaciló. Los soldados se miraron preguntándose en silencio cómo aquel reo podría llegar hasta el Gólgota. Uno de ellos bostezó aburrido por la faena. El otro se impacientó y empujó el madero. El Nazareno dio tres o cuatro pasos vacilantes. Las gentes volvieron a reír. El soldado que había empujado el patíbulum masculló unas condenaciones contra la gente que reía, pues él hacía su oficio y no para provocar la hilaridad entre tanto perro judío.

—¡Hijos de puta, es inocente!

Abuchearon a Marco. Un chiquillo gritó: «¡Marco, diablo sin rabo!». Otros muchachos lo corearon. El carpintero se abrió paso entre la fila de gente y atravesó la comitiva desparramando la vista. Un soldado le pegó con una correa. Marco escupió al soldado y salió huyendo hacia la taberna del Filisteo. Allí, en la puerta, volvió a gritar: «¡Soltadlo, hijos de puta, que es inocente!».

Y el mercader:

—¡Caramelos de Emaús, caramelos de Emaús!

Zintia, acompañada del viejo Samuel, vio el encuentro. Zintia no comprendía por qué el viejo sirviente de Benasur se enjugaba las lágrimas. Pero cuando vio a la madre del Nazareno, también se le humedecieron los ojos, y una congoja opresiva movió su pecho.

Al llegar la comitiva a la esquina del Callejón del Profeta, se hizo paso entre la gente una mujer. Era una mujer joven todavía y a quien los estragos de la vigilia y el dolor que le atenazaba no restaban belleza a sus finas, armónicas, facciones.

—¡Hijo, hijo mío!

Fue un grito desgarrador. Un grito que cosió todas las bocas. La mujer se hizo paso entre la chusma y corrió a abrazar al reo.

—¡Hijo de mi alma!

—Madre —murmuró el Nazareno, bajando la vista y dejándose abrazar. Un soldado quitó de sus hombros el madero. La madre abrazó al hijo como si lo estrujara, como si quisiera arrebatarlo de la ignominia y de la crueldad del castigo. Todos los presentes bajaron la cabeza. Todos sintieron en su sangre cortada, empobrecida y

culpable, que aquél era el Hijo y aquélla la Madre. Las gentes, cabizbajas, cejijuntas susurraban a la tierra: «Es María, su Madre»... «Es María, la galilea, la viuda de José de David».

Jesús no tenía fuerzas para devolver el abrazo. Miraba la cabeza de su madre y olfateaba el perfume de tierra, del sol y de lluvia, el perfume de los tres elementos que se alzaba de su cabellera. La cabeza se apoyaba en su pecho, y las manos de la Madre acariciaban el cuerpo martirizado del Hijo. Las espinas del bonete irrisorio se le clavaron en las manos.

La mujer sacó un fino pañuelo. Comenzaba a limpiar el rostro, cuando uno de los soldados, molesto con la detención, le dijo: «Aparta, señora, que se nos hace tarde». Y el otro: «Ya tendrás tiempo de despedirte en la cruz». Porque los soldados cumplían con su oficio.

La Madre se llevó las manos al rostro, y se apartó del Hijo y de la procesión. Se apartó sollozando y desfallecida. Entonces Zintia, que era gentil, que no sabía la causa del Hombre, dio su brazo a María para sostenerla en el desmayo. Hasta que otras dos mujeres con los ojos llorosos se acercaron a María y se la llevaron consigo. Iban detrás, confundidas entre la nube de polvo que alzaban los curiosos que seguían a los reos... Zintia vio a María de Magdala, la amiga de Raquel, con los ojos llorosos.

Zintia se acordó de su madre. Su madre, que se llamaba Mara y a la que había perdido hacía muchos años en un camino del mundo, en un mercado de esclavos donde las gentes eran rubias. Y acordándose de su madre, se apiadó de aquella Madre que perdía a su Hijo.

Siguió detrás de las mujeres que lloraban y se pegaban el pecho.

Llegó corriendo un soldado del pretorio y dirigiéndose al centurión Longinos, le dijo:

—Jefe, dice el procurador Poncio Pilato que contratéis un hombre para que lleve el patíbulum del Nazareno. Longinos gritó:

—¡Un denario al que cargue con el travesaño!

Nadie contestó. Los hombres se miraron entre sí unos a otros como si se preguntaran: «¿Acaso es nuestro oficio aliviar a los criminales?». Pero entre ellos salió un individuo que dijo:

—Yo no quiero paga. Cargadme el patíbulum.

Era hombre robusto y sano. Y cargó, no sin agobio, con el madero. Entonces pensaron las gentes cuan gran peso sería el que había soportado el reo. Y se hacían lenguas de cómo pudo haberlo resistido después del terrible castigo de la flagelación.

Desde ese momento la comitiva aligeró el paso. El Nazareno había ido tan despacio, que ya los bandidos, adelantados, llegaban al Cerro de la Calavera.

Cerca de la muralla, se acercó a Jesús una mujer, a quien las gentes del mercado de peces llamaban la Verónica. Era popular entre los humildes por sus buenas obras. Mujer de un mercader de pescado, amiga de los Zebedeos, destinaba una buena parte de las ganancias de su marido para aliviar penas ajenas. Se tocaba con una riquísima toca del más blanco lino. Y vio al Nazareno tan sudoroso y ensangrentado que, desafiando la reprimenda de los soldados, se metió en la comitiva y con la toca enjugó el rostro de Jesús.

Todas las gentes que vieron aquello lo juzgaron como una muestra de Yavé, como un milagro del Todopoderoso. Pues con el lienzo de la Verónica, sin que ésta lo estregara, tan sólo con acercarlo al rostro, quedó limpia la cara del Nazareno y en el paño se plasmó, marcada en sangre y polvo, en sudor y serosidad, la imagen de Jesús.

Las gentes que veían la toca se maravillaban y en seguida caían en el terror. Viendo en la imagen una señal de Dios, tomaron el camino de la casa. Fueron pocas las gentes que quisieron todavía permanecer en aquella función.

Celso Salomón, de Roma, vio la crucifixión. Desde días antes, que había visto al Nazareno decir una de sus prédicas, sintió una viva simpatía por él. Aquellas palabras sobre el reino perdurable y la paz eterna que él ofrecía, le consolaron de las muchas desesperaciones y dudas que en la cotidianidad de la vida pagana lo habían acosado en el transcurso de su vida.

En Roma no había visto nunca un hombre igual. Ni sacerdotes ni poetas ni filósofos; ni los mismos rabinos de la sinagoga poseían la voz persuasiva de Jesús, ni su sonrisa, ni su mirada, ni sus dulces ademanes. Celso Salomón era un judío con el corazón encallecido en el materialismo de los negocios, de las especulaciones. Quizá porque

ninguna voz aleccionadora que le entrara por los oídos había logrado henderle el corazón, removerlo y ablandarlo para la bondad. Y ahora sentía, como un renacer espiritual, que su corazón endurecido era capaz de generosas ternuras.

A juzgar por las muestras de aflicción de las gentes, en el Gólgota esperaban la llegada del Nazareno muchas de las que lo seguían. Quizá alguno de sus discípulos. Bastantes de los que habían sido sanados por Jesús. Pero los partidarios de Caifás, los vendidos a Gamard, los extorsionados con las amenazas de los sanedritas formaban una valla humana dispuesta a oponerse a cualquier gesto o acto a favor del reo.

Ya habían atado a la cruz a los dos asaltantes de la caravana. Y en medio de ellos se alzaba el madero destinado a Jesús. Los soldados desnudaron al Nazareno y se rifaron las vestiduras, de acuerdo con la costumbre de repartirse las prendas del delincuente condenado a muerte. Mientras tanto, Jesús, rendido por el martirio, permanecía tirado en el suelo. Los soldados codiciaban la túnica del reo, pues era de muy fino lino y sin costura, como la de los grandes señores. Y había por allí gente que decía que esa prenda era la sola túnica que Jesús se había puesto, desde muy niño, y que, sin deteriorarse ni marchitarse, se había agrandado a la par que crecía Jesús. Pues eran muchas las gentes que murmuraban que Jesús era el Hijo de Dios.

Después de la rifa de las prendas los soldados pusieron el patíbulum bajo los hombros de Jesús. Uno, cogiéndole la mano, se la clavó por la muñeca contra el leño. Luego dos de ellos tiraron de la otra mano del Nazareno para extenderle los brazos. Y cuando los brazos estuvieron bien abiertos y tensos, le clavaron la otra muñeca. Los verdugos se limpiaron el sudor. Si sus gestos eran agrios, si sus facciones aparecían crispadas, se debía más a la dureza del oficio que a prurito de crueldad. Desde el pretorio al Gólgota, habían recibido pruebas de la mansedumbre de aquel hombre que inspiraba piedad más que otro sentimiento.

Una vez clavado, cuatro soldados alzaron el patíbulum. Lo alzaron a pulso y el cuerpo del Nazareno quedó suspendido en el vacío, colgando de las muñecas. A pesar de la tensión con que habían

clavado al reo, los brazos cedieron, estirándose, al peso del cuerpo. Alguien, probablemente un secuaz del Nazareno, se acercó con un paño que enrolló a modo de cíngulo a las caderas a fin de ocultar las partes pudendas. Los soldados no se opusieron, pues en su sentir Jesús no era un criminal de orden común como el Gestas, el Dimas; que ésos sí fueron crucificados con el sexo al descubierto.

Alzaron en vilo a Jesús y encajaron la espiga del madero en el hueco del travesaño. Y así quedó la cruz a modo de una T. Luego cogieron sus pies, que quedaban a un codo de tierra, se los montaron el uno sobre el otro y los sujetaron con un solo clavo.

Los secuaces de Caifás comenzaron a insultar al reo. Le decían que si era el Hijo de Dios, descendiera de la cruz. Hacían irrisión de él. Un grupo de viajeros que venían a Jerusalén a la Pascua, por haberle oído predicar, se espantaron de tanta ignominia e inquirían, afligidos qué delito había cometido.

A unos cuantos pasos presenciaban la crucifixión tres mujeres.

Una sombra se extendió por todo el cielo de Jerusalén, haciéndose más densa y tenebrosa sobre el Gólgota. Entonces todas las bocas callaron y los corazones dejaron de latir para el bien.

Capítulo 16

Las tinieblas

Benasur encontró a Mileto en el atrio de la casa. Si en ese momento el judío hubiera salido a recorrer las calles de Jerusalén, no habría encontrado un solo rostro con la expresión más serena que el de Mileto. El griego, sentado, con los pies descansando sobre el bordillo que delimitaba un rectángulo de jardincillo, leía.

El navarca sintió una súbita intuición al ver la actitud de su escriba. Acababa de dejar a Poncio Pilato con el rostro crispado, con el entrecejo fruncido, con la boca en un gesto de fracaso y de dolor producido por el cólico hepático. Había dejado a su paso por las calles a multitud de gentes con expresiones diversas, pero todas congestionadas de ansiedad, de emoción, de júbilo. Ese día no todos los corazones que latían en Jerusalén experimentaban los mismos sentimientos. Mas Benasur estaba seguro de que en toda la ciudad no había un ser humano que pudiera sentarse tan tranquilamente como lo hacía Mileto, tan abstraído del medio circundante, de los hechos; tan divorciado de las pasiones, de las contradictorias ideas que turbaban a las gentes.

—¿Qué lees, Mileto?

—Un libro de Cayo Petronio...

—¿De Petronio? No sabía que Petronio tuviese publicado un libro.

—Ni yo tampoco. Hace un mes que había llegado, y hasta hoy no se acordó de dármelo tu bibliotecario... Es un libro de poemas diónicos. Me parecen magníficos. ¿Tienes humor para escuchar uno?

—No, Mileto.

—Me lo suponía. Es absurdo, pero me lo suponía.

Y como viera que Benasur le observaba con un gesto de extraña curiosidad, agregó:

—Te digo que es absurdo porque cabría pensar que un hombre como tú, que hoy ha reunido cincuenta millones oro, debía poseer una mínima serenidad, disfrutar de una pequeña euforia capaces de hacerle desear oír un hermoso poema... Sospecho que ahora, después de los cincuenta millones, te sientes peor que antes de tenerlos...

—No estoy de humor...

—Ya, ya... Lo comprendo.

—¿Y Zintia?

—Salió... Se fue a ver las crucifixiones.

—¿Con Raquel?

—No; con tu viejo criado Samuel.

—¿Y Raquel?

—Estará en su alcoba, supongo.

—¿Aún no ha llegado Kim?

—No.

Benasur dio unos pasos por el atrio. Mileto no le quitaba ojo.

—Y tú, ¿por qué te has quedado? —preguntó el navarca.

—Por piedad. Me han dicho que lo flagelaron cruelmente...

—¿Quién te ha informado?

—No lo sé. Hoy todas las bocas de los jerosolimitanos están llenas de noticias. Vete a la puerta y oirás lo que está pasando en este momento.

—Poco importa, Mileto. Lo conveniente era acabar de una vez con ese revoltoso.

—Y Poncio te hizo caso. Me hubiera gustado oír los argumentos que esgrimiste para hacer claudicar al gobernador. No se me olvida cuando hallándonos en Gades le dijiste a Sabino Acio: «El Senado de Roma soy yo». ¿Qué le dijiste a Poncio?

Benasur sonrió. Y en seguida, con una voz apasionada, ligeramente vibrante, como si le gustara escucharse, respondió:

—Le dije a Poncio: «No quiero más matanzas en Jerusalén». ¿Comprendes, Mileto? No, no comprendes. Tendrías que ser judío para comprender el placer que me produjo decirle eso. Tendrías que haber nacido en Jerusalén para sentir en todo su significado esas palabras. No es que yo creyese que el procurador estaba decidido a echar a los soldados a la calle para defender al Nazareno. No. A Poncio nada le importa ese hombre. Pero yo me aproveché para hacerle saber que desde ahora no permitiría que ultrajara, que humillara a los judíos. Le hice comprender que mientras yo estuviese en Jerusalén, había un poder superior al suyo... Y este poder yo lo tengo, Mileto.

—Lo único que comprendo es que el mundo no lo gobierna Roma. ¿Estás seguro, Benasur, de haber ejercido tu poder, el tuyo, con Poncio Pilato? Si Jos Hiram hubiera demostrado simpatía por Jesús, tú lo habrías sacado del pretorio, lo habrías salvado del flagelo y de la cruz. Por tanto, el hombre es sensible a la justicia, capaz de impartirla cuando en la querella no intervienen intereses, no ya sólo de partido, sino simplemente de intereses personales.

—La digresión es el juego de los impotentes, Mileto. ¿Por qué arguyes con hipótesis a mis hechos? Lo cierto de todo no es, como tú dices, que Roma gobierne al mundo o no. Lo cierto es que hoy Pilato cedió a la imposición de un judío. ¡Y no me repliques! Yo no sé si hoy estoy más contento que ayer, pero sí más satisfecho.

Benasur llamó a un criado. De buena gana subiría a la alcoba de Raquel, pero no podía hacerlo hasta que el sacerdote le purificase. Suponía que Raquel en cuanto lo viera le haría mil reproches.

—Busca un sacerdote y dile que venga a la casa —le dijo Benasur al criado—. Explícale que por razones muy graves he tenido que entrar en el pretorio y que estoy inmundo. Debe venir a purificarme.

El criado se fue. Benasur volvió a pasearse por el atrio. Se le antojó que Mileto no le quitaba ojo. En una de sus vueltas le interrogó:

—¿Raquel lo sabe?

—Sí, se lo ha contado Cireno.

—¿Y qué ha dicho?

—No ha dicho nada, Benasur... —respondió el escriba con tono de eludir la conversación.

—¿Nada? —se extrañó el navarca.

—Nada... de palabra. Se le llenaron los ojos de lágrimas, rompió a sollozar y se fue a su alcoba...

—¿Y Zintia? —interrumpió el judío.

—Cuando salió aún no se sabía lo del Nazareno. Ella iba a ver la crucifixión de los dos bandoleros... Es curioso, Benasur. No pretendo molestarte, pero te invito a que pienses en ello. Hoy, en todas las casas de los magnates que han urdido la intriga contra el Nazareno, hay una mujer o un hombre que lloran por él. Te lo digo para que te prepares. Jacob y Juan se han ido también al Gólgota. Salieron desesperados cuando circuló la noticia de la sentencia de muerte. Son también adeptos del Nazareno. Reconozco que ese pobre hombre es un visionario como tantos, pero ha hecho bastantes prosélitos en pocos días. Mucho me equivocaría si ese hombre y su doctrina no comienzan verdaderamente a vivir desde ahora. No olvides el caso del profeta Juan. Y Juan no había despertado las devociones que ese Jesús...

—¿Y para qué debo prepararme, Mileto?

—Para oír a Zintia. Zintia ha ido al Gólgota sin pensar ni remotamente encontrarse con el Nazareno. La crucifixión debe de haberle causado un efecto terrible. Zintia no es como Raquel...

—Zintia no tiene idea de lo que predicaba ese galileo —comentó el judío restándole importancia al asunto.

—No importa. Ha oído lo suficiente a Raquel para haberse formado una idea demasiado sentimental de las cosas. Las mujeres son sensibles a la desgracia. Y no olvides que al Nazareno lo flagelaron —argüyó el escriba.

Benasur no acababa de comprender por qué Mileto insistía tanto sobre el tema. En todas sus palabras le parecía observar una censura encubierta. El griego era agudo y solía reservar los más punzantes dardos para el momento oportuno. Benasur no sentiría ninguna desazón por los reproches o las críticas que pudiera formularle el heleno. En lo más íntimo de su conciencia, parecía desearlos. Estaba impuro en la carne y se sentía manchado también en el espíritu. Mas no por la cuestión del Nazareno, sino por algo subterráneo, velado, que no acertaba a concretar bien. Sólo se daba cuenta de que Jos Hiram se le venía a la mente muy a menudo, y que su recuerdo le producía cada vez mayor mortificación.

—Debo pensar que Raquel y Zintia están contra mí...

—¿Y por qué olvidas a Jacob y Juan? ¿Por qué omites al viejo Samuel? —replicó hiriente el escriba—. No sé qué pensará el propio Cireno. Pero una cosa es cierta: que en Jerusalén, excepto los pagados por Gamard, los que no están a favor de Jesús, lo compadecen por la injusticia de que ha sido víctima. Y yo mismo, Benasur, yo... ¿te lo digo?

Mileto se puso de pie y dejó el libro sobre la silla. La sonrisa con que había cerrado la interrogación hecha a Benasur, tenía en sus labios un gesto de desafío. El navarca lo miró escrutadoramente y aceptó el reto:

—¡Dilo!

Y el griego repuso calmadamente:

—Me siento defraudado.

—¿Qué salario te debo? —preguntó en tono agresivo.

—¡El que te hurtas a ti mismo, Benasur! Hoy has dejado de ser el que fuiste siempre. Si malo eras antes, ahora has unido la cobardía a la maldad, Benasur.

Y como el navarca permaneciese callado, Mileto pinchó:

—¿No te irritas?

—¡No! Puedo escuchar todo lo que se te ocurra. No me irrito. ¡Sigue! ¿Cuál es la causa que te obliga a conceptuarme de tal modo?

—Tengo la seguridad de haberte sido útil, por lo menos una vez: cuando hallándonos en Garama te hice ver lo obcecado que estabas con Shubalam. Creías que Shubalam era un factor, cuando ya ese factor había sido eliminado. Sin embargo, persistías en tenerlo en cuenta. Tú buscabas un rey, un caudillo... y Shubalam ¡no era más que un poeta!

—Bien, ¿y qué?

—Sencillamente, que ahora está ocurriendo algo semejante... ¿No comprendes?

—No, no comprendo. Habla claro...

—A veces, no es posible... ni conveniente. ¡Hablar claro! Hace dos horas Jos Hiram habló claramente en la junta. Yo creo que ahora conviene matizar... ¿No te molesta que repita algo que tú sabes de memoria, Benasur? Eres poderoso y no te das cuenta. A tal extremo no te das cuenta, que has claudicado ante una impertinente exigencia de Jos Hiram... ¿Y quién es Jos Hiram, Benasur? Un banquero, un naviero, un mercader de tantos. Sí, muy rico... Pero ¿acaso ignoras que hoy muchos judíos tan poderosos o más que Jos Hiram te darían el dinero a ciegas, sólo por complacer al socio y amigo de Tiberio? ¡Y has claudicado! Por ofensa mucho menos grave has perseguido implacable a ese pobre hombre de Joamín. Ahí están padre e hija custodiados en el Registro, esperando la Pascua más amarga de su vida...

—Concreta, Mileto —apremió Benasur, satisfecho de que el griego viniera a aclararle la causa de su propia mortificación.

—¡Oh, Benasur! —repuso el heleno—. Será difícil concretar una situación tan compleja. Mas procuraré explicarme. De tiempo atrás piensas que la única manera de destruir Roma es haciéndole la guerra. Y no te das cuenta que por otros caminos el odio te ha

llevado a una situación que te permite acabar con Roma sin necesidad de hacerle la guerra. Eres amigo de Tiberio. El poder senatorial está de hecho en tus manos. Tienes, pues, bajo tu influencia las instituciones políticas del Imperio. ¿No comprendes que con intrigas y dinero puedes cambiar el mundo? ¿No comprendes que después del César eres la persona más poderosa del Imperio? Y esa situación tan envidiable vas a jugarla, vas a ponerla en peligro comprometiéndola en una causa para la cual te encuentras solo, absolutamente solo. Vas a exponer tu fortuna, tu prestigio, tus privilegios en una aventura en la que tus socios sólo se reservan el derecho de las ganancias... Tus doce socios y en especial Jos Hiram y su grupo van a viajar alegre y provechosamente con zapatos ajenos. Y hoy, Benasur, te has convertido en los zapatos de Jos Hiram. ¿Qué exponen ellos? Absolutamente nada. Ni un solo cobre. Si pierdes, tienes bienes suficientes y saneados para responderles de tu fracaso. Si ganas, ellos tendrán derecho preferente a la hora del reparto... ¡Y esto lo hace el amigo querido del César, el amigo del Imperio! ¿Acaso estás loco, Benasur? ¿Cómo es posible que tú, que no cediste un ápice ante Skamín, que te mostraste firme y exigente con Tiberio, que impusiste sin contemplaciones tu voluntad en Gades, que removiste en sus cimientos el reino de Garama, hayas cedido tan blandamente a la exigencia de Jos Hiram? Te lo confieso: cuando oí hablar a tu primo, sentí vergüenza de verte tan sumiso, tan dócil a sus impertinencias. Pero yo sé por qué, Benasur. Porque estás obcecado. En Jerusalén como en Garama te ha obcecado tu modestia. Porque, a pesar de tu soberbia, eres, en el fondo, modesto. E igual que veías en Shubalam un príncipe, ves en Jos Hiram un poderoso banquero. ¿No comprendes que eres ya mucho más importante que tu primo? ¿No comprendes que tus conquistas son mucho más valiosas que aquellas que podrías hacer con la ayuda de tus socios? No eres tú el que necesitas de ellos, sino ellos de ti. Puedes aniquilarlos, si lo deseas, uno a uno. Y puedes empezar por Jos Hiram...

—¿Qué propones, Mileto?

—Aún no lo has visto claro, Benasur. Sigues pensando igual que cuando tenías veinte años, cuando eras un muchacho lleno de

ambición y de envidia, y, por lo mismo, lleno de timideces y de admiraciones. Ninguno de los que te rodean es digno de ti. En Gades, cuando fuiste a ver al pretor Sabino Acio le dijiste: «El Senado de Roma soy yo». Y los hechos demostraron que sí lo eres: El Senado y Tiberio juntos. Y ese Benasur es el mismo que acoge a sus socios en su casa de Jerusalén con la cortesía, blandura y timidez de un novato. ¿Y quiénes son ellos, Benasur? Hasta que llegué a Jerusalén no conocía los nombres de muchos. ¡Mercaderes! ¿Cuál de ellos se ha echado a la diestra del César para comer a la misma mesa que el Emperador? ¿Cuál está protegido con el manípulo cesáreo? ¿Quién es Beso de Tiberio?

Y tras una pausa, Mileto sentenció:

—Mis palabras ya han sido declaradas. Y lo único que me resta decirte es que ¡me voy! No quiero continuar más a tu lado. Le había prometido a Raquel seguirte adondequiera que fueses, pero decididamente me voy. ¿Sabes por qué, Benasur? Porque temo que en una de nuestras disputas tú te violentes y llegues a pegarme un puntapié. No creas que es tu patada lo que me dolería. No. Me dolería, como un baldón, como una ignominia, sentir que el zapato que me pegaba en el trasero no era el tuyo, sino el de Jos Hiram. Porque desde ahora, Benasur, Jos Hiram viajará con tus zapatos, pero tú pegarás con su pie. ¡Eso es lo que has conseguido en la junta!

Benasur no se indignó. Reconocía que por la mañana había estado tan obcecado con la idea de reunir los cincuenta millones, que no llegó a darse cuenta de su claudicación.

Pero ahora las palabras del griego arrojaban demasiada luz en su cerebro. Era evidente que Jos Hiram lo presionó coaccionándolo; mas de la realidad de este hecho al abandono de su empresa contra Roma, había una gran distancia a recorrer. Toda la que lo separaba de sus años mozos. Cierto que al principio sostuvo su inicial odio a Roma por las humillaciones que Roma hacía a los judíos. Mas a él, a Benasur, Roma lo honraba y respetaba. A los demás, no. Y los demás eran los Askenazi, los Daniel, los Hiram, los Samuel; los mismos que a la hora de poner el denario lo hacían con todas las reservas, con todas las garantías. Por salvar el denario, sus socios no

parecían sentir tan irritante el escozor de la tutela de Roma... Sí, Mileto tenía razón. Pero todo había que meditarlo y repensarlo. Lo inmediato, lo perentorio, era disuadir a Mileto de su idea de irse. No podía dejar escapar a Mileto. El griego se había convertido en una prolongación de su persona, no sólo en lo físico, sino en lo espiritual. No era sólo un escriba, un consejero. Era un amigo.

Mileto, sentado de nuevo en el banco, fingía leer a Petronio, En realidad, ya su ánimo se encontraba turbado y no tenía la suficiente serenidad para continuar disfrutando de la lectura de los poemas. Había un poema que no le gustaba, y pensaba escribirle a Petronio al respecto.

—Debes hacerte a la idea de que no dejaré que te vayas —le dijo Benasur.

—Me voy, Benasur. Y yo no soy un Jos Hiram que te imponga condiciones. Me voy porque siento, estoy convencido de ello, que ningún papel me resta hacer a tu lado. De escribas está lleno el mundo, Benasur. Y de matemáticos también. Si cometes error, mi presencia no evitará que pierdas. Sólo es buena, tú lo sabes, para registrar la equivocación...

—Cierto. Sin embargo, Mileto, creo que tú puedes estar atento como lo estás y evitar que yerre. ¿No me has prevenido en el caso de Shubalam?

Los dos hombres se miraron. Mileto creyó ver en los ojos de Benasur como una expresión nueva o una intención que hasta entonces no había observado en él. ¿Acaso estaba dispuesto Benasur a guiarse de sus consejos? De ser así, Mileto había llegado tarde. Unas horas antes, quizá hubiera impedido que el Nazareno fuese tan injustamente condenado.

Sentía la muerte del Nazareno como sintió a su vez la de Kaivan, el iluminado enano de Garama.

Mas no pudo saber cuál era la nueva intención de Benasur. No tuvo oportunidad de que el navarca hablara explicándose, porque en eso se presentó Kim. Venía vestido de paisano y traía una bolsa de cuero con la correspondencia. En cuanto cambiaron los saludos, Benasur le interrogó:

—¿Dónde has dejado tu uniforme?

—En el Aquilonia, señor...

—¿Por qué?

—Como venía a Jerusalén... —se excusó el oficial un tanto desconcertado.

—Venías a Jerusalén, pero en servicio. ¿No es así, Kim? ¿Y cuándo se ha visto que un marino en servicio se vista de paisano? Si es que te cansa la mar, Kim, dímelo, que con todo gusto buscaré quien te reemplace...

—No me ha cansado la mar, navarca magnífico. Es que pensé que en Jerusalén...

—¡Basta, Kim! En Jerusalén y en la India un marino es un marino. Dame la bolsa y ahórrate las disculpas.

Benasur abrió la bolsa y echó la correspondencia sobre una mesa. Desparramó los mensajes buscando los que pudieran interesarle más. Tropezó con uno que venía de Gades. Era un rollo sellado con una nota de Darío David que decía: «Esta epístola fue recibida en un barco que llegó de Cesárea de Mauritania». Rompió el sello y desenrolló el pliego:

DE COSÍA POMA a BENASUR DE JUDEA

Tu rigor no ha podido con mis ansias de libertad. Y mi astucia, condenado Benasur, ha vencido con la ayuda de los dioses tu criminal ingenio. Te escribo para darte una noticia: que espero el nacimiento de una criatura que llevo en mi seno. El hado adverso que me persigue desde que tú llegaste a Gades quiere que ese primer hijo sea tuyo. Estoy tan perpleja conmigo misma que todavía no sé qué suerte dar a esa criatura: si la muerte que traiga a mi memoria el olvido, o la vida que me renueve cada día, cada hora, cada minuto, el odio que te tengo. Si vive, es porque será hijo. Y vivirá para maldecirte siempre que tu recuerdo venga a mi memoria, pues le enseñaré antes que las primeras letras a que sepa decir «Maldito sea mi padre que era judío». Y odiándote a ti, odiará también a todos los de tu raza... Siempre en sus labios tendrá una maldición para ti y para los tuyos...

Benasur dejó el pliego. Mileto y Kim le observaron con inquieta atención. Durante la lectura notaron que se había demudado.

—¿Malas noticias? —preguntó Mileto.

El judío no contestó. Del corazón le brotaba una amargura ácida, pastosa, que se iba filtrando por todos sus miembros. Murmuró:

—Mi hijo...

Mileto y Kim se miraron sin comprender. Y Benasur, como si tuviera necesidad de oírse a sí mismo, exclamó:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Y en seguida, dándose cuenta, sacudió la cabeza. Se fue al fondo del atrio. Se quedó mirando hacia el patio interior. Miraba las cosas sin fijarse en ellas. Sólo la luz del sol que untaba las flores, los arbustos, le hería la retina. «Y odiándote a ti, odiará también a todos los de tu raza.» Hacía media hora, él, Benasur, había dicho a Poncio Pilato: «¡No quiero más matanzas en Palestina!». Y ahora era Cosía Poma la que le decía: «Y odiándote a ti, odiará también a todos los de tu raza». Y era su hijo, su propio hijo próximo a nacer, el que iba a odiarlo a él y a todos los suyos.

¿Por qué? Y sin poder evitarlo se volvió a Mileto y a Kim para gritar:

—¿Por qué, por qué Cosía Poma hará que mi hijo me odie? ¡Mi hijo! ¿Por qué voy a quedarme sin mi hijo?

Mileto no tuvo ya duda de que algo grave, capaz de trastornarle el juicio, le ocurría a Benasur. Y acudió solícito a su lado. Kim, no. El oficial guardó respetuosamente la distancia, no dándose por enterado de las interrogaciones que se hacía el navarca.

—¿Qué sucede, Benasur? ¿Qué nuevas has tenido? Y Benasur, todavía perturbado por la noticia, respondió con el tono de una íntima recriminación:

—Tú nunca has sabido nada de Cosía Poma...

Mileto supuso, con razón, que la tal Cosía Poma sería la hija del noble gaditano que se suicidó el día que llegaron a Gades. Pero no acertaba a establecer ninguna correspondencia —fuera de aquella patética protesta— entre Cayo Pomo y Benasur.

—Supongo que será la hija del gaditano Cayo Pomo.

—Sí, ésa es. Pero tú, Mileto, no sabes nada, nada... ¿Te acuerdas de la cabellera que llevaba prendida del hombro cuando salimos de Putea? ¡Era la cabellera de Cosía Poma! ¿Alguna vez viste una cabellera igual? Esa cabellera era de la madre de mi hijo. ¿Comprendes? No, no muevas la cabeza diciéndome que sí, porque no comprendes. Ni me mires así, que no estoy loco. Lo único que

cabe decirte ahora es que Cosía Poma está encinta y va a dar a luz un hijo. ¡Mi hijo, Mileto! Y ese hijo vivirá... para odiarme. Para maldecir a Benasur y a todos los judíos. ¿Por qué, Mileto? ¿No fue ella la que me ofendió? ¿No fue ella la que me quiso matar con aquel puñal que escondió en la litera?

Benasur no decía nada absurdo, pero a Mileto le parecieron sus palabras incoherentes, propias de una mente que desvariaba.

—¡Han sido unos ineptos! Desde Alejandría di órdenes a Silpho, a Darío David para que buscasen a Cosía Poma. Y no lograron dar con ella. Y ahora la propia Cosía me escribe esa carta desde la Mauritania...

Pensó en Zintia. Le pareció que el embarazo de la joven alhuma era una burla. Por muchos hijos que le diera Zintia, ninguno de ellos sería el primogénito. Además de que Zintia... era otra cosa.

Fue dominándose a pesar de la perplejidad en que se hallaba. Siempre había sabido reaccionar ante lo adverso, pero ahora se creía como sin experiencia, desasistido de recursos para enfrentarse con aquella situación. No acertaba a comprender por qué el odio de Cosía Poma llegaba a tal extremo. Estaba seguro de que si la noche del simulacro del crimen la joven le hubiese pedido perdón, él la habría perdonado. Sí, porque Cosía Poma tuvo encantos para seducirlo desde el primer momento. La misma actitud orgullosa, altiva, de la joven gaditana había servido para prestigiarla ante sus ojos. Podía odiar a los romanos, pero no a una mujer como Cosía Poma, con sangre ilustre en las venas, con un hijo suyo en el vientre. Y ese hijo, que tendría todas las virtudes de entereza y señorío de los Pomo, ese hijo, que heredaría su propia audacia y su ingenio, que debía ser el primogénito de una dinastía de navarcas o de reyes, ese hijo lo perdería por el odio de su madre.

La imaginación le perturbaba aún más. Y se recreaba morbosamente en ver a Cosía Poma y a su hijo hechos unos parias, desvalidos, correteando por esos caminos del mundo, cayendo en servidumbre, humillados y apaleados. Si Cosía había logrado escaparse y burlar a Silpho, si le escribía desde Cesárea, era porque iba a embarcarse rumbo a otra ciudad. A Gades no volvería... Y aunque se comunicase con su madre, ésta, después de todo lo

maquinado por Benasur y Sabino Acio, mantendría en secreto la existencia de su hija.

Sintió cierto agradecimiento por Mileto. El escriba, después de lo acre de su argumentación, después de sus censuras y su determinación de abandonarlo, se mantenía a su lado con un gesto de sincera aflicción. Por primera vez en su vida, Benasur tenía ocasión de comprobar la vigencia de unos sentimientos de relación solidaria, ajenos a cualquier otro interés y compromiso. Mileto en esos momentos comprendía su drama, sin conocerlo en detalles, con una generosidad que le enternecía. ¿Qué era ese sentimiento? Pensó que de explicarse, que de relatar ampliamente la cuestión a Raquel, a Zintia, a todos los seres que le rodeaban y que se mostraban blandos y comprensivos con las flaquezas, los dolores y las penalidades de los demás, tendrían para él palabras de consuelo.

Mas no quería consuelo. Él deseaba cambiar impresiones. Explicar y que le sugiriesen el modo más eficaz de resolver el drama que planteaba Cosía Poma. Habría algún modo de salvar a su hijo del destino de odio que su madre le tenía preparado.

Vino un criado para decirle que Miqueas pedía verlo.

—¿Miqueas, el hijo de la costurera, el que dicen que estaba ciego? —preguntó Benasur. Y en seguida, de mal talante—: ¿Para qué quiere verme Miqueas?

Miró a Mileto y se contuvo. Mileto aún le observaba con aquella expresión condolida. Sin embargo, él, al solo nombre de Miqueas, se había revuelto irritado. ¡Miqueas! También Miqueas, sin duda alguna, era de los hombres capaces de sentirse contristado con su tragedia. Se resolvió:

—Dile que pase.

Mileto se apartó.

—No te vayas, Mileto. Quédate. Lo que tenga que decirme, puedes oírlo...

Pero Mileto se había dirigido hacia la escalera porque bajaba Raquel. Benasur se adelantó a la entrada para recibir a su amigo de infancia. En cuanto le vio entrar, le interrogó:

—¿Qué negocio pendiente tienes conmigo? ¿Acaso todavía te interesa la plaza de jardinero que te ofrecí? —dijo queriendo ser

amable, pero sin conseguirlo.

—Vengo con el negocio del perdón —repuso dulcemente Miqueas.

Traía los ojos húmedos. Parecía venir de otro mundo.

—¿El negocio del perdón? ¿Qué negocio es ése? Si tanto te interesa mi perdón, vete en paz con él, Miqueas. Quedas perdonado —concedió Benasur con voz y gesto desabridos.

—¿De qué, Benasur? Soy yo el que viene a perdonarte.

—¿Perdonarme a mí? ¡No te preocupes! Yo no necesito tu perdón. Tú no comprendes muchas cosas de las que han pasado, Miqueas. Y crees que estoy dolido contigo porque viniste el otro día a pedir mi testimonio. No, nada me importa que me hayas cogido en perjurio...

—No, Benasur. No es eso. El perdón que yo vengo a darte no es cosa de tu potestad, sino de la mía. No puedes negarte ni oponerte a que yo te perdone.

—¡Te digo, Miqueas, que no necesito tu perdón!

—Pero yo sí necesito perdonarte.

—¿Qué lenguaje hablas, Miqueas?

—El arameo, que es el tuyo y el de Él...

—¿Él? ¿Quién es él?

—Jesús, el Mesías... He visto cómo lo crucificaban. ¿Sabes lo que acaba de decir? Pidió que el Señor perdonase a sus verdugos, a los mismos que lo crucificaron. Tendrías que haberlo visto para darte cuenta de la ternura, de la mansedumbre de sus palabras. Hasta yo, que he dado testimonio de su verdad, ¡sí, Benasur, verdad!, me sentí culpable. Y salí corriendo, corriendo, pensando nada más que Él perdonaba y que yo te había maldecido... Con el miedo de que al llegar aquí me encontrase con que mi maldición se había cumplido y que tus ojos se habían quedado sin vida...

Y rompiendo a sollozar, Miqueas continuó:

—¡No, Benasur, no quiero ningún mal para ti! ¡Yo te perdono! Y tú dime que aceptas mi perdón, dímelo, Benasur, porque después de haberle escuchado a Él ya no tendría tranquilidad ni reposo en el resto de mi vida, sabiendo que tú no aceptabas mi perdón. ¡Yo te perdono, Benasur, y no quiero verte ciego! ¡No, no, no!

Miqueas, acongojado, se echó a los pies de Benasur. Éste dio unos pasos atrás.

—¡No me toques, Miqueas, que estoy contaminado!

Pero Miqueas permaneció prosternado a sus pies. El navarca no entendía a su amigo, mas se conmovió con aquel estallido de angustia, de miedo, de bondad. Pensó que Miqueas le estaba dando el ejemplo de una virtud para cuyo ejercicio él se encontraba ayuno de recursos. Con una actitud semejante a la de su amigo, lograría obtener el perdón de Cosía Poma. Y conseguiría así rescatar para el amor a su hijo. «Rescatar para el amor.» Se extrañó del lenguaje que utilizaba para ordenar su pensamiento. Pero venía a comprender que el amor poseía un lenguaje peculiar y tan eficaz como el del odio. Quizá más eficaz. ¡Qué nueva empresa para su vida sería la de dedicarse a conseguir el amor de Cosía Poma! Si se habían entendido tan bien en el odio, cabía pensar que pudieran entenderse en el amor. Cosía Poma no tendría tan duro el corazón como para negarse a la piedad cuando lo viera a él de rodillas, rogando igual que Miqueas el perdón.

Mileto y Raquel se acercaron a los dos hombres. Benasur no se atrevía a mirar a Raquel. Adivinaba que en el rostro de la joven encontraría una expresión de franco reproche, de acre censura. Pero sabiéndola tan cerca, sintiéndola a su lado, sin apenas mirarla, le dijo:

—No me toques, Raquel, que me he contaminado en el pretorio... —Y a Miqueas—: Levanta, hermano. Yo acepto tu perdón y no te acongojes. Mis ojos tienen vida.

No estaba muy seguro. Era pleno día y comenzaba a hacerse una extraña oscuridad. Y como esto no podía suceder con un cielo que minutos antes aparecía radiante de luz, sospechó que perdía la facultad de ver.

Mileto y Raquel obligaron a Miqueas a levantarse. El hombre parecía dudar de la sinceridad de las palabras de Benasur.

—¿De verdad lo aceptas? —preguntó levantándose.

—Sí, Miqueas, en verdad de verdad lo acepto.

Mas ahora era la presencia de Raquel la que se le hacía insoportable. Sabíase contaminado en el alma, pecador de corazón, no sólo manchado de fórmula. No por haber entrado al pretorio, sino por lo que había hecho en él. De cualquier modo, el Señor no habría

visto con buenos ojos su oficiosidad. Se dirigió hacia el patio; pero, al verlo ensombrecido, cobarde ante la posibilidad de su ceguera, se fue a la biblioteca. «Y odiándote a ti, odiará también a todos los de tu raza.» No era posible. Tenía que haber una fórmula nueva. Una fórmula de piedad y de amor, una fórmula en que los yerros fuesen reparados y las almas aliviadas por el arrepentimiento de sus errores y pecados. No era posible mantener a perpetuidad una vida de odio.

Sin embargo, reconocía que él había sido nutrido toda su vida por el odio.

Se estregó los ojos, abrió y cerró repetidamente los párpados con el deseo de aclarar la visión. Pero a cada momento la oscuridad era mayor. Sin poder contenerse ya, presa del miedo, pidió una tea. ¡Qué alivio! Cuando el criado entró con ella vio que su llama era natural. No, no estaba ciego. Algún fenómeno extraño ocurría. Quizá un eclipse. De tarde en tarde, solía ocurrir que la luna se interponía al sol y se hacían las tinieblas. De niño, bajo el reinado de Arquelao, se había producido un eclipse. Entonces se intensificó la opresión de Roma.

Encendió las siete mechas del candelabro de bronce. Se le antojó más pesado que nunca. No comprendió cómo, siendo niño, pudo blandir ese mismo candelabro para ir contra el centurión de la cara cuadrada... Se acordó del centurión y por primera vez no sintió el agudo sentimiento del odio. Como si la historia del centurión fuera conflicto caducado. Ahora empezaba a vivir el odio de Cosía Poma.

Le pareció escuchar la voz de Jos Hiram en el atrio. Y súbitamente, el odio que reprochaba a Cosía Poma se revolvió en su corazón. Un odio nuevo, irreprimible, como si la sangre se le cortara en el cuerpo. Un odio por su misma sangre, por Jos Hiram, su primo. Y dejando el candelabro sobre la mesa, sacó de una caja la espada de Garamantis.

Todo lo hizo con precipitación, como si fuera a faltarle tiempo. Salió de la biblioteca llevando en la izquierda el candelabro y en la diestra la espada.

—¿Eres tú, Jos Hiram? —preguntó en la oscuridad.

—Soy yo, hermano. ¿Desde cuándo das asilo a los impostores?

Jos Hiram se refería a Miqueas, Raquel y Mileto vieron con temor el gesto, la presencia de Benasur. Allí, en el umbral de la puerta, iluminado con la luz del candelabro, recortado en la oscuridad de las tinieblas, tenía un aspecto inquietante, entre misterioso y feroz. Kim no supo si acudir en su ayuda para cogerle el candelabro. A Mileto se le antojó uno de los tantos diosecillos iracundos del Olimpo. Raquel lo asoció a uno de los arcángeles que ejecutan las órdenes del Señor. Pero Jos Hiram lo encontraba ridículo.

¿De dónde había sacado su primo aquella espada?

—La casa de Benasur es la casa de mi hermano Miqueas, a quien el Nazareno devolvió la vista, Jos Hiram. ¿Y quién eres tú que, aprovechándote de las tinieblas, entras en mi casa como ladrón?

—¡Qué buen humor tienes, Benasur! Me recuerdas al mimo de una pantomima que vi en Tesalónica...

—¡Contesta, Jos Hiram! Yo doy testimonio de que Miqueas es mi amigo a quien toda la vida conocí y al que Jesús dio la vista. ¡Es mi testimonio, Jos Hiram! ¿Acaso tú lo niegas?

Jos Hiram rompió a reír:

—¡Díselo al crucificado! Quizá llegues al Gólgota antes de que se muera.

El navarca avanzó hacia su primo. Llevaba la espada en alto amenazadoramente. Raquel se acercó a él apaciguadora. Mileto miraba a los dos hombres sonriente. Era una hermosa escena, capaz de igualar a las más dramáticas de Sófocles. Kim también se movió hacia Benasur.

—¿Sabes que ya no necesito de tu dinero?

—¿Ya no? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —repuso, intrigado, Jos Hiram.

—Prefiero tu cabeza, Jos Hiram. ¡Y voy a cortártela! Dime, antes de que sea tarde, cuál es tu última voluntad.

Jos Hiram reculó. Al fin, tuvo la sospecha de que aquello no era una broma ni una farsa. Porque veía avanzar hacia él a Benasur con la espada en alto, con los ojos iluminados por un brillo homicida.

—¡Estás loco!... ¡Quédate quieto, o no respondo! —advirtió Hiram agarrando una banqueta.

En eso Benasur se desasió bruscamente de Raquel, que le había abrazado para contenerle.

—¡No, Benasur! ¡Es tu hermano!

—¿Y qué? ¿No sacrifiqué a un hermano de mi sangre que era más inocente que éste? ¿Por qué no voy a acabar con Jos, que siempre me ha pisado la sombra y que hoy ha vencido mi voluntad?

Y Benasur dio el salto. Pero ya no pudo mantenerse en pie. En ese instante, cuando llevado por su rencor iba a descargar el golpe sobre la cabeza de Hiram, trepidó el piso como si la tierra se hundiera, Simultáneamente un trueno potentísimo se extendió por todo el ámbito de Jerusalén. Benasur dio en tierra con espada y candelabro. Una de las candelas comenzó a quemarle el Lazo de Púrpura. Jos Hiram salió huyendo.

Mileto y Kim —quien lleno de azoramiento se había quedado a un lado sin atreverse a intervenir— acudieron a levantar a Benasur, y tuvieron que hacer grandes esfuerzos para no caer sobre él. De las lucernas del candelabro se había desparramado el aceite. Todo comenzó a crujir como si los muros y las columnas fueran a desplomarse, a salir de sus bases. Kim retiró el candelabro. Miqueas, como si estuviese en el secreto de tan extraño fenómeno, musitaba quién sabe qué palabras, qué ruegos al Señor, Padre del Hijo.

Lograron ponerse de pie. El temblor iba en aumento. Algunos criados, dando gritos, como enloquecidos, pasaron por el atrio en huida hacia la calle. Benasur y Raquel los vieron huir como si fueran seres extraños. Kim, aterrorizado, pegado a uno de los muros, vacilante como un ebrio, también se dirigió hacia la puerta, pero con cierta cautela, temeroso de ser sorprendido por el navarca. Y cuando llegó al corredor que conducía al zaguán, sin ningún pudor abandonó la casa.

Todo oscilaba. La lámpara que colgaba en el corredor se movía en un vaivén inquietante. Del interior de un cuarto se escuchó el estrépito de algo que vino a tierra. De la calle se oían las carreras y los gritos de la gente. Benasur se agarró a una columna del atrio, imitando a Mileto, que había tomado la iniciativa arrastrando consigo a Raquel. Miqueas optó por tenderse en el suelo pegado a uno de los muros.

Afuera iba en aumento el rumor del griterío. Lamentos e imprecaciones, llamadas y ruegos al Cielo se mezclaban a los gruñidos, aullidos y relinchos de las bestias.

La oscuridad se hizo completa. A ciegas, tuvieron el terror de que el mundo se acababa, de que el mundo volvía a su caos original. Sin duda, los cielos se habían abierto y la tierra caía en la sima de los abismos. Que el universo se desplomaba en pedazos lo probaban los vivos relámpagos y los truenos que parecían escaparse por las grietas del firmamento.

La catástrofe los sumió en una igual cobardía. Si algún sentido quedaba despierto en Benasur, era nada más para adivinar —puesto que no los veía— que Raquel y Mileto se habían unido en el momento de peligro por un instinto de solidaridad entrañable.

—¡Debemos salir a la calle, como los demás! ¡Todos han escapado!... —dijo Benasur.

—No, no. Aquí estamos más seguros —respondió Mileto.

El griego, que había conocido más de un terremoto en Corinto, sabía que el peristilo de las casas era el lugar más seguro, pues, además de estar sin techar, las columnas, sólidos sostenes, rara vez se desplomaban. Mientras que en la calle los peligros se multiplicaban, bien por el derrumbe de muros y vallados, bien por los accidentes que provocaban las bestias lanzadas a una carrera loca, en que atropellaban a todo ser viviente que topaban a su paso. Además el temblor, pasada su primera fase trepidatoria, se convertía en oscilatorio, y no dejaba nada firme en los terrados ni en las ventanas ni en las escaleras de las casas.

Mas Mileto, a pesar de su experiencia en estos fenómenos, sentíase medroso. Lo que le atemorizaba no era en sí el terremoto, sino las tinieblas que se hicieron simultáneamente. La oscuridad junto al temblor hacía mucho más impresionante y aterradora la catástrofe. Tampoco había visto coincidir con un temblor un firmamento que se resquebrajaba en relámpagos y truenos sin tormenta.

La cobardía era superior al miedo. Sentíanse víctimas y testigos de un cataclismo universal, tal si la Divinidad hubiera desatado la furia de todos los elementos. El griterío exterior se confundía al crujir de

los muros y del artesonado de la casa, y las veces que el relámpago prestaba su luz vivísima, veían el atrio desarticulándose. No era el miedo a morir, a terminar, sino el pavor a sumirse en un caos inexplicable.

Se oyó a lo lejos el ruido peculiar de un desplome. Algún edificio importante se había derrumbado.

—¿Habéis oído? —preguntó Miqueas.

Nadie le contestó. Tenían los oídos embotados por el terror. Miqueas pensó que el Templo o la Casa del Sanedrín se habían venido abajo. Miqueas tenía la certidumbre de que aquel final del mundo lo provocaba la muerte del Mesías. Y en voz alta, levantando la cabeza, refugiándose más contra el muro, volvió a implorar la misericordia del Señor.

Nunca Benasur había tenido una prueba tan evidente del poder de Dios. Ni el mar cuando se embravecía era tan amedrentador como la conmoción de la tierra, que ponía vértigo en el cerebro, angustia asfixiante en el corazón, debilidad en todos los miembros.

Estaba seguro de perecer. Si aún le quedaba un residuo de esperanza era para pensar en Zintia, que tenía el vientre grávido; para pensar en Cosía Poma y su hijo, perdidos para el amor, ganados para un odio eterno. Si la catástrofe caía solamente sobre Jerusalén, muchas y muy graves habían sido las faltas de los jerosolimitanos para con su Dios.

Mas el temblor comenzó a decrecer y a los pocos segundos cesó de súbito, tal como había comenzado. Y al volver todo a su orden, asomó la primera luz, débil y tímida, un tanto cenicienta, semejante a la de un gris amanecer. Los mismos truenos que habían conmovido la tierra se retiraban dejando un rastro de crujidos subterráneos. Las voces de la calle comenzaron a diferenciarse en las llamadas que se hacían a los hijos, a los padres, a los vecinos.

Benasur percibió que un polvillo húmedo y fétido estaba suspenso en el aire. Tuvo la aprensión de que era como tierra pulverizada y corrompida.

Desde luego no era la arena del desierto que con las tolvaneras solía caer sobre la ciudad. Era un polvo vetusto, antiquísimo, salido

quizá de las grietas que se habían producido en el mismo cielo en el momento de resquebrajarse con el primer trueno.

Benasur empezó a distinguir la mancha blancuzca que formaban Raquel y Mileto. Le pareció adivinar que los dos estaban abrazados, como si en el último momento de pánico hubieran querido juntar sus vidas para entrar en la muerte con un solo y mutuo sentimiento de reciprocidad. No sintió celos. Benasur pensaba con angustia, con un temor cada vez más creciente, en Zintia. Y este temor que denunciaba un amor recién revelado hacia la joven alhuma le hacía descubrir nuevos sentimientos en su corazón.

Estaba seguro de que se iniciaba una nueva vida. Mileto, con sus razonamientos rigurosos, con su implacable lógica, no entendería lo que estaba pasando. Ni tampoco Miqueas con su simplicidad de adepto al Nazareno. Miqueas creería que la catástrofe era debida a la muerte del Hijo de Dios. Pero resultaba absurdo pensar tal cosa. Dios, si realmente Jesús hubiera sido su Hijo, habría obrado con mayor oportunidad para librar al Mesías del sacrificio. No; nada tenía que ver la muerte del Nazareno con aquellas muestras de las iras del Señor. La prueba, que él estaba vivo. Dios le había librado de la catástrofe porque sus pecados no eran merecedores de tan violento castigo. Mas en ese momento, Yavé Omnipotente inauguraba una nueva vida. Como si la Humanidad y el Mundo comenzaran de nuevo a vivir tras el cataclismo.

Lo veía muy bien. Desaparecida aquella tenue lluvia de polvo, la luz tenía una dulzura y una claridad tierna que antes no se había conocido. Los elementos parecían haber sido renovados. Y su mismo corazón era otro. Su corazón volvía a latir a un ritmo normal y acompasado y había perdido la acidez, la amargura que rebosaba minutos antes cuando leyó la carta de Cosía Poma. Su corazón era otro y no se agitaba de ver a Raquel en brazos de Mileto; de verlos ausentes, egoístamente ajenos a su presencia. Se miraban a los ojos como si por primera vez se hubieran conocido después de toda una vida de adivinarse y anhelarse. Y sus miradas y gestos no eran aquellos que cabría pensar había dejado el terror de la catástrofe. Se miraban como si hubiesen salido de una pesadilla, para entrar sin transición en un sueño de maduras serenidades. No, Benasur no

estaba celoso. Él tenía el amor de Zintia, la del vientre grávido. Él tenía el odio de Cosía Poma, la del ser primogénito. Su felicidad futura, su empresa en lo inmediato estaría en demostrarle a Zintia el amor que sentía hacia ella, por madre y por esposa, y buscar por todos los caminos del mundo a Cosía Poma, para disuadirla y purificarla de su odio.

El Señor Yavé inauguraba una nueva vida. Lo percibía en el aire que respiraba, que entraba en su interior como un bálsamo mitigador de fatigas, de torpes pensamientos, de bajas pasiones. Lo percibía en la nueva luz que se hacía presente en aquel amanecer de la hora nona. Ni un solo muro de su casa se había desplomado. El Señor Yavé lo preservaba magnánimo de su cólera para que enderezara los pasos de los demás y los suyos propios.

—Raquel... —murmuró.

—Sí, Benasur —contestó dulcemente la joven.

Le habría preguntado qué pensaba, qué sentía después de la angustia, del pánico pasados. Le habría inquirido para saber si ella también percibía ese renacer, la nueva vida que él sentía y que se manifestaba en la luz, en el aire, en los colores de las cosas. Pero no se atrevió. Raquel estaba tan absorta en la compañía de Mileto, que Benasur la consideró otra mujer, muy ajena y distante a la que había sido hasta entonces.

El recuerdo cada vez más apremiante de Zintia le hizo abandonar el atrio. Se dirigió precipitadamente a la puerta.

—¿Adónde vas, Benasur? —le preguntó Mileto dando unos pasos hacia él.

—Voy a buscar a Zintia... Debí salir por ella cuando mayor era el peligro...

—El peligro no ha cesado aún, Benasur. Los terremotos suelen repetir. Y si vuelve, será más catastrófico que el primero. No quedará piedra sobre piedra, pues todos los cimientos han sido removidos...

Benasur se quedó mirando a Mileto de un modo extraño. No entendía al escriba. Y sin contestarle continuó hasta el zaguán. Pero no tuvo necesidad de salir porque en ese momento entró Zintia seguida del viejo Samuel. Los dos tenían un aspecto raro. Zintia estaba demudada, intensamente pálida, con unos reflejos metálicos

en el rostro. Andaba torpemente, como si estuviera ebria, como si aún sus pies no encontraran la firmeza, la consistencia del suelo. Movía las mandíbulas nerviosamente, tiritando. Los ojos tenían una mirada vaga, ida y una luz dura y vidriosa.

—¡Zintia!

La joven no contestó. Pasó al lado de Benasur sin mirarlo. Continuó andando hacia el atrio. El viejo Samuel, que la seguía, se detuvo ante el navarca para decir:

—¡Los Cielos se abrieron cuando expiró! ¡Y el mundo se vino abajo!

Miqueas se levantó da un salto y se arrojó sobre el viejo. Y agarrándole de los hombros y sacudiéndolo, le preguntó frenético:

—¿Ha muerto? ¿Tú lo has visto morir? ¡Di si era el Mesías o no! ¡Dilo, Samuel!

Y Zintia, como si las palabras de Miqueas le volvieran el sentido, gritó acongojada:

—¡Era el mismo Dios! ¡Era el Hijo de Yavé! —Y volviéndose con los ojos llorosos a Benasur, con una expresión dolorosa en el rostro, le hizo con el tono más dulce el más hiriente de los reproches—: ¡Era el Mesías y tú no has hecho nada por Él!

Y sin poder contenerse, arrepentida de aquella censura al hombre que amaba, corrió hacia la escalera en dirección a su alcoba. Raquel salió tras ella. Miqueas, abrumado, se doblegó de hombros y a paso lento, igual que si arrastrara el peso insoportable de la tragedia, se dirigió al zaguán. Sólo Mileto conservaba su actitud de espectador.

Benasur se quedó inmóvil, con la cabeza baja, con la mirada puesta en la mancha de aceite que se había derramado del candelabro. Se le antojó que el aceite tenía la misma viscosidad de la sangre.

No salía de su asombro, de su perplejidad. Las palabras de Zintia revelaban el caudal de ternura, de generosidad, que se encerraba en su corazón.

No levantó la cabeza hasta que sintió sobre su hombro la presión cariñosa de la mano de Mileto.

—Te lo dije. Benasur. Sabía que la crucifixión del Nazareno desquiciaría a Zintia.

Se apartó del escriba sin decir palabra. De buena gana se iría lejos, fuera de Jerusalén, para pensar y repensar sobre lo ocurrido. No le agradaba la perspectiva de convivencia con aquellos tres seres que desde hacía tiempo le aleccionaban para lo mejor; de aquellos tres seres que rotando alrededor de su persona serían, en lo sucesivo, una constante denuncia a su error. Temió que su presencia viniese a ser como una acusación continua que terminase por hacérsele insoportable.

Empezó a sentirse extraño, ajeno en su propia casa. Incapaz de solidarizarse con los demás, impotente para entrar en el círculo amoroso que tendían a su alrededor los tres.

El odio, como dura pelota que rebotara en el tiempo, se volvía para golpearle en el corazón.

Ya cerca del patio, se volvió para decir a Mileto:

—Por favor. Irás al Registro y pedirás al juez que deje en libertad a Joamín y a su hija. Diles que esperarás seis meses para que te paguen los créditos.

—¡Benasur! —exclamó asombrado el escriba.

—¿Te extraña? Perdóname. Soy rudo. Todavía tendré que aprender mucho en el nuevo camino. Me falta experiencia... ¡Ve pronto, Mileto!

Cireno le dio la noticia: su primo, Jos Hiram, fue encontrado muerto entre los escombros de la Torre de David, que se había desplomado durante el temblor. Apenas si se conmovió con la desgracia. Jacob le informó que José de Arimatea reclamaba a Poncio Pilato el cadáver de Jesús.

Pensó que estaba en deuda con José de Arimatea. Desde hacía muchos años eran amigos y socios, y no se dignó ir a saludarlo, a pesar de que Celso Salomón se hospedaba en su casa... Le había molestado que José se hubiera prestado sumiso a la maniobra de Joamín. Pero ahora acababa de liquidar el rencor contra Joamín. El banquero y su hija se purificarían y entrarían felices en la Pascua.

Se admiraba de José, de su gesto al reclamar el cadáver del crucificado. José era un noble varón. Y valiente. Ahora que José nada podía esperar del Nazareno, ahora que todo estaba concluido,

se presentaba a reclamar el cadáver en un nobilísimo reto al Sanedrín.

Imaginó cuál sería el deseo de Zintia y Raquel. Y adivinándolo, le dijo a Cireno:

—Coge una ánfora con aceite de nardo y llévasela a José de Arimatea. Y dile que le suplico encarecidamente que con la esencia unja el cuerpo del Nazareno.

Capítulo 17

La resurrección

Antes de la cena, vino el sacerdote Zacarías acompañado del netineo Abas, siempre apestoso a alcohol y a sangre, pues en el templo tenía la tarea de limpiar los residuos de las víctimas propiciatorias, faena que hacía aligerándola con golpes de codo.

El sacerdote purificó a Benasur, limpió la casa y a cuantos en ella vivían, manchados de «impureza legal». Cuando Abas se acercó a Benasur para ponerle sobre los hombros la franja de lino con la filacteria exorcista, el navarca no pudo disimular un gesto de asco. Y murmuró: interrumpiendo las oraciones del sacerdote: «Ahora, borracho, deberás purificarte tú». El netineo no se dio por aludido. Se concretó a sonreír cínicamente.

Mileto y Zintia, por gentiles, fueron objeto de un ritual especial. El escriba, aunque extraño a la Ley, no quiso oponerse a participar de la ceremonia de las aguas lústrales por no parecer impertinente a las gentes con quienes vivía. La más renuente a la ceremonia fue Zintia, Zintia, desde que tuvo las primeras noticias de la conspiración contra Jesús, miró con malos ojos todo cuanto se refería a la Ley.

Tras la cena, Raquel y Zintia, acompañadas de dos criados, se dirigieron al sepulcro prestado por José de Arimatea.

Benasur se quedó en la casa desazonado. Mientras regresaban las dos mujeres, intentó distraerse sin lograrlo. Mileto se había retirado a dormir. Y, al fin, decidió salir en busca de las jóvenes.

El huerto de José de Arimatea estaba cercado. Los curiosos se agrupaban ante la entrada. Benasur se dio cuenta de que no faltaban los adeptos, compungidos por la muerte del Maestro, y muchos comentaban vivamente el gesto de José manifestándose públicamente partidario del Crucificado. Algunos se escandalizaban y hacían comentarios desfavorables al mercader. Y hubo uno que dijo: «Si no se pone una guardia al sepulcro, los discípulos son capaces de secuestrar el cadáver y esconderlo, para luego decir que, tal como lo había pronosticado el Nazareno, resucitó».

Benasur buscó a Zintia y a Raquel entre las gentes. En seguida dio con ellas. Acompañaban a María de Magdala. Y como no quiso presentarse ante María, hizo una seña a Zintia y se separó del grupo.

Las dos mujeres se reunieron con él.

—Es mejor regresar a la casa. Hay gentes que todavía no están contentas con saberlo muerto...

Raquel no comprendió el sentido de las palabras de Benasur, mas prefirió no pedir explicaciones. Y en silencio abandonaron el huerto de José de Arimatea.

Benasur deseaba que «todo aquello» terminase pronto. Sentíase molesto y en culpa, francamente arrepentido de haber participado de un modo tan decisivo en la suerte de Jesús, al que ya estimaba como un elegido del Señor, uno de los profetas que Dios envía a la tierra para enderezar los pasos de los pecadores; pero se resistía a aceptar las afirmaciones de sus adeptos respecto a su identidad como Mesías e Hijo de Dios. No quería aceptarlo en principio porque se consideraba incapaz de asumir la responsabilidad de su abominación.

Y con el deseo de que en su propia casa comenzase el olvido de la tragedia, de que las mujeres volviesen a la normalidad, les dijo antes de retirarse a dormir:

—Zintia, he pensado casarme contigo pasada la Pascua. Iremos al Templo para hablar con los sacerdotes y preparar tu conversión a nuestra Ley...

—Sí, Benasur...

Zintia lo miraba arrobadamente. Raquel misma reconoció que el rostro de la alhuma estaba iluminado por una expresión de noble felicidad, pues Zintia recibía tan grata noticia en un día en que su corazón estaba contristado por los graves acontecimientos ocurridos. Benasur agregó:

—Sé que hace tiempo haces tus ruegos devotamente a Dios; pero eso no basta. El Señor tiene un templo y en el tabernáculo está viva su presencia. Por tanto, es necesario que te aficiones a amar y respetar el tabernáculo como a Dios mismo. ¿Comprendes? Y los sacerdotes serán siempre tus fieles intermediarios con el Señor Yavé.

Zintia movía la cabeza afirmativamente. Benasur prosiguió:

—Te digo esto porque he observado en ti un cierto despego por el Templo y sus sacerdotes... Piensa que el Nazareno no es más que un Profeta. Si fuese el Hijo de Dios, como por ahí se dice y tú crees, ten por seguro que no faltarían las muestras del Señor para afirmarlo.

—¿Y el temblor y las tinieblas, Benasur? —replicó dulcemente Zintia. Y en seguida, con tono persuasivo, agregó—: ¡Yo lo he visto expirar, Benasur! Tendrías que haber estado en el Gólgota para haberte convencido de que sí era el Mesías...

Había tal firmeza y a la vez tal sinceridad en las palabras de Zintia, que Benasur se abstuvo de contradecirla. Y dirigiéndose a Raquel, rogó:

—Te suplico que instruyas a Zintia... Y tú, Zintia, vete a acostar. Duerme en paz. No temas por mí. Yo estoy hondamente arrepentido y expiaré mi culpa... Vete, que todavía tengo que hablar con Raquel.

Y cuando Zintia se retiró, Benasur y Raquel entraron en la biblioteca. El navarca disparó sin ningún circunloquio:

—¿Amas a Mileto?

—¿Por qué esa pregunta, Benasur? —repuso, confundida, la joven.

—No me interrogues y respóndeme.

—Lo amo —dijo firmemente Raquel, y con un tono del que no estaba exenta una dosis de desafío.

—No me interesa el aspecto sentimental de la cuestión, Raquel. No creas que vaya a sentirme celoso. Pero los seis años que has vivido en esta casa me dan derecho a ejercer una cierta tutela sobre ti.

—¿No me has dicho ya que era una mujer libre?

—Libre para disponer de tu corazón como te plazca, siempre que en la elección no lesiones las cosas que nos son santas y debemos respetar. Quiero decirte que tú eres judía y que Mileto es griego. Que tú estás en la Ley y Mileto fuera de ella. Mileto es un gentil. Uniéndote a él como amante, cometerías abominación. Y a eso me opongo. Sólo tenéis un modo de uniros, y es casándoos; mas para eso, tú lo sabes, Mileto debe convertirse a nuestra Religión.

—Todo eso lo sé, Benasur. Y poco me conoces si crees que yo, amando a Mileto, he pensado unirme a él fuera de la Ley. Y te diré más, Benasur, que yo no sirvo para amante de los hombres...

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—No soy yo quien tenga que hacer nada. Mileto ha hablado ya con el maestro Gamaliel, y será presentado, después que pasen las ceremonias de Pascua, en el Templo...

—Y tú muy contenta, ¿verdad? Te has dejado seducir por ese griego. Mileto no cree en nada, y si te ha dicho que se convierte no lo hace poniendo el corazón en el Señor, sino en ti. Los hombres como Mileto no tienen escrúpulos en reírse de la Religión...

—Mileto no se ríe, Benasur... ¡Por favor, no seas tan obcecado! Hasta en Religión quieres dirimir por simple criterio personal. Yo conozco mejor a Mileto que tú, Benasur. Tú eres de los fariseos que exigen el cumplimiento de las fórmulas, pero que no se interesan por el espíritu de las gentes... Si tú hubieras hablado de cosas íntimas con Mileto, sabrías que tu escriba está rendido al Señor... Hace tiempo que le rogó a Dios que le diera la libertad, y Dios se la concedió al llegar a Jerusalén...

—¿Tú crees que si Mileto creyera en Dios, hablaría como habla?

—Yo no sé cómo habla, Benasur; sé cómo siente.

El navarca se encogió de hombros:

—Te he advertido, Raquel. Yo no me opongo a tus sentimientos, Pero, declarada la situación, los dos juntos no podéis permanecer en

esta casa. Y yo no puedo prescindir de los servicios de Mileto. Por tanto, recoge tus cosas más imprescindibles, pues mañana te depositare en casa de Hassam. Te llevarás dos criadas...

—Gracias, Benasur.

Se lo dijo emocionada, agradecida, a pesar de la rudeza del tono de voz de Benasur. Y segura de haber conseguido lo que más anhelaba se dirigió hacia la puerta. Oyó al navarca:

—Supongo que has pensado bien lo que será tu nueva vida...

—Lo sé, Benasur... Seré la mujer de un pedagogo. Mileto ha pensado establecer una academia en una colonia judía. Quizá en Alejandría, tal vez en Siracusa... ¡Ya veremos!

—Para matarte de hambre. Si quieres conservarlo íntegro, disuádele de esa idea absurda. Mileto no vale para pedagogo. Se escandalizarían de él. Dondequiera que vaya pretenderá subvertir el orden... ¿No te ha contado lo que le sucedió en Alejandría? Si no quieres verle azotado y en la cárcel, hazle abandonar ese proyecto. Os iréis a vivir a donde yo os diga. Podéis escoger Alejandría, Siracusa o la misma Roma, puedes negarte a que yo me interese en asegurar de cierta forma su subsistencia... Mileto será regidor de una de mis oficinas.

Raquel corrió a besar a Benasur. Lo abrazó con una ternura y agradecimiento que conmovió al navarca. El navarca pensó que las buenas obras daban suaves frutos al gusto del corazón. Y también él, vibrando honesta y emocionadamente en aquel abrazo, tuvo valor para musitar al oído de Raquel:

—Raquel, de verdad te digo que me siento muy triste, y tengo miedo.

Mileto estaba en lo mejor del sueño cuando fue despertado por Benasur.

—¿Qué sucede?

—Sucede que Raquel mañana saldrá de esta casa...

Mileto se incorporó con un gesto de ansiedad.

—¿Cuál es la causa?

—Me ha declarado que te ama, y tú no tienes que decirme nada. La depositaré hasta el día de los esponsales con Hassam... ¿O tienes algo que oponer a la boda?

—Nada, Benasur.

—Bien. Te irás de mi lado. Siempre has querido abandonarme, Mileto... Pero yo quiero a Raquel. Hoy la quiero como a una hermana, y nada me parece mejor a que se case contigo. Pero yo no quiero que Raquel lleve la vida miserable de un pedagogo. ¿Entiendes? Ni quiero que se quede viuda en seguida porque a su marido lo han lapidado. ¿Comprendes? Así que piensa qué oficina te gusta más. Pues mientras se establece la fundición de vidrio y la fábrica de espejos, que tú dirigirás, deberás ganar un salario...

—Mi vocación es la enseñanza, Benasur...

—Tú no sabes cuál es tu vocación, Mileto. Cuando saliste hace un año de Corinto creíste que ibas a vivir de pícaro... Hoy eres ciudadano latino, capitán de la Legión Garamantis y escriba de Benasur. No soportaría saber que Raquel, por culpa de tus ideas filantrópicas, pasa hambre y disgustos. Ésa es mi única condición.

—En ese caso, acepto si me ofreces Onoba...

—¿Y qué hago con Havila?

—Mándalo a Siracusa. Es bético y le gustará viajar.

—Está bien pensado... Desde luego, tú, que pusiste en marcha la fabricación de armas, debes acabar lo que iniciaste. Sólo necesitamos armamento para equipar el ejército de Garama. Pero no nos contaminemos. Pasada la Pascua, haremos nuevos proyectos para la paz...

—Que el Señor te lo pague, Benasur. Mañana seré más efusivo contigo. Ahora tengo mucho sueño. Cuando me despertaste soñaba que Raquel y yo estábamos en Roma, en casa de Petronio... Era una casa extraña...

Mileto bostezó. Benasur abandonó la alcoba del escriba.

No tenía sueño. Una agitación interior lo mantenía como sobresaltado. Se fue a la biblioteca. Sobre la mesa estaba la correspondencia que había traído Kim al mediodía. Se quedó mirando la carta de Cosía Poma. Alargó la mano y la cogió. No se atrevió a leerla. Sabía de memoria lo que decía:

«Y odiándote a ti, también odiará a todos los de tu raza». La dejó y cogió otros mensajes. Sentía pereza en abrirlos. Un rollo traía los precintos de cera de Garama. Los rompió. Se encontró con una carta

y un papiro con muchos sellos y muy bien caligrafiado. Era el título de princesa de Cydamos a favor de Zintia. Lo firmaba Rumiban, regente del reino de Garama. Se decía en él que el título implicaba el privilegio de Silla en la Sala del Trono, sólo concedido a las mujeres de la familia real y a las esposas del rey.

Benasur sonrió. Recordaba haberle insinuado a Rumiban, mitad en serio mitad en broma, su deseo de que Zintia fuese hecha princesa de Cydamos.

Se sentó a la mesa y cogió la caña para escribir a Missya, la profetisa de Paros. Myna, con su cuerpo de confidentes, era la persona más indicada para realizar la búsqueda de Cosía Poma... Pero apenas había trazado las primeras líneas, se acordó de que ya era la Pascua y que toda tarea estaba proscripta. Le costaba trabajo acordarse de que se encontraba ya en plena Pascua. Desde el momento que concluyó el temblor, se hizo a la idea de que el tiempo, la vida, se habían partido en dos. Y que otra era la nueva luz y otro el nuevo aire y otros serían los hábitos de los hombres. Y que la Pascua, la Pascua que empezaba a celebrarse con tan inquietante agitación interior era otra Pascua, la de la nueva vida, la que se había inaugurado después de las Tinieblas.

Leyó la carta que venía con el título. También estaba firmada por Rumiban. El jefe garamanta le decía muchas cosas menudas de Garama. Al final se quejaba del rey Abumonalkamarzurzalí, no tanto por el niño como por su madre, que le estaba resultando una intrigante y entrometida. «No la soporto y si las cosas siguen así —le escribía Rumiban— habrá que pensar seriamente si conviene proclamar rey a este niño. Quiera Istamar que te traiga a Garama antes de lo pensado y pueda tener tu consejo en este asunto como en otros, no tan molestos, pero sí tan importantes para el buen gobierno del remo.»

Benasur sonrió. Le pareció descubrir que también el amor tenía su dinámica, capaz de poner su ambición en marcha. No se presentaban mal las cosas. ¿No era Zintia princesa de Cydamos? Si el hijo que le diese Zintia nacía en Garama... Todo era posible. Y no encontró disparatada ni desagradable la idea de tener un hijo rey. ¿Por qué no? Él ya no sería el hombre que humillaría a Roma, sino el

que crease la dinastía de los Benasures. Y pensó si el hecho de hacerse de modo tan crítico de la espada de Garamantis no habría sido un aviso del Señor, que lo llamaba a otras empresas. Lo primero que haría al nacer la criatura, sería poner entre sus manos la empuñadura de la espada.

No, no era un sueño. Sería fácil, con el tiempo, proclamar a Zintia reina madre de Garama. Y mucho más lógico si los garamantas conquistaban antes los pueblos alhumas... El césar Tiberio vería con buenos ojos un proyecto semejante, máxime si el emperador recibía una participación en las minas de Faleza.

Pero no quiso pensar más. No le gustaba rozar la idea de que Tiberio estaba senecto, y que el día menos pensado...

Cogió otras cartas... Un estado de cuenta que le enviaba Cayo Vico.

Sintió sueño, mucho sueño. Y la agitación interior no se le iba.

Dos días después, bien entrada la mañana, Jerusalén se conmovió con la noticia de que el Mesías había resucitado. El sepulcro se encontró vacío, no obstante la guardia de pretorianos que lo custodiaban a petición de las gentes de Gamard. En las calles, en las plazas, en los atrios del Templo se hablaba excitadamente sobre el hecho, y las opiniones y testimonios sobre su veracidad eran muy contradictorios. Una de las seguidoras de Jesús, María de Magdala, aseguraba haber visto y hablado al Maestro.

La noticia llegó a la casa de Benasur. Jacob fue el primero en traerla. Después la confirmaron Samuel y el mayordomo Cireno. En el resto de la mañana la casa se convirtió en una plaza, y lo mismo los servidores más calificados que los más modestos hablaban con místico entusiasmo de la realidad del hecho. Zintia y Raquel participaron de los comentarios, sin que las anteriores advertencias de Benasur influyeran en su ánimo. Cireno, Jacob y Samuel no respiraban un momento informando a las dos mujeres de lo que se contaba en la ciudad. Luego fue Juan quien aportó nuevos datos, ya deformados por la fantasía popular. Se decía que el Nazareno se había presentado en el pretorio ante Poncio Pilato. Y otros al mismo Caifás. Que Caifás estaba en cama, presa de una fiebre maligna.

Mileto, al enterarse de los rumores, se mostró escéptico. Raquel temió por un momento que Mileto fuese el hombre descreído incapaz de la fe, al que Benasur se había referido dos noches antes. Pero, por fortuna, el heleno justificó sus reservas:

—No pongo en duda que el Nazareno haya resucitado. Lo que no paso a creer es que se haya hecho presente a los mismos que lo mataron. ¿Qué dicen sus discípulos?

—Es María de Magdala quien da testimonio de su resurrección...

—Cuando Jesús se aparezca a todos los discípulos, y no sólo a una mujer, creeré que ha resucitado...

En la casa siguió el alboroto. Y ya, a la hora del almuerzo se presentó Benasur en el atrio. Estaba vestido de fiesta, con una túnica blanca, de finísimo lino de ricos bordados. Más pálido que nunca. Y con un extraño brillo en los ojos originado, probablemente, por una larga y penosa vigilia. Zintia se sintió renovadamente feliz de amar a aquel hombre y saberse amada por él.

La presencia de Benasur hizo enmudecer a todos. Temieron que les hubiese oído los comentarios que tan vivamente habían hecho sobre la resurrección. El navarca, al notar la expectación que causaba, no exenta de cierto temor, preguntó:

—¿Qué sucede?

Y se quedó mirando a Mileto. Mas el escriba prefirió callar. Nadie se atrevió a decir palabra. Samuel, que ya empezaba a sospechar que su amo no lo veía con buenos ojos por las confidencias que sobre el Mesías había hecho a Zintia, se escurrió hacia el patio. Cireno se resolvió a decir:

—Señor, la mesa está puesta. Y no esperamos sino a que tú sirvas el primer vaso de vino y cortes el pan ázimo...

—Pregunto, Cireno, qué sucede...

—Señor... —repuso el mayordomo sin atreverse a más.

Entonces Mileto explicó:

—Dicen... claro, las gentes de la calle, que el Nazareno ha resucitado... Pero son rumores... Y todo el mundo anda alborotado.

—¿Por qué?

Mileto se encogió de hombros:

—¡Bah!... Es natural que la gente se excite después de lo ocurrido... Pero lo cierto es que hasta ahora sólo una mujer da testimonio de la resurrección...

—¿Quién es ella, Mileto?

Mileto miró alternativamente a Raquel y a Zintia. Las dos mujeres temblaban. Zintia tiritaba y daba la impresión de que iba a desmayarse.

—María de Magdala...

—¿Quién más? —insistió Benasur.

Callaron. El judío dio unos pasos y miró a Zintia:

—¿Por qué tiemblas, criatura? —Y dirigiéndose a todos, agregó—: ¡También yo doy testimonio de la resurrección del Mesías...!

Se miraron entre sí, incrédulos y desconcertados. Mileto pensó en la fragilidad del alma humana. Hasta ese instante, todos excepto él, creían en la resurrección del Nazareno, y ahora que Benasur daba testimonio con su palabra, con su mirada, con la gravedad de su presencia, dudaban. Y él era el único que en ese momento sentía la verdad del testimonio. Pues Zintia y Raquel, que tan fervorosa adhesión sentían por Jesús, no creían que el milagro se hubiese realizado en el contumaz Benasur.

El navarca, con gran naturalidad, con una serenidad en la voz que nadie le había conocido antes, dijo:

—Ha resucitado y ha estado en esta casa. Ha entrado en la biblioteca y me ha dicho: «No te aflijas ya, Benasur, que vivo estoy. Y tú vivo estás para morir por Mí. Y sabe que los que mueren por Mí, vivirán en Eternidad. Me negaste con Miqueas, me negaste con Pilato. Pero ya no me negarás por tercera vez. Vive años y da testimonio del Hijo Benasur»... Y me mostró las heridas de sus muñecas.

Calló. Zintia se estrujaba las manos mientras dos lágrimas pugnaban por saltársele de los ojos. Raquel miraba a Benasur con una expresión de admiración. Los demás, entre maravillados e incrédulos, no salían de su perplejidad. Y fue el viejo Samuel, que había escuchado desde el patio las palabras de su amo, el que acudió presuroso a hincarse a sus pies con un singular alborozo:

—¡Yo creo en tu testimonio, magnífico Benasur! ¡Loado sea el Señor y su Hijo! ¡Era el Mesías, era el Mesías!

Benasur alzó a Samuel y le dijo con afecto:

—Levanta, Samuel. Gracias sean dadas a ti, que moviste el corazón de Zintia... ¡Zintia, no llores! Hoy celebraremos la Resurrección. Esta casa será la primera que celebre la Resurrección en el amor del Padre y del Hijo...

Y mientras se dirigía al comedor acarició a Zintia:

—Zintia, Zintia, tendrás que darme un hijo. Y se llamará Cristo. Y lo sentaré en el trono de Garama. ¡Bendito sea tu vientre, que dará al mundo el primer rey que se llamará Cristo!

Nadie entendió a Benasur. Y tan confusos estaban que no buscaron sentido a sus palabras.

Sólo Mileto. Mileto, que hacía unos instantes había pensado sobre lo frágil que era el alma humana, tan tornadiza para la fe, murmuró al oído de Raquel:

—¡Pobre Benasur! Ha perdido la razón... Está loco.

Y siguieron a Benasur y a Zintia, que, enlazados, entraron en el triclinio para celebrar la Resurrección del Señor.

FIN

ALEJANDRO NÚÑEZ ALONSO (Gijón, Asturias, 1905 - Montreal, Canadá, 1982), novelista, periodista y guionista de cine español, es conocido principalmente por sus series de novelas históricas sobre Benasur de Judea y la reina babilonia Semíramis. Sus novelas cosecharon un gran éxito de público y crítica, Premio Nacional de Literatura en 1957, Premio de la Crítica en 1965 y fueron profusamente reeditadas. Voces autorizadas han calificado a Alejandro Núñez Alonso como el mejor escritor español de novela histórica de todos los tiempos.

El lazo de púrpura
Alejandro Núñez Alonso

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Alejandro Núñez Alonso, 1956

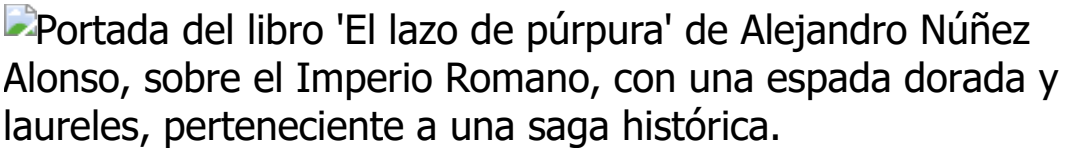
Diseño de la cubierta, Sylvia Sans Bassat, 2025

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2025
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2025

ISBN: 979-13-87714-01-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada del libro 'El lazo de púrpura' de Alejandro Núñez Alonso, sobre el Imperio Romano, con una espada dorada y laureles, perteneciente a una saga histórica.